

CCIÓN

EL LICEO

MEXICANO

1

AP63

L65

V.J

cl



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL LICEO

MEXICANO.

*Tempe: ora è il tempo di ritirare il velo
dal povero antico, e da squarciare il velo
Ch'è stato avolto intorno agli occhi nostri.
(Petrarca, Rime, part. V canz. 6.)*

TOMO A.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

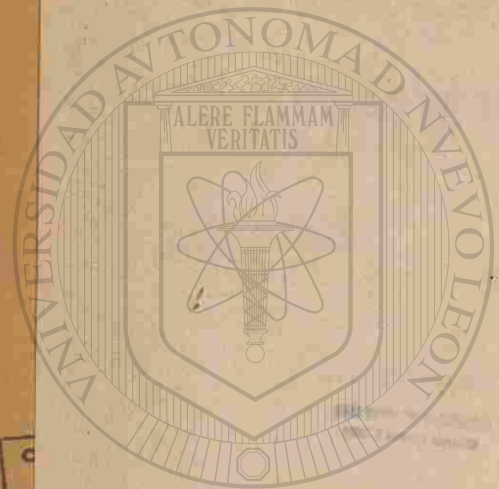
MEXICO.

101851

Imprenta de J. M. Lora, calle de la Palma número 4.

1844.

1903
L 65
v. 1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



INTRODUCCION.

La utilidad de publicaciones como la presente, está en el día universalmente reconocida. Basta recorrer la voluminosa lista de producciones de esta clase que se dan a luz en Europa, para convencerse de la aceptación que han merecido. Mil asociaciones filantrópicas se han propuesto poner a la multitud que lee sus periódicos, al cabo de los descubrimientos útiles, de los progresos de las ciencias, y de los pasos que se dan en la senda que debe conducir a la perfección del saber del hombre.

Gran número de personas hay que no habiendo podido dedicarse en sus primeros años al cultivo de su entendimiento, adquirirán al recorrer las páginas de una obra como esta un fondo de instrucción variada y de grande utilidad, sin tener que sufrir el fastidio y trabajos consiguientes a un estudio serio y prolongado.

Nuestros artículos científicos irán redactados en estilo familiar, puesto que nuestra misión es hacer lo posible para que todos nos comprendan. Nos esmeraremos en evitar el uso de palabras técnicas, y cuando sea indispensable serviremos de ellas, siempre lo haremos con su correspondiente explicación.

Publicaremos biografías de hombres célebres, sobre todo mexicanos, y al hablar de los escritores, no dejaremos de hacer un análisis de sus obras. Por lo demás, si nuestra empresa recibe una acogida favorable de nuestros paisanos, podemos prometerles en lo de adelante una serie de trabajos sobre la *Historia de México*. Basta nombrar este ramo interesante para llamar sobre él fuertemente la atención.

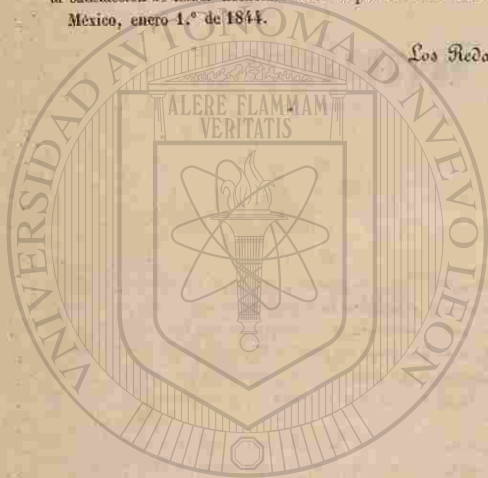
Nuestra sección de literatura comprenderá poesías inéditas de escritores mexicanos; artículos en prosa igualmente originales, y en general podemos asegurar que dare-

mos muy pocas traducciones. En caso de que encontremos en italiano, francés, inglés ó alemán una pieza de mucho mérito, extractaremos de ella lo más interesante para que EL LICEO lo trasmita á nuestros lectores.

Tal es nuestro objeto. El público juzgará de la mayor ó menor felicidad con que desempeñaremos el cargo que nos hemos impuesto. Entretanto, reposamos en su indulgencia; ella disimulará las faltas en que incurramos, y nos quedará la grata satisfacción de haber hecho un esfuerzo por ser útiles á nuestros compatriotas.

México, enero 1.º de 1844.

Los Redactores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRONÓSTICOS PARA EL AÑO NUEVO.

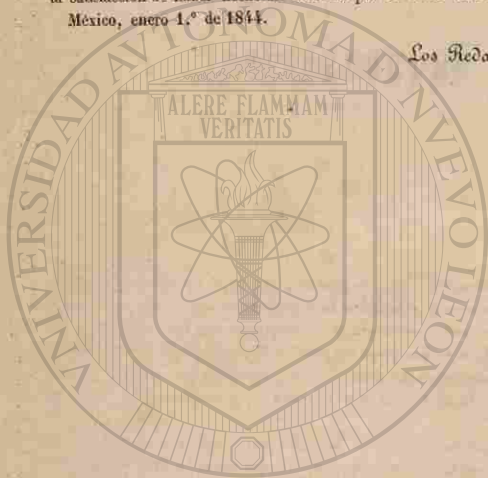
- I. La entrada del año nuevo, que aunque causa novedad nada tiene de nuevo ciertamente, será bien pronto el asunto universal de la conversacion.
- II. Irán las gentes, como tienen por costumbre, á felicitarse con la boca y maldecirse con el corazón.
- III. Muchos y valiosos regalos han de hacerse, mas las cuentas de su importe, es seguro que no se pagarán.
- IV. Se pronunciarán muchos discursos, se hablará mucho, y nada absolutamente se dirá.
- V. Emplearán las jóvenes una mitad del día en vestirse, para andar casi desnudas la otra mitad.
- VI. El año será tempestuoso para todas las casas con hombres débiles ó irresolutos.
- VII. El planeta que dominará este año, llámase Oño.
- VIII. El día mas largo para un autor novel, será aquel en que se estréne en el teatro su primera producción.
- IX. En el tocador de las damas reinará una eterna primavera.
- X. Los correvediles podrán levantar abundantes cosechas, y el viento será muy favorable para los soplores.
- XI. Reinará un año seco en la conversacion, que será además bochornoso para todo el que tenga vergüenza y pundonor.
- XII. Acaecerá una espantosa inundacion de versos, pero en las regiones de la poesia se notará una seca lastimosa.
- XIII. Los sastres de fama y los tijeras de reputación, harán su agosto.
- XIV. Las casas de empeño serán de toda preferencia concurridas; y en las representaciones trágicas reinará una estrepitosa alegría.
- XV. Las gentes amarán vivamente á los muertos y odiarán mortalmente á los vivos.
- XVI. Irán hombres y mugeres á las concurrencias para estar solos en ellas.
- XVII. Se prometerán los hombres una lealtad eterna, y desde ese momento no se fiarán ya ni un saco de alacranes.
- XVIII. Los repletos estarán á cada paso comiendo y los que han hambre no probarán bocado.
- XIX. Habrá personas de ambos sexos que de enero á diciembre estén enmoradas; y no se habrán amado un solo minuto.
- XX. A los holgazanes les caerá mucho que hacer, y los negociantes no tendrán negocios.
- XXI. Las mugeres casadas y los libros prohibidos serán los mas buscados, al paso que las obras de licia lectura y las solteras no hallarán quien siquiera pase la vista por sus carátulas.
- XXII. En la republica literaria se cometerán no pocos latrocinios; pero en el tribunal de los criticos solamente serán llamados á juicio y condenados los rateros, no atreviéndose nadie á thamar por su nombre á los ladrones famosos.
- XXIII. En una docena de lenguas diferentes se repetirán los hombres, „vuestro rendido y afectisimo servidor,“ y ni un solo servicio se prestará.

mos muy pocas traducciones. En caso de que encontremos en italiano, frances, ingles ó alemán una pieza de mucho mérito, extractaremos de ella lo mas interesante para que EL LICEO lo trasmita à nuestros lectores.

Tal es nuestro objeto. El público juzgará de la mayor ó menor felicidad con que desempeñaremos el cargo que nos hemos impuesto. Entretanto, reposamos en su indulgencia; ella disimulará las faltas en que incurramos, y nos quedará la grata satisfacción de haber hecho un esfuerzo por ser útiles à nuestros compatriotas.

México, enero 1.º de 1844.

Los Redactores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BOLETINES

PRONÓSTICOS PARA EL AÑO NUEVO.

- I. La entrada del año nuevo, que aunque causa novedad nada tiene de nuevo ciertamente, será bien pronto el asunto universal de la conversacion.
- II. Irán las gentes, como tienen por costumbre, á felicitarse con la boca y maldecirse con el corazón.
- III. Muchos y valiosos regalos han de hacerse, mas las cuentas de su importe, es seguro que no se pagarán.
- IV. Se pronunciarán muchos discursos, se hablará mucho, y nada absolutamente se dirá.
- V. Emplearán las jóvenes una mitad del día en vestirse, para andar casi desnudas la otra mitad.
- VI. El año será tempestuoso para todas las casas con hombres débiles ó irresolutos.
- VII. El planeta que dominará este año, llámase Oño.
- VIII. El día mas largo para un autor novel, será aquel en que se estréne en el teatro su primera producción.
- IX. En el tocador de las damas reinará una eterna primavera.
- X. Los correvediles podrán levantar abundantes cosechas, y el viento será muy favorable para los soplores.
- XI. Reinará un año seco en la conversacion, que será además bochornoso para todo el que tenga vergüenza y pundonor.
- XII. Acaecerá una espantosa inundacion de versos, pero en las regiones de la poesia se notará una seca lastimosa.
- XIII. Los sastres de fama y los tijeras de reputación, harán su agosto.
- XIV. Las casas de empeño serán de toda preferencia concurridas; y en las representaciones trágicas reinará una estrepitosa alegría.
- XV. Las gentes amarán vivamente à los muertos y odiarán mortalmente à los vivos.
- XVI. Irán hombres y mugeres à las concurrencias para estar solos en ellas.
- XVII. Se prometerán los hombres una lealtad eterna, y desde ese momento no se fiarán ya ni un saco de alacranes.
- XVIII. Los repletos estarán à cada paso comiendo y los que han hambre no probarán bocado.
- XIX. Habrá personas de ambos sexos que de enero à diciembre estén enmoradas; y no se habrán amado un solo minuto.
- XX. A los holgazanes les caerá mucho que hacer, y los negociantes no tendrán negocios.
- XXI. Las mugeres casadas y los libros prohibidos serán los mas buscados, al paso que las obras de licia lectura y las solteras no hallarán quien siquiera pase la vista por sus carátulas.
- XXII. En la republica literaria se cometerán no pocos latrocinios; pero en el tribunal de los criticos solamente serán llamados à juicio y condenados los rateros, no atreviéndose nadie à thamar por su nombre à los ladrones famosos.
- XXIII. En una docena de lenguas diferentes se repetirán los hombres, „vuestro rendido y afectisimo servidor,“ y ni un solo servicio se prestará.

XXIV.

En los teatros se *acortarán* las luces, y á los concurrentes se los *alargarán* las noches en proporcion.

XXV.

Finalmente, los que leyeren estos vaticinios tendrán buen cuidado de ver quien los suscriba, para ya no chasquearse en adelante; pero yo previendo esto, y por librarme de toda responsabilidad, solamente pondré el nombre del escritor alemán de donde se han tomado, que es—M. G. SAPHIR.

LA ESPERANZA DEL AÑO NUEVO.

SONETO.

Juntos iban dos hombres cierto día,
Que del año pasado el último era,

Uno con cara alegre y placentera,
Otro con cara trística y sombría.

Ricamente y vistoso aquel se veía
Con ancho frasco de buena faltriguera;
Y con rota levita, de manera
Marchaba éste que á última movía.

—Pasó el año, dijo uno: en el entrante,
Mi logro irá en creciente desde enero.
A lo que el otro viéndose al instante
Y suspirando, contestó ligero:

—Solo mi hambre jamás irá en menguando...
Uno era un *Engleudo*, otro un *Toureyo*.
MI SOBRIÑO.

D. ANASTASIO DE OCHOA Y ACUÑA.

Era la verdad, de estas dos locuras, que á mí tales me parecen, mejor le salió la suya á Doncésario, que como hombre que no tomaba pesar de nada, vivió ciento y nueve años.—*Pedro Mejía*.—Silva de varis locution.

CUANDO nos propusimos resucitar la memoria de todos nuestros hombres ilustres, así en ciencias, como en artes, en armas, como en política, nuestro objeto fué no perdonar ningún medio para inquirir datos seguros de la vida de cada uno de ellos: mengua sería pues ahora para nosotros, el no apresurarnos á ins-

cribir en nuestra galería, el nombre que va al frente de este artículo, ya que hemos podido recoger los datos suficientes para trazar aunque un bosquejo su vida. El nombre de D. Anastasio de Ochoa y Acuña, á quien yo llamaría el Quevedo, ó el Iglesias mexicano, si gustara de comparaciones que nada dicen, cuando los hombres no hacen mas que seguir las inspiraciones de su ingenio, es demasiado popular entre nosotros, para tener que afanarme en dárlo á conocer al público: quien no se ha saboreado mil y mil veces con las letrillas, los epigramas y los sonetos burlescos del autor de las Poesías de un mexicano, nombre modesto con que apareció la edición que en Nueva-York se hizo en mil ochocientos veintiocho? Muy pocos en mi concepto serán los que hayan dejado de divertir esos ratos de tristeza y de melancolía, á que todos estamos sujetos con sus ocurrencias felices, sus pinturas risueñas y su crítica fiel y burlesca de la sociedad.

Este nombre que á pesar de ser tan popular entre nosotros no ha sido consignado aun en nuestros nacientes anales literarios, es el único nombre, y el primero al mismo tiempo, que podemos legar á la posteridad del poeta que después de haber contemplado y escudriñado á fondo las preocupaciones y debilidades humanas, se cubre con la máscara de la sátira, y exhortando con Quevedo á sus oyentes á que le ayuden, con su malicia y su risa, se dispone él mismo á retir de ellas, con aquella gracia, con aquella sal cómica, si así puede llamarse, que hizo decir á Horacio.

.....libentem dicere verum.
Quid vetat?

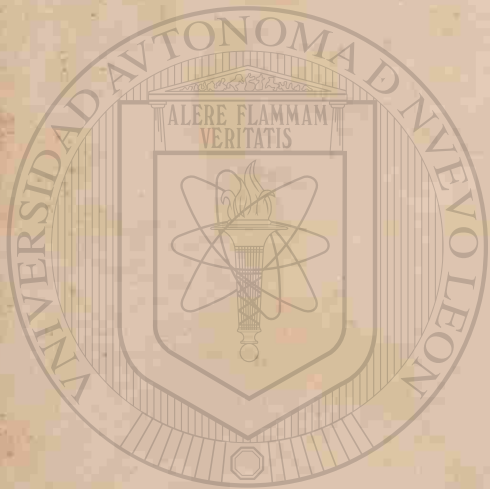
Quizá no faltará quien se atreva á disputarle su primacía de antigüedad en este género, hasta aquí casi olvidado entre nosotros, no queriendo concedérsela sino á nuestra ingeniosa y erudita compatriota Sor Juana Inés de la Cruz; mas en esto tendrán tan poca razón, como el que quisiera concederle á Racine el título de poeta cómico tan solo porque entre sus tragedias nos dejó sus *Plaideurs*, como muestra de su ingenio cómico. Es cierto que Sor Juana ejerció su asombroso ingenio universal en composiciones sátricas y burlescas; mas comparense estas con las de Ochoa, y se verá que ni en número, ni en calidad las exceden: bien que este autor no también demasiada parte en las composiciones del género, único á que indudablemente fué llamado por la poesía.

MAR MEXICANA.



Anastasio Ochoa y Acuña

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

Hacer reír, es propio de grandes ingenios, dijo Cervantes; y quizá á su imitación dijo también no sé quien en el Prólogo al Quijote, que hacer reír era mas difícil que hacer llorar: yo ciertamente no me atreveré á hacer una asercion tan avanzada, pues tan difícil me parece que le serán ambas cosas á todo el que carezca del ingenio que ellas requieren, como fácil á Cervantes arrancar la risa, y á Shakespeare y Calderon, stercorizar y commover. Mas lo que si me parece de todo punto cierto, y por consiguiente digno de asegurarse, y en esto opino con el autor de quien he sacado mi epigrafe, es, que mas ventajas reales y positivas le resultan al que se propone reír de los caprichos y debilitados humanas, que al que toma á su cargo el echarse una cadena al cuello, y cargar sus hombros con un pesado yugo para ir lamentando de calle en calle las inconsecuencias de sus semejantes. Sabida de todos es la vida de los dos filósofos griegos, Heráclito y Demócrito, de quienes es fama que el espectáculo del mundo social hacia llorar á uno y reír á otro; ¿cuál fué, pues, el fin de estos hombres, que con coloridos tan opuestos consideraban el espectáculo de las miserias de la vida humana? Heráclito, si hemos de creer á Diógenes Laercio, murió entre el estiércol que le rescataron contra la hinchazon ó hidropesia, que le provino de tanto comer las yerbas y beber el agua pura de los lugares á donde le habia atrastrado su misantropia, mientras que Demócrito, siempre alegre, y riendo de buena gana de todo, vivió ciento y nueve años entre los mismos hombres, de quienes constantemente se burlaba. Ahora bien, esta manía ó locura de reír, como la llama el ermitaño Pedro Mejía, me parece que puede tener mas influencia, si no en el arruño total de las costumbres, al menos en la moderacion del vicio, que la de llorar, pues el hombre fácilmente se fastidia, y aun se burla del que le reprehende en tono borron y sentimental, y casi nunca queda insensible, cuando la sátira y el ridiculo, estas armas que á veces nada prueban, pero que tanto pueden siempre, se encargan de patentizarles sus vicios; y el que toma en sus manos uno de esos libros escritos con tal estilo, siempre reír de buena gana de las extravagancias que en ellos se pintan; pero sin dejar de conocer que el mismo ha incurrido en ellos; y si no se confiesa en voz alta culpado, si advierte que le viene el sacco, y que tiene necesidad de moderarse al menos para no ruborizarse, y creerse á cada paso señalado por los demas.

Yo no quiero decir, por otra parte, que este

sea siempre el resultado necesario de tales escritos; mas sí, que en la suposicion de que la literatura ejerza una influencia directa en las costumbres, considero á los escritos de la cáteda naturalista, como mas capaces de ejercerla que otros; y varios ejemplos pudiera yo citar de autores que cuando se han propuesto arrancar de raíz abusos y preocupaciones, en tal ó cual materia, han recurrido á ese estilo satírico y burlesco, sin el cual quizá no hubieran conseguido el buen éxito, que con el tiempo han alcanzado. Mi objeto tampoco ha sido decir que el mérito sea mayor en unos que en otros, pues cada uno á su vez es digno de mayor ó menor predileccion, segun el estado del espíritu; y tan dignos de nuestra admiracion son los que logran commovernos, cuando esta fué su fin, como los que excitan nuestra risa, aumentándonos las fuentes del contento y la alegría. Acreeдор, pues, á esta admiracion de nuestra parte me parece D. Anastasio Ochoa y Acuña, de cuyo ingenio festivo, puede asegurarse, que mas de cuatro negros y misantropicos humores ha de haber contribuido á disipar.

Nació este en el pueblo de Huichapan, perteneciente al departamento de Mexico, el domingo 27 de abril de 1783 y fué bautizado el 30 del mismo mes, segun consta en la partida de bautismo que tengo á la vista; fueron sus padres D. Ignacio Alejandro de Ochoa, y D. Ursula Sotero de Acuña, ambos españoles de nacimiento, y vecinos del citado pueblo. Recibió allí mismo, á lo que he podido averiguar, su educacion primaria y pasó su niñez al lado de su padre, quien debió de darle las primeras nociones de gramática castellana, é inspirarle suma aficion al estudio de los poetas clásicos castellanos, sin que nada mas pueda decirse sobre los primeros años de su vida, por no existir documento ninguno.

A fines del pasado siglo comenzó á estudiar gramática latina en un estudio público de ella que en Mexico tenía el Dr. D. Juan Picazo, en cuyo curso obtuvo el primer lugar, dando una prueba de su grande inteligencia de todos los autores clásicos latinos en el examen á que se sujetó, ora vertiéndolos allí mismo al castellano, ora presentando escritas algunas traducciones en prosa y verso de Sanstus y de Tacito, de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal y Marcial. Concluido este estudio pasó luego á San Ildefonso á estudiar la filosofía; y siendo en esta época sus recursos muy pocos para poder subsistir, se vió obligado á solicitar una beca de merced, la cual le fué

dad en el acto por unánime consentimiento de todos los catedráticos, quienes estaban convencidos de sus claros talentos. En este estudio se distinguió igualmente, obtuvo dos actos públicos y el primer lugar del curso entre sus condiscipulos. Al estudio de la filosofía, siguióse el de los cánones en la entonces Real y Pontificia Universidad, en cuyo tiempo desempeñaba á la vez el destino de *Maestro de niños, ó de aprentice* en el citado estudio del Sr. Pizarro; y esto era ya por los años de 1803, ó 1804. Siendo entonces tambien, que el dicho Sr. Pizarro fué nombrado Rector del colegio de San Juan de Letran, lo cual le obligó á cerrar su estudio público y á despedir por consiguiente á Ochoa, quien se vio entonces obligado para subsistir á su subsistencia, como el mismo dice: "á servir con la pluma en el juzgado de Capitanías del arzobispado, y en otros destinos semejantes, sin abandonar por eso el estudio y aplicación á la literatura, como lo prueba el haber adquirido en ese tiempo su auxilio de maestros, y solo en virtud de una constante aplicación, la inteligencia de los idiomas frances, italiano, portugués y gran parte del ingles, sin olvidarme entre tanto del estudio de la mas pura latinidad y gramática de nuestro castellano."

Tiempo es de que hablemos ya de sus trabajos poéticos: habia leído y estudiado á Horacio, Persio, Juvenal y Marcial entre los latinos; comocia á fondo á todos los poetas castellanos, especialmente á Quevedo, Góngora, Baltazar de Alcaraz, y Iglesias; habia leído detenidamente á los poetas italianos, franceses y parte de los ingleses, y habia adquirido ya bastante experiencia en el mundo á fuerza de adversidades, y del estudio que en medio de ellas habia hecho de las costumbres de la sociedad; el mismo, en fin, se dijo, como Corrojo *ocheo con piltore*; pulsó su lira, y en el Diario de México del día 17 de mayo de 1806 apareció su primera letrilla satírica, la única quizá de este género que remitió á dicho periódico; que no insertó en el diccion que hizo de sus poesias y que comienza del modo siguiente:

Con una tinta que venden
Esquista en el portal,
Dizque se entran su mal
Los que de cisnes se ofenden
Con presuncion estremada?
No sé nada. etc.

Y si no se encuentra en esta letrilla la gracia y la critica finísima de las posteriores, no deja de ser por eso una buena prueba de lo que

despues en este género hizo su autor. Siguió luego publicando una que otra composicion en el mismo periódico firmadas unas con las iniciales de su nombre, otras con el pseudónimo de *El Tuerto*, y otras en fin con el nombre de *Anastasio de Achosa*.

En el Diario de 23 de noviembre de 1807, dió á luz uno de sus mejores sonetos, que despues con algunas correcciones insertó en la coleccion de sus poesias, y es el siguiente:

LA VISITA DEL CEBRUTCAO.

Levando estaba yo cierta mañana
Y á casa entró cantando un caballero,
Prosiguió sin quitarse el gran sombrero,
E hizo con los piés la caravana.
¡Contradanza! gritó con voz insana:
Tarón, tarón diciendo, y muy ligero
La bailó, luego un vals, luego el bolero
Lando fin á sus brinco la jarana.
Venid el libro y esclama: ¡que empanada!
¡Perder el tiempo con Horacio Flaco!
Su Eneida, *cher ami*, no vale nada.
¡Que hermosa caja tengo de tabaco!
Dijo, y salióse al son de otra tonada.
Tal la visita fué del currutaco.

En el que se publicó en el Diario, dice el segundo verso del segundo cuarteto.

Y talarando la bailó ligero

mas en la época en que hizo la revision de sus poesias para corregirlas, época en que eran conocidas ya en México las reglas de la prosodia castellana, que antes, como ya en otra parte he dicho, se ignoraban totalmente, lo varió del modo que ahora se ve, para evitar sin duda el que resultara una sola sílaba del *ca* de talarando.

Por los años de 1810 ó 1811, fué admitido Ochoa en la *Academia Mexicana*; y desde entonces siguió escribiendo en el dicho Diario algunas anacronísticas y odas amorosas, y algunas traducciones tambien del latin de Horacio y de Ovidio, del frances de Bertini y de Boileau, y del italiano de Petrarca, bajo el nombre del Pastor Antimio. En este mismo año de 1811, se representó en el teatro Principal de México, una tragedia titulada *Don Alfonso*, puesta en verso por D. Anastasio Maria de Ochoa, tragedia cuyo manuscrito original he leído últimamente, y que me parece que á tal punt interés dramático renne una versificación y un estilo dulces elegantes.

Por el año de 1813, acreció con calor la idea de recibir las órdenes sagradas, lo cual le obligó á entrar al Seminario conciliar de esta capital, en donde obtenida una beca de merced, se dedicó al estudio de la teología moral, hasta que al fin se ordenó de presbitero en el mes de diciembre de 1816, siendo ya de 34 años de edad; y á principios de 1817 fué á encargarse, "por fallecimiento de su padre, del curato de la Divina Pastora de Querétaro, en cuyo encargo permaneció mas de un mes. El 10 de agosto del mismo año, fué nombrado para desempeñar el cargo de cura interino del Puelblio de Querétaro, de donde al año y cuatro meses pasó á desempeñar el mismo cargo á la parroquia del Espíritu Santo de la misma ciudad, cuyo curato le fué dado al fin en propiedad en 1820. Permaneció en él hasta 1827, entregado completamente como lo habia estado en los demas, al puntal desempeño de las funciones de su ministerio, procurando la instruccion por todos los medios posibles, especialmente á los indios, aliviando sus necesidades y sus miserias, y procurádoles en fin, todos los consuelos, así espirituales como temporales que el espíritu de su mision y su propia caridad le inspiraban; y sin dejar por esto de entregarse en los ratos que le quedaban libros para descansar. Á los alegres y festivos placeres de su ingenio, con la cual iba insensiblemente aumentando su coleccion. En fin, en abril de 1827, abandonó á Querétaro, cuyo clima perjudicaba sobre manera su salud, y pasó á México, en donde renunció el curato del Espíritu Santo, alegando motivos justos de enfermedad, y en donde se dedicó desde entonces esclusivamente al cultivo de las bellas letras.

Algunos años despues de la independencia, apareció en México la Prosodia castellana de D. José Sicilia, cuyos ejemplares, que poco á poco fueron pasando de las librerías á las bibliotecas de los curiosos, causaron una revolucion tal en nuestra poesia, que los que entre nosotros habian pulsado la lira, avergonzados de haber incurrido por tanto tiempo en defectos tan leves, se apresuraron á beber aquellas lecciones, á corregir faltas tan de poca monta en sus composiciones pasadas, á preaverse de volver á incurrir en ellas en lo sucesivo, y á tributar elogios al que habia derramado una luz tan viva sobre un punto que tanto hace ganar á la versificación en suavidad y dulzura, de cuyos elogios, aun nos queda una hermosa oda del Sr. D. Francisco Ortega. D. Anastasio Ochoa fué pues, si no el primero, uno de los primeros

que tuvieron en sus manos á Sicilia, y que se penetraron de sus ideas, fué su sostenedor mas acalorado, y aun tengo noticias de cierta polémica literaria que sostuvo en defensa de las doctrinas prosódicas del mismo Sicilia; y con estas nuevas luces, á su vuelta de Querétaro, se dedicó á escoger entre sus composiciones, las mas dignas de ser publicadas, las revisó, las corrigió, de manera que hoy pueden citarse como modelo de buena locucion y de excelente versificación; formó una coleccion de ellas, y mandó hacer su edicion en dos tomos á Nueva-York, edicion hecha en 1828, y que á poco apareció en México. Esta coleccion dividida en dos tomos con el título de *Poesias de un Mexicano*, que anda en manos de toda clase de personas, y que tanto ha contribuido á popularizar el nombre de su autor, contiene en el primero sus anacronísticas, sus odas amorosas y patrióticas, sus sonetos del mismo género, sus traducciones de Horacio, de Ovidio, de Bertin, de Petrarca, etc., todo sobre asuntos serios, y aun algunas veces filosóficos y morales, en todos los que el mérito de Ochoa es mediano, y en los que si se tratara de darle fama, equivaldría á querer inmortalizar por su *Palleno* á Góngora, bien que en este ultimo punto, Ochoa es cien veces mas ilustre que el corruptor de la poesia castellana. En donde debe buscarse el mérito, el ingenio sin par hasta ahora entre nosotros de D. Anastasio de Ochoa, es, en su segundo tomo que consagró exclusivamente á sus poesias satíricas y jocosas, género esclusivamente suyo, en el que arranca la risa del mismo Timon, y al que no se dedicó exclusivamente por aquella tendencia inherente al hombre, de creer, que á medida que mas ramos se abrazan, mas se sobresale. Al abrir el libro, al ponerse á leer sus letrillas, sus epigramas, sus sonetos, todo se olvida para no pensar mas que en aquello que se propone satirizar; la risa viene por sí sola, y no se piensa ya en mas que en hacer las alusiones picarasas que naturalmente se ocurren, interrumpiendo á cada paso la lectura con estrepitosas carcajadas que son la mayor alabanza del que las promueve. Lo fácil de la versificación, lo suado de las ideas, lo fino y hursesco de la critica, todo, todo nos saca de nosotros mismos y nos hace esclamar involuntariamente que tenemos un poeta popular, un poeta que describiendo nuestros usos y costumbres, y valiéndose de nuestras expresiones y adagios mas triviales, ha sabido agradar á todas las clases de la sociedad. A la vista tengo sus poesias, y es tal el mérito que encuentro en todas ellas, que

á la casualidad dejo la eleccion de las que voy á citar en prueba de lo que he dicho. ¡En qué aventajan, por ejemplo, las celebradas letrillas de Góngora y de Quevedo, á las siguientes de nuestro poeta!

VI.

Cuando á la zorra
Juegas con los linceos,
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Segun los que roban
Porque somos libres,
Y que amarnos mucho,
En público fingen,
Aunque allá á sus solas
El diablo rechuyen;
Muy mal va la patria
Alloje ó estire:
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si despaclan pronto
Las cámaras, dicen:
„Todo se atropella;
Esa ley no sirve.“
Si espacio disentan:
„Esto es insufrible!
Jamás de este asunto
Veremos los fines.“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si activo el gobierno
Averigua el crimen:
„Adios libertades!
¿Quién seguro vive?“
Si no lo averigua:
„Somos infelices,
Pues los criminales
Ya no se persiguen.“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si el juez cuando puede
Acelera un litis:
„Las fórmulas huelen;
¡Despota terrible!“
Y si lo retarda
Por árduo y difícil,
„¡Cielos, que apatia!
¿Como ha de sufrirse?“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si algo del gobierno
Llega á traspasarse:
„¡Mal! Sin secreto
Nada se consigue.“

Si no se trastuce,
Se moñan, se rien:
„Todos son misterios
Y velos horribles.“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si entre dos materias
La cámara elige:
„¡Oh! de lo importante
Se olvida y prescinde.“
„Si la otra prefiere:
„Es cosa bien triste
Que asuntos superfluos
Tah solo se agiten!“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si las alcabalas
Corrientes se exigen:
„¡Infeliz comercio!
Cayo pues lo oprimen.“
Y si se moderan:
„La patria que gime
Sin repaños, ni erario
Fuerza es que peligre.“
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Tales son las mañas
De Campa te dije,
Desacreditarnos
Y no desistirse;
De lo que proviene,
Segun sus melindres,
Que aunque mas la patria
Se esfuerce y camine,
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

VIII.

Por si tenéis miedo
Muchachas, de oirlo,
Yo no he de decirlo,
Digalo Quevedo.

Si debo de Lice,
De Lice la bella,
Cocer que es doncella
Porque ella lo dice,
Bien que lo desdica
Su inhonesto traje,
Su libre lenguaje
Y continuo enredo,
Digalo Quevedo.

Si la niña alienta
Con sus atractivos
Blandos y lascivos
Al que amor la cuenta:

Si en esta tormenta
Se está creyendo ella,
Que porque es doncella
Se ha de estar á quilo,
Digalo Quevedo.

Si se hace Marica
Bouita aunque es fea
Sin pensar que empuja
Espejo y botica:
Que si á esto se aplica
Suela resistir
Del terco al pedir,
Del dar al denuedo,
Digalo Quevedo.

Cuando divertiran
Quiere algun maceta,
Si con la coqueta
Ha de introducirse,
O ha de dirigirse
A la honesta esquivar,
Que al nido reciba
Con semblante acedo,
Digalo Quevedo, etc.

XII.

La mi Talia,
Toda alegría,
La voz levanta,
Y píca y canta,
Asaz burlesca:
¡Mira qué mona!

El currutaco,
Que el aire y taca
De pierna y talle
Luce en la calle,
Muy del gran tomo:
¡Mira qué mona!

La jovencita,
Que de bonita
Presume tanto,
Y un tierno caño
Lasciva-entona:
¡Mira qué mona!

El falderillo
Que en el carrillo
Besa de su ama,
Y está en su cama
Cual en un irono:
¡Mira qué mona!

La currutaca
Que los pies saca
Y en el paseo
Bobia el muevo
De su persona:
¡Mira qué mona!

Aquel arillo
Que de zarcillo
Lleva en la oreja
Y jamas deja
Don Homobono:
¡Mira qué mona!

La transparencia
Que lleva Méncia
La coquetilla
En la mantilla
De sorlipona:
¡Mira qué mona!

El dulce hechizo
De tanto rizo,
Que don Marcelo
Lleva en el pelo
Con grande entono:
¡Mira qué mona!

La complacencia
De su presencia,
Con que en si misma
Toda se abisma
Doña Simona:
¡Mira qué mona!

Aquel don guapo
Todo hecho un zapo,
Que armando riñas
Ante las niñas
Jacta su encobo:
¡Mira qué mona!

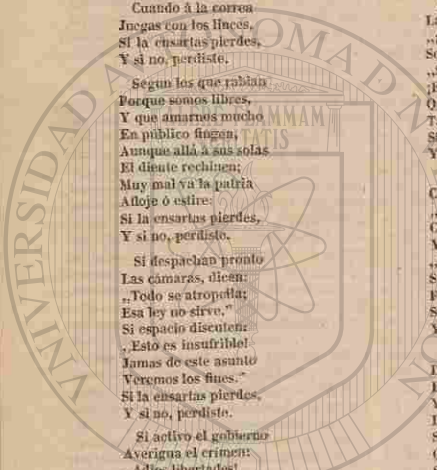
Y esta letrilla
Tan picarilla,
Tan disonante,
Que á cada instante
Se descuenta,
¡Mira qué mona!

XIV.

Así mi musa suele
En ociosos,
Jugar, por divertirse
Pares y nores.

A la doncella de tresp
Que ya de novelas gusta,
Y el padre Parra la asista,
Si la madre se lo ofrece;
Y que si el chulo aparece
Cortando allí la lectura
A cantarle se apresura
Apasionados cantars,
Dígole pares.

Al joven ocioso y luno
Que mimado se educa,
Y luego á estudiar lo envía



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Su padre en tiempo oportuno:
Que al proceptor importuno
llama, y sin saber hablar
Quiere en ciencia aprovechar
Sin aprender las lecciones:
Dígole nunes, etc.

En cada uno de sus epigramas, hallamos un pensamiento profundamente satírico, delicado y fino, como los mejores de Marcial, o de Iglesias; élaré, como mas notables, los siguientes:

XI.

Del padre de una niña.

Juana á los toros llevo
A su hija y mientras llegaban
Al circo, esta sí mataban
A los toros, preguntó;
Y cuando oyó que la madre
"Si los matan" le decía,
Esclamó ella ¡ay madre mía!
Si matarán á mi padre!

XVI.

De un marido.

¡Qué opipara está la mesa!
Gracias á aquel comerciante:
¡Qué liberal! me embelusa:
¡Ese vino está arrogante!
¡Qué parco! y que diferente
Fuera todo Mariguila,
Si tú no fueras bonita,
Y yo no fuera prudente.

XIX.

De una dama.

A un page nada dormido
Dijo, dándole un papel,
Cierta dama: yo con él,
Y entrégole á mi querido.
No era la primera vez.
Que iba el page, pues tomó
El papel, y preguntó:
Señora, ¿a cual de los diez?

XXX.

Pregunté á cierto censor,
Hombre de muy buena pasta,
¡Por qué en sus escritos gasta
Tanta paja cierto autor!
"Es porque cuando trabaja
(Me tijo) para la prensa,
Ante todas cosas piensa,
Y hace sus pinnos con paja."

XI.

De un casado.

Gil no sé de qué manera
Vió á su muger, y esclamó:

Si fuera naranja yo,
¡Qué hietmosas naranjas dicra!

Sus sonetos creo yo que pueden colocarse entre los mejores que de este género posee la poesía castellana, y que son comparables con los del fecundo Lope de Vega; y como prueba de esto puede ponerse el ya citado de la visita del carrutaco y el siguiente:

LA RESPUESTA CONCISA.

¡Hola!-¡Quién es?-Yo soy.-¡Qué manda usted!
¡D. Basilio está en casa?-¡Sñor, yo,
Esta mañana que se levantó
Le llevé chocolate á su mercé....
-Buño. ¡Mas está en casa ó ya se fue!...
-Como iba yo diciendo, lo tomó,
Y luego.... Mas, señora, ¿está ahí, ó no?...
-No, no era chocolate, era café....
-¡Válgate Dios, señora! bien está
Que fuera lo que fuese, mas aquí
No se trata....-¡Sñor voy para allá!...
Vaya, señora, diga vd.-¡Ah! sí:
Pues, señor, D. Basilio salió ya....
-¡Qué leonico hablar! Ya lo entendí.

En cuanto á sus traducciones, no hay mas que pasar la vista por el Faciolo de Boileau que tradujo en romance endecasílabo, con la traducción en una mano, y el original en la otra, para convencerse de que si no era un fauregui, estaba muy distante de pertenecer á aquella especie de traductores de quienes dice Larra, que los basta un diccionario y su audacia, para verter á nuestro idioma cualquier escritor extranjero. Mas dejando ya las citas que serian interminables, segun es el placer que la lectura de estos versos me causa, prosigamos con la vida de su autor; y antes de proseguir advertiré aqui, que en vano he buscado el elogio que de las Poesias de un mexicano, publicó el Sr. D. Andres Quintana Roo, para ponerlo á continuacion, como trozo que hará siempre honor á la memoria de D. Anastasio Ochoa.

Desde 1828 hasta 1833, año en que murió, se ocupó esclusivamente en trabajos literarios: tuvo parte en la traducción de la Biblia de Venecia, que publicó el Sr. Galvan; tradujo las Heroidas de Ovidio, y las publicó él mismo en prosa, tituladas: Cartas de Octaviano y Tibuldo, manuscrito del que se conservan algunos trozos de bastante mérito: escribió tambien, segun me han asegurado, una novela de costumbres mexicanas, de la que ni el título ha llegado á mis noticias, y emprendió un trabajo demasiado impropio en mi concepto, como fué el de

poner en octavas castellanas el Telémaco de Fenelon, habiendo logrado llegar hasta el último libro, cinco de las cuales he leído no mas, pues los dos primeros se perdieron. Tradujo tambien en ese tiempo, del frances, el Bayaceto de Racine; del italiano, la Virginia de Alfieri; del latin, la Penélope del Padre Andres Ffizi; arregló la Eugenia de Beaumarchais al teatro de México, y escribió en prosa una comedia original, titulada: el Amor por Apoderado, todas las cuales las he visto y leído en un tomo de manuscritos originales suyos que posee mi amigo D. Antonio Rodriguez Galvan, y que tuvo la bondad de prestarme. Las traducciones son de bastante mérito, y la comedia original, que nunca se ha representado en nuestro teatro, tiene algunas escenas bellisimas que valen por toda ella; y he sabido tambien que escribió otra comedia original con el título de la Hufana de Tlalnepantla, pero como no la he visto, nada diré de ella. Por este tiempo parece que se le invitó para que escribiese comedias originales para el teatro, á lo cual parece que él habia accedido, segun es fácil inferir del siguiente documento trunco que tengo en mi poder: "Tiempo es ya de que en nuestro teatro, dice, se vean representadas algunas costumbres nacionales. El escritor que presente piezas dramáticas con esta circunstancia, si logra agradar con ellas, merece alguna recompensa, y en su derecho á ella no lo juzgo inferior á un segundo galan. Verificándose esto, se consigue al mismo tiempo proteger en algun modo las buenas letras, y principiar un repertorio de comedias mexicanas."

"El ciudadano mexicano Anastasio Ochoa, ofrece presentar una comedia cada mes, en varias de las cuales habrá costumbres nacionales, y será la escena en nuestro país, con la condicion, para no gravar á la empresa, de que la pieza que no agrade al público no se le premie, y por consiguiente no se le abone el honorario correspondiente á aquel mes."

"Con estas condiciones, y otras de poca importancia que espresará...."

Por esto se vé, que si la muerte no hubiera venido á sorprenderle, quizá hubiera sido tambien el fundador de nuestro teatro nacional. Ultimamente, cuando vino á México la primera compañía de ópera italiana, se ocupó en traducir en verso los programas que se repartian al público.

En agosto de 1833, todos los ánimos estaban azorados en México, todos temian el ser atacados de un momento á otro por esa epidemia

terrible que dejó huérfanas á tantas familias, por el cadera-morbo, que habia inundado ya el espanto en todos los corazones: mas Ochoa resignado á sufrir la suerte que le tocara, y sin abandonar, ni su serenidad, ni su humor habitual, hizo su testamento desde principios de agosto, con toda la sangre fria de un filósofo que no vé en la muerte, sino la terminacion precisa y mas ó menos prematura de ese movimiento que se llama vida, impreso á nuestra materia por un ser inmaterial. Con esta preparacion preliminar, vio pasar rápidamente á agosto, vió llegar á setiembre, y el día 3 de este mes fué atacado del cólera con una violencia tal, que á las veinticuatro horas, á las siete de la mañana del 4 habia espirado ya en el seno de su familia, á los cincuenta años de su edad, y despues de una niñez, quizá feliz, de una juventud turbulenta, como lo es la de casi todos los hombres, y de una virilidad tranquila pasada en la dorada medicionidad, pues bien habia comprendido aquel precepto de Horacio:

Aurcam quisquis mediocritatem
Diligiti, tulus caret obsolete
Sordibus tecti; caroi invidendá
Sobrius aula.

Mas su memoria no ha muerto, porque siempre será recordada con placer por todos los amantes de las letras, y siempre venerada por todos aquellos cuyos ratos de melancolia haya contribuido á endulzar. Vivió para enseñarnos que hay un ramo de la poesía castellana, ramo bellisimo que debemos cultivar, si queremos llegar á poseer algun día un repertorio de poesía popular; y su nombre nos queda, para que cuando aquella esté en su mayor grado de esplendor, aparezca rodeado de la aureola de gloria, que, como al primero, se le debe.—Bacon I. Alcoroz.

FERRO-CARRILES.

Uno de los adelantamientos mas útiles hechos ultimamente en las ciencias, es la aplicacion del vapor al movimiento de las máquinas; pues con este medio se ha conseguido disminuir tanto el gasto, como el tiempo que se empleaba áhies de su descubrimiento en la manufactura de una porcion de objetos de primera necesidad.

Entre sus aplicaciones es muy digna de notarse, la que se ha hecho de él para mover los carrus en los ferro-carriles; su utilidad es in-

calculable, pues la distancia que acaso necesitara mucho tiempo para recorrerse por los caminos ordinarios, puede ser andada por medio de aquellos en pocas horas, proporcionando así un bien inmenso al comercio en general y á los habitantes del país que los posee. En particular su uso, generalizado hoy en toda Europa y en los Estados-Unidos, prueba su importancia y las ventajas que de ellos se derivan.

Al principio los carriles se formaron de madera, y sobre estos corrían las ruedas de los carruages, tirados entónces por animales; esta era una perfeccion con respecto á los caminos ordinarios, pues disminuyéndose la resistencia, con la misma fuerza se podia conducir un peso mucho mayor, se construian colocando á

los algunos países, por principios de economía, no se forma todo el carril de hierro, sino que se colocan á lo ancho barras de madera, sobre las que descansan otras en la misma direccion que debe seguir el camino, y encima de estas últimas se coloca una plancha de hierro de una pulgada ó poco mas de espesor, sobre la que corren las ruedas.—III.

La circunstancia de que la madera estuviese sujeta á romperse al poco tiempo de usarse, hacia que sin embargo de sus ventajas fuese todavía muy imperfecto este medio de comunicacion: se formaron tambien los carriles de piedra labrada; pero tenían siempre las desventajas de los de madera. La experiencia enseñó, por fin, que el mejor material es el hierro, y de este metal se construyen hoy, aplicando ademas la fuerza del vapor para mover, no un carro, sino un tren compuesto de seis, ocho y aun mas.

Al principio se hicieron los carriles de hierro colado; pero como este metal es tan quebradizo, tenían que reponerse con mucha frecuencia, y solian ademas ocasionar desgracias en los carros que corrían por encima de ellos, en razon de que las ruedas saltaban al tropezar con las roturas, á causa de la mucha velocidad con que caminan, y por esto se sustituyó el hierro forjado, que es el que se usa hoy generalmente.

Las varas formadas de este material tienen de doce á quince pies de longitud, y descansan sobre unos apoyos de piedra colocados á distancia de tres ó cuatro pies uno de otro. La figura de estas varas ó carriles ha sufrido diversas modificaciones. Cuando se comenzaron á usar, tenían una parte saliente en el lado exterior para confinar así al camino á las ruedas que entónces eran planas; pero como éon esta figura contenian el polvo y formaban todo, oca-

sionando así una parte de los defectos que se habian querido evitar, se formaron planos, y las ruedas fueron las que tuvieron las partes salientes en su lado exterior, lo cual hace que se mantengan siempre sobre los carriles. Estos se hicieron planos en su parte superior, conforme se ha dicho; pero se redondearon sus aristas, para oponer de este modo menos resistencia á las ruedas de los carros. La union de dichos carriles se efectúa por medio de una parte saliente, dejada en una de ellas, que entra en una hendidura practicada en el otro, y afirmado con tornillos que los atraviesan, ó cortándolos oblicua é igualmente, ya en linea recta ó curva, y afirmándolos siempre con tornillos.

En algunos países, por principios de economía, no se forma todo el carril de hierro, sino que se colocan á lo ancho barras de madera, sobre las que descansan otras en la misma direccion que debe seguir el camino, y encima de estas últimas se coloca una plancha de hierro de una pulgada ó poco mas de espesor, sobre la que corren las ruedas.—III.

EL CLAUSTRO.

A MI AMIGO GUILLERMO PRIETO.

En densas sombras la callada noche
Envuelve el solitario Monasterio
Que á los cielos su cúpula levanta;
¡Puerto de salvacion, morada santa
Donde reinan la calma y el misterio!
No se mira al través de sus cristales
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Ni del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concerto sonoroso.
En dilatado claustro, allá á lo lejos,
Lámpara opaca misteriosa brilla,
Alumbrando con pálidos reflejos
La imagen de la Virgen sin mancha.
En frágil vaso, cándida azucena
Ofrece su blancura y su fragancia
A la que enjuga del mortal el lloro,
A la que en nube de violeta y de oro
Lleva al Señor las precas de la infancia.
Por el hermoso cuello de Maria
Baja en rizos la suelta cabellera,
De amargo duelo la expresion descubre
La escasa luz que su semblante baña,
Redejando en la lágrima de angustia

Que pendiente quedó de su pestaña,
Ante la imagen santa arrodillado,
Viejo monge se inclina reverente
Y eleva su oracion con voz encendida;
Entre sus canas la prudencia anida,
La calma en las arrugas de su frente.

¡Virgen de bendicion, cuyos altares
Con tierno lloro el desvalido riegal!
¡Cándida Virgen cuya voz sosiega
De la afliccion los turbulentos mares!

Eres astro que luce solitario
De negra noche entre el horror profundo;
La prenda de consuelo que dió al mundo
Jesus, al aspirar en el Calvario.

Voló un cabello de tu sien divina,
Y ornó el iris el vasto firmamento;
Una lágrima tuya llevó el viento,
Y fulguró la estrella vespertina.

„Oye Señora, benigna,
La voz de este pobre anciano,
Que con su trémula mano
Incienso tiñe el santo altar.
Tu que cual ninguno sabes
Lo que es de madre el cariño,
Se amparo de un tierno niño
Que gime en triste horfandad.“

„Abandonado inhumana
Su madre, pálido, yerto:
¡Qué puede en vasto desierto
Aislada la tierna flor?
Mas tú el árbol sacrosanto
Serás, que al pimpollo tierno,
Preserve del crudo invierno
Y del furioso aquilon.“

„Yo te enseñaré, Señora,
Tu nombre dulce, armonioso,
Y el con labio candoroso
Su madre te llamará.
Y te mirará estasiado
Sintiendo inocente,
Y ofrecerá reverente,
Lirio y jazmin en tu altar.“

„Diosa del amor cristiano!
¡Joya la mas peregrina,
De la diadema divina
Que ornó del Señor la sien!
Oye el ardiente suspiro
Que te poderosa inflama,
De este viejo que te ama
Desde su tierna niñez.“

„Recibe bajo tus alas,
Paloma blanca y sencilla,

Esa huérfana avecilla
Que busca refugio en tí.
Y con mas tranquilo curso
Que sesgo y diáfano río,
Llegará al pie mio
De la existencia al confín.“

Las doce son! . . . la voz de la campana
A los varones de virtud ejemplo,
Convoca á la oracion; iluminado
Se ve resplandecer el santo templo.
De la afliccion los turbulentos mares!
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Y del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concerto sonoroso.
Diciembre 14 de 1845.

JUAN N. NAVARRO.



BIBLIOTECA

QUE COSA SEA Y SU IMPORTANCIA.

Colocados los seres organizados en relacion con todos los cuerpos que los rodean, se ven amenazados continuamente por innumerables agentes que tienden á destruirlos, y como si su organizacion hubiese robado sus elementos á la naturaleza inorgánica, esta trabaja por recolectar lo que era suyo, presentándoles por todas partes y sin interrupcion fuerzas tenaces é irresistibles, que no cesan de obrar sino cuando han arrancado una á una todas las partículas de que estaban compuestos, y las han vuelto á su estado primitivo.

El hombre, aquel cuya organizacion es mas complicada, mas bella, mas perfecta, se aleja mas de la naturaleza bruta, y esta, como envidiosa de su enemigo, parece que despliega todo su poder para despojarlo de sus riquezas.

Sin embargo, el hombre, como todos los seres organizados, se ve dotado de fuerzas capaces de resistir á su disolucion por una parte, y por otra de reponer las pérdidas que sufre en estos no interrumpidos ataques, en los que se ve á veces pasageramente oprimido, y otras desorientado despues de haber agotado sus esfuerzos en contrarrestar un acometimiento repentino, hasta que debilitado por el tiempo, se sobrepone á su adversario, y lo destruye enteramente.

He aquí el origen de las enfermedades que nos afligen, y que, debilitándonos cada vez mas, nos hacen experimentar padecimientos y privaciones de todos géneros, como si no

tuviésemos ya bastantes motivos de penas domésticas y públicas que desgarrasen el corazón.

Mas hay una ciencia amiga, que dando al hombre desgraciado una mano compasiva, para alejarlo de los precipicios á cuya orilla se encuentra á cada instante, para guiarlo por los escurridos caminos que se ve precisado á recorrer, en fin para conservarle el inestimable tesoro de la salud; pues bien, de esta ciencia, benéfica nos ocupamos en este momento.

No hay ser organizado que no se vea precisado á someterse á sus reglas, so pena de verse conmovido en sus elementos, y todos las siguen como por instinto. La madre cariñosa cuando envuelve á su hijo querido en suaves mantillas de abrigo para resguardarlo de los rigores del invierno, el jóven que gradualmente desafia todas las intemperies de las estaciones para despreciarlas en lo adelante, el anciano que se espona á los rayos vivificadores del sol para dar vigor á sus lios y entumecidos miembros, el cuadrúpedo que se proporciona frescas guaridas en el estío y calientes en la estación brumal, el ave que recorre el mundo con la primavera, y finalmente el vegetal que nace en lugares apropiados á su organización, ya escondiéndose en los abismos del mar, ya desplegando sus robustas ramas en las cimas de elevadas montañas, no hacen sino seguir las reglas que les ha inspirado la misma naturaleza, no hacen sino colocarse en las circunstancias mas favorables para la conservación de su salud, objeto final de la higiene.

Mas es necesario fijar la atención en algunas consideraciones importantes sobre esta ciencia; así pues generalmente se creen segundas sus preceptos cuando se han evitado las agresiones de los demas cuerpos; error crezo y de consecuencias funestas para el que está imbuido en él. ¿Qué el rico que vé desaharse los dias del invierno, sin sentirlos, en piezas cerradas con cristales y cortinas, alfombradas, cubierto de pieles y reclinado en blandos sofás, este hombre, digo, estará menos expuesto á ser presa de las enfermedades, que el labrador que ha dado á sus órganos el vigor suficiente para resistir las intemperies? No, el primero, de la misma manera que la flor que ha arrancado del campo, y que adorna sus salones, colocada en doradas vasijas, está sin vigor, marchito, y pronto á ceder al soplo mas leve; mientras el segundo, semejante á la robusta encina, desafia no solo los rigores del frío, sino los de los vientos y las lluvias, y aun en la ancianidad lleva impresas las señales de

la robustez. Nuestras damas, criadas en los salones con todas las comodidades de la vida, huyendo siempre las influencias de la atmósfera, pierden desde luego su frescura, los colores las abandonan, y teniendo presentarse á la claridad del sol, buscan la triste y amarillenta luz artificial, procurando ocultar su marchitez con repugnantes afeites. No así la aldeana fresca y vigorosa que, levantándose con la aurora, sale llena de vida á competir con el resto de la naturaleza en hermosura y lozanía. No hay duda, es mas hermosa la flor del campo que la de los salones.

De aquí hace precisamente la regla de procurar robustecernos lentamente para esponerlos sin temor á la acción de lo que nos rodea, pero sin caer en el estremo opuesto: el que haya recibido de la naturaleza una constitución física delicada, no se esponga desde luego á la acción de los rayos solares, de la lluvia, y etc.; sométase gradualmente á su influencia, y terminará por no hacerle impresion alguna, como no le hace al que ha crecido en medio de los campos.

Por tanto, las reglas de la higiene deben seguirse, no por un dia ni por un individuo solamente: cualquiera que desprecie sus leyes recibirá el castigo de su desobediencia, y si persiste durante largo tiempo en su obstinacion, comprenderá á sus hijos en la misma pena y destruirá su descendencia, pues que la naturaleza no quiere individuos inútiles y estenuados.

¿Quién será capaz de ver con ojos enjutos el resultado de sus desórdenes en los padecimientos de sus hijos, que nacen para alimentar esperanzas en sus primeros años, y morir en su edad mas florida, ó lo que es aun mas doloroso, que tienen que soportar por toda su vida las incalculables molestias de la enfermedad! ¿Sabeis, por ventura, lo que es estar enfermo? es padecer toda clase de tormentos, no gustar un momento de tranquilidad, estar lleno de necesidades, estrañas á los demas hombres, y por lo mismo difíciles de satisfacerse, no poder entregarse á ninguna especie de distraccion, pes la lectura, los paseos, las diversiones de todos géneros y aun la conversacion con los amigos todo está negado al pobre enfermo, aunque los demas hombres no comprenden sus padecimientos, y aun le niegan la compasion.

Qué importancia tenga esta ciencia, se deduce de todo lo espuesto. Su influencia se estienda á todos, y la observancia de sus preceptos es una de las principales fuentes de la felicidad de los pueblos y de los individuos. La buena madre, robusteciéndose á si misma, dará á su hijo desde sus entrañas una salud que será

envidiada de todos, y este no cesará de bendecir al ser benéfico que con la existencia le dio una salud sin quebranto. El padre, solícito de la felicidad de sus pequeños, fortalecerá sus delicados órganos con el trabajo, desarrollando á la vez su físico y su inteligencia, habituándolos desde temprano á prácticas saludables, inclinandolos á aquellas ocupaciones que podrán soportar en lo de adelante. Si, esta es una obligacion sagrada de los padres, porque, qué desgracia mayor para un hombre que encontrarse cuando ya no es posible retroceder, obligado á dedicarse á una especie de trabajo superior á sus fuerzas, y que indudablemente lo arrastrará á la tumba ó lo condenará á la mendicidad? Este hombre infeliz volverá la cara por no ver á la vida y será del número de los que sonrío á la muerte. ¿Y habrá alguno que despues de mirar esta pintura, no se dedique á esta ciencia bienhechora y descurda de la salud de los seres que dependen de él? ¿Qué desconsolador es tener que responder á una pregunta de esta clase con un amargo síl. Porque existen hombres que olvidando la especie á que pertenecen, se imaginan criados para atormentar á los demas, que cegados por las pasiones no se acuerdan sino de satisfacer sus deseos, aun cuando sea con menoscabo de sus semejantes, finalmente que distan la felicidad de sus descendientes, de que son depositarios, por gustar de momentáneos placeres. Mas afortunadamente un número no corto oírá con interés nuestros avisos, y dedicándose á la higiene recibirá desde luego el premio debido á sus desvelos, y llenará el objeto de los que esto escribimos.

La higiene, por tanto, debería enseñarse al mismo tiempo que la moral, porque despues de formar la parte intelectual, nada llama la atención mas que el desarrollo del cuerpo, que está tan íntimamente unido con el espíritu, que no puede este dar un paso si aquel está débil y retenuado. El hombre no puede cultivar su entendimiento si su cuerpo no está sano; un dolor, una molestia física de cualquiera especie es enemigo del pensamiento; la imaginacion, la memoria, todo se entorpece en los padecimientos corporales. He aquí otra poderosa razon que impulse á estudiar los medios de conservar nuestra salud.

Si acaso hemos insistido demasiado en demostrar la importancia de la higiene, es porque deseamos ser útiles á nuestro país, en donde, pasando de un estremo á otro, se cultiva hoy casi esclusivamente la inteligencia con menoscabo del cuerpo y de ella misma. Se cuida de

enumerar las ciencias que deban aprenderse, las horas que se hayan de ocupar en el estudio, y no investigar los ejercicios mas convenientes para el desarrollo del cuerpo, ni menos se señala el tiempo que debería uno emplear en ellos.

Todos los pueblos sabios han estado de acuerdo en el interés que presenta esta ciencia, y salen por garantos de esta verdad. Los usos y costumbres de ellos y las leyes que protegian ciertas prácticas saludables. Mas hoy los gobiernos, mirando su bien particular, y olvidándose del general, no cuidan de robustecer las generaciones, y parece que se complacen en verlas abatidas física y moralmente.

Finalmente las religiones y en especial la cristiana, que no ha olvidado nada de lo que podía hacer feliz al hombre, tienen muchos preceptos cuyo objeto no es otro sino la salud de sus sectarios.

Alguno creerá acaso que los elogios que hacemos á esta ciencia son exagerados: se equivoca, y diariamente tenemos pruebas indudables de sus ventajas. ¿Quién es el que no ha visto á una persona destruida por una enfermedad ó por desórdenes de todos géneros, volver por su medio á adquirir la salud que creia perdida para siempre? ¿Quién es el que no ha sentido en si mismo los resultados de un desorden, en sus costumbres ó en sus hábitos? no necesitamos otra prueba: sin embargo, un hecho entre muchos llama la atención, y no podemos menos de referirlo, para concluir, por el interés que presenta.

Luis Cornaro veneciano, de una familia distinguida y poseedor de bienes de fortuna considerable, nació en 1467; de una constitucion débil, y entregado desde su juventud enteramente á la dissipacion y al ardor de las pasiones, su salud se destruyó de día en día, y se vio atacado de largas, frecuentes y dolorosas enfermedades; en vano le aconsejaban los médicos la templanza, como el único medio de salud, hasta la edad de cuarenta años, en que encontrándose en un estado deplorable y amenazado de una muerte próxima, resolvió someterse á una excesiva sobriedad. Redujo su nutricion, á la cantidad de doce onzas de alimentos sólidos y catorce de vino por dia, eligiendo entre aquellos los que su estómago digería mejor, Cornaro mismo se admiró de la rapidez con que se restableció su salud, hasta entonces lánguida, en el espacio de algunos meses, en los que quedó libre de todas las enfermedades que lo habian atormentado. En lo de adelante, libro de padecimientos, completamente feliz y dedicado á las bellas artes y otras ocupaciones agr-

dables, vivió cincuenta y nueve años despues de su feliz resolución, habiéndlo escrito al fin de su vida varios tratados sobre las ventajas de la vida sobria: murió el 26 de abril de 1506, de noventa y nueve años de edad. ¿Quién se atrevería á negar la benéfica influencia que tuvo sobre Cornaro la observancia de las reglas de la higiene?—RR.

Y SUS MEMORIAS SOBRE MEXICO.

¿No os parece, carísimo lector, que es un absurdo imperdonable el confundir, aunque solo sea en el nombre, al humilde pintor de frisos y fachadas, con el ingenioso artista, que estudiando continuamente la naturaleza, la retrata en un pálido lienzo, cuya contemplación nos arrebató luego, y engendra en nuestras almas varias y delicadas sensaciones? Esto no obstante, el común de las gentes suele dar á enteraños individuos el nombre de *Pintores*, con tal sólo agrario de la suya razón.

Pues igual injusticia se comete, en mi humilde concepto, apellidando indistintamente *pintores* á todos los que viajan, pues si bien se mira, viajeros hay como Winckelmann, Forster, Heine y Humboldt, que en su línea pertenecen, por decirlo así, á la verdadera clase de pintores, puesto que han demostrado con sus obras, que supieron estudiar con fruto la naturaleza y la especie humana, al paso que existen otros, y no son pocos, que á semejanza de los pintores de brocha, tan solo saben pintar de blanco lo que era negro y mas frecuentemente lo contrario. Nuevo linaje de caricóles son estos, que hacen profesión de traer y llevar nuevas, unas veces demasíado añejas y otras falsas.

Pero volviendo al simil; á mi al menos me pareció siempre una profanacion el confundir á madama Stael, ó á Lady Montague con madama Calderon, y sobre todo á Humboldt con Isidoro Lowenstern.

Si es cierto que una obra es el mejor retrato de su autor, yo tengo para mi que este ha de ser igualmente parecido á aquella: lo cual digo, porque si solamente en extracto he leído las consabidas *Memorias*, en cambio conocí personalmente á su autor.

Mas ¿cómo sucede que casi nadie conoció en

México á tan espantado frison? ¿Viajaba por ventura en caballos encantados como Fausto y Melisófiles ó tan espiritual era que no se le podía ver ni palpár? Á mi me consta, era hombre que media mucho mas de ocho cuartas y ya usted vé, señor lector, que por su tamaño, ya que no por sus *temaños*, pudo haber llamado algo la atención.

Para explicar por qué no sucedió esto, tengo de denunciar aqui al malévolo que desprestigiaba á mi héroe, y que ni á sol ni á sombra le dejaba, para que algun dia, aunque remoto, llegue á persuadirse de los flacos servicios que le ha hecho en su dilatada peregrinacion.

Pues señor, no fué otro el culpable del menoscabo que se miró aqui al celebre viajante, que su misero *sombbrero*. Las rocias nevadas y continuas lluvias del Norte de Europa, donde es fama que ladran los perros al sol la tal cual vez que asoma, juntamente con el intempestivo calor y los aguaceros tropicales, le dejaron tan mal trecho, que solo se habria recuperado de la fiebre *amarilla*, que ya trajo al pisar nuestro suelo, si á dicha le hubiese dado el vomito *prelo* en Veracruz. Si al *sombbrero* susodicho, que ya necesitaba para ejercer sus funciones naturales, de que una mano amiga auxiliase sus movimientos por detras, asiadas alguna otra menaderencia que yo sé y que por elegancia es bien callar, se formareis tal cual idea de lo que debia interesar el peregrino alemán á todos cuantos con la debida atencion le mirasen, y vendréis en conocimiento de las cartas de recomendacion que á este pais trajo.

Mas quién creyera que este *colosal anticuario*, en lugar de ver y dejarse ver en plazas y mercados, tuviese la inaudita ocurrencia de encerrarse en un cuarto de la posada sita en la calle de Vergara, durante los pocos meses que en México estubo, á acapillar sus *sombbreros* y encustiar pliegos de papel? Y adviértase que este recetado, metido todo el dia en su celda, no puede haber formado sino juicios temerarios de los mexicanos, puesto que ni fué jamas admitido en la buena sociedad de estos, ni sabia tan palabra de español; por manera que no habiéndolos conocido sino de vista, por decirlo así, afecta haber tenido con nosotros grande intimidad. De viajeros como el susodicho, que aunque visitan países estraños, solo se asocian en ellos con sus compatriotas, se moía el ingenioso Colton con sobrada razon, pues como observa, no consisten los tales, despues de mil fatigas, sino cam-

biar de clima y meridiano. Hay mas: el carnívoro tudeso, de quien voy hablando, no ha escrito el mismo la obra que bajo su nombre ha visto la luz, pues hablaba tan imperfectamente el idioma francés, que á pesar de la osadía que le caracteriza, no creo se haya atrevido á escribir en esta lengua un párrafo siquiera destinado al público. ¿Que crédito, pues, merece una obra en que se juzga magistralmente á toda una nacion y á sus mas distinguidos ciudadanos, con una severidad de que apenas hay ejemplo, y cuyo autor ignoraba de todo punto la lengua del pais que ha querido malignamente infamar, que tan solo ha permanecido en él unos cuantos meses, y esto sin haber tenido en todo ese espacio de tiempo comunicacion alguna con los nacionales? Las *Memorias de un viajero* han sido redactadas en pais estraño por algun individuo que probablemente sabia menos todavía de lo tocante á la nacion que describió en su gabinete allá en Paris, que el celeberrimo austriaco que le dio el tema y que encerrado constantemente en su aposento de la calle de Vergara, solo podia saber por induccion si hay ó no ratones y pulgas en las posadas de la capital de esta República.

Tanto como el infame pintor Waldeck, que tambien blasona de observador y de político, ha mentado en sus fantásticas descripciones arqueológicas, (y es mucho decir) tanto así ha abusado de la verdad el austriaco en sus apasionadas relaciones.

A propósito de Waldeck, es decir, de ese miserable metesillas que por un par de pesos, ¡hermosos *gorogolifotos* consentia en estar horas enteras sin moverse, cuando se daba en nuestro teatro el *Don Juan*, ópera en que hacia el difícil papel de estatua; quisiera contar aqui un rasgo suyo por extremo característico, y que segun creo es ignorado. Refiriendo cierto dia á mi amigo mio como habia acompañado á Egipto á Bonaparte, y llegando á la descripción de la batalla de las pirámides, en que pretende haberse hallado, dijo: „asi que dió el general varias disposiciones para el ataque, se acercó á mi y poniéndome suavemente la mano en el hombro dijo: *„Halter, je compte sur vous!..*” Pues este mismo individuo, que solo es capaz de enganar á los que no le conocen, cuando se escape de su boca ó su pincel un rasgo de verdad, es miembro de algunas sociedades científicas de Europa, merced á una obra en que ha estampado sus *pesadillas* arqueológicas.

Pero volviendo á mi héroe, es obligacion mia imponer á los lectores de lo que acerca de él decian y pensaban los poquísimos estraños que se conocieron. Aseguraban algunos filosofistas que es de extraccion hebrea (tal vez el juicio errante); otros, no sé con qué fundamento, querian que fuese bastardo de un hebreo y alemán, y yo juzgando por los hechos y siguiendo el proverbio alemán que dice „los pensamientos son libres de derechos.” (*Gedanken sind tollfrey*), me inclinó á creer que los unos y los otros pueden tener razon.

Haciendo á un lado la genealogia de tan Santo Faron y pasando al tono serio, pregunto: ¿podrá ser imparcial al tratar de una República del nuevo mundo, un miserable esclavo, nacido en un pais tan despótico como la misma Rusia, que es cuanto se puede exagerar? Esto no lo digo yo, sino viajeros de diversas naciones que han recorrido últimamente los dominios de Austria, y que ademas describen de tal modo la miseria, el atraso, en suma, la infeliz situacion de la Hungría, la Bohemia y otras provincias del imperio austriaco, que mal que pese al *reintegrado* viajero, y por deplorar que fuese nuestra suerte, no lo cambiariamos, á fé por la de aquellos pueblos desgraciados, á quienes parece haber negado el cielo aun el bálsamo consolador de la esperanza. El republicano mas indigno siente que su corazón rebosa en miel, cuando vé que un siervo abyecto, que tales compañeros tiene en su abominable esclavitud, se gora en zaherir á los hijos de un pais libre, que aun en medio de la lucha fratricida y de las turbulencias á que los arrastra el destino común é inevitable de todos los pueblos de la tierra, pueden levantar la frente y decir con orgullo: „Aniqui desgraciados, somos libres, y nuestros hijos serán á un tiempo libres y felices.” Posible es que en su misma patria aculeta, que es digno de saberse, que en Austria está prohibido que se tablee escrita sobre el estado del pais ni en bien ni en mal, y que se niega la entrada á toda obra que de ello trate, ora sea escrita por nacionales ó extrangeros.

Los esclavos se regocijan de ver caer á sus semejantes en las redes de la servidumbre; depravada propension es esta de que hasta cierto punto participan los cuadrúpedos, pues todos saben que los hombres que en Asia se ocupan en la caza de elefantes, se sirven de los ya domesticados para atrapar á los domas. Este hecho explica basta cierto punto la tendencia que es facil descubrir en la obra, leyendo el extracto analítico que de ella se ha hecho, y no es o-

tra en mi concepto que inculcar la necesidad de una intervención extranjera en la gobernación de la República es decir, la intervención del lobo en un rebaño de ovejas. (*) Ademas no se necesita cavilar mucho para llegar á conocer que una buena parte de la animosidad del austriaco contra los mexicanos es enteramente artificial y estudiada, porque en efecto, el ménos avisado sabe que no hay medio más fácil y seguro de congraciarse con los soberanos y las cortes de Europa, señaladamente con la de Austria que es por excelencia servil y aristocrática que tirar al degüello á las Repúblicas. Claro está, pues, que Löwenstern espera, y obtendrá probablemente de su gobierno, alguna muestra de agradecimiento por el rabioso empeño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita.

Al hablar Löwenstern, ya que no sea el que sobre su tema compuso tan disonantes *variaciones*, de los vicios que en esta ciudad tuvo la perspectiva de descubrir al través de las paredes de su aposento, debió tener presente que la espantosa relajación de costumbres de la capital de su país, ha escandalizado á la Europa toda, hace ya muchos años. El que lo duda no tiene más que leer la descripción que de Viena hizo Lady Montague. La palabra *laura*, segun esta ilustre viajera, tiene entre las damas de Viena una significación enteramente contraria á la que se la da en Inglaterra y aun en el resto de Europa, con la agravante circunstancia de que los inauditos ejemplos de corrupción que ella menciona, fueron tomados de la clase más elevada de aquella sociedad; ¿real no sería pues la de las inferiores? La demoralización de las clases superiores, segun se explica un juicio autor ingles, es comparable, á aquellos terribles aguaceros que aunque se engendran en las regiones altas de la atmósfera, hacen todo su estrago en las bajas, y frecuentemente las inundan.

Para que se vea aun más claramente la preocupación con que el austriaco habla de todo cuanto dice relación á los mexicanos y á su país, voy á traducir algunos trozos que estan en perfecta contradicción con lo que él dice, y son tomados de una obra de bastante mérito, escrita en alemán por C. C. Becher, cuyo título es: „Mexico in den Ereignissollen Jahren 1832 und 1833, ó sea México en los memorables años de 1832 y 1833. Esta obra que, como se vé, fué

(*) El juicio crítico de la obra de Löwenstern escrito por el Sr. Tornel ha circulado tanto y su publicación es tan reciente que me ha parecido excusado el insertar aquí de nuevo los párrafos de dicha obra á que hago alusión.

escrita algunos años hace, es enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está.

Comenzaré mis extractos, que protesto abreviar cuanto sea dable, dando la descripción que Becher hace de la ciudad de Veracruz, pues conjeturo que por aquí empieza á desahogar su *espacioso buche* Löwenstern.

Hablando Becher de dicha ciudad, cuyo solo aspecto dió desde luego en cara á Löwenstern, dice: „Pareceme esta ciudad muchísimo mas hermosa de lo que me habia yo figurado, y de un aspecto más agradable tambien, por su alegre cielo y su claro sol. Las calles son anchas y tiradas á cordel, muchas de ellas espaciosas; las casas hermosas por dentro y fuera, cómodas y construidas con arreglo á lo que el clima exige” etc. etc. etc. Léase la descripción de Löwenstern, y se notará un contraste inesplicable ciertamente.

Describo en una de sus cartas Becher, las mejoras que ya en 1832 se advertían en cuanto al modo de viajar en nuestro país, y ponderando las ventajas que deriva Puebla de tener comunicaciones más seguras y violentas con la capital de la República, pregunta: ¿á quién sino á los extranjeros debe el país estas ventajas? y sin embargo se les odia en Puebla (1832). Con todo, tambien entre nosotros se han visto cosas semejantes.”

En una escursión que el propio autor hizo á la Ferrería llamada el *Sitio*, tuvo ocasión de visitar una hacienda de azúcar, con cuyo motivo hace presente que este país ofrece una prueba de que tales haciendas pueden ser perfectamente cultivadas por trabajadores libres, y luego dice: „Sean pues cuales fueren los defectos de la constitución de México, en una cosa es superior á la decadente norte-americana, conviene á saber: en que acata los derechos del hombre y no tolera ningún género de esclavitud. Grande placer recibí mi alma, (continúa), al ver como se presentaban centenares de hombres libres á recibir la compensación de su trabajo, pues era justamente día de raya en la hacienda de que hablo.”

Al referir el asesinato que cometi6 un criado en su amo, que era extranjero, se expresa Becher en estos términos: „Lo que probablemente indujo al criado á perpetrar el crimen, fué el temor que le sobrevino de ser luego descubierto, pues absolutamente tuvo parte la política ni el fanatismo, sino únicamente el deseo de robar.” El desgraciado amo entró en su casa á la sazón precisamente en que se estaba cometiendo el robo. „Por horroroso que este

caso parezca, no puede negarse que tambien entre nosotros han ocurrido sucesos semejantes, y ademas, la general indignación que ha excitado, demuestra que aquí (Veracruz) son raros.”

En otra de sus cartas habla Becher así: „Mañana parto de esta famosa ciudad del Nuevo Mundo, á la cual llegué hace año y un mes.... Muchas cosas nuevas y curiosas he tenido oportunidad de observar aquí, he renovado algunas amistades, contraído otras nuevas, he sido recibido en todas partes con tal cortesania, y se me ha tratado con tal bondad, que jamas se borraré de mi alma el grato recuerdo que en ella está grabado. Ni del país, ni de sus habitantes, tengo pues que quejarme, y si únicamente de los acontecimientos, los cuales penden de la suerté.”

Refiere el mismo escritor, en una de sus primeras cartas, que á su venida de Veracruz á esta capital, encontró en el camino á un regimiento de infantería, que se dirigía al citado puerto, y cuyo equipo y apariencia, segun él dice, no eran de lo más brillante, pero añade luego: „No quiero juzgar precipitadamente, ni tampoco deducir falta de valor de la parcial carencia de calzado, etc. etc.”

No es por cierto Becher de los que neciamente intentan desfigurar á los héroes de nuestra gloriosa independencia, y disminuir su acrisolado mérito. Hablando de ellos se expresa de este modo: „En la historia de este grandioso acontecimiento (la emancipación absoluta de México) no faltan ejemplos del mayor desprendimiento y la más sublime generosidad, ni tampoco rasgos comparables con los más bellos que la historia ha conservado, y que darán algún día á México una gloria que las pasiones, no amortiguadas aun le quieren disputar. ¿Qué hay de más sublime, que denote mayor grandeza de alma y un desinterés más patriótico que el proceder de un Bravo y la vida de un Victoria?” En seguida pasa el autor á describir menudamente la heroica acción del general Bravo con los prisioneros españoles, y las inauditas penalidades y sacrificios del general Victoria, durante la obstinada lucha de la independencia, y concluye así la carta. „Otro sublime rasgo he de contaros, que con tanta mémos razon debo omitir, cuanto que concierne y honra al bello sexo. La Señora Rayon tenía tres hijos, que en calidad de generales servían entre los insurgentes y que pelearon con grande valor contra los dominadores. La madre y uno de ellos cayeron en manos de los españoles, quienes la propusieron escribiése á sus otros dos hijos, (que á la sazón defendían

tenazmente un punto fortificado) para que lo entregasen, pues así y solo así salvaría la vida del hijo que con ella habia caído prisionero. A semejanza propusieron contestó la digna matrona con la grandeza de alma de una espartana. “No me quería comprar la vida de uno de sus hijos con la infamia de los otros dos;” y vió en seguida flusilar al desventurado hijo con indecible dolor, mas con firmeza heroica.”

Terminaré este cansado artículo advirtiéndolo no se crea, por los sucintos extractos que acaban de leerse, que las cartas sobre México por C. C. Becher, son un panegirico de los mexicanos.—Nada ménos que eso; contienen críticas justas así como otras fundadas en gravísimos errores; pero se echa de ver muy fácilmente, leyendo la obra entera, que ni en estilo ni en aquellas ha tenido parte el odio á esta nación ni á sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores.—MALA-ESPIÑA Y BIEN-PICA.

ENTOMOLOGÍA.

LAS HORRIBLES.

El instinto, voz vaga, fútil, que nada significa, y que ha sido ridiculizada por muchos filósofos, he aquí la causa que se nos quiere dar de los fenómenos que nos presentan los animales irracionales en varias funciones de su vida. Si preguntamos ¿por qué la primera vez que en su vida un gato ve á un raton ha de cazarlo? se nos contesta que por el instinto; si nos admira ver que cuando un gavilán pasa gritando sobre algún gallinero, las gallinas tiemblan y corren á esconder sus hijos, como si supieran que les amenaza un inminente peligro, se nos explica esto, diciendo que el instinto les enseña que aquel pájaro apelece la carne de sus polluelos; y si nos sorprende ver que un asno que ha vivido algunos años bajo la férula de su amo, y lo deja de ver algunos días, lo descubrirá entre más de cien personas, aun cuando se disfraze, y lo acariciara, se nos dice que este animal obra únicamente por instinto. La dificultad aumenta cuando oímos definir al instinto, diciendo que es el sentimiento y sagacidad natural de los animales; pues si se pregunta cuál es la causa de esta sagacidad, se nos contesta que el instinto. Para mi es muy probable la opinion de los que admiten en los irracionales un alma, no idéntica, pero algo semejante á la nuestra; y así ya se puede comen-

prender la causa de los fenómenos que observamos en los animales.

Entre todos los seres irracionales que pertenecen al reino animal, acaso no hay uno que presente fenómenos mas curiosos que la hormiga, insecto despreciable á la vista, que vemos por el suelo y alguna vez hollamos con desden; pero que ha sido admirado por muchos sabios desde la más remota antigüedad, y elogiado en el libro sagrado de los proverbios por el rey Salomón, que lo presenta al perezoso como un modelo de sabiduría, por su laboriosidad y su prudencia. Este admirable insecto ha sido observado con una paciencia infatigable por muchos naturalistas, que nos han dado relaciones tan exactas de los trabajos, economía y modo de vivir de estos animales, como si hubiesen habitado con ellos las ciudades subterráneas en que moran.

La hormiga, según el sistema entomológico de nuestro compañero de Cuvier, Mr. Latreille, pertenece á la orden de los *hymenopteros*, que es la novena de la tercera clase de dicho sistema. Se distinguen las hormigas, en machos, hembras y neutras, ó que no presentan caracteres que den á conocer su sexo. Los machos y las hembras tienen alas y las neutras no; éstas y las hembras tienen un aguijón oculto, con el cual algunas especies de hormigas dan un piquete que causa irritación en la parte herida, y en algunas personas hasta una fuerte calentura. La hormiga, esprimida, produce un jugo, del cual por un proceder químico se extrae un ácido, que se ha llamado *formico*, del nombre latino *formica* del insecto. Se numeran mas de ciento veinticinco especies diferentes de hormigas.

Lo único que de un hormiguero se presenta á la vista, es una pequeña prominencia en el suelo, formada de arena, y cubierta con pedruzuelas porosas. Desde aquí se comienza á observar la admirable industria de la hormiga; dándole una figura cónica á esta pequeña montaña, hace que el agua lluvia resbale perfectamente; y estando compuesta de arena y cubierta de pedruzuelas porosas, logra que la poca agua que debe resumirse, quede absorbida por la arena y pedruzuelas. Se dice que las hormigas tienen un conocimiento exacto de la proximidad de la lluvia, acaso por la humedad del aire, y se las vé en esta circunstancia afañosas acercar multitud de pedruzuelas con que tapan perfectamente el agujero que dá entrada á la ciudad.

El interior de un hormiguero, es un espectáculo que verdaderamente sorprende á cual-

quiera. Se vé allí una ciudad perfectamente construida, con sus calles que conducen, ó á diversos almacenes abundantemente provistos de toda clase de viveres, ó á los nidos, ó á depósitos en que se conserva lo necesario para reparar los deterioros de la ciudad. Para la construcción de ésta, y abastecimiento de los almacenes, estan distribuidos los trabajos entre las hormigas; unas se ocupan en edificar; lo que ejecutan formando las paredes con tierra húmeda y que dejan secar, y con pedacitos de palo que calafatean con una especie de baba que arrojan; otras introducen al hormiguero cuanto se necesita en él; unas veces se las vé arrastrando un palito, otras una mosca muerta, y no pocas se admira ver conducido un gusano de tres ó cuatro pulgadas por quinete ó veinte hormigas, por espacio de treinta ó cuarenta varas hasta el nido. Entre estas, algunas tienen únicamente el oficio de espiadoras; se esparcen por todos los lugares vecinos á solicitar una buena presa, y cuando encuentran una pera podrida, un trozo de carne rómpana, ó otra cosa semejante que puedan desmenuzar fácilmente y llevar á sus almacenes, al punto regresan á participarlo á sus compañeras, y una expedición de cuarenta á cincuenta parte al lugar señalado, y allí dividen la presa en partes pequeñas que pueden llevar, y lo que no pueden dividir en partes regulares lo comen allí mismo. Ha sucedido en algunas haciendas desaparecer en ménos de un mes tres ó cuatro cargas de trigo que se han ido á encontrar en un hormiguero.

Un naturalista frances opina que las hormigas van arrojando por donde pasan una cantidad imperceptible de baba, que ellas reconocen perfectamente por el olfato, la cual les sirve de vereda para regresar á su morada; y en confirmación de ello dice haber observado que pasando fuertemente el dedo por una pared por donde habian transitado unas hormigas, cuando volvieron se hallaron muy perplejas de pasar por allí. Sea de esto lo que fuere, es muy creíble que se valen de algun medio para reconocer el camino que las debe guiar á sus nidos, pues algunas veces se apartan de ellos 400 ó 500 varas, que son como para un hombre 30 ó mas leguas.

Los entomólogos modernos, contra la opinion de los de mas de veinte siglos aca, dicen que es falso que las hormigas abastecen sus almacenes de viveres para el invierno; porque en esta estación permanecen en un estado de sueño ó letargo continuo.

La reproducción de las hormigas es una co-



Modas.

sa muy curiosa y digna de saberse. Desde que la hormiga pone el primer huevo, su vida queda enteramente consagrada á sus hijos: es imponderable el esmero que tienen con ellos, y el amor que les profesan. Cuando un enemigo invade la ciudad se las ve defenderlos heroicamente hasta morir antes que entregarlos; ha sucedido ya que una hormiga que corria á esconder su cria para librarla del peligro, fué dividida por la mitad, y la parte que tenia adelantada la cria ha continuado moviéndose hácia el lugar de la ocultación.

La hormiga en su reproducción sufre los cuatro grados de transformaciones de todos los insectos: huevo, larva, crisalida é imago. En el primero el cuidado de la madre se reduce á procurar al huevo el calor necesario; para esto las hormigas suben los huevecitos á las habilitaciones superiores, muy cerca de la boca del hormiguero, para tomar todo el calor de los rayos del sol, y después van gradualmente bajándolos á los diversos nidos inferiores, segun la temperatura que se requiere. El Dr. Herold ha observado que estos huevos van aumentando diariamente de volumen, lo que segun él es debido al desarrollo del embrión. Pasando al estado de larva el insecto, todo el cuidado de la madre se reduce á prepararle el alimento; y para esto sale del nido á buscar un líquido propio para la cria en este estado; este líquido lo deposita en el estómago, y lo arroja después para darla á la larva. Esta pasa al tercer estado, que es el de crisalida ó pupa, el único objeto de la madre entonces es quitarle la túnica que lo cubre, la que por fin separa y se muestra la imago, esto es, el insecto como ha de permanecer toda su vida.

No falta autor que asiente que este cuidado de la crianza lo practican únicamente las hormigas neutras, y que las madres desde el momento que ponen los huevecitos abandonan enteramente la cria; pero no es creible que un animal tan laborioso, sóbrio y adornado de tantas virtudes cuales posee la hormiga, fuese tan desnaturalizado con sus hijos.

Las hormigas poseen un arte militar admirable. Cuando un enemigo invade la ciudad, se las ve salir y colocarse con el mayor orden y simetría en escuadrones, algunas veces irresistibles, aun cuando el enemigo sea algo mas poderoso que ellas, y se le ve huir vergonzosamente. Hay una especie de hormigas que se han llamado amazonas, dedicadas esclusivamente al arte de la guerra. Cuando asaltan una ciudad de hormigas de otra

especie, su único fin es robar todos los huevos que allí se encuentren: los que conducen á su república en donde tienen otras hormigas esclavas, que cuidan de la crianza de los huevos, mientras las amazonas disfrutan del reposo que la ciega fortuna concede á los tiranos.—Francisco Díez de Bonilla.

MODAS.

Solo al mirar el encabezamiento de este artículo conocerá cualquiera, por poco versado que esté en la materia, cuan pesada y fatigosa sea la carga que pretendo llevar en mis debiles hombros. Porque á la verdad, no es cosa de juego meterse un hombre, sin mas que porque se le da la gana, á hablar de terciopelos y de sedas, de cintas y de blonidas, de flores y listones; y un error en materia como esta, puede acarrearle á uno graves disgustos con las bellas, cosa á mí entender de tanta ó mayor trascendencia que un error en una correspondencia diplomática. Por fin á pesar de los inconvenientes que le encuentro á esto de escribir sobre modas, he me determinado á escribir por que tiene tambien sus ventajas, y porque siendo las pretensiones del *Liceo* agrandar á todos, justo es que de cuando en cuando consagre unos parralillos á sus elegantes y amables suscriptoras (si hay algunas).

Así pues, queridas mías, principio dando á vds. cuenta de haberme engolfado, por obsequias, en el *plátano insaciable* de la moda, habiendo establecido mis relaciones con sastres y modistas, comerciantes y joyeros; y aunque por el pronto confieso á vds. haberme atarantado y tener la cabeza como un bombó, llena de manteletas, y sombreros, y golas, y abanicos, y guantes, y que se yo que mas; sin embargo, espero tener arregladas mis ideas la primera vez que tenga que charlar un poquito con vds. y podré entonces hablar con mas orden, dándoles una circunstancia á su relación de cuanto haya de nuevo en París, adaptable en México, no solo en linea de trages, sino tambien en muebles, adornos de casa, coches etc., todo acompañado siempre de alguna estampita que de á conocer materialmente los usos. Suscribense vds. al *Liceo*, bellas lectoras, y verán cuanto me esmero por complacerlas, y aun

(*) Después de concluido este artículo se recibieron nuevas noticias y periódicos. No siendo posible comunicar ahora á nuestras lectoras tan recientes noticias, nos apresuramos á prometerles hacerlo tan pronto como se pueda.—R.R.

podrá introducirse luego la mejora de presentar iluminados los figurines.

En invierno (aunque no es absolutamente comparable el de México con el de París) es indispensable aquí como allá, tratar del abrigo combinado con la mayor elegancia posible. Se consigue tal objeto de varios modos, según el lugar que ocupe la persona de quien se trate. Para calles, aunque ya muy bien un vestido sencillo, como el que manifiesta la estampa, acompañado de un buen tápalo, es preferible sin embargo usar del capotillo que es mucho más gracioso y elegante, dejando para dentro de casa el otro traje.

La materia de que este debe formarse, según los periódicos parisienses que tengo á la vista, es la tela llamada *enchemra*. Esto en París es de rigor; pero como el tal género no sea de fácil consecución entre nosotros, puede muy bien suplirse, según me ha dicho una persona inteligente en la materia, *Mte. Gourgues*, (1) con merinos ó alguna otra tela semejante, quedando el color á discreción de la que lo ha de llevar, y hecho primero el cómputo de matices, según que la dueta sea blanca ó morena, que si fuere de un color trigueño exagerado nada bien le ha de estar el traje sea como fuere.

Elegida la tela del color conveniente, no tenemos ya que hablar sino de la forma. Un corpiño formado de alforchitas que se cruzan en la parte inferior del pecho, y que dan por esto su nombre al corpiño, que se llama esencialmente, *cravato*, es muy bonito y da una forma esbelta y elegantísima á la persona que lo lleva. Generalmente se acompaña con unas mangas angostas, *de chaqueta*, con ligeras alforzas en su parte superior, y completamente ceñidas junto al puño. Una ancha falda y desmesurados holanes completan el vestido. Si se añade una golilla pequeña y tal vez alguna joya sencilla en el cuello, se tendrá el conjunto más gracioso y pulido de la época.

Aunque las mangas de que acabo de hablar son muy bonitas y han gustado generalmente á nuestras elegantes, debo, á fuer de cumplido y religioso periodista, manifestar á vds. que no es lo último que tenemos en ese género. Lo que sí está fresquillo, y en las últimas *soirées* de París contribuyó á mas de una conquista, son las mangas que llaman de *campana*, nombre admirablemente aplicado, pues las tales mangas, angostas por la parte superior, van gradualmente ensanchando hasta cerca del puño, de manera que tienen

una perfecta analogía con el instrumento que les dió nombre. Una blondita ó otra garnición lijera en la orilla, es lo que ordinariamente se acostumbra ponerles, advirtiéndose que no se llevan mangas de *campana*, sino sobre otra manga angosta que llega hasta el puño y que se forma de *abomasados*.

Otro traje que se lleva en invierno, y que ha hecho furor en París, es el capotillo que originalmente se llama *canail*. Puede ser este de gres ó terciopelo, el primero es muy ligero y grandemente recomendado, especialmente el que se llama *gris d'Afrique*; pero el terciopelo, aunque indispensable en México, donde el frío no es gran cosa, es sin embargo del mejor gusto. El adorno que comunmente se les pone es una gran blonda en su estremidad, aunque algunas Señoras los prefieren con fleco, eso va en gustos. Un cuello no muy grande, generalmente de terciopelo, y unos cordones de seda por delante para atrás, es lo que constituye la elegancia peculiar de este traje. Su longitud no debe pasar de media pierna, á semejanza de una *muñeta* (?) y aunque puede llevarse indistintamente con cualquier traje, se entiende de invierno, los mas convenientes son los de seda y esta listada. De manera que una de nuestras jóvenes, que algunas conozco yo como unas perlas, con un vestido de seda listado, verde por ejemplo, un *canail* de terciopelo morado obscuro con algunos bordados oscuros tambien, y una ancha y magnífica blonda negra en la orilla, una golilla blanca y graciosa como la que la lleva, que caiga sobre el cuello del *canail*, un sombrerito de terciopelo negro, con garniciones tambien negras; porque el sombrero de terciopelo en invierno, es absolutamente indispensable; es mueble sin el que no puede pasar una elegante estará de esta suerte encantadora, *raïssante* como diria un francés.

Fasliadas estarán vds., lectora mías, de tanta charla; pero no he querido dejar de decir algo sobre cosas tan bonitas y que me gustan tanto, y advierto que por no parecer prolijo, mucho me he dejado en el tintero, reservándolo para decirlo á vds. la primera vez que nos veamos, junto con lo que supiera de nuevo. Así pues me despido, aunque no quiero hacerlo muy de prisa, por parecerme á vds. en algo, y les recomiendo ántes la tienda de la Sra. *Virginia Gourgues*, de quien he hablado ya, y á quien me confieso deudor de las instrucciones que puedo tener en la materia como la mas abundante en esquisitas telas y adornos, y en una palabra como el templo del buen gusto.

Ahora si concluyo ofreciéndome á las órdenes de vds., y poniéndome á sus pies como su atento articulista y servidor.—*QUERUBÍN*.

(1) Nombre que entre nosotros se toma siempre en acepción religiosa, pero que es el que precisamente corresponde á la voz francesa *canail*.

UNIVERSIDAD

UN

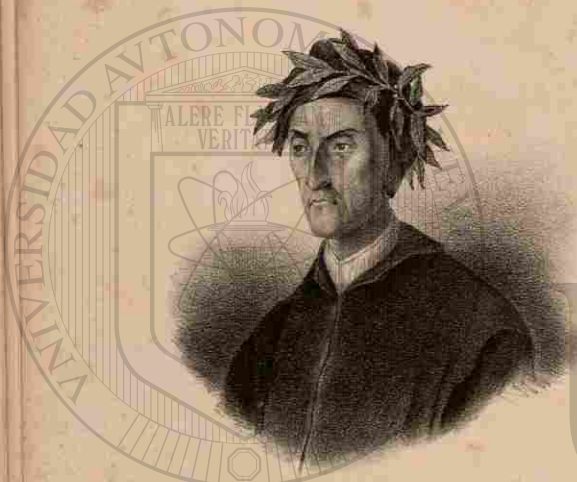
JANIL

DOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



(4) Calle 2.ª de Plateros número 2.



DANTE.

DIRECCIÓN GENERAL D

ENSAYO

SORRE

LA VIDA Y OBRAS DE DANTE ALIGHIERI.

Quam simul parvi Florentia mater amoris
Epitapho de dixit excois por el mismo.

I.

DANTE.

El genio, este divino don del cielo, parece que jamás ha sido el fruto de una época tranquila y de una vida sosegada. „La desgracia,” ha dicho un poeta, „es el mejor nùmen.” En medio de la turbulenta tempestad de las pasiones, en medio del choque de los partidos, los destellos sublimes del genio vienen a disipar con su luz las tinieblas de un siglo de ignorancia y de terror.

Era el año del Señor de 1265, y hacia poco tiempo que los güelfos, desterrados despues de la derrota de Montaperto, habian vuelto a Florencia. Alighiero degli Elisei, juriscosulto distinguido y de una antigua familia, celebraba el nacimiento de un hijo a quien puso por nombre Durante, y que se llamó despues Dante, por una abreviatura muy comun entre los Italianos. Lejos estaba Alighiero de pensar que aquel niño sería uno de los mas ilustres poetas de la Italia, y que el cielo le regaría a él, padre tierno y amante, el placer de presenciar su futura gloria.

Dante, de edad de tres años, perdió a Alighiero; y la esposa de éste, Donna Bella, no tardó en seguirle al sepulcro. El pequeño huérfano se vió protegido por sus parientes, y recibió las instrucciones del sabio Brunetto Latini, quien le inspiró el entusiasmo por el estudio, que despues formó una de las facciones mas prominentes de su carácter. Mas el jóven Alighiero no se contentó con sumergirse entre los polvorosos pergaminos de una biblioteca; su alma ardiente no podia presenciar con frialdad las revueltas de su patria, y, güelfo desde sus primeros años, los güelfinos le vieron en la famosa batalla de Campaldino, luchar como bueno en la primera fila, y contribuir a su derrota con su fogoso valor.

La juventud del poeta florentin se vió agitada por tres afectos diversos: el amor, el pa-

triotismo y la sed del saber. El año de 1290, perdió a la muger que le inspiró la pasión que le ha inmortalizado, mas no hablaremos ahora, ni de ella, ni de ese amor, porque debemos hacerlo en la segunda parte de este ensayo.

Al año siguiente de la muerte de su querida Beatrice, Dante se desposó con Gemma, de la ilustre familia de los Donati, güelfos poderosos de Florencia. Esta union fué desgraciada, y el poeta, queriendo solear el agudo dolor que le habia causado la pérdida de su amada, se dejó llevar del torbellino de la política.

Dos partidos se combatian entónces en Florencia. Uno defendia al emperador de Alemania; el otro, se protesta de sostener los derechos del Papa, trataba en realidad de conseguir la libertad de la Italia. Esos dos partidos representaban los personajes del segundo acto del gran drama de la edad media: en el primero, la religion combatia bajo el sol abrasador de la Siria contra los sectarios del profeta; en el segundo, la religion, siempre la religion, dirigia sus tiros en el seno de la Europa, bajo la suave influencia del clima de Italia, en contra del poder civil.

Dante se vió bien pronto honrado por sus compatriotas, y en el año de 1300 fué nombrado uno de los seis priores ó primeros magistrados de la República. No nos parece fuera del caso advertir con Serassi, que este nombramiento fué hecho por eleccion, y no por suerte, como se acostumbró en Florencia en una época posterior. Semejante hecho prueba la altura a que Dante se habia ya sabido elevar; pero si consideramos atentamente las circunstancias, nos convenceremos de que ese honor debia de ser, como lo fué en realidad, funesto para su dueño.

A la irritacion y desorden de las facciones florentinas, vino a dar nuevo pábulo, segun

I

dice Magiavelo, la llegada de los gotes de los guelfos de Pistoia, quienes á ejemplo de los *Cerchi* y *Donati* de Florencia se habían dividido en dos bandos, tan ambiciosos como encarnizados. Su objeto al salir de Pistoia, fué tal vez dar fin á sus disensiones; pero mas bien podemos suponer que trataron de adquirir fuerza, buscando simpatías en ánimos igualmente inquietos y exaltados. Si esta última fué su intención, sus esperanzas no salieron fallidas, y recibieron de los *Cerchi* y los *Donati*, la acogida que era de esperarse.

Las facciones tomaron respectivamente los nombres de *Biancos* y *Negros*, y los pasros, las calles y las plazas de Florencia, se convirtieron en otros tantos campos de batalla, cubiertos mil y mil veces de las víctimas del desenfreno y del espíritu de partido.

Dante era afecto á los *Biancos*; mas fiel á su misión de magistrado, hizo desertar á los *Negros* á Castello della Pieve, y á los *Biancos* á Sorazana. Desde este punto comenzaron sus disgracias. Fué públicamente acusado de parcialidad respecto de los *Biancos*, y de que no quería consentir en que Carlos de Valois fuese llamado á Florencia con el objeto de pacificarla. La inesperada vuelta de los *Biancos*, vino á irritar mas los ánimos, y en medio del tumulto que sucedió á esta ocurrencia, Carlos de Valois se presentó en la ciudad, y habiendo sido recibido de una manera honrosa, por respeto al Papa y á la casa real de Francia, hizo volver á los desertados de Castello della Pieve, sin que le faltase motivo para lanzar de nuevo á los de Sorazana.

El conde de Gabrielli, podesta de Florencia en aquella época, emplazó á Dante, quien había sido enviado á Roma en calidad de embajador, para que se presentase ante su tribunal. Dante no compareció, y fué condenado á ser quemado vivo, sus bienes confiscados, y arrastrado su casa. Esta sentencia existe todavía, escrita en latín bárbaro.

Penetrado el poeta de que su patria había roto los lazos que á ella unían, se retiró á Verona, pero hizo todavía una tentativa, y escribió á sus concitadanos la famosa carta que comienza: *Popule mi, quid fecit tibi?* El pueblo florentín, tan implacable como todos los pueblos, desoyó los clamores de su víctima, y ésta, animada de un noble desapecho, se unió á las filas del ejército que levantaron los desertados á las órdenes del conde Alejandro da Romena. Aquella empresa tuvo un éxito desgraciado, y Dante, después de una vida vagabunda y congojosa, vino á morir á Ravenna el

día 14 de setiembre de 1321. «He vagado y mendigado," dice en una de sus obras, «por todos los países donde se habla la lengua toscana. He comido el pan ajeno, y subornado toda su amargura. Cual nave sin velas ni timon, me he visto impelido de playa en playa por el soplo helado de la miseria».

Triste, pero sublime misera la del genio! Homero, ciego, desvalido, al fúscar el sostenido de puerta en puerta, repetía los armoniosos versos de su poema inmortal: el calabozo del Tasso resonaba con las octavas de la *Jerusalén*; la *Divina Commedia* acompañaba á Dante en su peregrinación de duelo y de pobreza. Cervantes escribía el Quijote en el fondo de una prision!

II. BEATRICE.

Fair as the first who fell of womankind,

Pure, as the prayer, which childhood waiteth

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

For her, as the first who fell of womankind,

(1) *Malherbe*, *Stael*.

nado medio alguno; pero la amada del Dante aun se nos presenta pura, intacta, mezclada con las mas sublimes concepciones, y nuestra imaginación todavía nos la retrata:

Deuts ma mohe de jarmia y rosa,
de manos de los ángeles salda [1].

El día 1.º de mayo del año de 1274, Folco di Ricovero Portinari, opulento y distinguido ciudadano de Florencia, dió un espléndido banquete en su casa, siguiendo en esto el uso de los nobles florentinos de aquella época, quienes solían celebrar la vuelta de la primavera con fiestas y cánticos de alegría. Todos los amigos y parientes de los Portinari fueron convidados al festín.

Dante, de edad entonces de nueve años, asistió á la casa de Portinari, y allí se encontró con la hija de este llamado Beatrice, notable por su extraordinaria belleza y un aire de circunspección y dignidad muy superior á sus pocos años, que no llegaban á ocho. La emoción causada por esta niña en la fogosa imaginación del futuro poeta fué inesplorable. Desde aquel punto la amó con el ardor que después inmortalizó á uno y otro: desde entonces (como dijo mas tarde) admiró:

Essa virtut que en mis primeros años
indeleble impresion hizo en mi pecho [2].

Difícil nos parece que se encuentre igual al fuego que devoró á Dante; esa terrible pasión que tantas veces ha causado grandes calamidades en la tierra, esa pasión que á tantos ha conducido por la senda del crimen, no produjo en el alma del poeta florentino mas que una elevación y sublimidad que solamente un objeto tan puro y angelical como Beatrice podía inspirar.

Qué interesantes son siempre los pormenores relativos á esos caracteres en quienes se encuentran mezcladas las encantadoras flautas de la poesía, con el sólido y grave colorido de la virtud! Nuestro corazón palpita al ver la sinceridad con que Dante nos refiere que nueve años después de su primera entrevista encontró á Beatrice en una de las calles de Florencia. Alzó ella modestamente los ojos y le dirigió un gracioso saludo. El poeta embriagado de placer olvidó sus ocupaciones, y se retiró á su habitación á recogerse en su dicha.

«Cuando pasaba Beatrice por alguna parte," dice él mismo, «todos corrían á verla y á com-

templar su beldad. «Cuán grande era mi ventura al observarlos admirando á mi señora! Y ella, coronada y revelada de su humildad, proseguía su camino sin dar oído á los elogios que de todas las bocas se desprendían.»

La muerte del padre de Beatrice sumergió á ésta en un profundo dolor. Su amante participó de él, y poco tiempo después se vió atacado de una enfermedad que afectó sus facultades mentales. En este estado tuvo una visión en que se le presentó su amada en medio de un coro de ángeles, y con expresivo ademán le dijo: «que iba á ver el origen de toda paz y ventura." Su delirio tomó un aspecto tan alarmante, que los que le velaban buxeron desparovidos. Cuando se restableció, escribió una descripción poética de esta vision; mas quien podrá decidir si acaso fué efectivamente un anuncio del terrible golpe que le amenazaba?

Beatrice murió. Antes de que el tiempo empañase sus gracias, antes de que (para valerlos de la expresion de un fiero y sensible escritor de nuestros días), «la tierra hubiese profanado lo que tan solamente había nacido para el cielo," Beatrice murió. Florencia deploró la pérdida de su mas hermosa y delicada hija. Su amante, anonadado por la fuerza del dolor, cayó en un entorpecimiento que hizo desesperar por largo tiempo de su vida. Cuando la primera impresion se hubo pasado, despertó su noble genio, y erigió á la memoria de su amada un monumento inmortal.

«Quercis," dice Ginguencé, «tener una prueba de la inmensidad del amor que Dante profesaba á Beatrice? ¿Leed una una y mil veces el episodio de Francesca [3]. Ni el filósofo profundo, ni el teólogo imperturbable, ni aun el poeta sublime eran capaces de imaginar pasaje tan encantador. Esta empresa estaba reservada al amante de Beatrice.»

En la mitología antigua vemos que cuando el padre de los dioses y de los hombres quería distinguir á algun mortal por sus grandes virtudes ó heroicos hechos, le colocaba entre las constelaciones para que iluminase el firmamento con un brillo inextinguible. Dante, al celebrar á su Beatrice, le ha dado una inmortalidad mas verdadera, y que descansa en base mas segura que los ficticios sueños del paganismo.

(1) *Del purgatorio*, canto XXX.

(2) *Del purgatorio*, canto cithón.

(3) *De la inferno*, canto V.

III.

LOS ESCRITOS DE DANTE.

“De ejercicios venerables,
De vosotros, escultores,
De nosotros los pintores,
Cuestará tan solo el nombre.
Y el tiempo al verso respetó,
Y la obra del poeta,
Pepetua vive y completa
En la memoria del hombre!”
Ejercicio de Octava.

Hómero presidió a la creación de la poesía. Dante a su resurrección. En cualquier punto de la edad media que fijemos nuestros ojos vemos al vate florentín cercado de su aparato heróico y sublime. Ya que escuchamos su lira resonar con las dulces inflexiones del amor, ya que nos atropie al describir en versos sonoros é imponentes la triste mansion de los pecados, ya que pinte la gloria inefable de los bienaventurados, en todo reconocemos la inteligencia superior, de todo vemos claramente la obra de uno de aquellos hombres que Dios nos envía de siglo en siglo, para recordarnos que nos ha formado a imagen y semejanza suya.

No es nuestro objeto por cierto hacer un análisis de los escritos de Dante, puesto que sería imposible. Obras como las suyas deban leerse, meditarse, estudiarse. Nosotros haremos solamente algunas reflexiones, y pedimos de antemano perdón por nuestra audacia, si acaso se encuentran en ella ideas demasiado avanzadas ó que se aparten enteramente de la común opinión. Creemos firmemente que es muy difícil, si no imposible, poder calificar en nuestro siglo con toda exactitud las producciones de la edad media. Nuestra sociedad, nuestros gustos, nuestros estudios son muy diversos de los de aquella época, y de consiguiente nuestro juicio sobre estas materias siempre carecerá de la rectitud que pudiera apetecerse.

Así, pues, para conocer debidamente todo el mérito del Dante es necesario trasladarnos al siglo en que floreció. Entonces nos convenceremos de todas las dificultades que tuvo que arrostrar el autor de la Divina Commedia. La esfera de los conocimientos de aquel tiempo no guarda comparación con la de la actualidad; hoy todo marcha, todo va adelante, y no nos avergonzamos de confesar que tal es nuestra creencia; por más que digan los adversarios del dogma de la perfectibilidad humana.—A excepción del insostenible caos de la teología escolástica, y de uno que otro escritor latino, los literatos de la edad media carecían de todo fuente en que beber la sabiduría. Nuestra situación es muy diversa: nos vemos cercados de las mas he-

llas producciones del ingenio humano: ya no necesitamos de un maestro que, cual otro hierofante, nos inicie en sobreconditos misterios. Ahora, por lo general, los libros forman a los hombres; entonces, por el contrario, los hombres formaban a los libros.

Dante, nacido en Florencia en medio de la sangrienta lucha de dos facciones terribles; hizo víctima de esas mismas facciones: Dante bajo el reinado de la barbarie y la superstición, nos admira, y contemplamos atónitos su grande obra, en que salva con atrevida sublimidad los límites del tiempo y del espacio. ¿Cual debió ser la influencia de la Divina Commedia sobre los contemporáneos del Dante, si aun ahora que leemos sus misteriosas páginas al traves del oscuro velo de los siglos, nos conmueven fuertemente! El poema del hombre grande de Italia fué en sus manos un tetro de oro con que colmó de gracias a sus amigos, y una espada de fuego como la del querubín de la escritura con que arrojó a sus enemigos del Edén. El espectro de Ugolino [1] es una de las ficciones mas fuertes del ingenio humano.

Más para qué estendernos sobre la Divina Commedia? Basta que cada uno la lea para que se pencie de que los elogios que le tributamos no son exagerados. Solo si advertiremos, antes de pasar a tratar de las otras obras de Dante, que no se debe uno desanimar porque no comprenda de luego a luego la Divina Commedia: está llena de alusiones a personajes florentines, y no pocas veces se entrevé en ella el tecnicismo de la teología; por tanto, para su perfecta inteligencia se necesita emprender un estudio particular, estudio que jamas se podrá tener ni como inútil ni como fastidioso, puesto que encanta y eleva el alma al mismo tiempo que depura los sentimientos.

Otra obra de Dante que excita fuertemente nuestra atención, es la que lleva el nombre de Vita nuova. La Vita nuova es la historia de sus amores con Beatrice; así como la Divina Commedia es su epopeya; en ella nos refiere el poeta en una prosa mezclada de sonetos y canciones, el modo con que conoció a su amada, los progresos que hizo su pasión, y en fin, todos los incidentes relativos á aquella época de su vida.

Dante distingue en sí mismo dos amores: uno que llama primero y otro segundo, que fué el que profesó á Beatrice antes de su muerte, este el que abrigó su pecho después de ella, cuando la tomó por modelo de una perfección ideal.

La Vita nuova, obra de la juventud de Dante,

(1) Dell Inferno, Canto XXXIII.

nos presenta un contraste singular con el Comiteo, obra de su vejez. En la primera contemplamos a Dante amando á Beatrice, en la segunda le vemos amante del ser ideal que su imaginacion se formó después de la muerte del objeto de sus adoraciones. Mas véamos lo que dice él mismo en el tercer tratado de su Convivio [1].

“Siempre que diga yo “mi Señora,” se debe “entender la que me cautivo después de mi primer amor; de esa luz poderosa de la filosofía, cuyos rayos hacen reverdecer las flores y “fructificar la verdadera nobleza del hombre.” Antes de este pasaje, hay otro que dice: “Aun, que se observe en este libro un estilo mas varonil que el de la Vita nuova, no se crea que yo trato de contradecir lo que allí se ha expresado; por el contrario, mi objeto es confirmar aquella obra por medio de esta; y es muy natural que una sea ardiente y apasionada, y otra templada y varonil, puesto que conviene adaptar el estilo á la edad del que escriba.”

Dante escribió tambien en latin, y nos quedan de él dos obras en este idioma, el tratado de monarchia mundi y el de vulgari eloquentia. En el primero sostiene que la autoridad de los reyes no dimana de la de los papas. El segundo, es una disertación filológica sumamente interesante y en que le vemos tributar elogios á los escritores latinos y á los poetas provenzales. Dos de estos últimos, los trovadores Beltran de Born y Arnaldo Daniel, merecieron en particular sus alabanzas. Citaremos sus mismas palabras:

“Circa hæc, illustres viras invenimus vulgari-ter poetasse; scilicet Beltrahum de Bornio, arma, Arnaldum Daniellum, amorem.”

Hemos enumerado todas las obras que nos restan del fundador de la poesía moderna. Grande, como poeta, como teólogo, como político y como hombre, el Dante nos llena de entusiasmo al contemplarlo.

Nosotros al concluir este ensayo, no deseamos mas que hacer partícipes á nuestros lectores de la íntima convicción en que estamos, de que la gloria que ha adquirido el Dante, es una de las mayores á que puede aspirar cualquier hijo de la tierra.—AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Edición de Zatta, tom. 4. pag. 114.

MAXIMAS Y SENTENCIAS.

1.º Quien decae en el valimiento, decae muchos grados.—HURTADO DE MENDOZA.

2.º Nuestra vida es cortísima, dijo Clorila á

Dinarda, y tanto somos amables, cuanto parecemos hermosas.—CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

3.º Cuando el vínculo de la verdad se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los pecores.—HURTADO DE MENDOZA.

4.º El querido de sugeto amable y firme, con justo título se puede llamar dichoso; mas indigno de serlo, el que desprecia á quien lo estima, y huye de quien lo sigue, llevado acaso de otra no agradecida afición puesta en diferente hermosura, sin penetrar, que como el verdadero amor alberga en lo mas íntimo del objeto, suelen las bellezas aparentes, aunque primeros lazos de voluntades, ser la menor ocasion de amorosos incendios, que solo para las almas tiene libradas amor sus mayores fuerzas.—CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

5.º Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad, nadie se puede atrever á ofenderle.—HURTADO DE MENDOZA.

6.º No desprecies, muger, mi consejo, y ántes que llegues á la miseria común, procura no se pase en vano, y se malgaste el abril de tu edad; que tras la vejez, estorbo inevitable de la humana pintura, se seguira aun en vida, un olvido de tu memoria, que se sepulte en las de todos.—CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

7.º Véase la gente que en su mayor parte antiguamente venia á Indias. „Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los azaños, salvo conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte) añáazgo general de mugeres libres, engaño común de muchos, y remedio particular de porcos.—CANTANTES. (Novela del celoso Extremeno.)

SONETO.

„En fin, ya en la política metió
Su mano el diablo y la justicia va
A dormir para siempre... pero ya
A luz un niño Doña Paula dió,

La muger de B. Cosme, el que salio
La Europa á visitar dos años ha...
¡Y dize que quiebra fraudulenta hará
D. Cleto el comerciante...! Guas sé yo...

Se dicen tantas cosas por ahí...
Que si todas son ciertas yo no sé!.....

—Y quién como estorra charla así?
Me preguntó mi amigo, y contesté:

—¿Quién ha de ser? Pepto Balali
El parlanchin eterno del café.—MI SOBRINO.

ELECTRICIDAD.

A menudo nos presenta la naturaleza fenómenos que sorprenden al que los observa, y esto tanto mas, cuanto menos se conoce la causa de que provienen. Muchos de ellos tienen por causa la electricidad, fluido que puede desarrollarse en todos los cuerpos, pero que no todos pueden conservar; su presencia solo es conocida por sus efectos, siendo imperceptible á la vista, aun cuando se encuentra en su mayor grado de intensidad, por cuya razon se ha colocado en el número de los fluidos imponderables, ó que solo pueden distinguirse por los fenómenos que presintan.

Cual mas cual menos, se puede asegurar que no hay quien no conozca uno ó muchos de los fenómenos que produce la electricidad, aunque no son muchos los que saben qué causa los produce. Aun los niños se divierten á menudo haciendo pedazos pequeños de papel, y frotando una pluma contra sus cabellos, la que acercada despues á aquellos, los atrae con violencia, haciéndolos subir á una distancia algunas veces considerable. ¿quién no ha tenido en su vida ocasion de observar el rayo, ese fenómeno cuyos efectos son tan sorprendentes y aterradores y que al mismo tiempo nos infunde temor, respeto y admiracion hacia aquel que puede disponer de un medio tan enérgico de destruccion? Hemos dicho que este fluido es invisible, y esta misma circunstancia aumenta el terror de unos efectos que nos sorprenden tanto mas, cuanto son ménos esperados.

La propiedad de los cuerpos de atraer á los mas ligeros cuando han sido frotados antes, se descubrió primeramente en el ámbar, y por muchos siglos no se hizo ningun otro adelanto en esta ciencia; pero á mediados del pasado, la observacion, ese medio seguro de robar á la naturaleza sus secretos mas íntimos, fué empleada, y empleada con buen éxito, para conocer de qué principio podria provenir la electricidad, enales eran las leyes que la regian en su desarrollo, y enales los cuerpos capaces de desarrollarla y contenerla. Vamos á seguir en sus observaciones á dos que se dedicaron á hacerlas, y veremos los resultados que obtuvieron, formando una ciencia nueva y fecunda, de lo que hasta entonces solo contaba algunos hechos aislados y sin aplicacion.

Tomese una barra de lacre ó de cualquiera otra materia resinosa; frótese con una tela de

lana y acercándola despues á algunos cuerpos ligeros, los atrae con avidéz; si esta misma barra se acerca á la cara ó á la mano, se experimenta una ligera sensacion, como si se tocara una tela de araña, y cuando se llega á tocar, se oye un corto chasquido sintiendo al mismo tiempo como un piquete de alfiler en la parte con que se ha tocado, y cuando la experiencia se hace en la oscuridad, se ve desprender de la barra una chispa de color azulado. Si en vez de la barra se toma una de vidrio, y se hacen con ella las mismas operaciones, se ven producir efectos semejantes. En ambos casos se observa además que los cuerpos que han sido atraídos por la barra, son rechazados por ella luego que la han tocado. Tómese ahora un tubo de metal frotándolo del mismo modo, y se verá que acercándolo despues á los mismos cuerpos no produce sobre ellos efecto ninguno: esto parece probar á primera vista que solo cierta especie determinada de cuerpos son capaces de producir electricidad; pero si este mismo tubo se une á otro de resina ó vidrio, sin tocar el primero sino por medio del frotador, habrá adquirido las propiedades eléctricas, esto se verificará igualmente si en vez de añadir el tubo de vidrio ó resina, se envuelve la mano en un pedazo de tela de seda, para evitar así el tocarlo inmediatamente. Estas experiencias repetidas, hacen ver que los cuerpos están naturalmente divididos en dos clases que son: conductores, ó en los cuales no se puede mantener la electricidad, y no conductores, ó los que pueden contenerla. De la primera clase son todos los metales, el agua pertenece tambien á ella, y por esta razon, cuando el aire está húmedo ó cargado de vapores, no salen bien las experiencias eléctricas; el cuerpo humano es tambien conductor, y por esto se ve que cuando se tiene un tubo metálico en la mano, sin interponer un cuerpo no conductor, no presenta ninguna señal de electricidad. El aire es al contrario, de los conductores, y desde luego se conoce que si no fuera de esta especie, no haberia ninguno que pudiese contener la electricidad, estando precisa y continuamente en contacto con él.

Para hacer que los cuerpos conductores no pierdan la electricidad que se les comunica, se aíslan, es decir, se les interpone otros que no lo sean. Los cuerpos, al perder su electrici-

dad, la comunican á la masa inmensa de la tierra, por cuyo motivo se llama esta deposito comun de la electricidad.

Antes hiciémos notar que los cuerpos que atraen una barra electrizada se separan de ella con fuerza luego que la han tocado: veámos de qué dimana esto. La experiencia ha demostrado que hay dos especies diferentes de electricidad, una análoga á la que produce el vidrio con una tela de lana, por cuya razon se le ha dado el nombre de electricidad vítrea; la otra, semejante á la que se produce por la frotacion de la resina, de donde le viene el de electricidad resinosa. Ahora bien, si se toma un cuerpo ligero, y se aísla conforme hemos dicho antes, por medio de un hilo de seda, por ejemplo, tocándolo despues con una barra electrizada, adquiere la electricidad de esta separándose de ella inmediatamente, y si despues se le vuelve á acercar la barra, se observa que continuamente la rechaza: si entónces se toma otra de electricidad diferente á la que la primera comunicó al cuerpo que sirve para la experiencia, por ejemplo, vítreo si aquella era resinosa, ó vice-versa, el cuerpo, en vez de separarse de ella, como sucedia antes, es al contrario atraído por ella. Para esta experiencia se puede usar una esfera de médula ó corazon de sauco, porque esta une á su blandura y poca pesantez la circunstancia de que cualquiera puede procurársela. De estas experiencias se deduce que cuando dos cuerpos están electrizados con una misma electricidad, se rechazan mutuamente, y se atraen cuando tienen electricidades de especie diferente.

Aunque parece que esto no está probado absolutamente por la experiencia anterior, pues si bien la barra atrae ó repela á la esferaita, segun la electricidad de que están cargadas, esta última no ejerce la misma accion con respecto á aquellas; pero debe considerarse que es muy pesada la barra, y por lo mismo difícil de mover; para hacer que la experiencia haga que la ley dada se generalice, tomense dos esferaitas en lugar de una, y suspéndanse igualmente de dos hilos de seda, teniéndolas juntas, y se observará que al tocarlas con la barra electrizada, no solo se alejan de ella, sino tambien una de otra.

Siendo el agua, segun hemos dicho antes, un buen conductor de la electricidad, es indispensable, para que salgan bien las experiencias que se han indicado, que el aire no esté húmedo ni cargado de vapores, y que las sustancias que se empleen se hallen perfectamente secas.

Cuando un cuerpo se ha electrizado, si es de

la clase de los no conductores, y se toca en un punto cualquiera de su superficie, la parte que se ha tocado queda al momento privada de electricidad; pero el cuerpo la conserva en todo el resto, y cuando este es de la clase de los conductores, frotándole en un cualquiera de sus puntos, queda enteramente privado de electricidad.

Una persona puede tambien electrizarse á otra, sacudiéndola con una piel de gato; pero es necesario que la que se quiera electrizarse esté aislada. Esto se puede conseguir poniéndose de pié sobre un taburete, cuyos piés sean de vidrio ó resina. Si despues de haber tomado esta precaucion, se le sacude, como hemos dicho antes, con una piel de gato, y se le acerca ó seguidamente la esferaita de médula de sauco, esta es atraída por ella; y si ademas se toca con la mano, se experimenta una ligera sensacion, y se oye el ruido causado por la chispa que se desprende de la persona electrizada. Si la persona que tiene la piel de gato se aísla tambien como la otra, se electrizo igualmente, pero con la diferencia de que toma la otra especie de electricidad, lo que se puede conocer, acercando á ambas una esfera de sauco cargada de una electricidad conocida. Esto no solo se verifica en este caso, sino que siempre que se frota dos cuerpos para producir electricidad, cada uno la toma de diversa especie, sin que se pueda decir, sin embargo, cuál es la que deben adquirir, pues que un mismo cuerpo las toma diferentes en diversos casos.

Aunque se han dividido los cuerpos en las dos clases de conductores y no conductores, es preciso considerar que no hay cuerpo no conductor que lo sea absolutamente, de modo que sirviéndose de esto para aislar á los primeros, no se pierda poco á poco la electricidad. El aire tambien debe ir debilitándose por grados: en primer lugar, porque las particulas que entran al principio en contacto con el cuerpo, se electrizan con la electricidad de éste y son entónces rechazadas por él, en virtud de la ley que hemos asentado; perdiéndose así la electricidad que estas particulas han adquirido, las cuales son reemplazadas por otras que son repelidas á su vez, y así sucesivamente, desprendiéndose del cuerpo la electricidad que va comunicando gradualmente á todas las particulas de aire que entran en contacto con él: como ademas siempre hay vapores acuosos suspendidos en la atmosfera, estos contribuyen á la pérdida de la electricidad.

Esta se coloca siempre en la superficie de los cuerpos, segun resulta de las diversas experiencias que se han hecho para saber si se reparte en toda la masa, y solo forma una capa exterior contenida sobre el cuerpo por la misma presion del aire.—F. C.

ORIENTAL.

La noche está fresca y grata.
Desde el Oriente la luna
Derrama su luz de plata
Sobre una ciudad moruna,
Que en el Genil se retrata.

Cíñela en torno la vega
Franja de oriental jardín;
Por dentro el Darro la riega,
Y á la sombra se despliega
De la Alhambra y Albaicín.

Mosáico vario es Granada,
De cúpulas y alminares
Arabescos decorada;
Cornelina codiciada
De Faradis y Alhámbaras. [1]

Frente al áspora Castilla,
Bajo un cielo siempre azul,
Sultana entre esclavas brilla
Cual del Bósforo en la orilla
El tulipán de Stambul.

Tiene fuentes y jardines,
Músicas y trovadores
Para zambras y festines;
Para toros lidiadores
Y torneos, paladines:

Tiene andaluces corceles
Para la guerra salvajes,
Mansos en paz, siempre fieles;
Bien lo saben los Gomeles,
Mejor los Abencerrages:

Y tiene galantes moros *
Que aman con sumo ardor;
Y por tesoro mayor,
Tiene entre sus mil tesoros
Moras firmes en amor.

[1] Faradí, eunuco y ministro favorito de Mahomad Aben-Azar III, llamado el Ciego, á quien quitó la vida y el trono su hermano Mahomad Aben-Azar IV, á quien trono á su vez á éste, y coronó á su propio hijo Ismael Faradí, cabera del linaje de los Faradis y descendiente por las mugeres, de Mahomad Alhamar, fundador del reino granadino. Este sucesor acaeció en la Egipto 713, que corresponde al año de Cristo 1313, dividió la familia real en dos dinastías, Faradí y Alhamares, que se disputaron en lo sucesivo el trono de Granada, ocupándola la que lanzaba de él á su rival.

Gallardas y esbeltas son,
Y blancas como alabastro;
De fuego es su corazón;
Con celos mira el rey astro
De sus ojos la espresion.

Granada! rico diamante
Desprendido del turbante
De descuidado Califa,
Sobre pérsica alcatafa
Refulmando rutilante;

Bien presume sus Zegries
Que brotaste entre alicies
De las Hadas al aliento,
O al risueño pensamiento
De prometidas Huries.

Reina la noche serena,
Y entre las brisas de olores
Que corren la Vega amena
Y susurran en las flores,
Se oye amante cañillena.

Que en una calle torcida,
Bajo de verde persiana,
De amor habla adolorida
Á la stenta musulmana,
Una voz entristecida.

Ismael Aldoradín
Es quien canta ó se lamenta:
El del portugués confin
En correría sangrienta
Arrancó rico botín.

Harías veces á Zulima
Su amor dijo en un *Selam* [2];
Y aunque la mora lo estima,
Jamás á hablarle se anima,
Porque la ceta un Imán.

Dolman de grana y de oro
Pantufos de marroquí
Tenía el gallardo moro,
* * * * *

[2] *Selam*, palabra árabe que significa salud. Llamaban así los orientales á un ramillete de flores, en el que con cintas y el orden en que van coloradas, manifestaban en lenguaje simbólico, lo que pudieran con una carta.

LUCHA MORISCA.



EL GALLARDO.

Que al son de laúd sonoro
Cantaba á su mora así.

„Ay! que al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma
Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma,

Ay! mora, que tus colores
En vano humilde vesti
Noche y día,
Y en ramilletes de flores
El amor te descubri
En que ardía.

En vano á sombra del muro
De tu alcázar arabesco
Te aguardaba,
O de la noche en lo oscuro,
De tus vergeles al fresco,
Te miraba.

Dicen que el ojo no duerme
De los celos que te guardan...
¿Por ventura
A pensar debo atreverme
Que ellos tan solo retardan
Mi ventura?

¿Quién levantara esos velos
Como la niebla sutiles
Que te cubren,
Y el resplandor de los cielos
Y el primor de los arbores
Ciegos cubren!

¿Quién te viera en el verano,
De tu persiana al través,
Descuidada;
Desnudo el tallo galano
Y los delicados piés,
Reclinada

En el agua sin espuma
Del baño, rico en armas
Y en halagos,
Como desprendida pluma
De albos cisnes ó palomas
En los lagos!

¿Quien el tu dormir velando,
De tu seno mal cubierto
En el Istido
Tomo I.

Ir pudiera descifrando
De algun misterio encubierto
El sentido;

Y en la rápida sourisa
Que de tus labios la rosa
Conmoviera,
Como al tulipan la brisa
Agita en la venturosa
Primavera,

Delirante adivinase
El placer con que á su ruego
Te ablandaras,
Y tus manos estrechase,
Y á sus ósculos de fuego
Despertáras.....!

Los Califas del Oriente
El bulbul de sus serrallos
Te dirían.
Aurea corona en tu frente
Y á tus piés, siervos, vasallos
Te pondrían.

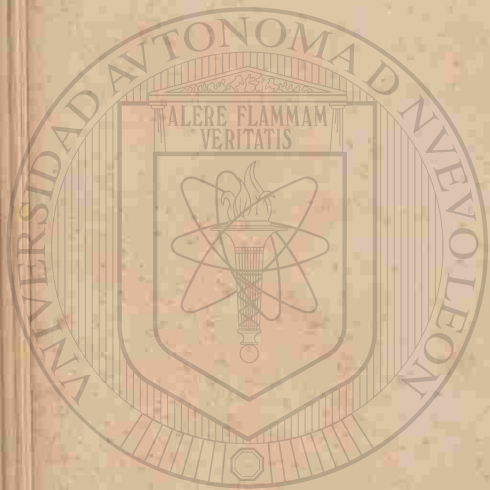
Los Indianos abantecos,
Y las perlas que Basora
Dá y admira;
Los proclados chales ricos,
Y las sedas que atesora
Cachemira,

Te dieran y persa alfombra,
Cortinages damasquines
Sin medida,
Y anduvieras á la sombra,
En dorados palanquines
Conducida.

Yo, aunque moro granadino,
Diérate inmensos tesoros
Y fe inmensa,
Y un alfanje damasquino
Terror de los mismos moros,
Por defensa;

Diérate esclavos cristianos
Y doncellas nazaranas.
Que mi acero
Ganara á los castellanos;
Fuera esclavo en tus cadenas
Yo, el primero!

Mas al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma."—

Calló el moro, y la cabeza
Inclinó en el pecho amante
Consumido de tristeza,
Cuando se abrió con presteza
La ventana rechinante.

Flotó la suelta cortina
Por fuera de la persiana,
Y apareció en la ventana
La dulce faz peregrina
De la linda musulmana.

Su tocado parecía
Nube en torno del sol bello;
El velo apenas se vía,
Y profusa pedrería
Relumbraba en su cabello.

El moro la vista alzó,
Levantando su esperanza;
La mora el brazo sacó,
Y el *reclan* que le mostró
La mano del moro alcanzó.

Y á los rayos azulados
De la luna, vió Ismael,
Premio á sus tiernos cuidados,
Mirto albo y rojo clavel
Con madre-selva enlazados.

Amor fuerte y firme amor
El mirto y clavel indican;
Y por cadena mayor,
Con la madre-selva espician
Su mútuo y pagado ardor.

Cuando á la mora hechicera
Volvió el rostro el galán,
Vió la adusta faz severa,
Y la luenga barba fiera
Y el turbante del Iman,

Quien no viendo la liviana
Sombra de un hombre que huía,
Juzgó sospecha villana
La suya, y con calma fría
Cerró él mismo la ventana,—

Esas turcas precauciones
¡El ministro de Mahoma!
Irritan nuestras pasiones
Que hallan en flores, idioma,
Y en ventanas, ocasiones.

Diciembre 12 de 1843.—C. COLLADO.



EL JUGADOR.

HACE mas de un año que entró Julian á mi casa una mañana, sumamente agitado.—Inmediatamente, me dijo, vénteme conmigo.—Tengo que esperar....—No lo esperes, me replicó, cortándome la palabra, sígueme, importa mucho. Yo apreció mucho á Julian, su agitación me manifestaba que era cierto lo que me había dicho, y no vacité en acompañarlo.

Vamos, me dijo al salir, á la casa de mi hermano, hoy embargan sus muebles y es necesario impedirlo porque quedaria en la miseria.

—En la miseria!... ¿Pero por qué van á embargar sus muebles?

—Por deudas.
—¿Y por qué no presenta tu hermano otros bienes?

—Porque no los tiene.
—¿Y su hacienda?

—La vendió.
—¿Y su casa de comercio?

—La vendió.
—¿Y sus fincas urbanas?

—Las vendió.
—¿Pero qué ha hecho con todo ese dinero?

—Le dije impaciente.
—Jugar.

Llegamos á la casa, el ejecutor había concluido y estaba haciendo el inventario de los muebles que estaban en el patio. Nada habia en la casa, ni un cuadro, ni una alfombra, ni una silla; nada quedaba sino una cama, y sobre ella algunas piezas de ropa. Junto á la cama estaba la esposa del hermano de Julian, pálida, convulsa, paseando una mirada seca y ardiente por los elegantes frisos de las paredes, que contrastaban con el vacío de las piezas: esta mirada se fijó por último sobre sus hijos, y una lágrima humedeció sus párpados. Despues me dijo que su esposo no habia vuelto desde la noche anterior, y que al salir le habia mandado que entregara unos muebles que habian de venir á llevar. Mis razones no produjeron efecto en el ejecutor, habia ya comenzado y era necesario concluir; se llevó todo, y cuando yo salía, se la pasaba en conversacion en la puerta de la casa con un amigo, y al pasar solo pude oír: „por jugador.“

Dos meses despues vino la esposa de Luis el jugador, á mi casa, á consultarme sobre la separacion de su marido.—No tenemos que comer, me dijo, y sus hijos se mueren de hambre.

—Pero él tiene sesenta pesos mensuales que le consiguió su hermano.

—Los juega, y juega tambien una cantidad que mi padre me envia en clase de alimentos cada mes, y mientras él pasa la noche frente al tapete, sus hijos lloran; y cuando al dia siguiente vuelve con sus ganancias, ya lo esperan mil compañeros que roban á mis hijos el pan y las caricias paternales, y se reme con aquellos, y pasa el dia en orgias, y juega allí tambien y pierde, y vuelve á su casa á jurar y a reñir y á maldecir á sus hijos.

—Una esposa, una muger, tiene muchos medios de amor y dulzura con que dominar al hombre, y vd. habria podido obligar á su esposo á guardar algo cuando gana y á buscar con ello una subsistencia....

—Nunca gana, señor. Por una ganancia tiene cien perdidas; y sobre todo, un jugador no tiene freno, porque pierde la vergüenza y honra, porque no tiene afecciones y no ama á nadie, —Pero sus hijos serán para él....

—Sus hijos serán víctimas de la depravacion de su padre, serán quizá jugadores, robarán tal vez, y morirán sin honor.... en un patíbulo, conducidos allí por el ejemplo de su padre....

La infeliz esposa no pudo contener, los sollozos ahogaban su voz.

—No tema vd., le dije, el amor paternal los salvará á todos. El debe amar á sus hijos; los ama sin duda.

—No, no los ama; no ama ni al dinero mismo que gana, ni al dinero que pierde; su corazón está embotado ya por las ansias del juego, por esa sensación infernal que pone en silencio á los jugadores cuando se comienza á correr la baraja. Su corazón es ya insensible, nada desea sino la mesa de juego. En su presencia se reanima, se extasia cuando el juego comienza, ¡oh! yo lo he visto, se estremece de placer, sus ojos secos y apagados brillan de nuevo.

pero con una brillantez de muerte; su atencion se absorbe, y entonces ni el cielo ni el infierno tienen poder sobre él; pero despues que ha pasado este instante vuelve á ser frio, reasume su figura infame, torna á ser presa de las pasiones mas viles, y su ambicion lo hace parecer la imagen de la prostitucion, porque eso es un jugador.

La señora me habia persuadido, le prometí ver á Luis ese mismo dia y obligarlo á enmendarse. Iba á cumplir mi promesa; al volver una calle vi á un jugador, los jugadores se conocen á mucha distancia; me acerqué á él.

—Tengo que hablar con vd., señor D. Luis, le dije.

—Que sea pronto amigo.

—Debo tardar algo.

—Pues entonces será otro dia. Ahora tengo que hacer.

—Sin embargo....

—No puedo. Te juro. Voy á buscar dinero, hoy he perdido mil pesos.

—Es imposible. Vd. no tiene mas que sesenta cada mes.

—Prestados amigo, la deuda es sagrada; me voy: D. Juan me volverá á prestar.

—¿Quien?

—Don Juan, D. Juan, me dijo con suma violencia.

—Aquel de cuyas infames sollicitaciones se quejó su esposa de vd.? Aquel de quien habia vd. jurado vengarse, aquel....

—Y bien, pronunció con una voz ronca, yo he perdido, estoy arruinado, mis acreedores me persiguen. Debo desquitarme.

—Recuerde vd., le dije con indignacion, recuerde vd. que D. Juan ha intentado seducir á la esposa de vd., que ella se quejó con vd., que no habia desistido de su intento y que sabe que vd. no lo ignora.

—Que me presté dos mil pesos y.... me desquitare.

Luis me volvió la espalda al concluir, con una indiferencia estocica. D. Juan.... que me importa.... me desquitare,—le oí aun murmurar, y su voz se perdió entre el ruido de los transeuntes.

Pocos dias despues vi un coche magnifico, la esposa de Luis, ricamente ataviada, iba en

el, D. Juan la acompañaba. Ambos me miraron, el se ocultó, ella bajó los ojos y lloró. Sus lágrimas me manifestaron sus remordimientos y su desesperacion. Concebí alguna esperanza, queria ver á Luis, iba á entrarme á todos los garitos en su busca, apresuré el paso, volaba; su deshonra en mi concepto debia salvarlo. En mi precipitacion me encontré con un hombre que se habia vuelto á saludar á un coche, alzé los ojos.... era Luis que saludaba á D. Juan. Mi mano asió de su brazo como una tenaza, la cólera me ahogaba.

—Infeliz, le dije, sacudiéndolo con violencia, con ese saludo has sellado tu deshonra; vendes á tu esposa, vendes á tus hijos. D. Juan ha triunfado y ya no tendrás quien te preste dinero, te desesperarás, maldicerás el dia de tu nacimiento, y no podrás morir, porque la muerte es el consuelo del justo, serás la beldad.... nadie te socorrerá.

Su rostro se encendió, su alteracion me persuadia que mis palabras producian efecto. Creí acertar, y continué.

—Su esposa de vd. es víctima de los remordimientos, vaya vd., vuele á encontrarle, venga vd. su ofensa en D. Juan, y sea vd.... feliz, (no pude decirle honrado). Su esposa de vd. volverá á su deber, olvidará á D. Juan, porque nunca lo ha amado, lo abandonará, está vd. cierto.

Un rayo de alegria iluminó su rostro con una luz horrible, como ilumina un relámpago á una nube tempestuosa.

—Voy, me dijo, juraré, reniré, imploraré su perdón; mi mujer abandonará á D. Juan, y entonces....

—¿Qué?

—Yo volveré á....

Mi alma se inundó de gozo; el jugador volvió á la razon.

—Si, vd. volverá á ser honrado, feliz. Vuelva vd., no dilate su ventura.

—Yo volveré á tener dinero, jugaré y me desquitare. Dijo alejándose con paso acelerado.

—La esposa de Luis me habia dicho bien; un jugador no ama nada, no tiene honra, no tiene afectones; ¡infeliz jugador! ¡infelices hijos!—JOSE MARIA DEL CASTILLO.

LA MALINTZIN

DOÑA MARINA.

Apreciando solo lo bello y no lo útil, la historia antigua de México es poco conocida entre nosotros mismos, que nos quejamos de falta de datos cuando nos sobran. Algunos confiesan que sobre México se ha escrito mucho, pero añaden que todo está envuelto en congeturas sin parar la atencion en la historia de los primeros pobladores del viejo hemisferio. No se conserva de estos cierto, mas que lo que nos enseñan los libros sagrados, que se contraen á los hechos de los pueblos hebráicos: de los egipcios, medas, persas, y sin ir tan lejos, de los bárbaros de Europa en tiempos mas recientes y cuyas naciones forman, por decirlo así, el origen de las actuales, no tenemos mas que datos probables y muy dudosos que nos hacen vacilar aun sobre los hechos acaso mas verdaderos.

Y aunque fuera cierto que no se hubiera escrito de México cosa que, aun aplicando las reglas de una sana critica, pudiera dar alguna luz sobre las antigüedades de nuestro pais, nos bastarian las tradiciones populares y las consejas que conservamos. ¿Quien no ha oido ó dicho quizá alguna vez, el refran tomado de Aluissot, que si le ha venido en curiosidad, no sabrá que existió un rey de este nombre en Tenochtillan, famoso guerrero? ¿Quien en su infancia no ha escuchado de alguna vieja la relacion del encantamiento de Moctezuma y la Malintzin en la alberca de Chapultepec donde todos los dias á las doce se aparecen? Todas estas vulgaridades sirven de mucho al hombre investigador para adquirir noticias algo exactas.

Pero no, ni tenemos necesidad de recurrir á estos medios para desentrañar algunas noticias sobre la historia de nuestro pais. Bastantes han escrito sobre ella y en muy pocos hechos no van conformes sus opiniones; esto mas bien es dimanado del conato que muchos escritores extrangeros han puesto en envilecernos. Así se les vé, por ejemplo, declamar á cada paso contra las costumbres de los pueblos aztecas por bárbaras y crueles, como si

lo fuesen ménos las de los pueblos mismos de Europa. En el derecho romano y por consiguiente, en el de las demas naciones, que lo tuvieron por modelo dándole aun el nombre de comun, como principio del de gentes, se sanciona la esclavitud de los prisioneros de guerra; y el dominio despótico y absoluto de los señores sobre sus siervos, los cuales no eran considerados en manera alguna en la sociedad ni se encontraban bajo la salvaguardia de las leyes. Preferible era sin duda la condicion de los prisioneros en Anahuac donde moraban, pero libres de crueles prolongados padecimientos. Por otra parte, cuando esto se hacia como un sacrificio que se juzgaba acepto á la divinidad, nada puede echarse en cara á los oferentes. No así en las naciones cultas de la culla Europa, ya no diré de la bárbara edad media en que contaban algunos siglos de existencia y de poder, sino de las épocas mas brillantes, del siglo de Luis XIV del siglo filosófico, y tambien del siglo de las luces, al ménos en sus primeros años, ¿quién, no se sorprende al ver que haya podido conservarse en países católicos el tormento como solemnidad legal en la substanciacion del juicio, para extraer la confesion al reo de un delito, que muchas veces estaba ya bastante comprobado, ó bien para arrancar al inocente la declaracion de un hecho que no ha ejecutado cuando su justicia está ya manifiesta? ¿Quien no se burlaría leyendo las rojas páginas del santo tribunal, y lo que es mas, por sostener los dogmas de una religion, que toda llena de tenidid quiere ser propagada y defendida unicamente por el convencimiento? Escritores de estos pueblos son los que denigran á los primeros moradores de nuestro continente.

Nada tiene México que envidiar por cierto á la misma Roma llamada Señora del Mundo, porque si dejó de conquistar algunos países de su continente, se debió tan solo al deseo de conservar enemigos á quienes hacer la guerra, para ofrecer sacrificios en la inauguracion

de sus reyes, y para que estos acreditasen, ejercitándose su pericia en el arte militar y que sabrían defender sus pueblos. México se elevó bien pronto á un grado muy considerable de civilización, sin haberse puesto en contacto con países en que habían brillado grandes filósofos, oradores, poetas, como Roma lo hizo con las repúblicas griegas. México presenta aun hoy monumentos que acreditan su grandeza y los adelantos que había hecho en las ciencias y en las artes, admirables sin duda, sin deber nada, como Roma á Atenas. La legislación de México fué buena, sin que como Roma la hubieran usurpado á Licurgo y Solón. Las instituciones del imperio de Tenochtitlan eran sabias y bien calculadas, como lo eran las del de Roma que á cada paso se variaban. En cerca de dos siglos de existencia tuvo Tenochtitlan once soberanos todos elegidos por una eleccion regular y bien convalida. Al paso que Roma en casi dos siglos y medio ó poco mas, tuvo apenas un monarca y mató seis tiranos cuyo nombramiento tumultuoso era siempre ganado por el hombre mas ávido de poder. México tenia tambien sus establecimientos de instruccion pública para jóvenes de ambos sexos; tenia como Roma sus vestales, y como el cristianismo sus vírgenes consagradas á la divinidad; tenia por último sus matronas que pudieran brillar en nuestros tiempos.

Una jóven, de talle elegante, de extraordinaria hermosura, de bellas y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad aunque no lo mostraba su trage, acompañada de otras diez y nueve jóvenes doncellas, se presenta á los conquistadores españoles juntamente con otros preciosísimos dones como regalo del Cacique de Tabasco. Esta señalada jóven se atrae desde luego la atencion de Cortés y sus compañeros de armas, y arrebatada las miradas de todos ellos. Poseia con perfeccion los idiomas Maya, (que es el yucateco) y mexicano, y muy en breve se hace comprender de los españoles habiéndoles ya en su propio idioma, por lo que les sirvió de interprete en todas sus expediciones.

Podria alguno condenar á doña Marina á llamaremos con este nombre que es el de bautismo) de falta de civismo, cuando al lado de los enemigos de su país les servia de ayuda contra su propia patria. Pero este cargo jamas puede hacerse si se reflexiona por un momento que en los servicios que prestaba, favorecia á su entender la causa de su pueblo. En efecto, miembro ya de la religion cristiana, habia entendido sus misterios y abrazado

con ardor su moral: en su religion veia tan solamente la felicidad verdadera, y anhelando porque sus compatriotas la alcanzaran, sin otro medio, porque no lo conocia, que las armas de los soldados españoles, debió cooperar á la conquista. Así que, cuando quisiera aun culpársela por haber vendido á su patria, se puede todavía decir que la vendió inocentemente y en un precio inestimable; mas no como Tarpeya por los brazaletes de los soldados, y de una manera vil y maliciosa. Por otra parte, el verdadero amor patrio es el amor, no precisamente de la tierra que nos dio el ser, sino de la sociedad que nos abrigó en su seno: no del suelo en que tuvimos apenas naciendo y vida natural, sino de la sociedad que nos da una vida civil; y el imperio de México, si bien es cierto que habia dado nacimiento á nuestra jóven, la habia tambien sujetado á una condicion miserable y degradante, cuando por el contrario los conquistadores la recibieron y trataron como hermana, se llegó á ellos con los vinculos mas estrechos, los del amor y los de una amistad cordial, pues que á pesar de haberla dado Cortés á Alonso Fernandez de Portocarrero, tuvo de ella, en ausencia de este, un hijo á quien llamó Martín, y mas adelante la casó con Juan Xaramillo caballero hidalgo de los que le acompañaban y uno de sus capitanes. Estas relaciones, pues, tan íntimas debian obligar á doña Marina en favor de los conquistadores: la primera sociedad, la mas estrecha es la conyugal: la amistad es el vinculo mas fuerte que liga las voluntades de los hombres y que produce en nosotros el mas firme, el mas sincero amor. Aun hoy entre nosotros mismos tenemos ejemplos palpables, especialmente en el bello sexo, de que por el matrimonio, por la amistad, hacemos propios los sentimientos é intereses patrios de nuestros consocios, de nuestro amigo: así es que, después de consumada nuestra independencia, no han faltado personas que, enlazadas por diversas causas con españoles, nos han echado en cara y nos reprenden á cada paso nuestra emancipacion: otro tanto tuvo lugar respecto de los franceses cuando en mil ocasiones treinta y ocho fueron espulsados del territorio de la Republica, á consecuencia de haberse declarado la guerra á su nacion, y semejantes casos se presentan igualmente en otros países que me abstengo de citar.

Por otra parte nada debia extrañarnos en el particular de una persona que no habia recibido de su patria beneficio alguno, como tenia indicado. Nació, segun lo aseguran algu-

nos, en Jalisco, aunque muchos sin duda los mas respetables y con mayor fundamento, afirman que en México y otros no pocos en Coahuacalco. Ignoro en que se hayan podido apoyar los que la han juzgado Jalisciense hallándose Jalisco tan distante de México, aunque por otra parte sea cierto que observaba en lo general sus mismas costumbres, guardaba sus propias leyes, reconocia como suyo el gobierno del imperio, y finalmente, hablaba tambien su idioma; y mucho más, si se atiende á la residencia de su familia al tiempo de aparecer los conquistadores, y al lugar donde fué regalada á estos bastante remotos aun de la misma México, queda vacilante la fe que deba darse á tal opinion. No han sido iguales los fundamentos de los escritores que la hacen originaria de México: capital esta de un rico, vasto y poderoso imperio, centro del saber y del comercio en Anáhuac, foco de la opulencia como corte de un gran monarca, nada singular era que se encontraran establecidas en ella las primeras, las mas distinguidas familias de la monarquia, así que, cuando faltaran los testimonios de los contemporáneos, sobran razones muy fuertes que persuaden la realidad de este aserto. Ni faltan presunciones muy vehementes en favor de los que asientan que nació en Coahuacalco, pues que aquí estaba domiciliada su familia en la época precisamente de la venida de los españoles, y ella por otro lado, no se hallaba en país muy lejano: lo mas probable parece ser que, originaria de Jalisco provincia entonces sujeta á México, su familia, trasladada después á la capital del imperio la hubiera tenido en esta y pasara en seguida á Coahuacalco llevándola consigo: todo lo que acaso ha dado motivo á la variedad y discordancia con que sobre este hecho han escrito los autores, y que por otra parte se deduce de sus propias relaciones.

Era el padre de la Malintzin Cacique de Coahuacalco, aunque Clavijero, Bernal Diaz del Castillo y otros afirman que de Painalla de que dependia Coahuacalco. Falleció dejándola aun en edad muy tierna: su madre pasó á segundas nupcias, y tomando su nuevo marido el cacicazgo del primero, habiendo tenido un hijo en este matrimonio, como no podia reservarle el señorío y riquezas de la familia, perjudicando á la Malintzin legitima heredera y sucesora, y á quien no pudiera despojar de sus derechos, concedidos expresamente por las leyes fundadas nada ménos que en los estrechos vinculos de la sangre, intentó deshacerse de ella. Pareció

cierto, aunque no lo he visto así escrito, que la madre arrastrada por el amor natural impidió que se la privase de la existencia, é inventó un expediente fácil y seguro, recurso que en su sexo no se tiene dificultad en encontrar, pues nada tan á propósito para salir de un mal paso, é imaginar un ardid, como una niuger. Sucedió pues que fallciera la hija de una esclava suya algo parecida, segun Clavijero, á la Malintzin, y aprovechando la oportunidad, la madre y el padrastro de esta, fingieron ser ella la muerta, haciendo al efecto las exequias que la correspondian segun su clase y dignidad.

Me inclino á creer que la jóven Malintzin se halló algun tiempo, aunque fuese corto, en el establecimiento de niñas de Tenochtitlan que estaba confiado á la direccion de los sacerdotes y sacerdotisas, porque si bien es cierto que de este establecimiento no salian las jóvenes, sino estando ya en edad nublil, precisamente para casarse, ó para consagrarse, conservando su virginidad al servicio de la Diosa, pudo suceder muy bien que las pensionistas, á las cuales sin duda pertenecia la Malintzin, no tuviesen tal sujecion y acaso su madre y padrastro prestando enfermedad de ella la sacarian y quizá fué cuando intentaron su crimen. El unico fundamento, y á mi entender no leve, que me hace abrazar esta opinion es la cultura que manifestaba la Malintzin, así como su facilidad en comprender la que solo se adquiere por medio del ejercicio, y que por otra parte la acreditó bastante desde que fué presentada á los españoles. Aunque hay que advertir que no solo este establecimiento se sostenia en Tenochtitlan, sino que habia ademas otros, dependientes directamente de la autoridad pública, á bien de particulares, en los cuales siempre intervenia la autoridad, pero no con otro objeto que con el de cultivar que no se rompiera la moral, y para que con arreglo á ella fuesen enseñados los alumnos. En estos establecimientos no parece se sujetaban los jóvenes á las condiciones que en aquel: no todos comian á espensas del colegio ó escuela, sino que se les llevaba, segun dicen Herrera y Torquemada, la comida de sus casas, y muchos asistiendo solo á las labores de enseñanza comian y dormian en sus propias casas como se verifica aun hoy entre nosotros. Es verdad que los expresados Herrera, Torquemada y otros que han escrito sobre esto, no hacen mencion mas que de establecimientos de hombres, pero debe juzgarse que existian semejantes para niñas de las relaciones de los mismos autores, y el

padre de la Malintzin cuidadoso de darle una educación brillante y cual correspondía á la nobleza de su linaje, la colocó acaso en uno de estos establecimientos particulares, llevándosela, al fallecimiento de su padre, á Coatzacoalc, la madre y padrastro.

Sea pues lo que se quiera, la Malintzin, luego despues de haber sido fingida su muerte fué dada á unos indios mercaderes de Xicalanca á donde la llevaron estos, regalándola despues al Cacique de Tabasco, quien la dio, como hemos dicho, á Cortés.

Los escritores extranjeros, continuando en su propósito de desfigurarnos, dicen que al llegar á México la expedición se sorprendieron los indios á la vista de doña Marina y la juzgaron una divinidad que guiaba á los conquistadores, á los cuales, aseguran los mismos, que llamaban hijos del Sol. La razón que como motivo de esta sorpresa se alega, es que no se veía otra mujer que los acompañara, y que entre los mismos indios no se le hallaba semejante en dotes. Las propias personas que esto escriben aseguran poco ántes, que les fueron dadas á los conquistadores en Tabasco ademas de la Malintzin diez y nueve hermanas doncellas en Veracruz recibieron de Moctezuma por medio de sus embajadores algunas mugeres enviadas á Cortés con el único, esclusivo objeto de que les sirviesen en trabajar el pan de maiz, en prepararles otros alimentos y prestarles los tomas oficios domésticos y familiares; en Tlaxcala finalmente, como en pruebas de amistad, les fueron dadas las hijas de los principales señores de la República, entre otras doña Luisa Tecuicualtzin hija de Xicotlencatl el viejo que presentó á Alvarado para muger propia. Asi es que los españoles á su arribo á México llevaban sin dnda consigo, mas de una muger; pero aun suponiendo que solo fuesen acompañados de la Malintzin, no era posible que ignoraran los mexicanos su origen y la causa de su permanencia entre los mismos españoles cuando se habían hallado con estos diversos embajadores del soberano, y por otro lado las relaciones de los soldados indígenas que de diversas partes se habían agregado á Cortés, eran muy suficientes para informar á los moradores de Tenochtitlan.

No podrá sostenerse jamas sin contradiccion que á los mexicanos sorprendiera la Malintzin por sus cualidades, porque no es posible que el país que produjo una muger dotada de talento y hermosura, no tuviera en su seno otras si no iguales, semejantes al ménos, puesto que la naturaleza no habia de limitarse es-

clusivamente á una sola persona; y de lo contrario, que nos muestren la razon nuestros *panegiristas* que así se esmeran en *prodigarla* elogios.

Regalada pues la Malintzin á Cortés, y por este á Alonso Fernandez de Portocarrero, por ser como dice un autor, "de buen parecer, y atrevida é desavuelta" esto es, hermosa y de genio franco, sabiendo, como sabía, los idiomas Mexicano y Maya, ella y Gerónimo de Aguilar, quien con ocasion de haber estado cautivo en Tabasco habia aprendido algo el idioma Maya, eran los medios de comunicacion entre los mexicanos y los españoles, aunque no ha faltado quien asegure de nuestros *caros escritores* de que acabo poco hace de hablar, que la Malintzin olvidara su idioma nativo; pero mal se combina esto, con que sirviera de intérprete á los que hablaban sin que ella los entendiera, y por otra parte ya no pudo sorprender á los mexicanos porque hablaba su mismo lenguaje.

Los principales sucesos de su vida despues de haber sido bautizada (respecto de lo cual se ha escrito muy poco, pues solo se menciona que al día siguiente de regalada á Cortés, es decir, el domingo veinte de marzo de mil quinientos diez y nueve, sin éspresar si fué ó no catequizada, luego que oyeron misa los españoles, predicándoles á ella y á sus compañeras Fray Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario, que se hacia entender por medio de Gerónimo de Aguilar, les administró en seguida el bautismo) están de tal manera enlazados con aquellos pasando en silencio estos. Sin embargo, presentaré únicamente los mas notables.

Se refiere que hallándose Cortés en Cholula, ya en relaciones amistosas con los moradores del lugar, adonde entró á consecuencia de diversas ofertas y continuas instancias que ellos mismos le hicieron, y despues tambien de haberles protestado que no llevaria en su compañía á los Tlaxcaltecos, á quienes conservaban un odio implacable é inveterado, trataron los mismos choluleses con los mexicanos de armar una emboscada para deshacerse de enemigos tan poderosos; pues que el rey de Mexico despues de suplicarles, ya por escritos, ya por legados, que se retirasen, y dándoles al efecto opulentos regalos, como viera que no lo conseguia y se hallara ademas temeroso de que entraran á su corte, á la cual se aproximaban demasiado, envió unos comisionados á Cholula con el fin de perderlos. De ninguna manera encomiaré esta accion depravada, singularmente de parte de los de Cholula, la cual repug-

na al mismo derecho natural, siendo un arbitrio indico del que no debe echarse mano, sea cual fuere la causa que lo motive; mas fué sin duda favorable á Doña Marina que encontró una ocasion para acreditar su fidelidad. Luego que, por una señora principal, que parecia era la misma muger del cacique, tuvo noticia de la ocurrencia, á fin de que se salvara huyendo el peligro, sin "despreciar el anuncio, comunicó inmediatamente la traicion á Cortés, quien activo en sus medidas burló los intentos de sus enemigos y castigó á los candillos.

Ademas de la condicion natural de Doña Marina, el amor que tuvo á Cortés parece que influyó mucho en la prosperidad de este en todos los sucesos de la conquista. Desoso de conservarse su afecto Cortés, siempre procuró portarse grande y generoso en su presencia; por esa fué que apenas se hubo separado de ella, y diera muerte infame y cruel á los soberanos de México, Acolhuacan y Tlacoapan, á pesar de las súplicas de sus capitanes, que no pudieron menos de llorar á la vista del suplicio y la union de los reos. No tuvieron mas culpa los infelices Monarcas, que habérselo lamentado de su desventura: un indio infame, bajo, adulario, que bien merecia la pena que aquellos sufrirán no satisfecho con referir á Cortés lo que les oyerá, agregó calumniosamente que trataban de quitarle la vida, tramando al efecto una conspiracion que estallaria si no los castigaba de un modo ejemplar. Cortés, cansado ya sin duda, de llevar consigo aquellos reos, dispuso al momento que fuesen ahorcados en un árbol, por mas que intentaron persuadirle de su inocencia. Instruidos los miseros soberanos en los dogmas de la religion del Crucificado, miembros de la comunión católica, hicieron las disposiciones espirituales propias de un hijo de la Iglesia de Cristo, y murieron con la muerte de los mártires, enterneciendo con sus actas piadosas y con la humilde resignacion peculiar de un cristiano, á los mismos soldados y á los sacerdotes españoles que los auxiliaron, y cuyo llanto fué deseado de Cortés. La sangre de estas inocentes victimas ha corrido las páginas de oro, que las lazañas del conquistador le hubieran merecido. Asi pues, lejos de la Malintzin, Cortés manchó siempre con actos perversos su nombre estando ante ella, su conducta puede decirse, que fué irreprochable. A esto parece debe atribuirse que, despues de la toma de México, se opusiese á obsequiar los inicuos intentos de sus avaros compañeros de armas, cuando trataron de atormentar á los mismos soberanos de México, Acolhuacan y Tlacoapan, pa-

ra hacer que declarasen en qué parte habian escondido el tesoro, que regalado por Moctezuma á los mismos españoles, estos, con su precliplada fuga no habian podido sacar del palacio de Axayacatl que los sirviera de habitacion durante su residencia en Tenochtitlan, Doña Marina fué tambien quizá causa de la indignacion del mismo Cortés, luego que supo la crueldad del bárbaro tormento que al fin se hizo sufrir á aquellos monarcas.

Cooperó tan poderosamente á la conquista la Malintzin, que sin ella acaso no se habria logrado, ó hubieran tenido mayores obstáculos que vencer: "fué" dice Bernal Diaz del Castillo, "gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente." Suavizaba ella, por una parte, el carácter español, y los atraía por otra alindos, haciéndolos parecer grandis: é Doña Marina, son palabras del mismo autor referidas a la separacion de Cortés del lado de Moctezuma para ir á atacar á Narvaez, "como era muy la vista del suplicio y la union de los reos, no hacia admitir de sus enemigos; animaba en los combates á los que peleaban con ellos; así en Tlaxcallan desanimado Juichicospolteca y medroso, luía ya temiendo por el éxito de la campaña; mas ella le reanimó pronosticándole la victoria que en efecto se alcanzó y la tributaba él despues grandes elogios; y no solo él, los mismos españoles, y al efecto oiganos uno que dice: "y digamos como Doña Marina con ser muger de guerra que esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos esfabamos horridos y dolientes, jamas vimos firmeza en ella; sino muy mayor esfuerzo que de muger;" descubriría los planes que se formaban para destruirlos como en Cholula, de cuyo hecho he hablado ya; suavizaba las palabras ásperas de los mismos españoles que profertarian ante personas temibles por su poder, ó que por su gerarquía debian ser acatadas, como en México cuando se trató de reducir á Moctezumá á prision, supo dilucidarle las reales oces deprimidas y denigradas á la autoridad real con que se expresaron los osados capitanes de Cortés; ella, en fin, era conocida por el amor, cuyo idioma es uno mismo entre todos los hombres.

Fué su afecto á Cortés tan extremado, que hallándose en su viaje á Honduras el año de mil quinientos veintioatro, en Tabasco, adonde por llamamiento del mismo Cortés hecho á los indios de las cercanías, se presentaron su madre

y hermano entre otros, (su padrastro había ya muerto en esta época) sobrecojidos de leonor luego que la conocieron, ella les dijo: "que Dios le había hecho mucha merced en quitarle a adorar ídolos agora, y cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran caeica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería, que en más tenía servir á su marido que á Cortés que cuanto en el mundo hay; y esto," continúa Castillo autor de esta relación, "se lo di muy verificadoamente, y se lo juro, amen."

Podría echarse en cara á mi heroína que hiciera mérito de sus amóros con Cortés, en desprecio de una religion pura y santa en el mismo momento que blasonaba de haberla abrazado, y más se la culpaba atendiendo á que aun en el culto mexicano estaba condenado el adulterio; pero debe, antes de ser juzgada, considerarse en las circunstancias de la época, y tambien ha de fijarse la atención en sus propias expresiones que de ninguna manera la presentan criminal. En ese tiempo, los mismos conquistadores que propagaban la religion evangélica, no tenían escrúpulo el más mínimo en hacer uso de las mugeres indígenas sin unirse á ellas en matrimonio; ni podría esperarse otra cosa de la soldadesca, gente, por lo común, sin principios morales ni políticos, que nos lian más leyes que la ordenanza, que solo repula crimen la violacion de esta, principalmente en casos como el de los conquistadores, en que los gefes tienen que tolerar á las mugeres faltas por mantenerla grata; y sin salir de la historia de la conquista, ella nos suministra una prueba evidente de esto en la sangrienta carnicería hecha por orden de Alvarado: accion imprudente á la vez que impolitica, que pudo haber costado caro á su autor, á no llegar tan á tiempo Cortés, quien ni la más leve reprehension hizo á Alvarado temeroso de perderle. Respecto de tomar á las Indias, tenemos como ejemplo al mismo Alvarado, al que como hemos dicho le fué dada la hija de Xicotencatl que por ser hermosa y de bellas prendas, no reusó admitir, y en la que despues de bautizada con el nombre de Luisa, tuvo algunos hijos: otro tanto sucedió con los demás capitanes y soldados, y el mismo Bernal que dice: "y era tan bueno (Moctezuma) que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas." Y como en aquel tiempo era yo muchacho, y siempre que estaba en su guarda ó posada delante de él, con grande acato, le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el page Ortegulla que vi-

ne dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Ortegulla que le queria demandar á Moctezuma que me hiciera merced de una india hermosa y como lo supo el Moctezuma me mandó llamar, y me dijo: Bernal Diaz del Castillo, han me dicho que tenéis motolines de oro, y ropan, yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratadla muy bien, que es hija de holibre principal." "y entonces" continúa mas adelante, "alcanzamos á saber que las muchas mugeres que tenía por amigas casaba dellas con sus capitanes á personas principales muy privadas, y aun de ellas á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, (esto es, tuvo buen gusto en ella) que se dijo Doña Española." Y teniendo los indios á la vista tales ejemplos de sus propios maestros, no podían exigirles mejor conducta; cuando para acomodar cualquier empresa los españoles invocaban el auxilio del Cielo, celebrando el sacrificio incruento de la victimas sin mancha, y no se retraban, sin embargo, de la liviandad, sus disculpas no debían mirar esta como delito.

Por otra parte, la conducta de Doña Marina no era contraria á sus leyes y costumbres patrias. Observábase por estas, entre los pueblos Aztecas, que luego que un jóven se hallaba en edad nubil, podia, queriendo, tomar muger sin desposarse con ella, en cuyo caso no estaba obligado á obtener el consentimiento paterno; pero inmediatamente que tenía un hijo en ella, los padres de esta le requerian para que la hiciese su muger legitima, ó bien la volviese á su familia, á fin de darla un marido honrado: si se decidia por el primer extremo se efectuaba el matrimonio, que no tenía otra solemnidad legal que el consentimiento mutuo; mas en caso contrario, los padres de la jóven se la llevaban á su casa sin poderse ya unir á otro, sino previa la aprobacion paterna, y precisamente en matrimonio; otro tanto sucedia respecto del varon, queriendo tomar otra muger. Estas eran las disposiciones legales de los pueblos antiguos del nuevo continente, en los que por las costumbres era licito, el concubinato. Estas mismas disposiciones eran tan fuertes en lo relativo al adulterio, que á pesar de lo mucho que se economizaba la pena de muerte, tenía lugar en este delito, aplicándose, como siempre que debía hacerse por el consejo supremo, erigido en tribunal y presidido por el rey. No eran, por otra parte, mas puras en este particular las costumbres europeas, cuando prohibiéndose á los eclesiásticos el ma-

trimonio á fin de que no se distrajeran del ministerio divino, con los negocios familiares, se decía que les estaba permitido el concubinato que toleraron las mismas leyes hasta el Concilio de Trento, que celebrado por los años de quinientos cuarenta y nueve y cincuenta, es decir, veintinueve ó treinta despues de la conquista, cortó de raíz este abuso, y los que se cometian á cada paso sin la clandestinidad del matrimonio. Además, Doña Marina hacia alarde de tener un hijo de Cortés, pero lo tuvo antes de haberse ella casado. Lo unico que podría deducirse de las expresiones de Doña Marina es, que no recibió México la religion en toda su pureza y candor, lo que servicia para reprender á los conquistadores que la traslucieron acompañada de la corrupcion europea.

Era tan íntima la union de Cortés y Doña Marina, que de los mismos indios era conocida, y tanto, que le daban el nombre de Malintzin, (Malintzin, asegura Castillo, al dirigirle la palabra, lo que equivale á llamarle capitán de malintzin). De este modo se expresó Xicotencatl cuando en nombre de la república de Tlaxcallan aceptaba la paz que aquel le ofreciera, y le presentaba el don de trescientas mugeres que el conquistador rhuñó, prestando que su religion le impedía tener mas de una, siendo ya casado en España con una señora principal; sin embargo, por no ofenderlos, pudiendo parecer que los desairaba, recibió algunas que le instaron tomara para el servicio de la Malintzin, y además otras que repartió á sus soldados. Los embajadores de Moctezuma, en las diversas embajadas que de este monarca recibió Cortés, le dieron un trato semejante al de Xicotencatl, es decir, le llamaron de la misma manera que este respetable y distinguido senador, y no de otro modo lo hizo el mismo emperador en todo el tiempo que se comunicaron, que fué hasta su muerte.

No abandonó á Cortés la Malintzin ni en las circunstancias mas azarosas. Cuando en el tumulto de los mexicanos quiso que se asomara Moctezuma, á fin de que con su presencia y peroraciones se contuvieran, por obsequiar á los señores la Malintzin, apareció con intrepidez y sinceridad delante del peligro, que íntal, que el mismo Monarca resultó de allí lastimado, y tan gravemente, que á consecuencia de la herida, aunque no como unica causa, espiró á muy pocos dias. En el ataque que dieron dentro de la capital los mexicanos á los españoles: en la precipitada fuga de estos de Tenochtitlan, despues del fallecimiento del in-

feliz soberano: en el prolongado sitio de esta misma ciudad, siempre se encontró á Doña Marina cerca de Cortés, hasta concluida la conquista. La única vez que pudo haberla dejado, así lo exigian las circunstancias, fué cuando tuvo que marchar á combatir á Narva; mas aun en esta ocasión, á pesar de que como dicen los historiadores, procuró ir á la ligera sin llevar consigo á las mugeres, no se separó por esto de su Marina, como que ella le comunicaba movimiento en todas sus empresas; así que, le acompañó en esta, quedándose á poca distancia con el bagage en Compollan.

Grande fué su gozo cuando despues de haber salido de México huyendo de la persecucion, y aun antes de haberse restablecido de la fuga, descubrió que había logrado escapar salva Marina. No fué ménos el placer que experimentaron los soldados españoles, como lo manifiesta un festivo ocal que representaba en la misma escena. "Olvidado me he," dice, "de escribir el contenido que recibimos de ver viva á nuestra Doña Luisa, hija de Xicotencatl, y nuestra Doña Marina, que las escaparon en las pteñas mos de Tlaxcallan, que eran hermanas de Doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las demás Savorias que nos habian dado en Tlaxcallan y en México, allí quedaron en las pteñas con las demás."

Ni fué menor el regocijo que causó á los mismos indios, pues de los Tlaxcaltecas, "¡qué fiesta," dice el mismo autor, "y alegría mostraron con Doña Marina y Doña Luisa, cuando las vieron en salvamento!"

Concluida la conquista, Cortés casó á Doña Marina con Juan Xaramillo á quien tocó, en la distribución que se hizo de terrenos, una parte de Xicotepec. Si Xaramillo no fué uno de los capitanes que mas se distinguieron porque se ha escrito el muy poco, no fué por cierto de los que ménos parte tomaron en las empresas de Cortés, se halló con este en sus principales escursiones, y le acompañó en los pasos mas arriesgados. Cuando tuvo que combatir á Panfilo de Narvaez, Xaramillo llevaba el tercero ó cuarto lugar entre los gefes de la vanguardia; en colocacion semejante se encontró en la armada dispuesta para el sitio de México; en el viaje á Honduras de Cortés, de que llevo hecha mencion, fué en su compañía, y así en otros encuentros y ataques del célebre capitán. El trato frecuente que la circunstancia de acompañar á Cortés proporcionaba á Xaramillo y Doña Marina, engendró en ellos el amor que dió por último resultado su matrimonio.

Acazo Cortés se habría unido á ella con este vinculo, si no lo estuviera de antemano á otra. Parece que con ocasion de haber terminado lo mas resgo de la conquista, Cortés se vió obligado á hacer venir á Nueva España de la Habana, á su esposa, y por consecuencia, á suspender el trato ilícito que hasta entonces habia tenido con Doña Marina; de otra suerte quizá no se habría ella casado.

Durante sus relaciones con Cortés y á virtud de ellas tuvo un hijo que se llamó Martín, conservando el apellido de su padre. El rey de España le consideró mucho, y le concedió con títulos y distinciones honoríficas. De él descienden los duques de Terranova y Monteleone, marqueses del Valle de Oajaca. En la capital y en gran porcion de la Nueva España poseia cuantiosas riquezas, y su casa fué una de las mas poderosas del reino; hoy existe radicada en Italia, y á juzgar por el nombre de familia, nadie reconocerá que habia tenido por raíz en Cortés, simbolo de la union de México y España.

Génius turbulentos y malélicos persiguieron á Don Martín algunos años despues de la conquista, por sospechas de conspiracion; de esta manera correspondian las autoridades del virreinato, á los trabajos de Cortés y de Doña Marina, que aumentaron considerablemente el brillo y estimacion de la corona de Castilla, y que les proporcionaron á ellas mismas un territorio inmenso donde estender su poder. Don Martín, pasado algun tiempo despues de esta ocurrencia en la que sufrió mucho, falleció, no sin dejar ántes sucesión.

El último viaje en que parece acompañó Doña Marina á Cortés, que fué el que hizo á Hon-

duras, estaba ya casada y sus relaciones con el conquistador habian cambiado de aspecto. Unido este á su muger Doña Juana Suarez, miraba á aquella con aflicion, es cierto, pero solo la conservaba su aprecio y un amor puro y sincero. En este viaje se dejaron ver en Doña Marina una generosidad y nobleza de espíritu inimitables; no conservaba animosidad contra sus parientes por haberla despojado de sus intereses, y privado de su señorío y del goce de su libertad; se contentó solo, al verlos, con una ligera reprehension de que ya habló en otra parte, y pidió ademas que se les conservase en la posesion de sus dominios.

Pasó Doña Marina con su esposo á la Península; en cuya corte fué tratada como una señora de distincion. Se halló colmada por el soberano, de honores en justa retribucion de sus importantes y señalados servicios. No se sabe á punto fijo el año en que dejó de existir, solo sí, que acaeció en España despues de haber brillado como una de las primeras damas de la corte. De su matrimonio, en el que siempre mantuvo una amistad constante y firme hacia su esposo, dejó algunos hijos á quienes pasó sus títulos, y que fueron el principio de las primeras casas de la Nueva España, si se exceptúan las de los marqueses del Valle, la de los condes de Moctezuma, descendientes del segundo monarca de este nombre, y las de los señores de Ixtlixochill, últimos vástagos de la dinastía real de Acolhuacan. Aun hoy existen algunos restos de estas familias, y el nombre de Doña Marina se conservará indeleble, mientras no se borren del libro de los fastos del mundo los hechos de la conquista de la mejor porcion del nuevo hemisferio.—CARLOS M. SAAYEDRA.

EL CUENTO DE LA VIEJA.

I.

QUERO volver el pensamiento á los recuerdos de mi niñez; á aquel rincón del norte de España, que separado de las demas provincias del reino por la gigantesca sierra que se desata del Pirineo, y del resto de la Europa por las reventadas olas del Golfo de Cantabria, ha representado tan principal papel en el sangriento drama de la pasada contienda. Aquella tierra montañosa, donde las brisas de occidente discurren armoniosas en la florida primavera y el delicioso estío, donde los vientos helados

del Norte amontonan en el invierno, los funéres crespones de las reventadas nieblas sobre las nieves blanquísimas de las escarpadas cimas; aquella region á veces sombría y fatigada, no tiene la menor analogía con la eterna primavera de las riuñenas Andalucías: en ella no resuenan las auras cargadas de perfumes orientales, ni las blandas canciones, ni las moriscas trovas de enamorados galanes; aquellas cuevas de sus montes salvajes, aquellas cuevas grutas de sus costas en donde el mar pe-

netra con sordo rumor, parecen mas bien destinadas á repelir los ecos robustos del barpa de Osian, los cánticos guerreros de los bardos de Morvén. ¡En donde está el inspirado vale que sobre el atrevido promontorio, que rompe con brazo de roca las espumosas ondas de la mar, cante, Homero de la edad media, las incultas proezas de los indómitos cantabros? Aguardad á que el poder de los siglos venideros, le engendre en el fecundo seno de aquella naturaleza prodigiosa.

Era una noche fria del invierno del año de 182... Asomado á una estrecha ventana de mi hogar, en la aldea de L..., niño de pocos años, paseaba mi imaginacion infantil por los apacibles vergeles de un mundo ideal, inocente y tranquilo como entonces mi espíritu, y melancólico como ahora mi corazón. Mis ojos recorrian distraidos la llanura cubierta de nieve; mis oidos escuchaban á lo lejos el son del mar que se estrellaba en la distante playa; y mis manos y mi rostro se entumecian al frio contacto del viento helado que pasaba, ó del copo de nieve que caía. A mi espalda y al rededor del chispeante fuego de la apetecible cocina, habia sentados á mas de los de una parte de mi familia, como hasta doce personajes, vecinos y vecinas de la aldea. Preciso fué para apartarme de aquella ventana, desde donde tan atento veía á los esqueletos de los árboles negrear entre la blancura del llano y del montecillo, que se hablase de repartir las sabrosas castañas que acababan de asarse al rescoldo de la lumbre. Cerré, pues, el postigo, y miré con indiferencia el cuadro que delante de mis ojos tenia. Allá jugaban al *triquiflor* algunos ancianos, cuya fisonomía patriarcal aclaraba á veces á mover el módico interés que se cruzaba en el juego; mas inmediatas á la llama, hablaban su copo algunas rugosas y encanecidas viejas, gastando en esta operacion la poca saliva que les dejaba la continua conversacion sobre los milagros que obraban las mas famosas imágenes de las vecinas hermitas: tal cual de ellas deslizaba entre sus trémulos dedos las gruesas cuentas de un rosario de 15 *dioses*, que rezaba entre dientes: mas distantes, algunas personas mozas departian sencillamente acerca de la campestre diversion del pasado domingo ó de la última romería; y si entre ellas cruzaban algunas dulces miradas de inteligencia, de cariño ó de enojo amoroso, no las percibian mis ojos, porque ignoraba mi corazón la existencia de ese sentimiento, que emana inmediatamente de uno de los dos grandes instintos, de las dos grandes leyes de los seres animados:

por último, al frente de la lumbre, y en lugar privilegiado, habia sentadas dos personas; una anciana respetable, baldada y taciturna, en cuyas rodillas se apoyaba la rizada cabeza de un niño.... Eramos mi abuela y yo!

—Vámonos, tía Ursula, un cuento de los buenos, para que despues caña mochucho busquo su agujero; porque la noche anda sin mirar atras; exclamó Juancito, el arrendador del molino.

—Si por cierto, que el otro día [por señas de que el señor cura párroco me hizo empréstito de un libro para que leyera mi nieto Colás] llegó á mis nuevas la muy vieja de una historia de lo lindo, que pasó en parte en este mismo pueblo allá en tiempos de antaño, no sé cuando; pero yo no habia moros en España, aunque sí quedaban brujas, judíos y gitanos. Ampárenos Dios! mas como me dé á entender mi poca ciencia, contarle he con permiso de la poeta, para divertir al chico....

Cesó el juego de los ancianos, recogieron los rosarios, emuliecieron los mozos, atendieron los viejos, y la tía Ursula alzando del suelo el badil, con lo que hizo levantarse soñoliento al gato que junto á él dormía, y animando con senda rúbrica sobre la lumbre, el calor de la hoguera, dió principio á su cuento, que parecia ser contemporáneo de Felipe V, y que voy á narrar á mis lectores tal como lo oí, salvas algunas diferencias en el estilo de la narracion.

II.

„Era no sé cual año del Señor; pero sí sé que empezaba á amanecer la primavera, y las mozas comenzaban á arreglar sus corpiños colorados y á aderezar sus sombrerillos; para las futuras romerías, que fué una gracia de Dios el ver lo lucidas que estuvieron aquel año. Dize el tal libro, que por cierto que se escribió un lego del convento de San Francisco de Laredo en las horas que tuvo desocupadas durante los diez y ocho años que estuvo aprendiendo el latín; pues, como iba diciendo, reza el tal libro que muerto el rey, que estaba eodemniado, hechizado ó qué se yo, vinieron los franceses á pelearse con los tudescos, que son de una tierra que está pasando la mar, sobre sí ellos ó estos habian de mandarnos; porque parecia manía en los franceses el querernos dominar. Ello es que llegados los franceses, hubo sendas batallas en el reino, y mucho tuvimos que sentir de resullas del hechizamiento del difunto rey; porque todos los mozos de los pueblos fueron á la guerra, y Dios sabe los que allá quedaron. Exceptuáronse los de la vecina villa, porque matriculados entre

las tropas de las galeras del rey, solo en mar habían de prestarle servicio; pero en tierra armaron graves alborotos por diferencia de pareceres, y hubo cuchilladas y rasguños en mas de una reunión, comenzando siempre el pleito por las lenguas, que como dijo días atrás en el sermón el vicario de monjas, son las campanas con que el enemigo malo llama á junta concejal á las pasiones de los hombres.

«Había en la villa dos jóvenes, gallardos como dos agales; pero opuestos en opiniones y conducta como realistas y constitucionales, como el fiel de focos y el señor escribano, mi compadre: ambos en sus escarceos habían, ayudados de sus parciales, devaluado las tierras que fuera de la villa posaría su contrario, y aruinados mutuamente; porque en esas contiendas el diablo es el que gana; pero lo que mas estrañaba causa, observa justamente el autor del libro, es que siendo lan opuestos los dos moros en todo y por todo, estuviesen solamente de acuerdo en el amor que profesaban á una niña tan bonita como bien criada para aquel entonces, que se llamaba Angela, y era hija del corregidor Don Roque de Salazar, gran partidario del gacheco, y amigo por ende de Pedro de Almansa, enamorado de la moza, que gozaba muy perdidamente del carácter dulce y sencillo de Alfonso Castillojo.

«Pobre mozo! habia ya sido despojado de toda su fortuna, inculcanda por los paniguados de Almansa; su padre habia muerto á manos de este, en la misma refriega en que él quedó cañito, siendo sentenciado á servir por seis años en las primeras galeras reales que en demanda de tripulación, arribasen al puerto. No tardaron estas, que la mala fortuna presto asomó; pero el pobre Alfonso tuvo antes de partir el consuelo de hablar con Angela un noche.

«Se ha cumplido, le dijo, la predicción de la bruja Teodora. Cuando me acercó á ella y me tomó la mano para examinar sus líneas, me temblaba el corazón dentro del pecho; porque tenía que me hablara de ti, Angela mia; porque tenía en la revélame de un porvenir fatal, ver irremediable la desventura que perderte. Me anunció la pobreza que he sabido sobrellorar, la prision que he podido sufrir y la sentencia insoporrible que me separa de ti, bien mio; pero me dijo también con un tono profético que un breve placer suole ser á veces el principio de un largo infortunio. ¿Y cómo puedo sentir mas que el de perderlo? Todo lo he perdido ya, mi familia, mis bienes, y hasta mi corazón los mas preciosos y mis insoslayable sed de venganza ya secando mi alma y mi garganta. En una luzada mañana me pasado con mi porvenir, ese eres tú; una vez roto, dare suelta á mis impetus, y así del que caiga bajo de mi daga... así del que mi brazo pueda precipitar al abismo. Uno de mis perseguidores será nada mas sagrado para mí, tu padre.

«Gracias, gracias, Alfonso: parte á surcar

los mares procelosos del infortunio, yo te esperaré en la celda de la constancia, amante y fiel, aunque el infierno se conjure en contra de nosotros... muerta ó viva, pero siempre tuya, en el sepulcro ó en el talamo! ¿Mas qué ruido? ¡No oyes!»

«Es la bruja Teodora, que me ha conducido hasta ti.

«La bruja, tengo un miedo!... acércate á mí, solo en tus brazos estaré tranquila... ¡Qué oscuridad! Dios mio, me quema tu aliento, Alfonso!»

«Angelal apartate, huye de aqui; ten piedad... piedad de ti misma.

«Me abraso... me muero... Alfonso... mi seriorioria...»

«Fállaban aqui dos hojas del singular libro, que el cura jatroco habia arrancado de él para entregárselo al nieto de la tia Ursula.

«Esta, con difuso estilo, de que quiero dispensar á mis lectores carísimos, continúa contando como Castillojo se hizo á la mar á la siguiente mañana, y como Angela desde aquel día vivió en la pobreza y desconsolada, pretendida siempre del hidalgo Almansa, hombre de ojos torvos y ceño judaico, que prometia andando el tiempo, acabar en un cadalso ó fuzgir brillantemente en los destinos de aquella revolución; porque para los grandes piratas no existe el bienaventurado *pato-medio*.

«Signaos empero muestra peregrina relación, que tengo para mí que ha de ser muy soporífera segun el sueño que al escribiria se apodera de mis párpados; y á fuer de fino servidor de mis leyendas, y sobre todo, de los que pertenecen al sexo de mi heroína, porque es mi fuerte, con perdón del idioma, el ser rendido con las armas, latinizaré, como dije, el estilo de la oración, de cuyo cuento solamente he podido conservar en la memoria los fragmentos siguientes. Empero felizmente este es el siglo de los fragmentos, y no incurriré en el enojo de los literatos de pulcero, por seguir el espíritu de mi época.

III.

«Abre, vieja maldita; que no soy alquilar del santo oficio, ni vengo á llevarle á la hoguera que mereces.

«Vigile por hidalgo, que mal humor gastó lo que el diablo, mi señor, es mas comedido ano en los conciliabulos que con el temeroso las hermanas alrededor del espino de Cornuda.

«¡Aquerosa harpa! sabe que en ese conciliabulo con que embauca á los imbeciles, le hiciera la razon á tu señor el demonio con el puño de mi mano ó la punta de mi pié; pero no vengo á tratar de esas brujerías sino...»

«Entiendo: dame vuestra mano derecha.

«¡Ira de Dios! quienes que con ella he haga añicos la cateza! Después de venir á través de esos espesos y libros de horros, después de pasar despachadores enlilabados, me sales con pedirme la mano, como si fuera yo un clérigo ignorante ó un alemán supersticioso. ¡Voto á Cristo! si tienes el don de adivinar, di cuál es el asunto que á ti me trae; y si no guardale bien de esos misterios; porque haré que te desgarren tus carnes do hechicera los dientes de mis perros de caza.

La vieja Teodora se inmuto; pero volviendo en sí de su estupor repentino, que no se escapó á la penetracion del hidalgo, empezó á dar vueltas al rededor de él, describiendo cada vez un círculo mas estenso, y murmurando siempre un conjuro en términos ininteligibles; después sacó un relicario del seno, abriólo, esparció por el suelo un polvo amarillento, comenzó á temblar convulsivamente, y lanzó un penetrante alarido que repitió con asombro los ecos mas lejano de los montes.

«Y bien! he preguntado Almansa, que con los brazos cruzados habia presenciado con serena indiferencia la ridicula ceremonia.

«Vivo sois de genio, señor Pirata.

«Como! sabes tu, bruja infame!»

«No es desazonais, D. Pedro de Almansa; allá... mirad... en la ensenada, aquella galera negra que está al ancla, sin velas ni banderola, es la vuestra; vuestro teniente os recompaza perfectamente mientras con tanta frecuencia os paseais en la villa al lado del buen D. Roque de Salazar, que ignora que habéis vuestra brujerías por la costa, como yo pirata por las tierras de los tonos, segun vuestro parecer.

«Calla, ó este es el ultimo instante de tu vida.

«No lo temis, porque aun no he satisfecho vuestra curiosidad.

«Hazo pronto, si quieres vivir.

«Impaciente como buen enamorado, ¡oh! y lo que es la niña merece todo vuestro cariño ¡que hermosa es! harto se conoce que no la vió en su infancia ninguna de mis hermanas. ¡Qué sogno tan pura para el alimento de una de ellas! Seguid, señor caballero, que juras no deballar mas bella dama en tierras de Castilla, aunque ahora este algo palidita y enfermiza. Pero es lastima que os haya ganado por la mano el marino Alfonso de queixu Rivera Angela...»

«¡Impostora! gritó con voz de trueno el Pirata.

«Nada mas cierto, contestó de calma la bruja: la vispera de la partida de Alfonso, veniais de recomendar al capitán de la galera *La Florencia* que oprímiera con crueles tratamientos á vuestro rival; mientras pasabais por la calle, él la estrechaba en sus brazos, y entonces una voz media voz enconocida cantó en la ventana una copla...»

«Que empezaba.

Nunca el mucho vino alcanza
A apagar la ardiente sed...»

«Y concluida, continuó cantando la bruja con un estilo irónico.

«Quien busca solo venganza,
Perece en su propia sed.

«Maldita mil veces, rugió el hidalgo arrejinándola al suelo: un vilo de sangre ofuscó su vista, y pallido, desmesajado el rostro, remolando todos sus miembros, corrió por aquellos despachadores y precipitados como ligero gano, entro en la villa ya al anochecer, y se dirigió á la casa de Angela.

Aquella noche se oyeron en la ensenada los gritos sofocados de una mujer á quien sujetaban algunos hombres; poco despues el áspero ruido de áncoras levadas, y á la mañana siguiente, habia desaparecido de la ensenada la Galera negra.

No se volvió á saber nada en muchos años, ni de Angela ni del Pirata; algunos creian que un lingue que en ciertos dias bianqueaba al anochecer en el horizonte, era el de Pedro Almansa, á quien se habia llevado el diablo, decía la bruja, en aquella misma galera, ahora tripulada por los demonios, que se acercaba á la costa de tiempo en tiempo, para ver de recoger á su bordo las almas de la infeliz Angela y de su hijo, alargado al nacer por ella misma, que vagaban en pena, esperando la vuelta de Alfonso de Castillajo.

«Este habia sufrido con heroica resignacion, cuantos reveses desargo sobre él la grosera autoridad del capitán de la *Florencia*, y al enbo de algun tiempo deservicio en la real marina, diósele el mando de un buque pequeño de guerra con algunos cabos y hasta caudate marineros, que así respetaban los conocimientos del joven oficial, como amaban su carácter dulce y resignado, y sus mudales corteses.

Sensible los fué por cierto la revolucion que operó en el carácter de su comandante, la zozca del trágico suceso de Angela, llegado á oídos de Alfonso á poco de arribado á su patria, de la cual se hizo al mar la misma noche con todo silencio, y sin aguardar las superiores órdenes que debia obedecer.

Y aquí el cuento de la vieja, á guisa de drama romantico dividido en actos, cuadros y escenas, deja el vacio de un año entre uno y otro acontecimiento: lo que no estrañarán los que mas leen, poco cuidadosos de la unidad clásica, y tan deseados de saber el fin de la historia, como yo de concluiria, para reposarme á la sombra de los laureles que á no dudar colocará sobre mi cabeza, andando el tiempo, el genio de la historia. *Sublimes feriam sidera vertes.*

IV.

«No habeis visto el mar? Imposible es que podais concebir una remota idea de lo infinito; imposible tambien que llegois á comprender, sin admirar el poderio de ese elemento formidable, el mas pequeño resto de la omnipotencia del Criador, que desenlucena sobre el torpe tempestuoso huracanes para convertirse hasta en su fondo de arena ó de roca, y lo hace salir rapidísimo como las brisas ligentinas, cuando quiere que refleje en un apacible calma el sol del otro día ó las trémulas estruclas de la noche oscura.

«Sentado sobre el castillete de popa de un buquecillo pequeño, apoyando sobre la mano un frente arrugado, miraba juvenil, ojos sombríos en el movible lino de las antenas, descompuestos el cabello largo y el retrógrado mostacho, meditaba Alfonso Castillojo profundamente sobre su tremenda desventura; añelaba un pose igual al del elemento que surcaba en pos de sus venganzas; y el intrucon que agitaba su espíritu, parecia cierto presagio de la tormenta que se preparaba á revolver el oscuro espacio de aquella tarde de invierno.

«En efecto, soplabá el viento con furia, y erujan con metacóico ruano los cables azolados: las nubes, mas negras á medida que desaparecia de occidente la claridad que en pos de sí deja el sol al esconderse, vagaban desdentadas por el cielo, que poco á poco encapotaban, y chocándose producian un sordo y

prolongado trueno, que seguía de cerca al pálido fulgor de amarillento relámpago, cuya imagen pasaba rápida en las oscuras y espumosas olas.

—Vela por popa! gritó el grumete desde la punta del palo mas elevado del buque. Esta voz conmovió al capitán, que con la velocidad de un tigre se avalanzó á la escala, y subió á comprobar por sí mismo la verdad del grito del grumete.

—Es la Galera negra, dijo Alfonso, en cuyos ojos brillaba una alegría salvífica; Piloto Ruiz, disponed el zaranchito inmediatamente. Una actividad silenciosa y enérgica sucedió á la anterior tranquilidad. A poco oyóse la voz de *Viva de bondad*; el velamen azulado por la tempestad crugió al cambiarse, y la barca, tendida sobre el costado, cediendo al viento continuo que la hería, cortaba con proa resonante las aguas tormentosas, haciendo rumbo á la Galera que se acercaba mogestosa y amenazadora.

Bramó la artillería de uno de sus costados vomitando sobre la barca mil muertes; pero esta, virando de bordo con la ligereza de un corzo, presentaba seráficamente á su enemigo ya uno ya otro lado, y hacia con sus escasos cañones un incesante fuego, que fatigaba á la galera y destruía por lo cetero de los tiros, sus jarcias y velamen. El humo era tan denso, el fuego tan continuo, que á pesar de la bravura del viento, los dos combatientes se tenían en una atmósfera abrasada y circundados de una nube que les ocultaba la vista de los que en la csta. atendían con ansia el término de aquella horrible lid entre dos buques desconocidos. En una de las magdóbras de la barca, pasó tan próxima á la Galera, que de esta se arrojaron un combustible violento cuyos progresos gigantes os aterraron á la tripulación; pero Alfonso, viendo la imprescindible necesidad de abandonar su buque, ya incendiado, ó de perecer entre las llamas, cogió el viento á su contrario; se acerca á él, se amarra á su costado izquierdo con el auxilio de garfios y otros instrumentos; descarga toda la artillería de su costado derecho, despedazando así el de su contrario; lanza el tremendo grito de *¡abandona!* y seguido de los marineros que le quedaban, se precipita sobre la cubierta de la Galera negra.

Apenas se había separado de ella la barca incendiada, cuando estalla esta con horrible fragor y desaparece entre un volcán de llamas, que embarga por un momento el valor de los combatientes. Empero el incendio ha cedido también en la Galera, sobre cuyo bordo se orupaba cada uno solamente en defenderse ú oprimir á su contrario; la sangre manchaba la cubierta que la llama dejaba libre; el pie del que combatía resbalaba sobre el cráneo ensangrentado del moribundo; casi todos los que vivían, se habían precipitado al mar para salvarse del incendio; y solamente dos hombres, con los puñales en los cintos, y las cuchillas en las manos, se buscaban con rabia desesperada sobre aquel puente abrasado, que se hundía bajo sus pies. Allí junto á la popa se encontraron por fin; pero uno de ellos retrocedió aterrado ante su competidor, y de un salto se lanzó al mar, gritando: *Alfonso!*

Pedro! prorumpió el otro, arrojándose en pos de él.

En aquella mar donde fluctaban en confusión falones, cables y miembros mutilados, buscaban en vano por la oscuridad los ojos relucientes de Alfonso, á su aborrecido rival; ve á un hombre que nada, le sigue con la velocidad de un pez, va á asirle, cuando estalla horrosina la incendiada Galera, y á su luz mortecina reconoce á uno de sus mismos marineros. . . pronuncia enfórtete una horrosa blasfemia, clavó sus dientes en su mano, y de aquellos y de esta brotó un poco de sangre.

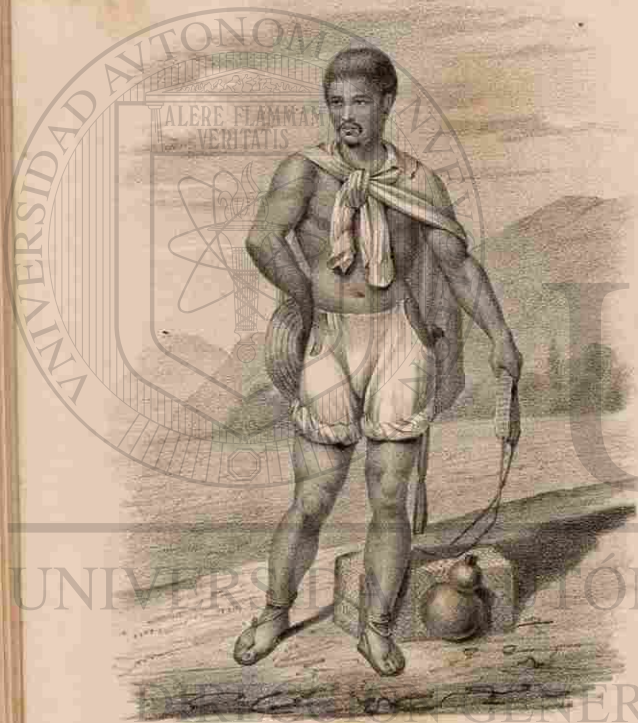
Hele allí. . . le reconoce, se precipita á él con la ligereza de un rayo, y el uno de tras del otro nadan durante mas de media hora, hacia la costa, por una mar mas irritada y rugidora; una ola los acerca, otra los separa; vuelvensc á encontrar. Alfonso hace un esfuerzo para asir al pirata, y cuando cree conseguirlo, un golpe de mar los aleja. Pedro lanzó un grito de espantada; su rival un rugido de despecho. Por largo tiempo estuvieron próximos, pero sin verse mutuamente. Castillejo como el tigre en acuchó, no respira para escuchar mejor; su contrario hace un movimiento que le vendió; lanzas á él Alfonso, fúcale por lin, le oprime entre sus robustos brazos, y el golpe formidable de una moña de agua, los arroja desmayados sobre la arena de la costa.

Era esta una ensenada chica que forman inmediata al pueblo de L. . . por el Este un precipicio profundo, al pié del cual el agua toma un color negrozco, ya sea por efecto de las ricas negras que hacen su fondo, ya por la altura prodigiosa desde donde se mira; y por el Oeste un derrumbamiento de tierra, y un declive de piedra blanquecina y azulada, en el que años despues se ha explotado una mina de yeso; pero que impracticable en aquel tiempo, impedía todo acceso á la ensenada, donde en misérrima choza se albergaban sustentados de mariscos, una muger y un niño.

Apenas volvió en sí el Pirata, quiso inútilmente desprenderse de los brazos de su enemigo; alzose este con rabia convulsiva, y sacudiendole con violencia le arrojó á dos varas de sí, y quedaron el uno en frente del otro; sin profirir una sola palabra, echaron ambos manos á los puñales del cinto, y se embatiéron en medio de la oscuridad de aquella noche tempestuosa, como dos tigres que se disputan una presa. Poco duró el combate; un azó lanzó moribundo el Pirata, y se desplomó exhalando el postrer suspiro; Alfonso, arrojando sangre de una profunda herida, se dirigió en demanda de su choza á la vecina choza, en donde espiró en los brazos de una muger demente y con horror de un niño que huyó espantado á esconderse en una roca. Eran Angela y su hijo; ni ella ni él conocieron al moribundo Alfonso. Y.

Aquí concluyó la vieja su narración: la lumbré del hogar se había ido apagando lentamente; los vecinos se retiraron contristados con la horrosa leyenda, y con ella deliró toda la noche entera sin poder conciliar el sueño, hasta que el alba tardía empezó á iluminar débilmente los vidrios opacos de la ventana de un cuarto.—C. COLLADO.

ANIL
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



INDIO YUCATECO.

Dib. de la Universidad de Yucatán.

CARÁCTER, COSTUMBRES Y CONDICION DE LOS INDIOS,

EN EL DEPARTAMENTO DE YUCATAN.

[Escrito para el LICEO MEXICANO por Don Geronimo Castillo.] (1)

Es el indio yucateco un monstruoso conjunto de religion é impiedad, de virtudes y vicios, de sigacidad y estupidéz, de riqueza y miseria. Nacido en el seno del cristianismo, é iniciado en sus angustios misterios, adora á la Divinidad y respeta el sacerdocio, hasta incidir en el fanatismo y la supersticion; muriendo no obstante como si ignorase la existencia de un Ser creador, providente y justiciero, que ejerce sobre todas las cosas el dominio mas absoluto. Pesimamente educado, ó mejor dicho, sin educacion alguna, tiene ideas exactas y precisas de lo bueno y de lo malo; inclinándose por desgracia con mas frecuencia al segundo estremo, como si quisiese por instinto la pernicioso escuela de Epicuro, que reconoce lo mejor, lo aprueba, y á pesar de esto adopta sin vacilar lo peor, siempre que sea conforme con los sentidos. Con un entendimiento claro, aunque sin ningun cultivo, se traslacen en sus acciones y discursos algunos rasgos de ingenio, empañados con el mas grosero idiolismo; semejautes á aquellos destellos de luz que arrojan de cuando en cuando las estrellas, en medio de una noche tempestuosa y sombría. Y finalmente, siendo muy cortas sus necesidades, y casi nulos sus placeres, parece que se basta él solo á sí mismo; sufriendo sin embargo muchas privaciones, que podria satisfacer desde luego sin fatiga, con un poco mas de amor y dedicacion al trabajo, mejorando considerablemente su situacion.

No puede ver una imágen de los santos, ó una cruz, sin postrarse reverentemente ante su presencia, ni encuentra nunca un ministro del Altísimo sin quitarse el sombrero, corriendo presuroso á besarle la mano, que coloca sobre un paño en señal de respeto; y con todo no hace caso, ó desprecia los movimientos de su conciencia. Consume la mayor parte del fruto de su trabajo en obras de piedad, que al cabo de generar en devotas orgias; y espira sin confe-

sar los pecados mas horrendos en el tribunal de la penitencia, diciéndo como el justo que *va á descansar*. Yo sé de algunos que tomiedo por concubinas á sus hermanas ó hijas, lo han negado con teson en los brazos de la muerte, aun requeridos caritativamente por el confesor, con el conocimiento que á todos asiste de que este comercio criminal es por desgracia muy comun entre ellos; y han exhalado el último suspiro con tranquilidad, y sin remordimientos.

No profesa tanto amor y devocion á Dios y á la Virgen Maria, como á S. Antonio de Padua, que es el principal ornamento de sus chozas; el signo de nuestra redencion, que tampoco falta jamas en sus rísticas habitaciones, exhibe su fé con mas viveza, que el mismo Redentor; y por último, mas bien que elevar sus preces al cielo, suele dirigirlas al purgatorio, demostrando lenar á veces mayor confianza en las almas justificadas que se hallan retenidas en este lugar de expiacion, que en los santos. No falta quienes crean que sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, fundándose acaso esta presuncion en que tan alto é inefable misterio no se halla al alcance de sus torpes sentidos, que vienen á ser, por decirlo asi, la única regla de su escaso criterio.

Es incapaz de robar un peso, y roba cuatro veces dos reales: no miente, y huye siempre de espresar la verdad, estudiando su fraseologia para no verse precisado á afirmar ni negar. Se le pide la bota, y dice *creo son las tantas*; se le pregunta si lloverá, y responde *asi parece, puede ser*; se le consulta sobre la distancia que falta para llegar á algun pueblo ó lugar, y solo manifiesta que *está ó no está lejos*, que *niebla como un tiro de piedra*, que *poco van á nacer* se escucharia un grito etc. se desea saber su edad, y satisface diciéndo que *presenció tal qual acontecimiento*.

(1) Debemos este artículo á la generosidad de nuestro colaborador D. Isidro R. Godra.—RE.

Ama al blanco, y evita cuanto puede su compañía mirando con desdén, y como inferiores á la suya, las demas castas: respeta al originario de la Peninsula española como á su señor, y lo considera como su tirano: tiene el sentimiento de los bienes que le ha proporcionado la conquista, y el de los males que le ha producido, gozando públicamente sin aversión de los primeros, y deplorando en secreto con horror los segundos: sufre resignadamente el estado de servidumbre en que vive, y no pierde ni un instante la esperanza de sacudir algún día el yugo que lo sujeta, volviendo á adquirir el dominio del país que le fue arrancado, por las armas; debiendo tenerse como prueba de esto último el empeño que guarda en conservar su idioma, pues no habla nunca la lengua de Castilla, aunque la posea, y se siente mortificado al constatar, cuando se le pregunta en ella.

Siendo honrado en casi todas sus acciones, rebaza desdenosamente los principios de honor mas rigidos y sagrados: se casa muy temprano teniendo de los desórdenes á que da lugar la concupiscencia de la carne, guarda fidelidad en el matrimonio, jamas falta á sus promesas, desconoce el juego, y sus costumbres, en lo general, son puras y sencillas: se puede decir que el único vicio que le domina es el de la embriaguez, y este se ha disminuido considerablemente hace algunos años. En medio de esto, si sorprende á su consorte en otro lecho, se conforma con que se le apliquen algunos azotes, y corriendo un velo sobre lo pasado vuelve á abrirle los brazos con ternura: no considera las penas mas vergonzosas é infamantes sino bajo un respecto material, en cuanto afectan puramente sus sentidos: recibe y se somete gustoso al castigo como consecuencia necesaria del crimen, pero de ningún modo como retratante, desando en seguida con la mayor docilidad y sumisión la mano misma que lo ha lacerado: por decirlo todo de una vez, conozco muchos que han tomado por esposas mujeres con hijos sin haber sido antes casadas, consolándose con exclamar fríamente cuando se les ha hecho presente esta circunstancia para disuadirlos de su proyecto, *qué cuidado me da, yo no fuí en mi tiempo!*

Por tradición, por esperiencia y aun por discurso tiene algunas nociones de astronomía, matemáticas, medicina y otras ciencias. Conoce todas las constelaciones, y sabe designarlas con nombres análogos á lo que representan, no siendo los que se hallan generalmente admitidos entre los sabios: de día por el curso del sol,

y de noche por el de las estrellas, determina á punto fijo la hora: no le es desconocido el influjo de los astros sobre los cuerpos terrestres y se guía por aquellos para sus siembras, podas y cosechas: sin leer los calendarios, predice los movimientos de la luna, y conoce cuando va á eclipsarse, atribuyendo la causa de este fenómeno á que el sol pretende destruir aquel satélite, haciendo un ruido estrepitoso con palos y otros instrumentos, para evitar una catástrofe tan terrible, cuyas tristes consecuencias presente, según lo anuncian los fuertes alaridos que lanza.

Mide exactamente el terreno que quiere ó se le manda cultivar, sin excederse ni una línea, y tiene idea no solo del cuadrado, sino tambien del cubo; bastando lo siguiente para probar en parte la verdad de esta asercion. Contratada una calera de diez y seis varas en cuadro con ciertos indios, y satisfecho anticipadamente su valor, propusieron, cuando llego la ocasion de emprender su tarea, hacer dos de ocho varas, á lo que accedió inconsideradamente el interesado, sin advertir, ó tal vez sin saber, que 16 por 16 dan 256, y que dos veces 8 por 8 únicamente producen 48.

En sus enfermedades y dolencias se cura á sí mismo, y cura tambien á otros en su caso, adoptando por principio la dieta: sabe las virtudes de todas las plantas como si hubiese estudiado la botánica, conoce los venenos, los antidotos, y no se le ocultan los calmantes: casi siempre entra en su plan la sangría, cuya operacion desempeña bárbaramente con una espina, ó con un hueso de pescado. Igual claridad de entendimiento deja percibir sobre otros ramos del saber humano; y en medio de esto, se le advierten lleno de errores y preocupaciones acerca de las cosas mas triviales. Cree que vuelven al mundo las almas de los que mueren, y les marca con cal, para que no se extravíen, el camino que media entre la tumba y el hogar doméstico, faltándole poco para ser partidario del sistema de Pitágoras, sin haber oido mentar en su vida á este filósofo, ni la palabra transmigracion: tiene una conviccion íntima y profunda de que hay brujos y duendes; y teme mucho los hechizos, no pudiendo arrancarle nadie la idea de que existen hombres que se ejercitan en hacer este daño.

Su traje es muy sencillo, y sus alimentos muy frugales, constituyendo esto mismo su mayor riqueza. El primero, se reduce á una camisa y calzoncillo, ó á un huipil y fustán, todo de manta de algodón, cuyo costo ordinariamente no pasa de ocho á diez reales; andando por

lo regular el hombre desnudo, según representa la litografía que precede á este artículo, y los segundos consisten en maíz, legumbres y frutas: Como debe suponerse, basta un regular trabajo para cubrir tan cortas necesidades, y tambien sus contribuciones civiles y religiosas, que importan tres pesos anuales por cabeza siendo varón. Sin embargo, encierra un manantial fecundo é inagotable de riqueza positiva en la robustez de su constitucion física, y en el admirable sufrimiento de que se halla dotado; pero aquel tesoro viene á ser, por falta de afición á los gozes sociales, una abundante mina no explotada. Su fuerza generalmente es la que basta á sostener, casi sin fatiga, hasta diez arrobas sobre sus espaldas: (1) trabaja en el campo sin repugnancia, desde la mañana hasta la noche, aun en el rigor del verano, sin que los ardientes rayos del sol al medio día, ni la lluvia que en tales circunstancias suele caer de improviso, mezclándose con el sudor que derrama, alteren su salud en lo mas mínimo, como si su endurecido cuerpo estuviese formado del mismo metal cuyo color lleva impreso: la mujer por su parte, cuenta con diferentes labores propios de su sexo, en que poder ejercitarse, las cuales sería prolijo enumerar, bastando decir que se hallan llenos los mercados de producciones industriales, mas ó menos perfeccionadas, cuyo comercio tiene en cierta manera monopolizado. Tal es en bosquejo el indio de Yucatán.

Publicada la constitucion española de 1812, brilló para él una aurora de felicidad, y empezo á mejorarse gradualmente desde entonces su triste condicion: se abolieron los tributos que pagaba en señal de conquista, quedaron estinguidos los juzgados especiales á que estaba sujeto, se le igualó en derechos á todos los demas ciudadanos, y se abrieron escuelas gratuitas para que diese los primeros pasos en la carrera de la civilizacion; pero poco ó nada pudo adelantarse con tan sábias y filantrópicas disposiciones en cuanto á la última parte, por la resistencia que opuso, y opondrá siempre, á separarse de sus rancias costumbres. Estoy muy lejos de opinar, con algunos, que no es

(1) Tratándose de la Sierra Negra de los indios de Yucatán, no debe pasarse silencio un modo de viajar que se usa en el país, y que da la mejor idea de su gruesa musculatura: consiste, pues, en una Sierra llamada *de Até*, que en lugar de bestias se conduce, en hombros de aquellos, quienes se remontan, cada cinco leguas, poco mas ó menos; habiendo algunos de tanta pujanza, como los del pueblo de Trel en el partido de la Sierra Atix, que hacen hasta tres jornadas seguidas casi sin carga, sin permitir que sean relevados. El estipendio de tan penoso trabajo, según costumbres, es el de tres cuartos de real por legua á cada indio.

susceptible de mejor educacion, antes bien condono como injusta y temeraria esta creencia, que se ha avanzado hasta el punto de suponerlo incapaz de concebir ideas exactas; mas la esperiencia de muchos años ha debido producir una conviccion de que se halla conforme con su estado actual en orden á conocimientos, y por tanto, sin otra clase de medidas, el indio de un siglo será, con muy corta diferencia, el indio de hoy.

Digalo, pues, tantas veces inútiles promulgadas y tantos esfuerzos infructuosos puestos en ejecución, principalmente en los últimos años, para obligarle á concurrir á los establecimientos de instruccion primaria, habiendo llegado el caso de fijar, aunque sin efecto, una época en la cual quedaria privado de sus derechos civiles el que no supiese leer y escribir; formando esta invencible tendencia hácia la conservacion de sus antiguos hábitos, un verdadero contraste con los infinitos medios empleados para hacer cada día mas soportable su situacion moral y política, en cuyo plan debe entrar, si no me equivoco, la idea de crearlo necesitados lentamente y con la mayor prudencia, tal como la de que vista pantalón y enaguas, para inclinarlo al trabajo, é irle insinuando cierta especie de amor propio que absolutamente le carece.

Hoy se halla en el país Mr. Diego Thompson con el noble empeño de instruir á la clase indígena, valiéndose de su mismo idioma. «Primero es, dice, derramar en el indio las semillas del saber en su lengua nativa: luego la inclinacion al estudio le hará aprender el castellano para aumentar el círculo de sus conocimientos.» Yo no estoy por esto, antes creo que con solo compelerle á adquirir una mediana inteligencia del español, se habrá conseguido mucho, por su frecuente trato con la poblacion blanca; la instruccion crece, dando el primer paso, en la misma proporcion con que se aumenta la velocidad en el decaer de los cuerpos graves. Es calculable, en todas las cosas, el mérito del impulso primordial: la decision de un puñado de atrevidos bastó para el descubrimiento del nuevo mundo, y la decision tambien de un puñado de valientes preparó en Dolores la grande obra de la regeneracion política del antiguo imperio de Moctezuma. Vestir al indio y ponerlo en mayor contacto con las clases civilizadas por medio del idioma: he aqui dos excelentes puntos de apoyo para la gran palanca que debe levantar el peso de las felices disposiciones con que le ha dotado la naturaleza.—México diciembre 30 de 1843.

ARISTOCRACIA DEL TALENTO.

¿O he visto tus obras, Señor, y me he prosternado en tu presencia; porque tus obras cantan tu sabiduría y tu justicia. He vuelto mis ojos á las obras de los hombres y mi corazón ha rebosado de indignación, porque sus obras publican su ignorancia y su maldad.

Críste, Señor, la tierra y la sometiste al hombre; criaste los melales que se forman en las entrañas de la tierra, y los sometiste al hombre; criaste las plantas y árboles que crecen y dan fruto sobre la tierra, y los sometiste al hombre; criaste los animales que viven en la tierra y los que nadan en las aguas y los que vuelan por los aires, y á todos los sometiste al hombre; criaste el cielo y los astros y los formaste para el hombre. Y el hombre fué superior á todo lo criado.

Diste poder al hombre para multiplicarse, y el hombre se multiplicó y nacieron muchos hombres, y todos estos hombres son señores de lo que criaste para ellos; y todo lo sometiste á ellos; mas no sometiste el hombre al hombre, ni lo obligaste á obedecer, mas que á ti, que eris su Dios, Señor. Y á todos los hombres formaste iguales y á todos les diste los mismos derechos.

Y por esto humillo mi frente ante ti, mi Dios, y alabo tu justicia y tu bondad. Porque todos tus hijos somos iguales y porque la imagen tuya que criaste no se debe inclinar sino ante ti.

Presiste en el entendimiento de los hombres esta verdad, y ellos sintieron tu inspiración.

Mas vino Satan y dijo al hombre: escúchame, y el hombre le escuchó. Dijo: domina á tus hermanos, y el hombre dominó á sus hermanos, y dijo: el que es rico y poderoso es superior al que es rico y poderoso es superior al indigente y desvalido.

Y por esto el hombre obligó á sus hermanos á prosternarse ante él y á doblar la rodilla que solo á tí se debe doblar, mi Dios. Y creyó que la riqueza y el poder y la nobleza hacían superior al hombre respecto de los demás hombres, y se olvidó de tí y desconoció tus obras, Señor.

Por esto se indigna mi alma y maldice las obras de los hombres. Porque negaron tu poder y desconocieron tu autoridad y quisieron formarse un poder, reuniendo á los ricos y á los

poderosos, reuniendo á los príncipes y á los magnates, y formando la aristocracia que oprime al pueblo, formando ese poder que desprecia al pueblo que es tu obra.

Mas ellos han provocado tus iras, Señor, y tendrán guerras y desolación, porque estenderás tu mano sobre esos hombres y sobre los pueblos que han formado, y no podrán resistir el peso de tu indignación, y caerán abrumados porque han contrariado tus designios.

Por lo cual se volverá tu mirada, Dios mío, sobre los pueblos en que las riquezas no sirven para oprimir al hombre, y los bendecirás, porque no han querido desafiar tu poder con otro poder. Los bendecirás porque no han dividido á los hombres de los hombres, ni se han dicho: „nosotros no somos hermanos vuestros,“ y los bendecirás porque el rico no oprime al pobre.

Y se prosternarán estos pueblos y se llenarán de alegría porque han seguido tus designios. Y los hijos de la libertad cantarán tu gloria, y ellos publicarán la bondad de su padre: porque la libertad es hija tuya, Señor, y como un diamante de tu corona, rey de los cielos.

Los hijos de la libertad no doblarán su rodilla ante los hijos de los hombres, y no reconocerán mas soberanía que la tuya ni mas superioridad que la que tu has criado.

Porque quisiste que el hombre necesitase del auxilio de su hermano, y tu diste igual inteligencia á todos los hombres. Y formaste la superioridad del talento, que es la verdadera superioridad, porque es obra tuya, y tus obras predican tu sabiduría.

Tus obras son en bien de los hombres, Señor, y el talento es en bien de ellos. Dispusiste que se reuniesen los esfuerzos de los hombres, á quienes diste inteligencia superior para provecho de sus hijos, y esos esfuerzos se reunirán y formarán la aristocracia del talento. Y los pueblos que tengan la aristocracia del talento serán benditos.

Porque no han deseado su voz, ni tienen otra gerarquía que la que tú dispusiste que tuvieran. Y serán benditos y tendrán paz porque tienen la aristocracia del talento que es obra de justicia, y porque han desterrado de sus hogares la aristocracia del poder y de la

nobleza, que es obra de la presunción de los hombres.

Y la aristocracia del talento será el fruto de la bendición del señor, porque sirve para alivio de los pueblos y no los oprime; porque es el consuelo del afligido; porque auxilia al necesitado y no lo abruma; porque hace beneficios y no exige paga por ellos. Será el fruto de tu bendición, Señor, porque es el instrumento de que te sirves para derramar muchos de tus dones entre los hombres.

Y la aristocracia del poder será efecto de tu enojo, porque dividirá á los hombres y lastimará sus derechos, porque los dividirá y tendrán disensiones, y se derramará la sangre de los hombres, porque huirá de ellos la paz y sentirán que los has abandonado. Y la aristocracia del poder será el azote con que castigues á los pueblos, porque ellos serán humillados y padecerán con el orgullo de los magnates. Mas estos serán castigados y destruidos, porque tú aborreces el instrumento con que castigas y lo echas al fuego y lo apartas de tu vista, Señor.

Y ellos se doblarán y volverán todo como plantas á quienes falta el sol. Y vendrá entonces la aristocracia del talento, porque oirás los gemidos de tus hijos, y te apiadarás de ellos y les darás tu bendición.

Y esa aristocracia divina será tan humilde, como orgullosa es la que han formado los hijos de los hombres. Porque ella es un don del cielo y el cielo aborrece á los orgullosos. Y el que fuere orgulloso no pertenecerá á esa gerarquía, ni tendrá ciencia, ni contribuirá al bien de sus hermanos, ni será orgulloso, mi Dios. Porque el orgulloso quiera dominar á los hombres y tú quieres que los hombres sean libres. Y la necesidad será su castigo, y veremos en él una obra tuya, y esa obra nos enseñará también tu justicia y tu sabiduría.

Por lo cual yo me prosterno ante tí, Señor, y hiero la tierra con mi frente y te doy gracias. Y alabándote levantaré mi voz, y mil voces se levantarán y llegarán hasta el trono del Señor y el Señor nos oirá. Y los pueblos serán libres y no doblarán la rodilla sino ante tí. Y no se humillarán sino en tu presencia. Ni temerán mas iras que las tuyas, Señor, que eres Dios de misericordias, ni tendrán soberanías, ni superioridades, sino las soberanías y superioridades que no huelen su derechos.

Y no estarán divididos, ni tendrán gerarquías, sino la gerarquía del talento que es obra tuya y tu bendición.

Regocijaos, pues, pueblos del Sur; regocijaos, pueblos del Sur; regocijaos, pueblos de Oriente, y vosotros, pueblos del Occidente, regocijaos también. Regocijaos, hijos de la libertad, sean cuales fueren vuestra patria y vuestras leyes; y vosotros, republicanos hermanos míos, regocijaos y alegraos porque el día de la libertad está cercano y pronto llegará.

Alegraos y cantad, porque el día de la igualdad está próximo, y no tendreis que acatar sino á la Divinidad y talento que es un destello suyo.

Alegraos y cantad, porque el Señor es misericordioso y dió á los hombres libertad é igualdad.

Doblad la rodilla, pueblos, y elevad vuestra súplica hasta el Señor. Elevada con el humo del incienso y de la mirra. Elevalla en mano, del ángel de la oración. Elevad vuestra súplica é implorad su misericordia para que pase los tiempos y llegue el día. Implorad al Señor para que venga el día de felicidad.

Cantad, pueblos de la tierra, alabanzas al Señor. Y bendicid las obras de Dios. Porque sus obras manifiestan su sabiduría y su justicia. —J. M. DEL CASTILLO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE BIBLIOTECA



MALDICION Y REDENCION.

A MI AMIGO JUAN NEPOMUCENO NAVARRO.

¡Días de bendición, en que creada
De arcángeles de luz, de Serafines,
La inocencia sus alas de jazmines
Desplegaba en el aura perfumada!

¡Días de bendición en que risueño
Sus párpados el mundo levantaba,
A la canción del ángel que guardaba
Mudo y atento su profundo sueño!

¡Por qué pasásteis con ligero vuelo
Dejando atrás desolación y llanto?
¡Por qué entonando el postrimero canto
Prestos volásteis á andar al cielo?

Antes, cuán bella, al preceder al día
Y envidiosa del brillo diamantino,
Que derrama el lucero matutino,
La aurora el suyo de carmin verda.

Para aspirar con la serena brisa
Del astro rey á la mirada ardiente,
Con dulce calma en su nevada frente
Y entre sus labios celestial sonrisa.

¡Cuán leve entonces el celaje bello
Cruzaba el cielo en movimiento vago,
E iba á pintarse sobre el quieto lago
Do el cisne ostenta su soberbio cuello!

Y cuán grandiosa, colosal montaña
Allá mostraba su imperial corona
En las regiones de la ardiente Zona
Que el rico Eufrates en su curso baña.

Todo era amor entonces; su cabeza
Cándida Flor en el Eden alzaba.
Un beso al ángel de la aurora daba
Y el rubor encendía su pureza.

Inimicitias ponam inter te et
mulierem, et semen tuum, et se-
men illius; ipsa conteret caput
tuum et tu incidabis calcaneo
ejus.—Genesis. Cap. V.

El río en su murmullo, amor decía
Amor á la creación en su bramido
El torrente estruendoso que ceñido
Del iris con las fajas relucía.

Amor también el Océano inmenso
En la ola mansa que en la playa espira
Y el pardo alción que soñoliento gira
De blanca bruma entre el sutil incienso.

Amor las aves en brillante coro
Y el ruiseñor en su sentido acento
Que acompañaba el celestial concerto
De Querubines de salterio de oro.

Y el águila también que el horizonte
Pasa, y las nubes do altanera habita,
Y el gusanillo que la yerba agita,
Y el León forzado en el riscoso monte,

Y el Tigre fiero en su caverna oscura...
Todo de amor en la creación hablaba,
Todo al sentirlo de placer temblaba,
Hasta la sierpe venenosa, impura.

Y el hombre y la mujer... do quier bebían
Impresiones de amor, por siempre unidos;
Y eran de amor su idioma, los latidos
Del corazón que en su embriaguez oían.

Esbelto él como el ciervo que en la peña
Contempla el valle en actitud altiva,
Y ella cual la gacela inquieta, viva,
Cual la paloma cándida, risueña:

¡Quién sus placeres comprender pudiera,
Al encontrarse en el Eden sus ojos,
Cuando al contacto de sus labios rojos,
De amor se dieron la señal primera?

Misterios del amor que fué su guía,
Que veló la inocencia candorosa,
Que perfumaron el jazmín, la rosa,
Y endulzó de los vientos la armonía...

Ellos también bajo dosel pomposo
Y entre el murmullo de encantadas fuentes
Gratos doblaron las tranquilas frentes
Y entonaron el himno sonoro.

Tú lo escuchaste, Jehová, sentado
Allá en tu trono que el Querub custodia,
Do se oye siempre angelical salmodia,
Y nunca el llanto de mortal cuidado.

Y tu obra entonces contemplaste tierno,
Y sonreíste á la creación ufano,
Tendiste absorto tu divina mano,
Y estremeciése el escondido infierno.

Mas la mujer, de la serpiente astuta
Entre el aliento de mortal beleño,
Durmíó enlazada con el hombre un sueño...
Y Adán comió de la vedada fruta.

La inocencia, el amor por siempre huyeron
De su antes santa y divina guirnalda,
Y tú volviste al pecador tu espalda,
Y las tinieblas en el mundo fueron.

Viste tu imagen reflejarse en ciego,
Al hombre viste acariciar la muerte,
Se encendió tu ira, y de tu mano fuerte
Sobre él cayó tu maldición de trueno.

Mas luego el rostro, Jehová, movido,
Volviste al hombre que empañó tu esencia,
Porque es mayor el mar de tu ciencia
Que el huracán de tu furor temido.

Y al mirar de su angustia la agonía
Tu mejilla sentiste humedecerse
Con lágrima de amor, que al desprenderse
Produjo pura á la sin par María.

A la muger de perennal consuelo
Que prometiste en desventura tanta,
La que oprimiendo la infernal garganta
Del monstruo horrible, nos volviera el cielo,

Ella brilló como brilló la estrella
Que el norte indica al navegante incierto;
Como el fanal del suspirado puerto
Que en la ribera de la mar descuelga.

Y Adán la comprendió, y Adán postrado,
„Niña de bendición, clamó lloroso,
De la vida en el mar tempestuoso,
Ampara tierna á mi linaje amado.”

„Las puertas de oro del Eden perdido
Abrele tú”. . . mas espiró su canto,
Brilló la espada del Querub en tanto,
Y del dolor y la aflicción seguido,
De Eva abrazado prosiguió su llanto.

México diciembre 25 de 1843.

RAMON I. ALCARAZ.



®

BELISARIO.

Les grandes vertus se cachent ou se perdent ordinairement dans la servitude; mais le gouvernement tyranique de Justinien ne put opprimer la grandeur de cette âme, ni la supériorité de ce génie. — *noirsequier.*

ROMA, esa nación privilegiada, cuya historia nos suministra tantos hechos brillantes, y nos presenta tantos hombres esclarecidos, estaba degradada y envilecida desde que Constantino trasladó la silla imperial á Bizancio; y cuando Justiniano subió al trono, el imperio de Occidente ya no existía y el de Oriente estaba en decadencia. Los bárbaros habían invadido el Medio-día: la África y la España eran presa de los vándalos y de los godos; las Gálias de los francos, de los borgoñeses y de los visigodos; la Italia, de los ostrogodos y las demas partes del Occidente, de otras hordas de bárbaros, cuyo poder se aumentaba, á medida que la grandeza de Roma se disminuía, y habían llegado á ser ya los señores de la ciudad eterna que en otro tiempo había sido el árbitro del mundo.

Solo el imperio de Constantinopla subsistía, conservando aun el epíteto de Romano que habría debido perder con Roma para tomar el de Griego; pero despedazado y corrompido en el interior, pues no quedaban ya de las costumbres originarias de Roma mas que algunas palabras, pocos recursos, y muchos vicios; y amenazado en el exterior por los indómitos persas, sármatas y tártaros, que aprovechándose de la ruina de un imperio y de las turbaciones del otro, amenazaban sus límites asiáticos y las fronteras del Norte, y no parecía sino que el imperio de Oriente iba á desplomarse sobre las ruinas del de Occidente.

En este estado encontró Justiniano el imperio cuando ocupó la silla imperial en las Calendas del mes de agosto del año de 527 (1) de nuestra Era, y con él apareció el héroe cuyo nombre se ha hecho célebre en todas las naciones y cuyas hazañas tratamos de bosquejar.

Belisario, este capitán esclarecido, objeto de tan dignas alabanzas, nació en Tracia, donde parece que fué educado entre los aldeanos:

(1) 1.º de agosto.

su juventud no ofrece ningun hecho capaz de ser consignado en la historia, servia en las guardias de Justiniano, y cuando este sucedió á Justino, le dió el mando del ejército. Las primeras victorias de este ilustre caudillo fueron sobre los persas; y cuando estos invadieron la Siria, Belisario, con menos de veinticinco mil hombres, humillados y poco sometidos aun á la disciplina militar, la cual, así como el valor y la audacia comenzaban á renacer bajo la influencia de tan esforzado guerrero, consiguió con sus sabias disposiciones, no solo contener á los enemigos del imperio, sino que los obligó á retirarse. Cada noche ocupaba el sitio en que sus enemigos habían acampado la víspera, y cual otro Flavio habría triunfado sin derramar una gota de sangre, á no haber sido por la impaciencia de los soldados, cuyo valor se menguó el día de la batalla, pues la caballería que formaba el ala derecha del ejército, había huido, y solo la infantería de la izquierda permanecía inmóvil en el campo de batalla. Entonces Belisario, apeándose de su caballo, manifestó á sus soldados que ya no les quedaba mas recurso que un valor audaz y desesperado; y estos, obedientes á la voz, y dáculos al ejemplo de su jefe, volvieron las espaldas al Eufrates y los rostros al enemigo, y oponiendo así un muro impenetrable á las cargas de la caballería de los persas, hasta obligarlos á retirarse ignominiosamente; y aunque el ejército de Belisario tuvo que embarcarse favorecido por las tinieblas de la noche, no por eso fué menos la gloria de este ilustre caudillo, pues que con su valor personal supo sustraer al ejército de las funestas consecuencias que le habría acarreado su temeridad.

Los preparativos de la paz con los persas, le hicieron abandonar la frontera del Oriente cuando ya el rey de los persas estaba encerrado en las antiguas posesiones de sus predecesores.

Mas el ánimo de Belisario era emprendedor,

y como soldado diestro y valeroso, no podía ver con indiferencia la ruina de su patria, pues la amaba sinceramente, amaba tambien la gloria, ese bien que todos apetecen, pero que pocos saben adquirir; y desde luego concibió la gigantesca idea de restablecer el imperio de Occidente y reunirlo al de Constantinopla, idea adoplada por el emperador con tanta mayor satisfacción, cuanto que tenia un deseo ardiente de acrecentar sus dominios, y con ellos su poder.

Semejante proyecto debía comenzarse á ejecutar por volver el Africa al dominio de los emperadores; y al concebir y ejecutar esta idea, Belisario ha sido justamente llamado el Scipion de la Roma Bizantina.

Roma iba á luchar por la última vez contra Cartago, y los preparativos de la guerra de Africa no fueron indignos de esta gran nación.

Reinaba á la sazón en Cartago el ambicioso Gelisner, á quien el deseo de reinar lo precipitó á hacer asesinar á Bildericio para subir el al trono; cuando la política se halla interesada en un rompimiento, rara vez se encuentra detenida para escoger un motivo ó un pretexto, así es que Justiniano, con el de vengar á su aliado, declaró la guerra á los vándalos: hoy se diría acaso que esto era una violación del derecho de gentes; pero en aquel tiempo el derecho de gentes no existía.

Cerca de seiscientos navios tripulados por mas de veinte mil marineros, se preparaban en el puerto de Constantinopla, en el año sétimo del reinado de Justiniano, y hacia algun tiempo que no se veía una armada semejante. Cuando estuvo formada delante de los jardines del palacio, el patriarca le echó su bendición, el emperador dió sus últimas órdenes y con gran pompa guerrera dió á la vela, guiada por el navio capitán, el cual de noche se distinguía por las antorchas que se colocaban en el palo mayor, y de día por el color rojo de sus velas. Atravesó la Propóntide (1) y cuando se disponía á pasar el estrecho del Helesponto (2) un viento contrario la detuvo cuatro dias en Abydos (3); continuó luego, y Belisario mostró durante toda la travesía del Helesponto al Peloponeso (4) su rigidez militar y su gran firmeza; y favorecida la escuadra por un viento favorable desembarca-

ron las tropas en Melona (5) de Mesénia (6) donde descansaron algun tiempo.

De Melona pasaron á la isla de Zacinta (7) ántes de atravesar el mar Jonico (8), donde á causa de una calma, hasta el mismo Belisario iba á ser victima de la sed, si no hubiera contado con algunas botellas de agua que su esposa Antonina habia conservado enterradas en arena en un lugar donde no penetraban jamas los rayos del Sol; por esa Antonina favorita de la emperatriz Teodora, por esa muger de baja estracción á quien su inconfinencia le acarreó los mayores vituperios, y que á pesar de esto dominaba enteramente á su ilustre esposo, y que si no tuvo el mérito de la fidelidad conyugal, dió al menos grandes pruebas de amistad, acompañándolo aun en medio de todas las fatigas y peligros de sus expediciones, no sucumbió Belisario.

Hasta las costas de Sicilia no encontró la flota, favorecida por el viento, un asilo en el cual se abasteció de cuantas provisiones necesitaba, y haciéndose luego á la vela, perdido de vista dichas costas, pasó por la de Malta, descubrió los campos de Africa donde aneló por fin á cosa de cinco jornadas de Cartago.

Tres meses tan solo transcurrieron desde que el ejército salió de Constantinopla hasta su desembarco, lo cual efectuó, dejando solo cinco hombres á bordo de cada navio, y posesionándose en seguida de un campo que fué circundado por un foso y por una muralla, conforme á la costumbre de aquella época. El mayor cuidado de Belisario fué inspirar á sus soldados los principios mas sanos de equidad, moderación y buena policía, y cualquiera que faltaba á ellos era al punto castigado, y desde luego consiguió que en el ejército romano reinase la disciplina mas severa, pues que no quería perder la buena disposición que ácia él tenían los naturales del pais, quienes en vez de abandonar sus domicilios y de ocultar sus provisiones, abastecian con ellas el ejército de muy buena voluntad. Los empleados civiles ejercian ya sus funciones á nombre del emperador de oriente, y el clero, bien sea precisado por las inspiraciones de su conciencia, ó bien por miras de pure interés, favoreció al principe católico que trataba de dominar el pais.

Las ciudades de Leptis (7) y Adrumete (8) abrieron sus puertas y pasaron al dominio de

(1) Hoy mar de Mármara.

(2) Los Dardanelos.

(3) Galipoli.

(4) La Morea.

(5) T. M.

(6) Modon.

(7) La parte sudoeste de la Morea.

(8) Elicida.

(9) Ciudad de Africa que no existe.

Justiniano; y Belisario avanzó hasta Grassa, palacio de los reyes vándalos situado á cincuenta millas de Cartago, donde encontró resistencia. Hasta aquí el caudillo romano no tuvo que emplear en esta expedición sus talentos militares, sino solo una política previsora y moderada, haciendo siempre respetar al laborioso artesano y al pacífico labrador.

No obstante, la inquietud y el terror se apoderaron de Gelisner cuando los romanos se aproximaron á Cartago y quiso prolongar la guerra, hasta que los veteranos que se encontraron al mando de su hermano, volvieron de la conquista de Cerdania la que le habria convenido mas diferir para defender su persona y su reino. Los cincuenta mil vándalos que subyugaron el Africa se habian multiplicado de tal modo, que cuando Belisario invadió á Cartago, este país contaba mas de ciento sesenta mil combatientes, y tantos guerreros no pudieron sofocar el débil ejército Bizantino. El combate fué sangriento: Gelisner se defendió con un valor heroico; pero al fin tuvo que ceder al genio eminente de Belisario, á quien volvió la espalda para irse á los desiertos abrasadores de las costas septentrionales de Africa, y el vencedor entró en Cartago el año de 533, en medio de las aclamaciones del regocijo público y desde luego fué proclamada la derrota de los vándalos, cuya dominación habia durado doscientos cincuenta años, y la libertad de Africa. En esta circunstancia Belisario no es ya el teniente de un César del Bajo Imperio; es un triunfador de la antigua Roma, es Paulo Emilio en el Palacio de Perses; pero reparare el héroe Bizantino cuando se mira postrado ante los restos de San Cipriano, que tanto tiempo habia estado en poder de los senecares de Arrio.

Entretanto, Gelisner vagaba por los desiertos y por las montañas escarpadas donde se habia refugiado, sufriendo, segun refieren algunos historiadores, todos los horrores del hambre; y cuando se le propuso que se abandonara á la generosidad de su vencedor, exclamó: «La esclavitud es peor que la muerte. No deseo más que un pedazo de pan, una esponja para elefantar mis heridas y una lira para consolarme en mis desgracias.»

Todo esto le fué concedido, y al fin, bien sea obligado por la necesidad, ó bien convencido por la razon, el último príncipe de la sangre de Gensérico se puso en manos de su vencedor, previa una solemne promesa de que su persona seria respetada y tratada de una manera digna del rey de los vándalos; y así el triunfo de Belisario fué completo.

Sin embargo, la envidia jamas duerme, y mucho menos en las cortes de los despotas que prestan atento oído á los lisonjeros consejos de sus favoritos, y Justiniano facilmente se convenció de que Belisario no habia conquistado el Africa, sino para sí mismo; pero tan esclarecido caudillo desmintió desde luego estas infames calumnias, y su presencia en Constantinopla desvaneció tan injustas sospechas.

Belisario llevó consigo al rey prisionero, y cuando entró en Constantinopla fué recibido con los honores del triunfo, ceremonia que la ciudad de Constantino jamas habia visto, pues que hacia mucho tiempo que no estaba en uso, y que desde el reinado de Tiberio, Roma, tan solo los tenia reservados á los Césares. Pero véamos como describe tan brillante ceremonia el elocente Gibbon. (1) «La procesion triunfal, dice, salió del palacio de Belisario, atravesó las principales calles, y se dirigió al Hipodromo. Esta memorable jornada parecia ser la vergüenza de las injurias de Gensérico, y la expiación de la vergüenza de los romanos; en ella se desplegó toda la riqueza de las naciones de aquel tiempo, los trofeos de un jóu guerrero, á la vez que atemido, los ricos armaduras, los tronos de oro y los carros de guerra que habian servido á la reina de los vándalos, la vajilla macisa del banquete real, las innumerables piedras preciosas, las estatuas y los vasos de una forma elegante, los cofres llenos de oro y los ornamentos del templo judío que se depositaron despues de este largo viage en la Iglesia cristiana de Jerusalem. Una larga fila de nobles vándalos manifestaron entonces á su pesar su grande estatua y su esforzada confianza. Gelisner se adelantó á paso lento, vestido con un trago de púrpura, y conservando siempre toda la dignidad de un rey, pues no se vieron derramarse las lágrimas de sus ojos, y sus suspiros no hicieron los oidos de ninguno; su orgullo y su piedad tuvieron algun consuelo en estas palabras de Salomon, que repetia frecuentemente: «Oh envidia! ¿qué utilidad! Todo no es mas que vanidad! El modesto vencedor en vez de ir sobre un carro de triunfo tirado por cuatro caballos ó por cuatro elefantos, marchaba á pié á la cabeza de sus bizarros camaradas; tal vez rehusaba por prudencia una demostracion tan brillante para un subdito; ó tal vez su grandeza de alma desdafiaba un honor mancillado por los mas viles tiranos. Al llegar el vencedor á las puertas

(1) Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano. C. XII.

del Hipodromo, fué saludado por las aclamaciones del senado y del pueblo, y se detuvo en el trono en que Justiniano y Teodora esperaban el homenaje del rey cautivo, y del héroe victorioso. Belisario y Gelisner hicieron la adoracion de costumbre, y postrándose, tocaron con respeto el pedestal de un príncipe, que jamas habia desdafiado su espada, y de una prostituta que habia danzado en el teatro. Fué necesario una ligera violencia para vencer la indomable altivez del nieto de Gensérico, y su vencedor, aunque habituado á la servilumbre, debió irritarse en secreto con semejante ceremonia. Esto fué declarado en el momento, cónsul para el año siguiente, y el día de su inauguracion se asemejó al de su triunfo; unos cautivos vándalos llevaron su silla curul en hombros, y se arrojaron con profusion al populacho los despojos de la guerra, copas de oro y magníficos cinturones.»

Empuro la mejor recompensa que pudo darse á Belisario, fué la fidelidad con que fueron cumplidas las generosas promesas que habia hecho al rey de los vándalos, pues que el emperador le volvió un vasto dominio en Galicia donde Gelisner encontro la paz y la abundancia.

Ya una gran parte de los proyectos de Belisario estaban ejecutados, ya se habia aumentado un vasto territorio á las posesiones del imperio, pero faltaba aun la parte mas gigantesca del plan que este hombre extraordinario habia concebido; los godos reinaban en Italia y Roma, la soberana del mundo estaba gimiendo en el cautiverio; preciso era libertarla y volver á colocar las águilas del imperio sobre el soberbio Capitolio. Desde luego el vencedor de los persas y de los vándalos partió con el designio de conquistar Italia, (545) para lo cual no faltó un pretexto, pues casi siempre se publicaba que tales expediciones se emprendian para vengar los ultrajes ó los asesinatos de reinos ó de príncipes desgraciados, y así se derribaron varios imperios.

Las campañas de Belisario en Italia ofrecen muchos y muy variados incidentes, pero solo recorreremos los mas interesantes; despues de su salida de Constantinopla, recorrió el mismo camino que en su primera expedición; llegó á Sicilia, y esta provincia le abrió sus puertas y se reunió al imperio romano. Palermo, defendida por los godos, opuso resistencia, pero despues de un corto sitio, fué tomada, y Belisario entró triunfante en Siracusa, á la cabeza de su ejército. Despues de haber dejado guarniciones en Sicilia y en Palermo, embarcó á sus sol-

dados en Mesina, y los desembarcó sin resistencia en Reggio, (1) de donde partieron, caminando por la costa cerca de trescientas millas, ántes de llegar á Nápoles, que estaba gobernada por Theodato y sus habitantes, divididos en facciones. El cónsul romano atacó la ciudad, y en esta ocasion echó una mancha á las brillantes páginas de su historia, de la cual jamas podria ser purificado, pues para desvanecerla un poco, seria preciso apelar á la ferocidad característica de aquella época. Cuando entró en Nápoles, por un horrible abuso de la victoria, fueron pasados á cuchillo sin distincion de sexo ni edad, una gran parte de los habitantes de esta desgraciada ciudad. . . . Italia habria hecho otro tanto. Pero procreáramos olvidar hecho tan horroroso.

Belisario despues de haber fortificado á Nápoles, prosiguió su marcha, y tan luego como los godos supieron que se aproximaba, abandonaron á Roma, donde entró sin derramar una gota de sangre en el mes de diciembre de 536, en medio de las aclamaciones de la multitud; y las águilas romanas volvieron á brillar en las plazas de la ciudad eterna, que hacia sesenta años estaba subyugada por los bárbaros, despues de haber contemplado en otro tiempo sus brillantes triunfos y enseñoreádose con su inmenso poder.

Bien pronto los godos (marzo de 537) aparecieron ante los muros de esta capital, y en el primer asalto intentado por tan temibles enemigos, Belisario corre un inminente peligro, pues rodeado de los enemigos, es agobiado por el número de sus dardos, y el ejército retrocede hasta las puertas de Roma; mas estas estaban cerradas á causa de la noticia que se habia difundido de que Belisario habia muerto. Todo desfigurado con el sudor, el polvo y la sangre, no se reconoce, sino por su heroico valor. Anima á sus soldados y emprende una carga formidable, á cuya impetuosidad los godos no resisten, y huyen (creyendo que otro ejército habia salido de la ciudad y venia á socorrer á los romanos).

La puerta *Flaminiana* se abrió al fin para recibir al caudillo vencedor, á quien á pesar de la fatiga que lo agobiaba, no pudieron persuadir, ni su esposa ni sus amigos, á tomar ni descansar ni alimentarse, ántes de haber reentrado la ciudad y vejádola con entera seguridad.

Los godos lo vaden de nuevo la ciudad, y Belisario, siempre soldado diestro, personalmente ejecuta grandes proezas militares.

Cuán grato es encontrar hechos semejantes,

(1) Hoy Reggio.

dignos de los héroes de Homero, en la vida de un hombre de la edad media.

Se ha condenado la conducta que Belisario observó con respecto al papa Silverio; mas si en efecto este pontífice había llamado á Roma al rey de los godos, el representante del emperador debió justamente irritarse; pero lo que no tiene excusa es, la prodigalidad con que se empleó el oro imperial para elevar á Vigilo á la silla de San Pedro. Sin entrar en los pormenores de esta intriga, recordaremos solo la entrevista que Belisario tuvo con el desgraciado pontífice.

Este, según refieren algunos historiadores, iba seguido de todo el clero, pero solo él fué admitido en la habitación del héroe del Bajo imperio, y encontró al vencedor de las persas, de Cartago y de Roma, modestamente sentado á los pies de su esposa, que estaba recostada en un magnífico lecho, y esta mujer imperiosa fué la que tomando la palabra, agobió al pontífice con sus terribles reconvencciones y sus crueles amenazas; pues que ella era el instrumento de que se valia la emperatriz Teodora para colocar en la silla de San Pedro á un hombre opuesto, ó al menos indiferente al concilio de Calcedonia.

En el sitio de Ravena, Belisario aparece verdaderamente grande y muy superior á las intrigas de la corte imperial; ya estaba próxima á sucumbir la agonizante soberanía de Vitiges, cuando un decreto tan imprudente como inexplicable de Justiniano, le dejaba algunas provincias, y prescribía á Belisario el presidir de la victoria; mas este se alrevió á desobedecer y declaró que no dependría las armas hasta no conducir á Vitiges á Constantinopla cargado de cadenas. El cumplimiento su palabra, y si tuvo la desgracia de que el emperador le refusase el triunfo con respecto á Italia, la gloria del héroe se aumentó con esta injusticia de la corte de Bizancio, pues que Belisario bien pudo haber caído su frente con la corona de Vitiges; pero rehusó la proposición que le hizo la nación goda. ¡Acción magnánima y sublime, que basta por sí sola á colocar al restaurador del imperio de Oriente entre los héroes mas famosos de todos los tiempos!

Su nombre era por todas partes alabado, las madres lo presentaban á sus hijos como un modelo digno de imitarse y como el libertador y el apoyo del imperio; los jóvenes lo miraban con admiración, y los niños lo acataban como una divinidad.

Belisario había vivido feliz; pero tuvo la desgracia de ser súbdito de un monarca domina-

do por los caprichos de una muger inmoral y de viles cortesanos; fácilmente perdió el favor del emperador, y después de haber humillado á dos reyes y á muchos guerreros altivos, se vió humillado, hasta que á instancias de su esposa recobró la benevolencia de Justiniano y los honores del mando.

Bien pronto tuvo ocasion de volver á mostrar sus talentos militares; el año de 541 rechazó á los persas que invadieron la Siria, á cuyo triunfo siguió otra desgracia; pero sus servicios volvieron á ser necesarios, pues en la campaña del año siguiente, bastó su presencia para hacer que el rey de los persas se encerrase en sus posesiones.

Entretanto, Totila, descendiente de Teodorico, aprovechándose de la mala conducta de los encargados de la administración en Roma, se sublevó y logró restablecer el poder de los godos. Belisario fué enviado contra él; pero con tan pocos recursos, que no pudo por esta vez salvar la ciudad cautiva del genio destructor del jefe de los godos; no obstante, todavía en esta ocasion recurrió á un ardid militar; los godos se retiraron, y Belisario entro en la ciudad, la que en cierto modo, según la bella expresión del conde de Lacedem, no era ya mas que una vasta soledad en medio de la cual se elevaban silenciosamente los monumentos que el acero y las llamas habían respetado; anti-prospicuos, fristes y admirables testigos de una prosperidad desvanecida y de una gloria eclipsada, como esas pirámides colosales que aun se ven en medio de los arenosos desiertos del Egipto.

Las llaves de la ciudad de Augusto, fueron por segunda vez enviadas al emperador de Oriente; pero aunque Roma estaba libre de la dominacion de los bárbaros, el resto de Italia gemia cautiva, y para salvarla se necesitaban recursos que la corte de Bizancio no enviaba; así es que Belisario cansado ya de ver los progresos de Totila, se creyó dichoso obtener de su llamamiento.

Cuando Belisario volvió á Constantinopla, estalló una conspiracion contra la vida de Justiniano; pero los conjurados habían resuelto que antes de descargar el golpe fatal sobre el emperador, era preciso pasar sobre el cuerpo de Belisario, cuya lealtad les causaba grandes temores. El complot fué descubierta, y Belisario disfrutó por algun tiempo de los honores que le prodigaba su elevado rango; pero tuvo que abandonar el reposo para entregarse de nuevo á las fatigas de la guerra.

Zabergan á la cabeza de los búlgaros y de los Esclavones, había en el mes de marzo de

559, pasado el Danubio, asolado la Mesia y la Tracia (1) y acampado á veinte millas de Constantinopla.

Bizancio tembló.... pero Belisario reanima á los habitantes, y diez mil combatientes se precipitan á las armas y corren tras los pasos del viejo guerrero, quien al dia siguiente entra victorioso en la ciudad, en medio del regocijo universal.

Dos años despues, Belisario fué acusado de estar implicado en una conspiracion, la fama de este grande hombre era extraordinaria, y la envidia supo inspirar desconfianza á la corte. El emperador olvidó cuanto debía á tan ilustre capitán, y la historia jamas podrá vindicar á Justiniano de su ingratitude para con un guerrero tan ilustre. Sus bienes fueron secuestrados, y él gimió en una prision, hasta que al fin fué reconocida su inocencia, pero poco sobrevivió, pues ocho meses despues de su última

(1) Hoy parte de la Turquía de Europa.

victoria bajó al sepulcro. „Su nombre jamas perecerá, dice un historiador; pero en vez de los funerales, de los monumentos y de las estatuas que tan justamente merecia, encuentro en los historiadores que el emperador confiscó los tesoros que poseia á consecuencia de sus triunfos sobre los godos y los vandalos.”

La filosofía, la pintura y la poesia parece que han tomado á su cargo el recordar las desgracias de tan ilustre guerrero, representándolo ciego y conducido por las calles de Constantinopla, repitiendo estas palabras: „Dad un óbolo al pobre Belisario.” Pero el que estudia la historia, respeta á los moralistas, admira á los pintores y no cree á los poetas; pues que sin este incidente fabuloso, la vida de Belisario es un continuo vaiven de dicha y desventura, que da una graveleccion á los que sirven á su patria cuando está sufiyugada por un tirano.

Pero desgraciadamente los hombres rara vez se aprovechan de las lecciones de la historia.

Enero de 1814.—P. M. TORRESIANO.

CONSTRUCCION Y USOS DEL TERMÓMETRO.

El termómetro es un instrumento muy conocido, y cuyo uso continuo y frecuente aplicación, tanto á las ciencias como á las artes, hacen importante su conocimiento, por cuyo motivo vamos á explicar aquí el modo de construirlo y de usarlo.

Es generalmente sabido, que cuando un cuerpo se calienta sin variar de constitucion, se dilata ó aumenta su volumen, y este al contrario disminuye y cuando aquel se enfría. En esta propiedad general á todos los cuerpos, está fundada la construcción del termómetro, instrumento que suministra un medio seguro de conocer las diferentes temperaturas que tiene un mismo cuerpo en diversas circunstancias.

Este se compone de un tubo de vidrio de diámetro muy pequeño, con una bolita de la misma materia en su parte inferior: este tubo está unido á una plancha de madera ó metal, (se prefiere este último por ser mas duro y ofrecer menos dilatacion con un mismo grado de calor), donde están marcadas las divisiones que sirven

para conocer á qué temperatura se ha elevado el cuerpo que se experimenta. El tubo tiene en el interior una cantidad determinada de una sustancia, que por su aumento ó disminucion de volumen; marca, por medio de las divisiones de la plancha de que hemos hablado, el grado de calor ó frio que puede experimentar en aquel momento el cuerpo á cuya influencia se somete. La sustancia que se usa para este fin, es generalmente el mercurio, conocido igualmente con el nombre de azogue. Tambien se puede emplear el espíritu de vino; pero esto no ofrece tanta exactitud como el primero.

Veamos ahora el método que se debe seguir para construir el instrumento, de modo que satisfaga á todas las condiciones enunciadas. En primer lugar, el mercurio que se emplee, debe ser lo mas puro posible, y como casi nunca se encuentra en este estado en el comercio, es preciso indicar un medio de purificarlo. Para esto se echa en una badana, y se liga esta fuertemente de modo que se forme lo que se

llama vulgarmente una muñequilla; se aprieta esta con fuerza entre la mano, y el mercurio se escapa por los poros de la badana, dejando en el interior de esta las piedras, tierra y demás sustancias con que puede estar mezclado. Para separarlo en seguida de los metales con que se halla combinado, se calienta hasta que se volatilice ó evapore, pues tiene la propiedad de llegar á este estado antes que los demás metales; con tal objeto se pone en una retorta (4) de vidrio ó porcelana, á cuya estrechidad se adapta un largo tubo de la misma materia, y á este un globo también de vidrio. Este último debe estar sumergido en un poco de agua bastante fría, y la retorta se coloca sobre un fuego débil al principio, y cuya intensidad se aumenta gradualmente hasta hacer evaporar el mercurio; para impedir que el vapor de este se escape por las uniones del tubo con la retorta y el globo, se tapan estas con betún. Al evaporarse el mercurio, se separa de los demás metales, y se reúne en el globo de vidrio, el que como está á una temperatura mucho mas baja que el resto del aparato, le hace volver á su estado líquido.

Una vez obtenido así el mercurio puro, se introduce en el tubo de vidrio que hemos indicado; pero es necesario que este satisfaga á algunas condiciones para que el instrumento sea exacto. Primeramente debe ser de un diámetro muy pequeño, y además igual en toda su longitud; se conocerá que esto se verifica, poniendo en él una gota del metal, y haciéndola correr; si esta ocupa siempre un espacio igual, será señal indudable de que llena la condición pedida.

Se introduce después en el tubo el mercurio necesario; pero esta operación es mas difícil de lo que parece á primera vista, pues que siendo aquel tan delgado, el aire que contiene opone resistencia á la introducción; para facilitarla se calienta la bola que se halla á la estrechidad inferior, y como hemos dicho que los cuerpos aumentan de volumen cuando sube su temperatura, el aire que se halla interiormente se dilatará, y una parte de él saldrá fuera del tubo; entónces se voltea este, y se introduce su estrechidad abierta en una taza de mercurio, manteniéndolo en esta posición hasta que se enfrie, á cuyo tiempo se volverá á enderezar, teniendo cuidado de tapar antes la abertura con el dedo, para impedir que se salga el mercurio que ha entrado ya. Como será muy

raro que entre de una vez todo el que se necesita, es necesario repetir esa misma operación muchas veces, hasta conseguir el fin propuesto.

Para que el instrumento marque bien las diferencias de temperatura, es preciso que el mercurio pueda correr libremente en el tubo, y por consiguiente, se necesita que dentro de este no haya ningún otro cuerpo. A fin de obtener esta condición, se calentará el tubo primero, y en seguida la bola, por cuyo medio se dilatará el aire que contienen y arrojará fuera la humedad y demás impurezas que pueda haber.

Como la cantidad de mercurio que deba entrar en el tubo no puede ser arbitraria, se determinará introduciendo éste sucesivamente en el yelo y en la agua hirviendo.

Supongamos introducido ya todo el mercurio que se necesita; para que sus dilataciones y contracciones sean siempre uniformes, es indispensable que aquel esté perfectamente purgado de aire. Con este fin se calienta la bola hasta que hierva el mercurio; esto sube entónces arrojando todo el aire, y para evitar que el mercurio se derrame también por la ebullición, se forma en la abertura una especie de tacita ó receptáculo del mismo vidrio. Cuando el mercurio ha llegado á este punto, se deja enfriar, y luego que comienza á bajar, se cierra herméticamente la abertura con el fin de que no se vuelva á introducir el aire que ha salido.

Concluidas estas operaciones, queda que graduar el instrumento á fin de poderlo aplicar con exactitud y buen éxito. Para esto se sumerge en un vaso lleno de nieve ó yelo al tiempo de derretirse, se vé bajar inmediatamente el mercurio; se mantiene el tubo hasta que haya seguridad de que ya aquel no baja mas, y se marca cuidadosamente este punto. En seguida se introduce en un vaso de agua hirviendo; se ve hasta donde sube el mercurio, y se señala este punto como el anterior; determinando así un espacio lizo entre los dos, se adapta en seguida el tubo á la plancha, marcando igualmente en ella los dos puntos, de modo que se correspondan perfectamente con los de aquel, y el espacio comprendido entre ellos se divide en un cierto número de partes iguales.

Tres son los sistemas de división empleados en los termómetros; el mas general y cómodo de todos, es el llamado contrigrado, porque el espacio referido se divide en cien partes iguales, señalando cero en el punto determinado inferior, y ciento en el superior. Otra división es la del termómetro de Reaumur, llamado así

del nombre de su autor, y en la que marcando cero en el punto inferior, el espacio se divide en ochenta partes iguales. La división inventada por Fahrenheit, cuyo motivo le ha dado su nombre á los termómetros en que se usa, consiste en marcar un número treinta y dos en el punto inferior, y doscientos doce en el superior, dividiendo el espacio comprendido entre ambos en ciento ochenta partes iguales. Estas son las divisiones generalmente adoptadas, y para evitar confusiones se indica el termómetro que ha servido para tomar la temperatura de algun cuerpo; así, se dice por ejemplo, cuarenta grados de Reaumur, cincuenta y dos de Fahrenheit etc. Por otra parte, se vé que cuando se tiene una temperatura expresada en grados de un termómetro dado, es fácil reducirla á que exprese la misma en otro termómetro de división diferente, por medio de una simple proporcion ó regla de tres, puesto que conocemos las divisiones de cada uno de los sistemas.

Ya tenemos enteramente concluida la construcción del termómetro; en cuanto al modo de aplicarlo hay poco que decir, siendo su

uso tan general, aun cuando solo sirva para conocer la temperatura del aire. Solo si advirtiéremos, que cuando se quiera conocer con exactitud la temperatura de un cuerpo, ya sea sólido, líquido ó fluido, es necesario que no solo á la bola se comuniquen esta temperatura, sino también á la parte del tubo que contiene mercurio, precauciones que comunmente se desatienden.

Suele suceder algunas veces, sobre todo en los viajes, que el mercurio se separa formando diversos cilindros en el tubo; si acaso no ha sido construido el instrumento con todo el cuidado que hemos indicado, y ha quedado un aire interior, es difícil volver á hacer unir el mercurio; pero de todos modos, lo mejor es atar la parte superior del tubo al estremo de una cuerda, y darle en seguida vueltas con cuanta velocidad sea posible.

Acaso nos hemos detenido demasiado en la descripción, construcción y usos de un instrumento tan conocido; pero nos ha parecido que así lo exigia su constante aplicación á todas las ciencias y artes, y aun á las necesidades mas comunes de la vida.—F. C.

UN AUTOR DE COMEDIAS.

Si ustedes
Me prometieseran callar,
Yo les contaría...—Si, diga
Usted, nadie lo sabrá;
Diga usted.—Pues bien, el caso
Es que eso es un inmortel,
Es dramático ingéne.
Si es autor, si lo será,
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear.
MIMATIS.—A. GRANOSO.

El amor propio, ó llamándolo por otro nombre el amor moderado de si mismo, es uno de aquellos sentimientos inherentes á la naturaleza del hombre, sin el cual quizá no podría vivir en sociedad este animal bipédo y sin plumas, como lo definió Platón; es un verdadero sentimiento que no puede clasificarse entre las pasiones, sino cuando llegando á un grado supremo de exaltación, cede su lugar al orgullo; es pues el orgullo una pasión, una entidad

accidental en la naturaleza humana, que revierte un estado febril del espíritu, del que raras veces se logra sacarlo aun con los auxilios mas irritantes. Metafísica parecerá esta distinción aun á los lectores de ingenio mas sutil y alambicado, y muchos desearían conocerme tan solo para preguntarme, cual es el lindero que separa las tierras del amor propio, de las posesiones del orgullo, á cuya pregunta, si ellos consiguiesen interpellarme, yo contesta-

(1) Se llama retorta un frasco, cuyo cuello, que es largo y delgado está muy doblado en su nacimiento.

ria que tampoco lo sé, y que para crearlo les basta que nosotros mismos establezcamos esta diferencia aun en la conversacion familiar, á la que no se la pueda tachar de metafísica y estudiada. Muy frecuente es, por ejemplo, decir—Con tal expresion, con tal accion se *lastima* el amor propio de fulano;—y con tal expresion, con tal accion se *ofa* el orgullo de citano; pues en el primer caso tratamos de expresar que aquel sentimiento delictivo, *ha* cierto mérito propio, esencial en fulano, padece, como padece, si capar fuese de sentimiento, una flor que se mirase con desdén; mientras que en el segundo queremos indicar aquella revolucion total de la máquina de citano que lo hace experimentar sufrimientos semejantes á los que esa misma flor experimentaríase, si á mas de mirársela con desdén, se la arrancase y estrujase. De esta diferencia, resulta, pues, una consecuencia clara y necesaria, y es, que el amor propio ó amor moderado de sí mismo, no es vituperable, sino por el contrario, digno hasta cierto punto de alabanza, siendo así que el orgullo no solo es vituperable, sino digno de la sátira y del ridículo.

Contagiado de la manía del siglo, las clasificaciones son un fuerte: el botánico clasifica sus plantas, el zoólogo sus animales, y el mineralogista sus piedras, ¿quién, pues, os impide clasificar á mi el orgullo? ¿Ay del misero que levantara la voz para tal, y aun á punto se pondría de ser declarado, no un animal *bipedo*, sino algo con mayor número de piés por tantos como acatan y veneraciones este asombroso producto de la menuda análisis, causa de la locura rematada de nuestra época; bien que la mayor parte no comprendan, ni qué es *clasificación*, ni qué es *análisis*, dando por disculpa de ello la ignorancia del griego, y... Pero siguiendo con mi intento, y declarándome desde ahora maníaco, tan solo por ir con el torrente del siglo, digo que para mí puede distinguirse el orgullo en tres clases y son: primera, aquel orgullo que es el resultado de la convicción íntima de que se posee un físico hermoso, al que si los que precian de apuestas á mal no lo han, bautizaré con el nombre, poco sonoro, pero en cambio muy significativo, de *fatuidad*; segunda, el que proviene del embellecimiento y especie de estúpida enagenacion que causan sendas talegas de numerario, y al que llamaré simplemente *necedad*; y tercera, el que nace de la conciencia que se tiene de claros talentos, ó instrucción algo sólida, y al que no hallo inconveniente en llamar á secas, *orgullo semi-racional*, por parecerme que si me

viera en la dura precision de tolerar algiano de los tres, la cruz de este sería la que ménos me pesara.

En la primera clase de este gran reino social, figuran aquellos nuevos Narcisos, que viendo-se al espejo día por día, y hora por hora, y enamorados de sí mismos tienen la desgracia de no convertirse en flores, sino en fatuos; en la segunda, esos entes materiales, positivos, conjunto mequino de carne y sangre, verdadera personificación de nuestra época, que á fuerza de no pensar sino en plata y en oro, logran que se les metafece el cerebro, y solo alcanzan por premio de sus afanes la necesidad; y en la tercera, los sabios y literatos, que pregando su saber y sus talentos, miran de reojo á todo profano no iniciado en los misterios de la ciencia ó de la *telúrica*, y dispensan proteccion á los *escritores* ó *novelas* que ellos creen que bajó su sombra pululan. Segun esto, pregunto ahora: ¿deberá concederse la razon al individuo que pertenece á alguna de estas clases? No, si bien se considera; mas es tal siempre la tendencia de nuestro espíritu á lo real, que no llevamos al extremo el rigorismo, cuando las causas que producen estas tres clases de orgullo son positivas, es decir, cuando tales ó cuales individuos tienen un físico hermoso, grandes riquezas ó claros talentos, mientras que cuando estas causas son ficticias ó imaginarias, no lo podemos llevar en paciencia, y nos desatamos, era en invectivas amargas, ora en sátiras picantes contra tan insustanciales personajes. Por lo que á mi toca, confieso, que condenando sin remision el orgullo de las dos primeras clases, ya sea provenido de causas ciertas ó falsas, solo me hallo capaz de alguna indulgencia respecto de la tercera, cuando su orgullo es el resultado de causas realmente existentes, declarándome, de no ser así, tan en su contra, como lo he estado respecto de las dos primeras de los *fatuos* y los *neceos*. Limitándome, pues, á este último caso, es decir, al orgullo literario en un individuo sin talentos y sin saber, ó con aquellos y sin este, voy á charlar á su ejemplo lo que buenamente se me ocurra, bueno ó malo, oportuno ó fuera de tiempo.

Si un hombre dotado de ingenio, y que ha pasado su vida sobre los libros á riesgo de quedarse con los sesos enjutos: si un sabio, si un literato digno de llevar este nombre se os presentase, carísimos lectores, no con la modestia que debe caracterizar á estos individuos, sino con aquel orgullo y satisfaccion de sí mismo, hijo solo de la ignorancia, no dado que le

tratarais con indulgencia le compadecerais, porque diligente en adquirir tantas virtudes, no habia sabido dominar un vicio en su naturaleza; mas si ante vosotros apareciese uno de esos hombrecillos de ingenio boba é instrucion caes, cuellirguído y parlanchin, y que altaceros os mirase allá detrás de dos vidrios sin graduacion, y que os bablase con aquel acento de proteccion que en este mundo gasta siempre el superior con el inferior, como si en cada una de sus expresiones os quisiera decir "Pobres tontos," *risus tenentis*? ¿Le compadecerais? ¿Le perdonarais ese atrevimiento, resultado de la mas crasa estupidez? No os creo yo tan moderados é indulgentes, lectores míos, que á tal espectáculo dejáseis de hacer la figura que Saicho ante su amo el Caballero de la Triste Figura, cuando estaba este confuso y pensativo, por haber descubrierto que los que él habia juzgado golpes de desaforados jayanes, no eran sino de mazos de batan. Soljarais la presa de vuestro desprecio en sus barbas, porque el mismo sería el agente de vuestras cosquillas, et excitando mayor de vuestra risa; y desde ese mismo momento marcarais como el sello de la estupidez para que á todas horas y en donde quiera, os sirviera de hazme reír.

Boludisima está por desgracia la sociedad de estos entes semi-racionales, que porque hoyenon las páginas de una novela ó asistieron á la representacion de un sainete por la tarde, se llaman literatos, como si esta palabra quisiera decir, hombre que conoce las letras del alfabeto, porque esto es á lo que mas llega su saber: por todas las calles se tropieza con estos pegotes de la literatura, que deben su instruccion en los catálogos que gratis les reparten en las fiendas de libros, en donde pasan el día de codos, creyendo sin duda que la ciencia les ha de entrar por las narices con el polvo que se levanta de los folios, y que ellos aspiran con avides, por todas partes no se descubre sino á ellos, llenando las anchas aceras, moviendo rápidamente los labios, á guisa de quien va diciendo allá para su colete: "No hay duda, yo soy un ingenio," y creyéndose el asunto de la conversacion de cuantos los miran; y esto en buena parte, porque á decir verdad, si ellos tomaran la cosa en mala parte, creo que no se engañarían, pues su misma estupidez los hace notar á cuantos tienen, no sé si diga la dicha ó la desgracia de observarlos. Esta clase inunda los paseos, los teatros, las tertulias, y tiene á veces la felicidad de encontrar almas candidas, que creyéndolos bajo su palabra, preguntan que cuando ménos son unos sabios aque-

llos que les hablan en idioma griego para ellos; y que mas chinchés que el nunca bien ponderado personaje del *Iban forte via sacra* de Horacio, les refieren menudamente cuanto hacen, cuanto dicen, y los triunfos que en corrillos tan sandios como ellos, alcanzan diariamente.

Estos tales tienen ademas otra cualidad muy suya, y es la que no pararse en pelillos para cometer cualquiera vileza; la accion mas baja de adulacion, con tal de medrar con esto respuccion y pesetas, y tal cual roce con gente de alto coturno, porque es de advertirse que asi deliran ellos porque los llamen *ingenios*, como por tener el riñon asaz cubierto, y lutear ya que no al presidente, al ménos al ministro, bien que las mas veces no consiguen de él, sino que, apreciándolos en lo que son, les arroja con desden un mondrogo y tal real caricia para tenerlos siempre dispuestos á besar el polvo de sus piés. "¡Omas grandes, planetas literarios que brillais con luz prestada, y que os creéis la esperanza literaria del país! ¿cómo os divedo vuestra humboldt y clara, y sobre todo, vuestra estocica, indiferencia respecto de las cosas de este mundo, para salir de esta miseria á que mi estupidez me ha condenado! Seguid, seguid, la carrera que el destino os señalo, sin haber caso del *qué dicen* de estos hombrecillos á quienes viste, como granos de mostaza, desde la altura de vuestro firmamento. ¡Oh y como horaria la patria el día que ya sin luz aparecíseis en su horizonte, antorchas luminosas!"

Enemigo de la doctrina sin que á su lado vaya el ejemplo, me apresto á referiros, oh benévolos lectores, un caso que se me ha venido á las mientes, y que vosotros llamareis luego cuento, conseja, ejemplo, historia, ó como mejor os acomode. Es, pues, el caso, que hay en México un individuo que tiene por nombre de bautismo Antonio, y por nombre apelativo Palipútrino de Nonada, que os como si dijéramos que se llamaba D. Antonio Palipútrino de Nonada, el cual individuo, hijo de un honrado vinatero, que allá por los años de veinte y veintuno habia monopolizado en México el ramo de vinos y aguardientes, fué colocado por su buen padre desde muy jóven detras de un mostrador, en donde tenia, vinculado su patrimonio, y de donde si bien caudador no salió, no sé qué saldría, bien que puede creerse que en lo que ménos pensaba era en los yñes, distraído con lo que fue causa de la mania que ahora lo domina. Era en ese entonces un buen jóven, recomendable por su trato fino y su moderacion, cosas ambas que me obligaron á contraer

con él una amistad íntima. Mas para su eterna desventura cayeron un día entre sus manos los coloquios y sinetes del *Pensador Alceano*, y otras piecillas vaciadas en el mismo molde, destinadas todas primitivamente para envolver sin duda sal y pimienta; mas que apropiándoselas él, las leyó, las devoró, no consiguiendo al fin de su lectura, sino el haber concebido una idea, la idea maldita de haber concebido en regiones cortijos, á los que despues ha puesto el apodo de versos, idea que estuvo fermentándose allá en su cerebro, hasta que en una navidad, día menguado para él, aunque él no lo crea así, dejando á un lado todo sano temor, dió á luz un fatigajo que llamó coloquio, y que á juicio de la madre, la cual era iluminada por la hermana, á la que sorria de pedagogo por la criada de la casa, que tenia fama de leida, era una obra maestra, *chef de oeuvre*, como él la llamara ahora que ha dado en que parla el frances, cuando mal tarfiamos el gabachín. No se necesitó más para que Antoine, de edad ya de veintitres años, á semejanza de la esposa negra de la conseja con que quizá á todos nos han arrullado en la niñez nuestras nodrizas, se dijera á sí mismo: „Yo un ingenio, y detras de un mostrador? Sáltole, y voime por esos mundos á recoger laureles, como quien dice, á comer bellotas al monte en la época en que la encina fructifica; y está fué la primer llamarada de ese orgullo que tanto ha crecido despues. Salíó en efecto, y su primera diligencia fué tomar un abono en el teatro, (él creia que su misa era la clásica Talía), en donde al cabo de dos meses habla visto ya cuatro comedias de Breton, diez y ocho de Seribe, y veintidos *caudeilles*, de autores familiares de Paris, arregladas al teatro español, por el incansable semi-autor y semi-traductor D. Ventura de la Yegua; leyó en ese tiempo la poetica de Boileau, supo embaucar al ministro, y entró á desempeñar un empleo civil, adquirió alguna amistad con individuos que el público mirá ya como literatos, con los cómicos en fin, y á los cuatro meses de su vida extra-tenderil, regaló al público con una *Comedia en tres actos y en verso, original de D. Antonio Paripolítico de Nonada, y dedicada á un gran personaje*, comedia que los cómicos recibieron con aplauso, y representaron con placer, (porque acá para inter nos no tienen los tales el mejor criterio que digamos), y que el público imprudente estuvo á punto de saludar con la *sortis marvela* de Moratin, lo cual, si no lo hizo fué por estar dedicada á un gran personaje, y no por aprobacion de la pieza, como lo creyó el pseudo autor,

que desde entónces vió todo su vuelo á ese orgullo nunca visto, ni imaginado que cabalga en sus narices; y digo que cabalga en sus narices, porque él cree que en traer anteojos, está el quid, la fuerza del ingenio cómico, dando por razon incontestable, que Breton los usa, y que aun entre nosotros Gorostiza no los desdefia. Valame Dios, y cuap bueco, y cuan orondo andaba nuestro D. Antonio en cafés y concurrencias, pregonando lo que él creia su triunfo, y enseñando á toda ánima viviente aquellos *cegrati somnia*, aquel feto informe de un parto prematuro, cuyo cuerpo habia sido formado, en su totalidad por Breton, y cuyos ojos, unica parte que á él le quedara, estaban apagados y vacios, gracias á su destreza. ¡Y cuántas sandeces hizo! Y como se dió á conocer el angelito en el público, en donde corre la fama, de que á tanto llegó su frenesí, que pasando por acaso por una barbería, entróse en ella, y sin mas ni mas le preguntó á su dueño que á la sazón ejercia su oficio.

—¿Me conoces?

—A lo que no recibiendo respuesta ninguna prosiguió.

—Pues sabe que soy autor de una comedia en tres actos y en verso que hace cuatro dias fué representada con general aplauso; y esto lo digo para que en adelante me conozcas y me respetes.

Y dando la vuelta se salió dejando en su tan desatinado *ex abrupto* estupefaco á aquel grave rapista, que sacando los ojos cuanto podía y con la navaja á una buena distancia de su oficio se vió en peligro de ser abofeteado por el paciente, cuyo labio tenia con su mano izquierda á dos cuartas de su posicion natural. Desde entónces nuestro dramático anda liso como una estaca y no saludó sino al ministro, y su rico propietario que desde el fondo de su pecho le hace una caravana. Mas olvidando lo pasado, dejémos á los muertos y véamos lo que está fresco y aun humeante.

No hace ocho dias que iba yo por una de las calles principales de nuestra capital, y por su frente caminaba tambien un hombre de estatura mas bien baja que alta, con su sombrero de dos cuartas de elevacion, sin capa de esas que nuestros elegantes, que poco se curan de anacronismos, llaman *romanas*, y sus inapreciables anteojos; vió, y conoci en el acto á aquel que en un tiempo habia sido mi amigo. Paripolítico de Nonada. El me vió tambien; mas como su orgullo no le permite dispensarme un saludo, á mí, pobre diablo, que ni he hecho comedias, ni me tuteo con el ministro, ni... sacó

su pañuelo, estornudó, y me volvió la espalda. Otro se hubiera dirigido sobre él, y á coces le hubiera espigado su indignacion; mas yo que soy medio socarron, y asaz sufrido con animales que no saben lo que hacen, me dirigí hacia él, y dándole una palmadica en el hombro.

—Oh! antorcha de nuestra literatura, esclame, esperanza (risible le iba á decir; pero me arrepentí) risueña de los empresarios de nuestros corrales, ¿á donde lo diriges, *ou vas tu petit Mollere mexicain?*

De grado ó por fuerza se detuvo y con una colora mal reprimida:

—Voy me contestó... voy por ahí... y voy de prisá.

Bándome á entender lo molesto que le era estar allí conmigo. No obstante, yo continué, dándole ya por su juego.

—Oh! espera un poco, no te enfades por una broma, pues voy á hablar ya de veras. Al verte no pude menos de conocer que ibas distraído, pensando en alguno de esos grandes proyectos que solo tú eres capaz de concebir.

Mudando en el acto de aspecto y decidido ya á permanecer allí, cuanto yo quisiera, me contestó.

—Tú me sonrojas....

—Oh! no, tú mereces esto y mucho mas... ¿Qué vamos apostando á que tenemos nueva comedia?

—No te equivocas.

—Oh! si yo tengo una vista que á vuelo de pájaro te conozco; pues, conozco tus proyectos.

—Eres algo perceptaz, pues hoy mismo he concluido la tercera creacion de mi musa cómica, mejor en mi concepto que las anteriores, y en la que si no me equivoco en esto de sales cómicas, saco alguna ventaja á Breton.

—Pues, si eres el hombre mas chusco que he conocido: Moliere, Moratin, Breton, Gorostiza, junto á ti, son unos chocarreros que cansan, que fastidian, que duermen....

—Yo no digo tanto por ahora.... pero con el tiempo....

—Oh! con el tiempo llegará día en que las carcajadas del público te abrumen, y.... Pero véamos siquiera el título de esa famosa....

—Oh! es un título....

—De aquellos que valen por el argumento no es eso?

—Tú lo verás.

Sacó en esto un cuaderno que á lo que pude calcular estaria compuesto de veinte pliegos, y se puso á leer el título, habiendo antes tosido, escupido, y tomado un aire grave.

—Se titula esta comedia, me dijo despues de algun tiempo, *El Liberal arrepentido, ó sea la prudencia de un Ministro*....

—Ja, ja, ja; y cómo que va á hacer furor la tal piecicilla, especialmente ahora que los dichos liberales están, como quien dice, de capa caída, y que el Ministro....

—Está ademas, como ya te dije, llena de sales cómicas.

—Así lo creo.

—Tiene escenas que van á hacer un efecto sorprendente.

—Si tú eres.... un grande hombre le iba á decir; mas, como es chiquito de cuerpo, dejé la frase cortada por carecer en él la palabra de doble significacion.

—Oh! y la moralidad es lo que mas la recomienda: tú verás que concluye con que el Liberal arrepentido recomienda al público el bando ministerial.

—No hay duda, tú vas á ser laureado, y desde ahora te doy el parabien: ven á mis brazos.

Y lo abrazó con grande alaraca, para no soltar la carcajada, pues hacia tiempo que la risa retozaba en mis labios.

—Pero á donde vas por fin? le volví á preguntar.

—A ver al Ministro.

—Y con qué objeto?

—Con el de dedicarle esta pieza y ponerla á sus piés.

—Ven otra vez á mis brazos: tú serás, pese al vulto malilicente; tú serás el hombre de mas provecho entre nosotros; tú serás aplaudido, ensalzado....

Así lo espero, pues mi obra no merece menos.

Me dió la mano, siguió su camino, y yo me quedé allí absorto, contemplando embebidido aquel ser bruto, individuo de la tercera clase de mi gran clasificacion; y solo despues de que él habio vuelto la espalda pude soltar la carcajada y proseguir mi camino.

MI SOBRIÑO.

CIUDAD DE MÉXICO.

I.

Su situación geográfica.—Rápida ojeada sobre su historia desde su fundación hasta nuestros días.

MEXICO, [1] ciudad populosa de la América Septentrional, capital hoy de la República mexicana y del Departamento de su nombre, y antiguamente, corte primero de los reyes aztecas, y de los virreyes de Nueva-España, en seguida, está situada bajo la zona-tórrida á los 19° 25' 45" de latitud boreal á los 95, 29 en grados, y 6, 24, 91 en tiempo de longitud al Occidente de Madrid. Esta ciudad está situada casi en el medio del Gran Valle á que dá su nombre, valle que ocupa el centro de la cordillera de Anáhuac y que está situado sobre la espalda de las montañas porfiríticas y de amigdaloides basáltico. La forma de este valle es oval, y su longitud, tomada desde la embocadura del río Tenango en el lago de Chalco hasta el pie del cerro de Sincque, cerca de Huachimetocá, es de diez y ocho un tercio leguas; su mayor anchura de doce y media leguas desde San Gabriel cerca de Texcoco, hasta los manantiales del río de Azcapozalco, cerca de Gisquilluca; su circunferencia de 67, (tomada de la cresta de la montaña que lo rodean, y su estension territorial de 244 leguas cuadradas, de las que solo 22 están ocupadas por los lagos, todo esto, segun las observaciones del barón de Humbold y del

[1] Mucho varían los autores sobre la significación de la palabra México, pues unos dicen que se deriva de la palabra *Metli*, que en mexicano significa lina, porque la vieron tejada en el lago; otros quieren que signifique fuente, porque en el sitio en que la fundación encontraron una de agua dulce, y aun Chiquier cree al principio que México quería decir en el centro del mar; pero, una este título después da parcos, y se convenció de que México viene de *Metli*, ó *Huatzipocotli*, que era el Dios de la guerra de los mexicanos, y que por consiguiente, quiere decir lugar de *Huatzipocotli*, pues el se agregó á su nombre, cuyo final se suprime, e equivale á lugar, como se verifica tambien en *Huatzipocotli*, en cuya palabra se suprime el *ti*, lo mismo que en *Metli*.

mineralogista D. Luis Martínez, á quien cita el mismo viajero.

El clima de México guarda un verdadero medio entre todas las temperaturas que se observan en la República, pues ni en el estío se experimenta el calor sofocante de las costas que nosotros llamamos *tierras calientes*, ni en invierno el frío rigoroso de otros lugares, ó mas elevados sobre el nivel del mar, ó situados mas al Norte. Con su dilatadísimo horizonte, su aire suave y su cielo azul la mayor parte del año, es uno de los lugares mas deliciosos para vivir libre de los fastidios tenaces que nos causan un aire siempre húmedo y un cielo sombrío, y cubierto de negras nublazones, bien que en esto de la pureza del cielo sea inferior á otros puntos por los vapores constantes que se desprenden de los lagos que lo rodean, especialmente en el estío, y que ofuscan un tanto la brillantez del firmamento. La vegetación de los alrededores de México, si exceptuamos únicamente las chinampas, es en general mexicana, debido sin duda á la falta de agua que hay en algunas partes, como por ejemplo por San Lázaro, lo que impide regar todos esos campos cubiertos por el mirido y el carbonato de sosa; y creo yo tambien, que las enfermedades ejercerian muy pocos estragos en su seno, si no fuera por la suciedad, consecuencia de la poca policía de las grandes ciudades.

Es la residencia del presidente y de todas las autoridades superiores de la República, así como de las del departamento. Tiene, ademas, Sede arzobispal, que es la metropolitana de todo el estado, con su cabildo y su número clerico, tanto secular como regular; se cuentan en ella multitud de edificios públicos, como son el palacio del gobierno con todas sus oficinas, la casa de moneda, jardín botánico etc., la catedral, el palacio del arzobispo, la aduana, el palacio del gobierno departamental, la diputa-



ción ó casa municipal, la universidad, en la que están el Museo nacional y el Ateneo; el Apartado nacional, 14 parroquias, 20 conventos de frailes, 21 de monjas, 10 capillas y 4 colegios de niñas. Tiene, además, 7 hospitales, de los que dos están destinados para locos; 1 casa de cuna, 1 hospicio, 1 casa de corrección de jóvenes delincuentes, 2 cárceles, 1 colegio de minas, 1 militar, 1 escuela de medicina, 1 seminario conciliar y 3 en que se cursan los estudios primarios; la Teología y el Derecho, tanto civil como canónico. Escuelas lancasterianas, 2 bibliotecas públicas, 3 paseos, 3 teatros, que aunque de pésima construcción, sirven para su objeto, pues solo podremos contar uno cuando esté concluido, el de la calle de Vergara, y multitud de establecimientos literarios particulares. De todos estos edificios y establecimientos, hablaremos en otro lugar estensamente.

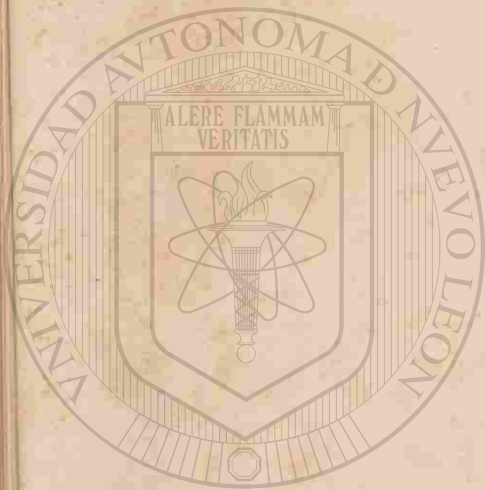
México, una de las ciudades mayores del Nuevo-Mundo, es quizá la que con mas imperfección han descrito los viajeros europeos, quienes á excepción de Humboldt que la describió tal cual la encontró en la época de su viaje, no han hecho mas que corroborar las falsas aserciones de hombres que tal vez jamas habían espaciado sus miradas por el sorprendente valle de la antigua Tenochtitlan. Apoyados casi todos en las relaciones de los conquistadores, y en algunas poco posteriores á la conquista, han creído que México no habia cambiado de aspecto desde entonces á acá, y que todavía era por consiguiente una isleta que no estaba unida al continente, sino por unas augustas lenguas de tierra, dando esto lugar á que no habiéndola visto jamas, dejasen corregir libremente su imaginación en sus descripciones. Es cierto que la antigua México estaba situada en varios islotes que rodeaban por todas partes los lagos de Texcoco y Chalco de que habla Cortés en su carta al emperador, de 10 de octubre de 1520 y los de Zumpango y Xalcoatlán que según observa Humboldt, no conocia aun el conquistador, lagos que cubrían con sus aguas casi todo el valle; mas es cierto igualmente, como observa el mismo Humboldt, que las aguas desde entonces iban ya retirándose poco á poco: movimiento natural, que auxiliado del famoso desague, ha hecho que la orilla del lago de Texcoco, se encuentre hoy casi á dos leguas de distancia del limite de la ciudad. Hubo época tambien en que retiradas ya las aguas, penetraban no obstante en el interior caudales que fueron regados en tiempo del virrey conde de Revillagigedo, de los que no queda hoy mas que el que viene de Ixtapala-

pan, y entra en la ciudad por detrás del convento de la Merced. Mas siendo evidente que la actual México es del todo distinta de la antigua, echemos ahora una mirada rapidísima sobre su historia.

La ciudad de México, fué fundada por los mexicanos el año II *Calli* (1) de su era que equivale al año de 1325 de la era vulgar, segun la comparación entre la cronología europea y la mexicana, inspirada á Clavigero por los trabajos de Sigüenza. Mas antes de proseguir daremos una idea de quienes eran los mexicanos, de dónde procedian, y como llegaron á las lagunas. Los mexicanos venian de un lugar llamado *Xtlan*, cuya situación mas probable, dejando por ahora á un lado la investigación de su verdadera posición era al Norte del golfo de Californias á distancia de cerca de 2700 millas de México, segun indica Boscourt, á cuya opinion parece que se adhirió Clavigero, como mas probable que la de Bo-

(1) Cuatro periodos, computados cada uno de ellos de 12 años, componian el siglo mexicano, el cual en su totalidad estaba formado por 52 años. El año mexicano estaba dividido en diez y ocho meses, de los cuales cada uno se componia de 29 dias que dan para el año por total 305; mas como al fin del ultimo mes añadian todos los años ses días intercalares que ellos llamaban *Nemotemi* (días inútiles, segun Clavigero, ó antiguos segun otros) resultaba que su año era igual al nuestro, pues tenia 365 dias. Los nombres radicales de sus años eran cuatro, *Techli* (conejo), *Acoatl* (caña), *Tepeatl* (pedernal) y *Calli* (caza), los cuales se contaban de esta manera: primero año del siglo I *Techli*, segundo II *Acoatl*, tercero III *Tepeatl*, IV *Calli*, y volviendo á comenzar, V *Techli* hasta que cada primer periodo acababa con el XII *Techli*, y el segundo periodo comenzaba con el I *Acoatl* y acababa con el XIII *Acoatl* el tercero con el I *Tepeatl*, y acababa con el XIII *Tepeatl* y el cuarto periodo último del siglo, comenzaba con el I *Calli* para acabar con el XIII *Calli* y para que el otro siglo volviese á comenzar con el I *Tepeatl*, ó entró en cuenta cuatro nombres radicales y tres nombres se distinguían muy bien los años. El año primero del siglo comenzaba á contar el 26 de febrero, que como cada cuatro años se anticipaba un día á cada dos días intercalares de nuestra bisesta, resultaba que en los últimos años del siglo, comenzaba el 14 de nuestro febrero. De aqui se infiere, que el II *Calli* (1325) año en que se fundó México, correspondia al año segundo del tercer periodo del siglo.

En otro lugar daremos luego una idea extensa de todo el calendario de los antiguos mexicanos, el cual es la mayor muestra que pudieron habernos dejado de su civilización, pues él nos prueba con superioridad el grado de perfección de sus observaciones astronómicas al de casi todas las naciones antiguas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

torini. Sin mencionar aquí ni las tradiciones, ni el viaje larguísimo, con la espresion de los rúgares que refiere Torquemada, pues además de ser muy difuso, no está muy bien probado, solo referiremos una circunstancia en que todos los autores están de acuerdo.

Vivían los Aztecas (nombre que les venía del lugar que hablaban) en Aztlan divididos en familias; de las que cada una tenía su nombre particular; y habla entre otros un personaje al que todos respetaban, llamado *Huitzilótl*, el cual hablando oído un día un ave que desde un árbol repetía la palabra *Tlahui* que quiere decir „ya vamos“ y de nuevo con otro de los principales personajes llamado *Tepepaltzin*, convinieron en sacar á su pueblo de aquel lugar, diciéndole que la voluntad de su Dios, espresada por el canto de aquel pájaro, era el que las saliesen de allí, y caminasen hacia el Sur, hasta el lugar que él les indicase. Dieron crédito á sus palabras, y el primer año de su primer siglo, según refiere Torquemada, el cual equivale según lo mas probable al año de 1169 de nuestra era, salieron de Aztlan, ancianos y jóvenes, mujeres y niños, flados en la palabra de su Dios, y con la esperanza de mejorar su suerte. En su peregrinacion, se dividieron las familias por mandato de su Dios, y habiendo tomado ocho de ellas un rumbo distinto, solo los *mexicos*, que desde entonces tomaron el nombre de mexicanos, siguieron su camino, en el cual es probable que pasaron por Michoacán hasta llegar á Tula; y antes de llegar á este lugar se dividieron tambien ellos en dos bandos, de *mexicanos* y *tlaltelolcos*, que después se conservaron un odio eterno. De Tula pasaron á Zumpango, de aquí á Tizayocan, de donde pasaron á Tepeyacac (villa de Guadalupe). De este lugar emprendieron el sitio de Chapultepec colina porfirítica, situada al Noroeste de la ciudad actual, de donde pasaron á Acolco, lugar situado mas dentro de la laguna, donde sufrieron la mas espantosa miseria. En fin, por engaños del Señor de Colhuacan (hoy Coyoacan, situado al Sur de México) á poca distancia (de San Aug) pasaron á aquel lugar en donde vivieron en la mas afrentosa esclavitud, hasta que por inspiraciones de *Huitzilótl*, Dios que habían venerado durante su peregrinacion, se dirigieron mas hacia el Sur, en busca de un lugar en el que habían de encontrar, según el oráculo, un nopal que naciese de una piedra y en el que estuyese parada una águila. Así lo encontraron á la mañana siguiente de su salida de Colhuacan, según cuentan Torquemada y Gemelli, visto lo

cual, comenzaron luego á levantar la ciudad, á la que llamaron Tenochtitlan (nopal que nace de una piedra) por el templo de su Dios *Huitzilótl*, que colocaron en el islote del centro que era el lugar que hoy ocupa la Catedral. Esto fué en el año de 1325, de suerte que pasaron desde su salida de Aztlan hasta la fundacion de México 165 años.

Pobres al principio los mexicanos, y manteniéndose de la pesca, eligieron no obstante su gobierno, que al principio fué aristocrático, y solo después de algún tiempo eligieron sus reyes; y á pesar de sus guerras continuas con los pueblos vecinos, y especialmente con los tlaltelolcos que se habían establecido en el punto que hoy ocupa Santiago Tlaltelolco y todo el espacio que se estiendo desde aquí hasta cerca de Hualnepanla, comenzaron á edificar su ciudad, lo que dividieron en cuatro cuarteles que llamaron *Tepepaltzin*, ó *Xochimilco*, *Atzacualco*, *Nayotla* y *Platquechinco*, ó *Cuauyacan*, que correspondian á nuestros barrios de S. Pablo, S. Sebastian, S. Juan y Santa Maria; tiraron las calles en los lugares de tierra firme de Oriente á Poniente y de Norte á Sur, y en las que entraban algunas canales fueron poco á poco construyendo puentes de madera bastante anchos. En 1562 concluyó el gobierno aristocrático, y subió al trono su primer rey Acamapichtzin en cuyo tiempo pagaban tributo los mexicanos al Señor de Azcapotzalco, quien no contento con lo que hasta allí le habían dado, les exigió que le llevasen un huerto flotante con todas las plantas del Anáhuac nacidas, de donde tuvieron origen las chinampas que tanto han dado que decir después á los europeos, y de las que hablaremos en otro lugar. Así permaneció la ciudad durante sus cuatro primeros reyes, hasta que en tiempo de Moctezuma I, llamado Huehue viejo Moctezuma, comenzó á ser conquistadora. En tiempo de Axayacatl, su sexto rey, se aumentó considerablemente, pues con la conquista de Tlaltelolco se pasó á allí el mercado que antes era en las inmediaciones del Templo, ese soberbio mercado de que habla Cortés admirado en una de sus cartas á Carlos V. Este mismo rey comenzó á edificar el templo mayor, el gran templo de *Huitzilótl*, el cual no se concluyó sino hasta el reinado de Ahuitzotl, octavo rey de México, en cuyo tiempo adelantó mucho el embellecimiento de la ciudad. En fin, Moctezuma II, llamado Moctezuma Jucoyotzin (jóven), para distinguirlo del otro que era Huehue (viejo), llevó la ciudad al grado de esplendor en que la encontraron los conquistadores. Construyó templos,

palacios, puentes, canales, muros, y estendió de tal manera la ciudad, que era, según Cortés en una de sus cartas al emperador, tan grande como Córdoba, con un mercado (Tlaltelolco) dos veces mayor que el de Sevilla. Este fué el *maximus* de brillo á que llegó México, cuyo estandarte fué durante el imperio de sus reyes una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre; mas llegaron los españoles, quienes mas astutos que los mexicanos, salieron vencedores, y sujeto cuanto á estos últimos les pertenecía á la ley de los vencidos, todo fué arrasado y demolido, para que ni el recuerdo de tanta grandeza nos quedara.

Hecha la conquista, Cortés hizo la division de las tierras entre sus oficiales y soldados, y los naturales del pais, y comenzó á edificar la nueva ciudad, en la que el gusto de la arquitectura europea, sucedió en los edificios al gusto azteca. El mismo edificó su casa en el lugar que hoy ocupa la que llamamos casa del estado, y que es perteneciente al duque de Monteleone su descendiente, y en donde antiguamente parece que estaba uno de los palacios de Moctezuma, próxima al gran templo. Se fundó la Catedral, la antigua, pues esta es posterior sobre las ruinas del templo mayor; cedió á los padres franciscanos, para que hiciesen su convento, el sitio en que lo vemos ahora, y que estaba ocupado antes por el palacio que Moctezuma tenía destinado para la cría de aves; fundó la casa de la ciudad (la diputacion) bien que el edificio que ahora vemos sea posterior, y casi confundido con la antigua division de la ciudad, y conservó los mismos cuarteles con sus nombres. Todos aquellos que participaron de la division de las tierras, comenzaron á hacer otro tanto, y muy pronto la antigua Tenochtitlan había mudado casi del todo su aspecto. En 1523 dió Carlos V por armas á México, á pedimento de los procuradores, un campo azul color de agua, que indica la laguna en que está edificada, con un castillo, en cuyo centro había tres puentes, uno de los cuales estaba apoyado en el castillo, y los otros dos que no lo tocaban, tenían encima dos leones empinados, que asían con sus garras el castillo, significando la victoria de los españoles; dióse por orla un campo durado las penas del nopal con sus abrojos, como la representación de la tierra. Poco á poco fueron haciéndose todas las fundaciones religiosas; y se pseudó asegurar que las mas antiguas son el convento ya citado de San Francisco, el de las Concepcion y el Hospicio de Jesus Nazareno, fundados por el mismo Cortés.

Siendo Fuenical presidente de la audiencia en 1539 se aumentaron las novedades materiales de la ciudad, pues mandó este que en los arrabales se hiciesen de piedra los puentes que hasta allí habían sido de vigas; mandó cegar la parte del lago que ocupaba el centro de la ciudad, y construir una plaza, que según conjeturo, fué la de Jesus, para que los naturales tuviesen en ella lo que ellos llamaban *tianguiztli*, y que nosotros corrompiendo la palabra, llamamos hoy *tianguis*, y construyó una especie de acueducto que hoy no existe, y que tenía por objeto conducir el agua de Tlaltelolco á los edificios y plazas publicas de la ciudad. En 1548, á petición del procurador Alonso de Villanueva, le dió el emperador á México el título de muy noble, insigne y leal ciudad, título que en adelante usó en sus armas y escrituras, y por este año se comenzó la construcción del acueducto que hoy conduce el agua á la ciudad.

El año de 1580, sufrió México su primera inundacion, á consecuencia de la cual se pensó por primera vez en construir el desagüe de Huehuetoca; la segunda fué en 1604, y después de este, el año siguiente se empedracaron las calles, se limpiaron las acaguas y se construyeron las calzadas de Guadalupe, la Piedad, etc.; en 1607, en fin, fué la grande inundacion de México, á consecuencia de la cual se emprendió en el año el célebre desagüe de Huehuetoca, del que daremos una descripción y una historia separadas, y que como dice Humboldt, es la obra hidráulica mas gigantesca que hayan emprendido los hombres. Significó sufriendo México inundaciones, y embelleciéndose cada día mas con nuevos edificios, hasta la época en que llegó de virey el conde de Revillagigedo, quien, como todos saben, con su rara diligencia puso á México casi en el estado en que hoy la vemos. Cegó la mayor parte de las acaguas, empedró de nuevo las calles, puso el albramarado de toda la ciudad, y estableció, sobre todo, una policia regularizada que jamas había habido en México, y que tanto ha contribuido en las mejoras que sucesivamente se han ido haciendo; y con su idea constante de embellecerla, pensó tambien en la destruccion del Parian, verificada últimamente; mas no la emprendió, porque puso los muchos inconvenientes que había; inconvenientes que se atropellaron ahora.

Después de este virey, muy pocos fueron los progresos que se hicieron en la parte material de la ciudad hasta la época de la independencia, en cuyo tiempo sufrió la última inunda-

ción en 1819: y solo se notan, bien que son de fines del siglo pasado y principios de este, la iglesia de Loreto humilde, el colegio de Minería y la academia de S. Carlos. De la independencia acá han sido mayores los progresos, y hoy especialmente se nota en esa parte una actividad grande.

México tiene la forma de un cuadrado, cuya extensión de oriente á poniente es de mas de una legua, lo mismo que de norte á sur: las calles anchas y tiradas á cordel, son de una extensión igual á la de la ciudad, bien empedradas y con anchas aceras por uno y otro lado; y si se exceptúa el tiempo de lluvias, en que algunos de las principales se anegan, todo lo mas del año están en buen estado. La población era en 1843, segun Humboldt, de 137,000 habitantes; mas como después ha ido aumentando sucesivamente, se puede decir hoy por aproximación, y segun los censos de los años anteriores, pues en vapo he tratado de ver el último, que ascende ya á 200,000 habitantes. Su comercio es activo, y se importan en ella todos los efectos extranjeros que entran á la república por Veracruz; y de otros puntos, sus mantas, loza, azúcar, cacao, añil, frutas y multitud de granos, aguardiente y pulque, del que se hace un gran consumo. Casi nada se esporta si no son los efectos extranjeros que van al interior.

He aquí una rápida noticia sobre México, que no podemos alargar por ahora tanto como quisiéramos, por no permitirnos las reducidas páginas de un periódico. En la descripción que vayamos dando de cada edificio en particular, nos estenderemos bastante para compensar con esto lo diminuto de esta noticia, y rectificaremos algunos puntos, como por ejemplo el de la población, en los artículos de estadística de México.

SONETO.

Y usted, doña Paquita, tan hermosa,
¿Qué sabe hacer para aumentar su hechizo?
—¡Yo! Sé hacerme tan bien, tan fino un rizo,
Que envidia cause á Pepa, á Sinforosa.
—Y á mas de vuestros rizos, ¿qué otra cosa...
—Pues qué esa gracia mas no os satisizo?
—¡Oh! Mucho á la verdad, que usted lo hizo
Por probarme con eso que es graciosa.
—Pues sé tambien bailar á la francesa,

(Bien que á la rusa no, yo lo confieso.)
Y se poverna un gorro á la escocesa.
Y mear en el cuerpo con exceso,
Y echarla en la tertulia de ex-marquessa....
—¿Y sabe usted pensar?—No, nada de eso.

MI SOBRIÑA

SUSPIRO.

IMITACION DE J. REBOUL.

Todo es imagen que miente;
Copa amarga ó de consuelo,
Caución alegre ó doliente
Engañan el labio ardiente:
Solo es verdadero el ciclo.

No hay día en que no sucumba
Del ciclo el claro fanal,
Y la gloria se derrumba;
Todo es presa de la tumba:
Solo el ciclo es inmortal.

El hombre en mar borrascoso
Navega lejos del suelo,
A solo yé temeroso
En torno escollo espantoso:
Que solo es tranquilo el ciclo.

N. ESTEVA.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

El mundo y la sociedad se asemejan á una biblioteca que al parecer está muy ordenada, porque los libros están colocados segun su tamaño; pero en la cual reina el mas completo desorden, porque nada está clasificado segun el orden de las materias ó de los autores.

La sociedad, los corrillos, los salones y en general lo que se llama mundo, es una mala ópera, nada interesante, y que si algo sostiene, es debido á las decoraciones.

El que quiera agradar en este mundo, es preciso se resuelva á aprender muchas cosas que ya sabe de aquellos que totalmente las ignoran.

EL CONDE DE SAN GERMAN.

En la historia nos presenta algunos hombres cuya existencia tiene todos los visos de fabulosa, pues que aspirando á figurar como personajes ilustres, por su rango y dignidad, han abusado de la credulidad de los hombres y llenado su vida de tan ridiculas bellaquerías, que no podria creerse si autores recomendables y dignos de fé no hicieran mención de ellos. Entre tales hombres es muy digno de contarse el célebre Conde de San German, charlatan de los mas atrevidos del último siglo, que buscando la fama con mengua de la verdad, usó como su contemporáneo Cagliostro, un nombre supuesto y un título ageno: se cree que este aventurero era hijo natural del rey de Portugal, otros dicen que su padre fué un judío portugués; mas estas no son sino conjeturas, pues que su nacimiento ha sido siempre un misterio: se cree tambien que pertenecía á alguna sociedad secreta de Alemania, y que algun ministro ó partido poderoso de aquella época, lo empleó como espía, suministrándole con abundancia todos los recursos necesarios, para proveer á sus necesidades y para sostener su lujo. Dotado de gran talento, y sobre todo, de una memoria prodigiosa, hablaba varias lenguas antiguas y modernas, y se jactaba de poseer todos los secretos posibles, así como de haber vivido dos mil años; por esto nunca confesaba á nadie ni su origen, ni su patria, y su audacia llegó á tal extremo, que alucinó á la corte de Luis XV. Se echó en cara á las clases privadas de instrucción y de experiencia el asenso que dan á los charlatanes; ¡mas como podrá calificarse la fe ciega de algunos de los cortesanos de Luis XV, y aun la del mismo monarca á las fabulas que les refería con una serenidad imperturbable el pretendido Conde de San German! Increíble parece, á la verdad, que en Francia, en el siglo de las investigaciones, y en el cual la verdad, gracias al influjo de la filosofía, ya no estaba encubierta con velos impeneables, se encontraran hombres que creyesen, ó que al menos ingleses creer la fabulosa longevidad de tan extravagante persona.

Se refiere que estando cierto día en Versalles, le dijo Madama de Pompadour.

—Dígame, conde, algunas noticias de Francisco I, pues creo que fué un rey muy amable.

TOMO I.

—En verdad que lo era, respondió San German, y pintaba con una facilidad de espresion asombrosa, las facciones, el gesto y hasta el metal de voz de este príncipe.

—¡Ah! añadía, si no hubiera sido tan fogoso, yo le hubiera dado algunos consejos, que acaso lo habrían libertado de todas sus desgracias, pero él tal vez no los hubiera seguido, pues la fatalidad hace que los príncipes cierran los oídos á los mejores consejos, principalmente en los momentos mas críticos.

—Y que decís del Condestable?

—Nada, madama, no puedo decir de él ni mal ni bien. La corte de Francisco I era hermosa ¡muy hermosa! pero la de sus nietos le excede infinitamente; en tiempo de Margarita de Valois y de Maria Stuart este era un país encantador.

En otra ocasion el rey le presentó un diamante, que no estaba valorado mas que en 6,000 francos, á causa de tener una mancha, sin cuyo defecto habria valido 10,000. San German se comprometió á devolverlo limpio antes de un mes, como lo verificó en efecto, pues no sin gran asombro de la corte la mancha habia desaparecido.

Viendo un día en una casa la imagen del Salvador, preguntó.

—De quién es ese retrato?

—De Jesucristo, le respondieron.

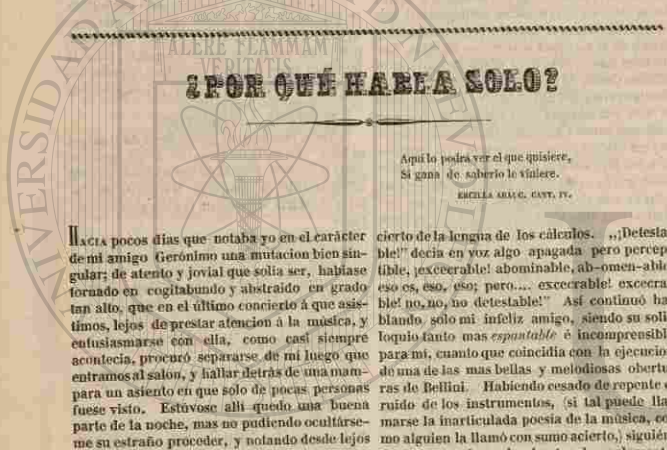
—No puede ser, continuó San German, pues que en nada se parece al Jesus Nazareno que conocí en las bodas de Canan.—Y con la mayor impudencia pintaba las facciones de Heródes, de Pilatos, de Tito hijo de Vespaciano, del historiador Josefo, y describía la destruccion de Jerusalén y la del templo como testigo ocular.

Se vanagloriaba de transmitir á otros el secreto con que habia conseguido su pretendida longevidad sobrenatural, y en cierta ocasion que refería un acontecimiento de una época muy atrasada, ponía como testigo á su paje.—No me acuerdo, dijo este; pero el señor conde olvidó que no hace mas de quinientos años que luego la honra de servirle.

Como todos los charlatanes, San German se adornaba con gran magnificencia, y el corte de sus vestidos parecia pertenecer á otra época.

ca, y á otro país. Hablaba de todo con tono de una perfecta convicción; ciencias, artes, literatura, nada parecía serle extraño. Conocía varios simples propios para curar algunas enfermedades, con cuyo uso fácilmente se curaba la fantasmagoría del pueblo: era muy hábil en la benevolencia y bosquejaba por efectos de catoptrica, entónces casi desconocidos, las sombras que se le podían. Presenóse con la misma audacia en Venécia, en Londres y en Holanda, pero siempre echaba de menos á la

corte de Francia, pues allí era donde encontraba mas admiradores, y despues de haberse dado en espectáculo en varias ciudades, se retiró á Hamburgo donde tambien encontró cándidos que lo creyesen bajo su palabra. Pero el drama en que el célebre Conde de San Germán habia representado un papel tan brillante tocaba á su inevitable desenlace, y con gran asombro de sus discípulos murió en la corte del príncipe de Hesse Cassel en Slewig, en febrero de 1784.—P. M. DE TORRESGANO.



¿POR QUÉ HABLA SOLO?

Aquí lo podía ver el que quisiera, Si gana de saberlo le viéiere.

ESCUELA REAL DE GAST. IV.

Hacia pocos días que notaba yo en el carácter de mi amigo Gerónimo una mutacion bien singular: de atento y jovial que solia ser, habíase forjado en cogitabundo y abstraído en grado tan alto, que en el último concierto á que asistimos, lejos de prestar atención á la música, y entusiasmarse con ella, como casi siempre acontecia, procuró separarse de mí luego que entramos al salón, y hallar detrás de una mampara un asiento en que solo de pocas personas fuese visto. Estívose allí quedo una buena parte de la noche, mas no pudiendo ocultárase me su extraño proceder, y notando desde lejos que á las veces despegaba los labios como quien articula algunas voces, traté de aproximarme al sitio donde se encontraba, coguetando que por la hendidura de la puerta podría acaso leer más de cerca en su fisonomía y aun entreoir los misteriosos vocablos que de tiempo en tiempo pronunciaba. Así sucedió efectivamente, y ¡cuál sería mi sorpresa al echar de ver la profunda abstraccion en que mi amigo estaba sumergido! Tenia los ojos fijos, el brazo derecho levantado, y el dedo índice en la punta de la barba, señales todas de una meditacion tan concentrada, que hubiera yo imaginado que Gerónimo trataba de resolver algun problema algebraico allí en su mente, si no hubiese logrado percibir las siguientes palabras que en medio de su distraccion se le escaparon, y que nada tienen por

cierto de la lengua de los cálculos. «¡Detestable!» decía en voz algo apagada pero perceptible, ¡excecrable! ¡abominable, ab-omen-able! ¡eso es, eso, eso; pero... excecrable! excecrable! no, no, no detestable!» Así continuó hablando solo mi infeliz amigo, siendo su soliloquio tanto mas espantable é incomprendible para mí, cuanto que coincidía con la ejecucion de una de las mas bellas y melodiosas oberturas de Bellini. Habiendo cesado de repente el ruido de los instrumentos, (si tal puede llamarse la inarticulada poesia de la música, como alguien la llamó con sumo acierto), siguiéndose acto continuo el palmoteo de reglamento, y lo que es mas, una especie de repique en convento de monjas que la conversacion de las hembras producía, volvió Gerónimo en sí fortiosamente, y acercándose entónces á él á fin de sondear su ánimo, pues me tonia y con sobrado fundamento, (que su cerebro estuviese no poco destemplado, le pregunté: ¿qué juzgaba de la ejecucion de la última pieza? Y su respuesta vino á confirmarme en que no habia oido ni una sola nota. Tan grave inquietud produjo en mí todo esto, como es de suponer, que por no recibir un completo desengaño ó aparecer muy indiscreto, me abstuve de hacerle unas preguntas, consolándole, sin embargo, la esperanza de que esa taciturnidad tan solo proviniese de estar Gerónimo ciego y aun sordamente enamorado, cuya dolencia, en mi

humilde opinión, es susceptible de una cura radical, siempre que pueda ser tratada por el método homeopático. Gerónimo se despidió de mí, prestando un quehacer imprescindible, y aunque yo de buena gana le hubiera acompañado hasta su casa, no me pareció oportuno el ofrecérselo, puesto que no me invitaba á seguirlo como era ya costumbre entre nosotros. Así pues, permanecí en el concierto, que por primera vez me era fastidioso, y ya empezaba mi imaginacion, si tal cosa tengo entre mis curiosidades, ya empezaba digo, á espaciarse en el inmenso campo, ó mas bien subterráneo de las conjeturas, donde á medida que se penetra se ve ménos, cuando llamé mi atención el toque de órden que en la caja de su instrumento dió el primer violin. Por no escucharme á mí mismo, púsemé á oír la nueva pieza, que desgraciadamente no era pieza nueva, pues la hubiera podido tararear de punta á cabo sin mayor dificultad, á pesar de que segun me dicen, y yo niego, tengo un pésimo oído músico. Como quiera que sea, lo cierto es que mal de mi grado, fui entregándome á nuevas cavilaciones, bien que de distinto género de las que en un principio me ocuparon. Fuérame estas sugeridas por la circunstancia nada rara de estar disputando con una damisela peliagra que cerca de mí estaba, un almidonado mozollete de puños volteados, cuello invertido, barbas de gastador, lo que es efectivamente el señorío, ente, en fin, de la cruz á la cola, envesado, sobre que la jóven susodicha habia de cantar una cancion. Negábase ella alegando un constipado tan fuerte, que segun dijo, infaliblemente dejaría á toda la concurrencia oscolorada si llegaba á dejarse oír. «En qué consistirá, decía yo para mi colete, que se hacen rogar los filarmónicos de ambos sexos, y aun los anfibios, (en cuyo numero cuento, á pesar de su prolija barba, al garzon cuelliduesuido), al paso que los poetas, con especialidad los chabacanos, andan siempre desdoblando sus misterios estrofas? Y cuenta que una composición de música por mediana que sea, nunca es enteramente ingrata al oído, mientras que los versos á no ser excelentes, suelen ser mas refrigerantes que el agua de limon, pues ya se sabe que en punto á versos, los medianos y los malos corren parejas, como dijo el otro. No pude ménos de dar cabo á tan delicadas investigaciones, por haberseme puesto delante, á esta sazón, un inmenso bipedo, que, por lo usado de la chupa, lo desusado de esta y el calzon, y en fin, otros accidentes muy marcados, conocí de aquellas voluntariosas criaturas que á si

propias suelen darse el nombre de desprecocupadas, y que con mas razon debian llamarse *uniprecocupadas* ó egoístas, puesto que de nada se curan, y en todas partes hacen lo que quieren, como locos mansos que realmente son. Al perillan de que voy hablando se le podian contar comolamente en las espaldas cien pesos de la nueva moneda de cobre, y por supuesto no era nada trasparente, lo que me obligó á dejarle mi asiento, que era lo que el puntualmente apetecía. Viendo mi lugar tan superabundantemente ocupado, me dirigí á un corro, en que conversaban varios *dilettantis*, entre ellos un bajo que gusta mucho de cantar á la sordina, por cuya razon opinan los inteligentes, que el metal de su voz es precisamente el justo medio entre el bajo planisimo y el *contrabajo*. Entre este individuo y un tenor que al principio de la noche habia cantado *furiosamente* bien, se agitaba una cuestion historicomusica, del mayor interés. «¡Con qué placer veia yo que tambien nuestros profesores, profundizan la filosofia de su divino arte!» Despues de haber hablado estensamente los interloutores del poderoso influjo de la música, y de lo mucho que ha de suavizar nuestras costumbres, como si no fuesen ya mas dulces de lo necesario y conveniente, tomó la palabra el tenor susodicho y dijo, con aire de satisfaccion: En este momento me ocurre una duda, y es la siguiente: «¿Con que se taparia Ulyses las orejas cuando llegó á no sé qué isla, para no oír el canto seductor de las Sirenas? Un músico de viento, harlo rollizo, sin embargo, de aliento algo espiritoso, y que tenia bajo de su brazo un serpeleon, por simbolo quizá de astucia y agudeza, contestó gravemente: Ignoro si los Santos padres hablan de eso, pero fácil es suponer que debió de rellenarse los oidos con curra de *Cunpeche* ó cosa semejante. No quise oír mas, y ya iba yo á buscar mi sombrero para retirarme, cuando percibí que un aficionado empuñaba su violin para tocar, segun él mismo dijo, unas lindas variaciones. Resultaron ser estas con obligado, no á piano, sino á contorsiones sumamente cómicas, con acompañamiento de visages que involuntariamente hacian los que estaban en frente del nervioso violinista. No queriendo sufrir mas tiempo aquellos infernales chirridos, que ya me habian desmpeñado hasta los dientes, me marché por fin, recordando á Gerónimo, á quien confieso tuve por algunos momentos olvidado, como tambien habrá sucedido al pacientísimo lector. En vano aguardé á mi amigo la mañana y la tarde del siguiente dia; así que, hebe de ir en la

noche á visitarle, no sin algun sobresalto, pues me imaginé le hallaria enfermo y postrado en una cama. Nada de eso: le encontré escribiendo en su gabinete, en el cual habia yo penetrado obra de seis pasos, cuando noté que estaba el tan embobado en su escritura, que no reparó en mi absolutamente. Contiveme, pues, para aprovechar la ocasion que se me presentaba de examinarle con más detenimiento. Después de escribir unos cuantos renglones, hizo alto para encender un cigarrillo, el que apenas comenzaba á fumar, cuando con voz, no remisa como la de la vispera, antes bien entusiasta y clarísima, habló de esta manera.

„La vida me es aborrecible, ¡si, su aspecto me es odioso! ¡excecrable! ¡oh, crimen excecrable! Aquí se clavó de cabeza y guardó silencio, casi un par de minutos, durante cuyo espacio me fui aproximando paso á paso, contentiendo el aliento cuanto era compatible con el temorcillo que empezaba á entrarme de estar á solas en aquel cuarto con mi pobre amigo, á quien juzgaba ya capaz de hacer alguna fechoría. Justamente iba á apoyarme en el respaldo de la silla en que él estaba, cuando he aquí que incorporándose, esclama con voz terrífica y potente. ¡Excecrable traicion, hombre aborrecible! No ci mas, pero si corri cual miserable en un sábado de gloria: ya estoy en el porton... ya en el descanso... ya en el zahuán... que estaba cerrado por desdicha mía. Vanos son mis esfuerzos. ¡Cómo abrirlo! El portero estaba desgraciadamente arriba, pero ya venia bajando armado de una enorme tranca, en unión de mi amigo que traía un afange, que segun después vi, era el machete de la cocina. Conociendo yo, á pesar del miedo que tenia, que si tardaba en mostrarme claramente, podría ser víctima de tales armas y de campeones tales, me adelanté hacia ellos, y con voz trémula, si, pero harto perceptible, dirigiéndome á mi amigo que venia hecho un leopardo, dijele.—Gerónimo, ¿que ha sucedi-

do? Conozcanme por su vida, yo mismo soy. El, así como su portero, conocieron efectivamente mi acento, y mi amigo me informó entonces de como se habia introducido alguien en su cuarto clandestinamente, y trataba de apagar la vela para asesinarle. Mientras que discutía yo el modo de explicar lo acaecido, acompañe á los otros á que me buscasen, y cuando percibi que mi amigo se habia serenado un tanto, y antes de que al portero le ocurriese indagar por donde habia yo entrado, impuse al primero de la verdad del caso, y no solo me perdonó la indiscrecion de haberle atibado, mediante la confianza que entra ambos reinos; sino que, cuando ya de retirada nos encaminábamos hacia su gabinete, me dijo sonriéndose.—„Por lo que acabas de aclararme, echo de ver que has tenido, y probablemente tienes todavia, sospechas de que yo esté un tanto enaguado.—No me negaras, le repliqué, que el amor es una de tantas enfermedades, un género al ménos de locura, y como pudiera ser que tú... Alto ahí, repuso Gerónimo, amor y locura no siempre son sinónimos, que hay amores tan friamente calculados, que... Pero por tu vida, dije yo impaciente, no me acabaras de explicar que es lo que te ha tenido hasta aquí tan espiritualizado?—Míralo, pues, me contestó, mostrándome el mismo pliego horragado en que acababa de escribir, y que tenia por encabezamiento esta sola palabra.—Sinónimos. No pude ménos de quedar absorto al encontrar en esta sola voz, la esplicacion de la *delectable* cuanto *abominable* gerigonza con que he chasqueado al curioso lector. Permíteme, dije á mi Gerónimo, que en lugar del epigrafe de Quintiliano que aquí veo, ponga otro de mi propio cacumen. „Holgazán y autor de sinónimos, son sinónimos perfectos. O si no, este otro. „No hay manía mas pegajosa que la de buscar sinónimos; si su estudio se generaliza no ha de quedar jaula vacía en San Hipólito.

MALA-ESPEÑA Y BIEN-PICLA.

OLLA PODRIDA.

Influencia del Daguerrotipo en la moral.—Un sugeto, que ha estado en Paris, nos ha referido el suceso siguiente. Mr. F., casado con una muger hermosa, tenía sospechas de que

le era infiel, hasta que por fin logró confirmárselas. Por sus ocupaciones regresaba á su casa 7 ó 8 horas después de su salida, y mientras, la consorte salía á pasear algunas veces con su

amante por algunos jardines de los suburbios de Paris. El infortunado marido, que los observaba ocultamente, descando una prueba incontestable del crimen para pedir el divorcio, se valió de la siguiente estratagema. Armado de un buen Daguerrotipo, se colocó entre unos árboles del jardin en que estaban los dos amantes; y cuando se hallaban sentados en un banco de piedra y abrazados, el paciente con mucha serenidad procedió á grabar la historia de su deshonra. El dia siguiente la adúltera fué acusada ante los jueces por su marido. Se le piden pruebas, y presenta su fatal lámina. Como las imágenes eran demasiado pequeñas, por haberse situado el marido á alguna distancia de los amantes, se recurrió al microscopio; y habiéndose reconocido los retratos de los reos, los jueces no titubearon un momento en fallar el divorcio solicitado por el marido.

Numero de periódicos en la República mexicana.—Segun las noticias que hemos podido adquirir, los periódicos que se redactan en la República, son los siguientes.—Departamentos: En Veracruz, 2. En Tamaulipas, 3. En Oaxaca, 2. En Chihuahua, Morelia, Guadaluajara, Zacatecas, San Luis Potosi, Puebla, Querétaro, Sonora, Tabasco, Durango, Coahuila y Nuevo Leon, uno en cada departamento. Total 19.—En México, 13; que son: el Diario del Gobierno, el Siglo XIX, el Organó del comercio, el Oriente, el Mosquito, el Observador judicial, el Correo francés (redactado en francés), la Hesperia, el Constitucional, el Museo, la Revista comercial, la España pintoresca y el Liceo. Suma total, 32.

Locucidad jemeni.—Guido Reni, en su magnifico cuadro de la tentacion del primer hombre, pintó á la serpiente con cabeza de muger. Habiéndosele preguntado la causa, contestó que por haber leído en el Génesis que, la serpiente habló mucho á Eva.—Un célebre escritor francés decia que los hombres habian edificado la torre de Babel, y las mugeres la de Babil, [en francés *charla*].

Foos.—Una señorita mexicana decia cierta vez, que en el mundo hay tres clases de foos; unos que cansan risa, otros cólera; y otros lástima.

Ley de policía.—En Roma se dió antiguamente una ley desaherando á los médicos. ¡Cosa admirable! mientras estuvo vigente se advirtió un aumento de poblacion extraordinario.

Anagrama.—Se llama así la transposicion de las letras de una palabra, de lo que resulta otra palabra distinta. Algunos en la formacion del anagrama sustituyen la *w* á la *r*, la *e* á la *g*, la *l* á la *j*, etc.; y otros no admiten estas sustituciones. Hay anagramas que tienen una relacion muy notable con la voz ó expresion de que han provenido. *Quid est veritas?* [¿qué es la verdad?] pregunta de Pilátos á J. C. *Est vir qui adest* [es el varon que está presente], anagrama perfecto y admirable. El anagrama de *logica est caligo* [oscuridad, El de *Iturbide, Tu vir Dei* es decir: *Tú eres el varon de Dios*, destinado para consumar la grande obra de dar la libertad á una nacion, que algun dia figurará entre las primeras del mundo. Se dice que un médico corso, en el tiempo de la revolucion francesa, formó el siguiente anagrama. De *La Revolución francesa*, esta expresion *El où un corsé se finira* [y la que concluirá un corso]. Sobre el sepulcro del asesino de Enrique IV se halla grabada esta inscripcion. *C'est l'enfer qui m'a écrit*, [¿quien me creó fué el infierno] que es el anagrama perfecto del nombre del asesino, *Pierre Jacques Orléant*.

Quidproca.—Hace algunos años se presentó á Sínodo en el Arzobispado de México, para ordenarse de subdiácono, un joven muy tonto é ignorante. Uno de los sínodales le mandó traducir del latin un trozo de una epístola de San Pablo: cuando llegó á una expresion que decia: *Frater, frater, subire calote*, él tradujo: *Frater, oh frater, subire calote*, estais de sobra. Todos los circunstantes comenzaron á reirse; mas el arzobispo les dijo: „Señores, poco á poco: él ha traducido mal; pero ha dicho bien.”

Mutun alabanza.—Una vez que Bourdaloue encontró á Massillon, le saludó diciéndole: „Adios, predicador de los reyes; y éste contestó: „Adios, rey de los predicadores.”

Acuerdo contra la embriaguez.—El mas eficaz que se conoce, es tomar un pozeño de agua, en que se hayan colado ocho gotas de amoniaco, (vulgarmente *alcali*).

Poligamia sucesiva.—En una de sus obras refiere S. Gerónimo lo siguiente. Habla en Roma una muger que acababa de perder su vigésimo segundo marido, y se casó con un hombre que habia sido casado veinte veces. Sucedió que murió la muger, y se obligó al marido á asistir al entierro de su consorte, llevando una palma en señal de su triunfo.—V. D. BOMILLA.

LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y odié la vida.
ESPANOLIZADO.

Alma deidad, dulcísima Tristeza:
Única compañera de mi vida,
Ven y consuela el alma afligida;
Dulce Tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
Amarga del dolor, cesa mi duelo;
Ven á mis brazos, diosa de consuelo,
Ven á mis brazos, ven.

Al reclinarme sin que me opongas,
Mi agitación continua desaparece,
Tu sosegado aliento me adormece,
Y late con quietud mi corazón.

El lánguido compás de tus canciones
Esparece sobre mí, dulce bebené,
Y entre tus brazos entregado al sueño
Olvídate mi adicción.

¿En dónde hallar placeres ni reposo,
Si ya del mundo conocí el engaño;
Si he visto por mi daño
Que todo es falsedad, todo ilusión?...

Bajo las flores que en el prado lucen
Se arrastra la culebra ponzoñosa;
Dentro el morbido seno de la hermosa
Se oculta la perfidia, la traición.

Predica la virtud el sacerdote,
E hipócrita sus leyes él quebranta,
Y amistad invocando sacrosanta
Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
Para cargar al pueblo de cadenas,
Y el rico vé con frialdad las penas
Del mendigo que implora su favor.

¿A dónde, á donde hallar por todo el mundo
Esa felicidad que el hombre sueña,
Cuando llego desdeña
La virtud, el amor y la amistad?...

¿Cómo poder vivir entre esa turba,
Que buscando la dicha la desprecia;
Entre esa turba criminal y necia
Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce Tristeza, si en tus yertos brazos
Se pasara mi vida,
Y el alma con tu sueño adormecida
Otro mundo encontrara al despertar;

Pasara mas dichoso mi existencia
Que buscando afanoso la ventura,
Para gozar momentos de dulzura
Que se pagan con siglos de penar!

¡Ah! no te aparies, ven; contra tu seno
Estrecha el seno mio,
Con tus caricias calma el desvarío
Que sin cesar agita mi razón.

Dulce sueño me dá, y en tu regazo,
Seré una vez feliz, que adormecido,
Del pensamiento borrará el olvido
Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melancólico
Al alma triste, de sufrir cansada;
Apague el frío de tu mano helada
El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
Mi insagotable llanto;—
Ven á calmar piadosa mi quebranto;
Dulce Tristeza, ven.

Puebla, Octubre 3 de 1843.—FERNANDO OROZCO.

LA HIJA DEL CIEGO.

I.

Por los años de 177... un oidor llamado D. Pedro de Castro estaba un día recargado en el balcón de su casa y con la mano en la mejilla, recreándose con el animado espectáculo que presentaba con sus innumerables transeuntes, sus carruajes y sus caballos, sus buhoneros y sus negociantes, la populosa metrópoli de la Nueva-España. Era la fisonomía de D. Pedro, severa, sus ojos azules dirigían miradas penetrantes; su frente calva, sus mejillas marchitas y su continente pensativo, daban claras señales de una vejez anticipada por las penas ó por los desórdenes quizá de una vida licenciosa. Hacía ya algun tiempo que estaba en la pastura dicha, cuando se enderezó de repente, y poniéndose encima de los ojos la mano estendida, para que no le molestasen los rayos del sol, estuvo mirando un buen espacio hacia la esquina de la calle de su casa. Hizo señas luego á uno de sus lacayos para que llamase á la persona que le señaló con el dedo, y cuando se cercioró de que su criado volvía con ella, entróse cerrando la vidriera de su ventana. El que había excitado la curiosidad del oidor, era un ciego de capa y ancho sombrero, á quien servía de lazarrillo una niña de catorce á quince años, linda y risueña, vestida de blanco, suelta su larga y rizada cabellera, y sujeta solo á sus sienes con una cinta negra, que contrastaba con la blancura de su frente. Venían acompañados de mucha gente que contemplaba ansiosa la hermosura de la niña y la fisonomía noble del ciego, y todos encarecían las gracias de los dos con las palabras mas expresivas; mientras ella jugando suavemente con la mano del ciego entre las suyas, y murmurando una canción, proseguía su camino, sin reparar siquiera en las alabanzas que por todas partes le prodigaban. Una sola vez miró hacia un balcón, se detuvo un momento, exhaló involuntariamente un suspiro, y advirtiéndole que lo habían notado, bajo los ojos y el rubor encendió sus mejillas.

De esta suerte llegaron á la casa del oidor que los estaba aguardando impaciente, entraron á su habitación, lo saludaron cortésmente, pero sin bajeza, y tomaron asiento, que les lle-

vó el mismo D. Pedro.—¿Cómo te llamas? le preguntó el oidor al ciego.

—Pascual, para servirlos.
—Esta niña, ¿es hija tuya?
—Sí señor, y el único ser que me ama en la tierra.

—¿Qué edad tendrá?
—Quince años no cabales.
—¿Y hace mucho tiempo que enviudaste?
—El mismo tiempo hace que perdí á la mujer que mas amaba; y pobre de mí si no hubiese sido por mí Ines, por esta niña que ha sido mi ángel de consuelo. Ella me guía por todas partes, y juntos ganamos nuestro sustento; yo tocando mi vihuela, y ella cantando los romances que yo mismo compongo.

—Siendo así, holgaría mucho de oiros; porque si tu destreza en el tocar iguala á la gallardía de tu presencia, y si la voz de tu Ines es tan hechicera como su rostro, pocos habrá que os lleguen y ninguno que os haga ventaja.

—Juzgareis por vos mismo.

Y sacó la vihuela que llevaba debajo de la capa, recorrió sus cuerdas una por una afinándolas perfectamente, y despues de varios preludios en que hizo gala de su destreza, comenzó á sacar de su instrumento sonidos dulcísimos y llenos de melancolía. Sus facciones se animaban mas y mas cada vez, vagaba en sus labios entreabiertos una sonrisa apacible, y con oídos atentos á la nota mas ligera, al sonido mas imperceptible, apuraba sediento aquellos raudales de armonía. ¡Felices los que son capaces de comprender ese lenguaje apasionado, esa poética imitable y divina que es el encanto de las almas sensibles!

Ines con la vista fija en su padre permaneció callada algun tiempo; mas su garganta de alabastro palpó de repente como la de una ave que gorjea, y con voz encantadora y melancólica cantó el siguiente romance:

Vuela avecilla inocente,
Rápida el espacio cruzas
En tanto que el viento manso
Riza tus candidas plumas.
Vuela á tu nido, avecilla,

De madre adorada en busca;
De la que con dulces trinos
Tu sueño amorosa arrulla.
Vas á desplegar tus alas....
Volaste ya.... cual ninguna
Randa atraviesas los aires....
¡Amor de madre te impulsa!
¡Amor de madre! esa llama
Que aviván y hacen mas pura
De la dicha el soplo blando
Y el huracán de la angustia.
Llegaste al niño.... mas dime
¿Por qué al mirarlo te asustas
Y arrastrar dejas tus alas
Desesperada y convulsa?
Ahí, *¡murió mi madre tierna!*
Con tristes ayes anuncias:
Yo tambien perdí una madre.
Ven, pues, lloraremos juntas.

Calló Ines y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Pascual, quien la dió un beso en la frente y comenzó á acariciar con la mano su negra cabellera. D. Pedro que habia escuchado el romance, sin apartar sus ojos de Ines, sacó de su faltriquera una bolsa llena de oro y poniéndosele en la mano, le dijo:—Toma, Pascual, un corto premio de tu habilidad y la de tu hija; y alegrate de haber encontrado en mi un protector generoso que aliviará en cuanto sea dable tu infeliz situación.

—Ahí señor, ¡quién sois vos que albergais una mano caritativa á este ciego desgraciado!
—Soy D. Pedro de Castro, oidor de la audiencia de esta nobilísima ciudad, y su actual presidente. Pero.... tu hija es muy hermosa, y andando confiantemente por las calles contigo que eres ciego....

—Ahí no; soy ciego, pero mi oído, sensible aun al ruido que forma al volar el insecto mas pequeño, vela incansablemente por la honra de mi hija. Además, ¿no es verdad que me amas mucho, Ines mía?

Ines contestó estrechando entre sus brazos á Pascual, y besando luego amorosa y sumisamente su mano.

—Muy zeloso te muestras de la honra de tu hija; pero á fe mía que el amor al oro mas que el paternal, es la virtud favorita de los vagamundos, que cantando y haciendo limpián las bolsas de los curiosos caritativos.

—Señor....
—Escucha: tu hija es muy hermosa sin duda; pero mi protección tambien vale mucho para que la desprecies. No puedo negar que me agrada la fresilla, y como al fin y al cabo

estando á tu lado no vive en ningún monasterio.... y por otra parte, de que vaya á dar á poder de algun mozalvete oscuro que nada le dé, á que sea mía, vale mas ciertamente....

—¿Qué decís? No entiendo.
—Parece que pretendes sacar mucho partido de mí, como si no fuera bastante fortuna para ti ver á tu hija de dama de un oidor.

—De dama! dijo Pascual poniéndose en pie y con el rostro encendido en ira: ¡de dama! ¡Necio de mí! Os tenia por un hombre generoso, y sois un villano miserable. Tomad vuestro oro, (y arrojó al suelo la bolsa) y recibid esta lección de un *coguanando* un magistrado como vos.

—Calla, ciego insensato, le contestó D. Pedro con enojo mal reprimido; calla y acuerdate de la repulsa de tus agravios.

Salieron de allí inmediatamente Pascual é Ines, y D. Pedro despues de haber llamado á un criado le dió dos palabras al oído, y quedóse luego entregado á profundas cavilaciones.

II.

Tres dias habían pasado, y una noche despues de la cena, sentados al amor de la lumbre Pascual y su hija, para aliviarse del frio del invierno, departían sabrosamente, y gustaban, aunque desgraciados, los inocentes placeres domésticos. Ines sobre las rodillas de su padre le colmaba de caricias, y este reia afable con ella y respondia amoroso á sus preguntas. El ciego, gallardo y de frente despejada, y con un rostro en que se retrataba la inteligencia, y la niña cándida y hermosa como un ángel, formaban un cuadro tan sencillo, tan bello, tan admirable, que apenas hubiera podido expresarlo Rafael con sus pinceles.

—Vamos, padre mio, dijo Ines: ¿no sabéis alguna historia entretenida que contarme, como hacéis otras veces?

—Si, repuso Pascual: te contare una, de la cual nada sabes, pero que debe interesarte, pues es nada ménos la historia de mi vida. Antes nada te habia dicho, porque eras muy niña y no podias comprenderme; mas pronto cumplirás quince años, edad suficiente para que escuches con gusto mi narración.

—Hablad, padre mio, hablad; que estoy ya impaciente por oiros.

—Mi madre, hija mia, me dió al mundo en Guadalupe, y mi nacimiento fué para ella la consumacion de su deshonra; pues la habia seducido un caballero noble y rico que la abandonó, dejándola sumida en la miseria. Se au-

mentó su amargura, cuando vió que yo estaba privado de la vista, y cuando le aseguraron que me seria imposible recobrarla; y mi infeliz situación acrecentó su amor maternal, si es que puede acrecentarse el amor de una madre. Sus recursos de ninguna clase para vivir, fuere forzoso entregarse á los trabajos mas duros para ganar la subsistencia; hasta que un hombre benéfico y cristiano, compadecido de nosotros, nos tomó bajo su protección y disminuyó hondadoso lo angustiado de nuestra suerte. Ajusté cinco años, y me dedicaron á lo útil que me juzgaban capaz de aprender, á la música, á la cual profesaba yo además una inclinacion decidida. Adelante mucho en poco tiempo hasta el grado de llamar la atencion de todos y de ser aplaudido de cuantos me escuchaban; aplausos que causaban á mi pobre madre la mas cumplida satisfacción. Gustábale verme cercado de personas que absorbían me escuchaban, y si se alzaba alguna voz sobre las otras en mi alabanza, si alguno me celebraba con entusiasmo, enfocas su placer era insiplicable, corría á estrecharme entre sus brazos y á empujar mis mejillas con sus lágrimas. ¡Qué deleitoso es sentir las caricias de una madre, y respirar su aliento, y beber las lágrimas de gozo que la hacemos derramar!

Ajusté diez años de este modo; mas la salud de mi madre debilitada por los sufrimientos, le faltó por fin, y cayó postrada en una cama, donde su mozo más y más la tierra soledad de nuestro protector por aliviar sus males. Sin apartarme un punto de su cabecera, le dispensaba yo las atenciones que podia, y cantando al son de un violín las canciones que mas le gustaban, hacia por calmar la violencia de sus dolores. Su enfermedad se agravó en extremo, y una noche, que no puedo recordar sin sentir que se despedaza mi corazón, me dió con voz apagada: *¡Hijo, mi última hora se acerca, y al pasar á la eternidad, no tengo mas consuelo sino que Dios es un padre amoroso, que no le dejaré perder.* Además, el hombre bondadoso que nos ha favorecido, no dudó que te seguiria protegiendo, y solo te encargo que nunca te muestres ingrato á sus beneficios. Ruega á Dios por tu padre, y amale con todo tu amor, pues que quizá tu vendrás á ser con el tiempo la causa de su arrepentimiento. Al morir sabes que no puedo dejarte nada, porque nada poseo; mas toma este retrato que es el de tu padre, (y me dió este que traigo siempre pendiente de mi cuello) y sirva para que te acuerdes de él y de mí. Temé á Dios, y vivirás tranquilo en la adversidad; amale y te serán su-

vos los trabajos. Muero en paz, y aguarda la eterna recompensa." Espiró, y yo, abrazado de su cadáver, le di mis últimos adioses.

Volví al lado de mi protector, quien por varias ocurrencias domésticas tuvo necesidad de salir de Guadalupe, y venir á establecerse en esta ciudad con su hijo, que formaba toda su familia: trájome tambien á mi, y Clara y yo, éramos los únicos objetos de su ternura. El continuo trato con aquella niña que habia pasado conmigo su infancia, hizo que yo la amase y ella tambien á mí, y mi nuevo padre tan luego como conoció nuestra inclinacion, inclinación con el matrimonio, apenas se hubo cerciorado de la sinceridad de nuestro amor. Empeñado nuestro padre en un pleito, vino á quedar arruinado por la mala fe de los abogados y la venalidad de los jueces, y este suceso desgraciado le causó la muerte en poco tiempo. Solos Clara y yo en el mundo, sobrelevábamos nuestra suerte con resignacion; yo la amaba con toda mi alma y ella era conmigo la mas tierna y fiel de las esposas. *¡Naciste por fin, hija mia, y murió tu madre al darte á luz de esta suerte perdiendo poco tiempo á mi madre, á mi protector y á mi esposa.* A costa de mil sacrificios logré curarte, y ahora, ya lo ves, tú formas toda mi felicidad."—Calló Pascual, é Ines, con los ojos llenos de lágrimas, preguntábale las circunstancias mas ligeras de su vida, besábale amorosa la frente, y repetíala cada momento: *¡Padre mio, cuánto os amo!*"

III.

Erán las doce de la noche: hacia ya media hora que D. Luis de L.... se paseaba frente á la puerta de una casa por donde él sin cesar, y desentendidos algunas veces, como para escuchar atentamente. Abrióse por fin la ventana sin el mas leve ruido, y dejós ver á la oscura claridad de la luna una niña de incorruptable hermosura, y vestida de blanco, que con voz apacible y armoniosa dijo:—*¡Yo eres, D. Luis!*

—Si, Ines; amor mio, yo soy.

—¡Ingrato! en dos dias no habias venido! ¿Qué á algun nuevo amor....

—Ahí Ines: sabes que te amo con todo mi corazón, y que nadie puede recompensarte en mi amor; pero me habia sido imposible venir.

—Don Luis, harlo te he dicho que ni eres quien soy, y que la hija desvalida de un pobre ciego, no es capaz de honrar dignamente el corazón de un joven gallardo y principal como tu. Piénsalo bien, no sea que un arrepentimiento tardío....

-Cómo se conoce que no me amas! No te he dicho que mi clase, mi fortuna, cuanto poseo, todo es tuyo, y que todo el universo me parece homenaje escaso á tu hermosura? Si pediré á tu padre tu mano, serás mi esposa, y entonces seremos el báculo que sostenga sus pasos inciertos, el bálsamo que sane las heridas de su alma. Me crees, bien mio?

-Ah! sabes que mi padre y tú sois los únicos objetos de mi ternura. Por que te amaré tanto!...

-Y le has confiado á tu padre nuestro amor? -No me he atrevido, temiendo que cuando supiera quien eres, no me acusase de liviana en dar oídos á quien la suerte ha hecho tan desigual conmigo; mas se lo diré todo, y Dios profija nuestras intenciones puras. Mas olvidaba decirte el suceso desagradable de mi padre con el presidente de la Audiencia, con D. Pedro de Castro...

-Si, cuentámelo todo. Y contó Ines como yendo con su padre por la misma calle en que vivían D. Luis y D. Pedro, este los habla llamados; no olvidó decirle el suspiro que se le escapó al pasar frente á la ventana de D. Luis; y por último, cuanto les había pasado en la casa del oidor, y la amenaza que éste les había hecho. -No te aflijas por eso amada mia, repuso D. Luis, yo no os perdí de vista un instante ni á tí ni á tu padre. Dame á besar tu mano hermosa, y no olvides que nada habré que se oponga á nuestro casto amor.

Sacó Ines su mano de alabastro, y D. Luis imprimió en ella un beso ardiente que revelaba toda la fuerza de su pasión. Se retiraba ya D. Luis, é Ines con el brazo apoyado en la reja le seguía con la vista, cuando una mano vigorosa así fuertemente la suya; volvió el rostro asustada, reconoció á la luz de la luna á D. Pedro embuzado en una ancha capa, arrojó un grito de terror, y escuchó estas palabras que pronunció el oidor con voz terrible. -He aquí por qué no podías corresponder á mi amor; pero me vengará.

El grito agudo de Ines despertó al ciego que la llamaba á voces, Ines, Ines, y á hizo volver á D. Luis, quien al ver aquel hombre que la tenía asida, se precipitó sobre él con la espada desnuda, el oidor hizo lo mismo, y se trabó una lid que hubiera acabado por la muerte de uno de los dos, á no haber sido por la ronda, que acudiendo con presteza, logró separar á los combatientes. Asieron de ambos, mas el oidor con acento imperioso declaró su nombre que hizo enmudecer á los ministros de la justi-

cia, se embolsó sosegadamente en su capa, y mandando que llevasen á D. Luis, se alejó con paso mesurado. Pascual había llegado ya á la reja en busca de su hija, á la cual encontró desmayada.

IV.

En una prision estrecha y alumbrada solo por la débil claridad que daba una pequeña claraboya, estaban dos personas silenciosas, tendida la una en el suelo y puesta la otra de rodillas dirigiendo al cielo una plegaria fervorosa: eran Pascual é Ines. Pascual devorado por una fiebre violenta, pronunciaba de cuando en cuando algunas palabras; y su hija pálida, descompuesto el cabello y juntas sus manos, confiaba á la Virgen Maria sus angustias, demandándole un destello de consuelo. D. Pedro era la causa de sus padecimientos; ofendido con la conducta de Pascual y ciegamente enamorado de Ines, había hecho que uno de sus criados los siguiese para saber su casa, y que se informase todo lo posible de las circunstancias mas ligeras que les concerniesen. Supo como D. Luis hablaba todas las noches con Ines, y con el furor de los zelos se propuso vengarse de su rival, del ciego y de su hija; mas antes queria comunicar á Ines su venganza, para ver si por este medio lograba que cediese á sus deseos. Impidiósele el ruido que hizo volver á D. Luis y despertar á Pascual, y vióse precisado á dar un paso que hubiera querido retardar hasta no convencerse de la imposibilidad de que la hija del ciego le correspondiese. Manchó, pues, con la mas infame calumnia la reputacion de aquellas dos almas candidas y desgraciadas; supuso que el día que habian estado en su casa el padre y la hija, se habian sacado una joya de rico precio, y con tan negra maquinacion favorecida por el gran crédito de que gozaba, logró que les llevasen presos, siempre con ánimo de acriminarlos ó declarar su inocencia, segun le conviniese. Sabedor Pascual por uno de los que fueron á llevarle, de la atroz calumnia que motivaba su prision, se apesadumbró de tal suerte, que apenas hubo entrado á la cárcel, cuando tuvo que ceder á una fiebre violenta que amenazaba privarle de la existencia. Hacia ya dos dias que estaban en el calabozo, y la enfermedad de Pascual progresaba constantemente, tanto que pidió un sacerdote que le acompañase en sus últimos momentos. Ines no se apartaba un punto de su padre, y habia llegado al extremo á que conduce ese dolor profundo é inexplicable, que no nos deja profirir una

queja ni derramar una lágrima. Su padre cercano á la muerte, y acusado de un delito vergonzoso, su amante encerrado probablemente en una prision; ni un auxilio, ni un amigo... ¡Pobre niña! Cuánto pesa sobre ti la mano de Dios que se complace á veces en probar la fortaleza de los que mas ama!

Llegó el ministro del altar, y despues de haber oido la confesion del ciego, pronunció con voz grave y magestuosa la absolucion, é Ines de rodillas pronunció un Amen arrancado de lo mas íntimo de sus entrañas. Comenzó luego el sacerdote á rezar las preeces con que la Iglesia cierra amorosa los párpados del moribundo, y Pascual les repetía con voz clara y sonora, y con aquel semblante animado, con aquel acento tierno y vehemente de una alma criada para comprender los misterios de la armonía.

En medio de aquella escena solemne se presenta el oidor, llevado por el deseo de ver á Ines, para empeorar ó mejorar la suerte de sus víctimas; mas ántono con aquel espectáculo imponente, quedóse parado en el umbral de la puerta del calabozo. Advertió Pascual por su hija de la presencia de D. Pedro: -Os perdono, le dijo, mas tened compasion de mi desventurada hija. Y tú, hija mia, prefiere mil veces la muerte á la deshonra; recibe de mi mano la prenda que en igual caso me dió mi madre en otro tiempo. El cielo me negó la dicha de recibir un solo beso de mi padre, toma su retrato y conservale en memoria de mí. Dióle el retrato, y el oidor se acercó á verlo como arrastrado por un impulso irresistible; y como dudoso de lo que veia, estuvo examinándolo algun tiempo á la luz, y dirigiéndose á Pascual, preguntóle con la mayor agitacion.

- Tu madre te dió ese retrato que dices ser de tu padre?
- Si.
- Y dónde nacióste?
- En Guadalajara.

-¿Cómo se llamaba tu madre? -Clara de S... -¡Hijo mio! ¡Hijo mio! exclamó el oidor, arrodillándose delante de Pascual, ¡perdon! Yo soy el miserable que abandonó á Clara, yo quien te quitó la vida, esa vida por la cual diera ahora gustoso mil, si otras tantas tuviera. -Padre mio, estábais perdonado; recibid ahora mi amor y perdonadme vos.

Estendió Pascual los brazos hácia D. Pedro, y este fué á unir su rostro con el rostro del ciego. -Déjame, hijo mio, le decia, recoger con mis labios tu último suspiro.

Duraron así algun tiempo D. Pedro y Pascual, mas este apartando suavemente á su padre. -Padre mio, le dijo, mi fin no dilata mas que algunos momentos; os encargo especialmente á mi hija.

-¡Oh! Ines mia, ¡ven á mis brazos! Te amo, sí, pero no con un amor criminal, sino con el de un padre á su hija. ¡Necio de mí! no conocía que era la sangre que le habla á la sangre. ¡Mas ah!... tu amas á D. Luis, lo sé bien, y él te ama á tí. ¡Hola! sacad sin perder un momento al preso del calabozo inmediatamente, y traedle aquí.

Corrieron inmediatamente el carcelero y un criado que habia venido acompañando á D. Pedro, y volvieron al punto con D. Luis, que sorprendido con la escena que se presentaba á sus ojos, no podia siquiera desplegar sus labios.

- D. Luis, le dijo D. Pedro, dad la mano de esposo á mi nieta.
- ¡Vuestra nieta! exclamó D. Luis.
- Si; y desde ahora sois dueño de todos mis bienes. Quiera el cielo perdonarme mis crímenes, pues conoce lo sincero de mi arrepentimiento.
- El sacerdote bendijo aquella union, y Pascual con sus labios entrecerrados por una sonrisa apacible, exhaló su último suspiro.

JUAN N. XAVIERO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ATZCAPOTZALCO. 1821.

Comenzaban los hermosos días del mes de junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los más puros, tan pronto se experimentan con agitación, tan pronto son acibaradas por el dolor que, desde la cuna, comienza á commover el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba más que á perseguir una mariposa, ó á recoger algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que después abandonaba con la inconstancia de niño.

Una tarde á la relación de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se denudó al oír el nombre terrible del coronel Concha; yo me estremecí, también, porque mi veces había oído decir que era un enemigo jurado de mi patria, á quien había querido juzgar como á otros, en Talabacazgo por una conspiración que debía haber estallado en Ato, y que fué descubierta; Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á mi haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, habriéndolo á Tolancingo á sufrir los tormentos que Concha hacia pasar á los demás prisioneros. Y así la constitución del año de 20 y á esto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patibulo. Atún no se había borrado en mi familia la idea del riesgo que había corrido mi padre. La relación del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte división en auxilio de San Juan del Río y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber formado mi padre partido en la causa nacional (1).

(1) No se crea en mi vanidad descendida á esta par. Escudriñando documentos si no sé que en ellos, se para-mente para que se forme n'gma idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Igualdad, fué,

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huir, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Río venía tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna acción entre los independentes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y mas cuando no estaba presente el jefe de la casa. Mientras se tomaba algun partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venía el batallón expedicionario de Murcia: nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se infería que algun acontecimiento desfavorable le habia sucedido. Se consideró prudente no huir ya; á poco más de una hora llegó el regimiento que venía marchando con el órden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvía humillado y lleno de vergüenza, pues se habia deserdado del ejército trigarante, después de haber jurado en Igualdad el plan de independencia; lo que manifiesta la difícil posición en que se vió al principio el jefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos críticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallón que se dirigía á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperación comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensación que aun producían aquellos soldados.

Serian las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximación de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se

como ninguno otro, tan espontánea como generalmente esplandido y acumulado; además, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transición tan repentina en que la reflexión se sublevará á los resultados más sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.

habían agotado en tan corto intervalo. La allicion más aguda se apoderó de todos, y no se podía ni aun respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballería: la confianza en mi familia y demás personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algun accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentó el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran independentes. Una exclamación general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independentes; yo salí tambien lleno de gozo. Se supo que venían á encontrar á Concha, á quien creían inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta le formaba el audigo insurgente Encarnación Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guanajuato: asido de la mano de una persona fui adonde estaba la tropa. Vi por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque fuerte, palpaba de alegría. Considero de cerca á estos soldados y á su jefe, que tenían un continente guerrero exclusivamente nacional. La mayor parte llevaba su cuernas ó colones largos de charro; y calzoneras de venado, botas de campana y sombreros jaranos, componían su uniforme: carabina, lanza, machete y roata, era su armamento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escudron caló, dejaba tras él una huella de sangre y de desolación. Ortiz, conocido por el Pachón, era una calabridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvía con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, le hacía notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valía el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiere nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diría que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasgados, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y espresion que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hom-

bres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, según era la persona con quien se comunicaba; un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo: sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba integrado á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus gefes; y por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fueron los primeros independentes que vi habiendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demás cuerpos: siguieron despues dos escadrones del cuerpo de caballería de S. Carlos, otros del Príncipe Sierra Gorda; acornitacion el florido regimiento de infantería de Gelaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de infantería. El sonido de las músicas militares de esta y el de las bandas de clarines de la caballería, enagababan los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresion de entusiasmo y patriotismo; impresion difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenían embosco desarrollada su sensibilidad de fantasmas y de gloria, están amortiguadas, estinguídas, y no queda, mas que un recuerdo como en sueños de una época que no volverá, porque no volverá el génio que la impulsó, y el que la apoyó: únicos fundadores de la emancipación mas sorprendente del orbe; pero sin querer me distrajo de mi objeto para decir que el jefe de la division que habia llegado, era el coronel D. Anastasio Bustamante: presentose en medio de un escogido estado mayor, y reboaba su alma la ansiedad de ver realizada la combinacion que se le habia encomendado por el primer jefe del ejército.

Este le habia dicho en San Juan del Río—Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte division para proteger este punto, que cree el vírey que todavía está de su parte, y llamarnos la atención para la toma de Querétaro: irá V. á encontrar á aquel, y en donde quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á V., que no es fácil áncar á los soldados de la independencia. Descansen en la actividad y constancia con que V. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entretanto quedaremos espeditos para la más pronta conclusion de nuestros

planes. En este momento debe V. marchar.

— Señor, respondió Bustamante, me esforzaré en llenar los deseos de V., que en ello cumpliré con mi deber hacia la patria, y con la gratitud que debo á V. por su empeño en distinguirme. — Batido ó replegado Concha, agregó Iruñe, será convenientemente recoja V. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. — Además servirá la expedición de V. para organizar todos los pueblos, cuya opinión está manifestada á nuestro favor.

— Señor, dijo Bustamante, me lisonjeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nación y de V.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante añelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquel, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos.

El mayor orden reinaba en la división patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro día de la llegada de la división se puso en marcha muy de mañana, dejando las más gratas recuerdos de admiración y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; comprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, después de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan, y cumplido con todas las instrucciones que había recibido.

El primer jefe manifestó su satisfacción á la décimasegunda división y á su digno jefe con las más vivas demostraciones que aumentaban en este y en aquella su decisión.

El siguiente día le dijo Iruñe á Bustamante: — Compañero, importa que hoy mismo salga V. con un batallón y cuatrocientos caballos, á auxiliar al Sr. Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallón de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

— Señor, nada tengo que decir á V. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

— Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiración nacional. Llevará V. amigo, un batallón y cuatrocientos caballos que V. escoja del ejército, pues debe descansar la división de V.

— Es que mis soldados están listos para ir á donde V. lo disponga.

— No; por ahora llevará V. un solo batallón de refresco y la caballería que le he dicho.

— Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallón de la Unión á las órdenes del teniente coronel D. Juan Domínguez, hoy general, y de cuatrocientos caballos. El 21 de junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (4); después de que hablaron ambos de los negocios, le dijo este á aquel

— Compañero, voy á hacer que se reconozca á V. por jefe de todas las fuerzas, tanto porque lo corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

— Bustamante le replicó: compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado V., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen exclusivamente á la más pronta conclusión de esta empresa y á las demas que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

— Conozco demasiado la generosidad de V., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por más acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer jefe.

— No reñere en mi resolución, manifestó Bustamante á V. que ha comenzado la obra debe concluiría: disponga V. las cosas, y su compañero formará en el lugar que le toque como el primero de los que están á las órdenes de V. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome V., pues, sus disposiciones.

— Cedo no sin grande violencia; pero con la condición de que modifique V., según su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenía á los jefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julián á discreción, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel D. Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hacia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo; las demas divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposicio-

(1) Cuadro histórico del Sr. D. C. M. Bustamante — tom. V.

nes que el 22 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su corraje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento en un día antes habiendo recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 66,000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iruñe, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulación fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de junio. A los ocho días emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibían de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneración de libertadores de la patria.

Independencia é Iruñe eran voces sinónimas en aquellos venturosos días que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver, ¡Oh! entonces la unión y la fusión de los partidos comprendía una realidad que después ha sustituido con frases pomposas...

El gallardo Epitacio Sanchez iba á la vanguardia del ejército, y siguiendo por escalones las demas tropas; la división de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iruñe dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una división de caballería á las órdenes de Sanchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, lo provocó el 22 de julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quien y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destruido á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera auxiliársela. Concha se retiró á Cuautitlán con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

Otro día bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iruñe

para verse con O'Donoghue en Cordova, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante habia quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algún disgusto inferior por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, tiempo de honor bajar á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iruñe con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones espresadas se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien habia escudado, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo el capitán D. Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica.

El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á este: — Compañero, es preciso que avancemos y que replegado á los realistas se comience á restituir el sitio de México: si le parece á V., irá con una seccion para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones. — Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

— Pero tambien sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del Sr. Iruñe.

— Está bien que avancemos; pero encargo á V. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serian sensibles las pérdidas que fuésemos, aunque cortas.

— Concha está en Toluca, y para que nos acompañemos en Altepazolco, haciendas de Caragza, el Cristo y Edagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

— Supuesto que apruebo el plan de V., espere en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve V.

Después de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos espresados. Concha estaba en Toluca con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (1) de los regi-

(1) Documento, historia de la revolución hispano-americana. Tom. 2. pag. 291.

mientos expedicionarios, Infante Don Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julian Jurvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli; Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado ótras de Tacubaya. El ejército español, lleno aun de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea, siquiera sobre la emancipación del país: con su peculiar tenacidad, alentado á la vez de sus obcecados jefes y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que fuese inclinar los sucesos á su favor. Brucia, como terrible era todavía en voz del coloso que se había encarnado del vasto imperio de Moctezuma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dio nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como el patriotismo mexicano tocaba reprimílos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamarle al enemigo la atención y reconocer sus posiciones. La descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzacotalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Tehuigaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás, Acosta oficiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Colaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se había hecho fuerte. El irroteo fue muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían mas fuerzas que los independentes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vio violento é incómodo.

—«Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga V. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería y un cañón, para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.»

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande entusiasmo. El mismo pasó á donde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Estévan Moctezuma: «Es necesario que VV. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos espemos á perder algunos soldados.» Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido y lo mismo un soldado de Colaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por las fuerzas que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzacotalco, pronunciando allí bastante tiempo sin que apareciesen los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Sta. Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su vanguardia fue atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su vanguardia y la vanguardia de Concha; aquel tocó allo, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería; sonóron los clarines indicando un toque de estermio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo les condujo á la refriera; jamás se le había visto mas decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria en donde la muerte aparecía por todas partes: lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo mas puro; pero como lleno de despecho y

prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Principe y granaderos de la corona y primero americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardecidos mas el combate, los enemigos surcumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denudo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de estos, embulara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzacotalco (1) en donde se parapetaron para no ser destruidos completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independentes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no dejarse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á parir por ambos bandos.

Serían las siete de la noche cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército irigirante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el huro de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio; pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

Sabió es que el capitán D. Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el bajío y en la primera época de la independencia contra

los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que venían ahora con el ejército irigirante, y que con satisfacción recíproca tenían el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulación toda de honor, toda de gloria.

Eran las ocho de la noche, cuya obscuridad impedía distinguir los objetos mas cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes; mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían mas parapeto que sus pechos que latían á los nombres sagrados de *independencia y libertad*, y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de *viva México!* *viva Hurbid!* bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la mas terrible carnicería, cuando por todas partes resonaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él.

—Ahora se vera si los fieles van hasta donde llegien los de la Sierra de Guanajuato.

—Los fieles, dijo un oficial joven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachon, (2) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El joven oficial era el capitán de los Fieles D. Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque V. á Encarnación, y que cuando se lo toque general de alo, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga V. al teniente coronel D. Francisco Cortazar, que al toque expresado avance tambien por el costado de derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida V. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando ántes las entradas mas fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirijiré con las guerrillas del Principe y San Luis al centro, en

(1) El Sr. Terrero sin embargo de que con su imaginación y elocuencia adelantó poderosamente las hechas, hallado de este encuentro punto á Careaga, se ve en la precisión de contar en el tomo 3.º páginas 221 y 222, lo siguiente: «Y aunque los realistas se empeñaron en ducles (á los independentes) repetidas cargas con el mayor entusiasmo, *ambos se retiraron á Atzacotalco*, por haberlos inutilizado un cañón de á 8, sobre el que aporaharon sus operaciones.»

(2) Así lo nombra desde el principio de la primera revolución en el Bajío.

apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Casti-
llo, ya pronto se quitará á VV. su impaciencia.

Habian pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, *alto*, que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban, el valor iba aumentando cuanto mayor era el peligro, la acción se habia hecho mas general por todas partes. El depuotado Endérica desplegó toda su intrépidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celava, D. Manuel Arroyo y un jóven como de 26 años, lo secundaron á porfia, colocandó la pieza en la entrada de la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba fuercamente. Ese jóven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de división D. Valentín Canallizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperación con que se hallan, sufrían pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le habia protegido y mas que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para estos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se habia casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte: Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con feruza sin igual, y en lo mas comprometido de la batalla llamaba "sus hijos" y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimia su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la rueda, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañon no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vamos muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió al fondo estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á

los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacia frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañon y de batirse á la vez. La empresa se habia hecho de las mas temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosi habian caido muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado D. Encarnacion Ortiz, modelo de valor y patriotismo (1). Al pié del cañon succumbió al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y cogiéndose Canallizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fue infiel al heroismo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan lustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canallizo se habian multiplicado para arrojatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barriero á Bustamante, que lo habia mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana tambien ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad! exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oír, y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar; hizo un gesto y sacudió la cabeza, despues anduvo un poco hacia adelante y dijo:

—Erdozain, marche V. y dígame á Endérica que se retire dejando el cañon, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que al cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habian cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió mas de quinientos hombres; pero esta victoria se habia comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

Intrépido, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa acción Bustamante y sus soldados: les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así co-

(1) Palabra de Bustamante en el parte que dio de la acción.

mo su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de que *pasase revista de presente*. En los anales mexicanos se leen estos tres escudos: *Se distinguió en la brillante acción del 19 de agosto de 1821. Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona D. Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento D. Tomas Castro, comandante del escuadron de Fieles D. Estevan Molezeuma, teniente del Principe D. Manuel Valiente, teniente de S. Luis D. José Maria Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro D. Cayetano Montoya, ayudante del mismo D. Antonio Chavez, capitanes D. Pablo Erdozain y D. Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería D. José Maria Sandoval. El segundo, que pertenecía con envidia á los heridos, tenía este lema: *Fertó su sangre por la libertad de México en 19 de agosto de 1821.* Para los de-*

mas que concurren á la acción se decretó el siguiente: *Accion victoriosa por la fidelidad de México: 19 de agosto de 1821.* Los impariales Endérica, Arana, Canallizo y Arroyo fueron, además, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe.

Por mas que lo infortunio y la ingratitude lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinion al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningún hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aun más todavía para que la posteridad admire con omociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: *ARASTASO BUSTAMANTE VENCEDOR EN AZCAPOTZALCO: 19 DE AGOSTO DE 1821.*

México, enero 15 de 1844.

D. REVILLA.

HERNANDO CORTÉS. (1)

I.

Daba y tomaba enojos y ruidos; era bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas, tal lo cual determinó de irle á probar ventura.

COXAR—Cortés, de N. E.

Des la historia del emperador Carlos V, la página de la historia del mundo que mas abunda en acontecimientos nunca vistos, ni por los siglos que la precedieron, ni por los que la siguieron en el constante giro del tiempo. ¿Quién al recorrer los fastos de la nacion española, no tiene sus miradas en esa época de lucha, así política como religiosa, en que el coloso del

siglo XVI meditaba su proyecto de monarquía Europea, y hacia una guerra enarbolada á los intereses de la reforma, para castigar la benevolencia de la corte de Roma, tirana enemiga de los tronos, y hacerla obedecer hasta sus menores deseos? ¿Quién no ve en el rival victorioso de Francisco I, en el vencedor de Pavía, al hijo predilecto de la fortuna, al hom-

(1) La biografía que acompaña este artículo, fué sacada del retrato original del Conquistador, que se conserva en el Museo Nacional, y que tuvo la bondad de proporcionarnos nuestro colaborador el Sr. D. Isidro R. Guadalupe conservador de dicho Museo.

En la parte superior y á un lado, se ve el escudo de armas que le concedió el Emperador el año de 1526, el cual está dividido en cuatro compartimientos en el superior de la derecha está el águila que representa al mismo romano Imperio, y en el inferior un leon durado en tiempo visigodo, que representa las victorias que con su valor alcanzó en el supirio de la riquísima ley de enanos en orden memoria de los tres reyes de México, Motecuhzoma, Cuauhacatlan y Quauhtemotzin que venció; y en el inferior, la ciudad de México sobre las aguas, en memoria de haberla conquistado. Tiene por orla el escudo, las palabras de diez syllabas: vencedor por Cortés, y por remate un yelmo con sus liras.

El escudo de su firma que va al pié del retrato, se sacó del libro capitular de armas que comprende los años desde 1594 hasta 1596, y que existe en el archivo del Ayuntamiento de esta ciudad de México.

El retrato de Cortés que se habia conocido con mas aceptación, era uno que acompañó la edicion que de la historia de la conquista de S. Luis, hizo D. Antonio Sandoval. Este retrato, grabado por Bellin, fué sacado del retrato que al obo hizo el Vieiano, lo cual contribuyó sin duda á darle mérito; mas el que en el toda ilustrado, se le acompañó para con la descripción que Bernal Diaz del Castillo nos dejó del Conquistador, lo cual ciertamente no sucede con el que nosotros publicamos ahora, pues no nos cabe duda en que es el mas exacto.

bre que destina el cielo para dar su nombre á un siglo, despues de haberlo hecho estruendoso y acatar sumiso sus mas ligeros é insustanciales caprichos? Todo contribuia entonces á aumentar su gloria: nunca se habian visto tan brillantes hechos de armas, como los que entonces se vieron; ni nunca habian descolgado tantos y tan diestros capitanes, como los que en esa época combatiaron al lado del Emperador, la mirada del semi-dios engendraba heroes. Mas la gloria del reinado de Carlos V, quizá en lo que menos consiste, en haber producido los famosos capitanes que le sometieron los países gastados de la catlica Europa, porque quien en ese siglo de las grandes hazanas se para á contemplarlos, cuando por otro lado se presentan á su imaginacion cuadros mas nuevos, mas vivos y animados en los valientes aventureros, que pasando los mares y esponiendo á los azares de la fortuna, supieron ganarle en un mundo recién descubierta, mas reinos que los que sus antepasados le legaron, segun la expresion de uno de ellos? (1) Mientras él subia al trono, ellos atravesaban el Atlántico y ponian firme el pie en el mundo de Colón; mientras él aprontaba sus armadas y sus ejércitos para dominar á la Europa, ellos se aliaban con los pueblos mas debiles de las nuevas regiones para combatir á los mas fuertes; y en fin, quando él despues de un sangriento combate, esclamaba esta merquina parte de la Italia es mia, ellos le tenían ya sometidos imperios tan grandes, como la Europa misma. Uno de estos capitanes, acaso el mas distinguido, fue Cortés, el conquistador de una de las mayores, mas ricas y mas hermosas partes del Nuevo Continente.

En el año de 1485, reinando en España los reyes católicos B. Fernando y Doña Isabel, reyes de Castilla y de Aragon, siendo los moros deudos todavia de Granada, y siete años antes de que Colón diera al mundo la mayor prueba de lo que puede el ingenio, nació en Medellín en Estremadura, un niño á quien llamaron Hernando Cortés, y cuyos padres fueron Martin Cortés de Mouroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, de conocida hidalguia, como lo prueban sus apellidos, pero de escassima fortuna, quienes viendo con sumo pesar que su hijo crecía poco robusto y en estremo enfermizo, desesperaron de su vida, pues repetidas veces lo habian arrebatado ya en su niñez del umbral del sepulcro. En este estado pasó Hernando Cortés los catorce primeros años de su

(1) Cortés en una autobiografía que tuvo con el Emperador.

vida, en cuyo tiempo lo enviaron sus padres á Salamanca, para que pasado el estudio de la latinidad, se dedicase al de las leyes que debian asegurarle su porvenir. Dos años permaneció en Salamanca estudiando la gramática con un pariente suyo, al cabo de los cuales, festinado de una ocupacion tan contraria á sus inclinaciones, abandonó aquella universidad, y volvió á Medellín en donde comenzó á descubrir su animo esforzado y emprendedor, y su carácter mas hecho para el calor de las batallas, que para el reposo de las aulas.

Dos eran los caminos que se le abrian en esa época á la juventud española para ir en pos de la fortuna y de la gloria: la Italia y las Indias: en la primera, las banderas del Gran Capitán conducian al triunfo: en las segundas, la estrella del polo era su guia hasta las playas, en donde solo con su valor, no vacilaban en luchar con la ruda naturaleza de los nuevos países y con los pueblos esforzados que los habitaban. Cortés, jóven de diez y seis años, vaciló antes de decidirse á seguir uno de estos dos caminos, vió el de la Italia, y le pareció bello; mas contempló el de las Indias, por el que tantos tesoros se derramaban en España, y se decidió por este. Nicolás Ovando, comendador de Leres, pasaba á la sazón á la Isla Española [2], en calidad de gobernador, y con él hubiera emprendido su viaje el jóven Cortés, si no se lo hubiera impedido una enfermedad, resultado de uno de esos incidentes á que dá lugar el fuego de la juventud. Hernando amaba á una jóven de Medellín; quiso verla por última vez antes de partir; mas en su desgraciada excursion amorosa, dió una caída, de la que le resultaron unas cuartanas (3) que le impidieron emprender su viaje con Ovando, quien sin detenerse se hizo á la vela, el día prefijado. Este accidente imprevisto frustró por entonces la determinacion del jóven, quien despues de su restablecimiento quiso pasar á Italia ya que no á Indias. Empezó en efecto su viaje; mas habiendo llegado hasta Valencia, se detuvo y perdió un año en devaneos, y escaso de dinero, como dice Gomara, lo cual lo hizo volver presto á Medellín. Esta segunda vez, el año de 1504, siendo ya Cortés de diez y nueve años, se embarcó en fin, en San Lúcar de Barrameda, despues de haber recibido la bendicion de su padre, en la nave que Alonso Quiñero llevó ese año con mercaderías para la Isla Española; y este fue el principio de la rea-

(2) Haití.

(3) Gómara Cron. de N. E.

lizacion de su primer proyecto de viaje á las Indias. Salieron del puerto con viento prope-ro, y con él navegaron hasta la Isla Gomera (1), en la que se hicieron de provisiones para el resto del viaje, y siguiendo su camino, el mal tiempo las hizo engolfarse de tal manera, que faltos ya de vivres perdieron la esperanza de la vida, resignándose con una muerte casi segura. En este conflicto, el viernes santo de ese año vieron llegar y pararse en la gavia de la nave una paloma, que fué juicio de que no distaba ya mucho la tierra; y con esta esperanza caminaron otros cuatro dias, al cabo de los cuales se oyó resonar, infundiendo el júbilo en todos los corazones, la voz de: „Tierra, tierra,“ pues tenían á su vista la Isla Española; al día siguiente estaban ya en Santo Domingo.

Cortés se dirigió luego á la casa de Ovando, á quien no encontró allí, pues habia salido de la ciudad á una expedicion importante; mas quien á pesar de esto, cuando tuvo noticia de su llegada, mandó que se le diese parte en el repertimiento de las tierras, y que se le tratase como á persona de su aprecio. Cortés fué dueño en el acto de varios solares; y con su constante idea de amontonar el oro dió que habia oído decir estaban llenas estas tierras, quiso ir él mismo á recogerlo en persona (2); mas como se le hicieron palpar las dificultades que para ello habia, se dió á la granjería, lo cual no le valió pocos miles de ducados. En este ejercicio pasó el tiempo que medió de fines de 1504 á 1511, en cuyo año fué con Diego Velasquez á la conquista de Cuba, hecha la cual, aumentaron sus riquezas con los nuevos terrenos que se le adjudicaron, de suerte que, como dice Gomara, fué el primero que tuvo oro y caballo en la Isla. A ella arribó en ese tiempo tambien un tal Juan Xúñez, natural de Granada, acompañado de su madre y de tres hermanas, que por ser las únicas Españolas que habia entonces en ella, eran cortejadas por todos los que habian venido á la conquista de Cuba; y una de ellas, llamada Doña Catalina, lo era por Cortés, quien al principio, con las torcidas intenciones de tenerla por dama nada mas, vino por fin á casarse con ella, cuando despues de haber sido puesto en un rebo por este motivo, les dió una muestra de su ca-

(1) Una de las Canarias.

(2) Deseo creer que este sentimiento de avareza dominaba á Cortés, cuando venia de Gomara, el cenista de las cosas de Nueva España, que cuando lo abarcó, y que en sus dias es mas respetado, no solo en la patria, sino que lo asegura.

rácter, rompiendo los cerrojos de la prision, tomando la espada y rodela del alcaide, saltando por una ventana y yendo á refugiarse en la iglesia en presencia del mismo Velasquez que lo habia puesto preso, y con quien no volvió á estrechar amistad sino despues de varios acontecimientos que al paso que prueban el arrojo y temeridad de quien dió lugar á ellos, no son el mejor abono de su conducta.

Aquí termina el primer periodo de la vida de Cortés. Desde su nacimiento hasta los catorce años de su edad, lo vimos enfermizo y luchando á cada paso con la muerte, como si esta vacilara en ahogar en sus primeros años á aquel coloso, que pasando los tiempos debia llenar el mundo con su fama; y lo vimos luego fastidiado de la vida escolar á travasar gozo el Océano, realizar sus primeras huestes é ir descubriendo poco á poco su carácter impaciente y aventurero, en era ballistosa, altivo, travieso, amigo de armas, por la cual determinó de ir á probar ventura. Esta es la historia de su juventud turbulenta y licenciosa,.... mas olvidemos sus desórdenes, que la juventud de los grandes hombres es un dia, comparado con los años maduros de su vida.

II.

Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponia, altamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer á sus iguales, magnánimo en sus desvíos y en sus acciones, carente en obrar, modesto en la conversacion, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna.

ELASTICO.—Hist. Ant. de Mex. Lib. I VIII.

En el año de 1517, Antonio Hernández de Córdoba, descubrió el Cabo Oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Cotoche; y habiendo vuelto al puerto de Acapulco (1) de donde habia zarpado, con la noticia de las grandes riquezas que él sospechaba que habia en estas tierras, por cuyas costas poco cambiando frivolas bogerías por oro y otras cosas de gran valor, inspiró á Diego Velasquez, gobernador á la sazón de Cuba, la idea de mandar á su sobrino Juan de Grijalva á reconocer aquellas costas. Saló en efecto Grijalva con cuatro buques y doscientos soldados, reconoció la Isla de Cozumel, y fué costando hasta la embocadura del rio Panuco, de cuyo punto volvió á Cuba cargado de oro, y despues de haber

(1) Habana.

puesto por nombre *San Juan de Ulúa* á un islote situado á una legua de distancia de la costa de *Chalchihuecan*, (1) en donde fueron vistos por primera vez por los naturales del país, quienes enviaron luego una embajada á Moctezuma II, rey de México, dándole noticia y acompañándole unas pinturas de aquellos recién venidos, á los que esta nación, consultados los oráculos, tomó por el Dios *Quetzalcoatl* que según su tradición debía volver á su comarca despues de haberlo abandonado muchos siglos hacia. Impuesto *Diego Velásquez* de cuanto su sobrino le contó de aquellos países, pensó luego en mandar á ellos una expedición, que dirigida por un capitán esforzado, no solo tuviese por objeto esta vez conquistar, sino internarse, tomar posesión de ellos por derecho de conquista, y arrancarlos el oro á sus moradores: tal era la sed de este metal que lo deseaba! Entre tantos aventureros como entonces había en Cuba, ninguno le pareció á *Velásquez* más á propósito para aquella empresa que Cortés, porque á un ánimo esforzado y emprendedor, y á un carácter constante é invariable, reunia bienes cuantiosos con que poder contribuir por sí mismo al sostenimiento de la expedición, y porque gozaba además en la isla de un prestigio de que todos los demás carecían. Fué, pues, nombrado Cortés capitán general de la armada que presto debería zarpar de *Acacucan* á las costas de *Yucatan* ó de *Chalchihuecan*; y ocupado desde entonces en los preparativos de aquella expedición, gastó la mayor parte de su salud y confesó deudas enormes. Publicose su nombramiento por bando en la isla, y los principales habitantes de ella fueron en el acto á ponerse bajo las banderas del nuevo capitán, entre los cuales se contaban *Pedro de Alvarado* de *Badajoz*, *Cristóbal de Olid* de *Baeza* en *Andalucía* y *Gonzalo de Sandoval* de *Medellin*, que tanto se distinguieron despues. Dispuesto ya todo, el 16 de febrero de 1519 se hizo á la vela aquella armada, compuesta de once bajoles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falcoetes, y habiendo tocado en la isla de *Cozumel*, pasó adelante costando la península de *Yucatan*, hasta llegar á la embocadura del río *Chitupa* en la provincia de *Tabasco*, por cuyo río se introdujo en bajoles menores hasta saltar en tierra firme, desde donde se dirigió hácia una gran ciudad, que desde allí se veía, no sinser entretanto acosada por las flechas y dardos de los moradores de

(1) La costa de *Veracruz*.

aquellas playas. Llegados los soldados que acompañan esta armada á esta ciudad, la tomaron, y prosiguieron en sus correrías fuera de ella contra los indios, se vieron precisados á dar una batalla decisiva el 25 de marzo en la llanura inmediata, batalla de la que con su disciplina, sus armas de fuego y la agilidad de sus caballos, fueron vencedores, á pesar de que los *Tabasqueños* los superaban en número. Cortés á la manera caballeresca, tomó luego posesión de aquella ciudad en nombre del Emperador; embrazando la rodela, desmenuando y empuñando la espada, dando con ella tres golpes en el tronco de un árbol, y protestando que el que á aquello se opusiese, caería bajo los golpes de su acero. Convenció luego á los señores de la provincia, quienes atemorizados juraron prestar obediencia al rey de España, oyeron sumisos las primeras instrucciones de la religion cristiana de boca de *Fr. Bartolomé de Olmedo*, y presentaron por fin sí temible capitán varios regalos de oro y veinte esclavas, entre las que iba la célebre *Doña Marina*, la intérprete y dama del conquistador: tan interesante en los acontecimientos posteriores: esta fué la primer victoria de Cortés, preludio de las que despues alcanzó contra fuerzas mayores y más poderosas.

Por orden del capitán general, se hizo de nuevo á la vela la armada, tomando el rumbo del Poniente, y despues de haber costado la provincia de *Goazacoaco*, entró el 21 de abril, jueves santo, en el puerto de *San Juan de Ulúa*: de aqui pasó Cortés á la costa, al día siguiente, en donde recibió la embajada y los regalos de aquellos naturales, prueba de su debilidad y de su temor; aqui formó el proyecto de fundar allí mismo una colonia, que al paso que le sirviese de refugio en caso de una retirada, fuese el depósito de los tesoros de aquellas comarcas y el punto en que se recibiesen los refuerzos de España y de Cuba. Recibió allí el mensaje y los regalos de *Moctezuma*, que habiendo sabido su llegada habia consultado á sus oráculos; acogió con benevolencia los regalos y la embajada de los *Totonagueños*, en que le invitaban á pasar á *Zempoalan* su capital; y en fin, pasó á esta ciudad, en donde fué recibido con las demostraciones de la admiración y respeto de sus habitantes. Era el ánimo de Cortés demasiado allivo, y su ingenio en extremo elevado para haberse contenido con proseguir su expedición, como simple capitán nombrado por el gobernador de Cuba, á quien tendria que dar cuenta de todos los pasos que padria consumir aquella obra diese; y conociendo

que la gloria y la fortuna de aquella expedición no debían redundar sino únicamente en su pro, obligó á los soldados á quienes habia conseguido ganarse ya con su rara destreza, á que lo confirmasen en nombre del rey, en el mando así político, como militar, con entera independencia del gobierno de Cuba. Llegado pues á *Zempoalan*, con el nuevo nombramiento de sus soldados en nombre del rey de España, tuvo una conferencia con el monarca de aquella nación, de la que resultó que Cortés le prometiera auxiliario contra los Mexicanos, para que volviera á recobrar su nación la antigua independencia, perdida por las conquistas de *Moctezuma*: hizo alianza con los *Totonagueños*, los declaró libres de pagar el tributo á la corona de México, y comenzó á realizar en este punto el plan que su política le habia inspirado, la alianza de los pueblos conquistados para dirigirla sobre el conquistador. Dió aquí una prueba de su sagacidad mandando á los *Zempoaleños* que aprendieran á los cinco ministros que les habia enviado *Moctezuma*, para reconocerlos por haber hecho alianza con los extranjeros sin su consentimiento, y poniéndolos al fuego en libertad, lo cual le valió nuevos regalos de *Moctezuma*, que con esta acción lo creyó su amigo, y el mayor apogo de los *Totonagueños* que lo juzgaron su protector: derribó los idólos de *Zempoalan*, y decidió á una gran parte de sus habitantes á abrazar el cristianismo: pasó luego á la costa á fundar su colonia, á la que llamó *Villa Rica* de la *Veracruz*, por las riquezas que allí encontró á su llegada, y por haber arribado á ella en viernes santo: escribió allí mismo una carta al Emperador, en que le daba cuenta de cuanto habia hecho, suplicándole lo aprobase, y el 16 de julio, despues de haberse hecho á la vela *Alonso Hernández* de *Portocarrero* y *Francisco de Montejo*, que llevaban las cartas al Emperador, destruyeron las naves para obligar á sus soldados á seguir adelante, quitándoles así toda esperanza de volver á Cuba: acción nunca vista que bastará por sí sola á probarnos que dentro de su pecho no palpita un corazón menguado.

Emprendido, en fin, su viage á México, y el 16 de agosto salió de *Veracruz* con cuatrocientos quinientos españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlacotallos*, hombres de carga, y con alguna gente de los *Totonagueños*; pasó por *Talspan* y *Jocotla*, y siguiendo el consejo de aquellos pasó primero á *Tlaxcala* que á *Cholula*; mas ántes de decidirse á entrar en las tierras de aquella república, mandó un mensaje á su senado, pidiéndole el permiso

de pasar. Este mensaje, que se reducía á decirles que venía á auxiliarios contra el tirano de México, causó grande alarma en el Senado y en toda la ciudad, y solo despues de grandes discusiones se convino en permitirle la entrada, sin dejar de mandar por esto en pos de los Españoles, cuatro mil *Otomites* para los atacasen. Cortés, que habia aguardado ocho dias en *Ixtacamaxtlan* la respuesta del mensaje, impaciente ya de su tardanza, se habia internado hasta el límite que separaba los dominios de *Tlaxcala* y México, en cuyo punto la recibió, y habiendo notado á la sazón á los *Otomites* que habian salido á combatirlos, cargó sobre ellos hasta derrotarlos, bien que en esta carga sacados caballos muertos y tres heridos; pérdida considerable si se considera el número de caballos que traía. Se acercó luego en su marcha á unas montañas, en las que habia unas barrancas, y como los *Tlaxcaltecos*, partidarios los más de *Xicotencatl* el viejo, que se habia opuesto tenazmente á que se permitiese la entrada á Cortés, suplen la derrota que los *Otomites* habian sufrido, se dejaron ver luego un número de tres mil, arrojando flechas y piedras contra los Españoles. En vano Cortés les protestó que no venia con miras hostiles; los *Tlaxcaltecos* hicieron una retirada falsa para atraerse á los Españoles á las barrancas é impedirles el manejo de su caballería y de su artillería, y cargaron allí sobre ellos en mayor número: los Españoles se vieron bastante embarranzados, y solo despues de muchos esfuerzos y por la destreza de su caudillo, lograron salir de allí, poder hacer uso de la artillería y de la caballería, y derrotarlos completamente. El 5 de setiembre volvió á presentarse el ejército *Tlaxcalteco*, compuesto, segun *Bernal Diaz* del *Castillo*, de 50,000 hombres; sufrió nueva derrota, y á la tercera, acasamiento ya, hizo la paz y se confederó con los Españoles. Recibió entonces Cortés nueva embajada de *Moctezuma*, quien temeroso de que se aliara con los *Tlaxcaltecos* en su contra y sin saber que hacer, trataba de captarse la benevolencia del capitán español con valiosísimos presentes; recibió igualmente embajadas de los príncipes *Huejotzingues* y de *Ixtlilxochil* de *Texcoco*; y despues de haber exigido la sumisión de los *Tlaxcaltecos* al emperador, entró triunfante en *Tlaxcala* el 26 de setiembre de 1519, queriendo luego que los *Tlaxcaltecos* abandonaran su religion por la de Cristo, para lo cual intentó hacer con sus dioses lo que habia hecho con los de *Zempoalan*; mas advertido de su imprudencia desistió de su empeño. Bien asegurado

de la alianza y buena fe de los Tlaxcaltecos, prosiguió su viaje por Cholula, en cuya ciudad entró en medio de las aclamaciones de júbilo de sus habitantes; mas habiendosabido por Doña Marina ser evidente que los Cholulenses le fraguaban una traición, que pensaban acabar con los Españoles y con los aliados, ayudados de 20,000 Mexicanos que estaban acampados á poca distancia, se irritó y mandó á los Tlaxcaltecos y á los Españoles, que arrojándose sobre los Cholulenses, hicieran una espantosa carnicería en ellos, respetando solo á las mujeres y á los niños. Sometidos los Cholulenses y las Tepeyacateses al Emperador, recibió nueva embajada de Moctezuma; pasó á Tlamanalco, en donde fué visitado por el rey de Tezcoco, y de aquí pasó á esta ciudad obligado á ello por los príncipes de Acolhuacán. Siguiendo luego su camino llegó á Iztapalapan, de donde pasó en fin, á México, en cuya ciudad entró el 8 de noviembre de 1519, con grande admiración de todos sus habitantes y de Moctezuma mismo que salió á encontrarle, y le acompañó hasta el palacio de Axayacatl que habia destinado para hospedarle.

Los seis primeros días de su llegada á México, los pasó Cortés ocupado en visitar al rey y en andar á su lado admirando las bellezas de la ciudad; mas pasado estos se puso á pensar seriamente en la posición en que se encontraba allí: solo con sus tropas, y fado enteramente en la buena fe de Moctezuma, fácil les hubiera sido á los Mexicanos acabar con ellos á la menor insinuación de su soberano. ¿Qué partido debía seguirse? Otro capitán de ingenio ménos perspicaz, y de ánimo ménos resuelto, se hubiera visto sumamente embarazado en este caso; mas Cortés, á quien no paraban obstáculos, concibió la idea de apoderarse de Moctezuma; lo prendió en su mismo palacio, y lo condujo al cuartel que él mismo le habia destinado, hecho temerario que, solo podía caber en ánimo tan resuelto como el de Cortés. Reuñendo el rey á prisionero en el mismo cuartel de los Españoles, quiso Cortés tenerlo allí en rehenes para que los Mexicanos nada osasen en su contra. Así fué; mas Cacamatzin, sobrino de Moctezuma, y rey de Acolhuacán (4), indignado por el tratamiento que los Españoles daban á su tío, pensó libertarle de su tiranía, dirigiéndose á México con un grueso ejército, proyecto que sabido por Cortés, pensó hacer otro tanto, dirigiéndose sobre Tezcoco á castigar á su rey; mas disandado de esto por Moctezuma, quien se veía en la dura posi-

(4) Tezcoco era la corte de este reino.

ción, ó de ser víctima del furor de los Españoles, ó del de su sobrino; este rey débil, degradado ya por tantas bajas, se encargó de poner en manos de Cortés por medio de una traición á su sobrino, y Cacamatzin fué á poder de Cortés, quien le cargó de cadenas y lo envió á un oscuró calabozo y eligió nuevo rey de Tezcoco. Viendo Cortés la sumisión de los Mexicanos, les exigió en fin que prestasen obediencia á su rey, como lo verificaron Moctezuma y todos los nobles reunidos, no sin gran pesar suyo; pero obligados á ello porque juzgaban á los Españoles descendientes de Quetzacoatl, quien, segun Cortés les habia asegurado, era el monarca de Oriente, Carlos V; y no contento con esto les exigió tambien el que reuniesen una gran suma de oro para enviarla al rey de Castilla, como prueba del homenaje que de allí en adelante le prestarian.

Mas los nobles temieron, y comunicando sus temores á Moctezuma, le hicieron presente el grado de humillacion á que habian llegado y la avilantez de los Españoles, por lo que debia decir el ya á aquellos extranjeros, que la seguridad de sus pueblos exigia que saliesen ya de sus estados; así lo hizo Moctezuma, y Cortés por calmar por el momento el ánimo del rey, convino en abandonarlos, tan luego como se encontrasen navés que los condujeran, por lo que Moctezuma le dió quinientas de agrado; y como pocos días despues unos mensajeros de las costas de Chalchihuecan le trajeron unas pinturas que representaban buques, y gentes en todo parecidas á las de Cortés, se dirigió al capitán y mostrándoselas, le dijo que ya tenia buques en que partir. Cortés creyó al principio que eran los dos enviados que hacia un año habia despachado con cartas al Emperador que volvian ya con refuerzo de tropas y con los despachos reales; mas habiendo recibido luego cartas de Sandoval, que habia quedado de gobernador en la Veracruz, se desengañó, pues vió que aquella armada compuesta de once navios y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, mas de quinientos marineros, doce piezas de artillería, y bien provista de municiones, venia al mando del capitán Pánfilo de Narvaez enviada por Diego Velasquez contra el mismo, por haberse declarado contra él de aquella expedición sin consentimiento, ni suyo, ni del soberano. La posición de Cortés al ver esto, fué sumamente embarazosa: Narvaez, á quien le era preciso salir á combatir, amenazándole por un lado, y los Mexicanos por otro destruyendo todas sus esperanzas, si él se alejaba. No obs-

tante esto, su ánimo no desmayó, y mostrando mas que nunca una constancia, una sagacidad y una diligencia heroicas, formó su proyecto, y sin comunicarlo, ni á sus mismos soldados, se apresuró á ponerlo en práctica. Usó primero de la astucia, por ver si con dádivas y promesas lograba atraerse á su partido á los soldados de Narvaez, y aun al mismo Narvaez; mas viendo que esto era infructuoso y no atreviéndose á admitir el socorro de Moctezuma, suplicó al senado de Tlaxcala que le aprontase cuatro mil soldados, envió á Tobilla, inteligente en la materia, á Chinantla para que pidiese 2,000 hombres y 300 lanzas, y á principios de mayo de 1520, dejando el mando de las tropas que quedaban en México á Pedro de Alvarado, salió él con setenta Españoles. Al llegar á Cholula se unió con el capitán Velasquez que volvía de Goazacoalcos, recibió víveres y provisiones de Tlaxcala, mas no los cuatro mil hombres; poco antes de llegar á Zempoalan, se le unió Tobilla con las trescientas lanzas de Chinantla, y en un pueblo, distante tres millas de Zempoalan, los alcanzó el bizarro Gonzalo de Sandoval. Entraron de noche á la ciudad, asaltaron el ejército, lo obligaron á rendirse, Sandoval se apoderó de las personas de Narvaez y Salvatierra, á quienes despachó Cortés á Veracruz cargados de cadenas; se hizo reconocer este por capitán general, y al día siguiente, 27 de mayo, se vió dueño de diez y ocho buques, dos mil soldados Españoles, cien caballos, con gran número de provisiones de guerra, y victoreado por sus tropas y por los dos mil Chinantecos que no habiendo asistido al asalto, solo habian llegado á ser testigos de su triunfo. Con tales fuerzas, pensaba ya Cortés en nuevas expediciones á lo largo de las costas del golfo, cuando llegó á frustrar sus designios la noticia de grandes trastornos ocurridos en México. Durante su ausencia, los Mexicanos habian tenido que celebrar la fiesta de la Incesacion de Huilzilopochtli, una de las mas solennes que tenían en el año, y que se celebraba con baile del rey y de las demas clases de la corte; y habiéndose dirigió al capitán Tonathiu (1) para que permitiese salir al templo á Moctezuma, este se negó á ello, y á lo mas que accedió, fué á que el baile se celebrara en el patio del cuartel en que ellos habitaban con él. Convénidos en esto los Mexicanos para evitar disturbios, se dirigieron allí, y reunida casi toda la nobleza, comenzó la fiesta, enmedio de la que mandó

Alvarado á sus soldados que se apostasen en diversos puntos, y que cuando los nobles Mexicanos estuviesen mas distraídos, los atacasen y acabasen con ellos. Así lo hicieron; multitud de nobles Mexicanos indefensos fueron allí víctimas de la crueldad de un aventurero, y desde este momento se declararon las hostilidades entre Mexicanos y Españoles. Irritados aquellos justamente, cargaron al día siguiente sobre el cuartel de estos; mas contenidos por la presencia de su rey, determinaron no combatirlos sino por el hambre. Abrieron fosos al rededor del cuartel, y prohibieron que se les llevase ninguna clase de víveres, á aquellos que ya miraban como sus mas mortales enemigos. En este terrible apuro, escribió Alvarado á Cortés, quien al saber las nuevas circunstancias de México, aceleró su vuelta de Huancabamba, que el 21 de junio entró en esta ciudad con noventa y seis caballos, mil y trescientos soldados Españoles y dos mil Tlaxcaltecas, que se le unieron al pasar por aquella república. Se dirigió al cuartel en donde salió Moctezuma á recibirlo; mas, segun dicen los historiadores, el soberbio capitán no se dignó fijar siquiera los ojos en el soberano de México, lo que lo apesadumbró en extremo; rependió agríamente á Alvarado por su imprudencia; mas no lo castigó, como debiera, por no hacerse un enemigo de un hombre de quien tanto necesitaba; y se dirigió luego á ver á Moctezuma, á quien hizo terribles amenazas si no mudaba en el acto que se les proporcionasen todos los víveres de que carecian. Moctezuma le contestó que no tenía á quien fiar aquella comision, para la mayor parte de las personas de quienes podia valerle, se hallaban como él, sin libertad, por lo que Cortés puso luego en libertad á Cuauhuitzin, quien en vez de desempeñar la comision de proporcionar víveres, á los Españoles, tomó el mando de las tropas Mexicanas y Españoles; embistió el cuartel de Cortés, lo que obligó á este á mandar á Diego de Ordaz que hiciese una salida para dispersarlas; tomó en efecto sueldo. El 20 del mismo mes se volvió á empeñar el combate entre Mexicanos y Españoles; y viendo Cortés la obstinacion de aquellos salió del cuartel, se encaminó peleando por una de las calles principales, se apoderó de los puentes, quemó algunas casas y se volvió á su cuartel con cincuenta Españoles heridos, despues de haber hecho un estrago formidable entre los Mexicanos. Desde la torre del palacio habia observado Moctezuma tan sangrientos combates, y lleno de dolor por las calamidades de sus súbditos, llamó á Cortés, y

[1] Así le llamaban los Mexicanos á Pedro de Alvarado, porque era rubio; Tonathiu, quiere decir, Sol.

le suplicó de nuevo que partiese cuanto antes. Cortés contestó que partiría, si sus súbditos dejaban las armas; resolución que se inclinaba á tomar el general viendo lo escaso de víveres que se encontraba, pues apenas había los necesarios para que sus soldados mantuviesen la vida, y no para que adquiriesen las fuerzas suficientes para la pelea; mas al determinarse á salir de México, no pensaba abandonarla para siempre. Con aquella respuesta, un día en que se había empeñado un obstinado combate entre Mexicanos y Españoles, habló el rey á sus súbditos, y les dijo: que si peleaban por su libertad, libre era él, pues estaba en su mano salir de allí cuando quisiese, si porque aquellos extranjeros abandonasen la ciudad, que dispuestos estaban ellos á hacerlo; que así, pues, dejaban las armas; mas uno de los de la multitud levantó entonces la voz, y llamándolos cobarde y afeinado, tendió su arco y le disparó una flecha (1), visto lo cual por el pueblo, comenzó á llover latigeros de piedras y flechas sobre el infeliz monarca, que á pesar de estar cubierto este por dos volutas, recibió, según aseguran los historiadores, una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo. Cortés tuvo entonces algunas conferencias con los nobles, conferencias que todos los historiadores callan, y concluidas tres máquinas de guerra que el general había mandado construir, salió el 29 de junio por la mañana por una de las calles principales, con casi todas sus tropas y su artillería; y llegado que hubo á uno de los puentes, mandó que se acercasen á las casas las máquinas, y que comenzaran á obrar; mas la multitud de piedras que de las azoteas arrojaron sobre ellas las despezó pronto, y después de haber combatido los Españoles hasta el medio día, sin haber podido pasar el puente, tuvieron que volverse turbados á su cuartel con un muerto y gran número de heridos; no obstante esto, el ánimo de Cortés no desmayaba; por el contrario, los reveses arribaban cada día mas su constancia.

Orgullosos los Mexicanos con esta victoria, cobraron hris; quinientos nobles se refugiaron en el templo mayor que dominaba el cuartel de los Españoles, y desde allí los comenzaron á combatir, ayudados de las tropas que por los lados rodeaban el palacio de Axayacatl. Viendo esto Cortés, y después de haber mandado un capitán con cien soldados que fueran

rechazados, se determinó á asaltar el templo él mismo, á pesar de una herida que había recibido en la mano izquierda en los combates anteriores. Se dirigió á allí con parte de sus soldados, y después de grandes dificultades logró llegar al átrio superior, en donde se trahó una redida contienda en que los Mexicanos tuvieron una pérdida considerable de gente, y Cortés marchó á su cuartel victorioso tras haber pegado fuego á algunos de los santuarios del templo (2). Al día siguiente pensó Cortés retirarse por el camino de Ixtapalapan; mas habiendo sido rechazado, dirigió aquella rotura que le era preciso verificar ya á toda costa, para el 1.º de julio, en que después de haber convenido hacerla, se adhirió al parecer de uno llamado Botello, que entre ellos tenía fama de astrólogo, y en cuyas predicciones fiaba Cortés demasiado, el que fué de opinión que se retirasen por la noche, lo cual ocasionó quizá el mal éxito de la retirada. Ordenado ya todo se dirigió por el camino de Tlacopan (Tacuba) (3); pasaron en buen orden el primer puente; mas vistos luego por los sacerdotes que velaban en el templo y que dieron el grito de alarma, fueron rodeados por todas partes por los Mexicanos que introducidos al desorden, hicieron en ellos la mas espantosa carnicería que hasta allí se había visto: les cortaron los puentes, de suerte que los soldados de Cortés noos calan al agua y otros sucumbían á los golpes de los enemigos (3), quienes

(1) Comenzando por lo que ahora llamamos calle de Tacuba, siguiendo el camino derecho hasta el pueblo de Popotla, cercano á la que entonces era la corte del señor de Tlacopan.

(2) No falta historiadores que para hacer sin duda mas trágica la posición de Cortés en este punto, aseguran que se vio próximo á perder la vida cuando, sus manos de sus soldados mexicanos, que habían llegado allí, se iban á arrojarse con él para llevarlo á su patria de un trazo; no obstante mas á quienes hizo arrojar Cortés con su extraordinaria fuerza. Como al Cortés, al Bernal Diaz, ni Gonzalez, hacen mención de esto, quien con Clavijero que esto no pasa de invención de algunos historiadores amantes de novedades.

(3) Parece que lo mas probable es que salieron en esa noche 500 Españoles y 1.000 Tlaxcaltecos, y que se perdió la mayor parte de los bagages, lo cual como el hambre espantosa que después padecieron en el camino.

Esa noche fué tambien cuando Pedro de Alvarado, viéndose por todas partes rodeado de enemigos y sin esperanza de salvarse, sino saltando en canal de una roca muy considerable que tenia delante, aporó su pecho dentro de él, y usando de una fuerza prodigiosa, dió

los persiguieron hasta cerca de Popotla, á donde llegaron los pocos que quedaron, casi sin vida, y en donde Cortés sentado en una piedra y debajo de un arbol, derramó lágrimas amargas por tantos valientes compañeros, como en esa noche perecieron. En estremo consternado Cortés con los sucesos de aquella noche, de eterna memoria para ellos, á la que después llamaron *noche triste*, por la melancólica impresión que dejó en sus ánimos, trató de apresurar su marcha á Tlaxcala con los pocos soldados que le habían quedado, para recomponer de pérdida tan considerable. Siguió su camino por Tlacopan, Atzacapotzaco y Otoucalpolco (4), y tomando luego el rumbo de Quauhtitlan y Tlaltepēc, llegó á pocos días á la llanura de Otumpoco, en donde estaba situada la ciudad de Otumpaca, en que le esperaba con los brazos abiertos la victoria para hacerle cobrar ánimo y seguir adelante con su empresa.

En esta llanura descubrieron un ejército numerosísimo que se dirigía sobre ellos, el que si no era de Mexicanos, era de aliados suyos, y que, según el mismo Cortés, en una de sus cartas, era de doscientos mil hombres. Al verlo la mezuquina division de Cortés, hambrienta y sin fuerzas ya para combatir, juzgo que aquel era el último día de su vida; mas habiendo oido la voz del general, siempre arrojado, siempre resuelto, animándolos en una arenga breve, pero entusiasta, recobró en parte su valor y entró al combate, como si en los días anteriores no hubiera padecido hambre, sed y cansancio. Naturalmente los enemigos habían comenzado á arrollar á los Españoles, quienes sin una sola chispa de esperanza de triunfo, sentían que sus fuerzas se postraban cada vez mas, influyendo gran desconsuelo en el pecho del general, quien viendo que un acto de arrojo podía, ó acabar con ellos completamente, ó asegurarles la victoria, y recordando que aquellos pueblos huían desprovistos mas solo con perder al general y su estandarte, su íngenuo presto en sugerirle medios pronto le inspiró el de arrojarse el mismo empujado de los enemigos, dirigiéndose al general, derribarle y arrancarle el estandarte. Así lo hizo; y después de haber encomendado á Alvarado, Sandoval, Ordz y Avila, que le guardasen la espalda, se precipitó al encuentro de los enemigos, acompañado de otros cuantos de sus soldados, des-

truyendo empujo á su paso encontraba hasta que dio con el general, á quien derribó de un lanzazo, después de haber recibido una gravísima herida en la cabeza. Salamanca, uno de los soldados que lo acompañaron, seior como el relámpago, echó pie á tierra, y arrancándole el penacho se lo presentó á Cortés, con lo que viendo las tropas Mexicanas muerto á su general y perdido su estandarte, echaron á huir, y los Españoles cantaron victoria, gracias al denuevo y arrojo de su impertérito caudillo y de un simple soldado. Tal fué el éxito de la celebre batalla de Otompan, dada el 7 de julio, en la que perdió Cortés gran número de su gente, y de la que se puede decir que decidió de la conquista, porque menguando la excesiva confianza de los Mexicanos, aumentó el hris desmayado de sus enemigos. Cortés dió en ella la mayor prueba de su ánimo constante, de su ingenio levantado, y de su valor indomito. En el campo del combate durmieron aquella noche, en la que Cortés mismo, á pesar de su herida, hizo la guardia para mayor seguridad.

Al día siguiente, 8 de julio, continuaron su marcha y llegaron á Tlaxcala, en donde acabó de sanar Cortés de la herida, que poco antes lo había puesto en la puerta del sepulcro, y en donde se vió en peligro de ser abandonado por sus soldados, quienes teniendo presentes aun los funestos sucesos de la noche del 1.º de julio, trataban de persuadir al general que pasaran á Veracruz á aguardar socorro de España, ó de las islas. Cortés, con su elocuencia y perspicacia, logró disuadirlos de su empeño. De Tlaxcala pasó á hacer la guerra á Tepeyacac, Quaquechilco, Iztocan, Talabzinco, Tecmachalco y Tochtepec; y domadas estas provincias, emprendió su marcha á Texcoco acompañado de sus pocos soldados Españoles y de multitud de tropas de los aliados. (5) En este tiempo grandes ocurrencias había habido en México: Motecuzoma había muerto y los Mexicanos habían elegido por su rey á Cuauhquemotzin su hermano: este había comenzado á fortificar la ciudad y á reparar lo destruido; había mandado un mensaje á los

(1) Llamó Cortés á Tlacopan con sistema humano de castillos, dirigidos en cuatro partes, y quinientos cincuenta de infantería española dividida en nueve compañías armadas de mosquetes, ballistas, de capadas y rodajas y de pines, salió tambien con 150,000 alibres, según Ojeda que los mandaba, entre los que se enviaban las tropas de los Tlaxcaltecos, los Huastecas, los Chichuleses y Tepeyacacas.

el terrible salto que le dio en nombre á aquel lugar, y que hizo que sus compañeros en memoria de él lo llamasen en lo sucesivo, Pedro de Alvarado del Salto.

(2) Los Remedios.

Tlaxcalenses, invitándoles á que se aliaran con ellos contra los Españoles, á que aquellos republicanos contestaron con una negativa, y había muerto á los cuatro meses de su reinado atacado de viruelas, enfermedad desconocida hasta allí en aquellas comarcas, é introducida en ella por un negro esclavo de Narvaez, y á su muerte, en fin, había sido elegido rey su sobrino Quauhtemotzin, joven de veinticinco años, poco averazado aún á las batallas, pero dotado en cambio de una energía y de un valor que asombraron á sus mismos enemigos.

Cuando Cortés salió de Tlaxcala para Tezcoco el 29 de diciembre de 1520, dispuso que se confiscasen á esta ciudad las velas, jarcias, clavazón y otros materiales que habían quedado de los navios que había destruido en Chalchihuitlán, para que se comenzase la construcción de los bergantines con las maderas y resinas que ya se habían mandado sacar de los montes. Resuelto á emprender cuanto antes la conquista de México, objeto de todos sus afanes, entró en la corte del rey Acóhuahuac, y habiendo notado algunas novedades en el pueblo, en la nobleza y aun en el rey mismo, que le indicaron que los ánimos estaban predisuestos en su contra, destronó al monarca reinante, y puso la corona al príncipe Ixtlixochilli, su hijo, á quien mandó traer de Tlaxcala, en donde le tenía detenido. Se dirigió luego sobre Iztapalapan, de donde volvió á Tezcoco, sin haber hecho cosa de importancia; se confederó con la ciudad de Otumpán, y á pocos días salió con gran pompa á recibir á los Tlaxcalenses que volvían con los restos de los navios destruidos que sirvieron para los trece bergantines que se construyeron después. A principios de la primavera de 1521 salió de Tezcoco con veinticinco caballos, trescientos cuarenta infantes, seis cañones, treinta mil Tlaxcaltecos, gran parte de la nobleza, y se dirigió á Jalcohan, y de allí por Quauhuitán á Tlaxcopan, de donde después de algunos días volvió á Tezcoco; pues su objeto había sido entablar desde allí negociaciones con los Mexicanos, ó si no lograba esto, imponerse de sus designios respecto de él. De aquí mandó á Sandoval contra Huaxtepec y Xacapichala, y promovió nuevas negociaciones con los Mexicanos que le salieron infructuosas; y habiendo salido el 5 de abril con treinta caballos, trescientos infantes Españoles y veinte mil aliados, caminó por el Mediodía, sujetando todos los pueblos que encontraba al paso, hasta llegar á Quauhuitlan, (1) cuya conquista

(1) Cuernavaca.

ta empezó; y habiéndola concluido y dirigiéndose por el Norte emprendió la de Xochimilco, ciudad situada en las orillas del lago de Chalco y la mayor del valle después de México. De aquí pasó á Coyacoacán, de donde prosiguiendo su rodeo por los lagos, fué á Tlaxcopan, luego á Tezcoco, y de vuelta por tercera vez á esta ciudad reprimió una conjuración en que algunos partidarios del gobierno de Cuba trataban de acabar nada menos que con su vida y con la de sus principales capitanes. En fin, el 28 de abril se botaron al agua los bergantines; hizo Cortés revista de sus tropas, en la que vió con satisfacción que contaba ochenta y seis caballos, mas de ochocientos soldados Españoles, tres cañones de hierro grandes, quince de cobre menores y multitud de balas y metras, aumento que había debido al socorro que últimamente había llegado de España: les arengó enérgicamente á sus tropas y mandó excitar á todas las ciudades aliadas para que le mandasen las mas tropas que pudiesen, con lo que quedaron concluidos los preparativos del asedio de México.

El 20 de mayo hizo Cortés la distribución de sus tropas para proceder luego al asedio de México que debía asegurársele la conquista de estas tierras; dió á Pedro de Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados Españoles, con tres capitanes, veinticinco mil Tlaxcalenses, dos cañones y veinticinco mil aliados; y le mandó que ocupase á Tlaxcopan á Gonzalo de Sandoval con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados Españoles con dos capitanes, dos cañones y mas de treinta mil aliados, lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan y arcampase allí; y el mismo tomó el mando de los bergantines, en los que distribuyó el resto de sus tropas españolas. Concluida esta distribución, todas salieron de Tezcoco para dirigirse á sus respectivos puntos: Alvarado y Olid marcharon para Tlaxcopan, en cuya marcha ocurrió un incidente que motivó el suplicio de Xicotencatl el joven, noble Tlaxcalteca, mandado ahorcar por orden de Cortés: Sandoval partió para Iztapalapan, y Cortés en sus bergantines á auxiliarlo en la toma de esta ciudad, atacándole por la parte que estaba situada en el agua. Alvarado y Olid trataron luego de cortar el acueducto de Chapultepec, mas fueron rechazados hasta Tlaxcopan, de donde partió Olid para Coyacoacán el 30 de mayo, que segun Cortés fué el día en que comenzó el asedio. Rindióse Iztapalapan por los esfuerzos de Cortés y Sandoval; mas antes de que se rindiera del todo, aquel determinó dirigirse

con sus bergantines, la mitad de las tropas de Coyacoacán y cincuenta infantes escogidos de Sandoval, sobre México. Asilo hizo en efecto, y habiendo hecho una salida, rechazó á los Mexicanos hasta dentro de la ciudad, se acercó á los arrabales y quemó algunos de ellos. En esto notó Alvarado que por la calzada del Norte le entraban á los Mexicanos socorros; dió parte de esto á Cortés, quien mandó luego á Sandoval que se dirigiese con sus fuerzas á aquel punto, quedándoles de este modo interceptada á los Mexicanos toda comunicacion con la tierra firme.

Con quinientos Españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, hizo Cortés su primera entrada en México, de la que después de haber hecho un grande estrago, se retiró por el camino de Iztapalapan, quemando las casas que á su lado se encontraban. El número de las tropas auxiliares ascendió entonces á 200,000 por la confederacion que cada día hacian nuevos pueblos con los Españoles; y Cortés con todas estas fuerzas hizo tres días después su segunda entrada, en la que haciéndose dueño de las trincheras y de los fosos, llegó hasta la plaza mayor en que estaba edificado el templo, y de aquí volvió á retirarse con las tropas de Alvarado y Sandoval que le auxiliaron en aquella expedicion. Nuevas entradas hizo luego en la ciudad, y los combates se repitieron diariamente, porque Cortés verificaba siempre su retirada, no queriendo ni dejar guarniciones en las trincheras de que se apoderaba, por no espumarlos á la saña de los Mexicanos, ni á campar dentro con todo su ejército, por no quedar espuesto á sus ataques nocturnos, y sobre todo porque así les entrarían socorros, cuya llegada impedia el tambien desde su campamento de Jolotl. (1) Cada día eran mayores las ventajas del ejército de Cortés sobre el de los Mexicanos: la mayor parte de las ciudades del lago que en sus continuas entradas en la capital, pudieran haberlo atacado por la retaguarda, ó por la vanguardia en sus retiradas y haberle causado grande estrago, mientras las tropas de la capital se lo causaban por el lado opuesto, vinieron á confederarse con él aumentando el número de los aliados y proporcionándole mas de dos mil barcas para que auxiliasen á los bergantines en sus operaciones. Con estas nuevas fuerzas hizo Cortés nuevas entradas en la capital, no consiguiendo en ellas si-

(1) Era una altura especie de fortificación de que desde el principio del ataque de Iztapalapan se había apoderado.

no únicamente el medio de comunicarse libremente con Alvarado que acampaba en Tlaxcopan. Este por su parte hizo una entrada en Tlalteotelec de donde fué rechazado con gran pérdida por los barbas de un Tlalteotlapan que inflamaron el pecho de los soldados Mexicanos, haciéndoles desplegar un denuedo inaudito. Veinte días se pasaron sin que los Españoles hicieran otra cosa que repetir entradas y salidas infructuosas en la capital, al cabo de los cuales, instado Cortés por sus soldados á dar un golpe decisivo, mandó á Sandoval y á Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlaxcopan, para que empeñados los Mexicanos en seguirlos, él pudiese entrar por otro lado con su ejército. Alvarado y Sandoval fingieron levantar su campo: Cortés, distribuidas todas sus fuerzas, emprendió su marcha, y los Mexicanos que muy bien comprendieron aquel ardido, abandonaron al principio las trincheras, pero los Españoles se apoderaron de ellas, y cargando luego sobre ellos, les hicieron tal estrago, que los obligaron á retirarse. En su retirada, el ejército Español dió con un foso que á la vista cogado, no lo estaba sino por débiles jumcos que cubrían su superficie. Se precipitó en él, se hundió, y en aquel conflicto en que unos soldados se ahogaban, otros metían muertos salidos de él á nado, y otros retrocedían espantados, entregándose en manos de los enemigos que los seguían, Cortés con voz robusta los animaba en vano; volvía á los Mexicanos, se introducía entre ellos, y con la fuerza de un Alcides los derribaba. En medio de esta confusion, un soldado Mexicano logró apoderarse del caudillo Español, á quien habria podido haber dado ya muerte, mas de quien querian apoderarse vivo para sacrificarlo á sus Dioses, y en gran triunfo lo conducia ya para el templo, cuando Olid, intrépido soldado de Cortés, descargó sobre su brazo tal golpe, que separándole del cuerpo, dió tiempo al general para que desprendiéndose se salvara, impidiendo así que los Mexicanos obtuvieran una victoria completa: á salvar á Cortés de aquel peligro contribuyeron tambien eficazmente Ixtlixochilli príncipe de Tezcoco y Tomacatzin, esforzado Tlaxcalteca. Los Españoles se retiraron confusos, con su general herido en una pierna, y los Mexicanos volvieron victoriosos y con grande ánimo para nuevos combates. (1)

(1) La pérdida que tuvo Cortés, segun Bernal Díaz del Castillo, en ese día, fué de siete caballos, gran número de armas y barcos, un cañón, mas de mil aliados

Seguían los españoles en su campamento reuniéndose de tan gran descalabro, y Cortés que siempre velaba sobre no permitir que los Mexicanos recibiesen socorro por ningún lado, mandó que los bergantines siguieran recorriendo los lagos, en los que tuvieron algunos encuentros con las piraguas de los Mexicanos que los ocasionaron a ambos, pérdidas considerables. Mandó también un mensaje al rey de México, propitiándole la paz con la condición de que reconociese por su señor al rey de España y mas Quauhtemotzín; después de haber consultado á los sacerdotes, le contestó, que él y sus súbditos estaban resueltos á esperar antes que consentir en ser sus esclavos. En tan dura posición mandó Cortés á Tápia á que auxiliara la ciudad de Quauhmanhuac amenazada por los Malinqueses, y á Sandoval al valle de Toloaca á que socorriera á los Otomites que habían mandado pedirle favor contra los Malinqueses, presto volvieron estos con nuevos aliados de aquellos mismos pueblos que habían salido á combatir, y habiendo regalado entonces también á Veracruz nuevos refuerzos de España, se volvió Cortés, como dice Clavijero, con un ejército mayor que el que Jerjes envió contra Grecia. Entretanto, Cluichimerat, diestro general Tlaxcalteca, hizo una entrada en la ciudad con sus soldados Tlaxcaltecas, inmensa para los Mexicanos, quienes en venganza atacaron de noche el campo de Alvarado, los Españoles y los aliados corrieron á las armas, duró el combate tres horas, al cabo de las cuales Cortés había hecho ya una entrada en la ciudad, aprovechándose de aquella coyuntura. Viendo Ixtlixochitl, que los combates eran muchos y pocas las ventajas, aconsejó al capitán Español que toda hostilidad se suspendiera desde entonces, hasta hacer rendir la ciudad por el hambre, para lo cual no había mas que impedir del todo la entrada de víveres. Así se resolvió á hacerlo Cortés, agradecido por tan prudente consejo; mas no pudiendo contentarse su ánimo inquieto y belicoso con la inacción, á los pocos días volvieron á romperse las hostilidades, no sin enviar antes á Quauhquemotzín nuevos mensajes, cuyo éxito fue tan malo como el de los anteriores.

Los Mexicanos, á pesar del hambre que los acosaba, estaban resueltos á morir antes que ceder; mas Cortés, viendo su obstinación, y

y mas de sesenta Españoles, entre los que murieron en el combate, los allegados y los prisioneros que fueron sacrificados. Los heridos fueron innumerables.

sin dejar de admirar su constancia, se determinó entrar á en la ciudad destruyendo todas las casas, para quitar á los enemigos el refugio de las azoteas, y después de varias entradas de poca consecuencia, el 24 de Julio hizo una, en que quedando en su poder tres partes de la ciudad, no le restaba ya mas que Tlatelolco, donde se habían refugiado el rey y la nobleza, para llegar al término de su empresa. El 25 se hizo dueño de una calle principal en que había un foso tan ancho, que el día lo empleó en cegarlos para poder pasar, dando en tanto lugar á los Mexicanos para que construyesen nuevos puntos de defensa á falta de los azoteas. El 26 se tomaron todos estos nuevos puntos: Alvarado se adelantó hasta dos torres que había cerca del palacio en que estaba el rey, donde se detuvo por los anchos fosos que allí habían, y de donde fue rechazado por el denuesto de los enemigos; Cortés por su parte, después de haber allanado los pasos difíciles, salvo la trinchera y el foso que le impedían la entrada al mercado, se reunió con las tropas de Alvarado, y habiendo visto que solo una octava parte de Texochitlan le faltaba para hacerse dueño de ella, y movido por el estado miserable en que encontró á sus habitantes, mandó que cesasen las hostilidades é hizo nuevas proposiciones de paz, tan infructuosas como las anteriores. Al cabo de cuatro días de entera quietud por ambas partes, reconvirtió Cortés sus proposiciones de paz, que volvieron á ser desechadas; y no pudiendo ya tolerar tanta repulsa, dio orden á Alvarado para que entrase á fuego y sangre por una calle, mientras él se dirigía por otra. Grande fue el desastro que en los Mexicanos hicieron aquel día (1): el pueblo, hambriento, espantado, y ya casi sin vida, vagaba por las calles implorando la misericordia de sus dioses: sus ahullidos, que llenaban los aires, llegaron á los oídos de Cortés, quien conmovido por tanta desgracia, mandó que cesara la carnecería, y se dirigió á unos nobles que guardaban una trinchera, pidiéndoles que suplicasen á su rey tuviese una entrevista con él. Aquellos nobles, que deseaban ya la terminación de tanta calamidad, se dirigieron al palacio de Quauhquemotzín con el mensaje de Cortés; mas el rey, después de varias evasivas, vino en no conceder al general Español lo que pedía, por lo que Cortés irritado y enfadado ya, reunió todas sus tropas, y en poco tiempo se hizo dueño de las fortificaciones de mas

(1) Clavijero asegura que entre muertos y prisioneros se contaban mas de diez mil.

cuantía que les habían quedado á los Mexicanos, mientras que Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Este fué el día en que los Mexicanos tuvieron la pérdida mayor de gente desde de la llegada de los Españoles, y en que las miserias del pueblo de la mayor ciudad de Anahuac llegaron á su colmo (1).

En fin, el 13 de agosto de 1521, después de haber distribuido en buen orden todas sus tropas y de haber mandado á Sandoval que con los bergantines guardase la salida de Tlatelolco por el Norte, se dirigió Cortés á dar el último ataque al único punto que les quedaba á los Mexicanos. Antes de proceder á él, mandó nuevo mensaje á Quauhquemotzín con proposiciones de paz; indújolo á esto, como dice Clavijero, no solo la compasión de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrían echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no haberlo así, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharían de la confusión del asalto, y poco ó nada dejarían á los Españoles.

Infructuoso por última vez este mensaje, se procedió al asalto, y los soldados de Cortés y los aliados á pesar de la orden del general hicieron una carnecería tan espantosa, aun en los hombres, mugeres y niños que se los habían venido á rendir, que quedaron muertas quinientos personas (2). Muchos nobles y el rey con toda su familia y los reyes de Tlacoapan y Tezcoco, se escaparon en piraguas á pesar de la diligencia de Sandoval, quien tan luego como supo su huida, mandó en su alcance á García Holguin en un ligero bergantín. Este lo hizo prisionero y los llevó á todos á presencia de Cortés. Soy vuestro prisionero, dijo Quauhquemotzín á Cortés; y viéndole el puñal que traía en la cintura quitáome la vida, continuó, con ese puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino.

No menos valiente Quauhquemotzín, le respondió Cortés, pues sois prisionero del mayor monarca de Europa, de cuya bondad, no sólo debéis esperar que os vuelva la libertad, sino el trono de vuestros mayores que tan bien ha-

beis sabido defender. Mandad á vuestros súbditos que se rindan y que salgan de la ciudad sin armas y sin carga, y las hostilidades entre Españoles y Mexicanos cesan desde este momento.

Por espacio de tres días con sus noches, las calles de Tenochtitlan se vieron llenas de hombres, mugeres y niños, que pillos y casi moribundos, la abandonaban con el llanto en los ojos y el dolor en el corazón (3).

Así, á fuerza de constancia y valor, llegó Cortés á ver realizados sus ensueños: México quedó conquistado después de un sitio de setenta y cinco días, el 13 de agosto de 1521, el tercer año del segundo período del siglo mexicano, ciento noventa y seis años después de su fundación y á los dos años tres meses veintinueve días de haber arribado á estas tierras el conquistador.

Juzgar á un hombre segun el espíritu de la época en que se recordan sus hazañas, y querer que estas estén en todo conformes con aquel, es uno de los mayores errores que puede cometer el espíritu humano: las ideas, los usos y las costumbres son diversas de las que fueron borma de sus acciones, y lo que entonces era una virtud, es hoy quizá un vicio; y lo que una heroicidad, un hecho comun. Tal es la inestabilidad de las opiniones de los hombres! Cuando tratamos de presentar, por ejemplo, un personaje de la edad media, debemos remontrarnos á ella, revestirnos de sus hábitos é inculcarnos sus ideas para no ver en la acción bárbara hoy de dos caballeros que se desahaban á muerte, sino una prescripción del honor; y en ellos, por consiguiente, dos almas grandes que no hacían mas que acatar la ley de uno de sus ídolos. No quiere decir esto que nos apasionemos de tal suerte, que ciegos, justifiquemos lo que en si es digno de vituperio, pues que la única utilidad de la historia consiste en las lecciones que suministra á la posteridad; mas si que respecto de los personajes y de las cosas de lo pasado, no debemos ser tan ligeros que menoscabemos su gloria tan solo porque no obraron como deberían obrar hoy, ó porque no fueron como desearíamos hoy que fuesen. De esta ligereza, de esta falta de conocimiento de su siglo, se resentian quizá algunos juicios que se han emitido sobre Cortés, así como del defecto contrario, de una ciega pasion pecan otros.

Un célebre escritor francés ha dicho hoy, refiriéndose á lo literario, que hay tres clases de

(1) Cortés en una carta al Emperador dice, que la pérdida de los sitiados ascendió ese día á mas de ochocientos mil personas entre muertos y heridos.

(2) Bernal Diaz.

(3) Bernal Diaz.

hombres de ingenio; unos que van con el espíritu de su época, otros con el que ha visitado siglos anteriores al suyo; y otros, en fin, que por una especie de adivinación acompañan al que dominará los tiempos posteriores al en que viven, lo cual puede también decirse de los guerreros; y en este caso, en la primera clase figura ya a Cortés que fué del siglo diez y seis y obró según su espíritu; y en la segunda, a Napoleón que fué del diez y nueve y obró según las ideas del diez y seis.

El derecho de conquista era en este siglo derecho reconocido por todos, que se tenía además como sagrado; y el que emprendía una conquista era tenido por héroe. Cortés entendió la de México, y en su siglo fué considerado como héroe, por que, pues, nosotros que lo contemplamos en época tan remota, le hemos de negar este título, cuando no decimos á la generacion que nos escuchó, imitado, sino únicamente admirar lo que hizo en un siglo en que la fuerza era la ley suprema, así como le diríamos hoy, que admirar al que sin el aparato salvaje de las armas, y solo con la convicción del raciocinio dominase á los hombres? Cortés como conquistador de México, es grande, porque los hombres prueban su grandeza de alma, según lo mas ó menos árduo de las empresas á que se arrojan; y si reflexionamos sobre varias de los pasajes que llevamos expuestos de su vida, veremos en cada uno de ellos confirmada la asercion anterior: fué constante, y su constancia no es quizá lo que menos contribuye á su gloria. Por otra parte, hijo querido de la fortuna, ésta le allanaba la senda escabrosa de la conquista; sin las rivalidades de las naciones de Anáhuac, Cortés hubiera perecido con su puñado de Españoles; si México no hubiera sido conquistadora, no hay duda en que no hubiera sido conquistada.

Habil político Cortés, supo aprovecharse de estas disensiones; poco necesitó para persuadir á las naciones subyugadas que venia á ayudarles á sacudir su yugo, y aliado con ellas, las supohacer instrumentos de su engrandecimiento. La fortuna lo guiaba por todas partes, y que conquistador ha habido á quien esta no haya cubierto siempre con su égide?

En cuanto á los sentimientos del corazón, no se encontrará tal vez á Cortés muy limpio de tacha: su piedad será desmentida con la horrible catástrofe de Cholula, el suplicio de Nicotencatl etc., y su gratitud con el indigno tratamiento que usó con Moctezuma; mas fácil es convencerse de que en su posicion cualquiera debía ahogar estos sentimientos para poder lle-

var á cabo una empresa que requeria un corazón de hierro. La ambicion, la avaricia lo dominaban.... ¿Quién es el hombre exento de vicios que pueda presentarse á los demas como modelo?

III.

Consumada la conquista, Cortés quiso apoderarse de los tesoros reales, para lo cual no perdonó medio ninguno, ni el de aplicar el tormento á Quauhtemotzín y á uno de los nobles de mas importancia, (1) á quienes no pudo arrancar el secreto, ni con semejantes violencias; y cuentan las historialidades que despues de este suceso siempre andaba Cortés al lado de Quauhtemotzín, á quien trataba con aprecio y aun con respeto, quizá para captarse la benevolencia del pueblo, del que no debía de temer que se volteease. (2) El botín lo distribuyó entre sus soldados y los aliados y reservó el quinto para el Emperador, con multitud de esclavos de ambos sexos que mandó que se marcasen con el sello real: en esto y en recibir las embajadas de las naciones de la comarca, se empleó Cortés el resto de 1521. En 1522 pasó á Coyoacán, en donde nombró el ayuntamiento de México, que residió en esa ciudad algunos años, é hizo allí el repartimiento de terrenos entre sus soldados y los naturales; escribió una carta al Emperador dándole cuenta de cuanto habia pasado y suplicándole que se le quedase á esta tierra el nombre de Nueva-España, y que jamas se enagenase de la corona de Castilla y declaró por un exceso de celo religioso una guerra á cuanto pertenecía á los Mexicanos que sin distincion lo destruyó todo, y con ello la gloria de la nacion Azteca. Cortés se veia faltar de pólvora para continuar sus expediciones, y mandó en el acto que se sacase azufre del Popocatepetl; envió en seguida embajada con Olid y Sandoval al rey de Michoacan, quien lo envió á su hermano, despues del que vino él mismo en persona á conocer á tan temible conquistador, y á prestarle obediencia. Mientras tanto Cortés proyectaba la conquista de Iberoas (3) y de Oajaca, para las que pensaba en

(1) Todos las historialidades están conformes en esto.
(2) Templada dice que Cortés andaba siempre con Quauhtemotzín, únicamente por participar de las demostraciones de respeto que el pueblo hacia al que habia sido su rey, de suerte que en dos palabras nos conviene á Cortés en finta. Confieso que yo no puse á dar crédito á semejante asercion, á pesar de ser hecha por la gravedad de Templada.
(3) Huasteca.

Olid en Orozco; mas ántes de esto mandó que se reedificase México, para lo cual hizo la distribución de terrenos. Fué entonces tambien á Pánuco y á Tabasco á quitar el mando de estas provincias á Garay que las gobernaba en nombre de Carlos V, y de vuelta de esta expedicion, viendo que ya estaba asegurada su dominacion, promovió que se trajesen mugeres Españolas, ganados y toda clase de semillas de las islas y de España; prometió grandes premios á los artesanos que quisiesen pasar á México; abrió el camino de México á Veracruz; y mandó en fin, una expedicion al reconocimiento de las costas de la mar del Sur.

En esto arribó á Veracruz Cristóbal de Tapia, á quien Diego Velasquez, que como ya hemos visto, se habia tornado en enemigo implacable de Cortés, mandaba con el nombramiento de gobernador de México que habia solicitado del Emperador. La guarnicion de aquella ciudad le detuvo y mandó luego noticia á Cortés, quien consultado el ayuntamiento de México, mandó abrir á Tópia que olvidando aquel nombramiento, pasase con su gente á poblar á Medellín, ciudad que poco ántes habia fundado Cortés en memoria de su patria, en lo que Tapia, que debía de ser poco ambicioso, convino presto; mas á quien Cortés, obligado por motivos poderosos, envió luego á España. Mientras esto pasaba con Tapia, nombró Cortés á Alvarado para la conquista de Quauhtemalan; (1) y con estos acontecimientos y el hambre espantosa que afligió á México, pasó el año de 1522.

Hasta principios de 1523, la autoridad de Cortés, dimanó únicamente de la voluntad de su ejército; el Emperador no lo nombró gobernador y capitán general, sino hasta este año en que llegaron á México los despachos de España, en donde Ordáz, Montejo, y el mismo Martin Cortés, padre del conquistador, burlando las esperanzas de Velasquez, obligaron al Emperador á que le confriese aquellos nombramientos, despues de haberle presentado los presentes que el conquistador le enviaba. En las instrucciones que el Emperador mandó entonces á Cortés, le prescribia que trabajase incesantemente en acabar con la idolatria en estos países, inspirándole á los indios ántes confianza que miedo; anuló los repartimientos que habia hecho y mandó que no se hiciese esclavo á ningun mexicano, y que los que hasta allí lo habian sido, se diesen desde entonces por libres. Mandó además que Cor-

tés nombrara por entonces los regidores de los ayuntamientos, de que señaló diez á México, como capital de la Nueva-España, y seis á las demas ciudades: mandó tambien que se les impusiera un tributo moderado á los indios, y que los plébeos en que se litigase una suma que no pasase de mil pesos fuesen sentenciados por Cortés, teniendo que ocurrir á la audiencia de la Isla Española, si la suma era mayor; eximió al reino de México por ocho años de las alcabatas, y por diez del quinto del oro y plata; encargó igualmente á Cortés que cultivara la verdadera grana que se decia habia en estas regiones y que mandara expediciones á descubrir si habia algun estrecho que comunicara el mar Atlántico con el Océano indico (1), y por auto librado en Pamplona el 22 de octubre de 1522 se obligó á no enagenar, ni él, ni sus descendientes el reino de México de la corona de Castilla.

Cuando llegaron á México estas disposiciones del Emperador, hubo en el acto disensiones: los hombres de intenciones rectas aplaudieron la disposicion que volvía la libertad á los esclavos; mas los de ánimo perverso, á quienes los habia tocado parte de ellos, no llevándola á bien, obligaron á Cortés á que representase al Emperador los inconvenientes que de ella resultarian. Mientras que Cortés recibia las felicitaciones por sus nuevos empleos, tuvo la noticia de que habia arribado á Veracruz el Lic. Zuazo, grande amigo suyo, á quien mandó que se condesase á México para que hiciese con él veces de asesor aconsejándole en el gobierno. Llegado á México Zuazo, supo luego Cortés que Garay, á quien habia quitado el gobierno de Pánuco y Tabasco el año anterior, habia arribado en las costas del Norte con una armada respetable: aquel temió al principio; mas sabiendo despues que la mayor parte de los soldados habian abandonado á Garay, y que este imploraba su benignidad por conducto del Lic. Zuazo, lo hizo pasar á México, en donde lo hubiera usado, si ántes no hubiera muerto, porque consideró, que usarse misericordia para con los vencidos, es ganarse amigos verdaderos. Terminó este año con la conjuracion de los Mexicanos porque no se les habia puesto en libertad, como lo habia mandado el Emperador, conjuracion que pres-to abogó Cortés, con haber mandado esto á Cristóbal de Olid á la conquista de Iberoas, y á Orozco á Guayacac (Oajaca), y con la apertu-

(1) Guatemala.
Tom. I.

(1) El Pacífico ó mar del Sur.

ra del camino de México á Tampico, y la construcción del Muelle de este puerto.

En el año de 1523, llegaron á México los oficiales del tribunal de cuentas que se estableció en ese año, los cuales eran Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Alborno, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralminde Chirinos vecedor. Estos, que vieron que lo que se decía del oro abundante de estas tierras, no estaba de acuerdo con lo que á ellos les pasaba, y que creían que Cortés era quien recogía todos los tesoros de este Nuevo Mundo, en mengua de los intereses de ellos; informaron luego contra él al Emperador, haciéndole aparecer á sus ojos mal, bajo todos aspectos. Cortés que conoció el espíritu de los oficiales reales, se preparó á la lucha; mas anduvo tardando en aprestar sus armas para combatirlos, pues cuando él mandó nueva embajada y regalos al Emperador, aquellos lo habían informado ya contra él, pidiéndole que enviase un juez pesquisador para que averiguara la muerte de Garay que ellos se la imputaban á Cortés. Entretanto, este que había sabido que Cristóbal de Olid, hecha la conquista de Ihuera, se había sustraído de su obediencia, impellido por un espíritu de venganza, publicó una jornada á Ihuera contra el traidor. Sus parciales trataron de disuadirle de semejante empeño, haciéndole presente que con ello se espantaría á Cortés; mas todo fué en vano, porque después de haber nombrado á Estrada y al Lic. Zuazo, gobernadores de México, quizá para ganar aquel con esto; y de haberles agregado á Alborno por consejo perverso de Salazar, á quien junto con Peralminde Chirinos y los reyes destronados de México, Tezcoco, Tlaxcoapan y Atzacapotzalco, determinó llevar consigo, salió de México para Goazacoalco, de donde habiendo sabido que al abandonar él á México, habían venido Estrada y Alborno, mandó á Salazar y á Chirinos para que los castigasen. Allí supo que Olid había puesto preso á Francisco de las Casas, lo que le obligó á apresurar su marcha, sin saber que este venía ya á grandes jornadas por Quauhquemotlan á darle parte de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, le había muerto alevosamente.

Mientras Cortés se alegraba de Goazacoalco para Ihuera, pasaban en México sucesos inauditos: Salazar y Chirinos, de vuelta ya con el orden de Cortés para promover el proceso de Estrada y Alborno, quisieron hacerlo ruidosamente; mas temiendo un levantamiento, dejaron la decisión de aquel negocio al Lic. Zu-

so, quien declaró que era voluntad de Cortés que los cinco siguieran gobernando el reino; Salazar y Chirinos no podían conformarse con que los otros siguieran frustrándoles sus designios, así es que para acabar de perderlos, por un medio diabólico, se ganaron la amistad de Rodrigo de Paz, primo de Cortés y el hombre mas poderoso de México, á quien aquel había dejado encargada su hacienda. Con esto declararon luego que los tres gobernadores quedaban privados de su empleo, lo que ocasionó un tumulto que los obligó á restablecerlos. Mas sosegado el pueblo, los depusieron en fin, y Rodrigo de Paz prendió á Zuazo, á quien envió á Medellín para que de allí pasara á Cuba, con lo que quedaron dueños del gobierno. Nuevos temores asustaron á Salazar y Chirinos, cuando supieron que Estrada y Alborno habían salido de México, pues creyeron que estos se iban á unir con Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, grandes amigos de Cortés para venir sobre ellos. Salio Chirinos en su seguimiento y los condujo presos á México, en donde comestieron con ellos grandes tropelías. Lo mismo que con los demas habitantes de la ciudad, todo á la sombra de Rodrigo de Paz. Viendo, en fin, aquellos, que el auxilio de este no les era ya necesario, proyectaron perderlo tambien, para lo cual, después de varios medios de que se valieron, esparcieron la noticia de que Cortés había muerto á manos de los indios con casi todas las tropas que había sacado de México; y viendo que esta superchería, que ellos trataron de hacer pasar por cierta hacienda honras á Cortés y mandando que se las hiciesen en los demas puntos, no podia ser desmentida, se dirigieron luego á la casa de Paz, le intimaron la orden de que les diese una suma que Cortés debía al Emperador; y resistiéndose aquel á ello le aplicaron el tormento que sufrió sin resolverse á entregar nada, por lo que lo mandaron á la horca; y para que no llegara la noticia de tantas atrocidades, ni á España, ni á oídos de Cortés, mandaron orden á los puertos para que no se permitiese, ni la salida, ni la entrada á nadie.

Esto pasaba á fines de 1523 y principios de 1524, y los amigos de Cortés que veían que el reino cambiaba rápidamente á su disolución, varias veces habían intentado ya darle aviso de lo que pasaba en México; habían mandado al capitán Medina, que fué muerto por los indios en Xicalanco, y luego á Diego de Ordaz, que temeroso del fin del primero no quiso pasar adelante. Entretanto, Salazar y Chirinos seguían cometiendo tropelías inauditas: se habían echa-

do sobre los retraídos de San Francisco (1); por lo que Fr. Martín Valencia, juez eclesiástico, fulminó entredicho sobre la ciudad y salió para Tlaxcala de donde volvió preso, pues los gobernadores, intimidados, lo llamaron. Estas turbulencias hubieran continuado, si Cortés no hubiera acelerado su vuelta á México, á consecuencia de haber tenido noticia de ellas por el capitán que con plegos de Zuazo mandó á Honduras la Audiencia de la Isla Española que había sabido la noticia falsa de su muerte. Mas antes de pasar adelante, diremos, que Cortés en su viaje á Ihuera dió muerte á Quauhquemotlan, juntamente con los reyes de Tezcoco, Tlaxcoapan y Atzacapotzalco (2). Salió Cortés de Ihuera en el mismo buque que le llevó noticias de México, habiendo enviado antes á Sandoval por Quauhquemotlan, y á Donantes su paje con plegos en que revocaba el nombramiento de Salazar y Chirinos; y él se embarcó en el mismo buque que le había llevado noticias de México; mas el mal tiempo alargó extraordinariamente su navegación, retardando su llegada. Entretanto la noticia de la sublevación de Oajaca, obligó á Chirinos á abandonar á México y dejar solo á Salazar en el gobierno. El pueblo se amotinó al ver que quedaba con el mas cruel de los dos; los retraídos de San Francisco formaron luego el proyecto de quitarle el mando, proyecto que llevaron á cabo después de varios motines. Salazar fué puesto preso, y Estrada y Alborno volvieron á apoderarse del gobierno.

Llegó en fin Cortés á México, donde se encontró con nuevas gracias que sus procuradores en la corte habían solicitado del Emperador para él; desizo cuando Salazar y Chirinos habían hecho, y el 2 de julio de 1526, recibió á Ponce de Leon, á quien el Emperador le mandaba de juez de residencia con orden de examinar todas sus acciones, movido á ello por los informes que los anteriores gobernadores le habían dado de Cortés. Recibió este al nuevo juez con agrado; y lo hizo division de su cargo con buena voluntad; mas Ponce de Leon murió á poco, dejando su cargo al Lic. Marcos

[1] Estos se habían ido á guarecer á San Francisco en los dias que se sublevó México por la deposición de Estrada, Alborno y Zuazo.

[2] Accion bárbara que aun el mismo Gomara le vituperó á Cortés. Esta refiere el hecho á su factor; mas casi todos los historiadores opinan que no tuvo razones suficientes para hacerlo, y que obró en esto con una ligereza que siempre será reprobada por todo hombre sensato.

de Aguilar, quien habiendo muerto tambien muy pronto lo depositó en manos de Estrada. Este, (1526) viéndose ya con el mando supremo, le declaró una guerra encarnizada á Cortés; lo acusó en la corte de haber envenenado á Ponce de Leon; puso en libertad á Salazar y á Chirinos, é incansable su odio contra Cortés, le hacía nuevas imputaciones. Cansado el Emperador de tantas quejas, nombró, en fin, una Audiencia, cuya jurisdicción se extendiera á todo lo que hasta allí era llamado Nueva-España. En esto llegaron á México bajotes de España, en que salieron procuradores de los emullos de Cortés con nuevas acusaciones contra él, de tal naturaleza, que se trató en España de mandar á Pedro de la Cueva, hermano del conde de la Sirena á que le cortara la cabeza; mas dió la casualidad que en ese tiempo llegara á Sevilla Pedro de Alvarado, que junto con Fr. Diego Altamirano y Pedro de Salazar, pasó á desmentir cuantos cargos se le hacian al conquistador. En esto Niño de Guzman, que era ya poseedor de la provincia de Pánuco, por resentimientos particulares contra Cortés y Estrada, mandó á la corte á Samaniego con nuevas acusaciones, de las que resultó que lo nombraran presidente de la nueva Audiencia.

Así paso el año de 1527; en el siguiente, el Emperador, que no hallaba medio para sacar á Cortés de México y hacerlo pasar á España, para cerciorarse de si en lo que decian los otros tenían justicia, le mandó que pasase á la corte para acabar de arreglar el gobierno de Nueva-España. Así lo hizo Cortés, y después de prevenida una embarcacion soberbia, salió de Veracruz, y antes de que los nuevos oidores se licerian á la vela entró él en el puerto de Palos, donde murió Sandoval. Allí concurrió con Pizarro, y allí le atacó una fiebre violentísima que lo puso en las puertas del sepulcro y retardó su llegada á la corte. El Emperador lo visitó en su enfermedad, de la que restableció, le presentó sus memoriales se le confirmó en la capitania general, mas no en la gubernacion, pues se negó á ello el Emperador alegando que ni á Gonzalo de Córdoba se la habían concedido sus abuelos en Nápoles: se le concedió el 6 de julio de ese año el marquesado del valle de Oajaca, y la undécima parte de lo que un día le conquistase; se le ofreció además el reino de Michoacan; mas él rehusándolo se contentó con el señorío de los lugares siguientes: Quauhquemotlan, Huayacocotlan, Tecocoatltepec, Coyahuacán, Matolzinco, Atzacapotzalco, Ihuera, Huatrecpe, Utlaltepec, Ellan, Xalapa, Tecuapala, Coyahuacán, Calimayo, Antepex, Te-

pozlan, Cútlupan, Acapulcan & Ixcaplan. Hizo otras muchas peticiones á Carlos V, todas las cuales le fueron otorgadas.

La nueva Audiencia habia llegado á México y se habia declarado luego contra las disposiciones que en favor de Cortés diera el Emperador, embargaron sus bienes so pretexto de que debia grandes sumas al erario, y habiendo sabido entonces la buena acogida que le habia hecho el Emperador, convocaron en 1529 una junta, á la que vinieron los procuradores de todo el reino, y que tenia por objeto impedir la vuelta del marqués. Reunida esta junta comenzó sus sesiones; mas viendo Nuño de Guzman que los partidarios del marqués todo lo retardaban, entró un día á la sala en que se reunian, y habiendo echado á aquellos, nombró á Bernardino Vazquez de Tapia y Antonio Carbajal procuradores de México, con lo que hicieron luego una representacion al Emperador, en que entre otras varias peticiones, le hacian la principal que era que impidiese la vuelta del marqués, cuyos bienes habian vendido ya apresuradamente. Mas por otro lado los obispos de México y de Tlaxcala informaron al Emperador de que todo aquello no era mas que enemistad que le tenian al marqués, y de las tropelias sin número que estos cometian diariamente. Con todo esto, el Emperador se desengañó de que la mayor parte de las acusaciones que se le habian hecho contra Cortés no habian provenido sino de envidia: le dió nuevas muestras de su agrado; mando disolver la nueva audiencia; le concedió la duodécima parte de las islas que se descubrieran, y le hizo nuevas donaciones. El marqués por su parte solicitó nuevas mercedes, las que habiendole sido concedidas, se encaminó para Sevilla con su esposa Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilár, pues se habia vuelto á casar esta vez, muerta ya su primera mujer Doña Catalina Xúarez.

Era ya tal el número de las acusaciones que contra Nuño de Guzman, presidente de la Audiencia, y contra los otros oidores llegaban al Emperador de casi todos los puntos de la Nueva-España, que le determinaron á disolverla; mas como en este tiempo estaba para partir á Flandes, dejó aquel encargo á la Emperatriz. Esta señora, nombrada la nueva Audiencia, cuyo presidente lo era D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la isla española, mandó que se estableciese un vicinato en Nueva-España, para el que nombró á D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Montejár, y dió orden al marqués del Valle para que no aban-

donara á España hasta la salida de la nueva Audiencia. El marqués no obstante esto, volvió antes á México, en donde Guzman y los oidores seguian gobernando tiránicamente, y su vuelta causó gran júbilo.

Por esta vez el marqués tuvo nuevas discusiones con la Audiencia que habia entrado en México ya sin su presidente; mas á la llegada de este y del virey D. Antonio de Mendoza, calmaron aquellas. Desde entonces Cortés se ocupó esclusivamente en mandar expediciones á nuevos descubrimientos; mandó una al descubrimiento de las islas de la mar del Sur, la cual se perdió, y habiendo mandado luego otra en su busca, cuyo éxito fué casi tan infeliz como el de la primera, se determinó á salir él mismo. Se embarcó en Tehuantepec, y despues de una navegacion penosísima, descubrió las Californias y entró en su golfo, por lo que este tomó el nombre de *mar de Cortés*. De aquí volvió á México instado por D. Antonio de Mendoza, y por los ruegos de su esposa la marquesa Doña Juana de Zúñiga; y viendo que con el establecimiento del nuevo gobierno su autoridad era ya casi nula volvió á España en 1540 con su hijo el mayorazgo, y con D. Martín Cortés su hijo natural habido en Doña Marina, fastidiado y casi obligado á hacer aquel viage, con el objeto de interesar al comendador Cobo y á Loaliza para que solicitasen del Emperador nuevos ensanches á su autoridad en la Nueva-España. Estando allí concurrió á la expedicion de Argel, de vuelta de la cual, y ya por los años de 1547, abandonó la corte, cansado ya de no conseguir nada en ella. Con el designio de volver á México se dirigió á Sevilla; mas á una legua de distancia de esta, en un lugar llamado Castilleja de la Cuesta, murió el 2 de diciembre de 1547: así acabó el mayor conquistador del Nuevo-Mundo, devarado por el fastidio y el despecho, y dejando una sucesion que se ha perpetuado hasta nuestros días. De su testamento hablaremos en otro lugar.

Mandó que sus cenizas se trajesen á su muy amada villa de Coyacacán: así se efectuó, y de aquí pasaron al Hospital de Jesus de esta ciudad, en donde permanecieron, hasta que un Mexicano fué á turbar su reposo para mandarlas á Europa: ignoro si la accion de este mal compatriota dimanaba de odio al conquistador ó de amor á su descendencia.

Bernal Diaz del Castillo, nos ha dejado el siguiente retrato de Cortés, á quien no solamente conoció, sino que trató desde su salida de Cuba hasta su segunda vuelta á España: "Fué Cortés", dice, de buena estatura y cuerpo, y

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

AL DE BIBLIOTECAS



EL IROQUÉS.

bien proporcionado y membrado, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre: y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera; y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen ginete, y diestro de todas armas, ansi á pié, como á caballo, y sabia muy bien manejarlas, y sobre todo, corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancho en la Isla Española, fué algo travieso sobre mugeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubriéndolo las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, ansi en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor.

Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez. Cuando juraba: „en mi conciencia,“ y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decía: O mal peso á vos; y cuando estabas muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado arrojaba una manta, y no decía palabra fea ni injuriosa á ningun capitan, ni soldado; y era muy sufrido, porque decian soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo mas que le decía era: callad, ó idos con Dios, y de aqui adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os baré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra. Y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros. Hasta aqui el sincerísimo Bernal Diaz del Castillo. Enero de 1544.—B. J. ALCABAZ.

EL IROQUÉS.

A MI AMIGO PEDRO GUILLET.

¡Qué libre que nací; todo risueño se ostenta, y libre en redor de mí; hombres y campos, sin Señor, sin dueño.... todo respira libertad aquí...

Al aire libre en la escarpada sierra tengo plantado mi tranquilo hogar; rota en grietas la fécula tierra vienen sus frutos á mis pies á dar.

Aquí no hay torpes engañosos magos de trago astuto y de mentida fé, que habiéndolo misteriosos nuestros lagos allí espantando al que en su Dios no cree.

Tampoco altivos y ambiciosos reyes que alzan soberbios su triunfante voz; ni amos, ni siervos, ni ambicion, ni leyes, engendro vil del despotismo atroz.

No; no hay mas leyes que el peñasco airoso dó se alza incomprensible *Montrú*... (1) ¡ay! yo te adoro, Canadá espacioso, porque haces libres á tus hijos túl...

(1) O el Señor de la vida del hombre. Peñasco cada de forma humana en el cual se paraban los Iroqueses para hacer sus ofrendas.

Bello es mirar desde tus altos montes
tus hondos valles de estension sin fin;
el tul de tus opacos horizontes
de tu eternal neblina en el confin.

De tu pálido Sol á los reflejos
ver del Ontario inmóvil el cristal;
y ver en tus tinieblas y á los lejos
del Niágara el zumbido sepulcral.

Mirar hundirse despenado un río
en el abismo del lodoso Erie;
allí el Misuri y el sonante Ohio
cual brazos que descega el Meschabé.

Y oír de un monte en la elevada altura
los sonos de algun líbrico danzar,
y del sangriento valle en la espesura
los ecos de un fatidico cantar....

Todo en contraste sigular unido,
al grito santo que tus libres dan,
y en medio oh Canadá de tu ruido
la eterna proteccion de mi *Totom*.... (1)

Ya se alza en la llanura la fogata
que alumbrará el festín;
sus llamas, del color de la escarlata,
cráneos consumen sin cesar allí.

¡Sus, Iroqueses! de la hoguera en torno
fanásticos danzad,
y vuestras pieles, al calor de su horno,
de sangre humedecidas, calentad.

El ahilado *tomahevok*, al cinco
se ostenta triunfador;
si es que aun con sangre se encontrará tinto,
secado, de esta lumbre á la calor.

Lleved cien arrancadas cabelleras
de vestidura en vóz;
y do se ablanden vuestras almas fieras
al rechinar de su morena tez.

(1) *Ó espíritu favorable.* Que se los representa en la figura de alguna bestia, por lo que se precaven de matar aquel animal que creen su *Totem*.

El *Delavac* con cauleloso paso
celoso del festín,
veloz acude, y se promete acaso
la sangre vuestra por mejor botín.

Que venga; que la fimebre fogata
que alzó vuestro valor,
mas roja que el color de la escarlata
aun brilla viva en su primer color.

Más no; al olfato de los secos cráneos
que á consumirse van,
medrosos huyen, y hondos subterráneos
para ocultarse fabricando están....

Pendientes de sus bombros las aljabas;
al brazo los mortíferos mosquetes;
bien aguzadas las sangrientas clavas,
bandada de beligeros ginetes
sobre su presa descuidada cae.

Gritos lanzando de venganza y guerra;
impreso el odio en la morena cara,
ningún peligro en su valor le aterra,
que atados al estremo de una vara
Huesos humanos por banderas trae.

¡Sus, Iroqueses, suel antes que aleva
rasgue su arpon vuestro esforzado pecho,
témpanos duros de cuajada nieve
de pronto amontonad, y aquí, en acebo,
fingid asustos que á placer dormis.

Cual tigre, de su presa antojadizo,
y ocultos bien, con la neblina espesa,
al pic de estas montañas de granizo
veloces acudid, que ya atraviesa
por la llanura, incendio el Abnaquí.

Esa es vuestra racion.... ¡a ella, milanost...
bajad sin orden, en tropel.... ¡a ella!...
vengadores al fin, de mil hermanos,
veloces, como rápida centella,
á devorarla en la llanura entrad.

COMBUSTION HUMANA ESPONTÁNEA.

Se da este nombre á un género particular de combustion, en el cual el cuerpo humano es inflamado mas ó ménos completamente por el contacto, ó simplemente la aproximacion de un cuerpo en ignicion, cuyo volúmen es generalmente muy pequeño respecto al de las partes quemadas.

Aunque el epíteto de espontánea debiera restringirse á los casos en que la combustion se produjera sin la intervencion del fuego esteriormente, de lo cual solo existe uno observado por Mr. Bubbe-Lievín, de que nos ocuparemos despues, la esperiencia ha acreditado que todos los órganos de la economia presentan una resistencia considerable al fuego, de manera que se necesita gran cantidad de combustibles para reducirlos á cenizas; mas en la clase de combustion de que tratamos, es muy notable que la causa determinante haya sido la llama de una vela ó de una lámpara, las brasas de un brasero ó de una chimenea, etc., que se han encontrado colocadas cerca del individuo, lo cual, si se requiere, puede haber dado origen al incendio, mas no es capaz de mantenerlo ó avivarlo, al grado de producir la incineracion de la totalidad del cuerpo en muy pocas horas. Esto nos hace admitir en los órganos de los individuos que han sido víctimas de esta especie de quemaduras, cierto estado particular que los hace mas inflamables y aptos para alimentarse por sí solos la combustion, y esto es lo que caracteriza esencialmente la combustion espontánea y la distingue de las quemaduras comunes; por lo que creemos que esta denominacion á pesar de no ser rigurosa puede aplicarse al fenómeno que vamos á estudiar.

La combustion espontánea se ha verificado en diferentes lugares de Europa, pero esencialmente en los climas frios y en el rigor del invierno: en nuestro país no se conoce hasta ahora ningún ejemplo. De los veinte casos reunidos por M. Devergie en su Medicina Legal y á los cuales se debe agregar uno que hace el objeto de un artículo publicado en el tomo 2.^o del periódico de la Academia de Medicina de México, observado por el

Dr. Joly en que las victimasson dos, se deduce que las causas predisponentes son: el abaso de los liciores, la edad avanzada y el sexo femenino. Primero, de los veintidos sujetos citados, diez y ocho abusaban hacia mucho tiempo del aguardiente; y de los otros cuatro si no se dice lo mismo, tampoco se afirma lo contrario. Segundo, excepto una muchacha de diez y siete años en la cual la combustion hizo poco estrago, todos los otros se hallan comprendidos entre cincuenta y noventa años. Tercero, diez y siete de estos individuos pertenecen al sexo femenino y solo cinco al masculino: mas adelante procuraremos explicar la influencia de estas dos ultimas causas. Algunos autores miran tambien como predisponente la estrema gordura; sin embargo de que varios individuos atacados, han sido sumamente flacos.

Se tiene como causa ocasional ó determinante, el contacto ó solamente la aproximacion de un cuerpo inflamado como una lámpara, una bugia, una pipa etc., y se dice que sin esta circunstancia el fenómeno no puede verificarse. En efecto, en todos los casos auténticos conocidos hasta el año de 1838, las victimas se han encontrado cerca de uno de estos focos; mas M. Devergie cita el caso siguiente observado por M. Bubbe-Lievín, en el cual segun este profesor, la combustion se ha verificado sin el auxilio del fuego. «A fines de octubre de 1839, Mr. Bubbe-Lievín cirujano ayudante mayor en el ejército de Africa fué llamado para ver á un moro Abdallah-Ben-Ali, hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, muy grueso y que abusaba de los liciores, al cual encontró en un estupor profundo, la cara y los ojos encendidos, el pulso fuerte y lleno: en este estado se habia hallado tendido en un lugar público. Estos accidentes desaparecieron á merced de dos sangrias abundantes, aplicaciones de sanguijuelas al cuello y baños de piés con mostaza, de modo que á los dos dias el hombre estaba en convalescencia; mas apenas se hubo restablecido, volvió á sus hábitos de embriaguez, pasando varios dias fuera de su casa. Al cabo de un mes de esta vida desarreglada Mr. Bubbe-Lievín, fué llamado por el padre del enfermo para ser tes-

tigo de un espectáculo horrible. Yacia en el suelo el cadáver del moro consumido en los tres cuartos, negro, carbonizado y exhalando un olor infecto de aceite quemado; los miembros y una gran parte del tronco hasta el cuello habían sido consumidos. Este infeliz fué llevado á su casa abierto como de costumbre y se acostó á la media noche su padre despertó por el olor de quemado, acudió al punto y encontró á su hijo en presa de dolores atroces: se quejaba de una sensación interior de quemadura; se le hizo beber agua y se roció con ella, mas en vano; una llama azulada se paseaba por todo su cuerpo y le ocasionaba quemaduras terribles. Si como asegura el autor de la observación, ningún cuerpo inflamado se hallaba cerca del moro en el momento del accidente, este caso, aunque único, prueba la posibilidad de una combustión espontánea en todo el rigor de la palabra, es decir, determinada por un trabajo orgánico interior hasta aborrazcable, pero que no puede dejar de admitirse.

Según la relación de los individuos que han sobrevivido, la invasión del mal se hace sentir generalmente por un calor muy vivo en una parte mas ó menos estensa del cuerpo, la cual se ve cubierta de una llama azulada que se propaga con mucha rapidez. Otros han sentido un fuerte golpe comparable al que determinarí la descarga de una máquina eléctrica: la llama aunque poco elevada, resiste á las estuaciones de agua fría, y ordinariamente no desaparece hasta la completa destrucción del cuerpo que en unos pocos horas deja convertido en un pequeño montón de cenizas.

Frecuentemente son respetados, ya los pies, las manos, la cabeza, el cabello etc., quedando entre estos resios algunos huesos del tronco convertidos en un carbon ligero y fistido. Durante la combustión se percibe un olor fuerte y muy desagradable como de cuerno quemado, y se ve desprenderse de la víctima un humo negro y espeso que se adhiere á los objetos vecinos bajo la forma de hollín untoso al tacto y de un olor de quemado: tocando con el dedo la parte inflamada queda aquel cubierto de una materia grasa que continúa ardiendo. Es muy notable que los muebles colocados cerca del cadáver y aun una parte de sus vestidos, se encuentran intactos en la mayoría de los casos, y es inconcebible como en un hecho referido por Mr. Devergie que se verificó en un clérigo de Florencia, se inflamaron completamente la camisa y el soldado del pañuelo, y se conservaron los cabellos y un pañete que se habia puesto entre la camisa y la espalda.

Mas la combustión humana espontánea no siempre es general: se limita algunas veces á una region poco estensa, como los dedos, una mano, el brazo etc., que ó bien carboniza completamente, ó solo forma una escara mas ó menos profunda, á cuya caída sucede una úlcera curable. Como fenómenos generales se han presentado el delirio, una sed ardiente y convulsiones. La putrefacción hace progresos rápidos, y se ha visto comenzar aun antes de que el enfermo haya exhalado el último suspiro.

Conocidos estos fenómenos, vamos á discutir rápidamente las teorías emitidas sobre su explicación. Mr. Dupuytren admitiendo la influencia de la embriaguez en esta especie de combustión, la mira como un incendio común, y dice así. «He aquí como debe verificarse el hecho mas comunmente; una muger entra á su casa despues de haber tomado una cantidad mas ó menos considerable de licores espirituosos, hace frio, y para resistir al rigor de la estación, enciende fuego, se sienta en una silla y coloca un brasero debajo. Al esturp producido por los licores se reúne la sofocación determinada por el carbón en este estado el dolor se cambia en insensibilidad completa; el fuego inflama y consume los vestidos, la piel arde, la piel carbonizada se hiede, la grasa se funde y escurre, quedando una parte decimada en el suelo, mientras el resto sirve de pábulo á la combustión; á la vuelta del día todo está consumido.» Ademas este profesor atribuye la llama azulada á una fosforescencia semejante á la que se desarrolla en los cadáveres en putrefacción.

Respetando las opiniones del profesor Dupuytren, creemos que su teoría en esta materia, no está conforme con los hechos. Se sabe cuan difícil les era á los antiguos reducir á cenizas los cadáveres de sus dedos colocados sobre una hoguera y rodeados de una gran cantidad de materias combustibles, pues es muy concebible que la inflamación de los vestidos (aun suponiendo que sea completa, cosa que no siempre se verifica), sea capaz de consumir en un tiempo tan corto el cuerpo de una persona. Se dice que la combustión es alimentada con la grasa; mas entre las víctimas ha habido varias en un estado estremo de emaciación; y por otro lado, la llama de la grasa es blanca y muy elevada, y la que se presenta en la combustión espontánea es azulada y pequeña. Ademas, los muebles inmediatos al cadáver y aun la silla en que estaba sentada la persona durante el incendio, han quedado intactos ó ligeramente atacados por el fuego,

lo que no se concilia con la intensidad de este, necesaria para la total y rápida incineración del cuerpo en una combustión ordinaria. Por último, esta se hace cesar generalmente con facilidad, y la otra resiste singularmente á los medios empleados para suspender sus progresos.

Mr. Mare admite la combustión espontánea en el rigor de la palabra, y la explica suponiendo primero, el desarrollo en el interior del cuerpo de un gas inflamable el cual se acumula en las celdillas del tejido celular y en las cavidades del tronco; segundo, un estado que él llama *ideo-eléctrico* susceptible de determinar la inflamación espontánea del gas. Se funda en que varios autores aseguran haber visto estos eructos inflamables en personas que abusaban de los licores, y chorros mas ó menos grandes de llamas, salir por las incisiones hechas en cadáveres de hombres ó de animales. Una vez admitida la presencia de estos gases en la economía, su inflamación se determina facilmente por la electricidad. Existe en el individuo, dice M. Mare, cierta disposición que él llama *ideo-eléctrica*; si por una causa cualquiera se desarrolla una chispa en un punto del cuerpo, esta se propaga rápidamente á todo él y produce la combustión general antes de que la persona haya tenido tiempo para pedir socorro.

Esta teoría, aunque ingeniosa, no pasa de una hipótesis. Porque, primero, el desarrollo en la economía de los gases que supone M. Mare, solo puede ser el resultado de una enfermedad, y su acumulación bajo la piel no podia dejar de manifestarse, cosas que no se han notado en las que han sido víctimas de la combustión espontánea: así es que en los casos citados para apoyo de su opinión, la formación de esos gases inflamables ha sido sin duda un efecto cadavérico. Segundo, en uno de los casos de combustión espontánea parcial verificada en una muchacha de Hamburgo, hubo lugar de hacer algunas experiencias para saber si durante la combustión se desprendia fluido eléctrico ó algun gas apreciable por los instrumentos y dice Mr. Breschet (*Diccionario de Medicina segunda edición, tomo 8.º* página 495): «La mano izquierda (era la parte atacada) ofrecia siempre un calor singular; la palma y los dedos no podian soportar el mas ligero contacto sin mucho dolor; el termómetro colocado en esta mano, señalaba veinticinco grados, y solo diez y siete en la derecha. Se hicieron muchas experiencias con materias combustibles; pero sin resultado, y los mejores electrómetros puestos en contacto con la enferma colocada sobre un sis-

tador, no produjeron ningún efecto.» Sin embargo, no se puede dejar de admitir cierta analogía entre algunos de los fenómenos de la combustión espontánea y los que determina la electricidad en movimiento: tales son, primero, el golpe sentido por algunos individuos en el momento de invasión, comparable á la descarga de una fuerte máquina eléctrica; segundo, la rapidez con que los cadáveres entran en putrefacción, cosa que se ha notado en todos los de las víctimas de un rayo: por lo cual sin adoptar en su totalidad la opinión de Mr. Mare, nos inclinamos á creer que el fluido eléctrico desempeña un papel muy importante en la producción de las combustiones espontáneas.

La tercera teoría que se ha formado consiste en suponer que en los individuos que hacen un grande abuso del aguardiente, este es absorbido y transportado á todos los tejidos; cuando por algunas circunstancias faciles de determinar, la exhalación exterior no es proporcional á la absorción interior, aquellos quedan impregnados, y por decirlo así, saturados del líquido y susceptibles de inflamarse por la menor causa. Esta hipótesis, que es la mas generalmente adoptada, se presta á la explicación sencilla de todos los fenómenos. 1.º La combustión espontánea se presenta casi siempre en invierno y en los países fríos; pues en estas circunstancias la transpiración cutánea es casi nula, especialmente en los viejos. 2.º El sexo femenino es mas frecuentemente atacado que el masculino; las mugeres se entregan á la embriaguez, lo mismo que á cualquiera pasión, con una voracidad que no es común en los hombres, y usan de preferencia licores que contienen mucho aguardiente. 3.º Es mas ordinaria entre los cincuenta y noventa años; esta es la edad en que especialmente en las mugeres predomina aquella pasión. 4.º La llama que se presenta en la combustión espontánea, es de un color azulado; igual es el de la llama del aguardiente.

Se objecta sin embargo que no es posible que una substancia ingerida en el estómago y sometida á la acción de las visceras digestivas, pueda ser transportada con todas sus propiedades á los demas organos de la economía; mas esta posibilidad está probada por una porción de cuerpos, tales como el alcanfor, el éter etc., y respecto del aguardiente muchos autores dignos de crédito han percibido su olor característico en las carnes de los individuos muertos á consecuencia de la embriaguez. El estómago, dice M. Breschet, no elabora todas las substancias que se le confían, pues que al-

gunas llegan al tejido de nuestros órganos con sus propiedades." Con todo, hay una razón para no admitir como necesaria la influencia del aguardiente en la combustión espontánea, y es el haberse verificado este accidente en una persona que jamás hacia uso de él: la muchacha de Hamburgo de que hemos hablado.

Tales son las principales opiniones que se han emitido sobre el desarrollo de la combustión humana espontánea: después de la discusión en que hemos entrado, creemos que admitiendo su posibilidad como una verdad demostrada, los conocimientos fisiológicos, físicos y químicos que hoy se poseen, no son bastantes para dar una explicación satisfactoria.

El estudio de las combustiones espontáneas no es un objeto de pura curiosidad, el médico legista puede ser consultado por la autoridad para decidir si una persona quemada lo ha sido por este singular accidente. Los datos necesarios para formar su juicio los tomará de la edad, el sexo, los hábitos y demás circunstancias del individuo, del tiempo que duró el incendio, del estado del cadáver y de las partes respetadas por el fuego, de la alteración de los muebles y demás objetos que se hallen en la habitación y del color de la llama, si puede averiguarlo; pues debe tener presente que este accidente ataca de preferencia á las mujeres avanzadas en edad y que se entregan á la embriaguez; que en una combustión ordinaria se

necesita mucho tiempo y gran cantidad de combustibles para la total incineración del cuerpo, mientras que en la espontánea todo pasa con mucha rapidez: en la primera el fuego destruye completamente los miembros, y respeta generalmente el tronco; en la segunda sucede lo contrario; en esta el suelo y los muebles quedan cubiertos de hollín untoso y fétido; en aquella son comunmente destruidos y no hay residuo de grasa.

Tampoco pueden confundirse las alteraciones que produce la combustión espontánea con las que origina un rayo, porque los cadáveres de las víctimas de este jamás se encuentran reducidos á cenizas sino solamente surcados por quemaduras superficiales; y la muerte es acompañada de otras circunstancias que bastarán para caracterizarla.

Por último, el práctico puede ser llamado en el momento del accidente para contener sus progresos; mas como lo poco que se sabe sobre su naturaleza no permita emplear un medio racional, parece que lo mas á propósito será sumergir al enfermo en un baño, ó si esto no se proporciona, cubrirlo con algún cuerpo que impida la comunicación con el aire atmosférico, tal como arena, tierra, etc. en seguida se administrarán bebidas áridas en abundancia, y las quemaduras que resulten, se tratarán como una quemadura común.

ARTICULO INSUBSTANCIAL.

Con los brazos apoyados sobre una mesa, los dedos entrelazados formando una especie de visera en la que recargaba mi frente, pensaba yo... no sabía qué pensaba; lo que habrá sucedido á mis lectores millares de veces, que estando enagenados, ó sin estarlo, preguntados en que piensan ni á sí mismos saben qué responderse: tal me hallaba de afligido. Oh! y con razon, tenía que escribir y no sabía que... en fin, maquinalmente me recargué atrás, metí mano á la bolsa, no para sacar dinero, que pocas ocasiones y en pequeñas cantidades suele acompañarme; ya se ve, mi carrera lo acredita, aunque en la literatura como en la política hay tambien su *juste milieu*. Porque cuando sobra

el dinero faltan las letras, y cuando falta aquí se entrega uno con lezon á estas; pero á mí, ¡desgraciado! me ha tocado en suerte pertenecer al *juste milieu*, porque nací con dinero y sin talento, y ahora me hallo sin uno y sin otro. Meí, pues, como decía, mano á mi bolsa y saqué un cigarro, lo destoré, le afojé el tabaco que estaba apretado en demasía, lo volví á torcer dándole una curvatura, lo tomé con la mano derecha, lo dirigí á la vela y por supuesto que lo encendí; apenas me lo quitaba de la boca que estaba ya llena de humo y que bella idea me vino á las mientes... Y luego dirán que el tabaco es malo sacando á uno de tan grandes apuros. A lo menos en cuanto á mí

sé decir que no es esta la primera vez que me sirve de consultor. Le encuentro todas las ventajas que á la música: despierta como esta las ideas, y corrobora los sentimientos de que se halla poseído el espíritu.

Pero ¿aunade iré á parar con tanta churla que maldito el interés que ofrece! Nada de descubrir la idea que me produjo el cigarro: ya vamos allá, no hay que cansarse. Digo, pues, que el cigarro ha hecho que me ocurra lo que deba escribir.

Lo pasé de la mano derecha á la izquierda, aunque de cuando en cuando me hacía llorar el humo que se introducía en mis ojos; tomé una pluma, ya se deja entender que mojada en la tinta, la que por cierto no era muy buena; llevé la mano al papel, y díjela: corre por donde gustes, salga lo que... ¡chiton! ¡qué vas á hacer majadero? ¡asi se escribe al publico! decía para mí como lo que luego reflexionando, ya caia triste es la condicion de un periodista. En el momento en que meños se lo piensa tiene V. que se le encaja el Editor. —Seguir mio, el material del número tantos debía estar ya en la imprenta, si no, el periódico no sale el día que se ha prometido; ¡desgraciado de mí héleme aquí en aprietos, sin saber como salir del paso... —Qué escribiré?... Bien, le digo entrando al impresor, ya estoy en lo que V. dice, dentro de un momento está allá el original—esto es, para el impresor, para mí no hay nada, voy ahora á pensar.

Vaya, pues, formare un artículo de historia, ¡miserable! ¡qué vas á hacer? ¡qué datos tengo para escribir sobre este ramo...? he de referir hechos, y no creo deba fiarme en mi memoria, porque eso y escribir mentiras es todo uno; diría que D. Pedro el cruel libertó á la España del yugo sarraceno... que Francisco I derrotó en Pavia á Carlos I ó V si se quiere, que todo es lo mismo. No, es necesario irse con tiempo, porque de otro modo tendremos que sostener una polémica, en la que no saldria yo bien jugado. Asi no hay mas que recoger datos, ¡pero do dónde? ¡nuevo aprieto. Libros yo no tengo, tal estoy de acalezado: mis amigos... oh! eso sí ya es otra cosa; pero debo volveros al momento, no podré ver sino la carátula, la pasta... Vamos á una biblioteca: despues que los días festivos no se abren las aulas dos públicas que tenemos en México, el día de trabajo, y eso en una apenas por la mañana, es decir, cuando estoy precisamente ocupado, como creo que sucede á los demás, pido una obra...—si está prohibida—¡buena es esa...! y en la calle se encuentra en las manos de los niños... pido otra,

las de Quevedo... lo más interesante tachado, en fin, no con todo se verifica lo mismo. Esto es en Catedral, que si voy á la Universidad, mayores son mis trabajos, se entleude ademas de estos.—Señor Doctor, me dirijo al Bibliotecario, me hace V. favor del... Mariana, por ejemplo.—Vea V. al Vedel—¿Qué quería V.? me dice prontamente este.—El Mariana.—Voy á buscarle en el índice: despues de tenerme esperando un cuarto de hora bien pasado, se dirige á un estante, toma unas llaves, sube una escalerilla de madera, abre otro estante, saca de él un libro, me lo trae.—¡Aquí lo tiene V. medice.—Regístro... Comentarlos de S. Gerónimo.—¡Diable! no era eso lo que pedía.—Pues entonces está errando el índice; vuelve á buscar y me trae á *Campomanes, tratado de la fegalia*.—No es esto hombre, ¡por Dios!—Pues vea V. el índice, me replica, vuelte tercera ocasion y otra infinidad volvíera, y nada lograda: me presentaba al *Conde de la Cañada, Recreos de guerra*.

No hallo otro, ¿será este?—Sí, sí, el mismo, dejémolo por la paz me digo, y como tengo un tantito de profente no quiero ya mas molestar, y pase por fatiga, me quedo con lo que me dan. Pero ya supongo que he adquirido datos para escribir sobre historia, ¡qué contentará á los suscritores? ¡Ah! si los hechos cansan, ¡qué nos importa saber lo que pasó en tiempo de las azuleas; si fueron malos, con su pan se lo coman; ¡hemos por eso de corregir nuestras costumbres! ¡qué mas lecciones necesitamos que las prácticas que tenemos diariamente á la vista!

No, no señor, escribamos una novelita, eso es un remedio eficaz para salir del apuro: otro tropiezo.—Si se acaba de publicar una novela, por Dios, pudrán decirme mis compañeros, ¡qué va V. á hacer? unos pierden, no hay que pensar en eso, se borran los suscritores y adios periódico.—No señor, por qué se han de borrar si las novelas cuadran: sobre que es mas bonita la ilusion que la realidad, si V. escribe los hechos de la niña, de la señora, de la reina falana, ha de ponerla tal como era, que no siempre será hermosa; y en la novela nunca será fea la heroína: el héroe en la historia, es un hombre que existió, y en la novela, ¡qué galan! ¡qué comedido! ¡qué afable! ¡estoy decidido, novela; pero no ha de ser de México, porque entonces no es poesía. ¡Sanfo Dios! pues si yo ignora las costumbres de otros países, ¿cómo voy á escribir de ellas? no hay duda no escribiré novela por mas que deje de tener muchos lectores.

Veamos, pues, otra cosa: poesia, una composicion en verso... *primo ex esse*... y lo demás

que por sabido se calla: y que por otra parte no deja de presentar muy grandes obstáculos; por ejemplo, la mitad de los que conocen las letras y las distinguen por sus formas unas de otras, al verlas, no se crea que al pronunciarlas, no saben leer las composiciones métricas, unos han sentido al verso y no á sus pensamientos: no lo entienden. ¡qué maldito verso! exclaman, ¡qué maldito lector! deberían decir. Otros dan sentido á los pensamientos, hablo en la lectura, y por consiguiente no se hacen cargo de la belleza de la poesía, yendo al verso! dicen; con razón, si no saben VV. leer. Con que no pensemos en esto; volvamos á otra parte nuestras reflexiones, que el tiempo corre y el artista vuelve á exigir el material. — Voy para allá, estoy nada más haciendo unas ligeras correcciones... — Mentira, si aun no he dado una plumada; ¡qué plumada! si ni acabo de resolver qué escriba.

Ya me ocurrió un artículo sobre ciencias naturales... la araña... las abejas... en fin, esta clase de insectos de que puede hablarse mucho, que son muy curiosos: todo está bueno; pero tengo que meterme en la cabeza á dos ó tres naturalistas, y no es asunto del momento, y lo que es más, ¡quién no ha leído al Conde Buffon, al padre Almeida y á casi todos los periódicos literarios, científicos!... no señor, cosa nueva he de poder... ¡qué inconsideración! si el sabio ha dicho que nada hay nuevo debajo del sol... sin embargo, ya está visto, no escribo de esto.

Véamos otra cosa, todavía no están agotados los recursos, ¿quién no dice algo sobre ciencias morales, y ahora, muy á propósito, cuando precisamente hay que diga VV. por ejemplo, sobre el que... no, no, no hay sobres, pues, entendamos, es necesario advertir que esto de moral está... ¡bien sabe Dios cómo! y meterse uno á predicador, si ya observo á uno que apenas ve arribá la materia del artículo y bosteza, y otro algo más curioso lee... no, amigo, le dice el primero, para oír sermones no faltan iglesias, dejo por su vida esa estúpida lectura si quiere que estemos un rato juntos. — Si, en efecto, contesta el lector, que fatiga demasiado el artículo, doblemos la hoja... parece que estos demonios de redactores ya no tienen con qué llenar. — Ven cuánto á mi digo que es así. Ya verdad, para que se vea si soy franco; pero no se diga otro tanto de los demás.

¡Qué haré pues? vaya costumbres... ¡no en mis días! ¡qué atrevimiento! ¡un escritor novel, enteramente novel, escribir en la cuerda de Figaro y del curioso parlante! ¡qué sería de mi!

¿qué había de decir de nuestras costumbres? no sé; y tan mentecato, y tan descarado lo confieso. Ello es verdad yo no tengo la culpa, he de escribir y ha de ser alguna cosa: sin embargo, diría de nuestras costumbres que en México como en todas partes hay malos; pero en México, lo que no sucede en otro lugar, se logra reunir en un parage á todos los *hombres buenos* que es una gran ventaja, conocer á la gente que puede uno tratar: y al efecto, cualquiera puede ir á la diputación. ¡Ave María Purísima! ¡qué hago...? meterme al foro... cuidado, que esto puede resultarme... no, no, otra cosa porque costumbres... si me ha retratado VV. me dicen, cuando salga bien, si no me dan una paliza, sin saber cómo ni por donde me vino. No, ni está bien un artículo mio entre los *de mi sobrino*, dejemos, pues, de pensar en costumbres.

Pues bien, otros escriben para todos, yo solo escribiré para las señoritas, y de paso sea dicho, VV. escriben, hermosas, si no las llamo el bello sexo, el sexo encantador, y otras frases que yo me sé y VV. no ignoran: pero me ha de dispensar porque soy un... un atrevido, pues no sé cómo llamarle. Ya me entretuve por fin con VV.; pero, qué les digo yo, miserable, que si me conocieran, si supieran quién soy, si me vieran en un estrado se reirían de mí; me mojarían, no se incomoden porque digo que son algo coquetillas; pero qué culpa tengo yo, ni VV. tampoco, de que no se les haya procurado hasta ahora una buena educación? ninguna, y así no baya miedo de que yo quiera ofenderlas, no: decía, pues, que si me encontraran en un estrado verían lo que hay que ver. Desde luego la que mucho me favoreciera, me llamaría inocable, descortés y qué sé yo cuantas más cosas; pero si VV. meditaran en solo instante me juzgarían de otro modo. En efecto, yo no creo que pueda corregir lo que es genial en mí, á VV. les causaría hastío mi trato; pero qué quieren, si parece me he educado en Inglaterra, y no por cierto, que ni he tratado con inglés alguno: vean VV., con los franceses si he tenido más roce, y aun de su idioma algo se me entiende en cuanto á eso de traducirlo, y con todo no he aprendido el arte de galanlear.

No por eso me disgusta mi género, no; algunas veces suelo tener por su causa mis arrebatos de cólera, porque eso de estar uno sentado en un rincón sin poder departir con las bellas, levantar una á bailar y no poderle decir nada sin que conteste con monsilabos... pero cuando entro en calma, pienso de otro modo, á lo menos sé que VV. se burlan de mí, y acaso me creen un estúpido, quizás no se engañarán;

mas mi conciencia está tranquila, ninguna se queja de que yo haya jurado amor y después... en fin VV. sí se engañan conmigo, se engañan solas, yo si las aconsejaría que no se crean de los que prometen mucho porque al fin nada cumplen, y que se guarden mucho, y aquí entro yo, de los que parece que no saben hacer cosa alguna, y aunque como me dijo cierta vez una niña, *Consejos y bigotes*... ya VV. saben toda la frase; sin embargo, yo aconsejo porque veo que los bigotes los usan muchos y juzgo otro tanto de los consejos.

¡Ah! y que bien se curó Querubín al volar, porque han de saber VV. que voló al lugar de los Angeles, ni podía volar á otra parte, pues ya vea que *similes cum similibus*... maldita pedantería, que he de hablar con señoras en idioma que no entiendo, dispensen; pero ya saben que no soy el único que no valgo de ese medio para hacerlas creer que sé... ydale con charlar, si quien con lobos anda á abullar... y vuélta con refranes... y mi conversacion entrelento prudente. Decía que fué á ver á los Angeles Querubín, aunque no sé si él es de los que *cuanto monsilabó!* bajaron y juzgo mas seguro que pertenece á los que en opinión de un santo Doctor, no de la Universidad, quedaron en los aires, si no, claro es que estaría en la eternidad y no andaría por estos mundos de Dios. Decía también que con razón se curó Querubín de encargar su artículo de modas á Soplillo. Porque debía VV. advertir que Querubín es amigo de cumplir su palabra, y ya habiendo prometido que cada mes le daría su artículo, ora llegado el tiempo de que cumpliera, y como él no podía... y yo que he dado en la manía de los puntos sin prever que puedo suscitar una contienda; pero me importa un bledo, haga yo mi gana y aunque se salga por la ventana; mas VV. verán que Juan Soplillo le descompaña á las mil maravillas. Tuvo cuidado, pues, de no hacerme ánt el encargo porque no sé entonces, qué habría hecho: ¿yo modas? ¡infelizo de mí si VV. me vieran que ni al cabo me hallo de las de mi sexo.

Ya, si nunca nullo porque no me agrada estrenar... no, no las engañó, no es por eso sino porque no puedo otra cosa. Una pobre levita por lo regular es mi traje común y de tono, porque hace á todo, con mi cuello de tan considerable elevación, (ya, es para que no me ofenda el aire el cerebro) que toca con la falda del sombrero; pues, y que no uso este á la ¡qué ha sucedido! como un amigo que tengo poeta que no está muy lejos de aquí y á quien habra saludado á mi nombre Querubín como lo hago

ahora aprovechando la ocasión aunque no es frecuente en mí, que deajo escapar muchas... aquí de D. Quijote que verían como no solo su escudero andaba desatinos y necedades... y parece que me he formado en la escuela de D. José Joaquín de Mora; pero volvamos á mi asunto que me he distraído mucho: decía que uso el sombrero al modo común y regular según es costumbre entre gente de buena conciencia. Con solo esta recomendacion que hago de mí levita, ni tengo necesidad de decirles de otro frac que tengo también, porque es preciso variar, que me vi una ocasión bastante apurado para defenderme del sacristán de un convento de monjas, el cual se empeñaba en sostenerme que era un gallardete que en esos días habían robado á la Iglesia, y de cuyo aprieto salté sobre Dios cómo! ¡Con que figurese VV. si sería posible que escribiera yo sobre modas? De ninguna manera, porque si bien es cierto que Madama Gourques me instruirá; pero haría yo una batubola que no sé me podría entender y comenzando por los géneros, como maldita la cosa que yo entiendo de ellos, me decía Madama, tal pieza es de tafeta y ponía yo de pana, esto de musolina y otra de indiana etc. etc.

No hemos hecho la cuenta con la húspeda: con los maridos, con los padres. Yo no solicito, es verdad, la amistad de los maridos; pero tampoco quiero exponer mis costillas: ni quiero, además, perder con los padres. Y no, ni perturbar la paz de los matrimonios: ¡Dios me libre que yo hiciera tal fechoría! Dios sabe lo que pasa allá entre ellos, por causa de las modas y ¡malditos redactores del Licor! ¡Maldiceño Querubín! así hubieran todos VV. volado para el infierno y no nos atormentaran á nosotros, pobres pecadores!... ¡Con qué no basta á esos malditos periodistas entretenerme el prospecto á tiempo que no estaba yo en casa, para que pudieran caer en las manos de mi muger, de mi hija que luego me importaría porque me suscitaba, y por la malhadada litografía haya de gastar un peso, diez reales cada mes, sino que me pondrán un artículo de modas! ¡Peregrina invención! que cada mes ha de variar de traje la señorita, la niña: ¡bella ocurrencial vamos, que sin duda, ninguno de los redactores es casado ó padre de familias. Ta... ta... ¡poco á poco, señor mio, no hay que enfadarse, no, no, sino cansarse mismo. Si la niña de VV. si su muger, con perdon sea dicho de la señorita, no fueran al teatro, ¿desearían vestir siempre á la moda? no. Si no fueran á los bailes, ¿desearían competir unas con otras, y mudar diariamente traje? no. ¡Y si VV. señor cabeza

da familia, supiera dar educación á su hija, la consentiría de una manera tal, que rellene en perjuicio de la misma sociedad, en la que ya de antemano tiene arruinada la familia á que se ha de unir algun día? y si V., señor casado, no fuera débil, no podría hacer que su consorte entrara en cuentas consigo misma y moderara sus gastos? Ea, pues, no culpeamos á los pobres *Licadores*, permítaseme esta expresión, porque ellos hacen lo que todos, escribir, y que han de escribir lo que sea bastante á complacer á todos con utilidad.

A unos los agrada un artículo biográfico, ó en general histórico, á otros uno novelesco; á estos una poesía, muchos solo se suscribirían por las estampas, otros por parecer amantes de las bellas letras, aquellos por complacer á un amigo; y así, en fin, todos por diversas causas, y el pobre escritor que satisfaga tan encontra-

dos gustos, y luego si á la hora precisa no tiene nada escrito, si está solo,.... estos son sudores: en mala hora *pica bien á mala espina y bien pica otra espina*, y luego dicen que dos alevnas no se pican. ¡Si! pues preguntéme á mí, que tomo ya por momentos que venga el artista, y cuando estoy acabando este artículo que emprendí al fin escribir, me van saliendo con que su introducción es muy semejante á la de otro que escribí en el *Mosaico* el señor Pacheco; pero no me arrodro, protesto que de ese periódico poco conozco, y aun eso poco, algún tiempo hace que lo vi, y no recuerdo por cierto haber visto nunca el dicho artículo; pero pues si creen que es plagio, que lo crean, lo siento, y no puedo decir mas; ¡pues que debo hacer ahora! ya no hay remedio, es tarde, y así, paciencia y barajar.

PARLANCHIN.

OTRO POETA.

Un violento amor á la literatura, y en particular á la poesía, á esa fuente encañalada de placeres, arde en los corazones de los jóvenes mexicanos, y los hermosos cantos con que á cada momento halagan nuestro oído, manifiestan claramente el entusiasmo que con mas ó ménos genio brilla en todos. Cada día se ve aparecer un nuevo poeta que viene con sus hermanos á pulsar la lira y á cumplir la misión que le fué confiada. —Cantar la religión, el amor, la poesía. Por todas partes se escuchan ya los suaves y melancólicos ayes del uno, ya los cantos guerreros del otro, ya la tímida y religiosa plegaria que por entre el humo del incienso eleva á Dios el hombre miserable; ya en fin, multitud de acentos armoniosos como los trinos del conzonte, del espíritu de los sentimientos del alma agitada, que conmueven el corazón de los que escuchan y arrancan algunas veces dulce llanto, que es la mejor recompensa del poeta.

Con placer vivísimo vemos á nuestra juventud corriendo siempre en pos de los laureles literarios por el difícil camino que pisaron primero hombres esclarecidos, honor de su patria, y que dejaron de su genio brillantes é inmortales muestras. Pero lo que hoy nos impulsa á escribir este artículo es, la aparición de un

nuevo poeta á quien sinceramente amamos por su genio, y que será uno de los mas bellos ornamentos de la literatura mexicana.—El joven D. Manuel María de Zamacona.

A la generosidad de un amigo debemos algunas poesías de este apreciable joven, miembro de la *Sociedad literaria de Puebla*, de que ofrecemos hoy una muestra á nuestros lectores y que continuaremos publicando. Rica imaginación, lenguaje puro, versificación sonora y armoniosa tiene el Sr. de Zamacona. Se percibe en algunas de sus composiciones cierto sabor á los antiguos poetas españoles, y una especialidad de las que poseemos, nos ha hecho recordar con viveza los divinos versos de Fr. Luis de León.

Hemos notado sin embargo, aunque pocas veces, algunos versos duros, flojos otros, que es una lástima se encuentren en composiciones tan bellas por otra parte. En la que hoy insertamos por ejemplo, nos disgusta este verso de la segunda estrofa

...y de su sonrír blando"

que se hace duro por la colocación de los acentos; pero ¿qué son estos pequeños lunares que se hallan compensados con mil bellezas? No bastan para aplicar con justicia el título de poe-

ta al Sr. Zamacona, estos cuatro preciosos versos de la misma composición?

El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el flor de mi alma:
Tus manos á enjugarlo destinó.

Mas pudiéramos citar digno de elogio; pero nos abstenemos de hacerlo para que nuestros lectores juzguen si la alabanza ha sido apasionada, ó si la justicia ha guiado nuestra pluma.

Felicítamos cordialmente á Puebla y á la sociedad de que es miembro el Sr. Zamacona, por tener en su seno á tan recomendable jóven, lo felicitamos á él mismo porque sabe sacar de su laud tan acordados sonos. Siga pulsándolo como hasta aquí, y nosotros, al saludarle con amistad sincera, le ofrecemos las columnas del *Liceo* y le pronosticamos una gloria, que entendemos comienza á conquistar.—RH.

Á MI AMADA.

Deja piadosa que vea
Ese tu rostro divino,
Mi querida,
Porque alumbra y hermosa
El espinoso camino
De mi vida.

¿Cuanta es de tus lábios bellos
Y de su sonrír blando
La dulzura.
Para quien contempla en ellos
Una copa rebosando
De ventura!

Envidia de las mugeres,
Acetas tu frente bella
A mi frente,
Tú, mi vida, mi ángel eres,
Tú eres la fulgida estrella
De mi mente.

Ya escuchaste de mi boca
Que te adora este cuidado
Infelice:
Hermosa mi pecho toca,
Tambien latiendo agitado
Te lo dice.

Pero dadas de mi fuego
Y sonrises vacilantes;
Ah Señoral!
Depon la duda te ruego,
Y adora á tu pobre amante.
Cual te adora.

Amame, sí, que el fuego de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frío;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.
El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el flor de mi alma
Tus manos á enjugarlo destinó.

¿Sabes lo que es amar? ¿Sabes cual pasan
Del placer los dulcísimos instantes?
Existir sin amar es morir antes
De dormir en el fúnebre ataúd.
Amándome verás que tu hermosa
Con el amor recibe nuevas galas,
Verás que del placer bajo las alas
Es la vida perpetua juventud.

La existencia fugaz, este camino
Que de la cuna hacemos á la huesa,
Para el que solitario lo atraviesa,
Es un desierto y hórrido arenal;
Pero si en el hermosa me acompañas
Tendrá el desierto deliciosa sombra,
Y brisa perfumada, y una alfombra
De flores y verdura virginal.

Yo que al pisar la senda de la vida
Pisó tambien sus ásperos abrojos,
Entre penas y llanto de mis ojos
Lo mejor de mis horas consumí;
Mas coñra aliento el naufrago si mira
Estrella precursora de bonanza,
Y así tambien mi débil esperanza
Núevo aliento cobro cuando te vi.

Si, desde entonces, de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sonbría,
Has sido tú la estrella que me guía;
No me abandones, hechicera, no.
Amame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frío;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.

Setiembre de 1843.

MANUEL MARIA DE ZAMACONA.

MODAS.

Lindas y apreciables señoritas: ¡Cuál horizonte más bello y variado, que el de las rosas y listones, rosas artificiales y sombreros de paja etc. que se venía á las mientes del mosalyete Carlos Laurel, en la comedia intitulada: *En ramillete y una carta!* Babale grima sin embargo, por que temia galanear á una modista; y es que á la cuenta, no era el bien sevillano muy afecto á las artes liberales: mi temor al hablarlos, procede de muy diferente causa, como procurare daros á entender.

Una simple carta de recomendacion del amigo Quercubín, no es como observareis á primera vista, un título suficiente para acercarse á la trepote sagrada, de la sibilada del coquetismo, ó para penetrar en el *Sancta sanctorum*, de la Moda; de esa religion en cuyos misterios solo están iniciados aquellos de nuestro sexo que, como Doña Agapito Calbriola y Visencha, se identifican con el vuestro hasta el punto de dejar *distintos* ó de ensartar primores de avalorio. Y por otra parte, desconocido para vosotras como el hombre sin nombre (aunque os juro que tengo dos, el propio y el postizo) que debe arredrarne la creación de ambos, cuando cob femenil flaqueza hasta la misma Doña Hesperia Panceplote, doncellita veronzana, con quien en tiempos pasados anduve en dimes y diretos, no desconoció, ingrata y enjuta de memoria, al fratir de una comedia que tuvo la fragilidad de traducir en prosa y verso! Empero afortunadamente que es la tal señorita fea y maldiciente; y pues me dirijo solamente á vosotras, las que sois tan bonitas como amables, espero hallar esta vez la indulgencia, que á pesar del paisanaje me negó la doncella levantisca.

Por lo que atañe á explicar lo que vieron mis ojos en el druidico templo de la Moda, inspirame osada el ansia de complaceros, y reanímame mi espíritu la presencia de una de sus sacerdotisas, que me tiende la mano para servirme de *Cicerone*.

Aproximase el Carnaval; con él se acercan las gratas reuniones que, si no son frecuentes como quisieramos, remplazan en parte esa falta de comedias, provida del ayuno y abstinencia que se imponen en las carnesmas nuestros muy católicos artistas (vulgo) cómicos. Por tal motivo he preferido hablaros de aquellos trages que mas referencia tienen con tertulias y bailes, como mas adecuados á la época; pero siguiendo la corriente del siglo, he querido *hacer* la modista con la adjunta litografía, ensayándome así para cuando publicara una completa edicion de mis obras, *Ilustrada* conforme á la usansa, con cinco mil láminas grabadas sobre acero, cinco mil viñetas sobre madera, y cinco mil figuritas mas que no sean ni láminas ni viñetas, porque á mi me gusta, sobre todo, la sencillez.

La esbelta señorita, dispuesta para una *sotée* ó tertulia, ha tenido á bien ocultarnos la be-

lla é *bienca* *faccia*, para dejarnos admirar en toda su plenitud, la elegancia y simplicidad de su tocado; lo esbello de su cuello de cisne; lo *fashionable* de sus *enclitas á la usansa*, y de su Juenga túnica de *gros tornosol de aguas*, con *Tablers* ó *distantes* de á cuatro por los lados; y en fin, la guarrocion á la *esquada* de liston del mismo color del tónico que disfruta de un esclusivismo favorito en materia de adornos. En cuanto á la otra elegante señorita, su actitud, su gesto revelan inmediatamente al ménos cuñecodor; el paso mas interesante de una cuadrilla ó de una *mazouche*; mayor complicacion en el peinado: *gola á la Pompador*; rosa y lazo de liston; *tinisela* de crespon ó gasa, de color claro ó blanca, flores y cenefa bordadas; fondo de raso; y manga fan coria, como prolongado el pico del corpiño ó peto, á cuya suilt agoliza tiempo es ya de que la *Moda* diga como Dios al mar: *he aquí no pasarás*.

Si duda que la creacion mas sorprendente de la época, la concepcion mas épica de la Moda es la *gola á la Pompador*, que bien merece el nombre de la célebre señora, cuyas aventuras nos hace recordar. ¡Mas atrás tuvimos el gusto de admirar en el taller de Madama Virginia Gourgas, una destinada á cierta elegante *dameille*, y desde entónces pronosticamos que excitaria grandemente la atencion; lo cual es por cierto el primer sintoma de toda predileccion *lesgenit*.

Si la maldita politica, es decir, lo mas insustancial, ha ocasionado á veces el atraso con que reciben las modistas de Plateros los diseños ó figurines de Paris, ¡qué será ahora, que vienen por esos mares los ingleses con buques y cañones, mas que sobrados para agredir á las limitadas vestales de la Moda! De fe que si hay bloqueo, no entrará el mas agostoso figurin ni por recomendaciones ni por súplicas del be-

lo sexo; pues ciertamente no es la amabilidad el fuerte de los ingleses. ¡Y se quejarán luego si el pais no progresa, si está en *salto contínuo*! Efectivamente, de la guerra con los bretones resultará que la Moda, el mas importante de los conocimientos humanos y el mas vital para las sociedades, lo que hay de mas móvil en la naturaleza, como que es hija legitima de la fantasia de los Parisienses y hermana carnal del aire, se quede sin remedio estacionario. Consolao, no obstante, bellas señoritas! porque cualquiera que sea la suerte que corra la Moda en los futuros vaivenes, siempre dareis que *vestid* á la misma Elena, aunque este siglo positivista y material produzca en vez de gaiones como Paris, comerciantes de peso y pesos, empleados famélicos, militares estúpidos y poetas trapalones.

Recibid las finas expresiones del ausente Quercubín, y el respetuoso rendimiento de vuestro amarietado adorador, admirador y servidor.

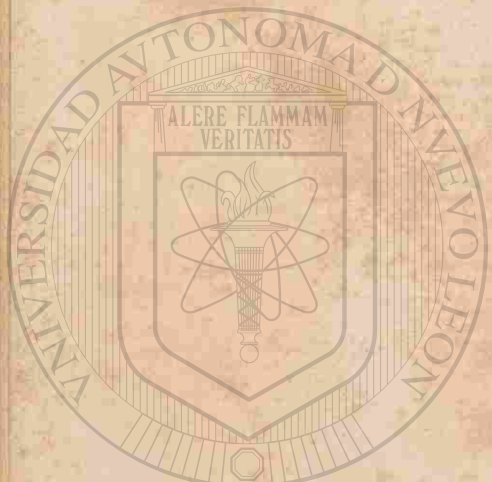
JUAN SOPILLLO.

Coco Mexicano.



Modas.

Lito. en la calle de la Plata n.º 4.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y TECNOLOGÍA

EL WALTZ.

POEMA ROMANTICO.

Nova monstra creavit.
ovid.

I.

LA INTROD-INVOCACION.

Oid, oid atentos el vate furibundo
que ensalza entusiasmado el resonante waltz;
oidle, oidle atentos, que con clamor profundo
en tres por cuatro quiere cantaros su compás.

A los melliflcos ecos de su prosaica lira
sentiréis en el pecho el corazon latir;
acataréis el nomen que horrisono le inspira,
y tremendos secretos veréisle descubrir.

El waltz es un misterio, terrible logogrifo
que trajo de Alemania Terpsicore veloz,
y es mucho mas terrible el consonante en *fo*
pues ese primer verso sudoros me causó.

Pero vamos al grano, y apóstrofo sonora
salude dignamente al rápido girar
que ha entrado en las tertulias cual caja de
(Pandora
de amantes y maridos á producir el mal.

Salve, danza modesta, pudorosa, sencilla,
que la vetusta gente contempla con horror,
tú que haces á las bellas cual perros en tralla
surcar con rauda planta el suelo del salon.

Tus glorias reconoce el *Jandy* alimbarado
y ádora fervoroso tu esencia celestial;
por eso cuando brinca con una *hoy* enlazado,
el baile de San Vito parece que le da.

La tímida doncella realizados mira
sus púdicos ensueños, palpita de placer;
cuando de un lechuguino entre los brazos gira,
se juzga poseedora del encantado Eden.

Busquemos otro metro, que ya este me ha
(causado
sus silabas catorce, su golpeo infernal,
y tengo para mí, aunque es juicio avanzado,
que de Endor la sibila en él debió cantar.

Tom. 1.

II.

EL GEMIDO DEL POETA.

¿Pero qué metro escoger?
Versificar no es mi fuerte,
y reniego de mi suerte
que en esto me ha ido á meter.

¿Escribiré redondillas,
ó me explicaré en tercetos?
No, mejor será en cuartetos
y despues en seguidillas.

¿Seguidillas! ¡bueno val!
¿Qué has dicho, triste coplero?
tu raquítico lintero
ese fruto no dará.

¿Por qué nó, Señor Aristarco?
El mas necio de hoy en día
enseñará astronomia
hasta al mismísimo Hiparco.

Y mas fácil es por cierto
hacer hoy una comedia,
que lo fuera en la edad media
el desfacer un entuerto.

Sin que me dé calorío
desempeñare mi asunto
y lo he de llevar á punto
pesatal, amigo mío.

Mi objeto no es cualquier cosa
pues que elogio la pirueta
que ocupa de la coqueta
toda la vida afanosa.

En el baile es donde arroja
sus mas aceradas flechas,
pues nunca tristes endechas
ha de inspirar una coja.

16

¿Y si ese baile es el waltz?
¿En ese íntimo contacto
el mas embotado tacto
no se siente trastornar?

PARENTESIS.

Waltz no tiene consonante,
y viéndome en tal aprieto
¿qué hago? al lector no respelo
y le emboco un asonante.

Mas de mi asunto me alejo
y medite mi interior
QUE ESTA EMPRESA ES SUPERIOR
A LAS FUERZAS DE UN GOZOTEJO.

Perdoname, buen Irmité,
si esos versos me ha tomado:
ya ni se pide prestado
y he tenido que robarlo.

Mas antulemos el hilo
de mi cortado discurso:
ya no queda mas recurso
que embobecer el estilo.

Escuchen al poetastro
que descubre cuartetos,
tan sonoros, tan completos
como Bermudez de Castro.

III.

LA CREACION DEL WALTZ.

SUBTEREO NOCTURNO.

Una cosa temeraria: hecha por
hombres tenebrosos,
SURTEN ASESINOS... TANTASER NOBIA.

Era de noche y al fulgor del rayo
allá del Hartz en la elevada cima
un miserable artista de obra prima
contaba sus desgracias á Satan.

„Pobre esioy, y desnudo“, le decia,
„mi muger y chiquillos no han comido
„chillán, y me atormenta su chillido,
„como al manchego el ruido del batán.

„Las botas mesurados de este siglo
„no hacen mella ninguna en los calzados,
„por débiles que salgan y apretados
„no he logrado abreviar su duracion.
„Tú me puedes salvar, ángel caido,
„y haremos uno y otro un buen negocio,
„yo el hambre dejare, dejare el ocio,
„tú contarás con otra tentacion.

„A ello pues, devánate los sesos,
„apura tu diabólico caletre,

„A las salas consigne que penetre
„algún baile infernal digno de tí.
„Un baile aereo, cual la danza rápida
„con que las brujas suelen saltar,ie,
„una danza en que puedas contemplarte,
„retratado con místico buril.”

El hijo de Crispin calló aterrado;
frunció Lutzel el negro sobrecejo
y miró al miserable animalito
que imploraba sumiso su piedad.
Sacudió sus guedejas y un bufido
lanzó que estremecer hizo los valles,
y los perros ahullaron por las calles,
y las viejas luyeron del hogar.

Y los gallos cantaron, y al estruendo
de sus cuevas salieron los chacales,
con otras varias clases de animales,
que no es del caso enumerar aquí.
Del Tartaro en el fondo los demonios
esclamaron: ¡que viva el zapatero!
Este con rostro grave y lastimero
triste esperaba de su vida el fin.

„Cual lo pides será,” dijo el diablo,
„privilegio esclusivo te concedo;
„de la danza infernal con un remedo,
„los calzados muy poco han de durar,
„Entonces nadarás en la abundancia,
„y cuando llegue tu postrer instante
„colocado en un carro de diamante
„en triunfo hasta mi trono bajarás.”

Calló Satan, y el zapatero triste
respondió que bastaba el privilegio,
que se omitiese el aparato régio
pues que no le agradaba descender.
Que era escusado el diamantino carro,
que habitar el infierno no queria,
que de un oculto mal adolecia
que pudiera el calor recrudecer.

Respondióle el diablo que era inútil
su gran delicadeza y su pavora
que iba á un sitio de gloria y de ventura
en donde le esperaban gozes mil.
Que allí se le aguardaba el digno premio
de su noble invencion, que allí veria
el galardón que merecido habia,
del infierno encerrado en el coufin.

Entre nubes de azufre y de pez negra
desapareció su magestad satánica,
y á guisa de estudiante de botánica
mirando al suelo el Sutor se quedó.
Mas luego á su dolor dió rienda suelta



JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



INFORMACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siete Mexicano.



EL LICENCIADO D. MARIANO VEYTIA

en la siguiente endemoniada trova;
de rípijo tiene mas de media arroba
y esto es que el zapatero se polió.

Por procurar el sustento
en un zarzal me he metido
¡Ay de mí!
Un perdurable tormento
á conseguir he venido
hasta aquí.

Ya de los bailes reniego
y de los rotos calzados
que á fe mía,
es preferible el pasiego
á los ricos potentados.
¡Quién diría

que el ver mis votos cumplidos
me causaría dolor!
Sin embargo,
exhalo tristes gemidos
y es de luto y de terror
mi letargo.

IV.
LA INTERRUPTCIÓN DESAGRADABLE.

¿Se encuentra vd. con valor
para espetarnos entera
la elegía lastimera
del zapatero hablador?
Nos damos por satisfechos
con lo que lleva ya dicho,
y sepa vd., pobre bicho,
que nos deja muy mal trechos.

V.
LA CONDESCENDENCIA.
Pues señor, si vd. insiste,
aquí dará fin el canto,
que si no la risa, el llanto
ha de arrancar al más triste.
Mas si alguien á esto resiste
porque de estremos no guste,
y llorar, reír le asuste,
mucho temo que algún cético,
fiere presente diabólico,
las cuerdas al vate ajuste.

México, enero 21 de 1844.—AGUSTÍN A. FRANCO.

BIOGRAFIA MEXICANA.

EL LICENCIADO DON MARIANO VEYTIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Sea cronista de un hombre que por su ingenio, por su saber ó sus virtudes, se ha hecho digno de ocupar una página en los anales políticos ó literarios de una nación, es tarea, si bien un tanto penosa, útil también, y un estremo agradable; pero cuánto sube de punto este contento, con qué facilidad corre la pluma, cuando al consignar en el papel los títulos que tiene á la gloria aquel cuya vida se escribe, recuerda el biógrafo que ambos son hijos de una misma patria! entónces el entusiasmo se aumenta, el raciocinio como que se suspende, y habla tan solo el corazón.

El amor propio, el orgullo, el espíritu de nacionalidad, acallan cualquier otro sentimiento y se enseñorean del escritor. Muy sencilla es la esplicacion de este fenómeno: cuando se recuerdan los hechos de un grande hombre extranjero, el interés que excita en nosotros es coarctado á la humanidad entera, y por consiguiente, es más débil; pero cuando á su talento ó sus virtudes se añade la circunstancia de ser un compatriota, entónces el interés se concentra y puede llegar á ser un verdadero entusiasmo: entusiasmo proveniente de un noble orgullo, pues la gloria que resulta á la perso-

na de quien se escribe, juzgamos que refleja sobre nosotros, que nacimos en el mismo suelo, y que en cierta manera es cosa nuestra.

He aquí precisamente lo que sucede al que esto escribe. Admirador entusiasta de los grandes hombres de su país, ardiendo en deseos de popularizar la memoria de algunos de ellos, ha escogido al laborioso y sabio historiador D. Mariano Veytia, poseído de un engrandecido ejemplo al bosquejar las principales circunstancias de la vida de este ilustre escritor, que tomó á su cargo la noble cuanto difícil empresa de rasgar el velo que ocultaba, tanto á propios como á extraños, los primeros y gloriosos tiempos de la nación azteca.

La historia que escribió en efecto, hasta sola para hacer su elogio: por ella se conoce al escritor; pero es indispensable conocer también al viajero, al abogado, al anticuario, y al padre de familia.

Nació, pues, el Lic. D. Mariano Veytia, en la ciudad de Puebla, á 16 de julio de 1718, y fué bautizado en la parroquia del Sagrario el 19 del propio mes de julio, por el prebendado de aquella Catedral, D. Antonio Salas Navarro, habiendo sido su padrino el capitán D. Sebastián Echeverría y Orcolega.

Manifiesto desde muy niño gran talento y singular aplicación, en términos de que á los quince años, es decir, el de 1733, recibió en la Universidad el grado de Bachiller en filosofía, después de haber sustentado un lucido acto de dicha facultad, á que asistió la real Audiencia, honor que á muy pocos se dispensaba entonces. A los tres años se le confirió el mismo grado en derecho civil, previas diez lecciones sobre varias materias, por media hora, y un acto público de las doctrinas mas difíciles del derecho, que sustentó en el general de la Universidad, disfrutando en este el mismo honor que en el anterior.

Al año siguiente, es decir, en el de 1737, le fué dado caso para el exámen de abogado que sufrió en efecto, tan temprano, por habersele dispensado el tiempo que la ley exigía, por favor del virrey. De suerte, que abogado á los diez y nueve años, se encontró entónces en aptitud de emprender otros estudios á que su inclinación le llamaba, y libre absolutamente para hacer nuevas investigaciones y examinar nuevos objetos.

Contribuyó á esto muy eficazmente el encargo que su padre el Lic. D. José de Veytia, oidor decano de la Audiencia y primer superintendente de la casa de Moneda, le hizo luego que hubo concluido su carrera. Fue el de pa-

sar á Madrid á desempeñar muchos y complicados asuntos que tenía en la corte, con cuyo objeto le confirió un poder amplísimo. Para obsequiar la voluntad paterna, salió de México el 11 de abril de 1737, y el 10 de mayo del mismo año, de Veracruz, como consta de un diario de viaje que llevó con la mayor exactitud, y del que conserva en su poder el primer tomo el Sr. D. Francisco Ortega, nuestro digno colaborador, á quien debemos los datos para esta biografía, pues casi nada se sabia de Veytia, hasta que dicho señor logró después de laboriosas investigaciones, formar la noticia biográfica que colocó al frente de la edición de la historia antigua de Veytia, que con notable aumento publicó el año de 36 (1).

El diario á que aludo, aunque manifiesta según el Sr. Ortega, la poca edad del autor y haber sido hecho sin ninguna pretension literaria, con sólo el fin de la particular instrucción, descubrió sin embargo, un espíritu investigador y laborioso, seguro indicio de lo que Veytia fué mas adelante.

Un periodo de dos años es el que comprende el tomo de viajes de que acabo de hacer mención.—Desde abril de 1737 hasta marzo de 1739, en cuyo espacio recorrió España, Francia y Holanda, habiendo permanecido la mayor parte de este tiempo en la primera, por desempeñar los negocios que lo sacaron de su patria. Ni fueron estas las únicas partes que visitó, pues que concluidos los asuntos que le llevaron á la corte, también fueron objeto de sus investigaciones, Italia, Portugal, Inglaterra y Palestina, viajando siempre, no como el que lo hace por pura diversion y pasatiempo, sino como viaja el filósofo y el observador, estudiando la historia, las costumbres, los monumentos, cuando habia de notable en cada país, y formando de todo ello curiosos y abundantes apuntes, en términos, que llegó á formar veinticuatro ó veinticinco tomos de á cuatro, cuyo paradero desgraciadamente se ignora.

Residió por algun tiempo en la Isla de Malta, bajo la direccion del gran maestro de la orden por haber sido novicio en ella; y si hemos de dar entera fe á una carta biográfica de un hijo suyo, combatió á los infieles en los tercios de los caballeros de San Juan. Debó alguna tiempo después la cruz de dicha orden, para tomar la de Santiago, y se cruzó en efecto en el cole-

[1] Dicha edicion que consta de tres tomos en 4.º, de buena impresion y papel, con un retrato del autor y algunas estampas, se encuentra en la calle de las Escalerillas num. 2.

gio de niñas de Leganes de Madrid, el 29 de junio de 1742, habiendo profesado en el convento de San Agustín de la ciudad de Puebla, hasta el 19 de febrero de 68, por exigir la primera el celibato, ley poco conforme á sus miras futuras.

No se olvidó en este intervalo de su patria, pues que en todo el la visitó tres veces, hasta que muerto aquí su padre, y en España su primera esposa, vino á cuidar sus propios intereses. Se fijó en Puebla, donde casó por segunda vez con Doña Josefa de Aróstegui Sanchez de la Peña, dedicando desde entónces cuanto tiempo le dejaban libre la multitud de consultas que se le hacian como abogado, á poner en orden las numerosas apuntes y documentos que habia reunido, para poner por obra la grande empresa que tiempo habia meditaba—la historia antigua de México.

Grande fué el aprecio que se hizo en España y aun en Italia, de nuestro insigne compatriota. Prueba irrecusable de lo primero son las concesiones que le hizo el rey, así como la confianza que en varias ocasiones le manifestó (1), y de lo segundo una carta escrita desde Bologna, en marzo de 1738, por el célebre historiador mexicano, el famoso ex-jesuita D. Francisco Javier Clavijero, y que conserva autógrafa el ilustre Sr. Dr. D. Francisco Pablo Vazquez, obispo de la Puebla. En ella, que no topó por ser demasiado larga, dá cuenta Clavijero á Veytia de tener concluida su historia, y de haber sabido por el marqués de Moncada, que se ocupaba en un trabajo semejante, aunque no

se manifiesta en esto bien instruido, pues entónces ya Veytia trabajaba en la historia general de Nueva-España, cuando como él, solo escribía la antigua de México... La excita también á que le comunique sus descubrimientos; mas según se conjetura, no llegó la carta á su destino por suponerse haber muerto ya Veytia, ó si llegó, no tuvo de ella Clavijero contestacion alguna, porque á haberla tenido, hubiera sin duda colocado á Veytia en la lista de historiadores de México que colocó al principio de su obra.

Pero lo que mas confirma á mi juicio el alto concepto que se tenia en Madrid de Veytia, es la orden que se dió al virrey D. Martín de Matorra, para que recogiese de sus herederos cuantos manuscritos hubiese dejado relativos á la historia antigua de México, y aunque esto haya sido, como sospecha el Sr. Ortega, porque estuviere escribiendo por orden superior, esto mismo sirve de apoyo á lo que pienso, pues que no es creible se diera una comision tan ardua, sino á un sugeto que reuniera todas las detes necesarias para tamaña empresa.

Sea como fuere, lo cierto es que la orden para la entrega de los papeles se espidió, y la vida puso en manos del gobernador de Puebla, á presencia de un escribano, el 25 de agosto de 1780, varios manuscritos concernientes á la historia de México, entre los que se hacian notables—un tomo que llevaba por título: „Baluartes de México e historia de las cuatro sagradas imagenes de Nra. Señora, la historia de la fundacion de Puebla, y un mapa pintado de la antigua ciudad de México.

Ademas de la historia antigua, que es su principal obra, trabajó en otras varias, de no menor interés algunas. Tal es una historia eclesiástica, de la que conserva el Sr. Vazquez dos tomos (2) en borrador con llamadas, ruminadas, y entremetidas tan frecuentes y de letra tan mala, que, según el mismo señor dice, no es fácil con tal confusion formar idea exacta de la obra, sino despues de un examen muy minucioso y prolijo. Mas lo que puede suponerse por lo que de ella se entien de, que vario el autor su plan reduciéndolo considerablemente, pues de historia eclesiástica pasó á escribir historia evangélica, que como lue-

(1) La caratula del primero dice así:—„Discurso académico sobre la historia eclesiástica. Proferido en la academia de los Curiosos, por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, señor de la casa intazona y ocoheriva de Veytia, y caballero del orden de Santiago. Tom. 1.º en Madrid año de 1749.

(2) Consta del título de caballero expedido por el rey en Buen Retiro, á 29 de junio de 1749, que ya estaba numerado en esa fecha corregidor de México, cargo que no llegó á desempeñar sin duda, como dice el Sr. Ortega, por la repugnancia que manifestaba á cuanto tendia á distraerle de sus ocupaciones literarias.—Otra manifestacion del aprecio y estima en que le tenia el rey, es el nombramiento que de él hizo para el exámen y entrega de las librerías de los Jesuitas que se adjudicaron al Seminario de San Juan, comision árida y que desempeñó de la manera mas satisfactoria. Y por último, despues de haberle ofrecido repetidas veces los empleos mas honoríficos, y concedido los mas raros privilegios, se cuenta que le regaló doce firmas en bilanco para que á su satisfaccion las usase. Esto último respaldado en su misma magnitud de destino, pues siempre, como fué casualmente nota el Sr. Ortega, estimaba en mucho Carlos III á los literatos, no es cosa frecuente que los reyes dispusieran tamaños favores, tanto mas, cuanto que para ello se necesitaba la autorizacion del ministro. Mas si fuere cierto el hecho, es único en su especie y manifiesta por parte del rey una munificencia sin ejemplo.

gro se advierte, es empresa mucho mas pequeña y sencilla que la primera. De esta historia evangélica posee dicho Sr. Vazquez un tomo escrito con bastante claridad y que comprende treinta y un discursos, precedidos de un preliminar sobre los cuatro Evangelios: el primero, *Sobre la concepcion en gracia de María Santísima*; y el último, *De la degollacion del Bautista, multiplicacion de los Panes, declaracion que con este motivo hizo Jesucristo de la institucion que há de hacer de la Eucaristía, que no entendida por algunos de sus discipulos se separaron de su sagrada escuela.* Todos estos discursos tienen bastante mérito; y ademas de ellos hay otro tomo que comprende algunas otras piezas sobre diferentes asuntos (4). Como traductor mereca tambien una especial mencion, pues que ha visto el Sr. Ortega una traduccion que hizo de las famosas Cartas Provinciales de Pascal, cuyo trabajo manifiesta no haber sido tan afecto á los padres Jesuitas como se le ha querido suponer.

Muy marcado se encuentra el gusto que tenia Veytia á las ocupaciones literarias, y mas particularmente á los estudios históricos, tanto en sus escritos originales, como en las compilaciones que frecuentemente formaba, pues que aun se conservaban el año de 36, y no sé si ahora sucederá lo mismo, entre los libros del difunto Sr. Maestrescuela, Dr. D. José Nicolás Manáñal, cuatro tomos manuscritos de papeles curiosos, recogidos meramente unos, y traducidos otros por Veytia.

Pero una de las circunstancias que contribuyó mas notablemente á la perfeccion y fino con que escribió su historia, fué la amistad estrecha que durante su residencia en Madrid llevó con el célebre y desgraciado anticuario Boturini, de quien recibió, como él mismo dice, las primeras nociones de las antigüedades mexicanas.

(4) Son las siguientes.—Arévalo que para la apertura de la academia de los Curiosos en Madrid hizo D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, el día 7 de setiembre de 1747.

Oracion panegirica en la solemne dedicacion de la misma academia, bajo la proteccion de María Santísima de Guadalupe de México, hecha por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, en 14 de diciembre de 1747.

Oracion panegirica hecha por el mismo en la propia academia á la Resurreccion de Ntro. Señor Jansenista. Disertacion sobre la mayor utilidad entre la jurisprudencia y la medicina.

Otra disertacion sobre qué sea mas poderoso para destruir la amistad, los honores ó las riquezas.

Cuando volvió á Puebla, donde su padre despus de haber renunciado la toga (5) y la superintendencia de la casa de Moneda, habia obtenido la dignidad de chaitre en la iglesia Cathedral, se entregó con el mayor empeño á sus estudios favoritos, sirviéndole entónces mucho el abundante museo de Boturini, que pudo consultar á su arbitrio, y aunque no se sabe si esta facilidad le vino de haber reclamado al gobierno dicho museo, como albaacea de Boturini, ó de las ordenes que dió el rey para que se le franqueasen las bibliotecas y se le ministrasen cuantos datos hubiese menester, es mas presumible lo segundo, tanto porque nadie ignora la resistencia que siempre opuso el gobierno á la devolucion del espresado museo, cuanto porque si se le hubiese entregado como albaacea de Boturini, no hubieran estado sus restos en la secretaría del vicinato, de la que se pasaron despues al archivo general, y de este, al museo nacional.

Varias son las razones para sospechar fundadamente que en la entrega que la vinda de Veytia hizo de los papeles de su esposo, se comprendió el manuscrito original de su historia antigua de México, exijido probablemente por el gobierno, como directamente interesado en los trabajos históricos de Veytia.

Tres fueron los hijos que tuvo: Fr. Antonio María de S. José religioso carmelita, muy instruido y que obtuvo los primeros cargos de su orden; murió en Puebla el 23 de diciembre de 1827. El Lic. D. Mariano que murió de cura en Otumba en 24 de abril de 1793, y D. Rafael, que fué subdelegado de Chetla, y vino á morir no hace muchos años á esta capital. Dos hijos de este último viven aun, el Lic. D. Manuel Veytia residente en Atlixco y Doña Agustina en el convento de la Concepcion de esta ciudad.

No quiero dejar de hacer una mencion especial de dos sobrinos de nuestro autor, que se hicieron bastante célebres cada uno en su linea: fueron estos Sor Mariana de S. Juan Nepomuceno, fundadora del convento de religiosas capuchinas de Guadalupe, y D. Manuel Veytia que murió víctima de su entusiasmo por la causa de la libertad.

La primera que ya era religiosa capuchina de esta ciudad, estuvo luchando con todo género de obstáculos para llevar á cabo su proyecto de fundacion, desde 1773 hasta 1780. Despues de tan dilatado tiempo logro del rey

(5) Consta que le fué restituido el empleo de alcaide por Real cédula de 7 de marzo de 1749, y que no llegó á tomar posesion de la chiantría de Puebla.

que se espidiese la cédula de ereccion y se dió principio á la obra, en la que empleó tales diligencias y fué tal su empeño y constancia, que sin mas que dos reales con que se comenzó, xió concluida en poco mas de seis años la fabrica que tuvo de costo cerca de trescientos mil pesos.—El 15 de octubre de 1787 se abrió solemnemente y ella fué la primera abadesa.

D. Manuel, el segundo de los sobrinos de que hice mencion y sujeto de excelentes prendas, tenia una mediana subsistencia con el Fielato de S. Andrés Chalchicomula que desempeñaba, y una pequeña hacienda de labor. Atendida su poca ambicion esto le hubiera bastado para acabar tranquilamente sus ancianos dias, aunque erá por otra parte digno de haber ocupado otros puestos; pero su ardiente amor á su patria, haciéndole poco precavido, le precipitó en el sepulcro. Ya de edad sexagenaria manifestaba un entusiasmo por la libertad, digno de un joven, y mantenía sin la debida cautela relaciones con algunos de los gefes principales de la revolucion.

Esta falta, que en su edad solo puede atribuirse al mismo ardor patriótico que lo animaba, fué la que dió motivo á que se le sorprendiera (por culpa de un jóven segun se dice) con

armas y municiones que conducía á Tecamachalco. Este hecho reputado por el gobierno como delito de lesa magestad tuvo el resultado que era de esperarse. El 16 de Julio 1816 fué fusilado en Puebla su patria. Dia de luto para sus amigos y la ciudad entera, de gloria para él, y que no puede olvidarse por los amantes de la libertad, cuando fué derramada en el sangre de tan ilustre mártir!

Aunque no ha podido encontrarse ningun documento por el que pueda señalarse con exactitud la época de la muerte de Veytia, puede congeturarse sin embargo con algun fundamento, que sucedió el año de 1779.

He aquí cuanto podemos decir de la vida y obras de tan ilustre escritor. Estamos convencidos de no haber llenado dignamente la tarea que nos impusimos y para la que se necesitaba otra pluma; sin embargo, tenemos la satisfacion de haber hecho cuanto ha estado de nuestra parte por hablar de una manera digna, de un hombre que como Veytia consumió su vida en servicios de la patria, siendo su mas bello ornamento, y dejando un ejemplo que mas que otro ninguno debería tener numerosos imitadores.

ENERO DE 1844.—M. ESTEVA Y ULIBARRI.

GALERIA ZOOLOGICA.

EL MONO DIPLOMATICO.

Le plus sot animal, á mon avis, c'est l'homme. BOZCUI.

CANSADOS de ataraxar á duras penas nuestros estériles pensamientos por la vida social, por la existencia fastuosa ó miserable, independiente ó esclava de los seres que, á no ser quien, pero sin duda por ironía, se le ocurrió llamar *racionales*, y por demas fatigadas y mohinos de vagar, cual mayorazgo de casaricos ó solariegos, viciosos y mal entretenidos, por este laberinto de entes que apellidan *sociedad*, solemos á veces levantar el espíritu á las regiones superiores de la naturaleza vegetal ó

animal; y digo superiores, porque si bien se hallan en ellas de Pascuas á Corpus Christi, algunos vegetales ó animales nocivos, hállase tambien en recompensa un número exorbitante mayor de benéficos; en tanto que, para trepezar con tal cual unidad de este último género entre los humanos, si cierto es que allá en tiempos antiguos y mejores, hubo un ciudadano Diógenes que encendiera, aunque estérilmente, una cáñora linterna que arpepinto apagó tal vez mas que de paso, ya en el ilustra-

do siglo que alcanzamos, no brota un solo bato que para aquel objeto se tome la molestia de encender ni un fósforo, magier que estén tirados por las calles, y que no haya fumador, desde el que gasta frazada con agujeros, hasta el que usa *palotel-sac* con bordados y alamares, que no vaya provisto *ad usum cotinemporaneum* de un par de cajetillas por lo menos.

Pero dejando á un lado este punto de *luciforez*, porque ápesta á demonio ó al infierno desde no nos leguia, volveré á andar el *meccale* de mi rota narracion, en que absorvido en mis meditaciones zoológicas, diseña ya en los vacios aposentos de mi cerebro al *mono*, por ejemplo, era la transición del hombre á los brutos, ó el *hombre* la transición de los brutos á los monos, acerté á atravesar la calle de San Francisco, cual el buero de la flauta, por acaso; y como á la sazón sonara una no muy armoniosa dentro de un zaguán, cuya puerta cubría una cortina interior, hubo de acercarme á saber lo que fuese el motivo de aquella singular música: salíome al encuentro un histrión, que alargándome afablemente la mano, mas no para saludarme como creí al principio, sino para exigirme políticamente el *por cuánto vos contribuisteis con la limosna de un real*, díjome enseñarse allí al generoso público mexicano por tan módico estipendio, un admirable é inteligente mono tirador de pistola, que habia no sin fundamento llamado la atención de las cortes europeas, y hecho sobre todo las delicias del rey ciudadano Luis Felipe, quien en un rapto de entusiasmo le habia concedido *breve* para ejercer escitivamente por diez años en los dominios franceses, su honrosa y graciosa profesion. Esto, en mi humilde concepto, parecióme perjudicar al progreso de la civilización entre los monos, puesto que por favorecer á uno, impedia á los demas el ejercicio y mejora de un arte provechoso, y me demostró tal vez con harta triste evidencia, que los mismos monos no piensan en Economía política tan raramente como los hombres, incluso los del Siglo XIX, y que acaso por esta sola razon no seria tan absurdo pensar que fuese el hombre la *transición* de los brutos á los monos.

A fin de corroborar mas mi idea, porque á veces yo tambien suelo tener ideas, satislice el preliado contingente, entre y dije para mi sayo: ¡Feliz quien por tan poco dinero puede, abismándose en el mundo zoológico, sustraerse á la sociedad! Ni paré las mientes en la que al rededor mio miraba atentamente al hábil mono; sino que de las agudezas de este, pa-

se por una metamórfosis natural y muy característica de mi imaginación, á flagirme una nacion de monos y á creerme en medio de ella; pasé, en una palabra, del individuo á la especie. Con monerías y agasajo recibíome la monica sociedad, pero sin echarme ya cara, como escritores de otros países, la hospitalidad de sus habitantes, y cual payo que ve por primera las grandezas de la capital ó de la villa, empecé á mirar átonito y á observar atentó los diversos estados, clases y condiciones de la sociedad en que soñaba vivir. Monos elegantes y monas coquetas, militares monos, monos logreros, monos agiotistas, monos diputados, un mono ministro, un senador mono, y qué se yo que mas; pero nadie fijó mi atención mas profundamente que un monito diplomático, que sin cursarse de mi llegada, peroraba gangoso y estirado, con las manos cruzadas sobre las cadenas, y en medio de un corrillo de taciturnos oyentes, que tubo de recordarme las alanzas de libros del Portal en días de sesiones extraordinarias.

Era el mono delgado y ruin do cuerpo, usaba anteojos sobre la remilgada nariz, y un gracioso peluquín sobre la calva cabeza; pero dejando descubierto gran trecho de la parte inferior del cráneo, á fin de que los no muy duchos en esto de peluqueria y craneoscopia, creyeran ver en su espaciosa frente el signo infalible de una asombrosa inteligencia: contrastaban singularmente sus negras patillas, con su blanca apretada corbata y con sus dos chalecos de muy diferentes colores; revelaba su frac la diestra tijera de Cussae ó de Vangool, y oprimian sus angostos pantalones á dos femestidas piernas que terminaban en dos puntiagudas botas de charol.

„El memorandum del Lord Aberdeen,” decía, revela á los menos prácticos en los senderos de la ciencia, las prolongadas miras del gabinete de San James. La magestad del cetebe emperador habria de conceder un humillante *acquitlar* á las credenciales del embajador británico, en tanto que el gobierno del Reino Unido, se coloca al frente de los que sostienen el *status quo* de la paz europea y del equilibrio universal. ¡Y á qué pensais que *atribuiré* (1) la diferencia de ambas situaciones, aceptadas *respectice* por ambos países? Mi espíritu observativo me ha hecho penetrar la causa, que no es otra sino que los ingleses beben rom y los chinos mascan opio; porque se-

(1) *Hesperium* imitando, leccionero aburriendo. — (Nota del narrador.)

gun la opinion de un célebre químico francés, llamado Mr. Guizot, en su historia de la revolucion inglesa, el *opio* produce atargamiento en el espíritu y embota á la larga todas las facultades, en tanto que el rom, segun el difunto Taylorand, que era hombre muy entendido y bien guisado en el comercio de abarrotes, es el licor mas espiritinoso, y por consecuencia mas favorable al espíritu.... De mucho me servirán aquella esperiencia práctica y estas teorías para: cuando me nombren diputado al quialto congreso constituyente que homos de tener aun, y entónces pienso esplayar mis ideas en un luminoso discurso, cuyo encabezamiento lo sera; *tabula salutis republice nostrae!*

Aquí descansó un momento el orador, tomó un polvo, y cobrándo nuevo aliento, continuó diciéndonos como habia creído hallar en el gobierno de la Sublime Puerta y en las costumbres de los turcos, el prototipo de un buen gobierno y de unas buenas costumbres, adaptables á su patria, y en fin, de una civilización flamante acerca de la cual no habia podido tomar noticias muy pormenarizadas, cual deseaba, por el poco tiempo que estubo de embajador cerca del Gran Sultan, quien celoso de él por la pasion violenta que habia inspirado á la sultana favorita, hizo que su gobierno le nombrase un sucesor. Hablónos de cómo bailó un wals alemán con una princesa de alto coturno en las bodas de la reina Victoria, á las que asistió como ministro de su nacion; de cómo besó los pies á su Santidad reinante, cerca de quien llevaba una *mision* tan secreta, que creo ni el mismo la sabia, ni la supo jamas el Pontífice; y en fin, de tantas cosas no hablo, que sordo, afurrido y desesperado maldije una ciento y mil veces á todo diplomático mono, tan ridiculo y despreciable, como es digno de loz y estima el hábil y juicioso que representando dignamente á su país, obtiene en su favor ventajas mercantiles ó políticas, le evita guerras desastrosas, le hace temer y respetar acaso nada mas que con el auxilio de su propio talento, é incli-

na, en fin, á la humanidad á creer en la bellísima teoria de una paz universal y perpetua.

Afortunadamente, empero, para los que oiamos, aprovechando un estornudo del orador, interrumpióle otro mono aspirante á diplomático, que habia estado de *attaché* en diferentes legaciones. A juzgar por su esterior parisienne, sus pantalones de pliegues, su *galletau* de color de ceniza de tabaco de la Habana, su lazo y sus bigottillos, el mozo prometia largas esperanzas, y nos complaciamos todos en creer que la lid que se entablaba entre ambos campeones, daria materia abundante con que disipar el mal humor que el primer parlante nos habia inspirado; mas fin tan en *creando* el altercado por el amor propio ofendido del diplomático, y por la osadia del aspirante, que para evitar, si acababa la disputa en pescozones, el recibir alguno estraviado, refreime á bastante distancia, desde donde oia solamente el rumor de las voces sin percibir el sentido de ellas. Sarsome de mi esturup un pistoletazo, que creí disparado por alguno de los contendientes diplomáticos, y no lo fué sino por el hábil mono *breche*, que habiendo llegado á la conclusion de sus monerías, daba á los concurrentes con la dlima, que era la pistola disparada, la señal de despejar el puesto para que le ocuparan nuevos espectadores. Annuncio soñoliento salí á la calle, en donde el aire libre refrescando mis ideas, me trajó á la memoria mi ensueño de hombre despierdo. Y bien, dije para mis adentros, ¿no hallas gran analogia entre unos y otros? ¿quién es la transición que querias averiguar? ¿quién son los hombres, y quienes los monos, Señor Zoólogo? Y respondime á mi mismo, tambien aparte, como en comedia antigua, que unos son monos vestidos de hombres, y otros hombres vestidos de monos; pero que á pesar de todo y siguiendo la opinion de Boileau, el mas loco de todos los animales es, en mi humilde concepto, el hombre, y de los hombres, el mono diplomático.

JUAN SOLLILLO.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BILBAO DE BIBLIOTECAS

LA NINFA DE LA FUENTE.

LEYENDA.

I.

Por los años del Señor de 1180, existía en un pequeño señorío de Alemania, el caballero Emerich de Drontheim. Heredero de un nombre puro y de un blason sin mancha, Emerich, tan luego como recibió el orden de la Caballería, marchó á hacer sus primeras armas al emperio de los guerreros cristianos, á Palestina. Muchos años se pasaron antes de que los habitantes de Drontheim celebrasen la vuelta de su señor, y en la época en que comienza esta narración, Emerich había vuelto, pero sus vasallos observaron con dolor la notable diferencia que había entre el imberbe y apuesto garzon, que lleno de valor y de esperanzas habia salido de la morada de sus abuelos, y el hombre silencioso, tostado por el sol del desierto, y sumergido segun parecia en un oculto pesar, que á ella habia venido á entregarse á una calma misteriosa y sepulcral.

La laza de Emerich se cubria de orin en el astillero, sus jaurias mostraban en vano el ansia con que deseaban salir á caza, y sus halconeros bostezaban á la puerta del castillo, viéndose sin ocupacion.

Entre tanto el baron de Drontheim, encerrado en una estancia apartada del bullicio, era el objeto de todas las conjeturas y de todas las conversaciones. No faltaban viejas caritativas que divulgasen (bajo de reserva, por supuesto) que Emerich habia hecho pacto con el diablo; otros mas indulgentes, juzgaban que su conducta era el resultado de algun voto; y habia algunos que aseguraban á pié juntillas que el pobre caballero estaba próximo á perder el seso.

Una de las singularidades del baron era que solamente los viernes salia del castillo, y aun entonces no lo hacia sino hasta que se habia oscurecido. Jamas volvia antes de la salida del sol. Vanas fueron las tentativas que hicieron los curiosos para averiguar cual era el objeto de estas escursiones nocturnas, y la vida del baron era un enigma que cada dia presentaba mas dificultades al que trataba de descifrarlo.

Sin embargo, no estaba remota la época en

que una circunstancia particular debia descubrir el arcano. Emerich cayó enfermo, y cuando llegó el día de su misteriosa expedicion no pudo moverse de la cama. Conforme se acercaba la hora de su acostumbrada salida, su agitación se hacia mas y mas visible; por fin hizo un esfuerzo para levantarse, mas no pudo pasar de la puerta de su habitacion. Convencido de que era imposible salir, llamó á Hacem, fiel Sarraceno que le habia acompañado á su vuelta de la Tierra Santa, y le habló en estos términos.

„Recuerda, mi buen Hacem, que me debes la vida. Ningun motivo de queja he tenido en todo el tiempo que llevas de servirme; pero ahora voy á exigirte la recompensa del precioso don que te hice allá en los ardientes arenas de la Siria. Prométeme en primer lugar, guardar el mas profundo secreto respecto de la relacion que te voy á hacer.”

„Lo prometo solemnemente amo mio.”

„Pues bien, escucha. Dirijete con precaucion á la fuente de Detmold, y di á la persona que debe estar allí esperándome, que una enfermedad me impide acudir al lugar designado. Ya, y vuelve presto, y te recomiendo de nuevo el secreto.”

Partió Hacem inmediatamente, y al cabo de un cuarto de hora se encontró cercano á la fuente de Detmold. Conforme se minoraba la distancia que de ella le separaba, le iba sobreogiendo una sensacion indefinida de temor; en vano hacia por sofocarla; la hora, el silencio y la soledad, contribuian mas bien á aumentarla, que á desvanecerla.

Llegó por fin al bosque de cuyo centro brotaba la fuente, y vaciló algun tiempo antes de penetrar á él. La gratitud venció al miedo, y al cabo, con corazon palpitante y paso poco firme, se dirigió al término de su expedicion.

Una voz suave y melancólica, cuyo misterioso concertó vino á interrumpir el silencio de la noche, le hizo detener. Puso atencion y escuchó las siguientes coplas.

Vico-Meriano.



LA NINFA DE LA FUENTE.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

Tienen perfume las flores
Para el alma venturosa,
Le es dulce escuchar el canto
Que la filomena entona,
Cuándo el alma de pesares
Libre se vé y de zozobras,
Todo el mundo le sonríe:
La naturaleza toda,
A sus ojos se presenta
Deslumbrante, prestigiosa,
Y un éxtasis de placer,
Nuestros sentidos arroba.
Mas si cruel infortunio
Con su peso nos agobia,
El mundo es vasto desierto,
Pierden las flores su aroma,
Y escuchamos con tristeza
Abrumados de congoja,
El canto aparcible y dulce
Que la filomena entona.

Cesó el cantar, y Hacem percibió á la luz de la luna una hermosa doncella que reclinada sobre un césped y medio sumergida en la fuente tenia los ojos fijos con tristeza en sus aguas, mas puras y diáfanas que el cristal. Brazaletes de flores adornaban sus brazos torneados y tan blancos como el ampo de nieve que se desprende de la cumbre del monte Pilatre, su luenga cabellera flotaba suelta, y dejaba adivinar las gracias de su delicado cuello. Un cenodal blanco y sutil cubria sus mórbidas formas y esparcía sobre toda su figura una tinta vaporosa y aérea.

El Sarraceno la admiró por largo tiempo en silencio, y le pareció que aquella criatura celestial era una de las que el Profeta ha ofrecido á los fieles creyentes en el paraíso. Finalmente, se adelantó hacia ella y la dijo cual era el objeto de su venida.

„Está enfermo!" exclamó la doncella, „Emirich está enfermo! Decidle que esa nueva me parte el corazón. Decidle que mi alma le adora, y que deploro el destino fatal que me liga á este sitio. Si no, volverá á su lado, su abrazada frente se reclinara en mi seno, y mis lágrimas la refrescarían. ¡Ah! Volad, volad, que sepa que mi amor es inalterable, que siempre es el alma del alma mía!!"

Un episodio llanto se desprendió de sus negros ojos y fué á mezclarse con el puro raudal de la fuente. Al día siguiente notaron con extrañeza los habitantes de Detmold, la fragancia que sus aguas despidían. Si hubieran sabido la causa, nada habrían extrañado, porque quien no conoce el perfume que exhalan las lágrimas arrancadas por el amor?

Hacem volvió á Dronheim, y refirió á Emirich lo que habia pasado. Aquella noticia calmó las penas del baron, quien se entregó al sueño sin presentir la desgracia que le amenazaba.

II.

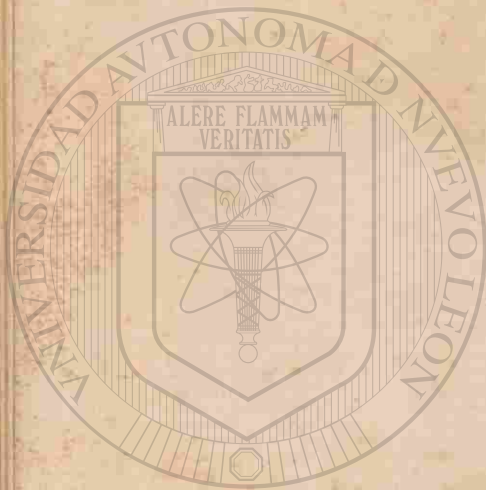
Habia en el castillo una magor chiquitilla y pléipreta que parecia la movilidad personificada: sus manos, pies, cabeza, lengua etc., estaban en un continuo movimiento. El mayordomo (á quien pertenecía aquella joya, puesto que los habia uuido la coyunda matrimonial) miraba con respeto y veneracion los raros talentos de su infatigable y cara mitad, y mas de una vez habia buido prudentemente por evitar el ser victima de ellos.

Margarita, que así se llamaba la buena señora, tenia una hija llamada Rosa, y á fuer de fieles historiadores, debemos confesar que la muchacha mercuria el tal nombre, pues moza mas garrida jamas habia triscado por las colinas de Dronheim. Rosa era la niña mimada de la familia del mayordomo, y la tia Margarita solia repetir con tono fatidico y misterioso, que una gitana le habia vaticinado del modo mas solemne que Rosita llegaría á ser una gran señora. Este profético anuncio perseguía á la muger del mayordomo á manera de pesadilla, y usando de una lógica verdaderamente femenil, se habia formado el siguiente raciocinio.

„El baron mi amo es un gran señor y no se ha casado; mi hija tampoco es casada; luego si se casa con mi amo será gran señora; y he aqui cumplido el vaticinio de la gitana. Y luego," añadió por conclusion, „hay quien diga que los gitanos no descubren el porvenir!"

Una vez ligada esta idea en el imagin de la tia Margarita, vigilaba cuidadosamente las acciones del baron á quien juzgaba ya como propiedad suya, y no fué una de las menos celosas en hacer comentarios sobre las misteriosas salidas de Emirich.

La enfermedad de este vino á despertar mas y mas la curiosidad de la madre de Rosa, y estuvo apacchando con ansia la vuelta de Hacem. El Sarraceno era hombre de bien á carta cabal, y solamente adolecía de una aflicion decidida al vino del Rhin, cosa, que á decir verdad, no se avenia muy bien con los preceptos del Koran. Margarita salía el pie de que cojaba; así es, que al salir del aposento de Emirich, le convidó á que echasen juntos un trago. Hacem condescendió como era de esperarse, mas la tia solamente pudo conseguir que le dijese adonde habia ido: en cuanto al objeto de su es-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

pedición se mantuvo firme á pesar de las repetidas libaciones que hizo al dios de la alegría.

Por último, se dirigió á su aposento con no muy segura planta, y la muger del mayordomo se quedó cavilando sobre lo que acababa de oír.

«¡A la fuente de Detmold!» decía. «¡Que tenía que hacer en la fuente de Detmold! Ya supongo lo que puede ser. Pero no, no se saldrán con la suya. Antes han de saberlo que es Margarita Schreyer.»

III.

Debo días después de las ocurrencias que acabamos de referir, salió el barón de Drontheim con dirección á la fuente de Detmold. Descansaba en la fidelidad de Hecem, y ni remotamente sospechaba que Margarita era poseedora, aunque á medias, de su secreto. Pasó la noche al lado de la doncella de la fuente, y el primer albor de la mañana les sorprendió renovando todavía sus juramentos de constancia y amor.

Emerich imprimió un beso de despedida en la tersa frente de la niña, y volvió al castillo. Al salir del bosque le pareció percibir un bullo que se deslizaba entre la sombra de los árboles; mas luego juró que había sido una ilusión y siguió tranquilamente su camino.

Nuestros lectores habrán ya adivinado quién era el bullo. En efecto, Margarita llegó al castillo después que el barón y se puso á meditar su plan de campaña. Había oído toda la conversación del caballero con la niña, y no pudo dejar de conocer que la predicción de la gitana estaba á pique de salir errada; así pues, lo primero que hizo fué divulgar que su amo estaba en relaciones con un demonio que se le aparecía en la fuente de Detmold en figura de muger; y en una conferencia que tuvo con el padre Ricardo, capellán del castillo, le sugirió la idea de anatematizar la fuente y exorcizar al barón.

El padre Ricardo era hombre prudente, y conoció que si acometía á Emerich *ex abrupto* con las acusaciones de la Iglesia, se espantaría á recibir un orden de marcha y perder de esta manera el pingüe y deseado empleo que ocupaba al lado del caballero de Drontheim. Valióse, pues, de medios suaves é indirectos para lograr su objeto; mas nada pudo sacar en limpio. Emerich le dijo con aspezero, que se ocupase en cosas del cielo, que esa era su misión, y que le dejase hacer lo que mejor le cumpliera, puesto que ni á mill padres Ricardos tenía el que dar cuenta de sus acciones.

Tal era el estado que guardaban las cosas en el castillo, cuando una noche la niña de Detmold esperaba con impaciencia á su fiel caballero. Se acercaba la hora de su llegada cuando vio á una jóven que con el cabello desecado y bañada en lágrimas, se dirigía á ella. Su primer impulso fué ocultarse: en las aguas de la fuente; mas el deseo de saber qué buscaba á aquella hora y en aquel sitio apartado la hizo permanecer.

La doncella se acercó y la dijo con voz interrumpida por los sollozos:

«¿Conocéis al barón Emerich de Drontheim?»

«¿Le conoces?» respondió la niña.

«Pues bien, escuchad,» dijo la jóven. «Emerich es un traidor. Su desvío me había causado un acerbo dolor; mas ahora que he sabido la causa de él, mi corazón no da cabida mas que al despecho. Me aseguran que en este lugar tiene entrevistas con una doncella de las cercanías. Decidme, por piedad, ¿es esto cierto? ¿Le habéis visto? ¿habéis escuchado aquí alguna vez su voz?»

Calló la incógnita, y la niña no pudo contener la efusión de su alma.

«Inmortalidad!» exclamó, «¡don fatal! ¡Por qué no me es dable dejar de existir en este instante! No temáis, hermosa doncella, el infiel Emerich volverá á vuestros brazos.»

El galope de un caballo se oyó en aquel momento y la jóven huyó desparavida.

«Mucho ha dilatado, vñla mía,» dijo Emerich al aparecer; «mas no ha dependido de mí. La muger de mi mayoritimo está en agonía y...»

«Basta ya de falsedades,» interrumpió la niña con airado acento. «¿Qué mal sentía la mentira en boca de un soldado de la cruz? Jamás hubiera yo tenido sospecha de vuestra lealtad; pero afortunadamente ya me he desengañado. De hoy en adelante no me volveréis á ver.... Adios!»

La niña se sumergió en su palacio de cristal, y Emerich con el corazón traspasado de dolor volvió á tomar el camino de Drontheim. Al día siguiente salió del castillo acompañado de Hecem.

IV.

Muchos años se habían pasado. El misgo y la vedra cubrían las torres y muros del castillo de Drontheim, abandonado por sus habitantes, cuando una tarde al ponerse el sol, un anciano doblegado por la edad y el cansancio se dirigía á paso lento á la fuente de Detmold. Llegado que hubo á ella se sentó sobre un césped; y su respiración entrecortada y sus desencajadas

facciones, daban clara muestra de que muy pocas horas le quedaban de vida.

Cuando recobró algún aliento, exclamó con débil voz:

«En vano he vagado por todo el universo. Mi pena no ha minorado. El infortunio ha surcado hondamente mis mejillas, y mi vigor me ha abandonado para siempre. Y tú, amada mía, ¿te conservas tan hermosa y tan lozana como en aquellos días de ventura que jamas han de volver para mí?»

El anciano calló abrumado por el dolor. La niña oyó su lamento, y salió de su morada subterránea.

El moribundo lanzó un grito al verla. «¡Amada mía,» dijo, «no te he sido infiel!» y espiró. La niña recogió su cadáver é hizo que del sitio donde fué sepultado, brotase una hermosa flor azul, que todavía es llamada por los habitantes de las cercanías NO ME OLVIDES.

AGUSTÍN A. FRANCO.
México, Enero 29 de 1844.

BELLEZAS DE SHAKSPEARE.

Sein Robin wird auch in den folgenden Jahrbüchern fortwährend gewaltig anzuwachsen, wie aus dem von dem Alpin herüberrollende Schneefeld zu sehen.

Y su fama continuará aumentando irresistiblemente en los futuros siglos, como la causa de hielo que el huracán derrumba de la cumbre de los Alpes.—A. W. Von SCHREIBER.

ENCONTRAMOS á veces en la poesía lírica algunas composiciones sneltas de tan relevante mérito, que aun sin entrar en mas indagaciones, damos en medio de nuestra admiración el título de poetas, digo mas, de grandes poetas, á aquellos que las escribieron. Otro tanto acontece en el género dramático, en el cual, un cuadro aislado que se entresaca de los demas que forman el conjunto, ó mas claro, una escena por sí sola puede contener primores de tal naturaleza, que por poco versado que uno esté en materias de buen gusto, no puede menos de reparar que tal pintura precisamente ha sido concebida por un génio profundo, y trasladada al lienzo por una mano maestra.

Cuan importante sea escudriñar, analizar una por una las bellezas que encierran las inmortales obras de los grandes ingenios, después de haber esperimentado el admirable efecto que en nuestra alma produce el todo de cada una de ellas, es una verdad tan manifiesta, que no perderemos el tiempo en inculcarla. Si nos será heito decir, que semejante estudio sube al mas alto grado de interés cuando recae sobre un escritor, que como Shakspeare, ha dado tanto que meditar, tanto que escribir y aun que adivinar á los mas sabios críticos modernos, y cuyas inmensas concepciones, tan

varias é innegotables como la naturaleza misma que las inspiró, darán materia abundantísima de estudio, no ya al presente siglo por mas analítico que se le suponga, sino tambien á las generaciones venideras. Bastenos, en suma, recordar que Goethe, el poeta de la inteligencia, ha dicho hablando de Shakspeare, «que una mente creadora no debia estudiar mas de una pieza suya cada año.»

Traducida directamente del original inglés, presentamos hoy á los lectores una escena de aquellas en que el hombre que mas ha creado, segun Alejandro Dumas, se muestra mas inimitable y mas profundo conocedor del corazón humano. Es la pintura que el Lord Byron mismo tentó bosquejar en su *Don Juan*, por temor de una comparación; basta finalmente, anunciar, que es la escena del *Otelo*, en que el tragico inglés nos hace ver lo que son

LOS CELOS.

Rea mare.—Desdémona dirimiendo en la cama, una luz.
Entra Otelo.

Otelo.—Esta es la causa, esta, ¡oh alma mía! Mi labio no os lo dirá, castas ebrizas; pero sí es la causa. Con todo, yo no derramaré su san-

gre, ni haré una cicatriz en ese cuerpo mas blanco que la misma nieve, y que tan terso es y tan pulido, casi monumento de alabastro. (Depone la espada).—Pero ella debe morir, que si no, engañará á otros hombres.—Por ahora matemos esta luz, y luego... luego apagaremos otra llama, la llama de una vida.—Si yo estingo la luz de esta lámpara flameante, y me duele de haberlo hecho, en mi mano está volverle á dar su brillo primitivo; mas si la tuya apaga, ¡oh! declado de hermosura, en que naturaleza se excedió á sí misma! ignora dónde encontrará aquel fuego que sirvió á Prometeo, con que yo pueda volverte la luz que te hubiere robado.—Si yo arranco esa rosa, no podré conseguir que viva y crezca; por fuerza ha de ponerse muerta y marchitarse.—Será, pues, su aroma, mientras que permanece unida al tallo. (La besa).—¡Oh! aliento embalsamado, bastante poderoso casi persuadir á la justicia misma, que rompa la espada—una mas... otro todavía. Conservástele á sí después de muerta, y enfonces si te arrebató la vida para volverte mi amor, un beso mas te doy, es el postrero. Beso tan dulce, jamas fue tan funesto.—Se me saltan las lágrimas: ¡hay lágrimas tan crueles!—Este dolor que siento, hace lo que el cielo, aquello que mas ama, aquello atierra.—Ya despierta.

Desdémona.—¿Quién está ahí—Otelo?

Otelo.—Ay, Desdémona.

Desd.—¿Deseáis venir al lecho, señor?

Otelo.—¿Te has encomendado á Dios esta noche, Desdémona?

Desd.—¡Ah!—Señor!

Otelo.—Si allá en tu mente encuentras algún crimen que el cielo no lo haya perdonado, ¡jimpetra su misericordia, luego, al punto!

Desd.—¿Ay de mí!—¿Qué me queréis decir, señor?

Otelo.—¡Hazlo, y se breve!—yo entretanto me estaré paseando.—No quiero, no, aniquilar tu espíritu desahogado.

Desd.—¿De matar habíais, señor?

Otelo.—¿Ay de mí!—Si tal.

Otelo.—Pues no hay remedio.—Ten piedad de mí ¡oh Dios!

Otelo.—¿Amén!—De todo corazón lo digo.

Desd.—Si tales palabras pronunciais, yo espero que no me mataréis.

Otelo.—¡Hum!

Desd.—Y sin embargo os tomo, porque sois terrible siempre que vuestros ojos centellean, así, como ahora; mas ¡por qué lo de temer? yo en mi no hallo culpa alguna!—A pesar de todo, me siento sobrecojida de terror.

Otelo.—Piensa ya en tus culpas.

Desd.—Mi única culpa es haberos amado.

Otelo.—¡Ay! que tienes de morir por ello!

Desd.—Es inhumano, es cruel, dar á alguien la muerte, tan solo porque ama.—¿Ay de mí! ¿por qué os mordéis el labio? ¿que sangrienta pasión hace temblar vuestras carnes?—¡Siniestros son á fe estos indicios, mas yo espero que á mí no me traen mal.

Otelo.—Sostégate, y escúchame.

Desd.—Así lo haré, ¿qué queréis de mí?

Otelo.—Aquel pañuelo de que hacia yo tanto aprecio, y que te di,—lo has presentado á Casio.

Desd.—Por vida mia que tal no hice, por mi salvacion lo juro. ¡Haced llamar á ese hombre y preguntádselo.

Otelo.—Guárdate del perjurio, guárdate, alma candida; haz cuenta que estás en tu atahud.

Desd.—Mas no para morir aún, lo espero. ¡Ay misera de mí!

Otelo.—Sí, para morir, y en breve.—Así pues, confiesa abiertamente tu pecado, porque negar con juramento un solo ápice, mal puede oscurecer, mal puede destruir la evidencia que tengo de la verdad, de esa verdad que me hace dar gemidos.

Desd.—Entonces, ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

Otelo.—Yo repito un amén.

Desd.—¿Nos mismo no os apiadáis de mí?—Yo nunca os he ofendido, en mi vida, jamas amo yo á Casio; de ese culpable amor que el cielo reprueba, jamas le di yo muestras.

Otelo.—¡Por Dios vivo!—Ese pañuelo mio, lo he visto yo en sus manos.—¡Ah! perjurá muger! tú vuelves mi corazón en duro marmol, tú haces que lo que voy á ejecutar, me parezca á mí mismo asesinado, cuando lo juzgo expiación y sacrificio.—En agudo poder he visto ese pañuelo.

Desd.—El lo tomo entonces, pues yo no se lo di.—Venid, pues, y hablé la verdad.

Otelo.—Ya la ha confesado.

Desd.—¿Pues qué dice? señor!

Otelo.—Lo que dice es: que tu lo favoreces.

Desd.—¿Como así ilicitamente?

Otelo.—¡Ay Dios!

Desd.—No lo volveré á decir.

Otelo.—Claro es que no, pues ya su boca os mudó. El buen Yago ha tomado al efecto sus medidas.—

Desd.—Fundado es mi temor.—Y qué ha muerto?

Otelo.—Si una vida en cada cabello hubiera tenido, otras tantas le habria arrancado mi venganza.—

Desd.—Vendido fué—¡ay Dios! y yo perdida.

Otelo.—Y te atreves A llorarle en mi presencia! aparta! infame!

Desd.—Desterrado de vos Señor, mas no me deis muerte.

Otelo.—A tierra! prostituta!

Desd.—Matadme mañana; dejadme la vida esta noche siquiera.

Otelo.—No.—Por mas que hagais—

Otelo.—Tan solo una media hora.—

Otelo.—Demos fin á la duda.—

Desd.—Una oracion dire,—solo una.

Otelo.—Ya es muy tarde.— ¡la sofoca!

Nuestro caro amigo D. Ignacio Rodríguez Galvan, que al melancólico número con que á Dios plugo dotarle, reúne un gusto finísimo y un criterio nada común en materias literarias, es quien por mero pasatiempo estampo en una carta escrita muy de prisa las atinadas observaciones que siguen, sobre las bellezas que encierra la anterior escena. Tenemos un placer sumo en copiarlas aquí, aunque nos consta que son solamente algunas de las infinitas que en vista de la traducción del original le ocurrieron, y que habria él amplificado con la atinencia que solia; pero que nosotros por respeto á su memoria, nos contentamos con reproducir sencillamente.

L. M. de C.

“Laroche dice: “Se abre la escena en medio del monólogo de Otelo; el poeta no nos da mas que su última parte. Estas palabras, *¡he aquí la causa!* se refieren á alguna cosa dicha antes. Es probable que Otelo se haya preguntado qué causa ha podido producir la inconstancia de su muger, y se detiene en la idea de que la causa es su color. ¡He aquí la causa! exclama entonces. Los comentadores se han fatigado en conjeturas; creemos que nuestra explicacion es la mas natural y sencilla.” A lo que responde el comentador de nuevo cuño.—Otelo dice: “¡He aquí la causa, la causa oh alma mia! no la nombraré delante de vosotras, *castas estrellas!*” Decir que un hombre es negro no ofende de la castidad de nadie; ademas, me parece la idea demasiado frívola en este momento. Otelo no comienza por la mitad del monólogo, sino por donde debe comenzar; viene distraído, fija en la mente la idea de que va á quitar la vida á una muger que ama inextinguiblemente; lo cual se le hace muy duro; pero reflexiona que ella tiene la culpa habiendo cometido *adulterio*, y *¡esta es la causa, oh alma mia!* y no tu ferocidad; la causa es, pues, el *adulterio* que no nom-

brará delante de vosotras, *castas estrellas*; por no ofender vuestro pulso.

“La presunción de su siglo y la manía de pulirlo todo, indujo al célebre autor del *Shakspere*, á Casio lo llamó *Toredano*, á Brabantio, *Osaburfo*, á Desdémona, *Hedemone* (*Edelmira*); á Emilia, *Hermancia*; á Rodrigo, *Pesaro*, y arriaron el personaje de *Yago*, que es, como dice Vigny, arriar del Génesis la serpiente. Le pareció demasiado plebeyo un pañuelo y lo convirtió en diadema; en fin, convirtió al áspero africano Otelo en Monsieur Otelo, caballero francés muy elegante en el decir, y muy ajustado á las reglas del buen tono. En el drama de Ducis que es el que se representa entre nosotros, llega Otelo con firmes intenciones de no matar á Edelmira, y concluye diciendo, que bueno será que él muera. Despierta la joven sobresaltada diciendo: “¡Cielos! ¿qué es lo que veo? ¡sois vos, Otelo? y este responde firmemente: “Galmas, yo soy.” [¿Que diferencia de esto al original! Sigue una helada alteracion sobre la diadema y una carta; en fin, celos á la parisíense, y por fin la mata; despues que la otra se ha disculpado bastante, contándole una larga historia. Han sido desechados como de mal tono é indignos del coluro trágico, la *causa*, los besos, el terrible *amen*, los labios *inordados*, el *¡Hum!* etc. etc. etc. Porque, en efecto, figurámonos á un actor declamando en aquel consolido tono, y luego salir con *Hum!* La sencillísima expresion: “¡Habéis de matar!”—Beso hablo,” está sustituida en la imitación de Ducis, por: “Preparaos.—¿A qué?—Os lo dice este acero. (Ce fer doit vous instruire)” Aquí hay mas elegancia que en lo otro, no cabe duda. Quien desecho por rudo agudo, ¿cómo habia de llamar *prostituta* á Edelmira?”

“Así como los malos poetas tienen cierto aire de familia que nunca disienten, los poetas gigantes lo tienen tambien. Calderon y Shakspere, sin conocerse, coincidieron mas de una vez.—No quiero matarle sin que esté preparada; no quiero matar tu vida.—(Shakspere) ¡Salva tu alma, que tu alma es imposible.” (Calderon.—El médico de su honra).

(*) De intento no se podian haber elegido nombres mas impropios que los sustituidos por Danie, pues todos son notoriamente *gállicos* aplicados á personajes *italianos*, ni paco que he oton son, lo que no deben ser, nombres *italianos*.

L. M. de C.

REFLEXIONES

SOBRE EL COMPENDIO DE LA OBRA DE LORD KAMES, TITULADA:

ELEMENTOS DE CRITICA.

Ha algunos años, y cuando apenas habia entrado en la pubertad el que escribe, que la persona encargada entonces de su educacion, puso en sus manos la obra cuyo titulo va al frente de este artículo. La fuerte impresion que hizo en su ánimo, se ha ido fortaleciendo en lugar de desvanecerse desde aquella época; y losigo de la poca atención que hasta aquí se ha puesto entre nosotros en un ramo tan importante de los conocimientos humanos, se atreve ahora á esponer acerca de él su humilde opinión, con la desconfianza que es natural á todo el que tiene muy bajo concepto de su capacidad.

Las ventajas de la critica están fuera de toda duda, mas acaso no es muy conocido el alto grado á que pueden llegar.

Echemos una ojeada sobre nuestro método de enseñanza, y veremos que despues de gastar algunos años en estudiar lenguas, se verifica una transición violenta, y el alumno se ve trasladado como por encantamiento á la esbrososa y encumbrada senda de las ciencias abstractas. La cadena de la educacion se encuentra rota, y nos admiramos de la repugnancia y el hastio con que generalmente se ve el estudio de la filosofía, sin tratar de investigar cual pueda ser la causa. Jamas se ha buscado ese eslabon que falta y que es necesario suplir; y de esto dimana, en mi pobre concepto, la falla comparativa de verdaderos adelantos en la parte mas sublime de la educacion intelectual.

En la enseñanza de las artes vemos que el alumno es conducido paso á paso, y hay en los conocimientos que se le van impartiendo una verdadera graduacion. El dibujante no pasa á retratar las diversas facciones de la naturaleza, ántes de que haya aprendido á trazar con destreza las líneas con que ha de lograr trasladarlas fielmente al papel.

Si aplicamos este mismo principio al cultivo del entendimiento, veremos que esa graduacion

se puede conseguir haciendo que el estudio de la critica preceda al de la filosofía. No hay esa que pueda prepararnos mejor para las investigaciones abstractas, que esa lógica encantadora que nos hace analizar las bellezas de la música, de la poesia, de la pintura. La práctica de raciocinar sobre asuntos tan agradables llega á ser un verdadero hábito; y una vez contraído este, los juicios que formamos son mas sólidos, la facultad de raciocinar adquiere vigor, y nos encontramos en aptitud de pasar á investigaciones de un orden mas elevado.

Al comparar los raciocinios metafísicos y matemáticos con los que formamos por medio de la critica, veremos que la balanza se inclina del lado de estos últimos. Aquellos no tienen por objeto mejorar el trato de sociedad, ni son tampoco aplicables á los negocios comunes de la vida; en tanto que estos nos suministran materia útil y grata para la conversacion, y al mismo tiempo nos proporcionan medios de portarnos con dignidad y propiedad en el cuerpo social.

La critica no solamente mejora el entendimiento: su influencia se estiende hasta el corazón. Prolijo seria por cierto enumerar todos los bienes que nos acarrea un gusto bien formado, y ageno del objeto que se ha propuesto el autor de estas reflexiones: él no trata de escribir una disertacion sobre la critica; quiere únicamente recomendar la obra de Kames, intimamente convencido de que si se introdujera su estudio en los colegios de la república, el resultado seria tan provechoso para los alumnos, como grato para todo verdadero amante de su patria.

Los „Elementos de Critica“ están escritos en un estilo luminoso y con una rectitud de juicio, que son verdaderamente admirables. Una dición pura y castiza, un modo filosófico de tratar las cuestiones, un método fácil y sencillo, un gusto fino y delicado, tales son las prendas que mas brillan en la obra de Lord Kames. Su li-

bro es uno de aquellos que nos encantan, al par que nos instruyen, y puede asegurarse sin temor de errar, que la lectura de una sola de sus páginas basta para comunicar ideas tan útiles como nuevas.

El único obstáculo que pudiera oponerse á la adopcion de los „Elementos de critica“ en nuestros colegios, es el de no estar traducidos. Parece débil á primera vista; mas es preciso confesar que no lo es en realidad. Kames era inglés, y adaptó su obra á sus compatriotas. Así es que á pesar de que usa ejemplos en otras lenguas, la mayor parte está tomada de los escritos de sus paisanos. El menos entendido conocerá que al tratarse de introducir esta obra en un pais donde se habla la lengua castellana, el traductor debe esforzarse en presentar ejemplos de escritores españoles. Esta tarea es tan laboriosa como difícil, y á ella se reúne la necesidad de alterar en algunas partes el testo original.

Sin embargo, este inconveniente no es tal que sea imposible superarlo. ¿Qué proporcion guarda lo penoso del trabajo, con las incalculables ventajas que de él deben resultar? ¿Y qué mas digna recompensa para el que emprenda ese trabajo, que la dulce satisfaccion de haber añadido una columna al vasto edificio de nuestra enseñanza general?

No faltará quien quiera que se introduzcan mas bien las *Lecturas de Blair*, que no los *Elementos de Kames*. La respuesta es fácil: la obra de Blair, reúne á su volúmen el defecto de estar mal traducida; y si se insta diciendo que existe un compendio de ella, bastará recorrer las páginas de este para convencerse de su insuficiencia, y del poco fino con que fué formado. No sucede esto respecto de la obra de Lord Kames. Jamieson publicó de ella en Londres el año de 1823, un excelente compendio, y el que Frost dió á luz en los Estados Unidos, es preferible á este por varias razones, y en particular porque contiene una serie de preguntas al fin de cada leccion.

Peru baste por ahora. Acaso en lo de adelante se encargará el Liceo de tratar con mas estension un punto de tanta importancia.

AGUSTIN A. FRANCO.

DIA NUBLADO.

Vano desde la aurora
Volvi al Oriente mis ojos.
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No vi las flintas de grana,
Ni los celages de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el solaciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Despues de ceñirle en torno:—

¡Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Parte á países remotos!—
TOM. I.

Vi solo á la sombra oscura
Guiar el horizonte lóbrego
Guitar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Vi á las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo,
Correr, juntarse y formar
Nubarron inmenso y solo,

Que bajando hácia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer al cielo hacia
Mas cercano de nosotros.

El aire pasaba frío
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en la ramas,
Crujian con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algun mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumescían, y atónitos,
18

Con el plumage erizado,
Los pájaros melancólicos
Medio dormidos temblaban
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno
Bajo de un árbol añejo,
El rebaño que pacía
Por el ya desmenuado soto;

Y el labrador entregado
A triste, estéril reposo,
De su cabaña en la puerta
Medita tranquilo y solo.

La altiva ciudad levanta,
Cual mil brazos de un coloso,
Las cúpulas y torreones
De sus edificios góticos.

Dejad que en su centro abunden
Placeres que dan sororjo...
¡También el silencio reina
De esos palacios en tornot

Mas ya escasas gotas frías
A una ráfaga del nido,
Caen en el pavimento
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,
Y una lluvia de pronto
En hilos imperceptibles
Desciende hasta el seco polvo:

Sutil, helada, continua,
De la tierra a lo mas hondo,
Del cuerpo a lo mas interno
Lleva su glacial encono;

Y la sensación que causa
Tenaz azolando el rostro,
Reproduce y multiplica
Su frio en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
Hierre el corazon, y roneo
Halla un eco prolongado
Del alma en lo mas recóndito!

Las horas calladas cruzan
Bajo el cielo nebuloso,
Como fantasmas del aire
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican
Solo en los bronces sonoros,
Que en las torres de los templos
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,
Como por el mundo loco
Pasa la virtud modesta
Bajo de su traje propio.

Sobre sus alas el día
Curre hacia el poniente próximo;
Y cuando toca su frente
De la noche el delfo lóbrego,

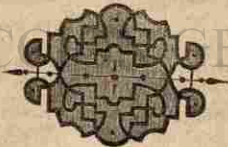
Caen en pedazos en ella,
De sus fauces a lo hondo,
Como en popular tumulto
Los despedazados troncos;

Y así perece ese día
Sin sol, sin colores, como
En infecundo cerebro
Un pensamiento grandioso.

Día nublado es la vida,
Su lluvia el humano lero,
Y el frio del desengaño
Hiel a el ardor mas fogoso:

Día nublado que cae
Con sus goces ilusorios,
En la noche de un sepulcro
Pobre o rico; pero hedfondo!

Diciembre 25 de 1843.—C. COLLADO.



BIBLIOGRAFIA.

MANUAL DE URBANIDAD

POR

EL EXMO. SR. D. MANUEL DIEZ DE BONILLA.

„Tout homme est capable de faire autrui
à un homme; mais c'est essentiel aux
dieux que de contribuer au bonheur d'une
société entière.”

MONTEVIDEO.

El Exmo. Sr. D. Manuel Díez de Bonilla, ex-ministro plenipotenciario cerca de la Silla Apostólica, nuestro digno colaborador, habiendo regresado de Europa con un regular caudal de conocimientos científicos, por haber estudiado durante su misión diplomática las mejores obras que sobre diversas materias se han publicado en aquel continente, y haber tratado íntimamente á muchos de los sabios que en ella figuran; habiendo, pues, regresado á su patria y deseoso de cuantas mejoras pueda proporcionarle, se ha propuesto publicar varias obras políticas, diplomáticas y morales, ya originales ya traducidas, para ofrecer esta utilidad á su país.

La obra inédita que hoy anunciamos con el modesto título de „Manual de Urbanidad”, contiene infinidad de preceptos morales presentados con una amenidad nada común en obras de esta clase. Matizada con multitud de anecdóticas interesantes, de trozos de poesía traducidos de varios autores estrangeros, así como de españoles y aun del mismo autor, y escrita en un estilo fluido y hermoso, pronosticamos á esta obra una popularidad extraordinaria.

Los padres de familia agradecerán á su autor el impropio é interesante trabajo que se ha llamado para morigerar á la juventud mexicana, y por otra parte estamos seguros de que mas de diez cuádragenarios leerán este Manual con sumo interés, y lo tomarán por espejo.

Consideramos inoportuno hacer el análisis de una obra que dentro de algunos meses debe su-

jetarse al juicio de los mexicanos, pues el manuscrito se va á remitir á Paris para su impresión; mas entre tanto le anunciamos á nuestros suscritores con la mas grata satisfacción, suplicándoles, para cuando la lean, observen que hemos sido parcos en los elogios que ella merece.

Hemos podido conseguir una copia de la *Introducción* á la citada obra, y la insertamos para que nuestros lectores puedan formar una corta idea de su mérito.—RR.

INTRODUCCION.

Nace á veces entre espigas un fruto salvaje, amargo é insípido al paladar; pero que la cultura ó el ingerto lo convierten en dulce y de buen sabor: esta es la imagen de la *civilización*.

El hombre por su naturaleza grosero, personal y semibarbaro, se pule, humaniza y ennoblece bajo el influjo de la razon social, á la manera que el metal suelta la herrumbre bajo la acción del pulimento.

Son principios de la razon social.

- 1.º Ejercer los propios derechos con el menor desagrado de las demas personas.
- 2.º Respetar los suyos, aun cuando pudieran sernos dañosos.
- 3.º Reconocer su mérito, aunque proceda de nuestros enemigos.
- 4.º No causarles mal, sin justo motivo ó legítima autorización.

5.º Promover su bien, aun con sacrificio del nuestro.

6.º Renunciar á resentimientos del momento, que producirían disgustos futuros mayores.

7.º Sacrificar las afecciones personales al interés público.

8.º Lograr la mayor ventaja pública con el menor perjuicio de los miembros de la sociedad.

La *civilización* consiste, pues, en las *virtudes* que obtienen los principios de la razón social sobre los impulsos desordenados de la naturaleza. Así, por ejemplo, la naturaleza irritada nos impide á destruir al enemigo, aun cuando no pueda dañarnos; mas al contrario, nos ordena la razón, no hacerle áquel mal que sería inútil á nuestra defensa.

Los motivos por que deben seguirse los principios de la razón social son los siguientes.

1.º El placer que se gusta en hacer bien á otros, ó libertarlos de males.

2.º Los servicios que podemos prometernos de aquellos á quienes beneficiamos.

3.º La estimación pública que corona á los hombres benévolos.

4.º Los cargos y honores que debemos esperar de los gobiernos sabios.

5.º Las recompensas religiosas ofrecidas á los que hacen bien al prójimo.

La *Urbanidad* es un ramo de la *civilización*; consiste en el arte de acomodar la persona y las acciones, los sentimientos y el *hábito*, de forma que confiriendo á los demás de acordes y de sí mismos, ó bien adquiriéndolos en educación y efecto dentro de los límites de lo justo y de lo honesto, ó lo que es lo mismo, de la razón social.

Así como un terreno no es posible embellecerlo, haciendo nacer flores escogidas y multiplicadas con todo género de cultivo, de la misma suerte no se puede producir en el ánimo ageno la estimación y afecto hacia nosotros, con toda clase de medios.

La *urbanidad* no es, pues, un ceremonial de convención como han opinado muchos; sus preceptos no se alienan á los caprichos variables del uso y de la moda, sino que dependen de los sentimientos del corazón humano, los cuales son de todos tiempos y lugares. De esta proposición salta á la vista la verdad por la que se reconoce, cuando se ponen en balanza los motivos, por que ciertos actos merecen alabanza de pulidos, y otros, por descorteses, son condenados. Aun el campesino, por ejemplo, se apresura á levantar la moneda ú otro objeto que se ha escapado de la mano, y se inclina pa-

ra ahorrarnos la *incomodidad* que él se toma; lo que es un ahorro de pena en la ejecución de un deseo; y talaherro no es hijo de una convención establecida, sino de la índole de nuestras propias facultades. Hasta en el teatro, cuando los espectadores de atrás piden á los de delante que se quiten el sombrero, no hacen acierto por una precedente convención. No, ciertamente, sino porque el deseo de participar del común espectáculo es racional y legítimo, como lo es el principio de que el placer de la mayoría no debe ser destruido por el de la minoría, ni aun rebajado.

En el código de la urbanidad hay, es cierto, algunas prácticas arbitrarias y convencionales, como las hay en los códigos civiles; pero la mayor parte de los preceptos se dirige á economizar sensaciones incómodas ó memorias aflicivas, y producir ideas halagüeñas ó placeres morales. Puede mirarse como convencional, por ejemplo, el uso europeo, por el cual, para evitar disputas, se concede el derecho de dejar la lanqueta ó acera al que lleva la derecha hacia la pared; pues que con igual razón podía acordarse esta preferencia á la izquierda. Empero esta convención está sujeta á la ley de la comodidad ó incomodidad. En efecto, andando á caballo con una persona mas mercedosa, pide la convención que se le deje la derecha, poniéndose uno un poco mas atrás; mas en el caso de que el paso sea resbaladizo ó pedregoso á la derecha, debe cambiarse de lugar; y si el viento arroja el polvo que levanta nuestro caballo, contra nuestro compañero, entonces, en vez de quedarnos atrás, nos pondríamos por delante. Por igual razón seremos los primeros en buscar el vado de un río y pasarlo, tanto para servir de guía al compañero, como para no rociarlo de agua ó fango. Se ve frecuentemente ceder la convención á la comodidad hasta en los mismos usos de los carreteros, cocheros y postillones. Un coche, por ejemplo, que está aguardando á ser cargado ó descargado, aunque tenga la pared á la izquierda, obliga á los que van y vienen á separarse de la línea, y tal vez á retroceder, porque si agud hubiera de moverse cada vez que otro llegase, se haría acaso imposible la carga ó la descarga.

Si la urbanidad se redujera á prácticas arbitrarias y convencionales, resultarían de aquí varios inconvenientes; porque 1.º Perdería la urbanidad algunos grados de aprecio; 2.º Sería mas difícil para uno referirse y ajustarse á un buen orden; 3.º Resultarían dudas á cada nueva combinación de cosas; 4.º Fallarían las normas para juzgar los usos y costumbres.

Es claro, por lo espuesto, que la urbanidad, considerada en su objeto y medios, no difiere de la moral, sino en la *gradación*. Quien dá, por ejemplo, un vaso de agua á un sediento, hace un acto de misericordia; y quien presta la llave de su palco al que desea asistir á una representación teatral, ejecuta un acto de urbanidad. En uno y otro caso hay cesación de su dolor, ó satisfacción de una necesidad; y este dolor cesado es lo que constituye el mérito principal de la acción. En el primer caso hay un dolor mas fuerte que en el segundo; pero ya se sabe que el mas y el ménos no mudan la especie. Uno que me niega veinte pesetas que me debe, es acusado de injusticia, porque me priva de los placeres que podía procurarme con esa cantidad; pero si escribiese, sin un motivo poderoso, cinco gruesas cartas á un hombre pobre, obligándole á pagar cuatro pesetas por cada una, de manera que el daño que resultara subiese á cinco pesos, todos lo tacharían de indiferencia é inurbanidad, no por convención, sino por el indicado daño, que es igual en uno y otro caso, ó tal vez suele ser mayor en el segundo, pues que el *deseplacer de desahuciar, en circunstancias iguales, es mayor que el de no recibir*.

Las virtudes vencen en grandeza, ó por mejor decir en peso, á la urbanidad; pero esta las vence en la frecuencia de sus actos. No es posible, ni á todos ni siempre, el ser generoso; pero siempre y á todos es posible ser urbanes.

Muchas veces al día se renueva la ocasión de ejercer modos nobles y atentos, de suerte que la frecuencia suple á la importancia. En suma, la urbanidad es la flor de la moral, la gracia que la embellece, el color que la hace amable y amena. En escritor muy recomendable ha dicho, mas poética que filosóficamente, que las reglas de la urbanidad no son fijas como los preceptos dados por Dios sobre el Sinaí, y que cada nación y en cada tiempo se pueden adoptar las que parezcan mas convenientes. Si la moral es hija de esos preceptos, y si la afinidad, como se ha visto, es tan grande entre ella y la urbanidad, tan ciertos son para todo el género humano los principios esenciales de la una como los de la otra, y pueden servir los primeros como piedra de toque para calificar la bondad, aquilatada de los segundos.

Es preciso confesar que la urbanidad no siempre se presenta abrazada con la moral, y el hombre mas cortés no es siempre el mas morigerado. El pueblo chino se dice que es el mas ceremonioso, y al mismo tiempo se cree el mas falso de los que pueblan la tierra; y sin ir has-

ta la China, cada uno advierte en los caballeros de la industria las maneras mas nobles y los mas agradados cumplimientos para alhagar el amor propio de las personas que quieren chaguar. Por esto, acaso, ha dicho un célebre autor, que la urbanidad no es sino el arte de fingirse en sí mismo por el aparente sacrificio de la voluntad propia á la agena, de manera que nosa raro el que los hombres mas urbanos sean los mas hipócritas. A cuyas razones púdesse contestar con las reflexiones siguientes.

1.º Una hermosa pintura puede subsistir sobre una pared desahucada y ruinosa; mas esta combinación de cosas disminuye el mérito general de la pintura? La moneda falsa que aparece en el mercado destruye acaso la necesidad y utilidad de la legítima? Porque la vibra se esconde á veces entre las flores ¡dejaremos de dar á estas todos nuestro aprecio? Despojándonos de los modales corteses, y revisitándonos con la apariencia ó realidad de la ordinaria y grosera ¡nos alejamos de la perdicia? ¿Se hace un vicio méfioso motivo á medida que se muestra con mayor desahucado é impudencia?

2.º Hay muchos de nuestros sentimientos que si se hacen manifiestos, ofenden á los circunstantes, ó nos hacemos objeto de su mormonización; el arte que nos enseña á encubrirlos, no será muy estimable? En efecto, muchos hilos que dividen las familias, tantos ojos que abrigan en su pecho los ciudadanos, la mayor parte de los dielos que acorcen diariamente, no reconocen otro origen que un dicho ofensivo, un acto descortés, ó un simple mal modo. Pues sea que se corten estos actos con un ánimo sincero ó fingido, será siempre indudable que con burlas nos libertamos de los indicados males. Poca aprobación merece el uso de los Espartanos que acostumbraban á los jóvenes á llevar las manos guardadas dentro de la túnica; mas cierto es que esta hábitud refinaba los puños, cuando la cólera inflamaba su ánimo.

3.º La mayor parte de los hombres no conciben una alta idea de sus semejanzas sino por los modos exteriores.

Siempre por la apariencia juzga el mundo.

Por tanto, jamás se presentará el verdadero mérito tal como es, si se reviste de una áspera corteza y se desnuda de toda flor de urbanidad. Una mujer hermosa, pero sin garbo, grosera y villana, interesa mucho ménos que una que no lo es tanto, pero sí afable y atenta. Por esto los poetas representan á Venus, acompañada de las gracias, dándonos con ello á enten-

der, que la misma belleza no puede pasar sin ellas; porque en efecto, se puede ser bello solo de una manera; pero agraciado de mil.

4.º Tal es hoy de desdichosa la índole de la opinión pública, que con mas frecuencia perdona un vicio que una indecencia; y por esto las maneras, el discurso, el aire, el continente, los gestos grotescos é inhumanos, ademas de acarrearse el título de despreciables á los que los usan, son tal vez la única causa porque tales personas no son admitidas á una concurrencia de esparcimiento y agrado, ó no es aceptada su compañía para un viaje, ó se les eschuye de una tertulia, y quizé hasta de una asociación mercantil ó industrial, de que pudiera sacarse grande provecho y utilidad. Por tal motivo, qualquiera que pide un favor suele hacer uso de maneras nobles y atentas, con que se quita á la mala voluntad del que es rogado el pretexto de falta de gallardía y miramiento; y en general, la virtud misma indispona los ánimos en su contra, cuando se viste de una apariencia agreste y salvaje.

5.º Nuestra urbanidad sirve no pocas veces de estímulo á otros para ser mas honestos de lo que quisieran naturalmente aparecer. El mismo delito, por una especie de pudor, que le sirve de conciencia, no osa desmentir las virtudes que se le atribuyen; así, cuando digo á alguno, por ejemplo: *me fio en vuestra honradez*, suscito en su ánimo un sentimiento agradable, que en igualdad de circunstancias, disminuye en él la gana de hacerme traición. El respeto exterior es una barrera que puede oponerse con buen resultado á una familiaridad perniciosa.

Su decoro es un freno,
Al torbellino mas usado.

6.º Finalmente, ninguno está exento de defectos; y bien, disimulando, *cundo conviene*, los ajenos, logramos se disimulen los nuestros, y el arte de disimular oportunamente es un ramo de la urbanidad.

En suma, el deseo de hacer á otros contentos de si mismos y de nosotros, cebando, sin faltar á lo justo, su amor propio, y, con mas razon, absteniéndonos de agriarlo indudablemente, nos procura su estimacion y afecto; es decir, que con un corto capital, logramos una fuerte ganancia.

Pero como es mas fácil hacer reverencias, que sacrificios; dar buena actitud á la cabeza y al cuerpo, que cultivar los afectos del ánimo; ser profusos en profetas vacías de sentido, que pronto á ejecutarlas; no es extraño que mu-

chos hagan consistir la urbanidad comun en solo los actos exteriores; de suerte que crean que la máscara sea buen remedio para la fealdad porque la esconde algunos momentos. Leyes y reglamentos se dan en muchas partes para ordenar las mas pequeñas acciones, las fórmulas del discurso, la especie de riverencias, y su número, las preguntas y respuestas, los movimientos é inclinaciones que deben hacerse á cada persona y en cada instante del dia; con lo cual se priva de un tiempo precioso, que sería mejor empleado en el ejercicio de las virtudes sociales, y evitar que, en vez de personas descoradas y atentas, se las vuelva cómicamente ceremoniosas y ridiculas. En general, la escrupulosa atención á frusterías, pequenezes y trivialidades, y á los demas actos indiferentes socialmente, comprime el espíritu, ofusca el juicio, y hace olvidar al hombre sus deberes mas esenciales.

Bastará decir dos palabras sobre aquella parte de la urbanidad que se refiere al aseo y compostura de la persona, para recordar los vínculos que la ligan á la moral. Nadie ignora al presente que la limpieza sirve de escudo á la salud, y es capaz de librarnos de mil especies de males. Así, por ejemplo, no se picará tan prontamente la dentadura al que tiene el hábito de lavarsela cada mañana; se reprime el desarrollo de muchas enfermedades cutáneas con el uso de lienzo limpio en la cama y en nuestro interior; nose vicia el órgano de la respiracion con el aire infecto de la noche, cuando se tienen las habitaciones secas y limpias de toda suciedad; y en suma, todos los preceptos de la Higiene nos prolongan el bienestar y la vida. Pues bien, la limpieza, conservando nuestras fuerzas físicas, nos habilita para ejecutar los deberes sociales y ser útiles á los demas; mientras que el desaseo, destruyéndolos, vuelve incómoda y gravosa nuestra existencia á la sociedad. Anudando secretamente la idea de la limpieza á la de la salud, se prepara el alma al ejercicio de muchas virtudes; y por esto Cook se persuadia de que el hombre á quien desde temprano se inspiraba el gusto por el aseo, con el tiempo se hacia mas sobrio, mas reglado y mas activo para desempeñar las propias obligaciones. Y realmente, el solo hábito de la limpieza física nos indispona contra el gleton que ensucia el pavimento y las paredes con sus manjares indigestos, ó contra el ebrio que como un animal, yace revuelto en el fango. La sola sociedad de los burdeles y las asquerosas enfermedades que se contraen por quien los frecuenta, pueden bastar muchas veces pa-

ra huirlos con horror; y la atención á desviar objetos que difunden malos olores, quita del medio muchas ocasiones de litigios, y mantiene la paz entre la vecindad. Difícil es formarse favorable idea de la salud y hábitos sociales de nuestros mayores, cuando se ve repetida en tantos estatutos la órden de tener cerradas las cloacas. La necesidad de recomendar este deber á los habitantes, prueba en ellos la ninguna atención que ponian á las causas insalubres y su total indiferencia á las incomodidades de otros. Por esto se difundian tan rápidamente las enfermedades contagiosas en los siglos pasados, y los descendidos privados se hacian fatales á toda una nacion.

La filosofía, recomendando la salubridad en los hospitales, la cuarentena en los puertos, la desaseccion de los pantanos, la necesidad de ajejar los cadáveres de los templos, los arroyales de las ciudades, las fabricas insalubres en los centros poblados, inventando máquias y métodos para desinfectar el aire de los barcos, cárceles y hospicios, ha logrado libertar á los países civilizados de la lepra, de la peste y de tantos contagios que tan frecuentes y grandes estragos causaban en tiempos pasados. Ella puede gloriarse de haber mejorado la salubridad pública, destruyendo tantas causas perniciosas y adelantando *la moral, obligándose á mirar los males ajenos como propios*.

Para no dejar incompleto el argumento de este escrito, no se ha descurrido tocar aquella parte de los actos exteriores que mas generalmente incomodan y desagradan; procurarlo para no recargar demasiado la memoria con el farrago de menudos preceptos, demostrar que *la libertad de nuestros actos esternos debe cesar desde el punto en que comienzan á privarnos de la estimacion y afecto de otros*. Pero esta es la mas pequeña parte de la presente obra, que se dirige principalmente á enmolecer los afectos del ánimo.

Como tiene de fácil reunir materiales para construir un edificio, otro tanto es difícil hacerlo completo, cómodo, seguro, placentero y elegante. Por igual motivo, mientras pululan cada dia tantas obras de moral con que se rellenan las librerías, son muy pocas las que no se nos caen de la mano á su primera segunda lectura. Acaso el punto de su asunto no está esclarecido con ninguna idea de órden, de modo que en vano se fatiga la mente del lector para concebir sus parios; acaso los frecuentes repeticiones y la profusion de palabras hacen desagradable y mas evidente la escasez de los

principios; generalmente se nos indica á la *naturalza* como absoluta legisladora, sin que se nos explique claramente lo que sea, ó se interpretan caprichosamente sus oráculos. Los lazos que debe imponer la moral á los afectos, indisponen por si mismos nuestros oídos, y si una severidad importuna viene á derramar sus espinas, fallase todo despo de virtud; fuera de que la moral no puede presentar máximas al lector que lo estimulen con la apariencia de la novedad.

Por tales consideraciones, se ha procurado amnizar el argumento con algunos trozos históricos, para que el placer de su lectura y la utilidad puesta en evidencia por los hechos, hagan agradables á la juventud las máximas que de ella resultan, y se ligen las unas á los otros en su memoria con los mas estrechos vínculos.

Ademas, presentando los usos de varias naciones relativamente á la urbanidad, se ha pensado dar, por decirlo así, mayor estension al juicio de los jóvenes, y quitarles de la mente la falsa y natural suposicion de que todo el resto del globo se asemeja al país que habitan, y que ha hecho como un proverbio nuestro vulgar el dicho de que *todo el mundo es Popayan*, ó como en mejor version decia, en Virgilio, Tifiro á Melibeo.

Aquella ciudad que Roma se recuerda,
La jargué, yo digo, tal como la nuestra,
Desde los Patios tenemos en guarda
La misma pompa de nuestras corduras.
Así á cosas grandes algunos europeos
Les que sus pajarracos y de poca cuenta.

En consecuencia de esta suposicion, los jóvenes dilticamente se pliegan ó ejercen con torpeza aquellas combinaciones sociales diversas de las que les han sido familiares en los primeros años de su vida. Al contrario, cuando conocen los varios usos, hábitos y costumbres de los pueblos, no se hallan tan espuestos á la ridicula presuncion de la ignorancia; á tantas sorpresas estópidas, ni tan fácilmente se dejan imponer por las apariencias, ni se fatigan en adoptar los modales mas conformes á los gustos de las personas con quienes llevan un trato mas frecuente.

Porque, en efecto, que no se debe enseñar á los jóvenes el espectáculo de esta ó la otra historia, sino el extracto de muchas historias, ó bien la union de muchos hechos análogos, de donde proceden sublimes y luminosos principios, y respaldan sobre una larga serie de fenómenos.



EL SAC.

¿Oy estraneza habrán visto los suscritores masculinos del Eco, que ni una sola línea nos han mercedido hasta la fecha, por lo tocante á modas. Un proceder tan indigno debe haber excitado su justo enojo; mas nosotros que tratamos de colisionar todos los intereses, vamos á satisfacer una deuda tan sagrada. Hay mas; este artículo no entra en cuenta, y al cabo del mes presentaremos la estampa y descripción correspondientes, sin darnos por entendidos del regalo que ahora hacemos á nuestros buenos suscritores.

¡Hijos de la generacion floriente del siglo XIX! ¡Lechuguinos *inocentes* que pasais los dias de vuestra niñez sobre la tierra, arrepléndos el mulo de la corbata! ¡Venid y contemplad el misterio figurin que va á la cabeza de este artículo! ¡Miradle con atención; su forma os revela una de las invenciones más profundas del arte *artístico*, y al mismo tiempo es vuestro simbolo el más perfecto!

Míradle con atención,
Pelmotres perfumados,
Y admirad los asombrosos
Esa sublime invención.
Miradle bien la cabeza,
Y notaréis con asombro
Que de la frente hasta el hombro
Todo es horricat flaqueza.

¡Qué mala salió esa última redondilla! Lo de *horricat flaqueza*, se conoce que vino á hacer solamente una visita (y muy fuera de lugar) al primer verso que concluye con *cabeza*. Ya se ve, con razon decia el buen Arriaza:

Y si el terceto ha de acabar en *bronce*
Consonante ha ser *Alonso Ponce*.

Pero dejemos eso y vamos al asunto principal. ¿Veis ese apuesto doncel, que abotonado hasta la nuca, y con el baston metido en la faltriquera á guisa de palo mayor de buque, se pavonea y marcha impertérrito mirando á todos lados y mendigando aplausos? Pues bien; ese... ese es el que llaman vulgarmente un elegante.

¿Sabéis lo que quiere decir un elegante? Un individuo anfibio en lo moral, una máquina

que solo se mueve por el impulso que recibe de los sastres y peluqueros, un automata, un... ¡Dios ponga tiento en mis labios! ¡Disimulad mi cólera, lectores míos; el traje que representa esa viñeta, me ha causado un derrame de bilis. Ese traje se llama SAC. Ese traje es el más deseado, el más feo, el más prosaico y el más caro de cuantos se pueden imaginar. Decidme, ¿qué figura más triste puede darse que la de un hombre envainado en un *Sac*? En vano se busca en él un fallo, un rasgo de la humana naturaleza; todo lo envuelve el *Sac*, con su faldico capuz.

Ganas me dan de decirle á un pelimetro cuando lo encuentro con esa desgraciada vestidura:

Alí, Dandy, Dandy, quod te *Sac* cepit?

Aquí llegaba mi filípica contra los *Sacs* cuando mi mozo me avisó que el diestro sacerdote de la moda, Mr. Cussac, me esperaba en la antecámara. Sali á verle, y se entabló entre nosotros el diálogo siguiente.

“Mr. Cussac, ¿qué buenos vientos traen á V. por acá?”

“Vengo á entregarle á V. el *Sac* que me mandó hacer.”

“*Hon pietas, heu princea fibres!* dije para mi colébo. “¡Invectivas contra los *Sacs*, ¿cómo le habéis volado?”

Admiré, como era debido, la maestría de Mr. Cussac en el desempeño de la obra que le había encargado, y se despidió.

En la tarde de ese mismo día tenía yo que salir á la calle. Hacía frío y el *Sac*, colgado sobre mi pecho, producía en mi mente una sensación semejante á la que Baltasar debió haber sentido al ver la mano misteriosa que le anunciaba su próximo fin. Vacilé por algun tiempo mas á fin de decirle, lo tomé, me establecí en él lo mejor que pude, y marché impávido en medio de los comentarios de cuantos fijaban en mí los ojos.

Entonces me convencí de la exactitud con que había dicho el otro:

“*Vides meliora proboque, deteriora sequor.*”
“V. disimulén el mircho latin.—ASOROC.”

ARQUEOLOGIA MEXICANA.

Por el favor de uno de nuestros colaboradores hemos tenido el placer de leer la preciosa obra que acaba de publicar, el año pasado de 43, Mr. John Stephens, con el título de *“Incidents of travel in Yucatan.”* 2 tomos 4.º, con ciento veintidós grabados.

Este célebre escritor, autor de otras dos obras, *“Relacion de un viaje á Egipto, Arabia Petrea y la Tierra Santa”* y *“Relacion de un viaje á Centro-América, Chiapas y Yucatan”* (aunque de este último departamento no habla con la estension que lo hace en la obra que tenemos á la vista), este escritor, digo, es el viajero que ha hecho observaciones más interesantes sobre las antigüedades que tanto abundan en Yucatan.

Mr. Stephens pertenece al catálogo de los viajeros juiciosos y sensatos, que se hacen estimar de cuantos leen sus viajes. Muy al contrario del petulante Waldeck, á quien refuta en varios lugares de su obra, Mr. Stephens muestra en toda ella que posee en sumo grado la modestia, esa preciosa virtud, uno de los caracteres propios únicamente del verdadero sabio: en toda la obra no se encuentra una sola expresion que redunde en alabanza de nuestro ilustre viajero. La gloria, ese fanal de las almas grandes, el adelantamiento de la arqueología, ciencia que se conoce que ha sido siempre la pasión favorita de nuestro autor, la confirmación de las opiniones de los escritores de nuestra historia antigua: he aquí el objeto que parece haberse propuesto Mr. Stephens al escribir su *“Relacion de un viaje á Yucatan.”*

Aumentada con descripciones pintorescas, desnuda de términos técnicos, y acompañada de observaciones científicas muy curiosas, la obra se lee con sumo agrado; y buscando en su lectura solamente un rato de distraccion, se adquiere insensiblemente una regular instruccion sobre la arqueología de nuestro país, y se admiran las grandes obras de nuestros antiguos progenitores, tan dignamente elogiadas por sus historiadores.

Mr. Stephens ha visitado en Yucatan ruinas de palacios en nada inferiores á los justamente celebrados del Palenque; ha hecho observa-

ciones sobre las bellezas y defectos de su arquitectura, y sobre el uso á que se sabe, ó se supone, se consagraban estos soberbios edificios; ha encontrado en ellos varios ídolos y figuras humanas colosales, algunas que pueden llamarse como modelos de escultura; ha descubierto, en algunos escavaciones que ha practicado, vasos esculpidos en sus superficies interior y exterior con esquisito primor; ha admirado las inmensas cavernas artificiales para la custodia de viveres, los depósitos de aguas, y otras obras destinadas para el mejor régimen económico de los antiguos habitantes de aquellos lugares (1).

Por no hacer largo este artículo, pues estamos convencidos de que no es muy general el gusto por las antigüedades, y por lo que decimos en la nota anterior, nos contentaremos con referir sucintamente la descripción de dos de los principales edificios de que Mr. Stephens habla en su *“Viaje.”*

El primero, cuyo grabado acompaña este artículo, ha recibido, posteriormente á la época de la conquista, el nombre de *Casa de las Monjas*. Hemos preferido este grabado á todos los demas de la obra de Mr. Stephens, por ser en el que está mejor marcado el hermosísimo realzado de las piedras que forman las paredes de la fachada, cuyo realzado se halla frecuentemente en aquellos edificios antiguos. El de que hablamos se encuentra en un lugar llamado *Chichen*, cerca de Valladolid.

La fachada que presenta la lámina está formada de piedra muy dura, toda labrada en su superficie con el hermosísimo realzado que presenta el dibujo. Sus dimensiones son: 25 pies de altura y 35 de anchura. Sobre la puerta se hallan seis adornos, que en el grabado no se ve exactamente su figura, por estar de frente, pero que tienen la de una trompa de elefante;

(1) Sabemos que la obra á que se refiere este artículo, se está traduciendo del inglés al español en Yucatan, y que se trata de imprimirle y venderse por suscripción. Que nuestra parte ofrecimos á los empresarios de tan laudable proyecto, remitirles un regular número de suscripciones.—R.R.

igual á la que verán nuestros lectores en el edificio que está en la lámina á la derecha, á la mitad de su altura. Al hablar Mr. Stephens de otro edificio que tiene también este ornamento, dice que sus arquitectos indudablemente no se propusieron imitar la trompa de dicho animal, pues jamás lo conocieron; pero no se podría decir mas bien, que esto puede servir de conjetura para creer que estos arquitectos descendían (según han opinado muchos sabios de los antiguos Egiptos, tan afectos á colocar el elefante en muchos de sus edificios? El de que vamos hablando, descansa sobre una plataforma ó terraplen de 32 pies de altura; y tiene para subir á él una suntuosa escalera de piedra, formada en el terraplen.

El segundo edificio de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, es el magnífico palacio llamado vulgarmente *Casa del Gobernador*, y que está situado en *Uxmal* á algunas leguas de Mérida. A pesar de haber morado muchos días en las ruinas de este palacio Mr. Stephens, dice que cada día encontraba en él muchas cosas dignas de admirarse: nada tiene que envidiar al mas suntuoso de los del Palenque (1).

La fachada de la *Casa del Gobernador* presenta una estension de 323 pies, descansando todo el edificio sobre tres magníficos terraplenes. Está formada toda la obra de piedra durísima, y exquisitamente labrada. La pared, hasta la altura de las cornisas que hay inmediatamente sobre las puertas, presenta una superficie tersa, lenticada, indicadas, como en nuestras obras de cantería, las juntas de las losas que la forman. Desde esta cornisa al techo hay un hermosísimo arabesco realizado, de un gusto delicado, y de sumo trabajo. Las puertas que ahora se ven son once, pues hay dos arruinadas; pero en 1825 permanecían aun las trece puertas de la fachada. Sobre cada una de ellas se encuentra un hermoso ornamento labrado de la misma piedra del edificio. Representa á un personaje distinguido, colocado en un trono; y sobre su cabeza varios caracteres geográficos. Mr. Stephens cree que estas figuras, que son todas diversas, representan á un caique, á un sabio, á un guerrero, á un profeta, á

(1) Con el mas vivo sentimiento presionados de dar el grabado que representa este edificio; pero como en la obra de Mr. Stephens es muy grande esta lámina, sería preciso que la nuestra fuese cuatro ó cinco veces menor; lo que ocasionaria el no poder insertar el grabado de las paredes de esta hermosa fachada, y que por lo mismo no produjera la ilusión necesaria.—R.R.

un sacerdote etc. que se distinguían en aquel tiempo, ó tal vez personajes históricos; y los caracteres acaso expresan la época de la construcción del edificio, y los nombres de los que cooperaron á ella. Toda la pared en la parte superior, como ya hemos dicho, presenta dibujos realzados muy curiosos, y que nuestro viajero opina que tal vez todos son jeroglíficos que designan varios hechos, que serían de una grande importancia para la historia, si se llegaran á descifrar. Por sus dos costados el edificio tiene una estension de treinta y nueve pies cada uno, y solamente una puerta; y el realizado de la fachada los adorna, pues circunda las cuatro paredes del edificio; aunque el ornamento que se halla sobre las puertas del costado y las dos del respaldo, no es de tanto mérito como el que según hemos descrito, se encuentra sobre las de la fachada. El techo del palacio es plano y cubierto de una mezcla muy consistente, que casi ha desaparecido, y hoy está sembrado de plantas silvestres, como sucede con todas aquellas ruinas, que se hallan enteramente abandonadas.

El interior de la obra está dividido por el medio, con una gruesa pared que recorre toda la estension del edificio; y por otras paredes que forman las diversas salas que lo componen; todas distribuidas con mucha simetría. Dos de estas salas que se hallan en el medio, una en la parte anterior, y otra en la posterior, y que se comunican por una puerta, que es precisamente el punto céntrico del edificio, tienen cada una 60 pies de largo; y la que está en la parte anterior tiene tres de las puertas que presenta la fachada.

En uno de estos aposentos, Mr. Stephens descubrió una cosa muy curiosa, una viga (madera de zapote) preciosamente esculpida con jeroglíficos; hallazgo que le dió á conocer los adelantamientos de los antiguos habitantes de aquellos lugares en el arte de labrar la madera.

La *Casa del Gobernador* descansa toda sobre tres magníficos terraplenes ó plataformas artificiales, con sus correspondientes escaleras. El primero, ó inferior, presenta una longitud de 575 pies; su altura 3 pies, y su estension, desde el borde del último escalon hasta el primero del intermedio, 13. El segundo, ó intermedio, tiene de largo 545 pies; de altura 20, y 250 de estension en el mismo sentido que el anterior presenta 15. El tercero, sobre el que descansa el palacio, presenta al frente 360 pies; de altura 19; y su estension, hasta encontrarse con el edificio, 39.

FUERA COMPLIMENTOS.

Compliment, das Gegenstand
 Von dem, was man denkt.
 Compliments: frases que ordinariamente
 indican la contraria de aquello que se piensa.

F. A. HERBERG.

Con ciertamente muy extravagantes y grotescos algunos de los diversos modos de saludar y manifestarse reciproca estimación, que están en uso en diferentes naciones, sobre todo, en aquellas que aun no llegan á cierto grado de civilización y de cultura. ¿Quién podrá contener la risa al saber, por ejemplo, que los Japoneses se descalzan en señal de respeto cuando se saludan? Y no es en verdad ménos extraño el saludo de los Arabes Beduinos, quienes es fama que descargan sus trabucos, de tal suerte que pasan las balas silbando por las orejas de aquellos á quienes tratan de dar el bien venido; pero el uso que en mi sentir se lleva la palma de la originalidad, es el que algunos viajeros atribuyen á los naturales de cierto pueblo de Asia, cuyo nombre no puedo ahora recordar. Es el caso que estos dromedarios, tan luego como se avistan, se abalanzan alincadamente uno sobre otro, y cogiéndose de entrambas manos, hácense mutuamente en ellas con las uñas una buena incision, para tener en seguridad el inocentísimo placer de estrarse con la boca una póc de sangre, gusto á la verdad muy belloco.

Cierto que para hacer ménos dolorosa tan cortésana operacion, debemos suponer tienen las uñas un tanto afiladas y dispuestas de adelantamiento al efecto; y ¿quién quita que las gasten tan perfrásadas y puntiagudas como las llevan en el día los elegantes, puesto que son para ellos un apéndice de tanta utilidad? No faltará quien haga alto en esto, y pregunte pasmado: ¿pues qué, hasta á las uñas se estendiendo hoy día el absoluto imperio de la moda? ¿No basta ya tenerlas espesas y azedias? ¿Y esto pudiera contestarse que tan lejos está de ser así, que si alguien quiere pasar por hombre verdaderamente regenerado y culto, debe dejarse crecer las uñas un par de meses cuando ménos, para hacerlas susceptibles de formar los consabidos garfos ó tranchetes, que según son de largos y afilados, debieran incluirse ya entre

las armas innobes y prohibidas. Pues estos pujavantes, reunidos á las barbas á la *Jeane Franca*, que yo denominaría mas bien á la Robinson Crusoe, ó á la Gesta, y no olvidando las gudejas en forma de asta de tima, constituyen al verdadero elegante de estos tiempos, que viene á ser en su último sentido, una caricatura haral ridícula de un caballero de la edad media, pues aquí para nosotros mal se avienen esos rostros selváticos de antaño, y esas garras de animal crudivo, con la creencia partidida, los modales afeminados y los cuerpitos raquíticos de los mozalbetes de ogafio.

Y esto lo digo, aunque no es muy del intento, porque ademas de que como dice Mora:

„Las digresiones dan muy buenos ratos.“

yo tengo ya en mis manos un par de bondes rasguños contra todo derecho recibidos, puesto que fué sin prévia declaracion de guerra, y antes bien en señal de paz y concordia, al estrecharme la mano alguno de estos puntiaguados figurines; pero eucarguémonos de las saluciones y cumplidos. En los pueblos modernos y al mismo tiempo cultos, no se advierte casi ninguna diferencia en cuanto al modo de saludar que acostumbra la gente bien nacida; conviene, sin embargo, todo el mundo en que la nacion inglesa es la mas cortisa y la menos ceremoniosa en este punto. Los Españoles, de quienes hemos heredado la mayor parte de nuestras costumbres y hábitos sociales, aunque nada sobrios en materia de cumplidos; mas hacen empero una ventaja enorme á los Mexicanos; jamás que tiene esto de extraño, si cuando un par de nosotros se pone á cumplimentarse y dicese votables mellifluis. Á los extranjeros, y con particularidad los nevados Británicos que son el reverso de la medalla, no pueden ménos de quedar abismados al ver nuestras profundas reverencias, y oír el empalagoso revolillo de preguntas y respuestas, que jamas deja de ha-

cerse, y que ellos creen no puede ser otra cosa que una larga letanía?

Hablando francamente, y sin que por ello se imagine que es mi ánimo censurar una de las mas bellas cualidades de nuestros compatriotas, es decir, la dulzura de su trato, parece sobre manera ridiculo, que cuando dos personas desean informarse mutuamente del estado que guarda su salud, se anden, como suele decirse, por las ramas, y se hagan un interrogatorio tan prolongado e impertinente, y que tanto tiempo roba á la conversacion sensata y amena de que pudiera gozarse. Dízase me si no, ¿á qué viene la mayor parte de aquellas frases de todo punto sinoámas, y que juntas forman una conjugacion por tiempos, números y personas de los miseros verbos que se cogen á cargo? No parece sino que tratan de alurrullarse uno á otro los intérpretores.

Como siempre se reserva el buen vino para el postre, entonces es cuando mas esmero ponen los que quieren pasar por muy corteses. Así, ni mas ni menos se despidió el otro dia D. Saturnino de su antiquísimo amigo D. Cleofas. «Señor D. Cleofas, mucho me alegro de ver á V. sin la menor novedad, celebrará infinito se mantenga V. tan famoso, que la gota vaya á ménos, el apedro á mas, y el jobanillo no crezca, etc., etc., etc.; y por aquí se fué el bueno de D. Saturnino, como punto en media, y nos tuvieron en pie, á cuantos estábamos en la casa donde esto pasó, un cuarto de hora por lo bajo, todo porque D. Cleofas no quiso quedar á deber ni una sílaba á su infatigable réplica.

Nada he dicho hasta ahora tocante á la notoria cuanto lamentada prolijidad de nuestro bello sexo en tales ocasiones, porque si entrase ahora en materia, lengo por infalible que los lectores, y sobre todo, las lectoras, se despidieran de mí á la francesa, y quizá para siempre; por eso me adelanto á decirles lacónicamente.—Guardaos Dios.

MAZA-ESPINA Y BIEN-PICA.

CALCULO CURIOSISIMO.

La época de la caída de Robespierre es 1794. Súmese este número consigo mismo del modo siguiente:

1794
—
1794
—
Suma 1815

Resulta 1815, año en que fué arruinado Na-

polcon. Súmese este número lo mismo que el anterior.

1815
—
1815
—
Suma 1830

El año de 1830 cayeron los Borbones con Carlos X.

LIMON BARO.

Un misionero frances dice haber visto en China un naranjo que produce limones con la figura exacta de la mano de un hombre, cerrada, con los dedos perfectamente marcados.

ANA EN VENTA.

Un predicador, queriendo disuadir á las muchachas de que se asomaran mucho al balcon, les dijo: «Hijas mías, ¿sabéis lo que quiere decir ventana? Pues reflexionado bien, y desifrareis Ana en venta.»

ASCENSION SUSPENSA.

Aun conservamos boletos de una ascension aerostática que nos debe, hace muchos meses, el pretendido aeronauta Carrillo. Quisiéramos saber si nos la ha de pagar, ó nos la queda á deber.

ENIGMA.

El que me nombra, me rompe. Curioso enigma que espresa al Silencio.

BURRO.

Forcejeaba un fornido vizcaino con un fuerte borrico, y viendo que resistia mucho este animal, le dijo: «Pues no; en talento me ganarás, pero en fuerza no.—Por una calle de cierta ciudad pasaba un asno con la cabeza agobiada y las orejas muy colgadas; al verlo tan triste un filósofo, exclamó: «No hay remedio; este burro es casado.»

TRICHO MEXICANO.

Un naturalista frances refiere lo siguiente. Existe en ciertos pueblos cerca de México una araña que llaman *Atacalt*, que forma, con hilos rojos, amarillos y negros, un tejido tan hermoso, que no se causa la vista de admirar una obra tan encantadora.

BUSCA-PIES.

No hay que ofenderse. Yo hablo con todos y con ninguno.

„MARCELA“ última escena.

D. Mónico.—¿Sabes, lector mio, quien es aquel jóven con su magnífico frac-Van-Gool, su precioso pantalón-Cussac y su lustroso sombrero-Fernández, que corre tras aquel ministro á tres pasos de distancia? Pues es D. Mónico Flatteur, que hace seis meses vivia en un cuarto bajo, en medio de la mas abyecta miseria. Antes de ayer le decía yo: Amigo, V. está en grande con el ministro.—Ah! si como yo le sé el modito, me contestó, me voy chico con él. ¿Deeseas saber, lector, cual es la ciencia del modito? Pues es sufrir los malos ratos del amo, dejarse llamar bestia, cuadrúpedo cuando no se ejecutan á toda su satisfaccion sus órdenes, aguantar que le eche á uno las puertas en la cara cuando está de mal humor (lo que no es raro) y no quiere hablar con nadie; es reirse de sus chistes, por mas chocarrosos que sean, y acceder á cuanto Su Merced quiera, aunque vaya de por medio el honor, el decoro y la educacion del miserable paniguado. ¡Ah! si á tan infame precio se compra ese oropel, que reduce en los aduladores, prefiero mil veces la miseria á tener que abatinme, á guisa de repilil, á soplar al polvo de las botas á un hombre, acaso mas despreciable que yo. No entendiémos á rigoras la prosperidad; á veces cuesta sacrificios *cien veces* mayores que los placeres que procuren; no olvidemos un momento, que la carátula de la sociedad, es semejante al parte de tin general vencedor; referirá en él todos sus triunfos y el pingüe botín adquirido, pero confesará el número exacto de los muertos con que compró la victoria!

Lola.—¿Véis á aquella muchacha hermosa, jovial, que en el teatro repasa en seis segundos los palcos, y ya tiene murcho que corlar con sus tijeras, que en la iglesia está muy atenta al tremendo sacrificio (no por virtud, sino por presentarse interesante á los que ella cree sus adoradores), y en un baile se vé rodeada de doce ó catorce jóvenes, que se disputan el próximo

waltz como si fuera el *toison de oro*? Pues es una infame coqueta que sacrificó al desgraciado Marcial, con cuya mano hubiera sido muy feliz, y le dió calabazas porque decía que era demasiado virtuoso para marido; hoy es la befa de la sociedad sensata, y solo se vé reducida á ser la muñeca de lechuginos fátuos, que fraudulentamente la cortejan; pero que cuando se separan de ella la censuran atrocemente.

Todos menos.—Preguntada á D. Giotín, grande economista, con qué letras se escribe Say, y os responderá que, como ha oido decir que es autor de sermones, nunca lo ha leído. Felicidad á Sambumbio, porque ha llegado á ser ministro de Estado, y os contestará que el gobierno atendió á sus méritos, pues en diez y nueve años (*ejercitando su letra*) ha prestado grandes servicios en las principales oficinas de la nacion. Ponderad al general Nomes todas sus victorias; decidle que es un *segundo Napoleón*; y aunque estoy cierto que es tal que el emperador de los franceses no le hubiera confiado una guerrilla, él quedará tan satisfecho que os conseguirá un par de charreteras de capitán.

Se detestan.—Dos clases de la sociedad mexicana que siempre se están eschando en cara mutuamente las desgracias de nuestro país, son los militares y los abogados. Los primeros llaman á los segundos *asacaculados*, y estos á su vez á aquellos, partidarios de la tiranía; para los primeros no hay un abogado que no sea amante del desorden, para los segundos no hay un militar morigerado, de buen, y que no propenda á ascender por cualesquiera medios. Pero todo esto no es mas que un juego de palabras. La cuestion filosofica es esta: ¿cual de las dos clases se halla adornada de mas luces, y abusará ménos del poder? Resuélvase, llevase á efecto la decision, y cesarán nuestros males.

FÓSFOROS—CERILLAS.

EL SUEÑO DE EGIRA.

A LA SEÑORITA DOÑA PERFECTA YAZQUEZ DE LARIOS.

Vienes con tí las alas nubladas,
Y ya vuelas al suelo desmayadas:
Yan, cerca, tan unida.
Este al morir tu vida,
Que dudo si en vos lágrimas la aurora
Muestra su nacimiento, ó muerte llora.

Rosa.—Sera.—A la rosa.

A la primer sonrisa de la aurora,
En las alas del viento arrebatadas,
Subir se vieron las aéreas hadas
Que del lecho de timidas doncellas
Cuyo sueño velaron con su canto,
Se elevan á habitar en las estrellas
Embelesando al mundo con su canto.
Y al tocar con su frente el firmamento,
Volvieron á la tierra su mirada,
Y de su labio de coral, su aliento
Se desprendió, cual niebla delicada
Que empapa de las flores el aroma,
Y en la mitad del insondable espacio
Convirtiéndose en la cándida paloma,
Que al contemplarla enbebecido el hombre,
Egira en su embriaguez le dió por nombre.

Egira así nació, y al verse sola,
Huérfana en el espacio, hacia el Carmelo
Tendió su blando y vagaroso vuelo,
Y allí plegó sus misteriosas alas;
Y con arrullo lánguido y sensible
Inclinó allí su alabastrina frente,
Como el lirio su pétalo flexible
Sobre el cristal de la mollida fuente.

De allí la vieron sobre espigas de oro,
Mecerse en el espacio, en la llanura estensa
Los pastores que al fondo de los ríos
Acompañados de rabiet sonoro,
Cantaban de amor los dulces devorarios;
Y al mirarla tan cándida, tan pura,
Volar de caña en caña, se postraron;
Y olvidando sus cantos de fernura,
La bella de las bellas la aclamaron.

Es Egira la anémoma divina
Que sus galas ostenta en los jardines
Que embellecen la ardiente Palestina,
La joya mas preciada en los festines,
Envidia de las virgenes del Sinai,
De Sion y del Libano y de Tiro:
Por escuchar su lánguido suspiro
Diera el sultan su damasquino alfange,
Por levantar su transparente velo
Y contemplar á su placer sus gracias,
Diera el turbante y se inclinara al suelo;
Y por dejar en su divina frente
La huella de sus labios, al cristiano
La mitad de sus reinos del Oriente
Sin vacilar un punto diera ufano.
„Bella es Egira,” las doncellas dicen,
Y en su rostro se pinta la tristeza,
Porque ven que su célica belleza
Rinde á su amor á los donceles bellos
Que antes el llanto del dolor sueaban
Con sus blondes y trémulos cabellos
Que las brisas amantes agitaban.
„Es hermosa,” dijeron, las sultanas
Allá en el Cairo que fecunda el Nilo,
Reclinadas en muelles otomanas
En los retretes del harem tranquilo;
Respirando el perfume que se eleva
Del fino pebetero al áureo lecho,
Y escuchando el acento de la lira
Que entre los bosijres de jazmin suspira,
Sin estrechar jamas contra su pecho
Sino al amor que ante sus ojos gira.
„Hermosa, repitieron, y en su rostro,
Sus alas el dolor tendió importuno,
Y por la vez primera en su pestaña

Se vio vibrar la lágrima que empaña
La pupila ardorosa, cual diamante
Que embudido en el ébano de Etiopia
Lanza en régio salon, su luz brillante.

Grande fué la aflicción, mudo fué el duelo,
Entre las reinas del harem felice;
Las contempla el sultan, y el sultan dice:
„Venga á mi harem la virgen del Carmelo.”

Con los placeres del amor primero,
Egira se embriaguaba,
Y al lado ya de lodónito guerrero
Su corazón sencillo palpaba;

Su labio contra el labio del amante
Lánguido se embebía,
Cuando aquel en su seno, delirante
De ventura y de amor, sueños dormía....

Mas al acento del sultan potente
Ella bajó su velo,

Y suspirando contempló doliente
Por vez postrera al colosal Carmelo:

Dijo ¡adiós! á los valles que abrigaron
Su infancia lisongera,
A las selvas que mudas escucharon
Ea dulce voz de su pasión primera;

Y al serrallo del Cairo conducida
La virgen del desierto,
Del santuario do el deleite anida
Penetró en el umbral con paso incierto.

Las sultanas la vieron y lanzaron
Tristísimo gemido;
Y del sultan los ojos se embriagaron
Siguiendo á la paloma al áureo nido.

Allí Egira lloró, por su mojilla
Corrió lágrima hermosa,
Como la gota de agua sin manchilla
Por el pétalo suave de la rosa.

Hurí del paraíso, entre las nubes
Del incienso que ardia,
Ella durmió, cual duermen los querubens
En los celajes al morir el día....

Blando es el lecho en que reposa Egira,
La Virgen del Carmelo;
Dulce el aroma que en su sueño aspira,
Que es el perfume que embalsama el cielo.

En el oriental salon
Penetra el sultan amante
Con febril agitación,
Y con tierno corazon
Dentro el percho palpitante.
De sus ojos la pupila
Lánguida de amor cínfila,
Y en su labio tembloroso
Lúbrico placer destila
El deleite silencioso.

Entre túl de Cachemira
Y entre nubes de violeta,
De la virginal Egira,
Ebrío los encantos mira
Que extasiaran al Profeta;
E inclinándose hasta el suelo,
Dobla incierto la rodilla,
Respetando el frágil velo
De la tímida avocilla
Que volara del Carmelo.

La virgen duerme, y el amor risueño
Guarda á su lado su apacible sueño,
Como en su cuna el maternal cariño
El sueño de oro del gracioso niño;
Y en el mármoleo lecho
Desnudos se descubren de la hermosa
El blanco rostro y el turgente pecho
De la cera á la luz voluptuosa.

Como inmóvil nevado que en la tarde
El moribundo sol que en su ocaso arde,
Bañ con su mirada misteriosa,
Y tñe de color de ópalo y rosa,
De la dormida maga
Mira el sultan los moribidos hechizos,
De su cabello que ondulante vaga
Un tanto ocultos por los blondos rizos.

Contempla inmóvil su cerúlea ceja
Inmóvil su pestaña que semeja,
Dando su sombra al párpado suave,
A las alas tendidas de algun ave
Sobre el tranquilo río
Que á la luz de la luna que fulgura
En noche calurosa del estío
Manso entre el loto y el sauz murmura.

Embebecido, delirante, ciego,
Y consumido por oculo fuego,
Va á imprimir en su seno delicado,
Un beso de delicias empapado,

Un beso mas ardiente
Que el que diera Abelardo á su Eloisa,
Cuando apurara del amor la fuente
De su ámada en la líbrica sonrisa...

Mas á turbar su sueño no se atreve,
Y se detiene al movimiento leve
De la casta doncella que suspira,
Y sus mejillas encenderse mira,
Su cabello agitarse,
Agitarse su morbida garganta,
Bajar rápido el seno y elevarse,
Como el pecho del cisne, cuando canta.

Ve que treme su labio, oye que dice
Con apagada voz: «Yo... era... felice,
Cuando... á... tu lado... mi doncel... estaba,
Porque... yo... á ti, como á... mi Dios amaba...
Mas hora mis caricias...
Otro... recibirá... Yn... mi... que... rido
Dulces... me... go las... de... licias,
Volemos... del... Carmelo... á... nuestro nido.»

Y la escucha el sultan, llanto copioso
Ve que llorida su rostro candoroso
Al recordar en el feliz ensueño
La imagen cara del perdido dueño.
En celos se convierte,
El fiero amor, y en su furor esclama,
«Antes irás en brazos de la muerte,
Que en los odiados del rival que te ama.»

Y sacado el acero reluciente
Un beso imprime en su ardorosa frente;
Separando frenético el cabello,
Le hunde el puñal en el cárneo cuello;
Y presuroso sale
De aquel salon do entrara embecado,
Antes que Egira moribunda exhale
Bañada en sangre su postrer gemido.

La Virgen espiró, y una paloma
A la hora dulce en que la aurora asoma,
Se vió subir en alas de las hadas
Que del lecho de tímidas doncellas
Coyo sueño velaron consu manto,
Se elevan á habitar en las estrellas
Embelesando al mundo con su canto.
México enero 31 de 1844.

RAMON L. ALCARAZ.

AM....

Pura y brillante cual la excelsa estrella
Que á los reyes de Oriente conducia,
Ante el trono de Dios, amada mía,
Postrado de rodillas te miré.

A mis ojos entonces pareciste
Virgen del paraíso, casta y pura,
Y al mirar tu modestia y tu hermosura
Transportado al Empíreo me juzgué.

En el templo de Dios, en donde solo
La paz del alma y la inocencia brilla,
Tu corazón sin crimen, sin mancilla,
Al Señor de los hombres adoró.

Y ese Señor que el criminal insulta,
De gracias siempre y de bondades lleno,
A tu sencillo y candoroso seno
De gloria circundado descendió.

Y mi vista apartó, mi amor, sacrilego
En tan solemne instante lo juzgaba,
Solo digna de Dios te contemplaba,
Digna de las delicias del Eden.
En éxtasis de amor embecado
De gozo celestrial mi mente ardía
Y la auróla de los justos via
Coronando tu pura y blanca sien.

De ti en torno volando mil querubes
Aspiraban tu aliento sacrosanto,
Y el ángel de las vírgenes su manto
Sobre tu espalda morbida tendió.
Te ví, te amé; pero mi amor entonces
Era el amor con que seadora al justo
Que en ese instante religioso, angusto,
En ti mi corazón á Dios amó.

Que en ti moraba el Hacedor eterno,
Y era tu pecho el trono misterioso
Dose asentó clemente y bondadoso,
Para regir de allí tu corazón.
Tal vez allí te ordena que no me ames,
Cúmplase, pues, su voluntad sagrada;
Mas ríégale, muger idolatrada,
Que mi pena consuele y mi aflicción.—F. G.

LA MUGER.

Preguntaba madama Staël á Napoleón, cuál
te parecía la primera muger en la sociedad? y
el Emperador contestó: «la que dé mas hijos
á la patria.»—Se consultaba á un filósofo, que
muger se debía escoger para esposa? y resolvió:
«la que sepa hacer mejor una camisa.»

CALOR ANIMAL.

Se dá el nombre de calor animal, á este fluido que se produce dentro del hombre y de los demas animales, sin que á su producción contribuya ninguna causa exterior capaz de producirlo. Al locar este punto de fisiología, que es la ciencia que trata de las funciones de la vida en el estado de salud, se debe entrar en varias consideraciones, y una de ellas es la investigación de la fuente que lo produce en el animal, atendida la cual, deberá pasarse á otras de no ménos importancia.

Los antiguos colocaban la fuente del calor animal en el corazón, y á mi ver previeron, si no acertaron á darle, como despues veremos, el lugar que le han asignado los fisiólogos modernos. Descartes, para esplicar su opinion, decía que en este órgano (el corazón) la sangre arrojaba en ebullicion, de cuya ebullicion resultaba el calor que era comunicado por la circulacion á las demas partes del cuerpo. Van-Helmont, Viessens, Borelli y otros, creían tambien en una eferescencia ó fermentacion de la sangre, y aun en un espíritu igneo que se desprendia á causa de los movimientos del corazón: he aqui las opiniones de los antiguos, que no curándose, ó curándose muy poco de la esperiencia, se entregaban confiados á las hipótesis que la agudeza mayor ó menor de su ingenio les sugería, como tenemos otra prueba á mas de esta, en las mismas hipótesis que sobre la digestion formaron, y que solo las inmortales esperiencias de Spallanzani, bastaron á derribar.

Véamos ahora cuales son las opiniones que los fisiólogos modernos han formado, sin separarse un punto de la esperiencia, mas filósofos en esto ciertamente, que los antiguos que llevaban este nombre, pues han logrado encontrar la verdadera fuente de donde deben sacarse los conocimientos físicos. Al ver estos, como los antiguos, que solo los cuerpos organizados son los únicos que se resisten á equilibrar su temperatura con la de los cuerpos que los rodean, propiedad indispensable en todo cuerpo inerte, imaginaron luego que los primeros debían de tener dentro de si mismos una fuente de donde emanase aquel calor, que distribuyéndose por todo el cuerpo, les comunicaba esa propiedad que antes mencionamos. ¿Cuál

es esa fuente? su preguntaron; y estudiando á los antiguos, convinieron con ellos en que la sangre era sin duda el cuerpo que recibiendo inmediatamente el calor, estaba destinado á comunicarlo á los otros órganos, por ser el único fluido que en su circulacion pasa por todos ellos; mas poco conformes con los mismos antiguos en las hipótesis, y poco amantes de las ebulliciones, eferescencias y espíritus igneos, imaginaron que en la respiracion, en ese acto importantísimo de la vida; por tantos respectos debía de residir esa fuente que los antiguos colocaban en el corazón, e infatigables en la esperiencia, lograron confirmar hasta la evidencia su teoria.

En la respiracion, que no es otra cosa que la transformacion de la sangre venosa en sangre arterial (1), se verifican varios fenómenos: hay precisamente absorcion del oxígeno del aire, combinacion de este con el carbono de la sangre, desprendimiento de ácido carbónico y de azúete. Ahora bien, sea como unos quieren que el oxígeno está destinado para la combustion del carbono de la sangre, sea como otros opinan que el oxígeno pase á las venas pulmonares, y se combine directamente con la sangre, siempre hay un resultado que en ambas cosas viene á ser el mismo, y es la produccion de nuevo calor, y aumento por consiguiente de la temperatura; que antes de su transformacion tenia la sangre; pues si consideramos el primer caso, debe haber esta produccion de calor, por ser una combinacion química, y estar probado que en toda combinacion química la hay; y si el segundo, habria esta misma produccion, porque entonces el oxígeno está en contacto con el carbono de la sangre, y siempre que el oxígeno está en contacto con un cuerpo combus-

(1) La sangre es conducida de la circunferencia del cuerpo al corazón por las venas, y en este tránsito cambia ciertos caracteres que son los que constituyen la sangre venosa; al llegar al corazón, pasa por una vena al pulmón en donde se verifica el acto de la respiracion, y transformada ya en sangre arterial con distintos caracteres de las de la venosa, como son la diferencia de temperatura, calor, &c., vuelve al corazón, de aquí á las arterias, y de éstas al resto del cuerpo.

tible, como lo es el carbono, hay aumento de temperatura. Así lo prueban las numerosas experiencias que sobre la sangre arterial se han hecho, y en la que, entre las diversas transformaciones físicas que se han observado, una de ellas ha sido el aumento de temperatura, pues es en esta un grado mas elevada que en la sangre venosa. Con estos datos se vacilará todavía en creer que la respiración es la fuente principal de donde proviene el calor animal?

Otras muchas experiencias se han hecho para confirmar mas y mas esta opinion; y las de Lavoisier y de Laplace, como refiere Mr. de Magendie, hacen creer que la producción del calor es debida, no al contacto del oxígeno con el carbono de la sangre despues de que ya aquel ha pasado á las venas pulmonares, sino á la combinacion del oxígeno con el carbono, de la cual resulta el desprendimiento del ácido carbónico, pues habiendo colocado algunos animales en calorímetros (1), comparato la cantidad de ácido formado por la respiracion, con la cantidad de calor producido en un tiempo dado, resultó, que con poca diferencia, el calor producido era precisamente el que habia resultado de la cantidad de ácido carbónico formado.

Las experiencias de M. M. Brodie, Thillage y Legallois, son un apoyo mas de cuanto hemos espuesto, pues de ellas resulta, que á medida de que la respiracion es mas fatigosa, baja mas la temperatura; y á mas de esto, puede sacarse otra deducción de ellas, y es, que la cantidad de calor producida, está en razon directa de la cantidad de ácido carbónico desprendida, pues los mismos experimentadores observaron que bajando la temperatura, disminuía la cantidad de ácido.

Para probar esto no tenemos experiencias directas; mas si tenemos suposiciones demasiado fundadas para que dejen de admitirse: se ha supuesto que el resto es debido á la accion de los nervios, á la circulacion de la sangre y á la nutrición de los órganos: la primera obra estimulando los órganos por el agente invasor; mas como hasta ahora es casi desconocido el modo de obrar del sistema nervioso, no nos será fácil presentar alguna prueba en confirmacion de lo que hemos dicho; no obstante esto, la frialdad de los miembros en las parálisis, nos parece que alega algo en favor de lo que hemos asegurado. Menos difícil nos parece demostrar la parte que la circulacion y

(1) Instrumento destinado para determinar la cantidad de calor especial en todos los cuerpos.

la nutrición toman en la producción del calor animal. La primera de estas es indudable que obra repartiendo en todos los órganos y en todos los tejidos el fluido, cuya temperatura aumentó un grado en el acto de la respiracion, y contribuyendo á desarrollar un poco mas de calor, en virtud de los rozos que experimenta contra las paredes de los vasos, por donde pasa. Si se pregunta ahora, por qué sucede esto, nos parece que será fácil explicarlo llamando la atencion á lo que diariamente observamos; y es la producción del calor, á consecuencia del roce que se hace experimentando á dos cuerpos, como sucede cuando frotando cualquiera parte del cuerpo con un lienzo, y aun con la misma mano hay aumento de temperatura; y como sucede tambien cuando tomando dos trozos de madera y frotándolos uno contra otro, no solo hay aumento de calor, sino aun producción de luz cuando se frota vivamente y por largo tiempo, como hacen los salvajes para procurarse el fuego que necesitan. La mayor ó menor rapidez con que la sangre circula en los vasos, nos parece que es otra de las causas que contribuyen á la mayor ó menor producción de calor, agregado al que la respiracion produce; y nos parece que probar esto es demasiado sencillo. Todos pueden hacer en si mismos las siguientes observaciones: cuando á consecuencia de haber andado mucho ó de haber corrido, se experimenta un sentimiento de calor áridentísimo, el corazón late con mucha rapidez; ¿qué resulta de aqui? Resulta que las contracciones y las dilataciones de las cavidades del corazón, son muy vivas y de corta duracion; y que el impulso que recibe la sangre es demasiado violento y su roce contra las paredes de los vasos demasiado rápido y fuerte; de donde en consecuencia resulta el aumento de calor considerable en todas aquellas partes en que hay multitud de vasos sanguíneos. La segunda observacion es la siguiente. En las pasiones vivas, en el amor, por ejemplo, cuando se está cerca del bien amado, y se le estrecha con transporte y se le contempla embobado, y gozes indefinibles absorben todos los sentidos, los ojos despiden un brillo singular, el corazón late tambien con mucha rapidez y se experimenta una sensacion deliciosa de calor, tanta moral como física que entra en el número de los gozes indefinibles que hemos mencionado ántes, y que son el carácter especial de esas pasiones nobles que sirven para conservar á la especie humana. Ahora bien, al palpar el aumento sensible de calor que ha habido y los latidos del corazón, ¿no se podrá es-

plicar este fenómeno del mismo modo que el anterior? Convergamos, pues, en que el resto del calor animal que no es debido á la respiracion, es producido si no todo, al menos en parte por la circulacion. No negamos que la accion simpática y el fluido nervioso excitado por la presencia de la sangre, tengan parte en esos fenómenos; mas como nos parece muy difícil el esplicar su accion en estos casos, no hemos querido aventurarnos á hacerlo.

En cuanto á la nutrición, ella contribuye al desarrollo del calor por los movimientos alternativos de solidificacion y fluidificacion de los tejidos y de los humores, y por la accion de las combinaciones químicas que por su medio se efectúan para repararlos; y como ya hemos dicho que en todo movimiento y combinacion química hay producción de calor, inútil nos parece insistir mas en ello.

Hasta aqui solo hemos considerado el calor animal en sus relaciones con el estado de salud; fuerza es que ahora hagamos algunas consideraciones respecto de las relaciones que tiene con el estado de enfermedad del animal.

Es opinion admitida y confirmada ya por todos los autores, que el calor que unido á las palpitaciones rápidas del corazón, precede y acompaña á casi todas las inflamaciones agudas, no es mas que un fenómeno físico, consecuencia de la rapidez de las palpitaciones del corazón. ¿No es claro, segun esto, que la fuente del calor morbosó general está en la circulacion, puesto que nunca el corazón palpita con mas rapidez que de ordinario, sin que aquel aumento considerable? No negamos que la respiracion tenga tambien parte en la producción de este calor; y aun creemos que tiene una grande, pues cualquiera habrá observado que en este caso la respiracion es mucho mas violenta que en el estado de salud; y si asi es, nos parece que entónces el ácido carbónico debe de desprenderse en mas cantidad, y por consiguiente, ser mayor el calor producido, pues segun observamos ántes, resulta de las experiencias de Brodie y Legallois, que el calor producido está en razon directa del ácido desprendido. De suerte que creemos que si se examinase la sangre arterial en este estado, su diferencia de temperatura respecto de la sangre venosa, no sería de un grado, sino un poco mas elevada.

Por lo que respecta al calor local de los puntos inflamados, nos parece que se puede atribuir á las fuentes secundarias que hemos asignado, es decir, á los rozos vivos que los globulos de la sangre sufren contra las paredes de los vasos, al llegar en mayor abundancia á aquel

punto que á cualquiera otro; y lo que parece que mas confirma esto, es que en ciertas irritaciones que no son inflamaciones (las sub-inflamaciones) en que este acropio es de fluidos litantes, si hay calor morbosó, es tan sordo, que apenas se distingue del de las otras partes, y que las irritaciones nerviosas en que no habiendo ningun acropio de fluidos, no solo no existe el calor morbosó, sino que la temperatura de la parte es menor que la de las otras.

Dirijámos ahora una rápida ojeada sobre el grado de calor que en las diferentes clases de animales se desarrolla.

Todos los autores que han tratado de esta materia, hacen de los animales dos grandes divisiones, llamando á unos animales de sangre fría y á otros animales de sangre caliente: los primeros son aquellos cuya temperatura es casi la misma que la del elemento en que viven, y que varia con ella; y los segundos aquellos cuya temperatura es distinta de la del elemento en que viven, y que es invariable. De esta diferencia resulta, que el grado de calor mantenido por la respiracion debe variar mucho en las diferentes especies de animales, como mil experiencias lo han probado; mas tambien estas han probado que si es diferente en las diversas especies de animales, es casi la misma en los animales de una misma especie. John Davy, celebre químico inglés, trató de determinar exactamente las temperaturas de varios animales, por observaciones hechas en Inglaterra, en Colombo, capital de Ceilan y en el mar; y de sus experiencias, que me abstengo de poner aqui por no alargarme demasiado, resultó:

1.º Que en los hombres de diferentes razas, es exactamente la misma la temperatura, ya se alimenten esclusivamente con carne, como los Vaidas, ya no coman mas que legumbres, como los sacerdotes de Boudha, ya acostumbren en fin, tomar alimentos de estas dos especies como los Europeos, con tal que se encuentren colocados en circunstancias semejantes.

2.º Que la temperatura aumenta un poco en el hombre, cuando este pasa de un pais frío ó templado, á un pais calido:

3.º Que la temperatura mas elevada, es la de las aves; que los mamíferos ocupan el segundo lugar; que á estos siguen los anfibios, á estos los peces y ciertos insectos, y que los moluscos, los crustáceos y los gusanos están comprendidos en la última clase.

Algunos autores habian creído que la temperatura de los habitantes de los trópicos, era infe-

rior á la de los das las regiones templadas; mas de las esperiencias del mismo Davy y de algunas de Despretz, resulta que esto es falso, pues el primero determinó en Ceylan la temperatura de siete hombres de distintas edades, y halló que la media era de 37.º 49', siendo así que en Inglaterra habia sido 36.º 7', y habiendo hecho el mismo químico otras varias esperiencias en el mismo lugar en distintos tiempos, y con personas de ambos sexos y de distintas edades, ha que la temperatura media del cuerpo no varia igualmente en los diversos climas con el sexo y con la edad.

Una vez probado que la respiracion es la fuente principal del calor animal, restánon ahora saber si todo el calor es producido por ella, ó si no lo es todo, determinar la cantidad que á ella se le debe. Cuando la Academia de Medicinas de Paris ofreció un premio al que demostrase por medio de esperiencias exactas la acción precisa de los pulmones en este fenómeno, exigió además que se determinase con precision la cantidad de calor producida en la combustion del carbon. M. Despretz alcanzó entonces el premio, despues de haber satisfecho á la Academia con una serie de esperiencias laboriosas, de las que resultó, con respecto á la segunda parte de la proposicion de la Academia, que no todo el calor era debido á la respiracion, sino unicamente los cuatro quintos en los animales herbívoros, y los tres cuartos en los carnívoros, observándose en las aves casi la misma relacion; resultando casi con forme con el de M. Gaulttier de Claubry que dice que la respiracion no produce ni menos de los siete décimos, ni mas de los nueve décimos del calor total del cuerpo, y que unicamente en los animales jóvenes pierden una porcion de su calor propio, es en los que no se obtiene mas de los siete décimos. En consecuencia, solo una parte del calor animal proviene de la respiracion; ¿de donde proviene pues el resto?

Haremos ahora algunas ligeras reflexiones sobre los grados de calor y de frio que el hombre puede resistir. Es evidente que el hombre tiene mas medios de obrar contra el frio que contra el calor, produciendo este ya por grandes movimientos musculares, ya por una alimentacion abundante y estimulante, ya por la misma produccion de su calor inherente, por su energia moral, y por otros medios, como el uso de vestidos de lana que son malos conductores del calorico, siendo así que apenas le quedan algunos muy débiles para resistir al calor. Lo es pues mas facil al hombre resistir un gran calor que un gran frio, y esta difi-

cultad es mayor ó menor, segun el medio por que le es comunicado aquel: si es un gaz por ejemplo, los será mas facil que un líquido, si un sólido, mucho mas difícil que este. Basta ya de calor.

E. A.

LOCOS.

El número de personas dementes que hay en Mexico es el de 100; 81 en San Hipólito, hospital de locos, y 79 en El Divino Salvador, hospital de locos.

IDEA DEL DESPOTISMO.

Montesquieu en su inmortal obra "El espíritu de las leyes" ocupa algunos capitulos en dar idea de los gobiernos republicanos y monárquicos; mas al hablar del despotico, todo lo que dice es lo siguiente. "Cuando los salvajes de la Luisiana quieren coger una fruta, cortan el árbol en su pie, y caido, le quitan el fruto. He aquí el gobierno despotico."

Un pueblo que sale repentinamente de la esclavitud, precipitándose en la libertad, puede caer en la anarquía, y la anarquía casi siempre produce el despotismo.

Yo quisiera ver un hombre sobrio, casto, moderado y equitativo que dijera que no hay Dios; al menos hablaria sin interés; pero es una quimera encontrar este hombre.

La juventud es la edad del amor, origen de las sensaciones mas deliciosas y de las penas mas amargas, móvil de las acciones mas nobles, de los extravíos mas terribles.

Mientras el teatro siga en el estado en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud, y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

Los progresos de la literatura interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; y el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional.

Si la pena debe corresponder al delito, ¿cómo merecerá el infame funcionario que entregándose al peculado, sacrifica el erario, y deja el mas pernicioso ejemplo á sus sucesores?

ZARA Y JONÁS.

LEYENDA BIBLICA.

I.

Un grito terrible de venganza se escuchaba en la montaña de Efrain, en la llanura de Bethel, y en las márgenes del Jordan no se oían otras voces que las de venganza y muerte á los hijos de Benjamin, porque han cometido una maldad nunca oída desde que Moisés sacó al pueblo de Israel de la servidumbre de Egipto. Vengamos, decía el pueblo escogido, el ultraje hecho á un levita del Señor: no, no quedará impune tan atroz delito.

Este grito que se estendia rápidamente por todas las comarcas de Israel, penetró bien pronto hasta la pequeña aldea de Jessor, de la tribu de Judá, en donde vivia la joven virtuosa Zara con Ruben su anciano y respetable padre. Zara esbelta como la palma del desierto, pura como la rosa de Jericó, é inocente como el cordero cordero que trisca alegre en la praderita bajo el techo paternal felices y tranquilos días; empero amaba con pasión á un benjamita llamado Jonás, é inocente como el cordero cordero que trisca alegre en la praderita. Jonás era el ídolo de su tribu por su valor, su prudencia y su generosidad; y unia además á una gallarda presencia un carácter afable y cortés; este joven aguardaba con ansia la fiesta de los tabernáculos para pedir al anciano Ruben la mano de su querida Zara.

Era esta la fiesta en que se reunia la mayor parte del pueblo al derredor del altar de la alianza, que estaba en Silo, para celebrar la memoria de los beneficios que Dios habia concedido á sus mayores, durante su peregrinacion por el desierto; mas una maldad atroz cometida por sus hermanos los benjamitas, excitó la indignacion de las demas tribus y la guerra mas sangrienta se presentaba contra Benjamin, lo cual vino á destruir las mas límpidas esperanzas de ambos jóvenes.

La hermosa Zara temblaba al considerar los peligros que amenazaban á Jonás, porque era indudable que en una guerra en que estaba comprometida su tribu, habia de tomar una parte muy activa en sus disenciones. Ignora-

ba la joven el motivo que habia dado origen á la animosidad de Israel contra Benjamin; pero si estaba cierta de que la guerra era inevitable.

Una tarde en que Zara y su anciano padre estaban sentados á la puerta de su casa, disfrutando de la brisa que en aquellos ardientes climas se levanta al ponerse el sol; la tierra joven hizo resaca la conversacion sobre los disturbios que agitaban en aquel tiempo al pueblo israelita, diciéndole:—¿Cuál es el motivo, padre mio, de esta guerra que se prepara contra nuestros hermanos de la tierra de Benjamin? ¿qué delito han cometido para haberse atraído el odio de nuestros otros hermanos?—Hija mia, le contestó Ruben, los benjamitas han cometido una atroz maldad, han insultado de la manera mas horrible á la mujer de un levita; maldad nunca cometida en Israel.—Pero esa maldad, en qué lugar ó cómo fué cometida? repuso la inocente Zara.—Voy á contarte en pocas palabras, le contestó el anciano, la historia de semejante desgracia.

En levita que habitaba en la falda de la montaña de Efrain, tuvo un disgusto con su esposa, la cual se separó de él y se fue á vivir á la casa de sus padres en Bethlehem de Judá; el levita estrabado mucho á su consorte y queria reconciliarse con ella, pensó en ir á buscar á la casa de sus padres y volverse á unir con ella; tomó al efecto dos jumentos, los cargó con algunas provisiones para el camino y con un criado se dirigió á Bethlehem en busca de su querida esposa, y llegado que hubo á dicho lugar, su muger y su suegro lo recibieron con el mas cordial afecto. Tres días se estuvo en su casa muy contento, comiendo y bebiendo alegremente, el cuarto trató de volverse á su montaña; pero su suegro se empeñó en que se detuviese, por lo cual permaneció todavía un día mas. Al siguiente, á pesar de las instancias que se le hacían para que se quedase por mas tiempo, no quiso acceder, y cargando sus dos jumentos emprendió su viaje llevando consigo á su esposa.

Estaba ya para ponerse el sol, cuando llegaron a las inmediaciones de Jebus (Jerusalén), y aunque su criado le instaba para que pasasen la noche en aquella ciudad, él levita se rehusó diciéndole: «No entraré yo en población de gente extraña que no sea de los hijos de Israel, sino que irá hasta Gabaa en donde pasará la noche y si no, en la ciudad de Rama que no debe estar ya muy distante».

Llegó pues a Gabaa de Benjamin en donde pidió posada, y no habiendo encontrado una siquiera de sus habitantes que se le quisiese dar, se retiró a la plaza por no tener en donde pasar la noche. A poco acertó a pasar cerca de él un anciano que venía de trabajar en el campo, y que era también de la montaña de Ephraim; pero que vivía como extranjero en Gabaa, el cual acercándose a él le preguntó: «¿De dónde eres y a qué parte te encaminas? El levita le satisfizo, contándole el motivo de su viaje y diciéndole al mismo tiempo que en ninguna casa de Gabaa le habían querido dar posada. — Sígueme, le contestó el campesino, pasarás la noche conmigo; pero apresúrate no sea que te observen los de esta ciudad, porque es gente que ha puesto en olvido la ley del Señor. El levita le siguió, y llegado que hubieron a su casa, el anciano le lavó los pies y le sentó a su mesa dándole de cenar abundantemente.

He aquí que estando en la mesa, vinieron los benjamitas y cercaron la casa, pidiendo a grandes gritos que les fuese entregado el extranjero para satisfacer su torpeza; el campesino les suplicó que le dejaran y no quisiesen cometer con un hermano un crimen tan feo; pero en lugar de calmarse gritaba con más fuerza aquella gente desenfrenada, que les fuese entregado inmediatamente el forastero, amenazándole con destruirle la casa y matarle. El levita viéndose en tan cruel situación, no encontró otro recurso para calmar el furor de aquellos miserables que abandonarlos a su propia muger, en la que satisficieron sus torpes deseos.

Al otro día se levantó muy temprano el levita, abrió la puerta y encontró a su muger acostada en el umbral: creyendo que estaba dormida, la menzó para que despertase; pero muy pronto reconoció que estaba muerta. La ira se apoderó de su corazón y juró vengarse de los malvados que habían cometido tan horrible delito: levantó el cadáver, y atravesándole sobre uno de los jumentos, continuó su camino, y llegado que hubo a su casa dividió el cuerpo en doce partes y remitió una a cada tribu, contándole lo que le había pasado en Gabaa.

La mas justa indignación se apoderó de todo Israel, y reuniéndose las tribus han jurado exterminar a Benjamin.

—Pero ¿será posible, reposo Zara, que por la culpa de los habitantes de Gabaa, sean sacrificados hasta los que no han tenido parte en semejante atentado?

—Los ancianos del pueblo, contestó Ruben, atendiendo a esas mismas razones, han pedido que se les entreguen los culpables para castigarlos; pero los benjamitas se han rehusado a ello, por cuyo motivo han resuelto exterminar a toda la tribu. Es necesario, hija mía, arrancar de raíz esa planta venenosa, que llegaria tal vez con el tiempo a inficionar a toda la nación.

Una lágrima se escapó de los hermosos ojos de la joven Judá, la cual apenas podia disimular su dolorosa sensación. El anciano, que observó la emoción de su hija, le dijo con toda la ternura de un padre:—Querida Zara, no extraño que tu hermoso corazón sienta las desgracias de nuestros hermanos; pero ellos han olvidado la ley del Señor entregándose a toda clase de desórdenes, y es claro que ya no deben pertenecer a la familia de Jacob. La tribu de Benjamin será destruida, así lo ha jurado el pueblo de Israel, y los juramentos del pueblo escogido son leyes que no se quebrantan jamás. ¡Infeliz del que faltase a su juramento; pagaría con la vida su perjurio!

II.

Era una de aquellas agradables y deliciosas noches en que una ligera brisa refresca los cielos abrasados del mediodía: el mas profundo silencio reinaba en toda la comarca de Jesee; la luna brillaba en la mitad del firmamento en todo su esplendor, bañando con su pálida y melancólica luz el pajizo techo de la joven Zara: dos años enteras se elevaban enfrente de la puerta, las cuales parecían dos cantinillas que guardaban aquella sencilla y agradable mansión. No lejos de aquel lugar se escuchaba el murmurio de un arroyuelo que se deslizaba sobre los guijarros de que estaba formado su lecho: al pie de una de las encinas había un banco formado de céspedes, sobre el cual estaban sentados dos jóvenes; eran Zara y Jonás. Jonás que había atravesado por medio de los mayores peligros para venir a ver a su hermosa judá, y despedirse de ella antes de que tuviese que salir a campaña contra los israelitas.

—Querida Zara, decía Jonás con el acento

del mas profundo dolor, tal vez la muerte nos va a separar muy pronto para siempre; porque todo Israel se ha conjurado contra la tribu de Benjamin: son formidables los aprestos de guerra que se hacen; y por mas esforzados que se muestren mis hermanos, ¿cómo podrán disipar de suministrar al excesivo número de los conjurados? Yo por mi parte estoy resuelto a seguirte bajo las ruinas de mi tribu. Zara, Zara ¡esta es la última vez sin duda que nos hemos de ver!

—No, Jonás, respondió la jóven estrechándole inocentemente entre sus brazos, no quieras exponer tu preciosa existencia defendiendo a los malvados: que perezcan ellos solos, ya que con sus desórdenes han provocado la cólera de Israel. Huye, mi Jonás, de esta tierra de execración, huye de ella a un país extraño: la Itumea no está lejos, a la Siria, al Egipto, al fin del mundo; en donde estés seguro mientras dura esta cruel y desastrosa guerra; huye, porque si tú mueres, yo no te podré sobrevivir.

—¿Qué me propones, Zara? contestó Jonás, con aire melancólico, ¿qué me propones? ¿Yo abandonar a mis hermanos, que me abandonaron a mí? ¿abandonar a mis padres? ¿abandonarte?... jamás. Perdóname, mi querida Zara; pero me es imposible obedecerte: indigno fuera de tu amor si dejase de ser digno de mi tribu. Los escuderos de Gabaa me servirán de túmulo; pero ese túmulo recordará al pasajero que el que allí reposa, cumplió con su deber como buen Benjamita. Zara, yo creo que me amas bastante para no consentir en que se manche mi reputación, huyendo cobardemente cuando mi tribu se halla amenazada por sus enemigos. Quiero, prosiguió el jóven, arrebatado de entusiasmo, que mi sepulcro no esté lejos de ti, que esté en un lugar en donde puedas visitarlo, en donde puedas hollarlo con tus pies, tocarlo con tus manos, regarlo con tus lágrimas, y en el que de tarde en tarde esparras algunas flores sobre su fria losa: créeme, Zara, prefiero mi veces mi sepulcro al pie de las arruinadas murallas de Gabaa, que ocupar en Egipto el sèllo de Faraon.

—Basia, mi Jonás, el Dios de Moisés no permitirá que perezcas, el corazón me dice que los Benjamitas no consentirán en exponer a toda la tribu por defender a un puñado de perwersos.

—Zara, mi querida Zara, respondió Jonás, con aire melancólico, no abrigues en tu seno tan lisonjeras esperanzas, porque el desengaño te seria aun mas doloroso. Conozco bastante a la tribu de Benjamin, y sé que despues de

haber tomado una resolución, primero se mezclarian las aguas del caudaloso Nilo con las del Jordán, que ella desistiese de su proposito.

—Pues bien, Jonás, respondió Zara, pongámonos toda nuestra confianza en el Señor; yo, retirada en esta pobre aldea, esperaré con resignación el fin de la campaña; y si la fortuna te corona con el laurel de la victoria, con qué placer te seguiré a la casa del gran sacerdote, en donde nos uniremos para siempre; pero si la suerte le fuere contraria, y por desgracia muriéres, ... te seguiré tambien.

—Zara, hermosa Zara, dijo Jonás estrechándola entre sus brazos, tú me haces el mortal mas feliz de la tierra; ya no temo a las poderosas huestes de Israel, porque tu amor me va a hacer invencible en los combates. Pero ya se asoma la aurora y me obliga a separarme de tu lado, adios Zara, mi bien, mi amor, mi todo; no flores, seréante; no temas que me suceda alguna desgracia, porque tus oraciones se elevarán como el incienso sagrado hasta el trono del Eterno, y las súplicas del inocente jamas son desechadas en su augusto tribunal.

Zara no pudo articular una sola palabra, porque los sollozos la ahogaban; Jonás la abrazó por última vez, y se separó apresuradamente de ella, porque ya habia aclarado bastante el día, y al retirarse podia ser descubierto por alguno de sus enemigos.

Hacia ya algun tiempo que Jonás habia desparecido, cuando Zara pudo recobrar un tanto de su cruda angustia, y recogiendo sus agotadas fuerzas, dobló una rodilla en la tierra, juntó sus manos en actitud suplicante, y levantando al cielo sus negros y rasgados ojos, exclamó. ¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no permitas que los hombres se busquen para malarse, destruyendo impunemente la obra de tus manos; suspende, Dios clemente, suspende esta guerra fratricida que va a acarrear tantos desastres a tu pueblo escogido. Señor, si algo valen para contigo las súplicas de esta tu humilde sierva, perdona a los que han provocado con sus maldades la ira de Israel.

III.

Ya no son los tiempos de Josue, en que el pueblo israelita, reunido bajo el mando de un solo jefe, salía a combatir a sus enemigos, los talaba los campos, los incendiaba las ciudades y les destruía los ganados; porque estos enemigos eran gente extraña que adoraba a Belial, y ocupaba un país que pertenecía al pueblo escogido, porque el Señor se lo habia prometido.

do á Abraham. Ya no van á perseguir en las llanuras de Gabaon, al Jebuseo, al Amorrieno y al Pheresao, sino á sus propios hermanos, á sus hermanos á quienes están unidos con los vínculos mas estrechos que pueden unir á los hombres, los de la sangre y de la religión.

Los ancianos de Israel se reunieron en Maspha para deliberar sobre lo que se habia de hacer con Benjamin; y resolvieron unánimes llevarle la guerra y destruirlo. Con tal objeto se juntaron en Silo los jefes de todas las tribus con la gente que se hallaba en estado de tomar las armas; cuatrocientos mil guerreros componian el ejército, que solo esperaba la señal de su caudillo para arrojarle como un huracán sobre el país de Benjamin.

El odio que los hijos de Israel profesaban á aquella tribu, era tal, que en medio de su despecho juraron que ningun israelita daría jamás la mano de una hija suya á benjamita, so pena de atravesarse sobre sí la cólera y maldición del pueblo escogido.

Llegó el día señalado para dar principio á la campaña: todo el ejército se postro delante de la tienda que guardaba el Arca del Señor, é imploró su auxilio; pero sus oraciones no eran puras; sus corazones estaban henchidos de orgullo, creyéndose invencibles por su gran número, fiándose mas en sus propias fuerzas que en el poder de Jehová. Salieron, pues de Silo y asentaron sus reales enfrente de los muros de Gabaá.

Los hijos de Benjamin no habian estado ociosos. A los primeros amagos de la guerra se reunieron en su ciudad para consultar lo que se habia de hacer para resistir á los enemigos en lo primero que se pensó fué en nombrar un caudillo que reuniese todas las cualidades necesarias para gobernar la tribu en aquellas horrosas circunstancias y que dirigiese al mismo tiempo la campaña. Despues de que se hubieron propuesto á varios de los principales de la tribu para que la presidiesen durante la guerra, ninguno pudo reunir el voto general del pueblo: se dividieron las opiniones; unos querian á este por joven, otros á aquel por viejo; de manera que pronto se vió la ciudad dividida en dos poderosos bandos prontos á decidir por la fuerza de las armas aquello que no habian podido convenir en paz; pero los ancianos mas respetables, les hicieron presente los funestos resultados de su discordia, y que era mas acertado inscribir los nombres de todos los que se juzgasen dignos de obtener tan alto cargo, y echarlos en una urna de marfil, y el que lo to-

case en suerte gobernarlos, fuese inmediatamente obedecido por todos.

La propuesta del anciano fué aceptada, é inmediatamente se echó suerte, y esta recayó en Jonás: toda la tribu recibió con satisfacción y entusiasmo la nueva de que el jóven Jonás era el caudillo que los habia de conducir á la campaña. Jonás era apreciado de todo el pueblo por su valor, su modestia, su afabilidad y sobre todo por su pericia militar: pues siendo como eran los benjamitas inclinados á la guerra, sabian distinguir las ventajas de un buen general. El benjamita se acostumbraba desde su infancia á toda clase de ejercicios que le hiciesen ágil y robusto, llegando á manejar las armas con tal destreza, que con la misma facilidad se servia de la mano derecha que de la izquierda.

Jonás, con la actividad de un buen general, fortificó lo mejor que pudo la ciudad; armó y disciplinó sus tropas, y esperó con firmeza que se aproximase el enemigo.

Muy pronto se vió sitiado por un ejército que era diez veces mas numeroso que el suyo; pero esto, lejos de intimidarle alentaba su valor. El tiempo pasaba y los sitiados no se decidían á escalar los muros; Jonás impaciente por venir á las manos con los enemigos de su patria, no pudo permanecer por mas tiempo encerrado en la ciudad, así es que, arrojándose repentinamente con sus valientes soldados fuera de las murallas, arrolló todos los escuadrones de Israel que se le oponian al paso, llevando por todas partes donde se presentaba la desolacion y la muerte. Un terror pánico se apoderó de los israelitas, al verse combatidos por todas partes por sus enemigos, y apelaron por último recurso á una vergonzosa fuga, refugiándose los que quedaron con vida en Silo.

Los israelitas, pasados algunos dias, pensaron volver de nuevo á buscar á sus enemigos; pero antes se postrozaron delante de el Arca Santa, imploraron el auxilio del Señor, y marcharon en seguida sobre la ciudad Gabaá.

Volvieron, pues, los hijos de Israel á llevar sus numerosas huestes contra los benjamitas, á quienes creian desapercibidos, por lo que entendieron que en esta acción les seria muy fácil el sorprenderlos, y vencerlos; pero se engañaron, porque el guerrero que defendía Gabaá no era de esos serros merquinos que se embriagan con una victoria. Habia previsto lo que debia sobrevenir; y por tanto, en lugar de entregarse al ocio, procuró fortificar mas y mas la ciudad, sin desconfiar por eso la obscurancia de la mas rigurosa disciplina en sus tropas.

Entretanto los israelitas ordenaban sus escuadrones á muy corta distancia de los muros de Gabaá, esperando que los benjamitas saliesen á combatir con ellos. Jonás no se hizo esperar mucho tiempo, y salió á buscarlos á la campaña; pero no ya con la impetuosidad con que habia salido en el anterior combate para sorprender á los israelitas que estaban desapercibidos; sino con toda la precaucion necesaria para combatir con unos soldados que no se dejarían tan facilmente arrollar despues de haber recibido una leccion tan fuerte en la anterior campaña.

Jonás condujo á sus benjamitas con el mayor orden hasta una colina, desde cuyo punto comenzó á molestar al enemigo, descargando sobre él una densa nube de dardos y de flechas. Los de Israel avanzaron sobre la colina y atacaron con el mayor impetu á los que la defendian, pero fueron rechazados vigorosamente con pérdida considerable de gente; no por esto desmayaron, antes bien, volvieron de nuevo á la carga, corriendo la misma suerte que la primera vez. A pesar de la pérdida que ya habian sufrido, quisieron hacer el último esfuerzo, y se precipitaron sobre los benjamitas con tanta furia, que estos apenas pudieron contentarse; pero en este crítico momento, Jonás ordenó á la caballería que saliese de las emboscadas en donde estaba oculta, la cual flanqueó á los enemigos en todas direcciones; y no pudiendo ya entonces sostenerse los hijos de Israel, se desordenaron completamente y apelaron por último recurso á la fuga. Los benjamitas los persiguieron largo trecho y volvieron para recoger los despojos del enemigo.

Jonás volvió á Gabaá al frente de su ejército victorioso, y al entrar, gozó del hermoso espectáculo de ver á todo un pueblo entregarse entusiasmado al regocijo, por el nuevo triunfo que acababa de obtener. No quiso admitir la parte del botín que le correspondia como jefe, contentándose únicamente con los laureles que habia recogido en el campo de batalla, y honregándose de poderlos ofrecer algun dia á los pies de la hermosa que habia cautivado su corazón.

Jonás, que conocia la tenacidad de sus enemigos, estaba seguro de que tan luego como se repusieran en tanto de su derrota, no dejarían de volver á emprender la campaña. Por lo tanto pensó en prevenirse, y al efecto mandó que todas las tropas se ejercitasen de continuo en el manejo de sus armas, y que estuviesen prontas á marchar como si tuviesen al enemigo á las puertas de la ciudad. Pero los benja-

Tomó I.

mitas que se habian enriquecido con los despojos de los hijos de Israel, ya no querian esponderse á los peligros de una nueva campaña, y comenzaron á insubordinarse: Jonás era firme por carácter, y quiso obligarlos á volver al orden; y de aquí tomaron pretexto los envidiosos de sus glorias para acusarlo de querer mandar al pueblo como soberano absoluto, queriéndolo oprimir con el peso de su poder. Aquel pueblo, siempre celoso de su libertad, sin atender á los consejos de la razon y de la justicia, depuso á Jonás, y confirió el mando del ejército á Zabulon, jóven inexperto, orgulloso y tenaz.

IV.

Presto llegó á Silo la noticia de la nueva derrota de los hijos de Israel, la consternacion fué general, y no habia familia que no llorase la pérdida de algun pariente ó de algun amigo. Los ancianos seragaban las vestiduras, se vestían de cilicios, y se cubrían de ceniza la cabeza, dando muestras del mas profundo dolor. Otros salían de sus casas llorando y mesándose los cabellos; porque el Señor los habia abandonado y los entregaba en poder de sus enemigos; cómo es posible, gritaban, que una sola tribu triunfe de las fuerzas reunidas de Israel! ¡Dios de Abraham y de Moisés, esclamaban, tú que libraste á tu pueblo escogido del yugo de los egipcios, que lo condujiste por el desierto y lo alimentaste milagrosamente por que ahora apartas tu vista de nosotros, y nos entregas en manos de aquellos que se han separado de tí poniendo en olvido tus santas leyes?

La tristeza y el desconuelo eran generales en Silo, y mas se aumentó cuando vieron entrar los restos del ejército, líntos de sangre, cubiertos de polvo y estenuados de fatiga. El anciano que volvía á ver á su hijo, creía que la tumba se lo devolvía: la esposa abrazaba al esposo, y como asombrada, y temiendo que no fuese un sueño, lo tocaba por todas partes, lo pasaba la mano por el rostro y esclamaba: ¡sí, él es, él es! ¡vive todavia! y lo estrechaba de nuevo entre sus brazos.

Zara entretanto vivia retirada en su aldea de Jesser, orando dia y noche por la conservacion de la vida de Joad; de vez en cuando llegaban á sus oídos los triunfos de Benjamin sobre Israel; pero éstos triunfos, lejos de consolarla, la afligian mas, porque consideraba los raudales de sangre que se estaban derramando entre sus hermanos.

Algunos dias despues de la catástrofe que habian sufrido las armas de Israel, y cuando es-

21

los pudieren recobrar un poco de su espanto, la calma fué renaciendo poco á poco en los corazones. Los ancianos y los gefes de la nacion pensaron en reunirse y deliberar sobre el partido que se debía tomar en semejantes circunstancias. Con tal motivo, Ruben, tuvo que ir á Silo para asistir al consejo, y llevó consigo á su interesante hija. Reunidos que estuvieron los ancianos se abrió la discusion, la cual fué muy acalorada, pues unos querian que se prosiguiese la guerra, y otros estaban por la paz y porque se restituyesen todos á sus hogares, dejando á la tribu de Benjamin como segregada de la nacion hebrea; pero Booz, que era un anciano á quien todo el pueblo miraba con veneracion y respeto, levantándose de su asiento, dijo:—¿Que es lo que escucho, hijos de Israel? ¿será posible que antes de que tomeis una resolucio'n, no penseis primero en consultar al Señor, sobre lo que se debe hacer en circunstancias tan angustiadas? ¿Pensáis que podéis obrar arbitrariamente sin licencia del Dios de nuestros padres? Consultémosle, roguémosle que nos dé á conocer su santa voluntad, y obremos segun sus deseos: tal vez será ya tiempo de que nos entregue á nuestros enemigos; pero si es su voluntad que nos volvamos en paz á nuestros hogares, lo haremos, pero será con su consentimiento.

Toda la asamblea fué del parecer de Booz, é inmediatamente pusieron en obra el consejo de este anciano. El gran sacerdote entró en la tienda en que estaba el Arca de la Alianza, y penetrando hasta el *Sancta-Sanctorum*, lugar á donde no era permitido entrar sino al sumo pontífice, este se postró delante del tabernáculo, y despues de una ferviente oracion, espuso el deseo que tenia el pueblo de saber cual era su voluntad respecto de la guerra con Benjamin: el Señor le respondió:—¿Que salgan mañana á combatir con Benjamin, que yo lo entregaré en sus manos? La respuesta fué comunicada inmediatamente á los caudillos de Israel, y estos se prepararon inmediatamente á la guerra, con aquella confianza que les inspiraba la proteccion de Jehová. Todo el ejército mezclado con el pueblo se postró delante de la Arca santa, é hicieron oracion porque el Señor los protegiese y los hiciese triunfar de sus enemigos.

Ya no son aquellos soldados orgullosos que en la primera campaña confiaban tanto en sus propias fuerzas, son los guerreros de Israel que ponen toda su confianza en el Señor, en aquel Gran Ser que dá y quita los imperios, y concede ó niega la victoria segun su voluntad.

Los niños y las vírgenes, elevando al cielo sus fiernas é inocentes manos, cantaban en coro al Dios de sus mayores las siguientes estrofas:

CORO.

De tu estrellado sólio
Jehová, mira á tus hijos,
De sus males prolifera,
Ten, ¡oh Señor! piedad.

Da á tu Israel querido
Valor y fortaleza,
Y humilla tu altivez
De su enemigo audaz.

De tu estrellado sólio etc.

Del Benjamita fiero
Que de amargura y pena
El corazón nos llena
Libra á tu pueblo ya.

De tu estrellado sólio etc.

De tu esforzado brazo
Sienta el furor potente,
Y humillose su frente
Que empaña la maldad.

De tu estrellado sólio etc.

Y de Jacob al pueblo
Que en tan infausto día
Sus súplicas te envía,
Perdona, Jehová.

De tu estrellado sólio etc.

Zara descollaba en medio de las vírgenes que cantaban al Señor, como descuella la erguida palma en medio de un bosque de limoneros: apenas podia sostenerse en pié, y estaba pálida y melancólica, temia un nuevo desastre, temia no volver á ver á su Jonás, y que este sucumbiese bajo el poder formidable de Israel.

Marcharon inmediatamente los israelitas, y dos horas despues de puesto el sol, llegaron á las inmediaciones de Gabáa é hicieron alto, emboscándose durante la noche parte de las tropas, mientras el resto del ejército aguardaba impaciente la venida del nuevo día.

Apénas los primeros rayos del sol doraban las cumbres del Libano, cuando un torzón de israelitas avanzó sobre la ciudad en actitud hostil. Zabulon, que como hemos dicho, era el gefe que habia reemplazado á Jonás, luego que

los apercebido formó sus escuadrones: y se precipitó al encuentro de sus enemigos: éstos cuando vieron que se aproximaban los de Benjamin echaron á huir; Zabulon creyendo que el temor se habia apoderado de Israel, cargó con mas confianza sobre ellos y los fué persiguiendo un trecho; cuando los israelitas observaron que los habian alejado bastante de la ciudad volvieron cercar y dieron principio á un terrible y sangriento combate; al mismo tiempo salieron las tropas que estaban emboscadas y atacaron á los de Benjamin por la retaguardia; la rabia se apoderó de sus corazones al verse cercados por todas partes, y resolviéndose á vender caras sus vidas, se renovó el combate con mas furor que antes. Los habitantes de Gabáa que lo habiau estado presenciando desde lo alto de las murallas, vieron cercado á Zabulon, y suplicaron á Jonás que olvidase todo resentimiento, y que saliese con la poca gente armada que habia quedado en la ciudad á socorrer á sus compatriotas. Jonás, que amaba á su patria tanto como á Zara, no dudó un momento en salir al auxilio de sus conciudadanos y marchó apresuradamente al campo con la poca gente que pudo seguirle. Antes que llegara al lugar del combate, los benjamitas habian logrado romper la linea que los cercaba y se retiraban desbandados y perseguidos por los israelitas: Zabulon habia sucumbido bajo los golpes enemigos. Jonás contuvo á los hijos de Israel y aun los hizo retroceder un buen trecho; pero volviendo de nuevo á la carga auxiliados por nuevas tropas que habian estado de reserva, trabose de nuevo la batalla. Por ambas partes peleaban con un furor frenético, la carnicería era atroz, los combatientes no anhelaban mas que matar, cuidándose muy poco de defenderse. Jonás hizo prodigios de valor, animaba á sus compañeros con la voz y con el ejemplo; pero como contrarrestar un ejército protegido por el brazo de Dios! En lo mas recio del combate observó que los benjamitas que poco antes habian encontrado perseguidos por Israel y que se habian dirigido á la ciudad, retrocedian espantados hacia donde él estaba, gritando: ¡Gabáa ha sido tomada, ningun recurso nos queda ya. Parte de los israelitas que se habian apoderado de la ciudad salieron á reforzar á los que todavia combatian con Jonás, y muy pronto se vió este cercado por muchos inaccesibles de lanzas que le cercaban por donde quiera la retirada. La sangre corria á torrentes y los soldados no pisaban sino sobre montes de cadáveres y de moribundos: casi todo el ejército de Benjamin yacia tendido en el campo

de batalla; Jonás tinto en sangre, cubierto de polvo y roto en mil pedazos su casco y armadura, se introducia por un medio de los escuadrones enemigos en donde sembraba el terror y la muerte; pero á pesar de sus proezas, conoció con dolor que era imposible ya sostenerse, y reuñiendo como pudo los pocos compañeros que le quedaban, que eran en número de seiscientos, hizo un formidable empuje por una parte, y abriéndose paso por en medio de las picas enemigas, tomó con sus compañeros el camino del desierto.

Los de Israel no quisieron emprender su persecucion, y volvieron toda su rabia contra la ciudad de Gabáa que incendiaron, y á cuyos habitantes pasaron á cuchillo, sin respetar edad ni sexo.

V.

¿Por qué, Israel, en vez de levantar la frente orgullosa y cantar tu triunfo, dejas caer lánguidamente la cabeza hasta tocar el pecho con la barba, y sollozas, y lloras y no encuentras consuelo? ¿Dónde está tu hiro en los combates, tu furor en el incendio y los estragos de Gabáa? ¿Cuán tarde te has arrepentido de tu crueldad para con tus hermanos!

Habian pasado cuatro meses desde que fué destruido Benjamin, cuando el pueblo de Israel postrado delante de la casa de Dios, en Silo, levantaba la voz hasta el cielo, diciendo, ¿cómo es posible, Dios de Jacob, que permitas que perezca una de nuestras tribus? Verdad es que seiscientos varones se han escapado del filo de nuestros aceros, los cuales se hallan refugiados en la Peña de Remmon; pero hemos hecho un juramento, por el cual nos comprometimos á no dar á nuestras hijas por mujeres á los benjamitas, y sin embargo es preciso conservar á toda costa la tribu; ¿mas cómo podrá ser esto? Al efecto convocaron de nuevo á los ancianos para que decidiesen sobre lo que se debía hacer con los refugiados en Remmon, los cuales resolvieron la destruccion de la ciudad de Jabes-Galaad por no haber querido contribuir para la guerra de Benjamin, y pasar á cuchillo á todos sus moradores, dejando con vida únicamente á todas las doncellas para dárselas á los benjamitas que habian quedado, y de esta manera poder conservar la tribu.

Mientras se ejecutaban los órdenes del consejo, respecto de la destruccion de Jabes-Galaad, Jonás, favorecido por las sombras de la noche habia bajado de la Peña de Remmon internándose en el pais de Israel hasta llegar á Silo, que

era en donde vivía la joven Zara; y presentándose á ella en el momento en que esta se hallaba sentada á la puerta de su casa, trisite y melancólica pensando en Jonás, sin saber todavía qué suerte había corrido en la destrucción de su tribu, oyó aquella una voz débil que la llamaba; pero que reconociendo al momento ser la de su amante, quiso levantarse; mas las fuerzas le faltaron: Jonás hincó una rodilla en tierra, le cogió una mano y la estrechó contra su corazón.—Zara, le dijo, hermosa Zara, no temas, yo soy, tu Jonás, á quien haz jurado una fe eterna, Jonás, á quien la desgracia persigue; pero que te ama aun con mas ardor que nunca; dime que todavía me amas; dime, hermosa Zara, que oiga yo de tus labios aquellas encantadoras palabras que en dias mas felices me repetiste tantas veces.—¿Que si te amo? respondió Zara, con trémula voz: ¿y has podido dudarlo? toca mi corazón, el palpita, ¿y por qué? ¿por quien? sino por ti á quien amo; á quien siempre he amado con todo mi corazón, ¿por quien, dime, he sufrido tantos pesares durante esta guerra fratricida? ¿por quien? por tí, por Jonás, por aquel joven que supo conquistar mi corazón, y que ha sido mi primero y será mi último amor.—Basta, mi bien; basta, ya no temo la miseria de que me hallo agobiado; la hambre, la sed, las fatigas, todo lo desprecio, pues me queda tu amor, tu amor que es el solo bien que me queda sobre la tierra.—Pero dime, repuso Zara, ¿estas oculto en alguna parte? ¿corres algun peligro? dime, no me ocultes la verdad, tu Zara te lo suplica.—No temas nada, querida mía, estoy refugiado con otros compañeros que pudieron salvarse, en la Peña de Bemmon: los ancianos de Israel han dispuesto la destrucción de Jabes-Galaad, y que sus doncellas sean distribuidas entre mis hermanos; pero yo no seré de otra mas que de tí, yo no sé como podré conseguirlo; pero lo conseguiré, el corazón me dice que lo conseguiré.—Parto á reunirme con mis hermanos antes de que amanezca, ten confianza en el Señor, que él no nos abandonará; adios, Zara mía, muy pronto volveré á unirme contigo para no separarme jamas. La estrechó entre sus brazos, le besó la frente y partió con la celeridad del relámpago.

Pocos dias habian transcurrido despues de la entrevista de los dos amantes, cuando se vieron entrar en Silo, cuatrocientas doncellas que habian sido tomadas en Jabes-Galaad. Se dispuso inmediatamente el mandar una comision á los benjamitas, concediéndoles la paz, que bajasen á Bemmon á tomar las doncellas que les estaban destinadas para que pudiesen vol-

ver á restablecer su tribu. Bajaron en efecto, en número de seiscientos que eran los refugiados; pero como las doncellas no eran mas que cuatrocientas, doscientos benjamitas quedaron sin mugeres: para cubrir esta falta los ancianos les aconsejaron que se escondieran en las viñas que estaban en las inmediaciones de la llanura de Bethel, en donde las doncellas de Silo acostumbraban formar danzas para celebrar el dia de la *solemnidad del Señor*, que estaba muy próximo; y que saliesen repentinamente y cada cual cogiese una doncella y que esta fuese su muger, marchándose inmediatamente al pais de Benjamin. Así lo hicieron, y viniendo á quejarse los padres y los hermanos de las doncellas robadas, los ancianos los aplacaron, diciéndoles.—Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como los vencedores, cautivas, sino para esposas: vosotros tenéis la culpa, no quisisteis concederlas cuando os las pedian con ruegos y con lágrimas en los ojos.

En cuanto á Jonás no quiso seguir el consejo que los ancianos le habian dado, sino que se presentó al padre de Zara y le dijo.—Respetable Rubén, yo amo á tu hija desde antes que existiese nuestra fatal guerra: cuando Zara entregó su corazón, aun no habiais hecho esa fatal juramento, y por consiguiente ese juramento en cuanto á vos es malo; sin embargo, yo he podido llevarme á vuestra hija por la fuerza cuando danzaba con sus compañeras en Bethel; pero no he querido afligir al padre de la que amo mas que mi existencia: tu esclavo soy; pero concedeme á tu hija, yo te serviré lo mismo que nuestro padre Jacob sirvió á Labán por obtener á la hermosa Raquel; estará siempre sumiso á tus mandatos Jonás, aquel que hizo temblar tantas veces á las huestes de Israel.—Generoso jóven, respondió Rubén, tú pudiste arrebatarme á mi hija, á mi único tesoro, y no lo hiciste: el dolor hubiera desgarrado mi corazón y hubiera bajado al sepulcro cubierto de vergüenza, y tú no lo has querido: esta es una deuda que te debo y que es mi deber pagar; pues bien yo quiero pagarte: tuya es Zara, no serás mi esclavo, serás mi hijo, vivireis ambos conmigo el poco tiempo que me queda de vida, y errareis mis ojos cuando el Señor me llame á descansar con mis antepasados. Zara, da la mano de esposa á Jonás, hazlo feliz practicando las lecciones de virtud que te enseñó tu madre Noemí y que ahora yace en paz en el sepulcro.

A. RODRIGUEZ.

De la evuidia á la critica no hay mas que un paso.

GALERÍA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

INTRODUCCION.

Á primera vista parecerá inútil recomendar el estudio de la historia patria, pues apénas puede concebirse objeto mas interesante á cualquiera amante de las letras, que conocer los diversos acontecimientos que se han sucedido en el pais donde vió la primera luz; con todo, no podemos lisonjearnos por desgracia de que esta verdad sea tan manifiesta cual quisieramos, pues por unos cuantos que se dedican á tan útiles como curiosas investigaciones, el común de las gentes ignora totalmente lo que mas le importara conocer. Así vemos jóvenes de claros talentos y de suficiente instruccion, que pudiendo muy bien ser los dignos cronistas de su patria, consumen su tiempo y sus tareas en el estudio de la historia de otras naciones, que aunque provechoso y necesario, no debiera absorber esclusiva sino secundariamente su atencion.

Afortunadamente este mal comienza á ser menor, y se nota con el mayor placer el ahinco de muchas personas, de todas clases y condiciones, por saber cuanto hace relacion á su patria México, á la parte mas hermosa del nuevo continente.

Nuestra historia, por otra parte, así la antigua como la moderna, no es conocida en Europa con alguna exactitud, sino de unos cuantos literatos distinguidos; y todos los otros, no saben mas de lo que refieren algunos viajeros ignorantes y algunos historialores embusteros, que se han complicado siempre en envilecidos, pintándonos con los coloridos caprichosos que les ha sugerido su desvariada fantasia. Confesaremos tambien en obsequio de la verdad, que aun en Europa, si no tienen muchos conocimientos de nuestra historia, han aprendido por lo menos á desconfiar de las mismas relaciones á que antes daban ciega creencia.

Motivos tan poderosos nos han determinado á dar un lugar preferente en nuestro periódico á cuanto concierne á la historia de México, tanto antigua como moderna, y á no perdonar trabajos de ningun género que se encaminen á

popularizar la afición á estudio tan importante. Mas queriendo ser lo mas útiles que nos fuese dable, y juzgando que lo conseguiríamos emprendiendo un trabajo, que aunque penoso, diese á conocer un período mas largo de nuestra historia; despues de pensar con madurez, de recoger los documentos mas precisos que nos ha proporcionado nuestra diligencia y la de nuestros apreciables colaboradores y amigos; y finalmente, despues de haber consultado con personas respetables por su saber, nos resolvimos á escribir una GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO por orden cronológico, lo que será indudablemente mas provechoso. Mas nos parece indispensable dar una breve noticia del método que nos hemos propuesto seguir, para que así sepan nuestros lectores lo que deben esperar, y no se engañen aguardando mas ó menos de lo que los tengamos ofrecido.

Es necesario recordar el carácter de nuestro periódico, que lo mismo que cualquiera de su clase, tiene por objeto difundir la instruccion entre algunas personas, y servir de pastimeño á todas; es pues indispensable procurar que no resulte tan árido, que solo despierte la curiosidad de los iniciados en las ciencias, ni tan trivial que pueda servir solo para personas que ni saben nada al respecto salir de su ignorancia. Esta reflexion indica suficientemente el camino que deberemos seguir. No escribiremos cuantos hechos sepamos, sino los mas notables por cualquiera razon, evitando de este modo una cansada prolijidad; y un artículo de este género podrá ser muy útil, siempre que el escritor tenga fino en la eleccion de lo que calla y de lo que refiere.

Como nuestro objeto único es la historia de México, no pondremos una *biografía* de cada virey, sino una relacion de su gobierno, que mostrará el estado de nuestro pais, en aquel tiempo, las intenciones que tenia respecto de él la metrópoli de Castilla, los adelantamientos, que aunque lentos, iban haciéndose en los

artes y en las ciencias, el estado de mayor ó menor opresión en que estaban los naturales de este suelo; por último, cuánto juzguemos conducente á nuestro propósito de excitar la curiosidad de nuestros lectores para que indaguen con ardor lo que nosotros apuntaremos solamente. Después de haber estudiado un poco nuestra historia, podrá decirse quienes tienen razón, si los que creen que la Nueva-España caminaba á la par de la península dominadora, ó los que sostienen que ni un rayo de luz alvresaba la noche tenebrosa en que yacía sumergida el mundo de Colon. Quizá ambas opiniones son inexactas por demasiado exclusivas.

D. ANTONIO DE MENDOZA.

PRIMER VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

(1530.)—**REINAR** Carlos V. en España; las acusaciones contra Nuño de Guzman y los odioses Matinezo y Delgadillo, que entonces gobernaban en México, eran tan frecuentes y tan terribles, que el emperador pensó seriamente en remediar los males gravísimos que agobiaban á sus nuevos pueblos. Mas estando en visperas de partirse á Flandes, encomendó á la emperatriz que proveyese; y esta juzgó que lo mas conveniente sería establecer un virreinato en la Nueva-España. Puso primero los ojos en el conde de Oropesa y en el mariscal de Promesta, quienes se escusaron con diversos pretextos; después en D. Manuel Benavides, que no fué elegido por pedir mucho dinero y una exorbitante autoridad; y por último confióse el cargo á D. Antonio de Mendoza, conde de Tendilla, y camarero de S. M., el cual no pidió mas tiempo para partir, que el necesario para arreglar sus negocios; y á fin de que no siguiesen los abusos que se trataba de corregir, el tiempo que dilatase Mendoza, nombró también la emperatriz una nueva audiencia, presidida por D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de la Española, y compuesta de los licenciados Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Caines y Juan de Salmeron.

Fuenleal, hombre íntegro y benéfico, gover-

acompañaremos el retrato de cada virey, sacado con toda fidelidad de los que se conservan en el Museo Nacional; lo que ademas de dar idea de los trages de la época, servirá de que se conozcan algunas obras de los pintores mas célebres que florecian entónces en México, pues eran los que retrataban siempre á los vireyes, y señalará ademas los adelantamientos ó la decadencia de la pintura.

Baste lo dicho para conocer nuestro plan, y para que siquiera nos sirva de disculpa la pureza de nuestra intencion, siempre que no acordáremos á dar á nuestra empresa su debido cumplimiento.

no con sabiduría y logró aliviar todo lo posible el yugo que pesaba sobre este suelo, y Vasco de Quiroga ha dejado en Michoacán y en todo México un nombre tan claro, que sería inútil encomiarle, cuando su elogio mas cumplido lo forman las lágrimas de ternura que aun hace derramar su memoria.

(1535.)—El año de 1535, segun Cavo y Herrera, llegó á México Mendoza con carta para Fuenleal, y fué recibido con la suntuosa pompa que correspondia al representante de Carlos V.

Las instrucciones que trajo para su gobierno merecen apuntarse aunque sea ligeramente. Eran relativas, unas, al aumento de la religion y del culto divino, respeto á los religiosos, y conversion y buen tratamiento de los indios y castigo de los clérigos escandalosos; otras á la erección de una casa de moneda para acuñar plata, que se rigiese por las mismas leyes de las de España, dadas por los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel. Se le prevenía que buscase y aplicase al *Fisco Real* todas las riquezas que estuviesen encerradas en los sepulcros y templos de los indios, y que habian sido puestas para sacrificar al demonio; que proveyese su graves penas que nadie rentiese armas á los indios, ni se les enseñasen á labrar;

que los negros no pudiesen traer armas, publica ni secretamente, y que todos los vecinos de México inviesen armas ofensivas y defensivas en sus casas. Mandábasele tambien que le contase al marqués del Valle los veintitres mil vasallos de que el rey le habia hecho merced, y le quitase los demas que tuviesen encomendados y que excediesen de este número; y por último, que habiéndose informado de la disposicion y estado de la tierra, y de los naturales pobladores de ella, teniendo su principal intento al servicio de Dios, y descargo de la real conciencia, el solo en lo presente, y en lo que adelante se ofreciese, proveyese lo que mas le pareciera para el buen tratamiento de los naturales, y gratificación de los pobladores y conquistadores, y conservacion de la tierra, sin embargo de cualesquiera Instrucciones ó Provisiones que estuviesen dadas: porque siendo la cosa de tan gran importancia, el rey se la cometa, por la confianza que tenia de su persona, y se la encomendaba á él solo, y le encargaba, que sin particular respeto usase de esta comision, en caso necesario, y no en otra manera, teniendo en sí el secreto que la entidad del negocio requería, pues del publicarlo habian de nacer mayores inconvenientes; y quesi para los efectos susodichos viese que convenia encomendar indios, que lo hiciese." Ordenó tambien el emperador que la audiencia se rigiese por los mismos reglamentos de las Chancillerias de Granada y de Valladolid, y que en los casos dudosos, ó no comprendidos en ellos, ni en las leyes de Madrid de 1502, se atuviesen á las de Toro. El que quiera saber á fondo las instrucciones dadas á Mendoza, consulte al cronista Herrera. (Decada V. lib. IX. Cap. 1.º y 2.º)

(1536.)—El 22 de julio llegaron á México por Culiacán el de la Nueva-Galicia, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y el negro Estevanico; cuatro que habian quedado de la expedicion que mandaba en persona Pánfilo de Narvaez, y que habia marchado á la conquista de la Florida. Fueron recibidos benignamente por Mendoza, que escuchó absorto de su boca las estupendas maravillas que contaban de un pais situado hacia el rumbo del Norte, y que se llamaba *Quivira*, segun decian. Alegre sumamente con esta noticia, y viendo el vasto campo que se le ofrecia para grangear reputacion, propusose desde luego hacer la conquista de tan opulento reino, y mandó á España á Cabeza de Vaca y á Castillo para que informasen al emperador.

Carlos V. entretanto mandaba á México al licenciado la Torre, para que hiciese efectiva la

sentencia pronunciada por la audiencia de México contra Nuño de Guzman, de *prision y confiscacion* de bienes, dándole ademas otras instrucciones para el buen gobierno de la Nueva-España.

Miéntras venia navegando la Torre, llegó á Mendoza un despacho de Carlos V., que noticioso de la integridad y fino con que procedia en su gobierno, le mostraba la satisfaccion que le habia por su buen proceder, y por haber sabido que los mexicanos eran superiores en ingenio á las demas naciones del nuevo continente. Acompañábele tambien un sumario, que contenia en su primera parte las obligaciones del cristiano y las leyes espeditas por el consejo de Indias, para bien de los naturales de este suelo; y en la segunda, las obligaciones de los españoles para con los indios, á fin de que reuniendo una junta de las personas principales de México, examinasen y adiciones el sumario; después, en un dia festivo, convocados los caciques y todos los naturales, le mandase leer por un religioso práctico en la lengua de los indios, cuidando siempre de que se hiciese otro tanto en todos los lugares del reino. Todo lo practicó puntualmente Mendoza.

Un acontecimiento hará memorable para siempre este año: en él se imprimió en México el primer libro, que fué la *Escala de San Juan* *Almeca*, en la casa de Juan Pablos, con una imprenta traída por Mendoza, que es acreedor al reconocimiento de todo mexicano, por haber hecho brillar por primera vez en nuestro suelo, ese fanal resplandeciente como el sol, y eterno como la inteligencia.

Tratando Mendoza de cumplir con la órden que traia, y de que antes hicimos mencion para establecer una casa de moneda, mandó zanjar sus cimientos, y logró que en este mismo año de 1536 se acuñase plata y cobre (1), *no oro porque este se debia mandar en teja á España*. La amonedacion del cobre fué sumamente desagradable á los mexicanos, que mirando este metal con el mayor desprecio, no querian dar por él sus mercancías, lo que obligó al virey á compelerlos.

(1537.)—A principios del año siguiente, escribió Mendoza una carta al marqués del Valle que este recibió en Acapulco, felicitándole por su llegada, é incluyéndole otra de Francisco Pizarro, en que le pedia socorros para concluir la conquista de Lima. Cortés le mandó dos embarcaciones y bastantes soldados, que

(1) Segun Torquemada, pág. 1, lib. 5.º cap. 13, se acuñaron 200,000 de cobre en este año.

aunque llegaron cuando Pizarro ya había tomado a Lima, fueronle después de mucha ayuda en sus posteriores conquistas.

La moneda de plata causaba también grandes perjuicios á los mexicanos, pues no acostumbrados á manejarla, daban las piezas de á cuatro por las de á tres y recibían al contrario; Mendoza avisó al emperador, quien dispuso que se recogiesen los reales de á tres y corriese la demás moneda. Ordenó también Carlos V que se edificase un colegio para niños mexicanos, en el cual se educaran cristianamente y aprendieran latinidad; y el virrey aunque estaba ya establecido uno provisional, puso con asistencia de la ciudad y tribunales, en Santiago Tlatelolco la piedra del que, se llamó de Santa Cruz, en el cual, el religioso franciscano Arnaldo Bazo, regentó la cátedra de latinidad. Renovose también una prohibición anterior del uso de ropa de oro, bordados y pasamanos por haber llegado el lujo á un punto escandaloso. Habiéndose multiplicado mucho los ganados, y siendo frecuentes, las contiendas sobre pastos y dehesas, que eran comunes por mandamiento de Fuenleal, y siendo muchos los ladrones cuadreros; estableció Mendoza tribunales de mesta que conocieran en estas causas.

Llegó por fin á Mexico el Lic. la Torre, y prendió á Nuño de Guzman, mas no estando acordos los historiadores acerca del modo en que sucedió, referiremos el hecho segun lo cuenta Herrera y la coleccion de documentos del padre Fr. Manuel de la Vega.

Dice el primero que apenas llegó la Torre á la capital de la Nueva España, cuando partió para Guadalupe á encontrar á Nuño y allí lo prendió y lo despachó á Mexico; que dada cuenta al emperador de este suceso, mandó que diese fianza de presentarse al consejo dentro de cierto tiempo, y que así lo hizo Nuño, quedando al fin impune por haber encontrado vallimiento en la corte.

Mas en los documentos del padre Vega se refiere, que Nuño fué preso en Mexico por el mismo la Torre; á la sazón en que este llegó á presentarse al virrey Mendoza, que estaba hablando con el mismo Guzman; que la Torre le asió del puño de la espada intimidándole prisión de orden del emperador Carlos V y que procedió con esta precipitación, por correr rumores de que Nuño tenía dispuesto un navio para partirse. Á Nápoles, donde estaba de embajador su hermano Juan Juarez de Figueroa; y por último, que habiendo llegado á España, no le permitieron entrar en la corte, sino le mandaron guardar

prision en Torrejota de Velasco, donde murió antes que se hubiese sentenciado su causa.

En este mismo año envió Cortés tres embarcaciones al mando de Ulloa, para proseguir el descubrimiento de la California.

(1538).—El año siguiente le llegaron á Mendoza varios mandamientos del emperador: *„que los oficiales de la ciudad de México, que era tesorero, contador, veedor de minas y factor, fuesen regidores en los pueblos donde recibiesen; y que prefiriendo á los otros regidores mas antiguos en el asiento, tambien prefiriesen en los votos. Dióse tambien facultad al Visorrey D. Antonio de Mendoza, para que permitiese, que los encomenderos que quisiesen trocar sus repartimientos lo pudiesen hacer; y porque el exceso del juego era muy grande en las Indias se mandó, que no se permitiese jugar á ellas ni en las, ni en las, ni que los factores de mercados pudiesen jugar á ningunos juegos en que interviniesen dineros, ni otra cosa de interes. Que aunque se casasen en Nueva-España los esclavos negros, no fuesen por ello libres, ni pudiesen pedir libertad, porque estando la mayor parte de ellos viejos, se amancebaban, y sus dueños, por salvarlos de pecado, los casaban y luego pretendían ser libres.“* Mandó tambien el virrey al oidor Maldonado, á pacificar varios pueblos sublevados, lo que este consiguió con la mayor facilidad; y prohibió que hubiese indios de carga aun cuando ellos se prestasen voluntariamente.

(1539).—Los encomenderos seguian haciendo pesar sobre los indios, el yugo de la mas insupportable tiranía, á pesar de que el virrey velaba incesantemente por el cumplimiento de las reiteradas órdenes para que no se les maltratase; y tan escandaloso abuso, fué probablemente el que determinó á venir á México, al varon mas respetable de cuantos pasaron de España á nuestro Continente, al padre Fr. Bartolomé de las Casas; quien impetó que á las partes que aun estaban por conquistar, no se mandasen soldados, sino mas bien celosos misioneros, que alcanzasen con la persuasión y la dulzura evangélica, lo que se pretendia arrancar por la violencia. Partió Fr. Bartolomé para Chiapa, y cuando su apostólico celo recogia los mas sanzados frutos, vino á turbar su gozo Pedro de Alvarado, que haciendo una interrupcion, fué causa de que los indios, creyéndose engañados por los misioneros, abandonasen la religion cristiana. La conducta de Alvarado pareció tan indigna al virtuoso obispo, que partió inmediatamente para España á quejarse al emperador y á patrocinár la causa de los indios des-

validos, y aunque no consiguió lo lo que deseaba, mejor no obstante cuanto le fué posible la suerte de aquellos desgraciados. Proveyó el emperador, que los encomenderos jóvenes se casaran, no tanto por asegurar su residencia en la tierra, como por evitar algunos pecados que se echaban de ver; que se instruyese á los criollos, de suerte que pudiesen servir para la conversión de los indios, y que para este fin se instituyese en México Universidad; que se suspendiese la pragmática de los vestidos, antes mencionada; y que á los hidalgos se les guardasen sus preeminencias, do no poder ser encarcelados por deudas, ni padecer tormento.

Una ocurrencia vino á turbar la buena armonía que reinaba entre Mendoza y el marqués del Valle; y fué la conquista del reino que llamaban *Quivira*, Cabeza de Vaca y sus compañeros, y cuya riqueza y fertilidad encarecían, así como tambien Fr. Marcos de Niza. Deseosos ambos, Mendoza y Cortés, de hacer tan rica conquista, pensaban á un tiempo en aprestar cada uno su expedición; pero Mendoza avisó al marqués que se abstuviese de mandarla, y comisionó á Francisco Vazquez de Coronado, gobernador de la Nueva-Galicia por influjo del mismo Mendoza, para que se pudiese á la cabeza de la que debía marchar para tan decantado reino. El mismo virrey acompañó á Coronado hasta Compostela, para manifestarle su aprecio. Coronado prosiguió su camino por Callicacán, y llegado á la parte en que se decía estar Quivira, no encontró absolutamente nada; y por último, la circunstancia de haber perecido á manos de los naturales del país, Estevenico, con muchos de sus compañeros, malogró la expedición é hizo que Coronado se volviese á Nueva Galicia. Sabedor de todo Mendoza, y persuadido de que se necesitaba una expedición numerosa y bien equipada para la conquista de Quivira, dió sus órdenes á fin de que se aprestase, á hizo llamar de Quauhquemálan á Pedro de Alvarado, el hombre mas á propósito, en su concepto, por la práctica que tenía en las guerras de los indios.

Cortés por su parte mandó á Ulloa, diestro marinero, con tres embarcaciones llamadas, Santa Agueda, capitana; Santo Tomás, y la Trinidad, que salieron de Acapulco el 28 de julio, para que buscasen á Quivira, y hallado, tomase posesion de él en nombre suyo y á favor de la corona.

(1540).—No viniendo de Quauhquemálan Pedro de Alvarado, resolvió Mendoza que mandase la nueva expedición, el mismo Vazquez

Cornado, é hizo que Francisco de Alarcón, con dos navios, recorriese la costa y la examinase hasta los 26°, altura en que debía reunirse con el ejército de tierra. Coronado recorrió el país sin encontrar mas que algunos caserios, y tuvo que volverse por haber caído de un caballo; y Alarcón, después de haber hecho frecuentes descargas, no pudo encontrar á Quivira.

La expedición de Ulloa tampoco averiguó nada de las tres naves no volvió por entónces al puerto mas que una, y desalentado Cortés por el mal éxito de su expedición, é irritado por las trabas que le ponía el virrey, después que estaba acostumbrado á mandar sin contradicción, salió de Nueva España para Castilla con el fin de quejarse al emperador, que á la sazón habia partido á Gante.

Mientras Zumárraga edificó un hospital, cuyo patronato ofreció á Carlos V, y esto lo admitió, Torquemada, refiriéndose al padre Mofollina, que en este año, los mexicanos, queriendo obsequiar á D. Antonio de Mendoza, hicieron una caza á su usanza, por haberles manifestado el virrey sus deseos de presenciar un espectáculo semejante. Eligieron una llanura espaciosísima, entre Xilotepec y San Juan del Río; se reunieron mas de quince mil, y formando un círculo estensísimo lo iban disminuyendo gradualmente, encerrando un número tan considerable de animales, que solo los venados muertos ascendieron á seiscientos. Mendoza se manifestó tan complacido, que prometió asistir dentro de dos años á otra caza semejante, promesa que, como dice Torquemada, se ignora si despues la cumplió, y desde entónces tiene el llano el nombre del *Cazadero*.

Los texocanos mataron una leona que miraron con asombro en una isleta de la laguna, y se oyeron los ruidos subterráneos, procuradores de una erupcion que hizo luego el Popocatepetl.

(1541).—Notoso de repente en este año de 1541, segun Cayo presume, pues Torquemada lo cuenta sin fecha, la desaparicion total de la moneda de cobre; y tratando Mendoza de averiguar la causa, supo que los mexicanos la habian juntado toda y echádola en la laguna. Almirado del deprendimiento de los mexicanos, virtud que forma su carácter distintivo, mandó sellar *corchillas* de plata, que los desagraban tambien mucho por la facilidad con que se les perdian, y que corrieron casi la misma suerte que el cobre, pues unos las fundian para formar barras, y otros las echaban á la laguna.

Habia reunido Pedro de Alvarado doce embarcaciones con las que debía partir para las islas de la Esperanza según la orden del emperador; después de haberlas enviado á que lo aguardasen en el puerto de la Purificación, se dirigió á México para ver á Mendoza que le había mandado llamar, como antes dijimos. En el camino le alcanzó un correo de los vecinos de Tlaxcala, pidiéndole las socorries contra los indios del país que se habían sublevado y hecho fuertes en los desfiladeros. Alvarado después de reunir la mas gente que pudo, marchó contra los indios y murió en un ataque, de resultas de un golpe que le dió un caballo despenado como dicen unos, ó que venia corriendo asustado de los indios como aseguran otros. La mujer de este conquistador Doña Beatriz de la Cueva, murió en Quauhtlan, poco después de haber sabido la muerte de su esposo; en un terremoto formidable, seguido de una erupción volcánica que arrasó gran parte de la ciudad.

(1542).—Siguiendo la sublevacion con nueva fuerza, y sabedor Mendoza, porque así se decía, de que los indios Tarascos y Tlaxcaltecas querían ponerse de parte de los de Xalisco, resolvió salir en persona á sujetar el levantamiento, y para esto convocó á los Tlaxcaltecas, Cholultecas, Huexotzinques, Texcoacanos y otros, permitiéndoles al mismo tiempo á los caciques que usasen de caballos y de las mismas armas que los españoles; concesion que complació mucho á los naturales del país, y pareció desacerutada á los dominadores.

En tanto que se organizaba la expedición, mandó al navegante portugués Juan Rodríguez Cabrillo, con dos navios, San Salvador y la Victoria, que recorriesen la costa de California hasta encontrar hacia el Norte, el remate de la América Septentrional. Saló Cabrillo del puerto de la Navidad el veintiseis de junio recorrió una estension considerable, descubrió un cabo entre los 40° y 44° de latitud norte, que en honor del virrey llamó Mendocino, y por último, en marzo del año siguiente se vió precisado á regresar al puerto por el exceso del frío y la falta de viveres. Mandó tambien en otra expedición á las islas de la Esperanza, al licenciado Rui Lopez de Villalobos.

Dispuesto por fin el ejército que debía marchar á Xalisco, compuesto de cincuenta mil indios, trescientos caballos y ciento cincuenta infantes, salió Mendoza de México el 8 de octubre, deteniéndose algun tiempo en Michoacán y luego por fin á Xalisco para comenzar la guerra.

(1543).—Mas ántes hizo saber á los sublevados, por medio de algunos religiosos y de intérpretes, que si les perdonaria siempre que depusiesen las armas. Dio órdenes para que no se hiciesen mas prisioneros que los indispensables para llevar el bagaje, y trató por cuantos medios estaban á su alcance, de minorar los desastres de la guerra. Contestaron los indios: *«que ellos eran Señores de toda la tierra, que era suya y que querían morir por su defección.»* Respuesta generosa, digna de los esforzados hijos de los aztecas. Finalmente, después de varios combates logró Mendoza que sus contrarios depusiesen las armas y quedase pacificado el país; pudiendo asegurarse que el virrey se condujo en esta ocasion con una suavidad é inteligencia que lo harán siempre muy recomendable.

Mandó reunir Carlos V en España una junta compuesta de personas de todas dignidades, á fin de que proveyesen lo necesario para corregir los innumerables abusos que no habian podido comisionaron los encomendados y esta junta decretó varias disposiciones relativas á la secuela de los juicios, á las enajenaciones, á la residencia que debía tomarse á los gobernadores y á otros puntos que cuenta Herrera menudamente en la Década VII. lib. VI. cap. V. Antes dijimos la solicitud del obispo Las Casas por el remedio de la tiranía que posaba sobre los indios; á instancias suyas se espidieron nuevas órdenes para que no se hiciesen esclavos ni en la guerra, para que se llevase á efecto la disposicion de que no hubiese indios de carga; para que se quitasen los repartimientos, los cuales no podrian hacerse ni por el mismo virrey, á pesar de la facultad que antes se le habia concedido y que dejamos referida, etc., etc. Queriendo Carlos V que todas estas disposiciones tuviesen puntual cumplimiento despues de haberlas mandado publicar por pregoneros y á son de trompetas en Sevilla, mandó que el visitador Miguel Diaz de Armerindia cuidase de su cumplimiento en la Española, y comisionó con el mismo fin para la Nueva España, al Lic. Francisco Tello de Sandoval, dándole largas instrucciones y facultades amplias para el desempeño de su comision. Se embarcaron los dos en San Lúcar el 23 de noviembre, encaminándose cada uno á su destino.

(1544). Desembarcó el Lic. Tello en S. Juan de Ulúa el 12 de febrero, llegó á México el 8 de marzo, y se alojó en el convento de Santo Domingo. Mas noticiosos los encomendados de las órdenes que traía, y despues de haber hecho inútiles tentativas para estorbar su publi-

cacion, resolvieron á una presentarse al visitador, con el fin de supplicarle no promulgase aquellos decretos, que según afirmaban, debian ocasionar la ruina del estado. Representaronle la pobreza en que podrian quedar muchas familias, el trastorno general que debian ocasionar aquellas innovaciones que pretendian llevar á cabo, y que en la junta que habia resuelto tales medidas, *«no habia intervenido nadie que hubiese visto los trabajos, hambres, peligros y sugetos con que las conquistadores habian conyugado este Imperio para la corona real de Castilla.»* y por último, suplicaron cuantas razones podian obligar en su concepto á Tello, á la no publicacion de los decretos. El visitador resuelto firmemente á cumplir con lo mandado por el emperador, les reprendió enérgicamente su conducta con estas palabras. *«No habiendo una presentadolas despachos que traigo, ¿cómo podreis vosotros saber cuál es mi comision? ¿y así de qué supplicais? Idos y no os acortéis proceder de modo tan irregular con los ministros del rey. Si tenéis algo que tratar con vigo, diputad dos de vosotros.»* En vista de esto comisionaron los encomendados á dos, uno de los cuales era Alonso de Villanueva, regidor entonces por el rey, mas Tello tranquilizolos un tanto, asegurándoles que los mandamientos del emperador ántes que á su daño se encaminaban á su provecho; y logrando desembarazarse así de ellos, á los quince dias mandó pregonarlos por la ciudad con asistencia del virrey y de los tribunales, lo que pudo tanto á los encomendados, que estuvieron á punto de mover una sedicion. Viendo el visitador comprometida la paz, concedió á los quejosos que nombrasen procuradores que vendó á España representasen al emperador; y fueron elegidos por la ciudad Alonso de Villanueva, Gerónimo Lopez y Peralmindez Chirinos, los cuales partieron en union de los provinciales de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, y otros españoles de riqueza y valimiento.

(1545).—Al año siguiente, desconfiando Tello al sabiendo quizá el mal manejo de algunos oidores y oficiales reales, los privó de sus empleos según refiere Torquemada, y habiéndole llegado además noticia de que los encomendados habian salido con su intento en España, á fuerza de recomendaciones y de falsos informes; ántes de que llegase á México el nuevo decreto del emperador, despojó de sus repartimientos á cuantos creía que abusaban de su autoridad. Llegó mientras una cédula en que se le mandaba repartiese las tierras realengas entre los conquistadores; disposicion ar-

rancada por los mismos que habian ido á la corte á patrociniar la causa de tan inhumanos opresores. Es imponderable el alboroto que causó á los encomendados la nueva de su tráfico, que celebraron con juegos de cañas y corridas de toros, y el abatimiento y la desesperacion con que vieron los desgraciados indios confirmada para siempre su esclavitud.

(1546). Una peste desoladora comenzó á destruir á los naturales del país, proveniente, probablemente de la aflixion extraordinaria que les causó la revocacion de los decretos dados ántes en su favor, y de la rabia con que debieron ver aquellos desgraciados los festejos públicos con que se solemnizaba su opresion. Fué tan terrible la peste, que perecieron, según unos, ochocientos mil indios, y según otros, los cinco sextos de la poblacion. Es muy landable la solicitud de Mendoza para el alivio de los indios que padecian, pues tan luego como vió aparecer el contagio, estableció hospitales en México y en otros puntos de la Nueva-España; y fué extraordinariamente ayudado por el caritativo celo del arzobispo de México, D. Juan de Zumárraga.

Al cabo de seis meses hubo de cesar la peste y poco despues, según cree Cabo, se descubrió una conjuracion tramada por los negros esclavos de México y los indios Tenochas y Tlaxcaltecos. Fué delatada por un negro, y Mendoza procedió á sofocarla con la mayor actividad, y consiguió prender y ejecutar á los cabecillas.

El visitador Tello que traía entre sus otras instrucciones la de convocar una junta de obispos que atreglasen todo lo concerniente al bien espiritual de los naturales del país, logró hacer que se reuniesen todos á escepcion del de Chiapa Fr. Bartolomé de las Casas, á quien Mendoza le habia insinuado, lo conveniente que seria, se detuviese á alguna distancia de la capital para no despertar en su presencia el odio mortal que le tenían los encomendados, por lo mucho que habia influido en que se les privase de sus repartimientos. Esto rasgo es el pauperico mas sublime del obispo de Chiapa.

Avistóle Mendoza al cabo de algun tiempo, que podía entrar en la ciudad; mas él se negó respondiéndole que le tenia por excomulgado lo mismo que á toda la audiencia, por el fallo que habian dado mandándole cortar la mano á un clérigo de Oaxaca. Reunidos por fin, los obispos y los provinciales de S. Francisco, S. Agustín y Sto. Domingo, propusieron en primer lugar poner coto al bárbaro abuso de los que ha-

cian esclavos; mas Mendoza, ignoramos por qué motivo, puso en duda por un momento su buena opinión, suplicándoles que por entonces no discutiesen aquel punto; mas después el mismo trabajó en que se dictase y llevase á efecto tan saludable medida. Parece hasta escusado decir lamucha parte que tuvieron esto Fr. Bartolomé de las Casas; ese hombre admirable que fué el padre amante de los mexicanos, y la estrella de caridad que alumbraba la noche de su servidumbre. Una vez cumplida la comisión de Tello regresó á España.

(1547) Viendo Mendoza que crecía la población mucho, hacia el Poniente, y que por lo tanto la sola audiencia de México no era bastante para despachar todos los negocios que ocurrían, propuso al emperador el establecimiento de otra en Compostela de la Nueva-Galicia, y aquel admitió su propuesta, mandando en este mismo año de 1547 dos letrados que administrasen justicia en aquella parte. Concluyóse tambien la reducción de la provincia de Verapaz, que recibió este nombre de la espontaneidad con que cedieron sus naturales á la persuasión de los padres dominicanos, sin necesidad de que un solo soldado fuese á enseñarles con la punta de la lanza la religión de Jesucristo.

Llegó mientras al virey una carta del Perú del Lic. Gasca, pidiéndole socorros para defenderse de Pizarro; y Mendoza hizo levantar inmediatamente seiscientos soldados al mando de su propio hijo D. Francisco; mas fueron inútiles estos preparativos, por haber llegado la noticia de la pacificación del Perú. Cuentase una anecdota curiosa concerniente al hijo del virey y al factor Gonzalo de Salazar; y es que á la sazón en que estaban adestrándose en el manejo de las armas los nuevos alistados, se embistieron los dos con lanza en ristre; y á todo el correr de sus caballos, queriendo estos muertos y ellos aturridos; mas ignoras la razón de semejante ocurrencia.

(1548) Causó una gran consternación en la Nueva-España la muerte del venerable obispo D. Juan de Zumárraga acaecida en el año siguiente, y á cuyos funerales celebrados en la antigua catedral con toda la magnificencia posible, asistieron el virey, la ciudad y los tribunales.

Concedió el emperador á la ciudad de México la facultad de darse á sí misma por medio de su municipalidad, los estatutos y ordenanzas que debían regir, y además el título de *muy noble, muy leal*, por la diligencia que había mostrado en socorrer al Lic. Gasca del Perú.

Mandó tambien Mendoza al capitán D. Tristan de Arellano á Tiquipón, á que redujese á la obediencia á los naturales que se habían sustraído de la dominación española, dándole orden de que solo hiciese recaer el castigo sobre los autores del levantamiento; y en efecto, todo se terminó con haber prendido Arellano al cacique D. Sebastian.

(1549) Otra conjuración contra los magistrados, movida por los mismos españoles iba á estallar en México; mas descubierta por Sebastian Lazo de la Vega y Gaspar Tápia, fué sofocada con el castigo de sus promovedores Juan Boman, Juan Venegas, de un italiano cuyo nombre se ignora, y de sus cómplices, que fueron prendidos en el Perú, á donde se habían escapado, por los corregidores de aquel país, avisados multiplicadamente por Mendoza.

Viendo que la lana era de mala calidad, mandó traer ovejas de buena clase y estableció obras para el tejido de paños y sayales; procuró la perfección de las labores del pan y el acrecentamiento del ganado mayor; partió las tierras realengas entre los españoles pobres y ameritados; y propuso á los que tenían encomiendas cerca de la capital, que las permutasen por otras de las sierras donde había minas, con el fin de que andando el tiempo volviessen los repartimientos á la corona por la disminución de población que debía ocasionar el trabajo de las minas, y tambien para alejar todo lo posible á los incómodos vecinos. Descubriéronse á la sazón las minas de Tasco, Zultepec, Temascaltepec y otras, que como observa muy bien Cayo, eran ya conocidas de los antiguos reyes mexicanos.

(1550).—La buena administración de Mendoza había llamado justamente la atención de Carlos V, que miraba en él un magistrado integro, humano y propio para calmar con su prudencia cualquiera desasosiego; y como su el Perú era general el trastorno, pensó que nadie podría pacificar aquel reino mejor que él, que se había captado el amor de los naturales de México. Le propuso, pues, que pasase de virey al Perú, persuadido de que aceptaría aquel encargo siempre que se le permitiese el estado de su salud, y nombró en su lugar á D. Luis Velasco de la casa de los condes de Castilla. Sublevóse mientras la provincia de los Zapotecas á instigación de los viejos del país que animaron á la juventud á tomar las armas, diciéndole que había llegado Quetzalcóatl á quien aguardaban, y quien debía quebrantar sus cadenas; mas pronto logró pacificarlos Mendoza.

Un mes antes de que llegase á Veracruz Velasco, desembarcó allí el Lic. Vena que decía ser visitador del reino, el cual logró engañar al virey y á los oidores, diciéndoles que no les entregaba sus despachos por traerlos el nuevo virey que estaba próximo á llegar. De esta suerte ganó dinero y logró consideraciones; mas noticioso de la llegada de Velasco á Veracruz se fugó, só pretexto de ir á encontrarle, y descubierta luego su engaño por Velasco, fué preso por Gonzalo Velazco y conducido á México, donde le quitaron las riquezas que había robado, y le sacaron á la vergüenza por las calles, publicando á voz de pregonero su delito y el castigo de cuatrocientos azotes y diez años de galeras á que había sido condenado.

Por último, después de haber conferenciado largamente Mendoza y Velasco en Cholula sobre lo mas oportuno para la buena administración de la Nueva-España, entró el segundo en México y Mendoza partió para su nuevo gobierno.

Fué universalmente sentido de los naturales del país, por su humanidad y empeño constante en protegerlos, y por los adelantamientos que se hicieron en el país por la salubridad de su gobierno. Fundó varias colonias y ciudades, siendo notable entre las últimas Valladolid, que llamó así por la semejanza de su situación con la ciudad de España de este nombre, y que figura en nuestra historia como la cuna de sabios esclarecidos y de héroes inmortales. Hízose de orden suya una coleccion de pinturas históricas de México, con el fin de mandarlás á España al emperador, y cuya interpretación se confió á una persona bastante instruida en la historia mexicana. He examinado esta coleccion importantísima para la historia antigua de nuestra patria y absolutamente desconocida en su conjunto en México, y no puedo encarecer suficientemente la necesidad de estudiarla, para tener ideas exactas de la fundación de muchas ciudades, del origen de sus nombres, de sus armas, y de mil pormenores curiosísimos relativos á la vida doméstica de los antiguos mexicanos. Está dividida en tres partes: la primera contiene la fundación de México y de otras ciudades; la segunda, los tributos que pagaba cada lugar, y la última cuadros de la vida privada de los indios. Publicaremos en nuestro periódico á proporción que se nos vaya presentando oportunidad estas pinturas, que repetimos, son en su mayor parte absolutamente desconocidas de nuestros paisanos; poniendo á cada una su correspondiente lesto explicativo, lo cual juz-

gamos que será del agrado de nuestros suscritores.—JUAN N. SÁVARRO.

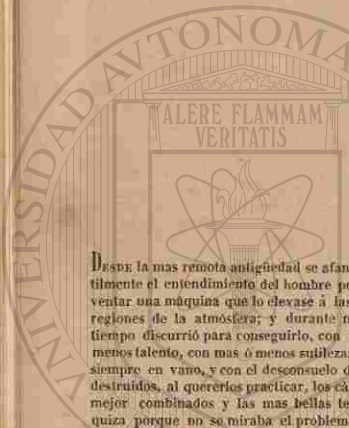
UN ABOGADO.

Una reflexión sobre que jamás insistiré demasiado es, que no hay en la vida civil profesión mas honrosa, y mas generosa por su misma naturaleza, que la del for. Visitad un pueblo sujeto á un gobierno arbitrario: veréis, á hombres que por su posición social, su fortuna y otras circunstancias deben permanecer independientes, los veréis, digo, pusilánimes, abatidos; solo en un abogado hallaréis libertad, firmeza, valor. Un abogado es un defensor; esta palabra lo dice todo: resistencia á la opresión, hábito y necesidad de reclamar contra la injusticia, exámen libre, lenguaje atrevido. Durante las diversas opresiones que han sufrido los grandes países, en los abogados es donde descubriréis socorro para todos los infortunios, celo por todas las víctimas. En los gobiernos tiránicos, ellos han sido mas de una vez los únicos representantes del valor civil; en los gobiernos libres, en que este valor civil es un derecho, en vez de ser una virtud, ¡cúán interesante es la posición de un abogado! No es, pues, de extrañar que en Inglaterra, en este país eminentemente libre, no haya profesion mas distinguida que la del for; ella conduce á los primeros puestos, á no ser que, por un justo orgullo, y algunas veces por un cálculo de interés, un abogado prefiera su envidiable profesion á todo.—VILLEMAIN."

Sentencias de varios autores antiguos.

Miedo grande contrae la vejez, y promueve ganas de mear.—Dos son las cosas que mas destruyen la salud del hombre: tener los pies mojados algunas horas, y esponerse al aire frio en el acto de estar sudando.—Cuando el estómago está frio todo el cuerpo está caliente, y vice-versa.—Melancólicos; lo han sido todos cuáquambrós ha habido en el mundo que se hayan distinguido por las letras.—Los que tienen el castigo crespó se vuelven calvos mas pronto que los que no lo tienen así.—El hombre crece en estatura hasta los 21 años, y do aquí en adelante embarnece.—Hombres de vista larga tienen por lo regular debil olfato, y vice-versa; y los que lo tienen agudo son ingeniosos.—El hipo, el bostezo y el estornudo, cesan deteniendo el aliento.—Voz ronca tienen los desvelados.

ALGO SOBRE AEROSTACION.



Desde la mas remota antigüedad se afanó inútilmente el entendimiento del hombre por inventar una máquina que lo elevase á las altas regiones de la atmósfera; y durante mucho tiempo discurrió para conseguirlo, con mas ó menos talento, con mas ó menos sutileza; pero siempre en vano, y con el desconsuelo de ver destruidos, al quererlos practicar, los cálculos mejor combinados y las mas bellas teorías; quizo porque no se miraba el problema por resolver bajo el verdadero punto que debía considerarse. Hallar un aparato, cuyo volumen pesase menos que un volumen igual de aire, para que entonces sucediese lo que sucede con todo cuerpo sumergido en un fluido de gravedad especifica menor, que flota en él, procurando ocupar su superficie, tal era el problema que debió considerarse desde el principio, problema, en verdad, de muy difícil solución, atendiendo á la mucha ligereza del aire; pero que al fin fué resuelto por los célebres franceses José y Etíevan Montgolfiere, quienes no solo concibieron que era posible *navegar libremente en la atmósfera como se navega en el mar*, sino que construyeron un aparato á propósito para poner en práctica el resultado de sus cálculos y de sus continuas tareas, venciendo todas las dificultades que naturalmente debían presentarse á la realizacion de un proyecto tan atrevido como grandioso, y que da una prueba maravillosa de todo lo que es capaz la inteligencia del hombre, ese destello purísimo de la Divinidad, ayudada por el estudio y la

„Le principe d'Archimède est vrai pour les gaz comme pour les liquides. Les corps plongés dans les gaz y perdent une partie de leur poids égale au poids du volume de gaz qu'ils déplacent. Si l'air atmosphérique était très-pesant, s'il pesait, par exemple, deux ou trois fois autant que l'eau, la plupart des corps terrestres seraient soulevés par la poussée de ce fluide; et nous-même, nous serions emportés dans l'air comme le fidge est emporté dans l'eau. Mais l'air est si léger, il fait perdre aux corps à peu de leur poids qu'il fallait une grande habileté de génie pour concevoir la possibilité de s'élever dans l'atmosphère, de s'y soutenir en équilibre, et d'y voguer librement comme on voguë sur la mer.”

POUILLET.

paciencia. Su primer aparato consistió en un globo de papel de grandes dimensiones, con una abertura practicada en su extremo inferior, que servía para introducir al interior del globo cantidades sucesivas del aire calentado por medio de la combustion de una porcion de paja y una poca de lana; el cual es mas ligero que el aire atmosférico, porque el calor aumenta el volumen de casi todos los cuerpos, y aumentando el volumen de un cuerpo, sin que aumente su masa, como en este caso, disminuye su densidad, y por consiguiente su peso. Luego que el globo estuvo lleno de este aire calentado, y formando un todo mas ligero que igual volumen del aire que lo rodeaba, se elevó magistuosamente en medio de los aplausos de un concurso inmenso, maravillado con un espectáculo enteramente nuevo y digno de la admiración universal. Este primer ensayo, que tan bien correspondió á las esperanzas de los Montgolfieres, y que patentizó que habían descubierto el aparato porque tanto se habia trabajado, tuvo lugar el año de 1783. animados sus autores con un éxito tan satisfactorio, lo repitieron en otras muchas partes, siempre con igual fortuna y haciendo las mejoras que la esperiencia les enseñaba, aunque todas de poca entidad.

El descubrimiento de los Montgolfieres fué justamente apreciado, como merecia serlo, en todo el mundo científico, y en todas partes fueron repetidas sus primeras experiencias, aunque siempre se lamentaban los riesgos que

ofrecian sus globos para que el hombre pudiese subir en ellos y entregarse libremente al capricho de los vientos. Estos riesgos los hizo desaparecer Charles, el ilustre Charles, que ha enriquecido la física con sus laboriosos trabajos y sus bellísimos experimentos, quien tuvo el feliz pensamiento de substituir al aire caliente con que se llenaban los globos, el gaz hidrógeno, descubierto por Cavendish en 1766, y cerca de catorce y media veces mas ligero que el aire atmosférico, lo cual lo hace utilísimo para la aerostacion, según se infiere de lo que dejamos asentado.

Charles estaba tan persuadido de que un aeronauta que se elevase en globos cargados con gaz hidrógeno no corría riesgo alguno, á no ser aquellos que no puede precaver el cálculo de los hombres, que se decidió á dar la prueba mas convincente de su persuasión, ascendiendo el mismo; cuyo proyecto ejecutó el 27 de agosto de 1783, partiendo del centro de las Tullerías, en compañía de su amigo M. Robert, á la vista de la familia real, de toda la corte y del pueblo entero de Paris, que ocupaba las plazas, las azoteas de los edificios y todos los puntos prominentes de la ciudad, y cuyo entusiasmo ese día rayó en frenesí, al ver elevarse mas allá de las nubes á los intrepidos viajeros que con tanta serenidad como valor se esponian á la inconstancia de los vientos en una máquina tan débil. Despues de haber corrido en pocos minutos cerca de diez leguas, hicieron descender el globo, y quedándose en tierra M. Robert, Charles volvió á elevarse magistuosamente, como se eleva el sol sobre el horizonte, á la altura de 3200 varas, de la cual bajo felizmente, cuando ya la luna comenzaba á alumbrar la tierra, que habia estado algunas horas oculta á su vista. El globo de que usó en esta primera prueba, fué de tafetan barnizado, perfectamente estérico, de 500 metros cúbicos de capacidad y cubierto con una red, de la que pendía la canastilla en que se colocaron él y su compañero con los saquillos de arena que los sirvieron de lastre: su globo llevaba, ademas, colocadas en la parte superior y manejadas interiormente por medio de cuerdas, dos válvulas, cuyo objeto era dar salida á pequeñas porciones de gaz, para disminuir la fuerza ascensional del aparato y hacerlo descender cuando se quisiese.

Este ensayo de Charles y Robert, fué repetido en 1784 por Lunardi, que fué el primer aeronauta que se presentó en Inglaterra, y por Blanchard en Francia, uno de los aeronautas que ganó mas celebridad y que trabajó mucho,

— 175 —

aunque sin fruto, por dar direccion á los globos.

Despues de estas, se practicaron otras muchas ascensiones aerostáticas, algunas con el objeto de hacer investigaciones científicas, tales como las de Robertson y Sacharoff, ejecutada el 30 de Julio de 1804, por disposición y á cuenta de la academia de ciencias de San Peterburgo; la de Biot y Gay-Lussac, y la de Gay-Lussac solo en 15 de setiembre del mismo año de 1804, de las que dice uno de los físicos mas ilustres de nuestros dias, el finado M. Pouillet: „Entre todos los viajes aerostáticos que se han emprendido con objeto de hacer investigaciones científicas, se distinguen el que ejecutaron Gay-Lussac y Biot en 1804, en el que ascendieron á la altura de 4600 metros, y practicaron experiencias importantes sobre el estado eléctrico y la temperatura de esas regiones elevadas de la atmósfera; y el que efectuó Gay-Lussac solo, subiendo á la altura de 7000 metros, la mayor á que ha llegado el hombre, y en la que experimentaba ese célebre aeronauta un frío de 10° del termómetro centígrado que en la superficie de la tierra le habia marcado 20°. La sequedad del aire en esas alturas, es tanta, que los cuerpos higrométricos pierden toda su humedad. Suspendido en medio del espacio en un aire tan enrarecido y á una distancia tan grande de la tierra y de todos los cuerpos residentes, ningún ruido se escucha, ningún objeto se presenta á la vista, porque esa es la verdadera soledad, que solo Gay-Lussac puede describir. Este aeronauta volvió á pisar la tierra en las cercanías de Rouen, despues de haber recorrido mas de treinta leguas en seis horas.”

Entre las ascensionés mas desgraciadas se cuentan la de Pilatos de Roziers, que quiso combinar, mas sabe con que objeto, los métodos de Charles y de los Montgolfieres, y que pereció al practicar su proyecto: la de Zambeccati, que corrió igual suerte; las dos que ejecutó Sadler, una en Bristol y otra en Dublin, pues en ambas cayó en el mar con gran riesgo de su existencia; y sobre todas, la de la infortunada Madama Blanchard en Julio de 1819, que hizo una ascension por la noche en un globo cargado con hidrógeno, y cuya canastilla iba lujosamente alumbrada, imprudencia que pagó con su vida; y que llenó de consternacion á cuantos presenciaron su catastrofe y que la habian visto un momento antes de su muerte alegre y animada por los aplausos de la multitud.

Robertson, hijo, fué el primer aeronauta que se presentó en México, y que fué justamente apreciado por sus conocimientos científicos y

por su habilidad nunca desmentida, que le valió ser considerado como uno de los aeronautas más inteligentes de estos últimos tiempos.

Posteriormente hemos tenido la satisfacción de ver á nuestro compatriota, mi condiscípulo y amigo D. Benito L. Acosta, el primer hijo de las antiguas Américas españolas que ha osado penetrar en las regiones inmensas de la atmósfera. Su primera ascension se verificó en Abril de 1843, en la que se elevó más de tres mil varas sobre el nivel de México, de cuya altura descendió felizmente, aunque con alguna rapidéz. La sensacion pura de planear que causó el valor de éste jóven mexicano, el júbilo con que fué recibido por sus compatriotas y los recuerdos todos de su primer viaje ávreo, están aun frescos en la memoria de cuantos contemplaron su intrepidez y su serenidad.

Los globos de que hoy se hace uso son de tafetan barnizado, de forma esférica, ó esferoidal más ó menos prolongada; con dos válvulas en su parte superior, que se manejan interiormente por medio de dos cuerdas, y cubiertos con una red, en cuyo extremo inferior se coloca el aeronauta con el lastre necesario, que no es otra cosa que unos saquillos llenos de arena, y los instrumentos de física propios para las observaciones que se pueden hacer en una ascension, en caso de que el objeto de esta sean las investigaciones científicas.

Es indispensable barnizar el tafetan, porque así se evita que el hidrógeno, con que se carga el globo y cuya sutileza es estrama, se escape por los intersticios del tejido; se hace uso de diversos barnices; pero uno de los mejores es el formado con la goma elástica disuelta en aceite de trementina hirviendo.

Las válvulas sirven para disminuir la fuerza ascensional del aparato, con objeto de no subir muy rápidamente, ó de descender cuando se quiera, lo que se consigue abriendo una de ellas por medio de su correspondiente cuerda y dejando salir ciertas porciones de gaz. Bastaba una sola válvula pero se ponen dos ó mas por precaucion, pues si fuera una sola y por desgracia se enrojeciesen sus resortes ó se reventase la cuerda con que se maneja, el aeronauta pereceria.

Se hace uso del lastre para disminuir el peso del globo con objeto de aumentar su fuerza ascensional, en algunos casos, y en otros de hacer mas ó menos lenta su fuerza descendente.

El hidrógeno que es la fuerza motriz, digamos así, del globo, como ya hemos dicho, se extrae por medio de la descomposicion del agua; cuya operacion se ejecuta reuniendo tres par-

tes de hierro en peso, cinco de ácido sulfúrico y treinta de agua: el hidrógeno del agua se desprende, que es el que se utiliza, y su oxígeno se une al hierro, formando un protoxido del mismo, que se une al ácido sulfúrico, para formar un proto-sulfato de hierro.

Es de sentirse que el descubrimiento de los Montgolfieres no haya producido los útiles resultados que al principio prometió, cuando se creia que seria fácil dar la direccion que se quisiese á los globos, por la cual se ha trabajado y se trabaja con asiduidad, principalmente por Mr. Green, el aeronauta mas hábil y mas célebre de nuestros días, que ha hecho cerca de doscientas ochenta ascensiones; y es de sentirse tambien, como ha dicho otro aeronauta igualmente célebre, que los sabios hayan abandonado por mucho tiempo un descubrimiento tan útil á hombres mas ávidos de fortuna que de gloria, á hombres que no sabiendo apreciar, han especulado con el sobre la curiosidad de la multitud, dedicándolo á satisfacer su frivolidad. Sin embargo de esto, el descubrimiento de los Montgolfieres que ha bastado para inmortalizar sus nombres, siempre será justamente apreciado por los amantes de las ciencias y de todo lo que es grande y sorprendente; porque es un descubrimiento que revela el génio de sus autores, y que algun día, quizá, influirá tanto en el mundo civilizado como ha influido el del inmortal Watt.

México febrero 9 de 1843.

SEBASTIÁN CAMACHO Y ZELUETA.

Muchas obras merecen aceptacion por la razon en que están la mediocridad de los ideas del autor, y la mediocridad del público.

Si algún hombre llegara á decir que era enteramente feliz, ó no se le debería creer, ó se le debería hacer confesar que ignoraba en que consiste la verdadera felicidad.

La buena fe es el fundamento mas firme de los estados, y debe ser el primer objeto de los que manejan los negocios públicos.

La grande esperanza de los pueblos oprimidos es que los tiranos han confiado siempre en sus fuerzas mas de lo que debían.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

INDEPENDENCIA.

Estado político de Nueva España. Reestablecimiento de la constitucion de 1812. Reuniones de la Protesta. Intendencia comandante del ejército del Sur. Situacion de Guerrero. Correspondencia de ambos gefes.

Se pronosticaba en México el año de 1820, muy aciago para su independencia y aun mas para su libertad. Habia llegado con indecible pesar para los amigos de esta, la noticia de la malograda empresa en la Peninsula de los generosos Lacy, Portier y Vidal; pero lo que mas desconcertó las esperanzas de los mexicanos que deseaban al ménos aquel triunfo, fué la defeccion en julio de 1819 del conde del Abisbal que consumó, aceptando gustoso el papel de delator y verdugo de sus compañeros de armas, á quienes habia el mismo excitado para el restablecimiento de la constitucion del año de 12.

Creyéose inevitable la terrible expedicion anunciada á América por el acantonamiento de las tropas en la Isla de Leon; y aunque las apariencias inducian á creer que deberían dirigirse á Buenos-Ayres, habia el fundado temor de que viniese parte á Nueva España (1). En esta, la causa de la independencia iba de día en día debilitándose, ya fuese porque bajo la autoridad de Apodaca los indultos eran mas francos, ya por el carácter de este que tenia visos de clemente para cubrir su sistema político, ya porque la desastrosa y prolongada lucha habia fatigado la paciencia de los contendientes, descendíase una tregua por lo ménos, ó ya en fin, por las frecuentes é inesperadas capitulaciones de los patriotas americanos, que en algunos era una verdadera apostasia de sus principios, tanto mas lamentable, cuanto que *indultados*, con algunas excepciones, hacian estremecer á la humanidad, degradando su nombre, proscribiendo su honor y desmintiendo su patriotismo.

Uno que otro quedaba fiel á su patria y al heroísmo, y desafiaba con constancia y denuedo á la fortuna ingrata y cruel en aquella época. A fines del año de 19, en el de 20 y principios del de 21, el honor pertenecia íntegro al grande hombre resuelto D. Vicente Guerrero, teniente general por su rigorosa escala, habiendo conquistado todos sus empleos á punta de espada y empujado de privaciones y peligros; guerrero infatigable, y en quien el infortunio no habia mella, pues cuanto mayor era su rigor, aumentábase mas la decision en su empresa, de una manera que el cálculo lo hacia ver por la mas temeraria. Ayudábale el coronel D. Juan Alvarez, el esforzado D. Pedro Asencio Atguisira, de nacimiento humilde, pero de alma elevada y con la inspiracion y génio para la guerra, llegando á probar por su astucia y estrategia, que no era usurpado el título de general que llevaba. Hacian iguales esfuerzos el segundo de este, coronel D. Felipe Martínez, el general D. Isidoro Montesdeoca y otros, cuyos nombres han permanecido oscuros para la historia, porque tal es la fatalidad con que el destino ha sellado todo lo que ha habido entre nosotros de grande y sorprendente. Para México estaba solo reservado que las acciones de sus más ardientes defensores, que todo lo aventuraban en aquella época incierta y amarga, y que nada tenían que esperar, se hayan visto con desprecio; y lo mas singular es, que impudicamente á veces se les ha insultado... pero un día la posteridad los vengará.

Estos hombres que luchaban con cuanto habia que luchar en una guerra desigual, y contra un enemigo poderoso, que contaba con elementos en todo superiores á los de aquellos, veían con el mas profundo pesar que sus compañeros se desertaban: que iban quedando so-

(1) Peto en realidad era para el reino de México así lo dice el Sr. D. C. Maria Bastamante en su Cuadro Histórico, tom. 5.º

los con sus principios y con su valor; y que eran el objeto único de la guerra casi estinguída en el resto del reino. Para reducir á los independientes del Sur, gruesas divisiones marchaban de todas partes al mando de Armijo, Rafols, Berdejo, Echavarrí, Moya, D. Felipe Codallos, Dominguez, y el inhumano Huber. Diversos combates tenian lugar en que el éxito mas veces era adverso y otras favorable á la causa nacional; pero cualesquiera que fuesen las víctimas, eran mexicanas en su mayor parte, pues por un soldado expedicionario, morian diez y mas criollos. No fué así en la gloriosa accion que el depudado Pedro Asencio Alquisira, dió el 8 de marzo de 1820, al teniente coronel D. Ramon Dominguez (3), en los llanos de la Goleta, en que bató una columna del regimiento de órdenes y de otros cuerpos provinciales, pues en esta vez se dió la accion á campo raso, habiendo sufrido el enemigo grandes pérdidas, siendo la mayor parte de los soldados expedicionarios. Alquisira se presentó en buen orden y formacion, en términos, que parecian sus tropas del gobierno; pero cuando mas fué su disciplina, fué á la hora del combate en que maniobraron con desembarazo y denuevo al toque de corneta con que aquel dirigió sus operaciones.

Cuando esto sucedia, llegaron las plausibles noticias de la Peninsula del heroico movimiento en las Cabezas (3), por los magnánimos Riego, Quiroga y Arco Agüero, que proclamando la constitucion del año de 12, con el ejército llamado de Ultramar, la expedicion preparada quedó frustrada y los corazones liberales latieron de júbilo.

El 9 de junio de 1820, se juró la constitucion en México con toda solemnidad, sin que impidiera que fuese con bastante repugnancia por el virrey y otras personas de las clases elevadas que la aborrecian en extremo. La adhesion á aquella, de la mayor parte de la oficialidad, no sólo de la del país, sino aun de la expedicionaria, en la que se manifestaban algunos exaltados, y especialmente las esperanzas que se tenían de un cambio feliz para todos los habitantes, fundado entre otras garantías en la de libertad de imprenta, aumentó el indulto de los patriotas que habian quedado aislados por diversas provincias.

(2) El Sr. Bustamante en el Cuadro Histórico dice, que fué D. Juan Dominguez, pero este señor estaba en esa época en la provincia de Guadalupe, y se distinto de aquel.

(3) Puebla de España.

No obstante, Guerrero permanecia en el Sur, sin que las alternativas de la guerra le impidiesen aumentar su nombradía, pues caros pagaban los triunfos que solian alcanzar sus contrarios. Habia organizado mas fuerzas, y la fortuna parecia de nuevo protegerle, haciendo célebre por sus victorias los oscuros nombres de Acatepec, Amatepec, la Goleta, Trochas y Pochote, de donde fueron desalojados los realistas (4).

En el entretanto, como la constitucion española no habia sido bien acogida, segun se ha dicho, por el virrey y otras personas influyentes, se pensó en derrocarla; y aunque antes no se contó con Apodaca, despues este condescendió por su decidido amor al gobierno absoluto.

La opinion es varia sobre si se trató solo de destruir el sistema liberal, ó de hacer á Nueva-España independiente, *ofreciéndole á Fernando VII, el trono de México como un avalo contra las empresas de los constitucionales* (5). Por los hechos posteriores, y lo que es mas, el caracter de las personas notables que meditaron el plan, ponen fuera de toda duda que lo primero fué lo que se propusieron. Los verdaderos realistas (6) y las demas personas privilegiadas, viendo el aspecto que tomaban las cosas por el influjo de las ideas liberales, se ocuparon por lo tanto en cortar el nacimiento mal y en dirigir todo su afán á derrocar la malhadada constitucion.

Desde luego las primeras reuniones se tuvieron en la casa Profesa de esta capital, bajo la presidencia y direccion del padre preposito, y canónigo el Doctor español, D. Matias Montegudo, de profundos conocimientos, especialmente en el derecho é historia eclesiástica, y no extraño en las materias políticas. Asistían á las juntas diversas personas de las principales y mas relacionadas del país; y aunque al principio concurrieron algunas cuyas ideas eran por la independencia, luego las fueron aislando y quedaron aquellas que tenían por esclusivo objeto el absolutismo. Desde antes se pensó en quien debería ponerse á la cabeza del movimiento, decidiéndose despues de serias meditaciones, por el coronel del regimiento de Celaya, D. Agustín de Hurbide. Este asistió á la Profesa, y desde luego á su alma emprendió el plan que debería poner en planta. Desde este momento dió vuelo á su genio indolable y fecundo, como lleno de vivacidad pa-

(4) Cuadro Histórico tom. 5.º

(5) Zavala Ensayo Histórico.

(6) Torreste, revolucion hispano-americana tom. 2.

pág. 120.

ra llevar á efecto sus grandes concepciones, que dieron el resultado con que en 1821 asombró al mundo. Supo con un tacto esquisito penetrar el corazón de todos, cuyas miras cumulo hasta donde se entendian, así como su capacidad. Distingue eran las ideas de las personas que formaban la reunion de la Profesa: diversas igualmente las de algunos patriotas que deseaban ardientemente un orden contrario al de aquellos, pues las nuevas luces, el desengaño de su antigua opinion en algunos, la moderacion en otros, y en los mas la esperiencia y sobre todo el espíritu público desarrollado con vigor por la impresion de imágenes vivas, y por las ideas demasiado consoladoras de libertad y derechos del ciudadano, hacian ya una necesidad pensar y convenir en el atrevido pensamiento de la emancipacion de N. España. Los que habian contribuido á los sucesos que tuvieron origen el año de 10, querian volver á su objeto: los que de algun modo lo habian contrariado, ó habian retrocedido al aspecto de las escenas de terror que se vieron en nueve años de desolacion, apetician ahora algo y ese algo equivalia á un concepto sublime y grandioso. Hurbide, enemigo terrible de los primeros defensores de la patria, dominándose á sí mismo, dominó á todos, avasallando su voluntad y su confianza, aunque no sin temor por parte de uno que otro de los que habian combatido el sistema colonial. En fin, todos callaron y los que ambicionaban el aniquilamiento de la constitucion se tisongaban de un pronto resultado: trabajaron, pues, para que se pudiese á las órdenes de Hurbide la division que mandaba en el Sur Armijo, fatigado en hacer su nombre execrable, y el virrey condescendió hasta el extremo de lograr Hurbide que se le prestasen nuevas tropas, y entre ellas su regimiento de Celaya y los dragones al mando de Epitacio Sanchez, con otros cuerpos.

Partió el 16 de noviembre Hurbide á su destino con el plan que esclusivamente formó, desechando por consiguiente el que se le habia dado por los conspiradores de la Profesa. En su manifiesto de Sierra, de 27 de setiembre de 1821, dice: "Formé mi plan, conocido por de lunar; mio, porque solo lo concebí, lo escribí, lo publiqué y ejecuté."

Sin embargo, algunas personas nos han asegurado que el autor fue el respetable Sr. Licenciado D. Juan José Espinosa de los Monteros, y en esto conviene Torreste. Al Sr. Espinosa nos, loca hacer esta declaracion que la historia exige. Mas cualquiera que sea el que lo formó, está considerado como una obra

maestra en política y el éxito lo ha comprobado. Con una voluntad y corazon libres siguió el impulso generoso que le dió el mas ilustre patriotismo. Desde ese momento tan bello, tan poético y tan tierno, los destinos de México variaron. Tuvo una inspiracion, y á esa inspiracion el trono español quedó hambaleándose en Nueva-España.

Llegó Hurbide al Sur sin mas que su fortuna, rodeándole muchos gefes y oficiales españoles, y el batallon expedicionario de Murcia: los del país no podrian serle adictos en su plan. Guerrero, el obstinado é indomito Guerrero, sus segundos Alquisira, Alvarez y otros estaban orgullosos por sus recientes triunfos. Las circunstancias para Hurbide eran difíciles y se complicaban. Estaba, pues, en los momentos para exigir de la historia la celebracion con que otorga el diploma de héroe. La imaginacion se pierde al considerar lo que aquella alma combinaba cuando era el centro de mil opuestas congeturas, cuando sus subordinados respiraban odio y venganza contra Guerrero y los suyos, y estos y su general correspondian á aquellos en el campo de batalla, haciendo imposible por lo mismo, la uniformidad de sentimientos. Guerrero estaba ufano y con razon, porque era el único que con su conciencia pura sostenia la causa de su país, y con su patriotismo acrisolado y con su ejemplo, animaba á tres mil quinientos hombres desde el centro del Sur hasta Colima (7) teniendo á sus inmediatas órdenes mas de mil doscientos hombres. Esto indicaría el errado concepto de algunos al ponerlo en un estado abatido, y aislado en unas inaccesibles barrancas que era el unico que quedaba en pie por el Sur, es cierto; pero todavia la victoria hacia ondear sus banderas. De otra manera, Hurbide no lo habria considerado tanto, hasta colocarlo como segundo en su combinacion. Se decidió, pues, este, á entrar en conferencias con Guerrero, á consecuencia de algunos descalabros que habian sufrido sus tropas por las de Alquisira, siendo los mas notables los del curro de S. Vicente y el de la cañera del Diablo, en que Berdejo fué completamente derrotado; en ambos puntos los americanos se batieron cuerpo á cuerpo con los realistas, desplegando aquellos un brio y orden en el acto del combate, que mayor no podría esperarse en tropas mas disciplinadas.

Hurbide situó cuanto no se fácil decir, este encuentro, y se violentó á escribir al general

(7) Oficio del Sr. Hurbide al virrey, de 18 de Febrero de 1821.

Guerrero, apareciendo á primera vista la política y circunspección de que se valió. Nos decidimos á insertar íntegra la correspondencia que se abrió entre ambos gefes, porque extraerla sería una sacrilega mutilación, y porque estas cartas forman un monumento de honor para sus autores. Este es el punto de partida para la grande empresa, obra esclusiva de la concepción de Iturbide, y es la injuria mas atroz á su gloria, y un acto de la mas pérdida de las ingratitudes, decir que obró de acuerdo con los mismos españoles. Iturbide valió la circunstancias, y sólo su genio pudo subalternarlas á su potente voluntad, á su capricho, si se quiere; pero en todo se entresió el *indignitatum* de gloria con que la fortuna le brindó.

“Sr. D. Vicente Guerrero.

Cuadrefolios Enero 10 de 1821.

Muy señor mío: Las noticias que ya tenía del buen carácter é intenciones de V., y que me ha confirmado D. Juan Davis Bradford, (1) y últimamente el teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo, me estiman á tomar la pluma en favor de V. mismo y del bien de la patria.

Sin andar con preámbulos que no son del caso, hablaré con la franqueza que es inseparable de mi carácter ingenuo. Soy interesado como el que mas, en el bien de esta Nueva-España; país en que como V. sabe he nacido, y debo procurar por todos medios su felicidad.

V. está en el caso de contribuir á ella de un modo muy particular, y es, cesando las hostilidades, y sujetándose con las tropas de su cargo, á las órdenes del gobierno; en el concepto de que yo dejaré á V. en el mando de su fuerza, y aun le proporcionaré algunos auxilios para la subsistencia de ella.

Esta medida es en consideración á que, habiendo ya marchado nuestros representantes al congreso de la Península, poseídos de las ideas mas grandes de patriotismo y liberalidad, manifestarán con energía todo cuanto nos es conveniente; entre otras cosas, el que todos los hijos del país sin distinción alguna, entran en el goce de ciudadanos y tal vez que vengán á México, ya que no puede ser nuestro soberano el Sr. D. Fernando VII., su angusto hermano el Sr. D. Carlos, ó D. Francisco de Paula; pero cuando esto no sea, persuádate V. que nada omitirán de cuanto sea conducente á la mas completa felicidad de nuestra patria. Mas si con-

(1) Norte-Americano que vino con Mina y siendo coronel en el ejército de Guerrero se pasó á Iturbide: hace poco murió de general.

tra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda, á defender nuestros derechos, y lo juro á V. y á la faz de todo el mundo, bajo la palabra de honor en que puede V. fiar, porque nunca la he quebrantado ni la quebrantaré jamas.

Dije antes, que no espero que se falte á la justicia en el congreso, porque en España reinan hoy las ideas liberales que conceden á los hombres todos sus derechos; y se asegura en cartas muy recientes, que D. Fernando VII. el grande, no ha querido que en las cortes se dedican reformas de religiones, y otros puntos de esta importancia, hasta tanto no lleguen nuestros representantes, lo que manifiesta con claridad, que estos países le merecen á S. M. el debido aprecio. Ya sabrá V. tambien como por los mismos principios han sido puestos en libertad los principales caudillos del partido de V. que se hallaban presos, D. Ignacio Rayon, D. José Sixto Berduzo, D. Nicolás Bravo etc. Si V. quisiese enviar algun sugeto que merezca su confianza, para que hable conmigo y se imponga á fondo de muchas cosas de las noticias que podrá darme, y de mi modo de pensar, puede V. dirigirse por Chilpancingo, que si no hubiese llegado yo allí me espere, que no será mucho tiempo lo que tenga que aguardar; y para que lo verifique libremente y pase mas adelante hasta encontrarme si gusta, le acompaño el pasaporte adjunto; bien entendido de que aunque sea D. Nicolás Calalan, D. Francisco Hernandez, D. José Figueroa, D. Ignacio Pita ó cualquiera otro individuo de los mas allegados á V., volverá libre á unirse, aun cuando no le acomoden las proposiciones mías.

Supongo que V. no inferirá de ninguna manera que esta carta es por otros principios, ni tiene otro móvil que el que le he manifestado; porque las pequeñas ventajas que V. ha logrado; de que ya tengo noticia, no pueden poner en inquietud mi espíritu, principalmente cuando tengo tropa sobrada de que disponer, y que si quisiese vendría mas de la capital; sirviendo á V. de prueba de esta verdad, el que una seccion ha marchado ya por Hacoitepec, al mando del teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo; y yo contra iré por el camino de Toluca, dejando todos los puntos fortificados con sobrada fuerza, y dos secciones sobre D. Pedro Alquisira.

El teniente coronel Berdejo va á tomar el mando que tenía el Sr. Moya, y le he prevenido que si V. entra en contestaciones, suspenda toda operacion contra las tropas de V. el tien-

po necesario hasta saber su resolusion: todo lo que le servirá de gobierno.

Si V. oye con imparcialidad mis razones, seguro de que no soy capaz de faltar en lo mas mínimo, porque esto sería contra mi honor, que es la prenda que mas estimo, no dudo que entrará en el partido que le propongo, pues tiene talento sobrado para persuadirse de la solidez de estos conveñimientos.

El Señor Dios de los ejércitos me conceda este placer; y V. entretanto disponga de mi buena voluntad, seguro de que le complacerá en cuanto sea compatible con su deber su atento servidor que lo estima y S. M. B.

Agustín de Iturbide.”

Con diez dias de atraso contestó Guerrero desde el punto llamada Rincon de Santo Domingo. Seria una presuncion intolerable querer comentar para su elogio esta carta, una de las mas bellas páginas de nuestra historia. Nada, nada nos queda que decir, sino que el corazón mas indiferente, á su lectura, debe palpitár de entusiasmo y orgullo, hoy todavía que han pasado veinte y tres años. Lo sublime es inmortal por las emociones que inspira!...

„Señor D. Agustín de Iturbide.—Muy señor mío: Hasta esta fecha llegó á mis manos la atenta carta de V. de 10 del corriente; y como en ella me insinúa que el bien de la patria y el mio le han estimulado á ponerme, manifestaré los sentimientos que me animan para sostener mi partido. Como por la referida carta descubro en V. algunas ideas de liberalidad, voy á explicar las mías con franqueza, ya que las circunstancias van proporcionando la ilustracion de los hombres, y desterrando aquellos tiempos de terror y barbarismo, en que fueron cuervos los mejores hijos de este desgraciado pueblo. Comencemos por demostrar sucintamente los principios de la revolucion; los incidentes que hicieron mas justa la guerra y obligaron á declarar la independencia.

Todo el mundo sabe que los americanos, cansados de promesas ilusorias, agraviados hasta el extremo, y violentados por último, de los diferentes gobiernos de España, que levantados entre el tumulto uno de otro, solo pensaron en mantenernos sumergidos en la mas vergonzosa esclavitud, y privarnos de las acciones que usaron los de la Península para sistimar su gobierno, durante la cautividad del rey, levantaron el grito de libertad bajo el nombre de Fernando VII. para sustraerse solo de la opresion de los mandarinos. Se acercaron nuestros principales caudillos á la capital, para reclamar sus

derechos ante el virey Venégas, y el resultado fué la guerra. Esta nos la hicieron formidable desde sus principios, y las represalias nos precisaron á seguir la crueldad de los españoles. Cuando llegó á nuestra noticia la reunion de las cortes de España, tratamos que calma- ramos nuestras desgracias en cuanto se nos hiciera justicia. ¡Pero qué vanas fueron nuestras esperanzas! ¡cuán dolorosos desengaños nos hicieron sentir efectos muy contrarios á los que nos prometiamos! Pero ¿cuando y en qué tiempo? Cuando agonizaba España: cuando oprimida hasta el extremo por un enemigo poderoso, estaba próxima á perderse para siempre: cuando mas necesitaba de nuestros auxilios para su regeneracion, entonces... entonces descubren todo el daño y oprobio que nos siempre alimentan á los americanos: entonces declaran su desmeñurado orgullo y tiranía: entonces reprochan con ultraje las humilidades y justas representaciones de nuestros diputados; entonces se burlan de nosotros, y echan el resto á su iniquidad: no se nos concede la igualdad de representacion, ni se quiere dejar de cono- cernos con la infame nota de colonias, aun después de haber declarado á las Américas parte íntegral de la monarquía. Horroriza una conducta como esta tan contraria al derecho natural, divino y de gentes. ¿Y qué remedio? Igual debe ser á tanto mal. Perdimos la esperanza del ultimo recurso que nos quedaba, y estrechados entre la ignominia y la muerte, preferimos esta, y gritamos: *Independencia y otro ele- mento á aquella gente dura*. La declaramos en nuestros periódicos á la faz del mundo; y aunque desgraciados, y que no han correspondido los efectos á los deseos, nos anima una noble resignacion, y hemos protestado ante las aras del Dios vivo ofrecer en sacrificio nuestra existencia, ó triunfar y dar vida á nuestros hermanos. En este número está V. comprendido. ¿Y acaso ignora algo de cuanto llevo espuesto? ¡Cree V. que los que en aquel tiempo en que se trataba de su libertad, y decretaron nuestra esclavitud, nos serian beneficios ahora que lo han conseguido, y estan desembarazados de la guerra? Pues no hay motivo para persuadirse que ellos sean tan humanos. Multitud de recientes pruebas llene V. á la vista; y aunque el transcurso de los tiempos lo haya hecho olvidar la afrentosa vida de nuestros mayores, no podrá ser insensible á los acontecimientos de estos últimos dias. Sabe V. que el rey identifica nuestra causa con la de la Península, porque los estragos de la guerra en ambos hemisferios le dieron á entender la voluntad gene-

ral del pueblo; pero véase como están recom- pensados los caudillos de esta, y la infamia con que se pretende reducir á los de aquella. Di- guese qué causa puede justificar el desprecio con que se miran los reclamos de los america- nos sobre innumerables puntos de gobierno, y en particular sobre la falta de representa- ción en las cortes; ¿qué beneficio le resulta al pueblo, cuando para ser ciudadanos se requie- ren tantas circunstancias que no puede tener la mayor parte de los americanos? Por último, es muy dilatada esta materia, y yo podría ase- nar multitud de hechos que no dejarían lugar á la duda; pero no quiero ser tan molesto, por- que V. se halla bien penetrado de estas verda- des, y advertido de que cuando todas las na- ciones del universo están independientes entre sí, gobernadas por los hijos de cada una, solo la América depende africanamente de Espa- ña, siendo tan digna de ocupar el mejor lugar en el teatro universal. La dignidad del hom- bre es muy grande; pero ni esta, ni cuanto per- tenece á los americanos, han sabido respetar los españoles. ¿V. cuál es el honor que nos queda, dejándonos ultrajar escandalosamente? Me avergüenzo al confesarlo sobre este punto, y declarame eternamente contra mis maye- res y contemporáneos que sufren tan ominoso yugo.

He aquí demostrado brevemente cuánto pue- de justificar nuestra causa, y lo que honra de oprobio á nuestros opresores. Concluya- mos con que V. equivocadamente la hizo nues- tro enemigo, y que no ha perdonado medios para asegurar nuestra esclavitud; pero si en- tra en conferencia consigo mismo, conocerá que siendo americano ha obrado mal, que su de- ber le exige lo contrario, que su honor le en- camina á empresas mas dignas de su repu- tación militar, que la patria espera de V. mejor acogida, que su estado le ha puesto en las ma- nos fuerzas capaces de salvarla; y que si anda de esto sucediere, Dios y los hombres castiga- rán su indolencia. Estos á quienes V. repu- ta por enemigos, están distantes de serlo, pues que se sacrifican gustosos por solicitar el bien de V. mismo, y si alguna vez manchan sus es- padas en la sangre de sus hermanos, lloran su desgraciada suerte, porque se han constituido sus libertadores y no sus asesinos; mas la ignorancia de estos, la culpa de nuestros ante- pasados, y la mas refinada perfidia de los hom- bres, nos han hecho padecer males que no de- bieramos, y si en nuestra educación varonil nos hubiesen inspirado el caracter nacional. V. y todo hombre sensato, lejos de frirse con mi

rástico discurso, se gloriarán de mi resisten- cia, y sin faltar á la racionalidad, á la sensibili- dad y á la justicia, no podrán redarguir á la solidez de mis argumentos, supuesto que no tienen otros principios que la salvacion de la patria, por quien V. se manifiesta interesado. Si esto inflama á V., qué, pues, hace retardar el pronunciarse por la mas justa de las causas? Sepa V. distinguir y no confundir: defienda sus verdaderos derechos, y esto le labrará la corona mas grande; entienda V. que yo no soy el que quiero dictar leyes, ni pretendo ser el ti- rano de mis semejantes; decidase V. por los ver- daderos intereses de la nacion, y entonces ten- drá la satisfacción de verme militar á sus ór- denes, y conocerá á un hombre desprendido de la ambicion é interés, que solo aspira á sus- traerse de la opresion, y no á elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas.

Esta es mi decision, y para ello cuento con una regular fuerza disciplinada y valiente, que á su vista fluyen desparvoridos cuantos tratan de sojuzgarnos; con la opinion general de los pueblos que están decididos á sacudir el yugo ó morir; y con el testimonio de mi pobre con- ciencia, que nada teme cuando por delante se le presenta la justicia en su favor.

Compare V. que nada me sería mas degra- dante, como el confesarme delincente, y ad- mitir el perdon que ofrece el gobierno, contra quien he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; mas no me deshonraré de ser un subalterno de V. en los términos que digo; ase- gurándole que no soy ménos generoso, y que con el mayor placer entregaré en sus manos el baston con que la nacion me ha condecorado.

Convencido, pues, de tan terribles verdades, ocúpese V. en beneficio del pais donde ha na- cido, y no espere el resultado de los diputa- dos que marcharon á la Península; porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir pora- vor lo que se nos debe de justicia, por cuyo medio veremos prosperar este fértil suelo, y nos oximiremos de los gravámenes que nos cau- sa el enlace con la España.

Si en esta, como V. me dice, reinan las ideas mas liberales que conceden á los hombres todos sus derechos, nada le cuesta en ese caso el dejarnos á nosotros el uso libre de todos los que nos pertenecen, así como nos los usurparon el dilatado tiempo de tres siglos. Si genero- samente nos dejan emancipar, entonces dire- mos que es un gobierno benigno y liberal; pero si como espero, sucede lo contrario, tenemos

valor para conseguirlo con la espada en la mano.

Soy de sentir que lo espuesto es bastante para que V. comenza mi resolucion y la justicia en que me fundo, sin necesidad de mandar sig- lo, ó discutir sobre propuestas ningunas, porque nuestra unica divisa es: *libertad, inde- pendencia, ó muerte*. Si este sistema fuese acep- tado por V., confirmaremos nuestras relacio- nes; me esplayaré algo mas, combinaremos pla- nes, y protegeré de cuantos modos sean posi- bles sus empresas; pero si no se separa del con- stitucional de España, no volveré á recibir con- testacion suya, ni verá mas letra mia. Le an- teipo esta noticia para que no insista ni me note despues de impolitico; porque ni me ha de convencer nunca á que abraze el partido del rey sea el que fuere, ni me amedrentan los millares de soldados con quienes estoy acos- tumbrado á batirme. Obre V. como mejor le parezca, que la suerte decidirá, y me será mas glorioso morir en la campaña, que rendir la cerviz al tirano.

Nada es mas compatible con su deber que el salvar la patria, ni tiene otra obligacion mas forzosa. No es V. de inferior condicion que Quiroga, ni me persuado que dejará de imitar- le, osando emprender como él mismo aconse- ja. Concluyo con asegurarle que la nacion es- tá para hacer una explosion general que pronto se experimentarán sus efectos; y que me será sensible perecer en ellos los hombres que como V., deben ser sus mejores brazos.

He satisfecho al contenido de la carta de V., porque esa es mi crianza; y le repito que todo lo que no sea concerniente á la actual inde- pendencia, lo demas lo disputaremos en el cam- po de batalla. Si alguna feliz mudanza me diere el gusto que deseo, nadie me competirá la preferencia en ser su mas fiel amigo y servi- dor, como lo protestó su afecisimo Q. S. M. B.

Picente Guerrero.

La lectura de esta carta inflamó los animos hasta el delirio: las expresiones de esta resona- ran en la mas remota posteridad. Hoy... la historia dirá un día sin embozo lo que deba decir. Véase el juicio que sobre esta carta, for- ma Torrente el historiador mas parcial y ena- migo de los americanos. Guerrero, dice (1) respon- dido con fecha 20 del mismo mes, desde el Rincon de Sto. Domingo con tanta entereza y dignidad, que le habria hecho altamente reco- mendable si hubiera sostenido una causa mas

noble: desechó con indignacion toda propues- ta que no llevase por base la independencia ab- soluta del pais; despreció todo el aparato im- ponente de sus fuerzas, y se valió de argu- mentos tan convincentes y persuasivos en su vicio- sa clase, que ya no le quedó mas arbitrio á Itur- bide que el de descubrir sus ocultos proyectos, sin conseguir su preliminar intento que era el abatimiento de los que tenia pudieran ser: un día sus mas furiosos rivales.

Iturbide conoció todo el mérito del generoso cuanto modesto y esclarecido patriota en quien se habia fijado para apoyar su plan, y desde Tepeacacuilco el 4 de Febrero le escribió lo si- guiente.

“Estimado amigo: No dudo darle á V. este tí- tulo, porque la firmeza y el valor son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me honro de darle á V. en breve un abrazo que confirme mi expresion.

Este deseo que es vehemente, me hace sentir que no haya llegado hasta hoy á mis manos la apreciablesima de V. de 20 del pasado; y para evitar estas morosidades como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapid- dez que debe ser, vuyó á V. al portador, para que le dé por mí las ideas que seria muy largo de explicar con la pluma; y en este lugar solo aseguraré á V. que dirigíedonos V. y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un plan bien sistemado, los medios que nos de- ben conducir indubitablemente y por el cami- no mas corto. Cuando hablemos V. y yo se ase- gurará de mis verdaderos sentimientos.

Para facilitar nuestra comunicacion me diri- giré luego á Chalpancingo, donde no dudo que V. se servirá acercarse, y que me haremos sin duda en medio hora de conferencia, que en muchas cartas.

Aunque estoy seguro de que V. no dudará un momento de la firmeza de mi palabra, porque nunca di motivo para ello; pero el portador de esta, D. Antonio Mier y Villagomez, la garanti- zará á satisfaccion de V. por si hubiese quien intente infundirle la menor desconfianza.

A haber recibido antes la citada de V. y á haber estado en comunicacion, se habria evitado el sensibitísimo encuentro que V. tuvo con el teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo el 27 de Diciembre, porque la pérdida de una y otra parte lo ha sido como V. escribiste á otro in- tento á dicho gete, pérdida para nuestro pa- is. Dios permita que haya sido la última.

Si V. ha recibido otra carta que con fecha 16 lo dirigi desde Cuacacotepec, acompañándole

(1) Evolucion. hispan-am. Tom. 2.º pag. 252.

otra de un americano de México, cuyo testimonio no le debe ser sospechoso (2), no debe dudar que ninguno en la Nueva-España es mas interesado en la felicidad de ella, ni la desea con mas ardor, que su muy afecto amigo que

(2) El Lic. D. Carlos María Bustamante, cuyo patriotismo no ha disminuido hasta el día y con el mismo fervor que en sus primeros años.

ansía comprobar con obras esta verdad, y S. M. D.—Agostín de Iturbide.—Sr. D. Vicente Guerrero.

He aquí los preliminares para la mas atrevida de las empresas. Iturbide y Guerrero iban a quedar convenidos....

México, Febrero 7 de 1844.

D. REVILIA.

REMITIDOS.

Siendo la siguiente novela y la poesia que insertamos a continuación, propias del tiempo, por ser ambas de *Carnaval*, las damos lugar con el mayor gusto en las columnas de nuestro periódico.

EL CARNAVAL DE VENECIA.

I.

MATRIMONIO DEL DUX Y DEL MAR.

El sol, disipando las nieblas del Adriático, se elevaba resplandeciente sobre el mar: gran festividad había en Venecia, un repique á vuelo de todas las campanas de los templos saludaba al día de la Ascension, y una multitud inmensa de gente ocupaba las calles, las plazas y los puentes. Todos se dirigían hacia el lugar donde el gigantesco Bucefante (1) brillantemente decorado y adornado con guirnaldas y pabellones, esperaba al dux acompañado de su séquito. Las gondolas se resbalaban rápidamente por los canales, pero los remeros, cantando entusiasmados las octavas del Tasso, se apresuraban á llegar para colocarse al redor del antiguo bajel veneciano. Las ventanas de la Procuraduría que daban á la plaza de San Marcos, estaban cubiertas de señoras ricamente vestidas, y de extranjeros que ha-

(1) El Bucefante era un bajel del dux, ricamente adornado con seso y filamentos de seda. En la popa estaba una tienda de seda color de porpora, decorada con el pabellón de la República, y las armas del dux; y en la proa tenia grabada en oro la imagen de la justicia. El objeto que estaba destinado, era la recepción de las grandes señoras y la fiesta del matrimonio del dux el día de la Ascension.

bían venido espesamente de todas las ciudades de Italia para ver la fiesta.

En medio de esta ruidosa multitud estaba un joven cabisbajo y meditabundo, parado al pié de la columna que sostiene el famoso Leon de bronce; miraba con arrogancia, pero sin orgullo, á este pueblo agitado, y sus inciertas miradas parecian buscar una que respondiese á ellas, pues en medio de la multitud estaba solo. El regocijo público, hacia gran impresion en su alma, y por un contraste singular le causaba tristeza.

Paolo Barozzi descendía de una de aquellas antiguas familias, cuyos gefes, bajo el nombre de Tribunos, gobernaron la República antes de la eleccion del primer dux. Su madre, que disfrutó muy poco tiempo de la ternura de su esposo, fundaba todas sus esperanzas en este hijo único, digno ciertamente de su amor, pues reunía á las mas brillantes cualidades, las ventajas de la belleza y de la juventud. Era instruido y valiente, ambas cosas poco comunes entre los venecianos nobles, y su corazón que aun no conocía al mundo, puro como el de un ángel, estaba lleno de sinceridad, dote tan estimable y precioso en el joven, como el pudor en la doncella.

Ocupada su imaginacion con los preparativos de la fiesta, salió por la mañana, esperando di-

sipar con los acontecimientos del día la fastidiosa y monótona igualdad de su vida. Entraba en una edad en que la voz de una mujer, el ruido de su traje, una respiracion suave y perfumada, una leve sonrisa, conmueven todos los sentidos. Su alma soñaba un ser ideal que tomase parte en los males y en los placeres de su existencia, y este ser encantador é imaginario aun no se presentaba á sus ojos; sin embargo, un secreto presentimiento alimentaba su esperanza.

Las guardias de la ciudad pusieron en órden al populacho, y la comitiva avanzó pausadamente. Los *Capelates* y los *Morlacos* con moquetes á la espalda marchaban al son de una música guerrera. Paolo entusiasmado, sintió repentinamente nacer en su alma el deseo de llevar un uniforme como el de estos; pero lo singular de él y la mezcla de colores verde y encarnado, destruyó prontamente su deseo.

Sonaron las trompetas, y los coraceros montados en caballos negros como el azabache, comenzaron á marchar. El joven veneciano pensó por un instante, que un casco y una coraza no le fatigarían mucho; pero oyó la voz del oficial que reprendía á un soldado, cuyo fogoso caballo se saltó de la línea, y le pudo infundir que un hombre fuese responsable de los caprichos de un animal.

En seguida pasaron los magistrados de la ciudad en traje de ceremonia; iban seguidos de los auditores y de los provedores, vestidos con trajes morados y capas de armiño. Paolo se figuró que podía muy bien consistir la felicidad en administrar justicia; su alma lierna se llenaba de júbilo al pensar en las virtudes de los magistrados; pero cuando vió á un antiguo provedor, que á pesar de sus numerosas prerrogativas no habia sido escudado del tribunal, volvió los ojos á otra parte.

En este momento aparecieron los miembros que componían el senado de Venecia, dividido en cinco clases como la nobleza. En la primera fila marchaban orgullosamente los caballeros de la estola de oro. Paolo, al notar el fastidio que mostraban sus colegas en sus semblantes, se alegró de no haber hecho uso del derecho que le concedía su nacimiento para proceder al dux en esta ceremonia pública.

Los gritos del pueblo anunciaron que el príncipe de la república se aproximaba. El dux iba acompañado de su canceller, del capitán general de marina y de sus consejeros. El emblema dual, emblema de la fuerza y del poder, coronaba su frente, rodeada de una faja de lino; algunos esclavos llevaban su manto de

brocado; un magistrado conducía la vara de oro que le servía de cetro, y un oficial su espada, de la que tan pocas veces haría uso. Paolo vió con indecible ternura y respeto á este venerable anciano, agobiado por los años, destinado por el trabajo y rugosa su espaciosa frente por los pesares, esforzarse en mostrar al pueblo un semblante apacible y risueño, y arastrarse hacia el mar, mas bien como un criminal que marcha al patíbulo que como un príncipe que va á encontrar á su esposa.

Sucedía á los estrepitosos clamores que recibían el mas profundo silencio. Algunos hombres vestidos de negro marchaban gravemente en medio de la multitud, la que sin que interviniese la tropa, se habia retirado voluntariamente á cierta distancia, para dejarles el paso libre. Este era el cuerpo de los inquisidores de estado, el famoso consejo de los diez, mas temible que el terrible tribunal de la Inquisicion portuguesa. Paolo hubiera tal vez conservado el deseo de ser árbitro de la vida y de la fortuna de sus conciudadanos, pero este reclutamiento tan frío, y el temer que el pueblo manifestaba á sus tiranos, disiparon completamente su ambicion. Tan luego como los inquisidores pasaron, volvió á manifestarse el gozo en los semblantes, y todos dirigían la vista al Bucefante.

El dux estaba parado en la popa, mientras que el patriarca bendecía el mar Adriático. Paolo, al oír pronunciar la fórmula latina del matrimonio, se sonrió, y no pudo ménos que levantar los hombros cuando el pueblo anunció con sus voces que el anillo nupcial habia sido arrojado á las olas.

Luego que concluyó la ceremonia se retiró el joven de la plaza de San Marcos, y caminaba muy pensativo, cuando un esclavo ofreció al pasajero á él lo empujó y le hizo vacilar. Paolo se volvió hacia él con la amenaza en los labios, y llevando la mano al puño de su espada; pero una joven cubierta con un velo seguía al esclavo, y una mirada de sus ojos, que brillaban como luceros, bastó para calmar su furor, y la cedió cortésmente el paso. El velo no era tan tupido que impidiese percibir que una sonrisa habia sido el pago de su cortesania, y sin reflexionar Paolo se lanza tras de la incógnita, admitiendo su elegante y áiroso faldón y su gracioso modo de andar. Al voltear una calle, el viento del mar arrebató el velo que estaba sin duda mal prendido, y Paolo tuvo la dicha de cojerlo cuando iba á caer en un canal, y adelantándose lo puso en las manos de la bella incógnita, sin proferir una palabra.

Desde este día comenzó una nueva existen-

cia para Paolo. Parece que la joven no la había visto sin interés, y la madre de Barozzi no volvió a oír como antes á la hora de dormirse las alegres sonatas que su hijo tocaba en la guitarra. La hermosa Clara, viuda á los veintidós años de edad, y hermana de un senador de los mas ricos, fué la primera que notó este silencio, pues ya no había vuelto á escuchar aquellas canciones que repetía en voz baja, acompañada con su bandoliar; en vano sus ojos habían buscado por la tarde en el terrado de la casa vecina al que con su armoniosa voz había turbado su corazón. Muchas noches seguidas, la luna había bañado con su argentada luz ese punto, sin que la sombra del joven se prolongase hasta su solitario aposento; esta ausencia la llenó de aflicción y la hizo derramar algunas lágrimas. Un hombre á quien ella había encargado espíase á Barozzi en sus expediciones nocturnas, hasta había podido descubrir, pues Paolo, creyendo que su madre hacía que lo vigilasen, había tomado sus precauciones.

II.

EL BAILE.

Después de algunos meses llegó el carnaval, época tan famosa y divertida en Venecia; venían en abundancia extranjeros de todos los países, y se hallaban reunidos el grave alemán, el faciburno inglés, el orgulloso español, el vengativo napolitano, y el aturdido francés, que estaba en medio de ellos sirviendo como lazo que unía á tantos pueblos de diferentes gustos é idiomas. En este tiempo de alegría parece que el veneciano pierde su desconfianza acostumbrada; los maridos son menos celosos, las mugeros mas libres y ménos reservadas; hasta los magistrados abandonan durante las fiestas su tiránica vigilancia; pues los bailes y demás puntos de reunión se convierten el miércoles de ceniza en asnos tan seguros como los templos. Los únicos que vigilan son los inquisidores de Estado.

Los bailes de máscara son una de las diversiones que mas gusta en estos tiempos de verdadera locura. Una de estas noches se vistió Paolo con un traje turco, se puso un turbante de abuchados, unos pantalones muy anchos y una chaqueta bordada; cinó su cintura con una banda donde colocó un puñal acerado; se cubrió en una ancha capa listada de azul y blanco, y se encaminó al teatro.

Clara estaba advertida de todos estos preparativos.—

Luego que Paolo entró á la sala, le rodearon muchos máscaras, atraídos por la riqueza de su vestido. El arlequin de Bérغامo, jugando con su fieltro y su raqueta lo cumplimentaba haciendo piruetas. El Polichinela napolitano, lo manifestó lo satisfactoria que le era su venida, y abriendo sus brazos quería abrazarlo á pesar de su voluminoso vientre. El pantalón de Venecia, le preguntó con gravedad si sabía hacer uso de su puñal que brillaba con tanta poferia, mientras que el Pierrot-francés se movía de la peguñez de su chaqueta y de la inmensidad de sus pantalones. Paolo que había venido al baile con motivo de una cita, contestó á todos no muy políticamente, y se marchó sin hacerles caso. Atravesaba ansioso por entre la multitud para llegar al punto designado, cuando se sintió asido por la mano de un negro esclavo que tenía en el cuello un ancho collar de oro, y le dijo inclinándose.—“Su alteza ordena que salgas al punto para el lugar designado, pues ya “la hora se acerca.”—“Así lo haré,” contestó Paolo maquinalmente, pues estaba pensando en la que lo aguardaba.—Llega al fin, y en lugar de un dominó rosa, ve dos, uno de este color y otro blanco. El dominó rosa, al punto que lo distinguió, se levantó y tomó su brazo; se iban alejando cuando el dominó blanco asióndole el otro le dijo.—“He de quedar solo en la cita!”—“To engañas, máscara” contestó Paolo admirado.—“Engañarme yo, perdido! si no me habías “de reconocer para que me has hecho venir!” El dominó rosa al oír estas palabras iba á soltar el brazo de Paolo, pero este lo detuvo con fuerza, y encarándose al dominó incognito le dijo con enfado.—“¡Mientes!”—“Yo mentir, respondió el obstinado dominó blanco,” que nos sirva de juez este dominó rosa; “dime si te despojo de esa capa azul y blanca, de ese traje turco que no estás acostumbrado á manejar, “de esa máscara cuyos largos bigotes tienen “muy poca semejanza con tu cara lampiña “como la palma de la mano, no aparecerá el “hijo de Matilde?”—“¡Mimadrol! exclamó Paolo.—“No puedes ocultarlo, dominó rosa, tu “cuidado, no te engañe como á mí, y tú Paolo, “sabe que cuando una muger ama verdadera- “mente no tiene temor de confesar quien es su amante. ¡Adios!”

Paolo tuvo mucha dificultad en convencer á la que amaba de que no existía entre él y el dominó relacion alguna, y para disipar el efecto de las amenazadas palabras que la máscara le había dirigido. Pero al fin lo consiguió, pues era amado, y rara vez acompañan los celos al primer amor: pero las últimas palabras de la

inocua resonaban aun en sus oídos.—“En fin, encanto mio, prorumpió, ¿qué debo pensar?”—“Desdeñaras el amor mas fiero y te “avergonzarías de tener un amante demasiado “joven aún para encontrar la ocasión de mos- “trarse digno de tu elección?”—“Paolo” respondió la joven, tu sospecha me destruye el corazón y tu desconfianza me sorprende, ¡cácase “puedes echarme algo en cara cuando arros- “trando todos los peligros, he abandonado esta “noche el palacio de mi padre para darte “una prueba del amor de que dudabas?”—“En- “cantadora Rosa,—perdoname, pero tanta be- “lleza tiene mucho atractivo y debo temer in- “merables rivales.”—“V am cuando el núme- “ro fuese mayor que los máscaras aturdidos “que ocupan esta sala, dijo Rosa con una voz “severa. “¿Cuál es tu temor, amigo mio?”—“Oh Rosa! no te irrites, pero tu amor es tan pre- cioso.....

“Por la noche al pié de ese elevado balcón, “cuciendo el bramido de las olas y el impetuoso “sople del viento impiden llegar á mis oídos tus “dulces palabras, ¡por qué, dime, por qué me “obligas á callar un amor que me enorgulle- “ce!”—“Oh Rosa, si no te avergüenzas de tu “amante, ¡por qué no cumples la promesa, esa “promesa tan cara y que te he recordado tan “frecuentemente! ¡Por qué no consistentes en “ser mia por medio de un vínculo sagrado! Rosa le interrumpió.—“Insensato, no me co- “noces, ignoras quien soy y qué clase de hom- “bre es mi padre, y así quieres enlazarte con “algo que no te basta mi amor.... pues bien, tus “deseos serán satisfechos. Nos uniremos por “medio de una cadena mas pesada que la del “amor, solamente exijo de ti una promesa; “vaya á saber mi nombre, el de mi padre que es “tu temido, y mañana al amanecer estarán “condicionados los cirios de la capilla, y el cape- “llan ante el sagrado altar nos dará las manos “pronunciando las santas palabras de esta ce- “remonia; pero exijo que bajo juramento me “prometas....”—“Cuan to quieras, bien mio.— “Que nunca reveles nuestro matrimonio.— “¡Le Juro por la Virgen y el santo de mi nom- “bre!” exclamó Paolo trasportado. En este momento se acercaron á ellos muchas perso- nas de las que se habían alejado durante su conversación, y que según tenazmente á una gitana que por el tono decidido de sus palabras y su voz sonora excitaba la risa general. Cada máscara recibía de ella una predicción muy severa, ó un sangriento epigrama. “¡Quei- ro hablar con este esclavo del Gran Señor,” exclamó en alta voz, y acercándose á los dos

amantes, tomó las manos de Paolo y perman- ció un rato en silencio fijando sus negros ojos en los del joven, que se quedó asombrado de sus ardientes miradas, y haciendo como que consultaba las rayas misteriosas de sus manos, exclamó, “desventurado joven, vas á cometer una necesidad,” y sin dar lugar á que Paolo la replicase, tomó el brazo de un senador, de aspecto grave: á quien conocía á pesar de su dis- tiraz, y le anunció en alta voz que aunque ha- bía dejado á su muger sola en su casa, la en- contraría en el baile perfectamente acompa- ñada.

Paolo y Rosa se quedaron mudos y pensati- vos, pues la gitana había pronunciado estas pa- labras en un tono singular. Sin embargo, el tiempo avanzaba, las cuatro acababan de dar y Paolo recordó á Rosa la promesa que acababa de hacerle. La joven se dejó conducir fuera de la sala.

La noche estaba oscura, ni una estrella brila- ba en el vasto firmamento, cargado de ne- gros nubarrones. Venecia, que por la maña- na estaba tan brillante, cuando al salir el sol abaza con sus rayos al Adriático, y óra las cúpulas de los grandiosos monumentos; Ve- necia que para dar un testimonio del poder de los hombres contra el ímpetu de las olas, se levanta magestuosa en medio de ellas, estaba envuelta en las tinieblas, y apenas se dejaba ver confusamente. Una niebla muy densa cu- bria las calles, los canales y las casas, y si en medio de la oscuridad se divisaba la fachada de algun gran edificio alumbrada por la luz de las bujías del baile, de lejos y en medio de este mar agitado por los vientos, parecía un gran precipicio, destruido por las olas y alumbrado por la caritativa mano de algun habitante de la costa. Rosa iba diciendo á Paolo su nom- bre, habiéndole de su fortuna; de la severidad de su padre y de la perfidia de su madrastra. Lo horroroso de la noche aumentó considera- blemente la angustia y sobresalto de su corazón por el paso tan alejado que había dado. Algunas veces interrumpía su relacion y echaba miradas inquietas á su rededor. Paolo ras- miraba con precaucion teniendo la mano sobre su puñal, y lleno de gozo había levantado su copa para preservar de la inmundicia de la niebla á un objeto tan caro, y se extasiaba al sentir los latidos del corazón de Rosa junto á suyo. Ya estaban lejos del baile, y la oscuri- dad que iba en aumento les impedía ver por donde andaban. Unas veces el ruido que hacían los pabellones sacudidos por el viento, y otras el de los remos de alguna góndola que

pasaba por el canal vecino, rozando apenas la superficie de las aguas, era lo único que turbaba tan profundo silencio.

La débil luz colocada en la popa y su marcha silenciosa traían a la mente el recuerdo de la barca fatal del infierno pagano. Paolo buscó en vano un punto por donde pasar al otro lado, á donde Rosa quería confinarlo; pero la isla en que estaban, no tenía absolutamente comunicación con el resto de la ciudad, mas que por un puente situado frente al salón del baile. Cuando se acordaron de esto, iban á retroceder; pero oyeron á poca distancia los pasos de un hombre. Se pararon para que pasase, y el incógnito hizo también allí, volviendo á andar, y el látigo le mismo, se detuvieron de nuevo, y también se detuvo. Entonces creyeron que los seguían, y Rosa temiendo ser conocida, se puso demudada y convulsa. Paolo iba ya á hacer uso de su puñal para quedar libre de este importuno vigilante, cuando vio una gondola parada, á donde entró con Rosa. Su traje llamó la atención del gondolero, quien quitándose respetuosamente la gorra de lana, los recibió en su barca, y en breve se alejaron de la orilla. Al cabo de algunos minutos se detuvieron delante de una plaza; el gondolero bajó su mano á Paolo para que saliese. Luego que desembarcaron, echó este una bolsa con dinero en la gondola, la que continuó navegando.

Asombrados los dos amantes de una partida tan rápida, procuraron reconocer el lugar en que se hallaban. Al extremo de la plaza estaba un palacio iluminado por algunas luces. En este instante el hombre que los había seguido en la isla, se encontraba á su lado. Rosa condujo á Paolo y ambos entraron en el patio del palacio, que reconoció el joven veneciano por la habitación del embajador de España, pero no vió las severas leyes de su patria, y guiado por su futura esposa, desapareció con ella por una oscura galería.

III.

EL CONSEJO DE LOS DIEZ.

Paolo había dejado su disfraz, y á la mañana siguiente saltó con ayuda de una escala de cuerda por la pared de uno de los jardines del palacio. Al separarse de su amante, su despedida fué tan tierna como si fuese la última, con el corazón lleno de gozo entró en su casa. Su vuelta había comenzado á calmar la angustia de su pobre madre, cuando un tropel de solda-

dos se introdujo hasta su habitación, y en nombre del consejo de los diez prindieron á Paolo, Matilde, al oír este terrible nombre, cayó sin sentido, y Paolo atónito se dejó conducir.

Una silla de posta cubierta con un velo negro estaba á la puerta, lo hicieron entrar en ella y marcharon. A poco andar hizo alto y se abrió una puerta por la que entró Paolo inclinando la cabeza, conducido por dos esbirros; atravesaron varios salones muy vastos y poco alumbrados, por donde se paseaban como sombras algunas guardias vestidas de negro, esta era el uniforme de los Inquisidores de Estado.

Entraron á un salon donde vió Paolo reunido al rededor de una mesa al severo tribunal: se sentó en un banco frente de los jueces, y los dos esbirros que lo habían conducido permanecieron en pie á su lado, apoyados sobre sus pieles.—Paolo Barozzi, dijo una voz, ¿habéis pasado la noche última en el baile de máscaras?—Sí, contestó el jóven, ¿acaso es un crimen, y por esto se proude á un senador, al nieto de un antiguo tribuno, por haber concurrido á una fiesta que forma en Venecia de venecianos y extranjeros solo un pueblo?

Sin responder á esta pregunta, prosiguió la misma voz.—¿No teniais un vestido musulmán? ¿No se ballaba en el salon un esclavo que os habia? ¿No habéis salido acompañado de una persona? ¿No os esperaba una gondola en el canal? ¿No habéis desembarcado en la plaza de Santa Maria?—Es cierto, ¿por ventura es un crimen?—¿No habéis entrado al palacio del embajador español?—¿Donde os quedasteis hasta esta noche?—Es verdad, ¿hay en eso algun crimen?—Paolo Barozzi, el hijo de un antiguo tribuno ignora las leyes de Venecia?—No me quede en casa del embajador.—¿Pues donde estabais?—Es la palabra le recordó el juramento que habia hecho y calló.—¿Donde estabais, pues?—repitió el interrogante. —El consejo supremo de los diez, Inquisidores de Estado, ordena que debéis aguardar por vuestro crimen. El artículo 102 de la ley dice: que será castigado á muerte el noble veneciano que hubiere conatado con un embajador extranjero sin declarar al tribunal el motivo de su visita. Hablad, ¿donde estabais?—No puedo decirlo.—Reflexionad, la ley es irrevocable.—Paolo calló y fijó los ojos en un anillo que no tenia en el dedo la vispera en la noche. El interrogante repitió su pregunta.—No estare en casa del embajador, lo juro por la madre de Dios.—El tribunal no exige de vos un juramento, repitió el

Inquisidor, sino que digais el lugar donde estabais.—El silencio reinó de nuevo, el Inquisidor hizo por tercera vez la misma pregunta, á que Paolo no contestó. Uno de los jueces se compadeció de su juventud y le dijo. Paolo, nuestra sentencia aun no está pronunciada, decidnos donde estabais.—Paolo permaneció en silencio.—Entonces se levantó el jefe de los Inquisidores y los jueces se pusieron á hablar en voz baja. A una señal sacaron del salon al acusado... Jamas se supo donde habia pasado Paolo el resto de la noche del baile, ni qué espesa habia recibido en sus brazos. No se supo tampoco su paradero. Se dice que algunos dias despues del Carnaval, la hija única

del dux, paseándose en el jardín de uno de los palacios de su padre que daba á la orilla del mar, despues de una fuerte tempestad que habia levantado las olas del Adriático, diviso sobre la arena un sacco de cuero, lo hizo abrir y contenía un cadáver degollado. Este cadáver estaba enteramente desnudo, pero en un dedo tenia un anillo que le fué entregado. Se dice que desde esta dia se vistió de luto y murió antes que acabase el año. La madre de Paolo Barozzi cesó de vivir el mismo dia que arrancaron de su lado á su querido hijo.

TRAD. POR E. M.

CARNAVAL.

Á MI AMIGO EL TENIENTE DE ARTILLERIA, MIGUEL BADILLO,

¡Oh, bellas, acerosos; venid, encantadoras, incomprensibles formas, á fluminarme á mi; dejad á vuestras mudas parejas danzadoras, la tiela y los amores os cantaré yo aquí.

Yo soy vuestro poeta; yo canto de las bellas las celestiales gracias, y el virginal amor; y al lado de vosotras, rodeado de botellas y yo bebo entusiasmado mi inspiracion mejor.

Aumenten y vuestras danzas el brillo de mi orgia; ¡oh terriblesas dridades, anforas de mi fe: las damas mas hermosas de toda la Georgia envidian vuestras talles y vuestro breve pie.

Al mágico reclamo, venid de las botellas; no hay penas, ni amarguras al frente de un li-
(cor...) venios á arrullarme con el estruendo de ellas, fantásticas nongeres, hidrópicas de amor.

Si á alguno le fastidia de vuestro gozo en medio el ruido que produce vuestro gentil tropel, dejadle que se muera de consuncion y tedio... yo vivo entre vosotras con el estruendo del.

Venid, venid, oh bellas! mirad como prouidos los vasos acrecientan su igual fermentacion; á su imperioso influjo los males, olvidados, no acoran y atormentan mi inmenso corazon.

¡Venid, yo os idolatro! por Dios que sois hermosas. si pluita con colores de rosa vuestra tez, el nuelle movimiento de danzas voluptuosas que enciende los vapores del vivido Jerez.

Dejad á los que piensen gravar sobre la historia un punto que recuerde su ingrata ocupacion... ¡imbéciles! sedientos de un nombre y de una gloria las páginas registran de un rancio cronicon!

Así su edad de flores inadvertido pierde las raíces hollando de su fugaz vergel; en la vejez, acaso de su vergel se acuerde, y entonces... ¡será tarde!... se encontrará sin él!

A fuerza de trabajos, tal vez alcance un hombre sobre un coloso enorme su fama cimentar; todo esto ¿qué le importa si al acabo su re-
(nombre) no puede, ni su fama, gozarse en contemplar?

Por una gloria... inútil, que su razón perturba
sin conocer el mundo va á conocer su fin,
y escrupuloso evita la bulliciosa turba
que túbrica se embriaga de amor en un festín...

Bebamos ¡ay! y amemos, mientras se muestre
el mundo,
á nuestra escasa vista bajo el florido abril...
¿Qué falta á nuestra dicha?... la mía solo fúndio
en los livianos goceos de mi ilusión febril.

El ruido de tus orgías... tus célicas mugeres,
serán de hoy mas, oh mundo, mi porvenir...
mi ser...
mis horas de existencia... de lánguidos placeres
las en que pueda mi alma del manantial beber.

¡Mugeres! de los moros envidio la inconstancia
para poder amaros, como quisiera yo;
á todas os amara, y entonces de mi infancia
los tiempos ya perdidios, no me inquietaran, no.

También la pompa envidio de la pasada Italia,
y sus festivas danzas, y su florido Edeon;
y al perezoso turco; la atmósfera de algalia
que la estension ocupa de su templo á fíarem...

¡Venecia! no te pido ni gondolas, ni barcos,
ni tus broncheas bocas; ni tu mansion Ducal;
pero poseer quisiera tu plaza de San Marcos
para gozar en ella tu eterno *Carnaval*.

Tu pompa es la que cavido; tus largos corre-
dores.
Tu ruido, y tus festines, tus franjas de listó;

también para mis orgías te envidio tus licores...
La Lavaca, y el *Chipe* con que te embriagas
tú...

Que verme en los festines rodeado de mugeres
será en lo sucesivo mi porvenir... mi ser...
mis horas de existencia... de lánguidos placeres
serán las en que pueda del manantial beber.

Las bellas que me cercan serán mis esperanzas
hasta que el canso tiempo destruya mi jardín...
¡Venid en torno mío! vuestras ligeras danzas
atimenen la algaraza del háquico festín!

Venid, que con vosotras, envidio solamente
á Italia sus festines, que sus mugeres, no;
si envidio la inconstancia de la Odalisca gente
es solo para amaros como quisiera yo.

El magnífico salón del nuevo Teatro está ya
pronto, y todo anuncia que tendremos las mas
brillantes fiestas de este género que se hayan
visto en México. Sastres, modistas, peluque-
ros, todas se empeñan á porfia en presentar
vestidos, adornos, peinados de todo género,
que hacen creer que el Injo y buen gusto que
reinará en los bailes en este año, no habrá te-
nido ejemplo en los anteriores.

Pero ¡ay! desventurado del que en el alma lleva
clavado un fiero dardo que empozoñado está,
y lleno el pensamiento de una esperanza nueva
que ni camino cierto, ni término tendrá...

Oíd, oíd, oh bellas, á vuestro amante bardo;
venid en bullicioso, tropel encantador;
si entusiasmado canto vuestro festín gallardo
no pido mas en pago que vuestro eterno amor.

A. RIVERA.

MODAS.

DISFRACES PARA MÁSCARAS.

Ha llegado el Carnaval, queridas mías, salien-
do, cuanto encierra esta palabra mágica, *Carnaval*... Con cuánto placer, después de algun
intervalo de silencio, tomo la pluma para escri-
bir á vds., y luego en un tiempo como el pre-
sente, tiempo de alegría tumultuosa, entusias-
ta; porque ¡qué corazón de joven no palpita,
qué piés no hormiguean á los solos nombres de
Carnaval y máscaras! Vamos, es preciso que el
Liceo participe de la locura de la época, y que
hoy hable con vds. solo de disfraces y caretas,
de bailes y de música.

El magnífico salón del nuevo Teatro está ya
pronto, y todo anuncia que tendremos las mas
brillantes fiestas de este género que se hayan
visto en México. Sastres, modistas, peluque-
ros, todas se empeñan á porfia en presentar
vestidos, adornos, peinados de todo género,
que hacen creer que el Injo y buen gusto que
reinará en los bailes en este año, no habrá te-
nido ejemplo en los anteriores.

Es preciso gozar, lindas y amables suscritoras,
y gozar de prisa, que la descarnada cus-
cuma nos amenaza; y aunque se le hagan al-
gunas drogas, no saben esas tanto como los
tres días consagrados, por decirlo así, á la lo-
cura y al delirio. No faltará quien me tache de
inquieta y alborotador y diga que propalo doctri-
nas alarmantes, todo porque soy amigo de la
bulla y algaraza; pero será sin duda algun ve-
je de rancias ideas ó alguna devota que no
sepa lo que trae entre manos. Los compadec-
co, eso meaos gozau. Mas en cambio tengo
probablemente á mi favor la mayor parte de
una juventud fresca y lozana, y bailaremos mal
qu lo nos pese, que hastantes ayunos y vigillas y
sermões tenemos despeses.

Habiendo manifestado tales ideas, y siendo
partidario del movimiento verdadero, ¿cómo no
había de pensar en presentar á vds. un figurín
análogo? La dificultad consistía en la elección;
porque figurarse vds., si mi colaboradora, si
Mmc. Gourguet (1), que tantas pruebas nos dá
á cada momento de buen gusto, andaría poco
pródiga conmigo en esto de disfraces. Una
multitud innumerable tuvo á la vista, todos
graciosos, ligeros como las cabezas que los in-

ventaron. Va separaba este, ya aquel, ya los
abandonaba por otros nuevos, y como era pre-
ciso decidirse y el tiempo urgía, y sólo debía
elegirse uno, resolví sujetar la decisión del pun-
to á una hechicera personita que juzgó en efec-
to acreditando su raro linio.

Obedecí la sentencia y presento á vds. dos
graciosísimos disfraces—Una Cracoviana y una
Maga. Adopten alguno de ellos ó los dos, y si
alguna vez en el baile me encontrare con una
joven vestida como el figurín, tendré un singu-
lar placer, lo aseguro, porque pensaré que es
alguna suscritora.

Sencillos son ambos trajes.—El de Cracoviana,
que es un poco guerrero, me ha hecho reír
algun tanto, porque se me figura que pudiera
muy bien tomarse por parodia de algunos mi-
litares que conosco. Y saben vds. que un cuer-
po de semejantes soldaditos sería muy curio-
so, y no faltaría quien pretendiera sentar plaza?
Yo por mí sé decir, que aunque soy enemi-
go acérrimo de la milicia, como no hay re-
gla sin excepción, estoy por esta, y es la razón
porque escribí artículos de Modas, y digo pi-
rropos, y qué se yo que mas.

Me he estraviado de mi fin principal en di-
gresiones, y aunque como dije algo, dan
buenos ratos, es preciso sin embargo economi-
zarlas y marchar derecho al grano, si grano hay
en un artículo de modas, y especialmente de
Carnaval.

Una chaqueta de merino blanco guarnecida
con alamares y galon de oro, y ancha y alrosa
enagón de raso azul constituyen la parte prin-
cipal del traje. La faldá debe ser corta como
representa la estampa, y con tres guariciones
igualmente de oro, completando el arco unos
delicados borceguies de terciopelo encarnado
con pulidas espuelas doradas y una ligera ca-
chucha de terciopelo negro en forma de *schu-
co* guarnecida tambien con oro y con una plu-
ma blanca. Guantes color de canario sientan
á este disfrax perfectamente, y por lo que res-
pecta á peinado, debe llevarse el pelo en tren-

(1) Por la oportunidad del día anticipacion del artículo de modas que correspondia al número 9, y como vos nuestros suscritoras, presentamos el figurín iluminado apenas de los grandes gustos que han tenido que ha-
cerse, como un testimonio de gratitud á las personas que nos han favorecido con sus suscripciones.

(2) Correo de modas, calle 2.ª de Plateros núm. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCION GENERAL



zas adornadas estas en su estreñidad con un lazo.

Si el trage cuya descripción acabo de hacer es gracioso, no es comparable en mi concepto, al otro que le acompaña. La idea de una maga con su vara adivinatoria en la mano, bordada su ancha ropa de signos cabalísticos, me arrebató de tal manera, que pienso por un momento trasladarme á otros tiempos y á otros países, quiero tenderle la mano para que consuelle sus misteriosas líneas, y espero por instantes escuchar de su boca profética mi horóscopo... ¡insensato! me olvidé de que tratamos de un disfraz, que existimos en el siglo XIX en México, y que por consiguiente, lo que es magas, á lo ménos que digan la buena ventura, pocas hay; pero que consigan hacerle perder á uno el seso y hechizarlo verdaderamente, sí no con conjuros y círculos mágicos, á lo ménos con gracias y zalamerías, y con miradas que desecan el corazón y lo consumen, esas abundan; y ¡qué necesidad tienen estas de la magia para adivinar, cuando sin ella conocen á las mil maravillas el interior del hombre, y pueden sorprender uno por uno sus pensamientos cuando le tienen delante! Probablemente no piensa en otra cosa sino en girar á la maga, con quien departe y la mitad del mundo daría por oír su horóscopo que sin mucho trabajo podría decirsele...

VV. conocerán mejor que yo, lectoras mías, la justicia de mis reflexiones, algún vez quizá habrán tenido en las manos, como las hechiceras de otros tiempos la suerte de algún niño de Adán, media palabra le hubiera pronosticado su felicidad futura y las mas veces no habrá sido pronunciada, porque perdiéndome VV. tengo para mí que en proporción de la belleza, les acompaña la bellaquería.

Mucho me temo haber disgustado á VV. con tanta reflexión y tanta gravedad inoportuna, hoy especialmente, día en que debiera aparecer mas ligero y festivo. Perdón, queridas, perdón por haber dicho la verdad, cosa por cierto nada común en los que de cualquiera manera escriben á VV.-Voy á concluir con algunos puntos importantes.

El trage de la maga en cuestión se compone de un corpiño ajustado de terciopelo escarlata, adornado por el frente con un centro de terciopelo negro bordado de oro, en forma triangular con unas pequeñas tiras sobrepeñetas del mismo terciopelo negro menos bordado, y que tienen en la orilla una blondita negra, rodeando la cintura un círculo de picos de terciopelo del mismo color del corpiño; y de una ancha enagua de terciopelo igualmente escarlata con guarnición de blondita negra y algunas tiras de

terciopelo negro que penden de la cintura, bordadas con oro en ollas caprichosas figuras y circuidas de blondita como la del corpiño.

Son peculiares de este vestido las mangas abiertas á la Norma, de terciopelo negro, forradas en raso blanco y adornadas con blondita negra en la orilla, con algunos bordados y buenas borlas de oro en sus estreñidades. Cuadrán perfectamente los botines de terciopelo del color dominante del traje, y si á esto se agrega el pequeño y gracioso turbante que se ve en la estampa, y la fatídica diadema que circunda la frente y que se acompaña tan bien con los rizos en que está dispuesto el cabello, se habrá obtenido un conjunto verdaderamente mágico y encantador. No debe omitir por ningún motivo la persona que elija este traje, llevar una lijera varilla de ébano que tanto contribuye á la magestad del personaje, y de que una mauchaucha un poco hábil puede sacar tanto partido.

Demasiado nos han entretenido las máscaras, y concluiré sin duda, si no fuera por que no quiero dejarme en el limero una noticia que puede ser á vds. muy útil y satisfactoria, la de que á la tienda de Madama Virginia Gorgues acabau de llegar las mas esquisitas flores para la cabeza, la mano y el pecho en tanta variedad de formas, y tan graciosas algunas, que no dudo agradarán á vds. infinito, y elegirán entre ellas las vieren. También posee una multitud inmensa de magníficas plumas, de las que muchas esperamos ver ondear graciosamente en la cabeza de nuestras elegantes á los armoniosos acentos del waltz.

Concluyo al fin deseando á vds. se diviertan mucho, recomendándoles se cuiden al salir del baile, no vayan á cojer un constipado, y pidiéndoles consagren una memoria cuando recorran la sala como exaltacion en brazos del descuidado compañero, á su buen artificialista, QUERABEN.

Tenemos la mayor satisfacción en ofrecer hoy á nuestros suscritores, el siguiente Waltz, composición de la Señorita Doña Jesus Cepeda y Cosío, en el número inmediato publicaremos un artículo en prosa que tuvo la bondad de remírnos otra paisana nuestra, y nos contemplaremos dichosos, si nuestro periódico llegare á ser el órgano que transmita á la posteridad las inspiraciones de las hermosas hijas de nuestro suelo.

Nada decirnos á los jóvenes amantes de las letras y de las bellas artes en general, pues ya saben que ciframos nuestra mayor complacencia en publicar sus brillantes composiciones.

¡¡COSAS DE MI CASERO!!!

No sé si le ha sucedido al lector cuando ha caminado, cojerle la noche en una mala rancherita, en donde no se hallan sino dos ó tres rancheros adustos y de mala catadura, que en todo piensan menos en procurar algun descanso al fatigado caminante; mas suponiendo que tal le haya acontecido, puedo suponer tambien que él tuvo que condimentar su cena y preparar su desayuno, y servirse por sí mismo en cosas para él enteramente desconocidas; y ciertamente no se le habrá olvidado lo muy desagradable de sus guizos y el convencimiento que adquirió de que su vocacion no era vocacion de cocinero. Esto mismo, exceptuando lo de los rancheros y el conocimiento final, acontece á menudados escritores que se meten al oficio sin tener vocacion para ello, pero que marchan invapidos por entre una turba que los silva y... Notará el lector que mas propio está lo escrito para freirse en un sartén, que para introduccion de un artículo, pero yo que soy hombre de buen humor, y muy capaz de declarar, imitando á algunos imbéciles, á los que no me entienden ó no me aplaudan, me río y prosigo con mi cuento.

Así habia yo comenzado á escribir no sé que noche y habia llenado dos ó tres pliegos de papel, porque para moralizar y disparatar á secas y con chocarrería, maldita la gracia que se ha menester, y menos cuando el escritor es sin conciencia; mas de pronto vino en deseo ser un Figaro ó cosa semejante, y para conseguirlo me propuse escribir un artículo de costumbres, que es como si dijéramos, cortar una pluma, mojarla en el tintero, apoyarse en una mesa, tomar una lira de papel y comenzar á tocar, porque eso de tocar es un conjuro con que se llama á la inspiracion que no siempre cede á la orden y que requiere tal vez el aroma de un cigarrillo, ó el baho de una liza de café, ó el movimiento oscilatorio del autor sobre su silla ó la trisle exclamacion, ¡bah! ó el dibujo de tres ó cuatro figuras estrañas y de capricho, ó la cuenta exacta de las vigas que sostienen el techo (en materia de vigas debe saber el curioso lector, que los mas de los autores tie-

nen sus cuartos con sus vigas nudas y lirondas sin círculos ni artesannados, por mas que algunos quieran engañarlo con descripción de cosas que no son ciertas sino en la mente del escritor) Perdona el lector el paréntesis que ya vuelvo á las inspiraciones. Decia yo... no sé que decia; pero si se de ciencia cierta que el que quiere escribir ocurre á todo esos medios dichos, ó sean Hamamontes, y que si no surten el deseado efecto tiene que emplear el conjuro mas poderoso, conjuro eficaz é irresistible, lo que ejecuta echando mano de lo que echa mano, es decir de su sombrero y de su capote, si lo gasta, y se sale corriendo por las calles olfateando como un galgo y mirando á todos lados, con lo que parece loco, y ved ahí como el conjuro evocó la sombra, es decir, como el llamamiento hizo venir á la inspiracion, porque un loco y un inspirado son lo mismo, ó de otro modo y como se explicaria un hombre del siglo, es á saber un hombre positivo y calculista. El hombre, mas la inspiracion, igual al hombre menos el juicio; lo que puesto en forma, con sus respectivos signos matemáticos y suponiendo que el hombre es E. y el juicio Z, y la inspiracion G, parecera una ecuacion. Así corriendo é inspirado vé el autor, cualquiera cosa, y la esprime y la estruja y le muda ropaje y no cesa de trabajar hasta que no concibe una idea, y entonces la confecciona y la escribe, porqussuponiendo que el autor es el autor no puede hacer otra cosa sino escribir despues de concebir y ya que está confeccionado el artículo lo alisa y lo adereza y lo acañala y lo llena de sal y de chiste; despues lo bnutiza con un nombre alto y sonoro, como *Equilia* ó *Equilión* y lo firma en una gorga que parezca alemán, polaco ó disparate y luego... luego lo envia á la imprenta y este V. ahí un artículo de costumbres muy curioso y muy chusco.

Todo esto y más... Pero antes de pasar adelante debo desahuciar una equivocacion, porque á fuer de moral escritor y para bien, y provecho del prógimo tengo mis ribetas de escrupuloso, y no quisiera que el erudito lector se quedara con un error á cuestas, que de mí se decir

que pesa mas un talego de piedras, aunque no a todos les sucede lo mismo. Y es el caso advertirle, que no crea que eso de confeccionar y azucarar y llenar de sal y de chiste, es hacer del pobre articulo un guiso y echarle esos ingredientes dichos y ponerle pimentita para suprir lo del chiste, y luego colocarle en un plato y aderezarle con lechugas en lugar de ensalada, porque resultaría un articulo tan de cocina, que ni el más epíturo podría pasarlo de punto azucarado y meloso; sino hacerle comprender al lector que eso de la sal se suple con puntitos suspensivos, que al fin tan granos son unos como otros; sin que entre ellos haya mas diferencia que hay entre la sal y la hula, que ciertamente es imperceptible, y lo del chiste se compone con lo que los antiguos, que eran gente torpe y poco subida, llamaban descaro y alharaca; cuyos ingredientes tambien se cultivan, con otro nombre por supuesto, en los campos del nuevo mundo, y compuesto así el articulo se pone la firma de dos maneras, para prueba de ingenio: la primera vez con las letras fuera de su lugar verdadero, y la segunda que es cuando alguno grita al autorcillo. Seo guapo porque enloances este dá una orden de evolucion, y las letras se mudan y tornan a su debido puesto, con lo que se descubre el legitimo nombre del escritor y se impone respeto, que así es fama que hizo Victor Hugo en cierta ocasion, y complementado y confeccionado el repetido articulo con la sal y el chiste que ahora ya sabe el lector lo que significan, se pone en su platoillo cuyas funciones hace un periódico y se le espeta al público, que es como si digáramos que se le enviaba de regalo al dueño de enfrente ó a la comadre mas partera del barrio.

.....Mas he aqui que despues de seguir al pie de la letra los consejos ó advertencias, ó si quiere noticias que tomo, ó prólogo he puseo al articulo de costumbres que al principio ofreci, me sucedió que para hacerlo, solo contaba con la intencion, por lo cual determiné salirme a la calle y no solo olfatear y mirar a todos lados, sino correr, cantar, no porque lo hacen los dilettanti, gente necia, imbécil y dilettanti, que es mas todavía; pero si gritar y danzar en busca de inspiracion: *articulista*, (con perdón del idioma) y volverme luego a mi casa á escribir. Salí pues y fuíme calle arriba dando mi zapatetas y haciendo mi diabluras en desdoro del renombre de escritor, digo en desdoro, porque segun opinan por ahí ciertos autorcillos, el escritor debe andar con tal litanter, que parezca uno de esos otros bailarinas que muestran los salibambquis; vi cosas que

nada tienen de curiosas, pero para mí lo eran en demasia; volvíme á casa, tomé la pluma. *Tan tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan*. ¿Que significa ese tan, tan, tan, dice frunciendo el sobre cejo el lector.

—Nada Sr. mio, póngote pues por que es de moda, y porque así lo ponen ciertos escritores de renombre mas alto que un *campesario*.

Como iba de mi cuento, *tin, tin, tan, tan, tin, tin*.....

—Y esos puntos suspensivos tan sin gracia y sin objeto, replica cólerico el lector, que significan Sr. Anónimo?

—Tambien son de moda amigo, tambien los usa *D. Tanton, Traznos* (1) que es de los escritores dichos y los emplea para llenar papel y para dar cierto aire simétrico al escrito y para enseñar, cumpliendo con los deberes de cristia no al que no sabe; es decir para enseñar á escribir al que haya á menester sus consejos.

Continúa la historia, *Tin, tan, tin, tin, tin, tin*..... La campana de mi cuarto.—Serán suscritores, dije para mí coletito, lo apunto y mañana lo aviso en el *1,000* al público.—Porque es bien que sepa lo que nos acontece.—Voy alla dije.—*Tita, tita, tita, tita, tita, tita*..... ¡Adentro! grito con fuerza.—A esta voz se apareció.... mi casero, lector, el desapiadado casero, el acreedor mas feo de cuantos acreedores conozco, y note V. que tengo muchos de ellos.

—Me paga V.? Dijo con altaneria quitándose el sombrero y limpiándose la frente con la máscara.—Pequeñito, gordo, calvo, cano, narices muy largas. ¿No hay duda es el hombre mas feo de toda la cristiandad? Así meditaba yo que siempre estoy meditando en cosa muy diferente de aquella en que debiera yo ocuparme.—Me paga V.? Repitió hruuscamente el deforme casero.—Por ahora.... hombre.... mire V.... Dilaciones, mas dilaciones, el gobierno no espera, ni admite.... *Por ahora*, ni quejas.... Ahí tiene V. esa cita para conciliación mañana. Dijo y desapareció. Yo me quedé cavilando como pagaría al hombre, sin tener ya ganas de escribir ni inspiracion para ello, porque la sola idea, no digo á V. la voz ó la presencia del casero, basta para que haya la inspiracion, como luego despareció en mi canon cuando le muestran alzado el látigo porque es costumbre castigarle.—Pensando en esta desgracia exclamé:—¿Cosas de mi casero! y he ahí porque puse este titulo á mi articulo.

[1] La segunda parte del peccadüño, anagrama ó lo que fuere, es de pronunciacion italiana, que es como si digáramos, suavísima.

Fuese pues la inspiracion, á galope, volando, Conténtese pues el lector con lo que le he dicho invitando el lenguaje de D. Tanton Traznos y ya no escribiré de costumbres ni seré un Fíguro.—¿imposible? ¿Que quieren VV. que haga un hombre sin inspiracion?

UN RECUERDO

A MI AMIGA J....

POR UNA SEÑORITA MEXICANA.

I.

ERA una tarde de agosto de 184.... el sol cambiaba á su ocaso, cubriendo el cielo de nubes color de fuego; yo contemplaba este hermoso espectáculo desde mi ventana; mi alma estaba triste; hacia ya año que no veia á mi amiga Cecilia; á la única depositaria de todos mis secretos: recordaba el memorable día de nuestra separacion repentina, causada por hallarse su hermana gravemente enferma, por cuyo motivo el médico le habia ordenado mudar temperamento, y Cecilia habia tenido que seguir á su familia, con el sentimiento de alejarse de mí. Absorta en mis tristes pensamientos oigo que un coche se detenia á la puerta: un momento despues se abre la de mi gabinete y Cecilia se precipita en mis brazos anegada en lagrimas. Las espresiones de ternura que me dirigimos, las preguntas confusas que alteramos, mezcladas de fiernas caricias, solo podrá comprenderlas quien como yo tenga una amiga italiana, tierna, á quien ame de todo corazón. Sin embargo, mi amiga no era la misma joven alegre y festiva, que un otro tiempo me divertia con sus chistes y con su viva y animada conversacion; sus ojos estaban enpañados, sus labios blancos, y en su frente pálida se veia pintada una horrible melancolic. Aquella palidez y aquella sonrisa á marga que vagaba por sus labios, me rasgaron el corazón; no sabia á que atribuir tal mudanza en mi pobre amiga, y sin poderme contener le dije:—¿Qué tienes, Cecilia? ¿estás enferma?—Enferma! repitió con voz triste, estrechándome la mano; sí, estoy enferma.... pero mi mal no tiene remedio. Al instante comprendí lo que quería decirme: ¡es tan fácil comprender hasta

el pensamiento de los que amamos!—Amiga, continé, dime tus pesares por favor, deshago en mi corazón la pena que affije el tuyo. Cecilia se puso la mano en la frente, como para recordar; una lagrima rodó por sus mejillas, y despues de un momento de silencio me dijo. —.Habia jurado no volver á hablar de esto jamás, pero es preciso que lo sepa porque nunca te he ocultado nada. So sentó á mi lado y comenzó su relacion de esta manera.

II.

Despues de quince días de camino, llegué á P.... ya supondrás la tristeza que me acompañó, desde nuestra separacion; porque tu vista me era tan necesaria como la de mi madre; tu amor y el de mi familia formaban mi felicidad, y nada ambicionaba mi corazón sino volver á tu lado. Cuatro días bacia que habiamos llegado á aquel triste pueblo, cuando mi tía Margarita nos convidó á un día de campo que habia dispuesto con motivo de nuestra llegada. Era indispensable ir, y aunque no tenia humor de divertirme, me resolví á ir por complacerla. La mañana estaba hermosa, el sol brillaba en todos su esplendor, cuando nos dispusimos á partir al pequeño pueblo de L.... donde estaba preparada la fiesta. Por la noche nos condujeron á un hermoso jardín, alumbrado con vistosas lamparillas de colores colgadas de los árboles; la luna brillaba en la mitad del cielo, y sus flores exhalaban su fragancia suave, mecidas por el aliento de la brisa. Una orquesta preparada de antemano sonó en aquel momento.... yo sentí en el corazón una cosa inesplicable, una

vaga melancolía que me hizo derramar una lágrima; fui á sentarme en un banco de césped que estaba distante, y mientras que todos se entregaban á una loca alegría, yo me complacía en llorar. Los sonidos armoniosos de la música, la embalsamada atmósfera que se respiraba en aquel sitio, la luz amarillenta de la luna... todo era hermoso, y al mismo tiempo todo iba mezclado de languidez y dulce melancolía. Sentí un horroroso vacío en el corazón, porque tú sabes que nunca había amado, y esta imperiosa necesidad, se desperló en mi alma. Quería amar, pero con delirio, con frenesí, con un amor ardiente, como mi oración; y todos los jóvenes que me rodeaban, que hacían sonar en mis oídos palabras amorosas, eran frios, faltaba á sus ojos esa expresión que se comunica hasta nuestra alma y la enciende en un fuego divino. Yo permanecí á su lado insensible, volví los ojos y vi en torno mio á las jóvenes al lado del que amaban, felices, contentas, embriagadas de placer, adormecidas á la sombra de un porvenir de amor y de esperanzas... Yo también quisé amar! mi corazón aspiraba á tener celos, aficciones profundas, ardientes; necesitaba amar para poder vivir.

Sin embargo, veía á aquella multitud de jóvenes, que pisaban cerca de mí, que me miraban con ojos apasionados, y que sonreían con dulzura; pero todos eran indiferentes; mi corazón permanecía impúbil, helado. Una hora había que mi frente abrasada se apoyaba en mis manos, una hora que nada veía de lo que me rodeaba, cuando me sédo de mi enagenamiento la voz de mi prima Clemencia, que se acercó á mi acompañada de un joven.—Muy triste estás, Cecilia, me dijo, ¿qué tienes? ¿por qué no has querido bailar?—No tengo nada, le respondí, nada absolutamente.—Tú me engañas, replicó; yamos, no quieres que yo sea tu confidente? ¿estás acaso enamorada?—Enamorada! repeli; no, no, puedes creerlo.—A lo que veo, dijo Clemencia, no quieres que sea yo tu amiga.—Sí, pero no tengo nada que confiarle.

—Señorita, añadió el joven que la acompañaba, es imposible que el corazón de vd. no abrigue algun amor... ¡tan joven! ¡tan bella!—Hasta entonces apenas había fijado los ojos en él; pero su voz resonó en lo íntimo de mi corazón, y alzándolos del suelo los clavé en él respondiendo con timidez.—Crea vd. que no.—Clemencia es su amiga de vd., pues bien, ¿no quiere vd. que sea yo su amigo? replicó él.—Gracias, mil gracias, le respondí.—¿Tendrá vd. la bondad de aceptarme por compañero de baile?—Sí, prima, sí, dijo Clemencia, es preciso que

te alegres.—No tengo absolutamente gana de bailar, le respondí, escúsame de hacerlo contra mi gusto. A este tiempo se acercó otro joven á pedirle que bailase con él. Clemencia dijo en voz alta.—Alfonso, quédese vd. aquí, para hacer compañía á Cecilia; puesto que no quiere bailar no la molestaré; y luego acercándose á mí, me dijo al oído.—Solo á tí te dispense esta confianza; no le dejará al lado de ninguna otra joven; y sonriendo con coquetería se alejó dando la mano á su compañero, y lanzando una mirada á Alfonso, que me llenó de despecho.—Mis ojos la acompañaron con otra llena de rabia: sus últimas palabras me dejaron entrever un rayo de funesta luz... conocí que amaba, y era amada de Alfonso... y penetré también que yo le amaba! La ira, la desesperación, los mas violentos celos se apoderaron de mi alma; ¡he aquí mis deseos cumplidos! el infierno me sugirió la idea, la necesidad de amar... y entonces matéje mil veces al amor!—Alfonso se sentó á mi lado. Cuando antes me pedía que bailase con él, y me hablaba con tanta dulzura, creí que después continuaría con la misma amabilidad, y tuve esperanza de que sus palabras aliviarán la pena que sentía, imaginando me preguntaría el motivo de mi tristeza, supuesto que me había brindado con su amistad: llegué á esperar... oh! locura! delirios de una pobre mujer que ama por lá vez primera!... Alfonso estaba allí... á mi lado... pensativo, silencioso... ¡mi palabra para mí... seguía, fijos sus rasgados y expresivos ojos negros en los movimientos de Clemencia... tal vez tenía celos... al ménos lo deseaba ardientemente, quería que padeciera como yo... Clemencia era fatua, su coquetería refinada me fastidió desde el primer momento... después... después... la aborrecí de muerte. Al cabo de algun tiempo de silencio, me dijo Alfonso distraído...—¿Tú estás vd. triste?—Sí, pero ¿qué importa? vd. es feliz y no debe quitarse de las penas de los desgraciados, le respondí fuera de mí y con despecho. El se sonrió siempre distraído y volvió á quedar en silencio. Yo temblaba de rabia; aquella indiferencia me lastimaba el corazón... Horé... ¡horé desesperada.

Quedé por un momento con la cabeza inclinata sobre el pecho, sin ver ni oír cosa alguna, anonadada, como una loca.

—Cecilia! me dijo Alfonso, con voz dulce, yo no distraído como antes, ¿qué tiene vd. por Dios? descúbrame vd. su corazón, ¿no quiere vd. ya que sea su amigo?—Nada, le respondí, no tengo nada.—Siempre nada! esto es imposi-

ble, una joven no vive sin penas; el amor... —El amor! no, no lo conozco, interrumpió con amarga sonrisa.—¿Dice vd. la verdad? replicó con interés.—La verdad, le respondí con frialdad.

Ah! que incomprensible es el corazón de una mujer celosa! yo que antes ansiaba por una sola palabra suya, ahora le respondía con indiferencia, porque quería que notara mi frialdad. ¿Y qué le importaba? ¿no amaba y era amado? ¡Horrible posición la de una mujer que ama sin esperanza de ser correspondida!

Clemencia volvió por fin: un rayo de alegría brilló en los ojos de Alfonso. Ella se sentó á su lado, se hablaron en voz baja, al parecer con calor; la tristeza de Alfonso desapareció enteramente. Entretanto, yo no sabía donde estaba, sentí un fuerte desvanecimiento y me pareció que iba á caer desmayada. Mi hermana por fortuna estaba frente á mí, le hice señas, y se acercó.—Me siento mala, le dije, si te parece nos retiraremos.—En efecto, estés muy pálida, me respondió, y dándose el brazo nos dispusimos á partir. Mi tía mostró mucho sentimiento por mi indisposición, me instó para que me quedara, pues á la mañana siguiente debían partir todos; pero oponiéndome yo fuertemente, mandó poner un coche y salimos. La despedida de Clemencia fué cariñosa; sus caricias acabaron de llenarme de amargura... era mi rival! Alfonso correspondió á mi saludo con fría politía. ¡Oh! aquella noche cruel, jamás se borrará de mi memoria.

III.

Ocho meses se pasaron, pero no del mismo modo; yo veía á Alfonso todos los días, ya en casa de mi tía, ó ya en la mía, cuando esta y Clemencia iban á visitarnos.

Alfonso me profesaba un tierno cariño; no era ya frío como antes: me llamaba su amiga, y esto era bastante para contemplarme feliz. Todas las tardes salíamos á pasear el campo con una multitud de jóvenes alegres, Clemencia siempre me dejaba ir con Alfonso, y esta complacencia, me hacía olvidar mi veces que me era mi rival y prodigarla caricias, tal vez acompañadas de una lágrima solitaria, que jamás fué advertida por la bulliciosa Clemencia. Mi salud estaba muy decayida, las diarias calenturas que me daban me ponían en un estado de languidez y abatimiento insufribles; mi madre me veía poco, pero lo atribuía á la mudanza de temperatura; por otra parte mi hermana estaba restablecida enteramente y pensaban volver muy presto aquí; yo ansiaba morir, pero mo-

rir allí! Cuando en nuestros paseos nos alejábamos algun tanto de la alegre compañía, el me pedía con ternura la esplicacion de mi pena, y me suplicaba depositase en su pecho mi secreto. Entonces yo temblaba, mi cabeza ardia, toda mi sangre reluía hacia el corazón... y le estrechaba la mano con fuerza convulsiva. Poco á poco calmaba esta agitacion, quedaba silenciosa, y él suspiraba... ¿por qué? jamás lo supe: acaso mi tristeza le compadecía... una mujer melancólica, enferma y jóven, inspira compasion... sí, Alfonso me compadecía... por que era yo jóven, solo por esto... pero yo no imploraba su compasion... su amor, solo su amor! Entonces creí, sí; una esperanza divina me reanimó, creí advertir en Alfonso algun amor hacia mí y cierta indiferencia con respecto á mi prima... ¡cruel engaño que me ha hecho infeliz para siempre!

Hacia algunos días que mi espíritu estaba tranquilo, mi familia esperaba verme recobrar la salud, cuando una tarde vino Clemencia á buscarme para ir á nuestro paseo de costumbre, entré en mi cuarto con muestras de una viva alegría, y arrojándome en mis brazos me dije.—¿Qué feliz soy Cecilia! dentro de quince días me caso... ¿Te casas? ¿Con quién? le dije con visible agitacion.—¿Cómo? pues no lo sabes? con Alfonso.—Alfonso! exclamé como herida de un rayo. A este tiempo entraron los demás compañeros de paseo, yo me senté, no podía hablar; mi pulso y mi corazón latían fuertemente; una fiebre violenta se apoderó de mí: mi madre lo advirtió y al instante me metieron en la cama. No supe de mí en diez días, pero recuerdo que en medio de mi delirio suplicaba que me entrasen Alfonso ni Clemencia. Como veían que deliraba no me hacían caso; luego mi madre advirtió que cuando los veía se aumentaba mi mal... pero nadie comprendió este misterio! Entre todos aquellos corazones no había uno solo que supiese advinar las ansias del mio! Ya estaba fuera de peligro, pero siempre encerrada en mi cuarto no me dejaba ver de nadie... en fin, los quince días pasaron y llegó el fijado para el casamiento.

Cecilia calló en momento, sus lágrimas la impedían continuar... yo lloraba también. Mañana conitirás, le dije, estas muy fatigada.—No, me replicó, tal vez mañana no tendría valor para conplir, además, es tan poco lo que queda que referir ya. Yo me callé y la pobre Cecilia continuó.

Eran las ocho de la noche, la luna brillaba entre nubecillas blancuiscas... sus pálidos ra-

yo me hacían recordar aquella noche cruel en que le conocí, y se aumentaba mi angustia con esta memoria.

Mi madre estaba comprometida á ser la madrina de Clemencia, y salió dejándome acompañada de mi hermanita Luisa: me dijo que iba solo por estar ya empeñada su palabra, pero que sentía dejarme, por que á cada instante se temía que yo recayese: su despedida fue distraída, me besó y se fué. Yo estaba tranquila, pero con aquella tranquilidad aparente, precursora de una tormenta horrible, mi primer cuidado fué acostar á mi hermana y quedar sola... apagué la luz... me senté junto á la ventana... la luna derramaba su triste resplandor sobre mi frente pálida, marchita por una pasión devoradora... Ya me despedía de Alfonso, ya le dirigía tiernas palabras de amor... él no podía escucharme! De improvisto un acceso de locura se apoderó de mí, un deseo único, solo, ardiente... ¡volverá verlo! El delirio se posesiona de mi cabeza, salgo precipitada, bajo la escalera, y atravesando frías las solitarias calles, en pocos momentos llegué á la Iglesia... mi respiración era la de un moribundo, mis miembros estaban penetrados de un frío glacial... permanecí en la puerta... Alfonso y Clemencia estaban arrodillados delante del sacerdote... Entre silenciosa por no interrumpir con mis sollozos tan augusta ceremonia... ¡pobre de mí! iba á verle solamente por la última vez: me senté en el último rincón mas oscuro del templo, sosteniéndome fuertemente de una columna... mi convulsión era horrible. Cuando el sacerdote unió sus manos... yo cerré los ojos... y arrojé un grito prolongado y espantoso que resonó en todos los ángulos del templo y llegó á los oídos de la comitiva.— Se acercaron todos, mi pobre madre al reconocerme se arrojó hacia mí, vaciló y caí desmayada en sus brazos. Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho rodeada de las personas que habían acompañado á mi prima... ella y Alfonso estaban también, Alfonso abatido, triste, no alzaba los ojos del suelo... mi madre me miraba y sollozaba amargamente... parece lo había ya comprendido todo... ¡ay de mí! antes pensar en Alfonso sin ser amada de él, era solo una locura... después era un crimen... por que estaba ligado á otra mujer para siempre!

Dos días despues nos dispusimos á volver aqui: un momento antes de nuestra partida estaba yo sentada en la sala, distraída, abatida estaba un ligero ruido me hizo volver en mí... era Alfonso! quiso levantarme y huir, pero él me lo impidió, dirigiéndome: Cecilia, deténgase! soy muy infeliz... ahora que estoy ligado á otra mujer para siempre... he congado los encantos de V... y la amo con pasión!—Silencio! le dije con voz ahogada, cubriéndome el rostro con ambas manos... ¡oh! aquellas palabras que en otro tiempo me hubieran dado la vida... eran ya horribles en su boca! ¡Infeliz! al pronunciárlas, sus ojos estaban llenos de lágrimas... le contemplé un momento con una angustia indecible... luego tomándole de la mano le dije señalando al cielo.—Alfonso! allí nos uniremos! ahora olvidese V. de mí... sea feliz! los sollozos embargaron mi voz y salté de la sala. En el corredor me aguardaba mi familia, mi tia y Clemencia. Poco despues salió Alfonso, disimulando su turbación y sus lágrimas: sin embargo, Clemencia lo advirtió y me dijo en voz baja, suspirando.—Os he hecho desgraciados sin querer!—Tú debes perdórganos le dije, que te haya arrebatado la tranquilidad... no vivire mucho, mis padecimientos acabarán pronto... diciendo esto, la abracé con todo mi corazón, y salimos.

Nos condujeron al carruaje todos, ménos Alfonso... jamás volveré á verlo! Hé aquí la historia de mi pasión, de una pasión que arde aún en mi pecho y que carcome lentamente mi existencia... Aquí terminó Cecilia dejando caer la cabeza sobre mi pecho. Yo la contemplé en silencio y lloré. Su respiración era fuerte y su frente ardía como un volcán: pasado un momento me dijo:—No puedo llorar... he llorado tanto!... ¡lo ves! mis ojos están secos... ni una lágrima!... nada! nada!

¡Pobre mujer! conocí que delirabas! la levanté con trabajo y avisé á su madre.—Desgraciada!—Ya no tiene remedio! me dijo esta con amargura.—Ocho días despues lloraba yo arrodillada ante una tumba que tenia grabada esta sencilla inscripción.

CECILIA.

¡Tres años han pasado y no la puedo olvidar!
México 27 de diciembre de 1843.—ELLA.

LETRILLA JOCOSA.

Como el gusto y el pesar
alternan en el vivir,
en esta trova el reír
alterna con el llorar.

Que tome un viejo ricote
joven linda por esposa,
y que espere el Don Quijote
con su Dulcinea hermosa
un dichoso porvenir,
me dan ganas de llorar.

Mas la jóven desgraciada
que gimiendo entre cerrojos
pasa la vida encerrada,
sin poder sus bellos ojos
para ver á otro hombre alzar,
me dan ganas de llorar.

Que un militar fanfarroo
que entró en diez pronunciamientos,
me jure que su intencion
no fué buscar sus aumentos,
sino á la patria servir,
me dan ganas de llorar.

Pero viendo que otros cien
con bandas de generales,
de la cara patria en bien,
han hecho por medios tales
gran carrera militar,
me dan ganas de llorar.

Embambrecido aspirante
que melido á periodista
es de todo gobernante
eterno panegirista,
y lo acata cual visir,
me dan ganas de llorar.

Mas el egoista enjambro
que siempre al poder enciensa,
y sin tener sed ni hambre,
habla, escribe, obra y piensa
del que manda al paladar,
me dan ganas de llorar.

Si un sátrapa en la ex-albóndiga
de un ex-ministro de hacienda
como si fuera una albóndiga
la fortuna se merienda
que en un mes logró adquirir,
me dan ganas de llorar.

Mas cuando del dos por ciento
usurero y corredor
aplican el reglamento
á un incauto labrador
que en sus gorras vino á dar,
me dan ganas de llorar.

Que gran turba en movimiento
en el Carnaval se ponga,
y de sudar el tormento
mientras debiera dormir,
me dan ganas de llorar.

Mas cuando, puesto entredicho
á la dramática escena,
me hace el mascaril capricho
sin ganas pedir la cona,
y sin sueño irme á acostar,
me dan ganas de llorar.

Que las calles de Plateros
de dominós y caretas,
modistas y peluqueros
llenen, y por las banquetas
no se pueda ir ni venir,
me dan ganas de llorar.

Pero cuando me figuro
que ciertos deudores míos
no me han de pagar ni un duro,
porque en tales atavíos
su dinero han de gastar,
me dan ganas de llorar.

Que se anuncie alguna vez
y á los niños alborote
el *Asmbo de Jerez*,
y con trompo y papelote
no se quieran divertir,
me dan ganas de llorar.

Mas que cuando se repite
palcós y patio se llenen,
con gente no de Belchite,
y mil aplausos resuenen
para que se vuelva á echar,
me dan ganas de llorar.

Si en vez de agua de la banda
el médico a una nerviosa
oler alcali le manda,
ó que se eche una ventosa,
ó una ayuda recibir,
me dan ganas de reir.

Mas si en una indigestion
me prescribe un plan dietético,
me quita carne y jamon,
me ordena agenos ó emético,
ó dá en que me ha de purgar,
me dan ganas de llorar.

Si un prójimo se resbala,
ó desde un balcon le mojan
frac y sombrero de gala,
ó en algun caño lo arrojan
dos mastines al reñir,
me dan ganas de reir.

Mas si de estas algun chasco
paso yo, de ira me enciendo,
como cerveza en un frasco
bulle mi sangre, y oyendo
de otros la risa estallar,
me dan ganas de llorar.

Quando al cumplir los cienenta,
que ya alcanzo á penas duras,
quiere reducir á cuenta
los errores y loturas
de mi agitado vivir,
me dan ganas de reir.

Peño mi error principal,
que ha sido no hacer dineros
por ser poeta, y ni un real
poder á mis herederos
quando me muera dejar,
me dan ganas de llorar.

Quando de poetas zafios
reparo en un cementerio
mil absurdos epitafios,
aunque en un lugar tan serio
hay tanto de que gemir,
me dan ganas de reir.

Mas al pensar que algun dia
en un sitio como aquel,
bajo de una losa fría,
con epitáfio ó sin él,
me han de llegar á enterrar,
me dan ganas de llorar.

Tan lúgubre pensamiento
y el temor de fastidiar
me dejan ya sin aliento,
y este agrídulec cantar
debe ya tambien morir,
y mas si no ha hecho reir.

Que para un triste poeta
es el mayor sinsabor
que con cara de baqueta
le avise adusto lector
que ya es tiempo de callar:
es cosa para llorar.

FRANCISCO ORTEGA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

Pedro Escobedo
DIRECCIÓN GENERAL DE

D. PEDRO ESCOBEDO

Con pompa pasada y completamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el día 15 del corriente en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protector decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido, que nuestra sociedad no ha caído en el abismo de degradación moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavía sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nación en que aun queda admiración por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sepultura y temprana muerte del Sr. Escobedo, y vemos en ella una calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenajes públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardia sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos después que el Sr. Otero se propuso escribir la biografía del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borrones el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuación el sentidó y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, (1) formada en su mayor parte de dis-

cípulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos D. Joaquín Navarro e Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus más bellas esperanzas, y la contestación del presidente de dicha reunión, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la protección que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites. Acompaña á estos discursos un retrato, copia de una hermosa litografía del Sr. Mata, quien animado por una sincera amistad, ha sabido reproducir con una fidelidad bien rara, aun en un retratista tan distinguido como él, los rasgos de un hombre presente por sus cualidades á la memoria de todos los que tuvieron el honor de conocerlo, y en cuyo corazón se abrigaba todo lo noble y generoso que puede elevar á los individuos de la especie humana.

México febrero 19 de 1844. — RR.

en la posteridad, con notable provecho de los individuos que la componen, y para lo futuro, podrá llegar á ser muy útil al público. Se cursan en ella las materias más importantes de las ciencias médicas, y se ha dado un lugar muy preferente á los prácticos se presentan también periódicamente memorias y tesis de que van ya formados cerca de once tomos manuscritos. Estos trabajos son en su mayor parte recopilaciones de lo mejor que se encuentra en los autores más distinguidos sobre cada materia, de manera, que hay poco original; pero no por eso se ménos útil encontrar sobre cada punto resumo un cuerpo de doctrina selecta, y que se hallaba antes esparcida. Salen además que entre lo poco original que existe, hay algunas memorias de gran interés, y entre ellas se nos ha hecho par. Hechar atención á una sobre el mal conocido vulgarmente con el nombre de San Lázaro, fruto de algunos años de trabajos y observaciones constantes, formada por el facultativo D. Ladislao Pascoa, discípulo querido del Sr. Escobedo, y enlazado con una persona de su familia. Sabemos igualmente que los señores de esa academia se proponen elegir y dar á la luz pública con el tiempo, sus más importantes trabajos; nosotros los excitemos á realizar cuanto antes un proyecto tan útil, y que cedará en honor de nuestra querida patria. — RR.

(1) Esta sociedad, bajo el nombre modesto de filodéfica, amante de la medicina, lleva tres años de existir.

POD. JOAQUIN NAVARRO E IBARRA,

EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD FILOLÁTRICA.

Es el horizonte de las ciencias como en el cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí, la puerta que conducía á otros adelantos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo advino porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores que como el espacio, parecen mas profundos, mientras mas fijamente se les contempla. No temáis que con lo que voy á decir, distraiga vuestra atención del deplorable objeto que la ocupa: no olvidaré que al preparar esta solemidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazón despedazado. Me sentiría sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y maefusion de mi corazón; si no supiese que para conmoveros, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de nuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de como en esta vez se vieron de nuevo sentarse el infortunio al lado de la cuna y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad; ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Yelpean, á Beclard y á Dupuytren abrirse en medio de la independencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiración de sus semejantes; nada os

diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabéis lo mismo que yo, que en ellos esa vida fue como el arroyo manso y tranquilo que corriendo sin estrepito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazón, por piedad al mio propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, mientras al pesar devoraba su alma, y entrando conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato seria para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros línea á línea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecia D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro que rido á cuya memoria tributamos este sencillo homenaje: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del iris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincón del Hospital de San Andres, un estudiante sin proteccion ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Val-de-Grâce, dominaban entonces exclusivamente el mundo médico; hoy, veinticinco años de experiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa, porque jamas la despiertan los estravios de los grandes hombres, al menos en su verdadero valor sus exageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entonces era otra cosa: habia restaurado la es-

cuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoria de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las fleptomias, y todos estos eran otros tantos títulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos; admiracion y respeto que él con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para explicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero seria una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra; no, profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabéis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era el de esos médicos que son un arcaísmo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la esperiencia, inútiles las investigaciones de los sabios, ignorados los adelantos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fue renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarse de su golpe en los contrarios, convertir el desengaño en injusticia, olvidar todo lo que habia aprendido para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitude al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podía hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discernimiento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indigna y ciegamente todas las innovaciones: esta versatilidad que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Cierzo, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin exageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis menos de llamar extraordinario y singular al que reunia á la voz tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su tacto quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una exactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas os-

curo y embrollado: vosotros sabéis, y no tengo necesidad de recordároslo, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un exámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él con una mirada penetrante como la de la aguja que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Ese talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguia al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflexivo de los autores clásicos de cirugía, en especial de Hunter, Dupuytren, Bégín y Sanson, y sobre todo, á su genio, porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el genio, debia ese conocimiento exacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias etc.

Señores, es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida, pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella imposibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agitara su pulso, sin que una sola arraga en su fisonomía revelara la conmocion de su alma verdaderamente grande. ¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¡Olividareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia, en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia mas bien que la imagen del ángel exterminador, la de un ángel de paz y de ventura!...

El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada, pero despues de haberla calificada posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades para vencerlas, todos sus peligros para arrosarlos. La naturaleza que ha puesto en todas las cosas el abuso legítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fue

siempre en sus manos un recurso de salvación ó de esperanza, pero jamás el instrumento de tentativas que reprobaban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él, lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable al que no es lícito tocar sin bollar los deberes del honor y la conciencia; no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendía en toda su magnitud el noble ministerio y el sublimedestino que está llamado á ejercer un médico en la tierra, y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció consistentemente la vil seducción del interés, los rufineros artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frío olvido de la ingratitude. Sus enfermos eran sus amigos: su contento con prodigarlos los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religión que amaba y de una filosofía pura y persuasiva; penetraba en los senos del corazón, para estudiar en ellos las pasiones y combatir las por esos medios, precarios tal vez, pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe apicar al corazón herido; y afectivamente, víctima del infortunio sabía comprenderlo y aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente expansivas, que forman el atributo exclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era amplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducia á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos seres que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabía que en el corazón de esos infelices encontraría una recompensa mil veces mas sincera y significativa que el insultante y vil oro del magante; pero su caridad no consistió únicamente en el desinterés: consistía en el cariñoso desvelo, en el afán paternal, en la tierna compasión con que miraba y remediaba sus necesidades; viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras instantáneas y balsámicas, con acciones tiernas y expresivas que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales genialmente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocían de cerca: yo recordaré siempre con

placer y vosotros también, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecía mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. Por más los que insultan y desprecian nuestra noble profesión, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imagen de la Providencia divina... (Entonces verían, que aquí, en el corazón, podemos sentir placeres inefables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la práctica de nuestro arte... Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era ménos grande como médico inteligente, que como filósofo y filantropico.

La noble y difícil profesion del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, Don José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la elección especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consuno al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirle. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formemos una idea cabal de lo difícil y penoso que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma francés, en que estaban escritas las principales obras de cirugía en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guía que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los 25 años de edad, maestro de nuestros maestros! Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensamiento es el norte de todas las almas grandes; así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar ileso la reputación que había afanosamente conquistado, hasta el año de 33 que un médico justamente ilustre por mil títulos, dejó los edificios de la escuela en que nos hemos educado, D. Valentín Gomez Farias, es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia; así que, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito y le colocó al fundar el sexto establecimiento en la cátedra de medi-

cina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los dos médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instrucción y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de Medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patología esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no ménos su trato átil y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de que sus palabras revestían los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instrucción en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abría ante nosotros, no para hacer ostentación de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí donde hemos recibido esas primeras y profundas impresiones, cuyo indelible recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Si, amigos míos, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria, no podrán abandonarnos mientras tengamos que ejercer la humosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauración del colegio de Medicina, dejó la cátedra que había servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda. Dios sabe por cuanto tiempo: á la de medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro, donde sin rival podía desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad con el tono imponente de la experiencia hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fe pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiración y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay alguno de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo?... Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mis solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsolado y abstuído al considerar los hucos inmensos de mi educación literaria, me anima y aun me envanece pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fatal que se ha estinguído hace pocos días en el sepulcro; me parece que puedo presentar al mundo una recomendación ir-

reusable con solo decirle: D. Pedro Escobedo fué mi maestro. ¡Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al ménos es una ilusión escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podía dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacía en llamarnos sus hijos y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente, las pretensiones de su vanidad, las exigencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud y hasta su vida por el colegio de Medicina?... Olvidar todo esto sería una vil ingratitude con que no pagaríamos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistematizar la educación médica, han ocupado la mitad de su vida. El y el Sr. Olvera, fueron quienes en el año de 1833, promovieron mas activamente la fundación del establecimiento de medicina: él, quien después de que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauración. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazón altamente filantrópico para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherías con que correspondían ó eludían sus nobles esfuerzos tantas y tantas administraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnímodo, el semejante á un reverser, pero, prurísimo, solo recibía la influencia de ese poder, para reflejarla íntegra sobre el fierro objeto de su predilección.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculador; pero no, murió como había vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente, sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república y socio de casi todos ellos y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, honrado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzará la losa de tu tumba, para derramar sobre tu corazón su letal ponzoña: hela allí muda, inmóvil, confundida al escuchar el voto público que unánimemente le pregona sabio y bueno: ese clamor universal resuena también en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos que tanto amaste en vida, se reúnen para llorarle en muerte: los suspiros que salen de sus corazones donde no has sembrado más que flores de bendición, serán

mas preciosos al tuyo, que la pompa de los grandes: ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se ríe de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebles: nosotros óramos la esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—*Dijr.*

ALERE CONTESTACION
VERITATIS

DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada más justo á la vez que sensible es el tributar á nuestro amado maestro esta nuestra gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia, de su boca oímos las primeras lecciones, puso á disposición nuestra sus libros é instrumentos, sin exigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesión y á hacer el bien; en suma, no nos miró como á hombres extraños, sino como á sus hijos: á él debemos la existencia de nuestro establecimiento médico, y sin su protección no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos encontraréis seña-

les de su beneficencia; por donde quiera que escuchéis, oíreis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y los suspiros que se exhalan en pos de su memoria. Felices nosotros que escuchamos su voz y escuchamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer. Mas ¿qué hacemos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acacimientos señalados por el dios de Dios? ¡Darémos rienda suelta á nuestro pensar y desconoscelo!... Derrocáremos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que según sus palabras dejaba confiado á sus discípulos.—*Dijr.*



HIGIENE.

BAÑOS.

Historia. Nada hay que sea tan variado como los baños, pues no hay sustancia en que no hayan inventado los hombres bañarse, ya como medio de conservar la salud, ya para curar las enfermedades. Así entre los líquidos se pueden enumerar el agua, ya simple, ya salada ó mezclada con diversos sólidos á que sirve de disolvente; cocimientos de diversas sustancias; el caldo, el aceite, el vino, la sangre, la leche, y todo cuanto le vaya ocurriendo al lector puede colocarlo en el número de aquello en que se han bañado, se bañan, ó se han de bañar nuestros prójimos, y en prueba de ello les contaremos que á madama de Genlis le agradaba mucho bañarse en una tina (por supuesto que no había de ser olla ó jarro) llena de leche, en la que deshojaba rosas de castilla (1); á la vista sin duda sería

muy bello ver sobreundar en la blanca superficie del líquido, los rosados pétalos de la flor, pero á decir verdad yo temería mucho se contentiese en México el método de madama de Genlis, porque la limpieza no es la prenda principal de nosotros los mexicanos y agrague V. un poquito mas de manteca, puf qué horror!... Pasemos á otra cosa y no se espanten nuestros lectores cuando les contemos que también se bañan las gentes en ceniza como si hicieran penitencia, en arena á grisa de gallinas, y en otra porción de polvos. Finalmente en vapores de todas especies, y no se crea que este es un descubrimiento moderno por andar el vapor en boga, pues que ya los romanos los usaban y nosotros hemos heredado de nuestros antecesores las astecas el *tenacalli*, que no es otra cosa sino un baño de vapor; es cierto que hoy la ilustración ha hecho mejoras importantes sobre esta materia y con la mayor facilidad del mundo le

[1] Traducción de lo que refiere Dumas en sus *Impresiones de viaje*; le pasó en Weisstein.

...pregunté si sería posible que me preparasen un baño madama Brunet (mi huespeda,) me respondió que era la cosa mas fácil del mundo y que no tenía mas que decir si lo quería de agua ó de leche.

En las disposiciones de abarritamiento en que me encontraba se admirarían fácilmente los deseos que despertó en mí esta proposición; desgraciadamente un baño de leche debía de ser un locado de padre maestro que solo podría proporcionárselo un tanquero. Recordé las medidas de leche parisienses que se entregaban á mi puerta por las mañanas y que mi criado sumaba inmediatamente una vez á cada tres de setenta y cinco cubitales cada una y recibí que podía todo para un *troussé* de rosas de mil docientas á mil quinientas; y esto, por lo menos: ahora bien mil docientas veces setenta y cinco, no centésimas no dejan de hacer una suma. Meli la maestra á la bolsa de mi chaleco, haciendo destilar, una vez poco de otra, entre el pulgar y el índice las últimas monedas de que me quedaban para ir á Luzzane; y convencido de que no podría bastar ni para una cantidad pedí sencillamente un baño de agua.

—No tenéis razón, me dijo madama Brunet el baño de leche no es paucel; mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entonces un temor, y es que á esta altura el mío baño de agua no estuviese fuera de los alcances de mi medicina pecuniaria.

—¿Cómo? dijo vivamente y cual es pues la diferencia? —El baño de agua cuesta cinco francos (un peso) y el de leche diez (dos pesos).

—¿Como, diez francos? exclamé, diez francos un baño de leche!

—¿Qué, señor, me dijo mi buena huespeda equivocándose sobre mi intención, ahora son no poco mas caros por que las rosas vuelven á bajar en los meses de agosto y de setiembre no cuestan sino seis (tres reales escasos).

—¿Cómo? pregunté, madama Brunet, yo no temo que á ninguna manera sean rozos; hacedme calcular un baño de leche prontamente.

—Lo tomari V. en su cuarto.

—¿Se puede tomar en el cuarto?

—Como V guste.

—¿Comiendo?

—Sin duda.

—¿Cero de la ventana?

—Muy villanamente.

—¿Mirando ponerse el sol?

—Perfectamente.

—Y podrá comer con todo esto? Vaya, vuestra

posada es un paraíso, madama Brunet!...

El lector dará la fé que quiera á esta relación; yo solo le recuerdo las propensiones generalmente reconocidas de los viajeros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUATEMALA
DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS

hacen sudar á uno la gota gorda física y moralmente; y si cae uno en manos de un médico, le dá un baño de azufre en vapor y sale uno ítem mas ólendido á condenado. Mas los hombres no se han contentado con darse baños, sino que los han agregado algunos administrados problemáticamente para hacerlos *agradables*, como el frotarse la cabeza y la cara con agua fría, los *psichobis (massage)*, el arrancarse las barbas, los azotes, y no será difícil que mejorando el procedimiento, en algunas partes usen de polizcos, bofetadas, etc. etc. y lleguen á gustar el *máximum* del placer. Figúrese el lector una reunión de hombres bañándose cada uno según las diversas maneras que hemos descrito, y díganse si no se parecería mejor una reunión de locos suicidas, que de hombres que procura, han conservar su salud.

Dejando á un lado muchos de estos modos de bañarse que no suelen usarse sino como medicamentos, veamos cuales han sido los que se han empleado por las diversas naciones como medio higiénico.

Entre las naciones antiguas los baños se tomaban en los ríos, el mar etc. Los griegos parece que fueron los primeros que usaron del agua caliente, derramándola sobre la cabeza y hombros estando sentados en una tina: en seguida se untaban el cuerpo con aceite.

Los romanos entregados al principio á la agricultura, acostumbraban antes de sentarse á comer, lavarse los brazos y piernas, y cada nueve días que tenían que ir á la ciudad al mercado ó que asistiera á las asambleas del pueblo, tomaban un baño en el Tiber. He aquí los baños en su mayor sencillez. Después, tanto los griegos como los romanos modificaron de diversas maneras sus baños, hasta el grado de llegar á bañarse mas bien por lujo que por otros motivos.

Los primos tenían sus baños junto á la *palatium* ó *gymnasia*; y en los que estaban separados de ella, eran dobles, un departamento destinado á los hombres y otro á las mujeres, pero tan próximos, que el mismo horno servía para calentar ámbos. Se componian de siete departamentos, que eran: 1.º El baño frío *frigida lavatio*, 2.º El *laothestium* ó pieza en que eran untados de aceite. 3.º El *frigidarium* ó cuarto para refrescarse. 4.º El *propylaeum* ó entrada al *hypocaustum* ó estufa. 5.º La pieza abovedada para sudar ó baño de vapor, llamada *concamerata salsatio* ó *tepidarium*. 6.º El *laconicum* ó estufa seca. 7.º El baño caliente llamado *calida lavatio*.

Los griegos no tenían una hora señalada pa-

ra bañarse como los romanos, pero si parece que seguian el mismo orden en sus prácticas que estos últimos, tanto por tener los mismos departamentos en sus baños, como por lo que se encuentra descrito en los autores que refieren se untaban el cuerpo con aceite despues de bañarse. Cuando Telémaco estuvo en el cortejo de Nestor, „la bella Polycasta, la mas hermosa de las hijas del rey de Pilo, conduxo al hijo de Ulises al baño, lo lavó con sus propias manos, y untándolo despues el cuerpo con esquisitos aceites, lo cubrió con ricos ropajes y una capa magnífica.“ El mismo Telémaco y Pisistrato, despues de haber admirado las bellezas del palacio de Menelao, „fueron conducidos á un estanque de mármol donde estaba preparado un baño. Hermosas esclavas los lavaron; y despues de untarlos de aceite, los cubrieron con ricas túnicas y soberbias pieles.“

Entre los espartanos se bañaban mezclados hombres y mugeres, costumbre que existió entre los romanos, bien que tenían divisiones en sus baños para ámbos sexos, y que no se estendió del todo sino hasta el reinado de Constantino.

Los baños de estos tenían casi las mismas divisiones que los de los griegos. La primera que se veia al entrar en ellos, era un gran estanque llamado *piscina natatilis*. En el medio del baño se encontraba el *hypocaustum* que tenía una hilera de cuatro piezas de cada lado, llamada *balnearia*, estas eran la estufa, el baño caliente, el frío y el *tepidarium* ó estufa húmeda. Las estufas eran unas piezas con el suelo abovedado, debajo de las cuales habia un horno para comunicarles el calor; en medio de la estufa húmeda colocaban unos vasos llenos de agua ó un caldero, cuya tapa levantaba un esclavo de cuando en cuando, y en el techo de ella habia una tapadera de bronce que se levantaba para dejar salir el vapor cuando era necesario.

En nada se descubria mas el lujo de los romanos que en sus baños. Se dice que en Roma habia 856 baños públicos, siendo costumbre que los emperadores fundasen muchos para atraerse el amor del pueblo, y que los ricos particulares al morir dejasen sumas considerables para construir baños para el uso de los pobres. Agripa, siendo edil, construyó 160 lugares públicos en que podia el pueblo bañarse en agua fría ó caliente gratis. Los mas magníficos eran los de Tito, Paulo Emilio y Dioclesiano, habiéndose ocupado en la construcción de este último por espacio de muchos años, ciento cuarenta mil hombres. Los de Agripa

eran de ladrillo cubierto de esmalte. En los de Neron habian introducido el mar hasta ellos; y en los de Caracalla se refiere habia 200 columnas de mármol y 1000 asientos de lo mismo, siendo de una extensión tal, que según Lipsius, podian bañarse á la vez cómodamente 1800 personas. Habia baños de oro y de plata primorosamente trabajados, de preciosos jaspes, y con magníficas estatuas, tanto, que Séneca se quejaba de que los baños de los plebeyos estuviesen llenos de bombas de plata, y de que el piso de los que servían á los libertos fuese de piedras preciosas. Aun existen en el día muchos de estos baños que hacen una de las mayores curiosidades de Roma, y se conservan muchas estatuas muy hermosas, cuyas descripciones demuestran haber servido para adornar estos edificios.

Las tres de la tarde llamada por Plinio *hora octava* el *nona*, era la señalada para bañarse, y se llamaba *hora del baño*, *hora balnei*, que en esto era á la *octava* y en invierno á la *nona*. Los baños públicos se abrían á toque de campana, y siempre á la misma hora. Alejandro Severo fue el primero que permitió se abriesen de noche en tiempo de calor. En ellos solian bañarse los grandes del imperio y aun el mismo emperador con el resto del pueblo.

Comenzaban por tomar un baño caliente durante el cual solian rociarse la cabeza con agua fría, y se hacían raer la piel con una especie de cuchillo ó cuchara de madera, de cuerno, de hierro, plata ó oro, llamado *strigil*, para quitarla grasa y el polvo. Los hombres que se ocupaban en esto eran llamados *fricatores*. En seguida respiraban el aire fresco en el *frigidarium*, y se hacían rociar el cuerpo con agua fría ó se daban un baño frío en la *piscina natatilis*, en la que se ejercitaban en nadar; finalmente, se hacían untar el cuerpo con aceites y sustancias aromáticas, yéndose despues á comer. Otras ocasiones en vez de comenzar con un baño de agua caliente, se daban uno seco ó de vapor en sus estufas, sucediendo las maniobras ya descritas.

Como ya se ha dicho, tenían los romanos horas destinadas para bañarse, y estas eran ántes de comer; tambien acostumbraban hacerlo siempre que se cargaban el estómago de alimentos, y despues de cualquiera fatiga ó viaje; pero despues de la época de Pompeyo, el furor de bañarse llegó á tal extremo, que muchos no podian tomar alimento ninguno sin haberse bañado de antemano, y Adriano tuvo que reprimir este abuso, espidiendo un edicto por el que prohibía bañarse ántes de la hora octava.

Entre los romanos habia algunos que se iban á bañar de noche al Tiber, esperando superstitiosamente que los dioses les descubriesen algun tesoro escondido, ó les hiciesen adquirir alguna hazienda.

Entre las naciones célticas no eran desconocidos los baños; los antiguos germanos acostumbraban bañarse diariamente en agua caliente en tiempo de invierno, y fría en el verano, y los ingleses parece que se bañaban en Somerselshire, 800 años ántes de Jesucristo.

Los turcos de la misma manera que los griegos y los romanos han hecho de sus baños un objeto de lujo; no hay ciudad ó pueblo en que no haya por lo ménos un baño público; he aquí según los viajeros como están dispuestos y el modo de bañarse.

Al entrar en un baño, lo primero que se encuentra es una gran sala redonda que tiene un estrado á su rededor alfombrado y con divisiones, en donde se desnuda uno y deja sus vestidos, poniéndose un lienzo en la cintura y unas sandalias. Es conducido uno en seguida por un pasadizo estrecho en que se comienza á sentir el calor, y cuya puerta se cierra: apenas se ha entrado en él. No bien se han andado veintepasos, cuando se abre otra puerta que conduce á otro pasadizo, en el que aumenta cada vez mas y mas el calor, y que termina en un salon de mármol, en el que se detienen los que temen espesone de pronto á un grado elevado de temperatura.

El baño propiamente dicho, es un gran salon abovedado, cubierto totalmente de mármol, al rededor del cual hay cuatro gabinetes: el vapor se está desprendiendo continuamente de una fuente colocada en su medio, mezclada con agradables perfumes cuando lo desea la persona que se baña. Esta se recuesta en unos lienzos dispuestos á propósito, descansando la cabeza sobre una almohada, rodeado de vapores calientes y aromáticos. Despues de haber reposado algun tiempo, cuando comienza el cuerpo á cubrirse de sudor, se acerca un criado, oprime con suavidad todas las partes del cuerpo, voltea á uno del lado opuesto, le hace la misma operacion, y cuando los miembros se han puesto bastante flexibles, hace trazar todas las coyunturas, despues de lo cual comprime y parece que amasa toda la carne sin producir la menor sensacion desagradable; poniéndose, finalmente, un guante de lana, con el que da una friega por largo tiempo, desprendiéndolo entretanto, con sumo cuidado, unas como escamitas que se levantan de la piel, y aun las mas imperceptibles porciones

de polvo. Entonces, cuando la piel ha tomado la suavidad del raso, es uno conducido por el criado á uno de los gabinetes, donde se encuentra una tina con dos llaves, una para el agua caliente y otra para la fría, y derrama sobre la cabeza y hombros, la blanca espuma de un jabon perfumado y se retira. Allí se da uno un baño de agua caliente, y á pocos momentos aparece de nuevo el criado con una pomada llamada *rosina*, por los orientales, y *nouzer, nitre ó norel* por los persas y árabes, la que aplicada durante dos ó tres minutos, hace caer el pelo de los puntos en que se ha untado, sin producir el menor dolor.

Terminado esto, es uno enjugado con una sábana caliente y conducido por transiciones insensibles del calor al frío, á la pieza donde se había desahogado, en la que encuentra una cama dispuesta para recibirlo, y un nino que con sus dedos delicados acaba de enjugarlo, le presenta otra sábana seca y raspa con suavidad con una piedra pomez las callosidades de los pies. Entonces lo presentan á uno una pipa y café de Moka.

Las mujeres después del baño de agua, acostumbra lavarse con agua de rosa, especialmente la cabeza, y al hacerse sus trenzas mezclan entre el pelo esencias preciosas. Allí mismo se pintan las pestañas de negro y dan un color dorado á las uñas de las manos y pies con las hojas de una planta. Finalmente, hacen zahumar sus vestidos con el palo del acibar.

No se pueden describir, dice Savary, la multitud de agradables y nuevas sensaciones que se experimentan después de un baño de esta clase. La respiración se hace con libertad, la sangre circula con rapidez y facilidad, los miembros se sienten flexibles y ligeros como si hubiesen sido desembarazados de un gran peso; y el alma participando del bienestar del cuerpo, se extasia en pensamientos alegres y risueños que se suceden con una rapidez increíble.

Esta es la manera con que se bañan actualmente los egipcios del Cairo.

Los demas pueblos con modificaciones mas ó menos notables han usado de baños semejantes á los ya descritos.

Los rusos y los finlandeses se bañan con estufas húmedas, en las que evaporan el agua, echándola sobre unos gujarros hechos ascuas, acostados sobre tres gradas cubiertas de esteras; saliendo de la estufa se hacen azotar y restregar fuertemente con unas ramas de álamo blanco; en seguida se bañan en agua tibia y luego fría, y terminan haciéndose echar por

la cabeza muchos cubos de esta, ó metiéndose en la nieve ó en un estanque frío. El criado despues de haber estado en la estufa sirviendo á su señor, sale corriendo al campo á revolcarse en la nieve.

Los groenlandios, los esquimoxes y los samoides, tienen sus estufas húmedas enhuercadas en la tierra.

Los naturales del Indostan se bañan de un modo muy semejante á los turcos, con la diferencia que despues de los papachos, estrujones, frotaciones, y de hacerles tronar todo el espinazo, les dan grandes golpes en las partes mas carnosas, les enjabonan todo el cuerpo y los afeitan, no dejándoles un pelo en todo su cuerpo, untándose finalmente con aceite de sésamo.

Los antiguos moros es natural que tuviesen en sus baños el lujo que se descubria en todas sus cosas, y aun en el día se conserva en la Alhambra en el magnifico patio llamado *Alcazar*, enlozado de mármol blanco y adornadas sus paredes de estucos y arabescos, trabajados con esquisito gusto, un estanque hermoso, rodeado de rosales, otras flores y naranjos, en el que los dependientes hacian las abluciones prescritas por el Alcoran.

Los baños de los antiguos habitantes de América, se han perdido casi completamente y casi no se conserva hoy sino el *temazcalli*. Sin embargo, en las ruinas del Palenque parece se conservan grandes salones á cuyos lados hay gran número de tinajas de piedra.

Héstanos hablar del *temazcalli* ó *hipocausto* de los mexicanos, quienes bien que se bañaban en los rios, lagunas y estanques, y muchos de ellos diariamente, tambien usaban de su baño de vapor especialmente en circunstancias particulares, costumbre que se conserva hasta el día y que se ha introducido aun en la clase elevada de la sociedad, acostumbrando muchas señoras darse un baño de esta clase despues del parto, como medio higienico.

El *temazcalli*, semejante á una media naranja, tiene la figura de un horno de pan, con la diferencia que se encuentra un poco bajo el nivel del suelo, y tiene el piso algo abovedado. Su mayor diámetro es de cerca de tres varas, y su mayor altura de dos; la entrada en forma de arco y de una altura de cerca de una vara, es capaz de que entre un hombre de rodillas é inclinado, se semeja tambien á la boca de un horno. En el punto diametralmente opuesto á la entrada y por la parte de afuera, se encuentra un hornito de piedra ó ladrillo que se abre tambien al exterior, y con un agujero en su bóveda para dejar salir el humo. La par-

te en que se une el horno al resto del *temazcalli*, es una abertura de dos tercias en cuadro que está cerrada con una piedra porosa llamada *telzonilli*. Finalmente, en la parte mas elevada de la bóveda del *hipocausto*, se encuentra una abertura pequeña para dar salida al vapor en caso necesario. He aquí una estufa sencilla que puede usarse como húmeda y como seca. Hay otros *temazcallis* que tienen simplemente la forma de un cuarto pequeño.

Para bañarse, se introduce primero un petate ó un colchon, un manajo de hojas de maíz y un jarro de agua; se enciende el horno, y así que se ha calentado lo suficiente, entra la persona que va á bañarse sola ó acompañada de un criado y se acuesta; se cierra entonces la entrada y se tiene destapado por algun tiempo el agujero superior para que salga el humo que pueda haberse introducido, despues de lo cual se cierra tambien. Entonces se comienza á echar agua con las hojas de maíz sobre el *telzonilli* que se ha hecho ascuas, y se empieza á desprender un abundante vapor de agua que se eleva á la parte superior y que se procura hacer bajar agitando, con el manajo de hojas. Al mismo tiempo se salpica de agua todo lo que rodea al que se baña, y con las hojas mojadas comienza á golpearse todo el cuerpo y especialmente la parte enferma. Entonces se presenta un sudor abundante que se aumenta ó disminuye á la voluntad; concluido esto se abre la entrada, y muy abrigada la persona es conducida á otra pieza á reposar.

Basta de baños, y no se asuste el lector si le avisamos que no mas por ahora, pues que lo principal se nos ha quedado en el linero, y le ofrecemos dar en uno de los números siguientes la parte verdadera y higienica de los baños tales cuales los usamos nosotros.—RR.

LA QUEJA.

Bastó de silencio, hieldad orgullosa,
No mas ocultarle la pena cruel,
Que justos temores de crudo desvío
Guardada en el seno me hicieron tener.

Si no me movieron mis pobres suspiros,
Ni el alma rendida que en ellos te fué,
Perdona que al cielo de tu alta hermosura
Eleve la queja de tanta altivez.

Andaz intentando volar á tu esfera,
Merezco tu enojo, bastante lo sé;
Y sé que si quieren tus ojos mirados

Hundirme en el polvo podrán otra vez.

Pues es menos duro, la vida cascada
Rendir á los fillos de injusto desden,
Que ver en tus manos benedida la copa,
Y estarime abrasando en avida sed.

No, no, ya no puedo sufrir de tus ojos,
La dura mirada si á dicha me ven,
En tanto, Señora, que humildes los mios
Con suplica muda te piden merced.

Ni ver cual se pierde mi débil gemido,
Cobarde mensajero del ánima fiel,
Allá entre las quejas de tantos esclavos,
Que á llanto condena tu bárbara ley.

De amarga agonía, mis últimos ayes,
Por fin á tu oido que llegen haré;
No temas ingrata, la muerte ó tus iras
Un sello en el labio pondranme despues.

Tal vez mi quereña suspenda importante
La plática blando del tierno doncel,
Que supo viniendo en lid amorosa
Ganar de tus manos dulcísima prez.

Tal vez, con el brazo cifiendo su cuello,
Con ósculo ardiente quemando su sien,
Ni turbe tu gozo la queja del triste
Que ya de la vida traspasa el diñel.

Mas no, caprichosa, escuchas siquiera,
Tranquilo á tus ojos despues moriré,
Si al fin ha podido decirte mi labio
Que yo tus hueros adoro tambien.

No quiero, tirana, que en lance dudoso
Con fieros desdenes batalla mi fé;
Jamás he creído legal un combate
En que eres el premio, la parte y el juez.

Tampoco pretendo que en linbrico raptor
Pronuncie tu labio de rojo clavel,
Palabra amorosa que halague mi oido
Y rasguen las aubas que cubren mi Eden.

No, virgen hermosa, temería ventura
En pechos humanos no puede caber:
Piedad de mis asiastan solo te pido.
Si aún eso me niegas, ignoro porque.

Con débil quejido su proxima muerte
Lamenta la cerviz cojida en la red,
El rustico tiene sobre ella el cuchillo
Mas antes de hundirlo piadoso la ve.

Y tu cino la dulce sonrisa en los labios
Serás por desgracia mas dura que él?
Ah! ¡solo espero lo blanda mirada,
Y luego de gozo morir á tus pies.

Puebla, Mayo 21 de 1842.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

DON LUIS VELASCO.

(1550).—Después de las borrascosas tormentas que sucedieron á la caída del imperio de Quauimotzin, no satisfecha aún la codicia de la multitud de aventureros que desbordaban á bandadas en el mundo poco hacia incógnito decididos á hacer fortuna sin sujetarse á la maldición de la raza de Adán, tomando posesión de sus fértiles terrenos y apocopiándose hasta las personas indígenas de cuyo trabajo se servían, sin derramar una sola gota de sudor, recogían abundantes y ópimos frutos.

Gravados los indios con todo género de vejaciones que se los hacían sufrir, llevando sobre sus endebles hombros toda suerte de cargas por pesadas que fuesen, labrando las tierras para alimentar á señores extraños, dando onerosísimos tributos, y sujetos en fin, á una onerosa esclavitud, cuando apareció por primera vez un virrey que algo los alivió, aunque no del todo, no debían verle separarse sin dolor. El soberano sin embargo, que conoció bien el carácter filantrópico de D. Antonio de Mendoza supo nombrarle un sucesor digno de serlo. Así es, que desde luego confirió tan importante puesto á D. Luis de Velasco, y no fué por cierto desacertada la elección. Velasco de la casa del Condestable de Castilla, se había distinguido en la corte de Carlos V. y este hallándose en Batavia cuando le fueron comunicados los acontecimientos del Perú, resolvió que pasase á aquí Mendoza, y para sustituirle en la Nueva-España, no vaciló un momento en escoger á aquel, encargándole que si no marchaba Mendoza al Perú fuera él en su lugar. Tal conocía su cordura y prudencia y su sábio manejo en el gobierno. Ni fué necesario que se le diesen muy largas instrucciones respecto de la administración que se ponía á su cargo, se limitó el emperador á que en cuanto es tuviera de su parte procurara hacer á los indios su gobierno suave y paternal, y disminuyera los impuestos si los consideraba gravosos, aunque fuese con perjuicio de la hacienda pública; lo demás lo confiaba á su tino y discreción.

1554.—En mil quinientos cincuenta, el cinco de diciembre, desembarcó en Veracruz el nuevo virrey y á poco tiempo se unió en Cholulá á Mendoza que le salió á recibir, y con quien tuvo en el mismo lugar algunas conferencias relativas, como debe suponerse, á asuntos del gobierno, terminadas las cuales Mendoza se marchó al Perú y Velasco á México cuyos habitantes lo recibieron con las mayores demostraciones de júbilo, esperando que sería bien recompensado el primer virrey, y en efecto que sus esperanzas no salieron fallidas.

La afluencia y demas autoridades, así generales de la Nueva-España residentes en la capital, como las municipales de esta, acompañaron al virrey á su entrada que fué magnífica, y á muy pocos días hizo llamar á los oidores á su presencia y les dirigió una breve pero enérgica alocución, que manifestaba muy de luego la humanidad de los sentimientos que abrigaba su espíritu y en la cual les decía, que así como estaba puesta (la audiencia) á semejanza de las chancillerías de la Península, de la misma manera que ellas se esmerar en administrar bien justicia y aun que procurara aventajarlas. Los indios, no acostumbrados á alhagüenas promesas (por que es preciso confesar la ingenuidad española mal que nos pese) concibieron un porvenir muy dichoso que les aguardaba bajo el gobierno de D. Luis.

En efecto, apenas empuñó el bastón, y sus primeras providencias tendieron á favorecerlos. Mendoza había ordenado que se les exonerase de las cargas y de los tributos personales, que no fueran molestados tampoco con el duro laborio de las minas; pero encontró grande resistencia por parte de algunos españoles que consiguieron del rey que fuera suspendida esta determinación y Mendoza no pudo, á no se halló en an-

[1] A pesar del estentor con que se les multitudinaba la firma de cada uno de los virreyes, con el objeto de poner su fe similar en el reinado, no pudo conseguirse la de Mendoza pero podríamos las de los demás cuando lo hemos hecho ya en este, siempre que pueda encontrarse.

mo de llevarla al cabo. Velasco, no obstante lo resuelto por el soberano, mandó cumplirlo al momento sin escusa ni pretexto y al fin hubo de coler la pérdida á la humanidad. Muchos, y muy repetidas veces, representaron á Velasco haciéndole patentes los males que iba á resentir la hacienda pública por sus últimas providencias, singularmente por la que había dado libertad á los indios (que á excepción de las mugeres y los niños la habían conseguido cien to cincuenta mil varones) dejando á las minas sin quien explotase de ellas los metales. El virrey contestaba á todo "que mas importaba la libertad de los indios que las minas de todo el mundo, y que las rentas que de ellas percibía la corona, no eran de tal naturaleza que por ellas se habían de atropellar las leyes divinas y humanas." No obran ni piensan de la misma manera los políticos modernos, quienes sacrifican aun la vida de los hombres al mal entendido bien-general.

(1552).—Velasco halló ademas de los referidos, multitud de abusos que no podía corregir de pronto sin gran riesgo, y sin embargo logró atacarlos de raíz. Sucedió que el clero, gran protector de los indios á quienes había procurado suavizar muy mucho su dura condición, por cuya causa, ciertamente justa, tenía gran valimiento entre ellos, cometía algunos excesos que solo podrían tolerarse con grande escándalo de la población, y que por otra parte se hacía imposible reprimir sin sujetarse al resentimiento universal, ó acaso á más; pero con todo arrojó el virrey á quien no servían de tropiezo las mayores dificultades que nunca lo fueron para él los inconyententes que se oponían á la felicidad pública. Con este objeto, pues, consiguió del soberano órdenes, no solo dirigidas á la Nueva-España, sino aun á las autoridades de puertos de la Península, para el bien de aquella.

No bastaba á los infelices hijos de la Nueva-España el temor de ser acometidos por los pueblos que aun no se habían sujetado á la dominación peninsular: no solo tenían por enemigos á naciones indómitas ó á pueblos rebeldes, si se quiere, á la corona de Castilla, ó mas bien celosos de su libertad, que cuando podían intentaban sacudir el yugo; sino que ademas otra causa hacia los caminos intransitables, y hasta las mismas poblaciones inseguras, la multitud de ladrones que los infestaban. Velasco procuró remediar este mal, formando el tribunal de la Santa Hermandad, tan afamado en España por los buenos efectos que había producido, el cual había de presidirse por los

dos alcaldes de la mesta, (2) y al que despues de algun tiempo le fué sustituido el terrífico de la Acordada que casi llegó á nuestros días.

(1533).—No se limitó Velasco únicamente á estos actos, sino que conforme á las instrucciones que Carlos V. le había dado, y al deseo de engrandecer la colonia que le tenía confiada, trató de plantear establecimientos de instrucción pública. Con tal objeto, bajo sus auspicios se abrió y bendijo la Universidad de México, que todavía existe en la misma forma, como monumento de la antigüedad mexicana, y para gloriosa memoria de Velasco, aunque solo de ella se conserva el edificio, el claustro y el nombre, mas no las cátedras, que poco á poco han ido caducando, hasta el 18 de agosto de 1843 que se dejaron sin objeto alguno por un decreto del gobierno. Para estreñar y bendecir la Universidad, celebrada una misa solemne en el colegio de San Pablo, entonces como ahora, de religiosos Agustinos, salió de él una procesion, en la cual marchaban primeramente los catedráticos del nuevo plantel, que acababan de ser nombrados, en seguida las personas mas acreditadas en la carrera de las letras, los tribunales, la municipalidad, la audiencia, y por último, el virrey que presidia; al llegar á la Universidad, conjetura el padre Cayo que se pronunció un discurso latino para dar fin á la funcion. Todo esto se verificó el 25 de enero, y aun ahora se celebra todos los años una misa solemne en este día en la Universidad. La cédula de su ereccion fue expedida en 25 de setiembre de 15, y la bula de confirmacion de Paulo, IV en 35, dándola los mismos privilegios que á la de Salamanca en España. Fué promulgada la bula con gran pompa y aparato como se acostumbraba hacer por todas las de su clase.

El año de 53, funesto para México, dió á conocer á los habitantes de la Nueva-España hasta donde se extendía la actividad de su virrey. Una gran sequia fué el principal hecho que marcó este año y la primera inundacion de la capital, que aconció despues de la conquista, á consecuencia de un fuerte aguacero que duró veinticuatro horas. lo que aterrorizó en gran manera á los españoles, no acostumbrados, pero no á los indios que por la historia sabian que desde tiempos anteriores afligía este mal á México. Tres días permaneció la ciudad anegada, en tales términos, que era ne-

(2) Había en el ayuntamiento de México dos alcaldes, que se llamaban de la mesta, porque estaban encargados de ejercer jurisdiccion en negocios de ganado, que es lo que expresa la palabra mesta.

cesario andar en canoas: (3) Apenas hubo cesado la inundación, en que habia desplegado el virrey todo su celo, hizo llamar á los caciques, y en seguida les previno que reuniesen toda su gente para construir una albarrada que impidiera otro acontecimiento en lo sucesivo, semejante al que acababa de pasar, cuya determinación la habia acordado con la ciudad. Concurrieron á la construcción de la albarrada multitud de brazos, que para evitar confusión y á fin de que se trabajara con orden, fué preciso distribuir en cuadrillas, dando porciones diferentes á diferentes operarios, siendo el primero de todos D. Luis Velasco, que trabajó todo el primer día á la par que los demas con su azadon en la mata, y animándolos con su ejemplo; en los restantes dias que duró la obra hasta su conclusión, si no continuó en la misma tarea, se le halló de sobranste en diversas partes, encargado de dirigirla; de suerte que Velasco, aunque no con la pompa y fasto que correspondia al representante del monarca, si con el traje sencillo de un particular, con el humilde albrán, honró el oficio. Este ejemplo imitable lo siguió en 1491 D. Juan Ruiz de Apodaca, hombre benévolo y penúltimo virrey de la Nueva-España; de modo que el segundo, contando según el orden natural, y el segundo comenzando desde el último, obraron conformes en un hecho que produciendo grandes bienes á México, les dió gran gloria á ellos mismos.

(1553).—Fracasó en este año una flota que cargada de metales, habia partido para la península, y si su pérdida fué sensible por las inmensas sumas que trasportaba, no fué ménos dolorosa por las personas que iban á su bordo, de las cuales ninguna logró escapar.

Todavía no se habia logrado suavizar del todo la situación de los indios: su salud corporal se hallaba en estremo debilitada, habiendo sido lo que debió llamar primero que otra cosa la atención de los españoles, puesto que el primer espectáculo que se presentó á su vista, el memorable dia 13 de agosto de 21 en que se rindió la ciudad de México, al tiempo de ocuparla, fué todo de escenas de destrucción, causadas en parte por los proyectiles, y en parte, acaso la principal, por la enfermedad que á consecuencia del ésto y por la es-

(3) No debo sorprender esto si se nota que con un mediano aguacero se inundan hoy las calles de México, lo que con mayor razón debia verificarse en una época en que no habia los desagües que ahora, y cuando la ciudad estaba cortada casi toda por aceras.

casas necesaria de recursos, contagió á los moradores. Sin embargo, en nada ménos se pensó que en construir un hospital, hasta pasado algun tiempo que ordenó Cortés en su testamento se fundara el que conocemos con el nombre de Jesus Nazareno, y en el cual no eran atendidos los indios, ó por lo ménos se les miraba con poco aprecio. En 564 que padecía mucho la población, lo hizo presente Velasco al emperador, quien le dió amplias facultades para que obrara como mas fuese de su agrado, consultando al interes de los indios y señalando para un hospital dedicado exclusivamente á estos, dos mil reales de las penas de cámara, y en cada año cuatrocientos, del mismo fondo, y en caso de que no bastaran, que echasen mano del real erario mientras se creaba un fondo. Entónces fundó el virrey el hospital que aun conserva el nombre de Real, y del que por una desgracia harto lamentable, solo existe la capilla, que es pública, convertido lo demas en casa de vecindad.

(1555).—Los Chichimecas, nacion belicosa, no habian sido sometidos al dominio español, y en vano se lechó mucho tiempo por conseguirlo, que ellos opusieron una tenaz resistencia y hallando que no podrian combatir directamente sin sujetarse á sufrir á cada paso recios descalabros, inventaron hacer la guerra en cuadrillas dispersas, ocultándose en los bosques y acompiendo al enemigo de prevenido y en poco número, así es que en 554 asaltaron un gran convoy á pesar de la fuerza que lo escoltaba, del que apenas pudo salvarse muy poco, debido esto á la felicidad de las bestias que encontrándose solas se dieron á correr por medio de las llanuras y aun de los terrenos montuosos del Bajío. Por este hecho y otros semejantes que sin cesar se repetian, ordenó D. Luis Velasco fundar dos poblaciones y colocar en ellas tropa que asegurara el tránsito á los pasajeros, y de entónces data el origen de las villas de San Felipe Yzilamaña y San Miguel Grande hoy Atlixco, por haber nacido el héroe de este nombre, que hizo colonizar en muy poco tiempo. Recorriendo los españoles en este mismo año la Sierra Madre, descubrieron algunas minas de oro y plata. Por disposición del monarca se prohibió que se trabajara el oro para contener el flujo, que como causa primera de la molición, ocasionaría inevitablemente la ruina del nuevo país.

Habíase entre otras cosas prevenido á Velasco por Carlos V, que procurara estender hasta donde le fuese posible la conquista, y en cumplimiento de tal prevención dispuso que con este objeto marchara Francisco Ibarra al interior,

no olvidando advertirle antes que empleara los medios suaves sin hacer uso de las armas, sino en casos estremos. Ibarra, pues, hizo poblar, conforme á las órdenes del virrey, muchos lugares de consideración, entre ellos Durango, capital del departamento del mismo nombre (entónces Chichimela y algun tiempo despues la Nueva-Vizcaya) descubrió tambien ricas minas de oro y plata, consiguiendo con la infinidad de españoles que estos preciosísimos metales atraían, fundar la villa del Nombre de Dios.

La defensa de los indios se hallaba abandonada en los tribunales, de suerte que no se alegaba por su justicia. Velasco informó de ello al emperador, así como de que los caciques gravaban con impuestos á los mismos indios, y que su enseñanza se encontraba muy descuidada, y en consecuencia fué el virrey facultado para evitar tantos abusos, haciendo que las causas de los indios se encomendasen á los fiscales reales, siempre que no se interesase la hacienda pública, en cuyo caso se nombrarían letrados para que se encargasen de la tal defensa. De esta manera proveía Velasco al bien de los indios, dando disposiciones particulares respecto del reparto de terrenos baldíos, y entreteniendo á los españoles con las colonizaciones, para distraerlos de oprimir á los indigenas y tenerlos contentos de su gobierno: con tal objeto hizo que poblase la villa de Santa Bárbara, la de Guadiana, las minas de Sombretelo y Chalchihuites, el Mazapil y las tierras de Yndehé. Sacaba pues, partido de la utilidad general sin descuidarla.

(1556).—Llegaron á México en este año dos hijos del virrey que venían de España, de los cuales el mayorazgo llamado D. Luis, que despues fué tambien virrey de la Nueva-España, casó en esta con una sobrina carnal de D. Antonio de Mendoza el primer virrey.

Divulgóse en este año la nueva de la abdicación de Carlos V, que en efecto se habia verificado en Flandes; pero nada se sabia oficialmente.

(1557).—El 5 de abril recibió la municipalidad de México dos oficios: el primero del emperador firmado el 16 de enero, y el segundo de Felipe II de 17 del mismo mes; en uno y otro se anunciaba la abdicación de Carlos V y se prevenía que fuera reconocido y jurado el nuevo monarca, cuya inauguración habia tenido su lugar en la corte, y la que se mandaba que se celebrara. El ayuntamiento acordó dar cuenta al virrey que á la sazón se hallaba fuera de la capital, y anunciarle al mismo tiempo que se habia fijado para la jura el primer dia de la

próxima pascua de Espíritu Santo. Velasco regresó inmediatamente que llegó á sus manos la comunicacion del ayuntamiento, que en cabildo del 4 de junio señaló el 6 para la festividad.

El domingo 6 de junio de 1557, fué en efecto reconocido y jurado rey de las Españas en la capital de la Nueva, Felipe II: la ceremonia fué de esta manera: de las casas consistoriales salió una procesion compuesta de todas las corporaciones y personas distinguidas, la ciudad, la audiencia y el virrey que cerraba la marcha; en esta forma se encaminaron á la catedral, donde celebró de pontifical una solemne misa su arzobispo D. Fray Alonso de Montañar del orden de predicadores, segundo prelado eclesiástico de México; en seguida bendijo éste mismo el peñon que por un medio del acompañamiento condujo el alferrez real D. Luis de Castilla, volvió despues toda la comitiva al centro de la plaza, y allí sobre un tablado dispuesto con este objeto y suntuosamente erigido, requiriendo la municipalidad al virrey, tomó este el peñon en sus manos y lo levantó delante de la audiencia y de los testigos, que lo fueron el provincial de Santo Domingo y el de San Francisco; se acercaron despues los gobernadores de todos los pueblos de indios comarcanos e hicieron homenajes al nuevo rey. Concluida esta ceremonia se terminó la función disolviéndose la comitiva.

La entrada del nuevo monarca fué favorable á los pueblos nuevos, porque si Carlos se habia empeñado en monasterios que estaban sujetos á un gobierno paternal, lo procuraba del mismo modo Felipe, quien comenzó por dar instrucciones al virrey, si no iguales muy semejantes al ménos, á las que su padre le habia dado cuando le despatchó. Así fué que acababa dos años antes en quinientos cincuenta y cinco de celebrarse un concilio en Trento, al que habian concurrido los mas grandes ingenios de la Europa, y cuya celebracion habia sufrido grandes contratiempos y demoras; algunos años se determinó en él que todos los fieles que daban sujetos al pago del diezmo eclesiástico, Felipe segundo mandó promulgar este Concilio, y á pesar de eso eximió á los indios espresamente de tal contribucion.

(1558).—Había naufragado una flota en quinientos cincuenta y cuatro, como llevamos dicho, perdiéndose toda la tripulación, que parte habia perecido en las aguas del Oceano, y la otra que pudo saltar á tierra por medio de tablas no escapó de caer en poder de los Floridaños, en cuyas manos perdió la existencia. Era este pueblo indomable y aun no se habia logra-

do someterle á la dominación estrangera: por mucho tiempo habia resistido, y ninguna empresa que acometia le era adversa: cuantas veces se le habia agredido otras tantas habia salido vencedor. Dolia mucho á Felipe que pueblos poderosos se hubieran rendido á la corona de Castilla, y que este, al parecer no considerable, resistiera: juzgó que sería fiavel conquistarlo, y al efecto, en quinientos cincuenta y ocho, dió orden al virrey de la Nueva-España, de que disponga fuerza para sujetar la Florida. Velasco no osó desobedecer, no reusó ejecutar la disposición del soberano, no intentó aconsejarle que era inútil toda tentativa de esta especie, á pesar de que conoció lo ineficaz de la empresa: pidió pues, mil flecheros á los indios, dispuso levas, poca necesidad tuvo de ellas, multitud de hombres se le ofrecieron voluntariamente, tal era la sed del oro veían ya conquistado un nuevo Potosí. Velasco, de entre tantas, sólo conservó dos mil hombres, los que entendió que eran mas útiles, y al concluir el año, su tropa estaba ya disciplinada.

1569.—La expedición al principio de este año emprendió su marcha: llevaba ocho intérpretes, que habiendo recorrido los países de la Florida, tenían algunos conocimientos en su idioma y costumbres. El virrey mandó tambien que se repartieran entre los soldados algunas mujeres que de caza se habian traído ciertos españoles: esto se disponia con el fin de que pudieran referir á sus paisanos el buen trato que se les daba, y la estimacion en que eran tenidos por los españoles. Velasco, por último, encargó á los gefes y arengó á las mismas tropas que se empeñaron en hacer uso de medios suaves y pacíficos, y con este objeto, obsequiando al mismo tiempo las preveniciones del rey, hizo que marchasen tambien religiosos graves de S. Domingo y S. Francisco. Para alentar la empresa, el virrey la acompañó hasta el puerto de la Veracruz, donde se embarcaron en tres buques. Luego que se hubieron hecho á la vela, regresó á México sin la mas mínima esperanza de un feliz resultado. Y en efecto, á muy poco tiempo se supo en México que la armada habia desembarcado en las costas de la Florida, sin haber padecido contra tiempo alguno en su travesía, mas que apenas se encontró en tierra, y se halló acometida por los indios, en términos de que pedía auxilios, pues se hallaba absolutamente indefensa. Dos veces se abandonaron, y dos se dieron socorros de nuevo, hasta que los gefes tomaron el partido de abandonar la empresa, pasaron la poca tropa que pudo escapar salva á la Haba-

na, y de allí á la Nueva España. Poco tiempo despues, casi al concluir el año, supo el virrey que los franceses trahian de colonizar la Florida, y á efecto de impedirlo mandó unos buques que la costearan, con órdenes muy terminantes relativas á tal fin.

1560.—Hasta aqui habia ejercido el virrey una autoridad sin límites, aunque Velasco no habia jamas abusado de ella, pues que en negocios arduos y trascendentales siempre consultaba á la audiencia. Esta, y algunos españoles ricos, cuyos excesos habia reprimido Velasco, resentidos por su conducta, procuraban menoscabarle en cuanto le fuese posible sus facultades. Imposible era persuadir al rey del mal manejo por parte de su delegado en la Nueva España, cuando le constaba de lo contrario de que se hallaba bien informado, así que, se necesitaba un pretexto plausible que alegar ante el monarca y no solo esto, engrandarlo y ganar á sus consejeros. Con tal motivo pues, marcharon unos comisionados á la corte, los cuales la representaron, que hallándose quebrantada la salud del virrey, y no siendo por otra parte muy seguro que aceriase este siempre en todas sus medidas, era conveniente para el buen gobierno de la Nueva España darle un consejo, sin cuyo acuerdo nada pudiera resolver, el cual á la vez que le ayudaba á desempeñar las funciones de su alto ministerio, le evitaria la responsabilidad que naturalmente le debian sujetar las providencias que tomara por sí solo y sin deliberacion quiza. El rey que nunca creyó, como era en realidad, que solo se disponia con el fin de que pudieran referir á sus paisanos el buen trato que se les daba, y la estimacion en que eran tenidos por los españoles. Velasco, por último, encargó á los gefes y arengó á las mismas tropas que se empeñaron en hacer uso de medios suaves y pacíficos, y con este objeto, obsequiando al mismo tiempo las preveniciones del rey, hizo que marchasen tambien religiosos graves de S. Domingo y S. Francisco. Para alentar la empresa, el virrey la acompañó hasta el puerto de la Veracruz, donde se embarcaron en tres buques. Luego que se hubieron hecho á la vela, regresó á México sin la mas mínima esperanza de un feliz resultado. Y en efecto, á muy poco tiempo se supo en México que la armada habia desembarcado en las costas de la Florida, sin haber padecido contra tiempo alguno en su travesía, mas que apenas se encontró en tierra, y se halló acometida por los indios, en términos de que pedía auxilios, pues se hallaba absolutamente indefensa. Dos veces se abandonaron, y dos se dieron socorros de nuevo, hasta que los gefes tomaron el partido de abandonar la empresa, pasaron la poca tropa que pudo escapar salva á la Haba-

na, y de allí á la Nueva España. Poco tiempo despues, casi al concluir el año, supo el virrey que los franceses trahian de colonizar la Florida, y á efecto de impedirlo mandó unos buques que la costearan, con órdenes muy terminantes relativas á tal fin.

1560.—Hasta aqui habia ejercido el virrey una autoridad sin límites, aunque Velasco no habia jamas abusado de ella, pues que en negocios arduos y trascendentales siempre consultaba á la audiencia. Esta, y algunos españoles ricos, cuyos excesos habia reprimido Velasco, resentidos por su conducta, procuraban menoscabarle en cuanto le fuese posible sus facultades. Imposible era persuadir al rey del mal manejo por parte de su delegado en la Nueva España, cuando le constaba de lo contrario de que se hallaba bien informado, así que, se necesitaba un pretexto plausible que alegar ante el monarca y no solo esto, engrandarlo y ganar á sus consejeros. Con tal motivo pues, marcharon unos comisionados á la corte, los cuales la representaron, que hallándose quebrantada la salud del virrey, y no siendo por otra parte muy seguro que aceriase este siempre en todas sus medidas, era conveniente para el buen gobierno de la Nueva España darle un consejo, sin cuyo acuerdo nada pudiera resolver, el cual á la vez que le ayudaba á desempeñar las funciones de su alto ministerio, le evitaria la responsabilidad que naturalmente le debian sujetar las providencias que tomara por sí solo y sin deliberacion quiza. El rey que nunca creyó, como era en realidad, que solo se disponia con el fin de que pudieran referir á sus paisanos el buen trato que se les daba, y la estimacion en que eran tenidos por los españoles. Velasco, por último, encargó á los gefes y arengó á las mismas tropas que se empeñaron en hacer uso de medios suaves y pacíficos, y con este objeto, obsequiando al mismo tiempo las preveniciones del rey, hizo que marchasen tambien religiosos graves de S. Domingo y S. Francisco. Para alentar la empresa, el virrey la acompañó hasta el puerto de la Veracruz, donde se embarcaron en tres buques. Luego que se hubieron hecho á la vela, regresó á México sin la mas mínima esperanza de un feliz resultado. Y en efecto, á muy poco tiempo se supo en México que la armada habia desembarcado en las costas de la Florida, sin haber padecido contra tiempo alguno en su travesía, mas que apenas se encontró en tierra, y se halló acometida por los indios, en términos de que pedía auxilios, pues se hallaba absolutamente indefensa. Dos veces se abandonaron, y dos se dieron socorros de nuevo, hasta que los gefes tomaron el partido de abandonar la empresa, pasaron la poca tropa que pudo escapar salva á la Haba-

1561.—Todos los buenos vasallos del rey de las Españas habian llevado muy á mal tal providencia, y el ayuntamiento particularmente se empeñó en oponerse á ella, no haciendo una resistencia violenta, sino acordando con el virrey, y casi comprometiendo á enviar unos procuradores, que representaran á la corte el estado que guardaba el reino, y los inconvenientes que al ejecutarse presentaba su mandamiento, haciéndole ademas manifiesto que nunca el mismo Velasco habia resuelto en negocios graves sin consulta de la audiencia, de la cual, por otra parte, era muy agena la facultad que ahora le habia sido dada. Se nombraron en efecto los comisionados á quienes se encargó tambien solicitaran del rey que quitara á la audiencia el conocimiento de los negocios judiciales de los indios, cuyos asuntos, siendo de poca monta, y por otro lado, de no difícil resolucion, se demoraban mucho tiempo con perjuicio notable de los interesados, lo que se evitaba si se dejaba el dicho conocimiento al virrey, quien, con dictamen de asesores letrados, nombrados por él mismo, sin apelacion ni otro recurso alguno, de plano y sin forma de juicio, podria terminar unos negocios en que solo se agitaban cuestiones sobre division y propiedad de pequeños terrenos. El virrey, obrando con delicadeza, pedia ademas que se le nombrara un visitador, con el objeto de que examinando el verdadero estado de la Nueva España, diese cuenta al soberano de su administracion.

1562.—Llegaron los procuradores á Madrid, en quinientos sesenta y dos, en tanto que la Nueva España continuaba gobernada á la manera que llevamos dicho por el virrey y la audiencia, sin experimentar mejoras de ninguna clase. Los consejeros del rey, á quienes este pasó consulta luego que recibió á los comisionados, dictaminaron, como era de esperarse, por la audiencia que los tenia por suyos, y solo aconsejaron al monarca, de acuerdo con lo pedido, el nombramiento del visitador, cuyo cargo recayó en el Lic. Valderrama. Dióle Felipe sus instrucciones conforme á lo que demandaban las exigencias públicas de la Nueva España y los intereses de sus habitantes. Habia que contener multitud de excesos, entre los cuales se hacian muy notables y habian en gran manera llamado la atencion del soberano, los abusos de los oidores. Visitaban á los pueblos, y en las visitas los recargaban con tributos que, por via de honorarios, estipendio, ó como quiera llamárase, se les pagaban. Estaba un negocio para recibiese á prueba, lo que de-

Tomo 1.

1561.—Todos los buenos vasallos del rey de las Españas habian llevado muy á mal tal providencia, y el ayuntamiento particularmente se empeñó en oponerse á ella, no haciendo una resistencia violenta, sino acordando con el virrey, y casi comprometiendo á enviar unos procuradores, que representaran á la corte el estado que guardaba el reino, y los inconvenientes que al ejecutarse presentaba su mandamiento, haciéndole ademas manifiesto que nunca el mismo Velasco habia resuelto en negocios graves sin consulta de la audiencia, de la cual, por otra parte, era muy agena la facultad que ahora le habia sido dada. Se nombraron en efecto los comisionados á quienes se encargó tambien solicitaran del rey que quitara á la audiencia el conocimiento de los negocios judiciales de los indios, cuyos asuntos, siendo de poca monta, y por otro lado, de no difícil resolucion, se demoraban mucho tiempo con perjuicio notable de los interesados, lo que se evitaba si se dejaba el dicho conocimiento al virrey, quien, con dictamen de asesores letrados, nombrados por él mismo, sin apelacion ni otro recurso alguno, de plano y sin forma de juicio, podria terminar unos negocios en que solo se agitaban cuestiones sobre division y propiedad de pequeños terrenos. El virrey, obrando con delicadeza, pedia ademas que se le nombrara un visitador, con el objeto de que examinando el verdadero estado de la Nueva España, diese cuenta al soberano de su administracion.

1562.—Llegaron los procuradores á Madrid, en quinientos sesenta y dos, en tanto que la Nueva España continuaba gobernada á la manera que llevamos dicho por el virrey y la audiencia, sin experimentar mejoras de ninguna clase. Los consejeros del rey, á quienes este pasó consulta luego que recibió á los comisionados, dictaminaron, como era de esperarse, por la audiencia que los tenia por suyos, y solo aconsejaron al monarca, de acuerdo con lo pedido, el nombramiento del visitador, cuyo cargo recayó en el Lic. Valderrama. Dióle Felipe sus instrucciones conforme á lo que demandaban las exigencias públicas de la Nueva España y los intereses de sus habitantes. Habia que contener multitud de excesos, entre los cuales se hacian muy notables y habian en gran manera llamado la atencion del soberano, los abusos de los oidores. Visitaban á los pueblos, y en las visitas los recargaban con tributos que, por via de honorarios, estipendio, ó como quiera llamárase, se les pagaban. Estaba un negocio para recibiese á prueba, lo que de-

1563.—Precursor de un sin número de males llegó á la Nueva España el visitador Valderrama, alirando su visita el año de sesenta y tres, con duplicar los tributos á los habitantes en obsequio de las benéficas instrucciones que segun tenemos asentado, se le dieron en la corte. Los vecinos de la capital le representaron por la diminucion del impuesto, alegando en su apoyo la costumbre que tenian de no pagarlo nunca, costumbre observada constantemente desde los tiempos del gobierno de los monarcas agnaticos, y durante los posteriores de la dominacion española, y la cual se fundaba en que no poseian bienes raíces para poder contribuir, y que por otra parte lo hacian per-

28

sonalmente acudiendo á las obras públicas de la ciudad desde la conquista. El visitador solo lo dió por respuesta la cobranza del tributo, la cónica á la verdad, pero muy propia de su carácter. Viéndose los infelices mexicanos desairados en su solicitud, acudieron al virrey que miraban como padre común y de quien esperaban el remedio; mas en vano, el virrey nada podía, ni por su infirmitad personal, ni por el respeto á su dignidad, así es que solamente los consoló: no pudo hacer otra cosa. Desdeñándose se dió al visitador el renombre de *no-destador de los indios*, con el que fué conocido después. En tanto que Valderrama andaba en la visita y que se hallaba entregado á ella, Velasco cumplía las órdenes de Felipe, apresalaba la armada que había de marchar á Filipinas, la organizó é hizo anunciar su salida para el año próximo.

(1544).—Llegó este, y con él un cúmulo de calamidades á los hijos de la Nueva España. Fué en el nombrado alcalde de la Mesta, Juan Xaramillo, hijo, á lo que entiendo, de la famosa Doña Marina, y por mandamiento del visitador se nombró alguacil mayor á Cortés, hermano de padre del marqués del Valle, de su mismo nombre, Martín, é hijo del conquistador, de modo que sirvieron en el ayuntamiento en este año, dos hijos de la Malintzin (4). Las tropas destinadas para Filipinas, estaban ya prontas á emprender su viaje, y en días de verificarlo lo suspendieron por el quebranto de salud del virrey, quien se hallaba en cama hacia algunos días, atacado de un mal de orina que por mucho tiempo le había hecho padecer. Agravose la enfermedad por momentos, y el treinta y uno de julio espiró Velasco, con universal sentimiento, así de mexicanos, como de españoles, quienes dieron muestras de verdadero dolor, pues le tenían, según dije arriba, por padre común, y su buena conducta le mereció el título de *padre de la patria*, y á fe que lo fuera y el libertador también de los indios, como con justo motivo le ha llamado alguno.

A su muerte no solo se encontró que no había enriquecido con los caudales públicos, cosa bien rara entre gobernantes, sino que se hallaba

(4) Como parece una contradicción que Martín Cortés sea hermano de Xaramillo, siendo lo dicho en la pag. 44 columna 1.ª artículo *La Malintzin*, que del hijo de esta y Cortés descendían los marqueses del Valle, me ha parecido oportuno aprovechar esta ocasión para manifestar que el heredero y sucesor en el mayorazgo del conquistador, fué su hijo Martín, habido en matrimonio, y no el natural, como equivocadamente lo había enseñado.

aun recargado de deudas á causa de su estrechada pobreza. México honró su memoria en su sepultura, la cual le fué dada con gran pompa, hasta entonces no vista. Al efecto salió su cadáver de la casa en que dejó de existir, acompañado de todas las corporaciones civiles y eclesiásticas, presididas por la ciudad, la audiencia y el visitador, cargado el cuerpo en hombros de cuatro obispos que con otros dos se hallaban en México á la celebración de un concilio. Las exequias se le hicieron en Sto. Domingo donde fué sepultado (5). Después de algunos años que se concluyó la Iglesia nueva, su hijo D. Luis, siendo virrey, pasó á sus huesos y le erigió un magnífico sepulcro en el lado del evangelio (6).

La marcha de la conducción del cadáver le cerraban los 600 hombres que se hallaban dispuestos para Filipinas. Concurrió al entierro un inmenso gentío, pero no llevado de curiosidad, sino de un profundo sentimiento: todos le lloraron y sin que hubiera sido dispuesto

(5) Todos los historiadores convienen en este hecho de la sepultura y en el de la traslación de los huesos á la Iglesia nueva: esta parece es la actual, mas no se conserva en ella vestigio alguno del sepulcro, yo he consultado sobre el particular y nada se sabe de cierto según los informes que he tenido, pues que ni aun las crónicas del convento parecen que lo refieren.

(6) Así describe un historiador sus funerales: „... cuya muerte fué llorada de todos, sentida de los más extraños, acompañado su cuerpo no solo de los sacerdotes de simple sacerdotio, sino tambien de 6 obispos que no se hallaban presentes en esta ciudad, en un sínodo provincial que se hacía, antecediendo los cabildos eclesiástico y secular, acompañado como capitán general de mas de seiscientos soldados, que en aquella sazón se habían alistado por orden del mismo difunto para la jornada de la Espección” [Filipinas]: „los reyes de armas iban delante: las cajas y tambores destemplados y roncoc; caballos entulados, despalmeados y cojos”... refiere después que asistió una numerosa concurrencia compuesta de personas de todas clases y estados, y concluyó: „Con esta pompa y magestad llevaron este cuerpo difunto al convento de Sto. Domingo de esta ciudad donde fué enterrado en la Iglesia vieja. Murió en las casas de Hernán de Herrera, que agora son de Agustín Guerrero; y aunque cuando murió este cristiano, sino príncipe fué enterrado su cuerpo en la Iglesia Vieja [como dijimos dicho] después fuéron trasladados sus huesos á la segunda que se hizo, trasladados al Ermitaño. D. Luis Velasco su hijo, siendo virrey de esta Nueva España, la primera vez [de dos que lo ha sido, cuyo gobierno de la segunda, digna, prudente y cristianamente hoy ejerce] se su sepulcro muy artificioso, el cual está situado en el lado del altar mayor, á la mano del evangelio, obra cierto maravillosa y digna de tan raro y selecto príncipe y capitán.—Tom.º Monarq. Ind.

por autoridad alguna, le guardaron luto durante un mes: tal le amaban, tal falta les iba á hacer, como que apenas murió, comenzó ya á resentirse con males que los religiosos franciscanos anunciaron al rey en una carta que le dirigió (7).

(7) La carta cuyo texto á continuación insertamos, que cae del Froyilial y Histiadores de la Provincia del Santo Evangelio, dirigida á Felipe II, en 28 de agosto de 1566, es el testimonio, mas irrecusable que puede darse, en su prueba del gobierno paternal de Velasco, y la mejor recomendación que puede hacersele dice de este virrey: „y así no dudamos, sino que teniendo Vuestra Magestad atención á sus muy leales servicios, y á las aplicaciones de muchos, que con justo título y sobrada razón, intercederán en este negocio, será servido de remunerar en sus hijos, lo que solo les dejó por herencia de los trabajos, que se dejó á Vuestra Magestad obligado á hacer grandes mercedes. Lo mucho que este buen capitán y fidelísimo gobernador trabajó en esta Nueva España, no se puede explicar con breves palabras, ni queremos tampoco gastar muchas para este efecto, por evitar prolixidad; y porque Vuestra Magestad, lo enterderá antes de muchos años muy á la clara, en la falta que su persona hará de sí en adelante, para el buen go-bierno de estos reinos. Murio padre de hacienda” [á fe que entré nosotros no habrá uno solo de quien pueda decirse otro tanto], „y mucho mas en la buena conciencia.”

Aquí concluyó el gobierno del segundo virrey, que extraño cómo pudo estenderse hasta 14 años, cuando había dispuesto el soberano, que á excepción de Mendoza, ningún virrey pudiera ser mas de 6; y por cierto que en los historiadores no he visto que á alguno le haya llamado esto la atención: puede solamente conjeturarse que atendiendo á su buena y acertada política se le prorogara expresamente su comisión: lo evidente es que la dejó cuando terminó su vida para abrir un nuevo periodo, y por cierto que infuasto, á la historia de la Nueva-España (8).

CARLOS M. SAAVEDRA.

Esto lo tomamos de Turquimada, del que hemos sacado nuestros apuntes por este artículo, así como del Padre Cayo y Herrera, aunque este último nos merece muy poca fé por su parcialidad.

(8) No sabemos cuando le fué dado el título de conde de Santiago, pues solo tenemos noticia de haber sido el primero que lo tuvo por el retrato del Marqués Nacional, y á cuyo título suponemos fundadamente se hizo acreedor por un buen comportamiento. Creemos también que se le dió siendo ya virrey, por razón de ser mayorazgo de la Nueva-España, y que concurrieron sus descendientes hasta el año de 1820, en que por decreto de las cortes españolas quedaron abolidas todas las vinculaciones.

CARTAS SOBRE ALEMANIA

POR UNA SEÑORITA

AMERICANA.

Uno de nuestros compañeros en la redacción de este periódico, nos ha proporcionado un manuscrito bastante curioso y que tenemos la satisfacción de comenzar á trascribir ahora á nuestros lectores. Su objeto es describir un viaje á Alemania, y pensar de que la autora no tuvo indudablemente la intención al escribir sus cartas de que éstas viesen la luz pública, el estilo es tan sencillo, las pinturas de aquella parte de Europa, tan exactas y bellas, las reflexiones tan justas y adecuadas, que no hemos vacilado un momento en obsequiar á nuestros generosos suscritores con esa obra, que á su mérito reúne la, para nosotros, apre-

ciable circunstancia de ser de una hija de América.

Sensible nos es advertir que el texto se encuentra mutilado en algunas partes, mas fortunately son pocas y en trozos muy cortos. Baste de prólogo y no tengamos por mas tiempo suspensa la curiosidad del lector.

I.

Julio 17. Dresde.

Esto sí que fué otro cantar: hasta ahora hemos viajado en nuestro coche á la hora que mejor nos cumplía, no haciendo mas que aumentar la paga del postillon, si tenia que

aguardarnos como no dejaba de suceder una que otra vez; pero esta mañana ya fué otra cosa. ¡Como por encantamento nos vemos en esta capital! Teníamos que levantarnos á las cinco de la mañana para estar en el *roll-road* antes de las seis. Nos despertaron á las cinco y media, y cuando ménos lo pensábamos, nos vino á decir L. fallaban no mas que diez minutos para las seis, los justos que se necesitaban para ir hasta allí en coche. Ya puede V. imaginarse nuestra precipitación *Lebaldica*. Esta, por de contado, salió con media *toilette* en las manos, y herba una Magdalena con el pelo suelto, y para aumento de angustias, al mismo tiempo de llegar á carrera tendida, ¡fiii, fiii, fiii! un vilísimo aviso á nuestro parecer de la campana para llamar á los pasajeros y partir. Mama, sin pönderacion, se soltó una pluma, y nosotras unas sillales, y de un vuelo las tres nos pisamos en el coche que veloz partió al cabo de medio minuto y no mas. Por fortuna, que el equipaje se habia embarcado una hora antes que nosotros.—Me pareció un sueño delicioso después de la lentitud de los pistillones, atravesar de nuevo rápidamente campos, prados, valles y selvas, y meltrastide á aquel feliz momento en que con V. al lado, y mi castillo lleno de manzanitas de Lebanon dejamos este delicioso lugar en (1) *stop*, hasta Troy, para tomar allí el camino de hierro hasta Saratoga. ¿No se acuerda V., papá mío? Fué uno de los *roll-roads* más agradables que anduvimos. Y ahora en Europa!—En tres horas y media nos pusimos en Dresde, donde nos hemos alojado, en uno de sus mejores hoteles, lo que tanto contribuye al gusto y aun felicidad, y acabamos de remitir las cartas de recomendación y crédito para uno de los banqueros de esta capital, y como nos proponemos pasar aquí unos ocho días, preciso es que vaya á hacer la distribución de mi *toilette* que me propongo sea esmerada.

II.

Julio 21, Dresde: á las diez de la noche.

¡Para siempre me acordaré de los cinco días que he pasado aquí! Quiero hacer á V. una larga y exacta relación de lo que hemos hecho, y de lo que nos hemos divertido en Dresde. M. P. M. K., que al momento de haber recibido nuestra carta vino solícito á ofrecernos sus servicios, es hombre de muchísima amabilidad, y quiso presentarnos á su mamá y hermanas, toda familia respetable: fijamos una tarde, y en

[1] Diligencia.

el entretanto él se brindó á acompañarnos á visitar uno de los puntos de vista más bonitos de Dresde. Salimos, pues, con él, y en efecto, nos hizo gozar de un paisaje delicioso. Nos llevó á una especie de café fuera de la ciudad, á orillas del Elba, donde vimos señoras refrescando y tomando sorbetes. Llamen á este lugar *Fiedlater*: entramos en el café que tiene una altísima torre, donde subimos para gozar de la vista. El apacible Elba corría mansamente rodeado de la más pintoresca naturaleza. De nuestro lado veíamos bosques espesos, verdes colinas y montañas elevadas, á cuya falda y al pie del río, aparecían minúsculos pueblitos, uno de los cuales fué la cuna del poeta más célebre Aleman. Del lado opuesto se veía una parte de la ciudad y llanuras cubiertas de tupidísima vegetación. La tarde era hermosa, y dimos gracias á K. de habernos proporcionado tan bella distracción. Como nos quedaba un día antes del río para ser presentadas en su casa, lo empleamos en visitar la galería de cuadros que ansiábamos ver. ¡Ay!

Rafael fué sin duda transportado á los cielos para poder copiar la cabeza de los querubines que sostienen la nube, sobre la cual la Purísima Concepción huella la serpiente, enroscada en la media luna. Mas si me detengo tanto tiempo en cada cuadro como me he detenido delante de este, bien necesitaría tiempo indeterminado para recorrer estas vastas galerías, que encierra cada una cuadros de inestimable valor. Salgamos pues, para ir á dar un paseo en el ameno y vastísimo jardín público, donde respiramos el aire libre del campo. Es Dresde una de las capitales más antiguas, y todos sus edificios son negruzcos y de aspecto imponente, lo que no la hace ménos interesante al viajero, que encontrará en ella los encantos de la naturaleza.

¡Mas qué remedio! Yo me había formado una felicidad de subirlos y bajar á sus valles regados por el Elba, y mamá no ha querido realizar mi delicioso plan, temiendo el sol y queriendo absolutamente reposar aquí de las fatigas y escursiones de Potsdam, para proseguir nuestra ruta ó peregrinación. Mas hablémos ahora de nuestra presentación á la familia de K. Vive esta en una casa de campo preciosa, á orillas del Elba: ¡en tan agradable

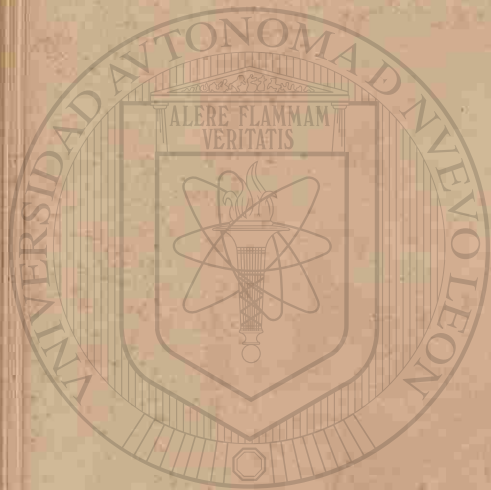


Ver. B. G. G. G.

TRONCO.



AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

mansion pasan la estación de las flores y de las frutas: y a la sombra de los árboles: en un jardín matizado de ricas y fragantes flores, encontramos sentados á su madre y hermanos, al alrededor de una mesa, cubierta de fresas, de frambuesas, de crema, de dulces y bizcochos. Con gran seriedad nos saludamos sin darnos la mano, lo que en Europa es costumbre cuando no hay confianza, y entre nosotras gran impolítica si dejara de hacerse en todos casos. Dube V. saber para entrar en todos los pormeanos de esta c6mica y agradable visita, se ignora aun la existencia de las Antillas, si no es casi de la América entera, y se la figura un feo país montañoso, frágil, de habitantes negros montaraces que viven al cielo raso, á la inelencencia, y con tanta civilización como puedan tener las fieras con que viven, garras y colmillos para defenderse de sus ataques. En lo general nuestra isla se conoce como una colonia que no puede tener nada mas bueno que su tabaco, su ar6xer y café, y gracias. Con esta idea de nosotros polares colonos, se nos recibió en consecuencia con grande circunspeccion, y nosotras que íbamos ya preparadas, nos dábamos aire de francesas, y era de verse la admiracion casi láctica con que nos examinaban, buscando en vano alguna cosa que les chocara, como oírnos hablar algun idioma salvaje, vernos saludar con los brazos cruzados en el pecho, tener los dientes entresacados y la tez tostada; ignorar el uso de las sillas, y del cubierto, abrir los ojos y la boca cuando oyéramos hablar una lengua civilizada. La madre era sobre todo un colofio. Con el *sansucon* de una vieja y curiosidad poco delicada, nos preguntaba. —, Y dónde han aprendido vds. el frances? ¿Acaso tienen vds. por allá maestros? Y díganme, el color natural del país es el negro, ¿no es verdad? Nos preguntaba y queria informarse á su modo de ver, sin que lo notásemos sobre nuestro carácter, sobre nuestro modo de viajar, y sobre nuestras costumbres, nuestras riquezas, nuestras distinciones, nuestra civilización y gobierno. Yo me hice la simple é inocente, y con extrema naturalidad respondia á todo amable y sencillamente. Admirada cada vez mas de no encontrar en nosotras nada chocante, volvía á preguntar. —, El quels son vos moeurs? —, Oh mesdames, tout a fait differents des v6tres. — Respondia yo con énfasis. —, Mais pourtant, ajoutent elles toutes émerveillées, vous êtes en tout égales á nous, et bien plus aimables. Por lo que hace á nuestras cabañas sin techo, se convencieron al fin, eran casas iguales á las suyas, así como sus habitan-

tes, pero siempre creyéndonos una admirable excepcion en donaire y gentileza, en educacion y finura. Mientras tanto eran de oírse las preguntas y respuestas de mamá, que á su turno le dirigia la palabra la señora en italiano, sirviendo de intérprete la hija mayor que se preciaba de comprender el español, por la analogía que hay entre las dos lenguas. En efecto, una que otra cosa se entendian; pero eran tan singulares las esplicaciones que se hacian algunas veces mutuamente, y tan particular el desconcertado sentido y traduccion que daban á lo que no entendian, que á pesar de lo muy engolfada que yo pudiera estar, en mis relaciones de costumbres y hábitos criollos, volvía rápidamente la cabeza hácia los tres interlocutores, pudiendo apenas contener la risa, y unas veces las sacaba de las err6neas traducciones que hacian de lo que mamá les decia, y otras las dejaba maliciosamente caer en las graciosas aserciones que sentaban con gran convección; por ejemplo, le preguntaban á mamá como podia viajar sin una criada, á lo que ella respondia: „que habia sacado una muger blanca de la Habana en su primera navegación, por que se habia persuadido de los inconvenientes que traer consigo una de sus esclavas; y que la blanca, mas le habia servido de estorbo que de otra cosa, viendo por esperiencia era mas cómodo y útil pasearse sin ninguna. —, Ah! respondió la hija mayor, dirigiéndose á su madre: „dice la señora que sacó una esclava negra de su casa, pero que el embajador le aconsejó en Nueva York que la dejara á su cuidado, siéndole mas conveniente pasar á Europa sin ella, y que él se encargaba de enviársela despues. Y mamá bajó la cabeza en señal de aprobacion. Apenas podia contenerme de echar una carcajada de risa, así como L., quien poniéndose de acuerdo con una mirada, no dijo una palabra. Cuando á sus reiteradas súplicas nos prestamos á cantar algunas pequeñas canciones, entonces poco faltó para que nos creyeran ángeles bajados del paraíso, y persuadidas al fin de que en un todo estábamos educadas como ellos, fueron poco á poco depouicadas la reserva y seriedad, y todo se volvió cordialidad y franqueza, y desoes vivos de conocer á la isla de Cúfa, que tales tesoros encerraba. Se brindaron á acompañarnos á visitar lo mas notable que encerraba Dresde. Con ellas ya hemos visitado por segunda vez la galeria de pinturas, y nos hemos paseado en el jardín que llaman de Brakl, dentro de la ciudad; en un terraplen sembrado de frondosos árboles y con una baranda á lo largo, que cae sobre el Elba,

cubierto de botecitos, y ya surcadas sus aguas por los vapores recientemente establecidos. Apoyadas sobre la baranda, gozábamos de esta agradable y animada vista, hermosa por el magnífico puente de once arcos, que aquí atravesaba el río. Este puente es célebre por la suerte que experimentó en la guerra de 1813, en que a pesar de la resistencia del pueblo, fué partido para impedir el paso del enemigo; mas lo que fué destruido está ya reedificado.

Hemos ido al teatro que verdaderamente no pudiera tenerle más mequino la más miserable aldea; se está construyendo al lado mismo uno, que según dicen, será magnífico y de arquitectura nueva y particular. Nos tocó oír en la Norma á la famosa Unglar, aunque ya en decadencia y recibida aun con entusiasmo en los teatros alemanes por su acción, siendo sin duda consumada actriz. Hoy domingo, después de haber oído misa en la magnífica iglesia católica de la Corte, donde se oye también una excelente música, nos vino á buscar K.... á eso de las tres, para llevarnos á su casa donde estaban convidadas á comer. Encontramos á las jóvenes muy aderezadas y con algunos convidados; entre ellos la Unglar. Una preciosa comida nos fué servida. Durante ella, tuve yo conversación animada con uno de los hermanos, que era poeta, y por consecuencia romántico y entusiasmado, y me recibía versos en latín en loor de las polvas inconquistadas, que ahora ensalzadas, no hacía poco habían sufrido escrupuloso examen. Acabada la comida salimos todos á pasearnos en el jardín, y nuestras nuevas amigas adoraron nuestra cabeza con ricas y fragantes rosas de Alejandria. Vueltas de nuestro paseo mis sentamos al pie de un árbol, y L.... fué á colocarse debajo de un naranjo en flor; acercóse á su lado un joven polaco, que había sido convidado, y así, á algunos pasos de distancia, me distraía de los que estaban á mi lado, para seguirlos á ellos dos con la vista, pues ya sabía de lo que hablaban, y me interesaba. Era ese polaco adorador de los españoles, y detractor de sus colonias, asentó sin ninguna delicadeza, que nosotros valíamos según el placer de los españoles de ensalzarnos ó de rebajarnos, y añadió con estoicismo *revoilant*, que los negros eran brutos que necesitaban del rigor, así como nosotros, que teníamos tanta tendencia á la insurrección.—En mi vida creo habrá aparecido sobre mis labios una sonrisa mas despreciativa que la con que honré de lejos tan disparatado concepto. A L.... de ménos sangre fría que yo, se le saltaron las lágrimas de rabia, y le huérron con un „*Nous dites des sottises*“ que él cogió

con política sonrisa. Encendida de despecho, y con aire de soberano desprecio, le dió con la palabra en la boca, y vino á sentarse á mi lado, á una mirada que le di, reprimiéndola de su indiscreción en dar así rienda suelta á su carácter y opiniones. Pero lo hacía de un modo tan encantador, que si posible era excitaba la falta de delicadeza del señor polaco, que parece se encantaba y divertía con el fuego que vibraban sus ojos, y la animación de su semblante al rebatirle, añadiendo á cada opinión suya.—„Vous etes un sot.“—Ay! papá mio, ¿en vano queremos despojarse de los sentimientos patrios! ¿en vano quiere uno armarse de estoicismo, y ser indiferente á todas las opiniones imbéciles ó bien fundadas de los hombres! yo lo sé, estoy persuadida de que no tenemos patria, de que allí todos somos esclavos, y de que los esclavos no pueden tener nobleza, ó lo que aquí llaman aristocracia; yo sé bien que estas serían patrañas, si nuestros compatriotas, nobles de alma y orgullosos, no tanta ni neciamente vanidosos, supieran darse lugar y formarse un carácter; bien sé juzgarlos, y bien comencé nuestra condición; y sin embargo, quisiera volverme una leona, para sacarles los ojos á todos aquellos que nos desagravan y nos desprecian, como es lo general. Esto me hace odiar á todos los europeos, y pido á Dios engrandezca nuestra Isla y sus habitantes, para poderlos despreciar á mi vez como desde ahora lo hago secretamente. No pudiendo ensalzar sino su clima y su naturaleza, me desquito con poner á los Estados-Unidos en los cuernos de la luna, cada vez que encontrándome con un inglés, éste con rencor mortaz é implacable los llama patanes, egoístas, ladrones, cuya prosperidad no será sino de un día. Aquí doy rienda suelta á mi exaltación, y les digo son padres envidiosos, que quieren desconocer en vano la grandeza rápida de sus hijos, porque rivaliza con la suya de siglos, mientras la de ellos es de uno. Se admiran de mi fuego en defender á los americanos del Norte, y me preguntan, qué interés puedo yo tener en ello.—Es mi patria adoptiva, respondo, y añado entre mí: un día puede ser lo será efectiva. ¿Qué dice V. de estos señores ilustres? Tenia razon el Sr. T... en perseguirnos como insurgentes. Yo al ménos: á Dios bendito, lo soy declarada, aunque lo tengo guardado en el fondo de mi corazón: ¡pues de qué me serviría demostrarlo, mientras fuera instrumento aislado é indolente!—¡Callémosen enhorabuena, y sigamos el curso apacible de mi relación.—Sentados en el jardín, llegaron dos ó tres familias mas, entre ellas una señora como de treinta años, que me designaron como

poeta de gran talento, y traductora de D. Quijote; sin embargo, ella se atrevia apenas á dirigirme una que otra palabra en español, falta de práctica en hablarle, lo que no impide poseerle perfectamente para la traducción. Ya venida la noche, subimos todos al salon, y la Unglar nos regaló con varias canciones y arietas en las que creí oír á Margarita O'Brian.—L... tambien nos hizo oír sus acentos de gileguero silvestre. Durante la cena, compuesta de dulces, frutas y refrescos, y amenizada por la mas agradable confianza y cordialidad, que reinaba en el semblante de esta afable familia, comunicándose á toda la reunion, me presentaron un célebre pintor moderno que espresamente convidaron, para que nos conociera, y que no emplea su talento sino en sacar las fisonomías de célebres é ilustres hombres y hermosuras; pero como todos los hombres tienen sus momentos de ceguera, el quiso echar á perder su precioso album, añadiendo á su escogida colección la traviesa fisonomía de una humilde criolla; por fortuna suya nos hemos resistido tanto á sus súplicas como á las de toda esta apreciable familia, que no nos perdonan las dejemos tan pronto, y aun nos proponen, que si nos quedamos algun tiempo mas, nos acompañarán á la Suiza Sajona. No puede V. figurarse su empeño, porque nos quedemos una semana mas siquiera. La señora, las hermanas nos acariciaban cual felinas amiguitas antiguas, y sin duda son preciosas criaturas, que no olvidaremos nunca. Sin embargo, los caballos de posta ya están pedidos para mañana antes de las 7, y fué este el pretexto que dimos para retirarnos antes de las 9.—Está la casa situada enteramente á orillas del Elba, y habiendo despedido nuestro coche, aceptamos el bote de la familia, que es pesado y chato, como los que se usan en este río, y donde rema un solo hombre de pie. La noche estaba oscurísima y llovía mucho. Nos acompañaban con una linterna cuatro galeas, entre ellos M. K.... y llegados á la ribera la lluvia aumentó fuertemente. Parece mentira que en una capital de Europa, de esta Europa antiquísima, se encuentre un río navegable, donde ya se han establecido los vapores, sin que haya un muelle donde desembarcar, no se dice con comodidad, pero al ménos con seguridad. Así es que desembarcamos en una ribera alta, desigual, húmeda y resbalosa naturalmente en sumo grado cuando llueve; de suerte que fué un milagro que en la absoluta oscuridad, á las tres, ó al ménos á mamá, no le hubiera fallado un pie y caído peligrosamente aunque sostenida, cada una por un caballero, y poco faltó para que hubiera sucedido lo contrario, porque yo fui quien sostuve al que me conducía, que todo mojado apenas podía sostenerse, y se le fué un pie apoyándose en mi mano, en la que encontré firmeza.—Para mí fué esto toda una diversion, y mas cuando en una silla de manos, me vi llevar con pasos ligeros á nuestro hotel, escoltada por los mismos caballeros, y siguiendo atrás mamá y L... en sus respectivas sillas, que son muy cómodas y útiles, sobre todo, en invierno, y que son de uso general en Dresde.—Llegadas con felicidad, y mas frescas de lo necesario, nos despedimos de nuestros caballeros sirvientes, después de haberlos reído y congratulado de nuestros trabajos y mútua ayuda al desembarcar en la ribera abundante del manso y apacible Elba.—Ahora pues, si V. lo permite, es tiempo de retirarme yo tambien, y prestar oído mientras nos acostamos, á los recuerdos que me hace L... riendo como una loca de nuestro conocimiento con la familia K.... de sus preguntas, de su amabilidad, y del día de hoy pasado con ella.—Vé V. que hay mucho de qué charlar, segun es nuestra costumbre antes de tirár á la cama y aun mucho después de estar acostadas, hasta que mamá nos gritó... „Niñas; no me dejan dormir, silencio!—Pues señor, silencio!

Julio 23.—Toplitz.

¡Que precioso camino conduce á esta lindísima ciudad ya en el imperio austriaco y á donde llegamos ayer en la tarde! sus colinas y valles, son deliciosos y anuncian de antemano la mansion agradable que debe pasarse aquí en esta estación de los baños, visitados por toda la Alemania durante el verano. Sus diferentes manantiales están al abrigo en diversos hermosos edificios, y el lujo y aseo que reina en ellos, y magníficos hoteles que se habitan adornados de flores, me hicieron acordar de nuestro humilde Sweet Spring, que si no comparable en la hermosura del arte y en la comodidad, al ménos era preferible por sus cristallinos y vastos baños en que no como aquí tiene uno que estarse quieto emparedado en una tina de marmol; preferible aun por la felicidad de sus *cabins* al pie de frondosas colinas septuagenarias. Si el verdor de sus colinas y montañas, si la frondosidad de sus arboles; si la frescura del césped de sus valles no estuvieran amenazados de un rigoroso invierno; ¡que lugar de delicia sería ese para

servir de perpetua morada á pesar de nuestro mal contento E... que no encontraba allí otro encanto que la soledad y paz! ¿Como quien no dice nada!—Mas volvamos á Toplitz.—Ayer en la tarde despues de haber llegado reposamos unas dos horas y fuimos en seguida á pasar por la ciudad; pasamos por el palacio ducal con hermosos y vasto parque, y nos llamó la atención un salón bajo contiguo: enya puerta esterior ó entrada, estaba adornada con cortinas entardecidas; es este el salón dedicado á los bailes y daba uno esa noche justamente el rey de Prusia. —La princesa Guillerma había salido de Berlin para estos baños casi al mismo tiempo que nosotros, encontrándonos en un mismo hotel en Leipzig.—La entrada era, creo á dos florines, y si tan solitarios no hubiéramos

estado, sin duda nos habríamos animado á ir, para juzgar de esta sociedad selecta al mismo tiempo que mezclada. Nos contentamos con el deseo, y de vuelta nos sentamos tranquilamente en nuestra ventana, divertidas con el continuo movimiento y trenos lujosos de cuatro y seis tiros con elegantes damas; que no cesan de pasar. Mas de seis diligencias, sin contar los coches particulares, se han detenido en menos de una hora á la entrada de este hotel, que es el de la posta.—Como el uso de estas aginas requiere método, y al menos cuatro semanas, nosotros dejaremos su bullicio, y mañana seguirémos adelante para Praga: ¡No admirarse, Papa mio, que todavía no estamos á la mitad del camino!

(Continuará.)

A UN NIÑO EN LA CUNA.

En brazos de la inocencia
Descansa, niño precioso,
Descansa, que tu reposo
No interrumpirá el dolor.

Y yo meceré tu cuna,
Como las auras de mayo
Meceñ el flexible tallo
De tierna olorosa flor.

Y admirare estasiado
La gracia de tu semblante,
Como contempla el amante
De su bien el soñar.

¿Con tus dorados cabellos
¿Cuál juguetea la brisa!
Como vaga la sonrisa
Por tus labios de carmin!

¿Un ensueño te presenta
A tu madre candelosa
Prodigándote amorosa
Y tierna, caricias mil?

¿O acaso en tu torno vuela
Entre nubes de jazmines
Un coro de serafines
Con quienes te unes feliz...?

Duerme niño, duerme en paz
Por la inocencia velado,
Como ella descansa al lado
Del torso augusto de Dios.

Y no despiertes, mi vida,
No despiertes, que dormido
No te veras perseguido
Por el tedio y el dolor.

Cándida flor, que al despuntar el día
En que el ángel de púdicos amores
Sobre el mundo sus alas estendia
Brotaste entre agudísimos dolores.

Flor sin mancha, cuando allá en el cielo
Ornabas la diadema del Eterno,
¿Porque te plugo descender al suelo
Para luchar sin fin con el infierno?

Sobre tu tierna, delicada frente
De la inocencia celestial emblema,
Escrito llevas ya, pobre inocente
Del Dios de lo creado, el anatema.

Siento que se humedece mi mejilla
Cuando te veo, como ve el marino
Inesperta bogar débil barquilla
Despreciando el furor del torbellino.

¡Hora duermes, mi bien, pero tus ojos
Al abrirse quién sabe si en el cielo
El signo mirarán de sus enojos
Y serás condenado á amargo duelo.

Entonces ay! la deliciosa brisa
Que hora respiras perderá su aroma,

A LA LIBERTAD.

Hija del cielo ven, que tus alas de fuego, cubran mi helada frente. Hija del cielo, ven, respírame yo tu aliento de aromas y sienta en mi pecho tu inspiración divina. Libertad santa, hija de cielo, vuela hacia mí, tiende tus alas magistosas como la aguililla del desierto; desciende del cielo y posa sobre la tierra, como posa el iris cuando abraza en su arco el ambiente del firmamento. Hermosa como el pensamiento de la divina inteligencia, creación del Señor, yo te saludo. Desciende del cielo, escúchame mi ruego. Tu presencia inflamará el pecho de mis hermanos; quemarán incienso en tus altares, y respirando sus perfumes, se sentirán libres y felices. Hija del cielo, mi corazón será tu templo, porque yo te amo; te amo como al sentimiento de mi ser, y tu imagen me estasia si la contemplo, como me estasia la perspectiva de las selvas, de los montes y del Occano. Libertad, sacrosanta Libertad, desciende del cielo, vuela hacia nosotros, vuela á cumplir tu misión sobre la tierra, que tu misión es divina y grande. Grande como el pensamiento que te creó, como el pensamiento del Omnipotente; porque el Omnipotente formó al hombre á su semejanza, y la semejanza del Señor debe ser libre; y por esto te puse en la mente de los hombres. Mas los hombres han desoído la voz del Criador y se han humillado y perdieron tu inspiración divina.

Y por esto te alejaste de ellos, y atravesando el espacio, volaste al cielo, y fijaste allí tu morada; esa morada que mira con angustia el oprimido, invocando tu favor. Libertad, hija del cielo, te alejaste de los hombres, oíste el ruido de las cadenas y la voz de los opresores, viste estremecerse sus miembros colgades, é indignada alzaste el vuelo y te refugiaste en el trono del Señor. Allí, cuando entre el lumen de las humanas oraciones percibe tu oído el grito del esclavo y el crujir de sus cadenas, antes tu plegaria al coro de los ángeles, y cuando mirando al mundo ves al tirano oprimiendo la cerviz de sus hermanos, bates entonces indignada tus alas de oro y de diamantes, y su sonar terrible llega á la tierra, y hace estremecer al criminal tirano.

Hija del cielo, vuelve á los hombres, estérmina á los tiranos, cuple tu misión. Aparece radiante como la mirada del Señor, que los tronos temblarán, temblarán los cetros y las

Y la vida odiarás, tierna paloma,
Huirás de tus labios la sonrisa.

Hoy puras corren de la edad primera
Las raudas horas por tu blanca frente,
Como puras recorren la pradera
Las cristalinas aguas de la fuente.

¿Y despues? ¿y despues todos los seres
Brindarán el deleite, angel bendito,
Te dormirás, como hora entre plácemes
Y al despertar te manchará un delito.

Pero no, que de tus días
Una madre cuidará
Y del mundo y sus orgías
Y sus vanos alegrías
Con tesón te apartará.

El cielo te ha concedido
En ella el mayor tesoro;
Si alguna vez dolorido
Tu pecho escuchala un gemido,
Ella enjugará tu lloro.

Hora y siempre, vida mía,
Vela tu sueño profundo
Como de noche y de día
La incomparable Maria
Cuida afanosa del mundo.

Nada temas á su lado,
Que ella su vida dará
Por el hijo idolatrado
Que en su corazón grabado
Mientras respire estará.

Mas tú descansa entre tanto
En brazos de la inocencia
Arrullado por mi canto,
¡Que las penas y el quebranto
No emponzoñen tu existencia!

México, Febrero de 1844. — E. VILLAMAR.

EPIGRAMA.

Vendiendo á peso de oro
Tus favores, un tesoro
Reuniste al fin. Glori bella
Y es tal tu signo, ó tu estrella,
Que si dando recibiste.

Fue porque bien comprendiste
Aquello de "facit ut des"
Pon por obra en esta vez
Con el precio de tus gracias
El otro de "tu il facias,"
Y á tu talento en el mundo
Lo llamaré sin segundo.

J. M. RODRIGUEZ PEREZ.
TON. I.

armas; y los tiranos destumbrados con tu luz terrible, rotarán acaso hasta estrellarse en el fondo del abismo. Vuela, hija del cielo, ventus hijos to formarán tronos de las coronas y de los retos, y el pedestal de tus cráneos de los tiranos. Vuela, tiende tus alas de diamantes, magestuosa como la águila del desierto; sacude tus brillantes alas al pasar junto a los opresores, y desaparecerán como desaparece la arista leve el soplo del huracán terrible. Ven, hija del cielo; y los hombres se prosternarán ante tí erigirá en templos tuyos sus ardientes corazones: ven, yo seguiré tu inspiración, porque mi corazón te ama como ama el peregrino la fuente en el desierto. Ven, hija del cielo. Cumple tu misión divina, inflama a mis hermanos, ellos seguirán tu inspiración, derribarán a los tiranos, hollarán su cotro, mirarán al cielo y serán libres y felices.

J. M. DEL C.

A MI AMIGO

D. MANUEL OROZCO Y BERRA.

Oh, si posible fuera,
Con poderosa mano,
Parar del tiempo la veloz corriente,
Que arrebató ligera,
La poca dicha que el destino insano
A los mortales disfrutar consiente!
Despiñase el torrente,
Y arcastra en su cárcel
La rubia sembrera,
Dejando el prado ameno
Cubierto con el bálago y el cieno;
Y al resbalar las loras,
Así del corazón van arrancando
Risueñas esperanzas de ventura,
Y en su lugar dejando,
Dudas y desengaños y amargura.
No es, en dorado vaso,
Licito al infeliz libar la dicha:
Su manual escaso
Entre rocas deslízase furtivo,
Y al acercar su labio el desgraciado
Al cristal fugitivo
Que entre las grietas bulla,
La fresca linta de sus labios huye.
¿Porqué siguiendo el resplandor mentido
De los delicias el mortal se afana,
Si el presente placer será mañana
Un recuerdo tenaz del bien perdido?

Duran lo mismo el día de pesares
Y los que dichas traen;
Así como en la playa de los mares
Con intervalo igual las olas caen,
Y la que deposita.

Preciosa margarita,
Llega a la playa, espíra,
Y veloz cual las otras,
Con la valiosa perla se retira.

Del río de la vida en fragil leño
Nos arrebató la fugaz corriente,
Como a niño inocente
Que en suelta barca se abandona al sueño
Lútil nuestro empeño
Es por gozar las flores
Que adornan la ribera,

Pues al asir la rosa purpurina,
La mano siente el daño
Que le causa la espina
Oculta en el rosal del desengaño.

¡Feliz quien olvidando lo pasado
Y al presente dormido,
No es de ardientes deseos devorado.
Ni por tristes memorias afligido!
¡Feliz quien, evitado
El escollo temido,

Deja que el viento vago de la suerte
A las playas le lleve de la muerte!
Mas ¡ay de aquel, que de la falsa gloria,
Corre tras los carísimos placeres!

¡Ay de aquel que revuelva en su memoria
Dresdenes y caricias de mugeres!
Cifien lauros iguales
El heroe que con sangre lo regara,
Y el infame que compra
Su mentida grandeza.

A precio vil de intrigas y bajeza,
Las cándidas helezas seductoras,
Flores son inodoras

Cuyos colores á buscar incitan
El perfume liviano,
Y si tal vez se oprimen en la mano
Por buscarles aroma se marchitan.

Oh! si mi pobre oído,
Cerrar pudiera al báquico rüido,
¡Cuan grato me sería
Menos lejano verme cada día,
De la dulce ribera

Donde ansiosa me espera
Tanta prenda querida,
Que en esta soledad me abandonara
Al romper las cadenas de la vida!

Puebla, Enero 20 de 1844.

MANUEL M. DE ZAMAGONA.

UNA COMEDIA

UNA HISTORIA.

¡Osoce V. lector, á un ciudadano que fué su vecino, que es abogado, que vivía en la casa que está exactamente frente á la de V., que vestía pálido, que se pone un birrete, negro ó blanco, no me acuerdo, en las noches de invierno?—Sí; lo conoce V. perfectamente.... ¿No lo recuerda V.?—¿Qué necesidad!—No se acuerda V. de aquel abogado que confundía cada semana y comulgaba cada mes; muy honrado, que hacía escrupulo de cobrar por honorarios lo que señala el arancel, cuando formaba un escrito y...? Ya sabe V. quien es?—No; no es D. Roque. D. Roque es un escrupuloso nécio, y el abogado de quien hablo á V. es un escrupuloso de ingenio.—Mire V.; como las cuentas del arancel son exorbitantes, nunca cobra lo que en él se señala; pero para componer la pérdida, ha buscado y felizmente ha hallado un expediente muy sencillo que consiste en falsear en ocho pliegos de papel común y en diez y seis del sellado, un pensamiento que pudiera expresarse en la mitad de uno de esta clase. El arbitrio es inocente y no carece de carrelativos, v. gr., entender tanto la letra y separar tanto los renglones que parezca el escrito.... ¿Me comprende V.? Y esto tiene la ventaja de dar tal claridad á lo escrito, que puede leerlo un juez, que es como si dijéramos que lo leja un ciego.—¿Por qué lo conoce V.?—D. Martín no señor; D. Martín es lo que cristianamente hablando, llamamos un *tepero*, abogado que no hace escrupulo de nada, y que del mismo modo y tan bien se tragaria una rueda de molino como un pastel de 5 medio.... Mala memoria tiene V. y si no sabe quien es el ciudadano de quien le hablo, no puedo contarle una historia de gran sustancia y delectación.—Vemos allá; voy á darle á V. señas bien positivas.—¿Quié es el abogado que hace escrupulo de dar papel de conocimiento á un criado que le sirvió diez años?—Su dialecto, su lógica quiere V. Sino lo conoce por la cara, por lo largo, por... diga V. como quiere saber y recordar quien es por

la lógica? Pero en fin, mirela V.: supongamos que está nuestro ciudadano abogado en su bufete, sentado frente á una mesa, en la que apoya sus dos codos, y que sus manos enclavijadas sirven de almohada á su luciente cabeza. Entra un hombre pasito á paso, su sombrero en la mano: "señor!", dice bajito. Nuestro abogado alza la severa faz.—Vengo por mi papel de conocimiento.—Imposible.—Señor, siempre he sido honrado y del....—No señor; en diez dias has tardado mas de lo debido en algun mandado.... pero señor....—Eso es un crimen, no doy papel.—Pero señor, si V. no me dá el conocimiento me quedo sin destino y tengo hijos.—Pues amigo, yo no he de mentir.... daré el papel, pero expresando esas faltas muy graves. V. le dá el papel, y sale el hombre que nada tiene de escrupuloso, y reanega y maldice *al amo*.

¿Dió V. con él?—Pues está V., lector, nécio en demasia.—Voy á contarle á V. otra ocurrencia, que supongo que V. la ocha de buen entendedor, con una palabra le basta. Es una comedia: hablan en ella, un hipocrita el ciudadano abogado, un caballero, un quidam, fingidos contrarios, un anciano sacerdote, escribientes, etc. La escena es en el presente año, son cuatro actos. Y nota V., qué bien conservada está la unidad dramática.

Primer acto. Una pieza con estantes llenos ó vacíos sillas, mesas. El ciudadano escribiendo. Entra el Quidam.—Señor licenciado, me contraria presentó un escrito, pidiendo se me embarguen bienes.—¿Qué iniquidad! Venga V. mañana, le haré á V. un escrito; pediremos los autos y veremos. Lloverá V. mañana.—¿A qué hora, señor?—En la tarde.—Sale el Quidam.... El abogado chilló.—Escríbe V. (al Quidam) allá le envío á V. un recibo, á cuenta de honorarios, porque....

2.º Acto. El mismo lugar.—El sacerdote entrando. ¡Salve!—Nuestro ciudadano inclinándose profundamente. ¡Padre, qué placer!—Crei

que estaba V. enfermo; no fué V. á verme ayer: ¡amo tanto á mis hijos de confesion!—En negocio me impidió, padre mio.... ahora iba yo á buscar á V.; si se pudiera....—Sí, hijo mio: ¡es V. tan timorato! vamos.—Salen. Caen el telon porque se van el sacerdote y el abogado, el cordero y la zorra, el ángel cándido y el diablo astuto.

1.º Acto.—El mismo lugar.—El caballero entrando.—Monologo.—El señor floreado no está aquí; lo aguardaré.—(Distraido.) ¡El abogado de la contraria debe de ser un infame!—(Silencio.)—(Tarda mucho; piensa.) Parece que llega.—El ciudadano entrando.—Señor D.... Me ha esperado V. mucho tiempo?—Si señor; pero me importó mucho ver á V. y.... ¿Qué hay pues, de nuevo?—Presente el escrito pidiendo el embargo de bienes á la contraria: (la contraria es el Quidam.) Pero se dice que está ocultando sus bienes.

—(Válgame Dios! Pondremos un escrito cómo ha de perder V. eso!—Se sienta, toma la pluma escribe y luego firma.—Siento haber tardado tanto.... Quizá ya no es tiempo.... Pero me fui á confesar.... Un hombre que me sirvió diez años me pidió papel de conocimiento.... habia faltado de mi casa una noche en ese tiempo y se dilató mas de lo regular en dos ó tres mandatos.... ¿Que compromiso!.... Tuve que darle el papel y aunque expresé las faltas no estaba yo tranquilo.... no podía sosegar.... Vole á pedir la absolucion.... (Hablan en voz baja.) Luego se despiden. El

caballero sale diciendo. ¿Que conciencia tan pura!

4.º Acto.—Que puede servir de nota. El lugar y el desolace no son conocidos: no acontecen aun pero acontecerán y será de una manera trágica.

¿Sabe V. ahora quien es el ciudadano abogado?—Todavía no!.... Date con D. Martin; no señor, D. Martin ya dije á V. lo que es.—Y el ciudadano de los tres adjetivos en la condicion que al contrario de D. Martin se tragará una piedra, dirigirá y defenderá al actor y al reo en un negocio mismo, se tragará una torre entera, pero déle V. una pastilla, que diga una mentira ligera insignificante, un grano de anís.... dígame V. que lo pase, y toserá, y le verá á punto de ahogarse, y no lo podrá pasar.—(Al fin supo V. V.—El mismo D. Severo, y su apelido?—Heliotropos.—Si señor, D. Severo Heliotropos.—Pues escuche V. la historia.

Hay frente á mi casa una joven de diez y siete á diez y ocho años muy bonita, en la esquina vive un sastre de buena fama, en el campanario de la Iglesia de la vuelta habita una lechuzca y junto á la Iglesia hay una botica.—Pues señor; en esta botica sirve un mancebo.... Mire V. lector he observado que la historia es muy larga y que V. está ya bostezando que es la suprema señal del fastidio.—Dejémoslo para otro dia y le contaré de la muchacha y de la lechuzca, del sastre y de la botica y del mancebo, porque ya está cansado de escribir.

ANÓNIMO.



UGOLINO.

La espada es un mal cetro; tarde ó temprano
hace al príncipe que se apoya en ella.
EPIGRAMA.

I.

NUESTRA imaginacion se traslada con frecuencia á ese periodo misterioso de la historia del género humano, á ese tejido de virtudes y de vicios, á ese rico diamante engastado en plomo vil, á la celebrada edad media. Cuando nuestro pensamiento vaga por esa prestigiosa region, mil personajes se agrupan á nuestro alrededor. Unas veces el último de los tribunales, el caballero Rienzi, pasa delante de nosotros revestido de su pompa republicana y hollando con firme planta las orgullosas cimeras de los barones de Roma; otras contemplamos arrebatados el heroico valor del rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon, al combatir por la Cruz en los desiertos de Palestina; en otras escuchamos enmudecidos el terrible acento del Dante, al denunciar á la posteridad los desafueros de sus contemporáneos.

Aquella época de turbulencia, aquel periodo verdaderamente guerrero, fué la cuna de grandes inteligencias, de grandes virtudes y de terribles atentados. Léjos de nosotros el declararnos como sucede á muchos escritores de la época presente, cronistas del crimen; si ahora vamos á trazar la historia de un malvado, es porque esa historia envuelve una terrible leccion, porque en ella se ven hondamente estampados los funestos efectos de la discordia, y porque en fin, el horroroso castigo de Ugolino, siempre servirá de espejo á todos los que quieran erigirse en tiranos de su patria. Afortunadamente la especie humana camina rápidamente en la senda de la perfeccion, y son muy escasos los ejemplos que puedan ofrecerse en el día del desenfreno de las pasadas edades. ¡Idea consolatoria, que como la paloma del arca, viene á derramar la paz en nuestros corazones!

La vida del conde Ugolino de Gherardesca ofrece bastantes escollos para el biógrafo moderno, porque su conducta equívoca unida á la frecuencia con que se adhirió, ya á uno ya á otro partido, esparcen por toda ella una notable oscuridad. No obstante, el timbre de traidor siempre manchó su blason, y la sangre

de sus victimas jamas ha podido enmudecer; Ugolino comenzó su carrera turbulenta por los años de 1275, época en que Italia se veia desgarrada por las dos facciones encarnizadas de Guelfos y Gibelinos: su familia era una de las mas poderosas de Pisa, y sus maquinaciones ambiciosas no tardaron en dar á conocer á sus compatriotas la serpiente que abrigaban en su seno. Así pues, el conde se vió inesperadamente acusado de enemigo de la libertad pública, y obligado á buscar un refugio mas allá de los muros de la ciudad. Firme en sus designios fué á pedir asilo al enemigo mas mortal de su patria, á Florencia. Fué recibido con los brazos abiertos y se le confirió el mando de una parte de las fuerzas. Dentro de pronto se organizó una irrupcion al territorio de Pisa, y se verificó sin asignar para ella el mas leve motivo, siendo su resultado la toma de Vicopisano y otros varios castillos. Los florentines se volvieron triunfantes, y los pisanos quedaron exasperados con aquel golpe que les era tanto mas doloroso, cuanto que les habia venido por instigacion de un rebelde. Hicieron varios preparativos, y pocos meses se pasaron antes de que se presentasen al frente de un ejército respetable, sedientos de venganza. Los florentines no reusaron el reto, y los dos contendientes se encontraron en Castel d'Asciaino. Hicieronse prodigios de valor por una y otra parte, mas al fin los pisanos fueron vencidos, les tomaron muchos prisioneros, y el castillo cayó en manos de los enemigos, quienes le dieron al pueblo de Lucca.

Esa victoria animó á los desterrados de Pisa, quienes unidos á los florentines, y bajo las órdenes del conde Ugolino, hicieron una segunda irrupcion, tan desastrosa como la primera. El pretexto que para ella tomaron, fue la restauracion de los Guelfos á su ciudad natal; mas la dañada intencion del traidor que los mandaba era muy diversa. Su único objeto era satisfacer la ambicion desenfrenada que le impulsó á erigirse en tirano de su patria; y para la consecucion de este abominable proyecto, tra-

taba de debilitarla, puesto que así la ofrecería menos resistencia. Semejante táctica era muy natural en un hombre como Ugolino: no había podido lograr que la diátesis carcomiese el gobierno de Pisa; sus pretensiones habían sido abortivas, y buscó en el exterior un instrumento que le ayudase para llegar al punto elevado que con tanto ardor apetecía.

Los pisanos se detemplieron heroicamente, mas el resultado de la segunda campaña fué fatal para su independencia. Compelidos á capitular, tuvieron que apurar hasta las heces la copa de la humillación, y que volver á recibir á tres familias de las más temibles, la del conde della Gherardesca, la de los Uperzinghi y la de los Visconti. A mas de esto, se vieron obligados á reñer á Lucca los castillos de Castiglione y de Cotrone.

II.

Restablecido en Pisa, Ugolino se cubrió con el velo de la hipocresía, y mostró tanta afabilidad en su trato, tanta sencillez en el modo de presentarse, y un celo tan marcado por la causa pública, que no tardó en hacer olvidar lo pasado á sus conciudadanos y en obtener su confianza. Después veremos cual fué el resultado de esa confianza: baste ahora hacer la reflexión de que los pueblos, por lo general, son extremados en sus juicios.

Hacia mucho tiempo que existía entre las repúblicas de Génova y de Pisa la enemistad más rencorosa. Una disputa que tuvieron en Constantinopla algunos comerciantes genoveses pisanos, fué el origen de una guerra tan dilatada como sangrienta.

En la época de que hablamos, los genoveses prepararon una expedición naval contra Pisa. Los habitantes de esta, inmediatamente equiparon una armada, y confiaron el mando de ella á Alberto Morosini, á Androetto Saracino, y al conde della Gherardesca.

Las flotas se encontraron, y después de un largo combate fue derrotada la de Pisa, por la defección del conde Ugolino, quien se retiró en lo mas acalorado de la pelea. No se retiró ciertamente por cobardía, sino porque su deserción decidiera de la batalla, y de esta manera los pisanos recibirían un golpe de grande importancia que le perverso que trataba de sojuzgarlos. Que no pocos prisioneros hicieron los genoveses, y Pisa se cubrió de luto. Varias fueron las opiniones que hubo en Génova respecto de lo que debía hacerse con los prisioneros; el partido que se tomó por fin, fué inicuo: conservarlos en prision sin darles muerte, con

el objeto de que sus mugeres no pudiesen formar un nuevo enlace, y de esta manera se impidiese el que aumentase en Pisa el número de la población. Los guelfos de Toscana obraron todavía con ménos generosidad. Pisa era la única ciudad gibelina de toda la comarca, y deseosos de reducirla á una completa nulidad, formaron una alianza con las ciudades de Florencia, Lucca, Pistoia, Siena, Prato, Volterra, San Gimignano y Colla. El 10 de noviembre de 1284, salieron de Pisa los florentines domiciliados en ella, y esta fué la primera señal de las hostilidades.

No se ocultaba á los pisanos que el conde Ugolino, gibelino por nacimiento, había conservado relaciones con los guelfos de Florencia, y eran testigos de que con su política tortuosa había cobrado ascendente sobre ambos partidos. Cercados de enemigos, víctimas de un rivales tan reciente como terrible, recurrieron á un medio peligroso, á un medio que no tiene mas probabilidad de ser bueno que la invariable rectitud de la persona elegida. Nombraron al conde della Gherardesca *Capitano delle Massime*, puesto que en realidad depositaba en sus manos las riendas del gobierno y le convertía, á escepcion del nombre, en un verdadero dictador. Lo primero que encargaron á Ugolino fué que destruyese la liga formada en contra de Pisa, y cuando esto se llegó á lograr fué á costa de mil sacrificios. El dictador, coloso puramente de su propio engrandecimiento, no vaciló en admitir las condiciones mas vergonzosas y perjudiciales para Pisa, de manera que ésta vió reducirse sus posesiones á los castillos de Motrone, Vico Pisano y Piombino.

Aquella república tan floreciente y belicosa en otro tiempo, no podía contemplar sin exhalar un gemido las ruinas de su pasada grandezza. Su posición era bien triste, mas cuando á sus pérdidas de cuantía, y á sus quebrantos se vino á agregar la imponderable amargura de un tirano doméstico, entonces estalló su dolor, y tanto los guelfos como los gibelinos se declararon en contra del conde. Su sobrino Nino de Gallura, á fuer de heredero de la familia Visconti, era el jefe de los guelfos, mas no por el parentesco ni por que su tio parecia favorecer su partido, pudo Nino olvidar la antigua rivalidad de sus respectivas familias. Sabedor el conde de las maquinaciones que habia en su contra, tomó medidas violentas; desterró á varias familias gibelinas ó hizo arrasar los palacios de diez de los mejores ciudadanos de Pisa, so pretexto de que estaban en relaciones con ellas.

No por esto se desanimó el juez de Gallura;

antes bien estrechó su alianza con los jefes de los gibelinos, los Guaraní y los Sismundí, y trabajó con tesón porque volvisen á Pisa los once mil prisioneros de Génova. Ugolino se opuso á esta medida con igual ardor, porque conocía que le sería muy contraria á sus miras, y Nino trató de sublevar al pueblo en contra de él, pero le fué imposible conseguirlo. Entónces tomó otro camino y usó al conde della Gherardesca ante los cónsules y los *ansiani delle arti*, de que habia estendido su autoridad mas allá de los límites que las leyes le fijaban, de que se habia apropiado el oficio de podestá y apoderados del palacio *della signoria* que no le habia sido concedido por el pueblo. Los magistrados ordenaron en efecto á Ugolino que evacuase el palacio, y que no se mezclase en los asuntos de la república. Disimuló su rabia y obedió, mas inmediatamente comenzó á armar á sus partidarios: el juez por su parte hizo lo mismo.

Tal era el estado de las cosas cuando el podestá de Pisa arrestó á un tal Coccio di Guido por infracción de la ley que prohibía la portación de armas. Coccio era pariente del conde della Gherardesca, y éste inmediatamente mandó orden al podestá de que le pusiese en absoluta libertad. El podestá no se alivió á obedecerle, temeroso de que se le tuviese por uno de sus partidarios, y Ugolino, indignado de esta conducta, se puso á la cabeza de sus tropas, marchó al palacio, sacó al preso, lanzó de allí al podestá, enarbó su propia bandera y se volvió á su casa después de dejar una guarnición escogida. En seguida, se hizo declarar capitán y señor de la ciudad de Pisa, y eligió para su inauguración el día de su cumpleaños. En la noche, al retirarse de un festin, lleno de orgullo, y embriagado con su buena suerte, preguntó á uno de los que le acompañaban: «¿Qué dices, Lombardo? ¿qué es lo que ahora me puedes faltar?» «Nada mas que la culebra de Boos» fué la respuesta.

III.

Sabedor Ugolino de que el juez Nino de Gallura era corifeo de la facción enemiga, resolvió deshacerse de él sin reparar en los medios por reprobados que fuesen. Con el objeto de asegurar el buen éxito de esta empresa, entró en relaciones con el arzobispo Ruggiero degli Ubaldini, hombre de carácter doble y emprendedor. Pronto quedó arreglado el modo con que habian de ser destruidos Nino y todos sus partidarios. Mas Ugolino, desceoso de que no se le juzgase complicado en la trama, se retiró al castillo de Settimo, donde esperó tranquila-

mente que consumase la obra su digno compañero. En efecto, este reunió las tropas del conde, y habiendo hecho volver á la ciudad á los Guaraní, los Sismundí, los Lanfranchi y otras familias gibelinas, presentó al juez de Gallura un plie de guerra tan formidable, que sin atreverse á combatir, éste marchó á establecerse á Calcinaia, lugar que estaba comprendido dentro de su jurisdicción.

Cuando Ugolino volvió de Settimo, se encontró con que los leyes le fijaban, de que se habia apropiado el oficio de podestá y apoderados del palacio *della signoria* que no le habia sido concedido por el pueblo. Los magistrados ordenaron en efecto á Ugolino que evacuase el palacio, y que no se mezclase en los asuntos de la república. Disimuló su rabia y obedió, mas inmediatamente comenzó á armar á sus partidarios: el juez por su parte hizo lo mismo.

Notese que todo tirano cuando llega á la cumbre de la prosperidad, adquiere por lo general un carácter duro y violento; esta observación, que casi merece el nombre de ley de la naturaleza, si se corroborara por mil y mil hechos. Por manso, por imbecil que sea un pueblo, siempre encontrará en él su tirano motivos de descontento. Esto dimana de que el Señor ha sembrado en su corazón el germen de la inquietud, y que el terrible clamor de la conciencia va á atormentarle para siempre. El ejercicio del poder ilegítimo acarrea necesariamente la crueldad, porque cuando no se tiene mas derecho que la fuerza, frecuentemente se ha de poner esta en ejercicio para poder sostenerse.

El conde della Gherardesca no tardó en empapar en sangre el trono que ya habia salpicado desde antes de asentarse sobre él. El virtuoso Anselmo, conde de Capraja, fue una de sus primeras víctimas. Anselmo era muy querido de los habitantes de Pisa, y esto firmó su sentencia de muerte, porque á los ojos de un tirano no hay mayor crimen que el ser apreciado del pueblo.

Una grande escasez vino á aumentar los padecimientos de los pisanos, y comenzaron á exhalar quejas en contra del usurpador. Un sobrino suyo se atrevió á hablarle acerca de esto, y á aconsejarle que pusiese pronto y eficaz remedio. El conde furioso sacó un puñal que siempre llevaba consigo, é hirió con él al joven, gritando: «Con que tú, tú tambien me quieres arrancar el poder!» Un sobrino del arzobispo y amigo íntimo del herido, no pudo contenerse al presenciar aquel acto feroz, y apostrofó á Ugolino con el epíteto de tirano san-

guinario y brutal. El conde irritado mas y mas formó una hacha, y con ella derribó muerto á sus piés al sobrino de Ruggiero. Condujeron el cadáver ensangrentado á la presencia de este último, quien disimulando su dolor y sus deseos de venganza, dijo con aparente frialdad: „Vosotros me queréis engañar; este no es el cuerpo de mi sobrino. Conozco al conde della Gherardesca, y se que es incapaz de cometer semejante atentado. Llevoos ese cadáver, y que no se me vuelva á hablar acerca de esta ni una sola palabra!”

Así habló Ubal dini, en tanto que la aflicción y el mas profundo rencor agitaban su corazón. Siguió presentándose en público con la alegría pintada en el semblante, mas su cólera, semejante al oculto fuego de un volcán, solamente se retardaba para ser mas terrible al estallar.

IV.

El día 1.º de Julio del año de gracia de 1288, se reunió el consejo de Pisa en la iglesia de S. Bastiano, con el objeto ostensible de discutir el tratado de paz con Génova, mas en realidad, para arreglar la conspiración que debía derribar á Ugolino. Este sospechó lo que se tramaba y envió á su nieto Nino, por sobrenombre el Brigata, para que reuniese á los guelfos y los introdujese en la ciudad. Había llegado el momento decisivo, y Ruggiero al salir de la iglesia convocó al pueblo, é hizo que la campana mayor tocase á rebato. Una multitud innumerable se espació por las calles de Pisa, gritando: „¡Viva el pueblo! ¡viva el príncipe! ¡viva el tratado! ¡viva el conde Ugolino!” Los Guatandí, los Lanfranchí, los Sismoudi, los Orlandi, los Ripatrafra y otras familias gibelinas se incorporaron al arzobispo. El conde della Gherardesca con sus dos hijos y sus dos nietos, los Gaetani, los Upezzinghi y sus satélites, defendió valerosamente la plaza y los alrededores de San Bastiano y el Santo-Sepulcro. Obligado á ceder el terreno paso á paso, se retiró al palacio del pueblo, que defendió desde el medio día hasta el anoecer. Fatigados los sitiadores, tomaron por fin el partido de incendiarlo. Imposible fué resistir á este nuevo y poderoso enemigo, y Ugolino cayó en poder de sus contrarios en union de sus hijos Gaddo y Uguccione, y de sus nietos Nino el Brigata y Anselmuccio.

Entregados al arzobispo Ruggiero, éste se vengó haciéndolos encerrar en la Torre de Guatlandi, (que desde entonces se llama Torre del Hambre), y condenándolos á morir de inanición.

La muerte de Ugolino y de su desgraciada familia, inspiró á Dante uno de los episodios

mas admirables de su poema inmortal (1). El historiador y el poeta han reprobado igualmente el bárbaro suplicio á que Ruggiero le condenó, porque sus crímenes, á pesar de ser tan atroces, nunca podían justificar tan inhumana conducta.

Nuestra pluma se aleja con placer de estas escenas de horror. La vida del conde della Gherardesca, recordará siempre á los hombres cuán cierto es este dicho de Tácito: „Los gobiernos fundados en la violencia, jamas pueden ser de larga duración.”

México, febrero 25 de 1844.

AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Dell'Inferno, canto XXIII.

EL VIRTUOSO
PINTADO POR SI PROPIO.

CUANDO encuentro en una obra mucha imaginación, con gran sabiduría, un juicio exacto y profundo, pasiones elevadas, pero verdaderas, ningún esfuerzo para parecer grande, una estremada sensibilidad, mucha elocuencia, sin mas arte que aquel que viene del ingenio: entoncez respeto al autor y le estimo tanto como á los sabios ó á los héroes que ha pintado. Me complazco en creer, que quien concibió cosas tan grandes, no habria sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas. Me informo con curiosidad de todos los pormenores de su vida; si ha cometido faltas, las disimulo, porque sé cuán dificultoso le es á la naturaleza mantener el corazón de un mortal en una esfera superior á la condicion humana. Dame lástima ver los crueles lazos que encontró siempre en su camino, y aun las debilidades naturales que no pudo superar con su valor. Pero cuando á pesar de la fortuna y de sus propios defectos sé que su espíritu siempre estuvo ocupado con grandes pensamientos y dominado por las mas dulces pasiones, me arrodillo para dar gracias á esa naturaleza que creó virtudes independientes de la felicidad y luces, que no pudo extinguir la desgracia.—VAUVENARQUE.

La moral de Platon es el ultimo grado de la sabiduría humana, confirmada y divinizada por el Evangelio.

EXISTENCIA DE DIOS.

Yo creo la existencia de un Dios porque la naturaleza toda lo revela; si escucho el mugir del torrente, creo oír la voz del Señor, el blando gemir de la brisa es el ambiente que le rodea, el brillar del sol, sus miradas y el relámpago me parecen la huella que deja su potente dedo al tender la mano para señalar el lugar que ha de herir el rayo, cuyo estallido es su voz de mando. El sonar de las cascadas, el rodar tranquilo del arroyo y el susurro blando del céfiro son su música. Hay un Dios; esta es una verdad innegable. Contémplesse las obras de la creación; ninguna de ellas es hecha por el acaso; todas tienen una alma; existe entre ellas una armonía celestial que solo un entendimiento vil puede desconocer. El autor de las maravillas de la naturaleza no puede ser el acaso ciego; es preciso que á la reaccion haya precedido una inteligencia superior, una inteligencia capaz de arreglar y de dar relaciones entreci á las cosas criadas; esta inteligencia es Dios. Para negar su existencia seria necesario no tener alma, no sentir, ser un bruto, menos aun que bruto. Un hombre de buena fé jamas se negará á decir, hay un Dios. Yo hallo pruebas de esto en todas partes. Cuando parado en la llanura miro al sol, cayendo tras las montañas, lanzar un rayo moribundo que viene á espirar á mis piés, á las sombras de los árboles estendidos y retratar allí en la desecada tierra las copas doradas por la luz y luego abanzo la vista al cielo miro celagos de carmin y de oro, nubes blancas como copos de nieve y exaltado percibo la blanda armonía de mil pajarillos que vuelan á su lado y que mezclan sus trinos con el suspirar de la brisa y aspirando con deleite el aire puro de las llanuras, siento un ambiente perfumado y fresco, y oigo el ruido solemne de los árboles mecidos por el viento y á lo lejos el mugir soaoro del buey y el tímido balar de las ovejas, siento mi alma enternecida, levanto mis ojos y creo divisarle, Dios mío, allí al fondo del azul del cielo y me prosterno y te alabo y esclamo, „Hay un Dios.”

Luego levanto mis horrosos ojos al firmamento y miro el lucero de la tarde, solitario, con su brillar dulce como el pensamiento de una madre.

Toxoi.

miro mil estrellas repartidas en la bóveda celestial; luego miro la fulgente luna alzarse, é inundar á la tierra con su luz melancólica y suave, la miro atravesar ese cielo transparente como el cristal; siento que el sonar de mi respiracion quebranta el silencio solemne que reina en mi derredor; miro á la naturaleza en reposo, su silencio es el silencio de la huera; mi alma se contrasta; exhalo un suspiro y esclamo „Hay un Dios.”

Si lleno de pavor y tristura contemplando el horizonte miro á lo lejos un nubarron coronado de una montaña y lo veo estenderse lentamente, ceñido á veces de terrible fuego, cubrir de fulo al cielo y avanzar mugiendo, si miro á la luna ocultarse tras ese velo con pausa, con dolor, como se atraxa el hombre del lugar donde pasó su infancia, si la miro cubrirse enteramente y oigo silvar el viento y veo estender la nube y unir al mundo en una obscuridad horrenda, si miro iluminarse la tierra con la luz del relámpago y oigo el ruido del rayo, terrible como la voz del Señor, y el soplar del huracan y el crugir sibiloso de las ranas y aliento el denso ambiente que me circunda y luego miro á la sierra encima morir herida por el rayo y siento el ligero ruido del agua que comienza á caer y después el sonar estrépitoso de un torrente que se despende de los cielos, inclino mi frente y temeroso esclamo „Hay un Dios.”

Si siento luego mi cabeza refrescada por el céfiro y pongo mis miradas en el cielo, veo mil nubecillas ligeras vagando por el azul del firmamento; si entre sus quijobras veo la vacitante luz de las estrellas, creo ver un coro de querubines agitando sus alas de plata, de ébano y de brillantes, que vuelan á desconocer el vélo que me ceñitaba el cielo; miro entoncez de nuevo brillar la luna que ilumina las húmedas y lucientes hojas del arbutu; la miro retratarse plateando las nubes y la cima de los montes en los lagos que formó la lluvia y siento un gozzo inesplicable que hace rodar una lagrima por mi mejilla y que me obliga á exclamar „Hay un Dios.”

Si arrullada mi alma por el dulce ruido de la brisa jugueteando entre las ramas de los su-

ces y embriagada con los vapores de la agua me quedo dormido sobre el césped bamedo, un grilo de alegría que la naturaleza lanza gozosa me despierta y oigo el trinar sonoro de las aves y las miro sacudir sus alas de oro y de rosa, de amatistas y de ébano y de rubies, y volar de rama en rama, y posarse en la mas elevada para saludar desde allí al sol; levanto mis ojos entonces, como ellas, al cielo: miro al espacio sentirse de oro, lo miro nacarado como la rosa, palidecer despues y convertirse en fuego. Veo despues salir por detras de la montaña una ráfaga de luz que se divide en rayos, es la diadema del Señor; las aves cantan de nuevo y unen su canto de gratitud al coro que entona un himno ante el trono de Dios. Las cumbres de los montes opuestos lucen como el oro, la brisa susurra, los árboles, languidos de placer, mecen muellemente sus frondosas cimas, la tierra rosa abre su capullo delicado y el sol aparece en

todo su brillo y esplendor. Entonces me siento vivificado, mi alma se estasia contemplando a la naturaleza y exclamo: *¡Hay un Dios!* Postrado en tierra entono mis alabanzas y mis plegarias, uno mi débil voz a la voz robusta de la creacion, a esa voz que subira hasta el trono del Señor, como al nacer de la aurora sube por el espacio en perfumado vapor la gota de rocío que brilló en el pétalo de la rosa.

Vuelvo mis ojos a las ciudades, las miro hundidas en el cieno de los crimenes; me vuelvo a los palacios, los miro preparandose a sus orgias y estremeciendome grito: *¡Hay un Dios!*

Esta es para mí una verdad que encuentro escrita en todas partes; en el campo, en las ciudades, en los bosques;... por donde quiera que voy, oigo una voz que me dice: *¡Mira la naturaleza, hay un Dios!*

J. M. DEL CASTILLO.

ESQUISSE.

Traten pues así trocados
Los seglares de los himnos,
Los frailes de los juzgados,
De las flotas los prelados,
De conciencia viczainos;
Los hombres usen espejos
Mugeres rijan la tierra,
Las mozas dan los consejos,
La gala signen las viejas,
Y estos hagan la guerra.

Revolviendo las hojas de un libraco viejo me hallé que una descendiente, por linea bastarda, de D. Pedro el Justiciero escribió á mediados del Siglo XVI, una *Teórica de virtudes* en la que se hallan los versos que puse á guisa de epigrafe, y sea la contemplacion del libro viejo que tanta en mis manos, sea mas bien el sentido de los versos, el caso es que me puse á meditar y cenidado! que aunque soy algo escaso de meditaciones, el día que me da por ellas, soy sublime ó insufrible, no lo sé. Queréme pues buen espacio recapacitando: *¡Que demonio! exclamé. El mundo en que vivió D. Francisco de Castilla (así se llama el autor de los versos copiados) debió de ser algo peor que este en que yo vivo, ó quizá ese siglo fué de trocamientos y necesidades así como el mio lo es de fosforo y de vapor; no, lo cierto es, á lo ménos es fundada conjetura mia, que el siglo de D. Francisco fué un siglo, así como si dijéramos, de*

tiempo de máscaras y de disfraces y por eso entendian los seglares de los himnos y habia todo ese barullo... *¡Canario! No me interrumpa V. ¿Qué tiene el mio? Empezé V. á ponerme ejemplos; ellos indicarán á V. su respuesta.—No señor; no insista V., no sea V. tan necio, porque me verá obligado á explicarlos como es debido.—No hay remedio, señor murmurador; es preciso callar á V.—Ya lo esperaba, salió V. con el cuento favorito.—¿Qué tiene de particular que el M. R. P. Fr. Antolin se entrometa en el ministerio y ande solicitado tras el ministro? ¿No puede pretender un... en fin señor mio, un empleo? No para él, se entiende, sino para un su sobrino, que le tiene de obligacion por ser hermano de una su sobrina hija de su tia, es decir que... el parentesco y el abinco por favorecer al prójimo le impelió á hacer lo que hace.—Cuidado, señor de la lengua larga, cuidado. ¿Quién le ha dicho á V.*

que un fraile no puede tratar de juzgado; porque su mision en la tierra no es para ello?—No señor; no interprete V. mal; se interesó en aquella causa, pues, la de Julian, pero no para acriminarlo, sino para defenderlo; lo hizo estar mucho tiempo en una cárcel pero fué con el objeto de salvarle de la horca movido de los ruegos de la esposa de Julian, haciendo mérito de los padecimientos sufridos en la prision, porque debe V. saber que el rollo que hizo Julian estaba probado; suponga V. la esposa misma lo confesó y el hermano Antolin lo atestiguó interpelado por la esposa que le exigia una prueba de su amor... á la verdad... ¿Lo vé V. señor mio? Tan sencillo como esto es todo lo que V. critica y luego se exclama con dolorido acento, *el mundo está malo*, y en prosa y en verso se repiten los del epigrafe.—No, amigo, no; el mundo marcha, la inocencia reina. ¡Oh tempora, oh mores!

Tan inocente es que traten de juzgados los frailes como de las flotas los prelados. Y luego eso no es cierto porque no son muy comerciantes ellos, á lo menos en las materias que se traen en las flotas. Pero suponga V. que lo sean; mire V. toman su chocolate por la tarde, se van luego, como es regular, á rezar las horas canónicas, se tocan las oraciones que es como si dijéramos que se locaba á sombreros; ¿qué quiere V. que haga el prelado? Se va á ver á D. Cleofas su amigo, el compañero de su negociacion allá en su infancia y se entromete en los negocios... Ya se ve, es capaz de nombrar al jefe de una escuadra; y tomará empeño en ello para que el que lo sea, sea buen cristiano, porque ya V. ve, es agente marina es tan mala... y luego pudiera ser que ese jefe le consiguiera un curato y hallar así ocasion de quitar de pecado á que sé yo cuantos que lo estarán en su feligresia. Ponga V.; recibió no sé qué suma para hacerlo y ¿qué tiene eso de malo? Es para socorrer á aquella huerfanita... Rombre, calle V.—La socorre, pues si es tan inocente que no sabe ganar su vida, y es tan humanitario... ¡Aus Dios! señor murmurador, se quedó V. sin saber qué decir.

Hice una pausa y me quedé abismado contemplando el vuelo de una mosca. Abrió de nuevo el libro y no se cómo me volví á hallar frente á frente de los citados versos.—Vicainos, hace visto! Creo que yo tuve un amigo vicaino, y era por cierto un buen amigo. ¡De conciencia vicainos!—Y á fuer de estudiante quedeme comentando. Eguivocacion del impresor, exclamé! Lechuguinos, debía de decir aguil, ó pollinos ó dilletanti, que todos esos

nombres son sinónimos. Bien pudiera ser que vicainos fuese un nombre genérico con el cual pudieran designarse los picaros y los tunos; en tal caso creo que toda la baraja se ha vuelto asés, quiero decir, que hay muchos vicainos entre mis conocidos, aun sin ser dilletanti. ¡Hombres inocentes, almas cándidas! Pensando siempre con tanta moralidad, en cosas tan serias, yñ V. vé el lazo de la corbata, el corset, la máscuerna de la casaca, el tacón de la bota! ¡Ángelitos en forma de figurines, salve vds. si pueden y deben entender de conciencia, no esos vicainos! Ciertamente ese sigilo de D. Francisco de Castilla era malo, muy malo.—No so parece, no, señor murmurador, en nada se semeja nuestro siglo al del otro; mire V. en aquel tiempo lo que sucedia: *¡Las mugeres usen espejos!* dice el autor; eso si es muy fino, en el nuestro se usan espejuelos, que es muy distinto, y luego mas vale que usen espejos y gasten aceites y se unjen de grasas el rostro y pierdan tres horas en tan inocente ocupacion, que en tramar una revolucion, ó en seducir... ¿Porqué he de callar? No miento, es indudable que no seducen á las jóvenes. ¡Digame V. qué muger que tenga dos gotas de entendimiento, suponiendo que sea liquido el tal ingrediente, ha de amar á un dilletanti? ¿No vé V. que la muger busca al hombre y el hombre á la muger?... Pues ahí tiene V. la razon por la cual nadie ama á un dilletanti, á saber, porque ni es hembra ni es macho.—Le enfado á V., ya la disertacion; lo mismo me sucede á V.

Ya saben vds. amigos míos, cuán fácil es seguir lo que se tiene empezado; tambien saben cuán agradable es meditar cuando está uno de mal humor. En mi concepto ambas cosas leñian yo á mi favor, por que sentí una propension irresistible á la meditacion, fuime leyendo palabra por palabra los versos de D. F. de Castilla, y haciendo reflexiones sobre ellos.—*Mugeres rijan la tierra*.—Estaba yo tan aturrido, que contenti que rijan vñen del verbo *rijar*, y que el tal *rijar* significaba arar, labrar ó cosa semejante. Eso era infame, exclamé; en el siglo XIX, á pesar de su materialismo, las mugeres no rijan la tierra. ¡Son tan delicadas!... ¿Pero de qué V. V.?—Volviémos á la cuestion!—Es verdad; entendi mal, rijan del verbo *regir*, pero tampoco eso sucede ahora.—¿Cuándo ha visto V. en nuestros tiempos una muger que rija la tierra, sin ser reina, se entiende, por que eso es justo? Cuando ha visto V.... No vuela V. caballero; el genio de la murmuracion le da á V. tal velocidad en el habla.

que nada le entiendo; solo percibi Luísa; y no sé qué nombres.—¿Qué engañado está V? Amigo mío, esa es una vida que tenía un marido cen quien se casa, por cuya muerte se quedó sin esposo y sin arriño y sin amparo; de consiguiente era muy natural buscarlo, y lo ha hallado en ese señor que es el consuelo de su belleza inconstable y le procura.... Pero si no me deja V. concluir: casaron á ese jóven, si señor, pero fué porqué esa jóven necesitaba quien cubriese lo que tú víviera que cubriera, y quien la defendiese de no se qué oculto enemigo....—Bien, esa señora, amigo mtrmutador, es una señora casada, como V. dice; pero ese señor cuyo nombre medijo V, no es su amante, sino un hombre que recibe la suprabundancia de amor que hay en un pecho tan sensible como el de la señora, al cual no le bastan el marido y los hijos; además, el caballero á quien acusa V., tuvo la culpa, porque él buscó á la señora por ciertas razoncillas de conveniencia.... En resumen, será todo lo que V. quiera; pero nada de eso significa que las mugeres rijan la tierra.—Fulanita dirige á D. fulano, es verdad; á cambio de favores consigue sus empeños, quita y da empleos, es efarto; pero lo mas que eso puede significar es, que en nuestro tiempo mugeres hay que rijan á los hombres y hombres que rijen la tierra, y no se infiere que mugeres rijan la tierra.

Mire V., señor murmurador, en tiempo de D. F. de Castilla, los mozos daban los consejos, en el nuestro los dan los niños, las mugeres; aquello era una necesidad, y lo nuestro lo muy bueno. Los consejos de las mugeres y de los niños son inocentes, llenos de moral; mire V., conoci yo una que dió veneno á su hermana por que estaba en relaciones amorosas con un quidam amante de la envenenadora; ya V. vé, es era un medio de aliviarle, mas que eso, de evitarle el pesar de que se viera engañada. Los niños aconsejan cosas de toros, de fiesta, de misas, de soldados, de óperas y eso.... Es V. un necio; eso sirve para divertir al pueblo.—No tratan de eso los mozos, y menos los de Villar, y luego los viejos chochando, sin memoria, amoldados á la antigüa, sin comprender la época, nada bueno pueden hacer. ¡Gracias al cielo porque en este siglo y en mi casa no dan consejo los viejos!—¡Librenos el Señor de que los mozos den los consejos!—Cuándo yo medito, no puedo entenderme, y me barranto que á mas de cuatro les acontece lo mismo. Mi fuerte son las ideas, pero cuando para tener ideas se ha menester verlas estampadas en

un libro, qué orden ni qué ilación ha de haber en nuestras molleras. Miren vds. amigos míos; discurría yo hace cinco minutos sobre frailes, y qué sé yo, y hétome ahí pasando repentinamente de prelados á mugeres, de frailes á vizcaínos, de viejos á mozos, de galas á guerras; esto se llama una transición prosnaica, forzada, inoportuna, molesta y fastidiosa.—¡Oh, cómo me molesta V., señor murmurador! ¿Qué tiene D. Anacleto que no tenga D. Cleofas y otros mil vejetes? ¿A todos me los pone V. como ejemplos? Ya es una manía en V. el seguir los citados versucillos. ¿Cómo se equivoca V! D. Anacleto no sigue la gala como la seguían en illo tempore. Sigue al ridiculo ó el ridiculo á él; mas entre gala y ridiculo hay buen trecho. D. F. de Castilla vió viejos que se ponían gala, y chocólo, por ser esto ageno de la compostura de su edad; pero en estos tiempos de farsa y de chiste, viejos hay que se ponen galas. Escúcheme V.: en aquellos tiempos D. Anacleto hubiera usado su chupa bordada y su calzon muy fino....—Hombre, calle V., es imponderable la diferencia que hay entre aquel siglo y este.—El mismo D. Anacleto se pone hoy un pantalon tirado por platera y tirante, relleno de algodones y almohadillas, cuyo centro es un hueso, se pone un frac cuya forma es debida á una armazon muy curiosa; en el cuello de este hombre máquina, se envuelvo una corbata alta, amplia, fina.... indescripible, en cuya terrible hoquedad encaja una cara larga, flaca, y luego se pasea este cuerpo pavoneándose con un aire pedante, que en nuestro caso es lo mismo que burlesco.—Esto, amigo mio, no es usar gala. No tiene V. que chistar; bien, otros hay que tienen sus canas y á quienes se les ponen rojas ó tal vez los corre por la sacada mejilla el graiziento y negro ingrediente; pero tampoco eso es seguir la gala, porque la gala de un viejo son sus canas, su prudencia, su desengano.... ¡Y sobre seguir la gala, los viejos hacen tambien la guerra! Eso es horrible! No es verdad, señor murmurador? En nuestro tiempo no hay nada de eso.... No señor; sobre que ya no hay guerras. Mire V., se va un arrijo ó un mozo, hablan á los contrarios, se arreglan, se da al enemigo lo que pide como da el apuesto donceel su capa, alboroz, romana, frazada ó lo que sea al ladron nocturno que la pide con justicia y sin ella, y.... en toque de retirada; cuando los amagos son entre paisanos, entre hijos de un mismo suelo no hay tampoco guerra; hay traiciones, avvenimientos, capitulaciones, unos cuantos hombres muertos, algunas familias huérfanas y

Pax Christi, c'est fini.—Señor murmurador, ha callado V. como un gato á quien deguellan; está V. convencido.—¿Qué bellos tiempos los míos! Las mugeres aumentan el volumen de sus maridos, de sus amantes, por un verso, por manís, por dinero.... qué sé yo. Las jóvenes se dejan seducir haciendo tristísimos gemidos y dolientes elegías; las niñas aprenden á leer en los *threeet du toi* que tienen las cajas de perfumes, y las ancianas.... Oh! las ancianas se píanan para parecer mozas y hacer conquis-

tas intelectuales, se entiende, y.... Miren vds., amigos, nada de lo dicho es la mitad siquiera, de lo que hacia quejar á D. F. de Castilla.... Las mugeres ya vds. las ven, los hombres, mírenlos vds. Los viejos se pavonean y se prenden y se acieñan, los hombres seducen y roban y matan, los jóvenes se prostituyen y.... los niños, los niños van á las escuelas y se cansan de corretear y de escribir, aunque para esto no les falta razon segun la respetable opinion de—ANÓNIMO.

LA CONDESA DE PEÑA-ARANDA.

I.

EL BARRIO.

ERA el año de 1807, época en que aun México, era la corte de una colonia: corte mezquina, remedo burlesco de las cortes de los reyes, con su semi-rey y con su farsa de nobleza. Esta, hija de las riquezas y no de las hazañas de cien antepasados hourales y bellicosos, era quizá la mas ignorante, y al mismo tiempo la mas fatua de todas las clases de nuestra sociedad de entonces, porque muy del caso será advertir aqui que un mayorazgo, un título, el primogénito de un conde ó de un marqués, con las inmensas riquezas que á la muerte del padre le quedaban, se creía dispensado de saber aun las cosas mas triviales, indispensables para el trato familiar, y pasaba sus dias en francachelas y desórdenes, en medio de los cuales proyectaba una fundación religiosa, ó hacia una pingüe donación á algun convento con el mismo objeto de ganarse por este medio el cielo. ¡Sacrilega mezcla de impiedad, de religion y de orgullo, que confundidos formaban la careta que para aparecer su la sociedad nos legaron nuestros abuelos, aquellos que agitados por un delirio de muchos años quisieron que de en medio de la sangre de millares de victimas brotara una religion pura y sin mancha.

Este era en efecto el carácter distintivo de nuestra sociedad; era esta una matrona de dos caras, de las que en una se veían las huellas profundas de la mas desenfadada prostitucion, y en otra la máscara, no de la virtud, sino de

la mas simulada hipocresía. ¿Quién al encontrarse en México á principios del siglo XIX, no se hubiera creído en el centro de una de aquellas ciudades de la edad media en que la religion y el desorden caminaban á la par por sus calles tortuosas y sombrías! La ciudad por otra parte, presentaba en su seno uno de aquellos contrastes quizá esclusivos, la clase elevada de la sociedad, henchida de riquezas y pródiga hasta el exceso; la clase infima desahada, hambriñata, siempre quejosa y encontrando siempre sordo á sus voces al magnate que la despreciaba, que la hollaba, como nosotros podemos hollar al reptil venenoso que va á morder nuestro pié. ¡Cuadro miserable que debe como ver las entrañas del verdadero amigo de la humanidad! ¡Tiempo funesto que deben conocer á los que entre nosotros aspiran por ellos todavía, de lo mucho que hemos ganado con nuestra república, con nuestra libertad, que aunque vacilantes ahora por las ambiciones particulares, jamas llegaron á caer, porque tarde ó temprano el patriotismo levantará su brazo para sostenerlas.

Mas dejámo á un lado reflexiones inútiles, si se quiere, vuelvo á mi objeto, ó por mejor decir, comienzo mi narracion: eran las ocho de la noche del 15 de agosto de 1807, y en uno de los sitios mas hermosos de las orillas de México, á la puerta de una casa de soberbio aspecto, se hallaban parados multitud de coches, en

cuyos arroxos y soberbios blasones, fácil era conocer que pertenecían á los primeros personajes de la corte de los vireyes de Nueva-España. Multitud de damas y caballeros elegantemente ataviados bajaban de ellos, y entro tanta gente que á la casa se dirigía, dos jóvenes, aunque de distintas edades, llamaban especialmente la atención por su gentileza, y por lo ajustado de sus vestidos á la moda del tiempo. Estos iban distraídos al parecer con su conversación, y el mayor, que tendría unos treinta años, decía al menor que conlaria veintidos.

—El baile será de los mejores que en México se dan este año. La señora de las penas, Julían, despegará en el todo el encanto de sus gracias; y tú, pobre joven, de corazón enamorado y ardiente, la seguirás embridado, verás tal vez comenzar esta noche tu felicidad, y más de cuatro mozalvetes avaras á las luchas de amor envanecerán tu posición.

—Demasiado lisonjero aparece á tus ojos el éxito de mis amores, Alfonso, contestó Julían. Por lo que mira al baile, no fudo que este quedara en nicho á cuantos se han dado este año, porque el conde es rico y viejo, y ama ciegamente á la condesa, cuyo cumpleaños hoy celebran, y la que tú sabes que posee un gusto delicado y no poco amor propio, para ser menos que las otras en sus convites, más por lo que toca á tus amores, muchacho, dudo el verla reunida esta misma noche á mi voluntad.

—Esa son dudas inútiles, cuando otras veces la has dicho ya que la amas, y ella al parecer no ha llevado á mal tu declaración, pues por el contrario, con mucho agrado ha recibido tus galanterías.

—Es cierto eso; pero también lo es que con pretestos y evasivas muy finas, si tú quieres, no me ha contestado esas veces, como yo hubiera querido; y mucho temo que esta noche me suceda otro tanto.

—Nada temas si sabes acertar este golpe nocturno que de ti únicamente depende: la condesa te ama.

—Me ama; pero no sé que empeño tiene en disimularme su amor.

—Su empeño es el de todas las mujeres, que jamás ceden á la primera insinación, ya por conveniencia, ya por orgullo; cinco, seis, siete veces necesita el hombre rendirles para ablandar su carácter.

—Veinte me le rendiré yo á ella, si á la última he de oír de su labio que me ama.

En esta conversación penetraron en la casa, y se perdieron entre los demás caballeros que subían la escalera.

Era ese día, en efecto, el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, de María, la esposa querida del conde de Peña-Aranda, viejo rico, que cifraba su mayor placer en ver que su inmenso caudal le servía para satisfacer á los menores deseos de su esposa bella y graciosa, á la que no exigía en cambio sino una caricia para reanimar con su fuego sus miembros enfumecidos por la edad. Era este un día en que año por año se daban festines y saraos, en los que la abundancia y el lujo eran excesivos, á los que concurría toda la nobleza, con un fasto que apenas se veía en la metrópoli, y que llenaban de júbilo al viejo conde que desde los aposentos interiores se estaba con la algazara de la fiesta, porque él hacía consistir su felicidad en el gozo de su María. Soberbia se esperaba la de esa noche, brillante como no lo había estado ninguna de las anteriores, porque las tendencias de la condesa eran á dejar muy atrás á sus competidoras en fasto y en ostentación.

En un salon ancho y estenso cuidadosamente cubierto por las ricas telas que en esa época nos venían de la China, telas que han dejado de verse ya, entre nosotros, y alumbrado magníficamente por la amella luz de la esperma, las más celebradas bellezas de México ostentaban sus encantos, perfumándolo con las emanaciones suaves de los aromas con que habían teñido sus cabellos, y encantándolo con sus rostros peregrinos. Multitud de jóvenes, elegantes exagerados de su tiempo las rodeaban con ahínco, unos galanteándolas por costumbre, y otros hablándoles el idioma de una verdadera pasión, haciendo reír á muchas, y ruborizando á no pocas. Mas la que entre todas ellas se llevaba las miradas de cuantos pisaban el umbral de la sala, la que á todas las oscureaba, como la luz de la luna ofusca el brillo débil de los otros astros, era la reina de la fiesta, María, la hermosa condesa que á todas las aventajaba, sino en belleza, en gracia. Sentada en una de las estremidades de la sala, con toda la hermosura de su rostro y la viveza de sus ojos negros, con su blanco ropaje de finísima seda, con su velo transparente, que ocultaba apenas las formas hechiceras de su seno, con su negro cabello respuado por la espalda y entreligido con jirmines y violetas, con su guirnalda y con sus joyas ricas y preciosas, parecía una de aquellas visiones celestiales que agitan los ensueños de los amantes afortunados, ó más bien una de aquellas imágenes divinas que los pintores ó los poetas crean en uno de sus momentos felices de inspiración.

Alfonso y Julían entraron á la sala, y éste, al verla, al contemplar casi frente á frente á la que tantas veces había hecho palpiar su corazón de amor, fija en ella una mirada ardiente, una de aquellas miradas en que las mugeres, acostumbradas á leer en los ojos los sentimientos del alma, descubren los mas íntimos secretos del corazón.

—Alfonso! exclamó Julían en voz baja, apretándole fuertemente la mano á su compañero. Alfonso! ¡Cuán bella está! ¡Jamás había soñado yo un ángel!

—Cálma, serenidad, amigo, contestó fríamente Alfonso, mira, esa sonrisa que vaga por sus labios al verte, esa palpitation de su seno que levanta el velo que lo cubre, son indicios de que á mas que que no lo eres indiferente, esta misma noche cesará su empeño de ocultarte que te ama, si tú das un golpe certero, si sabes aprovecharle de las circunstancias.

Una sonrisa de la condesa le indicó á Julían en efecto que lo recibiría con agrado cerca de sí. Este, que no deseaba otra cosa, se dirigió á ella, sin atender á mas, sin pensar en mas que en su amor, embridado, como dicen que lo están las aves al hábito de cierta serpiente. La hizo una profunda caravana, no sin dejar escapar al inclinarse, un ahogado suspiro, y ella le contestó con una dulce sonrisa, y haciéndole sentar á su lado. Oh! era la suprema felicidad para Julían, como lo es para todos los hombres, estar junto á su querida, esperimentar el suave contacto de su ropaje, contar los latidos de su corazón, sorprenderle de cuando en cuando una mirada, imprimir tal vez un beso ardiente en su mano blanda, como las hojas de una rosa entreabierta.

La armonía de la música había tocado ya la cuerda mas sensible del corazón de las mugeres, la inquietud las agitaba á todas, y había hecho nacer en las jóvenes el deseo de dar mas vida á los trinos de una flauta, acompañándose con los movimientos voluptuosos del baile. Todas giraban ya en la sala, como unas sílfides, embridadas, porque cada pasión tiene su embridaje particular. Julían enlazado con la condesa, bebía el primer trago de la copa de la felicidad, y otro tanto le sucedía á ella, que con la agitación del placer que esperimentaba su alma, apenas respondía á las palabras apasionadas de su amante.

—Oh! cuán bella eres, querida mía, le decía este, y cuán cruel al mismo tiempo! Porque, si al tocar mi mano se enciende tu rostro y palpita tu corazón rápidamente, ocultarme por mas tiempo que me amas?

Ella nada respondía; y Alfonso á veces con la sonrisa en los labios, á veces con el ceño en la frente, lo seguía siempre de lejos sin perderlos de vista. El entusiasmo de los jóvenes había llegado á su colmo, todo era agitación, á nada se atendía, porque los acentos de la música y el aspecto de mil hermosuras tenían aborrotos los sentidos. Aprovechándose Julían de esta circunstancia, casi arrastró á la condesa fuera de la sala, y perdiéndose con ella entre la multitud, salió á uno de los estensos corredores, que á sazón estaba en parte iluminado por la luz de la luna. Alfonso, que como le dicho, no los perdía de vista, y que comprendió las miras de su amigo, los siguió, y logrando ocultarse á poca distancia de ellos, sorprendió sus secretos. Julían sostenía á María en su brazo junto á un rosál, y después de un momento de silencio, durante el cual la vio tan hermosa:

—María, María, esclamó apréndola fuertemente contra su pecho, ah! perdóname si contra tu voluntad te he arrastrado hasta aquí. Tu silencio atormentaba mi corazón, como nada lo había atormentado; porque, si me amas, no endulzas con una sola palabra el acibar de mi vida? María, María, respóndeme, dime que me has amado, dime que me amas, uadé nos escuchas; todos ¡sensuatos! están ahora embridados con los vapores que despide el festín.

María moraba; mas de pronto por una especie de movimiento convulsivo levantó hácia él sus bellos ojos negros anegados en lágrimas, lo enlazó con su brazo por el cuello y entre abriendo sus labios:

—Si, te he amado, te amo, Julían, esclamó, tú, tú has sido el hombre que ha llenado el vacío que había en mi corazón. Muy feliz he sido, Julían mio; joven, con un corazón de fuego, mi destino puso contra el otro de hielo que jamas he podido soportar. El conde, ah! yo le amo como se puede amar á un padre; pero no como se ama á un amante. Á tí, á tí te adoro, porque tu corazón palpita tanto como el mio, porque tus ojos derraman lágrimas de fuego, porque tus manos arden, y tus palabras convienen mi alma. Ah! Julían, si el amor puede hacer felices á dos corazones que se comprenden, jamas te volverémos á ver el rostro á la desgracia.

—Ángel de mi amor! ¡cuanto han alegrado el peso de mi vida tus palabras! tú me amas, y con tu amor nada falta ya á mi felicidad. Tu padecía tanto como yo, por eso me amaste, porque las penas son el vínculo que mas unea las almas.

—Pero no me abandones, Julian mio: sin ti me mataria el odio, sin ti....

—¿Y qué importa que las circunstancias y el respeto á las exigencias de la sociedad nos separen, si nuestras almas están unidas por un lazo, que ni el tiempo, ni las distancias romperán jamás?

—Ah! sí, pero....

—Nada temas, mañana volveré á verte.

—Y el confite?

—Qué fimes?

—Te amo tanto, que ya no hay desgracia que no imagine para nuestro amor.

—A las ocho de la noche, Maria....

—Sí, Julian, á esa hora por la reja del jardín, yo bajaré la llave.

Al oír esto Alfonso, que todo lo habia escuchado, sacó de su bolsa una preciosa cartera, apuntó en ella con lápiz quizá las últimas palabras, y se dirigió á la sala antes de ser descubierto por los amantes. Estos, embriagados de felicidad y de amor volvieron presto; y ya cuando los concurrentes abandonaban fastidiados la sala, Julian se acercó á Alfonso, y le dijo al oído:

—He vencido.

—Te lo habia predicho, le contestó Alfonso con una amarga sonrisa. Pobre toutot murmuró aparte al bajar la escalera.

II.

MARIA, JULIAN.

Incomprensible es el corazón de la mujer; en vano el hombre se afana en penetrar sus arcanos, esos arcanos que solo ella comprende á medida que mas la contempla, á medida que mas escudriña sus acciones, con ménos claridad ve en el fondo de su alma, mas se confunde; porque semejante aquella al sol, cuanto mas fija este en ella su vista, tanto mas le deslumbra. Hay hombres que creen haber fondeado el corazón, haber sorprendido los secretos de una mujer en una hora; ¡insensatos! su orgullo los engaña; no cabe en su necesidad que una mujer este dotada de la sagacidad suficiente para afectar lo que en ella no existe, cuando median razones de conveniencia, para dar á sus mismos hábitos un giro muy distinto del que todos se imaginan que tienen; mienten ellos su fuerza moral por su fuerza física. Tiene hoy la mujer un deseo por cuya satisfacción no vé medios, no se pára en inconvenientes, mañana lo vé satisfecho, y quisiera que jamás hubiera nacido en su corazón; la impresión que hoy le fué agradable, mañana le causa, le fastidia, y la sensación que hoy le fué dolorosa

mañana le es placentera. Oh! mujer, obra incomprensible de la creación, conjunto de luz y de finichas; tú cuya misión sobre la tierra debería ser de paz y de caridad, de amor y de consuelo, ¿porqué contra las leyes mismas de tu naturaleza, te conviertes á veces en la manzana de la discordia, á veces ocultas bajo el atractivo de tus encantos un veneno corrosivo, y ora con un desprecio das la vida, ora con una caricia das la muerte sin que nadie alcance á ver en el fondo de tu alma para comprenderte? En vano el diligente anatómico de la sociedad, el moralista, ha disecado fibra por fibra tu corazón para investigar tu esencia, esta se la ha escapado, como el jugo del sazonado fruto, cuando se le oprime con fuerza entre las manos; tu sola te conoces, y razón tienes en reir, y en despreciar al hombre que demasiado confiado en sí mismo esclama con enfasis: „yo conozco el corazón de la mujer.“

Esa oscuridad, ese velo misterioso encubre el corazón de Maria, la hermosa condesa de Peña-Aranda; llena de atractivo y de gracia, con un talento, una sagacidad y una sensibilidad nada comunes; y con las inmensas riquezas que proporcionan la comodidad en la vida, rie y muestra su rostro alegre en la sociedad; comparte en lujo y en fausto con sus rivales en ellos, y todos la juzgan insustancial y feliz; pero tambien allá á sus solas suspira, llora y gime; y sin saber lo que falta á su corazón, se cree tanto mas infeliz, cuanto que para aparecer en publico, tiene que cubrirse con una careta que á su dolor repugna. Su vida es igualmente incomprensible, es una mezcla de felicidad ó infelicidad que asombra, es una de aquellas vidas que solo pueden comprender los que han recorrido ese camino. Hija Maria del crimen y de la miseria, y arrebatada de los brazos maternos, cuando en los pechos de su madre bebía aun la vida, sin saber lo que son las caricias de esta, fué llevada á una prision en donde vio correr los primeros años de su vida al lado de su padre, encerrado allí por circunstancias que no importa saber ahora. Niña, muy niña, era el único ser que con sus caricias prestaba consuelo á su desgraciado padre que en su calabozo gemia, y que á la escasa luz que una claraboya dejaba entrar, apenas habia podido contemplar las facciones delirantes de su hija, de aquel ángel que guardaba su sueño, que endulzaba sus horas de amargura. Maria, siempre al lado de su padre, y en una edad ya en que su razon podía distinguir exactamente las ventajas del bien y los inconvenientes del mal, los dulces goces que aquel proporcionaba y

los dolores acerbos que este causa; viendo á su padre desnudo y estenuado por las privaciones, no solo de lo superfluo, sino aun de lo necesario para la vida, y viéndose ella envuelta en la misma miseria, pensó, si no en cambiar su estado miserable, porque le era imposible hacerlo por sí sola, al ménos en dulcificar la posicion de su padre y la suya propia. Con el empeño, con el teson que la necesidad presta á las almas, logró adiestrarse en tocar con gracia y sultura una guitarrita que la escasa comiseración de los carceleros de su padre le proporcionó; y cuando ella conoció que estaba ya en estado de causar con ella algun placer al oído de los que pudieran escucharla, sin que su padre lo supiese, salió de la prision, á poner en planta el recurso que su amor de hija le habia inspirado. Con su cuerpo airoso, su rostro porcelino, su negro pelo suelto, su pié delicado y pequeño, su vestido, aunque pobre, limpio, y con los dulces sonidos de su guitarrita, pulsada suavemente por sus manos de niña, la atención de cuantos en la calle la miraron, se fijó en ella, porque los extasiaba con la armonía de su instrumento, porque los cautivaba con su gracia y los conmovia con los suspiros que se le escapaban de su pecho, en medio del júbilo que ella quería afectar. Todos la admiraron, todos la acariciaron, todos pusieron en su mano el socorro que ella en silencio imploraba; y Maria volvió á la prision de su padre, alegre, porque habia encontrado ya un medio seguro para mejorar la suerte de aquel. En este ejercicio continuó ella llamando la atención, así del pueblo, como de las personas mas encumbradas de la corte, hasta que su padre lo supo, y lloró con ella, porque grande debe de ser la emoción de un padre al ver á un hijo sacrificarse para procurarle su subsistencia y su bienestar; ¡emoción indefinible que admiro, pero que aun no me es dado comprender!

El padre de Maria espiró, y ella sola, á los diez y ocho años de su edad, comenzó á sentir todo el peso de su desgracia. Su vida desde allí fué un legido de acontecimientos que solo ella era capaz de comprender, que dejaron en su alma impresiones que jamas se borraron, porque si las de la felicidad llegan á olvidarse alguna vez, las de la desgracia nunca mueren en el corazón. Sin ninguna experiencia de las cosas de este mundo, se dejó elevar de pronto por el vicio y la maldad á una altura en que jamas habia soñado, para caer desde allí y sumergirse en la mas espantosa miseria; ¡juergo de hombres perversos, la barca de su vida zozcó en el mar de la existencia, y su virtud cu-

bierta de harapos fué á gemir á la súa habitación del pobre, y casi á mendigar el pan de puerta en puerta. El trabajo de sus manos no bastaba á sus necesidades, y su hermosura iba rápidamente marchitándose y su vida consumiéndose por la falta de los jugos que la mantienen. Mas el destino, la casualidad, ó la Providencia, hicieron que el conde de Peña-Aranda, viejo viudo y rico, la conociera, y que en su corazón naciera un amor hacia ella que el no pudo ocultar. Este amor derribó al procer del porvenir de Maria, porque el viejo conde empeñado en satisfacer el deseo engendrado en su corazón por una pasión concebida casi en la decrepitud, sobreponiéndose á las preocupaciones de su época, dió su mano de esposo á aquella jóven, miserable; pero interesante por su belleza. Maria la aceptó, y cediendo á aquella propension que todos tenemos de ser algo en la sociedad, de brillar entre los demas, de excederlos tal vez en fausto, sonó con placer en sus oídos, no ya el nombre de Maria, sino el de la condesa de Peña-Aranda. Un sueño le pareció su rápida elevación: subir del seno de la miseria á la cumbre de la opulencia: dormir ayer en un miserable cuarto sucio y oscuro, y despertar hoy en un palacio rico y esplendente, es para causar una transformación total en el corazón humano; y en el de Maria en efecto, esa transformación comenzó á efectuarse. En un estado ya en que le era indispensable tratar con lo mas selecto de la sociedad mexicana, la que al principio no dejó de mirarla con desdén, por considerarla pegote de la aristocracia, mas la que luego la acogió en su seno, porque para esa clase no hay mas vínculos de amistad que los que proporciona el dinero; la condesa de Peña-Aranda quiso embriagarse con su aparente felicidad, quiso ser prodiga, y comenzó á presentarse en los paseos, en los teatros y en las tertulias con un lujo sorprendente. Su amabilidad, sus encantos, y sus riquezas sobre todo, le habian atraído un círculo de jóvenes, entre de, los cuales era ella la soberana, de quienes no recibía sino adinaciones á su belleza, incienso á su orgullo. Mas en medio de tanta ostentación, ella no era feliz: subida hasta tan alto para no sentir contra su pecho sino un brazo de hielo; contra su megilla, sino el labio casi inmóvil de un viejo, su corazón sentía la necesidad de amar, habia en el un vacío que no podia llenar sino el amor de un jóven, el fuego de una pasión igual á la suya; y ella estaba inquieta; pero al mismo tiempo no comprendía la causa de su inquietud.

Alfonso, el jóven que hemos visto acompa-

ñar á Julian, la comprendió; hablóle varias veces apasionadamente de un sentimiento que ella no conocía, de un amor cuyas delicias no había gustado; pero en todas ellas no recibió sino repulsas enérgicas de la condesa que estuvo á punto de prohibirle el que volviese á presentarse en su presencia. Semejantes desprecios fueron una herida mortal para el orgullo de Alfonso, quien juró vengarse de ella. Este, de corazón perverso, en ningún medio se paraba para llevar á cabo sus resoluciones por reprobañas que fuesen, y considerando que la virtud de la condesa no sería un muro insuperable que se opusiese á las seducciones de cualquiera otro amor, introdujo con arte en sus tertulias á Julian, joven amigo suyo, acudado, de gentil continente y de una esprisión tan dulce en sus modales, que seducía á cuantas le miraban. La condesa y Julian se amaron: este le hizo declaraciones apasionadas, aquella vacilante al principio entre el deber y la fuerza que la impulsó á llenar el vacío de su corazón, se mostró con él blandamente equívoca; mas no pudiendo soportar por mas tiempo un matrimonio tan cruel, la noche del festín estrechó á Julian contra su seno, y empapó con sus lágrimas su rostro; y mientras, Alfonso, que había visto nacer y crecer el amor de aquellas dos almas que al fin se comprendieron, sonreía; pero con aquella sonrisa que revela un corazón acasado por los pesares, carcomido por la venganza.

III.

EL CONDE DE PEÑA-ARANDA.

A las seis de la tarde del día siguiente al del baile con que se celebró el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, esta y el conde su marido, se hallaban sentados en un aposento de la casa, cuyas ventanas daban al poniente. La condesa con un vestido blanco de una estrema sencillez, y con su pelo suelto, estaba distraída y algo pálida, y sostenía contra su pecho la cabeza del conde, cuyos blancos cabellos halagaba ella con su mano descuidadamente. Ambos estaban con sus ojos fijos en el sol que estaba próximo á desaparecer detras de las montañas. En el rostro del conde estaba pintada aquella dulce melancolía que se apodera de nosotros, cuando somos testigos de las maravillas de la naturaleza, y en el de la condesa una inquietud que aumentaba á medida que el sol descendía mas. Este desapareció al fin, la luz del crepúsculo se derramó sobre la tierra, los celages desplegaron sus alas sobre los cielos, y el conde levantó repentina-

mente su cabeza, fijó sus ojos en el rostro de su esposa, la que no pudo dejar de estremecerse, y con una voz melancólica la dijo mostrándola con su mano el campo y el cielo:

—Ho aquí, María, la imagen de nuestra vida: esa luz del crepúsculo sin fuerza y sin calor es la mía; y esos celages risueños que vuelan por los cielos, que dan animación al cuadro, porque sin ellos sería triste y sombrío, son la tuya. Tú sostienes mis fuerzas abatidas, tú, María, encantas los últimos momentos de mi existencia; por eso te amo tanto, por eso, cuando reposo en tu seno me parece que soy joven, y que me restan aun muchos días de vida.

La condesa guardó silencio, y por su mejilla corrió una lágrima: el conde al verla continuo, y sollozando la dijo:

—Ah! ¿por qué lloras, María? ¿Por qué cubre hoy la tristeza tu rostro, siempre tan alegre, siempre tan risueño? Si falta algo en tu corazón, si deseas algo, ¿por qué no decírselo á tu pobre viejo que jamas le ha negado nada, cuyo mayor placer, si no eres feliz, es creer que tu eres, porque él no ha omitido medio ninguno para proporcionarte la dicha?

—Ah!... exclamó la condesa con una agitación que apenas podía encubrir.

—Prosigue, niña mía, prosigue, la interrupción el conde; ábreme tu corazón á mí que soy tu padre, tu esposo, y aunque viejo... tu querido.

—No es nada, señor, no es nada... querido mío, continuó ella sin atreverse á mirarlo fijamente. Lo que ahora experimenta mi alma, es una de aquellas sensaciones muy comunes en las mugeres, al aspecto de un cuadro como el que estamos contemplando ahora. No sé que tiene la caída del sol, que trae á mi memoria los recuerdos de mi infancia, recuerdos amargos que nunca se presentan á mi alma sin que me hagan derramar lágrimas.

Y al decir esto, sonreía y acariciaba al conde; pero sus manos temblaban, y la sonrisa de sus labios era forzada.

—Pero ¿por qué entregarte á memorias tan crueles, niña mía, si aquellos tiempos pasaron? prosiguió el conde imprimiéndole un beso en la mano: no consumas así tu vida con recuerdos inútiles.

Ambos flotaban en silencio; la condesa apoyada en su mano derecha, y con su cara vuelta al campo, y el conde inclinado sobre la mano izquierda de María, bañándola con sus lágrimas. En esta posición los encontró un criado que anunció al conde la visita de D. Alfonso de Zárate.

—Que pase, contestó el conde, y la condesa fuese entonces de su lado á los aposentos interiores. Alfonso encontró al conde con los ojos lierosos todavía.

—Oh! señor conde, exclamó este al entrar, con el acento de quien tiene alguna confianza con aquel á quien dirige la palabra; V. siempre encerrado, jamas se le ve á V. la cara, fuera de este que puedo llamar propiamente su castillo.

—Oh! amigo, le contestó el conde, á la edad de V., cuando tenia el mismo humor que V. tiene ahora, no se me podía decir otro tanto; pero ya el fuego de mi juventud se apagó, y no me queda mas que el hogar doméstico para recalentar mis miembros.

—Al lado de vuestra bella esposa fidelísima.

—Siempre V. de broma!

—Broma, ó no broma, es cierto lo que digo: jamas se separa V. de ella, siempre á su lado... ya se ve, ella ama á V. tanto, le es á V. tan fiel, que ingrátitud sería que V. se separase un momento de ella. Pero supongamos, ya V. sabe que yo me muero por las hipótesis, supongamos que le fuese á V. infiel.

—Hombre! Eso ya pasa el límite de la intimidad, de la confianza que media entre nosotros.

—Déjese V. ahora de límites, ya V. sabe que las suposiciones no pasan de tales, é infelices de nosotros, si pasaran á veras. Supongamos que le fuese á V. infiel. ¿Qué haría V.?

—Como eso, no solo lo considero remoto, sino imposible; no haría nada.

—Pero, vuelvo á mi tema; yo supongo que así es, y doy por cierta mi suposición. ¿Qué haría V., vuelvo á preguntar?

—Oh! entonces...

—Entonces, celos fundadísimos nacerían en el corazón de V., la arrojaría de su lado, é inexorable, jamas la volvería á ver; jamas volvería á acordarse de ella.

—Tal vez... pero dejemos esa conversación que V. ha suscitado ahora sin motivo.

—¿Qué quiere V.? fué una suposición!

El conde temblaba, y con los ojos fijos en el suelo, como quien medita en algo, quizá la suposición de Alfonso, con algunas circunstancias anteriores, que ahora se le agolpaban en la mente, había hecho nacer en él alguna sospecha. Alfonso que tenia su cartera en la mano, la dejó caer entonces; y al ruido de esta, el conde levantó los ojos y la vió á la luz de la vela.

—Preciosa cartera! dijo él tomándola en sus manos.

—A vuestra disposición está, contestó Alfonso. Abrala V., hojeala pura que mas conozca su mérito.

—No llega á tanto mi libertad, que contendrá los secretos de ese corazón.

—No soy tan ligero, para fiar mis secretos á un secretario, que si hoy está conmigo, cualquiera circunstancia hará tal vez que mañana caiga en manos de otro. Puede V. verla.

La abrió el conde y comenzó á hojearla; mas á la mitad se paró: la curiosidad le había hecho fijar la vista en unos renglones escritos que allí había; leyó los nombres de María y de Julian, nombres que le eran demasiado conocidos; su misma curiosidad le llevó mas adelante; y leyó lo siguiente:

—A las ocho de la noche, María...

—Si, Julian, á esa hora por la reja del jardín; yo bajaré la llave.

Soltó de sus manos la cartera; y viéndole Alfonso trémulo y con los ojos desenfocados.

—¿Qué sucedió? exclamó, como si todo lo ignorara.

—Eed, le contestó el conde presentándole la cartera.

Maldita indiscreción volvió á exclamar Alfonso, dándose una palmada en la frente; yo no sabía que esta cartera encerraba semejante secreto.

—V. me engaña, repuso furioso el conde; V. me quita la vida, ultraja, calumnia la honra de mi María. Que venga, que venga ella misma á sincerarse, á confundir en su presencia á V., infame calumniador. Marta! Marta! gritó dirigiéndose á la puerta.

—Conténgase V., exclamó Alfonso deteniéndole; ya que el acaso os ha descubierto una verdad...

—No, infame calumniador, que venga mi esposa á confundirte.

—Señor conde, conténgase V., y esta misma noche tendrá V. por sus propios ojos un desengaño terrible. La cita es para las ocho de esta noche; V. mismo los verá juntos, y después me hará justicia, se arrepentirá de haberme llamado calumniador.

El conde se detuvo: el deseo de satisfacerse por sus propios ojos de lo que se le había casi jurado que era cierto, ahogó el de que su esposa se sincerara allí mismo; los celos devoraban ya su corazón de viejo. Ambos permanecieron en silencio, hasta que poco antes de las ocho se dirigieron al jardín sin ser vistos de nadie. Mas antes de salir dijo el conde á sus criados:—Decid á la condesa que he salido á un

negocio importante de tal urgencia, que me ha sido imposible estar antes con ella.

IV.

UN DESENGAÑO.

Los ocho sonaron en el reloj del monasterio de San Fernando, muy inmediato á la casa del conde de Peña-Aranda; las campanas comenzaban á dejar oír la funebre plegaria de ánimas, y hacia poco que la luna llena se había levantado por el oriente. Tranquila estaba la noche, y apenas susurraba el viento mecido de las copas de los árboles y doblando el tallo de las flores dormidas del jardín extenso y precioso, lugar de recreo de los condes de Peña-Aranda. Poco antes lo habían atravesado en silencio dos hombres que entraron á una de las grutas artificiales, construida muy cerca de una reja que daba al campo; mas ahora estaba sola, y ningún ser humano se veía en él. Muy luego, á la luz de la luna, se vió moverse entre los árboles una figura blanca que rápidamente se dirigía á la reja, y que al acercarse á esta, se reconoció en ella á una mujer, á María, que con su vestido blanco y su pelo suelto iba á encontrar á su amante. Se acercó ella á la reja, y con voz bastante perceptible dijo: —Julian!

Y de fuera le contestaron: —María! —Estás ahí, bien mio? —Ah! sí, y mi corazón aguardaba impaciente tu venida. Aquí está la llave, abre. —Y el conde? —Salí contra su costumbre. María abrió, y Julian la recibió en sus brazos. Al ruido de la llave el conde salió de su escondite, y dirigiéndose á ellos en el momento en que estaban extasiados uno en los brazos del otro: —Señora! esclamó con voz grave poniéndole la mano en el hombro á la condesa.

Al acento terrible del conde, Julian se desprendió de los brazos de su querida, y ganando la puerta se escapó sin que jamás se le volviera á ver; y María pálida, y sin poder comprender lo que aquello era, cayó desmayada en el suelo. El conde la levantó furioso; y cuando ella volvió en sí, oyó que le decía:

—Este es, señora, el premio que habéis dado al que os sacó de la miseria para elevaros á una altura en que jamás habíais soñado; al que contrariando las preocupaciones y oponiéndose al orgullo de sus deudos os dió el nombre de esposa, al que os entregó sus rique-

zas y os amaba, como á su vida misma. Ah! vosotras las mugeres sois gusanos que cuando os veis en la altura, buscáis siempre el lodo en que os arrastrabais. Incesante! creí haber encontrado un ángel que amante me condujera al sepulcro, y encontré una serpiente que me carcomiera las entrañas antes de tiempo. Id, prostituida, id con vuestro seductor, que sus caricias sean el veneno que acabe con vuestra vida. Ya nada sois mio, en nada me pertenecéis; el conde de Peña-Aranda, jamás ha sido el esposo de una prostituta.

Y al decir esto la puso fuera de la reja del jardín que daba al campo. María lloraba, el conde en su furor ni un solo suspiro había lanzado de su pecho, y Alfonso que había salido ya también con el objeto de saborear su venganza, se acercó á ella, y descubriéndose la dijo:

—Me conocéis? soy Alfonso, aquel á quien un tiempo despreciasteis, sin saber que su orgullo jamás dejaba un desprecio sin venganza. Soy Alfonso; el que ha conducido aquí á vuestro marido para que fuese testigo de la felicidad que disfrutabais en los brazos de Julian.

El conde cerró la reja dejando á María fuera de ella, y atravesando con Alfonso rápidamente el jardín, volvió á su habitación.

V.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, el conde de Peña-Aranda pasaba en su coche por una de las calles mas concurridas de Mexico, y viendo que hacia él se dirigia una muger pálida y estenuada y cubierta de andrajos, en la que reconoció á María, dió orden al cochero para que condujera rápidamente el coche. María al ver esto se volvió anegada en lágrimas, y á su vuelta encontró á Julian:

—Julian mio, esclamó ella, dirigiéndose á él, te vuelvo á ver al fin.

—¿Quien sois vos, le preguntó Julian?

—María, tu querida María.

—Yo no os conozco, no os he visto jamás; idos en paz y no me impurificéis: si queréis humana, pedidla de otro modo.

Y le arrojó en el suelo un cuarto. Era el estremo de la infelicidad á que el destino podia haber arrastrado á aquella muger. Senfada en el suelo, ya sin fuerzas para soportar tanto, no lloraba, sino que frenética mordía sus manos y casi renegaba de la Providencia, cuando sintió que le tocaban el hombro. Alzó el rostro, y vió á Alfonso, y oyó que le decía:

—Me conoces? yo soy Alfonso, el amante des-

preciado, y el que te ha conducido con placer á la situación en que te encuentras.

—Ojalá y mis palabras fueran de muerte, hombre maldito, esclamó ella cubriéndose el rostro.

Pobre muger! á que estado la arrastró su destino, aquel mismo destino que puso en su

corazon la necesidad de amar, como se ama en la juventud! ¿Cómo seoran las esperanzas de su corazón el desvío de un marido, el desprecio de un amante querido y el placer de la venganza de otro á quien odió su corazón! ¡Pobre muger, juguete de la suerte! Pobre muger! R. I. ALCAHAZ.

A TEXCOCO.

Orillas de la laguna
Texcoco altiva se mece,
Y en las aguas resplandece
Como en los aires la luna.
Murmuran al pie del muro
Las masas ondas pasando,
Con blanca espuma argentada,
De roca el cimiento duro.
Y en el fondo trasparente
Pinta el reflejo sereno,
Un cielo de encantos lleno
Que no ethpaña la corriente.
Y que en su apacible azul,
Entre celajes de plata,
Las verdes ramas retrata
Del sauce y del abedul;
Y las primorosas flores
Que en las chinampas se ostentan
Y el aura suave alimentan
Con balsámicos olores.
Con blandos fulgores brilla
El sol de la primavera
Dando vida á la pradera
Y á las flores de la orilla;
Y disipando la sombra
Que el crudo invierno tendió,
Donde el hielo marchito
De verde grama la alfombra.
Está la ciudad tranquila,
Y ufana se alza y contenta,
Que es joven y aun no lamenta
La adversidad que aniquila.
Premio siempre á su valor
Triunfos y glorias han sido,
Del enemigo vencido
El despojo y esplendor.

Por eso do quíen se escucha
El canto de sus guerreros,
Y ostenta gala y plumeros
Botín por que ardiente lucha.

Todo es bulla y confusion,
Entusiasmo y alegría,
Que aun no se aproxima el día
De luto y desolacion.
Que aun no asoma ni el amago
De la dura esclavitud
Ni aun teme la senectud
La hermosa virgen del lago.
Gira en tanto poco á poco
La rueda de la fortuna,
Tras sí arrastrando una á una
Las venturas de Texcoco.

Pobre rosa deshojada
Lezana y fragante un día,
Triste flor abandonada,
Perseguida y azotada
Por la tormenta bravia.
Pobre niña, hoy sin amor
Y en otro tiempo adorada,
Triste virgen sin dolor
Sola, entregada al furor
De turba desenfrenada.
Triste ciudad olvidada
Fuerte un día y floreciente,
De principes acatada,
De naciones respetada,
Bella, rica, independiente.
¿Que se hicieron tu opulencia,
Tus palacios, y tus reyes
Tu antigua gloria y tu ciencia,

[1] Insertamos esta poesia á Texcoco que bajo el autotitmo se nos ha remitido, porque al leerla encontramos en ella cosas muy bellas que revelan en su autor su verdadero talento poetico. Tiene en cierto algunos defectos; pero como hemos sabido que este es uno de sus primeros ensayos, nos parecen disculpables. No deje su autor de pulir su lira, y con el tiempo sus acantos serán dulces, muy dulces. R. R.

Tu ardiente celo ó demencia
 Por tus dioses y tus leyes?
 Que se hicieron tus banderas
 Tus caracacs tus legiones
 Indómitas y guerreras
 Que á las huestes extranjeras
 Dieran triunfo en cien acciones?

Todo, Texcoco, paso,
 Capricho fué del destino,
 La tormenta reveló
 Y á tus ojos ocultó
 De la ventura el camino.

Hoy, si las nobles colinas
 Visita acaso el viajero,
 Ve las negras golondrinas,
 Volar entre las ruinas
 De algún ídolo grosero.

Tal voz fija su atención
 Algun abuchueli erguido,
 Y oprimido el corazón
 En triste meditación
 Cae á su sombra dormido.

Arbol viejo y misterioso,
 De los siglos respetado,
 Que testigo silencioso
 Fué del tiempo venturoso
 Como de este, desgraciado.

Acaso en su sueño inquieto,
 De algún sepulcro ruinoso
 Ve salir un esqueleto
 Que le dice „Tu respeto
 De los héroes al reposo“

Y en lugar del anatema
 Que en su frente vió primero,
 Ve lucir una diadema
 Y á su calce oscuro emblema
 Que explica lo venidero.

Ya no existe una laguna
 Do Texcoco hoy aparece,
 Do humillada desfallece
 Desapoyo de la fortuna.

Ya al pie del muro pasando
 La onda mansa no murmura
 Ni del sol la lumbre pura
 Ya sus cristales dorando.

Ni en su seno se refleja
 Bello, un firmamento azul,
 Ni el plateado abedul
 Su sombra en la tierra deja.

Ya no hay chimampas ni flores
 Que el suave ambiente alimenten
 Y en lecho de junco ostenten
 El lujo de sus señores.
 Brilla el sol, mas sin colores,
 Sin ser ya lo que antes era,

Sin dar vida á la pradera
 Con sus vivos resplandores.

Sin romper la densa sombra
 Que el crudo invierno tendió
 Cuando al soplar marchitó,
 De primavera la alfombra.

Está la ciudad tranquila,
 Mas débil y macilenta,
 Como viuda que lamenta
 La edad que todo aniquila.

De invencible el alto honor
 En otro tiempo adquirido,
 Yace hoy postrado y vencido
 Sin ánimo y sin vigor.

Por eso ya no se escucha
 El himno de sus guerreros,
 Ni ostenta gala y plumeros
 Ganados en cruenta lucha.

Todo es silencio, inacción,
 La paz de la tumba fría,
 Que el sol ya lució del día
 De ruina y desolación.

Lanzó su gemido vago
 Nefanda la esclavitud,
 Murió en gracia y juventud
 La antigua reina del lago.

Gira empero poco á poco
 La rueda de la fortuna
 Tras sí llevando una á una
 Las desdichas de Texcoco.

F. P. C.

UN CRISTE A TIEMPO,

Desessart, compañero del celebre cómico francés Dugazon, era un hombre sumamente gordo. Un día lo llevó Dugazon á casa de un ministro, y al presentarlo dijo á este: "Señor, la compañía cómica francesa acaba de recibir la noticia de la muerte del elefante del rey, y os suplica concedais esta plaza á Desessart, en recompensa de sus servicios." Desessart, furioso desató á Dugazon. Este admitió; al llegar al sitio designado para el duelo, dijo á Desessart: "A la verdad, el partido es ventajoso para mí; tú presentas una superficie décupla de la mía; y así voy á pintar en tu vientre con albayalde un blanco, y todos los tiros que den fuera del blanco no se me cuentan." Esta agudeza fue suficiente para cortar el duelo.

La envidia ya siempre tras el mérito, como la sombra tras el que camina hacia donde está el sol.

Sæcæ Mexicana.



Niccolò Paganini
DIRECCIÓN GENERAL DE

PAGANINI.

La música es la language des passions.

J. J. Rousseau.

ESTANDO en nuestro poder un magnífico retrato y tres de las mejores biografías del inmortal violinista Paganini, no nos podíamos resolver á colocar en las columnas del *Liceo* la historia de un hombre que parece hasta fabuloso, ó por lo ménos muy exagerado lo que de él refieren sus biógrafos; pero Mr. Enrique Vieux-Temps ha venido á quitarnos el temor de no ser creídos los prodigios que Paganini, según vamos á referir, ejecutaba en el violín, en este instrumento que se puede llamar perfecto, pues hace trescientos años recibió la última mejora, y de entonces acá nadie se ha atrevido á hacerle una reforma sustancial.

El Señor Vieux-Temps se presentó al público las noches del 22 y 24 del mes pasado; y este rival de Paganini ha causado en los mexicanos las sensaciones mas terribles. Decir que Vieux-Temps es un músico es hacerle una grande injuria; *El Señor Vieux-Temps es un gran poeta.* Este hombre admirable ha arrancado suspiros y aun lágrimas á muchos que han presenciado con serenidad el delirio de *Lucia*, y la agonía de su infortunado amante. En el gran *Tremola*, soberbio concierto de Beriot, produjo el violinista belga en nuestras almas una especie de terror sublime; el ingenio de Vieux-Temps brilla en todo su esplendor en esta composición. Cuando se presentó á repetirla, lo que hizo las dos noches, á causa de los inmensos aplausos y las instancias de un público que jamas hemos visto mas entusiasmado cuando vimos al inmortal jóven tomar su único arco con los tres dedos, pulgar, índice y medio, herir velozmente, y con una vibracion semejante á la de las alas del chuparrosa, dos, tres y aun las cuatro cuerdas del violín al mismo tiempo, nuestros corazones latían de placer; de entusiasmo, de pavor; en fin, querer expresar lo que sentimos en aquellos felices momentos, sería el mayor de los absurdos. En el *Carusal de Fenicia*, composición de Paganini, la ejecución de Vieux-Temps es admirable; el *pizzicato* con la mano izquierda es lo mas diestro que hemos visto en este género; lo que agradó mucho en lo general, fué la imitación exacta de la voz de un

muchacho y de la de una vieja: una risa general involuntaria fué la mejor aprobación del público. Sin embargo, lo que mas nos asombró en esta pieza fué la producción de un concierto de dos violines simultaneamente, ejecutado en uno solo. A pesar de haber estado demasiado cerca de Vieux-Temps las dos noches citadas no podemos dar una esplicacion satisfactoria de este fenómeno músico; no obstante, dirémos que nos parece haber observado que el dedo meñique de la mano izquierda, por medio del *pizzicato*, en la prima daba la voz, y el arco, haciendo la segunda y tercera cuerda, formaba el violín de acompañamiento.

Por último, lo que mas nos admiró en este gran violinista fué la destreza en el difícilísimo manejo del arco. En el *tremola* lo movía con tal celeridad que dudábamos si las semi-fusas que ejecutó eran estas notas, que son las últimas que reconoce la música, ó otras desconocidas, aun mas breves. Para los aflautados Vieux-Temps saca el mas ventajoso partido de aquel principio, que cuando mas se acerca el arco al puente del violín es mas fuerte la voz, y mas suave cuanto mas se aleja.

Con el mas vivo placer participamos á los mexicanos que al despedirse Vieux-Temps, el 25 del pasado á las cuatro de la mañana, de uno de sus amigos, le dijo: *dentro de ocho ó diez meses estoy en México.* A este apreciable jóven le ha producido el viaje (de 15 días) á esta república mas de tres mil pesos. Basta de Vieux-Temps.

Nicolas Paganini, el héroe, ó como otros han dicho, el dios del violín, nació en Génova, el mes de febrero de 1781. La providencia ha quiso perder tan precioso diamante y lo confió á un hábil artista para que lo bruñese, y lo hiciera brillar en todo el mundo. Antonio Paganini, padre de Nicolas, era el hombre mas apropiado para desarrollar el grande ingenio músico que poseía este niño. Antonio por sus ocupaciones no habia podido adquirir una gran habilidad en el violín; pero su pasión hacia este instrumento y el conocimiento de las dificultades en su ejecución, hicieron que pusiera un esmero escrupuloso para sacar un gran violi-

nista á su hijo. Un tiránico rigor, hasta el extremo de imponer crueles ayunos que debilitaron la salud del niño, logró hacer concebir á todos los parientes de Nicolas las más lisonjeras esperanzas de que sería un regular músico. Su madre Teresa tuvo un sueño en que le pareció que un angel le revelaba que su hijo sería un gran violinista. A la edad de ocho años poseía el violín lo mismo que su padre, á pesar de que este había tenido muchos años de estudio; y en tan tierna edad compuso una sonata tan complicada, y llena de falsas dificultades, que nadie pudo tocarla. Nueve años tenia cuando se presentó por primera vez en el teatro, en el beneficio del celebre soprano Marchesi, y ejecutó unas variaciones suyas sobre la canción republicana francesa, *La Carmagnole*.

Como la ambición de Antonio Paganini por formar á su hijo un gran músico era estrema, y veía que ya nada tenia que enseñarle, lo presentó á Costa, primer violín de Génova; y recibió de este hábil profesor treinta lecciones en seis meses. El instigable Antonio lo llevó después á Parma á Veralli á Rolla para que lo perfeccionase. Rolla se hallaba enfermo, y su muger hizo esperar á nuestros dos genoveses, que iban á visitar á su marido, en la pieza inmediata á la en que él estaba. En una mesa había un violín y un concierto que acababa de componer Rolla; el travieso niño tomó aquel instrumento y se puso á tocar á primera vista la difícil composición. Rolla preguntó que quien tocaba su concierto, y cuando se le dijo que era un niño de menos de diez años, que deseaba recibir sus lecciones, contestó: «Nada tengo que enseñarle;» y á su padre dijo que lo podía llevar á Paor. Habiéndoselo presentado á este gran músico, lo recomendó á su viejo maestro Giretti. Este hábil compositor dió á Nicolá lecciones de contrapunto, y sus adelantamientos fueron tales que compuso veinticuatro fugas á cuatro manos; despues lo tomó el mismo Paor bajo su dirección, y á los cuatro meses le pidió un día; cual fué la sorpresa de Paor cuando Paganini le entregó una brillante composición! Paganini era ya un gran compositor.

Nicolas Paganini tenia catorce años, conocia que su violín sería para él una mina inagotable, y además el rigor paterno ya le era insufrible, por lo mismo se emancipó de su familia y va á recorrer el mundo, ávido de gloria y de placeres, único alimento digno de su alma.

Único se presenta en las principales ciudades de Europa, como una grande habilidad en el violín. La Alemania aplaudia con furor á

cuatro violinistas Rode, Kreutzer, Baillet y Spohr, que se creia habian alcanzado la mayor perfeccion posible en la ejecución del violín. Tan poderosos rivales no intimidaron á Paganini; y al cabo de pocos años todos los periódicos Italianos, franceses, ingleses y alemanes estaban llenos de elogios al inmortal genoves, proclamándole el primer violín del mundo.

Las ciudades principales de Europa se disputaban la gloria de tener por algunos meses ó dias al hombre que llamaba la atención de todo el mundo: se le hacian de todas partes contratas en que se atravesaban gruesas sumas de dinero, por tener el placer de oír su mágico instrumento algunas noches. Paganini podia haberse hecho millonario en pocos años; pero los gozes de su infemso corazón le costaban muy caro. La transición repentina de la cruel sujecion de su padre á la estrema libertad, ocasionó en él la prostitución mas desenfrenada. Juego, mugeres, vino, todo en exceso, causaron en Paganini un desarreglo de costumbres escandaloso, debilitando extraordinariamente su constitución, tan enfermita por el austero tratamiento que habia recibido en la casa paterna.

Este desarreglo de costumbres acaso fué lo que dió lugar á mil anécdotas extravagantes acerca de Paganini. Ya se decia que habia estado encerrado muchos meses en la inquisición; ya que habia vivido mucho tiempo entre saltadores; y hasta se llegó á decir que habia asesinado á su muger, y que estando en la prisión por este delito, el cruel carcereño le habia quitado las tres primeras cuerdas de su violín, y que entonces aprendió á tocar admirablemente en sola la cuarta. El tuvo la paciencia de desvanecer tales rumores publicando en los periódicos certificados de las autoridades de policía de casi todos los lugares por donde habia viajado.

Preguntándosele cierta vez sobre la certidumbre del asesinato de su muger, contestó: *¡Per Bacco!* los que esto dicen ignoran que jamas ha sido casado? Y otra vez refiriéndole las varias anécdotas que le atribuian, dijo: «Acaso están confundiendo la historia de mi vida con la novelesca del violinista polaco Duranowsky.»

El año de 1812 Paganini se hallaba en la corte de Luca, á la sazón que reinaba la amante Elisa Baccinotti, princesa de Luca y Biombino, hermana de Napoleon. El grande violinista presidia la orquesta en la ópera cuando asistia la familia real, y cada quince dias tocaba en la cámara de la princesa. Terriblemente enamorado de una dama de la corte, que era muy apasionada por la música, y que por lo

mismo no la desagradaba la pasión del celebre artista, hasta que por fin consiguió ser amado de ella, Paganini debió á esta relacion amorosa una de sus mas felices invenciones. «Nuestras relaciones, escribia él cierta vez á Scholzer, hacian cada dia mas progresos, y como exigian el mayor secreto, esto las hacia mas deliciosas. Un dia le prometí sorprenderla en el concierto siguiente con un jugueteillo músico alusivo á nuestra situación. Al mismo tiempo anuncié á la corte una novedad cómica, una escena de amor. General curiosidad existió, cuando me presenté, mi violín con solas dos cuerdas, la prima y la cuarta. La prima debia hacer el papel de la voz de la muger, la cuarta la del hombre. Las dos cuerdas á su vez debian suspirar, gemir, reír, é imitar una loca alegría; todo para representar un diálogo en que dos amantes se enojan y despues se reconcilian. La reconciliación debia terminarse con una *coda brillante*. El juguete agradó. La persona en honor de quien lo habia yo compuesto, me recompensó con una divina sonrisa, y la princesa Elisa me dijo: «Pues habeis ejecutado tantos prodigios en dos cuerdas, ¿no podreis hacernos escuchar alguna maravilla en una sola?» Se lo prometí, y el dia de la fiesta de San Napoleon ejecuté en la prima una cancion que compuse é intitulé: *La Napoleón*. Tuvo un brillante éxito; á tal punto, que una cancion de Cimarosa, ejecutada esa misma noche, solo consiguió débiles aplausos al lado de la mia. He aquí como conseguí tocar en una sola cuerda.»

La pasión de Paganini á viajar, hacia de su vida un viaje un manantial de placeres, recorriendo por todas partes laureles que el nobilísimo mas exaltado le prodigaba. Los nobles lo sentaban á la cabeza de espléndidos banquetes, los reyes y las sociedades mas distinguidas lo condecoraban con las cruces mas gloriosas; y el pueblo, como único tributo que podía dar á su mérito, lo aplaudia con furor en el teatro.

Un eritor alemán dice: «Paganini se presenta en la escena; se ve á un hombre extraordinariamente flaco, con su rostro de momia á causa de una enfermedad continua de estómago, y de la falta de todos los dientes de la mandíbula inferior, su cabeza cubierta de pelo sumamente largo y enmarañado. Esta ridícula fantasma coloca en el lado izquierdo de su cuello un hermoso violín, y con suavidad comienza á herir las cuerdas con su arco. Aquel hombre, que habia parecido un estúpido, se pone á sudar, los cabellos se le erizan, se transporta á un mundo ideal, y las mas extrañas contorsiones

en todo su cuerpo, dan á conocer la enagenación de su alma; en fin, no es un hombre, es un espíritu diabólico, evocado de los infernos por algún mago. En sus composiciones es principalmente en donde se admira todo el fuego de su ingenio; y el espectador no puede menos que acompañarlo en sus lágrimas por los recuerdos de su desgraciada infancia, y en los suspiros por los placeres de su desreglada juventud; todo admirablemente expresado con su celestial instrumento.»

Paganini habia causado en el mundo musical una revolución extraordinaria, pues nadie podia imaginar la causa de la ejecución sobrenatural de este violinista; y se formaban mil hipótesis para la esplicacion de tan extraños fenomenos. Aumentaba la curiosidad general el haber dicho una vez Paganini, que él poseia un secreto con el cual podia formar de cualquier discípulo con tres años de asiduo estudio un violinista igual á él. Se puso el mayor esmero para descubrir este secreto; pero todo fué infructuoso. Lo único que se observó despues de haber examinado detenidamente el violín de Paganini, fué que este instrumento estaba templado en medio tono, y algunas veces un tono entero mas alto que los demas violines de orquesta; y se infirió que acaso Paganini habia descubierto un modo de templar que producía una combinación capaz de disminuir la dificultad de la ejecución de la mano izquierda.

La vida de Paganini continuó en el desarreglo de costumbres que hemos dicho, hasta el año de 1823, en que la hizo variar una circunstancia de interés. A principios de este año emprendió un viaje artístico en compañía de la celebre cantante Antouia B...; y tuvo de ella un hijo, que fué bautizado con los nombres de Aquiles-Ciro-Alejandro. Cinco años despues la madre abandonó al hijo, que fué siempre el hijo de Paganini, que jamas lo reparaba de su lado.

Paganini oyó la voz de la naturaleza que le decia que ya solamente debia pensar en su hijo. «La prodigalidad se cambió en la más avara avaricia; llegando á tal extremo esta pasión en Paganini, que se hizo proverbial. Una de las muchas anécdotas que se refieren acerca de la estrema economía de este avaro, es la siguiente. Certa vez caminaba Paganini con varios amigos; llegaron á la posta en que se hallaba la fonda en que debían comer; todos los pasajeros bajaron de la diligencia para ir á la mesa redonda, y viendo que Paganini no lo hacia, lo invitaron á comer; mas él dijo que siempre traia consigo el sustento: habiéndose reti-

rado todos, se quedó uno oculto. ¿Cuál fue su asombro al ver al acudado Paganini sacar de su faltriquera, y comer, á manera de buen espartano, un gran pedazo de pan y una buena ración de queso reseco! La Rochefoucauld le ha dicho: „solo es de los hombres grandes el tener grandes defectos.“

Sin embargo, merece disculpa este amante padre, que no trabajaba, no pensaba, no vivía sino por un hijo que amaba, como el decía, tanto como á Dios.

El mes de mayo de 1840, Paganini se hallaba gravemente enfermo, y pidió un confesor. Se le presentó un clérigo, al que le dijo por medio de una pizarra en que escribía, pues ha-

bía perdido el habla, que solamente se confesaría con una condición de que había de poner su confesión en la pizarra, y borrarla después de recibir la absolución, pues no quería que fuera á dar á manos de algún librero que quisiese imprimirla; pero el clérigo no admitió, si no la escribía con tinta, y le negó la absolución. Murió, pues, sin confesión, el 28 de mayo de 1840, á los cincuenta y seis años, tres meses de su edad. Su inmenso capital lo dejó en su mayor parte á su hijo; pues destinó una buena cantidad de él para sus dos hermanas, y para la madre de su hijo.

Marzo 1.º de 1844.

F. DIEZ DE BONILLA.

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA NECESIDAD DE FORMAR LA TOPOGRAFIA MÉDICA DE MÉJICO.

Los bastante fundamento había dicho Hipócrates que la ciencia era muy basta y muy corta la vida para poder adquirirla. Los largos y profundísimos trabajos emprendidos en muchos siglos por hombres verdaderamente celebres, no han podido hoy colocarse con firmeza los cimientos de la ciencia mas importante para la humanidad: nos se resienten de los errores propios de la época en que fueron concebidos; otros de la dificultad invencible de la observación, cuando faltan los medios para ejercerla, y casi todos han sufrido las consecuencias funestas de los brillantes extravíos de la imaginación. Ciegos partidarios de los sistemas que en distintas épocas han reinado en medicina, los médicos han abandonado el camino seguro, aunque espinoso de la observación, para precipitarse en un laberinto de conjeturas.

No me ocuparé en formar la historia del origen, incremento y declinación de cada sistema, ni la crítica del fundamento que cada uno haya tenido para creerse el mejor: tampoco me empeñaré en desconocer los beneficios que han hecho á la ciencia sus gefes inmortales; ni mucho menos en adoptar ni desearchar todas las bases sobre que han trabajado. Persuadido de que ellos han puesto en claro verdades impor-

tantas de observación, que ni la mano destructora del tiempo podrá borrar, respeto á sus autores y me valdré de sus doctrinas en la principal de las consideraciones que creo se deben tener, á saber: el estudio del hombre en relación con todo lo que le rodea.

Privilegiado este entre todos los seres de la naturaleza por el autor supremo de las sociedades, tiene á la vez una existencia dependiente de todos ellos: el aire, la luz, el agua, las plantas, los animales, y en una palabra, todo lo que sirve para conservarlo, puede servir para enfermarlo ó para destruirlo. Sería necesario, dice un célebre escritor, una absoluta uniformidad en todo lo que mantiene la existencia para que los hombres fueran iguales, y su muerte solo resultaría del envejecimiento de sus órganos. Pero ¿de que diverso modo es la realidad de las cosas! En las distintas porciones de tierra que habita en la superficie del globo, residente de diverso modo la acción poderosa del sol, ya luchando con los excesivos calores de las regiones ecuatoriales, ya sufriendo los frios helados del polo, que apenas pueden mitigar un tanto los tibios rayos de un sol moribundo.

Mas prescindiendo de esta influencia bajo mil aspectos interesante ¿cuan to no varía cada

país por la concurrencia de circunstancias ajenas á sus respectivas localidades? Todos ó la mayor parte se diferencian por la altura, por la calidad de los vientos reinantes, por las elevaciones que los circundan, por la influencia de ciertas montañas y de algunos volcanes colindados en su proximidad, por la existencia de bosques y la calidad de los árboles que producen, por la calidad de los alimentos indígenas y la alteración que sufren los exóticos, por la policía y mil otras circunstancias que sería largo enumerar. Las desigualdades de la superficie de la tierra, que en diversos lugares haya diversidad de elementos. „Estas, que como

„dice Buffon, pudieran considerarse como imperfección en la figura del globo, son á un tiempo disposición favorable, y también preciosa, para conservar la vegetación y la vida en el globo terrestre. Para cerciorarse de esto, „bastará detenerse un instante á imaginar lo que sería la tierra si fuera igual y regular su superficie, pues se verá que en lugar de colinas „agradables de donde salen aguas puras, que „mantienen el verdor de la tierra, y en vez de „campiñas ricas y floridas, en que las plantas y „los animales encuentran facilmente su nutrimento, el globo entero estuviera cubierto de „un triste mar, y la tierra unicamente conservaría de todos sus atributos el ser un planeta „opaco, abandonado, y destinado, cuando nauca, á ser habitación de peces.“

De esta concurrencia de circunstancias locales, depende muy probablemente la variedad de la raza humana, la de los animales de toda especie y la de la vegetación. En efecto, sobre cualesquiera de los tres reinos de la naturaleza que se eche una mirada, se observarán enormes diferencias en los distintos climas. Si la especie humana es ó no de esta ó de la otra manera en lo físico y en lo moral, porque la naturaleza haya creado ciertas razas, que transmitan á todo su linaje sus caracteres originarios, ó si estos caracteres se han perpetuado por algunos años por la falta de comunicación de unos pueblos con otros, no es asunto de que quiero ocuparme. Me basta saber que los climas modifican profundamente al individuo, y que la permanencia de éste en cualquiera país por mucho tiempo, lo varia, al grado de no distinguirse del resto de la población. Las plantas de un clima no se producen indistintamente en cualquiera punto que se las coloque, y cuando la codiciosa mano del hombre á fuerza de empeños ha logrado hacerlas hechar raíces en tierra extraña, siempre degeneran. Lo mismo se verifica con los hombres; transportados

violentamente de su país natal á un extranjero, se resienten del agua que beben, del aire que respiran, etc, etc, y contraen por esta causa ponosas enfermedades.

Independientemente de los agentes naturales violentos, hay otro orden de causas, que modifican al hombre y alteran con más ó menos fuerza su organización. Quiero hablar de los que trae consigo el establecimiento de la sociedad. Haciendo entrar en ella una ración parcial de la naturaleza de hombres, nos hacemos víctimas de mil preocupaciones y caprichos, opuestos las mas veces á las inclinaciones y á los deseos naturales. „Su individuo „es el todo para el hombre de la naturaleza, „es la unidad numeraria, el entero absoluto „que solo consigo mismo tiene relación, mientras que el hombre de la ciudad es la unidad „fraccionaria que determina el denominador, „y cuyo valor espresa su relación con el entero que es el cuerpo social. Las instituciones „sociales buenas son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su „existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladando el yo, la personalidad, á la unidad común, por manera que ya cada particular no se crea uno, sino parte de la unidad, „y solamente en el todo sea sensible.“ Estas palabras escritas con tanta profundidad por el inmortal filósofo de Ginebra, prueban mejor que lo que pudiera yo hacerlo, la infinidad de causas, que existen en el orden social, para alterar la naturaleza del hombre.

Pues no basta la division establecida entre el hombre de la naturaleza y el de la sociedad, Entre un pueblo civilizado al mayor grado, y el salvaje, hay tantos medios tan diversos, y que influyen tan poderosamente en la organización física y moral de los individuos, que causa admiración como se les confunde. La educación, la moral, las necesidades, las preocupaciones y la política, son cosas totalmente ligadas á los gobiernos, y que modifican el organismo; y como no fomentan todas de un mismo modo, no son iguales en todos los pueblos de la tierra. Se forman ademas en las sociedades ciertos hábitos por mil causas ya conocidas, ya incógnitas, que constituyen una nueva naturaleza.

Los alimentos y las bebidas de que se hace uso, ¿cuan to no varian en todos los pueblos! Unas veces por la necesidad de no poderse proporcionar ciertos artículos, otras por la ingratitude del terreno, y no pocas por gustos especiales, se sujetan los hombres al uso de ciertas substancias, inventan cierta clase de condimentos; y como las legumbres y aun las car-

nes no son de un mismo gusto en todas partes, tampoco se les prepara de un mismo modo. Todos los pueblos tienen sus bebidas excitantes particulares, de que casi siempre abusan; bebidas que generalmente se componen de sustancias muy activas, que ocasionan alteraciones muy fuertes en el cuerpo: el té, el café, el plúque, el vino, la cerveza, el aguardiente, y otras mil, son casi necesarias á algunos. Con suma dificultad los que están acostumbrados á tales bebidas, las varían por otras, á que no lo están, y antes de habituarse á ellas, se sienten con indigestiones, diarreas y otros muchos accidentes, hasta llegar al caso de que para sanar tienen que volver á su país natal.

Me dilucidaría demasiado, si quisiera enumerar todas y cada una de las causas, que ya en el orden natural, ya en el social, pueden producir, y de hecho producen, cambios profundos en el hombre físico y moral. He indicado muy de paso las que tienen una acción más decidida, no tanto para demostrar su influencia, cuanto para hacer ver la necesidad en que está cada país de formar su medicina. Obligados quizá por el respeto que infunde el saber, hemos seguido hasta aquí ciegamente los preceptos, que con relación á la medicina nos han dictado dos ó tres naciones de nombrada, sin advertir que si sus doctrinas son inmejorables en las naciones en que se escriben, en México sufren mil cambios. Si los habitantes de todos los pueblos no son iguales en tamaño, en color, en fuerza, en proporciones, etc., etc., ¿podrá ser aplicable la anatomía de uno de ellos á todos los hombres? ¿Podrá decirse, por ejemplo, que una pelvis bien conformada debe tener tales dimensiones en todas partes, y que la carezca de ella por exceso, ó por defecto, es imperfecta para el parto? ¿Por haber adoptado este error, cuando hemos encontrado alguna diferencia entre lo que nos dicen los libros y lo que vemos en el cadáver, hemos echado mano de la palabra anomalía, culpando á la naturaleza de lo que tal vez solo es efecto de nuestra ignorancia.

Respecto á la fisiología, las variaciones son más notables. En casi todas las funciones hay diferencias, que aunque imperceptibles, algunas ocasiones, no dejan de ser mémos ciertas; más aun cuando nos limitáramos al exámen de los temperamentos, de las idiosincrasias, de las facultades mentales y las pasiones, y de la influencia de los hábitos, ¡qué campo tan vasto de observaciones no se presenta al médico imparcial! Querer limitar la especie humana al pequeño círculo que le han trazado dos

ó tres pequenísimas fracciones, que aunque han llegado á un alto grado de civilización, han obrado sin conocimiento del todo, es incurrir en un error. La relación íntima de lo físico con lo moral, y de lo moral con lo físico, que es parte del estudio fisiológico, varía tanto, como varían la figura, la expresión, las formas, las facultades intelectuales y las pasiones; y en este punto nadie podrá poner en duda la diferencia de todos los habitantes de la tierra. Supuesto que todo lo que sostiene la vida influye en las funciones animales, orgánicas y racionales del hombre, y que los diversos pueblos están bajo el dominio de influencias variables, resulta á mi modo de ver que estas imprimirán al hombre físico modificaciones que es preciso conocer, y que obran á su vez sobre el moral del individuo.

Pero si de estas consideraciones pasamos á las relativas á la patología y á la terapéutica, no podremos desconocer la necesidad de arreglar ambos ramos á las exigencias locales. En la primera es casi de absoluta necesidad hacer variaciones en todas sus partes, y ampliar, por decirlo así, el cuadro nosológico que se ha erigido sobre sistemas caprichosos, y en el cual faltan aun, muchas enfermedades exclusivamente nuestras. ¿Quién no sabe que en muchos lugares se padecen enfermedades endémicas, diversas de las descritas en los autores de patología, y que muchas esporádicas toman aspectos particulares en los distintos pueblos que invaden?

Las enfermedades epidémicas tienen una predilección, no solo por ciertos puntos de una nación, sino por algunos barrios de una misma capital, en cuyos habitantes se ceban. En México se han presenciado estos casos con alguna frecuencia, y al investigar la causa, hechamos la culpa á la mala policía, al péjimo método de hacer la limpia de los atarques, al tránsito diario de los carrotones nocturnos, y á otras mil circunstancias, que aunque decididamente perniciosas á la salud, no nos esquivan de modo alguno nuestra duda. ¿Cómo se da la razón de la preferencia de una epidemia sobre los moradores de un barrio, en las mismas circunstancias higiénicas en que los respeta otro poco tiempo después? Es necesario convenir en que la falta de los conocimientos locales, es la fuente de semejantes dudas, y que si no procuráramos adquirirlos, caminaremos á oscuras. Se dice de un modo general, que los pantanos, los mulardeas, etc., etc., son causas de epidemias, pero concediéndolo así, ¿serán iguales las emanaciones que

se desprenden en todos los focos de infección? ¿lo serán las enfermedades cuyo desarrollo favorecen?

La etiología no se compone mas que de los agentes todos que mantienen nuestros órganos, y de los diversos usos que de ellos hacemos; y si como se ha dicho antes, y no puede ponerse en duda, estos y aquellos varían en todos los países, es indudable la necesidad de apreciar las causas nacionales, que determinan nuestros padecimientos físicos. Aquí debería yo detenerme á considerar el péjimo método que se ha seguido en la formación de una parte tan interesante de la patología. Al leer el catálogo inmenso de causas que para cada enfermedad nos ponen los autores, creeríamos que se habían apreciado debidamente todas y cada una de las que tienen una influencia manifiesta; pero al reflexionar en que casi no hay una enfermedad á la que no se le apliquen las mismas; no se puede menos de convenir en que la medicina muy poco ha avanzado en este ramo. Los racionales á priori y el exámen superficial del relato de los pacientes, han sido constantemente el fundamento sobre que se ha apoyado la etiología, de donde ha dimanado, como una consecuencia precisa, que á las simples coincidencias se hayan bautizado con el nombre de causa; y que cuando no se puede echar mano de algunas razones para dorar el error, se ocurra á una palabra, que aunque á los ojos del vulgo lo disfraza, á los del médico que discurre y conoce medianamente los principios de la medicina, solo significa una confesión de ignorancia; esta es la palabra predisposición. Pero insensiblemente me iba divagando del objeto principal de mi trabajo, por consideraciones extrañas; y volviendo á él, séame lícito preguntar, ¿los síntomas, marcha, duración, terminación y pronóstico de las enfermedades, son unos mismos en todas partes?

Las enfermedades son, como los hombres que en cada país se ven en el traje nacional. Verdad me parece esta tan palpable, que creo firmemente no habrá un solo médico que no haya notado muchas veces en sus enfermos algunas diferencias, comparándolos con las historias que nos ofrecen las diversas monografías que llegan á nuestras manos. ¿Y cómo no había de ser así, cuando varía el paciente por su constitución física y moral, y varían igualmente todas las influencias en que está colocado? Una ligera comparación que se puede hacer cuando se quiera, y que ya la han realizado algunos profesores, quita toda duda sobre este punto: esta es la de una enfermedad entre un hombre de la clase indigente

y la misma en un hombre acomodado: ni la manifestación de los síntomas, ni el curso, ni el término, y muchas veces ni aun el tratamiento son iguales en ambos. ¿Pues porqué esta diferencia que existe en las clases no ha de existir en las naciones?

Con relación á la terapéutica, hemos olvidado del todo la observación, sin tomarnos el trabajo de examinar la infinitad de substancias que pueblan nuestros campos, creyendo tal vez que al producirlos la naturaleza, mas bien quiso embellecer el suelo, que subministrarnos medios para cubrir nuestras necesidades, y principalmente para curar nuestros males. Contentos con esas arbitrarias clasificaciones que los autores de materia médica han hecho, consultando mas bien la facilidad de estudiar las substancias, que los usos de estas, podemos decir que el reino vegetal y el mineral se han reducido á un calmante, un excitante, un tónico, un astringente, un narcótico, y dos ó tres substancias, cuyo modo de obrar ignoramos. Pero ni aun de tan estrecho cuadro hemos sacado las ventajas que nos brindan nuestras localidades. A pesar de tener un inmenso terreno que participa de todos los climas, y en el cual se manifiesta una naturaleza feraz, somos unos consumidores de los productos extranjeros, y ni procuramos buscar equivalentes, ni estudiamos la acción que ejercen sobre la economía muchas plantas que nos son peculiares. ¿Cuanto no hubiera adelantado la materia médica si se hubiera hecho un estudio de la topografía médica de México? ¿Cuanto no se hubiera fomentado nuestra riqueza con el exámen minucioso de los productos de nuestro suelo? Sin esponernos á ver incierta la acción de algunas substancias que nos vienen del exterior, por el fraude de los comerciantes en drogas, acaso tendríamos medicinas energicas que constituyeran artículos de exportación, y la terapéutica debería á los mexicanos muchos descubrimientos.

Por la mas presuntuosa parcialidad, los médicos miramos con desprecio cierta clase de remedios populares que emplean algunas gentes para curar sus dolencias, y con las cuales suelen sanar; y como tenemos á menos siquiera el examinarlos, jamas los empleamos, privando tal vez á los enfermos de un recurso eficaz. Si ateniéndonos á nuestros conocimientos, vemos que la enfermedad que se combate, pide un calmante, en vano nos responderán mil hechos de las ventajas de un excitante, que nuestra preocupación ha de superar á todo, y hemos de cerrar los oídos á los consejos de la experiencia. Los brillantes efec-

quien sin saber que estaban Elena y su querido ha permitido que entre la señora portera.— Quédate en pie sin respiración; de nuevo se abre la puerta y ha entrado alguno, los ocultos hacen ruido, una persona entra dando pasos desmesurados, luego otra.... ¡Están perdidos!—Y aquí pudiera dividir mi capítulo y hacer capítulo nuevo y aun distinto tomo, para conseguir dejar suspensa la curiosidad imperpetuamente del que queriendo saber vidas ajenas se empeña en averiguar el paradero de mis héroes.—Marchemos, que ya estoy fastidiado y protesto no volver jamás a oír historias tan largas *mujer*: que curiosos.—Suponga V. que dice aquí: *El sereno del bierlo, Conclusión*, luego un número 7 y paz: *Christi, Escuche V.*

El penúltimo que entró en el cuarto tremendo del portero, fué precisamente el buen hombre, que viendo llegar á su amo, iba como fiel servidor á dar un aviso prudente á los niños interesados: mas notó el Viejo, y socarronamente atrajo al criado y cubrióle la boca, y mandó al lacayo que con ellos venia, que cuidase; y á su *muger* que mirase, por que se temió que fuesen ladrones de la honra de sus hijos, y el volvió á traer el sereno y á pedir auxilio bastante. Cuando entró el lacayo y la varonil Rita, Julio se escabulló bajo la cama, y encontrando un rostro y una mano, la apretó y pegó sus labios á los de la vecina, y se quedaron muertos de pavor y sin respiración; el lacayo que habia entrado, sintió junto á sí á una *muger*, y creyendo que era la *Leonarda*, tomóla en sus brazos, aprovechando como sabía aquellos momentos, y la pobre *muger* viendo que era su pareja, estrechóse con ella y agucupóse con él, y presentó su frente, en la que recibió un ardiente beso: otra persona se ocultó tras el tinajero. La pobre vieja Rita que oyó ruidos tan estraños y tan temerosos, corría hácia la puerta, al tiempo que el sereno y el viejo señoron y otras gentes venían apretados al combate; junto á la puerta estaba el tinajero, y á sus pies un pavo ó *siguier* guijolote, que confuso de tan raras escenas, estremeciéndose y tendió las alas, lo cual visto por el sereno que á pesar de su oficio no es un héroe

en achaque de valor, imaginándose que era cabeza humana, tiró del sable, y descargó tal golpe, que hizo caer el tinajero, rodando las cazuelas y las ollas, de cuyo centro salió un grito terrible que obligó á abrir tamaños ojos á toda la comparsa de este desenlace espantoso, y hallóse el elegante Julio junto á su presunto cuñado, apretando la mano del amante de Elena, y con sus labios cocidos en la hermosa cabellera del enamorado; vióse Elena en los brazos de su lacayo, que desmayada de placer, conservaba aun la boca sobre la frente de su linda ama, y la vieja Rita y el camandulero señor azorados con el tajo terrible y el chillido agudísimo, dieron un paso atrás, colocándose tras de la puerta, y la infeliz *Leonarda*, víctima de las descomunales oñas del azorado pavo, saltó en pie lijera como un gano, quiso huir, tropezó con el sereno, que asustado tiró el farol, matándole la luz; y temiendo quizá una ofensa grave del atrevido que le habia asaltado, se asió de él fuertemente y dió un grito: el señorón pedía luz, la anciana Rita clamaba por el confesor, el sereno soplabá en su agudo pito, y Elena... Elena se escabulló sin reñir al lacayo, y el amante se escurrió por una ventana y Julio se hizo paso por entre el sereno y su presa, y la presa del sereno le dió un beso y echó á correr calle arriba, y mientras volvió Julio con los criados y con luces, su padre le habló: ¿Y Elena?—Está arriba.—Nos han querido robar, Julio.—¿Es posible?—Sí, mañana comprarás un par de cajas de fierro para guardar las alhajas y el dinero....

De entónces acá el lacayo á solas estrecha la mano de la niña entre las suyas, y se ha unido con el portero y con la esposa del portero, con el piadoso objeto de engañar á los cuidadosos y diligentes padres; Julio ha traido de recomanera á su casa á *Leonarda*, y es fama que desde esa noche no ha vuelto á aislarse jamás ruido ni cosa ninguna que altere el sosiego de la familia; es fama tambien que todo ha quedado en silencio, aunque yo me sospecho y me creo que no han acabado las citas y las aventuras, ni los lances de portero y de planchadora que le ha contado á V. el hablador.—ANÓNIMO.



TRISTEZA Y CONSUELO.

Á MI AMIGO AGUSTIN A. FRANCO.

¿Has sentido, amigo mío,
destizarse por tu frente
un pensamiento sombrío
como en las noches de estío
cruza exhalacion luciente?

¿Al que no se ve llegar
ni se sabe lo que fué;
pero que deja al cruzar
una huella de pesar,
un horrible *no se que?*

Oprimido el corazón
abrumada la cabeza
por una estraña afliccion,
sin penetrar la razon
que motiva tu tristeza?

Si alguna vez agobiado
te viste, amigo, cual yo,
y si tu pecho abrasado
alguna vez se ha encontrado
como el mio se encontró.

Comprenderás mi tormento
igual al que tú has sentido,
que mi horrible sufrimiento
no puede ser comprendido
por felice pensamiento.

Y no se puede entender
de un alma el amargo duelo
sin sentir, sin padecer,
sin llanto triste verter
y verterlo sin consuelo.

No me es posible explicar
lo que tengo en lo interior;
ya me siento desmayar

y ya me siento incendiar
con un fuego abrasador.

Ay! La vida del mortal
es vida triste, enojosa;
un tormento sin igual,
un siglo entero de mal
por una hora deliciosa.

Cuando el mal es conocido
puede remedio buscarse
y al corazón que está herido
dulce bálsamo aplicarse
que haga olvidar lo sufrido.

Y alivia el dolor; mas cuando
sin motivo sufre el alma,
la mente va delirando
treguas á su mal buscando,
buscando en vano la calma.

Que afanarse por hallar
camino en tal confusion,
es echarse á navegar
en un proceloso mar
sin brújula ni timón.

Pero en sueño de ventura
me adormeceré quizá,
cuando con mano segura
la muerte rompa la impura
prision en que el alma está,

Y rota ya la cadena
que al espíritu oprímio
en esta mansion terrena
vuelo á la estancia serena
por la que tanto anhelo,

Y á los pies del trono santo
en que brilla su criador,
deponga la triste el llanto
y cante armonioso canto
como el ángel del Señor.

Espera, espera alma mía,
no te agobie el padecer
y mientras llega ese día,
contempla con alegría
lo que entonces has de ver

De la vida los dolores
vengan en buen hora á mí,
que una corona de flores
ángelicos consoladores
pondrán en mi sien allí.

Si lo que siento has sentido
y padeces como yo,
si ora ardiente, ora abatido
como mi pecho ha latido
también tu pecho latió.

Leyanta tu vista al cielo
y fijos en él tus ojos
sentirán blando consuelo
que no se prueba en el suelo
donde todo causa enojos.

MARIANO ESTIVA Y ULIBARRI.

Merece salir engalado, el que al hacer un
beneficio tenía cuenta con la recompensa.

Es señal de poco saber contradecir á los que
sabon.

Buñon definió el genio: una gran paciencia.

BOLA INGLESA.

Ingredientes: una botella de vinagre fino, cua-
tro onzas de humo de marfil, dos onzas de azú-
car, dos onzas de goma arábiga, una onza de sul-
fúrico, una onza de murialdo. Prime-
ramente se echa el negro de marfil en el vína-
gre, y después de incorporarlo bien, revolvién-
dolo, se agregarán los ingredientes: la azúcar
y la goma se disolverán antes en un poco de
agua.—MANUEL D'ECOSOMTE DOMESTIQUE.

Tómense cuatro onzas de migra de pan, dos
de manteca y una de nitrato de mercurio cris-
talizado y en polvo. Hágase de todo una ma-
sa; y formando de ella pildoras, pónganse en
el lugar donde concurren las ratas y se des-
truirán á centenares.



La viñeta que va al frente de este artículo, la
que está en la página 143, la del calce de
la 928; y la figura del gravimetro que hemos in-
sertado en la 274, son obra de un jóven paisa-
no nuestro, que por afición se ha dedicado al
encantador arte del grabado. Nuestros lecto-
res verán con placer la rapidez con que se van
difundiendo los conocimientos de esta clase en-
tre nosotros, y su satisfacción se aumentará
mucho mas si los añadimos que los grabados
están hechos en *madera mexicana*. Muy sen-
sible nos es que la estremada modestia del Sr.
nos impida publicar su nombre, y que sola-
mente estemos autorizados para asegurar á los
suscritores del Liceo, que nuestras columnas
se verán en lo de adelante adornadas algunas
veces por su diestro buril.

Reciba, pues, el Sr. " " esta sincera manifi-
stación de nuestro reconocimiento, y el justo
elogio que tributamos á su mérito. Nosotros,
que á pesar de la insignificante posición que
nos ha cabido en suerte, anhelamos como él
que más, los adelantamientos de nuestra que-
rida y desgraciada patria, deseamos que mu-
chos de nuestros compatriotas sigan su ejem-
plo. Solamente de esa manera podrá llegar el
día en que el Anáhuac coronado con la brillan-
te aureola de las ciencias y las artes, nada ten-
ga que envidiar á la culta y orgullosa Euro-
pa.—RR.

Solamente debemos leer para ayudarnos á
pensar.

Para alcanzar la sabiduría, el camino de los
preceptos es largo y el de los ejemplos corto.

Roma era un barco defendido de la tempe-
stade con estas dos anclas: La religion y las cos-
tumbres.

Las repúblicas se arruinan con el lujo; las
monarquías con la pobreza.



SALMO CIII.

ALABER á Dios mi mente.

Es sublime, Señor mi Dios, tu alteza;
de gloria te adornaste y de belleza,
y de luz te vestiste
para y resplandeciente;
de los cielos estendiste
cual pabellon lucido en un momento,
y en ellos á las aguas diste asiento.

Por los vientos llevado
en blandas alas y en ligero vuelo,
discursos por el ambito del cielo
sobre fulgentes ombes,
servido y rodado
de ángeles y querubes,
que tus órdenes cumplen obedientes,
mas prontos que relámpagos ardientes.

La tierra estableciste
sobre su firme y solido cimiento;
los siglos pasarán de ciento en ciento,
y no será inclinada;
las aguas estendiste
en su faz dilatada;
abismos insondables la cubrieron,
y los montes mas altos sumergieron.

Pero al oír tu acento,
huyen con rapidéz precipitadas
del trueno de tu voz amedrentadas;
los montes se acrecientan,
y en torno de su asiento
los valles se presentan;
tu diestra omnipotente el mar encierra,
y le prohibes inundar la tierra.

Haces brotar las fuentes,
que en medio de los montes despeñadas,
descienden murmurando á las cañadas;
las hostias cañerosas
beben en sus corrientes;
y las aves hermosas
en los quebrados rios esparcidas
sus cántares repten complacidas.

Tú desde las alluras
riegas también las cumbres de la sierra,
colinas de donos la agostada tierra,
das yerbas al ganado,
y al hombre le procuras
el trigo regalado,
el vino que le alegra y fortalece,
y el aceite que le unge y embellece.

Los cedros que tu mano
en el bosque plantó, crecen erguidos;
los pájaros allí forman sus nidos;
los gulls y los anséas,
animando temprano,
la prudente rigieron;
al ciervo dan los montes acogida,
y al erizo la piedra carcomida.

Los tiempos señalaste,
dando á la luna su reglado paso;
hiciste conocer al sol su ocaso;
las tinieblas obscuras
de la noche creaste;
en ella andan seguras
las fieras, procurando su alimento,
y rugiendo el Leon pide sustento.

Vuelve el sol al oriente;
 las fieras de temor sobrecojidas,
 se ocultan otra vez en sus guaridas;
 entónces empeñoso
 el hombre diligente
 sale de su reposo,
 á obrar y trabajar durante el día,
 hasta la vuelta de la noche umbri.

¡Grandes obras hiciste!
 lleno está de ellas el estenso mundo,
 y en todas brilla tu saber profundo:
 multitud inencontrable
 de animales persiste
 en el mar insondable;
 monstruos que burlan su poder insano,
 naves que surcan su apacible llano.

Y todos de ti esperan
 el preciso sustento con que viven;
 pues de ti solamente te reciben:
 cuando tu mano estendieses,
 venturosos prosperan;
 mas si no les atiendes,
 si apartas indignado tu semblante;
 se turban y estremecen al instante.

Toluca, marzo de 1844. — NICOLAS GARCIA DE SAN VICENTE.

LA CATEDRAL DE PUEBLA. (1)

El primer templo donde se le tribuló al Señor la adoración que le es debida en esta ciudad, se fabricó el año de 1531, en la plaza mayor, en la medianía del portal que llaman de Berja, cuya primer piedra puso el lino. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga; mas habiendo dado permiso al corregidor Fernando de Algueta, para que fabricara casas unidas á la Iglesia, al lado que corresponde á la calle de la Santísima; y á Alonso Gonzalez para que las construyera á la parte correspondiente á la calle de los hereros, cuya licencia se extendió á edificar portales, de ahí es que la iglesia quedaba en me-

Tornan al polvo inundo,
 si de ellos el espíritu desvías;
 mas si tu soplo creador envías,
 los sacas de la nada,
 y la ancha faz del mundo
 es luego renovada.
 ¡Gloria den al Señor eternamente
 las obras de su brazo omnipotente!

La tierra es conmovida,
 si el la mira con ojos indignados;
 y los montes humean abrasados,
 si los toca su mano.
 Mi alma agradecida
 su poder soberano
 ensalzará con gozo y complacencia,
 mientras yo tenga vida y existencia.

¡Ojalá mis loores
 y mis cantos merezcan agradarle,
 como yo me defleto en alabarle!
 Perezcan y se acaben
 todos los pecadores
 que su nombre no alaben.
 Tú, bendice al Señor, ó alma mía,
 canta sus alabanzas noche y día.

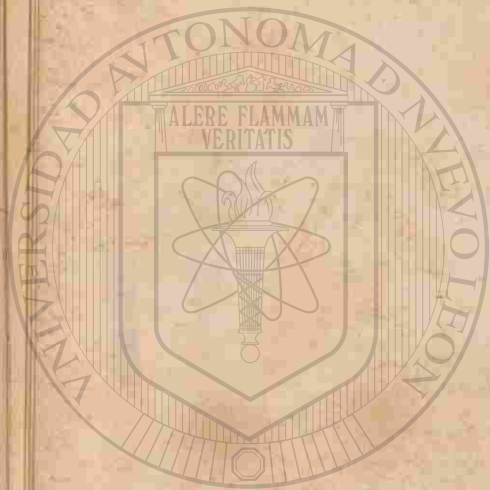


Vicce-Murceno.

LA CATEDRAL DE PUEBLA

dio. Pero como dichos vecinos no hicieron sus portales bajo una misma altura, de esto resultó que cuando deshicieron este primer templo para regularizar la plaza, y continuaron el portal, quedara este con la deformidad que se le nota, de estar una parte mas baja que el resto. Se advierte tambien que las columnas que soportan sus arcos no son iguales; pues los capiteles de las de la medianía tienen mas mal formadas volutas, y el espacio que estas ocupan eran puntualmente el que ocupaba la iglesia. En la sacristía de esta se hizo una junta el día 16 de mayo de 1835, á que concurrieron cin-

(1). Conozcamos á publicar hoy la descripción de la Catedral de Puebla hecha por el justamente acreditado artista D. José Manso, y que tuvo la bondad de proporcionarnos un amigo nuestro. Nosotro escritores verán que es la mas completa noticia que de este edificio se ha dado hasta hoy en México, pues tanto á las bellas descripciones arquitectónicas, como á las curiosas noticias de pinturas, esculturas, y cuanto curioso se halla en dicho templo. No estará de mas advertir aqui que nosotros damos completo el manuscrito de que parece se extrajo la noticia que del último templo se ha publicado ya en otra parte, pues no hay duda en que ofrecerá mas interés.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

cuenta y siete personas, las que se suscribieron ante el escribano Andrés de Herrera, con el objeto de hacer nueva iglesia, mas capaz y mejor construida, habiendo precedido en dicho día otra junta general de todo el pueblo, en que el Ilmo. Sr. D. Fr. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala dió á entender que quería fabricar nuevo templo, para lo que donó su Ilma. 600 pesos, montando el todo de dicha suscripción á 1.126 pesos, sin un retablo del nacimiento y los materiales de la vieja, siendo el tesorero Antonio Valiente, y testigos que firmaron con el Sr. obispo, Hernando de Elgueta, Cristóbal de Soto, Alonso Galeote, Alvaro López y Alonso de Buisa.

Dicho tesorero obtuvo orden del virrey D. Antonio de Mendoza por decreto de 25 de mayo de 1536, para que los indios de Calpa hicieran la iglesia, cuyo ajuste fué en 750 pesos, siendo de tres naves, celebrándolo en 3 de octubre del mismo año, colocando la primera piedra el canónigo D. Francisco de Leyva, con la solemnidad de costumbre, el martes 29 de agosto de 1535, habiendo hecho la oquedad á golpe de barreta los vecinos Alonso de Mola, Alonso de Buisa, Bartolomé Fernandez de Nava, el escribano que dió testimonio llamado Andrés de Herrera, y Gutierrez Maldonado. En seguida colocó el espresado canónigo, la piedra que estaba labrada con dos rosas, una en cada cabo, echó agua bendita y mezcla, presentando este acto el justicia y regidores, con el concurso que debe suponerse.

El local destinado para este templo, fué donde ahora está el Sagrario, hasta el cofre; de suerte que la puerta principal quedaba como ahora está la del Sagrario, y como era de tres naves, la del evangelio hacia costado á toda la calle que llaman del curato ó del ochavo, á donde quedaba la puerta del costado y una alcantarilla que todavía se conserva.

El año de 1539 estaba concluida esta iglesia, de suerte, que el 4 de octubre de este año se trató en cabildo por el Sr. Garcés, la traslación de la silla episcopal á ella, con acuerdo del virrey D. Antonio de Mendoza, lo que fué confirmado por cédula real de 6 de junio de 1543.

Desde luego la nave del medio se restituyó, pues fué necesario hacerla de nuevo, para lo que el ayuntamiento cooperó con 100 pesos, y cuando se concluyó, que fué el 25 de marzo de 1538 acordó que hubiera la vispera iluminación de veinticuatro habas, luminarias y encamisadas.

Interin se hicieron estos reparos, se celebraron.

Tom. 1.

ron los oficios en la iglesia de la Concordia, lo que ha ocasionado la equivocación de creer que la primera Catedral fué esta iglesia, lo que es tan falso como que lo fué la de San Ramón y otras.

La segunda referida iglesia y primera Catedral, sirvió para el culto divino, hasta 1649 en que se estrenó la magnífica que ahora disfruta la ciudad, y de que vamos á hablar.

La data mas cierta que hemos podido encontrar sobre el principio de la fabrica de este sumptuoso Templo, es de 1529, en que dió cédula el rey Felipe II, la que supone otra anterior: pues esta trata de que se prosiga la fabrica. Los diseños que se siguieron, parece fueron de Juan Gomez de Mora, arquitecto y maestro mayor de obras, que se dice lo fué o de Felipe II ó III. Tuvo desde luego sus alternativas de trabajo, pues el año de 1540 en que entró en posesion el V. Sr. Palafox, se contaban diez y nueve años de haber parado la obra, aunque el año de 1606 ya estaba elevada el edificio hasta el alto de las capiteles de las columnas de las naves laterales, y el altar de los Reyes solo esperaba la ornamenta de la cúpula, y á mas estaba ya un arco formado: sirviendo de taller para los muchos operarios que trabajaban, no solo el local del templo, sino la calle toda del Ochavo, la que se mandó cercar por carta que recibió el cabildo del virrey D. Martin de Enriquez, el 25 de abril de 1574.

Habiendo llegado á esta ciudad el V. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de ella, en 22 de julio de 1640, y reconocido la obra, trató inmediatamente de su conclusión, para cuyo efecto donó sumas muy considerables, á mas de las donaciones de los particulares, siendo la mayor la del cabildo secular, el que dió 12.000 pesos, consiguiendo este digno prelado (á pesar de lo mucho en que se ocupó), el concluir la iglesia en el corto tiempo de ocho años ocho meses y cinco días, con solo la cantidad de 333,433 pesos 1 real 4 granos, empresa que segun cálculos, debería costar mas, y no concluirse en ochenta años.

En enero de 1649, pidió el ayuntamiento al Sr. obispo que consagrara la iglesia, lo que se verificó el domingo 18 de abril del mismo año, y el martes siguiente se colocó el Santísimo Sacramento, con innumerable concurso, trasladándose por la tarde los huesos de cinco señores obispos de los ocho antecesores á este. La consagración del templo comenzó á las cinco de la mañana, y concluyó á las tres de la tarde.

Los regocijos con que debía celebrarse tan

36

plausible acontecimiento, fueron mezclados con la amargura de la próxima partida del Sr. Palafox a España; no obstante, la ciudad determinó ponerse de acuerdo con el dicho señor, para hacer un solemne novenario, en que concurrían las comunidades religiosas, y en que habría misa y sermón, y por la tarde lo que los regidores gustasen. Estos determinaron juegos de justas de moros y cristianos, para lo que se hicieron diez y seis libras ó vestidos de seda, por cuya hechura dieron al maestro sastre, Diego de Robles, 500 pesos, y á mas los habilitaron de lanzas, adargas y demas armas, regalándolos con ochenta arrobas de colación.

Decretó tambien el ayuntamiento hubiera en las casas consistoriales luminarias, cohetes y ruedas los días del novenario, con el aderezo y aseo de las calles por donde pasara la procesion del Santísimo Sacramento.

DESCRIPCION INTERIOR DEL TEMPLO.

Forma la planta interior de esta Iglesia un paralelogramo de $117 \frac{1}{2}$ varas de largo de Poniente á Oriente, y $60 \frac{1}{2}$ varas de S. á N.: en él se elevan tres naves, siendo la de enmedio desde el muro del altar de los Reyes, hasta el de la puerta mayor, llamado del Perdón, de $127 \frac{1}{2}$ varas de largo, y las laterales de $85 \frac{1}{2}$ varas desde los altares que les hacen frente, hasta los muros de las puertas que les corresponden. Tiene 14 columnas de $21 \frac{1}{2}$ varas desde el zócalo hasta el capitel, de alto, y $3 \frac{1}{2}$ varas 2 dedos de grueso por el fuste, istriadas todas; 6 pilastras del grueso correspondiente y la misma altura, sostienen las bóvedas y arcos de la nave superior, y 18 columnas empotradas en los muros laterales de 14 varas de zócalo á capitel, sustentan las bóvedas de las naves inferiores.

Mas como las 14 columnas aisladas que forman la nave del medio, no son redondas, sino que cada una hace un poste cuadrado con una columna empotrada en cada faz, á la vista se presentan cuatro columnas en cada poste, y el resultado, á mas de la ligereza que todos admiran, es que el número total de columnas es 74 y 6 pilastrones. Estos sustentan 12 arcos torales visibles y 4 ocultos, y á mas 14 de las naves laterales, siendo por todos 30, de los que 23 son istriados, y 7 cuadrados, y estando de éstos 3 á la vista, y 4 embutidos en los muros principales.

Las bóvedas que cubren este edificio son 14, de luneto, que corresponden al cañon del medio y crucero, y 14 esféricas que pertenecen á las naves laterales, todas con sus rosetones dorados en el medio; á mas deben contarse las

de las capillas, que son 14, siendo por todas 30. En el penúltimo arco de la nave del medio, sobre el tabernáculo, se ve una cruz embutida, creída vulgarmente de oro y es de yoso dorado.

Los materiales de que está formado el templo son sus columnas, arcos y muros, de cantería labrada con un primor y exactitud que admira, y aun parece la obra exenta de defectos: las bóvedas y cúpula de cal y canto, á excepcion del cascaron de la cúpula mayor, que es ligerísimo por ser de piedra pómez. El pavimento es de mármol rojo y negro, cuyas piedras alternadas forman un bello tablero.

Las cúpulas son dos, una en el altar de los Reyes sin domo, y otra con él, en el crucero, la que tiene de elevacion 23 varas.

El órden que guarda este edificio es el dórico, y su proporcion dupla.

El coro ocupa desde la tercera bóveda, entrando por la puerta principal, hasta la cuarta: está dividido con un muro de 7 varas de elevacion, coronado de un gracioso cornizon, que aunque no hay rigidez en el órden á que se acerca, hace muy bello efecto; las puercillas del coro las decoran dos fachaditas de órden corintio bien labradas, las que parecen de época posterior á la fábrica del templo, formando en el grueso del muro una bovedita acanalada en cada puerta, bastante bien combinada.

Iluminan este edificio 124 ventanas, entre ellas 27 redondas, estando tapadas 6 por exigirlo las torres; en dichas ventanas se emplearon 2215 vidrios puestos en el año de 1664.

Las dimensiones de este templo son en lo general $117 \frac{1}{2}$ varas de largo y $60 \frac{1}{2}$ de ancho: de la nave del medio de uno á otro eje de las columnas, 16 varas: alto de la misma, 29 varas: ancho de la nave lateral desde los ejes de las columnas, $12 \frac{1}{2}$ varas: alto de estas naves hasta el centro de la bóveda, $21 \frac{1}{2}$ varas: fondo de las capillas, 9 varas: ancho de las mismas, 9 varas: ancho de la capilla mayor de los Reyes $14 \frac{1}{2}$ varas 2 dedos: fondo de dicha, lo mismo: altar, 29 varas: alto de la cúpula grande hasta el floron de que pende la cadena de la lámpara, 28 varas: de suerte que el alto total desde el pavimento hasta la linterna por la parte interior es de 51 varas.

El aderezo de hierro es digno de atencion, pues hacen juego completo todas las rejas de sus capillas que son de alto á bajo, la baranda del presbiterio al coro, la que circunda la corniza del mismo con sus rejas y puertas, y la del presbiterio del altar de los Reyes. Toda esta

obra es delicada para ser hecha por los años 1691.

ADORNO DE LA IGLESIA.

Comenzando por la capilla mayor, ó altar de los Reyes, ésta presenta un aspecto devoto, y recuerda el tiempo del V. S. Palafox. Su retablo mayor fué dispuesto por persona inteligente, aunque se conoce no le ayudaron los que trabajaron en él; su reparticion por mayor está bien combinada, correspondiendo sus partes con el todo, y presentando un carácter grandioso. Sería difícil en la actualidad repararlo mejor, sin embarazar demasiado y oscurecer el lugar.

Dicho retablo se compone de cuatro cuerpos, comenzando por un zócalo de la altura de dos varas, de teñali, sobre el que comienza el primer cuerpo de órden jónico, sigue el segundo del corintio, el tercero del compuesto, y el cuarto es un ático con cuatro graciosos estípites. En una subdivisión tal, parece imposible haber colocado en el lugar principal un gran lienzo en forma de medio pinto sin tropiezos de mucha consideracion.

Las columnas del primer cuerpo son cuadradas, de teñali, y del mismo las del segundo y tercero, que son espirales ó salomónicas, siendo por todas 12 y 4 estípites del mismo mármol, coronados con su correspondiente cornisa y un frontis abierto.

En los intercolumnios de cada lado, están colocados nichos, que aunque de gusto antiguo, tienen buena forma y acertada combinacion, adornados de conchas, mensolas y cartelillo que surten buen efecto, y se conoce que esta obra fué hecha en el tiempo que se aprecia la regularidad y decoro de la arquitectura, y no en la época que le siguió, en que por desgracia se introdujo el gusto estravagante de tanta ojarrasca adoptada por los Jesuitas que tanto atraso ocasionó á la arquitectura, hasta que el célebre profesor D. Manuel Tolsa sacó del olvido esta bella arte, é introdujo el buen gusto en la arquitectura greco-latina.

Lo demas de la arquitectura es dorado, y en sus nichos están colocadas seis estatuas de santos Reyes, á saber: S. Fernando y Sta. Isabel, S. Luis y Sta. Margarita, Constantino y Sta. Elena; cuya escultura es mala, como la de los niños que sostenian anteriormente los escudos de las armas de España, cuyos huecos afean mucho el altar.

Las pinturas que decoran este altar merecen aprecio, siendo su autor el V. Lic. Presbitero Pedro Garcia Ferrer, familiar intimo del Sr.

Palafox: se conoce que estudió las pinturas de Rafael, y que quería seguir su escuela, como tambien que fueron hechas en el feliz tiempo en que la pintura comenzó á salir del olvido en que estaba, protegiendo las autoridades á sus profesores. Son cinco cuadros, el principal en forma de arco, de 9 á 10 varas de alto y su correspondiente ancho, representa á la Purísima Concepcion; su composicion es buena y abundante de ángeles bien dibujados y valientes escorsos; este ocupa el segundo y tercer cuerpo, y en el primero están colocados dos cuadros, uno del Nacimiento, en que está retratado el Sr. Palafox en traje de pastor, y otro de la adoracion de los magos; estos tienen un carácter mas firme, de suerte que parecen de distinto autor. En las enjutas del arco que forma el lienzo de la Virgen están, sobre fondo oscuro, dos ángeles mayores que el natural, en ademan de adoracion. El último ocupa el cuerpo superior, en el que está la Santísima Trinidad.

Ocupa el lugar principal de este altar un costoso sagrario de plata, donde está siempre el Santísimo Sacramento, con un frontal del mismo metal. Sobre el sagrario sigue un nicho de obra posterior al retablo en el que está colocada entre cristales la célebre imagen de Nuestra Señora de la Defensa. Esta imagen está decentemente vestida, y tiene su peana y columna de plata.

Los altares colaterales de esta capilla, son pequeños y de distinta mano que el mayor: uno está dedicado á Sta. Teresa y el otro á S. Francisco de Sales. Son de muy mal órden corintio, y cada uno tiene ocho columnas espirales de teñali, y el zócalo del mismo mármol: las estatuas de ambos santos son de mala escultura. Cada altar tiene diez y seis cuadros con las vidas de los santos, cuyo autor no se firmó, y parecen de Villatobas, siendo de la misma mano los medios puntos de los lados de las ventanas.

La cúpula tiene pintada una gloria de muy buen carácter y composicion; la pintó Villalpando, y lo mismo las heroínas que adornan los pendientes ó pechinas. Se sube á esta capilla por gradas, y queda separada por una baranda de hierro.

Cada nave colateral tiene su altar en la cabeza de ella: el del lado del Evangelio está dedicado al Señor S. José, y el de la epístola á S. Miguel: los dos son iguales, durados y de órden corintio. Se componen de cuatro columnas grandes en el primer cuerpo y dos chicas en el segundo. Cada altar tiene un gran nicho con

crisiales, y en ellos colocadas las imágenes á que están dedicados sobre hermosas peanas de plata, y cuatro ramilletes del mismo metal. El S. Miguel tiene su bastón y demás aderezos de plata sobredorada, y á los lados, en los intercolumnios, en unos repisones, están colocadas dos estatuas de S. Gabriel y S. Rafael sobre hermosas peanas de plata y sus alboriantes del mismo metal para velas; siendo todas las figuras del tamaño natural.

La mesa de altar tiene su frontal de plata, y soporta esta un sagrario de una y media vara de alto del mismo metal, con un nicho en el medio, donde está colocado un Cristo de Cora, y otros á los lados con varias reliquias.

El altar de Señor S. José tiene el mismo adorno de plata, y las estatuas de sus intercolumnios son de S. Joaquín y Sta. Ana. La de S. José es de Cora, célebre estatuero poblano, en su memoria hace honor á su patria; pues sin visitar la Europa ni tener escuela ni modelos en que formarse, en fuerza de su natural talento sacó la escultura del atraso en que estaba en su tiempo, como lo prueban las obras de sus maestros y coetáneos. No nos aventuramos á decir, que así como es muy justo el que se le tributen al gran Rafael los elogios de que es digno como restaurador de la pintura en Europa, así este célebre profesor mereca de los poblanos que sea eterna su memoria.

En el sagrario de este altar está colocado otro Sto. Cristo con la Virgen y S. Juan, y dos ángeles á los lados de las venabanas del segundo cuerpo de cada altar; estos se hicieron por los años de 1778.

CAPILLAS.

NAVE DEL EVANGELIO.

Omitiendo la descripción de las capillas laterales del templo, pasamos á tratar de la de Santiago; es la primera después del altar de Señor S. José, esta tiene entrada por el sagrario, y por la proximidad de su retablo se desembranzó el año de 1819, y se pintó al temple interinamente, conservándose la estatua del santo en un repisón, el que espera se le haga retablo nuevo.

Sigue la de S. Pedro á la que se hizo igual operación; pero por defecto y solicitud del Sr. lectoral Dr. D. Ignacio Vazconcelos, se le hizo nuevo retablo, el que se estrenó el año de 1850. Es de orden compuesto con dos columnas y seis pilastras y un nicho en que está colocado el Sto. Apóstol, decentemente vestido y sobre una peana de plata.

Sigue la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo retablo es todo dorado y no muy antiguo. Ocupa el lugar principal la Santísima Virgen en un trono de plata con vidrieras; en el sagrario está una estatua de Sta. Catalina; en el segundo cuerpo está otra de S. Juan Bautista, de una y media varas de altura, toda de plata con su peana de lo mismo. En los muros laterales hay pinturas de las apariciones de la Virgen, hechas por Lara. El frontal y solabanco son también de plata. En esta capilla están dotados cuatro capellanes que rezan por mañana y tarde el oficio de la Santísima Virgen.

A continuación está el crucero, en cuyo medio está la puerta que mira al norte, y en los muros laterales se ven dos grandes cuadros, uno que representa la aparición de S. Miguel, de Luis Berruecos; y el otro á S. Cristóbal, pintado por Lara.

En seguida está la capilla de S. Andrés, la que está lo mismo que la de Santiago, pintada y esperando retablo.

La de la Purísima que llaman de los plateiros, tiene su retablo dorado, en el nicho del medio está colocada la Purísima que cultivan los profesores de este arte, los que la visitan y alhajan para su día que sirve en el altar mayor. Las pinturas del retablo, que son diez, no tienen firma, ni son de autor conocido, y lo mismo una grande que ocupa todo el muro de un lado; en el otro está un nicho con vidrieras con una estatua del tamaño natural de S. Eligio obispo. Hay dos lámparas de plata; y la peana de la Santísima Virgen y distintivos del santo, son de lo mismo.

La capilla que sigue es dedicada al santo Cristo. Tiene un retablo en el lugar principal con la imagen del tamaño natural del Señor y otras muchas chicas de la Virgen y S. Juan, de escultura lo mismo que un Ecce Homo y dos cabezas de S. Pedro y S. Pablo; en dicho retablo se ven seis lienzos de la Pasión y tres ángeles de medio cuerpo, pinturas hermosas de Juárez; á los lados hay dos pequeños retablos de orden corintio; en uno está colocado Jesús con la cruz acuestas, y en el otro S. Diego, ambos de escultura. Arriba de la cornisa del primero está un cuadro de la calle de la Amargura, de autor extranjero de muy buen carácter, y en el frente otro de la conversión de S. Pablo, también extranjero.

La última capilla de esta nave es la de S. Ignacio. La decoran tres retablos iguales, tan leos como costosos: en el principal está el santo en su nicho con cuatro columnas de tecali, y

en las de los lados están S. Francisco Javier y S. Francisco de Borja, todos de escultura; en cada retablo hay cuadros de las vidas de los santos, pintados por Villalpando.

NAVE DE LA EPÍSTOLA.

La primera es la de Nuestra Señora de las Nieves; tiene dos retablos de arquitectura que no pertenecen á ningún orden: en el primero está un nicho como de una vara de alto con un marco de plata, y en el está colocada una estatua pequeña de la Santísima Virgen, en su peana de plata; luego sigue una pintura en el lugar principal de una Concepción, de pintor desconocido, como también otros lienzos que adornan este retablo, á excepción de dos de la vida del Salvador y los santos Doctores que son de Magon.

El retablo de la derecha tiene un nicho con una estatua de S. Pantaleón, que parece de Cora, arriba un lienzo de la Piedad, y los demás de la Pasión, los que parecen de Magon.

A la izquierda está la puerta que entra á la sacristía, y arriba de esta un cuadro grande de medio punto de Nuestra Señora de Guadalupe pintado por Luis Berruecos. A los lados de dicha puerta están dos bellos óvalos con S. Gabriel y S. Rafael, pinturas del célebre Ibarra.

La capilla de Nuestra Señora la antigua, que es la que sigue, está en el estado que se dijo de la de Santiago, esperando que se le haga retablo. Sería de desear que se le hiciera, tanto porque está situada enfrente de la de San Pedro, como por estar muy inmediata al tabernáculo. En el lugar principal se colocó un lienzo de Nuestra Señora, á cuyo título está dedicada, y encima del altar está la custodia de plata que llaman torrecilla.

Sigue la capilla de las reliquias, esta tiene retablos, con tantas, que sería necesario un catálogo; en las cuechillas del mayor están dos pinturas de San Miguel y San José, que parecen de D. Miguel Cabrera, y en el de la izquierda se ve otra de un muy buen San Sebastian, copia, sino es original, del que está colocado en el altar de ánimas de la Catedral de México, ejecutada por la célebre pintora mexicana, cuyo apellido es Sumaya, la que fué maestra y esposa del valenciano Baltazar Echave, pintor de nota. Si es copia, parece ser de Juárez. En la parte baja de este altar está un cuadro de media vara de una Santísima Virgen, con su marco de plata y lo mismo el frontal del altar principal.

El crucero sigue á continuación de esta capilla: en él está la puerta que mira al Sur; en sus

muros laterales están dos grandes cuadros con sus marcos dorados, iguales á los del otro, y representan, el de la izquierda el patrocinio de Sr. San José, con varios retratos y una excelente gloria, obra de D. Miguel Gurónimo de Zendejas, pintor poblano. El del frente es de D. Miguel Cabrera, en el que pintó pasajes de la vida de San Felipe Neri.

La primer capilla del crucero y cuarta de la nave, es la de San Nicolás obispo: en el retablo principal en un nicho con cristales, sobre una peana de plata está la hermosa estatua de San Nicolás, obra bien acabada, del dicho D. José Villegas de Cora, los cuadros que se ven en el retablo son extranjeros, abajo del nicho está otro pequeño con San Andrés. A la izquierda está otro retablo imitando el tecali, con una estatua en su nicho, con cristales, de Nuestra Señora del Carmen, del mismo Cora, y en otro nicho pequeño una estatua de San Juan Nepomuceno: en este altar están cinco hermosos lienzos de la Pasión, los que parecen de Magon; el muro de enfrente está ocupado con lienzos de la vida del Santo, de buen pincel extranjero.

Sigue la capilla del Rodentor; en su nicho principal está una devota estatua del Sr. de los azules, con su columna de plata; su retablo es dorado, con 6 lienzos de la pasión y los Santos Evangelistas, de autor desconocido: en el pedestal del nicho hay varias reliquias. En el costado derecho está un pequeño retablo con una estatua de la Santísima Virgen de los Dolores, de Cora, y en el muro frontero un gran lienzo de medio punto en que está pintada la Transfiguración y el pasaje de la Serpiente, de metal, en el desierto, por Villalpando.

La capilla de la Sábana Santa, deposita en su altar mayor una copia muy recomendable de la original, cuya historia conserva el venerable cabildo, solo se descubre al público el jueves y viernes santo. Figura está en el Santo Sepulcro, asida por unos obispos y sacerdotes con estolas, y está un retrato que parece ser del que la dono, todo de buen pincel, al temple. En la misma Sábana Santa esta un letrero de letras mayúsculas rojas, que dice: *Extractaad originali Taurini*. En el muro de un lado está un cuadro que representa al Salvador como andaba en el mundo, y otro de buena mano, de la Piedad, con dos ángeles á los lados, pintura extranjera: frente está un pequeño nicho con San Francisco de Asís, y encima una estatua antigua de San Lorenzo. En las puertas que cubren la Sábana Santa hay doce láminas que parecen flamencas, con pasajes de la vida del Salvador.

La última capilla es la de Nuestra Señora de la Soledad, junto á la puerta de esta nave. La imagen que se venera es de lienzo, cuya historia escribió el padre Francisco de Florencia en su *Zoilo de Mariano*. El retablo tiene tres cuerpos con diez columnas de teocali y siete lienzos de la pasion, de autor desconocido, tiene su frontal de plata y seis albornates de lo mismo, su cruz de hierro. Ocupan los muros laterales lienzos de la Pasion, de autor desconocido.

ADORNO EXTERIOR DEL CORO.

El altar de ánimas ó sea del perdón, está frente de la puerta mayor de este nombre, es obra del año de 1796 á 1797, y el primero en que se empezaron á imitar mármoles en los altares. El diseño se conoce que sería bueno, consta de un solo cuerpo, de orden corintio, tiene tres altares. El primero ó del medio lo decoran cuatro columnas, que se elevan sobre sus correspondientes pedestales, y reciben un trazo de corniza, rematando con un frontis semicircular, después corre esta por ambos lados, sostenida por seis pilastras quitando en los intercolumnios de los extremos dos altares, cada uno de los cuales forma un trocito que consta de un zócalo, dos columnas del mismo orden y su corniza, rematando con unas torjas, agregado posterior, con unos nichos cuadrados, en que están San Luis Gonzaga y San Francisco Javier, estatuas de medio cuerpo, se agregó también en el altar del medio, sobre el tímpano y corniza, un trono dorado, con una estatua del Eterno Padre, y dos defectuosos niños, y un nicho envitrinado con otra estatua, niénes que el natural de la Purísima Concepcion.

En los centros de los tróntos de los laterales están dos bellos lienzos, uno con un excelente San Miguel, y en el otro el Santo Angel Custodio, de mano de Zendejas, y del mismo son las ánimas que están en los zócalos de los tróntos.

En el Sagrario del altar del medio está un Calvario, siendo el Cristo y Dolorosa de escultura estrangera, y el San Juan, de D. José Zaccarias de Cora, digno discípulo y sobrino del antiguo Cora. Entre cada altar hay una puerta que entra á la sacristia de esta colecturia, la que está habilitada de paramentos y utensilios de primera y segunda clase y dias corrientes, tan decentes que no dejan que desear.

El muro que corresponde á la nave del evangelio ocupa dos intercolumnios de la iglesia: en el primero, está la puertecilla del coro y á los lados de ésta dos cuadros de mas de 3 varas con sus marcos dorados: el primero es una pintura alegórica del Sacramento con ángeles y

unos canónigos en ademán de adoracion y el otro una hermosa Asuncion tambien con canónigos, ambas obra maestra del célebre pintor mexicano D. José de Ibarra, hechos en el año de 1732. En el otro intercolumnio ocupa el medio un retablo imitando al teocali con sus adornos dorados en el que están dos niños con sus vidrieras: en el superior se venera una escultura de Nuestra Señora del Prado vestida de raso y en el inferior S. Miguel Arcángel.

A los lados de este altar están otros dos excelentes cuadros del tamaño de los otros que no tienen firma, el uno representa la aparicion de Nuestra Señora de la Merced al rey D. Sancho, á S. Raimundo de Peñafort y á S. Pedro Nolasco, y el otro un milagro de Sta. Leocadia en presencia de S. Ildefonso: los dos de excelente composicion y colorido, se dice que son de Juárez: son de quien fueren, son obras respetadas por los profesores de pintura.

En el muro que corresponde al lado de la epístola á los lados de la puerta del coro están dos cuadros del tamaño de los primeros en que está la Santísima Virgen con el niño y Sr. S. José y S. Miguel ofreciéndole la fábrica de la iglesia y en la parte inferior canónigos hincados. El del otro lado, representa una gloria con ángeles y un gracioso niño Jesus sobre un globo con una estampita que presenta en la mano de la Santísima Virgen, la que tiene un lema que dice, ecce Mater tua: en la parte inferior hay canónigos entre los que se notan algunos retratos, como tambien en los otros. Estos tambien son de Ibarra, obra tan buena como las demás.

En medio del otro intercolumnio está otro retablo igual al anterior: en su nicho principal está S. Juan Nepomuceno estatua de 1 1/2 de buena escultura, cuyo pedestal es de mas de 2 varas y 1 de ancho: abajo está colocada una pintura del Señor, coronado de espinas, estrangera, de buen carácter, cuya sagrada imágen se dice que ultrajaba el herje Diego de Alvarado y la que fué entecada solemnemente por el Ilmo. Sr. Campillo.

A los lados del altar están dos cuadros de pasajes de S. Juan Nepomuceno presentando el primero, al santo muerto en el río, por Zendejas, y el otro el martirio de las hachas, por D. Salvador del Huerto, pintor poblano.

En 14 de las columnas de las naves colaterales del templo, están colocados otros tantos óvalos de 2 varas con sus marcos dorados en que se representan las estaciones del calvario y en las que el gran profesor D. Miguel Cabrera pintor acreditado, apuro el manejo de su pincel.

INTERIOR DEL CORO.

Tiene éste una reja con sus puertas, que lo divide, la que se colocó el año de 1697: es de hierro, la hizo el maestro Mateo de la Cruz, pesa 202 arrobas 1 libra, y costó 4614 ps. 5 rs. Su forma es ligera y renata con un calvario de marfil que no tiene bueno mas de la materia: sería justo sustituirlo por una buena escultura aunque fuera de madera. La sillera es de un trabajo esquisito y merece conservarse; es de varias maderas con embutidos de inmenso trabajo, con torneados de hueso ó marfil; son 27 altas y 23 bajas. La silla del Sr. Obispo tiene buena forma, y en la espalda está un S. Pedro todo embutido de distintas maderas, á excepcion de las manos y piés, que son pintados lo mismo que la cabeza; es pieza de muy buen gusto y apreciable. Es necesario examinarla bien y de cerca para desengañarse de que no es pintura. El facistol es igual á las sillas se eleva sobre dos gradas de teocali, y lo mismo el balastro que lo soporta: fenece con un nicho cuadrado con una virgen de marfil y 4 niños de bronce dorado en tarjetas; toda esta es obra de Pedro Muñoz, quien la comenzó en 24 de agosto de 1719 y la acabó en 24 de junio de 1722.

Está entarimado todo el coro y tiene un surtidio de libros de canto llano para cuantas funciones desempeña la iglesia, tan apreciadas por las muy buenas composiciones y oficios que hay en ellos, como por su escritura y pinturas. El S. Pedro dicho arriba sirve de puerta á un nicho, donde se depositan reliquias de consideracion.

Los organos son dos, uno grande muy bueno, y otro chico lo mismo; el primero tiene 22 mixturas y el segundo, 22.

Alaban al Señor en este lugar 27 canónigos, 18 capellanes, 6 salmistas, 14 músicos, 2 organistas, y 16 infantés.

Tiene la iglesia 3 puertas: 3 al poniente, una al sur y otra al norte; en ella hay cuatro hermasas pilas de agua bendita, de teocali, y de lo mismo es el púlpito, obra de D. José Medina, el año de 1721.

En el trasero delante del altar del Perdón están dos memorias sepulcrales, la una es del Sr. Palafox, cuya inscripcion dió el mismo; y aunque no se enterró aquí por haber muerto en Osmá, se conserva; y la otra es una lápida sobre el sepulcro del Ilmo. Sr. D. Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu.

ADORNO DE LA CUPULA.

El domo de ésta es un cuerpo que sostiene

16 pilastras pareadas jónicas, las que se elevan sobre un pedestal y reciben un cornisamento; entre estas hay 8 espacios que anteriormente eran otras tantas ventanas; en la actualidad no hay mas de 4; ocupando los otros espacios, cuadros con los Evangelistas, pintados por D. Julian Ordoñez el año de 1810. En los intercolumnios hay 8 nichos con otros tantos arreones, que se colocaron el mismo año.

En los 4 pendientes ó pechinas se notan otros tantos ángulos colosales de bajo relieve, los que á la verdad hacen mal efecto con la hermosa arquitectura del edificio, pues no corresponde á esta la escultura de aquellos.

TABERNAculo.

Por los años de 1798, siendo obispo el Sr. Bienfai, se trató de hacer nuevo tabernáculo. Se pensó que fuera de plata, para lo que se trató muy superficialmente con el patron D. José Barrios, y se pretendió que le ayudara D. Pedro Montes, del que sabemos esta noticia.

Desde luego se desechó este pensamiento y se trató con D. Manuel Tolsa, director de escultura en la academia de Mexico, el que dió primero un diseño y luego modelo de bulto. Contratado que fué, se nombró por comisionado al Sr. D. Ignacio Domínguez, canónigo de esta Santa Iglesia, sujeto de gusto y que apreciaba las artes. El 1.º de setiembre de 1799 se desbarató el antiguo, y se comenzó la obra con inmensos gastos, los que administraba el Sr. Domínguez; por su muerte dió el cabildo la comision al Ilmo. Sr. D. Antonio Joaquín Perez, canónigo magistral entonces, cuyo buen gusto y amor á las artes, todos saben: el que continuó la obra hasta que fué nombrado diputado á las cortes españolas. Por la ausencia de este señor, se confirió la comision al Sr. prebendado D. Bernardino Osorio, quien la desempeñó hasta el año de 1819, en que renunció. En este año se trató con el mayor empuño por el Ilmo. Sr. Perez, y por el cabildo la conclusion de la obra, y para esto se nombraron á los señores tesorero D. Francisco Angel del Camino, y doctoral D. Pedro Piñeyro y Osorio, estando á su cabeza el Sr. obispo. Asiestos señores como su Ilmo. depositaron su confianza para la administración general y conclusion de la obra, en D. José Manzo, sujeto de gusto é instruido. (1)

Se trabajó con el mayor empeño sin omitir

(1) A esta ilustrado poblano debieron los pormenores referidos y todos los que vamos refiriendo, extractados con la mayor exactitud de un manuscrito suyo.

gasto ni diligencia, hasta concluir la espléndida obra que había tenido en especación á los poblanos durante veinte años. Acabóse en fin, casi á la hora de comenzar sus solemnisimas funciones, siendo la bendición el día 5 de diciembre de 1819, dejando el 6 para adornar el altar, el 7 fueron las vísperas y maitines, y el 8 la primera misa con que finalizó la primera función. La segunda se acordó, que fuera el día 10, en que se celebra la traslación de la casa de Loreto, habiendo precedido vísperas muy solemnes. La tercera fué día de Nuestra Señora de Guadalupe, con vísperas y maitines.

Los artistas principales que trabajaron esta obra fueron D. Manuel Tolsa, director general y jefe de ella, D. José Manzo y D. Pedro Patiño Ixtlioteca. El trabajo de los mármoles y mamostería, lo desempeñó el maestro Pedro Pablo Lezama. El de los estucos, D. José Ramírez; la obra de bronce y plata se trabajó en México por D. Manuel Camacho los cincelados principales por D. Joaquín de Izuzua, y la máquina para subir y bajar las puertas, por D. Mariano Vargas Machuca, profesor de relojería.

DESCRIPCION.

No entraremos en discusión sobre si D. Manuel Tolsa erró en el tamaño de esta pieza, solo diremos que en caso de ser cierta esta falta, mejor es que haya pecado por defecto de grandiosidad y no por el de timidez y mezquindad; lo cierto es que la obra es magnífica, brillante y única en su género.

La altura del tabernáculo desde el pavimento hasta la cabeza de la estatua de San Pedro con que finaliza, es de 25 varas, su planta es circular, y su órden corintio. Sobre un zócalo de un hermoso mármol verde transparente, cuya basa es de mármol negro con veta blanca se levanta el pedestal: este se compone de su moldura baja de mármol rojo color de hól de Armenia, el cuerpo ó neto es de un esquisito mármol, fondo blanco aperlado y veta muy menuda y enmarañada, azul oscuro, el fondo de los vaciados es de morado con veta atravesada menuda, en los que están colocados graciosos adornos de bronce, dorado á fuego. La moldura alta ó corona del pedestal, incluso el collarín, es de mármol blanco entre ceniza y encarnado.

En cada ángulo se presentan dos de estos pedestales, resultando en un macizo que comprende un grupo de cuatro columnas: la masa principal de este macizo denota ser de mármol rojo, y en el hueco que hay entre uno y otro pedestal se halla una puerta que da entrada al

panteon de los obispos, siendo estas una en cada ángulo.

El marco de dichas puertas es de color entre cenizo y encarnado, y sobre cada pié derecho ó jamba, está colocada una menzola de bronce dorado, recibiendo estas un frontis semicircular de mármol, adornando el centro de este un hermoso serafín de bronce dorado, con dos fisiones que le salen del cuello, del mismo metal, formando el todo una graciosa portadilla felizmente pensada.

En cada frente está un altar, con su mesa de mas de 3 varas de largo, de mármol encarnado, recibida cada una por cuatro menzolas con sus jambas que bajan hasta la basa, de bronce dorado, estando dos en cada extremo; el centro es de mármol verde con un círculo en el medio formado de un bocelón tallado en bronce dorado y una Cruz griega del mismo metal sobre fondo de mármol morado. A los lados de este círculo están tableros variados, con centro del mismo mármol morado, haciéndolos marcos unas hermosas molduras de hoja, con un cuadrado en cada esquina, con un rosetón pegado todo de bronce dorado, como tambien los adornos del medio del tablero, y una hermosa moldura de vios que recibe la mesa del altar.

Sobre cada uno de estos se levanta un Sagrario tan sencillo como gracioso, pues se compone de un macizo cuadrilongo de mármol verde transparente sobre zócalo de rojo: en el medio se ve una puerta de bronce dorado con un bajo relieve de plata dorada, cincelado, que representa un Divino Pastor, con su marco de metal: en la parte superior de esta hay un grupo de serafines con trigos y uvas tambien de metal.

A los lados están dos columnitas de órden compuesto, de alabastro, con sus capiteles y bases de bronce dorado: estas reciben la cornisa que ingeniosamente está formada, no del órden que le corresponde, sino de la moldura alta del pedestal. Sirve de remate á cada Sagrario una elegante escoria de mármol rojo con festones y clavos de bronce, la que recibe una peana con un hermoso Santo Cristo, todo de bronce, hasta la Cruz, teniendo el todo mas de 1 1/2 varas de alto: como estos altares son cuatro, los bajos relieves de las puertas de sus Sagrarios son distintos, á saber: en el frente del coro, el que se ha dicho: en el lado de la epistola está Rut con sus espigas: en el del evangelio, Josué y Caleb, con las uvas, y en el que mira al altar de los Reyes, un cordero sobre una nube. Los espacios que hay entre los Sagrarios y los costados de los pedestales, son ocupados por tres escalones ó gradas de mármol rojo, con grecas de bronce, y del mismo metal son

los ornatos de todos los tableros del frente y costados de los pedestales.

Las hojas que cierran las puertas son de esquisita hechura en maderas finas de caobilla, bálsamo, y otras, decoradas decentemente con bronce dorado.

Sobre cada ángulo de los cuatro de este basamento bajo, ó pedestal, se elevan cuatro columnas de siete varas de altura de mármol morado, todas istridas y de una proporción admirable con basas y capiteles de bronce dorado, sin omitir en ellos, así en sus partes mayores como en las mínimas, cuantas circunstancias y rigüez pide el órden corintio á que pertenecen. Entre una y otra istria está adornado el espacio que resulta con fajas de alto á bajo de bronce dorado.

Por lo dicho se verá que diez y seis columnas son las que reciben la cornisa correspondiente: esta forma un anillo admirable en su construcción, y lucidísimo en su forma; por la parte interior es circular, y por la exterior tiene en cada ángulo un trozo resaltado que corresponde á las dos columnas que se avanzan del pedestal.

Sea por los costos que debía tener, ó por temor de que la obra padeciese detrimento con el inmenso peso de los mármoles, y mas con los temblores de tierra de que es susceptible esta ciudad, lo cierto es que se continuó de estucos, los que se puede asegurar no podrán mejorarse, y compiten con los mármoles: comienzan por el arquitrabe de la cornisa, el cual es de estuco color rosado con veta color de yema de huevo, adorando las divisiones de sus canchillos ó fajas en el interior un perleteo; en la superior una moldura de hoja, y coronando este otro de esquisita talla, y dorado sin defecto. El friso es verde con veta caña y negra, con un elegante adorno dorado de excelente trabajo, y lo mismo el dorado: sigue una hermosa moldura de hoja dorada, la que recibe los dentellones, que son de un blanco leche con lustre amolado; á continuación está una moldura de ovalos tambien dorada, la que sirve de recipiente á los molillones, que tambien son dorados y de esquisita talla: estos sustentan el pafion de la cornisa, el que es de estuco azufrado con sus correspondientes cazetones con fondo negro muy brillante, y sus rosetas y guarniciones de hoja doradas. Corona esta cornisa una gola reversa muy bien ejecutada de estuco blanco, la que se divide del pafion por su correspondiente moldura de hoja dorada, y con esto concluye el cuerpo arquitectónico de esta obra, que aunque pasen siglos, siempre será

nueva y servirá de modelo á nuestros pósteros.

El adorno interior del friso de la cornisa se compone de unos hermosos serafines alternados de festones de flores que hacen muy buen efecto: en la parte superior de cada frente hay un frontis semicircular que mira al exterior, ocupando sus resaltes ángeles jóvenes de muy buena escultura, en ademan de adoración y otras posturas, siendo estos mayores que el natural, de estuco blanco; el grueso del sniflo está cazeloneado con fondo negro y rosetas doradas.

El segundo cuerpo ó domo de la cúpula, forma un ático, presentando en cada frente una fachada compuesta de dos pilastrillas sin capitel, de estuco blanco, y sus entro-calles, que son variadas de verde con veta caña y negra, dividiendo ambos estucos molduras de hoja bien dorada: sigue una cornisa con sus correspondientes molduras alternadas de estucos azufrados y blancos con molduras de ovos y hoja tambien dorados, coronando estas fachadas sus correspondientes frontis triangulares, cuya cornisa corresponde á la anterior, y el centro ó tímpano, de estuco morado.

En el centro de cada fachada de estas, preside una ventana que forma un arco, cuyas entajas son de estuco morado, y el arco lo forma un liso con una moldura, dorado todo, apagado, con sus bruñidos donde conviene, descansando estos arcos sobre una imposta de estuco azufrado con molduras doradas, pegando esta en el restante de la obra, siendo el muro principal (de la imposta abajo) de estuco rosado con veta caña. Las jambas colaterales de dichas ventanas, que tambien son rosadas, tienen taberos vaciados con fondo de un bello estuco negro con veta blanca y sus correspondientes molduras doradas que las adornan: los gruesos de los arcos son de estuco rosado; están arazonados con cazonetes negros con sus correspondientes guarniciones y rosetas doradas de molduras de hoja. En los remates de los tímpanos están colocados en cada uno un grupo de dos niños, sosteniendo un escudo con geroglifos de la Santísima Virgen, con laureles, palmas y otros adornos, que hacen dichos grupos muy apreciables por su composición y muy sobresaliente escultura, los que son de estuco blanco con dorado donde es necesario.

En los ángulos, en los espacios que quedan de las portadas de los frentes, hay otras ventanas del mismo gusto de las de los frentes, y á los lados de cada una de estas están dos jambas de estuco blanco con vaciado verde con veta caña y negra: estas reciben una hermosa

mensola istriada y dorada con oro bronceado y bruñido, y sobre ellas un gracioso serafín de oro verde apagado; dichas mensolas están coronadas de las impostas de las ventanas, y recibien un elegante jarrón de estuco azufrado con dorados competentes.

De estas mensolas, que son 8, rompen otras tantas jambas, que forman la cúpula, uniéndose en el centro; esta es de punto agudo y no esférica, y aquellas de estuco blanco, con un adorno dorado que cubre todo el vaciado de su entrecalle. A los lados de estas jambas acompañan unas fajas inferiores de estuco verde, jugando semicircularmente en los arcos de las ventanas de los ángulos inferior á esta se advierte otra faja de estuco negro muy ancha, la que pertenece al cincron de la cúpula, pues las anteriores son supuestas, así como unas lápidas triangulares de estuco rosado y mancha morada que adornan los ángulos de estos gajos. En la división de cada faja hay cuerdas de molduras de varias hechuras de buen gusto, y también doradas.

Corona esta cúpula un zócalo de estuco negro con un boceón dorado, lo que sirve de peana á una estatua de S. Pedro apóstol de estuco blanco, hincado en una nube con serafines dorados, con su libro en una mano y mostrando con la otra las llaves, todo de buena escultura.

El interior de la cúpula es muy hermoso, principalmente por la simetría que guarda; sobre la cornisa que, como se ha dicho, es circular, se presentan en iguales distancias las ocho ventanas; en los espacios que hay entre una y otra, se levantan dos pilastras pareadas de estuco blanco y tableros verdes, coronándolos la imposta misma que juega por fuera; de éstas rompen dos jambas también pareadas, las que finalizan en el punto céntrico de la cúpula; dichas jambas son blancas, ocupando su entrecalle dichas hechas grecas doradas; á éstas siguen fajas verdes sobre fondo negro, y lápidas rosadas, guardando el mismo orden que describimos en el exterior de la cúpula, y en el centro hace punto un hermoso roseton dorado.

Volviendo á la parte exterior, una gran ráfaga en cada frente sorprende al espectador; estas son de bronce dorado de cinco varas, y están colocadas en las medianías de las cornisas entre los dos ángeles que hemos dicho, están en los resaltos de los frentes; en el centro de estas ráfagas está el Santo Nombre de María Santísima, en una graciosa cifra cercada de nubes y serafines también de bronce dorado.

Entre las cuatro columnas de cada ángulo de

la obra, atribida de cada puerta, está colocada una estatua de Santos Doctores; en el frente está S. Gregorio y S. Gerónimo y á la espalda S. Agustín y S. Ambrosio; éstas son de estuco blanco espatulado y tres varas de tamaño, con sus háculos, cruces y plintos dorados, y están sobre peanas de mármol negro de buena figura.

En el centro de todo este edificio se elevan cinco gradas circulares de mármol negro, y sobre ellas un pequeño tabernáculo que sirve de Sagrario; la arquitectura de este no pertenece á ningún orden; es un elegante ático de cuatro frentes, bien pensado, y se compone de un zócalo alto de mármol negro y morado, bien adornado y de bronce; en cada uno de sus ángulos se levanta una cartela también de mármol, que sirve de sustentante de la cornisa; en el extremo superior tiene por remate una mensola de bronce dorado, y en la vuelta del inferior un grupo de serafines con uvas y trigos, también de bronce, y lo mismo una greca en el vaciado ó entrecalle del cuerpo de la cartela, siendo éstos cuatro. Entre estas está una puerta semicircular en cada frente con sus marcos de bronce dorado; las hojas que cierran éstas son de plata dorada, representando cada una un bajo relieve de un Sto. Evangelista, cincelado; dichas puertas suben y bajan por medio de una máquina para descubrir y depositar á N. S. Corona este cuerpo una cornisa de mármol adornada con una moldura de ovos de bronce dorado, del que también son los adornos de las ojivas de las puertas; cierra á esta pieza una cúpula de una sola piedra de $1/4$ vs. de diámetro y tanto esta como lo demás del zócalo arriba, es de mármol de color entre cenizo y encarnado, adornan desta cúpula, en el exterior, cuatro gajos de buen gusto de bronce dorado. A cada arco exterior de las puertas, se agregó posteriormente un grupo de serafines de bronce con laureles modelados y trabajados en Puebla.

Concluye esta hermosa pieza sirviendo de peana á la magnífica estatua de la Purísima Concepción, tan humilde en su amable posición, como excelente en su estructura. Esta hermosa imagen fué trabajada en madera por el mismo D. Manuel Tolsa, cuyo original se conserva en la capilla del palacio episcopal, y después moldada y vaciada en bronce de una sola pieza. Á excepción de la cabeza, manos y serafines, por dirección del mismo; su postura es airosa y bajo las reglas del arte, y sus ropas son admirables; el trozo del manto que vuela hacia adelante, no tiene precio; pisa sobre nubes y la serpiente, las que una gra-

ciosa irregularidad asientan sobre la cúpula del tabernáculo pequeño. El dorado es sorprendente por su hermosura é igualdad; cosa peregrina en una pieza tan voluminosa y de un peso enorme: los inteligentes que conocen la delicadeza de esta operación, aun en piezas manuable, rinden el debido homenaje á su autor el célebre platero D. Simón Salmon, el que en esta pieza ha eternizado su nombre, así como con mucha ventaja el Sr. Tolsa por el todo del tabernáculo. Tiene de altura esta singular estatua, mas de 3 varas, y su peso es de 30 quintales, exceptuando los serafines, aunque sobre esta noticia no tenemos una seguridad que satisfaga. Se dice que su costo fué de 32200 pesos.

En los cuatro ángulos de la cornisa del pequeño tabernáculo, acompañan á la estatua dicha, otras de cuatro ángeles niños, que cada una debería ser objeto de atención: estos son mayores que el natural, de bronce dorado, con los atributos de la Santísima Virgen, formando el todo un grupo majestuoso, y solo esta pieza pudiera ocupar dignamente el altar principal de cualquier Catedral. Desgraciadamente disfruta poca luz, pues por elevarse el tabernáculo lo necesario para esconder las puertas que sirven para cubrir el Santísimo en su pedestal y cinco gradas, esto obligó al autor á tolerar este defecto.

El panteon llama ciertamente la atención, éntrese á él por las dos puertas delanteras, bajando por escalones de mármol negro; su forma es una verdadera rodanda, en la que á poco de estar, es difícil acertar con los rumbos: su pavimento es de un gracioso embutido de mármol negro y blanco; forma un zócalo á toda su circunferencia, un orden de lápidas de mármol blanco, completamente cuadradas, con dos tiradores, cada una de bronce dorado; el fondo que las divide es de mármol negro, y cada una sirve de cubierta á un sepulcro; siguen otras separadas de las primeras por unas molduras, siendo las segundas también de mármol blanco sobre negro, formando unos tableros cuadrilongos resultados, que se prolongan hasta cerca de la bóveda. Esta es casi plana, obra verdaderamente maestra; pues además de estar bien hecha, soporta el peso del tabernáculo y estatua de la Concepción. Su adorno es de estucos y está en consonancia con los muros laterales, finalizando en su punto céntrico con un boceón tallado, muy bien dorado, y una roseta con su argolla para lámpara.

En el lugar principal frente á la espalda del principal altar, está un sepulcro que tiene to-

do el largo de la lámpara que le corresponde, en cuya parte inferior, en un seno que se hizo al intento, están sepultados los restos de los antiguos obispos que se depositaban en el antiguo tabernáculo, sobre cuya cubierta se colocó en una caja al Hmo. Sr. Biencap, fundador de esta obra, y sobre esta la del Sr. Perez, quien la acabó. En el medio del pavimento está un horario con su tapa redonda de mármol.

Circunda á este monumento un zócalo que forma el presbiterio. Tiene de altura esta singular con un balaustrado que se hizo provisional, el que á la verdad no corresponde á una obra tan lucida. También es oportuno se verificara el proyecto de los nuevos aambos para el complemento de la obra.

ALHAJAS.

Una colección de cuarenta y ocho acheros, (que llaman blandones), de plata con sobrepuños dorados; de $1/2$ vara de alto, de muy esquisita hechura, soportan otras tantas hechas de cuatro libras, y ocho blandones que por equívoco llaman hacheros, cuyos cirios son de una arroba, siendo dichos blandones también de plata con sobrepuños dorados, y una figura que no se puede inventar mejor, tienen $2 3/4$ varas de alto; con esto se aduzca el tabernáculo los días de primera clase.

Cuatro hermosas jarras de plata bruñidas, con sus ramilletes de plata copela de $2 1/4$ varas de alto, se interponen entre los blandones dichos, y á mas en el tabernáculo otras cuatro jarras iguales á las otras, con sus ramos aunque de $1 3/4$ varas de altura.

Veinticinco caniles, entre ellos seis lámparas, penden de las bóvedas de la iglesia, siendo los mas notables dos que están á los lados del tabernáculo de mas de 3 varas de alto y treinta veces cada uno, y la hermosísima lámpara que pende de la gran cúpula, obra maestra de platería, la fabricó el patron D. Diego Larios, sujeto muy inteligente en su arte; se estrenó día de Corpus del año 1751, pesa 3688 marcos, 2 onzas, 4 ochavas, y costó 67,000 pesos, es obra que llaman mestiza, por ser de plata con sobrepuños dorados, admite sin confusión candelas y dos luces, tiene de largo 4 varas escasas, el diámetro del cuerpo $2 1/2$ varas, y su circunferencia varas, sin los alborotantes consta de 1804 piezas. El cabildo conserva una descripción completa de esta lámpara, hecha por D. Javier Lizaso.

Con este magnífico aparato acompañado de una completa tapicería de terciopelo que cubre las columnas de la iglesia, y bellas alfombras

que regaló para este día el Ilmo Sr. D. Joaquín Pérez, y á la luz de 778 bujías se estrenó este magnífico tabernáculo el día mencionado.

Además de lo dicho tiene otros juegos de candeleros para su uso en las funciones de 2.^a clase y subalternos, atriles ó facistolos, siendo uno de esquisita eclaira, otros 4 bacheleros de 2 varas de las 2.^{as} clases, ciriales y cruz y otros de bronce dorados para todos los días, dos juegos de pedestales para éstas, postapases, 6 centros de esquista hechura, 6 varas para el pabito: salillas, pichelos, 2 incensarios de oro con su naveta y otras cosas.

La custodia que sirve el día de Corpus y jubileo circular, es de oro de más de vara con multitud de diamantes por una faz, y por la otra esmeraldas: se estrenó el 1.^o de junio de 1727. Otra hay de oro también de cerca de vara, el sol está montado en muy buenas perlas; su pie es obra esquisitamente trabajada en oro de colores cuya delicadeza no tiene que envidiar al trabajo extranjero, está adornada de esmeraldas, brillantes, topacios, amatistas, granates y perlas muy netas, acreditando en esta obra la pericia de su autor D. José Incaza. Se estrenó en setiembre de 1803. La cinceló D. Antonio de Villafañe.

Entre los muchos esquistos vasos sagrados del servicio de esta Santa Iglesia, se señalan dos de oro, uno aunque antiguo, de un esquisito trabajo y elegante forma, el otro moderno de cruz de colores, igual a la custodia, echa por el mismo Incaza. Del mismo es el elegante tenarbrío, cuya pieza merecía que se grabara en lámina, por ser difícil su explicación: tiene cerca de 8 varas, su diseño fue dispuesto y fabricado en madera de ébano, por D. José Mariano Castillo, profesor de mucho crédito en esta ciudad, está ricamente adornado de plata, siendo objeto de admiración á todos los que lo ven.

CUSTODIA O TORRECHILLA.

No es extraño que esta bellísima pieza haya parecido á los inteligentes obra del celebre Juan D'arfe y Villafañe, ó de su escuela, y mas corriendo la falsedad de que era regalo de Carlos V. Véase la descripción de la custodia de la Catedral de Sevilla, por D. Agustín Geán Bermúdez, impresa en Sevilla en 1804, y dándole el justo elogio que merece, compárese con la que hacemos de la nuestra.

Tiene esta pieza 2 ³/₄ varas de altura. Consiste de cuatro cuerpos, sin una pesna que después se le agregó: la planta del primero es exágono, y su arquitectura de orden corintio, la

que consta de doce columnas sobre sus pedestales: están pareadas recibiendo su correspondiente corniza con una bóveda arzoñonada de esquisito trabajo. Los pedestales de cada ángulo son unidos y tienen un avance que sirve de repisa á una estatua de muy buena escultura agrupando muy bien con las dos columnas á que se acompaña, cuyas estatuas son, David, Melchisedec, Zacarías, Ezequiel, Abacuc y Miqueas. En los notos de los pedestales hay veinticuatro bajos relieves de los Patriarcas, cuatro en cada resalte de estos, dos en cada columna y dos en los costados de dichos pedestales: en los espacios que corren de uno á otro, hay seis bajos relieves, uno en cada frente, muy bien cincelados, los que representan los pasajes siguientes. Los sacrificios de Cain y Abel, Abraham con los tres ángeles, José con sus hermanos encontrando la copa en los sacos, la primogenitura de Jacob, la serpiente de metal y los israelitas cogiendo el maná.

En el friso de la corniza se notan los bajos relieves siguientes. En los trozos que resaltan en cada ángulo hay veinticuatro Santos mártires y penitentes, y en los frentes la historia de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos pasajes son: la predicación en el desierto, los cinco panes, los peregrinos de Eman, Zaqueo, vocación de los Apóstoles, el convite del fariseo.

En dichos resaltes hay seis estatuas, coronando la corniza San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago mayor y menor, tras de cada estatua están dos graciosas pirámides, siendo por todas doce. En el centro de este primer cuerpo está el cenáculo, todo de buena escultura.

El segundo cuerpo se compone de otras doce columnas pareadas, corintias, sobre pedestales, y su corniza del mismo orden, adornando su friso bajos relieves de ángeles, coronándola en el mismo orden que la primera, doce pirámides y seis estatuas, de Salomón, Santa Isabel, San Zacarías, San Joaquín, Santa Ana y San Juan Evangelista. Cierra este cuerpo una bóveda dorada artesonada, y ocupa el lugar principal un zócalo con seis santos doctores, de bajo relieve, seis estatuas de ángeles jóvenes y un sustentante para el sol, con la sagrada Hostia, que se colocaba en aquel tiempo.

Consta el tercer cuerpo de seis columnas del mismo orden que los anteriores, y tanto estas como las otras son istriadas los ³/₄, y el inferior adornado con labores agradables y de mano diestra. Dichas columnas están sobre pedestales, y soportan su corniza, cuyo friso está adornado con follajes y serafines, rematando

con seis estatuas de las virtudes. Ocupa el centro una estatua de la Purísima Concepción, debajo de la bóveda, en cuyo centro está el Padre Eterno.

Se compone el cuarto cuerpo de un zócalo y seis estípites con medios cuerpos de ángeles, los que reciben un hermoso anillo y una graciosa capulilla: este cuerpo está dedicado á Sr. San José, cuya estatua está en el centro: remata la cúpula con una gallarda estatua del Sr. Resucitado, mayor que las demás, y de muy buena escultura.

Esta obra verdaderamente maestra, en que reina la mayor simetría, la trabajó el patron D. Miguel Torres, platero mexicano, costó 15671 pesos, 2 reales, 6 granos, y pesa 547 marcos de plata.

SACRISTIA.

Se entra á esta por la capilla primera del lado de la epístola, tiene 20 varas de largo y 11 ³/₄ de ancho, está habitada en la parte que cubre su primera bóveda de cajones decentes, para los muy ricos y abundantes ornamentos que deposita. El frente lo ocupa un gran lienzo del triunfo de la iglesia, otro á la izquierda del triunfo de la fe, y á la derecha otro del de la religión, copiadas de estampas de Pablo Rubens, y en los medios puntos otros del Apocalipsis, todos de Baltazar Echave, esposo y discípulo de la celebre Sumaya, pintora de que hicimos mención en la capilla de las reliquias. Estos tienen unos retablos de orden compuesto, no muy antiguos, y todos dorados.

Los muros de la otra bóveda están cubiertos de lienzo, en el principal está el patrocinio de la Santísima Virgen, y en las cuebillas de su medio punto las apariciones de Nuestra Señora del Pilar á Santiago y San Ildefonso. En los lados está el lavatorio y la institución, obra de Luis Berrueros.

A los lados de las puertas de entrada están dos óvalos, un muy buen San José y San Miguel de Ibarra.

En el medio de la pieza hay dos mesas con muy hermosas lápidas de tealí, que es lástima estén maltratadas, y en un ángulo una fuente ó aguamanil de 3 ¹/₂ varas de altura, cuya base y primera tasa (que es de 2 varas de diámetro) son de tealí, de donde se eleva un balastro de plata que recibe otra tasa de 1 ³/₄ varas de diámetro, rematando con un San Miguel todo de plata.

De la sacristía se entra á la sala capitular, la que es un cañon con una bóveda y una capulilla que la ilumina: dicha sala está tapizada con

paños de Flándes, sobre los que están los retratos de los veinticuatro señores obispos que han gobernado esta iglesia; en el medio hay una pintura de la Purísima, un Santo-Cristo de escultura en el medio punto, y dos óvalos á los lados con los retratos de Carlos V y León X, de Ibarra. De esta se pasa á otra sala en que se ven los cánones; y también da ingreso á otra en que se guarda el tenebrario y la cera.

Por otra puerta que hay en la sacristía se pasa al cofre, habitaciones de los padres sacristanes y otras oficinas, y de ahí á la capilla de los Santos Oleos. Esta es una curiosa rotunda muy adornada, con su cúpula, en la que hay pinturas flamencas, frente á su puerta está otra que sale á la calle.

Por la capilla de Santiago que es la primera de la nave del evangelio, se entra al Sagrario, el que con verdad, no merece tal nombre, por ser una capilla pequeña y demasiado inequívoca. El V. S. Palafox emprendió hacer este necesario templo con la extensión debida, el que dejó comenzado; mas desde luego examinado el local que debiendo ser usado á la iglesia no proporcionaba la extensión que se deseaba, por que si era por la capilla de la Soledad, se ve que apenas dio lugar á la de los aguadores; si es donde ahora está el Sagrario, ya vemos lo que resultó, y así se decidió este venerable prelado á hacerlo frente de la fachada principal de la iglesia, buscando el nivel de la calle de la Concepción, por lo que el costado del lado del evangelio con las casas que ahora llamamos frente de Catedral, y el de la epístola, quedaba frente de las puertas de San Ignacio y del Perdón. La espalda miraba á la plaza, y la puerta al obispado, siguiendo la primera la dirección de la calle de los Herreros, de suerte que la esquinica que hacia para doblar de la espalda al costado del evangelio, quedaba donde mismo está ahora la del cementerio que hace contraesquina del portal de Bojia, quedando dicha espalda 17 varas mas avanzada á la plaza, que el nivel de las paredes de la iglesia.

Cuarenta varas tenía de largo este templo, quinque de ancho, y ya estaba elevado á trece de altura, cuando el Sr. Palafox se fué á España. No agradaba á la mayor parte de los poblanos este pingo que embarazaba y quitaba la vista á la hermosa fachada de la iglesia. Luego que partió el dicho Sr. Palafox, se suspendió la obra, y el ayuntamiento hizo presente al primer virrey que vino el disgusto de los poblanos por aquel embarazo, y el virrey ordenó que se arrasara lo hecho y se dispusiera en otro lugar. Duraron estos escombros hasta el tiempo de D.

Domingo Pantaleon, que hizo desembarazar el cementerio de las ruinas del templo.

Por los años de 1825 y 26, el Sr. D. José Cayetano Gallo cura que era entonces, pensó con empeño el edificar nuevo Sagrario, cuya fabrica hubiera llevado á cabo el celo y eficacia de este digno eclesiástico, pero desgraciadamente desistió de la empresa por no contar con fondos suficientes.

La capilla que ahora sirve ocupa el local opuesto á la sacristía, su portenor es igual, pues consta de las mismas bóvedas y arcos que aquella, aunque los miembros de su arquitectura son inferiores, por lo que es de sospechar que el autor de los planos de la iglesia hubiera pensado en que esta sirviera para guardar muebles. Su arquitectura no tiene que alabar mas de su solidez, tiene veinte varas de largo y 12 1/2 de ancho; ocupa el lugar principal un retablo moderno, que hace pocos años se estrenó, cuyos diseños hizo D. Julian Ortóñez; es de órden compuesto y su material, mampostería. Sobre un zócalo del alto del altar se eleva el pedestal, el que resultado por cada lado recibe dos columnas pareadas, siendo por todas cuatro, estas sostienen su cornisa correspondiente resaltando dos trozos que pertenecen á cada dos columnas y sobre ellos un arranque de tímpano abierto con un pedestal y una jarra. En el medio se nota un marco adornado de grecas y tallas que ocupa el espacio principal con un cuadro en que está pintada la aparición de la virgen del Pilar, pintura antigua de autor incógnito y estilo extranjero, en los extremos de los pedestales se avanzan otros, los que reciben dos penas con S. Joaquin y Santa Ana. El segundo cuerpo se compone de un ático con cuatro jambas y su cornueso, en cuyo medio está un ovalo horizontal en el que se representa la institución del Santísimo Sacramento con su marco y tallas doradas, rematando con una rítaga dorada en cuyo centro está el Cordero. El friso de la cornisa, sus molduras grecas que decoran los intercolumnios y adorno de los netos y entrecalles de estallar, todo es dorado como tambien las grecas y mensolas de un arco que lo guarnece. En los netos de los pedestales hay dos bellos báculos apaisados y tanto estos como el candelero son pintados por D. Lorenzo Zendejas hijo de D. Mignet.

El altar tiene su aparato de plata que se compone de frontal, sobanico, sagrario, trono, 6 candeleros medianos, 4 chicos, 4 ramilletes medianos y 4 chicos.

En los muros colaterales hay dos altarcitos

trabajados por D. Rafael Barrios, los que se componen de su altar, dos columnas de órden jónico y frontis semicircular, rematando con rítagas, y uno tiene un nicho con una hermosa estatua de vara, de S. José, escultura de Coira, y el del frente una Señora de Guadalupe, los dos con cristales, cerrando los tres altares una cruz de labores de fierro agregadas, hecha por D. José Mariano Saavedra.

A la derecha está la entrada á la Catedral, y á la izquierda una capillita donde está la fuente bautismal. Esta consta de una tasa de local con su pedestal de lo mismo, y tiene por remate una jarra de local con sus asas y azucenas de bronceado.

La capilla es de cal y canto, de una hechura tan desacorde con la demás fabrica, que parece ser resto de alguna nave colateral de la antigua Catedral; es cuadrada, con una cúpula que demuestra ser postiza; tiene tres altares con sus retablos dorados que se estrenaron á principios de este siglo, ocupando la parte principal de cada uno un lienzo representando los de los lados el lavatorio y el bautismo del Salvador y en el medio la oración del huerto, último lienzo de D. Miguel Gerónimo Zendejas pintado á los 92 años de su edad. La entrada principal vé al Norte ó á la plaza, tiene su portadilla en cuyo gusto se nota que comenzaba á decaer la arquitectura, no obstante debe alabarse el trabajo material de la cantería.

ESTERIOR DE LA IGLESIA.

Ya dijimos las varas que comprende su longitud interior de Oriente á Poniente y su latitud de Norte á Sur, deben agregarse los gruesos de sus muros que son 2 varas, y las salidas de sus portadas, postes y cabos de torres. Estas son dos iguales y cuadrados, cuyos cabos montan á la altura de la fachada principal coronados de una hermosa cornisa; sobre esta sabe el primer cuerpo que es de órden dórico con tres pilastras en cada frente, y dos arcos para campanas, uno en cada intercolumnio; dichas pilastras tienen sus pedestales y reciben la cornisa correspondiente, resaltando el alquitrave y friso rosetas talladas en la proyectura de la cornisa; en el friso hay triglifos, mas no tiene Metopas. Los arcos son de proporcion dupla con sus impostas, jambas y fijas que los guarnecen, rompiendo estos sobre el pedestal y asegurados con balastradas de cantería, siendo dos los de este primer cuerpo ocho: el espacio que hay entre estos y la cornisa, está dividido por una faja, siendo lo demás almohadillado.

Sigue el segundo cuerpo conjuntado un poco

sin ancho, el que es de órden jónico y presenta tres pilastras sin pedestal, sino zócalo por cada frente, y así estas como las del primer piso, son acanaladas y reciben la cornisa que prescribe el órden á que pertenecen. Este cuerpo, aunque tiene casi la misma altura que el primero, lo dividió su autor con destreza en dos partes por el medio, con un cornueso con dentellones colocando cuatro arcos en cada frente, dos en la division inferior con balastrada, y otros tantos en la superior sin ella, lo que diereite á la vista y evitó las muchas subdivisiones que tan chocantes son en los cuerpos arquitectónicos.

Corona esta cornisa una seria balastrada interceptada, con pedestales en las esquinas y en la medianía de los frentes, en los que rematan almenas redondas piramidales; sigue un zócalo ochavado, superior tres veces en altura al balastrado, el que en cada ángulo tiene una almena como las anteriores, quedando estas mas altas que las otras y en medio de ellas.

Todo lo dicho hasta aqui es obra en cantería, mas el caserón que sigue de la cúpula, es de ladrillo y azulejos, rematando con una lanterna, encima de la cual está una graciosa escosa de piedra blanca que llaman de Villería, la que soporta un globo de la misma piedra de 1 1/2 varas de diámetro, finalizando con una cruz de 3 1/2 de alta, las que anteriormente de ladrillo y azulejos, rematando el temblor del día de Santa Mónica del año de 1820, se hicieron de madera de ciprés muy bien barnizadas, imitando la piedra. Desde el extremo de estas al pavimento, tienen de altura dichas torres 49 vs. 1/2. Por una inscripción que está grabada en la del lado del N., se vé que costó 400,000 pesos. Esta torre, que llaman vieja, es la única que tiene campanas, las que componen una coleccion muy armoniosa que no lastima el oído, y son diez campanas en el primer piso y ocho esquilas en el segundo, y la campana del reloj que es muy sonora. La campana mayor está en el centro, la fundió Francisco Márquez, pesa 185 quintales, y costó 8,202 ps., se estrenó el año de 1637. La que se le sigue, que llaman de Jesus, tiene una excelente voz; la hizo Antonio de Herrera y Mauro Peregrina, pesa 163 quintales 1 arroba 7 libras, costó 40,267 ps. 4 rs. El esquilón mayor es sin igual, y las demás esquilas son armoniosas, especialmente la que llaman la florista.

Tiene este templo cinco puertas, una en cada costado y tres en el frente, todas con portadas. La del medio se eleva 35 varas, está dividida

en tres cuerpos: el 1.º dórico con cuatro medias columnas istriadas con sus pedestales, y cornisa; en los intercolumnios hay dos nichos bien trabajados como todo lo demás, con dos estatuas de piedra Villería, de S. Pedro y S. Pablo; en medio está la puerta con su arco bien tallado, cuya imposta corre arriba de los nichos, y en el espacio que queda entre esta y la cornisa, están unos escudones de Villería con geográficos de la Santísima Virgen; siendo de la misma piedra los adornos de las enjutas del arco.

El segundo cuerpo es jónico, con cuatro medias columnas sobre pedestales adornados sus netos con carteles; en sus intercolumnios hay nichos y escudones como el primero, y tambien estatuas de S. José y Santiago el mayor; el centro lo ocupa una ventana con marco blanco y una mezuquina estatua de la Purísima Concepcion.

Sobre la cornisa de este sigue el tercero, que consta de dos medias columnas dóricas istriadas sobre pedestales, y su cornisa sin frontis rematando con las armas de España, las que picaron, y en cuyo hueco piensan poner las de la nacion cuyo modelo está hecho. A los lados de las columnas hay dos almenas sobre pedestales, y el fondo del medio punto es almohadillado. Dividen esta portada de los laterales dos postes bien formados con sus remates de buena figura, rompiendo de estos un motivo puntal con un cornueso. En la parte superior del tercer cuerpo, está un ovalo con la fecha en que se acabó dicha portada, que fue el año de 1664, y costó al Ilmo. Sr. D. Diego Osorio Escobar y Llamas, que fué quien la donó 48,472 pesos.

Las dos portadas laterales á esta, son iguales en su arquitectura, constan de tres cuerpos: el primero dórico, con cuatro columnas sobre pedestales con su cornisa; el medio lo ocupa la puerta, y el segundo intercolumnio, nada por estar cerrados. El segundo es jónico, con cuatro pilastras sobre zócalos, y su cornisa, en que se formó el autor la licencia de adornar su friso con triglifos y menolas; en el medio hay un bajo relieve con sus marcos de Villería con Sta. Buxa en una y Sta. Teresa en la otra, y á los lados de cada uno, unos tableros tallados de la misma piedra, y de la misma los adornos de las enjutas del arco de la puerta. El tercer cuerpo tiene dos medias columnas corintias, su cornisa y frontis semicircular, y en el medio una ventana cuadrada con marco de Villería; á los lados de las columnas, sobre dos pedestales de cantería, están dos medias jarras de Villería,

de la misma son algunos adyacentes como jarras-tarjetas y un ángel con que remata cada portada.

Separan estas de las torres unos cabos donde están los caracoles para subir a ellas, los que a pesar de estar á un lado de los cubos grandes no hacen mal efecto al conjunto, estos rematan con una cornisa y balaustrada en su plataforma interrumpida por pedestales y tres almenas agudas, todo de cantería.

Las portadas que miran al Norte y al Sur son iguales en la sustancia de la arquitectura aunque varían en accidentes, siendo esta mas sencilla sin estatuas ni adornos, quedando frente del Seminario, cuyo átrio solo tiene el ancho de dicha portada para encajonarla á sus lados la oficina de haceduría, bodega del monumento y biblioteca del coro. En el frente cierra una reja de buena forma con sus puertas, la que hizo D. José Mariano Suavedra.

La portada que ve á la plaza ó al Norte, tiene de alto 23 $\frac{1}{2}$ varas consta de tres cuerpos, el primero de un hermoso dórico con cuatro columnas istriadas y sus capiteles con avos tallados en su cuarto bóved, estas reciben su cornisa bien proporcionada aunque carece de triglifos; el lugar principal lo ocupa la puerta con un bello arco adornado con regularidad é inteligencia; en los intercolumnios hay repisones con nichos perfectamente ejecutados, rematando con conchas, y en los que están dos estatuas de S. Juan Evangelista y S. Mateo, del tamaño natural; de Villoria; la imposta del arco corre á los lados, y en el hueco que deja esta division de los nichos á la cornisa, hay carteles ó medallas con retratos de reyes fundadores, de bajo relieve en piedra blanca, y de lo mismo unos niños que adornan las enjutas del arco.

Sobre un pedestal muy adornado de varias labores embutidas, se elevan cuatro pilastras de órden jónico que componen el segundo cuerpo, el medio lo ocupaba ventana con un marco tallado con gusto, y los intercolumnios tienen nichos y medallas lo mismo que los de abajo con las estatuas de S. Lucas y S. Marcos. Sigue la cornisa, la que desde luego mirando el autor la aridez de la jónica se tomó la licencia de adornar su friso de triglifos sin gotas y menzolas, y como core guardando á dos hermosos y grandes postes que para la seguridad del edificio están á los lados de la portada, de ahí es que resulte un conjunto magistoso. Sobre estas impostas que forman como se ha dicho la cornisa, á los postes se elevan unos cartones que disminuyendo la salida de aquellos reciben un arco que sirve de remate á esta portada, en

cuyo centro está el tercer cuerpo, este rompe de la cornisa del segundo y consta de dos columnas corintias sobre pedestales, las que reciben su correspondiente cornisa con frontis, por ocupar anteriormente el lugar de este un escudo de armas que ahora está deshecho.

Remata el arco que dijimos con una estatua de S. José, de piedra blanca, y de lo mismo son unos escudos con las armas de la iglesia uno, y una fiara y llaves otro, que acompañan las columnas del último cuerpo de la que también son algunos adyacentes, que adornan esta obra. Por desgracia la de escultura es pésima; es de sentir que las circunstancias no permitan reemplazar las estatuas aunque en menos número; no así la arquitectura, repetimos que es obra maestra principalmente en el trabajo de cantería por lo que no sin razón tiene gravado en el pedestal Hoc opus, Hic labor.

Circunda un muro el alto de las capillas, este está coronado de una cornisa, ininterrumpido por canchales de cantería tallada y tiene su antepecho. Están distribuidas tanto en las naves laterales como en la del medio veintiseis arbolantes que no solo sirven para fortificar la obra, sino para adornarla por la airosa hebeura que tienen, y además para dirigir las aguas cuando llueve; ochenta y seis almenas piramidales decoran en tres órdenes los antepechos que se presentan á la vista á distintas alturas.

La cúpula principal se eleva con gallardía sobre el crucero; su sotabanco es octágono con tres pilastras jónicas en cada ángulo y su cornisa; en los cuatro muros de los frentes de este ochavo, se ven otras tantas ventanas, y en los otros cuatro arbolantes formados con inteligencia y buen gusto no solo para hermosear esta pieza, sino para su firmeza y seguridad: el escarano es bien formado forrado de azulejos amarillos y verdes con tres grandes estrellas repartidas á iguales distancias, sigue la lanterna de un alto regular con cuatro ventanas sobre pilastrillas y finaliza con una graciosa cúpula y una estatua de la Concepcion.

La cúpula de la capilla de los reyes es inferior, solo tiene el escarano con cuatro ventanas y otras tantas escalerillas, entre estas su lanterna remata con una estatua de S. José. Esta cúpula es muy lucida cuando se ilumina generalmente la iglesia.

El átrio es hermoso se avanza por la fachada principal como sesenta varas y por el lado de la plaza 17. Es todo enlosado, suben á el por varios trechos de escalones; por el poniente solo tiene dos y por el sur 10, resultando esta diferencia del natural descenso que felizmente

tiene esta ciudad, para desahogo de sus aguas: tiene además una rampa para los enfermos. En los estremos que forma dicho átrio que son tres por estar embarazado el otro con oficinas indispensables, están otros tantos portes áticos de gracioso dibujo, rematando con una estatua que son S. José, S. Miguel y el Angel Custodio. Siguen cerrando el átrio á trechos iguales 17 columnas toscanas con unos leones con escudos de Villoria sobre sus capiteles y entre éstas 47 pilares bien distribuidos.

Contra el cubo de la torre del lado del sur está una capilla pequeña que llaman de los aguadores, la que no tiene cosa notable y por lo comun sirve de panteón á los pobres.

Esta iglesia tiene la prerogativa de ser el primer templo suntuoso que bajo buenos diseños se trató de hacer en América y lo prueba el que habiendo sido dedicado por el Sr. Palafox en 1649 y la Metropolitana de México en 1654 siendo virrey D. Francisco Fernandez de la Cueva duque de Albuquerque, claro es que ésta es mas antigua que aquella cuatro años y en el intervalo gobernaron el virreinato cuatro sucesores del Sr. Palafox.

No pasaremos en silencio una sospecha interesante que tenemos á favor del templo, y es que aunque por nuestras indagaciones hemos apuntado que los diseños parece los dió Juan Gomez de Mora, nosotros creemos, aunque no tenemos datos seguros, que los dió su maestro el célebre Juan de Herrera, y nos fundamos en que el primero murió en 1608 y el templo se comenzó en 1652 es decir 44 años entre una y otra fecha: resulta que aunque hubiera muerto Mora de 100 años, era necesario que hubiera hecho los diseños á los cuatro años de su edad. No así Herrera que falleció en 1597; bien pudo haberlos dado el de 52 en que Herrera hacia primer papel en España y á quien era regular encargara aquel soberano la traza de una obra de tanta consideracion y la pri-

mera que se ejecutaba en sus nuevos dominios. A mas, asegura nuestra sospecha, la mucha conexon que tiene [segun diseños que hemos visto] la fabrica del Escorial que el dirigió con la de esta Iglesia.

Hemos concluido la descripcion de la suntuosa Basílica Angélopollitana y no nos olvidemos porque se nos contrarie racionalmente en algunas inexactitudes de que no nos creemos exentos, y no se piense queremos que nuestro templo sea obra maestra y que compita con algunos de Europa; nos arreglamos al lugar en que estamos en donde las luces artísticas llegan tan á lo último, y á la época en que dicha fabrica fué ejecutada.

INSCRIPCIONES PUESTAS EN EL ALTAR DE LOS REYES.

Comenzose este sagrado templo á invocacion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria Nuestra Señora reinando el invictisimo emperador Carlos V. Prosiguiose en los felicisimos, tiempos del prudentisimo Philipo II. su hijo y Píisimo Philipo III. su nieto y finalmente de órden del magno Philipo IV. señor nuestro, poseyendo la silla de S. Pedro Inocencio X. pontífice maximo y gobernando este nuevo mundo órbe Septentrional D. Marcos de Torre y Rueda Obispo de Yucatan; D. Juan de Palafox Obispo de esta Santa iglesia lo acabó dedico, bendijo y consagró, y con suntuosos tabernáculos y retablos lo adornó, habiendo gastado nuestros ínclitos reyes y beneficentisimos patrones en su edificio y ornato mas de millon y medio de pesos con piedad y liberalidad esclarecida, concurriendo á tan religioso acto el Venerable Cabildo Eclesiastico, el clero regular y secular y esta nobilissima y fidelissima Ciudad é innumerabile pueblo con universal aplauso é inmemorable alegría.—A 18 de abril de 1649 años.

Hecha esta descripcion por D. José Manzo, Ilustrado poblano, y copiada en abril 1837.



quien sin saber que estaban Elena y su querido ha permitido que entre la señora portera.— Quédate en pie sin respiración; de nuevo se abre la puerta y ha entrado alguno, los ocultos hacen ruido, una persona entra dando pasos desmesurados, luego otra... ¡Están perdidos!—Y aquí pudiera dividir mi capítulo y hacer capítulo nuevo y aun distinto tomo, para conseguir dejar suspensa la curiosidad imperpetinente del que queriendo saber vidas ajenas se empeña en averiguar el paradero de mis héroes.—Marchemos, que ya estoy fastidiado y protesto no volver jamás a oarrar historias tan largas *muy*; que curiosas.—Suponga V. que dice aquí: *El sereno del bierlo, Conclusion*, luego un número 7 y paz: *Christi, Escuche V.*

El penúltimo que entró en el cuarto tremendo del portero, fué precisamente el buen hombre, que viendo llegar á su amo, iba como fiel servidor á dar un aviso prudente á los niños interesados; mas notó el Viejo, y socarronamente atrajo al criado y cubrióle la boca, y mandó al lacayo que con ellos venia, que cuidase; y á su muger que mirase, por que se temió que fuesen ladrones de la honra de sus hijos, y el volvió á traer el sereno y á pedir auxilio bastante. Cuando entró el lacayo y la varonil Rita, Julio se escabulló bajo la cama, y encontrando un rostro y una mano, la apretó y pegó sus labios á los de la vecina, y se quedaron muertos de pavor y sin respiración; el lacayo que habia entrado, sintió junto á sí á una muger, y creyendo que era la *Leonarda*, tomóla en sus brazos, aprovechando como sabía aquellos momentos, y la pobre muger viendo que era su pareja, estrechóse con ella y agucupóse con él, y presentó su frente, en la que recibió un ardiente beso; otra persona se ocultó tras el tinajero. La pobre vieja Rita que oyó ruidos tan estraños y tan temerosos, corría hácia la puerta, al tiempo que el sereno y el viejito señoron y otras gentes venían apretados al combate; junto á la puerta estaba el tinajero, y á sus pies un pavo ó *siguier* guijolote, que confuso de tan raras escenas, estremeciéndose y tendió las alas, lo cual visto por el sereno que á pesar de su oficio no es un héroe

en achaque de valor, imaginándose que era cabeza humana, tiró del sable, y descargó tal golpe, que hizo caer el tinajero, rodando las cazuelas y las ollas, de cuyo centro salió un grito terrible que obligó á abrir tamaños ojos á toda la comparsa de este desenlace espantoso, y hallóse el elegante Julio junto á su presunto cuñado, apretando la mano del amante de Elena, y con sus labios cocidos en la hermosa cabellera del enamorado; vióse Elena en los brazos de su lacayo, que desmayada de placer, conservaba aun la boca sobre la frente de su linda ama, y la vieja Rita y el camandulero señor azorados con el tajo terrible y el chillido agudísimo, dieron un paso atrás, colocándose tras de la puerta, y la infeliz *Leonarda*, víctima de las descomunales oñas del azorado pavo, saltó en pie lijera como un gano, quiso huir, tropezó con el sereno, que asustado tiró el farol, matándole la luz; y temiendo quizá una ofensa grave del atrevido que le habia asaltado, se asió de él fuertemente y dió un grito; el señorón pedía luz, la anciana Rita clamaba por el confesor, el sereno soplabá en su agudo pito, y Elena... Elena se escabulló sin reñir al lacayo, y el amante se escurrió por una ventana y Julio se hizo paso por entre el sereno y su presa, y la presa del sereno le dió un beso y echó á correr calle arriba, y mientras volvió Julio con los criados y con luces, su padre le habló: ¿Y Elena?—Está arriba.—Nos han querido robar, Julio.—¿Es posible?—Sí, mañana comprarás un par de cajas de fierro para guardar las alhajas y el dinero....

De entónces acá el lacayo á solas estrecha la mano de la niña entre las suyas, y se ha unido con el portero y con la esposa del portero, con el piadoso objeto de engañar á los cuidadosos y diligentes padres; Julio ha traido de recomanera á su casa á *Leonarda*, y es fama que desde esa noche no ha vuelto á aislarse jamás ruido ni cosa ninguna que altere el sosiego de la familia; es fama tambien que todo ha quedado en silencio, aunque yo me sospecho y me creo que no han acabado las citas y las aventuras, ni los lances de portero y de planchadora que le ha contado á V. el hablador.—ANÓNIMO.



TRISTEZA Y CONSUELO.

Á MI AMIGO AGUSTIN A. FRANCO.

¿Has sentido, amigo mío, desizarse por tu frente un pensamiento sombrío como en las noches de estío cruza exhalacion luciente?

¿Al que no se ve llegar ni se sabe lo que fué; pero que deja al cruzar una huella de pesar, un horrible *no se que*?

Oprimido el corazon abrumada la cabeza por una estraña afliccion, sin penetrar la razon que motiva tu tristeza?

Si alguna vez agobiado te viste, amigo, cual yo, y si tu pecho abrasado alguna vez se ha encontrado como el mio se encontró.

Comprenderás mi tormento igual al que tú has sentido, que mi horrible sufrimiento no puede ser comprendido por felice pensamiento.

Y no se puede entender de un alma el amargo duelo sin sentir, sin padecer, sin llanto triste verter y verterlo sin consuelo.

No me es posible explicar lo que tengo en lo interior; ya me siento desmayar

y ya me siento incendiar con un fuego abrasador.

Ay! La vida del mortal es vida triste, enojosa; un tormento sin igual, un siglo entero de mal por una hora deliciosa.

Cuando el mal es conocido puede remedio buscarse y al corazon que está herido dulce bálsamo aplicarse que haga olvidar lo sufrido.

Y alivia el dolor; mas cuando sin motivo sufre el alma, la mente va delirando treguas á su mal buscando, buscando en vano la calma.

Que afanarse por hallar camino en tal confusion, es echarse á navegar en un proceloso mar sin brújula ni timón.

Pero en sueño de ventura me adormeceré quizá, cuando con mano segura la muerte rompa la impura prision en que el alma está,

Y rota ya la cadena que al espíritu oprímio en esta mansion terrena vuele á la estancia serena por la que tanto anhelo,

UNIVERSIDAD

UN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Y á los pies del trono santo
en que brilla su criador,
deponga la triste el llanto
y cante armonioso canto
como el ángel del Señor.

Espera, espera alma mía,
no te agobie el padecer
y mientras llega ese día,
contempla con alegría
lo que entonces has de ver

De la vida los dolores
vengan en buen hora á mí,
que una corona de flores
ángelicos consoladores
pondrán en mi sien allí.

Si lo que siento has sentido
y padeces como yo,
si ora ardiente, ora abatido
como mi pecho ha latido
también tu pecho latió.

Leyanta tu vista al cielo
y fijos en él tus ojos
sentirán blando consuelo
que no se prueba en el suelo
donde todo causa enojos.

MARIANO ESTEVA Y ULIBARRI.

Merece salir engalado, el que al hacer un
beneficio tenía cuenta con la recompensa.

Es señal de poco saber contradecir á los que
sabon.

Buñon definió el genio: una gran paciencia.

BOLA INGLESA.

Ingredientes: una botella de vinagre fino, cua-
tro onzas de humo de marfil, dos onzas de azú-
car, dos onzas de goma arábiga, una onza de sul-
fúrico, una onza de murialco. Prime-
ramente se echa el negro de marfil en el vína-
gre, y después de incorporarlo bien, revolvién-
dolo, se agregarán los ingredientes: la azócar
y la goma se disolverán ántes en un poco de
agua.—MANUEL D'ECOSOMTE DOMESTIQUE.

Tómense cuatro onzas de miga de pan, dos
de manteca y una de nitrato de mercurio cris-
talizado y en polvo. Hágase de todo una ma-
sa; y formando de ella pildoras, pónganse en
el lugar donde concurren las ratas y se des-
truirán á centenares.



La viñeta que va al frente de este artículo, la
que está en la página 143, la del calce de
la 928, y la figura del gravimetro que hemos in-
sertado en la 274, son obra de un jóven paisa-
no nuestro, que por afición se ha dedicado al
encantador arte del grabado. Nuestros lecto-
res verán con placer la rapidez con que se van
difundiendo los conocimientos de esta clase en-
tre nosotros, y su satisfacción se aumentará
mucho mas si los añadimos que los grabados
están hechos en *madera mexicana*. Muy sen-
sible nos es que la estremada modestia del Sr.
nos impida publicar su nombre, y que sola-
mente estemos autorizados para asegurar á los
suscritores del Liceo, que nuestras columnas
se verán en lo de adelante adornadas algunas
veces por su diestro buril.

Reciba, pues, el Sr. " " esta sincera manifi-
stación de nuestro reconocimiento, y el justo
elogio que tributamos á su mérito. Nosotros,
que á pesar de la insignificante posición que
nos ha cabido en suerte, anhelamos como él
que más, los adelantamientos de nuestra que-
rida y desgraciada patria, deseamos que mu-
chos de nuestros compatriotas: sigan su ejem-
plo. Solamente de esa manera podrá llegar el
día en que el Anáhuac coronado con la brillan-
te aureola de las ciencias y las artes, nada ten-
ga que envidiar á la culta y orgullosa Euro-
pa.—RR.

Solamente debemos leer para ayudarnos á
pensar.

Para alcanzar la sabiduría, el camino de los
preceptos es largo y el de los ejemplos corto.

Roma era un barco defendido de la tempe-
stad con estas dos anclas: La religion y las cos-
tumbres.

Las repúblicas se arruinan con el lujo; las
monarquías con la pobreza.



SALMO CIII.

ALABER á DÍOS mi mente.

Es sublime, Señor mi Dios, tu alteza;
de gloria te adornaste y de belleza,
y de luz te vestiste
para y resplandeciente;
de los cielos estendiste
cual pabellon lucido en un momento,
y en ellos á las aguas diste asiento.

Por los vientos llevado
en blandas alas y en ligero vuelo,
discursos por el ambito del cielo
sobre fulgentes nubes,
servido y rodado
de ángeles y querubas,
que tus órdenes cumplen obedientes,
mas prontos que relámpagos ardientes.

La tierra estableciste
sobre su firme y solido cimiento;
los siglos pasarán de ciento en ciento,
y no será inclinada;
las aguas estendiste
en su faz dilatada;
abismos insondables la cubrieron,
y los montes mas altos sumergieron.

Pero al oír tu acento,
huyen con rapidéz precipitadas
del trueno de tu voz amedrentadas;
los montes se acrecientan,
y en torno de su asiento
los valles se presentan;
tu diestra omnipotente el mar encierra,
y le prohibes inundar la tierra.

Haces brotar las fuentes,
que en medio de los montes despeñadas,
descienden murmurando á las cañadas;
las hostias cañerosas
beben en sus corrientes;
y las aves hermosas
en los quebrados rios esparcidas
sus cantares repiten complacidas.

Tú desde las alturas
riegas también las cumbres de la sierra,
colinas de donos la agostada tierra,
das yerbas al ganado,
y al hombre le procuras
el trigo regalado,
el vino que le alegra y fortalece,
y el aceite que le unge y embellece.

Los cedros que tu mano
en el bosque plantó, crecen erguidos;
los pájaros allí forman sus nidos;
los gila y los ensiñan,
animando temprano,
la prudente rigeña;
al ciervo dan los montes acogida,
y al erizo la piedra carcomida.

Los tiempos señalaste,
dando á la luna su reglado paso;
hiciste conocer al sol su ocaso;
las tinieblas obscuras
de la noche creaste;
en ella andan seguras
las fieras, procurando su alimento,
y rugiendo el Leon pide sustento.

Vuelve el sol al oriente;
 las fieras de temor sobrecogidas,
 se ocultan otra vez en sus guaridas;
 entónces empeñoso
 el hombre diligente
 sale de su reposo,
 á obrar y trabajar durante el día,
 hasta la vuelta de la noche umbri.

¡Grandes obras hiciste!
 lleno está de ellas el estenso mundo,
 y en todas brilla tu saber profundo:
 multitud inencontrable
 de animales persiste
 en el mar insondable;
 monstruos que burlan su poder insano,
 naves que surcan su apacible llano.

Y todos de ti esperan
 el preciso sustento con que viven;
 pues de ti solamente te reciben:
 cuando tu mano estendieses,
 venturosos prosperan;
 mas si no les atiendes,
 si apartas indignado tu semblante;
 se turban y estremecen al instante.

Toluca, marzo de 1844. — NICOLAS GARCIA DE SAN VICENTE.

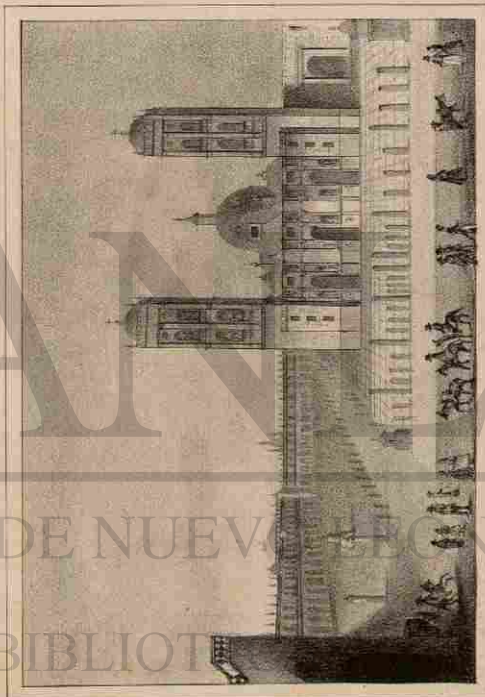
LA CATEDRAL DE PUEBLA. (1)

El primer templo donde se le tribuló al Señor la adoración que le es debida en esta ciudad, se fabricó el año de 1531, en la plaza mayor, en la medianía del portal que llaman de Berja, cuya primer piedra puso el lino Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga; mas habiendo dado permiso al corregidor Fernando de Algueta, para que fabricara casas unidas á la Iglesia, al lado que corresponde á la calle de la Santísima; y á Alonso Gonzalez para que las construyera á la parte correspondiente á la calle de los hereros, cuya licencia se extendió á edificar portales, de ahí es que la iglesia quedaba en me-

Tornan al polvo inundo,
 si de ellos el espíritu desvías;
 mas si tu soplo creador envías,
 los sacas de la nada,
 y la ancha faz del mundo
 es luego renovada.
 ¡Gloria den al Señor eternamente
 las obras de su brazo omnipotente!

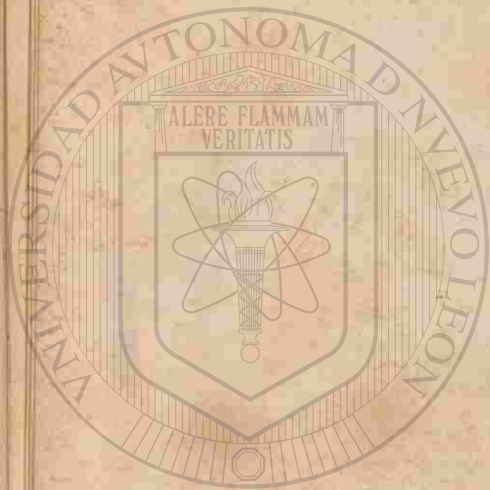
La tierra es conmovida,
 si el la mira con ojos indignados;
 y los montes humean abrasados,
 si los toca su mano.
 Mi alma agradecida
 su poder soberano
 ensalzará con gozo y complacencia,
 mientras yo tenga vida y existencia.

¡Ojalá mis loores
 y mis cantos merezcan agraderle,
 como yo me defleto en alabarle!
 Perezcan y se acaben
 todos los pecadores
 que su nombre no alaben.
 Tú, bendice al Señor, ó alma mía,
 canta sus alabanzas noche y día.



LA CATEDRAL DE PUEBLA

(1) Conozcamos á publicar hoy la descripción de la Catedral de Puebla hecha por el justamente acreditado artista D. José Manso, y que tuvo la bondad de proporcionarnos un amigo nuestro. Nosotro escritores verán que es la mas completa noticia que de este edificio se ha dado hasta hoy en México, pues tanto á las bellas descripciones arquitectónicas, curiosas noticias de pinturas, esculturas, y cuanto curioso se halla en dicho templo. No estará de mas advertir aquí que nosotros damos completo el manuscrito de que parece se extrajo la noticia que del último templo se ha publicado ya en otra parte, pues no hay duda en que ofrecerá mas interés.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

cuenta y siete personas, las que se suscribieron ante el escribano Andrés de Herrera, con el objeto de hacer nueva iglesia, mas capaz y mejor construida, habiendo precedido en dicho día otra junta general de todo el pueblo, en que el Ilmo. Sr. D. Fr. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala dió á entender que quería fabricar nuevo templo, para lo que donó su Ilma. 600 pesos, montando el todo de dicha suscripción á 1.126 pesos, sin un retablo del nacimiento y los materiales de la vieja, siendo el tesorero Antonio Valiente, y testigos que firmaron con el Sr. obispo, Hernando de Elgueta, Cristóbal de Soto, Alonso Galeote, Alvaro López y Alonso de Buisa.

Dicho tesorero obtuvo orden del virrey D. Antonio de Mendoza por decreto de 25 de mayo de 1536, para que los indios de Calpa hicieran la iglesia, cuyo ajuste fué en 750 pesos, siendo de tres naves, celebrándolo en 3 de octubre del mismo año, colocando la primera piedra el canónigo D. Francisco de Leyva, con la solemnidad de costumbre, el martes 29 de agosto de 1535, habiendo hecho la oquedad á golpe de barreta los vecinos Alonso de Mola, Alonso de Buisa, Bartolomé Fernandez de Nava, el escribano que dió testimonio llamado Andrés de Herrera, y Gutierrez Maldonado. En seguida colocó el espresado canónigo, la piedra que estaba labrada con dos rosas, una en cada cabo, echó agua bendita y mezcla, presentando este acto el justicia y regidores, con el concurso que debe suponerse.

El local destinado para este templo, fué donde ahora está el Sagrario, hasta el cofre; de suerte que la puerta principal quedaba como ahora está la del Sagrario, y como era de tres naves, la del evangelio hacia costado á toda la calle que llaman del curato ó del ochavo, á donde quedaba la puerta del costado y una alcantarilla que todavía se conserva.

El año de 1539 estaba concluida esta iglesia, de suerte, que el 4 de octubre de este año se trató en cabildo por el Sr. Garcés, la traslación de la silla episcopal á ella, con acuerdo del virrey D. Antonio de Mendoza, lo que fué confirmado por cédula real de 6 de junio de 1543.

Desde luego la nave del medio se restituyó, pues fué necesario hacerla de nuevo, para lo que el ayuntamiento cooperó con 100 pesos, y cuando se concluyó, que fué el 25 de marzo de 1538 acordó que hubiera la vispera iluminación de veinticuatro habas, luminarias y encamisadas.

Interin se hicieron estos reparos, se celebraron.

Tom. 1.

ron los oficios en la iglesia de la Concordia, lo que ha ocasionado la equivocación de creer que la primera Catedral fué esta iglesia, lo que es tan falso como que lo fué la de San Ramón y otras.

La segunda referida iglesia y primera Catedral, sirvió para el culto divino, hasta 1649 en que se estrenó la magnífica que ahora disfruta la ciudad, y de que vamos á hablar.

La data mas cierta que hemos podido encontrar sobre el principio de la fabrica de este sumptuoso Templo, es de 1529, en que dió cédula el rey Felipe II, la que supone otra anterior: pues esta trata de que se prosiga la fabrica. Los diseños que se siguieron, parece fueron de Juan Gomez de Mora, arquitecto y maestro mayor de obras, que se dice lo fué o de Felipe II ó III. Tuvo desde luego sus alternativas de trabajo, pues el año de 1540 en que entró en posesion el V. Sr. Palafox, se contaban diez y nueve años de haber parado la obra, aunque el año de 1606 ya estaba elevada el edificio hasta el alto de las capiteles de las columnas de las naves laterales, y el altar de los Reyes solo esperaba la ornamenta de la cúpula, y á mas estaba ya un arco formado: sirviendo de taller para los muchos operarios que trabajaban, no solo el local del templo, sino la calle toda del Ochavo, la que se mandó cercar por carta que recibió el cabildo del virrey D. Martin de Enriquez, el 25 de abril de 1574.

Habiendo llegado á esta ciudad el V. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de ella, en 22 de julio de 1640, y reconocido la obra, trató inmediatamente de su conclusión, para cuyo efecto donó sumas muy considerables, á mas de las donaciones de los particulares, siendo la mayor la del cabildo secular, el que dió 12.000 pesos, consiguiendo este digno prelado (á pesar de lo mucho en que se ocupó), el concluir la iglesia en el corto tiempo de ocho años ocho meses y cinco días, con solo la cantidad de 333,433 pesos 1 real 4 granos, empresa que segun cálculos, debería costar mas, y no concluirse en ochenta años.

En enero de 1649, pidió el ayuntamiento al Sr. obispo que consagrara la iglesia, lo que se verificó el domingo 18 de abril del mismo año, y el martes siguiente se colocó el Santísimo Sacramento, con innumerable concurso, trasladándose por la tarde los huesos de cinco señores obispos de los ocho antecesores á este. La consagración del templo comenzó á las cinco de la mañana, y concluyó á las tres de la tarde.

Los regocijos con que debía celebrarse tan

36

plausible acontecimiento, fueron mezclados con la amargura de la próxima partida del Sr. Palafox a España; no obstante, la ciudad determinó ponerse de acuerdo con el dicho señor, para hacer un solemne novenario, en que concurrían las comunidades religiosas, y en que habría misa y sermón, y por la tarde lo que los regidores gustasen. Estos determinaron juegos de justas de moros y cristianos, para lo que se hicieron diez y seis libras ó vestidos de seda, por cuya hechura dieron al maestro sastre, Diego de Robles, 500 pesos, y á mas los habilitaron de lanzas, adargas y demas armas, regalándolos con ochenta arrobas de colación.

Decretó tambien el ayuntamiento hubiera en las casas consistoriales luminarias, cohetes y ruedas los días del novenario, con el aderezo y aseo de las calles por donde pasara la procesion del Santísimo Sacramento.

DESCRIPCION INTERIOR DEL TEMPLO.

Forma la planta interior de esta Iglesia un paralelogramo de $117 \frac{1}{2}$ varas de largo de Poniente á Oriente, y $60 \frac{1}{2}$ varas de S. á N.: en él se elevan tres naves, siendo la de enmedio desde el muro del altar de los Reyes, hasta el de la puerta mayor, llamado del Perdón, de $127 \frac{1}{2}$ varas de largo, y las laterales de $85 \frac{1}{2}$ varas desde los altares que les hacen frente, hasta los muros de las puertas que les corresponden. Tiene 14 columnas de $21 \frac{1}{2}$ varas desde el zócalo hasta el capitel, de alto, y $3 \frac{1}{2}$ varas 2 dedos de grueso por el fuste, istriadas todas; 6 pilastras del grueso correspondiente y la misma altura, sostienen las bóvedas y arcos de la nave superior, y 18 columnas empotradas en los muros laterales de 14 varas de zócalo á capitel, sustentan las bóvedas de las naves inferiores.

Mas como las 14 columnas aisladas que forman la nave del medio, no son redondas, sino que cada una hace un poste cuadrado con una columna empotrada en cada faz, á la vista se presentan cuatro columnas en cada poste, y el resultado, á mas de la ligereza que todos admiran, es que el número total de columnas es 74 y 6 pilastrones. Estos sustentan 12 arcos torales visibles y 4 ocultos, y á mas 14 de las naves laterales, siendo por todos 30, de los que 23 son istriados, y 7 cuadrados, y estando de éstos 3 á la vista, y 4 embutidos en los muros principales.

Las bóvedas que cubren este edificio son 14, de luneto, que corresponden al cañon del medio y crucero, y 14 esféricas que pertenecen á las naves laterales, todas con sus rosetones dorados en el medio; á mas deben contarse las

de las capillas, que son 14, siendo por todas 30. En el penúltimo arco de la nave del medio, sobre el tabernáculo, se ve una cruz embutida, creída vulgarmente de oro y es de yoso dorado.

Los materiales de que está formado el templo son sus columnas, arcos y muros, de cantería labrada con un primor y exactitud que admira, y aun parece la obra exenta de defectos: las bóvedas y cúpula de cal y canto, á excepcion del cascaron de la cúpula mayor, que es ligerísimo por ser de piedra pómez. El pavimento es de mármol rojo y negro, cuyas piedras alternadas forman un bello tablero.

Las cúpulas son dos, una en el altar de los Reyes sin domo, y otra con él, en el crucero, la que tiene de elevacion 23 varas.

El órden que guarda este edificio es el dórico, y su proporcion dupla.

El coro ocupa desde la tercera bóveda, entrando por la puerta principal, hasta la cuarta: está dividido con un muro de 7 varas de elevacion, coronado de un gracioso cornizon, que aunque no hay rigidez en el órden á que se acerca, hace muy bello efecto; las puercillas del coro las decoran dos fachaditas de órden corintio bien labradas, las que parecen de época posterior á la fábrica del templo, formando en el grueso del muro una bovedita acanalada en cada puerta, bastante bien combinada.

Iluminan este edificio 124 ventanas, entre ellas 27 redondas, estando tapadas 6 por exigirlo las torres; en dichas ventanas se emplearon 2215 vidrios puestos en el año de 1664.

Las dimensiones de este templo son en lo general $117 \frac{1}{2}$ varas de largo y $60 \frac{1}{2}$ de ancho: de la nave del medio de uno á otro eje de las columnas, 16 varas: alto de la misma, 29 varas: ancho de la nave lateral desde los ejes de las columnas, $12 \frac{1}{2}$ varas: alto de estas naves hasta el centro de la bóveda, $21 \frac{1}{2}$ varas: fondo de las capillas, 9 varas: ancho de las mismas, 9 varas: ancho de la capilla mayor de los Reyes $14 \frac{1}{2}$ varas 2 dedos: fondo de dicha, lo mismo: altar, 29 varas: alto de la cúpula grande hasta el florón de que pende la cadena de la lámpara, 28 varas: de suerte que el alto total desde el pavimento hasta la linterna por la parte interior es de 51 varas.

El aderezo de hierro es digno de atencion, pues hacen juego completo todas las rejas de sus capillas que son de alto á bajo, la baranda del presbiterio al coro, la que circunda la corniza del mismo con sus rejas y puertas, y la del presbiterio del altar de los Reyes. Toda esta

obra es delicada para ser hecha por los años 1691.

ADORNO DE LA IGLESIA.

Comenzando por la capilla mayor, ó altar de los Reyes, ésta presenta un aspecto devoto, y recuerda el tiempo del V. S. Palafox. Su retablo mayor fué dispuesto por persona inteligente, aunque se conoce no le ayudaron los que trabajaron en él; su reparticion por mayor está bien combinada, correspondiendo sus partes con el todo, y presentando un carácter grandioso. Sería difícil en la actualidad repararlo mejor, sin embarazar demasiado y oscurecer el lugar.

Dicho retablo se compone de cuatro cuerpos, comenzando por un zócalo de la altura de dos varas, de teñali, sobre el que comienza el primer cuerpo de órden jónico, sigue el segundo del corintio, el tercero del compuesto, y el cuarto es un ático con cuatro graciosos estípites. En una subdivisión tal, parece imposible haber colocado en el lugar principal un gran lienzo en forma de medio pinto sin tropiezos de mucha consideracion.

Las columnas del primer cuerpo son cuadradas, de teñali, y del mismo las del segundo y tercero, que son espirales ó salomónicas, siendo por todas 12 y 4 estípites del mismo mármol, coronados con su correspondiente cornisa y un frontis abierto.

En los intercolumnios de cada lado, están colocados nichos, que aunque de gusto antiguo, tienen buena forma y acertada combinacion, adornados de conchas, mensolas y cartelillo que surten buen efecto, y se conoce que esta obra fué hecha en el tiempo que se aprecia la regularidad y decoro de la arquitectura, y no en la época que le siguió, en que por desgracia se introdujo el gusto estravagante de tanta ojarrasca adoptada por los Jesuitas que tanto atraso ocasionó á la arquitectura, hasta que el célebre profesor D. Manuel Tolsa sacó del olvido esta bella arte, é introdujo el buen gusto en la arquitectura greco-latina.

Lo demas de la arquitectura es dorado, y en sus nichos están colocadas seis estatuas de santos Reyes, á saber: S. Fernando y Sta. Isabel, S. Luis y Sta. Margarita, Constantino y Sta. Elena; cuya escultura es mala, como la de los niños que sostenian anteriormente los escudos de las armas de España, cuyos huecos afean mucho el altar.

Las pinturas que decoran este altar merecen aprecio, siendo su autor el V. Lic. Presbitero Pedro Garcia Ferrer, familiar intimo del Sr.

Palafox: se conoce que estudió las pinturas de Rafael, y que quería seguir su escuela, como tambien que fueron hechas en el feliz tiempo en que la pintura comenzó á salir del olvido en que estaba, protegiendo las autoridades á sus profesores. Son cinco cuadros, el principal en forma de arco, de 9 á 10 varas de alto y su correspondiente ancho, representa á la Purísima Concepcion; su composicion es buena y abundante de ángeles bien dibujados y valientes escorsos; este ocupa el segundo y tercer cuerpo, y en el primero están colocados dos cuadros, uno del Nacimiento, en que está retratado el Sr. Palafox en traje de pastor, y otro de la adoracion de los magos; estos tienen un carácter mas firme, de suerte que parecen de distinto autor. En las enjutas del arco que forma el lienzo de la Virgen están, sobre fondo oscuro, dos ángeles mayores que el natural, en ademan de adoracion. El último ocupa el cuerpo superior, en el que está la Santísima Trinidad.

Ocupa el lugar principal de este altar un costoso sagrario de plata, donde está siempre el Santísimo Sacramento, con un frontal del mismo metal. Sobre el sagrario sigue un nicho de obra posterior al retablo en el que está colocada entre cristales la célebre imagen de Nuestra Señora de la Defensa. Esta imagen está decentemente vestida, y tiene su peana y columna de plata.

Los altares colaterales de esta capilla, son pequeños y de distinta mano que el mayor: uno está dedicado á Sta. Teresa y el otro á S. Francisco de Sales. Son de muy mal órden corintio, y cada uno tiene ocho columnas espirales de teñali, y el zócalo del mismo mármol: las estatuas de ambos santos son de mala escultura. Cada altar tiene diez y seis cuadros con las vidas de los santos, cuyo autor no se firmó, y parecen de Villatobas, siendo de la misma mano los medios puntos de los lados de las ventanas.

La cúpula tiene pintada una gloria de muy buen carácter y composicion; la pintó Villalpando, y lo mismo las heroínas que adornan los pendientes ó pechinas. Se sube á esta capilla por gradas, y queda separada por una baranda de hierro.

Cada nave colateral tiene su altar en la cabeza de ella: el del lado del Evangelio está dedicado al Señor S. José, y el de la epístola á S. Miguel: los dos son iguales, durados y de órden corintio. Se componen de cuatro columnas grandes en el primer cuerpo y dos chicas en el segundo. Cada altar tiene un gran nicho con

crisiales, y en ellos colocadas las imágenes á que están dedicados sobre hermosas peanas de plata, y cuatro ramilletes del mismo metal. El S. Miguel tiene su bastón y demás aderezos de plata sobredorada, y á los lados, en los intercolumnios, en unos repisones, están colocadas dos estatuas de S. Gabriel y S. Rafael sobre hermosas peanas de plata y sus albornotes del mismo metal para velas; siendo todas las figuras del tamaño natural.

La mesa de altar tiene su frontal de plata, y soporta esta un sagrario de una y media vara de alto del mismo metal, con un nicho en el medio, donde está colocado un Cristo de Cora, y otros á los lados con varias reliquias.

El altar de Señor S. José tiene el mismo adorno de plata, y las estatuas de sus intercolumnios son de S. Joaquín y Sta. Ana. La de S. José es de Cora, célebre estatuero poblano, en su memoria hace honor á su patria; pues sin visitar la Europa ni tener escuela ni modelos en que formarse, en fuerza de su natural talento sacó la escultura del atraso en que estaba en su tiempo, como lo prueban las obras de sus maestros y coetáneos. No nos aventuramos á decir, que así como es muy justo el que se le tributen al gran Rafael los elogios de que es digno como restaurador de la pintura en Europa, así este célebre profesor merezca de los poblanos que sea eterna su memoria.

En el sagrario de este altar está colocado otro Sto. Cristo con la Virgen y S. Juan, y dos ángeles á los lados de las venabanas del segundo cuerpo de cada altar; estos se hicieron por los años de 1778.

CAPILLAS.

NAVE DEL EVANGELIO.

Omitiendo la descripción de las capillas laterales del templo, pasamos á tratar de la de Santiago; es la primera después del altar de Señor S. José, esta tiene entrada por el sagrario, y por la proximidad de su retablo se desembranzó el año de 1819, y se pintó al temple interinamente, conservándose la estatua del santo en un repisón, el que espera se le haga retablo nuevo.

Sigue la de S. Pedro á la que se hizo igual operación; pero por defecto y solicitud del Sr. lectoral Dr. D. Ignacio Vazconcelos, se le hizo nuevo retablo, el que se estrenó el año de 1850. Es de orden compuesto con dos columnas y seis pilastras y un nicho en que está colocado el Sto. Apóstol, decentemente vestido y sobre una peana de plata.

Sigue la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo retablo es todo dorado y no muy antiguo. Ocupa el lugar principal la Santísima Virgen en un trono de plata con vidrieras; en el sagrario está una estatua de Sta. Catalina; en el segundo cuerpo está otra de S. Juan Bautista, de una y media varas de altura, toda de plata con su peana de lo mismo. En los muros laterales hay pinturas de las apariciones de la Virgen, hechas por Lara. El frontal y solabanco son también de plata. En esta capilla están dotados cuatro capellanes que rezan por mañana y tarde el oficio de la Santísima Virgen.

A continuación está el crucero, en cuyo medio está la puerta que mira al norte, y en los muros laterales se ven dos grandes cuadros, uno que representa la aparición de S. Miguel, de Luis Berruecos; y el otro á S. Cristóbal, pintado por Lara.

En seguida está la capilla de S. Andrés, la que está lo mismo que la de Santiago, pintada y esperando retablo.

La de la Purísima que llaman de los plateados, tiene su retablo dorado, en el nicho del medio está colocada la Purísima que cultúan los profesores de este arte, los que la visitan y alhajan para su día que sirve en el altar mayor. Las pinturas del retablo, que son diez, no tienen firma, ni son de autor conocido, y lo mismo una grande que ocupa todo el muro de un lado; en el otro está un nicho con vidrieras con una estatua del tamaño natural de S. Eligio obispo. Hay dos lámparas de plata; y la peana de la Santísima Virgen y distintivos del santo, son de lo mismo.

La capilla que sigue es dedicada al santo Cristo. Tiene un retablo en el lugar principal con la imagen del tamaño natural del Señor y otras muchas chicas de la Virgen y S. Juan, de escultura lo mismo que un Ecce Homo y dos cabezas de S. Pedro y S. Pablo; en dicho retablo se ven seis lienzos de la Pasión y tres ángeles de medio cuerpo, pinturas hermosas de Juárez; á los lados hay dos pequeños retablos de orden corintio; en uno está colocado Jesús con la cruz acuestas, y en el otro S. Diego, ambos de escultura. Arriba de la cornisa del primero está un cuadro de la calle de la Amargura, de autor extranjero de muy buen carácter, y en el frente otro de la conversión de S. Pablo, también extranjero.

La última capilla de esta nave es la de S. Ignacio. La decoran tres retablos iguales, tan leos como costosos: en el principal está el santo en su nicho con cuatro columnas de te Kali, y

en las de los lados están S. Francisco Javier y S. Francisco de Borja, todos de escultura; en cada retablo hay cuadros de las vidas de los santos, pintados por Villalpando.

NAVE DE LA EPÍSTOLA.

La primera es la de Nuestra Señora de las Nieves; tiene dos retablos de arquitectura que no pertenecen á ningún orden: en el primero está un nicho como de una vara de alto con un marco de plata, y en el está colocada una estatua pequeña de la Santísima Virgen, en su peana de plata; luego sigue una pintura en el lugar principal de una Concepción, de pintor desconocido, como también otros lienzos que adornan este retablo, á excepción de dos de la vida del Salvador y los santos Doctores que son de Magon.

El retablo de la derecha tiene un nicho con una estatua de S. Pantaleón, que parece de Cora, arriba un lienzo de la Piedad, y los demás de la Pasión, los que parecen de Magon.

A la izquierda está la puerta que entra á la sacristía, y arriba de esta un cuadro grande de medio punto de Nuestra Señora de Guadalupe pintado por Luis Berruecos. A los lados de dicha puerta están dos bellos óvalos con S. Gabriel y S. Rafael, pinturas del célebre Ibarra.

La capilla de Nuestra Señora la antigua, que es la que sigue, está en el estado que se dijo de la de Santiago, esperando que se le haga retablo. Sería de desear que se le hiciera, tanto porque está situada enfrente de la de San Pedro, como por estar muy inmediata al tabernáculo. En el lugar principal se colocó un lienzo de Nuestra Señora, á cuyo título está dedicada, y encima del altar está la custodia de plata que llaman torrecilla.

Sigue la capilla de las reliquias, esta tiene retablos, con tantas, que sería necesario un catálogo; en las cuchillas del mayor están dos pinturas de San Miguel y San José, que parecen de D. Miguel Cabrera, y en el de la izquierda se ve otra de un muy buen San Sebastian, copia, sino es original, del que está colocado en el altar de ánimas de la Catedral de México, ejecutada por la célebre pintora mexicana, cuyo apellido es Sumaya, la que fué maestra y esposa del valenciano Baltazar Echave, pintor de nota. Si es copia, parece ser de Juárez. En la parte baja de este altar está un cuadro de media vara de una Santísima Virgen, con su marco de plata y lo mismo el frontal del altar principal.

El crucero sigue á continuación de esta capilla: en él está la puerta que mira al Sur; en sus

muros laterales están dos grandes cuadros con sus marcos dorados, iguales á los del otro, y representan, el de la izquierda el patrocinio de Sr. San José, con varios retratos y una excelente gloria, obra de D. Miguel Gurónimo de Zendejas, pintor poblano. El del frente es de D. Miguel Cabrera, en el que pintó pasajes de la vida de San Felipe Neri.

La primer capilla del crucero y cuarta de la nave, es la de San Nicolás obispo: en el retablo principal en un nicho con cristales, sobre una peana de plata está la hermosa estatua de San Nicolás, obra bien acabada, del dicho D. José Villegas de Cora, los cuadros que se ven en el retablo son extranjeros, abajo del nicho está otro pequeño con San Andrés. A la izquierda está otro retablo imitando el te Kali, con una estatua en su nicho, con cristales, de Nuestra Señora del Carmen, del mismo Cora, y en otro nicho pequeño una estatua de San Juan Nepomuceno: en este altar están cinco hermosos lienzos de la Pasión, los que parecen de Magon; el muro de enfrente está ocupado con lienzos de la vida del Santo, de buen pincel extranjero.

Sigue la capilla del Rodentor; en su nicho principal está una devota estatua del Sr. de los azules, con su columna de plata; su retablo es dorado, con 6 lienzos de la pasión y los Santos Evangelistas, de autor desconocido: en el pedestal del nicho hay varias reliquias. En el costado derecho está un pequeño retablo con una estatua de la Santísima Virgen de los Dolores, de Cora, y en el muro frontero un gran lienzo de medio punto en que está pintada la Transfiguración y el pasaje de la Serpiente, de metal, en el desierto, por Villalpando.

La capilla de la Sábana Santa, deposita en su altar mayor una copia muy recomendable de la original, cuya historia conserva el venerable cabildo, solo se descubre al público el jueves y viernes santo. Figura está en el Santo Sepulcro, asida por unos obispos y sacerdotes con estolas, y está un retrato que parece ser del que la dono, todo de buen pincel, al temple. En la misma Sábana Santa esta un letrero de letras mayúsculas rojas, que dice: *Extractum originali Taurini*. En el muro de un lado está un cuadro que representa al Salvador como andaba en el mundo, y otro de buena mano, de la Piedad, con dos ángeles á los lados, pintura extranjera; frente está un pequeño nicho con San Francisco de Asís, y encima una estatua antigua de San Lorenzo. En las puertas que cubren la Sábana Santa hay doce láminas que parecen flamencas, con pasajes de la vida del Salvador.

La última capilla es la de Nuestra Señora de la Soledad, junto á la puerta de esta nave. La imagen que se venera es de lienzo, cuya historia escribió el padre Francisco de Florencia en su *Zoilo de Mariano*. El retablo tiene tres cuerpos con diez columnas de teca y siete lienzos de la pasión, de autor desconocido, tiene su frontal de plata y seis albornates de lo mismo, su cruz de hierro. Ocupan los muros laterales lienzos de la Pasión, de autor desconocido.

ADORNOS EXTERIORES DEL CORO.

El altar de ánimas ó sea del perdón, está frente de la puerta mayor de este nombre, es obra del año de 1796 á 1797, y el primero en que se empezaron á imitar mármoles en los altares. El diseño se conoce que sería bueno, consta de un solo cuerpo, de orden corintio, tiene tres altares. El primero ó del medio lo decoran cuatro columnas, que se elevan sobre sus correspondientes pedestales, y reciben un trazo de cornisa, rematando con un frontis semicircular, después corre esta por ambos lados, sostenida por seis pilastras quitando en los intercolumnios de los extremos dos altares, cada uno de los cuales forma un trocito que consta de un zócalo, dos columnas del mismo orden y su cornisa, rematando con unas torjas, agregado posterior, con unos nichos cuadrados, en que están San Luis Gonzaga y San Francisco Javier, estatuas de medio cuerpo, se agregó también en el altar del medio, sobre el tímpano y cornisa, un trono dorado, con una estatua del Eterno Padre, y dos defectuosos niños, y un nicho envueltos con otra estatua, ni más que el natural de la Purísima Concepción.

En los centros de los tróntos de los laterales están dos bellos lienzos, uno con un excelente San Miguel, y en el otro el Santo Angel Custodio, de mano de Zendejas, y del mismo son las ánimas que están en los zócalos de los tróntos.

En el Sagrario del altar del medio está un Calvario, siendo el Cristo y Dolorosa de escultura extranjera, y el San Juan, de D. José Zaccarias de Corá, digno discípulo y sobrino del antiguo Corá. Entre cada altar hay una puerta que entra á la sacristía de esta colecturía, la que está habilitada de paramentos y utensilios de primera y segunda clase y días corrientes, tan decentes que no dejan que desear.

El muro que corresponde á la nave del evangelio ocupa dos intercolumnios de la iglesia: en el primero, está la puercilla del coro y á los lados de ésta dos cuadros de mas de 3 varas con sus marcos dorados: el primero es una pintura alegórica del Sacramento con ángeles y

unos canónigos en ademán de adoración y el otro una hermosa Asunción también con canónigos, ambas obra maestra del célebre pintor mexicano D. José de Ibarra, hechos en el año de 1732. En el otro intercolumnio ocupa el medio un retablo imitando al teca con sus adornos dorados en el que están dos niños con sus vidrieras: en el superior se venera una escultura de Nuestra Señora del Prado vestida de raso y en el inferior S. Miguel Arcángel.

A los lados de este altar están otros dos excelentes cuadros del tamaño de los otros que no tienen firma, el uno representa la aparición de Nuestra Señora de la Merced al rey D. Sancho, á S. Raimundo de Peñafort y á S. Pedro Nolasco, y el otro un milagro de Sta. Leocadia en presencia de S. Ildefonso: los dos de excelente composición y colorido, se dice que son de Juárez: son de quien fueren, son obras respetadas por los profesores de pintura.

En el muro que corresponde al lado de la epístola á los lados de la puerta del coro están dos cuadros del tamaño de los primeros en que está la Santísima Virgen con el niño y Sr. S. José y S. Miguel ofreciéndole la fábrica de la iglesia y en la parte inferior canónigos hincados. El del otro lado, representa una gloria con ángeles y un gracioso niño Jesus sobre un globo con una estampita que presenta en la mano de la Santísima Virgen, la que tiene un lema que dice, ecce Mater tua: en la parte inferior hay canónigos entre los que se notan algunos retratos, como también en los otros. Estos también son de Ibarra, obra tan buena como las demás.

En medio del otro intercolumnio está otro retablo igual al anterior: en su nicho principal está S. Juan Nepomuceno estatua de 1 1/2 de buena escultura, cuyo pedestal es de mas de 2 varas y 1 de ancho: abajo está colocada una pintura del Señor, coronado de espinas, estrangera, de buen carácter, cuya sagrada imagen se dice que ultrajaba el herge Diego de Alvarado y la que fué entecada solemnemente por el Ilmo. Sr. Campillo.

A los lados del altar están dos cuadros de pasajes de S. Juan Nepomuceno presentando el primero, al santo muerto en el río, por Zendejas, y el otro el martirio de las hachas, por D. Salvador del Huerto, pintor poblano.

En 14 de las columnas de las naves colaterales del templo, están colocados otros tantos óvalos de 2 varas con sus marcos dorados en que se representan las estaciones del calvario y en las que el gran profesor D. Miguel Cabrera pintor acreditado, apuro el manejo de su pincel.

INTERIOR DEL CORO.

Tiene éste una reja con sus puertas, que lo divide, la que se colocó el año de 1697: es de hierro, la hizo el maestro Mateo de la Cruz, pesa 202 arrobas 1 libra, y costó 4614 ps. 5 rs. Su forma es ligera y renata con un calvario de marfil que no tiene bueno mas de la materia: sería justo sustituirlo por una buena escultura aunque fuera de madera. La sillera es de un trabajo esquisito y merece conservarse; es de varias maderas con embutidos de inmenso trabajo, con torneados de hueso ó marfil; son 27 altas y 23 bajas. La silla del Sr. Obispo tiene buena forma, y en la espalda está un S. Pedro todo embutido de distintas maderas, á excepción de las manos y pies, que son pintados lo mismo que la cabeza; es pieza de muy buen gusto y apreciable. Es necesario examinarla bien y de cerca para desengañarse de que no es pintura. El facistol es igual á las sillas se eleva sobre dos gradas de teca, y lo mismo el balastro que lo soporta: fenece con un nicho cuadrado con una virgen de marfil y 4 niños de bronce dorado en tarjetas; toda esta es obra de Pedro Muñoz, quien la comenzó en 24 de agosto de 1719 y la acabó en 24 de junio de 1722.

Está entarimado todo el coro y tiene un surtidio de libros de canto llano para cuantas funciones desempeña la iglesia, tan apreciables por las muy buenas composiciones y oficios que hay en ellos, como por su escritura y pinturas. El S. Pedro dicho arriba sirve de puerta á un nicho, donde se depositan reliquias de consideración.

Los órganos son dos, uno grande muy bueno, y otro chico lo mismo; el primero tiene 22 mixturas y el segundo, 22.

Alaban al Señor en este lugar 27 canónigos, 18 capellanes, 6 salmistas, 14 músicos, 2 organistas, y 16 infantas.

Tiene la iglesia 3 puertas: 3 al poniente, una al sur y otra al norte; en ella hay cuatro hermasas pilas de agua bendita, de teca, y de lo mismo es el púlpito, obra de D. José Medina, el año de 1721.

En el trasero delante del altar del Perdón están dos memorias sepulcrales, la una es del Sr. Palafox, cuya inscripción dió el mismo; y aunque no se enterró aquí por haber muerto en Osmá, se conserva; y la otra es una lápida sobre el sepulcro del Ilmo. Sr. D. Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu.

ADORNOS DE LA CUPULA.

El domo de ésta es un cuerpo que sostiene

16 pilastras pareadas jónicas, las que se elevan sobre un pedestal y reciben un cornisamento; entre estas hay 8 espacios que anteriormente eran otras tantas ventanas; en la actualidad no hay mas de 4; ocupando los otros espacios, cuadros con los Evangelistas, pintados por D. Julian Ordoñez el año de 1810. En los intercolumnios hay 8 nichos con otros tantos arreones, que se colocaron el mismo año.

En los 4 pendientes ó pechuas se notan otros tantos ángulos colosales de bajo relieve, los que á la verdad hacen mal efecto con la hermosa arquitectura del edificio, pues no corresponde á esta la escultura de aquellos.

TABERNAculo.

Por los años de 1798, siendo obispo el Sr. Bienfai, se trató de hacer nuevo tabernáculo. Se pensó que fuera de plata, para lo que se trató muy superficialmente con el patron D. José Barrios, y se pretendió que le ayudara D. Pedro Montes, del que sabemos esta noticia.

Desde luego se desechó este pensamiento y se trató con D. Manuel Tolsa, director de escultura en la academia de Mexico, el que dió primero un diseño y luego modelo de bulto. Contratado que fué, se nombró por comisionado al Sr. D. Ignacio Domínguez, canónigo de esta Santa Iglesia, sujeto de gusto y que apreciaba las artes. El 1.º de setiembre de 1799 se desbarató el antiguo, y se comenzó la obra con inmensos gastos, los que administraba el Sr. Domínguez; por su muerte dió el cabildo la comisión al Ilmo. Sr. D. Antonio Joaquín Perez, canónigo magistral entonces, cuyo buen gusto y amor á las artes, todos saben: el que continuó la obra hasta que fué nombrado diputado á las cortes españolas. Por la ausencia de este señor, se confirió la comisión al Sr. prebendado D. Bernardino Osorio, quien la desempeñó hasta el año de 1819, en que renunció. En este año se trató con el mayor empenjo por el Ilmo. Sr. Perez, y por el cabildo la conclusión de la obra, y para esto se nombraron á los señores tesorero D. Francisco Angel del Camino, y doctoral D. Pedro Piñeyro y Osorio, estando á su cabeza el Sr. obispo. Asiestos señores como su Ilmo. depositaron su confianza para la administración general y conclusion de la obra, en D. José Manzo, sujeto de gusto é instruido. (1)

Se trabajó con el mayor empeño sin omitir

(1) A esta ilustrado poblano debieron los pormenores referidos y todos los que vamos refiriendo, extractados con la mayor exactitud de un manuscrito suyo.

gasto ni diligencia, hasta concluir la espléndida obra que había tenido en especación á los poblanos durante veinte años. Acabóse en fin, casi á la hora de comenzar sus solemnisimas funciones, siendo la bendición el día 5 de diciembre de 1819, dejando el 6 para adornar el altar, el 7 fueron las vísperas y maitines, y el 8 la primera misa con que finalizó la primera función. La segunda se acordó, que fuera el día 10, en que se celebra la traslación de la casa de Loreto, habiendo precedido vísperas muy solemnes. La tercera fué día de Nuestra Señora de Guadalupe, con vísperas y maitines.

Los artistas principales que trabajaron esta obra fueron D. Manuel Tolsa, director general y jefe de ella, D. José Manzo y D. Pedro Patiño Ixtlioteca. El trabajo de los mármoles y mamostería, lo desempeñó el maestro Pedro Pablo Lezama. El de los estucos, D. José Ramírez; la obra de bronce y plata se trabajó en México por D. Manuel Camacho los cincelados principales por D. Joaquín de Izuzua, y la máquina para subir y bajar las puertas, por D. Mariano Vargas Machuca, profesor de relojería.

DESCRIPCION.

No entraremos en discusión sobre si D. Manuel Tolsa erró en el tamaño de esta pieza, solo diremos que en caso de ser cierta esta falta, mejor es que haya pecado por defecto de grandiosidad y no por el de timidez y mezquindad; lo cierto es que la obra es magnífica, brillante y única en su género.

La altura del tabernáculo desde el pavimento hasta la cabeza de la estatua de San Pedro con que finaliza, es de 25 varas, su planta es circular, y su órden corintio. Sobre un zócalo de un hermoso mármol verde transparente, cuya basa es de mármol negro con veta blanca se levanta el pedestal: este se compone de su moldura baja de mármol rojo, color de hol de Armenia, el cuerpo ó neto es de un esquisito mármol, fondo blanco aperlado y veta muy menuda y enmarañada, azul oscuro, el fondo de los vaciados es de morado con veta atravesada menuda, en los que están colocados graciosos adornos de bronce, dorado á fuego. La moldura alta ó corona del pedestal, incluso el collarín, es de mármol blanco entre ceniza y encarnado.

En cada ángulo se presentan dos de estos pedestales, resultando en un macizo que comprende un grupo de cuatro columnas: la masa principal de este macizo denota ser de mármol rojo, y en el hueco que hay entre uno y otro pedestal se halla una puerta que da entrada al

panteón de los obispos, siendo estas una en cada ángulo.

El marco de dichas puertas es de color entre cenizo y encarnado, y sobre cada pié derecho ó jamba, está colocada una menzola de bronce dorado, recibiendo estas un frontis semicircular de mármol, adornando el centro de este un hermoso serafín de bronce dorado, con dos fisiones que le salen del cuello, del mismo metal, formando el todo una graciosa portadilla felizmente pensada.

En cada frente está un altar, con su mesa de mas de 3 varas de largo, de mármol encarnado, recibida cada una por cuatro menzolas con sus jambas que bajan hasta la basa, de bronce dorado, estando dos en cada extremo; el centro es de mármol verde con un círculo en el medio formado de un bocelón tallado en bronce dorado y una Cruz griega del mismo metal sobre fondo de mármol morado. A los lados de este círculo están tableros variados, con centro del mismo mármol morado, haciéndolos marcos unas hermosas molduras de hoja, con un cuadrado en cada esquina, con un rosetón pardo todo de bronce dorado, como tambien los adornos del medio del tablero, y una hermosa moldura de vios que recibe la mesa del altar.

Sobre cada uno de estos se levanta un Sagrario tan sencillo como gracioso, pues se compone de un macizo cuadrilongo de mármol verde transparente sobre zócalo de rojo: en el medio se ve una puerta de bronce dorado con un bajo relieve de plata dorada, cincelado, que representa un Divino Pastor, con su marco de metal: en la parte superior de esta hay un grupo de serafines con trigos y uvas tambien de metal.

A los lados están dos columnitas de órden compuesto, de alabastro, con sus capiteles y bases de bronce dorado: estas reciben la cornisa que ingeniosamente está formada, no del órden que le corresponde, sino de la moldura alta del pedestal. Sirve de remate á cada Sagrario una elegante escoria de mármol rojo con festones y clavos de bronce, la que recibe una peana con un hermoso Santo Cristo, todo de bronce, hasta la Cruz, teniendo el todo mas de 1 1/2 varas de alto: como estos altares son cuatro, los bajos relieves de las puertas de sus Sagrarios son distintos, á saber: en el frente del coro, el que se ha dicho: en el lado de la epístola está Rut con sus espigas; en el del evangelio, Josué y Caleb, con las uvas, y en el que mira al altar de los Reyes, un cordero sobre una nube. Los espacios que hay entre los Sagrarios y los costados de los pedestales, son ocupados por tres escalones ó gradas de mármol rojo, con grecas de bronce, y del mismo metal son

los ornatos de todos los tableros del frente y costados de los pedestales.

Las hojas que cierran las puertas son de esquisita hechura en maderas finas de caobilla, bálsamo, y otras, decoradas decentemente con bronce dorado.

Sobre cada ángulo de los cuatro de este basamento bajo, ó pedestal, se elevan cuatro columnas de siete varas de altura de mármol morado, todas istridas y de una proporción admirable con basas y capiteles de bronce dorado, sin omitir en ellos, así en sus partes mayores como en las mínimas, cuantas circunstancias y rigüez pide el órden corintio á que pertenecen. Entre una y otra istria está adornado el espacio que resulta con fajas de alto á bajo de bronce dorado.

Por lo dicho se verá que diez y seis columnas son las que reciben la cornisa correspondiente: esta forma un anillo admirable en su construcción, y lucidísimo en su forma; por la parte interior es circular, y por la exterior tiene en cada ángulo un trozo resaltado que corresponde á las dos columnas que se avanzan del pedestal.

Sea por los costos que debía tener, ó por temor de que la obra padeciese detrimento con el inmenso peso de los mármoles, y mas con los temblores de tierra de que es susceptible esta ciudad, lo cierto es que se continuó de estucos, los que se puede asegurar no podrán mejorarse, y compiten con los mármoles: comienzan por el arquitrabe de la cornisa, el cual es de estuco color rosado con veta color de yema de huevo, adorando las divisiones de sus canchillos ó fajas en el interior un perleteo; en la superior una moldura de hoja, y coronando este otro de esquisita talla, y dorado sin defecto. El friso es verde con veta caña y negra, con un elegante adorno dorado de excelente trabajo, y lo mismo el dorado: sigue una hermosa moldura de hoja dorada, la que recibe los dentellones, que son de un blanco leche con lustre amolado; á continuación está una moldura de ovalos tambien dorada, la que sirve de recipiente á los molillones, que tambien son dorados y de esquisita talla: estos sustentan el pafion de la cornisa, el que es de estuco azufrado con sus correspondientes cazetones con fondo negro muy brillante, y sus rosetas y guarniciones de hoja doradas. Corona esta cornisa una gola reversa muy bien ejecutada de estuco blanco, la que se divide del pafion por su correspondiente moldura de hoja dorada, y con esto concluye el cuerpo arquitectónico de esta obra, que aunque pasen siglos, siempre será

nueva y servirá de modelo á nuestros pósteros.

El adorno interior del friso de la cornisa se compone de unos hermosos serafines alternados de festones de flores que hacen muy buen efecto: en la parte superior de cada frente hay un frontis semicircular que mira al exterior, ocupando sus resaltes ángeles jóvenes de muy buena escultura, en ademan de adoración y otras posturas, siendo estos mayores que el natural, de estuco blanco; el grueso del sniflo está cazeloneado con fondo negro y rosetas doradas.

El segundo cuerpo ó domo de la cúpula, forma un ático, presentando en cada frente una fachada compuesta de dos pilastrillas sin capitel, de estuco blanco, y sus entro-calles, que son variadas de verde con veta caña y negra, dividiendo ambos estucos molduras de hoja bien dorada: sigue una cornisa con sus correspondientes molduras alternadas de estucos azufrados y blancos con molduras de ovos y hoja tambien doradas, coronando estas fachadas sus correspondientes frontis triangulares, cuya cornisa corresponde á la anterior, y el centro ó tímpano, de estuco morado.

En el centro de cada fachada de estas, preside una ventana que forma un arco, cuyas entajas son de estuco morado, y el arco lo forma un liso con una moldura, dorado todo, apagado, con sus bruñidos donde conviene, descansando estos arcos sobre una imposta de estuco azufrado con molduras doradas, pegando esta en el restante de la obra, siendo el muro principal (de la imposta abajo) de estuco rosado con veta caña. Las jambas colaterales de dichas ventanas, que tambien son rosadas, tienen taberos vaciados con fondo de un bello estuco negro con veta blanca y sus correspondientes molduras doradas que las adornan: los gruesos de los arcos son de estuco rosado; están arazonados con cazonetes negros con sus correspondientes guarniciones y rosetas doradas de molduras de hoja. En los remates de los tímpanos están colocados en cada uno un grupo de dos niños, sosteniendo un escudo con geroglíficos de la Santísima Virgen, con laureles, palmas y otros adornos, que hacen dichos grupos muy apreciables por su composición y muy sobresaliente escultura, los que son de estuco blanco con dorado donde es necesario.

En los ángulos, en los espacios que quedan de las portadas de los frentes, hay otras ventanas del mismo gusto de las de los frentes, y á los lados de cada una de estas están dos jambas de estuco blanco con vaciado verde con veta caña y negra: estas reciben una hermosa

mensola istriada y dorada con oro bronceado y bruñido, y sobre ellas un gracioso serafín de oro verde apagado: dichas mensolas están coronadas de las impostas de las ventanas, y recibien un elegante jarrón de estuco azufrado con dorados competentes.

De estas mensulas, que son 8, rompen otras tantas jambas, que forman la cúpula, uniéndose en el centro; esta es de punto agudo y no esférica, y aquellas de estuco blanco, con un alfiler dorado que cubre todo el vaciado de su entrecalle. A los lados de estas jambas acompañan unas fajas inferiores de estuco verde, jugando semicircularmente en los arcos de las ventanas de los ángulos inferior á esta se advierte otra faja de estuco negro muy ancha, la que pertenece al cincron de la cúpula, pues las anteriores son supuestas, así como unas lápidas triangulares de estuco rosado y mancha morada que adornan los ángulos de estos gajos. En la division de cada faja hay cuerdas de molduras de varias hechuras de buen gusto, y tambien doradas.

Corona esta cúpula un zócalo de estuco negro con un boceón dorado, lo que sirve de peana á una estatua de S. Pedro apóstol de estuco blanco, bñeado en una nube con serafines dorados, con su libro en una mano y mostrando con la otra las llaves, todo de buena escultura.

El interior de la cúpula es muy hermoso, principalmente por la simetria que guarda; sobre la cornisa que, como se ha dicho, es circular, se presentan en iguales distancias las ocho ventanas; en los espacios que hay entre una y otra, se levantan dos pilastras pareadas de estuco blanco y tableros verdes, coronándolos la imposta misma que juega por fuera: de éstas rompen dos jambas tambien pareadas, las que finalizan en el punto céntrico de la cúpula: dichas jambas son blancas, ocupando su entrecalle dichas hechas grecas doradas; á estas se siguen fajas verdes sobre centro negro, y lápidas rosadas, guardando el mismo orden que describimos en el exterior de la cúpula, y en el centro hace punto un hermoso roseton dorado.

Volviendo á la parte exterior, una gran ráfaga en cada frente sorprende al espectador; estas son de bronce dorado de cinco varas, y están colocadas en las medianías de las cornisas entre los dos ángeles que hemos dicho, están en los resaltos de los frentes; en el centro de estas ráfagas está el Santo Nombre de Maria Santísima, en una graciosa cifra cercada de nubes y serafines tambien de bronce dorado.

Entre las cuatro columnas de cada ángulo de

la obra, atribida de cada puerta, está colocada una estatua de Santos Doctores; en el frente está S. Gregorio y S. Gerónimo y á la espalda S. Agustín y S. Ambrosio; éstas son de estuco blanco espatulado y tres varas de tamaño, con sus háculos, cruces y plintos dorados, y están sobre peanas de mármol negro de buena figura.

En el centro de todo este edificio se elevan cinco gradas circulares de mármol negro, y sobre ellas un pequeño tabernáculo que sirve de Sagrario: la arquitectura de este no pertenece á ningún orden; es un elegante ático de cuatro frentes, bien pensado, y se compone de un zócalo alto de mármol negro y morado, bien adornado y de bronce; en cada uno de sus ángulos se levanta una cartela tambien de mármol, que sirve de sustentante de la cornisa; en el extremo superior tiene por remate una mensola de bronce dorado, y en la vuelta del inferior un grupo de serafines con uvas y trigos, tambien de bronce, y lo mismo una greca en el vaciado ó entrecalle del cuerpo de la cartela, siendo estos cuatro. Entre estas está una puerta semicircular en cada frente con sus marcos de bronce dorado; las hojas que cierran estas son de plata dorada, representando cada una un bajo relieve de un Sto. Evangelista, cincelado; dichas puertas suben y bajan por medio de una máquina para descubrir y depositar á N. S. Corona este cuerpo una cornisa de mármol adornada con una moldura de ovos de bronce dorado, del que tambien son los adornos de las ojivas de las puertas; cierra á esta pieza una cúpula de una sola piedra de 1/4 vs. de diámetro y tanto esta como lo demás del zócalo arriba, es de mármol de color entre cenizo y encarnado, adornan desta cúpula, en el exterior, cuatro gajos de buen gusto de bronce dorado. A cada arco exterior de las puertas, se agregó posteriormente un grupo de serafines de bronce con laureles modelados y trabajados en Puebla.

Concluye esta hermosa pieza sirviendo de peana á lo magnífica estatua de la Purísima Concepcion, tan humilde en su amable posición, como excelente en su estructura. Esta hermosa imagen fué trabajada en madera por el mismo D. Manuel Tolsa, cuyo original se conserva en la capilla del palacio episcopal, y despues moldada y vaciada en bronce de una sola pieza. Á excepción de la cabeza, manos y serafines, por direccion del mismo; su postura es airosa y bajo las reglas del arte, y sus ropas son admirables; el trozo del manto que vuela hacia adelante, no tiene precio: pisa sobre nubes y la serpiente, las que una gra-

ciosa irregularidad asientan sobre la cúpula del tabernáculo pequeño. El dorado es sorprendente por su hermosura é igualdad; cosa peregrina en una pieza tan voluminosa y de un peso enorme: los inteligentes que conocen la delicadeza de esta operacion, aun en piezas manuable, rinden el debido homenaje á su autor el célebre platero D. Simon Salmon, el que en esta pieza ha eternizado su nombre, así como con mucha ventaja el Sr. Tolsa por el todo del tabernáculo. Tiene de altura esta singular estatua, mas de 3 varas, y su peso es de 30 quintales, exceptuando los serafines, aunque sobre esta noticia no tenemos una seguridad que satisfaga. Se dice que su costo fué de 32200 pesos.

En los cuatro ángulos de la cornisa del pequeño tabernáculo, acompañan á la estatua dicha, otras de cuatro ángeles niños, que cada una debería ser objeto de atencion: estos son mayores que el natural, de bronce dorado, con los atributos de la Santísima Virgen, formando el todo un grupo majestoso, y solo esta pieza pudiera ocupar dignamente el altar principal de cualquier Catedral. Desgraciadamente disfruta poca luz, pues por elevarse el tabernáculo lo necesario para esconder las puertas que sirven para cubrir el Santísimo en su pedestal y cinco gradas, esto obligó al autor á tolerar este defecto.

El panteon llama ciertamente la atencion, éntrase á él por las dos puertas delanteras, bajando por escalones de mármol negro; su forma es una verdadera rodonda, en la que á poco de estar, es difícil acertar con los rumbos: su pavimento es de un gracioso embutido de mármol negro y blanco; forma un zócalo á toda su circunferencia, un orden de lápidas de mármol blanco, completamente cuadradas, con dos tiradores, cada una de bronce dorado; el fondo que las divide es de mármol negro, y cada una sirve de cubierta á un sepulcro; siguen otras separadas de las primeras por unas molduras, siendo las segundas tambien de mármol blanco sobre negro, formando unos tableros cuadrilongos resultados, que se prolongan hasta cerca de la bóveda. Esta es casi plana, obra verdaderamente maestra; pues ademas de estar bien hecha, soporta el peso del tabernáculo y estatua de la Concepcion. Su adorno es de estucos y está en consonancia con los muros laterales, finalizando en su punto céntrico con un boceón tallado, muy bien dorado, y una roseta con su argolla para lámpara.

En el lugar principal frente á la espalda del principal altar, está un sepulcro que tiene to-

do el largo de la lámpara que le corresponde, en cuya parte inferior, en un seno que se hizo al intento, están sepultados los restos de los antiguos obispos que se depositaban en el antiguo tabernáculo, sobre cuya cubierta se colocó en una caja al Hmo. Sr. Biencapla, fundador de esta obra, y sobre esta la del Sr. Perez, quien la acabó. En el medio del pavimento está un horario con su tapa redonda de mármol.

Circunda á este monumento un zócalo que forma el presbiterio. Tiene de altura esta singular con un balaustrado que se hizo provisional, el que á la verdad no corresponde á una obra tan lucida. Tambien seria oportuno se verificara el proyecto de los nuevos aambos para el complemento de la obra.

ALHAJAS.

Una coleccion de cuarenta y ocho acheros, (que llaman blandones), de plata con sobrepuños dorados; de 1/2 vara de alto, de muy esquisita hechura, soportan otras tantas hechas de cuatro libras, y ocho blandones que por equívoco llaman acheros, cuyos cirios son de una arroba, siendo dichos blandones tambien de plata con sobrepuños dorados, y una figura que no se puede inventar mejor, tienen 2 3/4 varas de alto; con esto se aduzca el tabernáculo los dias de primera clase.

Cuatro hermosas jarras de plata bruñidas, con sus ramilletes de plata copela de 2 3/4 varas de alto, se interponen entre los blandones dichos, y á mas en el tabernáculo otras cuatro jarras iguales á las otras, con sus ramos aunque de 1 3/4 varas de altura.

Veinticinco caniles, entre ellos seis lámparas, penden de las bóvedas de la iglesia, siendo los mas notables dos que están á los lados del tabernáculo de mas de 3 varas de alto y treinta veces cada uno, y la hermosísima lámpara que pende de la gran cúpula, obra maestra de platería, la fabricó el patron D. Diego Larios, sujeto muy inteligente en su arte; se estrenó dia de Corpus del año 1751, pesa 3688 marcos, 2 onzas, 4 ochavas, y costó 67,000 pesos, es obra que llama mestiza, por ser de plata con sobrepuños dorados, admite sin confusion candelas y dos luces, tiene de largo 4 varas escasas, el diámetro del cuerpo 2 1/2 varas, y su circunferencia varas, sin los alborotantes consta de 1804 piezas. El cabildo conserva una descripcion completa de esta lámpara, hecha por D. Javier Lizaso.

Con este magnífico aparato acompañado de una completa tapicería de terciopelo que cubre las columnas de la iglesia, y bellas alfombras

que regaló para este día el Ilmo Sr. D. Joaquín Pérez, y á la luz de 778 bujías se estrenó este magnífico tabernáculo el día mencionado.

Además de lo dicho tiene otros juegos de candeleros para su uso en las funciones de 2.^a clase y subalternos, atriles ó facistolos, siendo uno de esquisita eclaira, otros 4 bacheleros de 2 varas de las 2.^{as} clases, ciriales y cruz y otros de bronce dorados para todos los días, dos juegos de pedestales para estas, postapases, 6 centros de esquista hechura, 6 varas para el pabito: salillas, pichelos, 2 incensarios de oro con su naveta y otras cosas.

La custodia que sirve el día de Corpus y jubileo circular, es de oro de más de vara con multitud de diamantes por una faz, y por la otra esmeraldas: se estrenó el 1.^o de junio de 1727. Otra hay de oro también de cerca de vara, el sol está montado en muy buenas perlas; su pie es obra esquisitamente trabajada en oro de colores cuya delicadeza no tiene que envidiar al trabajo extranjero, está adornada de esmeraldas, brillantes, topacios, amatistas, granates y perlas muy netas, acreditando en esta obra la pericia de su autor D. José Incaza. Se estrenó en setiembre de 1803. La cinceló D. Antonio de Villafañe.

Entre los muchos esquistos vasos sagrados del servicio de esta Santa Iglesia, se señalan dos de oro, uno aunque antiguo, de un esquisito trabajo y elegante forma, el otro moderno de cruz de colores, igual a la custodia, echa por el mismo Incaza. Del mismo es el elegante tenarbrío, cuya pieza merecía que se grabara en lámina, por ser difícil su explicación: tiene cerca de 8 varas, su diseño fue dispuesto y fabricado en madera de ébano, por D. José Mariano Castillo, profesor de mucho crédito en esta ciudad, está ricamente adornado de plata, siendo objeto de admiración á todos los que lo ven.

CUSTODIA O TORRECHILLA.

No es extraño que esta bellísima pieza haya parecido á los inteligentes obra del celebre Juan D'arfe y Villafañe, ó de su escuela, y mas corriendo la falsedad de que era regalo de Carlos V. Véase la descripción de la custodia de la Catedral de Sevilla, por D. Agustín Geán Bermúdez, impresa en Sevilla en 1804, y dándole el justo elogio que merece, compárese con la que hacemos de la nuestra.

Tiene esta pieza 2 1/2 varas de altura. Consta de cuatro cuerpos, sin una pesna que después se le agregó: la planta del primero es exágono, y su arquitectura de orden corintio, la

que consta de doce columnas sobre sus pedestales: están pareadas recibiendo su correspondiente corniza con una bóveda arzoñonada de esquisito trabajo. Los pedestales de cada ángulo son unidos y tienen un avance que sirve de repisa á una estatua de muy buena escultura agrupando muy bien con las dos columnas á que se acompaña, cuyas estatuas son, David, Melchisedec, Zacarías, Ezequiel, Abacuc y Miqueas. En los notos de los pedestales hay veinticuatro bajos relieves de los Patriarcas, cuatro en cada resalte de estos, dos en cada columna y dos en los costados de dichos pedestales: en los espacios que corren de uno á otro, hay seis bajos relieves, uno en cada frente, muy bien cincelados, los que representan los pasajes siguientes. Los sacrificios de Cain y Abel, Abraham con los tres ángeles, José con sus hermanos encontrando la copa en los sacos, la primogenitura de Jacob, la serpiente de metal y los israelitas cogiendo el maná.

En el friso de la corniza se notan los bajos relieves siguientes. En los trozos que resaltan en cada ángulo hay veinticuatro Santos mártires y penitentes, y en los frentes la historia de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos pasajes son: la predicación en el desierto, los cinco panes, los peregrinos de Eman, Zaqueo, vocación de los Apóstoles, el convite del fariseo.

En dichos resaltes hay seis estatuas, coronando la corniza San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago mayor y menor, tras de cada estatua están dos graciosas pirámides, siendo por todas doce. En el centro de este primer cuerpo está el cenáculo, todo de buena escultura.

El segundo cuerpo se compone de otras doce columnas pareadas, corintias, sobre pedestales, y su corniza del mismo orden, adornando su friso bajos relieves de ángeles, coronándola en el mismo orden que la primera, doce pirámides y seis estatuas, de Salomón, Santa Isabel, San Zacarías, San Joaquín, Santa Ana y San Juan Evangelista. Cierra este cuerpo una bóveda dorada artesonada, y ocupa el lugar principal un zócalo con seis santos doctores, de bajo relieve, seis estatuas de ángeles jóvenes y un sustentante para el sol, con la sagrada Hostia, que se colocaba en aquel tiempo.

Consta el tercer cuerpo de seis columnas de el mismo orden que los anteriores, y tanto estas como las otras son istriadas los 1/2, y el inferior adornado con labores agradables y de mano diestra. Dichas columnas están sobre pedestales, y soportan su corniza, cuyo friso está adornado con follajes y serafines, rematando

con seis estatuas de las virtudes. Ocupa el centro una estatua de la Purísima Concepción, debajo de la bóveda, en cuyo centro está el Padre Eterno.

Se compone el cuarto cuerpo de un zócalo y seis estípites con medios cuerpos de ángeles, los que reciben un hermoso anillo y una graciosa capulilla: este cuerpo está dedicado á Sr. San José, cuya estatua está en el centro: remata la cúpula con una gallarda estatua del Sr. Resucitado, mayor que las demás, y de muy buena escultura.

Esta obra verdaderamente maestra, en que reina la mayor simetría, la trabajó el patron D. Miguel Torres, platero mexicano, costó 15671 pesos, 2 reales, 6 granos, y pesa 547 marcos de plata.

SACRISTIA.

Se entra á esta por la capilla primera del lado de la epistola, tiene 20 varas de largo y 11 1/2 de ancho, está habitada en la parte que cubre su primera bóveda de cajones decentes, para los muy ricos y abundantes ornamentos que deposita. El frente lo ocupa un gran lienzo del triunfo de la iglesia, otro á la izquierda del triunfo de la fe, y á la derecha otro del de la religión, copiadas de estampas de Pablo Rubens, y en los medios puntos otros del Apocalipsis, todos de Baltazar Echave, esposo y discípulo de la celebre Sumaya, pintora de que hicimos mención en la capilla de las reliquias. Estos tienen unos retablos de orden compuesto, no muy antiguos, y todos dorados.

Los muros de la otra bóveda están cubiertos de lienzo, en el principal está el patrocinio de la Santísima Virgen, y en las cuebillas de su medio punto las apariciones de Nuestra Señora del Pilar á Santiago y San Ildefonso. En los lados está el lavatorio y la institución, obra de Luis Berrueros.

A los lados de las puertas de entrada están dos óvalos, un muy buen San José y San Miguel de Ibarra.

En el medio de la pieza hay dos mesas con muy hermosas lápidas de tealí, que es lástima estén maltratadas, y en un ángulo una fuente ó aguamanil de 3 1/2 varas de altura, cuya base y primera tasa (que es de 2 varas de diámetro) son de tealí, de donde se eleva un balastro de plata que recibe otra tasa de 1 1/2 varas de diámetro, rematando con un San Miguel todo de plata.

De la sacristía se entra á la sala capitular, la que es un cañon con una bóveda y una capulilla que la ilumina: dicha sala está tapizada con

paños de Flandes, sobre los que están los retratos de los veinticuatro señores obispos que han gobernado esta iglesia; en el medio hay una pintura de la Purísima, un Santo-Cristo de escultura en el medio punto, y dos óvalos á los lados con los retratos de Carlos V y León X, de Ibarra. De esta se pasa á otra sala en que se ven los cañonigos, y tambien da ingreso á otra en que se guarda el tenebrario y la cera.

Por otra puerta que hay en la sacristía se pasa al cofre, habitaciones de los padres sacristanes y otras oficinas, y de ahí á la capilla de los Santos Oleos. Esta es una curiosa rotunda muy adornada, con su cúpula, en la que hay pinturas flamencas, frente á su puerta está otra que sale á la calle.

Por la capilla de Santiago que es la primera de la nave del evangelio, se entra al Sagrario, el que con verdad, no merece tal nombre, por ser una capilla pequeña y demasiado inequívoca. El V. S. Palafox emprendió hacer este necesario templo con la extensión debida, el que dejó comenzado; mas desde luego examinado el local que debiendo ser usado á la iglesia no proporcionaba la extensión que se deseaba, por que si era por la capilla de la Soledad, se ve que apenas dio lugar á la de los aguadores; si es donde ahora está el Sagrario, ya vemos lo que resultó, y así se decidió este venerable prelado á hacerlo frente de la fachada principal de la iglesia, buscando el nivel de la calle de la Concepción, por lo que el costado del lado del evangelio con las casas que ahora llamamos frente de Catedral, y el de la epistola, quedaba frente de las puertas de San Ignacio y del Perdón. La espalda miraba á la plaza, y la puerta al obispado, siguiendo la primera la dirección de la calle de los Herreros, de suerte que la esquina que hacia para doblar de la espalda al costado del evangelio, quedaba donde mismo está ahora la del cementerio que hace contraesquina del portal de Bojia, quedando dicha espalda 17 varas mas avanzada á la plaza, que el nivel de las paredes de la iglesia.

Cuarenta varas tenia de largo este templo, quinque de ancho, y ya estaba elevado á trece de altura, cuando el Sr. Palafox se fué á España. No agradaba á la mayor parte de los poblanos este pingo que embarazaba y quitaba la vista á la hermosa fachada de la iglesia. Luego que partió el dicho Sr. Palafox, se suspendió la obra, y el ayuntamiento hizo presente al primer virrey que vino el disgusto de los poblanos por aquel embarazo, y el virrey ordenó que se arrasara lo hecho y se dispusiera en otro lugar. Duraron estos escombros hasta el tiempo de D.

Domingo Pantaleon, que hizo desembarazar el cementerio de las ruinas del templo.

Por los años de 1825 y 26, el Sr. D. José Cayetano Gallo cura que era entonces, pensó con empeño el edificar nuevo Sagrario, cuya fabrica hubiera llevado á cabo el celo y eficacia de este digno eclesiástico, pero desgraciadamente desistió de la empresa por no contar con fondos suficientes.

La capilla que ahora sirve ocupa el local opuesto á la sacristía, su portenor es igual, pues consta de las mismas bóvedas y arcos que aquella, aunque los miembros de su arquitectura son inferiores, por lo que es de sospechar que el autor de los planos de la iglesia hubiera pensado en que esta sirviera para guardar muebles. Su arquitectura no tiene que alabar mas de su solidez, tiene veinte varas de largo y 12 1/2 de ancho; ocupa el lugar principal un retablo moderno, que hace pocos años se estrenó, cuyos diseños hizo D. Julian Ortóñez; es de órden compuesto y su material, mampostería. Sobre un zócalo del alto del altar se eleva el pedestal, el que resultado por cada lado recibe dos columnas pareadas, siendo por todas cuatro, estas sostienen su cornisa correspondiente resaltando dos trozos que pertenecen á cada dos columnas y sobre ellos un arranque de tímpano abierto con un pedestal y una jarra. En el medio se nota un marco adornado de grecas y tallas que ocupa el espacio principal con un cuadro en que está pintada la aparición de la virgen del Pilar, pintura antigua de autor incógnito y estilo extranjero, en los extremos de los pedestales se avanzan otros, los que reciben dos pinnas con S. Joaquin y Santa Ana. El segundo cuerpo se compone de un ático con cuatro jambas y su cornueso, en cuyo medio está un ovalo horizontal en el que se representa la institución del Santísimo Sacramento con su marco y tallas doradas, rematando con una rítaga dorada en cuyo centro está el Cordero. El friso de la cornisa, sus molduras grecas que decoran los intercolumnios y adorno de los netos y entrecalles de estallar, todo es dorado como tambien las grecas y mensolas de un arco que lo guarnece. En los netos de los pedestales hay dos bellos báculos apaisados y tanto estos como el candelero son pintados por D. Lorenzo Zendejas hijo de D. Mignel.

El altar tiene su aparato de plata que se compone de frontal, sobanico, sagrario, trono, 6 candeleros medianos, 4 chicos, 4 ramilletes medianos y 4 chicos.

En los muros colaterales hay dos altarcitos

trabajados por D. Rafael Barrios, los que se componen de su altar, dos columnas de órden jónico y frontis semicircular, rematando con rítagas, y uno tiene un nicho con una hermosa estatua de vara, de S. José, escultura de Coira, y el del frente una Señora de Guadalupe, los dos con cristales, cerrando los tres altares una cruz de labores de fierro agregadas, hecha por D. José Mariano Saavedra.

A la derecha está la entrada á la Catedral, y á la izquierda una capillita donde está la fuente bautismal. Esta consta de una tasa de local con su pedestal de lo mismo, y tiene por remate una jarra de local con sus asas y azucenas de bronceado.

La capilla es de cal y canto, de una hechura tan desacorde con la demás fabrica, que parece ser resto de alguna nave colateral de la antigua Catedral; es cuadrada, con una cúpula que demuestra ser postiza; tiene tres altares con sus retablos dorados que se estrenaron á principios de este siglo, ocupando la parte principal de cada uno un lienzo representando los de los lados el lavatorio y el bautismo del Salvador y en el medio la oración del huerto, último lienzo de D. Miguel Gerónimo Zendejas pintado á los 92 años de su edad. La entrada principal vé al Norte ó á la plaza, tiene su portadilla en cuyo gusto se nota que comenzaba á decaer la arquitectura, no obstante debe alabarse el trabajo material de la cantería.

ESTERIOR DE LA IGLESIA.

Ya dijimos las varas que comprende su longitud interior de Oriente á Poniente y su latitud de Norte á Sur, deben agregarse los gruesos de sus muros que son 2 varas, y las salidas de sus portadas, postes y cabos de torres. Estas son dos iguales y cuadrados, cuyos cabos montan á la altura de la fachada principal coronados de una hermosa cornisa; sobre esta sabe el primer cuerpo que es de órden dórico con tres pilastras en cada frente, y dos arcos para campanas, uno en cada intercolumnio; dichas pilastras tienen sus pedestales y reciben la cornisa correspondiente, resaltando el alquitrave y friso rosetas talladas en la proyectura de la cornisa; en el friso hay triglifos, mas no tiene Metopas. Los arcos son de proporcion dupla con sus impostas, jambas y fijas que los guarnecen, rompiendo estos sobre el pedestal y asegurados con balastradas de cantería, siendo dos los de este primer cuerpo ocho: el espacio que hay entre estos y la cornisa, está dividido por una faja, siendo lo demás almohadillado.

Sigue el segundo cuerpo conjuntado un poco

sin ancho, el que es de órden jónico y presenta tres pilastras sin pedestal, sino zócalo por cada frente, y así estas como las del primer piso, son acanaladas y reciben la cornisa que prescribe el órden á que pertenecen. Este cuerpo, aunque tiene casi la misma altura que el primero, lo dividió su autor con destreza en dos partes por el medio, con un cornueso con dentellones colocando cuatro arcos en cada frente, dos en la division inferior con balastrada, y otros tantos en la superior sin ella, lo que diereite á la vista y evitó las muchas subdivisiones que tan chocantes son en los cuerpos arquitectónicos.

Corona esta cornisa una seria balastrada interceptada, con pedestales en las esquinas y en la medianía de los frentes, en los que rematan almenas redondas piramidales; sigue un zócalo ochavado, superior tres veces en altura al balastrado, el que en cada ángulo tiene una almena como las anteriores, quedando estas mas altas que las otras y en medio de ellas.

Todo lo dicho hasta aqui es obra en cantería, mas el caserón que sigue de la cúpula, es de ladrillo y azulejos, rematando con una lanterna, encima de la cual está una graciosa escosa de piedra blanca que llaman de Villería, la que soporta un globo de la misma piedra de 1 1/2 varas de diámetro, finalizando con una cruz de 3 1/2 de alta, las que anteriormente de ladrillo y azulejos, rematando el temblor del día de Santa Mónica del año de 1820, se hicieron de madera de ciprés muy bien barnizadas, imitando la piedra. Desde el extremo de estas al pavimento, tienen de altura dichas torres 19 vs. 1/2. Por una inscripción que está grabada en la del lado del N., se vé que costó 100,000 pesos. Esta torre, que llaman vieja, es la única que tiene campanas, las que componen una coleccion muy armoniosa que no lastima el oido, y son diez campanas en el primer piso y ocho esquilas en el segundo, y la campana del reloj que es muy sonora. La campana mayor está en el centro, la fundió Francisco Márquez, pesa 185 quintales, y costó 8,202 ps., se estrenó el año de 1637. La que se le sigue, que llaman de Jesus, tiene una excelente voz; la hizo Antonio de Herrera y Mauro Peregrina, pesa 163 quintales 1 arroba 7 libras, costó 40,267 ps. 4 rs. El esquilón mayor es sin igual, y las demás esquilas son armoniosas, especialmente la que llaman la florista.

Tiene este templo cinco puertas, una en cada costado y tres en el frente, todas con portadas. La del medio se eleva 35 varas, está dividida

en tres cuerpos: el 1.º dórico con cuatro medias columnas istriadas con sus pedestales, y cornisa; en los intercolumnios hay dos nichos bien trabajados como todo lo demás, con dos estatuas de piedra Villería, de S. Pedro y S. Pablo; en medio está la puerta con su arco bien tallado, cuya imposta corre arriba de los nichos, y en el espacio que queda entre esta y la cornisa, están unos escudones de Villería con geográficos de la Santísima Virgen; siendo de la misma piedra los adornos de las enjutas del arco.

El segundo cuerpo es jónico, con cuatro medias columnas sobre pedestales adornados sus netos con carteles; en sus intercolumnios hay nichos y escudones como el primero, y tambien estatuas de S. José y Santiago el mayor; el centro lo ocupa una ventana con marco blanco y una mezuquina estatua de la Purísima Concepcion.

Sobre la cornisa de este sigue el tercero, que consta de dos medias columnas dóricas istriadas sobre pedestales, y su cornisa sin frontis rematando con las armas de España, las que picaron, y en cuyo hueco piensan poner las de la nacion cuyo modelo está hecho. A los lados de las columnas hay dos almenas sobre pedestales, y el fondo del medio punto es almohadillado. Dividen esta portada de los laterales dos postes bien formados con sus remates de buena figura, rompiendo de estos un motivo puntal con un cornueso. En la parte superior del tercer cuerpo, está un ovalo con la fecha en que se acabó dicha portada, que fue el año de 1664, y costó al Ilmo. Sr. D. Diego Osorio Escobar y Llamas, que fué quien la donó 18,472 pesos.

Las dos portadas laterales á esta, son iguales en su arquitectura, constan de tres cuerpos: el primero dórico, con cuatro columnas sobre pedestales con su cornisa; el medio lo ocupa la puerta, y el segundo intercolumnio, nada por estar cerrados. El segundo es jónico, con cuatro pilastras sobre zócalos, y su cornisa, en que se formó el autor la licencia de adornar su friso con triglifos y menolas; en el medio hay un bajo relieve con sus marcos de Villería con Sta. Bussan en una y Sta. Teresa en la otra, y á los lados de cada uno, unos tableros tallados de la misma piedra, y de la misma los adornos de las enjutas del arco de la puerta. El tercer cuerpo tiene dos medias columnas corintias, su cornisa y frontis semicircular, y en el medio una ventana cuadrada con marco de Villería; á los lados de las columnas, sobre dos pedestales de cantería, están dos medias jarras de Villería,

de la misma son algunos adyacentes como jarras-tarjetas y un ángel con que remata cada portada.

Separan estas de las torres unos cabos donde están los caracoles para subir a ellas, los que a pesar de estar á un lado de los cubos grandes no hacen mal efecto al conjunto, estos rematan con una cornisa y balaustrada en su plataforma interrumpida por pedestales y tres almenas agudas, todo de cantería.

Las portadas que miran al Norte y al Sur son iguales en la sustancia de la arquitectura aunque varían en accidentes, siendo esta mas sencilla sin estatuas ni adornos, quedando frente del Seminario, cuyo átrio solo tiene el ancho de dicha portada para encajonarla á sus lados la oficina de haceduría, bodega del monumento y biblioteca del coro. En el frente cierra una reja de buena forma con sus puertas, la que hizo D. José Mariano Suavedra.

La portada que ve á la plaza ó al Norte, tiene de alto 23 $\frac{1}{2}$ varas consta de tres cuerpos, el primero de un hermoso dórico con cuatro columnas istriadas y sus capiteles con avos tallados en su cuarto bóved, estas reciben su cornisa bien proporcionada aunque carece de triglifos; el lugar principal lo ocupa la puerta con un bello arco adornado con regularidad é inteligencia; en los intercolumnios hay repisones con nichos perfectamente ejecutados, rematando con conchas, y en los que están dos estatuas de S. Juan Evangelista y S. Mateo, del tamaño natural; de Villoria; la imposta del arco corre á los lados, y en el hueco que deja esta division de los nichos á la cornisa, hay carteles ó medallas con retratos de reyes fundadores, de bajo relieve en piedra blanca, y de lo mismo unos niños que adornan las enjutas del arco.

Sobre un pedestal muy adornado de varias labores embutidas, se elevan cuatro pilastras de órden jónico que componen el segundo cuerpo, el medio lo ocupaba ventana con un marco tallado con gusto, y los intercolumnios tienen nichos y medallas lo mismo que los de abajo con las estatuas de S. Lucas y S. Marcos. Sigue la cornisa, la que desde luego mirando el autor la aridez de la jónica se tomó la licencia de adornar su friso de triglifos sin gotas y menzolas, y como corete guardando á dos hermosos y grandes postes que para la seguridad del edificio están á los lados de la portada, de ahí es que resulte un conjunto magistoso. Sobre estas impostas que forman como se ha dicho la cornisa, á los postes se elevan unos cartones que disminuyendo la salida de aquellos reciben un arco que sirve de remate á esta portada, en

cuyo centro está el tercer cuerpo, que desrompe de la cornisa del segundo y consta de dos columnas corintias sobre pedestales, las que reciben su correspondiente cornisa con frontis, por ocupar anteriormente el lugar de este un escudo de armas que ahora está deshecho.

Remata el arco que dijimos con una estatua de S. José, de piedra blanca, y de lo mismo son unos escudos con las armas de la iglesia uno, y una fiara y llaves otro, que acompañan las columnas del último cuerpo de la que también son algunos adyacentes, que adornan esta obra. Por desgracia la de escultura es pésima; es de sentir que las circunstancias no permitan reemplazar las estatuas aunque en menos número; no así la arquitectura, repetimos que es obra maestra principalmente en el trabajo de cantería por lo que no sin razón tiene gravado en el pedestal Hoc opus, Hic labor.

Circunda un muro el alto de las capillas, este está coronado de una cornisa, ininterrumpido por canchales de cantería tallada y tiene su antepecho. Están distribuidas tanto en las naves laterales como en la del medio veintiseis arbolantes que no solo sirven para fortificar la obra, sino para adornarla por la airosa hebeura que tienen, y además para dirigir las aguas cuando llueve; ochenta y seis almenas piramidales decoran en tres órdenes los antepechos que se presentan á la vista á distintas alturas.

La cúpula principal se eleva con gallardía sobre el crucero; su sotabanco es octágono con tres pilastras jónicas en cada ángulo y su cornisa; en los cuatro muros de los frentes de este ochavo, se ven otras tantas ventanas, y en los otros cuatro arbolantes formados con inteligencia y buen gusto no solo para hermosear esta pieza, sino para su firmeza y seguridad: el escarano es bien formado forrado de azulejos amarillos y verdes con tres grandes estrellas repartidas á iguales distancias, sigue la lanterna de un alto regular con cuatro ventanas sobre pilastrillas y finaliza con una graciosa cúpula y una estatua de la Concepcion.

La cúpula de la capilla de los reyes es inferior, solo tiene el escarano con cuatro ventanas y otras tantas escalerillas, entre estas su lanterna remata con una estatua de S. José. Esta cúpula es muy lucida cuando se ilumina generalmente la iglesia.

El átrio es hermoso se avanza por la fachada principal como sesenta varas y por el lado de la plaza 17. Es todo enlosado, suben á el por varios trechos de escalones; por el poniente solo tiene dos y por el sur 10, resultando esta diferencia del natural descenso que felizmente

tiene esta ciudad, para desahogo de sus aguas: tiene además una rampa para los enfermos. En los estremos que forma dicho átrio que son tres por estar embarazado el otro con oficinas indispensables, están otros tantos portes áticos de gracioso dibujo, rematando con una estatua que son S. José, S. Miguel y el Angel Custodio. Siguen cerrando el átrio á trechos iguales 17 columnas toscanas con unos leones con escudos de Villoria sobre sus capiteles y entre éstas 47 pilares bien distribuidos.

Contra el cubo de la torre del lado del sur está una capilla pequeña que llaman de los aguadores, la que no tiene cosa notable y por lo comun sirve de panteón á los pobres.

Esta iglesia tiene la prerogativa de ser el primer templo suntuoso que bajo buenos diseños se trató de hacer en América y lo prueba el que habiendo sido dedicado por el Sr. Palafox en 1649 y la Metropolitana de México en 1654 siendo virrey D. Francisco Fernandez de la Cueva duque de Albuquerque, claro es que ésta es mas antigua que aquella cuatro años y en el intervalo gobernaron el virreinato cuatro sucesores del Sr. Palafox.

No pasaremos en silencio una sospecha interesante que tenemos á favor del templo, y es que aunque por nuestras indagaciones hemos apuntado que los diseños parece los dió Juan Gomez de Mora, nosotros creemos, aunque no tenemos datos seguros, que los dió su maestro el célebre Juan de Herrera, y nos fundamos en que el primero murió en 1608 y el templo se comenzó en 1652 es decir 44 años entre una y otra fecha: resulta que aunque hubiera muerto Mora de 100 años, era necesario que hubiera hecho los diseños á los cuatro años de su edad. No así Herrera que falleció en 1597; bien pudo haberlos dado el de 52 en que Herrera hacia primer papel en España y á quien era regular encargara aquel soberano la traza de una obra de tanta consideracion y la pri-

mera que se ejecutaba en sus nuevos dominios. A mas, asegura nuestra sospecha, la mucha conexon que tiene segun diseños que hemos visto la fabrica del Escorial que el dirigió con la de esta Iglesia.

Hemos concluido la descripcion de la suntuosa Basílica Angélopollitana y no nos olvidemos porque se nos contrarie racionalmente en algunas inexactitudes de que no nos creemos exentos, y no se piense queremos que nuestro templo sea obra maestra y que cumpla con algunos de Europa; nos arreglamos al lugar en que estamos en donde las luces artísticas llegan tan á lo último, y á la época en que dicha fabrica fué ejecutada.

INSCRIPCIONES PUESTAS EN EL ALTAR DE LOS REYES.

Comenzose este sagrado templo á invocacion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria Nuestra Señora reinando el invictisimo emperador Carlos V. Prosiguiose en los felicisimos, tiempos del prudentisimo Philipo II. su hijo y Píisimo Philipo III. su nieto y finalmente de órden del magno Philipo IV. señor nuestro, poseyendo la silla de S. Pedro Innocencio X. pontífice maximo y gobernando este nuevo mundo órbe Septentrional D. Marcos de Torre y Rueda Obispo de Yucatan; D. Juan de Palafox Obispo de esta Santa iglesia lo acabó dedico, bendijo y consagró, y con suntuosos tabernáculos y retablos lo adornó, habiendo gastado nuestros ínclitos reyes y beneficentisimos patrones en su edificio y ornato mas de millon y medio de pesos con piedad y liberalidad esclarecida, concurriendo á tan religioso acto el Venerable Cabildo Eclesiastico, el clero regular y secular y esta nobilissima y fidelissima Ciudad é innumerabile pueblo con universal aplauso é inmemorable alegría.—A 18 de abril de 1649 años.

Hecha esta descripcion por D. José Manzo, Ilustrado poblano, y copiada en abril 1837.



RECUERDOS DE LO PASADO.

Pasa el tiempo veloz y en su carrera todo lo destruye bajo su tenebrosa planta, sin que á veces ni los recuerdos queden de lo que fué. Todo lo consume en su curso; hombres, pueblos, naciones que han brillado un momento cual meteoros celestes, para después sepultarse en el hondo abismo de la nada de donde salieron, Grecia bárbara y supersticiosa, queriendo penetrar lo futuro por sus oráculos y apesar de sus juegos públicos en honor de los Dioses, sucumbió al peso del tiempo y no existe ya.

Esparta, la guerrera cuanto ignorante Esparta, modelo de costumbres frugales, de sencillez y de virtudes, ¿dónde está? ¿Dónde la ingrata Atenas con sus bárbaras leyes de ostracismo? ¿Dónde el sabio Solón y el tímido Liérgeo? ¿Qué se han hecho los tiranos de Atenas, Hiparco é Hipias? ¿qué los héroes de ella Harmodio y Aristogiton? Leyes, costumbres, todo se consumió por el inevitable curso del tiempo. Tebas salió de la obscuridad elevándose sobre las ruinas de Esparta y Atenas; pero bien pronto se igualó con ellas sin que pudieran evitarlo ni el atrevimiento y valor del ilustre Pelopidas, ni la constancia y decisión del valiente Epaminondas.

Recuerdos solo han quedado de estas naciones que mirándose poderosas y en todo su esplendor, después son miserables esclavas del rey de Macedonia que les concede por gracia sus gobiernos, independientes en la apariencia pero súgugados en lo mas pequeño, permaneciendo dominadas por una serie de monarcas opresores. ¿Qué se hizo Alejandro el grande hijo de Felipe de Macedonia conquistador de la Grecia; aquel Alejandro que al conquistar la Persia en los primeros combates mostró un caracter humano, pero que deslumbrado con las victorias del Granico é Iso y dejándose arrastrar de sus pasiones violentas, al fin borró esta virtud anterior con la sangre de ocho mil habi-

tantes de la heroica Tiro que resistieron á su ambicion? Pagó como todas las cosas el tributo natural y murió en Babilonia, desengañado de que no lo habian destinado los Dioses á la soberanía del mundo habitable, como él creyó alguna vez.

El tiempo nada respeta; tan pronto muda á las naciones de la opulencia á la esclavitud, como desaparece á vencidos y vencedores por su mano destructora.

En vano busco á Roma Señora del mundo, admirable y soberbia; aquella Roma en todo extraordinaria, fundada por aventureros y emigrados y al parecer imposible de subsistir en su principio, sin prestigio y débil, en medio de naciones devoradas por la sed de las conquistas, pero que á poco tiempo se levanta como un gigante asombroso y conquista á Italia y á Cartago. Se mira opulenta bajo sus reyes, firme en todo su apogeo durante su republica y espirando en el imperio. ¿Y ahora que encuentro en su lugar? Aquel coloso formidable que cayó bajo su propio peso, desgarrándose el mismo las entrañas y que moribundo envuelto en ruinas, solo manifiesta lo que fué en un tiempo. Pirámides mutiladas, edificios que en sus restos indican su antigua grandeza, escambros por todas partes y todo destruido por el irredesible curso del tiempo.

Tal es la ley de lo que existe, ser y no ser; levantarse del polvo para volver á su origen de donde fueron formados; nada es estable, todo perece por el yugo forzoso del tiempo. Lo que tuvo principio debe acabarse, lo que crece es necesario se envejezca y lo que nace muere. Dentro de poco, tal vez mañana no existiermos ni nuestra patria, por que es inevitable obedecer las leyes de la naturaleza.

MIGUEL BUEN-ROSTRO.



SEUDONIMOS.

COSTUMBRES LITERARIAS.

A poco que se examine la naturaleza del hombre observando cuidadosamente sus acciones, se convencerá cualquiera de una verdad que á primera vista no lo parece tanto.—La de que de los animales de imitación el hombre es el primero, incluso los monos, tenidos hasta hoy como los imitadores por excelencia. Tanto mejor, pensarán algunos, de esa manera se imitarán los buenos ejemplos, las buenas acciones, se perfeccionaran las ciencias, las artes. Nada menos que eso. Porque el hombre imita, es cierto, pero raras veces lo bueno, y lo indiferente ó lo malo con frecuencia. Propensiones son estas como las de los otros animales, invencibles: el pajarito canta, saltó el cabrito, ladra el perro, y de la misma manera el hombre imita, sin que por eso deje de hacer las funciones y oficio de los otros, pues á veces ladra y quizá muerde.

Partiendo de estos principios que he colocado á manera de introito, veamos algun caso en que se manifieste claramente la manía de imitar, que suele oenpar los cerebros. Ciertamente que en nadie se ve mas pronunciado al mismo tiempo que mas inútil el prurito indicado que en los periodistas novicios ó aspirantes. Por supuesto que nunca, ó rarísimas veces si acaso, se cuela un proximo en la redaccion de un periódico, sin haberse dado á conocer antes con alguna produccion chilla que generalmente es en verso. Hecho esto y tomada su resolucion de lanzarse á la gloria, por el canalito mas corto, es decir, el periodístico, elije periódico, se le propone y admite como redactor, y héteme al mozouelo (por que hoy día la mayor parte de los periodistas son chicos, ¡progresos del siglo! que no se cambia por un Bonaparte. Esta primera entrada envuelve y á un rasgo brillante de imitación, y consiste nada menos que en ser periodista, oficio muy del gusto del día en que nacen escritores como bellotas. ¡Todo el mundo escribe!

El primer pensamiento del neófito es el mismo que ocurrió al hidalgo manchego, la necesi-

dad de tomar un nombre, porque la moda exige que todo periodista tenga dos, y el no cuenta sino con el suyo, que no es mas de uno, y quizá no muy poético que digamos.

Esta necesidad imperiosa de tener dos nombres depende del uso.

Quia pueri arbitrium est etc.

Porque hay artículos, los serios generalmente, que se firman por lo comun con el nombre propio; por ejemplo: „*Donato Cachoferno*,“ y otros, los jocosos, los de costumbres, (que tambien es modo escribir de costumbres,) se firman con el postizo; *verbi gratia*: „*El Charlatan*.“ A este nombre postizo que cualquiera llamará de este modo, se le da el pomposo título de *seudónimo*.

Bando que haya, como desgraciadamente hay en abundancia, usos necios, este es á mi entender, con de ellos, y maldita la pizca de utilidad que tiene. Generalmente cuando se adopta un nombre falso, se hace con el objeto de ocultarse, lo que no se conseguiria con el propio, y de ahí resulta que cuando con tal designio se toma nombre supuesto, se ha hecho una cosa racional; pero los periodistas al elegir *seudónimo* no tienen embarzo en decirlo reservadamente á todo el mundo, de manera que nadie ignore la correspondencia entre ambos nombres, el propio y el fingido, resultando, que es lo mismo que si no firman con *seudónimo*, sino con su nombre y apellido, de que infliere ser inútil, y necio el tal uso.

Mas es preciso adoptarlo, porque otros, y no pocos lo han hecho y quizá creen algunos que si aquellos han escrito bien y han adquirido fama y renombre, ha consistido únicamente en el *seudónimo*. Creen á este desde luego la vara de virtudes con que se consigue redactar artículos como Larra y Mesonero, la piedra de toque que gradúa los quilates de un escritor, y así como para escribir se habian de poner previamente á estudiar gramática ó cosa semejante, se devían los sesos por inventar un bonito nombre que poner al pie de sus artículos.

PENSAMIENTOS.

¿Lo encontraron? piensan haber hallado un tesoro, se creen sin rival y consideran á Figaro comparado con ellos, como chico de escuela. ¿Qué han menester en efecto para llegar á Figaro? Nada, la instrucción y talento que es lo ménos, y lo mas importante, lo que es absolutamente imprescindible, el *sentimiento*, ya lo tienen. Se sueñan escribiendo á derecha é izquierda, á todo el que los critica llaman necio, al que no los aplaude figurante, y con su poco de desfachatez, fruta que abunda, suelen pasar entre los no muy avisados por hombres de conocimientos y de agudo caletre.

Es verdaderamente desgracia lamentable, que el cargo de periodista, para desempeñar el cual con mediana conciencia, se necesita talento é instrucción, esté, ordinariamente entre nosotros, en manos de rapazes que acaban de levantarse de los bancos de la escuela. Es sin embargo, inevitable, por que los hombres que pudieran escribir y enseñar, ni escriben ni enseñan, y pues el público necesita leer, preciso es ministrarle pasto. Si cierta clase de hombres se lo ministrara, gustaria manjares exquisitos. No es culpa nuestra darle bellotas, por la razon sencilla de que jamas ha producido el encino otra cosa, y tendrá que conformarse con ellas.

Volviendo al cuento de la imitacion, paréceme venir al caso una observacion que otras veces he hecho. Dije al principio que era inevitable el deseo que los hombres tenían de imitar, pues bien, tan cierto es esto, y son tan incorregibles á veces, que aun cuando se persuadían de lo pernicioso ó inútil de un uso, lo adoptan, solo por que otros lo adoptaron, conocen el mal, tal vez lo critican y no huyen de él. ¿Que cierto es y que uso tan frecuente tiene en el mundo aquello de

Vidos ticiños, pimbogós, detectors sequós!

Y para que se vea que no hablo sin fundamento, presentaré un ejemplo cercano. Considero ridiculo y necio el uso de *seudónimos*, deseo que no escriban sino los que tengan cierto fondo y job inconsecuencia de la especie humana! sin tenerlo, escribo que es un gusto, y á pesar de mis creencias y de ver el mejor camino, sigo el malo, por donde han ido todos, sigo el ejemplo de los borregos, que pasan por donde los demas pasaron, y desatino á destajo, y escribo de costumbres, y tengo un *seudónimo anagical* con que he firmado algunos artículos, y con que he resuelto firmar este.

QUERCUS.

El hombre de genio desigual sufre mucho y á todo el mundo incomodo.

Cuando un hombre ambicioso no puede elevarse á la altura de los otros, procura abatirlos para igualarse con ellos: esto hacen los criticos, que envidiosos del mérito ageno, que nunca serán capaces de adquirir, procuran empañarlo, haciéndose mas despreciables con la vana presuncion de consejeros hipócritas, que no saben disimular la envidia que les roe el corazon; cuando oyen una alabanza que nunca podrán alcanzar.

Nunca le he pedido á Dios talento para desempeñar mis negocios; sino fortuna para salir bien de ellos.

El que se duele de la desgracia agena, aunque otvide las propias, no puede ser feliz: por eso un cristiano, solo está satisfecho en el cielo.

Aquí tengo la vida de un hombre, decia un soldado cargando su fusil, ¿cuántos tendrán en su mano la mia!....

Antes para afirmar que una cosa era buena, se decia: *sic voluerunt priores*; mas hoy es necesario decir *ceci est à la dernière*.

Ninguna cosa me causa mayor pesadumbre que ver un buen libro en manos de un necio; y la razon es clara: un asno dejará de serlo, porque en vez de comer paja se alimenta con flores!

¿Qué cosa es el matrimonio? ¿la vara de espinas con que hacemos nuestra corona para llegar al cielo, ó la corona de flores con que nos cito la fortuna? ¿el lazo que une y asegura al hombre con la sociedad, ó la fuente de su ambicion y de sus crímenes? Algunos dicen que es una guirnalda de rosas, de cuya hermosura gozan los que nos rodean, y cuyas espinas punzan á la misma frente que adornan.

Ni ruegues á la mujer que te desdenea, ni desprecies á la que te manifiesta su amor; á la primera tendrás que comprarle muy caro sus favores: con la segunda tendrás una enemiga mortal ó una víctima.

¿Quién es mas necio, el hombre que enamora ó la mujer que consiente?

El que conoce cuanto pesa la carga de un hijo, es el único digno de gozar la dulzura del matrimonio.—Isac.

A UNA NIÑA. (1)

JUEGA alegre, niña hermosa; ahora la ventura goza con que te brinda el candor; Ahora festiva, halagueña, el mundo mira risueña sin que te agite el dolor.

Goza de la edad florida en que es para tí la vida un delicioso placer.

Pobre niña! tu alegría, una noche turbia y fria feroz vendrá á oscurecer.

Esa juventud lozana de su abril en la mañana, cual la flor, se agostará. Entónces huirá de tu alma la dormida dulce calma y tu vejez pasará.

Y sola tú, abandonada, á tu dolor entregada, ni un amigo encontrarás. Entónces los dulces días, las pasadas alegrías, con dolor recordarás.

Mansa deja correr la dulce vida y goza los placeres que te ofrece: el sueño duerme de la edad florida en que tu alma suave se adormece.

Que vendrá un fatídico mañana, y cruel tu contento turbará: se llevará la juventud lozana, llanto y hastio, tan solo dejará.

Tal vez astuto y lisongero amor reshalará en tu pecho candoroso, y gustando al principio su sabor un momento tendrás plácido gozo.

Un momento ligero, que pasado arrastrará consigo tu alegría; y aquel dulce placer verás borrado que tu ilusion eterno te fingia.

Veráslo muy que breve, sin aliento, huyéndose veloz va á confundirse, y cada instante llevará un contento, é irá con él en un abismo á hundirse.

Entónces sola, triste, confundida con esa turba hedionda de mugeres, perderá tu alma la ilusion querida, y te serán esquivos los placeres.

En vano correrás tras el consuelo, que infeliz no hallarás aquí en la tierra, y aquel que tu virtud arrojó al suelo, te moverá tirano cruda guerra.

Hasta que al fin de padecer cansada, reposarás bajo la triste tosa; no será de una lágrima regada, no adornará tu tumba ni una rosa.

Puebla, Febrero 2 de 1844.—ANDRÉS NIETO.

[1] Dias ha que nos fué remitida esta composicion del Sr. Nieto, miembro de la *Academia Literaria* de Puebla pero el recargo de material que hemos tenido en los números anteriores nos ha hecho diferir hasta ahora su publicacion. La insertamos con gusto dando las mas expresivas gracias á su jóven autor y exhortándole á que continúe puliendo su lira de que creemos sacará dulces sonidos.



DON MALAQUIAS.

Decretum macer, bass, ignobilis Wretch!
Dignitatem ararium, jense inabile et vill
Shakespeare

Conocéis por ventura (quise decir por desgracia) al celeberrimo Don Malaquias, á quien suele llamar la gente el *rostrinjuto*? Es un viejo que está desmoronándose, y aunque él solo confiesa que tiene un pie en el sepulcro, yo digo, y así es la verdad, que está ya sumido en la luca hasta el cogote. Figuraos un ente que en un tiempo fué hombre y que ahora es un armazon de hombre solamente; que no se sabe á cual siglo pertenece, porque vivió del pasado tanto como de éste; que no tiene mujer, ni hijos, ni aun perros, pues dos que tuvo, ladrando de hambre se murieron; que no conoce en fin en su asquerosa vida, otro gusto que el sorber un poco de tabaco hediondo, y estoy por decir que si hace esto es solamente por aturberar la palomilla que le va dejando hueco como judas de carton. Esto nada tiene de extraño si se considera que el alimento de D. Malaquias consiste en torta de *popotes*, y langüetas, no de ave ni de cuadrupedo, sino de las que se dan en las acedias. Su caudal es inmenso; pero tan lejos está de ser fleboso y de vivir tranquilo, que al punto que alguien se le acerca, se estremece todo y su primer impetu es decir: "*Perdone V. por Dios*" porque en cada sombra cree ver algun necesitado que conspira contra su bolsillo, así es que cuando sale á la calle, mira desasosadamente á diestra y siniestra y anda siempre huyendo á guisa de perseguido malhechor. Si queréis verle mohino y aun fuera de sí, decidle no mas que puede sacaros de un aprieto, y os pintará con colores tan vivos su indignación que os veriais tentado de socorrerle á no ser porque su catadura verdaderamente diabólica espanta mas bien que inspira compasion. La economia de este fósil (ha empezado á petrificarse por el corazón) es tan estricta ó mas que la de aquel que iba en persona al mercado á comprar huecos provisto de un ardo de cierto diametro en que los media, y que jamás puso lides sobre la letra: por no desperdiciar la tinta.

Fuerza es confesar que si el horrible aspecto

de este original (de que hay tantas y tan buenas copias) poco ó nada tiene que ver con su avaricia, ambas circunstancias reunidas hacen de nuestro enjuto y mal acondicionado macabro un ente despreciable y odioso. Porque pues se le trata con tanto miramiento aun en el seno de la mas culta sociedad? ¿Porqué le hacen profundas reverencias aun aquellas personas que ni remotamente pueden necesitar de él, y que no ignoran que es incapaz de prestar servicio alguno? Homages al parecer tan espontáneos y tan generales creo que solo se debían rendir al saber ó á la virtud; sin embargo acontece todo lo contrario. Razon do sobre tuvo el Arcepresbte de Hita para decir hace cosa de quinientos años.

"Yo vi en corte de Roma do es la Santidad"

Que todos al dinero hacen grand honrridad

Grand honra le facian con grand solemnidad

Todos á él se homillan como á la magestad.

Por todo el mundo anda su sarna ó su tñia;

Do el dinero juega allí el ojo güeno....

¿Sabeis lector como me figuro los adentros de D. Malaquias? Pues bien, en el interior del Judas hueco que ya dije, imaginago que veis colgada una telaraña que es su alma, y en el lugar que debia ocupar el corazón, una onza de oro del cuño de Fernando VII. Si se me preguntara qué mal me ha hecho esta monia ambulante, que la doy tan cruel trato? yo responderia que nunca hizo el mejor bien, que veria espirar de hambre á un semejante (que digo semejante) á un hombre, antes que alargarle una mano y socorrerle. Su corazón es tan duro como su oro y si acaso palpita alguna vez, sera cuando se vea forzado á soltar un maravedí. ¡Desventurado! á pesar de haber vivido tanto, no conoce que él mismo, su rapús sus doblones, y todo cuanto en el mundo existe á no ser el talento y la virtud, es polvo.

MALAESPIÑA Y HENIPICA.

MODAS.

VESTIDOS DE NIÑOS.

ALGUNAS veces he tomado ya la pluma para la mitad mas hermosa del género humano, porción encantadora tan digna de consideracion y respeto, que por muchos que sean los obsequios que se le tributen, mas merece, y para quien quisiera tener brillante ingenio y seductora gracia. Entonces mis articulos serian ofrenda digna; pero ya que al cielo no le plugo concederme tales dotes, preciso es que se contenten con lo que puedo darles, y que admitan con agrado mis producciones, si no por su merito, á lo ménos por su intencion.

Como para que haya hermosura es precisa la variedad, y siempre los contrastes producen contento, he preferido para el número de hoy un figurin verdaderamente infantil, que aunque no contiene ningun traje de señora, tiene sin embargo demasada conexon con ellas. Pertenece esclusivamente á las mamás y á las hermanitas.

Después de los tiempos tormentosos que acabamos de pasar, tiempos en que la alegría se semeja muy bien á un frenesí, y en que se apodera un verdadero furor de los cerebros, después de escenas bulliciosas y ardientes, viene en mi concepto perfectamente un cuadro plácido y risueño como el arroyo que corre por un prado, como los juegos inocentes de un niño.

A ellos va dedicado este articulo, á esos hombrecitos en miniatura que forman la delicia de una familia y las esperanzas de la sociedad. ¡Con que ternura he mirado siempre á los niños! ¡Cuántos dulces recuerdos, se despiertan en mi mente al presenciar sus juegos, al mirar sus ojitos brilladores y sus redondas mejillas! Lo presente es su vida, y en nada cuentan lo futuro; su felicidad consiste en un papelote en un trompo. Pero la infancia se desvanece como el humo, y la juventud viene á arrancar al niño la apacible ventura que gozaba. ¡Como ocho ménos los tiempos en que con otros amigos, jóvenes tambien hoy, rezoza contentos sin pensar en nada, latiendo igual y tranquilo mi corazón, y después fatigado y sudando me dormia en el regazo de mi madre!

Mas estos son recuerdos en que nadie toma parte, que quizá á nadie importen, y que tienen

sobre todo el defecto de ser inoportunos. Me limitaré, pues, á dar la explicacion de la estampa.

La primera figurita de la izquierda que representa un niño que fatigado de brincar descansa en el banco de un jardin, (observen vds. qué robusto y hermoso, y como se ve pintado el contento en su rostro) tiene una levita de *merino* con adornos de cordón y botoncitos en el pecho y en la parte superior de las mangas, que como se ve, son mas anchas arriba. Sujeta su cintura un grueso cordón de seda con borlas, á que se da el nombre de *Cordillera* y un cuellito redondo y pequenito, forma precioso juego con la levita. Pantalón ancho de dril blanco, botincitos color de tierra y un sombrero redondo de paja con cordones y borlas de color de la levita. Si es blanco el niño que la lleva, debe preferirse el azul celeste ó otro color claro, y en caso contrario son mejor los oscuros.

El rapazuelo que se encuentra al pie del árbol tiene tambien una levita de *muselina de lana* ó *biada de merino* guarnecida de grueso cordón de seda sujeta con una *cordillera* como la del anterior; pero lo que hace notable este traje es una especie de esclavina que se llama *peregrina á la Arcebispo*, con una pequeña y graciosa vuelta en el cuello. Una serie de botoncitos cierra la levita por el frente, y es indispensable acompañarla de un cuellito blanco como manifiesta la estampa. El pantalón y los botines iguales á los que lleva su travieso compañero, y en vez de sombrero una cachucha de *escocés* con borla de seda y visera charolada. El cabello largo y rizado.

El vestido de la rolliza y juguetona chiquilla de la derecha está formado del género de cuadros llamado *escocés*, guarnecidos el pecho y las mangas, que son cortas y un poco anchas, de botoncitos. Un grueso cordón de seda cine su cintura, y ocultan sus pequeños y torneados brazos unas manguitas blancas con bondia en el puño, igual á la que circunda el cuello del vestido. Botincitos de cuadros completan su sencillo arreo, y el cabello que suelto y rizado cae por los lados y en rededor de su garganta, da á su semblante infantil y gracioso cierto dulce

atractivo, símbolo de lo que será en lo futuro.

Un surtido abundante de *escoceses, merinas, muslinas de lana etc., etc.*, se encuentra en el *Correo de Modas*. (1) Tienda de Mme. Gourques, así como gran variedad de sombreritos, cachuchas, y en general cuantos adornos de buen gusto pueden apetecerse para los niños.

Habrà parecido extraño que vaya casi concluyendo mi artículo sin chispar palabra acerca de la figura más prominente de la estampa; pero no ha sido ciertamente olvidó; sino que la tal figurilla, término medio entre jóven y niño, chuculo con pretensiones de hombre, que se pone tieso y quiere ser formal, bulléndole aun la sangre al ver jugar á otros chicos, no pertenece ya á la jurisdicción de Mme Gourques, y aunque su traje es sencillo, si los hay, debo para explicarlo buscar otro *Cicerone*. Los señores Cussac y Gallard (2) cuya pericia en el arte nadie ignora, poseen en su establecimiento una multitud innumerable de paños, casimires, driles, piques, sedas, terciopelos, etc., y nadie mejor que ellos tiene el secreto de cortar con donaire y gracia, y de dejar siempre contentos á sus numerosos y elegantes parroquianos.

Dos son las piezas principales de que consta el traje que me ocupa, pantalon de dril listado, de forma sencilla y elegante y chaqueta de paño con lijera vuelta. La forma mas en uso hoy para esta pieza del vestido, es la que representa la estampa, prefiriéndose, sin embargo, la solapa mucho mas ancha, y llevándose de ordinario el cuello cubierto de seda lisa y opaca. Suele ponerse á las chaquetas, especialmente para los niños, cuello derecho, lo que las hace tambien sumamente graciosas, y en ellas se manifiesta la destreza del sastre. La eleccion de esta ó de la otra forma, depende del gusto ó del capricho, pues siendo ambas bonitas, pueden decirse variantes, que en nada perjudican al texto.

Los colores dependen tambien del gusto par-

(1) Calle 2.ª de Plateros num. 2.

(2) Calle del Espíritu Santo.

ticular, y deben elegirse análogos á la tez del portador; son sin embargo, muy bellos y de mucho gusto el azul claro y el café.

Para los niños de cierta edad deben proscribirse en lo absoluto las corbatas propiamente tales, porque dan al cuello y á la cabeza un aspecto de tirantez que espanta, haciéndola semejante á un retrato del siglo XVII. Deben pues, sustituirse con una lijera mascarada de seda, amudada graciosa y descuidadamente, por que al paso que corresponde á las mil maravillas con el resto del traje, da cierta flexibilidad al cuello, dejando libres los movimientos de la cabeza, tan necesarios en todos, y especialmente en los niños. Ricas felpas y variadas formas para sombreros de hombres y niños se hallan en la tienda de Mr. Ancassy (1) sujeto de tino especial en el ramo. El cabello debe llevarse un poco largo y rizado, para lo que recomiendo á Schallier, (2) y por último, acompañan á este traje guantes de cabritilla, absolutamente de rigor para la gente jóven.

Mas largo quizá de lo debido ha estado el artículo de hoy, pero insensiblemente me he detenido en descripciones minuciosas, que ya que no divertidas, tendrán tal vez algo de útiles, y que en mi concepto no debe omitir el que escriba de modas, pues es lo que constituye la esencia de tales escritos. Habré probablemente fastidiado á algunos, habré contentado á muy pocos. No podía esperarse otra cosa, aunque no fuera mas que por el dicho de La Fontaine

...est bien fou du croquer
qui prétend contenter tout le monde....

Perdonen vds. la pedanteria. A los primeros les pido dispensa, y henchido de gozo quedará mi corazón con la aprobacion de los segundos, especialmente si entre ellos se cuenta alguna de las bellas suscriptoras á quien dedica sus desvelos

QUEBUBS.

(1) Portal de Mercederes.

(2) Calle 2.ª de Plateros.

¡ Adieu ch patria mia !

BARCAROLA

Letra de D. Ignacio B. Gálvez.

Primera comparsa para el Liceo por el Sr. D. Juan U. de Sola.

AL L. MODERATO

Legato assai

p

f

p

SOPRANO

ff

A le gré et mai



ne... en con voz pensada can... ta yel an da ya... le van... ta con

es traido en mi de la ca de na al golpo me agi la pena

pi... a A dios oh patria mi a a dios tierra de amara dios a

dios tierra de amor a dios a dios tierra de amor

Final

ADIOS OH PATRIA MIA. ⁽¹⁾

A MIS AMIGOS DE MEXICO.

Alegre el marinero
en voz pensada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.

De la cadena al ruido
me agita pena impía.
Adios, oh patria mia,
adios tierra de amor.

El barco suavemente
se inclina y se remece,
y luego se estremece
á impulsos del vapor.

Las ruedas son cascadas
de blanca argentería.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Sentado yo en la popa
contemplo el mar inmenso,
y en mi desdicha pienso
y en mi tenaz dolor.

A ti mi suerte entrego,
á ti, Virgen María.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

De fuego ardiente globo
en las aguas se oculta:
una oída le sepulta
rodando con furor.

Rugiendo el mar anuncia
que muere el rey del día.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Las olas, que se mecen
como el niño en su cuna,
retratan de la luna
el rostro seductor.

Gime la brisa triste
cual hombre en agonía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Del astro de la noche
un rayo blandamente
resbala por mi frente
rugada de dolor.

Así como hoy la luna
en México lucía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

¡En México!... ¡Oh memoria!...
gruando tu rico suelo
y tu azulado cielo
veré triste cantor?

Sin ti, cólera y tedio
me causa la alegría.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Pienso que en tu recinto
hay quien por mi suspiro,
quien al oriente mire
buscando á su amador.

MI pecho hontos gemidos
á la brisa confía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

A bordo del paquete Vapor Teviot, navegando de la Baliza de Orleans á la Habana.
Domingo 12 de Junio de 1842.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN. ^(R)

(1) Con el mayor placer insertamos los sentidos versos de nuestro inolvidable poeta Rodríguez con que se despidió para siempre de una patria querida que aun lo llora. Al insertarlos, pusemos su música por el hábil profesor D. Juan N. de Retes, creemos hacer una ofrenda á la grata memoria de Rodríguez y tributamos al mismo tiempo las mayores gracias al Sr. de Retes que supo capturar en sus melancólicas armonías, el último pensamiento que consagró á su patria y sus amigos nuestro poeta.—R.R.

EL HOMBRE SENSIBLE.

Sein Herz brant zu zerscheln
einem zermenden Abscheu vor den
Menschen, dessen nur diejenige halig
sind, welche die Menschheit lieben.

Y ardió al punto su corazón y abominó de los
hombres; afecto de que únicamente es susceptible
de el amante de la especie humana.

[WIELAND] GOTTOW.

Hay un linaje de hombres en la tierra, que no sé si llamar desdichado ó feliz, y que parece haber venido al mundo tan solo para sentir y padecer. A diferencia de sus demas hermanos, si así pueden llamarse unos seres que solo les semejan en la forma, y las debilidades naturales, nada tiene su existencia de monótono ni artificial, de suerte que la vida es para ellos una continua disyuntiva entre el placer mas dulce y la amargura mas afroz: porque en efecto, qué puede el arte ni la fuerza del hábito, donde únicamente predomina el corazón? Dotados además, por la naturaleza, de una sensibilidad tan exquisita, que el mas ligero choque conmueve sus fibras y las hace vibrar todas hasta lo íntimo del corazón: ¿por qué desgracia se miran destinados á vivir en contacto con otras criaturas que llevan la insensibilidad retratada en la frente, y cuya imposible mirada les causa á cada instante una dolorosa impresión? Hombres sensibles, cuyos corazones rebosan en benevolencia y ternura, ¿no me diréis que habéis sentido, cuando por desahogar tan nobles afectos, estrechásteis una mano de hielo que entumeció la vuestra y encontrásteis una mirada de estatua en pago de otra que brotaba amor? No es el orgullo, no, el que hace estremecer vuestros miembros en tales ocasiones; es la sorpresa que os causa ese mortal desprecio, ese cruel desamor; porque en cada hombre creísteis encontrar un hermano, porque levantando al cielo vuestros ojos, imploráis cada día para todos la bendición del Padre común. ¡Ay de mí de los labios de algunos mana á veces una amarga sonrisa que para el hombre sensible es veneno mortal, que infundiendo las fuentes de su vida, le corroe violentamente el corazón. ¡Vidriales enfriados cuán postrado se halla; cómo se dobla a su cabeza al peso del do-

lor; las fuerzas le abandonan, se entenebrecen sus ojos y su mente, y ni aun le queda espíritu para pedir el auxilio de su Dios!

„Si mis semejantes padecen, dice, luego padecen también mi corazón, luego enturbia mis miradas el pesar; mas si yo sufro, sus ojos quedan enjutos y brillantes, tersa su frente y sus mejillas no mudan de color; en torno mio todo es yelo, y un luego abrasador devora mis entrañas. La aterradora idea de la muerte, que no hace mucho embargaba mi ánimo, que me ponía temblor y balbuciente de terror, ¡por qué asoma ahora en mi agitada mente, cual aparece un plácido arroyuelo al sediento viajero, allá en los confines del desierto? Sí, como una fuente en que se purifica y refrigera para entrar luego en una region nueva y deliciosa. Yo me siento ebrio de vivir; porque en verdad, ¿qué otra cosa es la vida sino un pantano inmundo en que á cada paso que damos, á cada movimiento que hacemos nos sumergimos mas y mas en el fango? Nadie, nadie hay bastante poderoso en la tierra para sacarnos de tanta fealdad, sino la muerte, la piadosa muerte que nos viene del cielo. Díxó veinte años mas de vida, ¿qué vienen á ser otros tantos granos mas de arena en la ampollita.—¿Cuán brevemente se deslizan en la tierra nuestra madre común, ¡cuán dulce no sería bajar á su seno! El seno de una madre, ¿pudo jamas inspirar horror á su propio hijo, que apetece el sueño y el descanso? Siento que mi espíritu combate por verse libre de su estrecha prision, volar quiere á su Padre, al único que ama y bendice á toda la creación...”

„La que con mano cariñosa me condujo por el vergel de mi infancia, aquella cuyos ojos radiaban de alegría ó decernían lágrimas, según que en mi frente estaba pintado el gozo

ó el dolor; la que con solo un beso calmaba el fuego que brotaba de mis sienas, la que hubie-
ra espido si antes que ella hubiese yo bajado á la estrecha morada de los muertos, y cuya sola imagen me trae la memoria, la beneficencia, el sublime candor, mi madre en fin, mi dulce madre—ya no existe.”

„El que iluminó mi mente para que no se extraviara en el tenebroso laberinto de las pasiones; el que con sabia mano arañaba de mi corazón la simiente del vicio, antes de que echase raíz, y procuró desarrollar el germen de las virtudes que mi tierna madre depositó en él, mi guía mas seguro, mi mas probado amigo, mi ángel tutelar, mi padre; y ¡quién sino mi padre?—ya no existe.”

„Cuando vuelvo mis ojos á lo que llevo andado del áspero sendero de mi vida, veo dos hondas huellas que marcan mis dos mayores infortunios: la pérdida de los dos seres que mas me han amado desde que fui arrojado á las playas de la tierra. ¡Ay de mí! cuando paro mi mente en esta consideracion, discurro por mis miembros un frío mortal. Fuerza es llorar en el mundo; y ahora ¿quién enjugará mi llanto?”

Pero ellos velan sobre mí;—y aunque á mis ojos parecen sin límites el espacio y el tiempo que de ellos me separan, mi razon me dice que solo Dios es infinito; que solo la eternidad es inmensurable. Ah! cuán consoladora es esta idea! la hija sublime de nuestra sacrosanta Religión, la Esperanza, vierte en mi alma un bálsamo que cicatriza todas sus heridas; sí, la Esperanza, que cuando el mortal baja al sepulcro, lejos de abandonarle, se reclina sobre la losa que cubre sus cenizas para no separarse de él jamas.—Mis miembros amortiguados recobran su vigor, no de otra suerte que como cuando el rocío de la mañana endereza sobre su tallo al mistio lirio, cuyo cáliz yacía inclinado á la tierra, sobre el seno de la madre que le dio color y vida, y que no fuera poderosa á conservárselos, si el Padre de los seres todos no enviase el rocío á la flor, así como derrama en el alma del hombre la esperanza.”

„Ah! si me fuese dado trasladarme á un sitio que el hombre no hubiese contaminado con su aliento; y allá, en medio de las selvas con-temporáneas del mundo, meditar sobre la inagotable bondad del Ser increado! ¿Qué silencio tan sublime el de los bosques! El tiempo mismo por no interrumpirle, detiene sus pisadas.—¿Vese distintamente aun las ondulaciones de la cascada amenaza que hace mecer en su tallo el tímido violetillo que al través de la espesura se destiza.”

„Cuando contemplo al iluminar del mundo que poco antes de trascorrer, aparece en el confin lejano, como sumergido en una catarata inmensa de fuego líquido; cuando veo mis ojos al espacio firmamento en que se ven las estrellas: cual fragmentos diseminados de un sol único é inmenso que bañó un dia con su lumbré á la vasta creación, cuando viene á refrigerar mi alma la violada luz de la luna, la única luz que no ofende á los ojos bañados en llanto, la que mas misero pone en el corazón del hombre criminal, la que hace en fin, que las estrellas como corridas se cubran de un diáfano velo, porque descorrido el cortinado de oro, se muestra la reina de la noche, asentada sobre su trono de alabastro; cuando tal veo, ¡Dios mio! hasta la médula de mis huesos penetra la dulzura del vivir, aun de veras la existencia, bendigo al que me hizo tan precioso don.”

„Al malvado toca, pues, huir de los hombres, no á sus victimas;—y es verdad que huyen los malvados,—pero no que buscan, ni ménos que aman la siempre apacible soledad.—¿Veis aquella nubecilla de rojo tan encendido, que cual banda de flamenco se desliza hácia el zenit en breve rato la veréis envuelta en negro humo, cual hoguera al extingüirse, y notarisis cuando todo el arulado firmamento cubierto de un pardo capuz. Muda está la naturaleza,—cual hijo obediente que se dispone á ejecutar las órdenes de su Padre y Señor.—En la espesura de las selvas veisáse ver un hombre que camina con paso vacilante, torva es su frente, su ceño aterrador; sin negro capullo flota á impulsión del viento que empuja ya á silvar; de sus hundidos ojos brota espanto; que la careana tempestad le tiene sobrecogido de terror. El ruído mugido del torrente, la atronadora voz del huracán que azota contra el suelo al empinado cedro, y arranca de raíz á la robusta encina; el relambo del rayo, la lucha en fin, de los atirados elementos, hacen que el respro, en vez de anonadarse, exhale con voz rugeñosa una execrable imprecacion... El brazo del Señor se arma de ira, y su omnipotente dedo, escribe con fuego líquido sobre el mudo negro-grido del cielo.—„Maldición al impio—maldición.—Tú se escondes el malvido de Dios?—Ah! miradé ahora,—ver los yacen sus miembros destracados, estampada está en el cielo su vil faz... ¡Ah mi Dios! Si la magnificencia de tus obras te glorifica y proclama incesantemente tu bondad, no así los corazones de los hombres, que son vasos rebo-

sando en hiel, que al mas leve toque se derrama, cavernas tenebrosas donde toda iniquidad halla cabida y que exbalan sobre el mundo en medio de la oscuridad su ambiente emponzoñado y destructor.—Sinistros pensamientos, no desgarréis mas mi pobre corazón.—¡Dios

bueno! ¡Son así por ventura todos los mortales? Mil veces no;—y aun cuando lo fueran,—son mis hermanos; bendicélos, Señor!

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

MISCELANEA

(VULGO)

MESCOLANZA.

México 1.º de marzo.

Amable Querubín.

Tu que todo lo ves, habrás ya reparado que las fachadas de los edificios de esta capital quedaron casi todas enjalbegadas y pintadas desde fines del próximo anterior, en virtud de una orden que al efecto publicaron las autoridades competentes. Como dicha orden comprende á todos los frontispicios sin ninguna excepcion, han creído algunas ciudadanas que aun con los suyos hablaba aquella disposición de policía, así es que he notado con no poca sorpresa, que de día en día aumenta el número de fachadas de carne y hueso charoladas de un color de rosa parecido al que tienen las de cal y canto; aunque es de observar que no hay botánico en México que sepa decir qué rosa es y cómo se llama la que tiene tal color.

Faroso chusco llevó el otro día en la Iglesia pues como estábamos ya en el carnaval y veía yo una tótra figura, arrodillada, es cierto, pero á mi ver, con careta, me escandalizó en gran manera, aunque bien sé que en Italia es cosa muy común que al salir de un baile de máscara, se vayan las gentes al templo en deschura. Como tú, amable Querubín, estás encargado en union de Madama Gourgués, del ornamento y policía del mas bello edificio de la creación, que es la muger, te suplico deslagas la equivocacion. en que luocentemente, han incurrido algunas damas, no sea que por fin se cumpla cierto pronóstico que en union de sus herma-

ños debió haber salido á luz en el primer número del Liceo. Dice así:

"Muchas habrá que se piten; y no se pondrán coloradas"
Y no sea tambien que tengamos que preguntar en adelante"

"¿Con que te lavas la cara,"

"Clara, que tan linda estas?"

"¿Con agua clara no mas?"

"¿No mas que con agua, Clara?"

Con códema la razon, querubín, y manda á tu amigo.—MALA-ESPIÑA.

El siguiente verso de Milton parece mandado hacer, (bien que no hay peores versos que los mandados hacer) para describir el alumbrado de las calles de México.

No light, but rather darkness visible,
Serves only to discover Signs of woe.

Porque en efecto, en dichas calles no hay luz sino mas bien *obscuridad visible, propia tan solo para descubrir miserias.*

DIÁLOGO.

—No, pues en cuanto á paciencia no hay quien dispute la palma á los alemanes, á no ser nuestros indigenas; figúrese V. que á un médico alemán, (es hecho histórico) se le vino á las nientas que convenia para el adelanto de su

ciencia contar los cabellos de un paciente suyo, y lo hizo con tal escrupulosidad que, segun dicen, reparó en pelillos.

Preguntó—Pero, hombre, el tal paciente sería tambien alemán, ¿no es cierto?

Respuesta—¡Vaya una pregunta!

Muchos hombres hay que no obstante haber concluido en las aulas el curso de medanos, para el mundo y la sociedad continuan siendo medianistas. Y es de advertir que tales gentes son las que siempre tratan de subirse á mayores; que la necesidad constantemente engendra orgullo, ó mas bien es el orgullo mismo con distinto nombre.

Encontrareis frecuentemente hombres cargados de honores, que no tienen un adarme de honor, en los cuales todo es brillo y esplendor menos su honra, que si alguna tuvieron, está ya deslustrada y marchita, pues los honores suelen hacer con la honra, lo que los alacranes, de quienes es fama que devoran á la madre en acabando de nacer.

Cuando á trueque de pensamientos solo encuentro *sonidos* en algun escrito muy difuso se me viene al magín un oceano en que solo hay dos ó tres sardinas; y me acuerdo tambien del ridiculo estrépito con que figuran la tempestad en nuestros teatros y que, segun entiendo, es causado por una caja vacía de hojadelata.

Los pueblos que inesperadamente salen de la esclavitud, como que no conocen cuan apreciable es la libertad, se conducen por lo común como aquellas aves que nacieron en una pajarera y que cuando por ventura salen de ella, bien lejos de remontarse por los aires para gozar del sol mas inestimable del Criador, se meten insensatamente en la primera jaula yacía que al paso encuentran.—Estos pajareros reptiles no merecen llamarse aves.

Los que delante de mugeres hacen alarde de sus conocimientos y vierlen opiniones exageradas ó erróneas en materia de Religion ó de política, demuestran poco seso y obran ademas como los cobardes que se jactan de animosos en presencia de niños y gente pusilánima.

Suele suceder á los sumamente memoriosos lo que á los jugadores, que ganan y pierden en muy breve tiempo y con igual facilidad.

Los mas de los criticos son como el perro del hortelano; no comen ni dejan comer.

A. N. Gran Cruz de la Real y extendida Orden de Plagiarista.

Míralo bien, Nicanor.
Eso es plagio y tu impudencia....
—Eseno es plagio, Señor,
Sino simple coincidencia.

A un verso muy largo y muy destinado.

—¡Es poema, oda ó que es?
—Yo digo que cientos

Doz pies me habías leído
Cuando te vino la tos,
Y al oírlos he creído
Que te faltan otros dos.

Cuento.

Dos mendigos se espulgaban
En medio de un cementerio,
A la sazón que pasaban
Dos frailes de un monasterio.
—¿Qué hace pues aquella gente?"
Preguntó uno de los Teólogos,
—, Hermano, si son Erenólogos,
Se examinan mutuamente"
—, ¿A decir verdad creía?"
Dijo el otro, que era esto
"Algo de Entomología!"
Y se partió haciendo un gesto.



Aciso á los fieles impresores.

Se hace presente á los discípulos de S. Juan ante portus latinum, que estamos en cuarenta y que por tanto deben apresurarse á lavar entre otras, la culpa en que suelen caer con mas frecuencia, á saber: la mortal por los cuatro costados de levantar falsos testimonios en materia de todos calibres.

Se ruega a los espesados fieles no se consideren ofendidos por que se les da este cristiano aviso ni digan que no era necesario, por haber ellos mismos confeccionado, tanto el catecismo de Hipalda, como el calendario del presente año.

Y se prohíbe por último á dichos fieles pensar

que quien les hace esta amonestacion probablemente debe el ser escritor á alguna errata de imprenta que se padeció en el libro de los destinos, porque es opinion entre reyes y gobernantes piadosísimos que Guttemberg no pasó si quiera por el purgatorio.

M. L. A. ESPINA Y BIENFICA.

JUVENTUD.

¡Cuán dulce, qué bella es la edad de los ensueños de amor y de gloria! Ardiente el pecho juvenil se dilata con los placeres, por todas partes encuentra sensaciones dulces, tumultuosas, sensaciones que para el son nuevas y que están llenas de vida y de fuego. Los sufrimientos y las penalidades causan cierto placer al joven que se empeña en vencerlos; sus quebrantos le son dulces, y sus mas crueles aflicciones se visten ese ropaje melancólico y poético que embellece algunos instantes de nuestra vida. Por todas partes busca el joven amor; en todas partes busca á la gloria; las bellas y el honor, la hermosura y la nobleza de las acciones son su felicidad, su esperanza, sus delicias y su ambición. Entonces ese joven, con sus veinte años de como la mariposa que se intrunda de gozo en el mar de colores que se desprende de una hijita; como ella se precipita, y como ella tambien caerá en el fuego y se quemará su alma y acalarán sus ilusiones. Porque el joven solo ve al mundo al través de un prisma que le pinta los objetos vivos, brillantes, seductores, al través de un instrumento mágico que le oculta los vicios de las sociedades, de los hombres todos; porque ese joven solo mira el mundo tras el velo que encubre sus ojos, tras ese velo de sus veinte años, de su fe sincera, de su alma ardiente y de su corazón apasionado. ¡Qué bella es para él la vida! Juramentos terribles, sacrificios heroicos, todo lo prodiga, porque cree hallar en cada hombre un hermano, en cada muger un ángel; porque cree todas las protestas falaces de una falsa cortesanía, porque juzga de todos por sí mismo, porque cree que todos tienen las mismas inclinaciones que él, los mismos sentimientos.

¡Desgraciado! Quizá hoy se precipita en los brazos de un hombre, llamándole amigo, llamándole hermano; y ese hombre lo arrastrará al garito y ese hombre lo llevará al lugar en que caerá la justicia y le verá confundido entre los criminales; mas todo lo sufrirá, porque ama á los hombres y disculpa sus errores, y porque ese hombre le ha hecho los votos solemnes de la amistad.—Todo lo sufrirá, quizá arrojado á los pies de esa bella jura el joven un amor eterno; recibe sin duda un *yo te amo*, recibe un juramento, y su pecho rebosa de placer y su voz le alaga entre sus lágrimas del delite, del deleite de verse amado, porque ese joven ha puesto todo su amor en esa muger, porque de ese amor pende su vida. Quizá confiando en las promesas de ese hombre, fia el joven toda su fortuna, porque es su amigo; y si ese hombre pierde mañana esa fortuna, el joven lo sufrirá porque lo ama, es su hermano, ambos lo han jurado.—Acaso entrega ese joven, obligado por la necesidad, á la honradez del hermano, del amigo, el deposito sagrado que se entregará á su honor; y el joven estara sin temer porque no desconfía de nadie, porque no ha visto al mundo mas que por su lado bello. Juventud, edad dichosa! ¡Cuán dulce crees! ¡Cuán bella! Mas si rompiéndose el prisma encantado, si rasgándose el velo que encubría los ojos del joven, puede ver claramente al mundo, su desgracia se la consumado.—¡Qué bella es la edad de las ilusiones! ¿Por qué se acaban! La muger adorada, la muger por quien vivía ese joven, era infiel; ella ha faltado á sus juramentos, ha engañado... ella ha desgarrado el velo, ha roto el prisma de las ilusiones juveniles. Ese hombre, de cuyos hechos penden el honor y la

fortuna del joven, rompe tambien ese prisma encantado, lo ha engañado vilmente, sus ilusiones han acabado; ya no hay ante sus ojos sino crímenes, engaños, perfidias. Veinte años ha visto al mundo como un Eden, veinte años ha sido feliz.—Hoy es desgraciado.—¡Qué diferencia tan cruel! veinte años... Un día mas, y la vida ha acabado y sus ilusiones se han marchitado.—¡Pobre joven! tu corazón se secará y arderán tus ojos; las desgracias se seguirán unas á otras y te martirizarán y destruirán tu seno.—La dicha ha acabado; eres ya viejo; viejo de veinte años, viejo por tus pesares, viejo ya por tus desengaños;—mas no temas si dudas de los hombres, hártelos beneficios, son siempre tus hermanos; ama á tu patria, aunque es ingrata; ama á tu familia; el amor tranquilo, el paternal, el amor conyugal te serán de alivio, el estudio te será grato. ¡Pobre joven!—Tus ilu-

siones acabaron. ¡Ah! tu eras virtuoso por tus ilusiones, sólo ahora por conviccion; es el único consuelo de esta vida, es la ilusion que le queda al hombre despues de sus padecimientos y de sus desengaños; es una ilusion que se convertirá un día en realidad, y ese día será un día terrible: es un día en que se olvida este mundo para no acordarse mas que del mal que ha hecho. Ese día es el día del descanso, es la única y verdadera felicidad... ¡Es la muerte, pobre joven!—J. M. DEL CASTILLO.

Si fuera yo juez, el temor de sentenciar á un hombre que habia robado porque sus hijos hambrientos le pedían pan, me haria perdonar á todos los ladrones.

El rico recibe con un hijo la bendiccion del cielo; el miserable ve escrita en la frente de los suyos, su desgracia, su maldiccion!

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉJICO.

D. MARTIN BURRIQUEZ DE ALMANZA.

La mentida conspiracion del marqués del Valle, y la conducta apasionada y cruel que observó la audiencia en el exámen y determinacion de los procesos habian llenado de sobresalto los ánimos de los habitantes de la Nueva-España. Calmóse un tanto esta inquietud con la venida del virey, marqués de Falces. De alma bondadosa y enemigo de medidas estrémas, no era extraño que D. Gaston de Peraltá reprobasse las tomadas por la real audiencia, ni que apenas entrado en el gobierno, tratase de remediar los males que ellas habian causado. La calificacion que esta reforma importaba de los actos de un cuerpo orgulloso, apegado al mando y no muy resignado á desprenderse de él, la vergüenza por que se le hacia pasar con la reprobacion pública de sus procedimientos; y cuando no fuera otra cosa el desseo natural que tenemos todos de concluir por nuestras mismas manos la obra que hemos empezado, empeñaron á la audiencia en buscar un medio

que la salvase de nuevas humillaciones, é hiciese respetable, y sagrada su autoridad en lo sucesivo.

La desconfianza era uno de los rasgos característicos de Felipe II. Ella le hizo mostrarse mas de una vez ingrato para con sus mejores vasallos. Fácil fue por lo mismo a la audiencia y sus papeles, introducir la duda en el corazón de aquel monarca, sobre la lealtad de su virey. Acusaron á este de favorecer. Las miras de los conquistadores, de haber enviado á España al marqués del Valle y á su hermano D. Luis, para que no tuviese lugar en ellos el castigo que merecian por su crime; en una palabra, de querer levantarse con el reino. Tan graves como calumniosos eran estos cargos: Peraltá que apenas revestido del mando, habia escrito al soberano, informándole del estado en que encontró los negocios de la Nueva-España, y de la conducta prudente y templada por medio de la cual habia logrado

calmar los ánimos bárto conmovidos con los recientes trastornos, no debía tener daño alguno de los falsos informes de sus contrarios. Importaba á estos por lo mismo que las cartas del virey no llegasen al trono. No vacilaron, pues, en interceptarlas villanamente, y lograron que se presentase ante el solo la acusación, no la defensa. Manquamente obró entonces la corte, y no bastaron ni bastarán nunca á disculpar su ligereza las esteriles satisfacciones que después se dieron al virey. Sin esperar á que este contestase á los cargos que se le hacían, despachó de jueces pesquisidores á los licenciados Jaraba, Muñoz y Carrillo, con instrucciones de que luego que llegasen á la Nueva-España, hiciesen saber á Peralta su destitución, y gobernasen según la antigüedad de su nombramiento, mientras se enviaba nuevo virey. Jaraba, el primer nombrado, falleció durante la navegación; y por su muerte pasó á Muñoz el cargo de visitador.

¿Cuál no sería el asombro de Peralta al recibir la real cédula de que era portador Muñoz! El monarca que así desconocía sus servicios, obraba engañado. Tal fué el primer pensamiento que ocurrió á su alma generosa; y persuadido de ello, trató empeñosamente de conocer la intriga de que había sido víctima. Averiguada bien pronto, hizo público el vil manejo de sus enemigos, y dispúose á partir en cumplimiento del mandato real.

1568.—La época del gobierno de Muñoz fué una época de terror. Autorizado para conocer de los procesos pendientes, llegó su crueldad hasta un punto que hizo aparecer humana, en comparación suya, la anterior conducta de la audiencia. No bastando las cárceles para contener el número de los reos, mandó construir nuevos calabozos, pero tan estrechos, húmedos y pestilentes, que un siglo después, conservaban todavía el nombre funesto del visitador. Condenó al último suplicio á personas de las familias mas principales: hizo dar tormento á D. Martín Cortés hermano por parte de padre, del marqués que había quedado en México con poderes de su hermano, y á otros muchos sujetos, cuyo crimen consistía únicamente en relaciones inocentes con los supuestos conspiradores. No podía, pues, ser mas violenta la situación de los habitantes de la Nueva-España, y hecho es conjeturar que si se hubiera prolongado por mas tiempo, se hubieran perdido los frutos de la conquista. La audiencia misma motora y causa principal del nuevo gobierno, jamás había pasado por tantas humillaciones; y ella que creyó manchada su dignidad con las

prudentes providencias del Marqués de Falces, al considerar ahora el desprecio con que era tratada por el visitador, debió ver en él el castigo de su villana conducta para con Peralta.

Por fortuna llegó á la corte la noticia de los crímenes del gobernador Muñoz; é inmediatamente se trató de poner remedio á ellos. Hallábase allí á la sazón los oidores Villanueva y Vasco de Puga que el visitador Valderrama había hecho salir de México; y fueron nombrados para llevar con toda diligencia la real cédula en que se ordenaba á Muñoz que á las tres horas de haberla recibido dejase el mando en manos de la audiencia y viniese á España á dar cuenta de su manejo. Villanueva y Vasco de Puga llegaron á México el martes santo 13 de abril, y dieron al punto parte á la audiencia de los recados que traían contra Muñoz. Grande fué el gozo que la causó esta nueva; pero era tal el miedo que aun caído le tenían, que nadie quiso encargarse de notificárselos. Por fin después de un largo debate, resolvió el acuerdo que los oidores recién llegados, acompañados del secretario Lopez de Aburto hiciesen saber el real mandamiento al visitador. Habíase este retirado á pasar la Semana-Santa al convento de Santo Domingo, y á él se dirigieron los comisionados al amanecer del día siguiente. Mucho tiempo esperaron antes de entrar; y el recibimiento descortez é insultante que Muñoz les hizo, pues apenas se dignó inclinarlos levemente la cabeza, les dio aliento para despegarse su encargo. Ejecutó Villanueva, sacando del pecho la real cédula y mandando al secretario la leyese en voz alta. Quedóse pensativo el visitador luego que la hubo oído, como negándose á dar crédito á la realidad que estaba palpando. El asombro de Muñoz no era como el de Peralta en un caso semejante el de aquel que va á sufrir una persecución inmerecida é inesperada; sino el del criminal que se siente herido del golpe cuando lo creía lejano. Al cabo de un rato contestó que obedecía; y aquel hombre que pocas horas antes se creía igual á un monarca, debió solo á la caridad de algunos vecinos el hacer, acompañado de Carrillo, el viaje su coche hasta Veracruz. Junto partieron en una flota, que estaba para darse á la vela, los dos jueces y D. Gastón de Peralta. Llegados á la corte desvaneció este cuantos cargos le imputaron y dejó satisfecho al rey de su conducta. Es fama que cuando Muñoz pretendió á su vez sincorarse, Felipe II. le dijo con enojo: "De cuédo á indias á gobernar, no á des-truir"; y le volvió la espalda sin querer escuchar mas razones. Aquella misma noche mu-

rió el visitador repentinamente.

Las desgracias pasadas habían enseñado á la audiencia á ser menos arrogante y esclusiva; y en los breves días que quedó encargada del gobierno, por la partida de los visitadores, observó una conducta prudente y templada. En octubre de ese mismo año se supo haber llegado á Veracruz el nuevo virey D. Martín Enriquez de Almazán, el cual, luego que hubo arrojado á los ingleses de la Isla de Sacrificios de que estaban apoderados, emprendió su marcha para México, é hizo su entrada en esta ciudad en 5 de noviembre.

1569.—Objeto de todas las esperanzas, D. Martín supo merecerlas, y hacer que no fueran ilusorias. Logró calmar los ánimos, y desde los principios de su gobierno dió á conocer que no pensaba seguir las huellas de los anteriores. Mudados los oficios de policía, tocaron en este año las alcaldías de México á Hernando Cutierrez Alaminiano y á Juan Guerrero; las ordinarias á Diego Ordaz y al Sr. Nuñez; la procuraduría mayor, á Gerónimo Lopez; el alferazgo real, á Jorge Mérida; la procuraduría de corte, á Melchor Legaspí; y la escribanía de cabildo á Tomas Justiniano. Una disputa que se suscitó entre los frailes de S. Francisco y algunos clérigos, con motivo de pretender estos se volviese á su convento la procesion en que por costumbre antigua iban aquellos á la Iglesia de Santa María la Redonda, vino á alterar por un momento la paz de que comenzaba á disfrutar la ciudad. Fueron vanas cuantas diligencias se hicieron para lograr un avenimiento; vinieron á las manos, tomando los mexicanos la defensa de los frailes, y no sino después de algunas desgracias logró restablecerse la tranquilidad. Cualquiera medida de rigor en aquellas circunstancias hubiera sido de funestas consecuencias; contentóse por lo mismo el virey, (y era tambien lo mas conforme á su natural bondad,) con imponer penas muy leves á los principales culpables en aquel alboroto. En este mismo año fundó Bernardino Alvarez, previas las licencias necesarias, el hospital de San Hipólito.

1570.—Asuntos graves opearon á Enriquez en el siguiente. Gansaban los chiebineses largo tiempo hacia graves daños en el interior; y si que hubieran permitido poner remedio á ellos los celos y miserables intrigas de que entonces se ocupaban las autoridades. La impunidad aumentaba su osadía, y los males eran cada vez mayores. No satisfecho el virey con haber mandado á Juan Torres de Lagunas, alcaide mayor

de aquella comarca, que reuniese las milicias; y saliese á castigar á los rebeldes, quiso el mismo participar de aquella jornada, y partió á incorporarse con el alcaide. Ignóranse cuáles fueron los resultados de su cooperacion; mas se consiguió su objeto, pues se obligó á los indios á dejar libre aquel territorio, después de haberlos hecho un gran número de muertos. La historia de aquellos tiempos que tiene tantas páginas manchadas con crímenes, tiene tambien algunas que interesa conservar para honor y consuelo de la humanidad. La ley de la imparcialidad impone al historiador el deber de presentar unas y otras en toda su deformidad ó belleza. Mal pudiéramos, pues, omitir un rasgo que hará cara para siempre la memoria de D. Martín Enriquez. En medio de los horrores de la campaña, tuvo particular cuidado este virey de que no se hiciese daño á los niños indios que caían en manos de los soldados, y concluida la jornada los hizo traer á México, y los distribuyó entre las familias ricas para que les diera una educación cristiana. Con el objeto de defender el país de nuevas invasiones, fundó en el mismo teatro de la guerra una colonia, á la que llamó de San Felipe, en honor sin duda de su soberano; y le dió el título de villa.

1571.—1572.—1573.—Tal era el estado de los negocios cuando llegó á México el Sr. D. Pedro Moya de Contreras con el cargo de inquisidor, enviado por Felipe II para establecer el tribunal de la fe en esta ciudad. Temeroso el monarca de que las ideas que entonces proclamaba en Europa la reforma, lograsen partidarios en la Nueva España, hizo á sus habitantes este funesto presente. Luego que la audiencia examinó los recados de Contreras, se procedió á nombrar los oficiales y dependientes del Santo Oficio; lo cual se verificó con gran solemnidad en la Iglesia de Sto. Domingo. A poco llegó tambien el Dr. Destro Sánchez, jesuita, con otros varios religiosos de la misma orden; contaban con el favor del virey, que siempre les tuvo mucha afición, y con el de las corporaciones y particulares mas respetables, de suerte que no les fué difícil llenar cumplidamente su misión. Fundó el Dr. Sanchez el colegio en unas casas que le cedió Alonso Villaseca, y se trasladó á ellas con su comunidad el día 24 de diciembre de 1572.

Por este tiempo estableció Enriquez la alcabala; y aunque los mercaderes se opusieron á esta medida, nueva enteramente para ellos, alegando que con ella se daba un golpe mortal á sus giros, no por eso pudieron conseguir

que el virrey la suprimiese; porque este juzgaba, y no sin fundamento, que el comercio habia llegado á un punto de robustez en que no podían acabar con él providencias de este genero.

1574.—1575.—Mas no encontró igual resignacion de parte de las órdenes mendicantes. Habia recibido D. Martin una real cédula, en la cual se le ordenaba, que no fuese admittido en estos países ningun prelado que no trajese la competente licencia del consejo de Indias, ó que no la presentase á las autoridades civiles para tener su beneplácito antes de empezar á ejercer su ministerio; que se obligase á los de Nueva España á dar cada año una cuenta exacta del número de monasterios y religiosos que hubiese en ellos,—con expresion de su edad, realdad, y del genero de ejercicio en que se empleaban; se mandaba por último, que los prelados avisasen al virrey ó la audiencia, qualquiera variacion que intentasen hacer en los cargos conferidos á sus súbditos. Las órdenes creyeron que con esto se atacaban sus privilegios y excoñciones; y que la autoridad temporal metia su dedo en mies agena, pretendiendo alterar lo que ya estaba establecido por las leyes eclesiasticas y por las de sus institutos, únicas á cuya obediencia podia estrechárselas en esta materia.—Así lo representaron á la corte por medio del comisario que en ella tenían, haciendo un gran alarde de los importantes servicios que habian prestado y continuaban prestando á la religion y á la corona. Apoyó todas sus razones Fr. Domingo de Salazar, obispo de Filipinas, y alcanzaron por fin que se sobrestoyese en el asunto, conservándose las cosas en el mismo estado. Mas que por la justicia de su resistencia, moviése la corte á no llevar al cabo estas providencias por la escasez que entonces habia de misioneros, y por consideracion debida, sin duda alguna, á personas tan beneméritas.

1576.—1577.—En esta se entendia, cuando comenzó á anunciarse una peste entre los mexicanos, la cual, creciendo rápidamente, acabó con millares de familias. Ignórase cuales fueron sus causas, y cuál el lugar que primero sufrió sus estragos. Lo que se sabe es que recorrió casi todo el territorio de la Nueva España, y que no bastaron á detener sus progresos ni á precaver sus efectos, ni los auxilios de la ciencia, ni la vigilancia y esmero de las autoridades. Sus síntomas consistian en un fuerte dolor de cabeza, al cual seguia calentura, sintiéndose al mismo tiempo un ardor que abrasaba al paciente y que nada era capaz de aliviar. Ningun apestado llegaba al séptimo dia;

todos morian en tan breve tiempo. Notóse entonces que no más entre los mexicanos cundia la epidemia, y que solo uno que otro español fué su victima. Esta circunstancia hace que no aparezca heroico el celo con que estos asistieron á los enfermos; no obstante, no necesidad de este nuevo mérito para que le consagremos un recuerdo de gratitud. Distinguiéronse especialmente las señoras en acudir con socorros de todo genero á los pacientes, y esta conducta noble y desinteresada les granjeó la estimacion y el reconocimiento público. Habian pensado el virrey y el arzobispo en levantar hospitales, pero era inútil este arbitrio, porque á esto estaban reducidas las ciudades, los pueblos todos. Creese que llegó á dos millones el número de los muertos. Fuése calmando un tanto la peste, luego que cesaron las lluvias; y á la entrada del invierno de 1577, habia ya casi desaparecido.

1578.—1579.—En este año mandó Enriquez que no se cobrase á los indios el tributo que debian pagar anualmente, cuya providencia no contribuyó poco al alivio de aquellos desgraciados. Mas no limitó á esto su atencion paternal el virrey. Apesar de las humanas leyes dictadas por los reyes católicos para mejorar su situacion, y contener á los encomendados, apesar de las frecuentes amonestaciones y reclamos de sálidos y respetables misioneros, la raza conquistada sufría grandes vejaciones y trabajos. En las minas era donde se trataba á los indios con mas crueldad. En ellas estaba cifrado todo el porvenir de aquellos ávidos especuladores y á juzgar por los cortos momentos de reposo que permitian á los indios, no parecia sino que habian de disfrutar todos los tesoros que encerraba en sus senos la Nueva España. El virrey trató, pues, de remediar estos abusos, y para ello mandó que no se les obligase á permanecer en las minas esclavamente, sino que antes bien se les diese tiempo suficiente para cuidar de sus propios haberes y trabajar en el beneficio público, pagándoseles el competente salario.

Esta conducta benéfica y prudente iba haciendo renacer la esperanza de alcanzar mas felices dias. Los últimos de su gobierno fueron turbados por una ocurrencia que conviene mencionar. Habia ido á ver á D. Martin el comisario de los franciscanos, Francisco Rivera, para tratar con él de un negocio. El virrey le hizo esperar largo rato, y al cabo no le dió audiencia. Creyó el comisario que este era un desaire á su comunidad, y habiéndosele ofrecido á pocos dias predicar en la Catedral, dijo

en el sermón estas palabras con ánimo de raer al virrey: „en palacio á todos se iguala, ni se hace diferencia entre eclesiasticos y seculares.“ Enriquez, que conoció inmediatamente la intencion del religioso, se quejó al acuerdo y pidió su castigo. La audiencia libró una orden para que Rivera marchase á España. Para eludir aquella pena juntó el comisario á todos los religiosos, y cantando el Salmo *in terra Israel* salieron en procesion de la ciudad, y en el mismo orden tomaron el camino para Veracruz. Supo por entonces reprimir el virrey su enojo, y escribió á Rivera en térmi-

nos muy comedidos que se volviese, que los animos andaban alterados con este escándalo; y que se le haria la justicia que reclamaba. Volvió en efecto el comisario, y á poco recibió una cédula del monarca para que marchase á España, pues estaba informado por su virrey de los grandes atentados que habia cometido.

1580.—La abundancia de lluvias causó este año una inundacion en la ciudad, y entendiá D. Martin Enriquez en la construction del canal de Huehuetoca, cuando fué promovido al virreinato del Perú.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

LA MIRADA DE AMOR.

ERA la tarde: sentado
De un castillo junto al muro
Tierno canto de amor puro
Entonaba un trovador;
Y así cautando decía
Al son del arpa sonora:
„Mas no te pido, señora,
Que una mirada de amor.“

„Ya la noche se acerca,
Y del sol en tus almenas
Débil rayo toca apenas,
Eclipsando su fulgor:
No bogas que á mi vista robe,
Tendida la niebla oscura,
La expresion de tu ternura
Ex entrada de tu amor.“

„Acude ¡hermosa! ninguno
Ha de amarte cual yo te amo:
Oye el sentido reclamo
De tu constante amador:
Yo entretegué tus desvelos,
Entonando dulce canto;
Y tú... me niegas en tanto
Una mirada de amor.“

„Yo he lidiado en Palestina
Y de gloria me he cubierto,
Al vptar por el desierto
Mi corcel batallador:
Pero muy mas me enagena
Que del triunfo los loores
De tus ojos seductores
Una mirada de amor.“

„Cuando tras duros encuentros
Volví á tus muros triunfante,

Vi tu angelico semblante
Encendido de rubor.
Tú apenas me dirigiste
Una lánguida mirada,
Que era del cielo inspirada,
Que era mirada de amor.“

„Hermosa mia! si ornara
Mi sien altiva corona;
Si de la una á la otra zona
Fuera absoluto Señor:
De tus encantos llevado
Trocaría mi grandezza
Por tu mágica belleza,
Por tu mirada de amor.“

„Oye benigna, Señora,
Los tristes suspiros míos:
Que yo temo tus desvios:
Mas que del moro el furor:
Que yo rendido te adoro,
Que yo pongo mi ventura
En mandarte mi ternura
Y una mirada de amor.“

Ruido entonces se apercibe:
Y una ventana se abre,
Do la dueña aparecia
Del alma del Trovador.
La voz cesó; brilla luego
De la hermosa enamorada
Una lánguida mirada,
Una mirada de amor.“

N. T. FERRER.

México Marzo de 1844.

ELECCIONES INGLESA.

(HISTORIA DE 1841.)

Queriendo el camino que se estiende de Derby al pequeño pueblo de Dumphrey, sir Jorge Averson se entregaba por la primera vez de su vida a reflexiones bastante serias. Por la primera vez se encontraba en una situación grave y solemne. El galope de cuatro caballos que tiraban de su silla de pósta, lo llevaba a un mundo nuevo. Hasta esta época, sir Jorge se había consagrado enteramente á los ejercicios cómodos y fáciles de una vida holgazana; había sobrealado en Londres en las prácticas elegantes de la moda y de los placeres, disipando alegremente su fortuna, y aun alguna cosa mas. En el curso de esta brillante existencia, había viajado con frecuencia; pero siempre para su recreación; un viaje á negocios era para él una novedad, y por esta razón encontraba en él un cierto encanto. ¿Que irá á hacer sir Jorge á Dumphrey? La respuesta á esta pregunta era un suceso que las gacetas no podían tardar en descubrir al público.

Ya hemos dicho que sir Jorge se había dejado llevar por sus prodigalidades; mas allá de lo que le permitían los límites de su fortuna. Después de haber devorado su capital, había tambien agotado su crédito y la paciencia de sus acreedores. Siflado por una formidable artillería de memorias y letras de cambio, batido en brecha por todos lados, reducido á vendérsese por hambre, ó á dejarse asaltar á viva fuerza, el héroe se vio obligado á dirigirse á uno de sus parientes, cuya opulenta benevolencia lo había socorrido en otras ocasiones en circunstancias bien criticas; pero los parientes más generosos se cansan al fin como los acreedores más considerados, y aquel le había respondido que estaba pronto á hacer un último sacrificio de tres mil libras esterlinas pero con la condicion espresa de que esta suma seria bastante para regularizar la posición de su gobierno. Sir Jorge, pues, debía mas de veinte mil libras, y no siendo negociante, no podia ser admitido al beneficio

de una bancarota. Una prision por deudas era inevitable, y nuestro desgraciado zángano, viendo aproximarse el momento fatal, procuró distraerse y disfrutar de lo que le quedaba. Arreó con indiferencia sus últimas monedas de oro, sobre la carpeta verde del Club Crockford, y despidiéndose así del juego que lo había maltratado en su prosperidad, encontró un buen cambio; ganó en una sola tarde cinco mil libras esterlinas.

Con este dinero podia entretener á sus acreedores por algunos meses; pero las apuraciones debían renacer despues. La fuga y un viaje por el continente no le ofrecian recursos más durables; acostumbrado á vivir ampliamente, habria bien pronto acabado con su pequeña fortuna, y entonces ¿qué seria de él? Incierto del partido que debería tomar, sir Jorge que rarisimamente pensaba en la política, abre maquinalemente un periódico, y lee á la cabeza de la primera columna un artículo que anunciaba la disolución de la cámara de los comunes. — «Nuevas elecciones! ¡ved ya mi negocio! grita el favorecido jugador.» Las cinco mil libras que he ganado, y las tres mil que me dará mi tio, son suficientes para librarme de las garras de mis acreedores. Estoy bastante rico para arrancar una mayoría y ponerme á cubierto bajo la inviolabilidad parlamentaria.

Este medio practicado tan frecuentemente por los disipadores ingleses ofrecia á sir Jorge grandes ventajas. Con astucia y algunas capitulaciones de conciencia, debía asegurar su posición y rehacer su fortuna. Ya no pensaba mas que en escoger bien el terreno para no perder sus avances, y en emprender el camino más practicable. Entonces sir Jorge se entrega á estudios profundos de geografía política, y despues de haber recorrido el mapa, se fija en el lugarejo de Dumphrey que reunió, para él, condiciones muy preciosas: electores en poco número: un país pobre: can-

didatos oscuros y poco temibles: y en fin la vejez de un magnifico castillo habitado por lord Stambly, que ejercia una influencia notable en la comarca.

Despues de un maduro exámen y cálculos fiados sobre buenos informes, sir Jorge aguarde como cierto el buen éxito. El procurador encargado de sus negocios se compromete formalmente á entretener á los acreedores por tres semanas. Este era un tiempo mas que suficiente para poder llegar al punto. El candidato, pues, parte alegremente para Dumphrey llevando su eleccion en la cartera. ¡Feliz país donde se puede uno elevar al rango de legislador, y asaltar un asiento en el parlamento con el producto del juego.

Siguiendo su camino sir Jorge se abandonaba á sueños dorados; el porvenir le parecia adornado de los mas resplandecientes colores: la eleccion era á sus ojos una comedia llena de escenas divertidas. —Yo sé bien mi papel, decia, lo desempeñaré con seguridad; seré complaciente, liberal, elocuente y dare un buen convite á mis electores, me aplaudirán, y llegaremos sin dificultad á un fin feliz y previsto.

El carruaje se detiene para mudar caballos. —¿Dónde estamos? pregunta sir Jorge. —En Ferness. —¿Cuántas millas hay de aqui á Dumphrey? —Veinte y ocho. Llegará V. antes que se ponga el sol. —Pues caminemos, poned buen tren. Yo pago doble.

El postillon iba á lanzar sus caballos, cuando un correo que venia á toda carrera le hizo señal de que aguardase, y presentándose á la portezuela del carruaje dijo: «¿Quien es sir Jorge Averson?»

—Yo. —Ved una carta que os dirijo M. Hopkins. Sir Jorge la abre y ve que no contenia mas que estas cortas palabras.

«Deteneos en Ferness, ó en otra parte, y dispones para no llegar á Dumphrey sino de noche. Yo os aguardaré.»

Hopkins era un agente electoral á quien sir Jorge habia encargado sus intereses. Este aviso habiera producido inquietudes á candidatos vulgares, pero sir Jorge estaba dotado de una confianza cuya seriedad ninguna cosa podia turbar.

Este diablo de Hopkins, decia para sí, es hombre misterioso. Está disponiéndose indudablemente alguna sorpresa.... Sí, ya veo

lo que esto pueda ser; quiere que yo llegue de noche por que me ha preparado una iluminación. Sea así, aguardaré para hacer mi entrada triunfal en mi buen lugar de Dumphrey.

Ocupado de esta idea que halagaba su amor propio, sir Jorge se resigna facilmente á pasar dos horas en el pueblo de Ferness. Al caer el día, se puso en camino y su sorpresa fue grande cuando al aproximarse á Dumphrey advirtió que toda la poblacion estaba envuelta en las tinieblas mas profundas. Un hombre lo aguardaba en el camino: éste era Hopkins.

—Descended de vuestro carruaje, le dice el agente electoral, y venid á pié conmigo. No seria prudencia hacer ruido.

—¿Porqué es esto? le pregunta sir Jorge que comenzaba á perder una parte de sus ilusiones.

—Es porque nuestros adversarios no duermen mas que con un solo ojo.

—¿Y hien! mi presencia sola ¿no debe confundirlos?

—Sin duda; pero en atención á que es seguro nuestro triunfo, podrian vengarse, haciendo un pesado recibimiento.

—Y mis amigos ¿no están para hacer que estos hielacos entren en razón?

—Vuestros amigos no lo serán sino cuando hálvales contado con ellos.

—Yo tengo lo necesario para asegurarme de su adhesión.

—¿Cuánto traeis? —Seis mil libras esterlinas á mas de las dos mil que ya os envíe.

—Es bien poco, para la tasa en que estan los sufragios hoy. ¡La mercancia electoral! sube de precio todos los dias! Me he dirigido ya á los whigs y á los torys; casi casi estan al mismo precio. Sin embargo, por la cantidad, me ha parecido que haria mejor mercancia de torys, y he hecho mis ofertas y mis demandas á este partido. Pero tendríamos, puede ser, mucha dificultad en salir de este paso con ocho mil libras.

—Con todo esto, por esta suma siempre se ha podido poner un sitio al parlamento.

—En otros tiempos esto era nada; pero ¡la industria ha hecho tantos progresos! Si esta continúa, las voces concluirán por ser tan caras en las elecciones como en la ópera. Los electores se harán pagar como los tenores.

—Los dilettanti políticos se harán entonces bien raros. La Inglaterra no será bastante rica para gozar del gobierno constitucional.

—Yo me lo temo. Pero de aqui allá tene-

mos bastante tiempo, y tomando bien nuevas medidas, comprando á bajo precio algunos votos de deshecho, podremos aun llegar. Yo ya he hecho un buen empleo de las dos mil libras que me mandásteis; he dado arras á algunos centenares de electores que aguardan el libramiento completo de sus sufragios. La nota de este gasto monta á novecientas libras.

—Resian mil cien.
—Además, he alquilado la hospedería de las *crinas de Escocia*, donde vuestros electores serán alojados, y donde se les dará de comer y de beber á vuestras expensas. Por esto me han pedido diez libras á cuenta de trescientas del convenio.

—Novecientas y trescientas hacen mil y doscientas.

—Aguardad. He alquilado en vuestro nombre la principal casa del lugar, y pagado integramente el precio del alquiler de tres meses á razón de cincuenta libras por mes.

—¿Tres meses decís? Es inútil; las elecciones no duran mas que quince días.

—Es necesario tener todo previsto, podeis ser detenido por mas tiempo en *Dumphrey*.

—¿Cómo?

—Seguramente. ¿No podeis recibir en la noche electoral alguna herida grave que os ponga en la imposibilidad de regresar inmediatamente á Londres.

—Verdaderamente no habia yo pensado en este peligro.

—Tranquilizaos. He hecho venir, y siempre á vuestras expensas, al mejor cirujano de Derby, un hombre admirable para las amputaciones. Estará á vuestras órdenes por todo el tiempo de las elecciones.

—Estos aseguranse mucho.

—No estodo. He hecho establecer en vuestra casa una botica completa, y ciento cincuenta cajas, donde serán recibidos y asistidos los vuestros que salgan contusos. Se pondrá arriba de la puerta un rotulo con estas palabras: *Hospital para los electores del honorable sir Jorge Anerson*. Esta es una atencion delicada que no puedo dejar de producir un efecto excelente.

—¿Por el contrario! Esta precaucion va á espantarlos.

—Todo es debido, ellos lo aguardan. Saben los riesgos que corren, y hay gentes honestas que lo recibirán por su dinero. Muchos de ellos han pasado ya por esta prueba, y llevan honrosas cicatrices. El país es célebre por su calor

en este género de negocios. Tenemos en *Dumprhey* un gran numero de maucos, cojos y tuertos, reducidos á este estado por las elecciones. Ved por qué son tan caros los sufragios. Hay lugares en que el simple voto es mas á bajo precio, pero se estipula una indemnizacion á los heridos y á la familia de los muertos: aqui muertos ó heridos nada tienen que reclamar, lo que no deja de ser una buena economía.... Recapítulemos: el alquiler, el cirujano, la botica, el hospital hacen quinientas libras, que unidas á las mil doscientas contadas ya, suman mil seiscientas. A mas de esto, he depositado doscientas guineas en casa de un notario para el caso eventual que haya de repararse la casa que habitareis.

—No he comprendido bien este artículo.

—Nada hay mas claro. Inevitablemente los vidrios de vuestra casa serán rotos desde el primer día, y no tendréis la simpleza de hacerlos reponer inmediatamente, y asi este será un solo gasto.

—¿Romperán tantos que llegue á doscientas guineas de vidrios?

—No; pero es cierto que el estrago no se limitará á esto. Romperán tambien las ventanas y las puertas. He dado lanza segun se acostumbra por estos pequeños deterioros; si acontece algo de mas importancia...

—¿Qué cosa?

—Si por ejemplo, como ha acontecido innumerables ocasiones, la casa es demolida, el propietario tiene su recurso contra vos: en esto no cabe duda, pero ha tenido la delicadeza de no exigir ninguna garantía: para este caso excepcional: se contenta con su derecho y accion que los tribunales le dan contra vos, si no lo ejecutais de buena gana. Es verdad que la cualidad de representante de la nacion os pone á cubierto por algun tiempo; pero tambien lo es que vuestro encargo no es eterno.

—Si malno cuento, tenéis que justificarme el empleo de cien libras.

—Ved mi memoria en la que encontrareis el detall, esta suma se ha gastado en pequeñas partidas....

—Veamos por un sombrero forrado en cobre... tres guineas, por una cota de maya veinte guineas.

—Si, vuestro traje el día que habéis sobre los *hustings*. La cota es muy flexible y se pone debajo del vestido. Esta os defenderá. Es necesario estar armado de punta en blanco en estas ocasiones. Son honderos hábiles, y probablemente no os escusarán algunas piedras lanzadas con mano segura. Estando bien equi-

pado, estareis libre de contusiones, y los golpes no os impedirán proseguir vuestro discurso. Solamente tendréis que proteger vuestra cara, la costumbre desgraciadamente no permite llevar una máscara ó una visera. Pero encasquetádoos bien el sombrero y metiendo bien la barba en vuestra corbata, no dejaréis mas que un pequeño blanco á vuestros tiradores. El mas grande peligro existirá cuando descendais del tablado; mas si vuestros adversarios se muestran muy animados contra vos, haréis venir un escudron del regimiento de dragones que se halla en Derby. Sobre este particular ya he escrito al coronel. Con los dragones habrá indispensablemente una batalla; pero esto nada importa; puesto que no teméis que dar ninguna indemnizacion á los heridos y á los muertos. Ya no nos resta mas que un mal, y es, que la fuerza armada os costará bien trescientas libras, y entonces no os restan para los sufragios mas que seis mil. Si no tenéis un número considerable de votos gratuitos, no saldremos bien con vuestra empresa. Segun me parece, os he oido decir que lord Stamby apoyará vuestra pretension. Esto será bastante. Lord Stamby dispone de cuatrocientos sesenta y ocho votos. Pero ¿cómo lo habéis decidido en vuestro favor?

—Lady Stamby es la que me ha prometido la proteccion desumariado.

—¿Le habéis hecho la corte? Esto es ser hábil. Por otra parte, ¿es tan coqueta! ¿Qué listima que ya tenga cincuenta años! Es necesario, absolutamente necesario que vayais al castillo á recordar á Lady Stamby su promesa.

la que ella cumplirá si os conducís como conviene con ella. Un candidato debe ser ciego é intrépido.

—¿Cómo! ¿vos creís?

—Cerrad los ojos, sed bravo, y nada es de temer, con tal que venzáis. Mis deseos os seguirán y arrancaré para vos sufragios, mientras que venéis allá abajo.... Á proposito, ¿habéis traído vuestras armas?

—En mi carnaje tengo pistolas de viaje.

—El mayor Hogarth, uno de mis amigos, os presentará sus espadas y pistolas de combate; tambien se ha puesto garbosamente á nuestra disposicion para servirlos de segundo con migo en todos los duelos que tendréis.

—¿Todos los duelos de él?

—Si, ni querido Hopkins, es indispensable. Muchos de vuestros adversarios políticos se han hecho inscribir en vuestra casa. Este es un medio de deshacerse de un competidor: poned nosotros los haremos entrar en razon. Vos habéis hecho ya vuestras pruebas, ya, ya lo sé, y tambien que vos sois un campeon fuerte y temible.

—Si, mi querido Hopkins, y todo lo que me habéis dicho ha sido bastante para inspirarme una buena resolusion. Enviad á buscar los caballos.

—Vuestro carruaje está listo.

—Entonces yo parto, adios.

—¿Para el castillo de lord Stamby?

—Para Douvres, y de allí para Paris, donde aguardaré con los seis mil libras que me restan la herencia de mi tio.

(Traducido para el *Liceo* por J. P. T.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

NAPOLEÓN.

PRIMERA ABDICACION.

Los años de 1812 y 1813 habian pasado con grandes desengaños y terribles recuerdos para el genio que legó su nombre á su siglo. Las legiones de este genio invadieron en el primero la Rusia; los soldados que las componian en su mayor parte, habian sido vencidos por él en Arcole, Marengo, Austerlitz y Jena. En dife-

rentes idiomas se escribia la orden del día, que tenía por objeto obedecer la voluntad de un solo hombre: ese hombre era *Napoleón*. Los soberanos de esos soldados casi le hicieron en Dresde, el servicio de educacion. A su voz toda era vida y animacion: su presencia electraba aquellas masas, que marchaban con



orgullo bajo sus banderas. Inicióse la campaña más sorprendente del mundo en el paso del Niémen. Las sangrientas victorias de Witepsk, Smolensk y la Moskowa le abrieron las puertas de la ciudad. Santa; pero Moscú incendiada, daba un fémebre reflejo á las águilas vencedoras de Napoleón. Después de algunos días en que inútilmente esperó éste la paz de parte del Czar, y viendo que no podría subsistir con un numeroso ejército en un país incendiado y arrasado y que se hallaba á 800 leguas de su capital, dispuso la retirada. La explosión del Kremlin le anunció á los moscovitas y esa explosión los volvió en sí. Napoleón y sus tentáculos se retiraron; mas su retirada fué la de un león. Los rusos astutos y con un patriotismo llamado por algunos bárbaro; pero acaso el más calculado, se habían retirado sacrificando cuanto podían sacrificar para que un enemigo no hallase en un desierto triunfo, ningún auxilio que pudiera alentarle para permanecer en el suelo de la patria: ahora que retrocedo, de todas partes salen á cortarle la retirada, retirada que podría valerles más celebridad que la que sus atrevidos habían adquirido en Plutava. Los cosacos del Don, Nieper y Volga salían á reunirse á los diversos ejércitos que seguían las huellas del emperador de los franceses. Esos hombres rudos, esos tártaros no se detendrán hasta llegar á París. La naturaleza misma en Rusia pareció afectada de patriotismo, pues poniéndose el termómetro á 48° bajo cero, el invierno fué el más helado que tuvieron los rusos. Se estremeció el alma al considerar lo que los franceses tuvieron que sufrir, y se llena de admiración á la idea, de que medio de privaciones de todo género, y luchando con los elementos, en donde quiera que habían frente á un enemigo tenaz y vengativo, numeroso y salvaje, obligaban á la victoria á permanecer en sus banderas. Eugenio Baguharnals en Malojarslawetz y Ney cubriendo la retirada se inmortalizaron de nuevo, y Napoleón y su ejército al pasar el Berezina, con sorpresa y deshonra de los generales rusos Tchichagof, Wittgenstein y Kutusof.

Napoleón llegó á Molodeczno para dirigirse á Wilna y tomó sus disposiciones después de haber dictado su tremendo vigésimo noveno boletín de partir para Francia, dejando el mando á su cuñado Murat rey de Nápoles, que no supo corresponder á sus esperanzas y el ejército se desconcertó, en lo que influyó también el excesivo frío por haber dejado de nuevo el termómetro hasta 27 grados bajo cero y

las escandalosas deserciones del príncipe de Schwartzemberg y del general York. Atanto desastre el príncipe Eugenio supo hacer frente con un esfuerzo y heroicidad que le aumentaron la bien adquirida fama que disfrutaba en todo el ejército.

El 18 de diciembre, Napoleón llegó en la noche de incógnito á París, creyéndosele todavía en Wilna, en términos de que se le rehusaba abrir las puertas de su palacio de las Tuillerías. Cuando se supo que estaba en el recibiendo las felicitaciones y protestas de adhesión de todos los cuerpos del imperio y que se había salvado de los hielos de Rusia, quedó absorbida la Europa.

Llegó el año de 1813 y en el tuvo Napoleón que prepararse á nuevos combates contra toda la Europa coligada é instigada por el rey de Inglaterra ó más bien por el espíritu dominante y constantemente impulsado hasta cerca de la tumba por Pitt, el ministro más desinteresado de su país, y el enemigo más fatigable de la Francia en cuantas épocas la historia pueda señalar la rivalidad de esos dos pueblos. Mayor influencia tuvieron para castigar en Alemania el odio ciego al extranjero las voces sonoras y consoladoras de libertad y patria, que los monarcas modulaban para entusiasmá á los pueblos y llamarlos al combate, aunque después nada les cumplieron de sus ofrecimientos. La juventud ocurrió frenética á ese llamado, y hasta los estudiantes de las universidades se colocaron en masa en los regimientos. Las asociaciones de *Tugend-Bund* desarrollaron todo su poder y prestigio, organizando y fomentando los enemigos de Napoleón.

Este creó en el momento un nuevo ejército de conscriptos que con los rusos del que tan hábilmente había podido conservar Eugenio, se puso frente á frente de sus enemigos. El número de estos se aumentaba de día en día y el Jacobino sargento Bernadotte que por la protección de Napoleón llegó á ocupar el trono en que se había sentado Gustavo Adolfo y que obtiene hasta el día, tomó parte contra su bienhechor y sus antiguos compañeros de armas. Semejante defecion era preludio de otras no menos vergonzosas. Por otra parte la diplomacia europea se adornaba con el ropaje de la hipocresía y de la perfidia más degradante.

Abrióse la campaña bajo auspicios favorables para las armas francesas; pero en los encuentros sucesivos que tuvo Napoleón perdió á sus antiguos y leales mariscales Bessieres y Duroc, dejándole un hueco en su corazón.

Solicitóse por los aliados un armisticio funesto á Napoleón; pero aun mas lo fué la mediación del Austria, porque esta quería ganar tiempo para hallar mejor oportunidad y aprovechándose de ella colocarse con toda seguridad en contra de Napoleón: así fué y el emperador Francisco se adhirió á la coalición faltando á los deberes de familia y gratitud hacia el esposo de su hija.

La espléndida victoria de Dresde que valió un trofeo glorioso para el emperador Napoleón y sus valientes, sirvió de grande escarmiento para los aliados; pero para nadie fué mas severo como para el desgraciado vencedor de Hohenlinden. Moreau, el republicano Moreau abandonó su retirada mansión de los Estados Unidos de América para ir á ponerse bajo el sueldo de los monarcas á quienes había combatido, y ahora se convertía en soldado de ellos para satisfacer innobles venganzas propias y ajenas. El ejército se horrorizó al ver en las filas enemigos dos desertores de las suyas, Moreau fué desgraciado, como feliz Bernadotte: una bala de una pieza de la guardia imperial apuntada por el mismo Napoleón llevó dos piernas á aquel. Este hecho fué singularmente notado por ambos ejércitos y como un castigo de haber desovainado la espada contra sus compatriotas.

Después de varias acciones terribles llegó el momento en que se presentasen en los campos de Leipsick los ejércitos todos de las cuatro naciones mas poderosas del continente, con sus soberanos á la cabeza, para decidir entre torrentes de sangre á quien debería corresponder la supremacía del mando y la opinion (1.) Quinientos mil combatientes y tres mil piezas de artillería reunidos en este campo de batalla harán estremecer á la humanidad aun en lo mas remoto de las futuras generaciones. El odio del nombre francés de los pueblos del Norte y del Este, atraídos por las alhajeadas promesas de libertad, los ha hecho concurrir á este espantoso drama (2.)

Presentos Napoleón á tan horrendo duelo lleno de confianza, por que su ejército, aunque nuevo, estaba inspirado por la gloria y por la inmortalidad. Sin embargo, Napoleón no pudo menos que exclamar: "Este día, tíjalo montar á caballo, va á resolver una gran cuestion. Si vencemos todo puede repararse; si somos vencidos, es imposible prever hasta donde se es-

tendrán las consecuencias." La acción comenzó por tres cañonazos, y cuando una parte del ejército francés emprendía un movimiento importante y decisivo para una de sus alas, los sajones y wurtembergueses desertaron de las filas del ejército, pasándose á Bernadotte y en este acto volvieron su artillería contra los que un momento antes eran sus compañeros. Solo permanecieron fieles Poniatowski y sus bravos polacos, amigos fieles y decididos de los franceses; con todo y esto ni de ellos ni de Napoleón jamás recibieron recompensa: semejante indolencia debió helar su alma. Al saber Napoleón aquel horrendo suceso quedó inmóvil sobre su caballo, levantó sus ojos al cielo, y exclamó con voz terrible. "Infamia," Miles de voces agüieron la suya (1.)

La desercion de los sajones desconcertó todos los planes de Napoleón: la acción iba presentándose cual debía ser; desentajados para él. Las municiones de los franceses se habían agotado primero que su sangre: en esta batalla cada hora á instante comprendía un revers; en fin, Napoleón se retiró por la primera vez del campo de batalla sin haber vencido. Antes de retirarse hizo llamar á Poniatowski para que cubriera la retirada, sosteniéndose en la ciudad de Leipsick.—Príncipe, le dijo, defenderéis el arrabal del Sur.—Señor, tengo muy poca tropa.—Y bien, lo defenderé con la que me quede.—Señor, lo harémos; pues estamos dispuestos á hacernos matar por vuestra M." El valiente polaco, con los débiles restos de sus bravos soldados fué á su puesto. Por la precipitación en hacer saltar el gran puente sobre el Elster, quedaron cortadas varias divisiones del ejército francés, y entre ellas la del príncipe Poniatowski, quien herido de un brazo intentó pasar á nado el Elster, y en el halló una bandera de los valerosos y desgraciados polacos (2.) Napoleón en el campo de batalla lo había hecho momentos antes mariscal del imperio; agobiado de dolor por la pérdida de tan generoso y leal compañero, dispuso sus funerales con toda pompa y celebridad. Los vencedores y vencidos lloraron sobre la tumba del último de los polacos (3.)

El ejército francés cubierto de luto y aun de gloria, porque bien podía sucumbir no sin ella, se retiraba por Eúrtz para Francia sosteniendo diferentes acciones. El rey de Nápo-

[1] *Norvina* historia de Napoleón del año de 1813 tomo 4.º

[2] *Norvina*.

[1] *Monarcas del Duque de Vicenza*, tomo 1.º

[2] *Caulincourt*.

[3] *A. Hugo*.

les Murat, se separó segunda vez del ejército. Napoleón vio su partida no sin emoción: después siguió á Paris en retirada disponiendo los medios de defensa de todas las fortificaciones y plazas de la frontera y de lo que quedaba del territorio aliado. Concluyó el año de 1813 con desastres y defeciones: ambos pasarán al centro de la nación.

El año de 1814 se inició muy aciago: Murat, general, mariscal y rey por Napoleón, cuya estimación se había extendido hasta darle una hermana por esposa, aumentaba el catálogo de las defeciones contra su bienhechor y amigo. Hízose en secreto con la Inglaterra y el Austria. El rey de Nápoles, que no debía su corona más que á la espada victoriosa de Napoleón, le abandonaba y pasaba á las filas de la coalición.

El caballero Eugenio de Beauharnais, formaba contraste con Murat: aquel, sosteniendo hasta lo último en Italia la gloria de las armas francesas y este, quitándose su brillo. El príncipe Eugenio tuvo que probar de nuevo su fidelidad y sus talentos como político y como general.

En seguida se presentó en Francia una invasión de 700.000 hombres que todo lo abandonaban en su patria por llegar á Paris. Alejandro Dumas dice: «que Napoleón quedaba solo contra el mundo entero.» y es una frase que la historia la admite por verdadera. A ese formidable guarismo de hombres no tenía que oponer más que 150.000; pero apeló al genio de su juventud. Napoleón tuvo que recordar á Bonaparte! Los triunfos más ilustres no pudieron contrarrestar á las traiciones y pérdidas de los ingratos é hipócritas del arrabal de San German (1), que todo lo comunicaban á los aliados y sembraban la desconfianza.

Todo lo espaban y revelaban al extranjero. Napoleón extendió sus ejércitos que caminaban á donde quiera que las circunstancias lo exigían. La fortuna se manifestaba con suma versatilidad; pero seguro era que en donde no estuviera presente Napoleón, allí á veces sus tentativas eran vencidos, ó la victoria quedaba indecisa.

Cuando esta invasión general, cuando la desgracia llegaba para Napoleón, y cuando los peligros se presentaban para su patria, salió de un lugar oscuro un hombre ilustre, un sincero republicano á ofrecerle al emperador sus servicios. Este era Carot, el único que se

[1] Emigrados á quienes Napoleón les había vuelto sus honores y había empleado.

opuso á la erección del imperio y á que se derrocara la república. Napoleón aceptó sus servicios y lo empleó en Amberg. Carnot, después de haber organizado la victoria y dirigido gloriosamente catorce ejércitos de la Francia republicana, había estado sepultado en el olvido durante el consulado y el imperio. Ahora que hay peligros vuelve á los combates, y no es más que jefe de batallón y esto es, que habiendo sido miembro de la comisión de salud pública, había nombrado tantos generales y distribuido tantos empleos!... Ejemplo sin igual de desinterés, verdaderamente republicano! Carnot correspondió á las esperanzas de la patria y de Napoleón. El actual rey de Suecia, siendo príncipe real, intentó ganar cuando defendía Amberg, en consideración á la antigua amistad que tenían, y le respondió con entereza: «Yo era el amigo del general francés Bernadotte, pero ahora soy el enemigo del príncipe extranjero que vuelve su espada contra mi patria.»

Los soldados de Napoleón estaban decididos por su persona y por defender la patria: tenían razón para lo uno y para lo otro: vieron en Montereau volver al ejercicio de sus primeros años, colocándose en una pieza de artillería y tomar la puntería; y recordaban el heroico esfuerzo para rechazar las primeras coaliciones contra la república, llevando la mochila al hombro sus mariscales y generales de hoy... pero lo que más los electrizaba, era el denuesto y bizarría con que su emperador atacó á los rusos con espada en mano y en medio de mil peligros en Arcis-sur-Aube. En lo más comprometido del combate, una división de caballería rusa de 6.000 hombres, precedida de mil cosacos, traspasó las líneas del ejército francés y envolvió á la caballería de estos, inferior á la de aquellos en número. Napoleón se apercibió de esto por una gruesa nube de polvo que se levantaba tras él y que poco le permitía distinguir. Se dirigió al momento á este punto: algunos dragones llegaban en fuerza de carrera heridos ó llenos de pavor.—¿Qué es esto? les dice, dragones, á donde vais? Defended, deteneos, yo lo mando.—Los cosacos, los cosacos le responden.

El tumulto del desconcierto precursor de la derrota se manifestaba. Un oficial sin caso y cubierto de sangre llega donde está Napoleón, y le dice.—Señor, los cosacos han forzado nuestras líneas, las han envuelto y están apoyados por una fuerte división de caballería.—Dragones, formad, grita Napoleón con voz amenazadora y parándose sobre sus estribos,

qué hacéis! ¡muir; pues yo iré allá... cerrad vuestras filas dragones, y marchemos adelante; y avanzándose intrépidamente con espada en mano hacia el enemigo, fué seguido de su estado mayor, de los escuadrones de servicio y de los dragones que poco antes estaban llenos de terror y desmoralizados, y que al grito de: «¡viva el emperador! hicieron prodigios. Se dice que Napoleón en esta vez buscaba la muerte que quería hacerse matar; pero la muerte le rechazaba.

Pasados algunos días, los aliados, y entre ellos el emperador de Rusia Alejandro, tuvieron su consejo para determinar respecto de la guerra y lo que se proponían; después de algunas conferencias, Alejandro esclama: «A Paris, señores, la celeridad sobre todo.» Las órdenes para ello se espiden: los aliados están en marcha para la gran capital. Napoleón supo estas disposiciones, y dijo:—yo estaré antes que ellos.—Se sentó en su gabinete, tomó sus cartas y dictó después sus órdenes de marcha. El ardor y decisión de sus soldados se aumentaban con el peligro.

El 30 de marzo, en Troyes, Napoleón dictó el itinerario para que el ejército estuviese reunido el 2 de abril delante de Paris. Esta ciudad capituló, haciéndose infructuosa la noble y brillante decisión de la guardia nacional, y especialmente el heroico sacrificio de los alumnos de la escuela politécnica que el 30 de marzo vertieron su sangre defendiendo la capital y el honor de su nación. La muerte segó muy temprano esta juventud tan llena de saber como de esperanzas!

El 31 de marzo dejó un recuento de ignominia para los parisienses: en este día entraron los aliados en medio de los gritos de la multitud de vivos los aliados. ¡viva Alejandro! y las damas francesas les arrojaban coronas y guirlandas proclamándolos con la población *libertadores de la patria* (1). A estas exclamaciones se unía la de *vivas los borbonés*, con la que el impudente y astuto Talleyránd apoyaba sus complots.

Napoleón se dirigió con violencia hacia sus tropas avanzadas: eran las diez de la noche del mismo día, cuando el general Belliard lo encontró en Fontaineau y le confirmó con todos los pormenores la batalla y capitulación de Paris. Grandes (2) gotas de sudor inundaban la frente de Napoleón: la palidez livida de su semblante era espantosa. Ex-

cuchais, Caulaincourt! dijo volviéndose hacia este, en cuyos ojos se fijaron los de él. Algunas tropas de las que evacuaban la capital estaban en el pueblito de Fontaineau. El duque de Vicencio marchó para la capital con instrucciones y plenos poderes. Napoleón no estaba separado de las avanzadas enemigas más que por el Sena; el fuego de sus vivagueros iluminaba la rivera derecha, mientras que el emperador de los franceses esperaba en el lado opuesto y en la oscuridad con dos carruajes de posta y algunos servidores. Regresó Caulaincourt, y después de que fué instruido del modo con que había sido entregado y vendido, dijo:—Yo no les podía más que se hubiesen sostenido veinte y cuatro horas... miserables!... Marmont, Marignol, que había jurado hacerse matar ante los muros de Paris, antes que rendirse... y José, han huido... mi hermano. Faltérgame mi capital al enemigo miserables!... ellos tenían mis órdenes; sabían que yo estaría allí el 2 de abril con 70.000 hombres. Mis valientes escueltas, mi guardia nacional me habían prometido defender á mi hijo... todos los hombres de corazón se habrían levantado para combatir á mi lado: esos miserables han capitulado, han traicionado á su hermano, á su país, á su soberano; han humillado á la Francia ante los ojos de la Europa!... El dolor despedazaba el alma del emperador. Caulaincourt derramaba lágrimas ardientes.

—Mi pobre Caulaincourt, volved, volved al cuartel general: haced de modo que veáis al emperador Alejandro... Teneis mis plenos poderes. Id, Caulaincourt... partid.

—Señor, le dijo el duque, yo no he podido aproximarme al emperador Alejandro: se desconfía de mí. Los soberanos entran mañana en Paris, están ocupados en sus preparativos: ved los motivos que se me dicen para evitarme el llegar á Alejandro.

—Volved, no tengo más esperanza que en vos, Caulaincourt, replico tendiéndole la mano.

—Partid, señor, le dijo el duque: muerto ó vivo penetraré á Paris, y hablaré á Alejandro. El emperador tomó el camino de Fontainebleau, y el duque de Vicencio el de Paris: en el camino encontró las ruinas de los regimientos de todos los ejércitos que marchaban sin orden, y fué rodeado todos de esos fugitivos.—¿En donde está el emperador, le decían, queremos reunimos, no tenemos órdenes, ¿dónde pues ir? El emperador no sabe lo que pasa en Paris. Nos hemos burlado bien: estamos todavía dispuestos á hacerlo, y sin embargo, se nos ha obligado á ceder el terreno al enemigo! En

[1] Lallemand; Choix de rapports tom 20.

[2] Monzonias del duque de Vicencio.

todos los semblantes estaba pintado un dolor feroz: amenazas terribles poblaban el aire, y las protestas solemnes de que no habian sido rendidos; sino entregados al extranjero. Un coracero de la vieja guardia levantando noblemente la cabeza, dijo al duque con grande indignacion:—En todas partes y siempre los hemos vencido, y habriamos ganado la batalla. Nosotros no hemos dejado el campo, no hemos capitulado. Cuando hay traicion, no hay capitulacion. Que se nos vuelva a Paris, y los extranjeros no entraran sino pasando sobre el cadáver del último soldado francés.—En dónde está nuestro emperador? Si ha muerto, todo ha terminado: que se nos diga, y concluyó con acento de desesperacion, é inundadas sus páldas mejillas de lágrimas. El duque prorrumpió en exclamaciones y decirles que se dirigieran a Fontainebleau en donde se hallaba Napoleón. A este nombre esos pobres soldados se llenaron de entusiasmo y prorumpieron en vivas delirantes, manifestando la misma fidelidad y ternura hacia su soberano, como cuando estaba en el apogeo de su gloria, para ir a participar de los riesgos á su lado: así es que se les vió marchar llenos de hambre, estenuados y heridos, casi arrastrándose, buscar á su emperador, á su general, mientras que aquellos que más habia distinguido Napoleón con empleos y honores, lo vendian y consumaban la ruina de la Francia, poniéndola bajo el poder de la justamente detestada dinastía de los Borbones, cuyo reinado iba á ser un anacronismo.

El duque se halló al amanecer en los vivaces enemigos, en los que todo era triunfo y felicidad. Las tropas rusas estaban de uniforme de gala, preparándose alegres para su entrada triunfal. Los oficiales á la cabeza de sus regimientos estaban fuera de sí y llenos de un júbilo bárbaro é insultante: en sus fisonomías veíase que llegaba el delirio hasta desahar á la tierra y al cielo: aclamaciones y *hurra's* se escuchaban al tomar posición para desfilar. Los franceses amigos de la patria y de Napoleón, se encendían de rubor y de ira al ver el aspecto insultante de la alegría y de las fanfarras que estallaban por todas partes de los hombres del Norte, de esos rudos cosacos, cuyas maneras bruscas y salvajes contrastaban con las de la población más civilizada y cortedz del globo.

Talleyrand, hombre que habia recibido de Napoleón consideraciones y oro, y honores y el principado de Benevento, todo lo olvidó y se hizo el príncipe de la traicion, y llenándose de

eterno odio organizaba el partido de los Borbones: él fué el jefe de la deslealtad, y él que á su vez, ese enjambre de cortesanos se preparó para recibir y alojar á los soberanos aliados. A imitacion de aquellos, los patisenses obsequiaron á los enemigos de su patria y de sus libertades. Cara pagaron su vergonzosa y humillante ofiosidad. Cuánto no tuvieron que sufrir de sus huéspedes, esos hombres que no supieron conservar la entereza y dignidad! El pudor manda callar las escenas que viles y cobardas presenciaron.....

El duque de Vicencio no pudo llegar hasta donde se hallaba Alejandro, porque se le habia impedido pasar á Paris por las tropas extranjeras: estaba estupefacto con lo que veia: esas escenas llenas de infortunio le destrozaban el alma. Hallábase en dolorosas meditaciones, cuando el redoble de los tambores le hizo advertir que algun personaje llegaba, y el que luego descendió de un coche, era el príncipe Constantino, hermano del emperador de Rusia: reconoció al duque, é escusándose por no haberlo reconocido á tiempo le dijo:—En qué puedo seros útil, señor duque? (1)

—Príncipe, la entrada á Paris se me rehusa, y es necesario que yo entre á Paris.... es necesario.

—Calmaos, Sr. duque, y no veais en mi un enemigo. Los recuerdos de San Petersburgo se os han borrado enteramente?

—Príncipe, dijo Caulaincourt, vencido por el tono afectuoso de Constantino, dignos escusarme, soy tan desgraciado que tudo de todo.

—No dudeis de mí, mi caro duque, sabéis que en mi familia no tenéis mas que amigos.

—Y bien, mi príncipe, en nombre de esta preciosa amistad con que me honrais, os pido una gracia, introducidme á Paris.

—¿Y que vais á hacer allí?

—A defender la causa de mi señor, la causa de mi país.

—Mi caro duque, todo ha terminado para Napoleón.... las potencias no escucharán ninguna proposicion de su parte.

—Mi príncipe, el emperador mi señor me ha encargado de una mision secreta cerca del emperador Alejandro: yo debo desempeñar este

(1) El duque de Vicencio desde que estuvo en Rusia de embajador tenia bastante familiaridad con Alejandro y el príncipe Constantino. Estos pueñeros y algunos de los que siguen, están sacados de una obra que se cita en la «noventa y dos» del duque de Vicencio.

deber sagrado, y con peligro de mi vida entraría á Paris.

Constantino le manifestó lo dificultoso de que pudiese pasar á Paris: Caulaincourt se empeñaba en conseguirlo con espresiones á veces tiermas, á veces llenas de desesperacion, hasta estar dispuesto á recibir si fuere posible las balizas de los soldados rusos. El príncipe no pudo ménos que reprenderse en su interior, por abandonar á un hombre tan leal como el duque, y convinieron ambos en que lo fuese á esperar en el primer pueblo del tránsito. Cada instante que pasaba destrozaba al duque, á cuya imaginacion se presentaban mil ideas funestas y desoladoras... Llegó el príncipe y ambos se dirigieron en su coche á Paris. En el camino se ocuparon en el modo con que seria introducido el duque, pues temia el príncipe que la menor sospecha de los demas aliados fuese funesta á su hermano el emperador. En fin, despues de varios medios que fueron escogidos y desechados, decidieron que Caulaincourt quedaria en un coche, interio que el príncipe pasaria á prevenir á Alejandro: hizo mas el generoso Constantino, para disfrazarlo, le dió á Caulaincourt un gorro de viaje y su pellica: bajó del coche, cerró el mismo la puerta y recomendó á sus criados que nadie se acercase á él. En este momento dieron las diez de la noche. Reinaba al rededor del palacio de l'Elisee un aspecto de funcion y alegría que desolaba al duque. Estaba el hotel iluminado, y era la mision de un conquistador: sucedianse los carruajes que entraban y salian. Las pisadas en las lozas, de los caballos herrados, las voces estrepitosas de los cocheros, y los *hurra's* de la guardia imperial rusa que circundaba al hotel, hacian sufrir mucho á Caulaincourt, que estaba oculto, é como un mendigo, para pedir como de limosna una conferencia. A la una de la mañana volvió Constantino, diciendo al duque que la numerosa concurrencia no le habia permitido hablarle á su hermano: que la hizo hasta que todos se habian retirado, y que Alejandro estaba violento por su llegada; pero que sin embargo, lo recibiria como un amigo. Constantino agregó á Caulaincourt que se cubriese con su capa y se pusiera un sombrero militar, y tomándolo en seguida del brazo, pasaron por una escalera secreta hasta la alcoba de Alejandro, que recibió al duque con los brazos abiertos.

—Mi caro duque, le dijo el emperador, sois el hombre que mas amo de la Francia, ¿qué queréis? ¿En qué puedo seros útil?

—Para mí, señor, nada: para el emperador mi señor, todo.

—¿Veed lo que justamente yo temia... por que me es necesario, sin querer, afligir. Nada puedo yo hacer por el emperador Napoleón: tengo compromisos con los soberanos aliados.

El duque insistió con heroico esfuerzo, que le haría eterno honor á su memoria, para que Alejandro fuese generoso con Napoleón, ó al ménos con su hijo, invocando para ello con la mayor vehemencia, todos los recuerdos de un dia, y las conveniencias de la Europa y de la Francia. Alejandro contestó con aire frontico y lleno de vivas imágenes cuanto habia sufrido la Europa por Napoleón, y las consecuencias de sus sistemas, y especialmente con respecto á la guerra del año de 12, protestando que no le tenia odio, y que no dependia su suerte de él, Caulaincourt insistia de nuevo, y propuso un medio á favor de Napoleón II, y lo hizo con tan tierna espresion, con tan ardiente fidelidad, que le dió Alejandro algunas esperanzas, y despues de haber hablado de otras cosas se retiró á las cuatro de la mañana el duque, á cuya imaginacion se agolpaban mil ideas sobre los sucesos actuales. Una grande agitacion lo devoraba, meditando en Napoleón. Hasta las seis de la tarde no llegó Alejandro de la conferencia, asegurando á Caulaincourt, que se trataba de la eleccion del soberano, y que se regresase á donde se hallaba Napoleón, *volviendo pronto* con la abdicacion de este á favor de su hijo. Entrada la noche, salió el duque con las mismas precauciones, acompañado de Constantino, de quien á poco se despidió, tomando el camino para Fontainebleau.

Llegó á las avenidas de este punto, y encontró á las tropas acantonadas llenas de impaciencia por combatir, y tan luego como fue reconocido, se oyeron los gritos de: «viva el emperador... A Paris.» Al descender se encontró con Berthier, que le dijo, con cierto interés particular:—Amigo, como estamos nosotros? cuya pregunta desagradó al duque, y desentendiéndose de ella, solo le dijo, que deseaba saber en dondese hallaba Napoleón, quien se encontraba en la gran galeria de Francisco I, escribiendo, y cuando lo vio, vino hacia él con tanta apresuracion, que parecia no se habian visto en bastante tiempo. Su aspecto era sombrío, sus ojos animados y su boca misma estaba ligeramente decayida: todo indicaba en su fisonomia que el sufrimiento lo agobiaba.

—En fin, dijo, que es lo que pasa? Habéis visto al emperador Alejandro? Qué os ha dicho?

—Señor, he visto al emperador Alejandro y he pasado oculto veinticuatro horas en su habitación.

—Vahl y bien....

—El emperador de Rusia no es enemigo de V. M., (se le advirtió un gesto de duda) no señor, en el solo la causa imperial encontrará apoyo.

—Al hecho, qué es lo que quiere? Qué desea? Señor, V. M. está llamado á grandes sacrificios, para asegurar á su hijo la corona de Francia.

—Es decir, repitió Napoleón con terrible acento, que no se quiere tratar conmigo, que se me quiere arrojar del trono que he conquistado con la pinta de mi espada, y que se quiere hacer de mí un objeto de burla y de piedad. Se pasó algunos instantes bastante violento, después deteniéndose delante del duque y cruzando los brazos le dijo:

—Y seis vos, Caulaincourt, el que habeis sido encargado de semejante misión cerca de mí? ¡Ah! Y arrojándose á su asiento se cubrió la cara con ambas manos. El duque se hallaba consternado y guardó silencio. Napoleón se volvió hacia á aquel:

—No tenéis valor de continuar? Veamos, señor, que es lo que vuestro Alejandro os ha suplicado pedirme.

—Señor, dijo el duque, desanimado y lleno de desesperación, V. M. no tiene piedad, ese golpe que os afecta, ha destruido mi corazón antes que el vuestro.

—No tengo razón, Caulaincourt, soy injusto, míbulgo, le interrumpió con aire de dolor, continuó llevando la mano á su frente, tantas desgracias me hieren sin intermisión... Yo diólar de vos, Caulaincourt! De todos los que me rodean, vos sois solo, ¿lo entendéis? el solo en quien tengo confianza... Unicamente en medio de mis pobres soldados y en sus ojos entristecidos es en donde encuentro escríto fidelidad, decisión. Venturoso, creía conocer á los hombres, desgraciado, es cuando comencé á conocerlos... y quedé con la vista fijada en el suelo, entregado á sus reflexiones.

Como el duque estaba bien fatigado y estenuado de sueño, le pidió permiso de retirarse, para después instruirle más detenidamente de todo, y hacerle las reflexiones que las circunstancias exigían. Cuando volvió el duque, advirtió en el semblante de Napoleón, retratada la ansiedad: le impuso fuertemente de cuanto había pasado, y de la intención que había de llamar á los Borbones. La relación de cuanto

pasaba exaltó su cólera, y expresó despues de otras cosas lo siguiente.

—Los Borbones son antipáticos á las nueve décimas partes de la nación. Y el ejército que ha batido á sus emigrados, qué hará con él? Mis soldados no lo serán jamas de ellos. ¿Olvidarán que han vivido veinte años á espensas de los estrangeros, fuera de la patria, en guerra abierta con los principios é intereses de Francia? Los Borbones en Francia es el colmo de la demencia, es querer atraer al país todo género de calamidades.... El duque no le omitió todas las maquinaciones que tendían á ese objeto. Siguió el emperador hablando de las diferentes posiciones que guardaría la nación, de los inconvenientes que se presentaban, y de la diversidad de circunstancias, por las que él ocupó el trono vacante de Francia, á las es que los Borbones querían volverlo á ocupar, pues que las dignidades actuales todas las habían rechazado, y existían entre ellas quienes arrastraron al cadalso á Luis XVI.

Despues continuó con alguna tranquilidad. —Entremos en la cuestion. Se exige mi abdicación: á este precio, que se deposite la regencia en la emperatriz, y la corona en mi hijo. —Yo tengo todavía cincuenta mil hombres á mis inmediatas órdenes. Mis valientes, mis admirables tropas me reconocen aún. Mis soldados llenos de ardor y de decisión, me piden con grandes gritos que los conduzca á París: el estruendo de mi artillería despertará á los parisenses, electrizará su amor propio nacional, insultado con la presencia del estrangero que está formando grandes paradas en nuestras plazas públicas: el pueblo de París es valiente: él me secundará; y despues la victoria. Agregó animándose todavía, «Haré á la nación juez, entre las pretensiones de los aliados y mi persona, y no descenderé del trono si no es que los franceses me arrojen de él. Venid conmigo, Caulaincourt, me medio á vov á pasar revista.»

El tiempo que vacía le faltaba. —Vidat la línea de avanzadas: á cada instante el ejército se aumentaba con los cuerpos esparcidos que llegaban. Los soldados al ver á Napoleón con exaltación exclamaban: *Paris, Paris*. Los oficiales blandían sus espadas, y rodeando al emperador repellían: —Señor, conduciéndonos á París.—Si, hijos míos, volaremos á París: mañana comenzará el movimiento, y vivas y aclamaciones se elevaban en los aires.

Al hajar en el patio del castillo le dijo á Caulaincourt.—Qué tal?

—Señor, le respondió, es vuestro último ul-

bur, V. M. solo debe decidir.

—Vos me aprobais esto es claro, y pasó con la frente elevada por los salones llenos de personajes cubiertos de bordados y condecoraciones. Allí se discutía sobre los negocios. Los jóvenes generales querían la guerra hasta arrebatar á los estrangeros la capital: los que ya tenían hecha su fortuna lemlan y murmuraban. Cuando su supo la noticia de que se exigía la abdicación, las murmuraciones de esos hombres pasaron á la exasperación, y de ahí á las amenazas. Señalose un amigo antiguo de Napoleón, y otros, como él, cometieron bajezas é infamias; decían: «Su abdicación conviene á todos... Los corazones generosos y leales se inflamaban de indignación al oír aquellas expresiones.

Las órdenes se habían dado el 3 de abril para pasar el cuartel general el 4 entre Ponthierry y Essonne. Los dignatarios del imperio ninguna medida tomaron. Napoleón lo toleraba: hájó á pasar la revista, y todos los que sabían los sucesos estaban llenos de ansiedad. Despues de la parada es conducido á su habitación por los mariscales y oficiales generales que allí se hallaban: comenzaron por insinuaciones respetuosas, despues representaciones, inconvenientes hasta llegar á las repriminaciones, y por último, protestar que no se marcharía á París....

Calculose lo que Napoleón sufriría en aquel momento: dirigió una mirada sombría á todos aquellos lustres señores á quienes había hecho grandes en su mayor parte, sacándolos de las filas de los regimientos, y se separó de ellos. Su figura estaba espantosamente alterada; pero su fisonomía era tranquila y su continente lleno siempre de dignidad. Tomó un papel y escribió en él, con su mano y lo presentó al duque de Vicencio.

—Ved mi abdicación, Caulaincourt, llevadla á París.

Caulaincourt tomó el papel, abrumado de dolor, las lágrimas inundaban sus ojos. Bueno, bravo, mi amigo... los ingratos; agregó con terrible expresión, me sentirán algun día, y se arrojó en los brazos del duque.—Partid, Caulaincourt, partid al momento.

El duque le pidió que para ese acto tan solemnemente tan grave, se le uniesen dos grandes oficiales del imperio.

Napoleón dijo: «Ragusa y Ney.»

—Señor, el duque de Ragusa no está aquí, el duque de Tarento representará dignamente al ejército.

Napoleón se decidió. Ney, Macdonald y

Caulaincourt llevaron poderes suficientes. Una sombría tristeza se retrató en el semblante de Napoleón, sus plenipotenciarios marcharon, llegando á París en la noche del 4.

Al ver Alejandro á Caulaincourt, le dijo:—Ah! voiveis muy tarde....

—Señor, no ha dependido de mí. —Esto es una grande desgracia. —Las disposiciones de V. M. no han cambiado?

—Os había dado mi palabra, pero yo no puedo sujetar los sucesos á mi voluntad: caminan con tal precipitación, que lo que era posible ayer, hoy no lo es.

—Peró Sr. yo traigo la abdicación del emperador Napoleón, á favor del rey de Roma: los mariscales Ney y Macdonald me acompañan como plenipotenciarios.

Alejandro contestó al duque que debería haber regresado con prontitud: que las circunstancias habían cambiado para Napoleón, porque si ántes se le temía por su habilidad y audacia, ahora (todo lo contrario) agregó que el senado y todos los demas cuerpos del estado, se habían apresurado por los manejos del gobierno provisional á llevar adelante la caída de Napoleón; y que la mayor parte de los mariscales y generales participaban de los mismos sentimientos. El duque oponía diversas consideraciones, y manifestaba la decision de las tropas: que eran muy pocas las deshonrosas excepciones entre los militares, especialmente cuando los soldados estaban irritados y ardientes por el combate. Alejandro replicó.

—Os alucináis todavía, en el momento en que hablamos, Fontainebleau está descubierta y Napoleón a su propia discreción.

—Qué decis Sr.? exclamó el duque, todavía nuevas traiciones?

—Las personas que quieren que triunfe una causa diversa de la vuestra, trabajan sin cesar para separar de Napoleón á los generales mas influentes, y como cada uno piensa en su fortuna y posición, se han violentado en asegurar... el campo de Essonne se ha levantado (1).—El duque quedó estupefacto con semejante noticia. El emperador Alejandro le

(1) El antiguo educador de Napoleón cuando Luis y Arcebo, el americano Marmont, cubria con un ejército este punto importante para las operaciones del emperador sobre Paris y otras partes. El general Lunette, comandante de la reserva de Marmont reusó accioner á esta defección y anunció á sus tropas su resolución, poniendo en la órden del día estas gloriosas palabras: *Los valientes jamas desertan: ellos deben morir en su puesto.*

dió los pormenores de la defección de Marmont: este hombre desertaba... el general Souhoun lo secundó, y la víspera había pasado á pedir á Napoleón dos mil escudos...

Caulaincourt suplicaba de nuevo á Alejandro, y le decía, que no perdía la esperanza de que el negocio se vieso en el consejo: el emperador de Rusia espresaba que se había perdido el tiempo: *que tres días en política son tres siglos*; conjetura que hacer netar de nuevo, que los mariscales y generales abandonaban á Napoleón: que los cortesanos no discutaban ni un momento para introducir el desaliento y lograr el éxito en sus planes.

—El emperador Napoleón, dijo Caulaincourt, traicionado cobardemente, abandonado y entregado al vencedor por los mismos que debieron formarle una muralla con sus cuerpos y espaldas... Esto es horrible, horrible...

Alejandro vió conmovido al duque y le dijo.

—Agradecí que lo decían todo, toda ilustración, fortuna... Qué lección para nosotros, reyes! Valor, Caulaincourt, ya estaré antes que vos en el consejo, allí nos veremos.

Al salir el duque de ver al emperador Alejandro, se encontró con varios de los hombres que se habían quitado la máscara contra Napoleón, y que ya lo insultaban; pero el duque ni un momento dejó de humillar y reprimir á esos ingratos. Fué en seguida á buscar á Macdonald y Ney, y les impuso de lo ocurrido con Alejandro. Pasaron, pues, al consejo, y allí vieron á esos franceses, que llenos de perversidad, maquinaban contra la Francia. El emperador de Rusia hablaba con el rey de Prusia. Un general francés recién llegado, había traído la noticia de la defección de Marmont. Allí estaban en un grupo Schwartzemberg, Nesselrode, Litchenstein y Pozzo di Borgo, que siendo corzo y estando al servicio de la Rusia discutía para que se tratase con rigor á Napoleón: al rededor de este grupo se agitaban los destartados realistas. La llegada de los plenipotenciarios hizo cesar las conversaciones particulares. El emperador de Rusia y el rey de Prusia se sentaron, junto á una mesa que estaba en medio del salon. Caulaincourt entregó á Alejandro á nombre de Napoleón su abdicación á favor del rey de Roma, y de Maria Luisa. El rey de Prusia habló primero, en un tono frío y dijo, que los sucesos ocurridos no permitían á sus antiguos soberanos, que el emperador Napoleón: que los votos de la Francia se manifestaban por sus antiguos soberanos que los aliados no podían mezclarse en los negocios franceses, y menos contrariar el

decreto del senado, en no reconocer á Napoleón como emperador, y sin derecho para disponer de la corona.

Macdonald contestó con enérgica fidelidad á favor de Napoleón, y agregó que si se le disputaba el derecho de abdicar en su hijo, sucederían grandes desgracias: que el ejército estaba decidido por su jefe y dispuesto á derramar la última gota de su sangre para sostener los derechos de su soberano. Una sonrisa burlesca acogió esta declaración, y se anunció al duque de Ragusa, (Marmont) el que entró ufano, y con felicitaciones se le recibió: su presencia causó estupor en la mayoría de la asamblea; pero los intereses privados prevalecieron. Las circunstancias eran funestas, excesivamente degradantes. Todo se daba se prostituíta y se ofrecía la Francia al extranjero, y cuanto había se dejaba á su discreción, y hasta tal estrano, que llegó á decir un día el emperador Alejandro, que si los aliados hubiesen querido establecer á Kutusof en el trono de Francia, se habría gritado *¡viva Kutusof!*

La llegada de Marmont al consejo, simplificó la discusión: no pudieron prevalecer las razones á favor de Napoleón, alegadas con una vehemencia y una lógica tronantes. Marmont tenía la triste celebridad de haber entregado la vanguardia en Essonne, de su general y amigo. Un ejército ruso estaba en su lugar, y avanzaba á Fontainebleau. En esto se dice á los defensores de Napoleón que no hay mas sino la abdicación absoluta: esta fué la declaración última que se le hizo. En vano insistió Ney con el mismo valor que desplegaba en los combates. Se dispuso, pues, el regreso de Caulaincourt á Fontainebleau. Napoleón estaba en una ventana que daba á un jardin. Caulaincourt entreabrió la puerta de la pieza y se anunció. Napoleón le dijo:—*¡ay!* y su mirada parecía querer arrancar la respuesta al duque. El emperador revelaba en su semblante, como grande era el desorden de sus pensamientos.

—La defección de Essonne ha servido de motivo para nuevas pretensiones! Otras condiciones! yo soy vendido, traicionado. Veamos que mas se exige de mí. Caulaincourt le hizo presente todo cuanto había ocurrido, menos la llegada de Marmont por no allegar mas. Napoleón quedó cogitabundo, y despues espresó que la guerra con sus azares era preferible á tan humillantes condiciones: sus miradas eran terribles, y fuego lanzaban sus ojos. Espresó sobre los medios de defensa que tenía todavía en su poder, y con cuanto mas contaba

para obtener el triunfo mas completo, agregaba que haría inscribir en sus banderas *independencia y patria*, y que sus águilas se harían temibles, y conluta.—, Si los gefes del ejército que me deben su ilustración y á mis soldados, si estos gefes quieren descansar, que se vayan: yo encontraré bajo los capones de lana generales y mariscales... ellos han olvidado con esos trajes guarnecidos de oro, su uniforme de paño ordinario, siendo así que en esto apoyó á Caulaincourt, la isla de Elba fué el punto designado para la permanencia de Napoleón. Este le dirigió á aquel en veinticuatro horas siete correos, previniéndole que se volviese con la abdicación y que no quería tratado alguno: que la parte de este que hacia relación al numerario, le ofendía y degradaba. Llegó Caulaincourt y le instruyó no sin bastante pena de todo lo convenido: el debate fué prolongado entre el emperador y Caulaincourt. Entre tanto en el salon inmediato se agolpaban diferentes grupos de las personas que habiendo sabido los sucesos últimos de París, y renegaban por que Napoleón no firmaba, llegando sin impudencia hasta escuchar lo que aquel hablaba con reserva. Caulaincourt lo dejó solo para que leyera con meditación el tratado, y habiendo regresado en la noche le suplicó con encarecimiento que se decidiese á tomar un pronto partido, porque las circunstancias iban alejando todo el que podiera ser favorable.

—Mas en fin, qué queréis que haga? le dijo al duque, dirigiéndole una triste mirada. Caulaincourt quedó silencioso. Napoleón se paseó ni rato cruzadas las manos por detras, y despues como saliendo de un sueño fatal, dijo con voz tranquila.

—Es necesario terminar esto... así lo juzgo, mi partido está tomado. Estas palabras las pronunció con espresion espantosa, y quedó un gran rato sin hablar palabra: en seguida despidió al duque para que fuése á descansar.—Mañana nos veremos, le dijo.

El duque conoció lo que Napoleón intentaba, y quedó lleno de funestos presentimientos. Alejandro Dumas ha poetizado con una de sus sublimes inspiraciones estos momentos, diciendo que la declaración de los aliados, que fijó sus irresoluciones, declarando que Napoleón era el unico obstáculo á la paz general no les dejaban mas que dos recursos:

1.ª Salir de la vida como Aníbal: Descender del trono como Syla.

2.ª El veneno de Cabanis (1) fué contrariado por, [1] Médico del emperador, que cuando la emperatriz TOM. I.

1.ª Mas en fin, qué queréis que haga? le dijo al duque, dirigiéndole una triste mirada.

2.ª Caulaincourt quedó silencioso. Napoleón se paseó ni rato cruzadas las manos por detras, y despues como saliendo de un sueño fatal, dijo con voz tranquila.

3.ª Es necesario terminar esto... así lo juzgo, mi partido está tomado. Estas palabras las pronunció con espresion espantosa, y quedó un gran rato sin hablar palabra: en seguida despidió al duque para que fuése á descansar.—Mañana nos veremos, le dijo.

4.ª El duque conoció lo que Napoleón intentaba, y quedó lleno de funestos presentimientos. Alejandro Dumas ha poetizado con una de sus sublimes inspiraciones estos momentos, diciendo que la declaración de los aliados, que fijó sus irresoluciones, declarando que Napoleón era el unico obstáculo á la paz general no les dejaban mas que dos recursos:

1.ª Salir de la vida como Aníbal: Descender del trono como Syla.

2.ª El veneno de Cabanis (1) fué contrariado por,

[1] Médico del emperador, que cuando la emperatriz TOM. I.

UNIVERSIDAD

UN

MA

DE

la vigilancia y oportuna asistencia de los servidores de Napoleón.

Este tuvo que ocurrir al segundo de aquellos recursos, depouando el poder como el romano.

Habia sufrido mucho por haber intentado el primero: su semblante estaba cubierto de una palidez livida: sus facciones habian sido terriblemente alteradas... su mirada hacia temblar... Se llamó á Caulaincourt, y luego que fué instruido, concibió la espantosa resolución de su amigo, de su emperador; ocurrió, pues, á hacer cuanto pudiera para arrancarlo de los brazos de la muerte: tomó una taza de té, combinado con un antídoto y se la presentó á Napoleón, quien la rechazó.

—Voy á morir, Caulaincourt, le dijo, yo os recomiendo á mi mujer y á mi hijo... defended mi memoria... yo no puedo mas soportar la vida.

Caulaincourt casi frenético de dolor, insistía en que Napoleón tomase el té que repelia.

—Dejad... dejad... decía con voz balbuciente.

—Señor, le dijo el duque, exasperado, á nombre de vuestra gloria, á nombre de la Francia, repudiad á una muerte indigna de vos.

Después de mil suplicas y enternecidos ruegos, bebió Napoleón varias tazas de té, que produjeron al fin que arrojase el infernal líquido.

Napoleón estaba salvado. Se hallaba estenuado y en la tranquilidad que sucede á las grandes conmociones que se sufren, no solo en el cuerpo, sino en una alma ardiente, y que ejercía un dominio en los hombres y en las cosas como Napoleón.

¡Qué tierno y expresivo era el espectáculo que se presentaba en la alcoba del ilustre enfermo, á la pálida luz de las bugias!

La agonía del grande hombre se había anunciado! Un solemne silencio reinaba y solo era interrumpido por los prolongados y profundos suspiros que exhalaban los asistentes: no habría habido uno que no hubiese dado su vida por salvarla de aquel hombre, poco há, lleno de vigor y de proclomínio, y que profería la tumba al pacto de los aliados, que ponía la Francia á discreción del extranjero, para vengar en ella veintidós años de gloria.

Vino, pues, la calma del alivio con el júbilo de los que habian quedado fieles con el corazón y con las simpatías de su alma.

—Dios no lo ha querido... yo no he podido morir.

—Señor, vuestro hijo, la Francia ó vuestro

de Rusia, le dió en lo reserrado un pomito que contenia una mortífera sustancia.

nombre que vivirá eternamente, os imponen el deber de soportar la adversidad.

Napoleón continuó lamentándose por la suerte de su hijo, y el coloso de la Europa lloraba al ver á su hijo sin porvenir...

—Señor, le dijo Caulaincourt, no deberíais morir: es necesario que la Francia ó florezca vivo.

—La Francia me ha abandonado... y vos en mi lugar, Caulaincourt, habríais hecho lo mismo que yo: cuando todo me sonreía, ¿no he desafiado la suerte en los campos de batalla?

¡Ah! la defecion de sus criaturas, la ingratitude de los que elevó, le desecaban el corazón y le hacían insoportable la existencia. El bardo inglés, el inspirado y ardiente lord Byron, unió sus lágrimas á las del héroe, para reprochar á la Francia y á sus hijos esa abandono, esa deslealtad en el día que su gloria comenzó á eclipsarse.

El poeta invocó á la posteridad para denunciar la estúpida ingratitude de los franceses, y la posteridad francesa ha regado con su llanto los restos del emperador de sus padres!

Tierna y poética fué, aunque no de larga duración por su estado de debilidad, la conversacion que tuvo Napoleón con su amigo Caulaincourt y que terminó con decir que firmaría.

A otro día, (11 de abril) mandó llamar á Caulaincourt, con quien conferenció acerca de las diversas disposiciones relativas al tratado. (1)

—Esas cláusulas, dijo, que hablan de dinero, me humillan: es necesario hacerlas desaparecer, yo no soy mas que un soldado y un Luis me basta por día. (2)

Caulaincourt se opuso á ese desprendimiento, porque entre otros males traería el que no pudiese subsistir como soberano, y que su casa militar sufriese las mayores escaseces, que le ocasionarian grandes embarras en su nueva situación.

Napoleón, después de prolongados debates tuvo que ceder, no sin rubor y se resignó á firmar el tratado. Después lo hizo con la abdicacion concebida en estos términos, llenos de noble orgullo y de dignidad que aumentaba en su desgracia.—„Habiendo proclamado las potencias aliadas, que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restau-

ción de la Francia, yo he aceptado la abdicacion que me habian ofrecido, y he renunciado á mi corona y á mi imperio, y he renunciado á todos mis derechos de soberano, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano francés, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano europeo, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano humano.

Yo he renunciado á todos mis derechos de soberano, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano francés, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano europeo, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano humano.

Yo he renunciado á todos mis derechos de soberano, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano francés, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano europeo, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano humano.

Yo he renunciado á todos mis derechos de soberano, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano francés, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano europeo, y he renunciado á todos mis derechos de ciudadano humano.

(1) Este no fué cumplido despues, con excepcion de los artículos que alejaban á Napoleón de la Francia y lo deportaban á la isla de Elba. (2) Caulaincourt, tom. 2.º —A. Hugo, tom. 5.º —Lalloué, tom. 20.

blecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleón fiel á su juramento, declara que renuncia para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia, y que no háy sacrificio personal aun el de la misma vida, que no esté dispuesto á hacer por la felicidad de la Francia.

—Eran los últimos actos en ejercicio de su soberanía, que tocaba á un término. Cuando firmó, dijo á Caulaincourt.

—Y ahora, violentad la conclusion de todo... conducid el tratado á los soberanos aliados. Decidles, decidles en mi nombre, que yo trato con el enemigo vencedor, y no con ese gobierno provisional, ca el que no veo mas que una junta de facciosos y traidores.

Entraron Macdonald y Ney; á estos y á Caulaincourt les dió sus órdenes, agregando que su abdicacion y tratado serian obligatorios si se cumplian las estipulaciones hechas á favor del ejército.

Para regresar los comisionados á Paris, tuvieron que presenciar los transportes de alegría de los que en Fontainebleau, olvidándose de su honor, no veian mas que su fortuna particular. En la capital las escenas vergonzosas fueron con mayor escándalo. No lo causó menosa conducta del mariscal Angereau, hombre exajerado en sus ideas políticas cuando la república, así como cuando el imperio; en fin, el duque de Castiglione, que tanto flasegeaba á Napoleón en sus días de ventura, manció su nombre y honor, hasta el extremo de insultar á su emperador en una proclama, despues de no haber ejecutado las órdenes que habia recibido para defender á Leon y neutralizar á los aliados en el medio día de la Francia.

Luego que la abdicacion fué recibida y el tratado por los aliados ratificado, se aumentó mas el espíritu de deslealtad y comenzó á desarrollarse el de reaccion, reaccion sofocada por mas de veinticinco años. El orden social estaba desquiciado, y los ánimos entre la exaltacion y la hejiza.

Cuanto personajes quedaban en Fontainebleau, se separaron de Napoleón y corrieron á Paris, en donde se acogian á esos prófugos afablemente, sin mas excepcion entre tantos ministros y dignatarios, que la del duque de Bussano, el honorable Maret, que quedó en el puesto en que el honor le dictaba permanecer.

Aquellos hombres, supuestos intérpretes de los soldados, iban á protestar que estos participaban de sus sentimientos. El magnánimo general Leval, que por su heroísmo se le habia considerado como el verdadero intérprete del ejército, desmintió las apócrifas protestas de

los mariscales. El general Leval y otros que habian quedado fieles á sus viejas banderas, no fueron á mendigar favores á Paris. Al fin cedieron á las circunstancias y esto despues que su emperador los desprendió de sus juramentos.

Napoleón se hallaba en un estado violento, y escribió á Caulaincourt.

—Yo quiero partir... ¿quién me hubiera dicho que el aire de la Francia habia de ser pesado y sofocante para mí! La ingratitude de los hombres mata mas eficazmente que el fierro y el veneno, ellos me han hecho la existencia pesada. Apresurad, violentad mi partida.

Fué decidido, pues, que las cuatro grandes potencias mandarian un comisionado para escoltar á Napoleón. Caulaincourt se regresó á Fontainebleau antes que llegasen los comisionados: en el tránsito, el duque de Vicence habia diferentes regimientos, que al verlo gritaban aun con entusiasmo, ¡viva el emperador! Parecia que se estaban preparando para una revista como en otra época. El soldado raso es el que menos olvida el honor y la fidelidad en medio del infortunio.

El duque no pudo dejar de recibir una favorable impresion en estos rasgos de fidelidad: impresion que muy pronto se desvaneció al aspecto de los salones desiertos de Fontainebleau, pues el aliento de la adversidad habia hecho desaparecer á los mariscales con sus estados mayores. Aislado, con solo unos cuantos servidores habia quedado Napoleón en aquel palacio: el emperador poderoso, el hijo querido de la victoria, ante quien habian caído los imperios y cuyos soberanos irritaban la voluntad, estaba ahora abandonado, olvidado, como si su vista sola, ó el pronunciar su nombre contagiasse la existencia.

El caballero existencia aumentaba su fidelidad, cuanto mas la desmentian otros, que en los días de la prosperidad de Napoleón lo habian hecho hasta humillarse. El emperador estaba en el jardín: cuando vió al duque le dijo:

—Todo está pronto para mi partida!

—Si señor, le respondió el duque, procurando calmar la emocion del emperador.

—¿Muy bien... Mi pobre Caulaincourt, creéis que Berthier ha partido? y ha partido sin decirme adiós...

El duque procuró consolar á Napoleón sobre esta y otras ingratitude.

—Berthier ha nacido cortesano, lo vereis mendigar un empleo de los Borbones." Y hablando de la conducta vergonzosa que aun

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

delante de él habían tenido los grandes oficiales del imperio.—Yo soy humillado, dijo, que hombres! Cuanto los elevé á los ojos de la Europa, ellos se han abatido. Qué han hecho de esa aureola de gloria al través de la cual aparecían en el extranjero? Qué pensarán hoy los soberanos de todas esas bechuras de mi imperio?... Caulaincourt, esta Francia era mía, y lo que la deshonor es para mí como una afrenta personal.... Me había identificado con ella.... Entremos... estoy fatigado. Hábéis visto á los comisarios?

—No señor, al descender del coche vine luego hacia V. M.

—Id á verlos... violentad, violentad mi partida... esto se prolonga mucho....

Cuando salían del jardín el emperador y el duque de Vicencio, un coracero de la guardia vestida de gran uniforme y que esperaba hablar á Napoleon, corrió hacia él, quien le dijo:

—Qué queréis?

—Mi emperador, yo os pido justicia, le respondió en ademán suplicante.

—Qué se le ha hecho?

—Se comete conmigo un acto de execrable injusticia: en treinta y seis años de edad, cuarenta y cinco de servicio y estoy condecorado. Cuando esto decía, se tocaba su pecho. Después continuó: con todo, no se me ha puesto en la lista de partida... si se comete esta sinrazón, me abriré con mi espada un lugar entre los privilegiados.

—Tienes deseos de venir conmigo?

—No es deseo, mi emperador, es un derecho, es mi honor el que reclamo, y....

—Lo has reflexionado bien? le replicó Napoleon con bondad; es necesario que abandones la Francia y tu familia y que renuncies á tus ascensos.

—Yo los abandono, dijo con voz bruscá; yo tengo mi cruz, y esto me basta... y en cuanto á lo demás, todo lo olvidé; con respecto á mi familia hace 22 años que vos la sois: vos mi general. Yo era trompeta en Egipto, ¿os acordáis?

—Vamos.... tú me acompañarás, hijo mío, esto lo arreglaré.

—Gracias... ¡ah! gracias, mi emperador; yo hubiera sido sin esto muy desgraciado. El pobre coronero se separó alegre y orgulloso.

—El sistema de compensaciones, Caulaincourt y yo no puedo llevar más que 400 hombres, y mi guardia entera desea seguirme.... En ella se agota el ingenio por encontrar en la antigüedad de los servicios, en el número de

sus escudos, títulos para dividir conmigo el pan y la tierra del destierro. ¡Valientes, bravos soldados! qué no pueda llevarlos á todos!

—Ni una visita, ni un recuerdo de alguno que viniese á cambiar esa monotonía de dolor que reinaba en Fontainebleau De vez en cuando se escapaban de la boca de Napoleon los nombres de Malé, Fontanes, Berthier, Ney, y.... nadie viene!...

—Montholon, el fiel Montholon Hega del Alto-Loire, y espresa el entusiasmo de las poblaciones y de los soldados, y decía que todavía era tiempo.

—Es bien tarde, responde Napoleon... ellos lo han querido... y alguna que otra palabra era una acusación terrible.

El 19 de abril, los preparativos del viaje fueron concluidos. Las más crueles emociones aumentábanse por grados cuanto más se acercaba la hora de partida. Napoleon sufría... los que le habían quedado fieles tenían el alma despedazada; las lágrimas eran de sangre.

—Napoleon preguntó á Caulaincourt, está todo dispuesto?

—El duque solo pudo hacer un signo afirmativo.

—Mañana al medio día montaré en un coche. Nadie podía articular palabra....

—Caulaincourt, yo tengo el corazón lacerao: nunca debíamos separarnos.

—Señor! exclamó el duque desesperado, yo partiré con vos: esos hombres me han hecho la Francia odiosa!

Napoleon le dijo que no, por varias razones y entre otras agregaba:

—Quién defenderá esos valientes y fieles polacos, cuyos derechos eran garantizados por sus honorosos servicios? pensado bien, esto sería una deshonor de más para la Francia, para mí y para todos vosotros y si los intereses de la Polonia no son irrevocablemente asegurados.

Habló después de sus disposiciones para recompensar á su casa militar y civil y del sentimiento que destrozaba su corazón de no poderlo hacer como él quería; pero que al menos llevaba un recuerdo de cada uno en particular, por sus servicios... y por su constante adhesión.

—Dentro de algunos días estará establecido en la soberanía de la Isla de Elba... me violento por respirar allí... aquí me sofoco.... Yo había meditado para la Francia grandes cosas... el concurso de todos me era necesario: se me ha rehusado. Este pueblo, el más valiente y animado de la tierra no tiene constancia más que para volar al combate; pero una derrota lo

desmoraliza: diez y seis años de victorias á mi lado se han olvidado en un año de desastres," y suspiró profundamente.

—Pasado un rato de meditacion, siguió hablando sobre la manera bárbara con que se le consideraba, y hollando en él las leyes naturales al separarlo de su muger é hijo; después decía:

—La historia dirá: Napoleon soldado y vencedor fué generoso y clemente en la victoria; Napoleon vencido se le ha tratado con infamia por las viejas monarquías de Europa.

El duque de Vicencio procuró en esto y en lo demás derramar en su alma el bálsamo del consuelo: la amistad y fidelidad de Caulaincourt, infundían en su emperador la confianza. Este se paseaba con violencia, y sus expresiones aisladas eran la historia de la Francia y aun del mundo que veía con su mirada de águila en el porvenir.... y continuaba.

—El recuerdo, decía á Caulaincourt, que llevo de vuestra conducta hacia mí, me reconcilia con la especie humana... vos sois el más perfecto de los amigos; y le abrió los brazos al duque, el que se precipitó en ellos: ambos estuvieron por un rato mudos con la opresion del dolor.

—Es necesario separarnos, mi amigo, mañana aun tendré necesidad de todo mi valor para dejar á mis soldados.... Valiente y admirable guardia... fiel y adherida en mi buena ó mala fortuna.... Mañana le diré mi último adiós! En fin, es el postrer sacrificio que me queda por hacer.

Después con acento conmovido le dijo al duque.—Caulaincourt, nosotros nos veremos un día.... mi amigo; y salió fuera de su gabinete. Caulaincourt, frémefico de pesar, se separó tomando el camino de Paris.

En este día, el 19 de abril, el emperador dictó sus órdenes para su partida: al siguiente su guardia y lo que le quedaba de oficiales superiores estaban dispuestos. Ya se había hecho la honrosa y envidiable elección de los que lo habían de seguir á su destierro: los generales Bertrand, Drouot, Cambronne, el mayor y baron polaco Jerzmanowski, el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los de infantería, Loubars, Lamourette, Hureau y Cambi, en fin, los capitanes de lanceros polacos, Balinski y Schultiz y 400 granaderos y cazadores de la vieja guardia y lanceros polacos habían de acompañar á su emperador.

Rodeado por los ejércitos enemigos, no pudo ver antes de su partida á ninguno de la familia: todos los miembros de esta salían en diversas direcciones para el extranjero. La em-

peratriz Maria Luisa tiene que aparecer en la historia con la tacha que se le hace de su calculada posición que ella misma buscó para no ver á su esposo. Napoleon quedaba cimedido de su infortunio, y á la vista de la Francia, y la Europa sonreía....

En fin, el 20 de abril los coches de viaje estaban preparados. La guardia imperial estaba formada en uno de los grandes patios del castillo de Fontainebleau: á la una de la tarde salió de su gabinete Napoleon y á su tránsito halló el pequeño resto de la brillante y numerosa corte que un día lo rodeó. El duque de Bassano, el general Belliard y otros pocos generales y coroneles, habían sabido conservar fieles su honor y fidelidad hasta lo último, y los polacos! Los polacos eran representados en esta escena solemne por el general Kosakowski y el coronel Vousovitich. El emperador dirigió su mano á cada uno y se fue hacia su guardia. Con mil vivas lo acogió esta falange escogida, admirable resto de los héroes de la república y del imperio. A un signo de que quería hablar Napoleon, reinó un silencio lleno de ansiedad y de descongoletto: en medio del cual y á la vista de los comisionados extranjeros, dirigió á su guardia aquellas últimas palabras elocuentes y sublimes que el dolor le dictaba y que el mundo entero ha acogido con admiracion, con entusiasmo, con ternura. Palabras que revelan á la vez las profundas emociones de amor y de dolor que inundaban el alma del héroe.—No lamentéis mi suerte, les decía al concluir, seré feliz siempre que sepa que vosotros lo sois. ¡Adios, hijos míos, yo quería estrecharos á todos con mi corazón: ya que no me es posible, abrazaré al menos vuestra bandera (1).

Al pronunciar estas palabras el general Peitit, toma una águila y avanza. Napoleon fuera de sí abraza el general y besa la bandera: hizo un esfuerzo, y con voz firme dijo á sus soldados: ¡Adios en fin, mis viejos compañeros de armas.... Adios, mis valientes! Adios, hijos míos (2).

En seguida se dirigió apresuradamente á un coche en el que lo esperaba el general Bertrand.

Partió.... En el corazón de los franceses quedaron tantos remordimientos, como trofeos y gloria había conquistado para la Francia. El mundo estaba absorto, la Europa silenciosa, la victoria un duelo. ¡Sabeis la causa! Hijo de la libertad la traicion, y la libertad ve vengida!

México, marzo 15 de 1844.—D. RIVILLA.

(1) A Higo.

(2) Lallouant.

¡ELLA!

Aquí de los espantos y de los comentarios, de los males de nervios y de los suspiros ¡Ella! ese es un título romántico, eminentemente romántico, fruta de ese árbol viejo carcomido y medio seco. ¿Quién no recuerda al leer este cacabeamiento el romanticismo y los románticos del curioso parlante? ¿Quién no se estremece pensando ya en los venenos y en los puñales?—Desde el oscuro rincón de un humilde cuarto divisó a la sentimental Elisa preparando una lágrima que ya comienza a brillar en su párpado; divisó también a la débil Clara ahogándose; su seno palpita y sus nervios se contraen. El Romántico Anselmo se dispone a acompañar con sus gemidos y sus maldiciones a las blasfemias y a los sollozos de la heroína ó del héroe del cuento que se titula „Ella.” Por detrás de todos estos jóvenes ansiosos de impresiones, ávidos de desventuras si quier leídas ó acontecidas, distingúese a la venerable Rita, a la buena sexagenaria, horripilándose y llamando herejías al romanticismo y herejes a los escritores que tal escriben, y ensartando ya un sermón de sexagenaria que deja entre asustada y curiosa a la tímida Angélica... Paso, señores, no es nada de eso; nada de lo que VV. han pensado es el artículo.—„Ella” es cosa muy distinta; no hay para que asustarse. ¿Quién de VV. no la conoce? ¿Quién no la ha visto? ¿Ha estado V. en un baile de caballos? ¿No sabe V. lo que es? Bien, venga V.: entremos. Distingue V. entre esa turba de bailarinas mozuelas, de damas de barrio, de elegantes de accesorias de hembras de soldados, entre esa multitud de mujeres que se enlazan y se agrupan y se oprimen con esos caballeros sin perfume, ni casacas, que se abrazan con esos dondys de catzoello y sábara, de chaqueta y jorongo, petimetres, de sombrero jarano y rolizas muercas, que arman pendencias y se acuchillan y despiden a un hombre para la eternidad, con la misma sangre fría que un elegante de heston y lente se sorbe en íntimos trago, una taza de café. No distingue V. entre esas mujeres, entre ese grupo, a una mujer que parec, multiplícase! Se admira V. de sus formas tan bellas, de su aire tan jovial, le parece á V. la reina de esa sociedad?—Es cierto; véala V. triscar buscar á este, luego á aquel; ansiosa de placeres ávida de sensaciones gratas. ¿Qué gracia en

sus movimientos, qué desenvoltura, qué ardor! —Esa avidez de placeres físicos es el eslabon que une á los racionales con los brutos, vea V. á esa hechicera, esa mujer de la bez, entregada á ella; ¡siente V. deseo de conocerla?—Disfrute V. antes del placer de contemplarla; porque esa muger es *Ella*, y ella... Venga V., dará la vuelta y V. verá su rostro. ¿La vio V.? Pero por qué ha exclamado? Esperaba V. hallar un rostro juvenil, un rostro hechicero, esperaba V. hallar una mirada angelical.—¡Infeliz!—Le ha encontrado V. con un rostro rufoso ya por la edad, con una frente marchita por el vicio, con una ligera que revela los mil criminales placeres de esa muger que al fin ya de su vida vuela ansiosa tras ellos, busca aun sensaciones de que ya es incapaz.—Véala V. bien, note V. los signos de maldición que lleva impresos en esos ojos secos, rojos; aun en esos mismos movimientos llenos de vida y de gracia se descubre su prostitución. Esa muger es *Ella*; porque con este nombre y en uso de mi autoridad he querido bautizar á esas viejas verdes, ó sean coquetillas de cincuenta ó mas años.—Siente V. un atractivo oculto, un *no sé qué* que impele á V. á quedarse junto á esa muger?—Ese atractivo es un hechizo, es el resultado de un clister que forma el patrimonio de *Ella*.—Salgámos, huya V. con migo. Vamos á un baile mediano, porque este artículo ha de ser articulo de baile y de danzas; D. N. dá un baile, y D. N. es un buen empleado de regular sueldo que lo queda á deber tesorería. Venga V., en su casa se reúnen mil personas de la clase media, de esa clase que oculta crímenes horribles y virtudes heroicas, arrojos inauditos y sacrificios inmensos, de esa clase demagógica y anárquica, de esa clase hija del orden y de la libertad. Es la sala, vea V. á esas jóvenes frescas, hermosas, puras, sin pretensiones de orgullo, con la sencillez de la mediocridad; todas bailan, todas danzan; todas están alegres, unas entregadas á los cachoros del baile, otras cuchicheando en un extremo de la sala, confiándose sus penas y sus amores, sus esperanzas y sus temores. Fije V. su vista en ese corro; vea V. á aquella muger que brilla entre todas por su trage modesto, sus modales tan dulces su vivacidad, tan ingenua y tan sencilla. Debe de ser la inocencia misma, el can-

dor personificado. Véala V. riendo con las jóvenes y dándole consejos porque tiene sus aires de experimentada. Mírela V. descubriendo su sensibilidad excitada por los sonos dulcísimos de la música; su cuello ondea, su blanco cuello, su cuello de cisne, su cabeza hechicera chispea con el fuego de la juventud. ¿Tiene quince años! Cree V. que es sensible y la ama, que es hermosa, que es ingenua, que sus maneras son frías, que sabrá amar con fuego.—Bien; véala V.; ya la conoce V. de perfil, ahora mírela V. de frente. ¿La vio V.? No exclame, no prorrumpe en gritos.—¡Es *Ella*! Véala V. encubrir su falta, véala V. cómo suspira á los acentos de ese joven, cómo lanza una mirada al otro, cómo anima á aquel... ¿Se siente V. apasionado por ella? Vea V. cómo se divisa á través de la gaza y de la seda que encubren su cuello y su seno, su maldad y su prostitución; vea V. esa frente juvenil, esa frente de cincuenta años, sus ojos marchitos, ya sus ojos ávidos de deleites y animados solo por el fuego de la prostitución.—¿La creyó V. joven?—Está V. desengañado; tiene ya casco de medio siglo y á estas jóvenes de *semi-siglo* son á las que llamo yo *Ella*. Esta es la *Ella* de la clase media; muger terrible y ponzoñosa como un áspid y abominable como un usurero, aunque ahora los tenemos, para honra de Dios, á millaradas. No huya V., iremos juntos y á otro baile. ¡Hoy me ha dado por los bailes; vamos á un baile de tono, á un baile de elegantes, á un salon en el cual brillan á la luz de la esperma los diamantes y los rubies; lugar en que ondean la gaza y la seda, el finísimo *shall* y la ancha enagua de seda. Venga V.; mil bellezas seductoras consolarán á V. de la vision fatal; la música, la alegría, la buena mesa y la... todos los placeres reinan allí.—Estamos en el ¡Ha llamado á V. la atención esa señorita que ha dado su abanico al almirado y apuesto doncel que consuevando una apostura estudiada se ha quedado junto á ella?—Vea V. á esas otras jóvenes, divírtase V. allí; no vuelva V. el rostro á esa muger. Es hermosa, no hay duda, es la bondad personificada, es la imagen de la inocencia en este suelo, es hechicera... ¡Oh!, es un ángel.—Y la ama tal vez. No la ha visto V. bien; ¿Qué juventud, qué tez tan delicada; es una niña, y una niña hermosísima. Acérquese V.; mírela V. con su rostro joven á fuerza de aceites y de colorite; mírela V. con ese seno palpitante, lleno de afecciones amorosas, blancas, suaves como su perfumado aliento; y digo que es perfumado, porque efectivamente echa la juvenil sexagenaria en su boca no sé qué perfume, que com-

pra en la perfumería por supuesto.—¿La ama V.? Pues bien, vuelva V. á sus pies; es *Ella*!... Escuchará los votos de V., se entusiasmará; la verá V. llena de fuego y de pasión. Pronto, dígame V. que la ama, y *Ella* inclinará su frente burburosa; júrela V. su amor, y bajará sus ojos, dígame V. que muere, *Ella* le dirá á V. ¡Ah! y una lágrima de amor brillará en su párpado viejo, porque la han enterado los acentos de V.—Bésela V. una mano, y en su transporte dará á V. un beso que imprimirá en su frente... En la frente, porque es V. tan niño y *Ella*... *Ella* tiene cuarenta y cinco ó cincuenta años cubiertos con ciertos ingredientes que le vende el peluquero vecino; mas no tema V.; lo amará eternamente; así lo dijo, y esta eternidad es como si dijéramos que amará á V. por toda la eternidad que medie entre la declaración de V. y la de otro joven nuestro prójimo ó hijo de Adán. Porque *Ella* se sustenta con las declaraciones juveniles, como V. y yo nos sustentamos con la carne y con las frutas. Es un placer inefable para *Ella* una declaración juvenil; fíjese V., hay tanto fuego en el *aduro* dictado por una boca de veinte años ó de veinte mayos, que para el caso son lo mismo. Pero en fin ¡recibió la declaración de V.!—Lo amará siempre, no es verdad? Leyó V. en sus ojos su placer, sintió V. palpitar su corazón y aunque viejecita es sincera; yo la he catunado. ¿No es cierto?—Pues bien; aquel mozaletete tímido, encogido, como estudiante de universidad mexicana va á acercarsele.—¿Percebíó V. ? *Te amo*... Acérquemonos.—Van á bailar nosotros también danzaremos; pongans V. frente á *Ella*... Una lágrima le ha quemado á V. la mano. Es una lágrima de la sensible *Ella*; está extasiada con las palabras de ese joven á quien ha dicho necesitaba llenar el vacío de su corazón, y esto es cierto, porque ni V. ni un amante solo son tomos suficientes á llenarle esa caverna que parece un abismo. Porque ya no tienen sangre ni su corazón ni su cuerpo; toda *Ella* está vacía como pipa de vino; y no tiene ya mas que la piel que respira con mil trabajos y por medio de un mecanismo curioso.—¡Vaya V. á llenar ese vacío! No hay quien ocupe tanto que lo consiga, y menos si suponemos que el amante es niño, como son los amantes de *Ella*. *Ella* se muere por los niños; por la sencilla razon de que el género humano es tan afecto á los contrastes, y entre una vieja y un niño hay un contraste graciosísimo, cuyo contraste llega á ser un coup de théâtre, si suponemos, como es debido, que la vieja es macilenta y se pinta, y el niño es rollizo y no se pinta.—Y luego fíjese

V., hay tanto ardor, tanta poesía en una declaración juvenil (por supuesto son niños de quince a veinte años, son tan bellas las primeras palabras de amor. *Ella* se deleita en eso; busca á los jóvenes, los anima, los enloquece para gozar de sus arrebatos, ya que la corta edad de cincuenta años ó de cuarenta y cinco le impide tenerlos por su parte.—Pero no hay que desanimarse; si V. la ama, vuelvase á *Ella* y permanecerá constante; amará á V. y á otro y á otros dos y á otros tres y á veinte jóvenes; porque *Ella* es como heroína en achaque de amor; su corazón es inmenso y no se consume ni puede alterarse.... Ya lo tiene seco, y marchito, y amará á V. y á mil jóvenes para vivificarse con su fuego, para resumirse un momento con su alma, como se anima un instante la llama de un candil, si se le vierte encima una gota de aceite. Y se revivirá en el seno de V. con el calor de su juventud, como se reanima y revive en el seno

de inesperto cazador la vibora que recogió ella en un pantano; y morderá á V. como la vibora y le dejará recuerdos de pena como se los dejaría una fantasma que se le apareciera si traera un vestido del siglo trece ó catorce.

Desprecie V. á *Ella*. Es un horror oírle hablar como testigo de vista de los sucesos de cuarenta años atrás. Abandónela V. y no la busque sino cuando haya menester alguna noticia histórica, ó cuando quiera contemplar un momento un esqueleto, cuando quiera meditar en la muerte.... Y si ella tiende á V. sus brazos, si le mira con amor, si atrae á V., porque *Ella* sabe atraer, véala V. con atención y diga V. á los que están á su lado: „Es una vieja, es *Ella*“ y vévala V. la espalda con indiferencia, que este es el mejor remedio que contra esas coquetillas quinquagenarias ha hallado el curioso.

ANÓNIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LORENZO XUARES DE MENDOZA.

CONDE DE LA CORUÑA.

(1580.)—A D. Martín Enriquez de Almanza lo fué sustituido por virey de la Nueva España nombrado el para el Perú, D. Lorenzo Xuarez de Mendoza, Conde de la Co ruña, que hizo su entrada en México el 3 de octubre en la tarde, del año de 1580 y en cual se verificó con mayor magnificencia que la de sus predecesores, pues que de día en día aumentándose la población se aumentaba también el lujo y el esplendor. El carácter jovial del virey, la afabilidad con que oía á cuantos querían hablarle, le atraían inmediatamente las atenciones de todos y se le hizo desde luego a mahle.

(1581.)—Los oidores, los alcaldes y todos cuantos en México administraban justicia, la ponian en venta, obraban fuera del círculo de sus atribuciones y cometían otra multitud de excesos que el virey no podía reprimir, ni aun con remo-

vor ó suspender siquiera á tales empleados, así como á los de rentas reales que se malversaban, desde que se le restringió su autoridad en tiempo de Velasco, y descaendo el Conde de la Coruña que se remediará, en este año de 81 representó al rey solicitando que nombrase un visitador precisamente para este efecto y con facultades amplísimas.

Aumentado en gran manera el comercio de la Nueva-España que con mucha justicia podría llamar emporios célebres á Veracruz y Acapulco, habiendo en México un caudito número de mercaderes del Asia, Africa y Europa é infinitad de negocios mercantiles, el ayuntamiento impetó del soberano la creación del consulado que tuvo lugar efectivamente en 84, dándole Xuarez una solemne publicidad á la real cédula de Felipe II.

(1582.)—Habían en 580 llegado á México con su arzobispo nueve religiosas para fundar el monasterio de Jesus María, y á las cuales de pronto y mientras se les proporcionaba local para su fundacion, se les franquieron unas casas situadas en la esquina de la Santa Veracruz (la actual parroquia) y el 20 de febrero de 82 pasaron al edificio que hoy tienen por donacion que les hizo un particular siendo ese edificio fincas suyas. Entre las fundadoras venia segun noticias una hija natural de Felipe II cuyo cráneo se dice que existe aun en el convento con un laurel. También en este año, de Guatemala y con el objeto de estudiar llegaron á

México algunos mercenarios que fundaron pasados pocos años la actual provincia de la visita y conventos de México. El día 19 de junio, siguiendo al padre Cayo, ó de julio segun Votacourt falleció Xuarez de Mendoza á causa de su extremada ancianidad. Fué en gran manera sentido por los que le comunicaron: el periodo de su gobierno fué de corta duracion, porque rara vez se hizo el de los hombres honrados. Su cadáver segun se sepultó con gran pompa en la iglesia de S. Francisco, de quien era muy devoto, y de allí se le condujo al sepulcro de su familia en España.

CARLOS M. SAAVEDRA.

PROFETAS.

Il est impossible d'enviager toutes les preuves de la religion chrétienne sans en croire, sans en ressentir la force & la quelle nul homme raisonnable ne peut résister.
rascail.—Marques de la véritable religion.

una poblacion, si se quiere; pero aquellos ostienden mucho mas su dominio, y los males que causan alcanzan á toda una sociedad, al mundo entero.

Todas estas circunstancias nos impulsaron á traducir literalmente este artículo, el versa sobre uno de los puntos mas controvertidos, sobre la verdad de los profetas. Cuántos hombres dudan de las profecias y hasta de la existencia de estos seres inspirados por Dios; pero por una notable inconsciencia, frecuentemente los que tal dudan; nos hablan con una fe ciega del rapto de Elena, de la guerra de Troya, de la fundacion de Roma por dos gemelos alimentados por una lobá, y de otra porcion de maravillas que únicamente creen por que llevan el pomposo titulo de hechos históricos; desechando con la mayor impudencia, lo que la fe nos manda creer, y que los libros sagrados nos presentan con el carácter santo de la revelacion.

Estas inconsciencias de la falsa filosofía francesa del siglo XVIII, que desgraciadamente hemos heredado, podrán trararnos males de incalculable trascendencia, tal vez la disolucion de la sociedad. El artículo que tra-

ducimos puede ser hasta cierto punto un antidoto contra tan fatal veneno, y repetimos que nos ilongua la idea de que nuestros suscritores lo verán con agrado.

Llego a este dilatado campo sin titubear, pero con dolor, pues que jamás el entendimiento humano ha reputado con mas orgullo la verdad de los milagros y la sinceridad de los Profetas: mas no, me engaño, Roma tambien presenta una época deplorabil. Desde Luercio hasta César, la reina del mundo perdió su fé religiosa: desde Mario hasta César, el pueblo rey, perdió su fé política: desaparecieron los Dioses, luego la libertad, despues la gloria y por fin, la nacionalidad, y los antiguos romanos no fueron ya mas que un tirano y muchos esclavos. Roma creyó poder reemplazar la religion en la filosofía que la habia destruido, mas aqui es donde resalta la importancia del entendimiento humano, pues la filosofía no puede resaltar del politeísmo, la mas miserable de las religiones, y el mundo vivió alimentado por la incredulidad, subyugado por el despotismo y sumergido en la servidumbre hasta el día en que la palabra del Cristo vino á reconciliar á la tierra con el cielo. Nuestras tendencias son á una decrepitud semejante, y no vendrá otro Cristo á rejuvenecer el universo, y á consolar á la humanidad.

La filosofía moderna, hija de la de los griegos, semejante á su madre, ha conmovido todo lo que no ha podido destruir, y ha abierto la lucha del mundo intelectual, el cual se ha revelado contra el orden religioso. Con Lutero, la libertad se coloca frente á frente de la autoridad, y el hombre comienza á luchar con Dios: la libertad engendra al exámen, el exámen al análisis y el análisis á la disolucion. Las tendencias de los reformadores no se dirigen hacia este amargo fruto de la reforma, ellos querían oponer la autoridad que intentaban establecer, á la que deseaban abatir, tuvieron por largo tiempo sus confesiones y su doctrina, pero la libertad de los protestantes, debía destruir la autoridad del protestantismo, y su principio generador debía necesariamente transformarse en principio destructor.

A su vez la antigua y santa autoridad de la iglesia católica se estravia en el combate, negando la libertad del hombre, es decir, al hombre mismo, y se subleva en su contra la independencia del entendimiento humano. Espinosa la arroja hacia una licencia panteista, Hobbes hacia la servidumbre material, y Collins y To-

lland hacia la duda y la negacion de lo infinito. Al combate de los modernos Titanes contra el cielo, sucede una batalla arrojada contra la moral, cuyo resultado era fácil de prever: la moral no es posible sin la religion, pues solo está en la fé, y solo ella es su fuente, su sancion y su fin; fuera de ella existen leyes y penas, una opinion y conveniencias que pueden conducir hacia una muerte lenta á los pueblos incrédulos, pero que no podrán decirles: levantaos y andad! Conmovido el cimiento vacila el edificio. Montaigne dudando, Rabelais ridiculizando, y La Mothe-le-Vayer racionando, removieron en la filosofía moral la guerra que Lutero y Calvino habian promovido en la filosofía religiosa, y así ellos fueron como los herederos de los dos grandes reformadores á la guerra sucedió la anarquia, y Voltaire termino esta lucha con el triunfo de la incredulidad. Despues del poder religioso y del moral, quedaba el poder político, y á su vez se le hizo descender á la arena. Abandonado por la religion que él habia abandonado antes, reputado por la moral que él habia manifiestado, solo y sin defensa, no le quedaba mas que tender el cuello á la cuchilla. El desastro promovido por Bodin, fué terminado con el paso de armas de Mirabeau, Robespierre no se midió contra los agresores, sino que mató á los vencidos. Sin fé religiosa, sin fé moral, sin fé política, ¿qué le queda á un pueblo? Preciso es que vea caer incesantemente todas las gerarquias humanas, y hasta la misma familia debe desaparecer, el hombre debe quedarse solo con su egoísmo y su interés, y entonces estos dos vicios vienen á ser virtudes; y como la ciencia del hombre por el hombre y sin Dios lo conduce al aislamiento, es necesario que se ame solo, pues que está solo; como ha roto todos los lazos que unian lo finito á lo infinito, no queda del hombre sino lo que tiene de terrestre y de grosero; y desde este instante el bienestar material y el oro que lo procura, son el único fin de una existencia que sale del caos y vuelve á la nada; como cree en la inteligencia y no en el alma el grito de la conciencia, el atractivo de la simpatía, todos estos tesoros de regocijos y de lágrimas que nacen de la sensibilidad, cesan el puesto á las groseras emociones de la sensacion que nos impelle hacia el placer, y nos repelle del dolor. Entonces nacen las teorías sensuales que Locke ha renovado de Aristoteles, que Condillac ha embellecido, y que los San Simónianos han traducido en toda su brutal sencillez, entonces nacen las teorías de utilidad privada, que reduciendo al hombre á su

organizacion material, lo impelen á satisfacer sus necesidades y sus placeres; entonces nacen las teorías de utilidad general, que en los países protestantes, así como en los filósofos, han desechado todos los principios, para colocar al hombre y al pueblo bajo la fatalidad de los acontecimientos, sustituyendo la necesidad á la providencia.

Cuando se ha llegado á este deplorable estado ¿qué puede decirse de los Profetas, sin exponerse á la risa general, á riesgo de no encontrar una mirada que nos anime y una alma que responda á la nuestra? Sin duda hay hombres que se creen superiores por que han visto que la tierra despoblada de Dios está estéril y desierta, y que quisieran rehacer una religion con tal de no creerla ellos mismos. Construirían gustosos una basílica como construyen un cuartel, y así como queaban este con soldados, quisieran poblar aquella con creyentes; pero á los unos se les puede decir: marchad; y á los otros no solos podria decir: creed! Los movimientos del alma no son como las evoluciones de un regimiento; pues el poder ejerce sobre las acciones una autoridad que no le es posible ejercer sobre los sentimientos. Es necesario que los filósofos devoren con espanto el fruto de sus obras.

En nuestros días el espíritu profético es incomprensible para los entendimientos tales cuales los han hecho la filosofía del sensualismo y del egoísmo.

Cuando se repudia la profecía y el milagro; y al espíritu de Dios animando al espíritu del hombre, no se puede tratar de los Profetas, sino ostentando ciencia y una ciencia falsa y deplorable. Hace poco que se hablaba todavía de los oráculos como una fe engañosa, pero que á lo menos era fe, por supersticiosa que fuese. Se veia la funesta prevision del enemigo del género humano en las profecías de las religiones estranas; no era esto sino el genio de Satan que penetraba en las tinieblas para sorprender allí los misterios de la providencia. Pero su trataba de su Dios, de su religion, de su secta, un rayo del cielo venia á iluminar desde lo alto al hombre que caminaba guiado por el dedo de Dios y hablaba inspirado por el espíritu de Dios! El hombre creia año y milia segun las fuerzas de su inteligencia lo conocido á lo desconocido, lo finito á lo infinito, las formas del ente al ente mismo! La ciencia fria inanimada carece de sentimiento, de conciencia, de alma, único poder humano que une á la tierra con el cielo. Así cuán curioso es verla armada con el error, el egoísmo y la mentira penetrar en este

campo sin límites del croyente, atacar la fé pasiva como supersticion y la fé activa como fanatismo, servirse de lo falso para destruir lo verdadero y del crimen para negar la virtud. Para la ciencia todo es análisis, y lo que no deja un residuo en su crisol no puede existir. Pobre ciencia! admirable por el racionismo y la dialéctica, por la claridad, el orden y el método, que ha dado pasos agigantados, por la invencion y la perfeccion de todos los instrumentos, que pudieran conducir á la ciencia real si su árbol no se hubiera quedado en el Eden. Pobre ciencia! que niega lo infinito con una palabra altiva, y que estacionaria desde Aristoteles y Platon, no puede aun decirnos lo que son el tiempo y el espacio, la vida y la muerte; que quiere presentar á nuestras miradas el hombre entero y que no puede decirnos lo que es la inteligencia y el sentimiento, cómo existe el alma, cómo se ama al cuerpo y cómo se manifiesta en el exterior. Pobre ciencia! que antes de pasar el alma debería comenzar por conocer el cuerpo, y decirnos lo que constituye la respiracion, la circulacion y la generacion; lo que produce la peste, el cólera, la viruela. Pobre ciencia! tan hábil en la descripcion de los efectos, en sistematizar los resultados y tan impotente para elevarse á una causa. Á una idea primera cualquiera, que sea. Y no obstante, esta ciencia sin fé, es la que quiere espicharnos hacer cien años estos misterios de lo infinito, estas tinieblas de lo desconocido á los cuales no puede llegarse sino por la intuicion. La ciencia la ha visto juglares, médicos y sibilas, y entre ellos ha visto juglares, médicos y sibilas. Todo es mentira, fuleorias, arte de evanescer ó de curar, todo es juego de manos, lisonja, engaño, lo lo es el hombre, nada es Dios en la religion. Moisés anuncia la fuente que hizo brotar de la roca, Elias sabia al cielo en un carro de ópera, Eliseo caminaba sobre las aguas con unos patines de corcho, el enfermo fué curado con una medicina, el muerto resucitado porque no habia espirado, y el que muere espore efecto de un veneno. Cómo es que la razon humana no ha bastado para demostrar á estos ingenios superiores que el crimen no se comete vanamente, que es preciso ser impulsado hacia el por un interés personal ó de carita, y que los Profetas estaban aislados y solitarios, vivian perseguidos; y pobres y morian pobres y mártires sin aspirar al poder ni codiciar las riquezas, espouando sus cabezas, cuando Dios les mandaba que fuesen á predicar en el templo. Así cuán curioso es verla armada con el error, en los palacios ó en las plazas públicas, ocultándose despues de ejecutada su mision en los de-

sieros y entre las rocas, esa misma cabeza que el amor á la vida, inseparable de la humanidad, les hacía conservar hasta el momento en que Dios les diera: Necesito de ella!

No, nada puede hoy decirse acerca de los Profetas, porque nada puede ser comprendido. El ojo no puede oír, el ojo no puede ver, y el corazón no puede sentir. Se apeña á la religión, como si fuera un instrumento en los negocios públicos, pero no se percibe el vacío que deja en las almas. Ay de ella, si en vez de romper con la mano de Dios la puerta que se le cierra, entrase ayudada del poder, por la que se te abre! No sería ya la hija de Dios, el ángel tutelador en la desgracia, la reina del mundo; prostituida por el hombre, manecillada con sus caricias, caería bien pronto al fin de su orgía política. Ella no puede ser sino lo que es; y si no es tal como se cree, no es nada. Con este espíritu, es pues, con el que deben leerse y meditarlos los Profetas, con este espíritu fué con el que los hebreos escucharon á Moisés, y que hace mas de tres mil años viven aun con su vida y por su palabra; con este espíritu es con el que los cristianos han atorado el Evangelio, y con él, llenos de confianza en sus promesas, han tolerado la opresión y sufrido el martirio; con él humillados en la opulencia, y resignados en los padecimientos, han pasado este sueño que llamamos vida, surcada por algunas ilusiones, herida de dolor y de espanto por algunas pesadillas, y que acaba en la intaba, mansion de muerte, donde el cristiano comienza á vivir, y los de otras creencias cesan de existir.

Los filósofos hebraizantes roban la inspiración, y pretenden explicarla por medio de la fisiología y la psicología. En medio del mundo que se cree animado por el sentimiento religioso el *sentido íntimo* de la religión ha perdido todo su poder. Se siente que hay un Dios, una alma, se experimenta la necesidad interior de creer, y se conoce y atormenta el peligro del orden social, arrojado como pasto á la incredulidad; pero la filosofía, tal cual la han hecho el siglo XVIII y la revolución, pesa sobre el mundo como la fatalidad, y con esclusión de algunos hombres á quienes la rechilla del *espíritu fuerte* no ha aun horroizado, es necesaria otra generación, otra instrucción, otras leyes y otras insinuaciones, para poner término á la insurrección del mundo material contra el mundo espiritual. Aun las almas que tratan de creer en nuestros días, buscan la fe fuera de la religión. Swendemborg y Saint Martin buscan á Dios al través del delirio de sus fantásticas visiones: han visto lo que los ojos no

pueden ver, han oído lo que los oídos no pueden oír. Ellos que no pueden comprender con los sentidos que el alma sea cautiva y soberana en su cuerpo, quieren con ayuda de los órganos materiales atravesar el abismo que los separa de lo infinito: su locura no carece ni de celo ni de unión, pero á nada puede conducir, pues no es mas que locura. Otros ascéticos, renovados de Madame de Guyon, buscan los misterios por la contemplación, y descorren todos los velos por la infusión. Quieren que su alma que no puede salir de sí misma, para manifestarse por sí, y que replegándose en ellos, no puede revelarse á sí misma, pueda atraerse lo invisible, lo desconocido, lo infinito. La psicología no ha llegado nunca á descubrir una idea primera, una idea simple, una idea necesaria, y el sueño de los ascéticos nunca será mas que un delirio. El Profeta lo ha dicho antes que nosotros, dirigiéndose á los que buscan lo que no pueden encontrar en este mundo: "El hombre no puede verme y vivir."

Aun aquellos que investigan con fe, no pueden evitar el investigar con el espíritu, pues llevan el examen en la investigación y el libre albedrío en el juicio y de esto nace la divergencia de los comentaristas. Es esto figura ó realidad? sentido literal ó alegórico? parábola ó historia directa? El Profeta que descubre el velo de lo venidero á la presencia de la incredulidad que lo espera. "Escuchad y no comprendáis dice, Isaías. Pero cuando el tiempo se ha cumplido, los velos se han levantado, y los misterios revelados al hombre, entonces el apóstol dice del evangelio: "El que lee, comprende."

A la primera ojeada la profecía directa parece que demanda fe, pues que no hay quien resista á la claridad de estas palabras: "Una Virgen concebirá." Los hebreos las admiten pero niegan su cumplimiento. "El Cristo será crucificado." La admiten tambien, mas esperan al que debe nacer de la Virgen, y que deben ellos sacrificar. Así los judíos no creen á los Profetas en lo que el cristianismo ha cumplido; los protestantes no quieren admitir mas que aquello que no ataca sus doctrinas; y solo los católicos toman el libro de Dios, como los hebreos hasta el advenimiento del Cristo, y como la universalidad de los fieles, desde el evangelio. Así es que todos estan de acuerdo acerca de esas magníficas promesas, y de esas terribles amenazas de la voz de Dios tronante en boca de los Profetas sobre la ruina de Jerusalén; la cautividad de Judá; las setenta semanas de servidumbre, la caída de los caldeos, las vic-

torias de Ciró, las conquistas y desastres de los persas, de los griegos, de los romanos, la abominación y la pérdida de los moabitas, de los tirios, de los filisteos y de los egipcios. Los hechos han venido á justificar las palabras y la duda ha desaparecido. Pero los judíos no pueden admitir el cumplimiento de sus profecías en nuestra religión, sino abdicando la suya, y los protestantes no pueden entenderlas como nosotros, sino dejando de sentir. De manera que discutir con ellos sobre los Profetas, no solo es cosa de ciencia de erudición, de examen y de controversia, es el fondo mismo de su religión lo que se debate, y ellos no podrían convenir en que cometían un error histórico sin confesar al mismo tiempo la falsedad de su creencia.

En nuestra pobre escolástica los comentaristas han estado poco de acuerdo; muchos han abandonado el sentido literal por el místico, y otros han variado aun acerca de la alegoría que imaginaban. Pero aqui todo es de una santa legalidad; nadie puede ser sorprendido en estas interpretaciones cuya sutileza no ofende la piedad natural. S. Gerónimo no vacila al decir con toda la pureza de su corazón: "Lo que sólo comunico con sencillez á mis hermanos, pero ellos son ciertamente libres para adoptar la interpretación que quieran seguir." Efectivamente el texto hebreo algunas veces mal *traducido*, y otras mal *comprendido*, y la version *inglesa* algunas veces *comprendida*, y otras *inglés*, abren la lista á diversas interpretaciones, para todos esos espíritus: sublimes y sencillos al mismo tiempo, para todas esas almas á la vez austeras y francas que apagando su sed en el río de los Profetas, se dejan arrastrar por la corriente.

Pero como osar en nuestros días abandonar á la risa del incrédulo, ó al desden del indiferente, el espíritu de los videntes tal como aparece en otro tiempo al espíritu de los creyentes? Hoy no puede hacerse mas que tratar científicamente de los Profetas, es decir, repetir lo que los demasaban dicho de ellos, aglomerando los mismos hechos en un sistema diferente, porque esto es lo que se llama ciencia en nuestros días; ella no nos enseña lo que ignoramos, únicamente nos enseña de diferente modo lo que sabemos; y hé aqui todo. Los paganos tenían templos especiales donde los Profetas y las Sibilas habian sus oráculos, y en ellos se nota la obra del espíritu sacerdotal. El sacerdocio hebreo fué siempre extraño y algunas veces enemigo del espíritu profético; pero el espíritu de Dios descasaba sobre un hombre y el hombre profetizaba. Se ha divi-

dido á los Profetas en mayores y menores: todos son iguales entre sí, pero lo que los distingue es, que aquellos han dejado mayor número de profecías: Isaías, Jeronías, Ezequiel y Daniel son los cuatro profetas mayores. Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Abacuc, Sophonías, Ageo, Zacharías y Malachías son los menores. Pero los hombres á quienes el espíritu de Dios ha querido aparecer, forman de Adán á Moisés una serie sin interrupción de verdaderos profetas. Hasta después de Moisés es cuando los profetas suscitados escribieron sus predicciones; y desde Samuel hasta Malachías la palabra de Dios sobre el pueblo y sobre el mundo se nos ha conservado. La escritura cita Profetas, profetas y asociaciones de videntes. San Epifanio cuenta una serie de setenta y tres de ellos desde Adán hasta María, y los otros cuentan cuarenta y ocho. Los comentaristas de los Profetas son innumerables, y sus discordancias han escitado la cólera de los filósofos: fácil hubiera sido evitar esta controversia, pues Bossuet habia dicho antes que ellos: "El concilio de Trento no establece la tradición constante, ni la inviolable autoridad de los Santos Padres para la inteligencia de la Escritura, sino en lo que están unánimes y en las materias de fe. Las explicaciones literales ó históricas no son en su mayor parte ni de dogma ni de autoridad." El campo es libre, y vasto, segun se vé, para las conjeturas; pero lo que siempre se ha creído en todas partes y por todos, está á los ojos del cristiano fuera de toda discusión. Esto es, lo que la comunión de los fieles, es decir la Iglesia, ha creído hasta hoy, y á esta creencia es á la que será preciso volver, porque en ella y solo en ella se encuentra la verdad. La anarquía de las opiniones aisladas, la licencia del derecho de examen, que pliega el sentido de la Escritura á merced de las pasiones y al gusto de los sentimientos, la insurrección del crimen que niega el poder que lo estudia, la locura del hombre que busca á Dios fuera de Dios, ó que quiere hacerse un Dios á su placer y todas estas saturnales filosóficas, tendrán su fin; la verdadera naturaleza de la humanidad volverá á su camino, del cual la han arrojado el orgullo de la inteligencia y las emociones de la carne; pero llegará el día del profeta. "Dios creará un nuevo cielo y una tierra nueva. El sol no resplandecerá ya de día, la luna no lucirá por la noche y solo Dios será eternamente nuestra luz y nuestra gloria."

Tal es el artículo de Mr. Pagés: el nos parece bien escrito, y aunque sea mal traducido, le hemos dado un lugar en las columnas del Luzco, pues en nuestro humilde concepto demuestra la importancia de nuestras creencias, en una época en que como dijimos antes, se miran con desprecio, y en que la religión encuentra pocos ecos en los corazones,

sin considerar que esa religión santa debe ser la única esperanza del hombre; pero el hombre es altivo, ha querido penetrar mas allá de lo que le es dado y se ha estraviado; ha apagado la antorcha de la fe y se ha quedado en tinieblas: pobre humanidad!.....

P. M. DE TORRESGANO.

INSTRUCCION PUBLICA.

Si hay algunos datos para conocer la marcha y adelantamientos de un pueblo, no se toman ciertamente de la vista de esos magníficos y sorprendentes edificios, destinados para el recreo de los magnates, ni de la generalización de un lujo, que las mas ocasiones no se puede sostener sino por la corrupción de costumbres; extranjeros que agobian á sus pueblos con toda clase de vejaciones, levantaron arcos triunfales para perpetuar su memoria: pueblos sumergidos en una abyección estupidez, construyeron y adornaron templos, para quemar incienso á sus ídolos y á sus preocupaciones; y los primeros solo han eternizado en sus monumentos la memoria de su orgullo, y los segundos han legado á la posteridad el título de su ignorancia. Los mas bellos ornamentos de una nación civilizada, son sin duda alguna el fomento de la instrucción pública y de la moral, y la creación y mejora de los establecimientos de beneficencia. Sin estos elementos, la sociedad no existiría ó sería un yugo insoportable, y los hombres remirían bajo la dura mano del despotismo del mas fuerte.

Sabia la naturaleza, concedió al hombre el atributo sublime de la inteligencia, por el cual ha podido bastarse á sí mismo, remitir la acción brusca de los elementos, cubrir sus necesidades de una manera cómoda, y aun proporcionarse goces en la vida; grabó en su corazón el amor de sus semejantes, fuente purísima de las acciones generosas, origen de muchas virtudes y el freno mas saludable contra el vicio; de estos atributos derivan los principios de las conveniencias sociales. ¿Qué sería el hombre sin estos dones con que le enriqueció el Criador?... Desnudo y sin abrigo, sería el mas desgraciado en medio de la abundancia, y feroz para con sus semejantes, no veria en ellos sino

unos rivales á quienes disputar la presa: ni el principio de la propia conservación hubiera bastado para perpetuar la especie humana; obligada por su misma organización y por sus necesidades á proporcionar recursos, que no hubiera encontrado fácilmente en el momento de su nacimiento, ni en el largo periodo que transcurre para que sus miembros se robustezcan, su ruina sería inevitable. Pero el Autor de la naturaleza le dió privilegios especiales, que debían formar con el tiempo al hombre civilizado que hoy nos sorprende; le dió todos los recursos necesarios para formar las sociedades, todo el poder para resistir y aun dominar á todos los seres de la creación; la inteligencia y la moral constituyen este poder.

Mas ¿qué ventaja sacaría la especie humana, si cada hombre se viera forzado á no usar de sus atributos, sino en su propio provecho y sin comunicar sus observaciones? Cada generación tropezaría con los mismos obstáculos que la anterior, y cuando el hombre llegara á una edad, en la que hubiera adquirido un mediano caudal de conocimientos, la muerte lo arrebatara con él, sepultándolo en el olvido.

Seguramente de esta concepción ha nacido el empeño con que en todos tiempos, desde la mas remota antigüedad, se ha procurado dar estabilidad á los descubrimientos de todos los siglos, á los raciocinios de todos los sabios y á las verdades confirmadas por la experiencia; se ha creído conveniente grabar la serie de los pensamientos que se han juzgado de interés, y legar á la posteridad una piedra, para ayudarla á construir el edificio social. La presente generación debe perfeccionar la obra de sus antepasados, y si conquista algunas verdades interesantes, dar su contingente, para aumentar la suma de los conocimientos, ó para con-

solidar los que ya habia adquirido. La ciencia no reconoce tiempo, ni patria; los conocimientos antiguos y los modernos, deben estar enlazados de tal manera, que los unos sirvan para perfeccionar á para desechar los errores. ¿Conoceríamos ni aun los mas groseros tejidos con que cubrimos nuestras carnes, si no hubiéramos aprovechado la herencia de los siglos anteriores? ¿Tendríamos habitaciones en donde guarecernos de la intemperie y los artículos necesarios para la vida? Una larga serie de operaciones intelectuales se han necesitado para sacar de las producciones de la naturaleza, todo el partido que demandan nuestra comodidad y nuestros deseos; en las investigaciones de nuestros antecesores hemos encontrado á veces un apoyo para nuestros trabajos; y á veces la convicción de los precipicios, de que debemos huir; nociones importantes, cuya generalización forma el cimiento de felicidad pública.

En el interés de la sociedad está que los gobiernos dediquen toda su vigilancia á la mejora y progreso de la instrucción, y en México muy particularmente. La larga existencia que cuentan ya las naciones del antiguo continente, la fácil comunicación en que han estado todas sus poblaciones, y la multitud de genios, que en su larga vida, han aparecido sobre la escena del mundo, han sido suficientes para despertar á aquellas de ese profundo letargo, en que por tanto tiempo estuvo sumergida la Europa; mientras que México con los hábitos de una colonia, á la que se procuró conservar por una servil obediencia, hoy comienza á lanzarse en la carrera del mundo y de la libertad, y tiene por rivales á esas naciones, que si le aventajan un poco en conocimientos, le exceden con mucho en suspiencias y mala fe: si queremos andar con paso lento, muy pronto perderemos de vista á los que corren. Felicitame han pasado, para no volver, esos tiempos de horror y de tinieblas, en que el saber era un crimen, la duda una impiedad, y la ensangrentada cuchilla del verdugo la única ley: ya no veremos sojuzgada la conciencia, y podemos libremente sujetar al análisis todas las verdades, las dudas y los derechos.

El espíritu de investigación es el espíritu del siglo. No son hoy las sociedades unas reuniones de hombres que vagan al acaso, sin otros

conocimientos que los de su instinto, y sin otras necesidades que las puramente animales; no se contentan con ver lo presente, desdenando el porvenir; la voz mágica de libertad suena en todo el orbe y la civilización se propaga hasta los mas remotos confines de la tierra. ¿Cómo será posible, que atrincheros en nuestras preocupaciones, nos avergoncemos de salir del círculo estrecho que nos trazaron nuestros mayores? Si consideramos en las mejoras sociales que hemos conquistado en el poco tiempo que tenemos de independencia; en la infinita variedad de objetos, diseminados en la vasta estension de la república, que debiendo formar nuestra riqueza, no sabemos hacer productivos; en que la Europa tiene miras sobre nosotros, y cuenta para realizarlas con nuestra debilidad y nuestra ignorancia; en que nuestras continuas guerras civiles dependen parte, de nuestros atrasos, y en que es preciso combinar los elementos de dicha con que contamos, para hacernos respetar, México tiene mas necesidad que otros pueblos, del fomento de la instrucción pública.

Cuando no se habian establecido con exactitud los principios de cada uno de los ramos, eran tolerables algunos métodos embrollados de enseñanza, que una funesta rutina ha conservado hasta nosotros; pero ya que el tiempo ha puesto en claro, que es imposible abarcarlo todo, sin esponerse á no saber nada, es preciso dar de mano á nuestras preocupaciones. Los conocimientos humanos conspiran á un mismo fin, aunque por distintos caminos, son como las ruedas de una gran máquina, que obrando en un espacio corto, todas contribuyen al movimiento general. Así, pues, debe buscarse en cada ramo todo lo que tienda á adelantarlo, y no por una vanidad insustancial erudición, llevar nuestras cabezas de términos pomposos, que alincian al vulgo; pero que nos sirven de poco. En diversos artículos iré esponiendo mi opinión acerca de las diversas clases de instrucción pública.

Si un principio de soberbia en los grandes, dió en otro tiempo lugar, y aun favoreció la ignorancia del pueblo y su consiguiente envilecimiento, un principio de conveniencia pública, reclama hoy la ilustración de las masas.

JOSE MARTA REYES.

LOS JUDAS.

„Hay hombres que parecen que han nacido para el infierno.“
SAN AGUSTIN.

Más de diez y ocho siglos ha que un discípulo de Jesucristo, llamado Judas Iscariote, dominado de la avaricia, se presentó en Jerusalén á la Sinagoga, ofreciéndola entregar á su maestro, por el precio de treinta dineros. La Sinagoga admitió; el infame apostol consumió su obra. A pocas horas se arrepintió; mas avergonzado, no quiso pedir perdón al Salvador; y se suicidó, colgándose de un árbol.

Pleno me encuentra, me abraza, me aprieta la mano, con la sonrisa en los labios me llama hermano; mas apenas se separa de mí, cuando dice al que va á su lado: „este mentecato me da lástima, cree merecer mi aprecio; es un pobre diablo que debia estar prescrito en la sociedad; no tiene moral, educación“... y así prosigue ajando mi reputación. ¿Será posible concebir virtud alguna en un hombre tan perdido? No; este hombre es capaz de los mayores crímenes. Es peor que Judas.

Simón se pasea en magníficos carruajes, obsequia á sus amigos con espléndidos banquetes, sacia sus pasiones pagando á cualquier precio los placeres; mas recorre la ciudad, y oíréis las maldiciones que le prodiga la viuda que apenas tiró para sustentarse dos ó tres días con la cantidad que le dió por su pensión, queya recibió el íntegro; oíréis las lágrimas del huérfano y las murmuraciones del empleado, que se hallen en el mismo caso que la viuda. Ofreced á este rapaz agiologista una regular suma de dinero, porque consiga la ruina de la industria, y trabajará por lograrlo; propóngale una nación estrangera un millón de pesos por

la libertad de su patria, y aunque conozca que él ha de ser el primer esclavo, apurará todos los medios por ver si puede conseguirlo; porque su patria, su Dios y su existencia son el dinero. A su lado, Judas es un ángel.

Tadeo conoce que una transacción evitaria á Manuel su cliente grandes costas judiciales y fuertes desazones; pero como esto le haria concluir un negocio que le puede producir buenas cantidades de pesos, atiza la discordia y obliga á su parte á continuar hasta lograr la completa victoria. Judas no abusó hasta este extremo de la confianza del Salvador.

Julio, Simplicio, Fabian, dependientes de D. Anacleto Vilches, á quienes ama como á hijos, se presentan con un lujo tal como si fuesen hijos de algun millonario, siendo así que su caudal no es mas que una moderada pensión que el honrado viejo les tiene asignada. D. Anacleto está para quebrar, y su desgracia ha sido causada únicamente por los despilfarros de los tres jóvenes, quienes para satisfacer su lujo y sus vicios robaban al cándido anciano. Dignos imitadores de Judas, sacrificaron vilmente á su bienhechor.

A Félix, diputado á cierto congreso, ofreció el gobierno un destino porque diera su voto por un proyecto desatinado: ¡qué le importaba que fuera de por medio la patria; si él habia ya ganado su subsistencia para lo futuro! Judas se arrepintió al menos de su crimen; pero Félix cada día se complace mas en el cuto.
FÉLIX Y LOS OTROS.



Virey Mexicano.



D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS.
6.º Virey de la N.º.º.º.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS,

ARZOBISPO DE MEXICO, PRIMER INQUISIDOR Y VISITADOR

DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1583.—Por razon natural debieron sentir los habitantes de la Nueva-España la muerte del anciano conde de la Coruña, la idea sola de que mientras se sabía en la corte y se le nombraba sucesor quedaba gobernando la audiencia, era bastante para aterrorizarlos. En efecto, apenas dejó de existir Xuaréz de Mendoza, se encargó la audiencia del gobierno á mediados de 82, siendo su presidente el decano Dr. Villanueva.

Gobernaban, pues, tranquilos los oidores ignorando que Mendoza habia pedido para ellos un visitador, cuando Felipe II nombró para este cargo al arzobispo, hombre severo y recto, y que conocia, sobre todo, la perversidad de los oidores, con lo que bastó para ponerles miedo. Y así fué, que luego que le llegaron los despachos, el arzobispo los presentó, obsequiando la costumbre, á la audiencia, cuyos miembros tombáran al oírlos leer y admitir por el acuerdo. Se abrió, pues, la visita, y en pocos días oyó Moya multitud de quejas, pero no se atrevió á proceder contra los culpados inmediatamente, sino que determinó antes dar cuenta al rey y esperar su resolución, recomendándole entretanto á los que cumplían bien su deber, y mientras fué cortando con prudencia los abusos todos de que tenia noticia.

1584.—Se empleaba aun en la visita D. Pedro Moya, continuaba recibiendo quejas é impidiendo abusos y esperaba los despachos del rey para corregir á los malvados, á tiempo que sabedor Felipe II de la muerte de Mendoza, le nombró por sucesor á Moya. Con el nombramiento de virey, de cuyo cargo tomó posesion á 21 de setiembre, recibió D. Pedro facultades que no se habian dado á sus predecesores, de poder remover á su arbitrio de sus empleos

hasta á los ministros y oidores, y de castigar con penas graves á los que incurriesen en delitos que las merecieran. Con tales facultades, el virey privó de su oficio á unos oidores, suspendió á otros y mandó ahorcar algunos oficiales reales, y quedaron los tribunales tan arreglados, que no dejó ni puso en ellos por ministros sino á hombres, cuya conducta le habian merecido confianza á él ó á personas de integridad á quienes consultaba. No por desempeñar el cargo de visitador abandonaba Moya de Contreras el gobierno político como virey, ó el eclesiástico como arzobispo, porque á la vez daba cumplimiento á sus tres cargos sin desentenderse de ninguno de ellos. Así es que, teniendo orden del rey para estrechar á los indios que se hallaban dispersos, á que se reuniesen en los lugares vecinos para habitarios, ó bien que formasen nuevas poblaciones, quiso ejecutar tal disposicion, pero para proceder con acierto y cordura consultó á los religiosos que dirigian á los indios, y ellos espusieron que la medida era perjudicial, como estaba acreditado repetidas veces. El virey suspendió, dando cuenta á Felipe II para que resolviera lo que tuviese por conveniente. Acuerdo muy prudente y muy propio del celo pastoral de Contreras, prelado á la verdad dignísimo de la grey que regia.

1585.—El padre Juan de la Plaza hizo mocion para que se fundara, como se verificó, un seminario de indios, donde se les enseñaba á leer, á escribir, los rudimentos de la fe y canto llano. De este seminario se hicieron cargo, siguiendo los loables fines de su instituto, los religiosos de la Compañía de Jesus, corporacion de que mucho se ha hablado, sin considerar lo mucho que le debe la humanidad. El colegio, pues, es el de San Gregorio, de donde salieron

los españoles que allí estudiaban para el de S. Bernardo, que no existe ya, y cuyas rentas fueron aplicadas al de San Ildefonso.

En prueba de su solicitud y su empeño en los negocios de la Iglesia, el virey reunió en este año un concilio provincial, al que asistieron los obispos de Guantimalán (Guatemala), que hoy es arzobispado), Mechuacán (Michoacán), Yucatan, Huaxacac (Oajaca), Jalisco y el de Tlaxcala (Puebla). D. Pedro Román, de quien hablaremos en la visita de Villa Maureque. Este concilio es de los más célebres de América, y aunque Velascoourt dice que fue aprobado por el de Trento, nosotros que lo hemos visto, y que por otra parte, advertimos que el de Trento concluyó por los años de 50 á 60, podemos asegurar que, mas bien algunas sanciones de este concilio general, fueron mandadas promulgar en aquel que además no ha tenido fuerza y vigor á pesar de las benéficas disposiciones que contiene, por haberle faltado la aprobación de la silla Pontificia.

Este año se empuñó el arzobispo en que saliese una rica flota para España, y logró en efecto, embarcar por Veracruz tres millones, trescientos mil ducados, en plata acuñada, y mil cien marcos de oro en tejos con otros muchos frutos de gran valor, que llegaron felizmente al lugar de su destino. Seguía el arzobispo gobernando con gran severidad, pero con justicia: los hombres honrados apetecían que durara su administración, y en tanto llegó su sucesor sin dejar el por esto la visita hasta haberla concluido en el año inmediato.

Como nuestro principal intento es dar una idea, como tenemos ya dicha, del estado de México durante el gobierno colonial, no quisieramos detenernos en hablar de cada uno de los vireyes, pero casi nos es indispensable hacer, aunque sea una ligera recomendación de D. Pedro Moya de Contreras. Basta solo para esto decir que fué el azote de los odioses, y que á pesar de haber reunido facultades tan amplias como ninguno de sus predecesores, y de desempeñar al mismo tiempo los cargos de arzobispo, visitador y virey, lo hizo con tal pureza, que murió á poco tiempo de hallarse en Madrid, siendo presidente del consejo de Indias, en tanta pobreza, que sabedor el rey de que no dejaba con qué ser sepultado, le costó su entierro, el cual se hizo en la parroquia de Santiago, su único defecto, si lo era en aquel tiempo, fué haber sido inquisidor.

CARLOS M. SAATEDEA.

APÓLOGO.

Cuan hermosa se alza Jerusalem sobre la cumbre sagrada de Sion, sirviéndole de alfombra para asentar sus plantas el valle de Josafat, y para bañar sus bellas y delicadas formas el torrente cedron.

Era la hora de nona: el atrio del magnifico templo de Salomon estaba lleno de un concurso numeroso que escuchaba asombrado la palabra de Jesus de Nazareth; cuando penetró por enmedio de la multitud una muger seguida por dos hombres que procuraban detenerla, la cual dirigiéndose al Salvador le dijo.

Maestro: tú que eres sabio y bueno dime si tienen razon estos hombres para quererme castigar. Es el caso que salté muy de mañana de mi aldea para venir al mercado de la ciudad á vender hortalizas, y en el camino me encontré tráfala en el suelo una espiga muy hermosa que por casualidad se habia desprendido de un haz de trigo que algun jornalero conducia á la era, yo sin saber á quien pertenecia y temiendo que se la comiesen algunos cerdos, la recogí y la guardé: cuando volví á mi casa la desgrané y despues de molerla la mezclé con la demas harina, que tenía; tome en seguida esta misma harina y una poca de levadura con la cual y formé este pan que veis aquí y que por lo menos pesa sesenta dracmas y despues de haberlo cosido en el horno me disponia á repartirlo á mis hermanos: cuando he aquí que llegan estos hombres, me sujetan de los brazos y se empuñan en llevarme ante un juez para acusarme de que me he robado este pan.

Á lo cual Jesus respondió dirigiéndose á los que la sujetaban. En verdad os digo, que no encuentro culpa en esta muger, y en lugar de vituperio merece elogio, porque si en vez de levantar la espiga la hubiera dejado tirada habria venido un huracan y arrojándola á un zarzal quedaria perdida para siempre. "El que tiene oidos para entenderlo, entienda."

A. RODRIGUEZ.

Newton, Pascal, Bossuet, Racine, Fenelon, es decir, los hombres más ilustrados del mundo, en el más filosófico de todos los siglos, y en el mayor vigor de su alma y de su edad, han crecido en Jesucristo.

VAUVENARGUES.

MÉXICO EN EL AÑO 1970.

¡Con tanta crueldad se harán nuestros birricotos,
Cuando en la mano tomen los anales
De este siglo! Dirán: „Fueron directos
„Nuestros abuelos, culpos, teatrales;
„En el hazar y escribir, bombas completos;
„En alabanza propia, sin iguales;
„Pero sin medio de tanta perfección
„Fueron unos grandísimos biricos!"

J.—J.—Mora.

Don Próspero.—Es preciso confesar, sobrino mío, que los adelantamientos del siglo 20 en todas materias son gigantescos; pero el que mas me entusiasma y me hace concebir las mas lisonjeras esperanzas de que nuestra juventud va á causar una revolucion brillante en las ciencias y artes, es que por fin los hombres se han convencido íntimamente de que la piedra filosofal para todas las empresas, es que cada individuo se dedique exclusivamente á su solo ramo, y trate de hacer en él cuantas reformas juzgue convenientes. El defecto mas pronunciado de nuestros mayores en los siglos 18 y 19 era el espíritu enciclopédico; y el que no podia dar su opinión sobre varias materias, no era tenido por sábio; lo cual, como debes suponer, solo producía charlatanes los mas superficiales que pueden concebirse. Registra la mayor parte de los periódicos literarios de México del siglo pasado, y los hallarás llenos (principalmente algunos que habia de *pueris lucrando el stomacho disponendo*) de artículos de ningun interés, regularmente de costumbres; pero ¡¡¡QUE COSTUMERES!!!... y necesitas echarte á nadar para hallar en ellos algun buen artículo científico ó histórico. — ¡Quita habrá muerto, que están doblando en todas las iglesias de México!

Ruperto.—El Telégrafo eléctrico avisó esta mañana á las siete que ha muerto repentinamente á las cinco y media de la misma mañana el gobernador de las Californias, hombre muy apreciable por sus virtudes, su vasta instrucción y su laboriosidad. El presidente ha dispuesto se le haga un suntuoso funeral: se han preparado 129 globos para conducir las guardias militares de México, Puebla, Veracruz, Jalisco, Matamoros, Monterey y Chihuahua al lugar de dicho funeral; y se han citado á los gobernadores y autoridades principales de todos los departamentos, para que estén á

las diez del día de mañana en el palacio del difunto para que asistan á la función fúnebre que debe verificarse en la Catedral de la misma ciudad en que falleció.

Don Próspero.—Si no me perjudicase tanto el movimiento de los globos aerostáticos, iría al funeral; pero á los noventa años nada puedo hacer con un pobre viejo; y desgraciadamente es la edad en que se desea todo, aun con mas ahínco que en la infancia.

Ruperto.—Pierda V. cuidado, tío, pues el presidente ha mandado que se grabe la vista de la comitiva del paseo fúnebre, en una lámina de daguerrotipo que tenga ocho varas de largo y seis de ancho, y que se coloque en un salon del palacio de Californias, pero sacándose otra igual que debe colocarse en las casas consistoriales de México, para que recuerde siempre á los gobernadores de este departamento que el buen porte produce siempre la estimacion pública. Además se ha de publicar en los periódicos la descripción del funeral.

Don Próspero.—Y los ministros concurrirán? Ruperto.—Se dice que no; porque están muy disgustados con el presidente, y no quieren acompañarlo.

Don Próspero.—De qué ha provenido esta incomodidad?

Ruperto.—De haberles circulado una orden para que den audiencia á todo el mundo dos horas antes del despacho; pues ha tenido repetidas quejas de que se encierran en sus gabinetes y no quieren oír las solicitudes de los que á ellos ocurren.

Don Próspero.—¿No has sabido si por fin ha dado su consentimiento el ministro de comercio, para que se case su sobrina con Pedro Benan?

Ruperto.—Si le ha sucedido la aventura mas graciosa. Como se habia opuesto tanto á este matrimonio, el amante fué anoche á las doce y

media á la casa del ministro y se robó á la sobrina llevándosela en un globo; cuando lo avisaron que estaba montando en el globo salió corriendo; pero ya el aerostático habia subido mas de cincuenta varas, y ella desde el carro saludaba burlescamente á su tío (1); este, furioso, corrió á tomar su globo para alcanzar á los amantes; pero cuál fué su sorpresa al encontrarlo desinflado: pues la astuta sobrina habia tenido cuidado de darle sus buenas cortadas.—He oido decir que van á casarse á Roma.

Don Próspero.—Dice bien el proverbio: que la desgracia nunca viene sola; este hombre que ha perdido su reputación acaba de perder el caudal que á su sobrina la dejó su padre; pues quería casarla con su hijo.

Ruperto.—¿Por qué dice V. que ha perdido su reputación?

D. Próspero.—Porque el *Diario de la oposición* de ayer ha dicho que es socio secreto de la *Compañía de compra de vales*; y el presidente ha mandado que se entable un juicio formal para averiguarlo. Dos de los redactores del *Diario* han estado aquí anoche y me han dicho que tienen pruebas irrefragables; mas han impuesto del negocio, y juzgo imposible que el bribonzuelo pueda sincerarse.

Ruperto.—¿Y qué pena debe sufrir?
Don Próspero.—Si queda plenamente probado el delito, la de muerte. Te parecerá muy rigida; pero solamente así se ha conseguido des-

(1) Paroche ridiculo decir que á las doce y media de la noche la sobrina saltada á su tío á 50 varas de distancia, y que él la viese; pero esto allude á un proyecto que tiene en Paris un francés, y es producir una luz tal y colorada de modo que *desempeñe perfectamente en la noche las funciones del sol en cuanto á la luz*. Parece descabellado á primera vista el proyecto, pero no lo es, pues lo primero así se ha logrado dirigiendo una corriente de hidrógeno bi-carbonado inflamada sobre una lámpara de lit que resulta en una intensa, que á trescientas varas de distancia se puede leer una carta. La dificultad, pues, de producir el *vapor solar*, las llamas se nutren á su falo pensamiento) consiste en colocar el aparato que dá la luz á una altura en que sin dañar de ninguna la vista de los que están cerca de él, pueda alumbrar á grandes distancias. Como antes dijimos, el proyecto no nos parece destinado, y creemos que, si no se le limita á disputar en su academia laboriosa y ligera á ver coronado sus esfuerzos.

errar el infame abuso de que los que tienen el poder comercian vilmente con él. Hace muchos años que ni aun se oye hablar en México de estos desórdenes; y hoy es preciso que se haga ver que la justicia no tiene miramientos con nadie, sino que al contrario, los hombres públicos son los que deben tratarse con un rigor mas implacable cuando delinquen.

Ruperto.—¿Qué caudal tendrá poco mas ó ménos?

Don Próspero.—Antes de entrar al ministerio, cinco años ha, tenía sesenta mil pesos, hoy tiene mas de trescientos mil; además de lo que ha gastado, pues es hombre que se trata muy bien. Entre otras cosas de gusto, posee una colección de treinta mil monedas sacadas al electrotipo: le ha costado mas de sesenta mil pesos; es una de las mejores del mundo, y hace un siglo se hubiera valuado en dos millones. El es uno de los cuatro accionistas del teatro de la calle de Bucareli.

Ruperto.—De cuál, del que está en la esquina de la calle de la Acordada, ó el de cerca de la Ciudadela.

Don Próspero.—Del segundo, que es una mina inagotable para los empresarios: según he oido decir, han tenido entrada de seis mil pesos el domingo pasado; pues como por allí las Tacubaya viven tantos artesanos extranjeros, y la compañía francesa está compuesta de los mejores actores franceses que hay en Europa, el teatro siempre está lleno.

Ruperto.—Me han dicho que esta compañía está ya ajustada para Orleans.

Don Próspero.—Sí, pero deberá venir de Orleans los lunes y juéves; y las demás noches dará óperas la segunda compañía de Milan; en fin, creo que con el tiempo este teatro llegará á ser el tercero ó segundo de México.—Si uno de nuestros *señores hombres grandes* del siglo pasado, resucitara y viera en México 22 teatros, 43 bibliotecas, 164 institutos literarios, 32 hospitales; en fin, si viera 300,000 habitantes disfrutar de libertad, de salubridad y de una paz inalterable en la ciudad mas hermosa de la América, pediría se le volviere inmediatamente al sepulcro por temor de encontrarse por todas partes con la maldición de los hombres.—Fósforos.



Yo he visto, Señor, á ese hombre manchado de sangre y vestido de fierro que lleva una masa en la mano.

Yo he visto, Señor, á ese hombre cuya mirada es altanera y cuyas voces son blasfemias contra tí, mi Dios; á ese hombre que se rodea de fausto y de armas y potentados, y que se hace obedecer sin autoridad por los pueblos á los cuales oprime.—Ese hombre es un tirano.

Y este tirano vive Señor, porque tú lo has tomado por instrumento para castigar á tus hijos.

Se ha elevado entre sus hermanos en la palma del desierto, y ha alzado su cabeza orgullosa como el cedro del Líbano.

Mas tu soplo de indignación caerá sobre él, Señor, y desaparecerá de sobre la tierra. Porque tú eres clemente, Dios mio, y te apidarás de tus pueblos.

Porque tú oirás sus plegarias, y los gemidos de los hijos de los hombres llegarán á tu trono de gloria, Señor, y el incienso de sus oraciones será acepto al Rey de los cielos.

Y levantarás tu mano que pesaba sobre tus hijos, y caerá sobre el tirano y lo hundirá en el fuego como instrumento de castigo.

Los hombres te ofendieron, Dios mio, y faltaron á la ley de su Señor. Mas se han arrepentido, y cubrirán sus cabezas de ceniza y desguerrarán sus vestiduras y llegarán sus cuerdos de cilicios; porque el Señor los ha visto airado y á sus obras con indignación, porque las obras de los hombres han sido en contra de la ley.

Y por esto has puesto sobre ellos, Señor, un hombre que los oprima y los despoje de lo suyo, y los reduzca á la esclavitud. Porque desobedecieron tu voz, Dios mio.

Por lo cual se ha levantado un tirano que quita á los pueblos el fruto de su trabajo, y lo convierte en proyecho propio.

Tu enojo, Señor, los ha dejado caer en la esclavitud, y de manera que el ciudadano no pueda alzar su voz contra el opresor, porque sería desterrado y caería la lengua que ofendiese al tirano. Porque tus siervos han blasfemado de tí, Rey de los cielos, y han quebrantado tus mandamientos.

Por lo cual el tirano se ha convertido en Señor de tus hijos, y disipa en orgías el sustento de los huérfanos y de las viudas, y atesora para sí los dineros con que se ha de comprar el pan de los mendigos, y se circunda de placeres y de orgullo, y dilapidada los tesoros de las arcas de los pueblos.

Y ellos no se atreven á pedir cuentas al tirano, porque su respuesta sería de muerte, y la sangre inocente serviría para sus delicias; porque tú has apartado, Señor, tu rostro de tus hijos, y son débiles como niños, y sienten flaquear sus rodillas como infantes sin padre.

Tus hijos desoyeron tu voz, Señor, y se negaron á tu amor, y por esto el tirano y sus satélites seducen á las doncellas y se burlan del dolor de la viuda.

Tus hijos de los hombres se negaron á respetar tus templos, y desconocieron tu poder. Por lo cual el tirano levanta ejércitos y se rodea de hombres armados, y con ellos oprime al pueblo.

Tus hijos, Señor, cerrarán su mano para el mendigo. Mas tú les retirarás tu protección, y el tirano hace exacciones á los pueblos y los despoja con gavelas.

Ellos fueron indociles á tu voz, y despreciaron á los justos que tu sabiduría puso entre ellos, y por esto deslustraste su vista. Por lo cual han confundido el mérito con la ambición, y la hipocresía con la virtud, y la vanidad con la ciencia. Y han alzado ellos mismos á un tirano con cien satrapas que dispone de la autoridad á su placer, y del tesoro público á su antojo.—Y con él se hacen festines y levantan palacios y se erigen templos en los cuales el opresor recibe incienso.

Tus siervos se negaron á adorarle, Dios mio, y tus hijos agazajaron á la impiedad, y alzaron sus frentes orgullosas y dieron cabida en su mente á la incredulidad, y se entregaron al vicio, y á los placeres y rehusaron al Señor su respeto.

Por lo cual el tirano se hace adorar, y obliga á tus hijos, Jehováh, á doblar su rodilla ante el simulacro del orgullo y de la ambición, ante el simulacro del poder.

Y arroja sobre ellos cadenas, y hace pesar

sobre su cerviz envilecida el yugo de la esclavitud y dice: "Yo mando" y los pueblos obedecen desolados.

Mas tú, te apiadarás, Dios mío, porque eres el Dios de las clemencias, y oírás los gritos de tus hijos. Porque tus hijos gimen.

Y gimen las ciudades y los templos, y gimen los montes y las valles.

Porque el labrador llora ante tí, inclinado sobre su cayado.

Y lloran los huérfanos reposando la frente infantil sobre sus débiles rodillas.

Y llora la madre con su hijo colgado del pecho, y el niño mezcla á su alimento las lágrimas del dolor.

Y lloran los hombres todos, y se prosternan en tu presencia, Dios mío, y hiere su frente la tierra, imploran tu favor, e invocan al Señor en su amparo.

Porque las ciudades y los templos y los montes y los valles sufren el poder del tirano.

Porque los labradores y los huérfanos, y las viudas y los niños sienten tu indignación, Señor.

Porque los hombres todos se sienten oprimidos y sienten la fuerza de tu ira, como la humilde yerba se siente de los ardores y del sol de este.

Pero tus hijos alcanzan el grito, y la voz de la desgracia llegará hasta el trono de tu poder.

Apiadate de ellos y no apartes tu mirada de los hijos de los hombres, porque tu mirada es la gloria y tu amparo la felicidad. Vuelve á ellos tu rostro, y se levantarán en masa los oprimidos y derrocarán al tirano.

Y tenderás tu mano, y sepeará el relampago, y el dedo del Señor señalará al tirano y caerá sobre su cabeza el rayo de la justicia celestial.

Y despertarás en tus hijos el sentimiento de su dignidad, de la dignidad de hijos tuyos, y el tirano rodando á sus pies, abatirá su sien y morderá el polvo de la tierra, y su voz te confesará, Dios mío, y su poder cederá al poder de tus hijos. Porque ellos sentirán tus bondades y tu espíritu reanimará sus corazones helados como plantas por el rocío. Y verán la fumbre de tu rostro, y se sentirán inflamados en ella y fuertes en tu brazo. Porque tu brazo es la enseña de victoria, y el tirano está ya marcado de tu terrible mano. Y perecerá, porque tu dedo omnipotente le fijará el hasta aquí que no han quebrantado en millares de años los mares embravecidos. Y le marcará el tremendo hasta aquí de la duración, que respetarán el sol y los astros y que limitará á la creación en la nada.

Mas apresura el momento, Señor, y revive en tus hijos el amor á la libertad, porque su estado es de ignominia y de vergüenza. Rey del cielo, apiadate de los hijos de los hombres y ten misericordia de ellos en su desgracia.

Quiere, Señor, y el soplo de la eternidad pasará volando ante tí, y acabarán los tiempos y llegará el día. Recibe el incienso de sus oraciones y ensalza, Dios de clemencia, sus súplicas.

Mira sus penitencias y escucha los clamores con que imploran tu perdón. Concédelo, Señor; que tiempo ha que se sustentan de amargura y que tu ira ha convertido en lágrimas su bebida. Escucha los sollozos con que te piden Dios mío la libertad; porque nuestros enemigos nos insultan y el orbe nos desprecia como esclavos. Y somos el ludibrio de las naciones. Escucha sus quejas anárgas contra el tirano. Apiadate de los hijos, Padre mío.

Vuelve á ellos tu mirada de bondad, y alzarán su humillada frente, y caerá el tirano, y podrán ser libres. Apiadate de ellos, Señor, para que puedan ser felices mis hermanos.

JOSE M. DEL CASTILLO.

Bionisio el tirano, rey de Siracusa, había enviado á las Canteras, que era una especie de presidio, al filósofo Philoxeno, porque no había admirado unos versos que había hecho, y de los cuales estaba muy pagado; y habiéndolo llamado al día siguiente, le leyó otra composición, preguntándole qué le parecía? Pero Philoxeno, volviéndose á los guardas les dijo: «Que me lleven otra vez á las Canteras.» El tirano sin embargo sufrió esta burla pacientemente.

Hallándose en otra ocasión el mismo, falo de dinero, saques un templo de Júpiter, y quitándole un manto de oro macizo que tenia puesto. «Este manto, dijo, es muy pesado para el verano, y demasiado frío para el invierno,» haciéndole poner otro de lana, añadiendo: «Esta tela se acomoda mejor á todas las estaciones.»

El presidente Paulo Emilio, conquistador aconsejándole Escipion Naevia que diera una batalla antes del tiempo oportuno, y haciéndole entender que esta dilacion la atribuían los enemigos á cobardía. — «Yo hablaba como tú á tu edad,» le respondió; «la mia obraría ir con lo otro.» — Vióse en la mediana, después de haber enriquecido el estado; y Ciceron no pudo hacer mejor elogio de él que el que le hizo diciéndole: «No trajo á su casa mas que una gloria inmortal.» Algunos de estos generales son los que hoy nos faltan.

EL AMIGO DEL LICEO.

MORALIDAD DE LOS DRAMAS.

Comunmente se declama contra el teatro moderno porque en los dramas no se procura pintar el crimen sino con coloridos hermosos que le dan realce sobre la virtud, de la que siempre se le ve triunfar. No hago, por supuesto, aprecio, como deja entenderse, de cierta clase de declamadores que nada les parece peor que nuestra época sin tener presente la suya, de aquellos hombres que exaltados por principios religiosos, cuando tienen oportunidad de asegurar su subsistencia cooperando á la construcción de un edificio destinado á representar, desean mejor morir de hambre y exadivar á destruir el tal edificio, porque su conciencia se grava si de algun modo contribuyen al infame objeto de la demeritacion, al mismo tiempo que no escrupulizan en declarar al pariente una guerra abierta y un odio implacable porque se entaza en matrimonio con una infeliz huérfana que tuvo la desgracia de no descender del Conde H. Estos entes miserables deben mirarse con desprecio; siguen un camino diferente del que sigue el hombre verdaderamente virtuoso.

Yo escribo por ciertos hombres de la época, de instrucción y capacidad que no pueden ver sin horror la representación de un drama, y acaso no asisten al teatro si no está anunciada en el cartel una pieza de Dumas u otro autor de este género, y no salen satisfechos si no han visto ejecutar una composición en que á cada acto haya habido por lo menos un suicidio, un incesto y algunas otras cosas por este estilo.

Supongo, quizá camino bajo un supuesto falso, pero aunque que el teatro no es mas que la pintura fiel de las escenas del mundo, y por cierto que en este no siempre, y me atrevo á decir, que nunca se halla recompensada la virtud y rara vez se encuentra castigado el crimen. El agiotista aumentando su caudal á costa ajena, dispensa, una simulada, hipocrita proteccion á las personas desvalidas que tiene sumergidas en la indigencia, y goza un gran valimiento con el gobierno que arruina. El comerciante introduce grandes contrabandos y sube el precio á los efectos por el crecido aumento de derechos. El labrador cosecha su abundancia y encarece sus frutos lamentándose del tiempo si ha sido

fluvioso y quejándose si han escaseado las aguas. El juez vende la justicia: el abogado arruina á la parte que defiende prolongando el pleito para sacarle el jugo: el médico alarga la enfermedad para aliviar la bolsa del paciente; el gobierno oprime al pueblo y el pueblo desprime al gobierno: el padre abandona á la prostitucion y mira con desprecio y ve con horror y considera como infamadora de su familia á la hija cuyo honor no supo conservar; el hijo se halla condenado á ignorar su origen, ó por lo menos á ocultarlo, y en su frente lleva impresa la señal que lo infama del crimen de sus padres cuyos estraviosos no dejará de maldecir. En fin, irá recorriendo uno por uno los crímenes todos, que incoincidentemente y á la vista de todo el mundo se cometen en la sociedad, y siempre veremos alagiotista, al comerciante, al labrador, al juez, al abogado, al médico y á toda la caterva de hombres criminales rodar coches, pensarse en grandes y lucidas concurrencias, dar espléndidos banquetes y regocijados festines y en todo siempre, á lo menos en la apariencia, disfrutar placer y holganza.

Si el teatro, pues, es la representación exacta, la pintura fiel del hombre, tal cual le vemos, tal cual le conocemos y podemos juzgar, no hay duda que si el retrato debe parecerse al original, los dramas terribles, esos dramas patibularios contra los que tanto se declama, son lo que mas cumple, lo que cuadra mas perfectamente á lo que se trata de corregir, á las costumbres de los hombres.

Es cierto que á proporción que mas vemos un crimen menos nos horroriza y haciéndonos mas familiar desuadamos muchas veces cometerlo, pero esto sucede cuando lo vemos real y efectivamente y aun acontece que nos apoyemos en la autoridad de las personas á quienes hemos visto delinquir, mas no es así cuando solo vemos el delito en apariencia. Entonces, especialmente contrayéndonos á nuestro caso, nos horripila y mientras dura en nosotros la ilusión de lo que acabamos de ver en la escena, nos queda una sensacion horrorosa, un sentimiento profundo por la desgracia que sucediendo á nuestra vista no hemos podido evitar, y esta sensacion, este sentimiento

to escrita en nosotros otros sentimientos generosos, la compasión, por ejemplo, el deseo de acudir al socorro de nuestros semejantes y evitar el mal que se les prepara: hubiéramos querido en el acto de la representación, haber existido á tiempo que tal maldad se cometía, é impediria; con el aliento intentamos avisar al hombre á quien se le hace traición que se cure del traidor, que se guarde de hallarse en tal ó cual parage donde precisamente le ha de asesinar despreviendo. Notamos, pues, todo esto en la representación teatral, permanecemos afligidos quizá una noche entera y hasta nuestro sueño turbará nuestra imaginación con tales escenas, pero ya no olvidamos ser cautos en nuestro modo de obrar en cualquier acto de nuestra vida, y he aquí ya una lección que nos sirve de mucho en la práctica de nuestras acciones. Una muger coqueta no procura imitar á la coqueta de la comedia, sino mas bien intenta no parecerse á ella.

Si fuera cierto que la representación de escenas trágicas no es para nosotros una lección sino que nos acostumbra por el contrario, al crimen, no abría religion menos dulce y pacífica que la cristiana, ni hombres mas sanguinarios que los que profesan sus dogmas.

Uno de los misterios mas célebres, el apoyo de la creencia católica es la pasión y muerte de Jesu-Christo, y la Iglesia empujada en que no se borra de la mente de sus hijos lo recuerda todos los dias y procura que siempre lo tengan á la vista. El tiempo mas hermoso, mas poético y sublime del año entre los cristianos es precisamente el dedicado solo á renovar los misterios de la pasión.

La época mas grandiosa de la Iglesia, en la que brilló en todo su esplendor, en la que se hizo notar mas su mansedumbre, fué nada menos que los tres siglos de persecuciones y de martirios, de escenas sangrientas y verdaderas. En los pulpitos, en el tribunal de la penitencia y hasta en el mismo altar se nos recuerdan diariamente estas escenas y nosotros nos las representamos vivamente y por esto somos mas criminales que los hombres de diferentes sectas; no por cierto. ¿En qué, pues, consiste que no se hallen avezados al crimen hombres que solo oyen hablar de tiranos que asaban á otros hombres en parillas, que por entre las añas y los dedos les metian agudas espinas, que los hacian combatir con indómitas fieras, que los desollaban vivos y tanta infinidad de crueldades que se inventaron para dar muerte lenta y atroz á los mártires de la religion cristiana? ¿Será acaso porque la religion predica mansedumbre y dul-

zura? luego la religion por solo sus principios, apesar de la representación de escenas trágicas, es capaz de inspirarnos sentimientos puros y de grabar en nuestro espíritu profundamente los dogmas de una sana moral. Entonces por mas que en el teatro se nos pongan á la vista las escenas mas horrosas nada podrá borrar el sentimiento religioso, la idea capsuladora de virtud, y apesar de que veamos al crimen triunfando en la escena, el pensamiento solo de un porvenir desgraciado que aguarda á aquel hombre que hemos visto llegar al colmo de su engrandecimiento, basta para retraernos desiquiera intentar imitarle.

Si las sensaciones, que con dificultad se borran, que han causado en nosotros en nuestra edad pueril, las benéficas lecciones de nuestros padres son las que pueden guiarnos, como por la mano, por la senda de la virtud, entonces tampoco tenemos que temer á la representación de un drama cuyas escenas no podrán borrar las fuertes impresiones que ya para siempre se grabaron en nosotros. He aquí en tal caso la difícil ciencia que debe conocer un padre de familia y toda otra persona encargada de la educación de los hombres en su primera edad. De ellas y de ningun otro mas depende el bien estar de la sociedad: el cielo y los hombres tienen en ellas depositada su confianza y puestas sus mas fundadas esperanzas, el cielo y los hombres las juzgarán. No, no basta al padre haber engendrado al hijo: no basta á la madre haberle concebido, ni cumple con la berte dado de sus pechos el alimento: no, es necesario saberle educar bien ¿de que modo? este es un problema que no he podido resolver.

De todos maneras convengamos en que con tal que nuestras inclinaciones hallan sabido estudiarse y comprenderse con tiempo y dirigirse rectamente por los que han tenido el encargo de darnos educación, con tal que esta haya sido pura y esmerada y que se nos hallan, por último, procurado grabar sentimientos religiosos en edad tierna, en nada podrá influir cualquiera otra cosa para hacernos criminales, y si alguna vez nos precipitamos al vicio procuramos al fin separarnos de él con todo esfuerzo. Así que, la religion, la educación y la inclinación natural son las tres causas que nos contienen en la rectitud y la justicia; y por la inversa, la falta de las dos primeras ó el desarreglo en la tercera nos entregan al delito.

No inculpemos, pues, á los dramas: ellos, en un hombre vicioso producirán mal efecto, es cierto, pero no será este resultado, esclusivo da

UNIVERSIDAD

UN

ANIL
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



Vicio Mexicano.



LA NEGACION DE S. PEDRO.

los dramas. En un hombre justo, por el contrario, oscilarán su sensibilidad y le inspirarán horror y compasión al malvado y odio al mismo crimen.

No estamos ya en una época, es preciso confesarlo, en que los hombres se espantan con visiones, la misma realidad es difícil que los asombre. No es egipcio el siglo, y acaso ninguno lo ha sido, en que el castigo atroz del delincuente pueda retráenos de cometer un crimen. Las penas más rigurosas las vemos sufrir muchas veces con serenidad; su impresión, en la clase que más moralidad conserva, es fuerte pero no muy duradera: los tormentos del reo en el patíbulo excitan y conmueven en gran manera nuestra sensibilidad pero no nos retraen del vicio y ciertamente que no es hoy cuando más ejecuciones efectivas presenciámos.

Cuando una fatal necesidad, cuando una pasión que vista al principio con indiferencia fomentada después insensiblemente ha tomado gran incremento, cuando un acceso violento, nos precipita a cometer un crimen, no meditamos antes en sus funestas consecuencias ni paramos un solo momento la atención en la prohibi-

ción de la ley ni en su sanción penal, solo deseamos satisfacer nuestra necesidad, llenar nuestro deseo, ó acaso nada queremos por que no somos dueños de nosotros mismos. Predicámos la virtud, declamamos contra el vicio y mientras así hablamos, pensamos y quizá nos delotamos con el mismo crimen que impugnamos; formamos nuestro plan para irlo á ejecutar hollando la virtud que precisamente estamos encomiando. Y en todo esto ningún participio pueden tener los dramas.

Los males que cometemos son independientes de las sensaciones que nos hacen experimentar los dramas y baste para nuestro convencimiento la sencilla reflexión de que las clases más corrompidas, las más criminales en la sociedad no son las que con más frecuencia concurren á los teatros, al mismo tiempo que las más morigeradas son las que reciben una mejor educación, advirtiéndolo por conclusión que una de las más corrompidas que asiste diariamente al teatro, no goza de la representación distraída con otros objetos que parece ser de su mayor interés.

CARLOS M. SAAVEDRA.

LA NEGACION DE SAN PEDRO.

Antequam gallus caneret ter me negabit.

Con siniestro rumor zumbando el viento
Alza de polvo tormentosa nube
Que en curso arrebatado, negra sube
Hasta perderse allá en el firmamento.
Los opacos destellos de la luna
No apacible tristeza, miedo imprimen
Huminando de Salen la frente
Manchada ya con execrable crimen.

Del Pontífice inicu en el palacio,
Entre turba furiosa y sanguinaria,
Aguarda maulso el hijo del Eterno
Fiera sentencia, que con rabiá impla
Fulminará contra el criador del día
Las negras potestades del infierno.
Nadie consuela su mortal angustia,
Nadie le tiende compasiva mano;
Todos le befan y su rostro hieren....
Tu sangre, hijo de Dios, tu sangre quieren,
Y mientras, salvas al linage humano.

Tom. 1.

De ardiente hoguera la rejiza llama
Del viento el soplo, chispeando inclina,
Y más viva se inflama,
Y el atrio y sus columnas suntuosas
Con lividos destellos ilumina.
En torno de la lumbré se calientan
El soldado feroz de torvo ceño
Cubierta la cabeza en ferreo casco,
Del pontífice siervos numerosos,
Y también Pedro está, yerto de frío
E escuchando los gritos estruendosos
En que prorrumpe el populacho impío.

Pedro, el Señor cuyo abrasado aliento
Puede á pavesas reducir el mundo,
Yace agobiado por dolor profundo,
Demanda compasión.
Una muger á Pedro se le acerca

Y curiosa en su faz los ojos clava;
—También este hombre con Jesús estaba,—
"Y Pedro lo negó..."

El que enjugó amoroso el triste llanto
De la viuda infeliz y del mendigo,
Entre ansiedad mortal busca un amigo
Que calme su aflicción.

"Estaba con Jesús, otra voz dice,
Y señalan á Pedro con el dedo;
Amigo desleal tiembala de miedo,
"Y Pedro lo negó..."

Como la madre al fruto de su vientre
Te ama Jesús; con él morir juraste;
"Y ya tus juramentos olvidaste,
Discípulo traidor!"

Mas otras voces á decirle tornan
"Estaba con Jesús, es galileo,"
Pálido Pedro, cual cobardes reo,
"Perjuro lo negó..."

Vuela á la voz el canto suena tristemente,
Dueve el amigo infiel la faz turbada,
Se encuentra de Jesús con la mirada...
Ingrato, has renegado de tu Dios.

Vedle á la luz de amarillenta luna
Del palacio en el pórtico arrogante,
Juntas las manos, puesto de rodillas,
Cual de cadáver, pálido el semblante;

Pecó contra su Dios, dolor acerbo
Como un dogal oprime su garganta,
Tristes sollozos de amargura envía
Como el anciano que perdiera al niño
Que de noche en su seno se dormía.

Vedle llorar, que mirareis mañana
Espirar entre horribles convulsiones.
Al reprobó infeliz, que tomerá
Con beso de traición sellara el rostro
De la víctima santa del calvario.

Llora sin fin; el ángel de linieblas,
Sus alas agitó de gozo lleno,
Su diadema brilló mas encendida
Cual relámpago livido en su frente.

Cuando negó tu labio,
De una Virgen, al hijo Omnipotente.
Las lágrimas son bálsamo divino
Con que sus llagas, Dios, al hombre cura,
Son iris apacible que conjura
De su cólera el fiero torbellino.

Ya comienza á lucir en el oriente
La triste aurora del tremendo día
En que entre dos infames malhechores
Ha de espirar el hijo de María.

De espaldas cubriéndole una corona,
En sus hombros pondrán risible manto,
Odio mortal alentáron en tanto...
No gimas, Pedro, ya, que él te perdona.

Abril 2 de 1844.—JUAN N. NAVARRO.

CLASICISMO.

Ahora siempre nos ha parecido inútil y muchas veces perjudicial querer comprender todo á fuerza de definiciones, que lejos de explicar confunden, y en lugar de que simplifiquen complican, sin embargo, hemos gustado de explicaciones para entender bien las cosas; pero hay algunas que si no pueden definirse, tampoco es posible explicarlas, y esto proviene quizá de que sus autores, digo los que las clasifican, no han sabido al hacerlo marcar con exactitud sus diversas especies. Entre estas cosas se cuentan como de moda y que se hallan en bocas de todos las palabras romanticismo y clasicismo, que ni los mismos que las inventaron podrán explicar lo que comprende cada una de ellas. Cualquiera dice á primera vista con solo dar

una rápida ojeada á una obra, sea cual fuere el autor de esta, pertenece al género romántico ó al clásico, como sucede con otras muchas cosas aunque no las podamos explicar, y si se pregunta por qué este autor es clásico ó romántico; porque la obra, se dice, del uno termina con matrimonio, y la del otro con muertes; porque en esta hay pasiones violentas que no dejan á los héroes ó heroínas reflexionar, y en aquella para ejecutar el héroe una acción, medita con calma si guarda ó no consecuencia al autor, porque en la segunda no se descubre el fin hasta que se concluye la obra, y en la primera se trasluce tan luego como se comienza á leer. Estos son los caracteres mas marcados que en nuestro concepto distinguen uno y otro

género. Veamos ahora cual de los dos es mas conforme á la naturaleza y cual aventaja al otro.

Primeramente hay que notar entre los clásicos (3) classicistas ó clasicistas y los románticos la diferencia que parece se encuentra entre los hombres que se sujetan á reglas para escribir, y los que no guardan regla alguna. Nosotros desde luego advertimos que apenas puede concebirse como el entendimiento tenga que discurrir observando invariablemente ciertas leyes que deban servirle de norma, si no son únicamente las gramaticales y aun estas sacadas del uso.

Desde que comenzamos á articular sonidos claros y á nombrar las cosas somos guiados únicamente por la experiencia, por el trato con las personas que nos rodean, y cuyas palabras aprendemos; pero no se nos marcan reglas para que expresemos nuestras conceptos, sino que formamos frases enteras segun lo que deseamos manifestar. De esta manera la práctica sola nos va perfeccionando en el idioma hasta otra edad en que á la conversacion familiar sustituimos, ó mejor dicho, acompañamos el trato con personas instruidas y la lectura de buenos, ó si se quiere tambien, de malos escritores. Cuando por una necesidad, obligados por cualquier circunstancia debemos tomar la pluma, formando previamente nuestro plan lo desenvolvemos con facilidad oyendo á nuestra imaginacion que ordenada nos va dictando los pensamientos, y las frases con que hemos de manifestarlos al escribir. De la mayor ó menor capacidad del escritor, de su imaginacion mas ó menos viva, mas ó menos afiuente, y sobre todo, que importa mucho de su mayor ó menor dedicacion á la lectura de los buenos, ó de malos modelos de que haya hecho uso, dependerá la bondad de su composicion; pero no por eso deberá á cada frase que haya de poner, á cada pensamiento que le ocurrirá, buscar si está ó no conforme con tal ó cual regla, si estará ó no mejor usar á ella está ó no esotra figura retórica, porque será poner á su desgraciada imaginacion en tortura, pasarse horas, ó tal vez dias enteros para articular una clausula, que en un estilo cansado y fastidioso para los lectores, les revele la miseria del escritor.

Contra las composiciones dramáticas, lo decimos de paso, de los románticos se censura la falta de las tres unidades, critica destituida absolutamente de apoyo y que la hemos visto hacer á personas afectas á las tales composiciones. Se dice que es muy inverosímil, por ejemplo, que comience la escena en Madrid y

termine en México, que pasen diez, veinte ó mas años entre dos actos y otras cosas semejantes. En efecto, es cierta la inverosimilitud de que se acusa á estas piezas porque no pueden formarse idea de que estemos en México escribiendo este artículo y al mismo tiempo nos podamos hallar en Roma ó otro parage, pero advertáase que en una composicion del gusto moderno no se supone que se ejecutan dos acciones opuestas por cualquier circunstancia en un mismo acto, lo único que se hace es que rápidamente se muden las escenas y que en menos de un minuto si se quiere se casen los que apenas acaban de nacer, pero esto nada tiene de particular reflexiona que el que asiste á la representacion reflexiona que han transcurrido tantos años cuantos plugo al autor suponer que transcurrieran. La representacion dramática para el espectador es una ficcion, el se supone ó se le hace suponer que está en una calle de París, de Madrid, de Londres en tiempo de Luis XI, de Margarita de Borgoña ó en cualquier otro lugar, en cualquiera otra época y no está sino en México, y como se le violenta para trasportarlo al lugar de la escena, y contra esto no se encuentran obstáculos ni inconveniente de ningun género, de la misma manera juzgamos que se verifica en las composiciones modernas; allá se pasa del lugar donde se encuentra al lugar donde se supone la escena: en el primer caso se muda uno á una época muy atrasada, y en este á diversas, regularmente entre unos mismos personajes.

Volviendo á nuestro asunto, del que juzgamos que nos hemos separado algo, hemos visto personas de gran capacidad demorarse en una composicion mucho tiempo, porque no se atreven á escribir un pensamiento sin haberle ido acomodando una por una las reglas de literatura y examinando tambien uno por uno todos los defectos de que pudiera adolecer, de que resulta naturalmente una composicion cansada. El mayor mérito que ha tenido la obra inimitable de Cervantes, y el modelo en idioma D. Quijote, es sin duda que para escribirla solo consultó á lo que le dictaba su imaginacion; y lo incorrecto que se halla, prueba el poco cuidado con que fue escrita.

Lo mas doloroso y sensible es, que parte de nuestra juventud se encuentre alucinada con tales ideas, y tanto, que apenas, lo hemos visto, apenas se anuncia la apertura de una cátedra de bellas letras adoptándose, por supuesto, por autor á D. José Gomez Hermosilla (servil bajo todos aspectos aunque no podamos negarle

que es buen hablista, y los jóvenes todos acuden con ansia á la cátedra, y creen que entrando á ella son ya unos literatos perfectos, sin hacer caso de la lectura de buenos modelos porque se cansan de leer, como si las bellas letras se aprendieran con solo oír las reglas del arte de hablar bien en prosa y verso. Agréguese á esto la inconstancia; que pasados pocos días, desconfían de adquirir los conocimientos que se prometían de concurrir á la cátedra, en la cual ningún fruto sacaban porque con las reglas esperaban formarse.

Recordamos á este propósito haber visto preparar en cierto parage de la república los actos de bella literatura, dando unos apuntes á los sustentantes, porvenirizados del análisis de las obras que debían examinar en sus actos, y también tenemos presente habernos dicho con énfasis uno de aquellos jóvenes, que no le presalaba ya ninguna diversion del teatro, porque solo estaba atento aun sin pensarlo á los defectos de la pieza que se representaba.

Nadie duda de la importancia ó casi extrema necesidad de dedicarse á la lectura para los adelantamientos en las bellas letras por lo que reputamos redundante el inculcar este estudio, pero lo que si ponemos en duda ó no admitimos, es la necesidad de estudiar reglas, nosotros convenimos desde luego en la precisión de las gramaticales, y apetece de buena gana que concluido un escrito se examine cuidadosamente por ver si está en un buen castellano ó disuena de algun modo al oído, y hé

aquí la única regla que nosotros damos del buen gusto. Por lo demás nada aprovecha aprender nombres de figuras retóricas que solo sirven para formar pedantes, sin darles por esto genio, y si de algo aprovecha, es solo saber que en esto ó en aquello se ha cometido tal ó cual figura que tiene ese ó esotro nombre griego. Tampoco podrá condensarse el estilo libre, llamamos así al de los románticos, por tal cual escritorzele que no deja tambien de forzar su imaginacion para describir esta ó aquella situacion; al fin no hallando como expresarse, porque no halla pensamiento, nos hace creer, ó quiero que creamos que un hombre en el despecho de una pasion violenta, abriendo su pecho intenta darse muerte y.... y cansado se resigna á pasar la vida hasta que á Dios le plega quitársela. No por estos deben juzgarse los hombres del gusto moderno, sino por la naturalidad de las acciones de sus héroes, pues es conforme á la naturaleza que un hombre cegado por una pasion violenta que no reprime, se exceda en cometer grandes crímenes y se precipite en la desgracia, mas bien que no como obra pura de la casualidad, que el hombre sereno en medio del dolor guiado por la irresistible mano del destino, venga á unirse con la muger que conoció por un acaso, que por un acaso trató, que por un acaso tambien amó.

CARLOS M. SAAVEDRA.

ANACRONISMOS.

En este siglo de movimiento y de progreso en que todo camina velozmente hacia adelante, en que en las ciencias y en las artes se han hecho y se hacen todos los dias famosos descubrimientos, invenciones nuevas que parecen fucron reservándose desde los primeros dias del mundo para los hombres de nuestro siglo, para nosotros en este siglo de adelantamientos, y en que la modestia se deja á un lado como inoportuna, y el desearo se presenta por todas partes, en que la imprenta especialmente ha recibido un fuerte impulso, ha sido elevada á

un grado superior sin duda al que tenia á fines del siglo XVIII, de todos lados descuelan escritores mas ó menos grandes, que con el espíritu de la época, superficiales los mas, poco aprecio hacen de lo útil, y mucho menos de lo necesario. Quizá nosotros al escribir esto, incurrimos en el mismo vicio que quisiéramos corregir, mas no dejamos por eso de lamentarnos de escritores que se lanzan en la carrera de tales, porque juzgan, como cierto señor de categoria á quien nos abstencimos de nombrar, que basta para formar un buen escritor una

pluma bien cortada y buena clase de papel, á lo que podríamos añadir, y saber pintar la letra, porque lo demás, déjenlo su merced á mi, que todo es tortas y pan pintado.

Escritores pues, hay que sin conocer la historia de un país, escriben de ella con la misma confianza que un herrero trabaja una llave, por ejemplo. No saben que escribiendo lo que se les viene á las mientes, sin plan, sin órden, sin método de ninguna clase, y dejándose llevar de su imaginacion por donde mas place á ella conducirlos, pervierten el gusto mas que los autores románticos á quienes censuran porque no pueden imitar, porque no tienen ese genio creador de que la naturaleza los ha dotado. Aunque estamos para nosotros, y lo decimos para descargo de nuestra conciencia puesto que gustamos mas de leer á los tales románticos, que las obras de esotros que llaman clásicos, ó mejor, classicistas ó clasiquistas que todo es uno, que ponen en tortura los pobres entendimientos, haciéndoles desear ideas, tal vez bellísimas por querer seguir las reglas de un arte que no existe, decimos, pues, que aun los románticos si no guardan reglas, forman por lo menos plan y observan órden, y cuando escriben hechos á fe que los refieren como pasaron y no como debieron ser, ó mejor, cuentan lo que saben que sucedió, y no lo que juzgan probable que fué. Pero ya nos ocuparemos otra ocasion mas detenidamente en otros dias de, pero á nuestro entender, en castellano no tiene este régimen el verbo ocupar, los románticos y en los clásicos, y por ahora siguiendo nuestro tema, volvemos á decir que el escritor que escribe caprichosamente, corrompe el gusto y hace á sus lectores tan superficiales como él, y quizá mas.

Donde debe sobre todo ponerse mucho esmero, es en la historia, por que apenas habrá cosa tan sujeta á duda como ella, y el que la escribe ya que no tenga ni conserve el carácter de imparcialidad que debería guardar, á lo menos que no la haga mas fabulosa de lo que es en sí.

A este intento nos ocurre haber oído, ó si se quiere, serán invenciones nuestras, que allá en tiempos remotos, anteriores al diluvio y muy próximos á la creacion del hombre, despues de esta, eso si, existian dos naciones poderosas rivales, la Francia y Atenas, (si no mienten los geroglíficos descubiertos por Cain despues de la inundacion universal en las ruinas, de la primera), cuyas dos potencias eran gobernadas aquella por formas republicanas por Pedro el Grande su Czar, ó presidente, que todo es lo mismo, y Atenas la monarquia mas despótica

que se ha conocido, tenia á su cabeza por gefe á Washington. De estas naciones escribe Moisés que confinando la una con la otra, se tenían declarada una guerra atroz, que habia durado como veinte años, cuando el emperador Moeztouzoma Ilicacamina de Austria, unido al rey de Egipto, Newton mandó un poderoso ejército á las órdenes de Voltaire, general malometano, y de José, cristiano de religion. Todas las naciones tomaron un empeño decidido en hacer cesar esta contienda, y Dido emperatriz á la sazón del Brasil, invitó á Federico II. rey del grande Mogol, para que aliado con Robespierre, senador romano, y con Julio César y Neron, ambos cónsules en la república francesa y miembros de la convencion, levantasen grandes ejércitos y terminara aquellas diferencias tan ruidosas.

Mehemet-Ali, escritor de aquellos tiempos, no refiere estos hechos, pero se encuentran en las crónicas de los Betlemitas que escribió Tito Livio, impresas en las ciudades de Pintápolis poco tiempo ántes de su inuencido, y que se pudieron sacar fleas de las llamas, gracias á las fervientes súplicas que al precursor de Jesucristo dirigió el jóven Japhet hijo de Noe, y á las misas que por mandato de David, presidente entónces de la academia de ciencias en Paris, celebró Aaron.

Marco Antonio, Czar de Rusia, abrió negociaciones diplomáticas, nombrando su ministro plenipotenciario á D. Miguel Santa Maria, y de esta manera concluyó aquella guerra que tantos destrozos hubiera causado, retirándose los atozcas con todo su tren de artillería á su país gobernado por Felipe el Hermoso, á quien hijo el profeta Samuel.

Hasta aqui de historia fabulosa, estamos seguros de que sobre poco mas ó menos todos los hechos que en general se nos refieren si no son de esta naturaleza no difieren mucho. A excepcion de la Sagrada Escritura, atendiendo solo á la razon, conveniremos en que nada, en efecto está tan sujeto á dudas. Por que si suponemos al historiador contemporáneo, le falta desde luego la imparcialidad, pues es muy natural que le afecten las circunstancias de su época y ha de procurar engrandecer á las personas de su partido y lo contrario hará con las de los opositos. Lo único que de los contemporáneos puede sacarse, es conjeturas fundadas en reglas de una sana critica, y con todo, tales conjeturas quizá tampoco son muy exactas, pues no puede el lector dejar de afectarse y de tomar interés por algun personaje determinado. Aun hay mas, que debe suponerse al es-

critor muy al cabo de todo lo que pasa y desde luego es su fe muy incierta. Pongámonos en el caso de que vamos á formar la historia actual de nuestro país, y para hacerlo con buenos datos procuráramos recogerlo de las autoridades, la protección que estas nos dispensarían nos inclinaría en su favor, y he aquí la falta de imparcialidad. Pero con todo, admitamos que fuésemos imparciales, y no por esto dejarán de allearse en gran manera los hechos, pues que ni en los documentos oficiales se encuentra intacta la verdad: se queja un vecino de falta de buena policía, el jefe de esta espone que se tiene la mayor vigilancia: se queja otro de que no se le administra justicia, el tribunal contesta que no ha demorado ninguna causa; no hagamos mención de los partes militares, pues siempre cada fuerza beligerante triunfa de su contraria: cada una de ellas tiene pocos muertos y heridos, y la otra ha dejado el campo de batalla cubierto de cadáveres y ha echado á huir.

Esto es lo que podemos sacar de los contemporáneos tímidos testigos fidedignos de los hechos que refieren; pero ya que la historia es oscura y que poco se encuentra en ello cierto, no debemos hacerla mas fabulosa ni suponer ó desfigurar los hechos de modo que de luego á luego nos desmientan. Para escribir, especialmente historia, se necesita un sumo cuidado: á la posteridad si, la podemos engañar, y descubriendo nuestro fraude, su fallo no nos perjudicará puesto que ya habremos dejado de existir; pero mientras vivamos, si tenemos siquiera deseo de que nuestras producciones se lean con fruto y con gusto, no demos lugar á ser censurados con justicia y que se nos haga ruborizar si el fallo de la posteridad alcanza solo á nuestro nombre, el de nuestra edad alcanza á nuestras mismas personas.

C. M. SAAVEDRA.

REMITIDOS.

LETRILLA.

QUE le diga D. José
A Guadalupe hermosa,
Te quiero y serás mi esposa;
Y aunque el viejo no te da
Ni tu dote ni otra cosa
Con tu amor me ire á una Aldea,
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un jugador,
Préstame V. D. Jullan,
Que según las cartas van
Me hago del monte señor,
Y mañana le doy doble
Por lo que hoy me franquica,
Para el tonto que lo crea.

Que al ver ese pié divino,
Y tu tallo delicado,

¡A que se reduce en cura
Lo que aquí escribiendo estoy!
A que cuando plantas hay
Y estoy probando una pluma.

Y tu dominó ajustado,
Y tu mirar peregrino,
Me respondas con desden,
"Te engañaste soy muy fea,"
Para el tonto que lo crea.

Que un crítico literato,
Venga á coartarnos mil bolas
Y á decir que en mil trescientos
Se usaban ya las pistolas;
— ¡Pistolal ja... ja... que rato;
— ¡Mírela aquí impreso... lea.
— Para el tonto que lo crea.

Que me nieguen que es petuca
Lo que lleva Doña Inés,
Y el mirriñaque, y los dientes

Que todo postizo es;
Y que por de veinte paso
La que al hablar ya chochea,
Para el tonto que lo crea.

Que me diga á mi Manuel
Que nunca quiso á Panchita
Cuando es ella tan bonita
Y tan calavera él,
Y que llorando los dos
El no esté echo una jalea.
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un vejentario,
Por la virgen Doña Juana
No vaya f., una noche
Al teatro de Santa-Anna,
Se cae; no vaya f.,
Pues dicen que se menca;
Para el tonto que lo crea.

Que con sueldo tan escaso
Ponga un coche un empleado,
Y su muger gaste lujo,
Y el nunca vaya á su lado,
Y que tanta seda y blonda
Solo del empleo sea,
Para el tonto que lo crea.

Que los que mil sallos daban
Y manotadas y gritos
En el baile de Vergara,
No estaban ya fingidos,
No... nada... si no bebimos,
Es alegría... Mareá,
Para el tonto que lo crea.

Por que es V. marchantica
(Me dice ayer José)
Le daré el gros, Lucianica,
Pierdo dinero, crea V.
Pero á nadie se lo diga,
Solo á V. por que V. vea;
Para el tonto que lo crea.

¡Ay! cuando veas lector
Tanto disparate escrito
Cual levantarás el grifo
Contra tan mal rimador
Y maldecirás mi musa
¿No es verdad? Sea cual sea,
O dirás con compasión...
No es mala composición...
Para el tonto que lo crea.

UNA MEXICANA.

ALGO SOBRE TEATROS.

Que el teatro es una escuela de costumbres, y un termómetro para calcular el grado de civilización de las naciones, así como que por su utilidad no debe descuidarlo un gobierno ilustrado, es una verdad tan firmemente asentada, que ya hoy ha llegado á ser principio, despues que tantos sabios de la mas alta reputacion han ocupádese en esta materia, tratandola con una crítica algo juiciosa, y desapasionada, con erudición y con maestría. En consecuencia sería un arrojio, un atrevimiento y una pedantería pretender siquiera añadir algo á lo que esos hombres han escrito.

Sus luminosas obras nos refieren la atencion

con que los pueblos civilizados han cultivado el drama, y nos hacen entender que esta parte de la literatura, no solamente en nada cede á las demas, sino que por el contrario, las hermo sea, y que basta cierto punto puede reputarse como el mas alto grado á que pueden llegar los hombres de ingenio, asemejándose al sol, que no ilumina únicamente á esta ó á la otra familia de la gran sociedad. Un buen escritor dramático, en mi opinion, deberá ponerse en igual línea que el mélico: este cura y sana las partes físicas de nuestro cuerpo; aquel deleita al mismo tiempo que corrige los defectos que corrompen y degradan la especie humana, y que aver-

güenzan al que está contaminado con ellos.

Mi pluma es débil, no puedo por lo mismo describir, ¿qué digo describir? ni aun bosquejar la influencia del teatro en las costumbres, ni lo que contribuye á su mejora. Pero ¿qué podría agregar á lo que los mas célebres literatos, así en nuestra lengua como en otras, nos han dejado en esas obras clásicas, que solas ellas bastan para formar el crédito y fama de que hoy gozan? A ellos somos deudores, y de ellos hemos aprendido que Grecia y Roma en sus tiempos lúdicos tuvieron, la primera, sus Aristófanes, Sófocles y Eurípides; la segunda sus Plautos y Terencios; la Francia sus Corneilles, Racines y Molières; la España sus Lope de Vega, Calderones, Moretos, Tirzoz de Molina, y al mexicano Alarcón: que la Italia, la Inglaterra y la Alemania, tuvieron igualmente los suyos, advirtiéndonos al mismo tiempo, que cada nación hace gala y blasona de haber producido excelentes poetas dramáticos, que han sido ornamento y gloria de su país y de su siglo.

México en calidad de colonia de España debería haber seguido en su teatro la suerte y vicisitudes de su metrópoli: floreciente en los reinados de Felipe III y IV; decadente en el de Carlos II y renacido en el de Carlos III, como parte de esa monarquía; pero pocas son las composiciones dramáticas indígenas de que se tiene noticia. Las causas de este olvido, menosprecio, ó qué sé yo, con qué se vio por nuestros nacionales este ramo de la literatura son bastante conocidas: no hay, pues, necesidad de recordárselas. El mismo D. Juan Ruiz de Alarcón que adquirió tanto lustre al lado de los célebres poetas españoles de su época, allá en Madrid, se habría enfriado en México á las cavilidades y enredos del foro: si hubiese permanecido en él, y si no se hubiese trasladado á la península, su *Verdad sospechosa* y *las Paredes oyen*, yacieran hoy arrinconadas y llenas de polvo en algun archivo, si no es que habrían desaparecido á manos de algun ignorante boficario ó de otro especiere.

Don Tadeo Ortiz en su México independiente, menciona algunas comedias escritas por mexicanos, y sin embargo de que ni las hemos leído, ni menos visto representar, no seria aventurado decir que deben estar plagadas de los defectos del tiempo en que se escribieron, aunque sus autores hayan tenido ingenio y sido dotados de las otras cualidades que se requieren para llegar á ser, no un perfecto, sino un regular poeta dramático. Esta conjetura no es gratuita, no la ocasiona un impulso innoble, una arrogancia presuntuosa, ni menos

una crítica precipitada, tanto mas espuesta cuanto que no se tienen á la vista esos escritos; sino que la dicta una inducción racional, nacida de la misma naturaleza de las cosas, porque si los Calderones, Rojas y otros muchos se dejaron arrastrar del espíritu dominante de su siglo, ¿qué fundamento plausible hay para que no les toque la misma suerte á los que en igual tiempo escribian esta clase de composiciones acá en Nueva España, atendidas las circunstancias locales, y otras que aun no están olvidadas? Esa misma conjetura da lugar á otra, y es que en el estado en que se hallaba en México la imprenta, entretenida únicamente en publicar sermones gerundianos, y novenas de santos mal digeridas, no han de haberse impreso ningunas de nuestras comedias, y que si existen algunos ejemplares manuscritos ¿sabe Dios en poder de quien pararán, y lo alteradas que estarán las copias!

Sin embargo, buenas ó malas, ellas nos pertenecen, y contengan los defectos que se quiera, forman parte de nuestro teatro, los vicios, y mal gusto del siglo no perjudican en nada al talento de los que las trabajaron. Deberíanse, pues, solicitarlas con empeño y conservarlas, si no como una muestra ó modelo del arte, al menos como una prueba de que no han faltado entre nosotros quienes hayan cultivado este género de literatura: sin que nos avergüenzan sus impropiedades ni los asuntos de que tal vez se apoderaron sus autores, á no ser que sea reprehensible en nosotros, lo que en las naciones todas se ha atribuido al siglo en que se ha escrito.

A continuacion de esas piezas deben colocarse las compuestas del año de 824 en adelante, porque separado México desde aquella época de la dominacion española, debe tener como nacion independiente todo lo que es propio de este rango, á la manera que el resto de las que se encuentran en su caso. España, Francia, Italia, etc., tienen su teatro peculiar mas ó menos rico, y mas ó menos abundante en obras de este género; y ya que se ha perdido el tiempo entre nosotros en idear, y escribir utopias, en asesinarlas por miras personales, ruines, y antipatrióticas, y en obstruir todo lo que real y verdaderamente es útil y provechoso; la razon, la justicia, las exigencias públicas demandan que volvamos sobre nosotros mismos: que hagamos a un lado esas pequeñeces y miserias, pues todo lo que huele á espíritu de partido debe abandonarse, y nos consagramos á un ramo de la literatura, animándolo y fomentán-

dolo, hasta sacarlo del estado en que hoy se encuentran; mengua es, y no poca, que despues de veintitres años de independientes sea necesario para sostener nuestros coliseos que se nos importen comedias y comediantes; y que apenas se haya presentado en la escena una que otra pieza nacida en el país. ¿Cuántas malas traducciones no se han dado en espectáculo! ¿Cuántos melodramas insipidos ó insulsos! ¿Cuántos de esos que hoy se conocen con el nombre de dramas no hemos visto en la escena por mas atestados que estén de ejemplos, y de lecciones de inmoralidad! ¿Y qué resulta de todo esto? que México recibe y compra esa mercancía nociva y perniciosa á la juventud, y que aun permanece dependiente de Europa, como lo es en otros artículos de industria, únicamente porque se ha descuidado cultivar y poner alicientes para que escriban los aficionados á la poesia dramática; á los que se sientan animados de calor y fantasia, para que haya quien se dedique á darnos unas buenas traducciones, limpias, puras, y sin esos galicismos que se advierten en algunas que hemos oido. Tenemos jóvenes ansiosos de gloria literaria; hombres verdaderamente ilustrados, conocedores del arte; de talento dramático, fáciles para escribir diálogos festivos y amenos, enemigos acérrimos de los defectos y vicios indígenas, y adquiridos, y que desean, como buenos mexicanos, verlos destruidos de nuestra sociedad, donde tanto mal hacen.

El teatro no debe verse únicamente como un lugar de desahogo, como una reunion donde se va á matar el tiempo, ni convertirlo en café, ó casa de tertulia, distrayendo á los concurrentes hasta causarles enfado: es necesario considerarlo bajo el aspecto de una escuela de costumbres, de lenguas, de decencia, de civilidad, de moralidad, y si se quiere de galanteo; pero un galanteo decente, noble, en que se respete el decoro, la dignidad, así del espectador, como de las personas que el autor introduce como interlocutores, digámoslo de una vez, el teatro visto en cuanto á lo formal, quiero decir, en la parte literaria, da á conocer la ilustracion de las naciones; y en cuanto á lo material, todo lo que se presente á la escena debe corresponder á los planes y miras de los que se ocupan á estas composiciones tan difíciles, para merecer se les califique de buenas, como arriesgadas cuando el amor forma toda la accion, y es el objeto principal del drama.

Pasó ya el tiempo, y no debe volver aquel en que nuestro coliseo de la capital era un local para que los vireyes, oidores, comerciantes y otras gentes asistieran, los unos, para manifestar el rango que ocupaban en la sociedad, y esolros para deslumbrar y hacer alarde de sus riquezas, de su lujo. Es cierto que esta vanidad, se conserva y aun seguirá quién sabe hasta cuando, así como la de que muchos perimetres, solo asisten, ó por lucir su apostura, tomada esta palabra en su verdadero sentido, ó por otros fines que ellos muy bien saben; pero concurren, y el hábito que deben contraer á fuerza de dedicar la noche á esta clase de entretenimiento, los alejará de otros sitios en que pierdan, en unos la lozanía de su juventud, en aquellos su hacienda, y que se les disminuyan los ratos que dedican á la seducción del otro sexo. Los casados y los padres de familia, conocen los perjuicios que resultan de una juventud ociosa. Las buenas piezas dramáticas, ejecutadas con todo el ornato y elegancia que exigen, y por artistas que sepan su oficio, causan tal ilusion al espectador, que el mas indiferente se sale fuera de sí, y toma tal interés en lo que se le representa, que se transporta involuntariamente y toma parte en el nudo y lances que preparan el desenlace de la comedia ó tragedia que está viendo.

Sin pensarlo he dejado correr la pluma, y entiendo haberme desviado de un objeto, que segun lo bien ó mal que me he dado á entender se reduce á que se forme un teatro, puramente mexicano, y nada mas que mexicano. ¿Y será esto aseguible? *In rebus magnis incipere sat est*, ha dicho no sé quien, pero ello es una verdad que no debe ponerse á discusion.

A mi ver, y sin que se entienda que aspiro á otra cosa que á contribuir á las glorias nacionales, tres puntos deben promoverse; pero con calor, con lezon y constancia, sin pararse en esta ó esotra dificultad, ni tampoco en las resistencias que suelen oponerse de parte de ciertas personas, que de buena, ó de mala fe, todo lo impugnan, á todo ponen dificultades, y á lo menos todo lo reducen á controversia. Punto primero: El establecimiento de una escuela de declamacion; por no francesa, italiana, inglesa, ni rusa; ni menos la inventada en una Isla de las Antillas; sino la que conviene al indole, daltura y armonía de la lengua española. Segundo: alentar y estimular á que nuestros paisanos se ocupen y dediquen á este ramo de literatura;

y tercero: proporcionar a los artistas medios fáciles y hacendados, a fin de asegurarles una vejez descansada, ó cuando por su edad ó enfermedades lleguen a ponerse en estado de no poder trabajar. No se si acertaré en los medios que me ha sugerido el buen deseo que me anima: podrá muy bien ponerse al nivel de algunos proyectos ridículos ó impracticables; pero sea lo que fuere, y gradúese según el capricho y módico con que cada cual es libre para ver los objetos, sirvanme de escudo mis intenciones, y que no tengo en este negocio otra mira, otro interés que el beneficio, que así la patria como una porción de sus individuos podrán recoger oportunamente.

En cuanto al conservatorio, ó academia de declamación, ó como se crea denominarsele, deben mi concepto estar abierta a los jóvenes pobres de ambos sexos, de diez y seis años para arriba, que sepan leer y escribir, y á lo menos las cuatro reglas de la aritmética los varones; pudiendo dispensarse de este último requisito á las mujeres. Esta escuela deberá tener un buen profesor acreditado, á cuyo cargo estará atender a los alumnos en todo lo concerniente para formar un buen cómico, en los diversos caracteres que se le ofrezca representar; de manera, que llegado el caso de pisar las tablas desempeñe su papel con propiedad, con decencia, y evitando esa exageración y esa desaliño é irregularidades que se notan en los farsantes, en los empiricos y en los puramente aficionados. Por supuesto que el tal profesor debe disfrutar por ahora un sueldo con arreglo á las circunstancias. Digo por ahora, porque aumentándose el trabajo, muy justo es que se le indemnice, y aunque al principio no será debidamente, creciendo los fondos, si podrá gratificarse competentemente.

El tiempo en que el discípulo pueda decirse que está ya instruido y en aptitud de presentarse al público sin temor de que se le silve, y mortifique á los que lo oyen, debe dejarse al buen juicio y responsabilidad del maestro. Será así mismo muy útil, que en dicha academia se establezca la enseñanza de música vocal, y nada mas, para lo cual basta un clave de mediana clase, señalando tambien al profesor encargado de este ramo un sueldo con proporción á los fondos y observándose con respecto á él lo que se ha asentado hablando de la declamación: y de donde se sacará este dinero para sus gastos? pareceme que oigo preguntar: allá voy.

Los abonados á palcos, lunetas y cazuelas, tienen sobre sí la presunción de que disfrutan

algunas comodidades, ó á lo ménos un sobrante que pueden destinar á un gasto que no es alimenticio. Reuna la empresa á dichos abonados, hágales ver las ventajas que deben resultar de semejante establecimiento, y persuádales que con un cinco por ciento correspondiente á las respectivas localidades que se ocupan, se va á proporcionar artistas propiamente tales; y es difícil no se presten dóciles (se entiende libremente) á una exhibición que tiene por objeto en primer lugar la mejora del teatro; y segundo, las ventajas que redundan en provecho de muchos jóvenes, á quienes se les va á abrir una carrera honesta para vivir; y á quienes se va á arrancar de otras perjudiciales y nocivas á ellos y á la sociedad. ¿Qué monta un 5 por 100 al año al que invierte por ejemplo 300 ó 400 pesos en igual tiempo por razón de abono? Calcúlesele lo que este debe rendir, y dígame si podrá haber ó no con que dotar regularmente á los profesores de declamación y de canto. Y si á esto se agrega que la empresa auxilie con una cantidad de 200 pesos anuales, parece que podrá abrirse la escuela montándola con la economía mas posible. Ignoro á lo que ascienden los abonos; pero no sería desaliño anunciar que puede muy bien recandarse una suma que no bajará de 4,000 pesos, aun suponiendo dicho abono á 30 pesos cada mes los palcos, las lunetas á 6 ps. y las galerías á 3. ¿Pero si los abonados no convienen en hacer este donativo? ¡Oh! Esto no puede concebirse sin hacer injuria, y el agravio mas imperdonable á personas, que tantos testimonios han dado de su inclinación y decisión al teatro; y ademas seria ofender su patriotismo, sospechar que no prestaran su cooperación á un objeto de utilidad nacional. Si embargo; si contra toda esperanza, el éxito no corresponde á los deseos, quede á lo ménos la dulce satisfacción de haber proyectado un plan que mas tarde podrá llevarse á efecto.

El segundo pensamiento que he indicado para que tengamos teatro puramente mexicano, es el de excitar á nuestros ilustrados y eruditos paisanos á que se entreguen á estas carreras literarias. Afortunadamente hay jóvenes que cultivan con buen éxito la bella literatura sin mas estímulo que el deseo de ilustrarse, de adelantar en ella, y de enriquecer su patria. Esos jóvenes que se reúnen en San Juan de Letras, los redactores del Liceo, los que en los departamentos han formado asociaciones de esta clase, ¿serán indiferentes al llamamiento que se les haga, para que, ó compongan alguna pie-

za dramática en los géneros y sobre los objetos que elijan, ó presenten alguna traducción de los teatros extranjeros? A propósito de traducciones, y antes de que se me escape la especie, no puedo ménos de indicar una relativa á este asunto, y es lo conveniente que seria prohibir la introducción de esas versiones en que luego se deja percibir que los traductores no conocen ni su lengua ni la de que traducen, ó que han olvidado aquella. Comedia se ha representado en que la palabra *battiment*, se ha substituído en español, con la de *bastimentos*. Este defecto se ha advertido en la rapidez de la representación. ¿Cuántos no se le notarían leyéndola con algun espacio y de cuantos no abundan esas que nos vienen en otras obras en clase de mercancía.

Esa juventud que, andando el tiempo, ha de colocarse entre los ornamentos de la patria, si hoy en medio de los obstáculos que presenta nuestra situación política, y entre el ruido y grita de pasiones innobles, y de la algazara de los partidos, esencialmente enemigos de la prosperidad y verdaderas glorias nacionales, se entrega á la lectura de obras maestras, escribe con gusto y corrección, y no es extraño á conocimientos que le honran, ¿qué no es de prometerse, cuando se le llame, y se le ofrezca, no dinero, porque el temple y nobleza de su alma no se mueve por un interés mezquino, sino por un premio que eternice su nombre? Y se quedará atrás esa porción de literatos, patriotas ilustrados, ya formados, que constituyen su placer y sus delicias en enriquecer sus talentos, y que no deben quedar olvidados en la lista de nuestros hombres célebres? Conviénesse á unos y á otros, mas claro, existiese á todo mexicano á este género de trabajo, y ya veremos los frutos de este arbitrio.

Sus producciones serán examinadas y calificadas por un cuerpo que sea capaz de hacerlo con imparcialidad, con conocimiento, y sin pretensiones ni prevenciones, y ninguno pue-de desempeñar con mas acierto este encargo que el *Ateneo*. Cuando el inmortal Jovellanos, ese astro de la literatura española, habló en una de sus memorias, sobre tan importante materia, propuso á la real academia para que á ella se confiase la revisión y censura de las piezas dramáticas que se presentasen al concurso que indicó se abriese al efecto; y no habiendo entre nosotros ese establecimiento (aunque mandado formar hace diez años poco mas ó menos), antíquo por: hay un *Ateneo* que desempeñará

mas que bien un trabajo tan análogo á sus ins-tituciones.

Los premios en mi pobre opinion, deben reducirse á una medalla de oro para el que obtuviere el primer lugar, y una de plata para el segundo, ó lo que se conoce con la palabra de *accessit*. Las leyendas ó inscripciones de esas medallas, las acordará la Ilustración y el saber del mismo *Ateneo*; su importe parece deberá ser á cargo de la empresa, y la entrega á los premiados, por el secretario de dicho establecimiento, con su correspondiente diploma, firmando por el presidente y referendado por aquel. Tambien podría añadirse como parte del premio, que se llevase un libro en el *Ateneo*, en el cual se inscribiesen los nombres de los autores premiados con letras de oro y de plata según la calificación que respectivamente hayan tenido, con una noticia del título de la obra, y de la fecha en que se censuró. Esto podrá reputarse como una estravagancia, como un deslirio; pero esta estravagancia, este delirio que en nada ofende ni perjudica á la sociedad, va á hacer el blason de los que se distinguen en una carrera, que si no es tan peligrosa y espuesta como la de las armas, los laureles que recoge ni están teñidos con sangre, ni han causado la pérdida de un padre, de un esposo, ó de un hermano, no se gloriará un hijo de descender de un hombre que ha sido coronado por que fue útil á la patria en uno de los ramos que engrandecen á las naciones? Esta ejecutoria es preferible á las que ha inventado la ciencia heráldica. Pero aun hay mas. ¿Cómo podrá retribuirse dignamente al que ha gastado los floridos años de su juventud en el estudio, que hace presentes á sus conciudadanos los frutos de su dedicación, y que se empeña en destruir las costumbres ridículas ó viciosas de su época? Mejorar la especie es la mas útil de las ocupaciones de un escritor: los trabajos intelectuales sea cual fuere el género á que pertenezcan, nunca sabrán recompensarse dignamente. Esa medalla de oro ó de plata, y ese asiento en el libro en la forma indicada son muy poca cosa vistas aisladamente: pero se apreciará y se aspirará á obtenerla, porque los verdaderamente ilustrados y filósofos, sea cual fuere su edad y su profesión, nada mas pretenden, ni nada ambicionan, sino los aplausos, y á fundarse una reputación nacional y extranjera.

Felizmente hemos llegado al tercer punto que nos hemos propuesto, y es el que hace relación á las personas que se dedicanen, ó están actualmente ocupadas en el teatro, y forman las compañías que se llaman de verso. Mis

buenos deseos y la consideración que debe tenerse á unas personas, que dan vida y calor á las composiciones dramáticas, que sin ellas superfluo es el que escriban, y que de ellas depende la impresión y frutos que se proponen los autores al componerlas, han llamado siempre mi atención, no pudiendo serme indiferente, y creo que á nadie, que los actores después que han gastado sus años en un trabajo tan difícil y á satisfacción del público, cada cual según su talento y aplicación, se encuentren á la vejez, ó en el evento de que antes los estropea una enfermedad, sin contar con algun auxilio que atienda las penalidades anexas á esas situaciones. No es sensible que un comediante á quien hemos visto decentemente equipado, aplaudido, y que ha sabido grangearse la estimación, lo encontremos después de lo que ha trabajado, ó de obrador á las puertas del teatro, ó en otra colocación que apenas le de para mal comer? El remediar este mal, y que los actores no tengan aquel desasosiego que naturalmente ocasiona la incertidumbre del porvenir, y de como se pasará la vejez, es mi intención al ocuparme de este asunto, y los mismos actores pueden poner término á esa calamidad si se prestan dóciles á poner en ejecución mi idea sobre el particular. Es sencilla, y aunque se encuentren algunas dificultades, porqué no han de procurar allanarlas las mismas personas de cuyo bienestar se trata?

La tal idea, proyecto, ó como guste llamársela, se reduce á que cada actor, de los que disfrutan sueldo fijo, concorra con tres ó cuatro granos por peso, de sus respectivas asignaciones, que se les descontará al distribuírseles mensualmente. Que lo que así se recaudare, se pase á una arca destinada exclusivamente á su custodia; y á que los caudales que se fueren reuniendo, no tengan ni pueda dárseles otra

inversión, que las que se señalen para jubilaciones de los actores.

Ahora: el reglamentar y cuidar de su conservación y aumento, así como de la edad en que hayan de espeditarse las jubilaciones, sus montos, por quién, en qué terminos, y si podrá hacerse extensiva á los de igual profesion que andan corriendo la legua, ó están en otros teatros, ó pasan de ellos á los de esta capital, debe dejarse á los mismos interesados, pues nadie como ellos debe estar atento á que la recaudación sea exacta, puntual, la que debe ser, que las pensiones sean asignadas con equidad y justicia, que los fondos no se distraigan á otros objetos, y que las seguridades que hayan de exigirse á los que los manejen, sea de entre ellos ó extraño, pues se deja á su elección este nombramiento, sean las convenientes. Acaso podría ser oportuno dársele alguna intervención en este ramo á la autoridad municipal con la mira de hacer mas firme, y formal este establecimiento; lo que si importa es que se realice la idea aunque no sea por los medios y arbitrios indicados.

Podrá suceder que así este pensamiento como los demas, encuentren quien los impugne, quien los califique de ilusiones, ó una pura charlatanería: el que esto ha escrito, ha manifestado con la mejor buena fé el único fin que lo guía: repite que sus tendencias no son otras que el bien y mejora de nuestro teatro: que este sea mexicano, y que si se ha equivocado, y si disgustare y fastidiare, no por eso ha desostener las opiniones que ha emitido. Los que las encuentren extravagantes, impracticables, y tal vez ridiculas, ténganlas por no escritas, y con que consiguiera este papel á un boticario, tendero ó cohetero, ó á otro uso, dénse por suficientemente indemnizados, y por campungada la audacia del autor....

ESCENAS ANAHUACENSES.

EL CAFÉ DEL PROGRESO.

LOS COLEADORES.

UNA noche en que como las mas de mi vida, me hallaba acosado de tedio, me dirigí maquinalmente al café del Progreso y habiéndolo entrado en él, buscaba en vano una mesa en que colocarme para tomar un helado: todas estaban ocupadas y en cada una de ellas había las diversas reuniones de esas clases con que se forma nuestra sociedad. La conversación, cuestiones y disputas se versaban en unas sobre la política, la economía, menudeo, presente guerra, crónica escandalosa de algunas damas y personajes; y en una de esas mesas jocosas extrañal sobre literatura, caballos, coleadores y no se que mas; esta mesa era la mas singular por la miscelanea que comprendia aunque no la mas propia. Aquí y scullá se disputaba con acaloramiento; quien hablaba de sus campañas en que aparecia mas grande que Federico y Napoleón: quien del sistema de hacienda comentando á Necker: quien era mas liberal y patriota que Washington y Morelos: quien mas hábil que Talleyrand, Dupin, Herschell y Thiers; y quien mas diestro y ágil á caballo que Francini ó el mejor charro de tierra dentro ó baquero del Mezquital.

Cualquiera sin haber entrado antes y sin conocer el café, creo por solo el ruido que oye que el empresario obtiene grandes y extraordinarias ganancias; pero cuando ve que una no pequeña parte de los concurrentes hace el gasto con el uso de los periódicos, ajedrezes, dominós, sillas y braceros y algunas veces con un vaso de agua tan pura y limpia como su bolsa, se desengañará de ser falsa su congetura.

Me encontraba demasiado fastidiado y mas por la imposibilidad de colocarme, cuando llegó un amigo mio muy relacionado con casi todos los concurrentes, invitándome en seguida para que lo acompañase y ver en donde nos sentabamos: lo seguí y con algun trabajo, logramos nuestro intento entre una mesa de políticos y la ya espresada de literatos á quienes el saludó con la marcialidad y franqueza

que acostumbra. Después de haber pedido cada uno lo que quisimos tomar, me dijo:

—Que parece á V. esa batahola?

—Infernal, amigo.

—Tiene V. razon; pero yo aqui paso el rato con todas estas gentes las mas singulares del mundo, porque como habrá V. observado todas discurren á su modo y según sus intereses y gustos. Mire V. esos politicos con ciertos liberales exaltados, desinteresadísimos interior no alentan un empleo; ese que parece fué militar y habla tan arrogante, es ahora federalista, porque el gobierno que lo destinaba á Tejas á donde no quiso ir, le quitó el empleo. Aquellos que ve V. mas adelante con bigote y presillas, hablando contra la libertad y los congresos, fueron nada ménos que cívicos ó oficialistas de algun antiguo Estado. Ese otro militar de aquella mesa de enfrente, es ahora coronel permanente y antes oliba de muerte al ejército, y... ya lo ve V., tan amigo de la paz, del orden, y relacionado estrechamente con el general R., acérrimo escocés, pues se ha hallado en todas las revoluciones desde la Acoronada hasta la de Huejotzincó, y cuando la instalacion de las logias yorkinas comenzó á figurar de camarista de Zavala y mal escribiente de Lohate, y después fué denunciante en tiempo de Facio: su compañero, se alega con las guerras civiles, en las que ha hecho su papel por el que ha sido bien remunerado. El licenciado que está en la mesa que sigue ha recorrido la escala de los partidos y se recibió de abogado cuando las famosas baratas de Tlalpam y Guadaluajara, por los años de 25 y 29, sin mas trabajo que haberse hecho cofrade del rito de York, y habiendo sido juez de letras, los pueblos á quienes les tocó le tienen tanto hor-

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE



rer como al cólera-morbo. Ese personaje que pasa ahí vestido con tanto lujo, con magnífico reloj, y adornado de cadena de oro y riquísimo prendedor, se le ha conocido por furibundo escocés, á esto ha debido su colocación en una aduana marítima, y por las intrigas con su partido ha ocupado distintos empleos y tan lucrativos, que en un mes ha logrado una ganancia de 80.000 duros; y no es lo mas esto, sino que está relacionado con el agitadísimo Garatuza, con los demás, en cuyo poder tiene sus fondas. Aquel viejo que lo acompaña y le habla al oído, debe V. conocerlo, es B. Atenógenes Estafía, contrabandista en la capital, hombre de muchas letras aunque no de letras; el cielo le ha concedido una docena de hijos y á todos los ha colocado en un *compagnie* de capitanes de suerte que con su familia habría para cubrir un ministerio y la plana mayor: esta familia es una falange temible, pues cuando ésta cae á un café, villar, al portal, alameda y demás diversiones gratis, monopolizan los asientos, y los periódicos. ¿Ve V. ese caballero que habla y arciona á la vez con calor y con una cartera en la mano, á ese amigo del ministro de hacienda? Es un corredor muy conocido por los contratos en que ha intervenido y por los que se ha querido que la nación recibiese 25.000 ps. en numerario ó moneda antigua de cobre, y 975.000 ps. en yates de alcañate de viudas y retirados, y á pagar un millón de pesos con el moderado premio de un 6 por 100 mensual. Ese que está encendiendo un puro habano, ha sido diputado y del partido del gobierno, y para votar primero consulta al ministro: antes dizque era liberal, y lo que si nos consta es, que en el año de 33 era terrorista; pero ahora asegura que está por una libertad justa y moderada y que pertenece al orden: un sobrino suyo que pretende figurar, no falta á la asistencia en la junta patriótica del aniversario de Independencia, y aun á la campaña Linceasariana, pues nunca le faltaron ver su nombre en letras de molde en algún periódico, cuando se insertan en él las actas de sus sesiones. Este hombrecillo de color moreno y medio vivaracho que ve V., anda de capa allí hablando de todo y nada en sustancia, es primo hermano de D. Claudio Vidua: como éste se precia de tener relaciones con el gran tonto: pero en lo que no cabe duda es, en que siempre está presente á los bautismos, bailes, pesames del conde P. y del marqués Z., y á los convites que á estos les dan: ha estudiado tanto el arte de introducirse en la alta sociedad, que por este medio se ha familiarizado con algunos del

cuerpo diplomático, en términos, que Madama Calderon de la Barca, cuando lo vio por la primera vez, que fué vestido de uniforme porque es empleado, creyó que era el enviado del Japon. Por último, ese caballero tan equipistoso, de quien se desprenden los mas exquisitos aromas de las pomadas de París, y vestido á la *deuivre* con Sac Vangool, pantalou y chaleco Cuscac, sombrero Ancassy y bota Legorreta, no puede pasar por muchas supersticias y demas falleros sin riesgo de quedar tan limpio como sali6 al mundo: es, pues, de esos á quienes se llaman *ruchis* y que como él nunca pagan el asiento en el teatro: pertenece en fin á una de esa familias en que todos los individuos de ellas subsisten del erario, hasta el que acaba de salir de la escuela.

Aunque no eran nuevas para mí varias de esas particularidades que oía de la boca de mi amigo, la vista de tanto actor y de su arrogancia y maneras, me obligaron á pensar en política por mas que ella me ostigue, por lo que lo dije:—Veo, ciertamente, que con semejantes hombres, que por desgracia abundan entre nosotros, se hace cada día mas difícil un arreglo cualquiera y por diversas que sean las instituciones que rijan en la república. Uno que se unió á nosotros, y que despues nos dijo era labrador, agregó con cierto aire de pesar:—Es tal el abatimiento nacional, que nadie se ocuparía de los asuntos políticos, si no viese un porvenir espantoso: yo protesto que nada me importaría ver á todos los mexicanos y los que no lo son con bordados y relumbrones, con tal que no se improvisasen contribuciones y empleados que todo se lo absorben, con perjuicio de la nacion que no puede reportarlos, y de las clases laboriosas que son las que hacen á Lázaro.

—Vaya! eso es mucho egoísmo, le dijo mi malicioso amigo, por darle, como él decía, una *calentura*.

—Egoísta replicó con cierta indignación: hombre, más vale que dejemos esta materia, porque bastaría para hacer perder el juicio al mas imposible estico.

A la vez que dimos por terminada la conversacion, llegaron á la mesa de los colederos Pedro y Macario, dos de esos arrogantes jóvenes, recientemente condecorados con las charreteras de capitán *ad honorem*, y ademas agraciados con un buen empleo en una de las mejores oficinas, en las que fuman, hablan y disputan de modas, coleaderos, caballos y muchachas, con suma ventaja para las labores de ella. El uno venia vestido á la última moda, y aun

que ambos pasan por *dandy's*, su compañero estaba envuelto en su capa, vestia calzonerías y traía sombrero poblano con su correspondiente toquilla, chapetas y barbiquero medio salido, porque todo esto es propio de *veteranos* y pasa tambien por buen tono. Los dos se acercaron con cierto aire de proteccion y con el mismo saludaron al corrillo. Uno de los de este tomó la palabra.

—Hombre, Perico, qué atufado estás, alguna aventura le ha acontecido; vamos, dinos si la hermosa Rita le ha dado tu patente ó retiro absoluto!

—No me hables de eso, que es lo que ménos me habia de apurar.

—Pues que desgracia te afige?

—Cómo que, mañana tenemos un *coledero*, y de mis cuatro caballos ni uno tengo útil. El *hoyo* se me desovijó *coledando* esta mañana: al *helámpago* lo *usó* hace ocho días por haber ido y vuelto á Guernavaca en el día: el *Hércules* tiene una *agudera*; y al *Napoleón* se lo hicieron esta tarde en los toros á Roque que se lo di para que le metiera á la plaza. Considere que desgracias, no sé como no me he dado un balazo.... y...

—Amigo, lo interrumpió uno de los del corrillo que parecia literato: ¿por qué le puso V. á uno de sus caballos *Napoleón*?

—Porque segun creo acordarme, he leído que este era un general de los ingleses que hace dos años sitió á caballo á España y la rindió por hambre.

—Bravo, bravo, tiene V. razon para haberle puesto un nombre histórico á su caballo. V. es muy ingenioso.

—Muchas gracias: no, sino que soy aficionado á los caballos.

—Si, se oimice que V. lo es tambien á la historia segun se ve.

—Me gusta mucho, y no hay día en que no lea una obra que trate de ella.

—Luego se advierte, dijeron los mas de los concurrentes; qué Perico está tan guapo; pero qué hace por fin de caballo para mañana?

—No tiene que apurarse, dijo Macario, ya le he dicho que le mandaré cualquiera de los míos, el *Torrente*, el *Fapor*, ó el *Berquandín*. Supongo que vds. nos acompañarán mañana.

—Si á alguno de vds., dijo Tiburcio, le faltan *rostas*, *chaparreras*, *espuelas*, ó cualquier otra cosa, yo se la facilitaré: ayer me mandó regaladas veinte docenas de realas de la Florida un amigo del Mezquital: yo tengo una preparada que sola laza, ¡qué pita! *donde la aviento es segura la abrochada*, y si no que lo

digan Nazario, Juárez y Morado cuando estuviémos en el poltrero *mangoneando*.

—Ciertamente que sí, dijo Pedro, pues dá gusto ver cómo lo hace Macario.—Vaya! sí es un dije.

Despues de haber hablado mucho los dos amigos, haciéndose elogios recíprocos de que eran hombres de á caballo, dando que reir á los del corrillo y á los demás que los escuchaban, se convino en que los acompañarían al *coledero*. Convidaron, pues, á mi amigo, y todos quedaron en concurrir temprano.

Su conversacion de caballos, cola y *mangana's*, terminó con no poco placer de los literatos que luego entraron en su turno hablando de Victor Hugo, Dumas, Soulio, hasta ocuparse de la Canele, Hormosilla, la Cordero y Salgado, cuya conversacion la provocó un Sr. general que se acercó muy elegante y cortés y que en sus ademanes y expresion arañando los 50 pretende pasar por jóven y semi-literato, porque á otro Sr. general su amigo le ofrecieron algunas sobre la correccion del idioma etc. etc., y nuestro hombre, que á mas de querer ser un Adonis, tiene pretensiones de estar en el buen tono y de poseer el castellano segun el deseo que lo devora de marcar la pronunciaci6n de la *c, ll, z*; así es que su señoría, como dije antes, provocó la enunciada cuestion diciendo, que el *deuacua* último de Belchite tenia mil defectos, y entre ellos que la *surraga* no estaba bien presentada en el *castigo*, que la *oposicion* de la concurrencia de aquel teatro á los actores de Santa Paula era *ciplomática* y *infundada*; pero que sus intenciones serian *fuertadas*.

Los literatos y los que no lo eran al oír semejantes palabras se veían unos á los otros las caras, y despues de una sonrisa general que procuraron reprimir, se despidieron, retirándose cada uno para su destino por no ir mayores lindetas de tan estravagante personaje. Mi amigo y yo nos despedimos y cuando estábamos solos me dijo.—Supongo que se habrá V. divertido con ver á semejantes hombres, y mañana me acompañará V. para que vayamos al *coledero* y se divierta mas.

—Ya sabe V. que no me gustan esas diversiones, que nada sé de campo y sobre todo que no tengo caballo.

—Esto último no importa, alquiláremos uno pues todos los mas de esos insignes *charros* así lo hacen. Ya V. los ve con realas en los lientos y espuelas grandes y *chaparreras*, hacen tanto como V., yo ó mi cocinera. No hay re-

medio, vaya V. á casa á las ocho y allí todo lo tendré preparado.

Por fin cedi y quedamos en que iría á la hora convenida.

Iba á otro día á casa de mi amigo cuando pasaba muy galán y medio badeado en el caballo, uno de los convidados, el que luego se paró á conversar con uno que encontré en este instante transilaba un coche y como la calle estaba llena de estorbos según están las mas de la capital gracias á la buena policía, el carruaje tocó un poco al pasar elanca del caballo de aquel, que dando un repentino brinco, vino á tierra el ginete, con todo y chaparreras y espuelas lo que excitó la risa general, que en conciencia no decía bien con el susto y sopapo que habia recibido. Tomáronle el caballo y demasiado avergonzado se resistía á montarlo otra vez, diciendo: la culpa la tengo yo por que sabia que este caballo es muy venturoso; pero ese cocherito me la ha de pagar: le he de echar un lazo á caballo, yo lo conozco. En esto vino al galope un amigo del caballo é impuesto brevemente de lo ocurrido fué á alcanzar al cocherito: desató su reata y fui yo tambien á ver en lo que paraba la escena.

El nuevo campeón que no conocia el coche arremetió lleno de zelo y fogosidad al primero que encontré tan luego como iba cerca le dijo al cocherito. —Parate ahí bribon, yo te enseñaré á ser hombre.

El cocherito seguía su camino pues nada comprendía y menos sabia que á él se dirijan aquellas palabras: así es que cuando menos lo esperaba, recibió un fuerte ratazo; el cocherito que estaba inocente y que se vaia agredido injustamente le devolvió con usura el azote con su locca cuarta: esto puso mas molino y furioso al caballero que decía en alta voz.

—Déjemelo, déjemelo.

—Échamele al lienzo y lo arrastro hasta donde no pesé.

Con todo y esta amenaza, el cocherito seguía su camino, poniéndose en guardia con su senda cuarta para defenderse: el ginete hacia una grande honda capaz de comprender en ella la catedral, y remolinaba la reata; el caballo de él brincaba ó se alborotaba: en esto solia perder los estribos y abandonaba la reata por ocurrir á la cabeza de la silla: por fin, despues de varias fatigas, se enredó con la reata, y el cocherito aprovechándose de esta oportunidad, se le acercó y le dió dos ó tres chicotazos no muy suaves en la cara al ginete y uno al caballo, con lo que se desembarazó de semejante importuno, que cayó al suelo, por haberse

asorado mas con el azote y la reata que se le metió por la cola al corcel, y mas prudente que su amo, tomó las de villadiego.

Pestés y rayos decía aquel jóven mas desgraciado que el flústre manchego cuando atacó á los molinos de viento, protestando que haría y tornaría. Pasado un rato, le trajeron el caballo, y despues de varios registros en su bolsillo, dió á los que lo tomaron cuatro llacos voluminosos de los del día; pero á mas de ellos, inmensas gracias, y ofreciéndoles gratificar en otra ocasion, lo que no satisfizo á los que habian usado de tanta ostentidad.

Despues de una disputa en que no quedó bien puesto el honor del caballero, á la vista de un público curioso é imprudente, montó y fué á reunirse con su amigo, quien á pie, cojeando y con su caballo de la mano, llegó al lugar de la reunión.

Estos sucesos me habian hecho reír demasiado, y con la sonrisa en los labios llegué á casa de mi amigo, á quien impuse de lo ocurrido, y ambos tuvimos que reír bastante. Nos dirigimos en seguida al punto donde habíamos de reunirnos, y allí los héroes con los cocheros, ya decían á cuál mas sus proezas, callando por supuesto la verdad, hasta el grado de que uno de ellos aseguraba haber arrastrado al cocherito, carruaje y mulas, bien que las señales de los cuartazos, que tenia en la cara, decían lo contrario.

Mi amigo que era el mismo diablo, y que cuando estaba de humor, se convertia en una cócora de primer orden, y mas habiéndole insinuado de lo ocurrido, refirió todo como habia pasado, y ambos jóvenes sufrieron de una esas cargas generales que pueden llamarse á la bayoneta y sin cuartel, agregando:

—Pero hombres, para qué llevan vds. espada y reatas si les ha de suceder el chasco de hoy: vaya, que son vds. muy candorosos, y lo peor es que el lance pasó en las calles mas concurridas.

—Vaya! hasta de cargarlos tanto á nuestros amigos despues de lo que han sufrido, dispongámonos para partir que es lo que importa, dijo Catarino.

—Sí, sí, exclamaron los mas á un tiempo.

—Sus muchachos, prevengan los caballos y vamos, dijo uno á los mozos.

—Allons, allons, compañeros, sur le champ.

Sur le champ, dijo otro: y bajaron todos, metiendo una bulla sin igual.

—Jacinto, ¿porqué no me has puesto en el caballo el jorongo y las pistolas? (habiéndole Pedro á su criado y dirigiéndose á sus amigos.)

—Si vieran vds. qué pistolas; son de patente y de pelo, de modo que al descubrir puedo llevarme á cualquiera, ¡ah! mi espada es de lo mejor, ahora la verán, parece una navaja de barba.

—Hombre, otro día veremos todo, y por ahora vámonos, ¿por qué la llevas? al fin no se ha de ofrecer, le replicó Remigio.

—Eso no, que yo nunca dejo de salir sin armas ni jorongo.

Provistos, pues, los mas de todos sus atavíos campestres y militares, se marcharon como si fuesen á un combate. Al pasar por las calles no dejaban de hacer mil monadas á las de los balcones, y al mismo tiempo hacían brincar sus caballos. Habiendo salido de la garita, comenzó cada uno á alabar sus corceles. Serapio arremetía con las espuelas al suyo, é iba á dar un encontronazo á mi amigo, que le paró el que montaba, y en su empuje aquel no quedó muy satisfecho. Yo pobre diablo, y sin conocimiento alguno de equitación, temblaba á cada paso de que viniera á ser objeto de los ensayos de aquellos señoritos; mas afortunadamente mi amigo que era de armas tomar, moderaba los deseos de sus camaradas, que eran bien vehementes, y á fé que tenían razon, por que entre ellos era yo un verdadero apéndice, el mas conciso y original, pues montado á caballo hacia la figura de una etcétera.

Caminábamos por la calzada, y los campeones cada cual se esforzaba en elogiar de nuevo á su caballo, y me constituían por juez en sus disputas.

—Tiburcio decía: qué caballo este, no es mas que prenda.

Perico. —A que cuaco tan sobrado!

Macarín. —Aquí lo traigo, y se mecia la rienda en el dedo pequeño de la mano, que levantaba bastante; tiene un gobierno, que se maneja con una seda.

Serapio. —Míreme nómas, no lo azoto, recio por que lo estrello, qué tiempos tiene!

Catarino. —Qué cuaco! al atranque hasta la cintura truenca.

Remigio. —El mio tiene un trote amargo, es una pólvora al pasar.

Tiburcio. —Este peneco parece que se duerme; pero tiene el brio oculto, no lo busco por no calentarlo.

Quirino. —Este no duerme; pero ronca, si sea lo empargo lo lado.

Macario. —Cincuenta caídas y la mitad de otra.

Pedro. —Las mias son redondas y no de echada.

Serapio. —Yo jaló arriba.

Catarino. —Yo á pulso.

Remigio. —Yo echo bolera.

Tiburcio. —Este peneco llega por los dos lados, yo mejor jaló por el izquierdo.

—Yo por donde quiera y á rodilla.

—Mi caballo es un tronco para lazar.

—Yo a marró á muerte.

—Yo á vuelta.

—Eso no vale.

—Yo no remolinó.

—Yo no hago utole (1) y lazo á la callada.

Semejante conversacion los acaloró hasta el estremo de desatar unos sus reatas y quererse lazar entre si: los demas sin desatarlas, pretendieron colocarse unos á los otros. La sangre se me bajó á los pies al verme en medio de una guerra civil, de las mas temibles para mí: procuré quedarme atrás, y resuelto á desertar del campo; pero mi amigo, el mas terco del mundo, me obligó á seguirlo, y á la verdad contra toda mi voluntad, pues mi caballo, aunque alquilado, no dejaba de alentarose de vez en cuando, y mas con las carreras y azotes. En esto, unos, que otros esfiraban sus reatas de la cabeza de la silla, y vi que rosaban lo que, y tambien sus manos, lo que despues pasó en la alameda por heróicidad, trayendo el brazo ó mano envueltos, á veces pendientes del cuello, y diciendo que fué en tal ó cual coleadero, ó en el aporreadero ó encierro para la plaza de toros. Los que se coleaban, balanceándose á su vez, solian tomar la cola al caballo de otro, pero ajustándose del azote madero, como dicen los charros, esto es, de la cabeza de la silla, y cuando querian alzar la pierna para tocar la arceña, soltaban la cola.

Por fin llegamos á la puerta del potrero. Los vaqueros nos rehusaban la entrada; pero despues de una honrosa capitulación, siendo uno de sus artículos el exhibir en el acto tres pesos que se dieron á prorata, pudimos penetrar al potrero. Frio no quedó al oír la contribucion á que se me sujetó, pues no llevaba mas que un real en la bolsa, y me horribaba ver el pésimo gusto tan entendido de contribuciones, hasta en donde menos debería esperarse, no obstante que las rifas, loterías, almuerzos, meriendas y bailes de compadres, y de las tertulias, me hubiesen dado á conocer lo recibido que está ese maldonado sistema.

Inferi pues, que no habia tal coleadero preparado; pero para el caso era lo mismo. Los campeones, incluso mi amigo, echaron pié á

(1) Lo mismo que remolinar.

tierra, y alojando sus sillas, que menearon ó compusieron en el caballo, en seguida las apretaron con todas sus fuerzas, hasta el último punto del látigo, y montados comenzaron á correr todos y á un tiempo tras de un toro: yo nada percibía de lo que pasaba, bien que mis circunstancias eran de las mas apuradas, y temblaba como azogado, pues como yo no habia de colear, me hicieron el presente todos esos señoritos; interin durase la diversion, de que les tuviese á algunos sus espadas y jorujos: mi caballo con todas estas cosas se alborotaba ó espantaba, y yo me hallaba tan embarazado que ni me podia apcar, y renegaba de la hora y dia en que por condescendiente habia concurrido á tan maldita diversion. Uno de los vaqueros que llegó á donde yo estaba, compadecido de mi triste posicion, me dijo que le diera las espadas y jorujos y que me apease: así lo hice no sin grave ruido, y ya entré en la mayor tranquilidad. Despues entablamos conversacion, y entre otras cosas me dijo con candor.

—Ya ve amo á todos estos señores, pues uno que otro sabe, cuando mas, andar á caballo.

—Pero hombre, no ve V. que cargan sus roatas y que sus manos y las cabezas de sus sillas estan rozadas.

—Oh! y eso qué importa, si traen reata en las tijentes, es porque hasta los cajeros de la tienda de D. Roque, el de la plaza las cargan para que aparezcan campiranos, y si las cabezas de sus sillas están rozadas, es porque unos á los otros las rozan, ó porque lizan un árbol ó una rama, enredan, jalan, y...

—Vaya, vaya, que V. me hace conocer mas lo que son estos jóvenes.

—Ahora verá como no lizan á un toro, ni colean, sino que *vamos* los corren; aunque alguno de esos niños no deja de *incorarlo*: eso sí, que cuacos tienen algunos, amo; pero que lastima, si viera como los vuelven luego *espigueros*, es-

trelletos, boquinuelles y relajos ó ariscos. Mira, de este *ferro* son los mejores caballos en que me he *baloneado*, y con un palito pintaba una marca ó *ferro* en su mano, que en seguida me enseñó.

Cuando esto decía, llegaron dos de los caballeros, y con reatas en mano, corrieron en pos de un novillo para lizarlo: le fió uno la reata al animal, y lanzó en vez de aquel á un bucerrio de ordeña, al que arrastrándolo ya lo ahogaba. Entonces escudmó el vaquero con voz ronca y que parecía de trueno.

—Eso no, caramba! déjelo, suelte el becerro, y se fué hácia ellos. No se qué otras cosas les diría, que el compañero del que habia lazado al animal, y otro que llegaba, vinieron por sus espadas, y se dirigieron sin hacerme aprecio á donde el haquero estaba. Este, alzó unas piedras otros dos fueron en seguida á unir-se á caballo con sus reatas en mano, y en medio de mil voces, no á la verdad las mas propias, dulces y castizas, vi que se preparaba la mas terrible campaña entre vaqueros y coleadores.

Como pude monté á caballo, lleno de terror pánico y resuelto á no ver mas coleadores, ni *manejadores* y puse piés en polvorosa. Al pasar por la puerta del potrero, las mugeres de los vaqueros me quisieron cortar la retirada; pero mi caballo, cuya hambre le hacia desear su establo, reconoció el camino y se abrió paso con migo, sin temor alguno por enmedio de de aquellas mugeres: llegué sin aliento á casa, y cuando me apeé del caballo, senti un fuerte dolor en las costillas: la causa era nada menos que un guijarro, que en el acto en que lo recibí no lo noté por el susto. Qué sucedió en el potrero? Esto lo ignoro, pero si desacas saberlo, lector mio, pregúntalo á otro, porque yo no quiero ver mas á mi amigo, con quien estoy resuelto á quebrar por el chasco que me pegó.

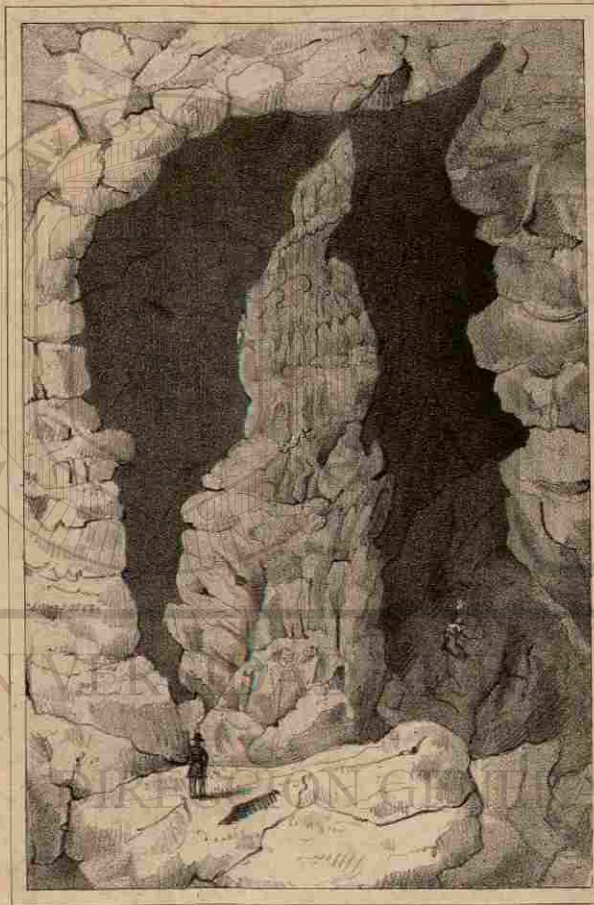
MUEBLEDUEDITO Y COMPAÑIA.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GRUTA DE CACAHUAMILPA.
Estalactita de 10 pies

GRUTA DE CACAHUAMILPA.

En el número 7 del Museo he visto una descripción de la Gruta de Cacahuamilpa remitida de Victoria de Tamulipas por M. C.

Como ella haya sido tomada de la que publicó en el Calendario de D. Mariano Galvan, impreso en Paris para las señoritas mexicanas en 1838, y como se encuentren en la del Museo párrafos enteros literalmente copiados de la mía, sin distinción en las palabras que tubo á bien agregarle su autor, me veo en la triste necesidad de rectificar un error á que podian inducir algunas espressiones del Sr. M. C. y del que acaso podria creerse haber sido yo la causa.

En la descripción del Sr. M. C. página 146 del Museo, columna segunda dice: "Podrán contemplarse sin un justo reconocimiento estas maravillas de la creación que ha formado el Todo Poderoso con solo su poder infinito? ¿Cuántos años se habrían necesitado para construir este subterráneo! Cuanta gente.....! Hoy día se ven estas construcciones colosales formadas por la mano de los hombres, tales, como las pirámides de Egipto, el laberinto, lago Moëris, los subterráneos de Gema de Vielatzk, las catacumbas de Paris de las montañas de la Libia de Alejandria, de Tenerife en Canarias, entre Arico y Gulner y en las cercanías de la antigua Tebas; donde se abrieron vastos subterráneos para depositar en su seno las Momias que nos han conservado los Egipcios y Guanches ha mas de treinta siglos. Mas aqui no solo se admira el colosal tamaño de la caverna de Cacahuamilpa, sino las diversas formas que remedan casi al natural desde el menor objeto del reino animal y vegetal hasta el último que ha inventado la industria para el lujo y el engrandecimiento etc."

De estas indicaciones podria inferir el que no haya visto la cueva de Cacahuamilpa ó el que solo lea la descripción del Sr. M. C. publicada en el Museo, que la construcción de la Gruta de Cacahuamilpa se debe al trabajo de los hombres ya que no en el todo al menos en alguna parte, mucho mas si se reflexiona que al referir el descubrimiento, hecho por los Señores Baron Gros y René de Padreaville, de un esqueleto en dicha gruta, exclama. "Pero

¿quién era este ser aislado de la fortuna? ¿Acaso fué posterior al fin del imperio de los Mexicanos? ¿Quedaría envuelto en este laberinto por descarrío de alguna caravana de este mundo subterráneo?" Ya antes habia dicho en el segundo párrafo hablando de la Gruta. "¿Qué tiempo ha no le visitaba la presencia de ánimo del hombre? Acaso seria por la de los toltecas ó de los mexicanos que solo apreciaban estas investigaciones por su avanzada civilización?"

Es, pues, necesario rectificar este hecho y poner en claro que nada hay en Cacahuamilpa que presente el menor vestigio, ni rastro alguno de la mano del hombre; que todo absolutamente es obra de la naturaleza, y que aun el descubrimiento de esta de sus maravillas ha sido debida á una casualidad de un prófugo que en una de nuestras convulsiones políticas, buscando un escondite, para sustraerse á la vista de sus perseguidores, notó la entrada de la cueva donde se refugió. Despues de algun tiempo, comunicó al padre Valdovinos las bellezas del palacio improvisado que le habia servido de albergue. Este eclesiástico respetable fué el primero que dió la noticia de semejante hallazgo, y la curiosidad ocasionó la visita del Baron Gros del de Pedreaville, despues, de la comision mandada por el gobierno, y finalmente de otras varias expediciones que se han hecho posteriormente, para admirar mas bien que para reconocer é inspeccionar un fenómeno tan singular y sorprendente. Además, una construcción subterránea tan enorme sobrepaja las fuerzas humanas, pues aunque el Sr. M. C. cree que la extension de la cueva es de una legua, podia haber advertido que esta distancia fué la que se visitó; pero no que se haya conocido su término, pues eran necesarios otros preparativos y recursos para su medida y completa observacion.

Ahora bien, si el Sr. M. C. ó cualquiera otro ha podido creer que los hombres hubieran tenido alguna parte en la construcción de la Gruta, acaso puedo yo haber dado margen á esa creencia en la descripción inserta en el Calendario de las señoritas de 1838, por ha-

ber dicho ser creible que en una época mas remota hubiese servido esta caverna al culto de los antiguos mexicanos, fundado en la existencia de las ruinas de un altar que se conserva en una montaña cercana y de una pirámide truncada con todas las apariencias de un Teocalli, tal vez consagrado al espíritu de la caverna; me he creído obligado por lo mismo á desvanecer la idea que de esta indicacion pudiera formarse en cuanto á la construcción de dicha gruta, pues entre que pudiera haber servido á su culto, y que hubiera sido construida con este objeto ó con el de servir de catacumba para sus cadáveres, hay una diferencia enorme.

Ademas, el esqueleto encontrado en su interior no podía ser de una época tan remota, como lo de los antiguos mexicanos, porque la vasija ó cántaro que estaba á su lado era ciertamente de barro y de construcción moderna, habiendo tenido oportunidad de compararlo en union de Mr. de Pedreaville, con los que se conservan en el Museo, sacados de excavaciones de sepulcros anteriores á la conquista. La clase del barro aun puede examinarse, pues uno de sus restos se encuentra en el Museo del Sr. D. Mariano Sánchez Mora ex-coode del Peñasco.

De paso debo advertir que la cristalización que se advertía en el cráneo, así como las otras de que habló en la descripción, no son verdaderas cristalizaciones, sino incrustaciones formadas por la congelación de las aguas, pero que en la atmosfera de la cueva y al resplandor de las luces, apenas se distinguen de una verdadera cristalización. Por otra parte, como mi objeto no era dar una descripción formal y científica de Cacahuamilpa, sino hacer un extracto ligero de la que tenía hecha, y cuya impresión no podía sufragar por el excesivo costo de las impresiones en México, especialmente cuando exigen, como esta, planos y vistas en abundancia: un Calendario para las señorías exigía mas poesía descriptiva que investigaciones geológicas.

Ojalá que los buenos deseos del Sr. M. C. para que Cacahuamilpa sea conocida con mas popularidad se vean cumplidos y ojalá que lo fuesen tambien los del Sr. D. Andrés del Río el primer geólogo de México, que asegura con la prevision de sus grandes conocimientos que algunas excavaciones hechas en esa admirable Gruta, proporcionarían á la ciencia á muy corta profundidad descubrimientos de fosiles interesantes y curiosos (1).

(1) Tal vez los Sres. Varela y Río de la Loza que

Entre tanto Sres. EE., tengan Vdes. la bondad de insertar estas reflexiones en su ameno *Lucero* y publicar tambien si gustan la descripción de Cacahuamilpa que le es adjunto, publicada en 1838, ya que mis nuevas tareas no me permiten el tiempo necesario para contribuir de otro modo á la instruccion y utilidad pública, objeto siempre de mi mas constante anhelo.

ISIDRO R. GONZALEZ.

DESCRIPCION.

Si es difícil pintar las obras maestras del arte, y describir las varias impresiones que causan en nuestra alma, lo es mucho mas sin duda, hacer partícipes á otros de las que producen en ella las sorprendentes obras de la naturaleza. El arte tiene sus reglas y sus límites; se encuentran siempre términos de comparacion para evaluar el mérito de los artefactos, aunque sea mas difícil, á medida que las proporciones se aumentan; pero no sucede así en las bellezas naturales; y desde el mas elevado sabino de Chapultepec hasta la orgullosa cima del Popocatepetl, hay una diferencia en altura y una desproporcion tan estrañá, que la imaginacion mas viva apenas puede valorizarla. De aquí procede la dificultad que hay de pintar lo sublime en las producciones de la naturaleza. Timida la pluma, no se atreve á expresar todo lo que la licencia permitida en un poema. He aquí la marcha que hemos adoptado en la sencilla relacion de la prodigiosa caverna de Cacahuamilpa, que no debe tener otro interés que el de las narraciones en que compiten la mas severa fidelidad con la mas rigurosa exactitud.

Olivada, si no desconocida, hasta abril de 1835 esta cueva extraordinaria, habia sido inaccesible á otras personas que al los indigenas de sus cercanías, á quienes retiraba de ella la supersticiosa persuasion de ser la morada de un espíritu maligno bajo la figura de un chivo. Es de creer que en una época mas remota haya servido esta caverna al culto de los antiguos mexicanos; y las ruinas de un edificio á manera de altar que se conservan en la cima de una

actualmente la visitan, podrán darnos ideas mas exactas y grandiosas: otra vez remitiré á Vdes. la traducción de lo que ha escrito últimamente sobre Cacahuamilpa Mr. Poyport.

montaña al frente de su entrada, favorecen esta opinion. Aun se distingue una pirámide truncada con todas las apariencias de un *Teocalli*, acaso consagrado al espíritu que habitaba el interior de las montañas; y su construcción no parecerá estraña á la cueva, si se reflexiona que el culto de los lugares subterráneos era muy antiguo en los habitantes del país, puesto que la historia de los Tultecas coloca su origen en un lugar llamado las siete cuevas.

Al Sur de la capital de México en el departamento de este nombre, se halla el distrito de Tasco, cuya municipalidad compuesta de diez y siete mil almas, comprende diez y siete poblaciones, una de las cuales es el pequeño pueblo de Cacahuamilpa, celebre ya á causa de su magnífica gruta. En sus inmediaciones se eleva una cadena de montañas, cuya base á la altura de 2400 varas sobre el nivel del mar, disfruta su temperatura media entre 20 y 21 grados del termómetro centígrado, y cuyas formaciones son de rocas con criaderos metálicos en algunas partes: la primera y mas antigua es de vieja gris, y la segunda caliza de transición sobrepuesta á la vacía. Su suelo es muy desigual, pedregoso y estéril; pero este triste cuadro se vivifica un poco por un arroyuelo, cuyas márgenes sombrean algunos árboles; aunque muy pronto, precipitándose de cascada en cascada, se despeña en un inmenso abismo, y sus aguas de blanca espuma toman poco á poco una corriente ménos balbucida é inquieta al pie de la montaña, introduciéndose por una pequeña llanura en medio de dos muros de rocas, cuyos respaldos presentan una vegetacion vigorosa, formando variedades que contrastan admirablemente con la aridez de las cumbres. El fresco vapor que se eleva del fondo de las aguas en un clima tan cálido, parece que fucunda hasta las piedras, del seno de las cuales se desprende un arbusto ó un nopal suavemente enervado hácia la caja de agua, que forma el arroyo desde sus mas elevados diques naturales. La altura de estos va disminuyendo á proporcion que las márgenes son mas altas, permitiendo bien pronto el paso al lado opuesto, aunque no sin algun riesgo. Muy luego se percibe desde un punto elevado una grande oscuridad en la parte mas baja de la montaña, cuyas enormes dimensiones se aumentan extraordinariamente á medida de su cercanía.

La altura de la boca de la caverna no baja de 25 varas sobre 50 de ancho: enormes rocas forman el arco de esta soberbia portada, colocadas naturalmente del modo que la arquitectura mas adelantada dispone el ajuste de las pie-

dras para formar un centro; es decir, que cambian respectivamente de posiciones desde la horizontal hasta la vertical. Al uno y otro lado de esta vasta abertura parece que la naturaleza dispuso con capas paralelas á aquella inmensa bóveda, las curvas mas regulares que podrían imaginarse para sostener la ponderosa masa de la montaña que gravita sobre ellas; pero la ansiosa curiosidad de penetrar á lo interior de este palacio de la naturaleza, no permite á la verdad detenerse mas tiempo en la portada.

Una pendiente rápida aunque suave, aleja de la montaña al viajero impaciente hasta una profundidad de mas de 20 varas, no obstante de estar sembrada de grandes trozos de roca, de estalacmitas informes y de otros impedimentos que deberían detener sus pasos; y casi instantáneamente se ve rodeado de las oscuras sombras de la noche, que en vano quiere desvanecer la débil luz de las lachas. Las brujías enconadas con anticipacion luchan inútilmente por remedar la claridad del día que ha desaparecido de un golpe, y que involuntariamente se busca volviendo el rostro á la entrada de la gruta, la que apenas se percibe por un destello tal como el que aparece al través de una montaña á los primeros rayos de la aurora. Lastimada la vista con tan repentina mutacion, hace vacilar al mas atrevido y resuelto: sin embargo, avanza, cierra los ojos por un momento, como para olvidar las impresiones de la claridad del sol, y habituarse á la que débilmente esparcen las luces artificiales; y al abrirlos, como en premio de su resolucion, disfruta el sorprendente placer de una espaciosa vista, que se alarga, como por encanto, en un grandioso salon, cuyas proporciones no puede conocer de pronto; pero que medido despues, encuentra ser un óvalo casi regular de mas de 60 varas de largo, 34 de ancho, y cerca de otras tantas de altura.

La admiracion se aumenta por grados cuando fatigada la vista de la inmensidad en que se pierde, se fija á analizar multitud de objetos que á porfia parecen la reclaman de preferencia. Si se elevan los ojos hácia la bóveda, quedan deslumbrados con una ininidad de brillantes cristalizaciones, estalacmitas (1) que des-

(1) La estalacmita es la concrecion producida por el agregado de las moléculas calcáreas, (carbonato de cal) que se forman en los subterráneos por medio de la filtracion de gotas de agua, y que no teniendo bastante peso para desmenuarse, han quedado enpegadas del techo ó de las paredes, en forma de conos invertidos, de cascadas

cienden en ondulosos cortinajes, haciendo un bello contraste con la fría sombra de las rocas. Al observar el pavimento, se presentan en un gracioso desorden blancas estalactitas de diversas alturas y modificaciones que campanean sobre un fondo oscuro: resultado de la prolongación del subterráneo y de sus extrañas formas una fuente perenne de ilusiones que apenas se desvanecen al acercarse á las unas, cuando se forman otras y otras á cada paso por su semejanza con objetos que identifica la imaginación, que varían las diversas sombras y que se modifican por la mayor ó menor iluminación de las luces ambulantes.

En medio del silencio y de la oscuridad de aquel lugar magestuoso, esta especie de ilusiones adquiere tal poder mágico, que necesita el viajero revestirse de toda su reflexión para no creer que tiene delante de sus ojos, aquí una fantasma envuelta en una sábana de alabastro; allí dos fúnebres cipreses, haciendo sombra á una elevada tumba que comienza á desmoronar el tiempo: acá el pión de una fuente dejando correr blandamente sus cristalinas aguas; allí una esbelta columna que se lanza aislada, perdiéndose su capitel en la oscuridad de la bóveda; de un lado, un alto palmero inclinando sus elevados ramos al peso de los copos de blanquísima nieve; y por último, mil figuras de colosal magnitud, que hacen temblar á las gentes vulgares, trayendo á su memoria los cuentos de la niñez ó las supersticiones de su descuidada educación. Los prestigios de estas valientes apariciones, no se desvanecen con el tiempo, y al volver á observar después de algunas horas las mismas estalactitas, sin equivocarse se repiten de nuevo casi las mismas semejanzas. Tres de estas concreciones llaman de preferencia la atención por hallarse más despejadas luminosas sus inmediaciones, cuando el sol está enfrente de la entrada de la gruta. Las primeras son dos columnas, una de más de seis varas de altura, y otra de cerca de nueve, cuya estronidad superior se pierde en las paredes de la caverna: no obstante, estas grandes dimensiones, vistas desde ciertos puntos, solo parecen unos pequeños postes si se comparan con el todo que las rodea: y la tercera mas inmediata á la entrada,

ó de despeñadero. La estalactita se distingue de la estalactita, en que cayendo hasta el suelo las gotas de agua, van elevándose bajo diversas formas, según la dirección que tuvieron al caer, la disposición del suelo en que descomponen, y la clase de objetos á quienes cubren, pero frecuentemente á manera de colillar.

de vara y tercia de alto, es la que por su semejanza ha hecho que los indígenas de las cercanías la llamen *el Chico encanado que depende la entrada de la cueva*; circunstancia que ha contribuido bastante para que permaneciese ignorada por tanto tiempo esta grandiosa obra de la naturaleza, á cuya contemplación y examen se habian opuesto temores pánicos tan ridiculos como supersticiosos.

Otros mas reales y positivos arredran á los preocupados y animosos al advertir que se encuentran bajo una bóveda de tan grande elevación, formada por masas de rocas inmensas que parece van á desprenderse, á causa de las enormes grietas que se divisan entre unas y otras. El pavoroso silencio, solo interrumpido por el incesante golpeo de las gotas de agua, que continúan elaborando las estalactitas, y que comienzan á formar otras nuevas, algunas veces se turba con la estrepitosa caída de algun pedrascó que hace resonar todas las bóvedas, puesto que aun el mas pequeño ruido produce un eco prolongado, fuerte y hígubre; el suelo húmedo y resbaladizo en unas partes al borde de enormes despeñaderos, y cubierto en otras de escombros amontonados, ya de gruesas rocas, ya de pequeños cascajos desprendidos de lo alto, y que no dejan de caer en algunas ocasiones, hacen contener los pasos del viajero, tal vez arrepentido de su temeraria curiosidad, al considerar que si el espectáculo maravilloso que tiene á la vista es digno de su entusiasmo y admiración, no deja de inspirar al mismo tiempo el recelo y el pavor mas bien fundados.

Sin embargo, la curiosidad se sobrepone, y ningún observador queda contento con solo la investigación de esta sala, que no es sino el vestibulo de las grandiosas galerías de la caverna, y desde luego se lanza en la dirección norte 71 grados, ó por un magestuoso pasadizo á un espacio que parece no tiene límites, y cuya oscuridad apenas cede á la claridad de las hachas. Tan pronto como la vista se familiariza, comienzan á disminuirse los objetos y á aumentarse la admiración por una reunión de singularidades, en que la naturaleza prodiga ha hecho ostentación de sus mas raras bellezas. Casi desde la entrada á este salon se encuentra á la derecha una escarpa con gradas ó escalones, muy semejantes á los de una cascada artificial, en la que el espato calizo parece una agua congelada, de color amarillento, y brillante sobre una tierra cristalina: mas lejos se presentan erpiditas estalactitas en forma de troncos de árboles, entre las que descuella una

de cerca de ocho varas de altura cubierta al parecer de hojas de acanto.

El agua filtrada por los intersticios de las piedras calcáreas, y llegando á las aberturas de las rocas deja asomar alguna gota, cuya humedad, prontamente evaporada por el aire, forma como una cuenta de vidrio: á una gota sucede otra, la que congelada del mismo modo, añade una capa á la anterior, y creciendo progresivamente, presenta las figuras mas caprichosas. En los lados forma los conos mas ó menos regulares; bajando por el techo perpendicularmente, imita con la mejor perfección las gotas de agua destiladas que se ven caer de las canales en una nevada, con la única diferencia de que no teniendo aquellas mas consistencia que la del hielo, las estalactitas por la solución de las partes calcáreas aparecen petrificadas: cuando la solución de cal es muy débil por la mucha cantidad de agua, no pudiéndose congelar de pronto, cae al suelo de la gruta, donde endurecida, forma las estalactitas bastante parecidas á las coliflores sin mayor brillo, y formadas de muchos perones, que conservado hasta cierto punto la figura de la gota, están redondeadas exteriormente, algunas veces desiguales, pero siempre compuestas en su interior de agujas cristalizadas. En las unas se nota un grano mas ó menos fino, mas ó menos compacto: las otras imitan lucientes grupos de cristales informes; ya son algo transparentes, ya demasiado opacas; el color en aquellas es mas blanco que la nieve, mientras que en estas toma el amarillo de ocre. A veces, siguiendo este admirable procedimiento la constante naturaleza en la elaboración de las estalactitas que cuelgan de la bóveda, las estalactitas que se elevan del suelo llegan á juntarse con aquellas, formando columnas naturales que, al parecer, sostienen el techo de la caverna. En fin, una masa piramidal de 30 varas de base se avanza magestuosamente hacia la altura, disminuyendo paulatinamente sus enormes dimensiones, hasta perderse de vista en el inmenso espacio de la bóveda, solo comparable con la del mismo cielo. Gran cantidad de muchas otras tan diversas en formas como en tamaño, se estienden gradualmente hacia la derecha hasta el punto en que termina este salon, cuyo longitud es de cerca de 120 varas.

Un arco magestuoso, aunque muy irregular, convida á la entrada de otra galería, en la que llaman desde luego la atención dos robustas estalactitas desprendidas de lo alto, y que recuerdan con terror el riesgo que amenaza á los que caminan bajo de aquella bóveda, desde cuya

inmensa altura se han precipitado esos enormes conos de cuatro varas de altura y de mas de dos tercias de diámetro. Por lo demas, las estalactitas en este lugar conservan casi toda la forma de pirámide con cortas irregularidades. Al un extremo, la apariencia mas completa presenta á los ojos la congelación de un torrente de agua, en el que se divisan algunos trozos flotantes en el líquido, como se observa en las fuentes de los países del Norte á la salida del sol en el invierno. Si por acaso se ocultan las luces entre el espectador y alguna de las estalactitas transparentes, la vista de un alabastro, difuso en unas partes y que centellea en otras, produce una semejanza prodigiosa con la luz descompuesta por el prisma ó con la reverberación del diamante. Las ilusiones fantásticas no solo continúan, sino que se multiplican al examinar con cuidado los muros laterales. Una mónica, cubierta de un sudario blanco, y cuyos periles y contornos marcan exactamente sus descarnadas formas, se halla colocada no lejos de la figura de un anciano con larga y blanquísima barba, que sostiene en sus brazos un niño muy pequeño, y cuyo trapo remeda á la perfección al de nuestros antiguos patriarcas tallados en piedra. Esta sala tendrá de 28 á 30 varas de largo, y termina por una especie de anfiteatro sostenido sobre una pirámide truncada de 13 varas de base sobre 32 de altura. Esta es seguramente una de las mas vastas creaciones que podrán encontrarse en su género en el seno de la tierra, y su descripción sola podría ser el objeto de un largo período.

Al entrar en otra galería, excitán vivamente la admiración las luces que reflectan en las brillantes fases de las estalactitas mas elevadas, figurando aquellos fuegos fatigos que á veces deslumbran á los viajeros en medio de una oscuridad tempestuosa. La altura, en efecto, de este salon es tal, que es necesario á veces reflexionar, para no creerse bajo el celeste espacio en una noche sombría, y solo por medio de los cobetes de Bengala puede llegar á conocerse. A la estremidad de la sala se observa una larga serie de sobrios obeliscos, cuyas proporciones siempre en aumento, varían casi á lo infinito. Aunque á primera vista esta galería aparenta mayor estension que la de la anterior, un minucioso examen hace desear que las proporciones ideales se encuentren mucho menores. En efecto, una longitud de 108 varas sobre una anchura de 53, son las dimensiones á que verdaderamente se estiende, y la ilusión que la hace aparecer mas grande es un

efecto de óptica, que resulta de la disposición de sus masas y de la extraordinaria elevación de su bóveda, que, por un cálculo moderado, no puede bajar de 70 varas.

Al salir de esta sala, se encuentra muy luego otra dirigiéndose al norte á 167 grados E, en la que las rocas y estalacitas que ruedan por el suelo son todavía mas considerables y en mucho mayor número, advirtiéndose insensiblemente el viajero como si caminase por una nueva region. La galería disminuye poco á poco en su longitud, é intempestivamente se observa una especie de cornisa elevada gradualmente á lo largo de la pared, y desde cuya altura se divisa una extensión casi circular de cerca de 60 varas de diámetro. Columnas que rematan el órden dórico, sostienen magistrosamente el medio arco que forma la cúpula que nace del centro, y otras muchas de tan diversa configuración como altura rodean y sirven de estribos á esta especie de corredor, produciendo la más grata sorpresa, tanto por la variedad de sus variadas posiciones, como por la simétrica colocación que observan entre sí. Casi todo aquel aparato se mira revestido con el esplendor y el brillo del espató y del cristal de roca; mas en medio de una vista tan sorprendente, la cornisa termina por un corte irregular, que, deteniendo el paso, hace cesar de un golpe el encanto todo y la ilusión de unos objetos tan admirables, dejando solo percibir con horror los enormes precipicios de un insondable abismo. A pesar de la intrepidez y del valor del viajero, tan bien probado hasta aquel punto, un instinto natural lo hace retroceder mas que de prisa hasta el declive por donde había subido á lo alto del corredor: sin embargo, muy pronto un resto de curiosidad, y aun cierta especie de amor propio, lo excitan temerariamente de nuevo á emprender el examen de aquel tan magnífico como arriesgado espectáculo. Vuelve á tomar la misma dirección, aunque por el piso bajo de donde se despende la grandiosa columnata sobre la que descansa la cornisa, y su imaginación ansiosa admira de nuevo la altura inmensa de aquel corredor volado, cuyo término le había causado arriba tan fundados temores. Aquellos precipicios por donde hace un momento vagaba espuesto á los peligros, y aun la misma descomposición de aquella especie de repisa cortada, presentan un cuadro á la vez alarmante, extraño y magistoso. El absorbe de modo su atención, que no le deja percibir á lo lejos una montaña de alabastro, que de improvizo se presentaba á impedirle el paso en el camino que

llevaba. Su falda se compone de tierra arenisca y extraordinariamente húmeda; pero á pesar de la debilidad del piso sube por ella; y aunque algunas veces el peso de su cuerpo lo hace hundirse y retroceder, auxiliado de las luces, logra ver la cima, que, coronada de configuraciones de arboles de piedra, cuyas ramas extienden su blancura, saliendo del seno de las sombras, contiene en su centro un pozo profundísimo que rebosa de una agua cristalina. Desde allí nota que el diámetro de la montaña á cuya altura se ha elevado, no bajará de 84 varas. El terror se aumenta al advertir la dolzable del terreno y la dificultad de encontrar un camino mas practicable para el descenso. Cansada su imaginación, comienza á disminuirse la sorpresa y á dar lugar á las tristes y serias meditaciones que hace nacer en el alma la grandiosa idea de unos espectáculos tan nuevos en su género, tan extraños por sus circunstancias, y se ve obligado á retroceder circunadado con el enorme peso de unos objetos y de unas reflexiones á que se halla tan poco acostumbrado. Ultimamente, se abandona, por decirlo así, exasperado de no poder continuar metódicamente el análisis de una exploración que excede tanto la idea que de ella se había formado en un principio, arroja los instrumentos que le habían servido para tomar sus medidas, y un cierto deseo de volver á respirar el aire libre, apaga su entusiasmo, disminuye su curiosidad, enerva su admiración, y debilita sus fuerzas.

Desde este punto el viajero se precipita casi sin pensar por todas las entradas y salidas que pueden proporcionarle en medio de aquel vasto laberinto un camino seguro ó al menos transitable, no ya para hacer nuevas investigaciones, sino á lo sumo para rectificar las anteriores; pero el exceso de los vapores húmedos que continuamente se exhalan de todas partes, y el cansancio del viaje hace que muchas veces no solo pierda de vista la bóveda que lo cubre y las paredes que lo circundan, sino aun las mismas luces artificiales que lo iluminan y los diversos seres que tiene en derredor.

En cada salón ó galería encuentra innumerables huecos y aberturas mas ó menos practicables, á proporción de la mayor ó menor regularidad de los grupos que las circundan. Mientras en unas partes el piso es de tierra bien unida ó desigual y sembrada de pequeños agujeros cónicos, en otras solo pisa la roca descarnada, ó materias calcáreas, ó finalmente, estalacitas ya en formación ó ya descompues-

tas en infinita cantidad de pequeñas esferas que parecen conules. La estructura, el color y la brillantez de las estalacitas varia infinitamente á su vista en razon de la clase de roca disuelta que ha dado origen á su formación, y en algunas de ellas vibra al tocarlas un sonido fuerte y prolongado, muy semejante al de una sonora campana, que produce tan nueva, como extraña sorpresa.

Cerca de una legua distante de la entrada es casi ya imposible continuar caminando, en razon de la prodigiosa cantidad de rocas de todas dimensiones esparcidas por el suelo: el aspecto de la gruta varia completamente, y se hacen sentir con mayor fuerza las mas violentas emociones del temor que inspira la idea del peligro con que amenazan aquellos grandes escombros recientemente desprendidos de la bóveda, y que se oyen caer con horrisono estruendo alguna que otra vez.

En uno de los últimos salones se encontró en la segunda exploración un esqueleto humano recostado sobre el lado izquierdo, y cuyo fúnebre aspecto presentaba la triste idea de haber perdido la vida acaso por inanición: sus descarnados huesos, aunque perfectamente armados, se desmoronaron solo al tocarlos: el cráneo por el lado en que se hallaba inmediato al suelo, se veía cubierto de una brillante cristalización; fenómeno que se observó tambien en los restos de una vasija de barro encontrada en uno de los primeros salones. Alguno de ellos se conserva en uno de los mejores gabinetes de historia natural de México.

Los murciélagos son los únicos seres vivientes que se sabia habitasen esta admirable gruta en la parte mas cercana á su entrada; pero los exploradores que la examinaron última-

mente oyeron el terrible silbido de la víbora de cascabel, y en la primera noche que durmieron en el cuevo, después de tres fuertes rugidos que el eco de las bóvedas repelia y aumentaba con pavor, se les presentó un temible leopardo, que deteniéndose magistrosamente á la vista de la luz que tenían delante, después de haberlos examinado con ceño y atención, se volvió lentamente á la parte por donde había salido. Seria inútil bosquejar la sorpresa y el terror pánico que inundó aquel nuevo huésped en los viajeros, quienes á pesar de encontrarse con armas de fuego, no podían usar de ellas, puesto que cualquiera detonación de la pólvora en aquellos lugares podría hacer desprender alguna roca de la bóveda, riesgo mucho mas inminente que las visitas del habitante de la gruta, quien aunque volvió otras dos veces, siempre se mantuvo á una distancia bastante para no causar mayor alarma.

Tal es en breve la descripción sencilla de la celdera cueva de Cacahuamilpa, cuyo tamaño no está averiguado todavía, así como tampoco si tiene otra comunicación á mas de la entrada que se ha descrito. Esta fiel narración debida á las notas verbales del Sr. Baron Groz, secretario de la Legación francesa en México, y del Sr. D. Manuel Velázquez de la Cadena, y del Sr. D. Manuel Velázquez de la Cadena, y del Sr. D. Manuel Velázquez de la Cadena, así como de los apuntes del Baron René de Dreauville, de D. Ignacio Serrano, dibujante de la expedición exploradora, dará una ligera idea de esta maravillosa gruta, mucho mas digna de admiración que la de S. Patricio en Irlanda, la del Perro en Nápoles, la de Darvi en Inglaterra, la de Beanie en Brunswick, la del Guácaro en Venezuela y que las de Antiparos, de Trofonio y de Fingal.



DAGUERROTIPO.

Los adelantos que han elevado á las ciencias físicas, exactas y naturales, al grado de perfección en que hoy se encuentran, han sido rápidos y sorprendentes en estos últimos años, en que el amor al estudio, la afición á observar atentamente las producciones sublimes de la naturaleza y el espíritu de mejora, que todo lo invade y todo lo escudrina, se han propagado por el mundo entero de una manera extraordinaria. A cada paso nos sorprenden invenciones nuevas, que colocan á sus autores en el catálogo de los hombres ilustres, ensanchando la órbita de los conocimientos útiles; y todos los días admiramos entusiasmados nuevos descubrimientos, frutos preciosos de la observación y la paciencia que allanzan mas y mas el vasto dominio de las ciencias, engrandecen las artes y son considerados como los monumentos mas nobles, mas gloriosos y mas duraderos que pueden levantarse al génio; ó mejor dicho, que el génio mismo se levanta, para inmortalizar sus inmensas concepciones. Muchas pruebas, pruebas de todos los días podría citar en confirmación de estas verdades; pero hoy me limitaré á una sola, al interesante descubrimiento del célebre Daguerre, hecho en 1839, despues de quince años de trabajos, para fijar las bellisimas imágenes que se presentan en la cámara oscura.

La forma de este aparato es muy variada; pero comunmente se reduce á una caja de madera de base rectangular, herméticamente cerrada por sus seis costados, en uno de los cuales lleva un tubo móvil con una lente convexo-concava. La imagen de todos los objetos que abraza el disco de la lente pasa al través de ella, y va á pintarse disminuida al lado opuesto de la caja. Cuando se quiere hacer un dibujo por medio de este aparato, se coloca un espejo plano dentro de la caja inclinado 45 grados sobre el fondo, y en la parte superior un papel estirado. La imagen de los objetos que se quiere dibujar pasa al través de la lente, como en el caso anterior, y se pinta en el espejo inclinado, de donde es reflejada al papel, sobre el cual puede calcarse; pero para esto se necesita mucha paciencia, mucho cuidado, y mu-

cho tiempo, y aun así nunca se obtienen los dibujos tan precisos como se quisiera.

Estas razones, y el deseo que se tenia de conservar, ó hacer duraderas las imágenes de la cámara oscura, indujeron á varios sabios á trabajar por descubrir ó formar una sustancia capaz de recibir y hacer indelebles las impresiones de la luz. Nunca se desespereó de obtener el resultado que se pretendía, porque ya se habia observado la influencia que ejerce este fluido sobre muchos cuerpos, disminuyendo ó variando poco á poco su color, como sucede con toda clase de hienos, ya sean de seda, lana ó algodón; y por lo mismo se trabajó para conseguirlo durante muchos años. En la serie de estos trabajos se hicieron descubrimientos llenos de interés, que se acercaban bastante á lo que se deseaba y que siempre honrarán á sus autores; pero el que obtuvo un éxito mas brillante, el que correspondió á todas las esperanzas y satisfizo todos los deseos, venciendo todas las dificultades con su constancia y su paciencia, fué Daguerre, como ya indicé.

Para sacar dibujos por medio de la cámara oscura, practicando el método de este hombre ilustre, se ejecuta, segun uno de los físicos mas acreditados de nuestros dias, lo siguiente:

„Se toma una lámina de cobre plateada, cuya superficie se procurará que sea de plata pura sin liga alguna de cobre, para lo cual se le pulie, por medio de una mampulilla de algodón carilado, con polvo de tripoli humedecido en agua que contenga un catóxico de su peso de ácido nítrico. Por esta operación queda la lámina limpia, y el ácido nítrico disuelve el cobre que pudiera estar mezclado á la plata de la superficie.

„Preparada la lámina de este modo, se le afianza en un marco de madera y se le espone á recibir los vapores del yodo, colocándola en una caja, cuyo fondo contenga algunos fragmentos de esta sustancia, que se evapora al aire libre, y forma sobre la superficie de la lámina una capa de yoduro de plata, que poco á poco va tomando color hasta ponerse amarilla de oro, á cuyo tiempo es indispensable retirarla y ponerla en la obscuridad, hasta que la cá-

mara esté dispuesta para recibirla. La capa de yoduro de plata, que se adhiere fuertemente á la lámina, es estremamente sensible á la radiación química, y la luz difusa la transforma rápidamente en sub-yoduro de plata, que es, por el contrario, muy fácil de desprender.

„La imagen de los objetos que se quieren dibujar, se recibe, antes de poner la lámina, sobre un vidrio sin pulir, en el que va á pintarse con mas ó ménos confusión, segun la distancia á que se halla la lente, de suerte que será necesario, acercarla ó retirarla, por medio del tubo móvil en que se encuentra colocada, hasta que la imagen se produzca sobre el vidrio de la manera mas clara posible; despues de lo cual se substituye, en lugar de éste, la lámina ya preparada, que debe permanecer en la cámara cierto tiempo, dependiente de la intensidad de la luz, de la hora del día y de la época del año en que se practica la operación. Inmediatamente que se retira la lámina del aparato, se le espone á recibir los vapores del mercurio en una caja hecha á propósito, cuyo fondo contiene una capsula en que se hecha este metal, la cual se calienta con una lámpara de alcohol puesta por debajo de ella.

„Por una pequeña ventana lateral se puede observar de tiempo en tiempo la superficie de la lámina, acercando una bujía, porque la caja debe estar en la obscuridad, y entonces se ve que el dibujo se manifiesta sucesivamente como si estuviera cubierta de una niebla opaca que poco á poco se disipase. En esta operación se precipita el mercurio evaporado, en glóbulos microscópicos, sobre las partes de la lámina que han sido atacadas por la luz, y disuélvase el sub-yoduro de plata, mientras que el yoduro, que forma las sombras, queda adherido á la lámina y permanece con su color amarillento. Con objeto de hacerlo desaparecer, lo que es necesario para evitar nuevas impresiones de la luz que desfigurarian el dibujo, y para dar á este todo su vigor, se lava la lámina sumergiéndola varias veces en una disolución de hiposulfuro de sosa, ó de agua destilada que contenga sal común. Despues de esto se vuelve á lavar la lámina con agua hirviendo, á fin de hacer desaparecer completamente la disolución de hiposulfuro, ó de sal, que con el tiempo podría manchar el dibujo.

„El mercurio esparcido en diversas proporciones sobre las partes que representan los claros, se adhiere tan debilmente á la lámina, que puede borrarse al menor toque, por lo cual es necesario colocar el dibujo, luego que se le ha lavado con el agua hirviendo, en un marco con su vidrio,

Practicando esta serie de operaciones se obtienen unos dibujos tan perfectos que nada dejan que desear. Es verdad que el azul purisimo del cielo, el verde encantador del campo y la expresion incomprendible que los colores imprimen á todos los objetos, se representan allí bajo un mismo aspecto monótono y sombrío; pero hay tal verdad en el dibujo y tal exactitud en todas sus partes, que casi compensan esta falta. Yo he visto algunos de estos dibujos, y no sé si me ha sorprendido mas la exacta minuciosidad con que se reproducen las formas todas de los objetos por pequeños que sean; ó la pureza, transparencia y claridad de las sombras, que desprenden al dibujo de la lámina y le dan una alma, un vigor y una expresion inesplicables, que apesar de las mejoras que se habian introducido en la pintura y de la aplicación interesante de los reflejos en las sombras, no se habian podido imitar.

Se han introducido mejoras en el uso del Daguerrotipo, que lo hacen cada dia mas y mas interesante. Una de ellas es acelerar muchisimo el tiempo que es necesario para que se haga la impresion de los objetos, que antes era de mucha duracion. Para esto ha propuesto el mismo Daguerre, despues de varias experiencias, que se electrice la lámina, por cuyo medio se obtienen los dibujos en muy poco tiempo. Lo mismo se consigue poniendo la superficie de la lámina á que reciba los vapores del cloruro de iodo ó de bromo, lo cual aumenta mucho la sensibilidad del yoduro de plata.

Ultimamente se ha propuesto tambien substituir á las láminas de metal, hojas de papel. El método es del químico Lassigne, y se practica, segun Lamé, del modo siguiente:— „Se toma una hoja de papel muy igual y bien pulido, y se le humedece muchas veces secándolo cada vez, por medio de un pincel impregnado de una disolucion que contenga partes iguales de agua destilada y nitrato de plata. Cuando se haya secado se le sumerge en una disolucion de sal marina, donde se le conserva durante diez minutos; en seguida se le pone al sol hasta que se ennegrezca; despues se lava con agua pura y se deja secar en el aire. Por estas diversas manipulaciones se consigue que el papel solo contenga sub-cloruro de plata insoluble; y antes de emplearlo se le sumerge en una disolucion de yoduro de potasio, que se comprime entre dos hojas de papel de estrasa y se le aplica húmedo sobre el vidrio sin pulir de la cámara, á fin de que reciba las impresiones de la luz. Sobre las partes del pa-

pel esclarecidas, se forma un ioduro de plata amarillo claro, y un su-cloruro obscuro sobre las que están en sombra. Quitada la hoja del papel del aparato, se le lava con agua pura, á fin de hacer desaparecer las sales de potasio." Aun se han hecho mejoras mas importantes al precioso descubrimiento de Daguerre, de

las que quizá hablaré otra vez. Tambien hablaré si es posible de las numerosas aplicaciones que se han hecho de él y de su influencia en las ciencias y en las artes.

México, Abril 8 de 1844.—SEBASTIAN CAMACHO Y ZULETA.

D. SILVESTRE CUALNACIO.

Los benévotos suscritores del Liceo, habrán de tragarme esta vez, quieran que no quieran, aunque no lo hagan con la misma avidéz de Saturno, dítos omnióvoro que segun la fabula, devoraba sin mirar en el seco, cuanto de su muger nacía. El manjar que ahora les ofrezco, nada tiene por cierto de mitológico ni lo sazonan las punaladas, ni los sollozos alambicados de la elegia, ni esa que huele á drama soporífero, ó á novela fantástica de la cadavérica edad media. El refrigerio, si puedo darle ese nombre, se reduce á un *exopus* de D. Silvestre Cualnacio, ligero y digestivo para muchos, purgante para algunos adoradores de las hijas de Mnemosine, y costipante en primer grado para el pobre Silvestre. si por desgracia cae mi artículo en sus manos, y á las primeras líneas percibe los contornos de su persona. Bien conozco que la pintura de un pedante matizado ya de mil colores por otras plumas mas aguerdadas que la mia, carece del prestigio de la novedad; que la pedanteria es hija de la nulidad del mediano saber proñado de orgullo, y algunas veces de la ciencia obesa; pero como no hace mucho que un orador, por via de felicitacion, deseaba ver personificado en *piele* á cierto magistrado de alto capitel no se estrañe que yo tenga ganas á mi vez de ver á mi modelo en el acto de reconocerse, reducido todo á *ojos*. Como supongo que ha de ser cosa muy pintoresca la metamorfosis de un hombre en *piele* ó en *harrilva*, sin que para nada necesite la *cubeta*, no resisto á la tentacion de bosquejar á Cualnacio para verlo bajo otro aspecto, y añadir en mi diccionario un sinónimo mas. En tal virtud permanen ustedes, amadisimos lectores, este mi

ridículo deseo, en la inteligencia de que si este retrato moral sale parecido á muchos, es debido á que en México abundan modelos idénticos en cuanto al conjunto y algo diferentes con relacion al colorido. Sin mas preámbulos, entro pues en materia.

Hicése comunmente que al nacer nos dota la naturaleza, madre bondadosa y pia de ciertas disposiciones para esta ó aquella profesion, pero en verdad que no adivino para que nació D. Silvestre. Quiso la desgracia que desde sus tiernos años una inclinacion estúpida al estudio le hiciese concebir el pensamiento de encontrar en tan laudable recreo un medio infalible de sobresalir entre la multitud de talentos pasados, presentes y venideros, por lo que nuestro héroe se imaginó que podia ser poeta, literato, ó científico profundo. Quemóse las pestañas estudiando las obras clásicas de nuestros mas célebres autores, mamó con paciencia sus doctrinas, medió sus divergencias y no pocas veces, en medio de su entusiasmo, vino á li-songearle la esperanza de verse algun dia colocado en el catálogo de los ingentes creadores que admiramos actualmente. Compuso algunos trozos en verso y prosa que maravillaron á la buena de su familia, y algunos amigos de esta, por lisonja ó por estúpida benevolencia, zahumaron al adolescente Cualnacio con una nube de alabanzas que con el tiempo, le hicieron estormudar los mas supinos disparates. Fiado en las luces de tan benigno aroopago, y á mayor abundamiento, instigado por las feroces agitaciones de su amor propio se ha lanzado intrépido por la senda de escritor, con manifiesto riesgo de recibir un sincope cuando mas

"Trem-muy tel que le su y."
(Divise des Ellis.)

alto crea haber subido; pero no hay que admirarse, por que la ignorancia y la fatuidad son primas hermanas.

El polbrete desde entonces, trabaja con feroz ahinco en la grande obra de su celebridad futura; incesantemente busca en edificios agenos los materiales para el suyo; ya tiene llenas de pensamientos, que no son de él, las cavidades de su cráneo; en fin su memoria está en estado de mermelada á consecuencia de la aglomeracion de manjares literarios con que la tiene repleta. Devorando las literaturas de todos los siglos y de todas las edades, el infeliz se ha quedado sin vista y desgraciadamente la pérdida de ese sentido no está en razon directa con lo que ha ganado devanándose los sesos.

Por via de ensayo ha querido, una que otra vez, girar por sí solo la ancha de ideas que ha tomado en comision del almacén de los sabios, pero su mala estrella ha querido que la negociacion se vea precisada á declararse en quiebra. Apenas ha querido abrir las alas, cuando, con dolor ha visto que no bastan á sostener el peso de su cuerpo, y entonces ha tomado el partido de ponerse triste, taciturno, dirigiendo su vista al cielo, como la zorra hacia las uvas que no podia alcanzar.

Esto hubiera bastado á cualquiera para abandonar el camino de la gloria; pero la vanidad, y la indulgencia de algunos amigos suyos, bien pronto le hicieron cobrar ánimo: Ahora es diariamente carrista la pluma; cree que sus escritos están llenos de chiste, de armonia, de profundidad, y con cada idea baboseada que traslada al papel se le figura que ha dado un paso de gigante hacia el templo de la inmortalidad.

Entre el promontorio de papeles que adornan su escritorio, sobresale un cuaderno de cien hojas por lo menos: contiene un drama romántico, sentimental y furibundo que lleva por título: *Gerando ó las victimas del subterráneo*. Cada acto lleva su título. *La tempestad, la novrada de la muerte, el incognito, el toro pantal y el terremoto*. Fantasmas, venenos y puñales no escasean; pero en desquite el drama carece

de accion y de sentido comun, de suerte que aqui puede encajarse aquello de *raya el uno por el otro*.

Compone anécdotas y novelas con una facilidad admirable, toma por modelos á los vecinos que tiene mas inmediatos, y los horrores de la jaqueta, los ataques de Morfeo, son nada para él. Cuando fabrica un soneto ó alimenta una epistola su pulso late setenta y cinco veces por minuto; se pone pálido, y livido y muchas veces un hermoso nada es el resultado de esa fiebre creadora. Su talento se mantiene constantemente en una temperatura de uno grado de cero. Cualquiera diria que su musa tiene su asiento en la punta de un volcan de nieve, pero lo particular de sus escritos es que poseen la virtud de hacer sudar á los que tienen la desgracia de leerlos, comoda muy recomendable en invierno, como desde luego se hecha ver.

En vano busca la sal del epigrama, el arrebató de la inspiracion; lo unico que consigue es matizar las palabras á manera de arco-iris, y desleir sus ideas en frases chabacanas de treinta renglones cada una. Como todo pedante, solo se complace en hablar de ciencias y artes jamas se digna tomar parte en las conversaciones familiares aunque siempre atento al modo de expresarse de los que lo rodean, para criticarlos despues. Primero moriría mil veces que aplaudir á sus superiores; una errata de imprenta, una coma mal puesta, son para él grandes motivos de vituperio.

Cuando se presenta en público, toma un aire magistral y grave; si cuenta una anécdota, tal parece que improvisa un discurso. Si asiste á la representacion de una comedia, los actores y la pieza le hacen bofezar, nada le parece digno de él, y en sus decisiones siempre domina un tono magistral. Cuando alguno de sus comedidos le habla, le escucha siempre con desden, con una especie de superioridad ó de proteccion pintada en su semblante, por lo que no duda que si estos renglones se presentan á su vista, diga con su aire habitual: *el autor de este artículo es un necio!*—EL REPTIL. ®



CULPA Y PENA.

I.

Eli, Eli, lamia substanti!

Ya va á espirar! Y do la cruz en torno
Donde su cuerpo al desgarrarse cruje,
Israel, como turba de leones,
De la sangre al olor se agita y ruge:
La sangre de Jesús sobre la roca
Lentamente gotea;

Baña el sudor su faz, donde aun negrea
El ósculo de Judas; y su boca
Que la nueva virtud humilde y santa
En sublimes parábolas vertía,
Se cerrará, y su mística garganta
Al tacto helado de la muerte fría.

Verta está ya la milagrosa mano
Ode en los oscuros ojos luz ponía,
Y vida del sepulcro en el arcano;
Verto el pié que con bálsamo de nardo
La pecadora ungió, y que á la cumbre
Del Gólgota después ascendió tarde
De la cruz so la dura pesadumbre.

Ya va á espirar! Sus ojos tristemente
Se fijan en la madre adolorida,
Del amado discípulo en la frente;
Subió su mirada pavorida
Vuelve en torno do sí; del desamparo
Siente en redor el lígubri vacío,
Y su cerrado párpado humedecido
Una lágrima sola, y tombor frío
Sus dislocados huesos estremecer.

Vacila en tanto su gentil cabeza,
Pálida como un astro muribundo;
Por sus venas discurro con presteza
Un desmayo profundo;
Crúgen sus dientes; árdese su pecho;
"La sed! la sed!"..... suspira,
Lanza un gemido aterrador, y espira!

Aquel gemido en la barpa y en la tumba
Del bardo rey fático retumba;
Turba el Cedron, por el Jordán desierto
Va á apagarse en el fondo del Mar Muerto.
Sin velo está el altar, sin luz el cielo;
Se alzan los mares; chocanse las rocas;
Rumores mil que espantan

Retrueman por los huecos subterráneos;
Y asoman por las fosas que levantan,
Los flacos muertos sus blanquizcos cráneos.

Flota al viento en desórden, la melena
Y la túnica pobre desgarrada
De una triste muger, do faz morena
Por torrentes de lágrimas surcada:
Su silencio, su pálida figura,
Su mirada sombría
Revelan de una madre la amargura,
Y atestiguan tan bárbara agouia.
Aun al pié de la cruz á esa postrera
Flaca esperanza, en desengaños rica,
Con amor acariciá en sus entrañas;
Pero el grito del Hijo en sus pestañas
Su lágrima postrera petrificá.....

II.

*Necesse est enim ut penitent scandalat;
convertantur, et homini illi per quem
scandalum senti—Matth. c. 18, v. 7.*

"No por mí derrameis amargo llanto;
"Mas por vosotras, hijas de Salem;
"Porque se acerca el día de quebranto
"En que holgarán las vírgenes de serlo,
"Y las madres estériles también."

El polvo á lo lejos, cual grupo de nubes,
Los límites borra del ancho sendero;
De carros y de armas estruendo guerrero
Retumba, se acerca con áspero son.

Las máquinas crujen moviéndose tardas;
La bética trompa la esfera ensordece;
Cual muro doblado de bronce, aparece
En faz de Batalla, romana legión.

Con impetu ciego las huestes arralla,
Los muros arrasa que opone Solimá;
Combate, destroza, al templo se arrima,
Y arroja el incendio, que cébase en él.

Las ruinas, las llamas disputa el hebreo,
Que el hombre esterna y el odio sustentá;
Ni peste, ni hambre, ni sed la amedrenta,
Y hía y sueñe con rabia cruel.

Por mano traidora la interna discordia
Hermanos divide, los arma y aziza,
En la envidia su oculto puñal les aguza,
Lanzándolos torva á bárbara lid:

Y aquel que la peste ó el hambre perdonan,
O cae á los golpes de extraño ó de hermano,
O dobla ante el fiero soldado romano
La fuerte rodilla, la libre cerviz.

Cual lobos hambrientos las calles recorren;
La carne sus ojos, sus labios irrita;
Ante ella el mas fuerte de gozo palpita;
Por ella combaten con ansia y furor.
Las vírgenes yacen en polvo insepultas;
Los flacos ancianos se tuercen y espiran;
Las madres ahogan sus hijos, deliran,
O mueren sobre ellos con ronco estertor.

Más víctimas busca demente el sicario;
El can que le sigas sus cráneos quebranta;
Crujiente el incendio voraz se adelanta;
Milano y palomas sucumben al par.
Después en las ruinas humeantes, tranquilo
Se sienta, limpiando la sangre, el soldado;
Sobre ellas en triunfo pasea el arado,
Y arrasa el impio, maldito lugar.

Jerusalén cayó! de su caída
Aun el eco lejano nos arredra:
Predicho fué que en la ciudad deicida
No quedaría piedra sobre piedra!

Así serán destruidos
Pueblos y hombres, cuya frente
La sangre del inocente
Marque con sello fatal.
Jamás vivirán unidos
A otros pueblos ni á otros hombres;
Mas irá unida á sus nombres
Execración eterna.

Y como el pueblo deicida
Por el Cordero, maldito,
Errante siempre, proscrito,
Sin hogar y sin nación,
Agobiados por la vida
Irán bajo el propio crimen,
Solo excitando, si gimen,
Insultante compasión.
4 de abril de 1844.—C. COLLADO.

¡ADIOS! Á CAMPECHE.

Adios, risueño puerto,
De Campeche querido,
En que tanto he sufrido,
En que tanto gocé.
Adios altas murallas,

Adios playas ardientes,
Mis goces inocentes
¡Adios por siempre, adios!

¡Adios y para siempre
Ola morada apacible!
¡Cuan to el pecho sensible
Sufre al dejarte ¡adios!
De los fugaces días
Me mi pasada gloria,
Te dejo la memoria
¡Mi tranquila mansion!

Allí en hermosas noches
¡Cuan gratas emociones!
¡Que dulces sensaciones
Supo el alma probar!
Allá, la faz rosada
De la risueña aurora
Que blanco aljofar lora,
Mil veces contemplé.

Más allí ¡que de veces
Bañado el rostro en llanto,
Alivió a mi quebranto
Buscaba con afán....
Agradables sorpresas
Por do quier mas de mi día,
Y mas de una alegría
Mi pocho sintió allí.

La luna en aquel sitio
Triste me contemplaba,
Mis penas la confiaba,
Le hablaba de mi amor;
Y cuantas, cuantas veces
Volví su luz á mi alma,
La deliciosa calma,
El consuelo y la paz.

Y un porvenir dorado
Mi ilusión fabricaba,
Y risueña soñaba
Glorias... tal vez de amor!
Mas mi mentida dicha
Poco tiempo duraba,
E ¡infeliz! floraba
Un instante después....

Pero... ¡levan el ancla!
Mi corazón fallece...
La ciudad desaparece,
La empuñencia también.
¡Adios, lugares todos
Que formásteis mi encanto!
Mis suspiros, mi llanto
Queocho por siempre ¡Adios!
17 de enero de 1842.—A. TRISTE.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. ÁLVARO ENRIQUE DE ZÚÑIGA,

MARQUES DE VILLA MANRIQUE

SEPTIMO VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1585.—A la administración justiciera de D. Pedro Moysa de Contreras, sucedió la de D. Alvaro Enrique y Zúñiga, marqués de Villa-Manrique. El 18 de octubre de ese año entró en México á ocupar la silla que por orden real abandonó el arzobispo de México, quien como ya se dijo, prosiguió en su empleo de visitador del reino, hasta arreglar cuantos negocios habían quedado sin concluir. Al comenzar su administración, el marqués de Villa-Manrique se encontró en una posición ventajosísima, pues tanto los afectos al gobierno del pasado arzobispo-virey por su justicia é integridad, como los desafectos á él por la imposibilidad que tenían de medrar á la sombra de gobernante taurecto, es de creer que se constituyeran sus partidarios, cuando no se vieron en México disturbios, sino hasta mucho tiempo después, es decir, á la época en que desengañado sin duda uno de los partidos, vió que el único medio de llegar á la realización de sus miras, era mantener levantado el estandarte de la rebelión, contra todos aquellos que le opusiesen una tenaz resistencia. En efecto, inalterable fué la tranquilidad en el primer año del gobierno de Villa-Manrique: los negocios siguieron un curso regular, y se trató de llevar á efecto las órdenes dictadas en las administraciones de los pasados vireyes.

1588.—En tiempo de D. Martín Enriquez, como ya se dijo, se les notificó á los frailes franciscanos, agustinos y dominicos, una cédula real de patronazgo, para cuya revocación hicieron ellos fuertes representaciones al rey, (1)

(1) Como documento curioso, porque descubre el espíritu de las órdenes monásticas, insertamos la siguiente carta, escrita á Felipe II, por la orden de los franciscanos, é consecuencia de la notificación que el virey D. Martín Enriquez les hizo de la cédula real de patronazgo, y que Torquemada inserta en el Cap. XXIII

de lo cual dependió que las disposiciones contenidas en dicha cédula no se llevasen á efecto

del E. B. V. de su Monarquía Indiana.
S. C. R. M.

«D. Martín Enriquez, vuestro virey, de esta Nueva España, nos leyó y mandó dar por escrito ciertos capítulos ó artículos, que dijo ser de una cédula de Vuestra Magestad, que vino en esta flota, por los cuales se nos impone á los frailes, oficio y obligación de curas, y de dar cuenta, como tales curas, de las ánimas de los indios, que tubiéremos cargo de doctrina: cosa repugnante á la regla de San Francisco que profesamos; y así mismo se da mano á los ordinarios, y á los vireyes, y gobernadores de estas partes, para que puedan intruicarse, en quitar ó poner los Provinciales y Guardianes, que por la órden canónicamente, según los estatutos de ella, son electos, y en que los otros frailes, sin su abdicación, y consentimiento, no puedan ser mudados de unos monasterios á otros, cuando á sus prelados les pareciere que conviene, lo cual deroga el voto de la obediencia, y toda la estabilidad de la religión, como parecerá mas largamente por un memorial de inconvenientes, que á nuestro comisario general, que reside en sea real corte, enviamos, para que de ellos informe á Vuestra Magestad; á cuya causa respondimos al dicho virey, la imposibilidad que habia de cumplirse los dichos artículos. Y pues Vuestra Magestad, como católico y cristianísimo rey, siempre ha pugnado porque las religiones, en esos reinos de España se redujesen, como se han reducido á su observancia y pureza, quada toda ocasión de relajacion, y en estas partes no hay ménos, sino mucha mayor necesidad de procurar este celo, por ser en ellas nuevamente plantada la cristiandad; á Vuestra Magestad suplicamos y pedimos humildemente, que si nuestro servicio le es acepto, y fuere su real voluntad servirse de nosotros en el ministerio de la doctrina de los indios, sea sin detrimento de nuestra profesion, como hasta aquí lo hemos hecho; pues es cierto que serviremos mejor á Vuestra Magestad, y vuestra real conciencia será mejor descargada en esta obra evangélica, perseverando nosotros en la observancia de nuestra regla, que si nos apartásemos de ella.

Lico Mexicano.



D. ALVARO MANRIQUE Y ZÚÑIGA
7.º Virey de la N.º E.

todavía á la época en que el marqués de Villamanrique, tomó las riendas del gobierno colonial; y este convencido de la justicia que las había dictado, y demasiado conocedor del espíritu de las órdenes religiosas, las que egoístas hasta el extremo, jamás se interesaban por el bien general, trató de que se llevasen á efecto, notificándoselas por segunda vez, é insistiendo en que observasen estrictamente cuanto en ellas se les mandaba. Los frailes, que desde el principio se opusieron tenazmente á una disposición que trataba de hacerlos útiles á la sociedad, le contestaron esta vez al virrey que no podían dar cumplimiento á lo que se les notificaba, por mediar algunas razones que habían puesto ya en conocimiento de S. M.; y como insistiera el virrey haciéndoles segunda notificación, ellos apelaron al rey y al consejo de Indias, de cuya apelacion resultó que el rey mandara que se le presentase un memorial de inconvenientes, visto el cual se suspendió por entónces la ejecución de lo mandado en dicha cédula de patronazgo. En este año pasó á España D. Pedro Moya de Contreras, despues de haber variado en su totalidad los ministros que componian los tribunales de este reino; y el acontecimiento mas notable que en este año tuvo lugar, fué la presa que el ingles Tomas Caswoodish hizo en la punta meridional de California, de un navio que se dirigia de Manila á Acapulco, cargado de efectos de la China.

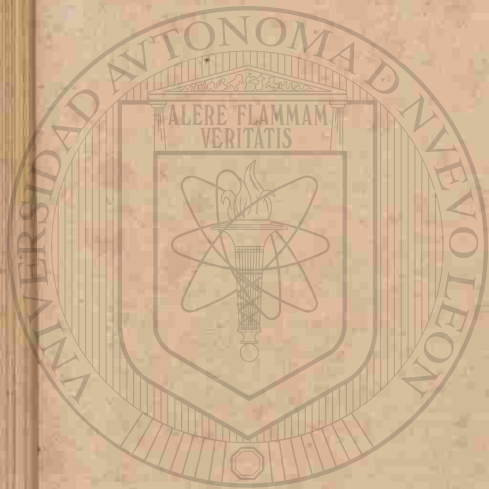
1587.—Inmensas riquezas, como nadie ignora, passaban de América á Europa; sumas incalculables se estratan anualmente de las colonias españolas para la metrópoli; y las que este año salieron de México, no fueron ménos considerables que las de los años anteriores, pues consta (1) que en el 11 marquis de Villamanrique, cargó la flota de Veracruz con 1450 marcos de oro en tejos, fuera de la plata acuñada y otras preciosidades, todo lo cual pasó á España, á esa España, que ufana con el oro de sus colonias, olvidó cuanto había contribuido á elevarla hasta el grado de ser reputada, como la primera nacion de Europa, á princí-

Y si lo uno con lo otro no se compedece, sea Vuestra Magestad servido de tenernos por estimados en esta obra, para no la dejáremos por hazer del trabajo, ni por falta de voluntad de servir á Vuestra Magestad, ni por no ser conpedidos el gratiam nos se nos impere, con la guarda de lo que tenemos á nuestro Señor Dios prometido, el cual guarda la catolica, y real persona de V. M., con aumento de otros reinos y señorios, para mas enalutamiento de su santa fé. De San Francisco de México á 19 de diciembre de 1574 años.

(1) Acosta.

pios del siglo XVI. Nada hasta este año había turbado la tranquilidad que hacia dos años disfrutaba la Nueva-España, é inalterable hubiera sido en todo él, si no hubiera llegado á México la noticia de los destrozos inauditos que en los mares y en las costas de Sur estaba haciendo el temible corsario inglés Francisco Drak, aprensando cuantos navios encontraba é aquellos y robando los ganados y semillas de estas.

En esta época podemos decir que comienza la celebridad de la piratería y del corzo en los mares de América, que tanto incremento tomó despues en tiempo de los *Filibusteres*. Multitud de aventureros, gente vagabunda y resuelta que en la edad media hubieran corrido presurosos á conquistarse un nombre en Palestina, entregándose ahora á un débil bajel; se dirigian á los mares de América á apresar las ricas flotas que partian de ella para Europa, y á volver á esta con caudales inmensos, si por acaso no perecian, victimas de su arrojo. Entre los primeros puede contarse a Drak, quien despues de haberse hecho célebre en el mar del Norte, por la toma de San Agustín de la Florida, pasó al Pacifico, en donde la fertilidad de sus costas y la nao de China, no eran poco cebo para atraer su ambicion. Cuando llegó á oidos del virrey de México, la funesta nueva de los males que se experimentaban en las costas del Sur, no anduvo tardó en levantar las fuerzas suficientes para contrarrestar el poder del corsario inglés. Mandó luego que en Guadaluajara acudiesen las tropas al auxilio de todos los partidos de la costa del Sur, dió orden para que se aprestasen todas las embarcaciones que estaban detenidas en Acapulco; y con las tropas que se levantaron á consecuencia de las levatas que mandó hacer, preparó una expedicion que marchó en el acto al puerto, al mando del Dr. Palaicos. Apesar de la diligencia del virrey, esta expedicion no se hizo á la vela, porque á su llegada á Acapulco se le dió noticia de que el corsario había abandonado sin duda aquellos mares despues de haber saqueado algunos pueblos, pues hacia tiempo no se le había visto aparecer por ningun punto de la costa. En efecto, Drak, demasiado advertido, abandonó esas costas, para ir á apostarse en la punta de California, por donde pronto deberia pasar el Galeón de Filipinas que año por año venia á México, cargado de inmensas riquezas, así en metales preciosos, como en sedas y en cuantos efectos de lujo se esportaban entónces del Japon y de la China. El cargamento del de ese año, ha-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

mado Santa Ana, no era menos de codiciarse que el de los pasados, y apenas Drak lo observó, cuando, dirigiéndose á él, logró abordarlo y quedar dueño de tan rica presa, que condujo luego á un surgidero cercano al cabo de San Lucas. Allí pasó el cargamento del Galeon á su embarcación, y pegándole fuego se hizo á la vela abandonando allí á cuantos lo tripulaban. Mas estos, logrando salvarse, trajeron la noticia del mal éxito del Galeon, al virey de México, quien dió orden luego al Dr. Palacios, que sin permanencia en Acapulco, para que embarcando la expedición, fuese en persecución del corsario; mas todo fué en vano, porque este había abandonado ya los mares de América y dirigidos á las Indias Orientales.

1588.—Pasada la turbación que causó en los ánimos el desgraciado éxito de la nao de Filipinas, la calma iba volviendo poco á poco, y la tranquilidad general continuaba; mas las inconsecuencias de los hombres, que son por lo regular las que todo lo precipitan, vinieron presto á torbarla. No contento el marqués de Villa-Maurique con la estension de terreno que hasta allí había pasado, como de la jurisdicción de los vireyes, quiso estender los límites de su dominación pasagera, y moviendo pleito á la audiencia de Guadalajara, por unos pueblos que él decía ser de su jurisdicción y sobre los que aquella alegaba el mismo derecho, contribuyó á que el reino entrara en turbación, pues dispuesta la audiencia á no ceder un punto de su derecho, se aprestó á hacer la guerra al virey, en caso de que fuese necesario. Mayor fué la culpa que Villa-Maurique tuvo en los disturbios que causaron su remoción, cuando cansado de alegar las razones que él decía tener en su favor, quiso concluir el negocio, por la fuerza, mandando tropa armada á que tomase posesion de dichos pueblos; mas recurriendo estos á la audiencia de Guadalajara, la decidieron á levantar tropas para oponerse á los designios del virey. Es de creerse que ambas fuerzas llegarán á avistarse; mas se ignora, como dice Cayo, que no lo encontró referido en Torquemada, quien influyó en recolectar al virey con la audiencia de Guadalajara, pues lo que si es de todo punto cierto, es que las tropas se retiraron sin haberse acometido, y que desde entonces cesó el pleito suscitado por la inconsecuencia de Villa-Maurique.

Este inesperado acontecimiento, volvió á restablecer el orden, y hubiera infundido en que el gobierno del marqués hubiera continuado sin obstáculos, si sus enemigos no se hubieran apresurado á escribir al rey que una guerra

suscitada contra la audiencia de Guadalajara, por las ambiciones particulares de Villa-Maurique, iba á perturbar el reino y á causar un trastorno general, por lo cual le suplicaban en nombre de toda la Nueva España que removiese al actual virey, si no quería que el azote de la guerra civil la adigiese, como ora de esperarse.

1589.—El golpe de los enemigos del virey fué cierto; Felipe II vaciló al principio, pero luego dió crédito á cuanto se le dijo, y dispuesto ya á despojar del gobierno de la Nueva España á Villa-Maurique, pensó en mandarle sustituto. Presto le halló, pues advertido por muchos de la aptitud de D. Luis de Velasco, hijo de D. Luis de Velasco, segundo virey que fué de México, le nombró virey á su llegada á la embajada de Florencia. Al abandonar la corte D. Luis de Velasco, recibió pliegos del rey en que éste constituía al obispo de Tlaxcala, visitador de Villa-Maurique, y orden al mismo tiempo para no desembarcar en Veracruz, pues se temía que el marqués tuviese un numeroso partido en este puerto que impidiese la entrada del nuevo virey. Velasco se hizo á la vela y desembarcó en Tlaxiama, perteneciente á la provincia de Tampico y distante de Veracruz setenta leguas; mas habiendo tenido allí noticia cierta de la gran calma de que disfrutaba el reino, se dirigió á Veracruz, desde donde mandó al obispo de Tlaxcala los pliegos del rey que le venian consignados, y de donde se dispuso para pasar á México, ya á fines de este año.

1590.—En el siguiente, todo cambió para Villa-Maurique: el 17 de enero se le mandó salir de México por el obispo de Tlaxcala, Don Pedro Romano, que ya había venido con su nuevo cargo y se dirigió á Texcoco, y continuando su viaje, en Acolma tuvo una entrevista con Velasco. Esto se dirigió á México, no donde á poco hizo su entrada solemne, y aquel tuvo que sufrir las venganzas del obispo de Tlaxcala, quien á poco abrió su visita contra él. Se cuenta que este obispo había tenido un resentimiento particular con el marqués, del que resultó que al hacer su visita tratara de vengarse del marqués, embargándole cuantos bienes poseía. Al cabo de seis años, cansado ya el marqués de una visita en que sus enemigos habían saciado su odio contra él dejando-lo en la miseria, pasó á España, en donde con el influjo de personas poderosas hubiera conseguido del consejo de Indias que se le devolviese cuanto se le había embargado, si la muerte no le hubiera sorprendido en ese tiempo.

Su gobierno en México duró cuatro años... „Comencó, como dice Torquemada, á gobernar bien y á gusto de todos; pero luego se fueron ofreciendo negocios, que lo fueron mal-

quistando;” y era, como dice el mismo, „hombre sabio, azag y prudente.”

R. I. ALCAZAR.

MIS CONFESIONES.

El que suscribe, hombre humilde en demasia, besa las manos á los que á él se las besen, y hace saber al respetable público, y especialmente á los que lean el TERCIO MEXICANO que ha llegado á sus oidos no se que ruido y alboroto producido por las exclamaciones tuyas. Y es el caso, que estando ocioso, como es mi costumbre, me vino á los oidos un articulo, ó sea cuento ó historia ó episodio, ó lo que V. quiera, que lleva por título „aventuras nocturnas,” cuyo articulo tuvo por origen una escena acaecida á no sé quién, y en un lugar que tambien ignoro, la cual llegó á mi noticia como otras muchas que llegan á los oidos de V. y mios, entendiéndose esto de los propios de cada uno de nosotros respectivamente, y aquí he cogido la pluma y zas, allá va al público tal cual la parió su madre; y el público, la leyó y sonrió malignamente, y dijo en su ánima, esta es Fulana, aquel Citano, y tornando su vista al autor, despues que hubo pasado la aplicacion, exclamó, ¡inmoral! ¡perro inmoral tan rotundo y tan tronante, que me dejó abismado y resuelto á ahorcarme si era posible. Luego creí que estaba el negocio concluido; y me daba ya mil parabienes, cuando llega á mis oidos el trueno de la tempestad é ilumina mi pálida faz con el fulgor livido del relámpago. ¿Qué hacer entonces? Podrá misericordia al lector, llamar y gritar con todos mis pulmones, implorar su perdón y proponerle enmienda. Mas como sobra el tiempo y la absolucion no se da sin confesion previa, he determinado hacer la mia, por si muriese, lo que no dudo, aunque ruego á Dios que sea lo más tarde posible, y aunque se haga Rochester para conseguirlo, un milagro. Digo que he determinado confesarle por si muriese, que no moriré impenitente, y en pecado, y en desgracia de V. Sin embargo, será bien para evitarse un escaseo, que no esté V. creyendo que mi articulo, que tituló

con toda mi alma mis confesiones, ha de tener nada de comun con las de J. J. Rousseau, ó las de San Agustín, porque ni me voy á confesar lo de mi vida, ni de todas mis acciones, sino muy sencillamente de las culpas de escritor; y de los pecados cometidos en los articulos del penitente Anónimo. Comienzo, pues, y digo, que confieso que en todos y cada uno de mis articulos he querido pintar á la coqueta de la esquina, y al abogado ni vecino, y á tantos otros, como el sereno del barrio, que me chocan y me fastidian, y me empalagan.

Confieso que he tenido la ocurrencia y he cometido la falsedad de vestir á mis héroes de negro, si ellos realmente se visten de blanco, y de poner á mis heroínas fumando cigarrillos, si las vi tomando helados, cuya falsedad me pesa en mi ánima, y sobre la cual ofrezco con todas veras enmendarme, y poner las cosas tales cuales las haya visto.

Confieso que á algunas escenas les he puesto á la cola, lo que tenían en la cabeza, de cuya mentira me arrepiento, y protesto ponerlas como es verdad que son y debidamente.

Confieso que he escandalizado á algunas de mis lectoras con mis aventuras nocturnas, no vaya V. por Dios á creer que realmente he tenido aventuras nocturnas, por que eso es terrible, y la cosa queda á peor que peor; hablo de un articulo que con tal título escribí, y que protesto para descargo de mi conciencia y seguridad de las señoritas, que no volveré á repetir las, ofreciendo cristianamente que si de veras han parecido inmorales, el pobre Anónimo se callará como un tonto y no volverá á chistar aunque vea ahorcar al prójimo.

Confieso que he escrito sin cuidado ni estudio, en lo que he hecho muy mal, porque han resultado algunas mentiras, de las cuales me duele y ofrezco continuar.

Confieso que he dado malos ratos al vecino

camandulero y á la planchadora del barrio, y á que sé yo quienes otros, y como circunstancia agravante digo que he tenido gusto y placer en que digan, *este es fulano*, por la misma razon que se alegra un retratista cuando le dicen al ver una miniatura, *este es fulano*, aunque de hecho no se le parezca, lo que á mí me sucede con mis originales. Mas propongo con todas mis fuerzas enmendarme y no volver á ello.

Confieso por último que he hecho esta confesión sin exámen y sin estudio, con no sé cuántas mentiras, que corrigiré en mejor ocasion, limitándome por ahora á pedir la absolucion de mis *Aventuras nocturnas en el Liceo* á mis lectores, porque las reales nocturnas y diurnas, las confieso ante el púrrico, á quien pido el perdón de mis pecados. Recuerdo á mis pláidos y compasivos lectores para decidirlos á perdonarme, que todos los escritores, *exceptis exceptis*, (término técnico) son mentirosos y noveleros, y nos venden gato por liebre, y llaman paloma á los milanos, y le dan sublimidad á los pavos del vecino, y son gente que dan sueños por verdades, es decir, frases por frases, una contradictorias, por pesetas y reales. Exceptuando de esta censura á los políticos

que dan mentiras por empleos, y elogios por oposicion y necedades, por necedades como las que ahora estoy yo diciendo. Me dirijo para el negocio del perdón y de la misericordia, á las señoritas de trece años para arriba, hasta llegar á treinta y cinco, entendiéndose esta limitacion, no solo para este año, sino para todos, dando facultades al que las quiera, para que cuente desde la independencia acá, ó desde el año de 1802 en adelante, haciendo de manera que resulte todo el bello sexo comprendido en mi plegaria. A este sexo encantador me dirijo, pidiéndole á cada una de las partes suyas: por su esposo, por su papá, por sus hijos lindos, por sus amantes, por sus mamás, por los hermanitos, parientes y personas de estimacion, á cada una en su caso, el ser autor de las *Aventuras nocturnas*, y les ofrezco con todas veras no volver á escribirlas, para que no se ofenda su pudor, que es tan apreciable y que respeto tanto; me desligo de lo dicho, y protesto que es mentira lo de *Julio* y del *Sereno* y de la *Chica* y de la *Tempestad*, con cuyas muestras de arrepentimiento quedá esperando la absolucion el arrependido.

ANÓNIMO.

HIGIENE.

BAÑOS.

Uruguano en nuestro artículo anterior decir algo á nuestros suscritores sobre los baños; tales cuales los usamos los modernos mexicanos; pero he aquí que nos vemos en aprietos sin tener que decirles nada que les coja de nuevo ni que les llame la atencion. Sin embargo, si nos asegurásemos que se los habia olvidado ya la descripción de los baños lujosos de los romanos, griegos, turcos, etc., por lo ménos ya no temeríamos la comparacion que nos va á dejar muy desairados. Pero no hay remedio, y suceda lo que sucediere, es preciso no omitir el punto mas interesante para nosotros.

Ahora bien, lo primero que se encuentra entrando en nuestros baños, no es una piscina na-

talis, ni un *frigidarium*, ni una gran sala con divisiones para desnudarse, no señor, se encuentra uno en una cerbatana ó palomar que se le puede llamar *balnearia* por ser una bilera de cuartos para bañarse, y en vez de que hermosas esclavas ó la bella Polycasta se presenten á ofrecerte á uno sus servicios, no mira sino al *bañero* en pechos de camisa, remangada las mangas de esta, y el calzón enrollado hasta medio muslo.

Entrando finalmente á los cuartitos, se hallan las tinas de palo forradas de pino y dos llaves para el agua fria y caliente. En algunos lugares las tinas son de preciosos mosaicos peblanos (vulgo azulejos), y el agua es conduci-

da por el mismo bañero que enjuaga en todos los baños la tina de que uno va á servirse. En los mas modernos se pone á disposicion de la persona que se baña, sábanas y toallas, esencias y pomadas, y cepillos para la cabeza y para la ropa. En México no hay baños gratis, asi es que al retirarse debe uno pagar lo convenido, y el pobre que no tiene un cuarto en el bolsillo se ve precisado á tomar un baño frio en el Tiber mexicano, (acequia).

La *hora balnei* es arreglada por la voluntad del que se baña, aunque á decir verdad, la en que acostumbra hacerlo el sexo masculino, es por las mañanas en los dias festivos.

Despues de salir de un baño público, toma uno un aire fresco en las calles de la ciudad, que por tal razon deben llevar el nombre de *frigidarium* de los mexicanos.

He aquí la descripción de nuestros baños públicos, entre los que podemos enumerar, sin que nadie nos lo impida, los de Vergara, del Coliseo, etc., asi como los romanos coulaban los de Agripa, Caracalla, Neron, etc.

No es lo mas comun el bañarse en un baño público, sino que cada uno lo hace en su casa como Dios le ayuda, ya haciendo conducir el agua caliente de fuera, ó calentándola por medio de un tubo de hojalata lleno de carbon encendido llamado *calentadero* que se sumerge en la tina. Procurándose cada uno según sus proporciones todas las comodidades que puede.

Hemos terminado gracias al cielo nuestra descripción, y es necesario que pasemos á hablar de los cuidados que se deben tener para bañarse, advirtiéndolo que pondremos las reglas que la razon y la esperiencia han acreditado ser las mejores.

No habiáremos de los baños frios ni de los muy calientes, porque tanto unos como otros no convienen sino á determinadas constituciones, y se usan mas bien como medio de curacion; así es que recomendamos á nuestros lectores que cuando se bañen lo hagan en una agua de una temperatura igual á la de su cuerpo, que al deslizarse en ella no experimenten frio ni calor, y si una sensacion tan agradable como la que se gusta bajo las sábanas en una mañana de invierno. La naturaleza es la que nos advierte que esa es la temperatura mas apropiada y ella no se equivoca en sus advertencias; en un baño á este grado de calor, sentimos un placer indefinible, circula la sangre con facilidad, respiramos con libertad, desaparece insensiblemente la fatiga de nuestros miembros, y como si estuviésemos recostados

en el mas mullido lecho y cubiertos con suavísimos lienzos, un dulce sueño parece apoderarse de nuestros párpados para dar alivio á la inteligencia y tregua á nuestras penas. Oh! un baño como este es delicioso y conviene á todas las constituciones, á todos los temperamentos, á los niños, como á los jóvenes y ancianos, diga lo que quiera el refrán de que *de treinta años para arriba no hay que mojarse la barriga*. No nos oponemos á que sea un poco mas caliente en el invierno y algo fresco en el estío, lo uno como lo otro es muy agradable, y por consiguiente no sale de la regla.

La limpieza aconseja especialmente cuando se baña uno en un lugar público, que se haga lavar la tina antes de usarla, porque nada es mas fácil que contrair una enfermedad por contagio si no se tiene esta precaucion.

En nuestro modo de calentar el agua por medio de una calentadera, se está desprendiendo continuamente vapor de carbon, que si no se tiene cuidado de hacer escapar de la pieza por una buena ventilacion, pueda producir fatales resultados que se atribuirán, por las personas ignorantes, al baño que les ha sido perjudicial, no debiendo culpar sino al descuido que se ha tenido sobre este punto, á consecuencia del cual viene un dolor de cabeza insoportable, una somnolencia que llega á ser un desfallecimiento que impide pedir auxilio cuando mas se necesita, y del cual no se sale sino despertando en la eternidad. Asombra que la ignorancia y el descuido lleguen hasta el grado de que espongan por ello los hombros á cada momento la vida. Nuestros lectores, advertidos de esto, tendrán cuidado de establecer en la pieza en que se esté calentando el baño una corriente de aire, teniendo abiertas completamente las ventanas y puertas hasta algunos momentos despues de terminada la calefaccion, despues de lo cual podrán encerrarse sin temor ninguno de *encarbonarse* (1).

La tina en que uno se baña debe ser bastante profunda para que el agua cubra hasta el cuello, pues de lo contrario evapórase en la superficie del pecho, produce un frio considerable que puede acarrear una enfermedad del pulmon ó de cualquiera otro órgano. Cuántas enfermedades se atribuyen á un baño que no deben su origen sino á la ignorancia de las reglas de la Higiene!

La misma consideracion que induce á seguir

(1) *Asfixiarse con el vapor de carbon*, deberíamos haber dicho, pero así probablemente no nos habrian entendido tan bien como con la palabra que hemos usado.

la regla anterior, nos debe conducir á enjugar la piel después de salir del baño y á abrigarnos bien. Es sabido que todo cuerpo al pasar del estado líquido al gaseoso roba una cantidad de calor considerable á todo lo que le rodea, de aquí el frío que se experimenta siempre que salimos de un baño y que debemos evitar cuidadosamente enjugándonos con una toalla de algodón y cubriéndonos con una sábana caliente.

La hora en que deba entrarse al baño es indiferente y de lo único que se ha de tener cuidado es de que no sea durante la digestión que podría perturbarse, como también de que el cuerpo no esté cubierto de sudor, pues suspendiéndose esta exhalación repentinamente aparecería una enfermedad.

La frecuencia de ellos no está demarcada, y notay cosa sobre que haya discrepancias así es que mientras que unos recomiendan los baños frecuentes citando al apoyo de su opinión la imponente autoridad de griegos y romanos, sin recordar que somos mexicanos, otros se deciden por un usarlos sólo de tarde en tarde, ó aun los excluyen enteramente, trayendo á su defensa el ejemplo del burro, del gato, y otros animales semejantes, sin advertir que no somos ni burros ni gatos. Creemos que los baños deben ser tan frecuentes como lo exija la limpieza y la temperatura reinante, así es que los recomendamos cada ocho ó diez días poco más ó menos, mas frecuentes en el verano, en que se pierden mas líquidos por la transpiración, que se reparan por un baño, y menos en el invierno y la estación húmeda en que las pérdidas son menores; deberán hacerse mas frecuentemente á aquellos que por su profesión están espuestos á ensuciar-se la piel mas facilmente, y tambien los que por un trabajo ó ejercicio corporal fuerte experimenten grandes fatigas; los que se encuentren en circunstancias opuestas deberán usarlos con mas parcimonia, así como las personas débiles.

La respuesta que damos á las opiniones citadas arriba, es á la primera que no nos encontramos en las mismas circunstancias que los antiguos, quienes por la clase de vestidos que usaban, con los que dejaban á descubierto la mayor parte del cuerpo; la dificultad en que se encontraban de mudar ropa inferior, en aquella época en que las artes no habian llegado á la perfeccion que hoy, refiriéndose que Epaminondas tenia que estar encerrado mientras lababan sus vestidos; y finalmente, por la clase de ejercicios á que se entregaban, debian ensuciarse mas facilmente la piel, y necesitaban

por consiguiente de mayor cuidado en la limpieza, mientras que nosotros, hallándonos en circunstancias opuestas, no necesitamos del mismo: á los segundos que atacan con ejemplos, les responderemos con los mismos, citándoles á muchas aves, al perro, y multitud de animales que se bañan, aunque á decir verdad, ni el argumento ni la respuesta valen nada relativamente al hombre, por tener distinta organización que ellos y encontrarse por consiguiente con necesidades de muy distinto género, porque si así no fuera, la misma observación podría valer para probar que deberíamos alimentarnos con paja y cebada.

Relativamente á la duracion de cada baño, deben leerse presentes las mismas consideraciones que se han tenido para su frecuencia; así la estacion, el grado de fatiga, la robustez ó debilidad, harán que el baño sea más ó menos largo, de media ó una hora, y aun menos si la persona es muy débil.

Hemos visto que las naciones han acostumbrado á bañarse de diferentes maneras, y á bañarse en diferentes lugares, algunas otras prácticas para hacerlo agradables ó mas saludables; unas y otras nos parecen inútiles. Entre las primeras podemos enumerar, los papichos (massage), la epilación, etc, prácticas que indican que el pueblo que las tiene á rebuscado el placer llegando á la sensualidad y que descubren un carácter afeminado en los que se entregan á ellas. Entre las segundas, las afusiones de agua fria no convienen sino en circunstancias particulares, de tal modo, que al médico loca ordenarias; por otra parte no se usan generalmente sino durante el baño muy caliente, hechas en la cabeza con objeto de evitar una apoplejia. Las naciones, útiles sin duda para suavizar la piel y favorecer el libre ejercicio de sus funciones, tienen el inconveniente de exigir baños frecuentes; pues de lo contrario enfriándose la grasa, producirian erupciones y otras enfermedades cutáneas.

No tenemos mas que decir, sino recomendar el uso de los baños, indistintamente útiles por la limpieza que es tan indispensable para la salud, que no puede existir la segunda sin la primera. Por otra parte, facilitando las funciones y refrescando en las épocas calurosas, es un medio eminentemente poderoso para libertarse de muchas enfermedades. Seria de desearse que se fundaran á imitacion de la costumbre de los antiguos, algunos baños públicos en que se bañasen gratis los pobres, cuyas proporciones son demasiado escasas para hacerlo con la frecuencia que necesitan, y que se deduce de lo dicho arriba sobre la limpieza. — RR.

ALGUNAS PINCELADAS PARA FORMAR MI RETRATO.

Novel. 1.ª época.

LEVIENDO las confesiones de San Agustin, y la de Rousseau, varias veces me habia ocurrido la tentacion de escribir las mias; pero reflexionando con mas calma y atencion, me convencí de que cualquiera puede darse á conocer por sus escritos, aun sin hablar tanto de sí; solo restaba una dificultad: si en efecto el hombre se pinta en lo que escribe, queriendo ó no queriendo, como lo haria yo que jamás tomo la pluma para el público? ¿cómo lo haria en un momento, como deseaba sin escribir muchos pliegos y diversas materias? Hé aquí el medio mas breve y sencillo, que me sugirió la reflexion, formar mi retrato; no se me ocultó la objecion que podría hacerse, diciendo: que una persona que se retrata á sí misma, no lo hará con fidelidad; pero esta observacion, que tiene visos de fuerza, es mas espelosa que sólida, considerando que nadie conoce al hombre mejor que él mismo, y que si se obra de buena fé y con imparcialidad, cualquiera puede ser juez en causa propia, y calificarse justa y aun severamente; mas no por esto se entienda que pretendo ser creído por mi sola palabra, (á pesar de que jamas he faltado á ella,) y no anuncio artículos de fé, ni nos hallamos en los calamitosos tiempos del siglo XVI, y bajo el sombrío reinado de la feroz intolerancia de Felipe II, que ponía en la horrible alternativa de creer, ó ser quemado: las personas que me tratan, mis amigos y todos los que me conocen, dirán si he hablado con verdad y con franqueza; si he descubierto mis flaquezas sin disfraz, y finalmente, si los rasgos generales que ha trazado mi pluma, son ó no, parecidos al original: entro en materia sin mas exordio.

Creo imposible que un hombre entregado al ocio, sin alguna ocupacion honesta, y sin un método regular de vida, pueda ser útil, virtuoso, ni buen ciudadano, así pues, yo respetaría siempre los talentos del elocuente filósofo Ginebrino, aun cuando no hubiese enseñado otra cosa en su Emilio, que la necesidad en que el hombre se halla de poseer algun oficio: Mi plan regular de operaciones es el siguiente: duermo ocho horas, ocupo seis en mis quehaceres, otras seis en leer, escribir y estudiar in-

diferentemente, y las cuatro restantes me cansan y fastidian sobre toda ponderacion.

El principio de moralidad que dirige mis acciones no es exclusivo, por que he llegado á convencirme, de que todos los sistemas morales pensados por los filósofos son incompletos, y que únicamente de su mutuo enlace y necesaria emexion, resulta un sistema perfecto, que sin tropiezo ni obstáculo puede guiar al hombre hasta el fin inmutable, á que por su naturaleza se halla destinado: es cierto que los diversos caracteres, distintas organizaciones y diferentes circunstancias, los genios, las facultades y el influjo á que podemos estar espuestos, aun sin advertirlo, harán dominar el principio que abrazaemos, bien sea en virtud de reflexiones, bien por una especie de instinto; (si puedo explicarme así) mas este móvil de acciones por el que nos hemos decidido, sea cual fuere, es necesario que dé impulso, despierte y estimule á los otros móviles. La conformidad, pues, de mi genio, de mi carácter y de mi organizacion con las risueñas doctrinas del placer que enseñaba Aristipo en la Grecia, llenas de nuevos atractivos por las deliciosas lecciones del maestro de la poesia, Horacio, y después del pensador francés Montaigne, que ha sabido imprimirle el sello de la dulzura y del encanto; he aquí el primer vehiculo de mis acciones; mas siempre va unido con los medios que busco para perfeccionarme, apoyado con el deseo de la felicidad, fortalecido con el respeto á las reglas de la obligacion, y perfeccionado con el auxilio de las verdades religiosas, que forman el mayor complemento de las morales; yo amo estos principios que son el fruto de mis estudios y de mi mas íntimo convencimiento, porque á ellos creo deber la tranquilidad y sosiego que he disfrutado en mi vida, y las halagüeñas esperanzas que me animan para lo futuro; mas yo no pretendo hacer la apologia de ellos, tampoco trato de buscar prosélitos, ni mucho menos quiero formar sistemas.

Mis principios religiosos distan mucho de la supersticion, y mas aun del ateísmo, pues repugna á mi razon, chocar con sus santísimos

tos y destruye mis mas queridas esperanzas.

Respeto al hombre de bien, cualquiera que sea su creencia y su opinion, abomino la intolerancia, porque he sido enemigo de los extremos, y por esta razon, continuamente repito aquella sabia máxima de un antiguo filósofo: *ne quid nimis.*

En materias políticas, jamas entro en prohabilitades ni apartencias, y mis juicios se deducen del estudio de la historia y del conocimiento del hombre.

Amo á mi patria, y me causa suma tristeza el pensar en su suerte, pues la historia me enseña que ningún pueblo pasó repentinamente de la esclavitud á la libertad, y que las naciones, lo mismo que los hombres, solo son grandes cuando lo pueden ser por sí mismas. Grecia era una republica libre, y ¿lo fué acaso bajo la dominacion romana? No nos engañemos voluntariamente, una nacion solamente es libre cuando tiene fuerzas con que hacerse respetar, y con que poder resistir los ataques de un poderoso.

El principio de nuestras oscilaciones políticas, marca exactamente la época de mi nacimiento; y yo creo que para ser verdaderamente libres é independientes, ha de preceder una generacion, porque los groseros errores y arraigadas preocupaciones que hemos heredado de nuestros antiguos amos, y de tres siglos de servidumbre, solo podrán disiparse por medio de la ilustracion, cuyos pasos y progresos son lentisimos, y ame. quedaran esperanzas de ver organizada á mi patria permanentemente.

Pocos servicios creo que se le habrán hecho al género humano de tanta importancia, como el que le prestó el Ciudadano de Ginebra con su Contrato Social: yo hallo ideas divinas en este pequeño libro, á él me parece que se le deben las mejoras que cada dia se hacen en la ciencia social, si ha hecho conocer al hombre su dignidad y sus mas sagrados é inalienables derechos, y él, en fin, ha fijado el origen mas justo y racional de las leyes y de las sociedades; puede ser una ficcion, mas en tal caso, yo desearia que este contrato se celebrase solemnemente. ¿Y que hombre que se halle en su juicio no lo preferirá á la absurda suposicion de Hobbes que llega á envilecer al hombre?

Alguna vez me aluciné la opinion de Bernardino de San Pierre, y de Juan Jacobo Rousseau, y creí al hombre virtuoso por naturaleza, y malvado por los estímulos de la sociedad. Milicias espira en los calabozos de Atenas, Teístocles muere espatriado, Alejandro VI es un monstruo execrable de crimen y de horror, Carlos IX, es el azote y verdugo de la Francia,

Cromwell se hace protector de la Inglaterra, y á la sombra de las leyes ejerce la mas horrible tiranía; mas ¿no es un delirio pensar en un estado de pura naturaleza, que jamas ha existido? El hombre nace en todas partes con pasiones, una mala educacion las desenvuelve, las desarrolla el ejemplo, y crecen mucho mas por desgraciadas circunstancias.

Mi temperamento, es sanguíneo, nervioso y mi espíritu fuerte: mis pasiones todas son vehementísimas, y la que me domina es el amor: este para mí, es una necesidad, pues sin amar y ser amado, la vida me seria una carga, un peso insoportable.

MI corazón repele todo aquello que le atormenta; jamas aborrezco, y he aquí la causa por que entre mis pasiones no se halla el odio.

Norrecuerdo haber visto una desgracia sin conmovirme, y muchas veces mis lágrimas se eslizan con la lectura ó narracion de las penas y aflicciones de mis semejantes.

A todas horas me hallo dispuesto á servir ó favorecer; en lo que puedo, al que me necesita, pero me mortifica sobremanera el que me hagan algun servicio.

Mis entretenimientos, diversiones y recreos consisten en la dulce amistad, en la continua lectura, y en las decentes representaciones del teatro: abomino las corridas de toros y detestó las peleas de gallos, pues un corazón sensible jamas podrá familiarizarse con semejante inhumanidad y barbarie.

Yo maldigo á la hipocresia y disimulo: mi máquina toda se trastorna, cuando recuerdo la serenidad con que Neron dió la pouzoña á su hermano Británico, y presencié las convulsiones que sufría antes de espirar, aquel monstruo toca y canta ardiendo Roma, porque ya se habia connaturalizado con el crimen, porque ya tenia cierta conformidad con su organizacion.

Temo mucho mas á mis reflexiones que á mis sentimientos, y por esto siempre he preferido un cruel desengaño, á la incertidumbre.

Mi confianza no tiene limite ni restriccion para la persona á quien me fio.

Yo no me engaño nunca con ilusiones, me entretienen un momento; pero no me llenan, solamente las cosas positivas me satisfacen.

„El mas encantador objeto de la naturaleza, es el mas capaz de mover un corazón sensible y de conducirlo al bien, lo aseguro, es una mujer amable y virtuosa.“ Este pensamiento, sin igual, que es de Rousseau, fué tambien mio aun antes de leerlo en aquel filósofo, y nunca me cansaré de repetirlo, por que las mugeres

Vicio Mexicano.



DIRECCIÓN GENERAL DE

Modas.

TOM. I.

de quienes recibimos las primeras impresiones que nos acompañan hasta el sepulcro, son las únicas capaces de dar á la patria buenos ciudadanos. Esparta, Grecia y Roma, nos ministran la prueba; mas si se desculda la educación de esta bella mitad del género humano, si únicamente el orgullo y el capricho la ha de gobernar y dirigir ¿por qué nos admiramos al ver entre nosotros enlugar de Espartanos, Sibaritas?

Yo no estoy de acuerdo con los ascéticos rigoristas que llaman dello al amor; para mí es un destello de la divinidad, es un germen de todos los afectos mas dulces, y de cuantas deli-

cias puede gozar el hombre, es un entusiasmo que abraza todos los transportes de la imaginación, y todas las sensaciones sublimes, es en fin, un impulso de agradecimiento hacia el Criador.

Mis pecados de amor, que son los únicos que me podrán imputar, los manifiesto sin disfrazar, por que nada sé disimular ni fugir; yo amo, yo busco el placer; pero mi corazón no es corrompido, y desecha los deleites que ofrecen el vicio.

Estoy lleno de debilidades y defectos; pero no de crímenes, ni delitos.

Abril 18 de 1844.

FELDT.

MODAS.

Aunque mayor placer tengo y estoy mas en mi elemento cuando escribo para las damas, mi cargo de redactor me obliga á prescindir algun tanto de mi gusto, y consagrar un artículo de vez en cuando á la mitad fea de la especie humana, y á la que para servir á vds. pertenezco. Así, pues, como no todo ha de ser *vida y dulzura*, y los querubinos, vistos á buena luz no tienen sexo, aunque yo me haya querido acoger al tementino, bueno será haga algo en obsequio del otro, que si está de mi olvido un poco quejoso, no deja para ello de tener razon. Mas vale tarde que nunca, dice el refran, y para confirmar esta verdad, satisfago mi deuda y espero dejar contentos á mis suscritores elegantes, ó que aspiran á serlo.

Partiendo del principio inconcuso de que invierno y verano son dos cosas distintas, y que por consiguiente las exigencias del uno no deben ser como las del otro, y habiendo comenzado á explicarse el segundo, indispensable es proscribir cuanto revela Febo, y adoptar un traje ligero y fresco, que en ninguna parte conviene mas que bajo nuestro ardoroso cielo. Géneros delgados y colores claros son los caracteres distintivos de la estación, así es que los casimires llamados de *verano*, las *sedas*, los *piqués*, los *driles* y particularmente los géneros que llevan el nombre de *tonnia* y *popeline*, últimas concepciones de la infatigable moda parisiense, son los preferidos por los jóvenes de buen tono.

Los *Sacs*, ó *smetout*, que son de tanto gusto para mañana, y para llevarse por la noche al teatro, se hacen ahora de *tonna* gris, de solapa ó derechos, siendo mas elegantes los primeros; cuello y vueltas de seda del color del sac ó negra. Exteriormente llevan de ordinario tres bolsas, sin guarnicion ninguna, y se acompañan perfectamente con pantalones de dril rayado y chaleco de *piqué*. La variacion mas notable en el traje actual, consiste en la forma de los chalecos, que tiene su poco de analogía con la que empleaban en México los sastres del tiempo de Iturrigaray. He visto retratos de esa época en que se encuentran chalecos muy semejantes al que lleva la segunda figura de la estampa. Pero sea lo que fuere, esta es la moda, y como todas las de su sexo, manda dictatorialmente y quiere ser obedecida sin réplica.

Los chalecos, pues, simbolo de la inmensidad, y fiel imagen del progreso del siglo, invaden ya mas de lo debido el territorio del pantalón, á quien parece tratan de dominar con yugo ferreo. Se hacen de dos maneras, con vueltas y sin ella, ambos son muy elegantes; pero si algo vale mi opinion en el asunto, deben preferirse los derechos por mas sencillos, y sobre todo, por mas raros. Es costumbre dejar sin abrochar el último boton, signo de un estudiado *negligé*, y á veces para que ni la tentacion le ocurra á un pobre diablo de contravenir á tal precepto, los sastres cuidadosamente tie-

nen á bien suprimirlo con el laudable objeto de que *velis nolite* quede algun tanto abierto. Los derechos generalmente se hacen de *cachemir* caña y boton dorado, y tambien gustan mucho de *piqué* blanco con boton igualmente dorado. Para los de vuelta, aunque nada impide que se hagan de otra materia, se prefieren la *seta* y *popeline*, siendo estos lo mas *mode, último y perfecto* de la elegancia. Las sedas de aguas son grandemente apreciadas.

Casimires de verano y driles, es hoy lo de mas gusto para pantalones, y los primeros, rayados ó á cuadros, (frase técnica) agradan más que los absolutamente lisos, cuando se llevan con levita ó frac de fantasía; pero no son buenos compañeros de un frac de eliqueta, sino los lisos de color claro, y sobre todo, los negros.

Las levitas se llevan hoy algo cortas de falda y de inmensa solapa, quizá por el sistema de las compensaciones, y los colores mas en uso son el verde, el color de vino y el azul. Nuestros buenos amigos y colaboradores, MM. *Cassac y Gaillard*, (6) cuyo establecimiento puede llamarse el foco de la elegancia, y el santuario del buen tono, nos han enseñado una multitud de preciosos géneros que acaban de recibir de Paris, entre los que merecen una mención especial el *tonine* gris para paletós, primorosos cortes de chaleco de *popeline*, y sobre todo, un magnífico paño azul *imperial* para levita, que arrebató los corazones.

Si dudáis, suscritores queridos, de mi verdad, no hay más que acercarse á la calle del Espíritu Santo, allí encontraréis áncbo campo donde aliviar un poco el bolsillo, por si estuviere demasiado lleno, y llevaréis en cambio piezas esquisitas que os harán el modelo de algunos pelímetros, y os atraeréis quizá con ellas las miradas de algunas chichetas.

Continúa imperando en los fracs la moda de los anchos faldones, y las solapas son asimismo de primera magnitud. El negro, el pasa, el ala de mosca, son los colores dominantes, y algunas veces gruesos bolones de metal de com-

[1] Calle del Espíritu Santo.

plicado dibujo, decoran ambos lados de las casacas. Así para esta pieza del vestido, como para pantalones, es acreedor *Sorani* (2) á que se le cite con elogio. En linea de corbatas, la estacion exige que sean ligeras, mascaradas ó pañuelitos, generalmente de cuadros, excepto en las grandes ocasiones, para las que se reservan las corbatas negras de raso.

Los sombreros se llevan de ala ancha y copa alta, un poco mas ancha por arriba. El *paternum* en la materia es *Ancessy*. (3) Su buen gusto y el excelente material de que usa lo recomiendan; pero he visto tambien algunos sombreros de *Falcony*, (4) especialmente blancos, que son sin duda el *chef d'œuvre* del ramo.

Shüller (5) continúa gozando del buen nombre que su pericia en el arte le ha adquirido, y á pesar del calor go tiene como mas elegante el pelo largo y rizado en torno de la cabeza. Un abundante surtido de perfumeria, guantes y basillones, da nuevo atractivo á su tienda, visitada ya por las primeras notabilidades de la moda.

Estas son, amigos míos, las noticias que tengo por ahora. Ven vds. si soy complaciente cuando, por ponerlos al cabo de las novedades masculinas, dejo de tener un rato de conversacion con mis nunca olvidadas suscriptoras. Hubiera podido muy bien omitir este artículo, disculpándome con que ya habia pagado por mí el bueno de Asmodeo; pero como para entre nosotros, tuve aquella alusion borriacal por una solemne malacianza, no he querido dejar de decir á vds. algo de sustancia, y con la formalidad y buena educacion que todo el mundo sabe.

Así, pues, atentamente me despido hasta otra vez, besando á vds. la mano, suponiendo que la tengan limpia, y ofreciéndome á sus ordenes.

QUERUBIN.

[2] Calle de la Palma.

[3] Portal de Mercedera.

[4] Portal de Agustinos.

[5] Calle 2.ª de Piateros.

LITERATURA ALEMANA.

Aunque la lengua alemana, sin disputa, la mas rica de cuantas se hablan hoy en Europa, no haya sido absolutamente cultivada entre nosotros, no por eso nos son desconocidas las producciones de algunos de los mas distinguidos ingenios alemanes. No puede negarse, sin embargo, que el conocimiento que de ellos se tiene es generalmente imperfecto y superficial, porque sobre ser fundado en traducciones francesas, no todas de grande mérito á la verdad, el número de estas es bien reducido puesto que se limita á ciertas obras entresacadas del inmenso catálogo de autores que ha producido y produce uno de los pueblos mas fecundos de Europa. Es igualmente cierto, por extraordinario que parezca, que los traductores de Francia, á pesar de su actividad y diligencia, no han conseguido todavía trasladar á su lengua todos aquellos escritos inmortales que el orbe literario mira, y con razon, como otros tantos filibres de gloria que han ganado las diferentes naciones de Alemania.

Y si no todo lo que mereció los honores de una traduccion es traducido, no es solamente por la razon que ya he insinuado, sino porque la literatura alemana abunda, cual ninguna de las modernas en producciones de un género tan nacional y característico, que no siempre es dable trasladarlas á otro idioma sin desfigurar su misma esencia justisimamente. Esto tal vez habrá sucedido con la pequeña traduccion que va en seguida, y á no ser porque el original tiene bellezas de tal gerarquía que, por mas estropeadas que hayan sido, algo han de conservar de su primitiva sublimidad, aquella consideracion nos habria refráido de tomar la pluma, sobre todo, no ignorando que un escritor aleman refiriéndose precisamente al célebre autor que hoy hemos elegido, á Juan Pablo Richter, nombre verdaderamente popular en toda la Alemania, y poco ó nada conocido entre nosotros, dice así:

„Solo algunos fragmentos de sus obras son conocidos de los estrangeros, pues la mayor parte de ellas es y será siempre intraducible (1).

Juan Pablo Federico Richter (continúa el mismo), conocido comunmente bajo el nombre de Juan Pablo, es uno de nuestros mas eminentes escritores: nobleza y elevacion de sentimientos, fecundidad prodigiiosa, imaginacion inagotable en bellisimas imágenes, sublime estilo, todo lo bueno en fin, todo lo bello se encuentra en los escritos de este autor.”

Contrayéndonos ya al *Sueño Terrífico*, (Der Schaudervoller Traum), creemos que de preferencia á nuestra propia opinion sobre su mérito, conviene citar alguna otra respetable, y al efecto traducimos la del profesor Klatowsky. „Este sueño, dice, tan atrevido como poético, es una de las mas bellas composiciones de la literatura alemana. Hállase en él como hacidos todos los horrores que deberian presentarse á la mente de aquel que tuviese la infelicidad de llegar á ser *Ateo*.”

Juan Pablo mismo hablando de su sueño, dice: „si algun día fuera yo tan desgraciado, que viesse amortiguados en mi corazón todos aquellos sentimientos que atestiguan la existencia de Dios, me estruñeria yo mismo recordando mi sueño, me curaría con su lectura y recobraría mis sentimientos.”

Con lo dicho queda suficientemente aclarado el espíritu de esta produccion, y para concluir advertiremos, que si su mérito no corresponde á la expectativa de los lectores, la culpa no es del inimitable Richter, sino de nosotros sus intérpretes.—LUIS MARIÑER DE CASTRO.

SUEÑO TERRÍFICO.

Cuando vimos contar en la niñez, que á media noche, hora en que el sueño casi embarga nuestras almas, los muertos se incorporan y salen de la tumba, y que en el santuario se ponen á imitar las ceremonias religiosas de los vivos, acóntecese que entramos horror á la muerte á causa de los rumores, y en la misma soledad de la noche desviámos nuestras tímidas miradas de las anchas claraboyas del templo, temerosos de investigar si es ó no emanacion de la luna esa luz tremula que por ellas resbala.—Los placidos sueños de la infancia, y mas todavía sus

(1) La primera edicion completa de ellas fué hecha en Berlin, 1825, y consta de 60 tomos en 8.ª

terrores, se reproducen no pocas veces en nosotros, y revivíendose de lucientes alas, revolotean en la mente del hombre cual lucierniagas, mientras dura la breve noche del alma.—No apaguéis ese rocio de menudas chispas de oro dejados por piedad aun aquellos ensueños penosos y sombríos, que cual medias finitas realzan y se desprenden del triste cuadro de la realidad. ¿Y qué podría darsenos en lugar de estos ensueños, que del terrible estruendo de la catarata nos transportan á la apacible altura de la infancia, en que el río de la vida se desliza mansamente por la pradera, y endereza su curso silencioso hácia el abismo que ha de tragar sus aguas, las mismas en que poco antes se miraba el cielo?

Tendido en el campo y mirando al sol, estaba yo una calurosa tarde de estío, y me quedé dormido. Soñé que me hallaba en un cementerio y que el reloj de la torre, que daba las once de la noche, me había hecho despertar. En el desierto cielo buscaba yo al sol, creyendo que un eclipse era el que me lo ocultaba. Abiertos estaban todos los sepulcros, y una mano invisible abría y cerraba las herradas puertas del osario. Por los muros del templo, discurrían sombras que nalgan cuerpo originaba, y otras sombras se lanzaban erguidas en medio del aire amarillento. En los atardeces entreabiertos solo los niños respiraban y dormían; de lo alto del cielo caigaba un pardo sortinaje, formado por la niebla, y que como una red iba estrechándose y haciendo el aire sofocante. Por encima de mí caía una red que al bajar se hacía sentir el primer sacudimiento de un espantoso terremoto. Dentro del templo resonaban dos alaridos penetrantes de tal fortaleza, que hubando entre sí vanamente por formar armonía, lo hacían vacilar en sus cimientos. De tiempo en tiempo asomaba por las claraboyas la luz de los relampagos y luego caían gotas de hierro y plomo derretidos.—La red de la niebla y los sacudimientos de la tierra me impelieron hácia el santuario, á cuyas puertas estaban dos basiliscos que arrojaban fuego por las hocas.—Pasé por entre sombras descoñocidas, en cuyo aspecto se miraba impresa la huella de los siglos. En torno del altar vacío estaban todas y palpaba su pecho, no su corazón.—Solo un muerto, recientemente sepultado, permanecía tranquilo en su atad; su pecho no latía, y en su rostro apacible estaba escrito un sueño feliz; pero tan luego como yo penetré en aquel lugar, volvió de su sueño y desapareció de sus labios la sonri-

sa; despegó trabajosamente sus párpados; dentro de ellos no había ojos, y su corazón era una llaga. Levantó en alto las manos y las encavijó en actitud suplicante; pero sus brazos se desprendieron del tronco y así dobladas cayeron sus manos en el pavimento. Allí en la bóveda del templo se veía el cuadrante de la Eternidad, en el cual no había números, pero un dedo negro apuntaba hácia él y los muertos querían leer ahí el Tiempo transcurrido.

Y de lo alto del templo descendió sobre el altar una figura llena de magestad, en cuyo rostro estaba pintado un dolor eterno. Y todos los muertos exclamaron: ¡Jesucristo! ¿no hay Dios?

Y Cristo respondió: „no lo hay.“
Todas las sombras de los muertos temblaron y á fuerza de estremecerse fueron desbaratando una por una. Y continuó Cristo diciendo: „A través de este espacio poblado de mundos, me remonté hasta los luminares del vacío; siguiendo la vía lactea, recorrí el inmensurable sermo de los cielos, y no hallé á Dios! Y descendí tanto, tan profundamente, que llegué á divisar la última sombra del último Ser que goza de existencia, y asomandome al abismo, prorumpí: ¿En dónde estás, oh Padre? y tan solo llegó á mis oídos el bramido de la tempestad que ningún vazo reptame; y el tornasolado arco-iris de los seres brotados de la nada, estaba formado allí, encima del abismo; mas no se veía el sol que le engendrara; gozaba el arco-iris, y cada gota era un mundo que se desplomaba hácia el abismo. Levanté mis ojos buscando el ojo de la Divinidad, y vi tan solo una órbita vacía, busca y renegrida; la Eternidad yacía estendida sobre el caos, y para alimentarse estaba royendo de continuo y volvía luego á arrojar lo que había devorado.—Alaridos penetrantes, no ceséis; y ayudad estas sombras porque *él* no existe.“

Las descoloridas sombras se diseminaron por los aires y desaparecieron cual niebla que habiendo formado forma al congelarse, se derrite al aliento del sol. Todo, todo quedó vacío, y ¡oh dolor! entraron de tropel en el Santuario los niños que estaban en el cementerio sepultados, y arrojándose á los pies de la figura magestuosa que permanecía gime sobre el altar, dijéronla llorando: ¿es verdad, ¡oh Jesús! que no tenemos padre? y respondió el arrojando torrentes de lágrimas.—„Padre! Todos somos huérfanos, ni yo ni vosotros lo tenemos.“

Dejáronse entonces oír con dulce fuerza, los alaridos discordantes; los muros del templo destrabáronse, y se hundió, y los niños con él; la tierra y los soles todos hundiéronse también.

La fábrica del universo, con toda su inmesidad se precipitó igualmente en el abismo. En la alta cima de la naturaleza estaba Jesucristo contemplando al universo, y los lumináres que en él hay, como asomado á la boca de una mina condenada á perpetuas tinieblas, y en la cual aparecían los soles como lámparas opacas de minero, y la vía lactea con sus estrellas todas cual angosta vena de plata.

Y como Cristo viese el desconcierto de los mundos, y que cual fuegos fatuos cruzaban el espacio en direcciones estraviadas, y como viese también un sinnúmero de corazones hinchados que palpítaban aun, y que un mundo en pos de otro arrojaba al mar de la muerte oleadas de relucientes espíritus, y que allí se despararraban y morían como desaparecen y se apagan las chispas relumbrantes, que desde un arbol de fuego, quemado en medio de las aguas, se levantó grande y sangustioso, y alzando el rostro á la vacía inmesidad, hácia la nada, exclamó: „¡Oh, nada, siempre nada! ¡Dehirante fatalidad! ¡Conocéis todo eso que está debajo de vosotros? Cuando aniquillareis por fin esa máquina y á mí también? ¡Ciega fatalidad! ¿Sabes siquiera á dónde le encaminas cuando llevas en pos de ti al huracán, y atravesado la lluvia de oro, de las estrellas que cintilan, vas apagando un sol y otro sol? ¡Qué funebre soledad reina en el vasto pantón del universo!—¿Cada uno cree estar solo en él.—¡Padre! ¡Padre! ¿en dónde está tu pecho, para que repose yo? Si cada cual es su propio hacedor, su propio padre, ¿porqué no le es dado ser también su ángel esterminador?—

„Es por ventura un hombre el que está encima de mí ¡ah! ¡desventurado! tu vida no es sino un suspiro de la naturaleza, su eco solamente, y así como esos átomos de polvo, esa nube de mundos formados de las cenizas de los muertos, son únicamente perceptibles, merced á los rayos de luz que el sol despidió, así también tu mísera existencia solo es percibida mientras no envuelven al mundo las tinieblas. Mira dentro del abismo. ¿No ves comode Océano de la muerte va alzándose una neblina preñada de mundos? es el *Porvenir*. La otra que en el confin opuesto va bajando, es lo *Presente*. ¿No aciertas á columbrar en ella á la *Heera*?—

Y diciendo esto, dirigió Jesucristo sus miradas á la mansion del hombre, sus divinos ojos se arrasaron en lágrimas, y desprendiéronse estas razones de sus labios: „¡Ay! cuán feliz era yo aun cuando estuve en la Tierra, no había perdido á mi Padre; subía yo hasta la cima de los montes y contemplaba desde allí lleno

de júbilo el espacio firmamento; estrechaba contra mi pecho lacerado su benigna imágen, y aun al sentir la muerte mas acerba, templábase en gran manera mi dolor, si decia: ¡Padre mío, mi Padre, arranca ya á tu hijo esta mortal vestidura que destila sangre, levántale á ti, hévale á tu corazón!—¡Venturosos los moradores de la tierra si, vosotros creéis todavía en *él*! En este momento se traspone acaso vuestro sol, y todos á una daís en tierra de rodillas, rodeados de flores, bañados los rostros con el fulgor de las auroras, y derramando lágrimas de gozo, levantáis, en alto las hendidas manos, y exclamáis: „También de mí te acuerdas, Dios infinito, ves las llagas de mi pobre corazón, y después de la muerte me acogerás en tu seno, y blandamente me las cerrarás.“—¡Desdichados! después de la muerte no serán cerradas... y cuando el mísero mortal sucumbiendo á las penalidades que le agobian, descansa tendido en tierra y sueña que el día de mañana se hallará en la region donde tienen susiasiento la Virtud, la Alegria y la Verdad; despertará en medio del caos, coligado en las tinieblas de la noche eterna, y nunca llega la aurora tan deseada, ni la mano que cicatriza las heridas, ni el misericordioso padre de las criaturas!—Mortal que junto á mí estás, si vi ves todavía, arrodíllate, dirígelo una plegaria, porque sino, te has perdido para siempre.“

Y cuando prosternado tendí la vista por el espacio, miré á la serpiente de la Eternidad que se enroscaba al rededor del universo; los anillos que se desprendían iban enlazándose en torno de los mundos; comenzó, en seguida á comprimir y estrujar entre sí á las esferas, y desmoronándose el templo flimitado de la naturaleza, quedó súbitamente convertido en cementerio, donde todo era confusión, hacinamiento y angustia. Un martillo de prodigiosa dimensiones iba ya á descargarse para dar la última hora del Tiempo, cuando yo desperté...
Sullorrense las lágrimas de gozo al considerar que todo fué un sueño, que todavía me era dado rugar á Dios y bendecirle. El llanto que bañaba mis mejillas, el júbilo de que mi espíritu estaba poseído, y la fé que confortaba mi alma, fueron por entonces mi única plegaria. Próximo á su ocaso estaba el sol cuando yo me levanté, y los rayos del crepusculo reverberaban en la tina. Al rededor de mí se percibían mil sonos gratos al oído, mil apacibles armonías de la naturaleza, que producían en mí ser una impresión tan suave y melancólica como la vibración de la campana que, á lo lejos, suela oírse en medio de los campos cuando comienza á anochecer.

FATALISMO.

ERA á la sazón uno de los días del mes de abril del año del Señor 1770, cuando en las sierras que dividen las Castillas en la parte que mira al Medio-día, donde jamás el silencio había sido interrumpido mas que por el ruido que formara el derrumbamiento de alguna peña arrancada por el buracán, y de los buñes ó buitres carniceros que en sus grietas andaban, y á siete leguas de la capital de España, se dejaba ver y oír con asombro contra tan inalterable costumbre, el movimiento mas vicior que ocasionaban miles de operarios, que en diferentes ramos esgrimían con afán los conocimientos de sus artes respectivas. —Por una parte multitud de parejas de cansados buyes descendían por los tortuosos caminos de Guadarrama, conduciendo á su fuerte impulso enormes vigas que depositaban aquí ó allí, según para lo que fueran destinadas; por otra el membrado brazo, ó la tronante explosión de la pólvora, arrancaban de las canteras ponderosas moles, que el vasto picapedrero al golpe de su cortante pico desbastaba dejándolas en figura forme y en estado de pasar á manos del que dirigiera un acerado cincel, que al toque de suave martillo forrara con delicadeza un esbello fusto, un hojado capitel, ó un suntuoso arquitrabe; mas allá se levantaban gigantes andamios, que en estension continuá de un cuarto de legua desafiaban en elevación á los altísimos riesgos que en su alrededor pasaban. Multitud de tiendas de campaña, chozas de adobe y peja, y almacenes de madera, todo provisional, ocupaban un espacio de dos leguas, sirviendo de asilo contra la intemperie á más de 20,000 operarios, y á los materiales que se acumulaban para la grande obra que con albrico se tenía entre manos: en fin, siete años cabales se cumplían en aquel día que había sido asentada la primera piedra, de la que había de ser la octava maravilla del universo; es decir, que se estaba á la tercera parte del gran monumento que se levantara en conmemoración del triunfo obtenido contra los franceses en la nunca bien ponderada batalla de S. Quintín. —En este sitio, y á distancia de la multitud veíase un hombre como de 40 años, que con semblante risueño y aire marcial, cantaba alegre al son de su dentado martillo refundiendo un sillar. A muy

pocos pasos, y hacia su costado izquierdo, veíase otro de rostro escudido y mirar penetrante; cuya cabeza cubría un sombrero de copa piramidal trunca, envolviendo su enjuto cuerpo un angosto gaban, el cual inmovil y en pie, como estatua muda, parecía el genio fatal, que de hito en hito observaba á tan distraído operario; mas este, sin curarse del que tan cerca tenía, seguía picando, y cantando así:

Es el fatal destino
Tan inimitable,
Que al que nace pa pobre
No hay quien lo ampare
Y esto es tan cierto,
Como sacare un ojo
Y quedar tuerto.

Aproximándose mas el gaban, dijo: „Fatalista sois en demasía!“ A esta voz alzó el distraído la cabeza, miró con indiferencia al que le hablaba, y apoyándose sobre el mango de la piqueta. „Es verdad, contestó, mas no lo niego; pero tambien lo es que no encontrareis otro tan resignado como yo con su mala estrella.“ „Si lo creo; pero esa vuestra cantilena, manifiesta bien la ninguna confianza que tenéis en Dios: todavia sois joven, y podierais disfrutar de los bienes que, con mas fé, os regalara el tal Señor.

—„Mas joven soy de lo que aparente, decía sonriendo, y mas desengañes cuento de los que creéis.“

—„¿Qué edad tenéis?“

—„A los veinte años salí de la casa paterna, sin mas caudal que este pobre oficio que veis; cinco mas servi en los ejércitos del rey, peleando por él dentro y fuera de mi patria, al cabo de los cuales se me dió la licencia absoluta á causa de una herida recibida en este muslo, única recompensa que obtuve. Embarqueme despues para las Indias en pos de fortuna, pero al tercer dia fué apresado el buque por un corsario argelino, y quedé cautivo arrastrado por dos años la cadena de la esclavitud. En union de mis compañeros fragué una conspiración: estallo ésta, y pude escapar de la mazmorra no sin un golpe de cimitarra que me cruzó el cráneo. Arribé á Mahon, desde donde persistiendo en mi proyecto á fuer de buen español, embarqueme para las Indias por segunda vez; en

esta fui mas afortunado, pues llegué á la otra banda sin el menor contratiempo. Allí un honrado mercader me protegió: con esto y mi conducta pude juntar en seis años un corto capital suficiente á llenar mis deseos: con él regresaba á mi patria, pero al frente de Sto. Domingo sobrejino un fuerte temporal que nos estrelló en sus costas, tragando el piélogo el fruto de mis afanes. Permanecí en la Isla algun tiempo, hasta que compadecido de mi suerte un capitán de buque, me retornó gratis hasta las costas de la Peninsula, viniendo de allí á pie hasta donde ahora me veis.

—„No me parecen tan largas ni tan desastrosas esas desventuras, para que así desconfiéis. —A vos os parecerá lo que mejor os cuadre, pero consumir catorce años de lo florido de la vida, para conseguir dos heridas que proporcionen una vejez prematura y cerrar los ojos en un hospital, me parece suficiente á tener libertad para pensar de diferente modo que vos.

—„Sí, pero en esas mismas desventuras, se deja ver claramente la mano de Dios, que siempre os ha sacado adelante, y debéis creer firmemente que en este mundo todo se recompensa, y tal vez.... tal vez....“

—„Sí, tal vez....! Tal vez para vos, si á uno le pegan un trazo que lo echen al otro barrio; con tal que lo entierren con música queda recompensado....“

—„Muy al extremo llevais las cosas; tomad este sello, dijo sacando de una limonera que pendiente de la cintura traía debajo del gaban, y le dió un pergamino, él os franqueará la entrada en Palacio donde yo vivo, y allí probareis, espero, lo que tanto os cuesta creer: con que hasta mañana.... espero no falseis,“ y echó á andar.

—„Mucho me holgaré de ello, contestó, y continuó la tarea.

Al día siguiente no faltó el incrédulo á la cita, pero quedó sorprendido al hallarse mano á mano con D. Felipe II. Este de antemano había mandado hacer á su repostero tres enormes pastelones, dos de ellos rellenos de pechugas de ave, y sabrosas trufas, y el tercero restante rebullido de doblas de oro, los cuales se veían sobre una mesa en aquella estancia.

Por de pronto, dijo el rey al incrédulo, elige uno de esos pastelones, y luego hablarémos.—Obedeció, teniendo el cuidado tan mala dicha, que echó mano á mo de los rellenos con trufas, lo cual visto por el rey, le volvió á decir, —Mañana á la misma hora te espero.

Obedeció el cantero, y al siguiente día volvió á presentar. —Ya no nos restan, dijo el rey, mas de dos pastelones, conque así elige uno. —Volví á escoger, teniendo igual suerte que el día anterior.—Convencido el rey de no conseguir su objeto, se lo mandó dejar, y cogiendo con sus manos el relleno de oro poniéndolo en las del cantero: „Toma, lo dejo, se feliz, y en lo sucesivo nunca vuelvas á desconfiar de la suerte.—Al recibir el cantero el último pastel, bien pronto conoció por su enorme peso, el relleno que contenía, y despidiéndose alborozado por tan feliz aventura, salía por los corredores estasiado de placer; cuando al llegar á la gran escalera resbaló por ella hacia atrás con tal fuerza, atreventada sin duda con la carga, que pegando con el cogote en el corte de un escalón, quedó desmayado en el acto. Al noticiar al rey tan fatal desastre, pensativo y reflexivo quedó en extremo, pero no llegó á mi noticia cuáles fuesen sus reflexiones, por lo que creo que á nadie las reveló.—Mismo.

„¿Qué otra cosa es la historia de todos los priedios, sino el tejido de los mas horribles crímenes, el hacinamiento de las mas bárbaras persecuciones, y la compilación de las mas absurdas animosidades?“

La política ha elevado á la clase de dogma, este absurdo principio: canoizir los medios mas viles y reprobados, cuando por ellos ha triunfado una causa; y condenar la mas justa y santa, siempre que ha sucumbido: el término pues, con que el hombre de estado mide la justicia ó injusticia de las empresas políticas, es su *resultando*.

Los hombres sensibles y de pasiones vehementes, siempre sacrificarán en su juventud, honores, intereses, conveniencias y respetos, á las miradas de una muger.

El estocismo con que he visto soportar á muchas personas, la pérdida de los objetos mas caros al corazón; siempre me ha parecido la careta de la insensibilidad.

Si la tolerancia de todos los cultos, es un sueño, como algunos han creído, es semejante al del Abate de S. Pedro; es el sueño del hombre de bien, porque „contribuirá mucho, como dice el sabio D. Ramon Salas, al establecimiento de la unidad de un culto,“ y he aquí el primero y principal objeto que debe tener la filantropía.

La imaginación no puede figurarse un suplicio, una degradación, un martirio, semejante al que sufrirá una muger enlazada con una persona que abortece.—M. P. DEL LLANSO.

MEDITACION.

A MI AMIGO J. RODRIGUEZ VILLANUEVA.

Placén sublime y religioso inspira
al corazón magnífica tu frente,
mi voz para cantar es impudente,
y ronco son arranco de la lira:

Lágrima ardiente mi mequilla abrasa
de vergüenza y dolor cuando le miro,
y triste y melancólico suspiro
entre mis libros blanquecinos pasa:

Que si el hombre en su orgullo insano piensa
cantar de Dios las hondas maravillas,
iguales son para él las yerbecillas
y la montaña colosal, inmensa.

Ignorancia y error su mente ofusca:
espeso velo en derredor le envuelve,
y en vano por romperlo se revuelve
y envano luz en su delirio busca.

Y contrastando con tan vil escoria,
tu nevada cabeza sube al cielo
formándole las nubes blanco velo
y el sol corona de fulgente gloria.

Aureola de luz tu frente cñe
al espirar el sol en occidente,
y con su último rayo débilmente,
de oro y violeta tu semblante ñe.

Coloso aterrador, tú que levantas
á los astros tu espléndida cabeza,
tú que miras de lo alto con fiereza
la tormenta que gruñe allá á tus plantas....

Respondele, ¡ó volcán! ¿has visto acaso
el asiento de Dios? ¿su gloria viste,
la gloria de que inmenso se reviste
sentado sobre el sol en el ocaso?

¿Cuando vuela cercando de querubas
recorriendo el estenso firmamento
cual el rayo que rueda por el viento
así perderse entre lejanas nubes?

¿En medio de la noche tenebrosa
levantando su frente de diamante,
su frente brilladora y rutilante,
mas que todos los astros luminosa....?

No le yiste, ¡ó volcán! verase un día
cuando toque á su fin el triste mundo,
cuando doliente grito, un ay profundo
lance al sentir su misera agonía.

Entonces le verás, varón armado....
mas un velo de lágrimas echemos,
la frente entre sus brazos ocultemos,
piedad tendrá de su linaje amado.

Signe entre tanto inconstrastable, mudo,
volando por tu patria con tu hermano:
la suerte que le toque es un arcano,
mas tú serás su defensor y escudo.

De una virgen las formas encantadas
sudario triste y blanquecino oculta:
cuando el sol tras los montes se sepulta
se miran sus mejillas nacaradas.

Se pierde el sol, y palidez doliente
de nuevo cubre su semblante hermoso,
es de la tumba el lígubre reposo,
es el sueño que duermes eternamente.

Cuando sus formas céticas contemplo,
su tranquilo ademán, su blanco velo;
me parece alejarme de este suelo
como se alza el incienso desde el templo.

Y en éxtasis profundo embebecido
calma un instante de mi mente el fuego;
á contemplarte y meditar me entrego
y lo presente y lo pasado olvido.

Febrero 29 de 1844.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.

BIBLIOGRAFIA.

Es otra vez hemos hablado de una sociedad particular de medicina, compuesta en su mayor parte de jóvenes de talento y aplicación, y hemos presentado también una brillante composición de uno de ellos. Entónces indicamos lo placentero que sería para nosotros que los apreciables socios de esta reunión llevaran á cabo el proyecto que concibieron de dar á luz periódicamente sus trabajos. Se han cumplido ya nuestros votos, y con una satisfacción sincera vemos que el periódico anhelado va á aparecer.

Demasiado se ha escrito entre nosotros de literatura, con frecuencia engalanan nuestros periódicos los mas hermosos rasgos de imaginación y sentimiento, pero muy poco científico podemos presentar todavía, en especial de medicina. La utilidad de publicación semejante, creemos no será puesta en duda por nadie, y

que cuantos blasonen de amantes de su patria, apreciarán como es justo, los esfuerzos de la Sociedad Filoiátrica, por darle lustre.

Nosotros los primeros, damos el parabién á tan recomendables jóvenes, y les excitamos á no ceder en la noble empresa que los ocupa, deseando que su publicación tenga la brillante acogida que merece.

Como en su prospecto, que han tenido la bondad de remitirnos, desean ver el plan que se proponen seguir y dan una cabal idea de periódico, lo insertamos con mucho gusto, absteniéndonos de formar de él un extracto, como haríamos en otro caso, porque la manera con que está escrito es ya una prueba de la capacidad de las personas que han tomado á su cargo el desempeño de tan recomendable empresa.

PERIODICO DE LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

PROSPECTO.

Un movimiento intelectual, rápido y progresivo, arrastra á nuestra naciente sociedad: esta verdad, consuelo y esperanza de todos los buenos hijos de nuestra patria desgraciada, nos ha inspirado una idea que creemos útil, nos alienta para llevarla al cabo y nos consolará si se malogra, la de publicar un periódico de medicina.

Los médicos son ya hoy por fortuna reconocidos por ciudadanos útiles, y su profesion por un arte difícil y oscuro, pero harto distante de la adivinación. Esta feliz revolucion en las ideas de fecha no muy antigua y debida entre nosotros á los nobles esfuerzos de unos pocos hombres beneméritos, está por consumarse, y se consumará infaliblemente, si causas numerosas y decididamente contrarias, no la detienen en su marcha.

A esta revolucion hemos creído cooperar eficazmente publicando un escrito periódico, que

además de las ventajas notorias que traiga á los profesores de la ciencia, sea también para el público extraño á ella, un signo de que los médicos existimos vivamente: de que no somos la piedra molosa que permanece inmóvil debajo del torrente. La política y la bella literatura, las artes mecánicas y la agricultura, tienen su eco en nuestra sociedad: ¿por qué no ha de tener también el suyo la mas útil de las ciencias?...

Si el deseo de gloria ó miras de especulación mercantil, nos hubieran sugerido el pensamiento cuya realización anunciamos ahora, podíamos ya estar seguros del desengaño; pero no la tememos, porque estamos sinceramente convencidos de que el que intenta empresas de este género, debe ante todas cosas hacer el sacrificio de su amor propio y de su intere-

ses personales. Nos anima, sin embargo, y no tenemos embozo en confesarlo, cierta esperanza vaga de que se miran con indulgencia al ménos, los penosos, desinteresados y estériles esfuerzos que un puñado de jóvenes sin valimiento ni recursos, consagra al adelantamiento de su profesion y al beneficio público.

Todos los puntos de utilidad práctica, serán asunto de nuestro papel: las especulaciones y los sistemas rara vez tendrán cabida en sus columnas. La imparcialidad al juzgar de las opiniones, y la buena fe al referir los hechos, serán, osámos ciertos de ello, sus rasgos característicos. Evitaremos esperadamente provocar polémicas que no tengan un objeto científico ostensible; y en aquellas que nos ocupen, reinará siempre el tono comedido y el lenguaje decoroso y moderado que imperiosamente exigen las cuestiones literarias. Este periódico no es ni debe ser la obra exclusiva de la Sociedad Filodélfica: así es que aunque en sus archivos hay material suficiente para publicar el periódico cuando ménos por el espacio de un año, con toda puntualidad, invitamos sinceramente a todos los profesores de la república á que honren nuestras columnas con sus producciones, que nos serán muy apreciables, y esperamos que así lo harán hoy que, por la desgraciada cesacion del periódico de la Academia de medicina de México, el nuestro es el único de su género.

Inseriremos algunas memorias inéditas, sobre puntos prácticos de la ciencia. La etnica de los hospitales de esta capital y la nuestra propia, nos suministrarán gran parte de los materiales de que se componga el periódico, porque creemos que la ciencia está todavía bastante escasa de hechos escrupulosamente observados y referidos con conciencia: ya se entiende que solo publicaremos aquellas observaciones clínicas que dejen cualquier aspecto sean notables.

La medicina legal tan descuidada, ó mejor dicho, tan desconocida entre nosotros, y la higiene pública, nos ocuparán muy especialmente.

Procuraremos dar el análisis, ó por lo ménos una idea exacta y cabal de las principales obras que se publiquen en Europa, y traduciremos ó extractaremos los artículos mas notables de los periódicos franceses é ingleses. En una palabra, nos esforzaremos por poner á nuestros lectores al corriente de las invenciones, descubrimientos, innovacion es y adelantos que se hagan en la ciencia. Esta

parte de nuestro periódico, la mas trabajosa quizá, será acaso inútil para aquellas personas que pueden por sí mismas adquirir esas noticias; pero no puede dejar de interesar vivamente á aquellas que ya por su escasa fortuna, sus pocas relaciones ó por algunos otros obstáculos, no estén en estado de proporcionárselas.

Entre el sin número de dichos epigramáticos que se cuentan del eminentísimo Sr. Espada, obispo que fué muchos años de la Habana, en donde los recuerdos filantrópicos que dejó esculpido en aquella anilla á su fallecimiento harán eterna su memoria, oi referir á uno de sus contemporáneos, el siguiente.—A luego que este señor prohibió que en lo sucesivo hubiese frailes descalzos en su diócesis, se le presentó un carmelita de los que les comprendia dicha orden, en solicitud de, no sé que cosa; pero reparando en sus pies el obispo, y viendo que su mandato no habia sido cumplimentado por aquel religioso, le dijo con severidad: «¿S. R. ignora, acaso, la orden que tengo dada sobre el calzado?» A que contestó el religioso.—No la ignoro.—Pues luego, dijo el obispo, ¿cómo tiene valor de ponerse en mi presencia hecho un Saitro, con tanta pezuña? sobreengido el religioso con tal descarga, con mucha humildad volvió á decir: «Señor... mis votos... la penitencia á que estoy consagrado... y... Mas S. I. sin dejarlo concluir le replicó con presteza: «La responsabilidad de esos votos que tanto le escrupulizan, es mia; á S. R. no le toca sino obedecer; y en cuanto á la penitencia, duéño es de hacer la mas austera, yo no se lo impido. Desde ahora puede mandarse hacer S. R. zapatos con tres puntos ménos de los que calce su pié, y será cumplido su deseo y el mio.» y le volvió la espalda. El religioso confundido se retiró yendo en seguida á una zapateria á obedecer la orden del superior; pero es fama, según dijo el zapatero, que no la cumplió en todas sus partes, pues lo primero que encargó el tal religioso á el maestro, fueron zapatos holgaditos y no con tres puntos ménos como le ordenó S. I.—MIMO.

Para gobernar á los hombres, es necesario estudiar primero las pasiones, conocer las que dominan á cada individuo, y saber tocarlas con habilidad: presentad los objetos á todos al travez de un lente de aumento, ó disminucion, y de esta manera los guiareis por su voluntad, y sin que lo sientan, hasta el punto deseado.

M. P. DE LLANO.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

ANIL
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



Viceo Mexicano



D. LUIS DE VELASCO (hijo)
87. Virey de México

GALERIA DE LOS VIREYES DE MEXICO.

DON LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO,

CONDE DE SANTIAGO.

PRIMERA EPOCA.

1589.—A proporción que se aumentan las distancias se exageran también las noticias, por esto la revolución de Guadalajara tanto se desfiguró en Madrid, que se creyó evidentemente ya sublevada y próxima á perderse toda la Nueva-España. El rey desde luego pensó con seriedad en un sustituto para el Marqués de Villa Manrique á quien hacían cargo de todos los trastornos ocurridos, y era necesario nombrar una persona de calidad y de muy grandes tamaños. Los mexicanos por otra parte, conociendo y apreciando bastante las bellas circunstancias de D. Luis de Velasco, se lo pidieron al rey con reiteradas instancias para virey. Velasco llegó á México siendo virey su padre habia permanecido allí durante algunos años y puede decirse que era ya su patria; habia desempeñado entre otros cargos el de corregidor en Zempoala, siendo actualmente regidor en la corte de la Nueva-España, pues su plaza, aunque la dejó desde la llegada de Villa Manrique, no la habian provisto teniéndola aun por ocupada. Parece que un disgusto con el virey le hizo embarcarse para España en el mismo buque en que Manrique llegó. En la corte se le nombró Embajador á Florencia y vuelto de su misión recibió Felipe la noticia de la revolución y á ninguno juzgó mas á propósito para calmarla que á Velasco, que conocia bien á los mexicanos cuyas representaciones tuvo también el soberano en consideración y lo nombró en efecto virey, pues sabia además su grande amor á México. Antes de partir le entregó unos pliegos para el obispo de Tlaxcala (Puebla) al que nombraba visitador del marqués, y le encargó que no desembarcase por Veracruz donde tenia muchos parciales el virey y era de temer que accediese algun mal por tal causa, sino que llegara mas bien por Pánuco. Se hallaban en México los hijos de Velasco, que en este época era

ya viudo, los cuales eran D. Francisco el mayorazgo, D. Antonio, D. Luis, D. Martín, una hija casada y otras dos religiosas en el convento de Ilegina Caeli. A estos hijos le previno el rey los enviara á la corte para que se educaran, especialmente al mayorazgo que queria tener á su servicio; y Velasco en efecto los remitió en el año próximo.

En el mes de diciembre llegó D. Luis á Tamiagua y sabedor de que podia sin riesgo desembarcar en el puerto de San Juan de Ulúa, se hizo á la vela para él, y verificó allí su desembarco. Inmediatamente puso en manos de Cristóbal de Osorio los pliegos para el obispo de Tlaxcala D. Pedro Romano los cuales lo fueron llevados quedando de secretario de la visita el mismo Osorio.

1593.—El día 17 del mes de enero entró á México el obispo Romano para cumplir su misión y los Marqueses de Villa Manrique salieron para Texcoco en Acolman encontraron á Velasco que habiendo salido de Ulúa por el nuevo camino de Orizaba, y no por el corriente, hizo su viaje hasta Puebla de donde continuó su ruta por la vía ordinaria y se detuvo con Zuñiga dos horas, como decíamos, en Acolman llenándose de cumplimientos y ceremonias, vanas y estorosas mas no de corazon en esprocion de Torquemada. De allí partieron los Villa Manrique para Texcoco, y Velasco á Guadalupe, lugar en que se recibia constantemente á los vireyes, en el cual se les preparaban fiestas y al que llegó algo entrada la noche. En ella se le presentó una comisión del ayuntamiento quejándose de la audiencia la cual habia acordado, para el ceremonial del día inmediato, que los Relatores y secretarios presidieran á la ciudad contra una real cédula que prevenia lo opuesto. Esto prueba la grande estima en que eran tenidos en el mismo gobierno absoluto los cur-

pos municipales, cuando presidían, no solo á los oficiales de las secretarías, sino á los mismos Relatores y secretarios de la audiencia que formaban casi un cuerpo con ella, y la cual puede asegurarse que tenía una autoridad igual sobre poco más ó menos á la del mismo monarca. D. Luis de Velasco que contemplaba los males á que daría ocasión esta competencia no osó decidirla y suplicó á los comisionados que por bien de la paz cedieran de pronto y por aquella vez para no desazonar su entrada. Regresaron estos á México á dar cuenta al cabildo el cual habiéndolos oído protestó á salvo su derecho y acordó obsequiar los deseos de Velasco.

El 25 de enero en la tarde fué su entrada solemnemente: abrían la marcha al pique de soldados, una música militar y en seguida, por delante iban los maecros, á continuación los alguaciles de corte y los de la ciudad peleando la preferencia durante toda la carrera con los caballeros y la gente distinguida, después la ciudad; luego los relatores y secretarios y la audiencia presidida del virrey, quien montaba un caballo rico y bellamente enjaezado y á cuyos lados, teniendo las riendas marchaban á la derecha el corregidor y un alcaide ordinario, y á la izquierda otro alcaide ordinario y el alguacil mayor D. Diego de Velasco. Todo el acompañamiento era cerrado por tropas de infantería y caballería. El recibimiento fué sumamente suntuoso y extraordinario, llenos de júbilo los mexicanos, que veían al virrey como paisano, puesto que se había criado entre ellos y que en México conservaba algunas casas propias y una encomienda en Jutililán. La entrada duró hasta la oración de la noche yendo el virrey como los anteriores debajo de palio, cuyas varas llevaban los regidores, lo que el mismo había otras veces en iguales casos ejecutado.

Los primeros actos de su gobierno le hicieron luego aparecer como un hombre de seso y madurez, le dieron á conocer como al hijo de D. Luis de Velasco el primero. El día primero de junio mandó por un decreto que se abriesen las fábricas de sayales y paños establecidas por Mendoza, y las cuales se habían interesado los comerciantes españoles en que se mantuvieran cerradas. Sintió, pues, una fuerte y tenaz oposición; frívolos y especiosos pretextos se le alegaban en contra de su medida; pero él firme, arrollando toda clase de inconvenientes, previno que se impondrían severísimas penas al que de cualquier modo pusiese obstáculo á

la ejecución de su providencia, cuyas penas no las clasifican los historiadores.

En tanto que el virrey gobernaba, el rencoroso visitador de Villa-Manrique, y su implacable enemigo, el obispo D. Pedro Romano, con un furor peculiar de un visitador, indigno de su carácter, impropio de un ministro de la religión cuyo yugo es suave y su carga ligera, daba una carga pesado al desgraciado marqués. Con rabia frenética se vengó atrozmente de los resentimientos particulares que tenía y no satisfecho con haberlo embargado todos sus bienes, lo hizo aun con aquellos que las leyes libertan en todo súbdito del secuestro, y se dice que hasta la ropa blanca de la marquesa su mujer quedó ejecutada. El de Villa-Manrique, se demoró seis años, al cabo de los cuales obtuvo permiso de pasar á España, llevando consigo los huesos de su hija Doña Francisca, que había muerto durante la visita en la Nueva-España. Los religiosos del orden de San Benito viajaron en este año á México, donde pasado poco tiempo, fundaron un priorato, cuya iglesia fué dedicada á nuestra Señora de Monserrate, y que hoy se conserva en el estado mas deplorable por lo respectivo á la veneración de la imagen. Antes de darle á los Beneditinos este local servía de recogimiento de mugeres pobres.

429.—La hermosa nación de los Chichimecas, de que tenemos ya hecha mención en otra parte, había permanecido hostilmente contra los españoles, á cuyo dominio no había podido reducirse á pesar de los grandes esfuerzos empleados para conseguirlo. Se hallaban aun con las armas en la mano y ocupaban gran porción de las cercanías de Zacatecas, al poniente de la cual estaban esparcidos llenando un inmenso espacio. Ponían á cada momento en grandes aprietos á los habitantes de aquellos lugares, demasiado poblados por la abundancia y riqueza de las minas: ningún viajero, que eran muchos, y con mucha frecuencia los que iban allí, se encontraba seguro, pues cuando ménos lo esperaba se veía acometido, aunque llevase como era común, poderosas escollas. Multitud de presidios, de esforzadas guarniciones se colocaban en sus fronteras; se les declaraban guerras sangrientas, fuertes persecuciones, pero todo era inútil, con tanta arriabañaban sin ceder jamás un palmo. Enriquez á Villa-Manrique, que en esto no van acordes los historiadores, trató de reducirlos al orden, ofreciéndoles estar y pasar por las condiciones que se presentaran, con tal que depositaran el carácter hostil que hasta entonces habían con-

servado. Caldera, indio mestizo, jefe de ellos, y que conservaba gran prestigio, tenía prometido al virrey que contestaría luego que oyese el dictamen de los ancianos y de toda la nación, que convocaría para este efecto por ser asunto de grande entidad. En este año, pues, llegaron á México, y se presentaron al virrey los embajadores chichimecas, que en nombre de su nación, cansada ya de hacer una vana resistencia, proponían al gobierno español deponer las armas bajo la condición de que se les diera la carne suficiente para abastecer al pueblo y á la tropa. Velasco recibió con suma afabilidad á los embajadores, oyó su misión, les concedió lo que pedían, firmó el tratado y obtuvo de ellos que admitieran en su nación Tlaxcaltecas que enviaría el mismo virrey para que se adiestraran en la vida civil y cristiana. La primera nación, puede decirse, que se adhirió á las armas españolas en los tiempos de la conquista, fué la Tlaxcalteca, por cuya causa se confiaba mucho en ella el gobierno peninsular, que no dudaba de su fidelidad, y como por otra parte era también la nación que se había mantenido en paz por más tiempo, su población por lo mismo era mayor, y estas causas impulsaron á Velasco á proponer mejor que á ningún otro este pueblo para mezclarlo con los Chichimecas. Se escogieron con tal intento cuatrocientas familias, las cuales con algunos religiosos franciscanos que llevaron consigo, se repartieron en cuatro porciones para fundar igual número de colonias: una colocada á la falda de un cerro de oro, semejante al famoso Potosí del Perú, tuvo por esta circunstancia el nombre de San Luis Potosí, la segunda formó á San Miguel Mesquitic, la tercera á San Andrés y la cuarta á Colotlán: tal es el origen de estas cuatro poblaciones, en las cuales por mucho tiempo se han conservado independientes los Tlaxcaltecas y Chichimecas, sin permitir que la afinidad una á los individuos de una nación con los de otra, llevándose, sin embargo con armonía, y siguiendo cada una sus respectivos usos y costumbres. Logró Velasco en este año quitar á los indios que pagasen los exorbitantes derechos que en los tribunales se les exigían por sus defensas, poniendo abogados que se encargaran de ellas pagados por la real hacienda.

La fundación del convento de religiosos descalzos de San Francisco en Puebla, se verificó en 594, dedicado á Santa Bárbara, y en el que estuvo de novicio, aunque no profesó entonces el Beato Felipe de Jesús.

Los indios Mexicanos y Otomites vagaban

dispersos por las serranías, los reyes Carlos I y Felipe II su hijo, habían mandado repetidas veces que se les reuniera para reducirlos á vida civil, sin fruto alguno, hasta que Velasco intentó obsequiar tales determinaciones consultando sin embargo previamente, con los curas y con personas de seso y experimentadas. El resultado de esta consulta fué opuesto á las congregaciones, se hizo ver al virrey que era imposible reunir á los indios sin perjudicarlos, que ellos mismos lo repugnaban, y se le dieron además otras poderosas razones, pero Velasco se obstinó juzgando, que se le exageraba mucho, á pesar de habersele hecho ver que su antecesor Moya se había desistido de semejante proyecto. Intentó, pues, llevarlo á cabo, dió al efecto las órdenes convenientes, y muy pronto halló motivo de arrepentimiento. Envía sus comisarios, ponen en ejecución estos sus mandatos, y un indio otomil que se encuentra sin asilo, obligado á construirse de nuevo, lejos del lugar en que vivió la primera, y cuya tierra le había alimentado hasta allí, entra desesperado á su infeliz albergue, quita la vida á su mísera consorte, da muerte violenta á sus infortunados hijos, y concluye por privarse á sí mismo de la existencia ahorcándose de un árbol: sabedor de esto el virrey, deplora tan fatal desgracia y suspenso al momento las disposiciones que tenía dadas respectivas al proyecto de las congregaciones, y da cuenta de todo á la corona. Para que no concluyera el año sin fatalidad, la Mixteca fué asolada por una fuerte epidemia, que en pocos días se llevó al sepulcro á un número de hombres.

1592.—Los recientes hechos que á vista de Velasco acababan de pasar, los abusos sin cuento que todos los días se cometían en los tribunales, las vejaciones que en ellos se hacían sufrir á los miserables indios, las simpatías de este virrey con los hijos de un país que el mismo podría llamar suyo, todo, todo contribuía á un tiempo á obligarle á socorrer á las clases mas miserables de la Nueva-España, á la raza mas abyecta y degradada, á los infelices resinos de los vasallos de los monarcas aztecas, y teniendo presente la disposición acordada en tiempo de su padre, de que en los negocios de los indios, cuya cantidad no excediera de diez pesos, conociera el virrey, la renovó y se le vio administrar justicia con rectitud y sin demoras.

Ignoramos si disgustado el monarca con la audiencia de Filipinas, ó por principio de economía, mandó quitarla, encargando, ó mas bien facultando á D. Luis de Velasco para que la

nómlrara un visitador. Velasco dió esta comision al Lic. Herber del Corral, ordenándole, como prevenia el soberano, que la visita no se estendiera á mas de ciento veinte días y las demandas públicas de sesenta. Para gobernador nombró Velasco, facultado tambien como lo estaba, á Gomez Perez de las Marifías, quien se ballaba en esta época en Xochimilco á donde se le hizo saber el nombramiento recaido en su persona, notificándole al mismo tiempo que debía reconocer por superior inmediato al virrey de la Nueva-España en el gobierno político y económico, y en lo judicial, así el como las justicias debían reconocer á la real audiencia de la dicha Nueva-España. De esta cédula se mandó hacer publicacion en Filipinas, en los mismos términos en que se hubo notificado al gobernador, á quien se le previno además, que hiciera cuanto antes su viaje para el lugar desu destino.

1593.—Aunque es cierto que en el gobierno de D. Lorenzo Xnarez de Mendoza, fué erigido en México el tribunal del consulado, su organización con todo aun no fué hecha sino en quinientos noventa y tres en que se efectuó.

Velasco, ausiando siempre por el bien de México, sollicito de hacerla las mejoras posibles y para procurar un lugar de recreo y distraccion á sus habitantes, formó el hermoso y sorprendente paseo, que mejorado ha llegado á nuestros tiempos, de la Alameda, „que por una semejanza,” dice Cayo, „de laberinto que forman los álamos, llaman alameda, en cuyo centro puso (Velasco) una hermosa fuente.” En tiempo de Torquemada y de Velancourt, según sus relaciones, tenia cuatro fuentes y cuatro puertas, hoy le conocemos cuatro puertas grandes de hierro en los ángulos, y á los lados de cada una de estas, dos chicleas que dan entrada á la gente de á pie, y otras dos grandes tambien y de madera como las chicas á los dos costados que miran al norte y al sur, frente á S. Juan de Dios aquella, y esta frente á la calle del Calvario. Tiene en la actualidad siete fuentes, cuyas tasas son en extremo sencillas y de buen gusto, y la fuente principal que se halla en el centro del paseo, es superior á las demás, y no tiene como ellas un solo surtidor, sino muchos; en los días nacionales y aun sin serlo en algunos festivos puramente de festividad religiosa, se les pone á los surtidores algunas figuritas para formar variados y graciosos juegos hidráulicos.

1594.—Angustiado Felipe II por las guerras con que se veía amagado, y destituido de numerario para sostenerlas, recurrió al malha-

dado cuanto ruinosísimo arbitrio de préstamo forzoso, y con este intento previno por una real cédula á Velasco que impusiera á los indios, sobre los tributos que ya tenían, otro de cuatro reales que diera cada uno por vía de empréstito á su magestad que se hacia responsable al pago: Velasco ejeculó esta disposicion, y juzgando oportuno que se estendiera la cria de aves de Europa en México, determinó que no diesen los indios un peso, sino siete reales y una gallina, que entonces se apreciaba en un real. Esta medida ya se nota que fué dictada con miras muy sanas, pero inmediatamente se abusó de ella en términos de no llenar el objeto que se proponia su autor. Luego que se consideró que habian de ser buscadas por muchos las gallinas, empezaron á encarcerarlas sin que los indios se curasen de tenerlas y criarlas por sí mismos; subidas al duplo ó triplo de su valor, recullaban los tributarios gravados en dos ó tres reales mas de como lo estaban antes. Para que se espendieran sin que fueran revendidas á los mismos que las llevaban, y que por otra parte realizara la hacienda pública, ordenó Velasco que se repartieran entre las comunidades religiosas y otras corporaciones y aun personas particulares que no hubieran de hacer tráfico con ellas. No se pudieron por esto cortar los abusos; se retiró de un oidor que tomando ochocientas gallinas, se reservaba doscientas para el consumo de su casa y las restantes por medio de tercera persona las revendía á tres reales, de suerte que sacaba un doscientos por ciento, con lo que tenía asegurada una renta regular. Gravados en tal disposicion los infelices indios, se dirigieron al virrey muchas y muy repetidas ocasiones para que revocara tal providencia, pero inutilmente; con el mismo fin elevaron una representacion colososa eclesiástica del orden de S. Francisco, uno de ellos el historiador, que era provincial. Torquemada, y sobre la cual se formó un espediente que en apelacion se llevó á la audiencia sin obtenerse resultado favorable.

En este año, del monasterio de la Concepcion, primero que se fundó en México, salieron religiosas á fundar el de la Encarnacion con el mismo hábito.

1595.—Para dar mas estension á la Nueva-España, su virrey ordenó colonizar el reino de Guayra, que en atencion á la gran fama que sus riquezas le habian adquirido, se le llamó Nuevo-México. Por gefe de la colonia fué nombrado Juan de Oñate, á quien el virrey concedió las mismas exenciones que con igual moti-

yo habia concedido á Francisco Urdiñola; y para llevar á cabo la empresa, de las cajas reales le dió diez mil pesos, seis en calidad de préstamo, y cuatro para los gastos que tuviesen que hacerse. En esto cañdida el virrey, y aun no firmaba las condiciones ni estendia los despachos, cuando llegó su sucesor, si bien algunos asienten que la espedicion en efecto se suspendió pero que ambos vireyes firmaron

los convenios: sea como fuere, Zúñiga pasó algún tiempo los reformó. Velasco, nombrado virrey del Perú, sale al encuentro de Zúñiga acompañado de los caballeros eclesiástico y secular y de algunas otras autoridades y personas particulares. Sensible le fué su partida y algunas lágrimas derramó en el camino por su patria como el consideraba á México.

CARLOS M. SAavedra.

NOTICIAS SOBRE EL ARTE DE EJECUTAR LAS TRAGEDIAS

POR

D. CARLOS LATORRE. (1)

La palabra declamacion no está mas conveniente para significar el arte de declamar; parece que explica mejor cualquiera otra cosa que la dición natural: á esta palabra ya unida la idea de cierto convenio, que sin duda tiene su origen desde el tiempo en que la tragedia se cantaba, y esto ha bastado para dar una direccion falsa al estudio de los jóvenes.

En efecto, declamar es hablar con énfasis; luego el arte de la declamacion es el arte de hablar como no se habla. Además, parece muy singular emplear, para designar un arte, una palabra de la cual nos servimos para hacer su critica; pero al mismo tiempo sería difícil sustituir otra mas conveniente. Los franceses dicen: „jugar la escena tragedia” pero esto da mas bien la idea de una diversion que de un arte; decir la tragedia me parece una locucion fria que explica tan solo la decision, sin la acción, „ejecuta la tragedia” es preferible. La razon que tengo para esta preferencia es, que considero al actor tan estrechamente unido al autor, que colocándose el primero en lugar del personaje que representa, debe completar el pensamiento del segundo, de quien es intérprete.

En el arte de declamacion, digo declama-

cion, porque es preciso servirse de una palabra no hay maestros. Larrive, Lekain, Talma y otros maestros, buenos actores, aunque no tan célebres, no los han tenido: ellos mismos fueron sus verdaderos maestros. Si el joven que se dedica á este arte tan difícil, no se conoce con las facultades necesarias para pintar las misiones y los caracteres, todos los consejos del mundo no se las podrán dar: el genio no se aprende. La facultad de crear, nace con uno mismo; pero si el discípulo la posee, los consejos de personas de gusto podrán guiarle entonces; y como en el arte de decir los versos hay una parte basta cierto punto mecánica, y algunas reglas que observar, las lecciones de un actor de juicio inclinado al joven de genio en los secretos de su propia experiencia, podrán evitarle muchos errores, mucho estudio y mucho tiempo.

El conocimiento de la historia es indispensable al actor tragico: por él se familiarizará con los héroes que tiene que retratar en la escena, conocerá los trages que usaban, sus ademanes, sus gestos y todo lo que puede contribuir al complemento de la ilusion. El actor destinado solo á la ejecucion de papeles de una esfera inferior (cómicos) no necesita conocimientos tan exactos, porque sus modelos los encuentra en la sociedad que frecuenta todos los días, y en cuya línea se halla; es decir, que este tiene ejemplos vivos, cuando el otro los tiene que buscar en crónicas y libros de cuya exactitud

(1) Publicamos este artículo del Sr. Latorre, por la importancia de su objeto, y sea muy útil que nuestros cómicos se curasen de leerlo por la misma, que aprovecharia mucho al público.

se puede muchas veces desconfiar. Y en efecto, quien puede asegurar que un joven sin los conocimientos previos que este arte reclama, no considere á Aquiles, César, Pelayo, Pizarro, abrumados de bandas, condecoraciones y bordados? Aquiles y Pelayo fueron valientes guerreros; valientes guerreros existen en nuestros días: retratándolos copiaré á los anteriores; esta podría muy bien ser la reflexión de los jóvenes de que se trata, como ha sido hasta hace muy poco tiempo la de muchos actores que han merecido celebridad hasta en nuestros días. Evitemos, pues, en cuanto posible sea, semejantes absurdos. Trabajo ha costado en nuestro teatro de Madrid desterrar abusos y rancias costumbres, tan arraigadas como los cimientos del edificio; pero cierto es que desde el año de 1826 se verificaron ciertas reformas con mucho gusto del público y, doloroso es confesarlo, con mucha oposición por parte de los actores.

La naturalidad en la dición, ademanes y gesto, está muy recomendada; pero no la naturalidad del actor N.º, sino la del personaje que representa. El actor debe siempre ceñirse al papel y nunca el papel al actor. La naturaleza debe ser el modelo que se proponga imitar siempre el actor, y por consiguiente el objeto constante de sus estudios. Los brillantes colores de la poesía sirven tan solo para dar más grandeza y magestad á la hermosura de la naturaleza. Sabido es que en la sociedad los seres poseídos de grandes pasiones, sobrecargados de dolores, ó violentamente agitados por grandes intereses políticos, usan, es cierto, un lenguaje más elevado, más ideal; pero este lenguaje es asimismo el de la naturaleza. Es, pues, esta naturaleza noble, animada, engrandecida, pero sencilla al mismo tiempo, el objeto único y constante del estudio del actor; porque que las expresiones más sublimes son también las más sencillas.

Muchos creen que la tragedia no es natural, que es un género exagerado; esta idea se ha repetido sin reflexión, se ha propagado y se ha concluido por establecerse como una verdad. Los que ocupados de otros cuidados no han hecho un estudio profundo de las pasiones, juzgan tan ligeramente; y además, los autores y actores medianos, que no han concedido á su arte todo el estudio necesario, no han contribuido poco á mantener este error; y ciertamente ni el modo de escribir de los unos, ni el modo de ejecutar las obras dramáticas de los otros ha sido muy á propósito para desvanecer tan falsa idea. Examine, pues, la mayor parte de los personajes políticos ó apasionados de

nuestros grandes poetas: examínese el Edipo de D. Francisco Martínez de la Rosa, y se verá que en sus mejores escenas el lenguaje más sencillo y natural es la expresión engrandecida, pero exacta, de la naturaleza misma, y que sin el adorno de la poesía, el mismo Edipo no hubiera hablado de otra manera.

Lo mismo sucede con los actores que conservan en nuestra memoria un buen recuerdo. Tan solo por la fiel imitación de la verdad han conseguido excitar en el ánimo de esta nación ilustrada una veneración merecida. De suerte que las obras buenas de nuestros autores, y el talento de nuestros buenos actores, aunque pocos, bastan para probar de una manera incontestable, que la tragedia no está tan lejos de la naturaleza, como se piensa, y que tan solo las medianías han podido dar algún peso á la opinión contraria. La verdad en todos los artes, y principalmente en este, es lo más difícil de conseguir. Un hábil escultor encuentra en un trozo de mármol una hermosa estatua; pero esta facilidad no está concedida á todos los escultores: lo mismo sucede á los artistas dramáticos: pocos son los que han pintado exactamente la verdad, muchos los que han quedado en el rango de medianías, y por lo tanto estos últimos, en mayor número, han hecho ley y establecido con el tiempo como solo modelo las falsas imitaciones de su debilidad. Nunca me cansaré de repetirlo; la verdad no es más que una, y para probarlo me atreveré á hacer una reflexión: un duque y un zapatero, tan opuestos en su lenguaje, se servirán muy á menudo, en las grandes agitaciones de la alma, de las mismas palabras; el uno olvida sus maneras sociales; el otro deja sus formas vulgares; el uno desciende á la naturaleza; el otro sube á ella; los dos se despojan del arificio que los cubre, viniendo á ser tan solo y verdaderamente hombres. Los acentos del uno y del otro serán los mismos en el exceso de las mismas pasiones ó dolores.

Supongamos á una madre clavando sus miradas en la cuna vacía de un hijo querido que acaba de perder; sus facciones tendrán el sello de la estupidez; algunas lágrimas surcarán sus mejillas; de cuando en cuando algún grito desgarrador, algún suspiro convulso saldrá de su boca: en estas señales se conoce á la desgarrada madre, ya sea una india, ó ya una mujer del pueblo, francesa ó española; porque la verdad y la naturaleza es una.

Supongamos igualmente á un hombre del pueblo y á un hombre de alto rango, los dos poseídos de un violento acceso de celos ó de

venganza; estos dos hombres tan distintos por sus costumbres, serán iguales por su frenesí. En su furor ofrecerán la misma expresión; sus miradas, sus facciones, sus gestos, sus actitudes, sus movimientos tomarán igualmente un carácter terrible, grande, solemne, digno del pincel de un pintor y del estudio de un actor; y tal vez el delirio de la pasión inspirará á uno y á otro una de aquellas palabras sublimes dignas de ser escogidas por un poeta.

Los grandes movimientos del alma elevan al hombre á una naturaleza ideal, cualquiera que sea la clase en que la suerte le haya colocado y el país en que el cielo le haya hecho nacer.

No por eso deben buscarse los modelos de esta naturaleza en las clases humildes de la sociedad, porque es seguro que ni el pintor, el poeta y el actor elegirán para pintar la cólera de Aquiles, al mano pelizcando sus labios agitados por una risa sardónica y convulsiva, murmurando entre dientes, afectando una tranquilidad engañadora, el por vida de... preferirán modelos más nobles y elevados, tratando de prestar á las ficciones de la escena, la perfección en cierto modo de la realidad.

Para conseguir este objeto, es necesario que el actor haya recibido de la naturaleza una extraordinaria sensibilidad y una profunda inteligencia. Porque, en efecto, la impresión que los actores producen en la escena, no es sino el resultado de la unión de estas dos facultades esenciales. Según mi opinión, la sensibilidad no es tan solo esta facultad que tiene el actor de conmovirse fácilmente, de agitarse hasta el punto de dar á sus facciones, y sobre todo, á su voz, la expresión y el acento del dolor que despiertan la simpatía del corazón, y provocan las lágrimas de los que lo escuchan: entiendo además el efecto que produce, y tiene su origen en la imaginación; pero no en una imaginación que consista en recordar objetos que se parecen á los presentes; no, esto es tan solo memoria: quiero una imaginación creadora, activa, poderosa, que rema en un solo objeto ficticio las cualidades de nuestros objetos reales: una imaginación que asocie el actor á las inspiraciones del poeta; que le transporte á los tiempos que pasaron; que le haga asistir á la vida de personajes históricos, ó á la de seres apasionados creados por el genio; que le muestre como por magia su fisonomía, su estatura heroica, su lenguaje, sus costumbres, todos los matices de su carácter, todos los movimientos de su alma, y hasta sus singularidades. Llamo también sensibilidad esta facultad de exaltación que agita al actor, que se apodera de sus sentim.

dos, conmueve hasta su alma, y le coloca en las situaciones más trágicas, en las posiciones más terribles, como si fueran las suyas propias.

La inteligencia sigue á la sensibilidad, y obra después; juzga las impresiones que la sensibilidad nos causa; las escoge, las ordena y las somete á su cálculo. Si la sensibilidad suministra los objetos, la inteligencia los pone en obra. Nos ayuda á dirigir el empleo de nuestras fuerzas físicas é intelectuales; á juzgar la semejanza y unión que existe entre las palabras del poeta y la situación ó el carácter de los personajes; á añadir á veces los matices que les faltan, ó que los versos no han podido explicar, y á completar por fin su expresión con el gesto y la fisonomía.

El actor capaz de lo que acabamos de decir, ha debido recibir de la naturaleza una organización particular, pues la sensibilidad, esta propiedad de nuestro ser, todos la poseemos un mayor ó menor grado de intensidad. Pero en el hombre destinado á pintar las pasiones en sus mayores excesos, á reproducir todas sus violencias, y patentizar todo su delirio, esta sensibilidad debe tener una fuerza mucho más energética, y como todas nuestras emociones tienen una relación tan íntima con nuestros nervios, es necesario que el sistema nervioso del actor sea tan movable y fácil de impresionarse, que se conmueva á las inspiraciones del poeta, tan fácilmente como el arpa cuando el viento la acaricia. De otro modo sucederá lo que en varias ocasiones se ha visto. Muchos jóvenes en sus primeras representaciones han tenido un éxito brillante, en cierto modo merecido, y sin embargo, no han correspondido después á las esperanzas que hicieron concebir en el principio de su carrera. Esto puede consistir en que la emoción insuperable de su primera representación al público, puso sus nervios en un estado de susceptibilidad y agitación muy á propósito, para colocarle fácilmente en la situación más apasionada; pero después, familiarizados con el público, y libres ya de aquella emoción penosa, pero saludable, quedaron en el rango de las medianías.

Vemos á menudo personas que tienen que recurrir á bebidas espirituosas para adquirir el grado de valor que necesitan para concluir tal ó cual acción. Esto consiste en que su naturaleza, tímida ó perezoza, estimulada por este medio, adquiere una exaltación falsa que puede suplir por algunos momentos á la verdadera exaltación del alma. ¿No vemos todos los días, aun entre los convidados más sobrios y frugales, más locuacidad y viveza después del

festin á que han asistido, que ántes de darle principio? Convergamos, pues, entonces, que este consiste en la conmocion nerviosa, producida por los placeres de la mesa. Por lo tanto, si el actor no está dotado de una sensibilidad, á lo ménos igual á la de sus mas sensibles oyentes, nunca podrá comoverlos sino débilmente: por el exceso de esta cualidad conseguirá producir profundas impresiones, y agitar el alma mas fría. ¿La fuerza que suspende no debe ser mayor que la que se pretende elevar? Entonces esta facultad en el actor debe ser, no mayor ni mas fuerte que en el poeta que ha concebido los movimientos del alma, y reproducidos en el teatro; pero si mas viva, mas rápida y mas poderosa en sus órganos. El poeta y el pintor pueden esperar para escribir ó pintar el momento de la inspiracion; pero el actor la debe tener á su mando y voluntad, para que sea mas pronta y viva, y entonces la sensibilidad tiene que ser superabundante. Ademas, es preciso que su inteligencia esté siempre en vela, obrando de concierto con la sensibilidad, para coordinar los movimientos y los efectos, pues no puede borrar como el pintor ó el poeta lo que una vez haya hecho.

Sin la sensibilidad y la inteligencia no hay actor: de la naturaleza ha de recibir sus principales dotes, como la figura, la voz, la sensibilidad, el juicio y la pureza; y el estudio de los maestros, la práctica del teatro, el trabajo y la reflexion pueden perfeccionar los dichos dotes.

De diez personas destinadas al teatro, una dotada de la sensibilidad que queda definida arriba, y la otra de una profunda inteligencia, preferiré sin duda la primera. Cometerá errores, pero su sensibilidad le inspirará aquellos movimientos sublimes que conmueven al espectador y llenan su corazon de éxtasis y arrebatamiento; mientras que la inteligencia hará á la otra firmemente prudente y melancólica. La primera sobrepasará nuestra idea; la segunda no hará mas que contemplarla: el actor inspirado comoverá nuestra alma; el actor inteligente no satisfará mas que nuestro talento, dejándole bastante imperio para juzgarle; mientras que el otro, asociándonos á las emociones que ha sentido, no nos deja siquiera esa facultad: sus inspiraciones suplirán á la inteligencia, pero las combinaciones no suplirán nunca, sino débilmente, á los efectos de la inspiracion. El actor que posea estas dos cualidades, será perfecto. En sus estudios ensayará su alma en el sentimiento de las emociones, su voz en los acentos propios de la situacion que tiene que pintar. Va al teatro no solo á ejecutar estos

ensayos, sino á entregarse á todos los ímpetus espontáneos que su sensibilidad le sugiere.

Entonces, para que sus inspiraciones no se pierdan, recorro á su memoria, recuerda sus entonaciones, los acentos de su voz, la expresion de su fisonomia, el grado de abandono á que se ha entregado, en fin, todo lo que en un momento de exaltacion ha podido contribuir á producir el efecto. Su inteligencia luego somete a su revision todos estos medios, los analiza, los fija en su memoria y los conserva para reproducirlos en las siguientes representaciones. Tan fugitivas son estas impresiones, que convendría á menudo repetir, al volver al bastidor, la escena que se acaba de ejecutar, mas bien que la que sigue. Con este método de trabajo la inteligencia reúne y puede conservar todo lo que la sublimidad ha inspirado al actor, y solo así podrá estar al cabo de mucho tiempo, (porque se necesita mucho) ofrecer al público obras, con corta diferencia, perfectamente ejecutadas en todas sus partes. Este ha sido el camino seguido por los grandes actores, y este deberá ser el que sigan los jóvenes que se dedican al teatro.

La sensibilidad y la inteligencia son, pues, las dos principales facultades necesarias al actor. Necesita, ademas de la memoria, que es su indispensable instrumento, una figura y unas facciones adecuadas á los papeles que está destinado á representar: necesita una voz fuerte y poderosa, pero de fácil modulacion. Escuso decir que una buena educacion, el convencimiento de las costumbres de los pueblos, el caracter particular de los personajes históricos y el dibujo pueden ayudar y fortificar los dones de la naturaleza.

Queda dicho mas arriba, que el actor que se dedica á la comedia, tendrá menores estudios que hacer. Sin tratar de probar cual es mas difícil de ejecutar, si la tragedia ó la comedia, diré, que para llegar á la perfeccion en el uno ó en el otro género, se necesita poseer las mismas facultades morales y físicas: solo que en el actor trágico deben ser mas poderosas. La sensibilidad y la exaltacion en el actor cómico, no necesitan la misma energia, porque la imaginacion tiene ménos que trabajar, porque los objetos que representa, los ve todos los días, porque participa de algun modo de la vida de los originales que retrata, y porque, con corta diferencia, sus facciones están reducidas á pintar caprichos ó ridiculeces; pasiones tomadas en una esfera, que es tal vez la misma del actor, y por consiguiente mas moderadas, que las que pertenecen al dominio de la tragedia.

Es, digámoslo así, la propia naturaleza del actor que habla y obra en sus imitaciones, mientras que el actor trágico necesita salir del círculo en que vive para elevarse á la altura en que el génio del poeta ha colocado y revestido con formas ideales los seres concebidos en su idea, ó que la historia le suministra engrandecidos ya por ella, y por la larga distancia del tiempo. Necesita, pues, conservar á estos señores ó personajes en sus grados y proporciones, pero al mismo tiempo someter su lenguaje elevado á un acento natural, á una expresion sencilla y verdadera, y esta union de nobleza sin hinchazon, de verdad sin trivialidad, es el mas peligroso escollo del actor trágico.

Seme dirá que un actor trágico tiene mas libertad y latitud en la eleccion de medios para ofrecer al juicio del público caracteres cuyo tipo no existe en la sociedad, mientras que el público puede juzgar facilmente si la copia que el actor cómico le presenta, es conforme al original que á menudo tiene á su vista: responderé que en todo tiempo ha habido pasiones; la sociedad puede debilitar su energia, mas no por eso dejar de existir en el alma, y cada espectador puede juzgar muy bien por sí mismo. La parte ilustrada del público es la que forma la opinion, y hace la representacion del actor; y como á esta parte ilustrada le es familiar la historia, puede juzgar con acierto si es fiel la imitacion de los caracteres históricos que el actor le presenta. La movilidad en las pasiones, la expresion de la fisonomia debe ser mas visible y pronunciada, la voz mas llena, mas sonora, mas acentuada en el actor trágico, que necesita emplear combinaciones, y una fuerza mas que comun para ejecutar los papeles en que el autor ha reunido, en un círculo estrecho, en el espacio de dos horas, todos los movimientos, todas las sensaciones que pueden agitar á un ser apasionado en el largo trecho de su vida. No por esto diré que no son necesarias las mismas cualidades, aunque de un orden inferior, al actor cómico, como al actor cómico, y que el uno y el otro deben iniciarse en los misterios de la pasion, en sus inclinaciones, debilidades y caprichos. Pero cierto es que cuantos actores cómicos han intentado calzarse el cotarrio y subir á la altura de la tragedia, han sufrido un triste desengaño: mientras que el actor trágico, que ha querido descender y ensayarse en la comedia, ha añadido siempre una hoja de laurel á su corona.

Considerando, en estas cualidades debe tener el actor trágico, cuantos dones debe recibir de

la naturaleza, no podemos extrañar la escasez de buenos actores. De los que se dediquen á esta larga y espinosa carrera, uno tiene talento, y su alma es de hielo; el que tiene sensibilidad no tiene inteligencia; el que posee estas dos cualidades, es en grado tan débil, que es como si no las poseyera; ó las vicia y adultera por la pernicioso manía de imitar á algun actor contemporáneo, que, muchas veces sin razon, oye aplaudir en el teatro. Digo pernicioso manía, porque este defecto de imitacion es muy difícil de corregir despues, porque tal movimiento, tal gesto ó tal mirada natural en un actor, es falso y malo en otro; por esto Shakespeare en el tercer acto de su Hamlet, le hace decir entre los consejos que da á los actores que han venido á su palacio á distraerle: „No lo olvidéis nunca; observar y copiar á la naturaleza es vuestro único deber; el arte no es mas que su espejo. Llenaréis de alegría á un pato necio, ultrajando la verdad; este triunfo es muy fácil; pero afligiréis al hombre juicioso, cuya aprobacion es preferible á la de un pato entero. Me acuerdo haber visto algunos actores aplaudidos con entusiasmos, y ni en su porte, ni en su voz, ni en su gesto tenían nada de un cristiano, de un pagano ni de un hombre. Al verlos en el teatro agitarse y rugir descabelladamente, no los podia creer formados por la naturaleza; me parecían mas bien la obra de un torpe aprendiz: tan mal imitaban al hombre.“ En este defecto incurrirá el joven actor que tenga, vuelto á repetirlo, tan pernicioso manía. Se asocia á las inspiraciones de otro, su expresion será débil, incierta, sin color: hablará alto, bajo, con viveza y con lentitud; tan pronto de un modo como de otro, y siempre á la ventura; su voz aunque sonora, quedará seca y árida, sin expresion para pintar las pasiones, porque el corazon no las ha sentido, y solo obra por imitacion; llorará y no hará llorar; se comoverá y no comoverá á nadie.

El actor tiene que consagrar un gran estudio al conocimiento de su voz, debe estudiarla como un instrumento, domar su dureza, ó enriquecerla con los acentos de la pasion, y hacerla obediente y pronta á las mas delicadas inflexiones del sentimiento. Conocer sus cualidades y sus defectos, pasar ligeramente sobre sus cuerdas ingratas, y hacer solo vibrar las armoniosas; porque tal es el poder de una voz sensible concedida por la naturaleza, ó adquirida por el arte, que puede conmovier hasta los estrangeros que no comprenden el idioma.

La juventud cree á menudo salvar las dificultades del arte, entregándose á movimientos vio-

lentos y esfuerzos con la voz; pero tengan presente que la monotonía en el uso de la fuerza de la voz es insostenible, que es necesario hablar la tragedia y no gritarla; que una explosión continua cansa sin comover; que el empleo de esta explosión debe ser raro é inesperado, y que de otro modo lo que se consigue será fastidiar al espectador, con los continuos gritos del actor; que se olvidará al personaje y á sus desgracias, para acordarse tan solo del cansancio del artista; por lo tanto es preciso ocultar siempre al público el último término de los esfuerzos del actor, aparentando hasta en las escenas más violentas todo el poder de sus facultades. Cuidará de que la respiración no sea muy fuerte ni prolongada, porque el tomar aliento es una especie de descanso, una suspensión, que, aunque ligera, enfra el movimiento y destruye necesariamente su efecto, porque parece que el alma participa de esta suspensión ó descanso. Para evitar esto, para evitar sobre todo cierto quejido, cierto estorbo insufrible que algunos actores tienen en el teatro, la experiencia ha suministrado un medio que debe practicarse: el actor debe tomar respiración antes que su pulmón este enteramente vacío, y que la necesidad ó el cansancio le obliguen á aspirar una gran cantidad de aire á la vez. Es preciso que aspire poco y á menudo, y sobre todo, antes que se agote. Una ligera respiración basta si es frecuente; pero en este caso cede mucho el que no sea notada, porque si lo, los versos parecerán cortados, la dición será falsa, penosa é incoherente. Delante de las vocales y principalmente de la *a*, de la *ó* y de la *e*, es cuando se puede ocultar al espectador el artificio. Confieso que se necesita mucha costumbre y ejercicio para familiarizarse con esta operación mecánica. Además, la frecuencia de estas respiraciones depende de la mayor ó menor fuerza de cada individuo.

Los actores que no han sabido emplear este medio, para conservar su voz en un grado de fuerza suficiente, han recurrido á otro que les ha hecho caer en un lazo más peligroso: han querido suplir con el acento del llanto y con una aparente opresión del corazón, que parece justificar hasta cierto punto las frecuentes y fuertes respiraciones, la falta que de otro modo no podían corregir, sin reparar que por este procedimiento prestaban á su dición un tono plañador, un acento llorón, que á menudo destruye la intención del poeta, y que acaba por ser insufrible. Las lágrimas no deben prodigarse porque su efecto se destruye: empleándolas con economía y juicio, conmueven, te-

niendo cuidado de servirse en este caso de las cuerdas medias de la voz, y nunca de las altas, porque el llanto, elevando la voz deja de entenercer, y sus tonos agudos, comunes y poco comunicativos. En un tono medio es en el que las lágrimas son nobles, tiernas y profundas, y cuando la voz encuentra con facilidad acentos poéticos y dolorosos, que van derecho al corazón y hacen llorar al espectador.

He dicho que las lágrimas deben emplearse con economía y juicio: la razón que para esto tengo es, que puede haber situación dolorosa en que las lágrimas sean nocivas. En las grandes desgracias, en las situaciones más solemnemente dolorosas del alma, nuestros ojos se secan, ninguna lágrima los humedece, parece que todas caen sobre nuestro corazón; nuestra voz alterada, cubierta con un velo, solo pronuncia palabras abegadas, penosas, siniestras, mal articuladas, y nuestras miradas son estúpidas. ¡Admirable artificio hallado en la naturaleza, y mas á propósito para comover que las lágrimas mismas! ¡Cuántas veces hemos aconsejado el llanto á una persona violentamente agitada! ¡Cuántas veces nos hemos alegrado al verla prorumpir en él! ¡Y por qué? Porque es cierto que el llanto desahoga y presta consuelo; y por lo tanto, deberá excitarse mucho mas nuestra compasión la vista de otra persona, que en el exceso tétrico y profundo de su desesperación, no tenga voz para expresar sus padecimientos, ni lágrimas para aliviarlos.

La misma justa economía se recomienda en los ademanes y gestos, ó mas bien dicho, en la acción: esta parte del arte se considera como esencial, porque la acción es en cierto modo un lenguaje; la profusión de ésta destruye la nobleza del personaje, es preciso que sea natural, no el producto de un esfuerzo estudiado, sino el sencillo resultado de la costumbre. No se necesita crecer ni hinchar la voz para dar una orden; sabido es que el poderoso no emplea esfuerzos para hacerse obedecer; y en su clase todas sus palabras tienen peso, todos sus movimientos autoridad. La inteligencia debe reglar el movimiento rápido ó lento de la dición, según la situación, ó cortarlo con pausas estudiadas. Hay circunstancias en que el hombre necesita recogerse, digámoslo así, antes de confiar á la palabra lo que siente su alma, ó lo que su pensamiento le sugiere. Es necesario que el actor, en este caso, aparente meditar antes de hablar; que por medio de pausas, parezca tomarse tiempo para atreglar en su imaginación lo que va á decir; pero es

preciso que mientras tanto, su fisonomía supla en estas suspensiones de la palabra; que su actitud, sus facciones indiquen que en aquellos momentos de silencio, su alma está fuertemente ocupada; de lo contrario estos intervalos en la dición serian rasgos frios y sin color, atribuidos mas bien á una distracción de la memoria, que á una operación del pensamiento. Hay además situaciones tan violentas que se descubren por una acción ó movimiento, sin expresar la lenta combinación de las palabras, y se ven precedidas por el gesto, la mirada ó la acción. Este medio aumenta singularmente la expresión, porque descubre una alma tan bien penetrada del sentimiento, como impaciente de manifestarse, y que para ello elije los medios mas pronto. Estos artificios constituyen lo que llamamos acción muda, parte esencial del arte y muy difícil de conseguir y de adecuar; por ella el actor imprime á su dición verdad y naturalidad, dejando todo recuerdo de que sea una cosa estudiada y repelida. Otras situaciones hay sin embargo en las que el personaje arrastrado por la violencia del sentimiento halla inmediatamente todas las palabras que necesita. Entónces su dición tiene que ser rápida, porque las palabras llegan á sus labios con la misma prontitud que las ideas á su pensamiento y la emoción á su alma.

Fáltame hacer una observación que puede ser de algun provecho. El actor no está solo destinado á ejecutar papeles análogos á su carrera. En ella se hallará á menudo precisado á retratar pasiones cuyo tipo no esté en su naturaleza. Pero, como entre las pasiones desordenadas que degradan al hombre, existe siempre algun punto de semejanza con las vivas y puras que le elevan y engrandecen, puede ser de algun provecho. Una noble emoción lo dará á conocer la envidia. El justo resentimiento de una ofensa le mostrará desdeñoso el aborrecimiento y la venguita, la prudencia y cautela, el disimulo y la astucia; los deseos, los tormentos y los inquietos zelos en el amor, hacen concebir todo su honesti y todos sus crímenes. Por medio de estas combinaciones y semejanzas, que son el resultado de un trabajo rápido de la sensibilidad unida á la inteligencia; trabajo necesario al poeta y al actor, se logran juntar, aun sin conocerlas, las negras inclinaciones, las culpables pasiones de almas corrompidas y viciosas.

Á los grandes actores y maestros que me han suministrado las ideas que quedan estampadas, bien que sin orden ni ilación, soy deudor de algunos aplausos tal vez merecidos; confieso

que las mas imperfectas son sin dificultad las que á mí me han ocurrido. Pero si merecen una indulgente acogida, y mis ocupaciones me lo permiten, yo prometo consignar todos los ratos de ocio á la explotación de la rica mina de reflexiones que Lohán, M.^{re} Clairin, Talma y otros han dejado para gloria y acierto de los jóvenes que se dediquen á la difícil y penosa carrera del teatro.—CARLOS LAFORGE.

ILUSION PERDIDA.

Yo la vi meditando
Bajo el árbol funeral,
Cuando el sol en occidente
Se habia perdido ya.

Yo vi de sus negros ojos
El misterioso brillar,
Y de sus labios roscados
La sonrisa virginal.

Mensajero de la noche
El venticólico fugaz,
Entre los pliegues vagaba
De su cándido cenital.

Parecía de la luna
Á la corta claridad,
El ángel que del sepulcro
Preside la dulce paz.

Infeliz tras las áridas montañas
Hundirse vio del sol la llama ardiente;
Del sol que de otro día desde oriente
Cadaver la miró.

Quedaron turbios sus brillantes ojos,
Secas las rosas de su tez lozana,
Y de sus labios la risueña grana
Tambien se marchitó.

Destello del Señor Omnipotente,
Fugosa su alma y entusiasmada era;
Su corazón abrasador hoguera
De fuego celestial.

Sedienta de gozar buscó la dicha,
La copa del amor spuró luego,
Y el amor en los ánimos de fuego
Es veneno fatal.

Resignación esa es
Nuestra misera fortuna
Égrrimas desde la cuna
Que acibarán la niñez.

Llegada la juventud
Soñar en fantasmas bellos,
Y al avanzar hacia ellos
Hundirse en el abismo.
Puebla abril 15 de 1843.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

DON GASPAR DE ZUÑIGA ACEBEDO,

CONDE DE MONTEREY.

1595.—**VELASCO** el segundo, virey del Perú, se le nombró por sucesor en la Nueva-España a D. Gaspar de Zuñiga y Acebedo. Llegó de España una flota que desembarcó en el puerto de S. Juan de Ultra, el diez y ocho de septiembre de 595, y en ella venia el nuevo virey. Inmediatamente que en México se tuvo noticia de su arribo, salió Velasco a recibirle. Pasó Zuñiga por las ciudades de Tlaxcala, Puebla, Cholula, Mexotzingo, y en todas ellas recibió grandes felicitaciones, deteniéndose en cada una por causa de las fiestas que le hacían. Luego á su entrada á Acolman, encontró á Velasco con quien se detuvo apenas un día, continuando al siguiente su viage. Era costumbre que salieran de México á recibir á los vireyes hasta Tlaxcala los prelados de las órdenes regulares, y á Zuñiga le recibieron mas adelantado, en Quamanlan (Guanantla).

En la Guadalupe recibió la ciudad y autoridades de la corte vireinal á D. Gaspar, celebrando algunas funciones públicas que le tenían de antemano dispuestas. Pasados allí algunos días, y al cabo de cerca de dos meses de haber desembarcado, el 5 de noviembre entró á México su nuevo virey.

La primera nota con que se marcó la conducta de Zuñiga, fué la de apático á causa de que no se movia en cosa alguna. El padre Cayo y Torquemada le disculpau con su prudencia, la cual le hacia no dar paso sin tener antes conocimiento de las personas, y pudo en efecto muy bien ser así.

Lloraban los indios en tiempo de Velasco por los tributos á que los había sujetado, como llevamos dicho, entre otros el de una gallina, el que consiguieron se los quitara D. Gaspar y que los disminuyera los demas.

1596.—A consecuencia de la pérdida del Galeon Sta. Ana, y por orden del rey se hallaba en

espedicion, y á la cabeza de ella sobre California, el general Sebastian Vizcaino, con la esperanza además de adquirir riquezas, que según la fama, habia muchas en aquellas costas, especialmente en perlas; el virey, á quien Vizcaino pidió auxilio, logró reunirle en México mucha gente, la cual se hizo á la vela en tres navios en el año de 596, por el puerto de Acapulco. La colonia anduvo vagando por algun tiempo sin haberse podido establecer á causa de la esterilidad de los terrenos, hasta que al fin intentaron fijarse en el puerto de la Paz, del cual salieron bien pronto encontrándose ya fallos de recursos y viveres de toda especie.

Juzgando á proposito Zuñiga para el engrandecimiento del vireinato el poblar al Nuevo-México, examinó el tratado que con Oñate tenía convenido Velasco, y habiendole hecho las variaciones que consideró oportunas, trató de hacerle llevar al cabo, y á este efecto, y para grauegar al mismo Oñate, encargó á su sobrino el capitán Vicente Saldivar que reclutara gente. Saldivar se apresuró á cumplir su comision, y á este propósito, despues de haber pasado á dar las gracias al virey acompañado de sus parientes y criados, volvió á la plaza principal, y allí, elevando un estandarte, llamó en nombre del rey á los que quisieran alistarse, espresando las condiciones á que se debian sujetar, y multitud de hombres casados se le presentaron en poco tiempo. El virey para recompensar la actividad y diligencia de Saldivar, le confió la empresa y le ordenó que partiese cuanto antes, como lo verificó en el mismo año.

1597.—Se esperaba el virey un pronto y feliz resultado de la espedicion, y á cada momento le parecia tener una buena nueva; mas á principios de este año, poco tiempo despues de salida la colonia, recibió un correo de su go-

Vicio Mexicano.



D. GASPAR DE ZUÑIGA ACEBEDO
2º Virey de la N.ª E.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D

fo, que le participaba hallarse detenidos en Taxco, es decir, á doscientas leguas de México, á causa de ciertas desavenencias ocurridas entre los mismos colonos, quienes alegaban que se había faltado á las condiciones que los fueron estipuladas al engancharlos. Esto causó algún trastorno, y aun se llegaron algunos á revelar contra Saldívar, que se vió obligado á detenerse no pudiendo estrecharlos á pasar adelante. El virrey envió luego á D. Lope de Illola, para que alentara la empresa, y calmara las disenciones, y sin pérdida de tiempo lo efectuó D. Lope, haciendo cesar la discordia sin haber hecho uso de la facultad que le había sido dada de castigar á los disidentes. La expedición continuó su viage, y sin resistencia de parte de los naturales logró entrar á Nuevo-México, de donde se volvieron muchos, descontentos de no hallar los tesoros que les prometían, y desacreditando aquellos terrenos. Saldívar á virtud de esto, pidió al virrey nueva gente de guerra para poblar.

1594.—No sabemos si fundadamente, el padre Cayo sospecha que en este año mandó Zuñiga reunir en poblaciones á los mexicanos y otomites que andaban dispersos. Ya Velasco, y antes de él el arzobispo Moya, siendo virrey, lo habían procurado inútilmente, porque el proyecto era perjudicial á los indios, que reunidos sufrían toda suerte de vejaciones estando á la mano para cualquier gravamen á que se les quisiera sujetar, por lo que no habían llevado al cabo sus disposiciones. Estos dos virreyes: Felipe II, sin embargo, repetidas veces ordenó á Zuñiga que lo pusiera en práctica, instigado por algunos españoles ricos que tendían á quedarse con sus heredades, y tambien por los cobradores de los impuestos que decían les era imposible hacerlo mientras no los tuvieran reunidos, y se prestaba ademas que quedarían reducidos á vida civil, y no salvaje, como tenían en el estado en que se hallaban: todo lo cual movió al rey y no dejó de alentar á su representante, que no penetraban las siniestras miras de *tan celosos amantes de la sociedad*.

El conde de Monterey nombró, pues, cien comisarios encargados de reunir las congregaciones, procurando hacerlo de manera que no perjudicaran los intereses de los indios, y colocándolos en los mejores lugares y los mas á propósito, y para esto debían intervenir los curas y los justicias respectivos, quienes habian de certificar de la conducta de los comisarios. En nada ménos se pensó que en dar cumplimiento á las instrucciones del virrey; los curas

y justicias juraron, por el dinero que recibían de los comisarios, al contento de estos, sin embargo de que los infelices y miseros indios habian sido bien molestados por ellos. El virrey, á cuyos oídos llegó que contra su prevención y á su pesar se les quitaban á los indios las sementeras para engancharlos, publicó un bando á fin de atajar este abuso é impedir todos los males que le fuera posible evitar sobreviniendo á los indios, y aunque algunos avaros lo hicieron ver que retirados en congregaciones no podrían cuidar sus tierras estando separados de ellas, y á pesar de que por este mismo estilo se le representó bastante, se mantuvo con todo inexorable y llevó al cabo su última disposición con toda energia.

1599.—A principios de este año se recibió en México la noticia de la muerte de Felipe II, acaecida en 13 de septiembre último, y se mandó guardar luto en toda el virreinato, disponiéndose ademas la jura de Felipe III, cuya coronación habia ya verificado; lo que se hizo con gran pompa, con corridas de toros y otros espectáculos.

Tenia mandado Felipe II que se mudase Veracruz, llamada hoy la antigua, por los muchos obstáculos que se presentaban al desembarco. Los buques no podían arribar hasta ella, era su clima en extremo insano, muy molesto, tambien para el transporte de efectos desde Uluá hasta los almacenes, por lo cual, y por obsequiar la orden del rey, Zuñiga hizo fundar la Veracruz que hoy conocemos y por cierto que no muy salubre, aunque si ménos dañosa por ser ménos húmeda. Como de los comisarios encargados de las congregaciones de indios mexicanos y otomites habia desconfiado fundadamente el virrey, nombró otros nuevos cien comisarios, dando á cada uno mil pesos y doscientos escribanos con quinientos pesos tambien cada uno, proveyendo algunas cosas para evitar fraudes; pero no pudo conseguirlo porque las maldades de estos nuevos comisarios excedieron con mucho á las cometidas por los otros, entre quienes habia algunos que se portaron con toda honradez.

1600.—Comenzó el siglo XVII con las maldades de los comisarios, que habian demeritado el negocio de las congregaciones causa de infinitas violencias y arbitrariedades cometidas contra los indios. En la estacion mas cruel en México, en el tiempo de aguas, los hacían abandonar sus hogares y espermentaban por consiguiente el rigor del temporal sin tener donde guarecerse de la intemperie. Sus miserables chozas se les incendiaron, se les tala-

ron sus campos hasta el extremo de no dejarles el abrigo siquiera de un árbol á cuya sombra pudieran arrimarse, porque todos fueron quemados, lo que dió margen á multitud de suicidios, ó á que huyeran á los bosques para encontrar en la soledad el asilo y protección que la soledad les negaba, y hacer vida común con las fieras para huir de los hombres. Debe tenerse en consideración que los indios se mostraban muchas veces sumisos, y á pesar de ello se les maltrataba, ya con palabras, ya con hechos que era lo más frecuente. Llegó á tal grado la disolución en esto de los comisarios, que aún molestaron los pueblos pacíficos y ordenados, contra las instrucciones del conde de Monterey. Trataron de nivelar las calles, y para ejecutarlo derribaban sin promover siquiera indemnización, los edificios que impedían la vista. Se cometieron en fin, atentados inauditos que motivaron el odio implacable que de entonces á acá declararon los indios á los españoles, y á que dió ocasión el virrey, á quien juzgamos causa inocente por persuadirnoslo así, la opinión de los historiadores muy marcada en su favor. Los mexicanos otonites desde esta época quedaron arruinados y el resultado que se esperaba no se logró al fin: los indios se escaseaban y los vecinos de la Nueva-España que nunca aprobaron la medida de las congregaciones, pidieron á Felipe III que la revocara puesto que surtía los efectos contrarios á los que se habían propuesto sus autores, y que no se consiguiera la civilización de los indios.

En este año el 12 de septiembre se verificó la fundación del monasterio de Santa Inés, cuyas monjas que habían permanecido en el vergel de la Concepcion, pasaron á su actual convento en número de treinta y tres capellanas, nombradas en caso de vacante por su padre Velazquez de la Cadena, secretario entonces del virrey.

1601.—Cansados los indios acaxees de Topin de trabajar en las minas, lo que siempre habían repugnado, molestados bastante por los españoles, formaron un día contra estos una conspiración dándoles muerte á todos los que pudieron haber á las manos, y remontándose en seguida á los buques teniendo como era natural que muy luego serían acometidos. Así fué, en efecto, pues á poco tiempo se puso sobre ellos el gobernador de Durango con cuya fuerza tuvieron algunas ligeras escaramuzas. No fué tan vella el gobernador de Durango que no diera lugar al celo y actividad del obispo de Guadalajara D. Hdefonso de la Mota de llegar también

en poco tiempo, y poder acercarse á los acaxees á quienes habló con palabras religiosas, exhortándolos á la obediencia y sumisión, y al pedido de estos, en señal de que el obispo se comprometía á hacer que no se les volvería á molestar, les envió su mitra y anillo. Separado de ellos, y vuelto el obispo al campamento del gobernador, mientras ambos conferenciaban una partida de las tropas de este último se dispusieron á atacar á los acaxees, y estos colocaron en alto y al frente de su campo la mitra, la cual vista por los soldados sus adversarios fué reverenciada y doblando en su presencia la rodilla deponiendo las armas los españoles, ambos partidos entraron en convenios y cesaron las disensiones. El obispo en tanto por su parte había reconciliado con el gobernador á los indios, que le habían propuesto dárle las armas bajo ciertas condiciones, las cuales les fueron otorgadas; y de esta manera, tan digno prelado logró con su misión de paz lo que en vano habría intentado conseguir el gobernador á quien recomiendo muy particularmente los indios, y en seguida reencargándolos á los jesuitas, que tenían allí establecidos varias misiones, se volvió á su diócesis á dar cumplimiento á su ministerio.

Desde este año quedó en México impuesta la sisa y en lo sucesivo se nombraba, en la renovación de ayuntamiento el primero de enero, un obrero mayor de sisa.

1602.—Desde el virreinato de Enriquez se habían establecido los repartimientos de indios; mas como eran notoriamente perjudiciales y atentatorios á su libertad, el rey, á consecuencia de repetidas representaciones que se le habían hecho para que los quitara, ordenó al conde de Monterey que lo hiciera, y lo hizo en efecto en 602. Zúñiga, sin embargo, que no le parecía bien dejar á los indios tan libres para alquilarlos ó no á su voluntad, queriendo tenerlos ocupados, dispuso que se reunieran todos los domingos en las plazas públicas, y que allí se ajustaran á jornal. Con intención de evitar los fraudes que podrían cometerse, el mismo virrey asistía personalmente á las plazas de S. Juan y de Santiago; pero esto ni podía suceder siempre, ni aun cuando sucediera había de ser posible que se hallara á un tiempo en ambos lugares á presenciar los ajustes; así es que un juez comisionado para este efecto, antiguo repartidor, que no llevaba muy á bien la nueva disposición, procuró sacar de ella ventajas, y en efecto las sacaba: algunos tomaban mas indios de los que necesitaban y después los alquilaban á precios mas altos.

Los desgraciados, viendo cuán mal les iba con la nueva providencia del virrey le pidieron que mejor continuaran los repartimientos que les eran menos gravosos. El conde juzgando de necesidad que alguna de las dos cosas subsistiera "como todos los virreyes" dice Torquemada "ha parecido, no porque lo es" (necesario) "sino porque así quieren que parezca" ordenó que se siguieran haciendo los repartimientos.

Felipe III ó porque halló entre los papales de su padre relaciones de viajeros estrangeros de hallarse un estrecho llamado Anian en el mar del Norte en la extremidad oriental de la América, ó por asegurar la navegación del Galeon de Filipinas, quiso que se descubriera y colonizara la California y previno á Zúñiga que lo hiciera. En cumplimiento de esta disposición Zúñiga nombró jefe de la expedición á Sebastian Vizcaino, almirante, á Toribio Gomez Corban quien acompañado del alférez Sebastian Melendez, y del piloto Antonio Flores marchó á Honduras de donde trajo ya aprestados á Acapulco los buques que necesitaban, y entre tanto Juan Acebedo marchó tambien de Acapulco á ajustar vivores. El virrey mandó un Mexico que se diera á Vizcaino la gente que pidiese.

Reunido, pues, el número necesario, y pronto ya á partir, el virrey hizo llamar á su presencia á los oficiales, los exhortó al orden y subordinación, y les prometió que sus servicios serian fielmente recompensados. Salieron de México el 7 de marzo y el día de San José, dice Torquemada, veinte del mismo marzo llegaron á Acapulco, y en 5 de mayo se hicieron á la vela en tres navios y una barca. La expedición sufrió desde su salida del puerto vicientos recios contrarios que la impedían llegar á su destino, y después de muchos trabajos á costa de grandes fatigas logró arribar al puerto de Monterey de Nuevo-Leon donde se fundó una colonia que se dedicó al virrey lo que ocasionó que se le diera por nombre el del título del conde. En seguida marcharon al cabo Blanco de San Sebastian poco mas allá del Mendocino. Allí les atacó un fuerte escorbuto de que murieron muchos. Solo seis estaban sanos y discretamente arrojaban al agua algunos cádáveres. La almirante se separó en busca de viveres y las otras dos pasaron á la Paz, y no pudiendo establecerse, continuaron para Mazatlan estraviadas la una de la otra. En Mazatlan tomaron los enfermos Xocayaxtli ó piñuelas (timbrichis), con lo que quedaron completamente restablecidos y con fuerzas para se-

guir su travesía á Acapulco, á donde llegaron por el mes de diciembre, entrando á México á principios del siguiente.

Por este año se embarcaron para México los religiosos de San Juan de Dios, que fundaron en 1604 su hospital, en donde se hallaba á los principios la alondriga, y después una hermita de Nra. Sra. de los Desamparados, llamada así á causa de que en un tomo que allí había preparado eran espuestos los niños.

1603.—Gobernaba en este año don Zúñiga con su acostumbrado desinterés sino que ocurriera cosa alguna notable, hasta septiembre que tuvo noticia de haber sido promovido al Perú, y que se le sustitua con el marqués de Montes Claros. Luego que supo la llegada de este y de su muger, les salió al encuentro á Otumba, en donde se demoró con ellos ocho dias, recibiendo con un hospedaje tal, que en tan corto término consumió casi la renta de un año. Al cabo de los ocho dias marchó para el Perú por la vía de Acapulco. "Al salir de México, sucedió que lo acompañaban tropas de mexicanos" que henchían los aires de los alaridos en señal de sentimiento, demostración que hasta entonces no se había hecho con otro virrey "dice Torquemada, y con casi semejantes palabras refiere el mismo hecho el P. Cayo asentando ambos, que era muy digno Zúñiga de tales muestras, no hallándole culpable mas que en el hecho de las congregaciones, al que pudiéramos muy bien agregar el de los repartimientos que debió haber quitado sin restricción de ninguna especie. La residencia del conde de Monterey, la publicó en México su sucesor como había el hecho con Velasco, y en ella fué condenado á pagar cinco mil reales y mal gastados los docientos mil pesos que dió para las congregaciones á los comisarios y escribanos, de cuya sentencia fué absuelto en la corte para donde había apelado.

CARLOS M. SAavedra.

Para dar una idea del bello parte de las autoridades del Nuevo-México, copiamos literalmente del libro V. cap. 39 de la Monarquía Indiana del P. Torquemada, la carta que al provincial de franciscanos de Michoacan Fr. Diego Muñoz, comisario general de la orden, dirigió Fr. Francisco de San Miguel hombre venerable que había servido mucho tiempo en las misiones del Nuevo-México, y es la siguiente.

"Jesus dé á V. P. Padre nuestro, esfuerzo y su divina gracia. Habrá quince dias que escribí á V. P. dando cuenta de nuestra llegada

a este parage de Santa Bárbara, y doce dias despues que nosotros llegamos, llegó el maese de Campo de D. Juan de Oñate, gobernador, en seguimiento de estos capitanes y pobre gente, que está aquí, habiéndolos allá sentenciado á cortar las cabezas el gobernador, y hacer en ellos grandes crueldades, por los grandes servicios que á Dios y á la Magestad hui hecho en gastar sus haciendas; y servir personalmente ellos y sus mugeres é hijos y criados, porque todos hacian esto y andaban á las vueltas en esta tragicomedia, sirviéndolos los hombres al gobernador de acompañarle, las mugeres de guisarle de comer, los niños de entretenerle y los criados y gente de servicio de servirle y aun los frailes de adorarle; y llega el caso al punto, que ya no hallábamos lugar ni hora segura en las vidas, haciendas ni honras. Algunas veces (siendo yo prelado) me mandó, que quitase algunos religiosos de los puestos y partes donde estaban (sin mas ocasion que su gusto) con apercebimiento, que si no lo hacia lo haria él; y cierto que los que han estado en aquella tierra que han dado harta muestra de su religión; y esto es cierto, que la tierra por sí, no es muy habitable, y estando y gobernando el que gobierna, no es posible vivir en ella; y por estas y por otros millores de cosas, no solo convigo, mas fué necesario salir de ella, y esto para el remedio de los naturales, del gobernador y españoles, que allá quedan, no porque puede sustentarse sino

muy poca gente con el ordinario que ahora tiene, y el gobernador por no decaer de su estado, anda con mil embustes, marañas y fingimientos y hechando á millares ánimas en el infierno y haciendo cosas que no son dignas de ser oidas de cristianos, con apariencias falsas y cautelosas, y así bien aventurado el que se puede apartar de tales tratos; porque aunque á nosotros no nos está bien tratarlo en público, no es razon que V. P. deje de estar advertido.

“El gobernador ha hecho algunas salidas, á costa de los religiosos y naturales, como causa *si se que, non*; porque por ninguna via podia ser ninguna: por estar tan pobre y en todas ha hecho grandísima matanza de indios, y grande carnicería y derramamiento de sangre humana, los robos, saqueamientos y otras cosas que ha hecho: ruego á Dios que le de gracia para que haga en esta vida penitencia de todo. Esta pobre gente está afligida, y el maese de Campo, lleva en sus informaciones mil mentiras y mil juramentos falsos; porque están tan oprimos, los que están en el Nuevo-México, que no pueden hacer mas de lo que les manda el gobernador ó lo que saben que es su gusto, y al cabo ha de parecer todo y conocerse la verdad; y porque los padres Zamora, y Lugo que son testigos fidedignos han ido allá, de quien se podrá tomar razon de todo, no digo mas en esta, etc. De Santa Bárbara 29 de febrero de 1602 años.”

PROSA Y POESIA.

Todos los hombres hablan y todos se hacen comprender; mas las voces de unos llegan al corazón, mientras que las de otros solo llegan al oido. ¿En que consiste esta diferencia? En la mayor ó menor propiedad del lenguaje y en la expresion mas ó menos viva de las imágenes; y estas pueden representarse de dos maneras, en prosa ó en verso. ¿Cuántas veces nos hace llorar el poeta, cuántas veces toca al alma y la hace sentir emociones dulcísimas! Y cuántas veces el orador nos hace encender en ira, cuántas veces nos impela al combate, cómo nos revive nuestro amor á la patria, cómo nos ha-

ce temblar á veces! La prosa con su cadencia armoniosa, con sus suaves acentos es una verdadera música; yo creo que la prosa es la música con voces cuya significacion está fijada; su cadencia hierre nuestros oídos, y los encanta el significado de sus voces, toca á nuestra alma y la conmueve; esta es sin duda la causa por que las mugeres son tan afectas á la prosa; estas sensaciones suavísimas aun en medio del horror, se acomodan perfectamente á la sensibilidad de su alma: mas la prosa, la prosa elocuente, se dirige mas bien al entendimiento, la ilusión de sus raciocinios lo conven-

ce y lo arrastra al punto que se propone. La prosa es á mi juicio el idioma de los hombres; se ocupa siempre de pasiones mas fuertes; sus voces sin acento ni cadencia fija, son mas propias para expresar los arrebatos producidos por pasiones que no son, por decirlo así, desenfrentado. Como no tiene armonia música no se detiene en el oido, sino que pasa recta al entendimiento, lo conmueve y determina la voluntad; careciendo de esa armonia no produce sensaciones dulces que debilitan su expresion; esta es varonil y vigorosa. Sin embargo, yo creo que la prosa no carece de armonia. En un periodo de esas obras maestras de los oradores, se percibe un no sé qué de sonoro y grave, que es sin duda una de las razones que predisponen nuestro entendimiento á la conviccion. La poesía es á la prosa como los sonos dulces de una flauta á los graves y magisteriosos del órgano. Cuando se lee el exordio del sermón del misionero Bridaine, se percibe que cada cláusula es rotunda, sonora, la alma se estremece y el oido siente agrado, sin sentirse un placer muelle. Cuando se lee una poesia de Meléndez parece que el alma se aduerme medida por la suavísima armonia de sus versos. Para mí, entre un poeta y un orador no hay diferencia sensible, y sin embargo, yo preferiré en las grandes pasiones una pieza oratoria á una poetica, y en las suaves que pueden serlo aun en su fuerza, como el amor, prefiero una poesia á una arenga: así como me entusiasma el clarín del guerrero, y me hace volar al combate, y lo mismo que las dulces cadencias de la flauta, me entristecen y me hacen brotar las lágrimas. Pero cuando el poeta es orador, ó el orador poeta, cuando se reúnen en una misma persona esas dos cualidades, y cuando hallo en una composicion la fuerza de la prosa con su noble rotundidad, cuando sus imágenes son grandes y sublimes, cuando sus voces son armoniosas y se exaltan la dulzura y la gravedad, entonces me arrebató, mi alma se estremece, yo lloro, me entusiasmo, y tan pronto salta una lágrima de mis párpados encendidos, como una exclamacion de coraje, tal vez, de mi alma extasiada. Cuando de rodillas en el templo oigo sonar el órgano, y luego una flauta, mi alma se manda de gozo, y á los nobles acentos del órgano, concibo la grandeza y el poder del Señor, y pido su misericordia, y tiemblo á su justicia, mas si cambiando entónces, suena una flauta, me enternezco y hablo á Dios como á mi padre, con la ternura de un hijo, y siento en mí ya su perdón. Esto es lo que me acontece cuando leo

una de esas composiciones en que no hay comparaciones femeniles, en que las ideas son sublimes y su expresion magestosa. Pero cuando leo á un poeta que solo es dulce, cuyas comparaciones son dulces, cuyas ideas son puramente voluptuosas y débiles, lo llevo de regalo á una dama ó lo guardo para aquellos momentos en que necesitamos endulzar nuestras penas con la cadencia, con una armonia que nos haga llorar algunas lágrimas que sirvan de alivio al alma afligida. Cuando leo un orador, cuando leo algo de Demóstenes, cuando oigo la voz imponente de Cicero, cuando leo á Massillon, entonces me siento transportado, conmovido, en un estado indescriptible, mi odio á los tiranos se aumenta, mi religion se afirma... y beso las obras de esos grandes hombres, y levantando mis ojos al cielo, pregunto con dolor al Señor. ¿Porqué no soy yo como ellos?

Yo amo á los poetas y envidio su oído músico, su alma tan sensible y tan dulce, su lenguaje tan sentido, especialmente cuando tengo que tratar á las mugeres; pero cuando recuerdo que tengo una patria, que tengo una religion, que soy hombre, entónces olvido por un instante la poesia, y me acojo á la oratoria. No se crea, sin embargo, que en mis elogios á los poetas, hablo de algunos versistas que en nada simpatizan conmigo, y que hacen consistir á la poesia en los acentos y en el número de las sílabas; esos hombres son mecánicos. La poesia consiste en las ideas y en las imágenes, su sublimidad es lo que la distingue. Ya he dicho cual es para mí la diferencia que hay entre la prosa y la poesia: ahora diré que poesia hay en prosa, y que son poetas para mí los que tienen ideas poeticas, aun cuando no tengan versos, son poetas, verdaderos poetas, y mas apreciables que los versistas ó meramente copleros.

Así, pues, en mi concepto es falsa la sententia de Chesterfield, que dice que el poeta nace y el orador se hace. Esto es confundir la forma con la esencia, la parte mecánica de la poesia con la poesia, y la oratoria con su parte mímica. Yo creo que el poeta y el orador nacen, y que el versista se hace, y el mímico se hace como se hace un mímico y un actor. Puede, lo repito, haber poesia sin verso, y orador sin accion, y aunque no sean perfectos, aunque sean incompletos, yo los amaré y los respetaré, y serán dueños de mi alma, porque amo la poesia en su caso, tanto como á la oratoria en el suyo.

JOSÉ MARIA DEL CASTILLO.

MI PRISION.

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EL LIC.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

Como en cárcel oscura
Y del mundo divorciado,
Triste vivo;
Que nunca penetra pura
La luz por el enrejado
Del cautivo.
Y raya rosada aurora
Y viene la noche umbrosa
Con su velo,
Y pasa una y otra hora
Y un día tras otro día
Sin consuelo.
Porque blanco de los tiros
Y víctima desgraciada
Del poder,
Es preciso mis suspiros
Y mi voz acongojada
Confesar.
Acusado, aunque inocente;
Sin ser reo, condenado,
Pena dura
Su sello ha impreso en mi frente,
Porque un cáliz he apurado
De amargura.
Si á ningún humano oído
Puede mi flóbil gemido
Penetrar;
Si ningún acento humano
Puede mi dolor tirano
Consolar;
¿De qué, infeliz, serviría
Lanzar un ¡ay! de mi pecho
Lastimoso,
Que al punto se perdería
De mi cárcel bajo el techo
Pavoroso?
Cuando de alegre diana
El toque primero suena,
El clarín

Que es de mi reloj campana,
Al alivio de mi pena
Pone fin
Que de mis párpados huye
Veloz el sueño demente
Que dormía,
Y la ilusión se destruye
En que vagaba mi ardiente
Fantasía.
Y en mi suerte de hoy pensando
Y en la suerte que me espera,
No mejor,
Paso las horas contando
En soledad que exaspera
Mi dolor.
Me recuerdo los placeres
De este México encantado,
Turbulento;
Y los gratos quehaceres
De que pobre, pero honrado
Me sustentó.
Y mi vida cuando niño,
Y mi hermana desgraciada,
Tan querida;
Y el acendrado cariño
De mi madre idolatrada,
Tan sentida.
Sin cesar mi puerta vela,
Cual si fuese autor de un yerro
Negro, vil,
Silencioso centinela,
Impasible, como el hierro
Del fasil.
La monótona armonía
De los toques militares,
Tristes sonet!
Es mi sola melodía;
De la escuadra los cantares,
Mis canciones,
Al través de mi ventana

Suelo ver algun momento

Los soldados,
Sin ayer, ni hoy, ni mañana,
De albedrío y pensamiento
Despojados.

Y cuando al dolor rendido,
Me duermo, muertas las voces

Del cuartel;
Cuando solo se oye el ruido
Del relincho y de las coces
Del corcel;

Cuando en blando acabamiento
Se pierden al fin mis males,

Me despierta
Del centinela el acento,
Que, atalaya en mis umbrales,
Grita ¡alerta!

Y á su acento vuelvo al mundo
Y recobro la memoria

Que era ídolo;
Y en el silencio profundo
Viene á mi mente la historia
De mi vida.

Esa historia de tristeza,
Cuyas fijas han escrito
La horfandad,
La desgracia y la pobreza;

Mas no la infamia, el delito,
La maldad.
Si la frente siempre al cielo
He levantado surcada,

Del dolor,
Jamás la he bajado al suelo
Por el oprobio marcada

Ni el temor.
Mas ¡ay! ¿de qué me aprovecha
Mi inocencia en esta hora
De amargura,

Cuando una cárcel estrecha...
¿Cuánto tarda de la aurora
La luz pura!

II.

¿De qué, empero, me sirven sus albores?
¿De qué del sol la idolatrada lumbre,
Si en las garras de horrible pesadumbre
Destrozado palpita el corazón?
Que no miro á esa luz el verde prado,
Ni el alto alcázar, ni el soberbio templo;
De esa luz á los rayos no contemplo
Mas que el suelo de lóbrega prision.

Y esta prision, ó Dios mío,
Esta prision dolorosa
Es la estancia pavorosa
Donde á un hombre otro hombre impío
Mandó á muerte ignominiosa.

—421—

Aquí inesperto fiscal,
Injusto acuso, ha lanzado
En pedimento fatal
Un acento despiadado
Contra el pobre criminal.

Aquí de jueces novicios,
Protroves tal vez, sin ciencia,
En festinada sentencia
Han deseado los juicios
Las voces de la inocencia.

Y de una ley homicida,
Que el negro infierno abortó,
Aquí el espectro se alzó
Y del libro de la vida

Con sangre un nombre borro.
Y los que al hombre juzgaron
Y á muerte le condenaron,
Al gran mundo se volvieron
Y del hombre se olvidaron

Y en el mundo se perdieron.
Y mientras ellos gozaban
Las delicias del burgo,
Aquí un altar levantaban

Y á un sacerdote llamaban
Para consuelo del reo.
Y el sacerdote llegó,
Y vió al misero mortal,

Y á sus plantas le llamó
Con acento paternal,
Y el reo se arrodilló.

Y esta mansión silenciosa
Que escuchaba mi voz doliente,
También oyó al penitente
Pedir con voz fervorosa
Perdon al Omnipotente.

Aquí su llanto vertía
Y su acento levantaba
Cuando justicia pedía,
Y por festigo pedía
Al cielo que le escuchaba.

Y aquí su voz se perdió,
Como se pierde mi acento;
Mas si el mundo no le oyó,
Desde el alto firmamento
El Señor le perdonó.

Y las paredes miraba
Que en este momento miro;
Y también él suspiraba
Aquí donde yo suspiro,
Y dónde piso, pisaba.

Y el sol naciendo en oriente,
Cual ahora indiferente,
Por esa raja de horror
También calentó su frente
Con fuego reparador.

Y esta estancia solitaria

Donde peno noche y día,
Como oyo mi canto, oía
Sus sollozos, su plegaria,
Sus gemidos de agonía.

Y esa puerta para mí
Cerrada, para él se abrió,
Y su dintel franqueó.
El camino que de aquí
Al cadalso llevo,

Y en este mismo lugar
Donde está mi lecho ahora,
La última luna alumbrar
Vio de su vida, y brillar

También la última aurora.
Aquí la noche postrera
Al dulce sueño llamaba;
Y el misero deliraba,

Porque en esa noche fiera
La fiebre le devoraba.
Y llegado al fin el día
Sin esperar ya salud,

Entró infame multitud,
Dio el primer paso que guía
Hacia el lóbrego ataúd.
Y al arrancarse de aquí
Un yip profundo lanzó,
Y hacia la puerta marchó;
Los ojos vendóse allí....
Y.... la puerta se cerró.

III.

¿Y en esta estancia de fatal memoria
Es donde viví vida de dolor?
¿Y se escribe una hoja de mi historia
Donde otra historia se escribió de horror?

¿Y en este sitio donde en pobre lecho
Durmió su postrer sueño un criminal,
Es do devora mi inocente pecho
Por largas horas su horroroso mal?

De la inmunda librea revestido
Que de calumnias el poder tegió,
Triste descansa aquí, mas no abatido;
Que el cuerpo es débil, pero el alma no.

Que solo abate el crimen, porque humilla;
Pero serena sufre la virtud;
Y el aliento del crimen no amanece
Los años de mi ardiente juventud.

Aquí recuerdo en espantosa calma
El bullicio del mundo, su placer;
Y esta recuerdo despedida mi alma....
¡Ay! yo gozaba de ese mundo ayer.

Y aquellos que mi voz acompañaban
Bismos dando al amor y á la beldad,
Hoy se gozan cual antes se gozaban,
Y yo lloro mi muerta libertad.

Y mientras en silencio el mas profundo

Ro mi vida la amargura aquí,
Ellos siguen gozando de ese mundo
Que lo mismo que ayer es hoy sin mí
¡Nada ha cambiado!... La hermosura río

Las cántigas de amor al escuchar:
Al poderoso la lisonja engríe
Y le anega de dichas en un mar.
De la música escuchanse los sonos,
Resuena del teatro el artesón,
Y del baile en los lúbricos salones

Se embriaga de placer el corazón.
Todo lo mismo! Tal es la costumbre
De ese monstruo que llaman sociedad,
¿Qué le importa mi dura servidumbre?

¿Qué le importa mi dulce libertad?
Al que era nada ayer, y hoy es magnate
Brinda con las delicias de un eden:
Luego que rueda del poder, le abate
Bajo el peso de pérdida desden.

Y fría, y egoísta, indiferente,
Cuando el sídolo pierde su esplendor,
Le arranca la corona de la frente,
Para cubrir con ella al vencedor.

Y el nombre aborrecido al cielo sube:
Lo proclaman en las plazas el clarín,
El templo de su incendio entre la nube,
Con sus henchidas copas el festín.

Y lo que era virtud vuélvese crimen,
La mentira se viste de verdad,
A los pueblos los despotas oprimen....
¿Y lo sufre la triste humanidad?

IV.

Lo sufre: del mundo la ley es constante:
Tirano del débil el fuerte ha de ser;
El malo se goza del bueno triunfante,
Y grita mas alto que al juicio el placer.

Y el hombre cual ántes será, como ahora,
Hipócrita, pérfido, injusto, traidor;
Y ver en ocaso la luz de la aurora
Será mas fácil que hacerlo mejor.

¿A que, pues, del vicio huir los senderos,
Si solo ellos pueden á dicha guiar:
Si próceres, sabios, soldados, pecheros,
Alzados tienen en su alma un altar?

Gocemos del mundo los dulces placeres,
Logremos del mundo las glorias y prez;
Y vinos ahora y amor y mugeres,
Y el oro y el juego en verla vejez.

¡Mas ¡ay! esas dichas que rápidas pasan,
Cual pasan las nubes del plácido abril,
Los cuerpos consumen, las almas abrasan,
Y empañan al hombre con hábito vil.

Y al pecho royendo su dejo amargoso,
Al jóven preparan precos senectud;

Que el mundo le arroja de sí desdenoso,
Y vivo se hunde en negro ataúd.

Verdad es que sufre también la inocencia,
Verdad es que suele la infamia triunfar:
Empero si limpia se ve la conciencia,
Eden es la cárcel, la tumba un altar.

Si en fútil acento mis males deploro,
No el surco del crimen mi frente arrugó;
Que solo al oprobio, no al cabo del oro,
Ni al ceño del grande mi pecho tembló.

Y aquí á mi enemigo de muy alto veo;
No temo su saña, ni quiero su pan,

Que duermo tranquilo en cárcel de roo,
Y á él le desvela del grande el afán.

Si el alma está pura, ¿qué importa que ciego
El mundo me mande á suplicio cruel?
Mas vale que un trozo la horca de Riego,
Mejor es que un cetro la flecha de Tell.

Y firme mi labio, si bien la fortuna
En esta morada me hundió de dolor,
Dirá cual un día clamó en la tribuna:
Todo se ha perdido menos el honor.

Cuartel del regimiento Jijera, á 14 de mayo
de 1843. J. M. LAFRAGUA.

LO QUE PASA EN UN TREMBLOR.

CUANDO acontece algun suceso notable y que sale del orden natural, todos hablan de él, y es materia de conversacion para un dia, una semana ó dos ó mas, segun la importancia y duracion del tal acontecimiento; así es que una revolucion ó una accion de guerra en la capital, que dure unos cuarenta dias como es uso y costumbre entre nosotros los hijos de Adán, da materia para que charlen los elegantes y los viejos, y las damas y hasta los periodistas cada uno en su tela, por un mes exacto, y esto es con razon, porque siendo frecuentes las tales cuaremas de fuego y de sangre, ya no hacen la impresion que debieran. Pero que venga un incendio, y quemé una casa ó dos en la ciudad, y ya verá V. al dia siguiente que los periodistas dan razon de él, y en las tertulias se cuenta el cómo, cuándo y porqué del incendio con otras mil minuciosidades que inventa Pedro ó Juan, y que Diego aumenta, cesando este flujo de hablar al dia siguiente, menos por supuesto en el dueño de la casa y en los dueños de lo que en ella se quemó, porque el negocio es de tal importancia para estos, que en toda la vida dejarán de hablar. Sobre todo, es cosa sabida que cada uno habla de lo que quiere, y á mí me ha venido en deseo de contar varias ocurrencias que me sucedieron el próximo pasado lunes 25 de marzo de 1844, en cuya narracion tendrá V. gusto, porque hay casa arruinada y hombres nadando en polvo y meditaciones filosóficas y tertulias de amigos y letanía y temblor y convite y juego y un jóven calavera y unas viejas regañonas, y la concurren-

cia del Diorama, cuya moza me sospecho que es muy propia para un artículo de temblores y de bulla. Con que para no tener á V. mas tiempo esperando, le diré como en el referido dia á las seis de la tarde pasaba yo por una calle cuyo nombre no es interesante para V. ni para mí, y llegando á cosa de la mitad de ella me entré por una puerta zahuan, en busca de un amigo: habia ya penetrado cosa de dos pasos, cuando oí un trueno, el suelo se estremeció, y una nube de polvo me circundó de tal manera, que no pude ver nada, ni aun respirar; estaba yo nadando en polvo, y apenas pude oír un grito fúnebre, un alarido de muerte que sonó á mis oídos, como la sentencia final. No hay duda, pensé en aquel momento, esto es un suceso, una pesadilla, es la muerte.... La casa se ha caído, todos han sido desahucados, gritaron mil femeniles voces, y contándose yo con el susto entre los averiados, tendiéndome mis brazos, cerré los ojos y escuché el nuevo grito y los sollozos como el oficio de difuntos que se rezaba sobre mi ataúd: luego vino no sé quien y cerró la puerta: la poca luz que por ella se comunicaba acabó, dejándonos en tal oscuridad, que ya no oí ni vi nada, y hubiera permanecido sin duda tragando polvo y tierra hasta la fecha, si no fuera por el alcalde del barrio que se entró con aire magistral, diciendo: „Ya envíe por auxilio, ya vendrá un pirote que para llevarse á los muertos y á los heridos, y como yo me contaba segun he dicho, entre estos, luba de creerse bajo el poder militar, cuya idea me hizo volver en mí por ser grande

el horror que tengo á los bigotes y á las carabinas, y á las evoluciones militares. Y colandome despues de resuscitado tras el alcalde, me meti con suma intrepidez hasta el lugar de la tragedia, y lubre de ver aunque con trabajo, el anecdotico terrible de una pieza que cayó, y supe con placer que no habia resultado muerte ninguna, y vi que se aprestaba medio para sacar á la gente de las piezas, cuya salida tenian obstruida los escambros, con cuyas noticias me salí, pensando cuál seria la causa; imaginando temblores y movimientos, y temeroso de que no se repitiese el suceso, que nada de chusco ni de gracioso tenia. Fuime calle arriba meditando en la inestabilidad de las cosas humanas, y en lo distante que estaria el albañil que aquello trabajó, de que mi buena persona se tragase cristianamente y sin ser niéroles de ceniza, el polvo de la tierra que sus manos convirtieron en corredor. En cuyas meditaciones y en la contemplacion de los riesgos ó que está espuesta la humana naturaleza, lubre de llegar á mi fin, que es como si dijéramos, que llegué á la casa de otro amigo, en la cual estaban otros varios amigos, con quienes formé una tertulia amigable y deliciosa en el tiempo que medio, hasta la hora en que marchamos impertérritos al campo del honor, que es decir, que marchamos á un baloncillo, ó sarao, ó banquete, que de todo tenia, y que se hizo en honor de un chiquillo que en esta noche abjuraba al demonio y se convertia en cristiano. Volvieron de la parroquia los compañeros y la partera; volvió el nuevo cristiano y el ciudadano nuevo, y empezaron las euhorabonas y plácemes de estilo y usanza, y se dió la señal de combate, que es para ciertos golosos, el non plus ultra de la dicha humana.

Abrió la marcha... Mire V., antes deho contarle, como en una pieza cercana al comedor se hallaban unas señoras ancianas, que habiendo concluido con los cumplidos á la nueva madre, y cansadas de esperar, accedieron á la propuesta de un joven alegre y bullicioso, que viendo ocasion, les propuso con todo el alre de una calavera jugar unos *albacillos* y ponerles el *monte* de no se cuantos peses, mientras comenzaba la verdadera fiesta y se hacia hora de cumplir con el objeto de la visita, el cual ya tengo dicho que es para unos la buena mesa y las rosquillas y las soletas y los dulces y los helados, y para otros las ocasiones y el barullo de sentarse y el gusto de servir á las jóvenes. Pasiónense, pues, á jugar tranquilamente, y sin mas ocurrencia notable que la muy insignificante de irse quedando exhaustas las bolsas

de las señoras, y aumentando de volumen, no el *monte*, sino la bolsa del joven, sin que para esto obstase que Doña Rita sea muy afortunada, y Doña Juana dichosa, porque el buen hombre hacia salir el as si apuntaban al caballo, y hacia que perdieran el as y el caballo si á ambos apuntaban. Y aquí será bien notar la utilidad de los dramas ó escritos dramáticos, pues es bien claro que con haber puesto á cada uno de mis párrafos su numeracion correspondiente, y la descripcion del lugar, evitaba yo decir á V. que á tal punto llegaban las jugadoras ancianas, cuando se llamó á comer, cuyo aviso se retardó por la razon natural, de que los jóvenes no son afectos á las viejas; mas supuesto que ya sabe V. que por fin llegó el aviso, cesaré la digresion dramática, porque es bien que ahorra sepa como dijeron las ancianas, «que iban?» y continuaron jugando.—Decía yo que abrian la marcha el papá y la madre, esto es de rigor, y seguian el compadre y la niña, y luego otros y otras, y entre todas la sobrina de un eclesiástico muy entrado en años, pariente de los años de la casa, que estaba durmiendo sin cuidar de sarao ni de fiestas, como hombre esportingado y desahogado de las necesidades mundanales. Yo estaba por supuesto en la reunion, y acompañaba no sé si á la segunda ó á la tercera señora de la fila. Al llegar á la mesa, sentimos un vaiven, un movimiento; me lo mareado, dijo la señorita que iba delante de mí, y el galan caballero que la acompañaba la abrazó liernamente para impedir que cayese; un vahido, dijo otra, y luego, Jesus, que me caigo, dijo la tercera, y los cortesanes mancochos abrazaron con mas ó ménas fuerza y ternura á las damiselas, declarando en su animo que los lales abrazos eran una medicina necesaria para evitar que diesen con su cuerpo en tierra. Esta escena, como V. supondrá, detuvo un poco la marcha y movimiento y ruido de la hermosa comparsa, todo estaba en silencio, cuando una voz sepulcral dijo, tiembla, y sentimos todos el furioso balancear de el piso, tiembla, repitieron desfavoridas las señoritas, Jesus, tiembla dijo el coro, y esta voz se comunicó sorda y lentamente de un ángulo al otro de la pieza, y pasó á la pieza contigua, y sonó tiembla, y las viejas bujeron clamando *misericordia*, y se cibarón al comedor y repitieron, Jesus, que tiembla, y la gente toda se arrodilló; Jesus dos valga, y arrodillándose, dijo el montero entrando y arrodillándose, tiembla, Señor, dijo con tono lastimero, entrando el sacerdote, do quion he hablado á V., que con la prisca con que se le-

vantó de la cama, se puso el pantalón al revés, y con la dolanterá por la parte de atras. Y Kirie Eleison, clamó una voz chillona, y la sobrina del sacerdote que es azás serena y vivarachá, y que no tenia miedo, y que recurrió al ver la grotesca figura del tío al conocido loco Santa María, que solia vestirse así, dijo relloriéndose al loco, *tío Santa María*, y él respondió con devocion, *Ora pro nobis*, hija, é insistiendo ella en su idea y en su dicho, repitió señalando risueña el pantalón, *Santa María, tío*, y él tío repitió compungido, *Ora pro nobis*, hija, y la gente rezaba, y unos decian *signe*, y otros vamos á la plaza, y otro Jesus, y otros abajo gritaban con tales veras, que su ruido me llamó la atencion y lubre de asomarme á la ventana de la casa, que por serio de las que se llaman comunmente de vecindad, la tiene grande y compuesta de muchos artesanos y gente trabajadora, la cual temprano se recoge y echa á dormir; de aquí es que cuando tendi la vista por el ancho patio, vi mugeres en camisa arrodilladas en tierra, cual en carnes, sabiendo presurosa de su cuarto, cual cubriéndose la cabeza con el rebazo y dejando flotar sus escassimas faldas, cual azorada y completamente desnuda con una frazada en las manos que no se acertaba á cobijar, y los hombres encamisados, y otro envuelto en una sábana, y todos corrían al medio del patio, y todos gritaban *Jesus*, y todos pedían misericordia, y sus voces sonaban en el fondo de mi alma, entristeciéndome hasta el grado de verme á punto de llorar; entonces vi salir de un cuarto, en el cual vive un militar, á un hombre completamente desnudo, bigotudo y feo, con la cara espantada, gritando Kirie Eleison, y empuñado en brocharse el corbato, que era la única pieza de ropa que habia tomado de la silla en que estaba el uniforme, creyendo que con eso quedaba cubierto su cuerpo, y todos oraban, y los hombres gritaban *signe*, y alguno alzaba el rostro para ver si temblaba la linea, y el temblor cesó y la gente comenzó á respirar, y entonces alzándose uno de los que estaban de hijos en el patio, y que debia ser el mas instruido, dijo gravemente, *Jesus me valga*, no hay que asustarse, *afortunadamente el temblor ha sido dentro de la tierra*, y el vecino de la doncellita que salió desnuda se acercó á ella para advertirla de su desnudez, y en la bulla que es uso y costumbre hacer despues de un temblor, bulla en la cual se discute sobre la duracion de él y sus efectos, y se recuerdan los pasados temblores, y se empiezan espantosas historias de desastres, ocasionados por

los terremotos, se mezclaban los hombres y las mugeres, y se agrupaban sin vergüenza aquellas desnudas gentes, dando un rito de diversion al socarron vecino que desde la puerta de su cuarto veia aquellas caricaturas tan bonitas, hasta que uno á uno, y terrorosos y compungidos iban desfilando despues de recordarse mutuamente algunas precauciones y de pedirse auxilios.

Arriba, cuando el temblor acabó despues de que concluyeron las primeras descargas de razonamientos, en los cuales se distinguió un estudiante de fisica en no sé que colegio, afirmando los temblores á los ganachos de Gassen-do y un militar contando la sangre fria con que sufrió unos horribles temblores que han sido en uno de sus dilatados viages, que han sido una vez á Cuernavaca, las viejas se volvieron á la mesa del juego y se hallaron sin un ochavo, y entró luego el joven montero y añadió exclamacion á exclamacion, y la Rita decia, yo deje cuatro reales, y Doña Juana protestaba que habia dejado en la mesa 6, y Doña Clemencia 5, y todas horaban sus pérdidas reales, y el socarron montero clamaba por sus 5 pesos, y caritativamente por los dineros de las ancianas, y se hacia cruces de que no estuvieran en la mesa, cuando él se habia embolado hasta el último cuarto de lo que allí estaba, aunque esta noticia se la comulgó. Volvieron á la mesa y con sobrosa conversacion sobre temblores y volcanes y nervios, se acabaron todo el gastronómico repuesto: mas ¡ay! que al levantarse cayó Julianita, sin sentidos y convulsa, y he ahí que el teniente del 124 regimiento y el estudiante de filosofia y el empleado D. N., se arrojaron sobre ella á contener sus movimientos para que no se hiciese daño, y Julianita que veia el entusiasmo de sus tres adoradores, hacia aumentar el mal y las convulsiones, y se estrechaba con el futuro Napoleón yerno el Pitton miniatura y con el Franklin moderno y... lubre de acabar el mal y los apretos y se repitieron los plácemes á la madre. Aquí me permitirá vd. que deje esta historia para conducir á vd. á las cadenas de la Cátedra, porque con la potestad de vision que tengo, puedo mirar á un tiempo en una y en dos y en tres distintas partes, de cuya dicha haré á V. parte. Daban vueltas como es uso y costumbre por las noches en el tal paseo, D. Jodas el usurero y el patriota D. Hilario y el romántico Anselmo, y mil calaveras odiosos de esos de desvergüenzas y puro, y trage elegante, y su pinta ignorancia, veteranos graciosísimos, que se están reclinando en las cadenas mirando pasar

á las más bellas jovencitas que van allí á ostentar sus gracias. Allí el amarillado amante dá una esquelita á la señora de sus pensamientos, y aprovechando el ruido de los acordes sonidos de la voluptuosa música, le dice dos ó tres palabras al oído. Allí el estrecharse, al pasar, las manos, y los significativos suspiros, y á la luz de la amorosa luna, las concertadas señas y los ardientes coloquios bajo las Cruces y las suaves ondulaciones de los amorosos parejas que se mecen en las cadenas, y la gente toda se embibe en las deliciosas ocupaciones; mas de pronto sacudese la tierra y bamboleanse las torres de Catedral como las velas de un buque, y grita el pueblo que escuchaba la música, «*tembla!*» y se oye un rumor y se pide misericordia y cesa la música y todos claman perdón y la gente se arrodilla y suenan las campanas tocando la rogativa, y el usurero se estremece, porque la idea de la eternidad se le ha presentado, y en aquel peligro finamente el falso patriota recuerda sus maldades y sus viciadas porques sacrificó á su patria; y el romántico Anselmo siente sus entrañas desgarradas, y las hechiceras jóvenes conocen el valor de sus señas y de sus suspiros y de sus citas y de sus juramentos de amor, porque ven de cerca á la muerte, y algunos corren al medio de la plaza, y el pueblo gime ó implora la piedad divina, porque á sus ojos el temblor es, lo que realmente es, un recuerdo que la Divinidad nos hace, porque vuelve sus ojos al mundo y lo ve cubierto de oprobio y de maldades, y lanza sobre él una mirada de indignación que hace estremecer á la tierra hasta en sus cimientos. La multitud ora ante el Señor y las mil voces de esa multitud se pierden en el espacio inmenso de la plaza, produciendo al morir una sensación fuertísima de terror; pero pasa el temblor y vuelven las señas y las medias palabras, y como el resultado de un remordimiento se oye preguntar de vez en cuando, *repárense*: ¡dejémoslo: vamos á otra parte. En el Diorama se representaba casualmente al tiempo del temblor, el derrumbamiento de una montaña en Suiza, el paisaje se vé con la luz del día, luego anochece, el cielo se cubre de nubes negras, serpea el relámpago, suena el trueno y se oye la lluvia, cae un pedrascos hundiéndose una población que convierte en lago, y cuando la tempestad cesa, la luna se divide por entre un grupo de nubes plateando la cima de algunas rocas; mas acá se ven una casa y los pocos habitantes que se libraron de la calástrofo que van con hachas de fuego á ver la población que se mira al pie de mil pedrascos como

un lago inmenso y triste, tal es el cuadro del Diorama, que es hermosísimo, aunque en verdad sea dicho, que la imitación del trueno y de la lluvia no es muy buena que digamos. Sin embargo, sea lo que fuere, cuando el temblor aconteció casualmente acababa de brillar el relámpago y de zonar el trueno; los espectadores silbaron el temblor y prorrumpieron en clamores, los cuales llegaron á la parte de adentro del salón donde está la maquinaria como un ruido sordo, que el maquinista tomó por aplausos, y enardecido con tal idea repitió su relámpago y su trueno; y el temblor arrecia y la gente grita y el hombre se entusiasma y tornea al relámpago y vuelve al trueno y el temblor continúa y los espectadores vuelven á clamar con mas fuerza, y el maquinista, enloquecido con su triunfo no repara en nada, y patea la hojadelata con que limita el trueno y la hiere con las manos y con un palo, y se convierte en un D. Quijote, destruyendo el cuadro de macedo Pedro, y á cada nuevo clamor que á algunos espectadores arranca el miedo, que se aumenta por la oscuridad, el hombre se estremece de placer y golpea su instrumento como un espíritu, y llama en su auxilio al criado, y lo mira de rodillas, y alatrado le pregunta la causa y mira rodar la vasija de hojadelata y se queda suspenso y en silencio, siente moverse la tierra, y el criado le dice que tiembla, y en el silencio que reinaba en este intervalo percibe claramente los gritos de los espectadores que piden luces para el salón y misericordia al Señor. Y el hombre se queda confuso del chasco, y cansado de sus contorsiones.—Poco mas allá, en una calle, se oye lejanas, mezcladas con otras oraciones, y la gente pobre ha saltado de la cama despiada y una anciana que pasaba ha hecho coro y les dice la letanía interpolada con el trisagio, á que contesta el pueblo con una salva: adelante se mira un caballero aterrorizado que no recuerda sino los Mandamientos de la ley de Dios, y reza con mucho fervor el primero amarrá á Dios, el segundo.... Y en el cuartel de junto, los soldados han dejado la cama y la cuadra y hacen un ruido infernal, y en el colegio vecino, un estudiante pregunta solícito al superior si será bien vestirse el uniforme de la casa, y responde con dolor cuando le pregunta el superior para que, *para morir en comunidad, padre*; y pasa el temblor, y la anciana sigue su rezo, y el caballero sus mandamientos y disputan un cuarto de hora después, que el temblor aún no pasa, porque el miedo trastorna á las gentes y las hace incurrir en las necesidades que le contado y que son

ciertísimas, pues que no sabe mentir—

ANGELMO.

EL PORVENIR.

Nada pareció mas incierto y dudoso que el porvenir; pero al travez de esta incertidumbre puede verse, si no con certeza al menos con probabilidad, la esperanza de lo que será. Esa incertidumbre en que está envuelto, atormenta sin cesar al hombre cuando no entrevee mas que un porvenir de llanto y de miseria, un porvenir lleno de disgustos, sin poder contener los sucesos que ha llegado á cerciorarse lo conducen á él inevitablemente. Mas el presagio que le patentiza su desdicha en lo futuro, es una aguda pena mayor que la realidad; porque el hombre en vano quiere no llegar á él jamás.

Por el contrario aquel que se figura un porvenir lisonjero, deseara precipitar el tiempo y adelantar su curso ordinario; pero tampoco es feliz porque sufre tambien la mortificante impaciencia de la tardanza y has ansias de no tocar tan pronto como él quisiera, lo que su imaginación le ha hecho concebir. ¡Cuán desgraciado sería el hombre que constantemente se ocupase del porvenir! No tendría mas que martirios continuos y una mortal agonia, ya fuese propia ó foránea la idea que se hubiese formado de su porvenir; no encontraría sino tristes desengaños mas penosos aún, mientras mas inciertos fuesen. Si es cierto que no hay alguno que se ocupe exclusivamente del porvenir, tambien es verdad que todos consagran un momento para pensar de su futura suerte.

El niño, el jóven, el anciano, todos piensan en el porvenir, aunque no con la misma duración ni la misma manera. El niño, siendo por su edad poco reflexivo y no pudiendo apreciar en lo que valen las cosas que lo rodean, piensa poco en su porvenir y siempre se le figura delicioso y encantador, adecuando á sus pasiones dominantes; sin reflexionar si serán ó no electivas; pero en el este pensamiento momentáneo, no es mas que una ilusión, un ensueño dichoso.

El jóven quanto difiere del niño! Dotado de pasiones ardientes, sin dejarse llevar de ficciones, se dedica á examinar todo como es en realidad, y la idea de su porvenir, sea favorable ó

adversa, lo ocupa demasiado; casi siempre está fija en su pensamiento molestándolo con su tenacidad. Am cuando quiera desprenderse de ella, afectándose en extremo, parece que la persigue y amarga, siendo en si desconsoledora, destruye su esperanza poniéndole ante los ojos una por una las espantosas escenas que han de pasarle cuando llegue ese tiempo, si ha previsto un porvenir desfavorable.

El anciano, amortiguando sus sentimientos, entorpecidas, por decirlo así, sus potencias, se ocupa del porvenir instantáneamente como el niño; pues que en aquel verdaderamente ha pasado ya el de su suerte, y solo lucha con el porvenir cierto de su muerte próxima. Todos en vano ansian por descubrir su futura suerte! sin advertir que es mejor dejarla incierta y dudosa como es; porque la realidad acaso no haría mucho mas infelices.—M. BUESTRO.

Creo, por lo que en mí ha pasado; que la filosofa es tan necesaria para los gozes y placeres de la vida privada, como lo es para el estudio de las ciencias.

Janas labrará su bien estar, ni el de la persona amada, el hombre que no sabe vencer las preocupaciones, y sobreponerse á la opinion.

Opinion es generalmente recibida por escritores españoles de la mejor nota que llegó á tal punto la superioridad temporal con que se creían los papas respecto de los demas principes, que á los que se susgetaban á ser coronados por ellos, les ponían la corona con los pies. Del Rey D. Pedro II. de Aragón que espontáneamente fué á Roma á ser coronado por el Papa Inocencio III dice el Cronista Geronimo de Blancas (*Coronaciones de los Sres. reyes de Aragón*, lib. 1. cap. 1.º). El Papa le coronó luego, mandándole dar las insignias reales que son manto, colofio, copro, globo y corona. Y refiere Beuter y algunos otros que está cortina era de pan.... Y que se la puso el papa con sus manos al rey, con ser costumbre habella de poner con los pies. El *Arzobispo de Zaragoza D. Hernando de Aragón en la vida que escribió de D. Pedro II.* dice que esto de ser la corona de pan fué hecho adrede por estorrey, que sabiendo ya esta coremonia ó costumbre de que los papas acostumbaban poner las coronas á los reyes con los pies, le hizo hacer de pan encueno, para que siquiera por la reverencia de la materia de que estaba formada la corona, que era de pan, se la hubiese de poner con las manos, y que así se hizo. Lo mismo aseguran el jesuita Abarea en la vida de aquel principe, y otros historiadores nuestros.

D. POLIBIO PEBETE.

Mi querido Lic.: después que hemos dejado de vernos tanto tiempo, no extrañarás que te dirija una epístola, que aunque muy distinta de las de San Pablo, te debió de ser muy agradable por contener algunos rasgos para que formes la biografía de D. Polibio Pebete. Tu amigo íntimo; suponiendo que me disculpas lo de Pebete, por gracioso y vaporoso cuando está caliente, aunque de suyo sea repugnante y fastidioso, y prosaico, y sibilítico, y cuanto tú quieras. No pretendo contarte la vida de tan mal traído literato, porque ¿qué le dejaría yo entonces que hacer?—Rasgos, he dicho, apuntes, y esto es todo; escuchalos pues.

Don Polibio Pebete es sumamente ingenioso, de manera, que firmando sus artículos con su nombre, no hay quien diga que son suyos; y aunque esto lo va a parecer increíble, espantoso, imposible, has de tener que tragar lamina ocurroncha. Es bien que sepas que el tal Pebete, es un *literatazo*, que no gusta de seudónimos, por ser los tales invención y costumbre según él, de escriturazuelos mocosos e ignorantes y graciosos sin gracia. Conqué él no lo gasta, y te digo que la firma de sus artículos es su nombre y su seudónimo, sin ser ni lo uno ni lo otro.—Ya te veo en brasas discurrendo: ya te ahogas por saber como es esto.—Míralo.—P. B. T.—Si tú vieras tales letras, dirías, este que tal se firma, se llamará acaso Pablo Barreira Tejada, y así tienes el seudónimo, ahora leo las letras sin añadidura. P. B. T., y hallas el nombre real y verdadero.—Ya te miro sonreír malignamente; ¿No te hace gracia la ocurrencia?... A mí tampoco; pero esa es la costumbre del bueno de D. Polibio.

Un hombre ingenioso de por fuerza, es atollonado y vivaracho, así es que el Pebete, es vivaracho y loco, como se dice generalmente teniendo él un gusto particular en que se lo digan. No sé si tú habrás observado que mientras mayor es el placer que tiene uno de que le digan que tiene genio impetuoso, que es loco, etc. etc., ménos lo es;—pero voy á darte una prueba de lo *alocado* del amigo Polibio; es co-

sa que él mismo me ha contado, y te diré sus palabras. „Se me distocó la espina dorsal de la calcáneo, á resultas de una pisada falsa que dí bañando; llamé á mi mozo, árame este brazo, le dije, y tira de él; el jayán lo bizo con toda su fuerza, y la espina volvió á su lugar.” Ya tú supondrás lo aturdido que quedé con semejante lecura, que solo á Pebete le ocurre.

La ciencia médica es espantosa, conoce una enfermedad aunque no haya síntomas de ella, y la cura y sabe sus causas á las mil maravillas. A resultas de esa pisada falsa de que te he hablado, le cayó, según me dijo el mismo, un poco de sangre del *metacarpo al abdomen* (siempre habla en términos técnicos) sucedió una inflamación, que aunque no causó dolor ni hinchazón ni otra cosa ninguna, no dejaba de ser muy grave; pero él que sabe tanto y que *es tan loco*, se la curó tomándose una cucharada de *ácido con ruibarbo y catalán*.

En jurisprudencia es un portento; dobla las leyes como un Papiniano ó como un cohetero, si coje el papel en que están impresas, les dá giros, y hace horrores, que si las vieras, crearías que el que tal hacía era un magico. En política es una maravilla, lo sabe todo, vende su opinión al que le paga, se mete con todos los partidos, y sale tan pobre y tan sin favor como entró, en lo que tú, que sabes y entiendes lo que de ordinario acontece en nuestros pronunciamientos, conocerás el talento de primer orden del buen hombre D. Polibio.

En literatura, nadie sabe lo que él, todos son asnos para él, y disputa la existencia de Dios y sostendrá que *comer* no es verbo, porque no comprende que *comer* sea acción, puesto que no se hace con las manos; en cambio tiene ya sus 40 años corridos, y habla mal de todo el mundo literario, llamando al mejor, aspirante, y solo habla bien de un literato; por la graciosísima razon de que dizque lo va á consultar sus obras, lo que no creo, y Pebete las corrige á su sabor, amigo, á su sabor, y en esto no pongo duda.

En valor, puf, eso es horrible, es un Pídro

Gringbor de los cantos del Norte; dió una caída, porque un toro cerril, absolutamente cerril, se dejó rodar por un derrumbadero con él, no pudiéndolo tirar.—Pero pásmate, buen Lic., quedato absorto, nada le sucedió al hombre, porque aunque el toro se mató, el Polibio caminó ese día 20 leguas y vino á bailar en la noche á no sé que pueblo.

En modales, es un modelo; se entra á una casa, no saludá á las visitas, se dirige al amo de ella, le habla al oído, se sienta á echar pestes de todo el mundo, habla luego al oído de la señora y se sale sin despedida de los concurrentes. Otra vez halla á algun caballero que

hleva del brazo á una señora á quien él conoce; se mete entre ambos á traicion, pone su brazo y comienza á echar pestes de todos, porque tal es su costumbre.

En figura es lo mejor que he visto; figúrate un donoso viejo, un muchacho raquítico, una fisonomía espresiva á fuerza de necia, y tendrás á D. Polibio Pebete.

Dicho te tengo que son rasgos los que sobre tal endriago le doy; he cumplido y no extrañas mi laconismo. Deseo que te sean útiles para retrato de D. Polibio, la obra maestra que vas á hacer en materia de retratos. Tuyo—

ANÓNIMO.

DELLIRO.

I.

MIRADLA, allí está... La hermosa entre las hermosas, con su seno blanco y turgente como el nevado cuello del Cisne, con su cintura delicada, con su angelico semblante, con sus ojos lánguidos y voluptuosos, como los de la gacela, con su redonda mejilla en que brota modesta la nacarada rosa del pudor... una atmósfera perfumada la circunda: los mortales la contemplan entusiasmados; el Señor la ve con placer; en ella contempla la mas bella y mas perfecta de sus criaturas.—Miradla, ya sonríe; una nueva expresion se difunde por sus delicadas facciones, cual la mágica cintura de Iris se descege por el vasto firmamento.—Su fresca boca se entreabre y deja percibir sus blancos y pequeños dientes, como se entreabre el envidioso capullo que nos enseña por entre sus apretadas hojas los candidos pétalos de la naciente azucena. Mas su semblante ha cambiado; ya no aparece en sus labios aquella sonrisa suave como las gotas brillantes que se desprenden de las alas del ángel que guarda el sueño del mortal; desapareció como el sol tras de negras tempestuosas nubes y una expresion de desprecio vino á ocupar su lugar. ¿Qué ha causado esa repentina mutacion?... ¿No veis aquel jóven que con los ojos timidamente levantados buscaba que sus miradas se encontrasen con las de la orgullosa beldad? ¿Lo veis?

Observad su mejilla, por ella corre lentamente una lágrima amarga como la pena de una madre que contempla la lenta agonía de la prenda de su amor; ardiente como la encendida lava que arroja el Vesuvio en su tremenda erupcion. Le desprecia.... Su amor no encuentra un eco en el pecho de aquella mujer que le habia parecido una *Crasis* en medio del desierto de la vida, un seguro asilo contra la maldad y la falsia de sus semejantes. Ese jóven fué alegre, festivo; su corazón virgen solo pensaba en gozar, y la existencia le parecia un ameno vergel. Saltó cual la abeja á libar el néctar de las flores, y las flores perdieron su aroma, y el néctar de su cáliz se trocó en hiel. El mundo le tocó con su dedo de hierro, y murieron sus esperanzas como muere la violeta en el campo, cuando la huella con descuidada planta el labrador. Y ahora, que fatigada su alma de la tempestad de las pasiones buscaba un sitio en que reposar, ahorraba su frente buscaba un seno puro y sin mancha en que reclinarse, su amor no existia otro amor, su amor no exalta la compasion, sino solamente el desprecio!

Un año, dos mas. A las plantas de la hermosa aparece un hombre cuyos ojos están hundidos, su semblante pálido, sus cabellos en desorden, su mano trémula.... “¡Piedad,” esclama con voz entrecortada por los sollozos, “lanzadme al menos una mirada compasiva!”

Una sonrisa anima el semblante de la mujer; pero no es la sonrisa del amor: es la sonrisa que agitó los labios de Miguel cuando su fuerte brazo derribó al orgulloso monarca del abismo. Y el joven la miró, y sus dedos se retorcieron como la yedra al derredor del añoso tronco de la encina, y su cabello se erizó, y sus ojos brillaron con un fuego sobrenatural.

— ¡Basta ya! esclama con bronco y agudo acento. — “Mujer, ¿r has acercado la última ilusión de mi vida! ¡Adios!”

Diez años más. En medio del esplendor de un sarao revolotiza enal pintada mariposa una encantadora beldad. Todos la admiran, todos la siguen, mas ella, con nautle fija la atención, su corazón está vacío, y el tedio le carcome lentamente. Ha unido su suerte á la de un hombre que no la ama, y busca ansiosa un objeto en quien derramar el amor que la inunda. Le ha encontrado, ¿veis aquel joven de blonda

y rizada cabellera, de esbelto talle, y de agradable semblante? Se acerca, habla con ella.

II.

Es de noche y en la antecámara del joven elegante esperaba impaciente una mujer cubierta de un ancho velo. Sale áquel y ella se precipita á sus pies.

— “Carlos, Carlos! ¿has olvidado mi amor?” — “Salga V., de aquí, señora.” es la respuesta. — “su presencia me fastidia, me molesta.”

La mujer alza la cara y da un grito terrible porque tras de Carlos está otra persona, cuyo semblante estenuado y moribundo la devuelve con usura la sonrisa de desprecio.

Abril, 24 de 1844. — AGUSTIN A. FRANCO

PUENTE DE SANTA-ANNA

EN EL PUEBLO DE TEPETITLAN

DEL PARTIDO DE TEXCOCO.

Una de las pruebas inequívocas de la ilustración de nuestro país, es el deseo de mejorar los edificios, ampliar los caminos, abrir nuevos y facilitar la comunicación de todas las poblaciones que en trescientos años estuvieron sumidas en la mas vergonzosa abyección. Ahora todo se presenta con vida y energía, y parece que un espíritu creador vivifica á todos los mexicanos, enseñándoles el camino por donde todas las naciones se han hecho grandes y poderosas, siendo tan palpable el efecto que produce esta inspiración, que á pesar de nuestras convulsiones políticas, en veintitres años hemos conseguido adelantos que otras naciones no conocieron en algunos siglos.

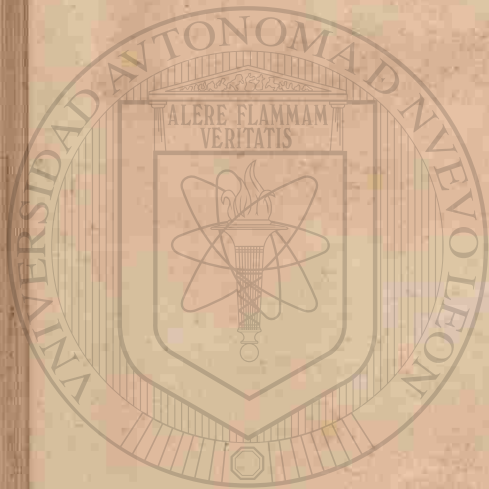
Citaremos las mejoras del partido de Texcoco en el año pasado, como una prueba, aunque pequeña, de esta verdad. El Sr. D. José María Franco, prefecto que fué del distrito, con la cooperación del cuerpo municipal y de algunos vecinos entusiastas por el engrandecimiento

del país, intentó y dió principio á una calzada que comunique á esta ciudad con la capital de la república, obra que aunque ahora no tenga pronto verificativo, hará honor á los que la emprendieron. El mismo señor, palpando la dificultad con que se transitaba de la tierra caliente á los pueblos del norte, pasando por esta ciudad, y que en la estación de las lluvias era intransitable, su camino por los rios caudalosos que lo interceptaban, y las descomposturas consiguientes á sus continuos derrames, fabricó dos puentes en el camino de Chalco á este lugar, y allanó y compuso con tres puentes medianos el que de Texcoco va á Teotihuacan, pero no rio caudaloso con el pueblo de Tepetitlan, el rio de Papalotla, en el que hubo año que pereciesen trece y catorce personas, no pudiendosalvar muchas veces aun los animales, necesitaba un puente de mas tamaño y mayores costos, y á pesar de las escaseces de los fondos municipales y de otros obstáculos que se presentaban,



Vue de Mexique.

Puente de Santa Anna en Tepetitlan. (Franco)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo emprendió, contratándolo a D. Angel Ramirez, el que con poco mas de dos mil pesos lo hizo conforme al que representa la estampa adjunta. Su longitud de un extremo a otro de las ramplas, es de veinte varas, la latitud libre de antepechos de seis varas, y la luz de cada arco de cuatro varas tres cuartas de latitud, y cuatro y media de altura. Su fabrica es de piedra y mezcla en lo interior, y en lo exterior de cantería y pórfido: la cerradura ó bóveda de los cilindros es de piedra de tesouille cortada, y de lo mismo son los estribos que aseguran los antepechos. Termina en cada lado con dos lápidas, una a la derecha dedicada al Exmo. Sr. presidente de la República D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y otra a la izquierda que el barrio de Ixquiltán, a donde está el puente, dedicó a la memoria del Sr. D. José María Franco; y en la cual se lee la inscripcion siguiente.

AL C. JOSÉ MARÍA FRANCO

COOLABORADOR DE MORELOS

EN LA INDEPENDENCIA

DEDICÓ ESTA MEMORIA

EL PUEBLO DE IXQUILTAN.

No cesan los pueblos de este partido de dar gracias a los genios benefactores que tanto se empeñaron en obras de tanta utilidad.

Diremos algo del lugar pintoresco en que está fabricado el puente de Santa-Anna. Entre el Valle de Olumba y el de México hacia el oriente, hay una cordillera de cerros de oriente a poniente, que tiene principio en los montes que dividen el departamento de México de el de Puebla, y termina en los pueblos de Tlaltzacahuacán y Tepetitlán. Por el año de 1500, la laguna de Texcoco llegaba hasta esos puntos, rodeando la serranía, por lo que según la tradición que conservan algunos indigenas, fué dedicado ese lugar para guardar a los criminales, por la seguridad que tenia, rodeado de aguas, y solamente accesible por la parte del monte, por donde era muy facil custodiarlos. Parece corroborarse esta tradicion, por que cavando en algunos lugares de la falda de estos cerros se encontró un terraplen que ro-

dea al principal de ellos; a la altura de tres varas del terreno actual, y en mas de quinientas de longitud. Sobre este se hallan unas paredes de adove muy antiguo, que tienen principio en el centro del cerro, y terminan a tres y cuatro varas con direccion, como de radios de un círculo; tanto estas como el terraplen, están cubiertas de una argamasa semejante al barro cocido, lo que indica que despues de re-becarlas con este material, lo cocieron y blanquearon, siendo notable que cuando se hizo esta escavacion, se quitaron árboles que anunciaban mas de trescientos años de existencia.

En la actualidad, esta serranía que es la mayor parte de pórfido de color muy vivo y agradable, está cercada de poblaciones, en las que la vegetacion es de una constante primavera, por estar guardadas del norte y humedecerse sus terrenos con las aguas del rio que pasa por sus orillas; y la variedad de siembras y árboles forma un panorama muy agradable en una estension de seis leguas cuadradas. Algunos industriosos de estos pueblos han comenzado a plantar olivares; y si secundan este benéfico provecho los donas propietarios, según la feracidad del terreno, serán los productos superiores a lo que ahora se suponen, y cambiará el estado miserable de estos pueblos, dignos de mejor suerte.

Texcoco, abril 24 de 815.

Por lo que antecede se vé que aun en medio de las mas fuertes convulsiones políticas, no faltan hombres amantes de la humanidad y de las mejoras de su pais, que casi sin recursos emprendan obras útiles que contribuirán sin duda a hacer grata su memoria a la posteridad. El Sr. D. José María Franco, antiguo prefecto de Texcoco, y hoy vocal de la Exma. Asamblea Departamental es uno de ellos; y es sin duda muy acreedor a la estimacion pública, porque muy al revés de multitud de individuos que ocupan esos puestos, únicamente con la mira de medrar y de olivarse a costa de todos, este señor ha preferido el ser útil a los demas, emprendiendo obras que faciliten el comercio de unos pueblos con otros, con lo cual huirá para siempre de ellos la miseria en que hasta aqui han gemido por el abandono en que estaban.

R. L. ALCARAZ.

APUNTES PARA LA HISTORIA ANTIGUA

DE ESPAÑA.

En la época de la invasión de los árabes en España, no conocen sus historiadores otro príncipe, que se opusiese al progreso de aquella furiosa venida, mas que D. Pelayo, refugiado en los montes de Asturias. Este vástago de la estirpe goda es el único conocido hasta ahora, como el primer restaurador de la libertad de la Península, y el tronco de la familia que aun conserva el trono español. Mas la inteligencia de cierta persona halló un documento indubitable, del cual consta que al mismo tiempo hubo en otro punto de España un príncipe de la misma sangre, que con mas ó menos felicidad acometió esa misma empresa. La fragosidad de los pirineos orientales no era ménos á propósito que los enricados montes de Asturias, para que de ellos se amparasen los cristianos que huían de los moros, y aun los contuviesen en sus sangrientas correrías, siendo capitanes por alguno de la familia real, que acababa de perder su trono en la desgraciada batalla del Guadalete.

Esta conjetura llega al grado de certidumbre con la noticia que se halla en un códice en 4 vit. MS. del siglo VIII que se conserva en la preciosa biblioteca del monasterio de benedictinos de Ripoll en Cataluña, señalado con el número 62. Entre varios opusculos pequeños de los SS. PP. cuya copia era ocupacion ordinaria de los monges de aquel tiempo, poco antes de la mitad del códice se halla escrita una tabla de las épocas principales, ó como decian, edades del mundo: cosa á que eran aficionados aquellos escribientes, por dejar bien señalada la época en que hacían tan impropio trabajo, y que suele venir muy bien á los anticuarios para averiguar la de los códices. Pues en este, el último de los cómputos que digo, es el siguiente: *Ab Incarnatione autem Dni. nri. Jhu. Xpi. usque in presentem primum QUINTILLIANI principis annum, quis est era LXX quarta* (falta la nota como se ve por la serie de los cómputos anteriores) *aut ANNI DCCXXXVI.* El nombre de Quintiliano es notoriamente una derivacion del gó-

tico *Quintilianus* ó *Chintilianus*, por donde parece claro que esto era alguno de los señores descendientes de los reyes godos, el cual comenzó á reinar donde se escribía esto, á poco mas de veinte años despues de la entrada de los sarracenos. Antes de pasar adelante, es justo dejar bien asentado que no se equivocó en la fecha el escritor de aquel libro, sino que realmente todo el es del siglo VIII. Pruébalo en primer lugar el caracter gótico cursivo de que usa, que no duro ya mas que 100 años en Cataluña, introduciéndose la letra francesa en el reinado de Carlos el Calvo, que comenzó en 840. Otra prueba y mas concluyente, es que algunas hojas mas adelante, escritas ya de otra mano, aunque del mismo caracter, se halla un *Ciclus paschalis* ó tabla de las paschas, continuada por un ciento de años, desde el 773 hasta el 873: la cual se escribió lo mas tarde en el primero de dichos años porque esta clase de trabajos no se emprendían para denotar los dias en que cayeron las paschas de los años ya pasados. Así es que el autor de este *Ciclus*, habla siempre en futuro de los comprendidos en él. Por ejemplo: *Anno DCCXXXVI bisextus. LIIT... el iur. dies sanctus Pasce XVII. Ms. Valis.*

Demostrada pues la verdadera época de este códice, y que el año 736 fué el primero del reyado de *Quintiliano* ó *Chintilio*, solo resta averiguar el punto donde tenía su señorio. Para mí es indubitable que eran los Pirineos de Cataluña, aunque el códice no ofrece rastro alguno de ello, por no constar tampoco en él donde se escribió. Mas que tiempo en estos montes, lo prueba la uniformidad de su letra con la de las escrituras que existen originales y á centenares en la Seo de Urgel, desde el año 774. Y ya se sabe que los reinos y aun las provincias suelen diferenciarse tambien en la manera de escribir, como suelen distinguirse en los trages. Tal es la fuerza de la educacion: trasmite á los hijos las virtudes, vicios y usos de sus padres. Por donde no se hace creible que este libro se escribiese fuera

de Cataluña. Por otra parte, siendo como fue obra de un monge, que eran los únicos que lo sabían hacer, y existiendo ya tantos monasterios por estos montes desde todo el siglo VII, es muy verosímil que en alguno de ellos se escribiese el códice: el cual pasase despues al de Ripoll. Porque de esto solo se sabe que existía ya en 880, gobernado por el abad *Dagoberto*, y comentario se cree que fué fundacion del conde de Barcelona *Wilfredo el Felice*, que no empezó á serlo hasta el 874; sébese tambien que con el tiempo se lo fueron incorporando varios monasterios antiguos, en quienes decata la disciplina monástica, y que con las rentas y alhajas de ellos llegó á tan alto grado de opulencia, como de reputacion en la república literaria. Uno de estos monasterios suprimidos se sabe que era el antiquísimo de la *Abadía de Eilat*, del cual es de sospechar que fuese este códice de que tratamos.

Siendo todo esto así, resulta que en los Pirineos de Cataluña, reinaban en 736 un príncipe Godo, sin duda sucesor de algun otro que tubiese á su cargo la conservacion de los cristianos que allí se habian refugiado, desde que los moros invadieron esa Península. Cierto, es doloroso no saber quienes fuesen sus antecesorcs; pero la existencia indubitable de este príncipe, es una prueba clara de que los tuvo. Porque á pesar de las entradas parciales de los árabes hasta Narbona y Avinion, ni ellos atacaron las asperezas del Pirineo antes del año 734, ni aun entonces pudieron impedir que se respirase en aquellas roturas el aire puro de la libertad, bajo el gobierno de algunos señores cristianos. Los que hoy vivimos, hemos visto una copia de aquel original, y como aun ocupadas por un invasor poderoso todas las provincias y arrasadas insignes ciudades, en medio de tan cruel desolacion, entre los mismos enemigos, puede conservarse la patria.

Isidoro Pacense nos dejó en su *Cronica* la noticia de la primera victoria que los cristianos alcanzaron de los moros acudillados por Abdelmelic en la Era 772 (año 734). Viendo este capitán, que las guerras de sus antecesorcs en Francia no les habian producido el fruto duradero que se prometian por no haberse antes asegurado de los Pirineos y sujetados á su poder, entró en ellos con este objeto. Mas la estrechura y aspereza de aquellos lugares, y el valor de los pocos que pelaban desde las cumbres, y sobre todo la misericordia que Dios usó con ellos, desconcertaron los proyectos del moro, que des-

pués de perder mucha gente, tuvo que abandonar la empresa y retirarse á las Jauanas (1). Esta misma victoria de los cristianos, á otra que se verificó dos años despues, reflejó de estotra manera la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, publicada hace poco por D. José Antonio Conda: "Pasó (dice p. 1. cap. 26.) los montes de Alborat (*pirineos*) el Amir Abdelmelic, y entró en tierra de Afranc (*francia*) el año 118 (736), y peló con muy buena suerte; pero siendo muy adelantada la estacion de las lluvias, volvió á España, y en los pasos y asperezas de aquellos montes padeció el ejército musulm una derrota impensada y sangrienta." Le época de este suceso, que fué el mismo año 736, que acota el códice de Ripoll, y la probabilidad de que se verificase en los montes que corresponden á los condados de Rosellon, Cerdeña, Urgel y demas de Cataluña, hace mucho mas verosímil la existencia en ellos del príncipe *Chintilio*, á cuya elección y orden de su reinado pudo dar lugar tan insigne victoria.

La *crónica general* de España atribuye la gloria de este suceso á los franceses, y á que se verificó en Roncesvalles. Lo primero no lo sufre el texto del Pacense, historiador contemporáneo, que bien claramente indica que los vencedores fueron los pocos cristianos que se habian retirado de España. Lo segundo tampoco es creíble; porque á ser así, Abdelmelic, que trataba de asegurar sus espaldas, lo primero que hubiera hecho, es tomar á Pamplona: ciudad que segun lo crónica de Alfonso III, nunca vino á poder de los árabes, y los que la suponen tomada por ellos dicen que su conquistador fué *Aucayo*, sucesor de Abdelmelic. Cuanto mas que los moros aun muchos años despues del de 733, no verificaron sus entradas en Francia, sino por el Rosellon y siguiendo la carretera que desde Córdoba conducía á Zaragoza y Barcelona. Con esto cuadra la expedicion de Abderraman contra el visir de *Munús* ó

(1) "Munitus predictus Abdilmelic a principibus his, qui quare nihil ei in terra Francorum prosperum eveniret, ad pugne victoriam statim ó Corduba castrum, cum omni manu publica subterre nititur. Firmissima militatantium fugas et expeditionem per hos digne angusta nihil prosperum esset. Convictus de Dei potentia, & quod christianus tandem perperam mortem punita recitante, prestatum misericorditer, et devia amplius hinc inde cum magna valida appensa loco, tantis anim bellatoribus penditis, sese recepit in plana repetendo per devia."

[Isidoro Pacen. *Epx. Chronicor.*]

Munnis ó Munniza, que con los moros de su facción se encerró en *Cirriacani oppido*, que acaso podrá ser *Cerati*: ó como otros creen, en el llamado *Julia Libia*, que Conde juzga ser el *Paigerrá* de nuestros días, y yo la que aun hoy se llama *Libia*, y que un siglo después de aquel suceso consta por escrituras que era ciudad muy principal, y la capital del condado de *Cerdania*.

Me he dilatado en esto para hacer ver que la victoria alcanzada por los cristianos en 736, puede ser propia del reinado de *Chintila* en los Pirineos de Cataluña.

Es verosímil que lograsen después los árabes lo que hasta entonces no habían podido, que fue penetrar y dominar, aunque por poco tiempo, en aquellas asperezas. Digo por poco tiempo, porque consta de una parte que destruyeron la ciudad ó iglesia de Urgel; mas también consta que esto fué mucho antes del año 788, en el cual era ya obispo el famoso *Félix*, crecido el patriarca de los hereges *adopcionis*, y que ordenado su clero á iglesia nueva mas volvió á padecer otra invasión de aquellos enemigos. Esta libertad en que quedaron aquellos enemigos, que debía influir en que se perpetuase la línea de los sucesores de *Chintila*, así como se perpetuó la de los de Pelayo en Asturias, y la de los de Inigo Arista en Aragón. Mas para que así no fuese, y para que se acabase en Cataluña la descendencia de aquel príncipe gode, pudieron contribuir muchas causas.

Los asturianos precisados á vencer ó morir, por tener el mar á sus espaldas, no podían contar con el socorro de reyes y señores extraños, cuya ambición no llegaba tampoco á querer dominar en país tan apartado. Por otra parte el suelo de aquella provincia, como el que entonces poseían los de Aragón, era por lo común ingrato y poco á propósito para dispartar la codicia ajena. Pero los cristianos de Cataluña dejaron de confiar en sí mismos y en sus propias fuerzas, con la proporción que les ofrecía el reino vecino de los Francos: cuya ambición ya entonces desmedida y estimulada con la fertilidad de este suelo, pudo mirar con zelos el engrandecimiento de una sola familia, que siempre era mas difícil de destruir, que las de los muchos condes que crearon en su lugar.

En resolución, la Dicina providencia dispuso por otro camino la libertad de aquella parte

oriental de España. Los cristianos ayudados de los franceses ganaron en 804 á Barcelona. El territorio intermedio á los Pirineos, fué distribuido en condados, que á los cincuenta años poco mas fueron ya independientes de los reyes de Francia. Sin embargo, estos siempre aspiraron al dominio de toda Cataluña, aun de lo que se ganó con la sangre de solo los catalanes desde aquella capital hasta el Ebro: conquista que duró aun mas de tres siglos. Mas es, que sus historiadores supieron embucar al pueblo de aquella provincia, haciéndoles creer que Carlo M. era su libertador, y obligádoles por este título á que le venerasen como santo con fiesta particular (1). ¡Con cuánta mas razón debía ser venerado en las iglesias de Valencia y Mallorca, el insigne Don Jayme I de Aragón, no desmereciéndolo é mas por sus costumbres, que aquel primer emperador del occidente! Pero, ya se ve, aquel dió á los pastos del señorío de Roma, y D. Jayme no quiso pagar á aquella corte el tributo que habia ofrecido su padre.

(1) Carlo M. nunca introdujo sus tropas en Cataluña contra los moros. De lejos los amenazó, é hizo tributario al débil gobernador de Girona. Los cristianos que en aquella ciudad habia, animados con la proximidad de los franceses, que no pasaron de los Pirineos, se alzaron contra los moros y se rescataron á sí mismos. Esto pasó en el año de 788. Sin embargo, muertos aquellos que salieron de que pasó, se hizo creer á sus nietos, que aquel rey los conquistó; y llegó el error hasta el punto de colocarse en estatuas en el segundo cuerpo del altar de los cuatro santos en aquella catedral, y de establecer en toda la diócesis una magnífica fiesta con oficio propio para todos el clero secular y regular, que se inventó en los brevidarios. El origen de todo este fué el famoso chapelo D. Arnaldo de Marbrú en 1315. Aun hoy se conservan las estatuas en el altar, y aunque separada la fiesta en el siglo XVI, continúa el predicar en el escudo, en uno de los días de cuaresma, á la una de la tarde, porque á esa hora se predicaban allí antiguamente to todos los de ese santo tiempo. El que esto escribió, lo oyó en el año de 1807. El predicador era un religioso observante llamado el P. Cordero: el cual tomando por tema las palabras *in fide et lenitate spei sanctum fletum illam*, hizo de su hijo un panegirico ni mas ni menos que pudiera de un rey el mas virtuoso, el mas penitente, el mas justo y benéfico. No daban esto las que el sacerdote tan barbaeramente, por media del tribunal de la inquisición de Westfalia.

FIN DEL TOMO.

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTICULOS COMPLETADOS

EN ESTE TOMO.

	Pag.		Pag.
Abogado (un), por Villanueva	173	Caracter, costumbres y condition de los indios en el departamento de Yucatan, por D. Gerónimo del Castillo	49
(Adios á Campeshe, por la Triste	383	Carnaval (el), poesia, por D. Antonio Rivera	139
(Adios oh patria mia, poesia, por D. Ignacio Rodriguez Galvan	395	Carnaval (el) de Venecia, T. por D. L. M.	182
Acrostico (sigo sobre), por Sebastian Camacho y Zulueta	174	Catedral (el) de Puebla	280
A la libertad por José M. del Castillo	226	Chiste (un) á tiempo	246
Aldeana (la) á su hijo	262	Clasificimio, por Carlos M. Saavedra	354
Almanaca (sotras sobre) por una Selictoria americana	219	Glaudio (D.) Ubique, por el Lic. Valverde	267
Al Iracundia!! por Mariano Esteva y Ulibarri	400	Glaudio (el), poesia, por Juan N. Navarro	14
A. M. poesia, por D. F. G.	152	Combosion humana espontánea	111
A mi amada, poesia, por D. Manuel M. de Zamora	119	(Cusa de un carcelero) por Anónimo	192
A mi amigo D. Manuel Orozco y Herrera, poesia, por el mismo	226	Cuento (el) de la Vieja, por Gasimiro Collado	44
A su venta	149	Cuento de Mino	402
Anacronismo, por Carlos M. Saavedra	356	Cuja y pcua, poesia, por Gasimiro Collado	382
Apologos, por D. Antonio Rodriguez Galvan	346	D	
Aristocracia del talento, por José M. del Castillo.	52	Daguerotipo, por Sebastian Camacho y Zulueta	378
Arqueologia mexicana, por Francisco D. de Bonilla	145	Dante (Ensayo sobre la vida y obras de) Alligier	30
Arte de nadar	256	Delrio, por Agustín A. Franco	25
Artículo inconstante, por Parianchin	114	Despotismo (idea del)	424
Alocucion enspana	148	Dia (un) nuboso, poesia, por Gasimiro Collado	187
A Tercio, poesia, por D. F. F. G.	245	Dramas (moralidad de los), por Carlos M. Saavedra	331
A una niña, poesia, por D. Andrés Nieto	301	E	
A un niño en la cuna, poesia, por D. E. Villamar	234	Egira (el seño de), poesia, por Ramon I. Alcaraz	159
Autos (un) de comedia, por M. Sobrino	274	Emociones inglesas, T. por D. J. P. T.	216
Aventuras nocturnas, por Anónimo	374	Estreñidad, por F. C.	30
		Ella, por Anónimo	324
		Enigma	148
Bolivar (el), por M. de Torrecazo	57	Entomologia.—Las hormigas, por Francisco D. de Bonilla	21
Bibliografía.—Máximas de Urbanidad	139	Epigrama, por D. José M. Rodriguez Perez	225
—Periodico de la sociedad Filodélica.—Prospecto	401	Escenas ambulantes.—El café del Progreso	365
Boja inglesa	275	Los coleadores, por Murdoquidito y compañía	148
Burca	148	Escobedo (D. Pedro).—Discursos pronunciados en la sociedad filodélica, por D. Mariano Navarro é Ibarra y por D. Francisco Ortega presidente de la sociedad	301
Buzca-pica, por Estefano-Cerillos	149	Esquis (apuntes para la historia antigua)	432
C			
Círculo caritativo	148		
Calor animal, por R. L. A.	183		

Munnú ó Munnuzá, que con los moros de su facción se encerró en *Cirriaciá oppida*, que acaso podrá ser *Cerás*: ó como otros creen, en el llamado *Julia Libia*, que Conde juzga ser el *Paigercá* de nuestros días, y yo la que aun hoy se llama *Leia*, y que un siglo después de aquel suceso consta por escrituras que era ciudad muy principal, y la capital del condado de *Cerdania*.

Me he dilatado en esto para hacer ver que la victoria alcanzada por los cristianos en 736, puede ser propia del reinado de *Chintila* en los Pirineos de Cataluña.

Es verosímil que lograsen después los arábes lo que hasta entonces no habían podido, que fue penetrar y dominar, aunque por poco tiempo, en aquellas asperezas. Digo por poco tiempo, porque consta de una parte que destruyeron la ciudad ó iglesia de Urgel; mas también consta que esto fué mucho antes del año 788, en el cual era ya obispo el famoso *Eulgi*, crecido el palatario de los hereses *adopcionis*, y que ordenado su clero á iglesia nunca volvió á padecer otra invasión de aquellos enemigos. Esta libertad en que quedaron aquellos enemigos, que debía influir en que se perpetuase la línea de los sucesores de *Chintila*, así como se perpetuó la de los de Pelayo en Asturias, y la de los de Inigo Arista en Aragón. Mas para que así no fuese, y para que se acabase en Cataluña la descendencia de aquel príncipe goda, pudieron contribuir muchas causas.

Los asturianos precisados á vencer ó morir, por tener el mar á sus espaldas, no podían contar con el socorro de reyes y señores extraños, cuya ambición no llegaba tampoco á querer dominar en país tan apartado. Por otra parte el suelo de aquella provincia, como el que entonces poseían los de Aragón, era por lo común ingrato y poco á propósito para dispartar la codicia ajena. Pero los cristianos de Cataluña dejaron de confiar en sí mismos y en sus propias fuerzas, con la proporción que les ofrecía el reino vecino de los Francos: cuya ambición ya entonces desmedida y estimulada con la fertilidad de este suelo, pudo mirar con zelos el engrandecimiento de una sola familia, que siempre era mas difícil de destruir, que las de los muchos condes que crearon en su lugar.

En resolución, la Dicina providencia dispuso por otro camino la libertad de aquella parte

oriental de España. Los cristianos ayudados de los franceses ganaron en 804 á Barcelona. El territorio intermedio á los Pirineos, fué distribuido en condados, que á los cincuenta años poco mas fueron ya independientes de los reyes de Francia. Sin embargo, estos siempre aspiraron al dominio de toda Cataluña, aun de lo que se ganó con la sangre de solo los catalanes desde aquella capital hasta el Ebro: conquista que duró aun mas de tres siglos. Mas es, que sus historiadores supieron embucar al pueblo de aquella provincia, haciéndoles creer que Carlo M. era su libertador, y obligándoles por este título á que le venerasen como santo con fiesta particular (1). ¡Con cuánta mas razón debía ser venerado en las iglesias de Valencia y Mallorca, el insigne Don Jayme I de Aragón, no desmereciéndolo él mas por sus costumbres, que aquel primer emperador del occidente! Pero, ya se ve, aquel dió á los pastos del señorio de Roma, y D. Jayme no quiso pagar á aquella corte el tributo que habia ofrecido su padre.

(1) Carlo M. nunca introdujo sus tropas en Cataluña contra los moros. De lejos los amenazó, ó hizo tributario al débil gobernador de Gerona. Los cristianos que en aquella ciudad habia, animados con la proximidad de los franceses, que no pasaron de los Pirineos, se alzaron contra los moros y se rescataron á sí mismos. Esto fué en el año de 788. Sin embargo, muertos aquellos que salieron lo que pasó, se hizo creer á sus nietos, que aquel rey los conquistó; y llegó el error hasta el punto de colocarse en estatuas en el segundo cuerpo del altar de los cuatro santos en aquella catedral, y de establecer en toda la diócesis una magnífica fiesta con oficio propio para todo el clero secular y regular, que se inventó en las brevedades. El soter de todo este fué el famoso obispo D. Arnaldo de Maroquí en 1315. Aun hoy se conservan los restos en el altar, y aunque separada la fruta en el siglo XVI, continua el predicarse al comun, en uno de los dias de cuaresma, á la vez de la tarde, porque á tres horas se predicaban allí antiguamente todos los días de ese santo tiempo. El que esto escribió, lo oyo en el año de 1807. El predicador era un religioso observante llamado el P. Cordero: el cual tomando por tema las palabras *in fide et tentate spiritus sanctum feni illum*, hizo de su hijo un panegírico ni mas ni menos que pudiera de un rey el mas virtuoso, el mas penitente, el mas justo y benéfico. No dicen esto los que el sacrificio tan barbaeramente, por media del tribunal de la inquisición de Westfalia.

FIN DEL TOMO.

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTICULOS COMPLETADOS

EN ESTE TOMO.

	Pag.		Pag.
Añagrádo (un), por Villanueva	173	Caracter, costumbres y condition de los indios en el departamento de Yucatan, por D. Gerónimo del Castillo	49
(Adios) á Campeshe, por la Triste	283	Carnaval (el), poesia, por D. Antonio Rivera	128
(Adios) á patria mia, poesia, por D. Ignacio Rodríguez Galvan	305	Carnaval (el) de Venecia, T. por D. L. M.	122
Acatostacion (algo sobre), por Sebastian Camacho y Zuluetá	174	Catedral (el) de Puebla	220
A la libertad por José M. del Castillo	226	Chiste (un) á tiempo	246
Aldaxoa (la) ó su hijo	262	Clasicismo, por Carlos M. Salvadora	254
Almanaca (poesia sobre) por una Selvática americana	219	Gludio (D.) Ubique, por el Lic. Vitoria	267
Al Iracundia por Mariano Esteva y Ulibarri	400	Glaustro (el), poesia, por Juan N. Navarro	14
A. M. poesia, por D. F. G.	152	Combosion humana espontánea	111
A mi amada, poesia, por D. Manuel M. de Zamacona	119	(Cusa de un caracol) por Anónimo	122
A mi amigo D. Manuel Orozco y Berra, poesia, por el mismo	226	Cuento (el) de la Vieja, por Casimiro Collado	44
A un viento	143	Cuento de Mima	402
Anacronismo, por Carlos M. Salvadora	356	Cuja y paca, poesia, por Casimiro Collado	382
Apologos, por D. Antonio Rodríguez Galvan	346		
Aristocracia del talento, por José M. del Castillo	52	D	
Arqueologia mexicana, por Francisco D. de Bonilla	145	Daguerrotipo, por Sebastian Camacho y Zuluetá	378
Arte de nadar	256	Dante (Ensayo sobre la vida y obras de) Alligierri, por Agustin A. Franco	25
Artificio infortunado, por Parianchin	114	Despotismo (idea del)	424
Asociacion europea	148	Das (un) rubada, poesia, por Casimiro Collado	187
A Texoco, poesia, por D. F. P. G.	245	Dramas (moralidad de los), por Carlos M. Salvadora	331
A una zaba, poesia, por D. Andrés Nieto	301		
A un niño de la cuna, poesia, por D. E. Villamar	234	E	
Autos (un) de comedias, por Mr. Sobrino	274	Egira (el escho de), poesia, por Ramon I. Alcaraz	150
Aventuras nocturnas, por Anónimo	274	Elaciones inglesas, T. por D. J. P. T.	216
		Estratidéz, por F. C.	30
		Elia, por Anónimo	234
		Enigma	148
Bolaviso (el), por M. de Torreacosta	37	Entomologia.—Las hormigas, por Francisco D. de Bonilla	21
Bibliografía.—Máximas de Urbanidad	139	Epigrama, por D. José M. Rodríguez Perez	225
—Periódico de la sociedad Filodélica.—Prospecto	401	Escenas ambulantes.—El café del Progreso	365
Baja inglesa	275	Los coleadores, por Murdoquidito y compañía	365
Burca	148	Escobedo (D. Pedro).—Discursos pronunciados en la sociedad filodélica, por D. Mariano Navarro é Ibarra y por D. Francisco Ortega presidente de la sociedad	201
Buzca-pica, por Estefano—Cristina	149	Esquis (apuntes para la historia antigua)	432
C			
Cáñabo carloestimo	148		
Calor animal, por R. L. A.	183		

	Pág.		Pág.
Esperanza, poesía, por D. Fernando Orozco y Ber- ta	306	Instrucción pública, por José María Reyes	342
Introducción, por los RR.	3	Introducción, por los RR.	3
Esperanza (la) del año nuevo, soneto, por Ml So- brino	6	Isaías (el), poesía, por D. A. Alvarez	109
Esquero, por J. M. del Castillo	234	Isidoro Laverzani y sus memorias sobre México, por Malaspina y Bismara	18
Estudios históricos.—Atzacapan, por D. Revilla	84		
Independencia, por el mismo	177	Judas (en), por Fanfros-Cerillos	344
Nepolón primera publicación, por el mismo	319	Jagador (el), por José M. del Castillo	355
Existencia de Dios, por José M. del Castillo	333	Juventud (la), por el mismo	310
Fatalismo, por Mimo	386	Letra por una mexicana	358
Ferre-Carriles, por L. R. R.	13	Letra jocosa, por el Sr. D. Francisco Ortega	198
Fuere cumplimientos, por Malaspina y Bismara	147	Lobo (el)	378
		Limon raro	149
Galería de los virreyes de México.—Introducción	165	Literatura alemana.—Sueño terrible, por Luis Martínez de Castro	335
D. Antonio de Mendoza, 1.º virrey, desde 1535 hasta 1550, por Juan N. Navarro	166	Loco	156
D. Luis de Velasco el primero, 2.º virrey, de 50 á 64, por Carlos M. Saavedra	312	Malagueña (D.), por Malaspina y Bismara	309
D. Gastón de Peraltá, marqués de Fátima, 3.º virrey, de 64 á 66, por Agustín A. Franco	363	Mallorca y Mallorca, poesía por Ramón I. Al- varez	54
D. Martín Barrios de Almazán, 4.º vi- rey, de 68 á 80, por Alejandro Arango y Es- candón	311	Mitigación, poesía por D. J. M. Lafuente	420
D. Lorenzo Xaurés de Mendoza, conde de la Coruña, 5.º virrey, de 80 á 82, por Carlos M. Saavedra	316	Mallorca (la) o Doña Marina, por Cecilia M. Saavedra	37
D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo, viatoro y primer impulsor de México, 6.º vi- rey, de 82 á 86, por el mismo	345	Matrimonio (el)	262
D. Alonso Enrique y Zúñiga, marqués de Villa-Manrique, 7.º virrey, de 85 á 89, por Ra- món I. Álvarez	384	Máximas y sentencias	29
D. Luis de Velasco el segundo, conde de Santillana, primera época, 8.º virrey, de 89 á 95, por Carlos M. Saavedra	403	México (la ciudad de)	68
D. Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Montevir, por el mismo 9.º virrey, de 195 á 1992, por el mismo	416	México en el año de 1910, por Fco. B. Cortés	346
Galería Zoológica.—El mono diplomático, por Juan Sepúlveda	257	Mirada de amor, poesía por D. M. T. Ferrer	315
El Toro político, por M. Sobrino	258	Miradas, (vulg.) Mescolanza, por Malaspina y Bismara	302
Gravimetro (Descripción y uso de un aparato in- ventado por D. José M. de Bucaramente)	361	Mis confusiones, por Anónimo	367
Gruta (la) de Cacahuamilpa, por el Sr. D. Isidro R. Guzmán	371	Mudas, por Quirabán	23 191 203 305 393
		Motas, por Juan Sepúlveda	120
Heráclito y Demócrito, por Anónimo	389	Mújer (la)	152
Herona Oscura, por Ramón I. Álvarez	91	Negación de San Pedro, poesía por Juan N. Na- varro	353
Baños	397	Niña (la) de la fuente.—Leyenda por Agustín A. Berra	130
Hija (la) del obispo, por Juan N. Navarro	73	Noticia (D. Amantio de), por Ramón I. Álvarez	6
Humble (el) samatán, por Luis Martínez de Cas- tro	306	Olla pedrada, por Francisco D. de Bonilla	76
		Oriental, poesía, por Casimiro Collado	32
Inción perdida, poesía, por D. Manuel M. Zama- cona	413	Otro poeta, por los RR.	118
		Paganini, por Francisco D. de Bonilla	247
		Pensamientos anales, 71, 156, 164, 176, 232, 246, 256, 278, 300, 346, 349, 399, 402	
		Pena Aranda (la condesa de), por Ramón I. Al- varez	357
		Pinceladas (algunas) para formar mi retrato	391
		Polibio, [D.] Pebebe.—Carta al Lic. Valdivia, por Anónimo	422
		Porvenir (el), por D. M. Buenrostro	427

	Pág.		Pág.
Pera y poesía, por José María del Castillo	418	COLOCACION DE LAS ESTAMPAS DEL TOMO PRIMERO.	
Puerto de Santa Ana en el pueblo de Tepetitlan del partido de Taxco, por R. I. Alcaraz	438	LITOGRAFIAS.	
¿Porqué habla solo? Por Malaspina y Bismara	74	Don Anastasio de Ochoa	6
Profetas, por P. M. de Torrecano	337	Dignos de modas.—Trago de irrisión para es- tornar	23
Pronósticos para el año nuevo	5	Don Alighieri	25
		El Salom	32
Queja (la), poesía por D. Manuel M. de Zamacoa	311	Hilho Yucateco	40
		La ciudad de México	68
Reconardo (en), por Ella	194	La hija del Obispo	79
Recuerdos del pasado, por D. Miguel Buenrostro	294	Herman Cortés	81
Reflexiones sobre el compuesto de la obra de lord Kames, titulada: "Elementos de crítica," por Agustín A. Franco	136	El Trovador	109
República hispano-americana, por Chateau- briand	283	Figura de Modas.—Trago de baile para señoras	129
		Don Mariano Yertia	123
Sao (el), por Asmodéo	144	La Niña de la fuente	136
Salmo CIII, poesía, por D. Nicolás G. de S. Vi- cente	279	Casa de Mompá [Yucatán]	145
Sandwiches, por Quirabán	299	Don Antonio de Mendoza, lineal, virrey de la N. E.	168
San Germán (el conde de), por Pablo M. de Tur- resceno	73	Figura de Modas.—Trago de señoras para mis- caras	191
Shakespeare (bellena de), por L. M. de G.	134	Wala de la señoría Conde	192
Silencio (el) Cuadrado, por el Réqui	280	Ocella	194
Sobre la historia de los hombres doctos, por Pa- blo M. de Torrescama	287	Don Pedro Escobedo	201
Sanctos	29	Don Luis de Velasco [padre] 2.º virrey de la N. E.	212
Sansiro, poesía por Mariano Esteva y Ulivarri	73	Ugolino	220
		Paganini	237
Teatro (algo sobre)	359	Don Gastón de Peraltá, 3er. virrey de la N. E.	263
Tepalc mexicano	415	Horacito y Demócrito	269
Terminología (construcción y uso del), por P. G.	61	La Catedral de Puebla	280
Tirano (el) por José M. del Castillo	349	Figura de Modas.—Tragos de niños	303
Topografía (consideraciones sobre la necesidad de formar la) médica de México, por José M. Reyes	230	La Batallas	305
Tragedia [noticia sobre las], por D. Carlos La- torra	407	Don Martín Enriquez de Almazán, 4.º virrey de la N. E.	311
Tristana (la), poesía por D. Fernando Orozco y Berra	78	Despedida en Fontainebleau	332
Teoría y Consejo, poesía, por Mariano Esteva y Ulivarri	277	Don Lorenzo Xaurés de Mendoza, 6.º virrey de la N. E.	336
Ugolino, por Agustín A. Franco	229	Don Pedro Moya de Contreras, 6.º virrey de la N. E.	345
Una comedia y una historia, por Anónimo	227	La Negociación de San Pedro	353
		La Gruta de Cacahuamilpa	371
Veritas (el Lic. D. Mariano).—Biografía mexicana por Mariano Esteva y Ulivarri	123	Don Alonso Manrique y Zúñiga, 7.º virrey de la N. E.	384
Virtuosos (el) pintado por el propio	233	Figura de modas.—Trago de señoras para señoras	393
Waltz.—Poema romántico, poesía por Agustín A. Franco	131	Mancha de D. Guadalupe Iruela	398
		Don Luis de Velasco (hijo), 8.º virrey de la N. E.	403
		Don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, 9.º virrey de la N. E.	416
Zara y Jonás.—Leyenda bíblica, por Antonio Ro- dríguez Galvan	157	Puerto de Sta. Ana en Tepetitlan, [Taxco]	430

ERRATA.

En la poesía titulada *Culpa y Pena*, en la pág. 382 en la línea 24 de la segunda columna, donde dice: Y las madres estiraban tambien, debe ser: *Las esposas estiraban tambien.*

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES DE ESTA CAPITAL.

Argas, D. Fermín.
 Aranda, D. Mariano.
 Aguilar, D. José María.
 Alva, D. Mariano.
 Arenas, D. Leandro.
 Arpide, D. Manuel.
 Arenas, D. Leandro.
 Aleinan, D. Simón.
 Arenas, D. Ramón.
 Adorno, D. Rafael.
 Alvarez y Bonilla, D. Mariano.
 Alvarez, D. José.
 Abogado, D. Ignacio.
 Ajuria, D. Manuel.
 Anzorrena, D. Ignacio.
 Barros, D. Pablo.
 Both, D. Carlos.
 Barreiro, General D. N.
 Buenrostro, D. Agustín.
 Barrera, D. Ramon.
 Badillo, Doña Josef.
 Botrayo, D. Joaquín.
 Bustamante, D. Carlos María.
 Rox, D. José María.
 Ramonde, D. Joaquín.
 Barbero, D. Ramon.
 Bocanegra, D. José María.
 Calderon, D. José.
 Crespo, Doña Isabel.
 Crespo, D. Ignacio.
 Calderon, D. José María.
 Gobarruvias, D. Tomás.
 Chávero, D. Demetrio.
 Gástro, D. Francisco.
 Campazano, D. N.
 Crespo, Doña Isabel.
 Cabrera, D. Antonio.
 Cortina, D. Ignacio.
 Campos, D. José María.
 Cosío, D. Mariano.
 Casarín, D. Nicolas.
 Cureño, D. Ignacio.
 Cruz, Fr. Antonio.
 Cusac, D. Francisco.
 Couto, D. Paulino.

Crespo, D. Antonio.
 Caballero de los Olivos, D. Manuel.
 Cuevas, D. José María.
 Davis, D. Joaquín.
 Dosamantes, D. Juan.
 Esquedero Echanove, D. Pedro.
 Espinosa de los Monteros, D. Juan José.
 Espino, D. Manuel.
 Espinosa, D. Antonio.
 Escofín, D. Carlos.
 Esparza, D. Marcos.
 Esquibel, D. Juan.
 Farias, D. Gonzalo.
 Fernandez, D. Manuel.
 Eges, D. Eduardo.
 Fernandez, D. José.
 Flores Alatorre, D. Agustín.
 Franco, D. José María.
 Garcia, D. Vicente.
 Gonzalez, D. Antonio.
 Gonzalez, D. Joaquín.
 Gonzalez, D. José.
 Gutierrez D. Manuel.
 Gullet, D. Pedro.
 Garza, D. Juan.
 Gomez, D. José Antonio.
 Gonzalez, D. Francisco.
 Gonzalez, D. Lizaro.
 Guerrero, D. José María.
 Gazave, D. José Hermenegildo.
 Gonzalez, D. Vicente.
 Garcia Rejon, D. Joaquin.
 Gochicoa, D. José María.
 Goupillon, D. Alfonso.
 Garay, D. Pedro.
 Garcia, D. Nestor.
 Garcia Rejon, D. Joaquin.
 Garcia Iscalbalceta, D. Joaquin.
 Garza, D. Francisco.
 Guerrero Loperena, D. Miguel.
 Garnica, D. Ignacio.
 Guerra, D. Manuel.
 Guerrero, D. Joaquin.
 Guerra, D. Cándido.
 Galindo, D. Felix.

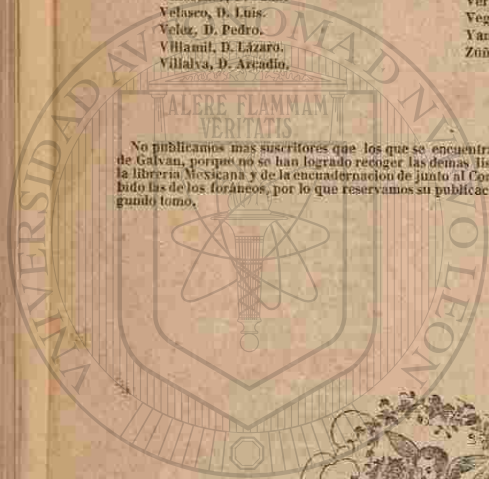
Gutierrez Rosa, D. Manuel.
 Garza, D. Lorenzo de la.
 Galindo, D. Felix.
 Ginori, D. José.
 Gonzalez, D. José.
 Gonzalez, D. José.
 Hernandez, D. José María.
 Heredia, D. Joaquin.
 Hermosilla, D. Severiano.
 Haro, D. José María de.
 Hidalgo, D. Paulino.
 Hermosilla, D. Severiano.
 Huidobro, D. Ignacio.
 Hernandez, D. José María.
 Herrera, coronel D. José María.
 Irazabal, D. José María.
 Iriarte, D. Estiquio.
 Ibañez, D. Manuel.
 Trigollen, D. Pedro.
 Inclán, D. José María.
 Iruarte, D. Manuel.
 Jimenez, D. José María.
 Lozada, D. Rafael.
 Lerdo, D. Miguel.
 Lombardo, D. Francisco.
 Leroux, el Sr.
 Lica, D. Vicente.
 Larraizarr, D. Manuel.
 Lombardo, D. Francisco.
 Lozada, D. Felipe.
 Moncada, D. Luis.
 Madrid, D. Manuel José.
 Mugabuno, D. Estanislao.
 Manero, D. José Hipólito.
 Moral, D. Ramon del.
 Mora, D. Manuel.
 Miñon, D. Juan.
 Marquez, D. Simón.
 Marquez, D. José.
 Maya, D. Francisco.
 Martel, D. Joaquin.
 Miranda, D. Sotero.
 Moya, D. N.
 Mota, D. Francisco A.
 Masse, D. Agustín.
 Martinez de Castro, D. José.
 Merino, D. Diego.
 Molinos, D. Lauro.
 Mollado, D. José María.
 Mazono, D. Manuel.
 Matuberría, D. Jose.
 Maldonado, D. Antonio.
 Najera, D. Antonio.
 Navarro, D. Juan B.
 Ojeda, D. Agustín.
 Ortiz Garciá, D. Antonio.

Otero, D. Mariano.
 Ortiz Monasterio, D. José María.
 Osio, D. Manuel.
 Olaguibel, D. Francisco.
 Ortega, D. Mariano.
 Ordaz, D. Luis.
 Pardo, D. Emilio.
 Perez Gallardo, D. Basilio.
 Porras, D. Teófilo.
 P. del Llano, D. Manuel.
 Parada, D. José.
 Pacheco, D. Ramon.
 Plobis, coronel D. Manuel.
 Pagasa, D. José María.
 Perujo, D. Manuel.
 Perez de Lebrija, D. Agustín.
 Páino, D. Manuel.
 Peña, D. Mariano de la.
 Parrodi, General D. N.
 Quiñones, Dr. D. Juan José.
 Querejazo, D. Francisco.
 Quijano, D. Antonio.
 Rivero, D. Alejandro.
 Reyes, D. Agustín.
 Ruelas, D. Marcos.
 Ruano, D. Enrique.
 Rodriguez, D. José María.
 Riego, D. Manuel.
 Ramirez, D. Luis G.
 Ramirez, D. Luis.
 Rivero, D. Domingo.
 Rodriguez, D. Francisco.
 Reyes, D. Agustín.
 Rodriguez, D. Ignacio.
 Ruiz, D. Antonio.
 Sanchez Morales, D. Francisco.
 Santa Maria, D. Guillermo.
 Suarez, D. Rafael.
 Silva, D. José María.
 Saldívar, D. Juan Francisco.
 Sardo, D. José.
 Sicilia, D. N.
 Salgado, D. Tomás.
 Sanchez, D. Octaviano.
 Saborio, D. José Napoleón.
 Salgado, D. Isidoro.
 Segobia, D. Francisco Antonio de.
 Sierra, D. Julián.
 Silva, D. Sebastian.
 Servio, D. N.
 Serrano, D. Angel.
 Torres, D. Ignacio.
 Tagle, D. Agustín.
 Tapia, D. Angel.
 Torrecano, Doña Rafaela.
 Tornel, D. José María.

Terán, D. Felipe.
Tinoco, D. Anacleto.
Ulbarri, D. Juan N.
Uruga, D. José.
Ulbarri, D. José Dolores.
Ulbarri, D. Juan N.
Vazquez, B. Diego.
Volardo, D. Francisco.
Vilaseñor, D. Juan.
Velasco, D. Luis.
Vélez, D. Pedro.
Villamil, B. Lázaro.
Villalva, D. Arcadio.

Villamar, D. Eligio.
Valencia, B. Juan.
Vergara, D. Pablo.
Vazquez de la Cortina, D. Luis.
Valdés, D. Rodrigo.
Villavicencio, D. Francisco.
Valle, D. Pedro del.
Varela, D. Luis.
Vértiz, B. Francisco.
Vega, D. Tranquilino de la.
Yanguas, D. Manuel.
Zúñiga, D. Fernando.

No publicamos mas suscritores que los que se encuentran apuntados en la antigua librería de Galvan, porque no se han logrado recoger las demas listas de la alacena del Sr. Latorre, de la librería Mexicana y de la encuadernacion de junto al Correo, asi como tampoco se han recibido las de los foráneos, por lo que reservamos su publicación íntegra para la conclusion del segundo tomo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OMNIA

AMMA
TIS



SID

CC

ECA